SAN FRANCISCO PUBLIC LIBRARY
3 1223 02038 4302

SPANISH

Book No.	Accession
862 Oc35	66510

SPANISH

SAN FRANCISCO PUBLIC LIBRARY
VITA SINE LITERIS MORS EST

INTERNATIONAL CENTER

51

TESORO

DEL

TEATRO ESPAÑOL,

DESDE SU ORÍGEN (AÑO DE 1356)

HASTA NUESTROS DIAS;

ARREGLADO Y DIVIDIDO EN CUATRO PARTES,

POR

Don Eugenio de Ochoa.

TOMO QUINTO.

TEATRO ESCOGIDO
DESDE EL SIGLO XVII

HASTA NUESTROS DIAS.

SEGUNDA PARTE.

En nuestro sistema literario no admitimos nada absoluto, y por eso tenemos mas fe en el sentimiento que en las reglas dogmáticas, y quizá arbitrarias, en que los críticos quieren que se busque siempre la belleza.

Al teatro, sobre todos los demas géneros de poesía, es aplicable nuestra opinion. D. A. DURAN.

PARIS,

EN LA LIBRERÍA EUROPEA DE BAUDRY,

CALLE DU COQ-SAINT-HONORÉ, 9,

CERCA DEL LOUVRE.

1838

862
Cc3 5

66510

TEATRO ESCOGIDO

DESDE EL SIGLO XVII

HASTA NUESTROS DIAS;

SEGUNDA PARTE,

QUE COMPRENDE LAS MEJORES COMEDIAS

DE

J. B. DIAMANTE, J. DE LA HOZ, L. DE BELMONTE, FELIPE IV, F. DE LEIBA, DON A. CUBILLO, J. DE FIGUEROA, F. ZARATE, F. BANCES DE CANDAMO, A. DE SOLIS, A. DE ZAMORA, J. DE CAÑIZARES, G. M. DE JOVELLANOS, V. GARCIA DE LA HUERTA, RAMON DE LA CRUZ, N. A. DE CIENFUEGOS, L. F. DE MORATIN, M. J. DE QUINTANA, F. MARTINEZ DE LA ROSA, M. E. GOROSTIZA, Y BRETON DE LOS HERREROS.

En nuestro sistema literario no admitimos nada absoluto, y por eso tenemos mas fe en el sentimiento que en las reglas dogmáticas, y quizá arbitrarias, en que los críticos quieren que se busque siempre la belleza.

Al teatro, sobre todos los demas géneros de poesía, es aplicable nuestra opinion. D. A. DURAN.

PARIS,

EN LA LIBRERÍA EUROPEA DE BAUDRY,

CALLE DU COQ-SAINT-HONORÉ, 9,

CERCA DEL LOUVRE.

1838

Digitized by the Internet Archive
in 2026

https://archive.org/details/tesorodelteatroe0005done

Presented by J. C. Cebrian

PRÓLOGO.

Dijimos en el Discurso preliminar del tomo anterior que con Solis acabó el antiguo teatro español. Florecieron, es verdad, despues de aquel ingenio, don Antonio Zamora y don José de Cañizares, pero sus esfuerzos por reanimar la amortiguada escena nacional fueron vanos: — es una ley de la naturaleza que todo lo que ha existido, perezca, y el antiguo teatro español sufrió la ley comun. El astro habia corrido el círculo entero de su rotacion, despues del cual le aguardaba el caos, — caos que durará hasta que nazca un genio capaz de tentar con buen éxito « la arriesgada empresa de arrancar al teatro de la especie de letargo de que está herido en este momento, » segun la opinion de Schlegel, de la que participamos completamente.

Abandonado el teatro durante la guerra de sucesion, último legado de la dinastía austriaca, cayó naturalmente en manos inhábiles que, convirtiendo el arte en oficio, desacreditaron el género que cultivaron, que era el de los grandes maestros del siglo XVII, pero adulterado por las imaginaciones raquíticas y la crasa ignorancia de sus imitadores. Esta época inundó nuestra escena de mamarrachos dramáticos, y como todo esceso acarrea inevitablemente una reaccion, á esta desenfrenada licencia sucedió por el estremo contrario, un despotismo tanto mas intolerante cuanto era un mezquino remedo del que aun estaba muy en boga en la vecina Francia, y cuanto á fuerza de rigorismo se queria suplir la falta de talento y compensar el pasado desórden.

En 1736 publicó Luzan su *Poética* y por los mismos años escribió don Agustin Montiano y Luyando sus tragedias de *Virginia* y *Ataulfo*, bastante infelices por desgracia.

Subió al trono Cárlos III, y el teatro, abandonado hasta entonces á sí mismo, halló un poderoso fomentador en el célebre conde de Aranda, á quien tantos beneficios debe España. Por lo que respecta al teatro, creyó aquel ilustre magnate que el mejor medio de reanimarle era fomentar la traduccion de las mejores obras del siglo de Luis XIV para que sirviesen de modelo á los ingenios españoles; pero estas traducciones se hicieron y..., fuerza es confesarlo, no correspondieron los resultados á las esperanzas del gobierno. Es menester llegar á Moratin el hijo para hallar una inteligencia en que produjesen colmados frutos las semillas de aquel género exótico en España.

Y no porque se dejasen por entonces de componer tragedias y comedias tan soporíferas cuanto arregladas á las consabidas unidades. Don Nicolas Fernandez de Moratin escribió la *Lucrecia* y la *Hormesinda*, de las cuales solo se representó la última. Sobre el mismo

asunto que esta escribió Jovellanos el *Munuza;* don José Cadalso, justamente célebre por otras obras, dió tambien á luz por entonces su tragedia de *Don Sancho García;* don Ignacio Lopez de Ayala escribió la *Numancia destruida*, don Vicente García de la Huerta su *Raquel,* y pocos años despues don Nicasio Alvarez de Cienfuegos sus primeras tragedias. Moratin el padre escribió tambien una comedia, la *Petimetra,* Iriarte varias, *Hacer que hacemos, el Señorito mimado,* etc., don Candido María Trigueros los *Menestrales,* amen de un sin número de refundiciones de nuestro teatro antiguo, tan acertadas como las que del teatro ingles hizo M. Ducis.... ¡Tal fué la opima cosecha que produjo la *Poética* de Luzan! *

¡Líbrenos Dios de negar la inmensa utilidad de esos códigos destinados á demostrar en verso que un cuerpo de muger no debe tener cabeza de caballo, que un drama no debe contener absurdos, y que una accion dramática debe ser una, y no dos, ni tres ni menos una docena! Inclinamos la frente con el debido respeto ante todo el que nos da el saludable precepto de que el rey no debe hablar como el patan, ni el viejo como el mozo, ni el turco como el chino, cosas todas que verdaderamente no se le ocurren á cualquiera. Nos convence de medio á medio el que porque los poetas griegos no mudaban las decoraciones que no tenian, no deben los poetas españoles mudar las que tienen (aunque esto no lo mandan Aristóteles ni Horacio, ni podian mandarlo), y que, porque no quedando nunca en sus dramas el teatro vacío, á causa de los coros, no debia suponerse que duraba la accion mas de lo que tardaba en representarse, lo mismo mismísimo debe suceder en los dramas modernos en que no hay coros y cae el telon en los entreactos. Tambien nos parece muy puesto en razon que á la gente de estado llano no le sucedan mas que cosas propias de la comedia y que hagan reir, dejando á los reyes y príncipes el cuidado de hacer llorar; pero á pesar de la palpable evidencia de estos y otros mandamientos de todas las *Poéticas* conocidas, fuerza es convenir en que las obras que han inspirado á los ingenios españoles (y nos limitamos á España, pues no escribimos un curso de literatura universal), salvo rarísimas escepciones, valen muy poco. ¿Es culpa de las *Poéticas* ó de los ingenios?

Cuando estos no tuvieron mas norma que su razon natural, escribieron obras que pasarán á la mas remota posteridad : cuando se hicieron esclavos de los preceptos, decayeron en términos de quedar reducidos á la mas lastimosa medianía. Este es un hecho, del cual puede sacar cada uno las consecuencias que quiera.

Nos parece una insigne injusticia juzgar á nuestros escritores dramáticos del siglo XVII con arreglo á unos preceptos que ellos no reconocian como autoridad; pero nuestros escritores del siglo XVIII, por el contrario, deben estar sujetos á las mas rigurosas exigencias de esa doctrina que ellos predican como la única verdadera y legí-

* Véase el Catálogo que insertamos á continuacion.

tima; — de esa doctrina que es para ellos una *revelacion*, cuyo Mesías es Aristóteles, comentado por los apóstoles Horacio, Boileau y Luzan, y fuera de la cual no ven salvacion posible. Su intolerancia, que puede correr parejas con la de los sectarios de Omar, es conocida. Seria pues justo que juzgasemos sus obras con arreglo á aquellos preceptos; pero si bien ellos las escribieron al parecer con el único objeto de probar que los conocian, seria una triste gracia para nuestros lectores que les llenasemos este tomo de producciones insulsas, para probar por nuestra parte que se pueden escribir obras muy malas y muy sujetas á las reglas del arte antiguo. Aun en las pocas que insertamos, pertenecientes á la escuela del siglo XVIII y que son la flor y nata del género, verá, entre las bellezas de que abundan, los defectos inseparables, á nuestro entender, de la estricta observancia de unas reglas propias de otros tiempos, de otros paises, de otras creencias y de otras costumbres.

¿Y qué mucho? El gran Corneille, ese genio inmortal que tan bellas obras legó á su patria, solo pudo conservar todas las unidades en tres tragedias, en los *Horacios*, en *Polieucto* y en *Pompeyo*, y eso á costa de un trabajo ímprobo, y sacrificando la verosimilitud y la historia y hasta el sano juicio, todo ello, *apremiado por la regla de la unidad de lugar*, como él mismo confiesa. Racine y Voltaire, mas escrupulosos en este punto, las observaron constantemente, pero siempre á costa de las mas absurdas inverosimilitudes. « Permítaseme tambien á mí, decia con mucha razon el célebre Metastasio, que pueda presentar solos en las plazas públicas (perpetua escena del teatro antiguo) á los monarcas, á las reinas y doncellas reales; que pueda presentar en la cama, en una plaza pública, á las reinas y príncipes enfermos; que pueda yo hacer tambien que mis personages elijan eternamente la plaza pública para tramar las mas atroces y peligrosas conspiraciones, así como para hacer las mas íntimas, las mas secretas y quizá las mas vergonzosas confesiones, y entonces tampoco tendrán mis dramas necesidad ninguna de que se mude la escena. »

Recientemente ha tomado el teatro español una nueva fisonomía, pero ya dijimos en el Discurso preliminar, del tomo anterior que no nos es lícito ocuparnos en esta época, pues la tenemos demasiado cerca para juzgarla con la independencia necesaria.

CATÁLOGO

DE PIEZAS DRAMÁTICAS PUBLICADAS EN ESPAÑA,

DESDE EL PRINCIPIO DEL SIGLO XVIII

HASTA EL AÑO 1825 (1).

Don Tomas Genis. Adquirir para reinar; Triunfos de Felipe V y glorias de Gabriela.

Don Rodrigo Pedro de Urrutia. Rey decretado del cielo. — Astucias de Lucifer. — La Violencia por castigo, y la hermosura por premio.

Don Juan de Vera y Villarroel. Felipe V en Italia. — Muger, ángel y milagro. — El Patron de Salamanca. — La Perla de Cataluña y peñas de Monserrate. — San Juan de Sahagun. — Cuanto cabe en hora y media. — La Corona en tres hermanos. — Mas triunfa el amor rendido.

A. A. Al freir de los huevos. — El Rey Don Pedro en Lisboa. — Sueños hay que son verdades, y Felipe V en Estremadura. — El Sueño del perro. — Hacer la cuenta sin la huéspeda. Z. — Opera escénica á la entrada de la señora doña Luisa Isabel de Borbon, princesa de Asturias. — Los Encantos de Amenon. Z. — El Infante don Cárlos en Sicilia, y Felipe V en Sevilla. — Arcas y Calisto. Z.—Los Amores de la Aurora. Z.

Don Francisco Pizarro Picolomini, marques de San Juan. Cinna. T.

Don Juan Bernardino Rojo. El Amor correspondido sin poder lograr su centro.

Don Francisco Gomez de Acosta. Póngala nombre el discreto.

Don Melchor Fernandez de Leon. Conquista de las Molucas. — Los Dos mejores Hermanos. — El Veneno en la guirnalda. — Icaro y Dédalo. — El Primer Templo de Amor. — San Francisco de Borja. — No hay amor como fingir. — Endimion y Diana. — Los Tres mayores Prodigios.— San Justo y Pastor. — El Sordo y el Montañes. — Venir el amor al mundo.

Don Diego de Torres y Villarroel. El Hospital en que cura amor de amor la locura.

Don Gerónimo Guedeja y Quiroga. Nuestra Señora de los Reyes. — La Mejor luz de Sevilla. — Si toda la vida es sueño, en el sueño está la muerte, y el Asombro de Palermo.

Don Francisco Solgado. Nuestra Señora de la Luz. — Araspes y Pantea. Z.

Don Antonio Tellez de Acebedo. Glorias de Jesus cautivo, y Prodigios del rescate. — Los Bandos de Luca y Pisa. — La Margarita del Tajo que dió nombre á Santaren. —Santa Colomba, primera y segunda parte. — El Muerto disimulado. — La Mozuela del sastre, ó No hay disfraz en la nobleza. — La Gracia contra la culpa y Primer Mártir de Cristo.— Dicha y desdicha del juego. — El Peregrino en su patria y milagroso enfermero, san Roque.

Don Marcos Lanuza. Las Bélides. Z. — Zelos vencidos de amor.

Don Pedro Scoti de Agoiz. Apolo y Leucotoe. Z. — Los juicios del cielo, no examinarlos y obedecerlos. — Filis y Demofoonte. Z. — El Primer Blason de Israel.

Don Antonio de Zamora. Todo lo vence el amor. — El Hechizado por fuerza. — Mazariegos y Monsalves. — El Custodio de la Hungría, san Juan Capistrano. — La Doncella de Orleans. — Aspides hay basiliscos. Z. — Judas Iscariote. — Por oir misa y dar cebada nunca se perdió jornada.—Cada uno es linage aparte, y los Mazas de Aragon. — Siempre hay que envidiar amando. — Amar es saber vencer, y el Arte contra el poder.— Columna sobre columna. — Amor es quinto elemento. —El Blason de los Guzmanes y defensa de Tarifa. — Con bellezas no hay venganzas. — La Destruccion de Tebas. — Con música, y por amor. — Desprecios vengan desprecios. — La Fe se firma con sangre. — La Honda de David. — Don Bruno de Calahorra. — El Indiano perseguido. — El Lucero de Madrid, san Isidro Labrador. — Duendes son los alcahuetes, y el Espíritu foleto, primera y segunda parte. — Matarse por no morirse. —

(1) En este catálogo se ha procurado observar, cuanto es posible, el órden cronológico. En él se incluyen las piezas dramáticas de representacion ó de música que se han visto en los teatros de España, ó se han publicado impresas desde el principio del siglo XVIII hasta 1825.

Las que van señaladas con estas letras *A. A.*, ó son efectivamente anonimas, ó se han colocado en esta clase por no haber tenido el colector noticia segura de sus autores. Las tragedias van distinguidas con una T, las óperas con una O, las zarzuelas con una Z.

El Templo vivo de Dios. — La Mística monarquía. — Preso, muerto y vencedor, todos cumplen con su honor, y Defensa de Cremona. — No muere quien vive en Dios. — Ser fino y no parecerlo. — No hay mal que por bien no venga. — Don Domingo de don Blas. — El Primer Inquisidor, san Pedro mártir. — Quitar de España con honra el feudo de las doncellas. — El Triunfo vivo de Dios. — Viento es la dicha de amor. Z. — Victoria por el amor.

Don N. conde de Clavijo. Júpiter y Io. Z. — Zelos vencidos de amor. Z.

A. A. La Elisa. Z.—El Rapto de Ganimedes. Z. —La Traicion necesitada, y Fortuna de Tequeli.—Antes difunta que agena. Z.—Triunfo y error de los zelos y el amor. Z. — No todo indicio es verdad, Pelope y Laodamia. Z.

Don Tomas de Añorbe y Corregel. La Virtud vence al destino. — La Tutora de la Iglesia y Doctora de la ley, primera, segunda y tercera parte. — Los Amantes de Salerno. — El Caballero del cielo. — El Duende de Zaragoza. —Cómo luce la lealtad á vista de la traicion, ó la Hija del senescal.— El Daniel de la ley de gracia y Nabuco de la Armenia. — La Encantada Melisendra y Piscator de Toledo. — Júpiter y Danae. Z. — Nulidades del amor. — La Oveja contra el pastor, y tirano Boleslao. — El Paulino. T. — Princesa, ramera y mártir, santa Afra. — El Poder de la razon.

Don Felice Rodriguez de Ledesma. El Monarca mas prudente. — El Cuchillo de sí mismo.

Don Juan Salvo y Vela. El Mágico de Salerno Pedro Vayalarde, primera, segunda, tercera, cuarta y quinta parte. — El Laurel de Apolo. — Tambien hay duelo en los santos. — La Manzana de oro. Z.—San Antonio de Padua.

Don Diego de Aguayo. Querer sabiendo querer, y gran reina Trinacria.

Don Bernardino José de Reinoso y Quiñones. Quitar el cordel del cuello es la mas justa venganza, ó el Pobre Fundador del hospital mas famoso el venerable Anton Martin, primera y segunda parte. — La Sacra esposa de Cristo y doctora de su Iglesia, santa Catalina. — El Sol de la fe en Marsella y conversion de la Francia, santa María Magdalena, primera y segunda parte.

Don N. conde de Atarés. Apolo y Driope. Z.

Don José de Cañizares. La Boba discreta. — Cárlos V sobre Tunez. — Abogar por su ofensor, y baron del Pineli. — Acis y Galatea. Z. — El Asombro de la Francia Marta la Remorantina, primera, segunda, tercera y cuarta parte. — El Valor como ha de ser. — Las Nuevas Armas de amor. —El Asturiano en la corte y músico por amor. — La mas ilustre Fregona. — A un tiempo rey y vasallo. — La viva imágen de Cristo. — Montes afirma el desden. Z. — El Anillo de Giges, primera, segunda y tercera parte. — La Ventura por la voz. — La Muerta viva, Santa Cristina. — Las tres Comedias en una. — A cual mejor, confesada y confesor. — Tambien por la voz hay dicha. — La mas amada de Cristo, santa Gertrudis la Magna, primera y segunda parte. —Las Amazonas de España. — El Angel del Apocalipsi. — Lo que va de cetro á cetro y crueldad de Inglaterra.—Telémaco y Calipso. Z. —Amando bien no se ofenderá un desden. —El santo Niño de la Guardia. — Milagro es hallar verdad. — Angélica y Medoro. Z. — Lo que vale ser devoto de san Antonio de Padua. — El Sol de occidente. — La invencible Castellana. — El Sacrificio de Ifigenia, T., primera y segunda parte. —Amor es todo invencion. — Si una vez llega á querer la mas firme es la muger. — Las Cuentas del Gran Capitan. — Castigar favoreciendo. — Yo me entiendo y Dios me entiende. — No hay con la patria venganzas, y Temistocles en Persia. — El Picarillo en España. — Un Precipicio con otro. — Clicie y el Sol. Z. — Cumplir á un tiempo quien ama con su Dios y con su dama. — El Príncipe don Cárlos. — El Prodigio de la Sagra. — De leve chispa gran fuego. — Por acrisolar su honor competidor hijo y padre. — El Pleito de Hernan Cortés con Pánfilo de Narvaez. — De Comedia no se trate, allá va ese disparate. — Ponerse hábito sin pruebas, y guapo Julian Romero. — Don Juan de Espina en Madrid. — Don Juan de Espina en Milan. — El Rey Enrique el Enfermo. — Cuál enemigo es mayor, el destino ó el amor. — La Hazaña mayor de Alcides. — El Dómine Lucas. — De los encantos de amor la música es el mayor, y el Montañes en la corte. — Hasta lo insensible adora. — Apolo y Climene. Z. — El imposible mayor en amor le vence amor. — El Cantero de Constantinopla. — El Honor da entendimiento, y el mas bobo sabe mas. — Santa Francisca Romana. — La heróica Antonia García. — Fieras afemina amor. — El Estrago en la fineza. — Sin caridad no hay fortuna. — El Monstruo napolitano, ó el error y el escarmiento. — Santa Brígida. — Fortuna te dé Dios, hijo. — San Vicente Ferrer, primera y segunda parte. —El Dichoso Bandolero. — Santa Juana de la Cruz. — La Vida del gran tacaño. — La señora Mariperez. — La Banda de Castilla, y privado perseguido. — Pedro Urdemalas.

Don Francisco Scoti de Agoiz. Las Hazañas de Juan de Arévalo. — El Valor nunca vencido. — El Triunfo mayor de Alcides.

Don N. conde de las Torres. Decio y Araclea. Z.

Juan Hidalgo. El Monstruo de Barcelona. — Muzárabes de Toledo. — El Niño Dios en Egipto, y mas dichoso ladron.

Don Luis de Oviedo. Los Sucesos de tres horas.

Don Juan de Benavides. Apolo y Dafne. Z. — El Marte español.— Nuestra Señora del Mar.

Fr. Juan de la Concepcion. Guerra y paz de las estrellas.

Don Eugenio Gerardo Lobo. El mas justo rey de Grecia.— Los Mártires de Toledo, y Tejedor Palomeque.

*****

Vicente Guerrero. El Valiente Negro en Flandes, segunda parte.

Marcos de Castro. Disparates concertados dicen bien en todo tiempo.

A. A. Armida aplacada. O. — Angélica y Medoro. O. — El Vellon de oro. O. — Polifemo y Galatea. — Artagerges. O. — Demofoonte. O. — Demetrio. O.—Dido abandonada. O. — Siroe. O. — Niteti. O. — El Rey pastor. O. — Adriano en Siria. O. — Semiramis reconocida. O. — El Héroe de la China. O., etc.

Don Ignacio de Luzan. La Razon contra la moda.—La Clemencia de Tito. O.

Don Juan de Trigueros. Británico. T.

Don Agustin de Montiano y Luyando. Virginia. T.—Ataulfo. T.

Don Eugenio de Llaguno y Amírola. Atalia. T.

Don Antonio Merano y Guzman. En vano el poder persigue á quien la deidad protege, y mágico Apolonio.

Don Manuel Daniel Delgado. Cómo se engañan los zelos.

Don Antonio Camacho y Martinez. Vida y muerte de Thamas Kaulikan.

Don José de Lobera y Mendieta. La Muger mas penitente y espanto de caridad, la venerable hermana Mariana de Jesus, hija de la V. O. T. de penitencia de N. P. S. Francisco de la ciudad de Toledo. — Sin el oro pierde amor su imperio, lustre y valor.

Don Nicolas Gonzalez Martinez. La Tragedia anunciada es menor sucedida que esperada. —Dar honor el hijo al padre, y al hijo una ilustre madre. — Santo, esclavo y rey á un tiempo.

Don Manuel de Iparraguirre. El Enfermo imaginario.—El Avariento.

Don Antonio Frumento. Sastre, rey y reo á un tiempo, ó el Sastre de Astracan.—En vano es querer venganzas cuando amor pasiones vence.—Lances de amor, desdeu y zelos.

Don José Fernandez Bustamante. Al andar fortuna ayuda.—Al poder la ciencia vence.—No siempre el destino vence, si en su imperio amor domina, y Príncipes encubiertos.—El Sol de la fe en su oriente, y conversion de Irlanda. —En la mayor perfeccion se encuentra el mejor estado, santa Catalina de Bolonia.—Azote de la heregía y espejo de la virtud, san Jácome de la Marca.—Zelos, aun imaginados, conducen al precipicio, y mágico Diego de Triana.— El Asombro de Argel, y mágico Mahomad.

Don Antonio Pablo Fernandez. El Angel lego y pastor, san Pascual Bailon.—Los dos amantes mas finos, Píramo y Tisbe.—La Prudencia en la niñez.

Don Ramon de Arellano y Cruz. Antorcha del querer bien y venturas de himeneo.

Don Francisco Sierra. Convertirse un gran pesar en la mayor alegría.

Don José Benegasi y Luzan. Llámenla como la llamen.

Don Eusebio Ruiz Ruiz. No hay artes contra el amor, y antes que todo es mi sangre.

Don Fernando Jugazzis Pilotos. Combates de amor y ley. T.

Don Lucas Merino y Solares. El Muerto resucitado.

Don Manuel Vela. Casarse por golosina.

Don Manuel Lassala. José descubierto á sus hermanos. T.—Don Sancho Abarca. T.

Don Antonio Gonzalez de Leon. El Hijo de Ulises.

Don Nicolas Fernandez de Moratin. La Petimetra. — Lucrecia. T. — Hormesinda. T. — Guzman el Bueno. T.

Don José Cadahalso. Don Sancho García. T.

Don José Clavijo y Fajardo. La Feria de Valdemoro. Z. — Andrómaca. T. — El Heredero universal.—El Vanaglorioso.— Beltran en el serrallo.

Don Pablo Olavide. Celmira. T. — Hipermenestra. T.—El desertor frances.

Don Gaspar de Jovellanos. El Delincuente honrado.—Munuza. T.

Don Ignacio Lopez de Ayala. Numancia destruida. T.

Don Juan Lopez Sedano. Jahel. T.—El Misántropo.

Don Antonio Baza. La Criada mas leal. — Los tres mayores prodigios en tres distintas edades, y orígen carmelitano. — El Hijo de sus obras, y empeño de una banda.— El Pródigo. —Merope y Polifonte. — El Caballero y la Dama.— El Zeloso avaro. — La Verdad en el engaño. — Sacrificar el afecto en las aras del honor es el mas heróico amor. Cleonice y Demetrio. — La piedad de un hijo vence la impiedad de un padre, y real jura de Artagerges.—Paz de Artagerges con Grecia.

Don Tomas Sebastian y Latre. Británico. T. —El Parecido.—Progne y Filomena. T.

A. A. Filoctetes. T.— Los dos mas finos amantes desgraciados por amor, ó víctimas de la infidelidad. — Hallazgo, paz y privanza. — Nobleza de un fiel amigo y premio de la traicion.—Riesgo, esclavitud, disfraz, ventura, acaso y deidad.— La Magestad en la aldea. Z. —Por socorrer á una madre venderse un hijo al suplicio.—Entre el honor y el amor, el honor es lo primero.—Amor destrona monarcas, y rey muerto por amor.—Dar ser á su propio ser, ó el Osman. — El Padre de familia. — Gianguir. T. — Mal genio y buen corazon.— No hay mudanza ni ambicion donde hay verdadero amor, ó el Rey pastor.

Don Francisco Mariano Nifo. El Juicio de una muger hace al marido discreto. — La Casa de moda.—Ipsipile y Jason.—Dios protege la inocencia, Elvira, reina de Navarra. —No hay en amor fineza mas constante, que dejar por amor su mismo amante, ó la Nineti.

Don Joaquin de San Pedro. El Enfermo imaginario.

D. F. T. R. Siempre triunfa la inocencia.

Don Vicente García de la Huerta. Lisi desdeñosa, ó el Bosque del prado. — Raquel. T. —Agamenon vengado. T. — La Fe triunfante del amor y cetro, ó la Jaira. T.

José Valles. Propio es de hombres sin honor

pensar mal y hablar peor. — El mas temido andaluz.—La Margarita. — No hay fiera mas irritada que una muger indignada.

Don Enrique Ramos. El Guzman. T.

Don Narciso Solano y Lobo. La Amazona de Mongat, y Aventuras de Tequeli. — Merecer por sí la suerte quien por sí la desmerece.— El Job de la ley de gracia. — Premios son venganzas de amor.

A. A. El Tambor nocturno.—Clelia triunfante en Roma.— La Buena Nueva. — Zafira. T.— La Criada mas sagaz.—Meroe. T.—La Esposa persiana. — El Jugador. — Agamenon. T. — Siroe. T. — La Escuela de las madres. — La Enferma por amor. — Pamela, primera y segunda parte.—El Mágico Federico.—Witing. T.— Hamlet, rey de Dinamarca. T. — Ester. T. — A un tiempo esclavo y señor, y mágico africano.— Fedra. T. — No hay traidores sin castigo, ni lealtad sin lograr premio, Mecencio y Flaminio en Roma. T.

Don N. Mello. Entre los riesgos de amor sostenerse con honor, ó la Laureta.

Don N. Martinez. Gustavo Adolfo, rey de Suecia.

D. Antonio Rezano. Acrisolar el dolor con el mas filial amor.

Don N. Moron. Buen Amante y buen Amigo.

Don N. Maldonado. Triunfos de lealtad y amor, ó la Cleonice.

Don N. Ripoll. Cegar al rigor del hierro.—Antídoto de la Grecia.— Ingenio y representante, san Ginés y san Claudio. — Marta aparente.

Don Bruno Solo y Zaldivar. Triunfo de amor y lealtad, y traidor en la apariencia. — Por cumplir una palabra derramar su propia sangre.— La Bella Pastora y ciudadana en el monte. — Los Impacientes chasqueados y Burladora burlada.—El Parecido en el trono, y Traicion por la venganza. — El hombre busca su estrago, anuncia el castigo el cielo, y pierde vida é imperio, Focas y Mauricio.

Don José Cumplido. Al amor de madre no hay afecto que le iguale, ó la Andrómaca.

Don N. Carillo. Tambien lidia una muger con otra muger por zelos.

Don Manuel Fermin de Laviano. La afrenta del Cid vengada. — El godo rey Leovigildo, y vencido vencedor. — Morir por la patria es gloria, y Atenas restaurada. — La Defensa de Sevilla por el valor de los godos. — Al deshonor heredado vence el honor adquirido. — Los Pardos de Aragon. — El Sol de España en su oriente, y toledano Moisés. — Triunfos de valor y honor en la corte de Rodrigo. — La Suegra y la Nuera. — El Pretendiente y la Muger virtuosa. — La Inútil Precaucion y Barbero de Sevilla. — El Reo inocente. — Sigerico, primer rey de los godos. — La Española comandante. — La Viuda indiferente, y esquileo de Castilla. — El Tirano Gunderico. — La Toma de Sepúlveda por el conde Fernan Gonzalez. — La Bella Guayanesa. — La Restauracion de Madrid.— Valor y honor de Otontel. — La Buena Casada. — El verdadero heroismo está en vencerse á sí mismo.

Don Ramon de la Cruz Cano y Olmedilla. Quien complace á la deidad acierta á sacrificar. — Briseida. Z. — El Prado viejo por la noche. — El Niño y la Niña. — La Pragmática, primera y segunda parte. — La Prueba feliz. — Eugenia. — La Escocesa. — Portentosos efectos de la naturaleza. — El Ensayo con empeño. — El Veneno fingido. — Las Mugeres defendidas. — Los Payos en la corte. — Mas puede el hombre que amor, ó querer á dos y ser firme. — Las Superfluidades. — Las Señorías de moda. — La Tornaboda en ayunas. — El Baile de repente. — El Casero burlado. — La Fiesta de pólvora.—Danzantes sin tamboril. — Los Abates vengados. — La Fuerza de la lealtad. — La Presumida burlada. — En casa de nadie no se meta nadie, ó el Buen Marido. Z. — El Alcalde contra amor. — El Espejo de las modas. — El Barbero. — La Civilizacion. — Las Botellas del olvido. — El Marido discreto. — La Oposicion á cortejo. — El Fénix de los hijos. — Los Baños inútiles. — La Casa de los linages. — Las Máscaras de la aldea. — La Indiana. — La Embarazada ridícula. — El Fandango de candil. — El Duende. — La Hostería del buen gusto. — Las Labradoras de Murcia. Z. — La Falsa devota. — Talestris, reina de Egipto. T. — Las Petimetras. — Resultas de los saraos. — Los Convalecientes. — La Mesonerilla. Z. — Doncella, viuda y casada. — Los Propósitos de las mugeres. — La Noche buena en el monte. — El Pretendiente hablador. — El Italiano fingido. — El Chico y la Chica. — El Amigo de todos. — El Baile sin mescolanza. — El Padrino y el Pretendiente. — Los Maridos engañados y desengañados. — El Labrador y el Usía. — La Comedia de Valmojado. — La Giganta en Madrid. — El Divorcio feliz, ó la Marquesita.— Juanito y Juanita. — —Los Destinos errados. — El Tordo hablador. — Los Hombres con juicio. — El Licenciado Farfulla. Z. — El Desco de seguidillas. — Inesilla la de Pinto. — El Heredero loco. — La Señorita displicente. — El Cortejo escarmentado. — El Alcalde boca de verdades. — La Olimpiada. — Ramos de huésped. — Las Zagalas del Genil. Z. — Los Pobres con muger rica, ó el Picapedrero. — El Porqué de las tertulias. — El Diablo autor aburrido. — Los Fastidiosos.— La Amistad, ó el Buen Amigo. — El Refunfuñador. — La Tertulia de la estafa. — La Enferma de mal de boda. — Clementina. Z. — La Comedia casera. — El Almacen de novias. — La Feria de la Fortuna. — El Tio y la Tia. — Las Tres Graciosas. — Los Payos y los Soldados. — La Devocion engañosa. — La Merienda á escote. — La Isla de amor. Z. — La Centinela. — El Sombrerito. — Las Frioleras. — La Espigadera, primera y segunda parte. — El Abate diente agudo.— Los gigantones. — El Maestro de la niña. Z. — Los Picos de oro. — El Petimetre. — El Severo Dictador y vencedor delincuente, La-

cio Papirio y Quinto Fabio. — La Comedia de carpinteros. — El Premio de las doncellas. — Los Segadores festivos. — El tio Tuétano. — Los Payos hechizados. — La Orquesta femenina. — El Marido sofocado. — Los Criados simples. — La Retreta. — Las Segadoras de Vallecas. Z. — El Mercader vendido. — La Maja majada. — La Discreta y la Boba. — El Dia de campo, primera y segunda parte. — Manolo. — Las Majas en el ensayo. — La plaza Mayor de Madrid por Navidad. — Los Abates y las Majas. — El Hospital de los tontos. — Bayaceto. T. — Los Novios espantados. — Las dos Viuditas. — El Casado por fuerza. — El Estranjero. Z. — El Mal de la niña. — Los Cazadores de lindas. — El Hablador. — Fineza de los ausentes. — Garzon fingido. — Músicos y danzantes. — La Fantasma. — El Careo de los majos. — La Escuela. — Las Damas apuradas. — Zara. — Donde las dan las toman, ó los Zapateros y el Renegado. — Los Vaqueros de Aranjuez. — La Comedia de Maravillas. — La Bella Criada. — La Falsa devocion. — La Chupa bordada. — El Espejo de los padres. — Los Volatines pesados. — La Academia del Ocio. — El Caballero don Chisme. — La Isla desierta. — El Enemigo de las mugeres. — El Filósofo aldeano. Z. — El Pollo. — Las Castañeras picadas. — Chiribitas el Yesero. — El No. — Monsieur Corneta, ó el Cochero Simon. — El Meson por Navidad. — Las Mahonesas. — Don Soplado. — La Sosa. — La Viuda hipócrita. — El Sarao. — El Reverso del sarao. — La Molinera espantada. — Zelinda. T. — Los Cuatro Barrios. — El Cortejo fastidioso. — Las Calceteras. — El Sueño. — El Retrato hablador. — El Nacimiento á lo vivo. — Los Hombres solos. — Las Tertulias de Madrid. — Los Viejos verdes. — Sesostris, rey de Egipto. T. — El Teatro por dentro. — Ecio triunfante en Roma. T. — Los dos Libritos. — La Crítica. — La Visita de duelo. — El Agente de sus negocios. — Los Escrúpulos de las damas. — La Academia de música. — El Majo de repente. — El Triunfo del interes. — — Las Fiestas útiles. — Los Hijos de la paz. — Los Impulsos del placer. — La Petra y la Juana, ó el Casero prudente. — El Alcalde limosnero. — El Ensayo casero, primera y segunda parte. — La Viuda burlada. — El Café estran ero. — Las Amazonas modernas. — El Gracioso picado. — El Hijito de vecino. — El Abaniquero. — La Bella Madre. — La Funcion completa. — La Botillería. — El Chasco de las arracadas. — Los Majos vencidos. — Cayo Fabricio. — Tres, y de las tres ninguna. — El Pleito del pastor. — La Música á oscuras. — Las Señoras forasteras. — El Retrato. — Cenobia. — Las Piedras de san Isidro. — — Poner la escala para otro. — El Médico y los Cautivos. — Las Máscaras de Madrid. — El Hospital de la moda. — La Capilla de cómicos. — Las Foncarraleras. Z. — El Burlador burlado. — Las Buenas Vecinas. — La Despedida. — El Forastero prudente. — El Entierro de la Compañía de Ribera. — Las Escofieteras. — Los Cómicos en Argel. — El Aderezo bien pagado. — El Caballero de Medina. — El Buñuelo. — La Avaricia castigada, y los Segundones. — La Víspera de san Pedro. — El Rey Pastor. — El Tio Felipe, primera y segunda parte. — El Rastro por la mañana. — El Casamiento desigual, ó los Butibambas y Mucibarrenas. — Los Payos en el ensayo. — El Padre indulgente. — El Maestro de rondar. — Las Presumidas burladas. — Oposicion á sacristan. — Las Pescadoras. Z. — La Pradera de San Isidro. — El Novio rifado. — Las Majas vengativas. — El Peluquero, primera, segunda y tercera parte. — La Noche de San Juan. — La Noche de San Pedro. — La Venganza del verdillo. — Los Ociosos, etc.

Don Cándido María Trigueros. Buena Esposa y mejor Hija, la Necepsis. T. — Egilona. T. — El Precipitado. — Duendes hay, señor don Gil. — Los Menestrales.

Don Tomas de Iriarte. Hacer que hacemos. — El Mercader de Smirna. — El Amante despechado. — El Malgastador. — El Aprensivo. — La Pupila juiciosa. — El Mal Hombre. — La Escocesa. — El Filósofo casado. — El Huérfano inglés, ó el Ebanista. — El Huérfano de la China. T. — Guzman. — La Librería. — El Señorito mimado. — El Don de gentes. — La Señorita mal criada.

Don Leandro Fernandez de Moratin. El Viejo y la Niña. — La Comedia Nueva. — Hamlet. T. — El Baron. — La Mogigata. — El Sí de las Niñas. — La Escuela de los Maridos. — El Médico á palos.

Don Juan Melendez Valdés. Las Bodas de Camacho.

Don Cristóval María Cortés. La Casa sobre el buen tono. — Atahualpa. T. — Eponina. T.

Don José Sedano. La Posadera feliz, ó el Enemigo de las mugeres. — La Pasion ciega á los hombres. — Silesia. T.

Don N. Isunza. Lidiar amor y poder hasta llegar á vencer, y Seleuco, rey de Siria.

Don Juan Climaco Salazar. Mardoqueo. T.

Don N. Tudó. La Muger honrada.

A. A. La Constancia española y Sitio de Calahorra. — Troya abrasada. T. — Mitrídates. T. — La Restauracion de Oran. — Berenice en Tesalónica. — La Viuda gaditana. — Don Rodrigo de Vivar. — Cuál es afecto mayor, ó el Triunfo de Tomiris. — Temístocles. T. — Zaida. T. — Guillermo de Hanau. T. — Gerges. T. — Jonatas. T. — Beverley, ó el Jugador inglés. — Razon, justicia y honor triunfan del mayor valor, ó Alejandro en Scútaro. — Kaulikan, rey de Persia.

Don Diego Rejon de Silva. Gabriela de Vergi. T.

Don Pedro Perez de Guzman, duque de Medinasidonia. Ifigenia. T. — Hernan Cortés. T.

Don Vicente Camacho. Demetrio en Siria.

Don Lorenzo de Villarroel, marques de Palacios. Ana Bolena. T. — El Duque de Alburquerque. T. — El Conde don Garcisanchez. T. — Hernan Cortés. T. — El conde de Soré. T. — Artabano. T. — Abdolomino. T. — Alejandro el Noble. T. — Ana de Cleves. T. — El

Duque de Somerset. T.—Semíramis. T.—Apocouque. T.

Don Juan Pablo Forner. El Filósofo enamorado, ó la Escuela de la amistad.

Don Alvaro María Guerrero. El Hidalgo tramposo.

Don Juan Pison y Vargas. El Rutzvanscadt, ó el Quijote trágico.

Don Ignacio García Malo. Doña María Pacheco. T. — El Demofoonte. — Coriolano. O.

Don José Joaquin Mazuelo. Sofonisba. T.

Don Lorenzo Daniel y don Alonso Antonio Cuadrado. La Toma de San Felipe por las armas españolas.

Don Alonso Antonio Cuadrado. El Valor de las Murcianas contra lunas africanas.

Doña N., condesa del Carpio. La Aya francesa.

Fermin del Rey. Defensa de Barcelona por la mas fuerte amazona. — La Enemistad mas cruel por suerte, amor y venganza. — La Fiel Pastorcita, y Tirano del castillo. — La Viuda generosa. — Caprichos de Amor y Zelos. — El Prisionero de guerra, ó un curioso accidente. — La Buena Criada. — La Faustina. — Polixena. — Anfriso y Belarda, ó el Amor sencillo. — Hernan Cortés en Tabasco. — La Modesta Labradora. — Areo, rey de Armenia, ó la Elicene.

Don N. Villaverde. Zoraida, reina de Tunez. — Alfonso VIII en Alarcos. — El Bastardo de Suecia.

A. A. El Criado de dos amos. — Ariadna abandonada en Naxos. — La Muger variable. — El Comerciante inglés. — Telémaco. — El Tirano de Lombardía. — Esmaltes del honor, virtud, lealtad y valor, ó la Esposa fiel. — Cosroas y Heraclio. — El Médico supuesto. — Alexis. — Los Juegos olímpicos. — Avelino, ó el Gran Bandido. — Lina. T. — La Virtud en la indigencia. — El Calderero y la Vecindad. — La Madre engañada. — Amalia, ó la Ilustre Camarerita. O.—El Mágico de Candahar. — Union del reino de Aragon con el condado de Barcelona. — A falta de hechiceros lo quieren ser los gallegos.—El Faeton. — Los Desgraciados felices, ó Acmet el Magnánimo. — El Optimista.

Don Domingo Botti. El Logrero, etc.

Luis Moncin. De dos enemigos hace el amor dos amigos.—El Triunfo de las Roncalesas. — El Viejo impertinente.—La Virtud premiada, ó el verdadero Buen Hijo. — De un acaso nacen muchos. — Quedar triunfante el rendido y vencido el vencedor, Codro el Ateniense. — El Queso de Casilda. — Cómo ha de ser la amistad. — Herir por los mismos filos. — Amistad, Lealtad y Amor saben vencer el rigor. — El Feliz Encuentro. — La Buena Madrastra. — El Castigo en la traicion, y triunfante el perseguido. — La Restauracion de Astorga. — Crueldad y sinrazon vencen astucia y valor, ó Maxencio y Constantino. — El Embustero engañado. — Olimpia y Nicandro. — Lograr el mayor imperio por un feliz desengaño. — Para averiguar verdades el tiempo el mejor testigo, ó el Hijo de cuatro padres. — Sertorio el Magnánimo. — Los Esposos reunidos. — La dicha viene cuando no se aguarda. — Un Montañes sabe bien donde el zapato le aprieta. — Persecuciones y dichas de Raimundo y Mariana. — Hallar en su misma sangre el castigo y el baldon, y crueldad de Mitridates. — La mas heróica piedad mas noblemente pagada, y el Elector de Sajonia. — El Asturiano en Madrid, y Observador instruido. — Hechos heróicos y nobles del valor godo español. — La muger mas vengativa por unos injustos zelos, etc.

Don N. Ramonell. La Conquista de Mallorca.

Don Pedro Estala. El Pluto.—Edipo Tirano. T.

Don Mariano Luis de Urquijo. La Muerte de César. T.

José Concha. La Desgraciada Hermosura doña Ines de Castro. — El Matrimonio por razon de estado. — Narsetes. T. — Antes que todo es el rey.—El honor mas combatido, y crueldades de Neron. — La Nuera sagaz. — El mas heróico Español. — Mustafá. T.— La Pérdida de España. — La Restauracion de España. — Mas sabe el loco en su casa que el cuerdo en la agena, y natural vizcaino. — A España dieron blason las Asturias y Leon, y triunfos de don Pelayo. — Ciro, príncipe de Persia. — La Inocencia triunfante. — Premia el cielo con amor de Cataluña el valor, y glorias de Barcelona. — Orestes. T. — El Rencor mas inhumano de un pecho aleve y tirano, y Condesa Jenovitz.

Don José Ortiz y Sanz. Orestes en Sciro. T.

Antonio Robles. Blanca y Guiscardo. — Manlio Capitolino. T. — Gústavo Wasa. T. — Ifigenia en Tauris. T. — Scipion en Cartagena. — El Mudo.

Don Antonio Valladares y Sotomayor. A Suegro irritado Nuera prudente. — El Frances generoso. — A diluvios de desdenes cura tempestad de zelos. — El Encanto por amor. — Faltar á padre y amante por obedecer al rey, ó la Etrea. — A gran mal gran resistencia. — El Hombre singular. — La Enriqueta. — La Escuela de las mugeres. — El Desafío feliz. — Este es el mayor placer que el hombre puede tener. — El Amigo verdadero. — La Elmira. — De la mas fiera crueldad sabe triunfar la virtud. — Curar los males de amor es la física mayor. — Constantino y Fausta. — Buscar el mayor peligro y hallar la mayor fortuna. — Atis y Erinice. — El Católico Recaredo. — El Conde Werwick. — El Dichoso por la suerte y tambien por la eleccion. — El Comerciante de Burdeos. — Rufino y Aniceta. — El Culpado sin delito. — Amarse sin verse. — Adelaida, reina de Francia. — Beneficios reiterados con ingratitud pagados. — El Capitan y el Alférez, ó la Simple discreta. — De la sepultura al trono. — El Engaño amoroso. — Castigar con la fineza. — De fieras hace amor hombres. — Samir y Dircea. — — El Vasallo Rey. — Los dos famosos Manchegos, y Máscaras de Madrid. — Las Cuatro Naciones, ó la Viuda sutil. — La Posada feliz.

— El Usurero zeloso. — Sidney y Wolsan. — La Maleta. — El Preso por amor, ó el Real Encuentro. — Obsequiar y aborrecer. — Las Vivanderas ilustres. — Nunca el rencor vencer puede adonde milita amor. — El Vinatero de Madrid. — Trápala y Tramoya. — Los Acasos de una noche. — No hay solio como el honor. — Los Maragatos de Astorga. — No hay cosa que no se sepa. — El Trapero de Madrid. — Cuál mas obligacion es, la de padre ó la de juez. — La Noche crítica. — El Miliciano. — Lealtad, Traicion é Inocencia, ó Sifiro y Etolia. — Los Tios y los Sobrinos. — El Matrimonio deshecho.—Quien no pretende no alcanza. — El Rey es primero. — Efectos de la virtud y consecuencias del vicio. — — La Fundacion de Madrid por Manto y Ocno Bianor. — El Grito de la naturaleza. — Saber premiar la inocencia y castigar la traicion. — Los Huérfanos. — La sangre sin fuego hierve. — La Amistad mas bien pagada. — El Marido de su hija. — El Tutor zeloso. — Despreciar una corona. — La Virtud premiada. — El Baron de Sinflock. — Las Máximas de un buen padre para hacer bueno á un mal hijo. — El Príncipe de Condé. — Hoy don Juan y ayer don Diego. — La Isabela de Plimout. — El Laomedonte. — El Hombre mordaz. — Los Jardineros amantes. — La Magdalena cautiva. — El Fabricante de paños. — Los Hermanos fingidos. — El Mentor. — Los Criados embusteros. — Esceder en heroismo la muger al héroe mismo, ó la Emilia. — Guzman el Bueno, gobernador de Tarifa. — Saber del mayor peligro triunfar sola una muger, ó la Elvira. — El Emperador Alberto, ó la Adelina, primera y segunda parte. — El Galeote cautivo. — Defensa de la Coruña por la heróica María Pita. — El Carbonero de Lóndres. — A una grande heroicidad pagar con otra mas grande. — La Dicha por un delito. — Eduardo III. — Cautelas contra finezas.—Las Buenas costumbres.—Damon y Roselia.—El Mágico de Astracan.—Eduardo IV. —El Sitio de Landau.—El Mágico del Mogol.— Etolia y Menope. — Empeños de un abanico. —Por Esposa y Trono á un tiempo, y Mágico de Servan. — Eduardo VIII. — La Amistad es lo primero. — El Mágico por amor. — Egilona, viuda del rey don Rodrigo. — El Enfermo por amor. — Conseguir sin pretender. — El Degradado. — Spártaco en Roma. — Eufrosina. — Otro segundo Faeton tambien roto en Valdemoro.

Don N. Rodriguez. El Feliz hallazgo, ó el Abate mas astuto.

Don Bernardo María de Calzada. La Subordinacion militar. — Caton en Útica. T. — Motezuma. T. — Alcira. T. — El Hijo natural.

Don Agustin de Silva, conde-duque de Aliaga. Las Troyanas. T. — El Sofá.

D. N. Menchero. Brahen Ben Alí. T.

Don Francisco Messeguer. El Chismoso.

Don Francisco Duran. La Industriosa Madrileña, y Fabricante de Olot.

A. A Los Amantes engañados, ó los Falsos Reclos. — El Delirio, ó las Consecuencias de un vicio. O.—Matilde de Orleim.—Los Amantes generosos. — El Sacrificio de Isaac. O. — El fruto de un mal consejo contra el mismo que le da. — La Merienda de horterillas. — Los Títeres, ó lo que es el mundo. — Ricardo Corazon de Leon. O. — Los Peligros de la corte. — Juanito y Rosita. — El Jóven Cárlos. — Las dos Hermanas. — Los Viajes del emperador Sigismundo, ó el Escultor y el Ciego. — El Reloj de madera. O. — Las Minas de Polonia. — Una hora de ausencia. — Los Forasteros en Madrid. — El Molino de Kléber. — El Hombre de la Selva Negra, ó el Pícaro honrado. — Las Esposas vengadas. — Idomeneo. O. — El Sordo en la posada. — La Andria. — Las Ruinas de Babilonia.—Los Palos deseados. — Las Cárceles de Lamberg. — La Madrastra. — La Escuela de los plebeyos.

Don Nicasio Alvarez de Cienfuegos. Las Hermanas generosas. — Idomeneo. T. — Zoraida. T. — La Condesa de Castilla. T. — Pitaco. T.

Don Luciano Francisco Comella. Catalina II, emperatriz de Rusia. — Catalina II en Cronstadt. — Federico II, rey de Prusia. — Federico II en el campo de Torgau. — Federico II en Glatz. — La Jacoba. — La Cecilia, primera y segunda parte. — El Pueblo feliz. — Luis XIV el Grande. — La Buena Esposa. — El Abuelo y la Nieta. — El Buen Hijo, ó María Teresa de Austria. — Ino y Temisto. T. — El Buen Labrador. — María Teresa de Austria en Landau. — El Error y el Honor. — La Escocesa de Lambrun. — El Tirano Gesler. — El Casado avergonzado. — El Tirano de Ormuz. — Doña Inés de Castro. — Los Esclavos felices.—La Dama desengañada. — La Cifra. O. — El Hijo reconocido. — Ino y Neyfile. — La Isabela. O. — La Moscovita sensible. — La Novia impaciente. — Doña Berenguela. — La Dama sutil. — Los Dos Amigos. — El Hombre agradecido. — El Estatuario griego. — El Dichoso arrepentimiento. — El Engaño desengaño. — El Sitio de Calés. — Los Falsos Hombres de bien. — El Ayo de su hijo. — El Fénix de las mugeres, ó la Alceste. — La Escuela de los zelosos. O. — El Hombre de bien. — Natalia y Carolina. — La Familia indigente.—La Judit castellana. — Asdrubal. T. — Los Amantes de Teruel. — El mayor rival de Roma, Viriato. T. — La Razon todo lo vence. — Siquis y Cupido. — El Ardid militar. — Los Hijos de Nadasti. — El Hombre singular, ó Isabel I de Rusia. — Cadma y Sinoris. — Nina, ó la Loca por amor. O. —El Fénix de los criados, ó María Teresa de Austria. — Los Amigos del dia. — El Matrimonio secreto. O. — Cristóval Colon. — Pedro el Grande, czar de Moscovia. — Séneca y Paulina. — Andrómaca. —El Avaro.—Alejandro en Oxidraca.— Los Amores del conde de Cominges. — El Indolente. — Las Lágrimas de una Viuda. — La Enferma fingida por amor. O. — El Negro

sensible. — Hércules y Deyanira. — Cristina de Suecia, etc.

Don Francisco Copons. Ramona y Roselio. O.

Don Francisco Rodriguez de Ledesma. Mahoma. T. — El Petardista adulador. — El Vicioso celibato. — Lucrecia Pazzi. T. — La Moda. — Virginia romana. T. — Leonido, ó el Amor desgraciado. — La Clemencia de Tito.

Don Vicente Rodriguez de Arellano. Jerusalen conquistada por Gofredo de Bullon. — El Zeloso don Lesmes. — El Atolondrado. — La Parmenia. — Marco Antonio y Cleopatra. — Soliman II. — El Esplin. — Dido abandonada. — La Atenea. — La Noche de Troya. — Armida y Reinaldo, primera y segunda parte. — La Muger de dos Maridos. — El Pintor fingido. — Augusto y Teodoro, ó los Pages de Federico.—El Sitio de Toro, y noble Martin Abarca. — El Duque de Pentiebre. — A Padre malo buen Hijo.—La Dama labradora. — El Marinerito. O. — El gran Seleuco. — La Reconciliacion, ó los dos Hermanos. — Clementina y Desormes. — La Opera cómica. O. — La Fulgencia, ó los dos Maniáticos. — Cecilia y Dorsan.

Don Santos Diez Gonzalez. Amfitrion. — El Casamiento por fuerza.

Don Gil Lorena de Arozar. La Lealtad, ó la Justa Desobediencia.

Doña María Rosa Galvez. Saul.—Blanca de Rossi. T.—Safo.—Florinda. T. — Amnon. T. — Zinda. T. — Ali-Beck. — La Delirante. — Catalina, ó la Bella Labradora. — Un loco hace ciento.

Juan Gonzalez del Castillo. Numa. T. — La Madre hipócrita. —El Ventorrillo por la mañana. — El Gato. — El Chasco del manton. — El Payo de la carta. — El Soldado fanfarron, primera, segunda y tercera parte. — Los Zapatos. — El Maestro Pezuña. — Casa de vecindad de Cádiz, etc.

Don Manuel José Quintana. El Duque de Viseo. T. — Pelayo. T.

Don Gaspar de Zavala y Zamora. La Justina. —El Amor perseguido y laVirtud triunfante. — El Naufragio feliz. — Tener zelos de si mismo. — El Triunfo del Amor. — Sitio y toma de Breslau. — El Premio de la humanidad. — Cenobia y Radamisto. T.—El Amante generoso. — El Perfecto Amigo. — Semiramis. T. — El Dia de campo. — El Amor constante, ó la Holandesa. — La Tamara, ó el Poder del beneficio. — Alejandro en Sogdania. — Llegar á tiempo. — El Bueno y el Mal Amigo. —Aragon restaurado por el valor de sus hijos. — Palmis y Oronte. — Cárlos V sobre Dura. — La mas heróica Espartana. — El Rey Eduardo III. — El Imperio de las costumbres. — El Confidente casual. — La Destruccion de Sagunto. — La Tienda de joyería. — Faustina y Jenwal. — La mayor piedad de Leopoldo el Grande. — Selico y Belisa. — Por ser leal y ser noble dar puñal contra su sangre, y la Toma de Milan.— Los Esteriores engañosos. — Las Víctimas del amor, Ana y Sindham. — Eurídice y Orfeo, ó el Amor constante. — Una Pieza cómica que no es Pieza cómica. — La Hidalguía de una Inglesa. — El Czar Iwan. — El Calderero de San German. — El Amante honrado. — Las Tramas de Garulla.—Adriano en Siria. —La Real Clemencia de Tito. T. — El Amor dichoso. — Cárlos XII, rey de Suecia, primera, segunda y tercera parte.—Ser vencido y vencedor, Julio César y Catón.—El Soldado exorcista. — Belerofonte en Licia.

Juan Lopez Estremera. Los Espósitos, etc.

A. A. El Matrimonio casual.—A Picaro pícaro y medio. — Una Travesura. — El Negro y la Blanca. — Los Valientes en la aldea. — La Prueba caprichosa. — El Divorcio por amor. —Los Toros de Juan Tuerto.—El Carpintero de Livonia. — Ginebra de Escocia. — La Intriga por las ventanas. — El Anciano y los Jóvenes.—La Esposa culpable.—El Sombrero que habla. — Blanca de Borbon. T. — Quien porfia mucho, alcanza. — El Contrado anulado.—La Casa en venta. — A Perro viejo no hay tus tus. O.— La Novia de Gandul. — Los dos Ayos. — El Ermitaño del monte Posilipo.—La Intriga epistolar.—Mi Tia Aurora. O. — Mentira contra mentira. — El Tio Legaña. — La Correccion maternal.— El Capítulo segundo.—La Ines. — La Novia colérica. — El Fin del Pavo. — La Griselda. O. — El Bosque de Senart.—Los Vecinos.— El Secreto. O. — La Tertulia estravagante. — El Médico turco. O. — La Prueba de la ausencia —Ademar y Adelaida. — Guerra abierta. — La Familia árabe. T. — El Cuadro.— La Vestal. O.—Rómulo y Ersilia.

Don Juan Francisco Pastor. Pablo y Virginia.

Don N. Rebolleda. El Amor y la Intriga.

Dionisio Solís. Romeo y Julieta. — El Hijo de Agamenon. T.—Tello de Neira. T. — Misantropía y arrepentimiento. — Juan Calás, ó la Escuela de los jueces.

Don José Vargas Ponce. Abdalasis. T.

Don Simon de Viegas. El Rábula, ó el Abogado hablador.

Don Andres Miñano. El Gusto del dia.

Don Antonio Sabiñon. Alejandro en la India. — Los Hijos de Edipo. T. — La Muerte de Abel. T.—Cleonice.

Don G. W. y M. El Conde de Korff en Thionville.

Don Julian de Velasco. La Muger zelosa.

Don Tomas García Suelto. El Cid. T.—El Solteron y su Criada.

Don Andres de Mendoza. La Lugareña orgullosa.

Don Agustin García de Arrieta. El Conde de Olsback.—El Zeloso confundido.

Don Juan Francisco del Plano. La Orgullosa. —Gombela y Suniada. T.

Don Félix Enciso Castrillon. El Distraido. — El Español y la Francesa.— Gerarda y Dorotea.—El Teatro sin actores.—Hijo legítimo y natural. — El Reconciliador, ó el Hombre amable.—La Comedia de repente.

Don N. Isusquiza. El Zeloso y la Tonta.

Don José Marchena. Polixena. T.—El Hipócrita. —La Escuela de las mugeres.

Don Francisco Gonzalez Estéfani. El Padre de familia.

Don Teodoro de la Calle. Otelo, ó el Moro de Venecia. T. — Macbeth. T. — Blanca y Moncasin. T.

Don Francisco Sanchez Barbero. Coriolano. T.

Don Manuel Estrada. El Abate Lepée.

Don Antonio Marques. El Aguador de Paris.— La Recompensa del arrepentimiento.

Don Tomas Alvear. Los Desengaños.

Don Eugenio Tapia. Agamenon. T.—Cosroas y Siroe. — Adolfo y Clara, ó los dos Presos. O. —El Califa de Bagdad. O.— El Preso ó el Parecido. O.

A. A. Las Mocedades de Enrique V. — Oscar. T.—La Criada Ama. O.—La Misantropía desvanecida.—La Posadera chasqueada.—Alina, reina de Golconda. O. — Una mañana de Enrique IV.—El Error de un buen padre.—Los dos Yernos. — La Urraca ladrona. — Juan de Paris. O.—El Filinto, ó el Egoista.—El Opresor de su familia.—La Optica moral.—La Estatua.—El Sobrino fingido.—Las Cuatro Puertas de calle.—Las Visitandinas. O. — El Rey Fernando en Bayona.—El Sermon sin fruto. —El Desafío y el Bautizo. — La Musa aragonesa, ó los Poetas.

Don Miguel Sarralde. Los Rechazos. — Los Gemelos.

Don José Mor de Fuentes. El Calavera. — La Muger varonil.

Don José Rangel. Los Templarios. T. — Felipe II. T. — Motezuma. T.

Don Manuel Bravo. El Certámen poético. — Los Compromisos. — La Llegada oportuna.— Los Parvulitos.

Don José María Carnerero. Citas debajo del olmo. — Elvira y Perci, ó los Efectos de la violencia. T. — El Viajante desconocido. — La Novicia. — La Huerfanita. — La Campanilla ó el Diablo page. O. — La Antesala.

Don Francisco Altés y Gurena. El Conde de Narbona. T. — El Conde de Cominges.—Gonzalo Bustos. T. — El Espósito, ó el Mozo de café.

José Maqueda. Sancho Panza en su gobierno. — El Entierro de don Guillermo.

A. A. La Noche de un Proscripto. — El Desquite. — El Pregunton y el Cadete. — La Comedianta. — La Cabeza de Bronce, ó el Desertor húngaro.— El Panarizo de Federico II, ó la Peticion estravagante. — No se compra amor con oro. O. — El Adivino por casualidad, ó el Diamante perdido. — Omasis, ó José en Egipto. T. — Los Hermanos á la prueba. — El Turco en Italia. O. — Cárlos y Carolina, ó los Esposos perseguidos. — La Condesa de Collado Herboso. O. — La Fuerza de la ley, ó la Corona de laurel. — El héroe Mina en los campos de Arlaban.— El Alcalde de Sardam, ó la Taberna holandesa.—La Familia á la moda. — Marco Antonio. O. — El Hombre gris. — La Cenicienta. O.— El Perro de Montargis. — Juanita y Felipe. O. — La Treinta y una. O.

Don Luis de Mendoza. Padilla. T.

Don Angel de Saavedra Ramirez de Baquedano. Aliatar. T. — Lanuza. T.

Don José Joaquin de Mora. Nino II. T.

Don Francisco Martinez de la Rosa. Lo que puede un empleo. — La Viuda de Padilla. T. — La Niña en casa y la Madre en la máscara.

Don Fernando Cagigal, marqués de Casa-Cagigal. El Matrimonio tratado. — Los Perezosos. — La Sociedad sin máscara. — La Educacion. — El Murmurador. — El Engaño feliz. O.

A. A. El Donado fingido. — La Pierna de palo. O. — La Italiana en Argel. O. — Los Huéspedes, ó el Barco de vapor. — Los Ladrones de Calabria. — Seguir dos liebres á un tiempo.— La Equivocacion, ó los dos Mendozas. — El Baron de Felsheim. — El Amigo íntimo.— El Monte de San Bernardo. O. — Leon de Norbel, ó el Preso de Stocolmo. — El Fundador de las casas de niños espósitos Vicente Paul. — El Leñador escoces. — Vasconia salvada. T. — Cayo Graco. T. — El Remordimiento, ó la Capilla de Glenstor. — Roma libre. T. — — Virginia. T. — Federico y Carlota, ó el Hijo asesino del Padre por socorrer á su Madre. — El Supuesto Estanislao.

Don Manuel Eduardo Gorostiza. Indulgencia para todos. — El Jugador. — El Amante jorobado. — Tal para cual, ó los Hombres y las Mugeres. — Don Dieguito. — Las Cuatro Guirnaldas. — Las Costumbres de antaño.

DON JUAN BAUTISTA DIAMANTE.

EL HONRADOR DE SU PADRE.

Nadie ignora que el gran poeta Corneille asegura que tomó su *Cid* de la comedia de don Guillen de Castro titulada las *Mocedades del Cid;* don Guillen de Castro es en efecto bastante anterior al primer dramático frances. La comedia que insertamos á continuacion gira sobre el mismo asunto, y basta confrontarla con la tragedia de Corneille para ver que forzosamente uno de los dos autores tradujo al otro *ad pedem literæ* en varias escenas: — es imposible atribuir á una coincidencia casual la igualdad absoluta que se advierte en ambas composiciones en la escena, por ejemplo, entre don Diego y el conde. Esa escena es muy diferente en don Guillen de Castro.

Ahora bien, Corneille no hace mencion para nada de la comedia de Diamante; luego seria preciso para esplicar esta coincidencia de pensamientos, que Diamante le hubiese copiado á él. Para los que saben que Diamante es contemporáneo de Corneille, esto, aunque no es probable, tampoco es imposible; pero Voltaire y La Harpe que dan por supuesto que Diamante *es anterior* á don Guillen de Castro, ¿cómo no advirtieron que la tragedia de Corneille se parece mucho mas que á la de este último al *Honrador de su padre?* Por lo que respecta á La Harpe, es cosa que se esplica muy bien considerando que era tan docto en punto á literatura española que, sobre decir que nuestro teatro es *insulso* y *chocarrero*, supone que la accion del Cid pasa en el siglo XV. Con esto está dicho todo. Pero Voltaire que, arrastrado por su insoportable prurito de echarla de gracioso á todo trance, se esfuerza por poner en ridículo pasages muy bellos de la comedia de Diamante *, y que por consiguiente hubo de leerla sin duda, aunque no siempre la entendió **, no debió omitir en sus *Comentarios* que la citada escena entre el conde y don Diego es exactamente la misma que pone Diamante entre ambos, añadiendo, pues asegura que Diamante es anterior á Corneille, que este la tradujo de aquel. Nosotros nos guardarémos muy bien de asegurarlo, primero porque Corneille no lo dice, y segundo porque ignoramos si Diamante compuso el *Honrador de su padre* antes ó despues que Corneille su *Cid*. Lo único que consta es que debieron mediar entre la publicacion de ambas composiciones muy pocos años de diferencia, pues ambos autores florecieron á mediados del siglo XVII. Corneille nació en 1606 y es de presumir que Diamante naciese tambien por la misma época. Lo único que resulta evidentemente de la lectura de ambas composiciones es que uno de los dos autores tradujo al otro en la escena que ya dos veces hemos citado, — y nos circunscribimos á ella á fin de no

* Tal es por ejemplo aquel en que el jóven Cid, arrebatado por su justa cólera, desafía al conde proponiéndole el duelo en estos hermosos versos, tan propios de la situacion y de las costumbres de la época:

Y así en campaña, en poblado	A caballo, á pié, con peto,
De noche ó de dia, al cielo	O sin él, á espada, ó lanza
Claro ó á la sombra oscura,	A vuestro arbitrio!...

De esto se burla Voltaire, procurando ponerlo en ridículo; mas con tan poca gracia y con tan poca razon que solo consigue ponerse en ridículo á sí mismo.

** Y en efecto, Voltaire supone que el *garçon gracieux,* Nuño, es el que ha retratado á Jimena y así le encaja lo de *grande pintor,* que dice el Cid del verdadero retratista:

Nuño. En palacio ha sido	.....
Que es donde el pintor la vido,	*Rodrigo.* ¡Grande pintor!
Al pasar.....	

Con tal ligereza trataba Voltaire así las cosas mas insignificantes como las mas serias. Por supuesto que este error le da márgen para soltar unos cuantos chistes contra la comedia de Diamante. ¡Qué diferencia entre el respeto en que inclinaba Corneille su venerable frente ante nuestros grandes poetas y el tono petulante y necio con que los insulta el gran filósofo del siglo XVIII!

*****

embrollar la cuestion; pero mientras no tengamos algun documento auténtico en que apoyarnos para decidir quien fué el plagiario, no considerarémos resuelta la duda. Siempre es muy arriesgado resolver por conjetura cuestiones de hechos. No es probable que Diamante copiase á Corneille, pero tampoco lo es que Corneille, cuya buena fe es notoria, ocultase que habia copiado á Diamante, si en efecto le copió. Lo que verdaderamente es muy estraño es que Voltaire que tanto escribió sobre el *Cid*, no se hubiese tomado el trabajo de averiguar en qué época salió á luz la comedia de Diamante, con lo que se hubiera ahorrado el trabajo de repetir cien veces un mismo desatino, y le hubiera quedado mas tiempo para revelar á la posteridad verdades tan luminosas como esta: « Nunca se habia sabido hasta entonces (alude al siglo de Corneille) hablar al alma en ninguna nacion *. » Los mayores enemigos de Voltaire no podrán negarle sin injusticia entre otras prendas mejores, una osadía á toda prueba.

El Honrador de su padre es una comedia poco conocida, llena de irregularidades, pero tambien de bellezas de primer órden. Nos parece no obstante inferior á la de don Guillen de Castro, que no hemos incluido en esta obra por ser muy conocida, á causa de las muchas traducciones que se han hecho de ella.

PERSONAS.

RODRIGO DE VIVAR.
JIMENA.
DIEGO LAINEZ.
El conde LOZANO.
El rey DON FERNANDO.
URRACA, infanta.
ELVIRA, criada de Jimena.
NUÑO, gracioso.
DON SANCHO.
Un criado y acompañamiento.

JORNADA I.

Salgan ELVIRA, y NUÑO.

Nuño. Este papel de Rodrigo
Es para tu ama, Elvira.
Elv. Dámele, Nuño, mas mira
Que llega el conde.
Nuño. Conmigo
Acaba, en esta ocasion,
Quisiera yo estar de mi
Mil leguas.

Sale el Conde.

Conde. ¿Qué haceis aquí?
Hablad.
Nuño. Y es mucha razon,
Aquí me manda empalar.
Conde. Di tú, ¿qué quiere este hombre?
Elv. Es criado.
Nuño. ¿Dijo el nombre?
Elv. De Rodrigo de Vivar.
Nuño. No señor, pintor he sido
Y á ver cuadros entré aquí.
Conde. Nunca de vos lo entendí.
Nuño. Por ensalmo lo he aprendido,
Misterio tiene el dislate,
Que enviar mi amo ordena,
En mi lugar á Jimena
Un pintor que la retrate.
Conde. A Rodrigo le diréis
Que lo que le estimo crea
En esta accion, cuando vea
Que de mi casa volveis.
Nuño. Eso de volveis me huele
A libertad.
(*Cógele de los cabezones.*)
Conde. Libre os vais,
Pero otra vez no volvais.
Nuño. La reprehension no duele,
¿No mandais en conclusion
Que me vaya? (*Suéltale.*)
Conde. Idos en paz.
Nuño. Destos meneos jamas
Nos levantará chichon,
Esta es la primer vegada,
El señor conde Lozano,
Que pegó blanca la mano,
Non fago yo otra vegada. (*Vase.*)
Conde. Mensajes, que te parece,
Que gentil rapacería.
Elv. Aquí entra agora la mia,
Oye lo que se me ofrece;
Así sabré su intencion,

* Prefacio histórico sobre el Cid.

Pues Jimena me ha mandado,
Que lo intente con cuidado,
Valdréme de la ocasion. *ap.*
Entre todos los amantes,
Que hoy procuran el amor
De Jimena con ardor
De enamorados constantes,
Rodrigo, y don Sancho han sido,
Los que mas se han esmerado,
Y que con mayor cuidado,
Su favor han pretendido.
No porque Jimena al uno,
Ni al otro, muestra halagüeño
El semblante, que ella es dueño,
Y no lo es della ninguno.
Tan recatada y prudente,
Que ni les da confianza,
Ni les quita la esperanza,
Con que vive indiferente.
Y así no esteis sospechoso
De algun capricho liviano,
Que solo por vuestra mano
Espera tener esposo.

Conde. No hace Elvira demasiado
En cumplir con su desden.

Elv. Muy bien se le echa de ver
Lo que de vos ha heredado:
Ambos parecen sugetos
De primor.

Conde. Y las esmalta,
Sangre tan antigua y alta,
Que los hace aun mas perfetas.
Rodrigo en particular,
No tiene ademan, ni accion
Que no sea de infanzon,
De esperanza singular.
Y no es mucho, siendo él
De una casa (que esto basta)
Cuya belicosa casta,
Le está guardando el laurel
Que su padre ha conseguido
A fuerza de guerrear;
Yo le ví en lides entrar,
Y nunca salir vencido.
Y así yo de los dos digo,
(Así pienso examinarle
El pecho) que para honrarle,
Mas me aficiona Rodrigo,
Porque hoy me tengo de ver
Con Diego Lainez por;...
Mas esto será mejor,
Que no se llegue á entender.
Sabe su intento de espacio,
Sin darle del mio parte,
Que yo, Elvira, vendré á hablarte,
En volviendo de palacio.
Que hoy el rey sale á nombrar
Ayo, que sepa regir
Al príncipe, ó por decir
Mejor, me sale á premiar,
Con puesto tan preeminente.
Que en lo que obra cada dia
En su servicio, se fia
Mi mérito justamente. (*Vase.*)

Elv. ¡Oh qué nuevas que les llevo
A estos dichosos amantes,
Y cómo en todo les es
La fortuna favorable!

SALE JIMENA.

Jim. ¿Pues, Elvira, qué alegría
Tu semblante manifiesta?
Que parece que los ojos,
No pueden con lo que saben.
¿Podré esperar dicha alguna
De lo que á mi padre hablaste?
Que algo os escuché, aunque no
Entendí la mayor parte.
¿Qué has colegido en su gusto?
Di, ¿qué te dijo mi padre?

Elv. Díjome, que ama á Rodrigo,
Como tú puedes amalle,
Y aunque me dijo, que solo
El pecho te escodriñase
Sin descubrirte su intento,
Primero eres tú que nadie.

Jim. ¿Qué dices, Elvira mia?
¿Podré algun crédito darte,
O es ilusion del deseo?

Elv. Y aun pasa mas adelante,
Que aprueba vuestros amores,
Y hoy se ha de ver con el padre
De Rodrigo, segun dice
Y es sin duda, para hablalle
En razon desta alianza,
Que no está mal á su sangre,
Ni al estado de Goymaz,
Los Lainez y Vivares.

Jim. No obstante, el alma indecisa,
Teme llegar á anegarse
En ese profundo abismo
De gloria, y felicidades.
Que en un dia, en un momento,
Muda el hado de semblante,
Y despues de una fortuna,
Suele llegar un desastre.

Elv. Pues presto verás el mar
En calma, sin fuerza el aire,
Y el cielo en lugar de nubes,
Recamado de celages.

Jim. Vamos, y venga el suceso,

Como la estrella ordenare,
Que dos veces el disgusto
Se siente con esperalle:
¿Pero no es aquel Rodrigo?
Elv. Cosa que te embarace
El ir á ver á la infanta.
Jim. Por si acaso me tardare,
Ve, Elvira, y dile á su alteza,
Se sirva de perdonarme,
Que en despidiendo á Rodrigo...
Elv. Ya entiendo, voy al instante.
(*Vase.*)

SALE RODRIGO.

Jim. Rodrigo, ¿pues tú en mi cuarto?
¡Qué atrevido es un amante!
Rod. Causas, hermosa Jimena,
Tengo para visitarte,
Y no es la menos de todas,
Que habilidad le faltase
Hoy á Nuño mi escudero,
Para remitirte ó darte
Un billete, que olvidó
Sobre un bufete, mi padre,
Donde intentaba que vieses,
Las ofertas que le hace
El tuyo, y los cumplimientos,
Con ocasion de juntarse
En consejo, y de pedille
Haga con el rey sus partes.
Y que despues deste logro,
Tiene un negocio muy grave,
Que comunicar con él,
Que es á los dos importante;
No puede mas claro hablar.
Jim. Que tú tan claro me hables
Es lo que estraño, Rodrigo.
Rod. ¿Con nada puedo obligarte?
Esto es, hermosa Jimena,
Lo que á tu cuarto me trae,
Despues de adorar el sol
En tus ojos celestiales.
Dulce encanto de los mios,
Mira si hay razon bastante,
Y si esto supuesto es justo
Que de atrevido me trates.
Jim. Todo está bien, pero advierte,
Que mugeres de mi sangre,
Aun con toda esta decencia,
Tienen mucho en que arriesgarse.
Que es antojo la malicia,
Cuyos molestos cristales,
Es la apariencia, Rodrigo,
Y hay argos y linces tales
En casa y la vecindad,
Que haciendo las cosas grandes,
Son como esotros antojos,
Que de un punto ciento hacen.
Rod. Pues ¿que haré yo, si no puedo
Verte, señora, ni hablarte,
Lleno de mis confusiones,
Sin adorar tus umbrales?
Tanto te ofenden mis ojos,
Que te enoja mi semblante,
Tan poco pueden mis penas,
Que te pones de su parte.
La vida de la esperanza,
Si hay vida entre tantos males,
Solo en mi tiene de vida
Lo que tiene de durable.
Entre si muero, ó si vivo,
Me detienen mis pesares,
Porque aunque quieren que muera,
No se atreven á matarme.
Dales fuerza tú, si quieres
De mi corazon vengarte,
O cobra la que les diste,
Si te obligan mis piedades,
Si te lastima mi pena,
Remediala favorable;
Mas si te cansa mi vida,
No consientas que te canse.
Bien sabes que eres hermosa,
Y que tus divinas partes
Arrastraron mi albedrío
Al precepto de adorarte.
Disculpas doy de quererte,
Aunque es la razon tan grande,
Que aun los aciertos por mios
Han menester disculparse.
Tu belleza es mi delito,
Sin tener mas de culpable,
El empeño de rendirme,
Que el buen gusto de mirarte.
Bien sé, adorada Jimena,
Que no has de poder negarme
Esta razon, mas ¿de qué
Me sirve, si no me vale?
Jim. Si valdrá.
Rod. Prosigue.
Jim. Digo,...
Mas recójase á la cárcel
Del silencio mi pasion.
Rod. Sin duda que el que empezaste
Era algun favor, señora.
Jim. ¿Pues no lo es el escucharte?
Rod. Si, pero si otro merezco.
Jim. ¿Y cuál es?
Rod. Que retratarte
Permitas, para que yo,
Sin el riesgo de enojarte,

Pueda adorarte á mis solas.
Pero si el retrato sale
Parecido en todo, temo,
Que sin voces naturales
Por señas me reprehenda,
Que me tienen tan cobarde,
O mi amor, ó tu respeto,
Que aun temor tendré á tu imágen.
Jim. Eso de retrato, es
Para personas reales,
O para damas, que gustan,
Indiscretas, ó arrogantes,
Que su belleza enamore:
Fuera de que es yerro grande,
Porque nunca ví retrato,
Que al original llegase,
Que forma, y color se pintan,
Mas no la gracia y donaire:
Y esto baste por visita
La primera que me haceis.
Rod. ¿Si me atrevo á la segunda
Te ofendarás?
Jim. Es constante.
Rod. Pues ¿qué esperanza me dejais?
Jim. Solo la de asegurarte,
Que si algun cuidado en mí,
A ser cuidado llegare,
Será el de tu amor, Rodrigo,
Y á Dios porque se hace tarde,
Y he de ir á ver á su alteza.
Rod. Jimena, á Dios.
Jim. Duro trance *ap.*
Es dividirse dos almas,
Que juntó amor en su cárcel.
Confuso queda Rodrigo,
Y es injusto en mí tratarle
Tan cerca de verme suya
Con aspereza tan grande:
¿Pues Rodrigo tan suspenso?
¿Qué es eso?
Rod. Ha sido olvidarme
Tu ausencia de mí, señora.
Jim. En ese olvido es constante,
Que peligrará Jimena.
Rod. Tal pronunciais, fiero un aspid
Se alimente en mis entrañas,
Antes que llegue á olvidarte,
Sin honor mi casa vea,
Menosprécieme tu padre,
Y tu propia me persigas,
Que es la maldicion mas grave,
Y cuando entraré en las lides,
Tema del turco el alfanje,
O este pecho me atraviese
La azagaya de un alarbe.
Jim. Librete el cielo, bien mio. *ap.*
Rod. ¿Qué dices?
Jim. Que Dios te guarde. (*Vase.*)
Rod. ¡Ay amor! mucho te debo,
Jimena, favor me haces,
Mis esperanzas alientas,
De acuerdo están nuestros padres,
El plazo que aguardo es breve,
Todo está de nuestra parte;
¡O, si fueses esta vez,
Fortuna, en el bien constante! (*Vase.*)

SALE LA INFANTA, ELVIRA Y DAMAS.

Inf. Elvira, ya pudiera tu señora
Venirme á ver, y á divertirme ahora
Desta grave, ¡ay de mí! melancolía.
Elv. Diviértela por esa galería,
Que cay sobre el jardin; pero repara,
Que hay causa, y yo tristeza la llamára.
Inf. Dices bien, y Jimena solamente,
Es quien puede aliviarme este acidente.
Elv. Y aumentalle tambien, pues al instante
Que estás con ella, y hablas de su amante
Preguntando el estado de su pena,
Como propia la sientes siendo agena
Y en vez de dar consuelo á sus enojos,
Las lágrimas se asoman á tus ojos.
Inf. Con razon debo preguntalle ahora
Por sus fortunas, puesto que la autora
Fuí de mi mal, á infame medianera
Yo casi la he forzado á que la quiera,
Y en fin como he forjado sus cadenas
Parcial soy á sus glorias y á sus penas.
Elv. No obstante muestras en su buen suceso
Cierta pasion, que llega á ser esceso: [ceso
Ese amor que á los dos de gloria llena
¿Cómo te sirve á tí solo de pena?
Mas yo peco en curiosa y en discreta.
Inf. La aficion habla cuando mas secreta
Cumpla conmigo yo, y aun mismo peso
Enferme el gusto, y convalezca el seso,
Pero el rey sale de consejo agora. [ñora.
Elv. Por aquí ha de pasar, vamos, se-
Inf. Difícil será, ya llega mi padre,
Que buscar sabré escusa que nos cuadre,
Para dejarle, y retirarnos luego.
Elv. Así supieses escusarte al fuego,
Que el corazon te abrasa y te atormenta.
Inf. Quien le intenta apagar mas le fomenta.

SALE EL REY, DIEGO LAINEZ, EL CONDE, DON SANCHO, Y ACOMPAÑAMIENTO.

Rey. La eleccion salió á mi gusto.
Diego. Humilde tus plantas besa

Un vasallo que hoy ensalzas
A dignidad tan suprema.
Conde. Rabio de envidia, que el rey
Me haya hecho tal afrenta. *ap.*
Diego. Hoy tendrá mejor partido
Rodrigo con mi Jimena,
Suya pudiera llamarla,
Pues le estima, y me desprecia.
Rey. Pero mi hija está allí,
Infanta, don Diego, llega,
Dále tú del nuevo cargo,
La debida norabuena,
Ayo del príncipe es ya.
Inf. Por muchos años lo sea,
Y aun iré á darle á mi hermano
Que con tal maestro es fuerza,
Que no solo acciones grandes,
Pero altos hechos aprenda.
Diego. Por tan gran favor os pido
La mano.
Inf. Dejad la tierra,
Don Diego, que en mi tendreis
Otra mas en vuestra escuela,
Y si licencia me dais,
Señor, en mi cuarto espera
Jimena, y verla deseo.
Rey. Ya teneis, hija, licencia,
Y aun yo os quiero acompañar.
Inf. Guarde el cielo á vuestra alteza.
(*Vanse, y queda don Diego Lainez y el conde, y al irse dice el conde.*)
Conde. En ausentándose el rey
Hablar á solas quisiera
Con vos.
Diego. El rey se ausentó,
Hablad, conde, enorabuena.
Conde. Vos en efeto os llevasteis
El cargo, y la preeminencia
Que ya gozais, y que solo
A mi dárseme debiera.
Diego. En esta marca de honor,
Que da el rey á mi esperiencia,
Muestra que es atento y justo,
Y que su mano realenga,
Sabe premiar en servicios
Pasados tantas proezas.
Conde. Como el reino le han guardado,
No será una cosa mesma,
Haberlas hecho en aquel,
O en aqueste tiempo hacerlas.
Diego. Señor, fuera por las mias,
Tarde llegáran las vuestras.
Conde. Por grandes que sean los reyes,
Son de la propia materia,
De que son los demas hombres,
Y engañarse pueden.
Diego. Sea
Como decis, ya está hecho,
Y muy bien, conde, paciencia.
A este favor que al rey debo
Añadid otro que pueda
Desenojaros; mi casa
Unid, conde, con la vuestra,
Pues lo desea Rodrigo,
Y no lo escusa Jimena,
Y aun el papel que escribisteis,
Me da á entender, que no os pesa,
Que con tal sagrado, conde,
Nuestra amistad será eterna.
Conde. A otro mas alto empleo
Rodrigo aspirar pudiera,
Despues del nuevo esplendor,
Que hoy por su padre grangea.
No así le corteis el vuelo,
Y en tanto vuestra esperiencia
Muestre al príncipe á regir
Provincias, á que le teman
Los malos, y á que los buenos
A sus leyes se sometan.
Y juntad á estas virtudes
Otras marciales empresas,
Dignas de un gran capitan,
A que las ardientes siestas
Pase á caballo, y las noches
Sobre la grama, ó la arena,
Come el natural descanso,
Armado de todas piezas,
A asaltar un fuerte muro,
Y aquel solo se le deba
El laurel de una vitoria,
A conquistar nuevas tierras,
Que ensanchen su monarquía,
Y advertid tambien, que es fuerza
Confirmar con el ejemplo
Lo que la palabra enseña.
Diego. Para instruirse á despecho
De la envidia, el libro vea
De la historia de mi vida,
Que bien hallará que aprenda;
Sabrá como es menester
Regir una armada entera,
Poner su hueste en batalla
Bien formadas las hileras,
Dar las órdenes en tiempo,
Que los cabos le obedezcan,
Tomar ventaja en el puesto,
Embestir cuando convenga,
Y sobre heróicas hazañas,
Labrar una fama eterna.
Conde. Los ejemplos vivos son
De mas crédito y mas fuerza,
¿Mas qué habeis hecho en los años,

Que en tan larga edad se os cuentan,
Que de los mios un dia
No le iguale, ó no le esceda?
Diego. Hable España, y por mí hable
La fama, pues toda es lenguas.
Conde. Vuelvo á decir, que os llevasteis
Lo que dárseme debiera.
Diego. Quien lo ha llegado á alcanzar,
De que lo merece es prueba.
Conde. Quien ejecutarlo puede,
Mejor gozarlo pudiera.
Diego. El haber sido escluido,
No es, conde, muy buena seña.
Conde. Por antiguo palaciego
Merecisteis con su alteza.
Diego. De mis hechos la memoria
Me valió en esta contienda.
Conde. Hablemos claro, el rey hizo
Este honor á la edad vuestra.
Diego. El rey mas que á la edad, mira
El valor y la prudencia.
Conde. ¿Fáltanme á mí esas virtudes?
Diego. No haberlo alcanzado es muestra
De que no se merecia.
Conde. ¿Yo no lo mérezco? ¡oh, pesia
El necio caduco, yo!
Diego. Vos, sí, vos.
Conde. De tu insolencia,
Para escusar de palabras
Toma aquesta recompensa.
(*Dale una bofetada, saca la espada, y cáesele á los piés del conde.*)
Diego. ¿Para que quiero la vida,
Despues de tan grande ofensa?
Conde. ¿Qué intentas hacer con tanta
Debilidad y flaqueza?
Diego. Perdí la espada, y mis plantas
Pesadas raices echan,
O del peso del agravio,
O de lo que la edad pesa.
Conde. Tu espada es mia, mas no
Quiero que pase á mi diestra,
Tan deslucido trofeo;
Añade esta nueva empresa
Al libro de tus hazañas,
Para que el príncipe lea. (*Vase.*)
Diego. ¡Ah, rabia! ¡ah, injusta razon
Del tiempo! ¡ah, rigor del hado!
Que la vida haya guardado,
Solo para esta ocasion,
Sobre un agravio un baldon,
Y que aun la muerte me niegue,
Llegue á despeñarme, llegue,
Y se rehusa llegar,
Consúmame aquí el pesar,
O el llanto al menos me ciegue.
Vos instrumento glorioso
De mis hazañas, ¿qué haceis?
¡Ay, pero no quereis
Estar en mi puño ocioso,
Aquese acero lustroso,
Tiempo hubo que introducia
Terror en la Andalucía,
En Portugal y Aragon,
Mas que no acaba el teson
De un dia sobre otro dia!
(*Levanta la espada.*)
Venid, y mas no tengais
El uso antiguo de espada,
De hoy mas á mi edad cansada
De cayado le sirvais,
¡Oh qué lustroso os mostrais!
¿Pero qué miro? no quiero,
Que compren mi agravio fiero,
Tanto es lo que siento tanto,
Ni el cristal de aqueste llanto,
Ni desta espada el acero.

SALEN RODRIGO Y NUÑO CON UN RETRATO.

Rod. ¿Que retratarse ha dejado
Jimena?
Nuño. En palacio ha sido,
Que es donde el pintor la vido,
Al pasar con tal cuidado,
Que aire y color le ha copiado,
Como ves.
Rod. ¡Grande pintor!
Nuño. Pero tu padre, señor,
Y el talante non me agrada,
En la una mano la espada,
Y en la otra el mocador.
Diego. ¡Ay de mí! ¿Pero qué miro?
¿Es ilusion de la idea?
Rod. ¿Señor, pues tu desa suerte?
Diego. ¡Ay Rodrigo!
Rod. ¿Qué te inquieta?
Diego. ¡Ay hijo!
Rod. ¿Qué te disgusta?
Diego. ¡Ay honor!
Rod. Tu voz espera
Mi oido.
Diego. ¿Tendrás valor?
Rod. Cualquiera otro que no fuera
Mi padre, y tal preguntára,
Bien presto hallára la prueba.
Diego. ¡Qué á mi gusto has respondido!
¡Qué bien Rodrigo me suena
Esa indignacion tan justa!
Salte tú, Nuño, allá fuera,
Que no te hemos menester.
Nuño. Soy gracioso de comedia,

Que en llegando un paso grave,
Le despiden, ó le arredran,
Porque en los severos casos
Siempre las chanzas disuenan. (*Vase.*)
Rod. Si tendré valor preguntas;
Hoy, pues, de mi aliento prueba,
Y verás, padre, que obro,
Como quien tu sangre hereda.
Diego. Ya está hecha del valor, *ap.*
Hagamos otra esperiencia
Del sufrimiento, que aunque
Tan débil esté mi fuerza,
Saldrá el intento acertado,
Pues aunque poco le duela,
Al apretarle la mano,
Si corresponden las señas,
Es fuerza que no lo sufra,
Pues tengo por cosa cierta,
Que el que dispensa en lo poco,
Para lo mucho se enseña.
Hagamos las amistades,
Dame la mano.
Rod. Daréla
De rodillas, como es justo,
Para besaros la vuestra;
Pero ¿qué haceis? soltad, padre.
Diego. ¿Pues desto no mas te quejas?
Rod. Soltad, padre, pese á vos,
O sino pedazos hecha
Veréis la vuestra á mis dientes.
Diego. Basta, hijo.
Rod. Pues me dejas,
Si hará.
Diego. Que me has lastimado,
¿Derramando sangre empiezas?
Tú satisfarás mi agravio, *ap.*
Bien me ha salido la prueba.
Rod. Perdonad, si mal os hice,
Que á nadie el dolor reserva,
Y si me ofende mi carne,
Comeré mi carne mesma.
Diego. Mi juventud resucita;
¡Ay honor! ¡Dura contienda!
Ea, Rodrigo, á vengarme.
Rod. ¿De qué?
Diego. De...
Rod. Cuando en tu lengua
Aguardaba el instrumento
De la venganza que intentas,
¿Embarazado en el llanto
Te detienes?
Diego. Providencia,
Son las lágrimas que miras
De sabia natureleza,
Pues pretendo que has de oir
La causa desta tormenta:
Juzgando que á dos sentidos
No podrás hacer defensa.
Y como la mancha injusta
Está en mi rostro tan fresca,
Porque al verla no peligres
En dos avisos, ordena
Este llanto, que en raudales
La infame mejilla riega,
Para lavarla, sin duda,
Y es piedad, pon que es tan fea,
Que harto valor será oirla,
Sin la desdicha de verla.
Rod. Idos, padre, poco á poco,
Que si para que no vea
Esa mancha, prevenis
Del llanto la diligencia,
Cuando en hombres como vos,
Tengo el llorar por flaqueza.
Y cuando el llanto es remedio,
Segun decis, cosa es cierta,
Siendo el alivio tan grave,
Que es muy grave la dolencia,
Que no se hace á poco mal,
Remedio que tanto cuesta.
Pero acabad, pronunciad
Esa injuriosa sentencia,
Contra vuestra estimacion,
Que es lástima que se pierda
Tiempo de tanta importancia
Que ya el corazon revienta
Para tardar en vengarla,
Lo que tardare en saberla.
Diego. Pues, hijo, toma esta espada.
Rod. Otra circunstancia es esta,
Para que el daño sea grande,
Pues sangre pide la enmienda.
Diego. Mirala bien, ques es la propia,
Que yo hube por herencia
De Mudarra, aquel valiente
Guerreador, y si tu diestra
La empuña, podré esperar
De tí aun mayores empresas,
Muere ó mata.
Rod. Ya es mayor
La confusion que me espera
Pues muerte pide.
Diego. Y repara,
Que no se lava una ofensa,
¿Qué, ofensa? un agravio, hijo,
Sino es con la sangre mesma
De quien ha sido el autor,
Y si en matarle te empeñas,
No guardes á tu enemigo,
Porque á sus manos no mueras.
Mira que es tan gran soldado,
Que yo le he visto en la guerra

Fabricar de los que ha muerto,
Contra el moro una trinchea.
Y para irritarte mas,
Sabe que ha sido la afrenta,
(Sufra este dolor el labio),
Que de su mano, ¡qué pena!
Sobre el papel de mis canas,
Imprimió las cinco flechas
Que el corazon me traspasan.
Rod. Atad, suspended la lengua,
¡Valgame Dios! ¿Qué decis,
Padre? Pues no me dijerais
El nombre, antes que el agravio,
Ea presto, que se anega
El alma en un mar de fuego.
Diego. Decirte algo mas, es fuerza,
Mas que ser bravo soldado.
Rod. Presto, ¡ay de mí! no me tenga
Mas confuso vuestro aviso.
Diego. Sabe que es el padre...
Rod. Sepa
Yo quien es.
Diego. Es...
Rod. Acabad.
Diego. El padre de tu Jimena.
Rodrigo, en tales sucesos,
Donde el honor se atraviesa,
Quien sin él ama la vida,
Es indigno de tenerla.
No tengo mas que decirte,
El ofensor y la ofensa
Sabes ya, Dios te encamine,
Y con una faccion mesma
Venga á tu padre, hijo mio,
Y á ti, Rodrigo, te venga. (*Vase.*)
Rod. ¡Bueno quedo, (¡ay dolor!) puesto en balanza
Con tal ofensa! ¡Ah infausto deber mio!
Si la vengo, mi honor cobra su brio;
Si la omito, mi amor cobra esperanza.
¿Qué hoy estorbarme pueda una venganza,
Cuando mas me creí favorecido?
¡Ah rigurosa pena!
Golpe fatal, ¿mi padre el ofendido,
Y el ofensor el padre de Jimena?
¡Oh qué duros combates! Nuevo modo
De matar, salga amor pues condenado,
Fuerza es vengar un padre despreciado,
Y perder á Jimena es fuerza y todo.
No sé como á juzgar tal me acomodo,
¡Fiero trance de amor en que me obligo!
¡Qué fatiga! ¡Qué pena!
O á dejar un agravio sin castigo,
O á vengalle en el padre de Jimena.
(*Saca un retrato.*)
¿Qué decis-vos, objeto de mis males?
Dadme consejo en lance tan esquivo,
Porque estais semejado tan al vivo,
Que no os faltarán voces naturales.
Mas ya me hablais por esos celestiales
Bellos ojos, pidiéndome serenos,
Que no les dé tal pena,
Así lo haré, muramos á lo menos
Sin anublar los soles de Jimena.
Mas tal digo en presencia deste acero,
Morir yo sin dejar mi honor en salvo,
Bien miro por la sangre de Lain Calvo.
Mas ay, que ya me miras con severo
Semblante, vuelve al pecho, que no quiero
(*Vuelve el retrato al pecho.*)
Juzgar con la pasion del desvarío,
Confírmese la pena,
Y salvando el honor del padre mio,
Piérdase amor, y piérdase Jimena:
Demas que será infamia, y civil trato,
Que en la esperanza de servir prosiga;
Y aun es fuerza que sea mi enemiga,
Si de cobrarle, ó de morir no trato.
No juzgára yo así viendo el retrato,
Mas ya es tiempo que á furia me provoque,
Mi honor salga de pena;
El conde muera, ó muera yo á su estoque,
Si así que así, se ha de perder Jimena.

JORNADA II.

Salen el conde LOZANO y DON SANCHO.

D. San. Vuestras disculpas son vanas.
Conde. Tiene gran parte os prometo
De violencia el propio efeto
En las acciones humanas.
D. San. No está el rey bien satisfecho
De vos.
Conde. Antes del agravio
Pudiera como hombre sabio
Templarme, mas ya está hecho:
Y así al rey que os ha enviado,
Decir, don Sancho, podeis
Que él, ni vos, no deshareis
Un golpe ya ejecutado.
D. San. Mas es bizarra que cuerda,
Conde, esa resolucion.
Conde. No mudaré de opinion.
D. San. Os perderéis.
Conde. Que me pierda.
D. San. ¿Qué responderé á su alteza,
Pues mi intento salió vano?
Conde. Que mi vida está en su mano,

Que me corte la cabeza.
D. San. Es rey, y bien podrá hacello,
Que el golpe es digno de muerte.
Conde. Pues ya está echada la suerte,
No volvais á hablarme en ello.
D. San. A Dios pues.
Conde. ¡Oh qué cruel
Pintais del rey la entereza,
Perder en mí una cabeza
Que ciñó tanto laurel!
D. San. Ese laurel os prometo
Que debe temer el rayo.
Conde. Le aguardaré sin desmayo.
D. San. Sí, pero no sin efeto. (*Vase.*)
Conde. Y con eso quedará
El Lainez satisfecho
Del agravio que le he hecho;
Pero allí su hijo está.
Busque el viejo en dos Castillas
Los mas bravos lidiadores,
Que en los aprietos mayores
Hace el valor maravillas.

Sale RODRIGO.

Rod. Para que cumpla el valor
Con lo que el rigor concierta,
Amor se quede á esta puerta,
Y no entre mas que el honor.
Conde, escuchad dos palabras.
Conde. Decid, que ya estoy atento.
Rod. Sacadme aquí de una duda,
¿Conoceis bien á don Diego
Lainez?
Conde. Linda ignorancia.
Rod. ¿Sabeis que es mi padre?
Conde. Sólo.
Rod. Pues aunque en toda razon
Del escrúpulo, del duelo,
Pudiera, conde, mataros
Sin advertencia, no quiero
Que piense mi bizarría
En algun cobarde medio,
Para restaurar mi honor,
Que no tengo por acierto,
Mientras hay posibilidad
De satisfacion, que necio
Cometa yo un yerro propio
Por enmendar otro ageno.
Y así, en campaña, en poblado,
De noche ú de dia, al cielo
Claro, ó á la sombra oscura,
A caballo, á pié con peto,
O sin él, á espada ó lanza,
A vuestro arbitrio.
Conde. ¿Qué bueno,
Pues me retais? ¡Qué gracioso
Mozuelo!
Rod. Yo lo confieso,
Mozo soy, pero los años
No son jueces del aliento.
Conde. ¿Es verdad, pero ¿tú á mí?
Hombre te has hecho muy presto.
Rod. Basta una ocasion, don Gomez,
Para conocer al bueno,
Y para ensayarme yo
Comenzar por vos pretendo,
Y yo sé que en el ensayo
Os pareceré maestro.
Conde. No saldrás de ese cuidado.
Rod. Retado al dictámen vuestro
Está el eligir las armas.
Conde. Pues si no tiene remedio,
Y hemos de lidiar, Rodrigo,
Para mí todo es lo mesmo,
Escoge las armas tú.
Rod. Conde, obrar mas, y hablar menos.
Conde. ¿Cansado estás de vivir?
Rod. ¿Vos de vivir teneis miedo?
Conde. Vamos, que haceis lo que debes,
Que un hijo obediente y cuerdo
Como lo eres tú, Rodrigo,
Si sobrevive un momento
Al honor que perdió el padre,
Pone el suyo á grande riesgo. (*Vase.*)
Rod. Perdona, amor, honor, vamos:
Vengar á un padre pretendo,
Esto me toca por hijo,
Lo demas hágalo el cielo. (*Vase.*)

Salen el Rey, la Infanta y acompañamiento, y DON SANCHO.

Rey. Que tan fuera de razon
Sea el conde con trance igual,
Que piense que un golpe tal
Tan fácil tenga el perdon.
D. San. Yo he disputado con él,
Pero nada he conseguido
Mas que haberme respondido
Que es vuestro vasallo fiel.
Rey. ¡Ah cielos! ¡qué tal vasallo
Tan poco tema mi nombre!
¡Qué mi nombre no le asombre!
Confuso, por Dios, me hallo.
¡Qué á mí mas favorecido
Agravie, y no tema un rey!
Que en mis tierras de la ley
Confuso dije, corrido
Estoy, tratéle primero
Con blandura, y mi intencion
Fué templar la presuncion
De tan osado guerrero.
Mas por mas que ufano viva,

Ya que tan necio se ve,
Las alas le cortaré
De su condicion altiva
Y aunque lo llegó á sentir,
Le tengo de castigar,
Solo por disimular
Lo que he querido sufrir.
D. San. Gloria es de vuestra corona,
Que alguna estrañeza aguarda.
Rey. Id con gente de mi guarda,
Y asegurad su persona.
(*Vase don Sancho.*)
Inf. Por emiga de Jimena,
Debo á su padre amparar.
Y tambien por aliviar
A vuestro enojo esta pena.
Vuestra alteza me perdone,
Que perder un hombre tal...
Rey. Ya se hace criminal
Quien de su parte se pone.
Pero ¿qué podeis decir?
Inf. Que un valor hecho á lidiar,
A conquistar y á triunfar,
Tarde se llega á rendir:
Porque hombre de tal valor,
De sí mismo satisfecho,
Ya que el error está hecho,
Sustentar debe el error.
Y no por temer el mal
De morir, ó ser retado,
Acogerse hoy al sagrado
De la magestad real,
Que es aventurar su honor.
Rey. Que lo dejemos te pido,
Que aunque este enfado es crecido
Otro me inquieta mayor,
Pues hoy me ha llegado aviso
De que ya el moro se ha entrado
Por mis reinos, y robado
Mis tierras, tan de improviso,
Que sobre el aviso aguardo
Que á Búrgos llegue.
Inf. Eso no,
Que ahí el conde bien sé yo,
Que hará un esfuerzo gallardo.

SALEN DON SANCHO, Y NUÑO, ATADAS LAS MANOS, Y UN CRIADO.

Nuño. No así los brazos me tuerza.
Criado. Llegue, acabe, llegue presto.
Nuño. Aguárdese usted, que esto
Mas quiere maña que fuerza.
Rey. No quedará sin castigo
Quien hizo agravio tan cierto.
D. San. Gran señor, el conde es muerto
A las manos de Rodrigo.
Criado. Y por cómplice y secuaz
Preso traigo á su escudero.
Nuño. No hay en todo un gallinero
Ponegüevos tan de paz
Como yo, pero aquí á posta
Parecer valiente intente,
Porque parecer valiente
Tiene poquísima costa.
Rey. ¿Tú, cómplice fuiste?
Nuño. No,
Y es gran sinrazon.
Rey. ¿Porqué?
Nuño. Porque aunque yo le maté,
No he sido cómplice yo:
¿Qué es cómplice? he de perderme
Con quien tal tenga por cierto.
Criado. ¿Y despues de haberle muerto
Dónde irás?
Nuño. A retraerme.
Criado. ¿Y porqué (el reir resisto)
Cortaste su noble estambre?
Nuño. Vi que el conde tenia hambre,
Y le envié á cenar con Cristo.
Criado. Tu valor me maravilla,
¿Qué herida le diste?
Nuño. Brava,
Porque desde que mamaba
Fué inclinado á la tetilla.
Lindas oraciones rezo
Para mí, si el rey, cruel,
Pasar me hiciera el cordel
De las manos al pescuezo;
Que fuera susto evidente.
Él me ahorca, quien lo ignora,
Maldita sea la hora
En que me metí á valiente.
Señor, yo mentí.
Rey. Soltalde,
Que no creo de Rodrigo
Que le llevase consigo.
Nuño. Él se lo riñó de balde,
¿Sin asesinos ni ayuda,
Matar yo por interes?
Rey. Así lo creo, idos pues.
Nuño. Y quien lo pusiere en duda
Salga al campo á combatir,
Véngase á reñir conmigo,
Que al que saliere me obligo
Que se vuelva sin reñir.
Señor mio, no desata. [falto.
Criado. Ya está hecho, el hombre es
Nuño. Diré á mi amo lo del salto,
Pues ya él sabe lo de mata. (*Vase.*)
Inf. Que Rodrigo mató al conde,
Mayor mal para Jimena.

Rey. No se ha de estrañar la pena
Que al delito corresponde,
Que ofensor, y no guardarse,
Es dar fuerza al enemigo:
Pues aunque es mozo Rodrigo,
Mirad si supo vengarse.
Mas ¿quién os dió esa noticia?
D. San. Muerto le ví en la campaña,
Y Jimena el suelo baña,
Pidiendo, señor, justicia.
Rey. Mucho he de sentir su pena,
Y de su padre la muerte,
En una ocasion tan fuerte.
Pero ya llega Jimena.

SALGA JIMENA POR UNA PUERTA, Y DIEGO LAINEZ POR OTRA.

Jim. Justicia, buen rey, justicia
Pide Jimena postrada
A vuestros piés, sola y triste,
Ofendida y desdichada.
Diego. Yo, rey, os pido el perdon
De mi hijo á vuestras plantas,
Venturoso, alegre y libre
Del deshonor en que estaba.
Jim. Mi justicia es quien os busca.
Diego. Mi razon es quien os llama.
Jim. Castigad un homicidio,
Como las leyes lo mandan.
Diego. Ocasionólo un agravio,
Y en su favor ley no falta.
Jim. Mató á mi padre Rodrigo.
Diego. Vengó del suyo la infamia.
Jim. Quien mata muera, señor.
Diego. Muera solo quien agravia.
Jim. Matóle; y aun hay quien diga
Que le atravesó una lanza.
Diego. No haria tal, que es mi hijo.
Rey. Bastan las réplicas, bastan:
Levantad los dos del suelo;
Y primero su demanda
Ponga Jimena, y don Diego
No le estorbe las palabras,
Que tiempo habrá para él.
Diego. Solo el ser dama bastára,
Cuando no dama tan noble,
Para ser de mi estimada.
Jim. Gran señor, mi padre es muerto,
Y yo le hallé en la estacada,
Que me dió el alma el aviso
De mis desdichas presaga.
Correr en arroyos ví
Su sangre por la campaña,
Su sangre que en tanto asalto
Defendió vuestras murallas;
Su sangre que en tantos riesgos
Por vos se vió veces tantas;
Su sangre, señor, que en humo
Su sentimiento esplicaba,
Por la boca que la vierte,
De verse allí derramada
Por otro que por su rey,
En defensa de su patria.
Topéle, señor, vestido
De una palidez amarga,
Perdido el vigor, los ojos
Con acciones deshusadas,
Torpe el labio, el pulso quedo,
De polvo y sangre la cama
Cubierta, como el que cae
Al foso de una escalada:
Que mal hicieron mis ojos,
Pues sabida la desgracia,
No era necesario verla,
Saberla llorar bastaba.
En llegando á esta memoria
Se me anuda la garganta,
El pecho tiembla, el dolor
Crece, la razon desmaya,
Gime el espíritu triste,
Y desunida la trama
De la vida en mis suspiros,
La voz muere, el dolor lo habla.
Inf. Quien no llora con Jimena
De peñasco tiene el alma.
Rey. Cobrad el perdido aliento;
Hablad, hija, confiada
De mi amor y mi justicia,
Que por el que ahora os falta,
Padre y rey os queda en mí,
Desto os doy mi real palabra.
Jim. Topéle en fin como he dicho,
Que por aumentar mis ansias,
Con pluma roja escribia
En la arena que regaba.
Venga á tu padre, Jimena,
Esta sí es justa venganza;
Y para mayor aviso,
Por las heridas me llama.
Su corazon, que aun difunto
Pienso que batió las alas,
Para salirse del pecho,
Y acusarme la tardanza.
Si con tan vivas razones,
Si con tales circunstancias,
No me haceis, señor, justicia,
Pasaré mi vida infausta:
Como viuda tortolilla,
Querellosa y solitaria,
Que huyendo del ramo verde,
Codicia la seca rama.

Ma si levantado viese
Un cadahalso en la plaza,
Y allí la aleve cabeza
De Rodrigo derribada,
A mano de un cruel verdugo,
Mis lágrimas se enjugáran,
Que con ser grande la pena,
El castigo la templára.
Muerte con muerte se venga,
Sangre con sangre se lava,
No permitais, gran Fernando,
Que vuestra piedad le valga
A tal culpa, que es dejar
Vuestra justicia infamada,
Alentados los delitos,
Cobardes las confianzas,
Premiada la sinrazon,
Y la razon castigada;
Mas por el interes vuestro
Que por el mio, os encargan
Justicia mis tristes voces:
Guardadla, buen rey, guardadla.

Rey. Si guardaré; y vos, don Diego,
Defended ahora la causa
De Rodrigo; si hay defensa
Que una muerte satisfaga.

Diego. ¡Oh cómo es para envidiar
Un transito sin infamia,
Y como al fin la prolija
Edad, de vivir cansada,
A los hombres acarrea
Infortunios y desgracias!
Yo que otro tiempo ceñia
Mis sienes de hiedra y grama,
Honroso laurel en triunfos
Debidos á mis hazañas,
Por haber tanto vivido,
(¡Ah nunca fuera tan larga
Mi vida!) mi rostro ví
Con tan injuriosa marca.
Ya demas inútil fuera
De mi puño aquella espada,
Quien vuestra defensa fué,
De vitorias coronada,
Ministro de vuestro gusto,
U de la muerte guadaña.
Estos que cabellos eran
Entonces, y ahora son canas,
Que me dió el tiempo sin verlas
Debajo de la celada;
Este brazo no vencido,
Y esta plateada barba,
Que guarnicion de los dias
A los hombres desengaña,
De que es gala muy preciosa,
Con naturaleza tanta
Que cada instante sus hebras
Pesan lo mismo que gastan,
Siendo su hechura la vida,
O costosísima gala;
Estas canas finalmente,
Y mil honrosas hazañas,
Fueran á la sepultura,
Todos cargados de infamia;
A no haberme dado el cielo
Un hijo de prendas tantas
Que el honor me restituya,
Y la opinion me restaura:
Él me ha prestado la mano,
Él mató al conde en campaña,
Cuerpo á cuerpo, acero á acero,
No como dicen con lanza;
Y si se valió Rodrigo
Allí de alguna ventaja,
Fué solo de la razon
Que de su parte llevaba.
Si el mostrar valor y esfuerzo,
Vengando una bofetada
(No sé como lo pronuncio,
Horror me pone nombrarla);
Si el reparar en un padre
El honor que le faltaba;
Merece, señor, castigo,
¿Qué queda para una infamia?
Mirad contra quien juzgais,
Pesaldo con fiel balanza:
Que yo soy el delincuente,
Yo fuí la principal causa;
Y así el rayo y la tormenta
Sobre mí es justo que caigan.
Lo que el brazo cometió
La cabeza es quien lo paga
Yo soy, señor, la cabeza
De mi hijo y de mi casa;
Rodrigo el brazo, y los miembros,
La cabeza es quien los manda:
Perded la mia, que en ella
Ya perderéis poco ó nada.
Pues por instantes el golpe
Fatal de la muerte aguarda;
Perezca yo, y viva el brazo
Que os puede ser de importancia:
Conservalde, que aun podria
Suplir del conde la falta,
Y en lo que dél se querella,
Jimena vive engañada.
Que él nunca hiciera la muerte
Si yo no se lo mandára,
O si por mi propia mano
Pudiera yo ejecutalla.
Aquí teneis mi cabeza,
Gran señor, sacrificalda

A las honras del difunto,
Y de su hija á la saña.
Que no formaré disculpa,
Dad la sentencia, y firmadla,
Que desde ahora la aceto,
Y lejos de rehusarla,
Loaré vuestra justicia,
Aplaudirá mi desgracia;
Quedará vengado el conde,
Rodrigo con esperanza
De serviros, y esta vida,
Señor, de vivir cansada,
Dejaré honrada y dichosa
Para el templo de mi fama. (*Levántase.*)
Inf. No está fácil de juzgar.
Rey. El caso es tan de importancia,
Que merece que en consejo
Pleno se mire la causa,
Y allí ocupe la justicia
Su trono al determinalla.
Don Sancho á Jimena Gomez
Acompañe hasta su casa.
D. San. Y será el primer servicio
Que acete.
Jim. El rey os lo manda,
Agradeceldo á su alteza,
Que es quien os hace la gracia.
Rey. La ciudad tenga don Diego
Por cárcel, con fe y palabra
De no quebrantarla, pena
De caer en mi desgracia.
Diego. Yo os hago pleito homenaje
De obedeciéndoos guardalla.
Rey. Rodrigo se busque luego,
Y quede preso en su casa,
Fuero y privilegio antiguo
Que á tales hombres se guarda.
Jim. Justo es, gran señor, que muera.
Rey. Muera si culpado se halla;
Güérfana quedas, Jimena:
Vuélvete ahora á tu casa,
Que acabadas las exequias
Del muerto conde, la infanta
Te recibirá en su cuarto
Por huéspeda.
Jim. Por criada
Lo tendré á grande favor.
Inf. Quizas podré consolalla.
Jim. Para mi no habrá consuelo
Mientras no tome venganza.
(*Vanse Jimena, y don Sancho por otra puerta.*)
Diego. No tomes venganza tú,
Y haya consuelo ó no haya,
Y así buscar á Rodrigo
Para ofrecelle las gracias
De su valor y mi suerte;
Y para que luego salga
De Búrgos, que la prision
No es cosa muy acertada.
Mas si no fuera por él,
¡Cómo quedaba mi casa,
Honrada de tantos años,
Y en un punto deshonrada!
Líbrete Dios, hijo mio,
Y mi bendicion te caiga. (*Vase.*)

SALEN RODRIGO, NUÑO Y ELVIRA.

Nuño. ¿Pues aquí me traes, señor?
¿A qué volvemos aquí?
Rod. Ya que con mi honor cumplí,
Vengo á cumplir con mi amor.
Elv. Rodrigo, ¿qué es lo que has hecho?
¿Dónde vienes despechado?
Rod. A morir de desdichado.
Elv. Que á tanto obligue un despecho,
Donde damos por tributo
Lágrimas á tal pesar,
¿En un cuarto vas á entrar
Que tú has cubierto de luto?
¿Vienes acaso á perderte,
Tan poco el morir te asombra,
O á desafiar la sombra
Del mismo á quien diste muerte?
Nuño. Sombra dijiste, muger,
Ya empiezo á pisar abrojos;
Si habeis de ver sombras, ojos
Mas os valiera no ver.
Sombra tu descuido nombra
Con ese remifasol,
Mas que nunca hubiese sol
Porque nunca hubiese sombra,
Ya de la sombra imagina
La forma, el temor por puntos,
Sombra tienen los difuntos,
¡Ay señor!
Rod. Calla, gallina.
Elv. Y rece en esta ocasion.
Nuño. Que rece bien imaginas,
Porque es propio de gallinas
Recogerse á la oracion.
Rod. Su vida mi afrenta ha sido,
Su muerte fué mi reparo.
Elv. Sí, pero buscar amparo
En casa del ofendido,
Ni se ha vista ni se oyó.
Rod. Ni tú habrás visto otra vez
Que el delincuente al juez
Se ofrezca, como hago yo.
Mi juez es mi Jimena,
Y mi fiscal fué tambien,

Pues quien probó su desden
No estraña ninguna pena.
Y así por bien soberano
Tendré, pues morir me toca,
La sentencia de su boca,
Y el suplicio de su mano.
Nuño. Vamos pues, señor.
Elv. Rodrigo,
A los ímpetus primeros
No te espongas, que son fieros,
Y al fin eres su enemigo.
Nuño. Como entendida y prudente
Ha dado Elvira en el punto.
Elv. Que aun está en casa el difunto,
Y aun la herida está caliente.
Nuño. Difunto en casa, cosquillas
No te hace el miedo, que esperes
Aun difunto mas que quieres
Sacarle de sus casillas.
¿No recelan tus cuidados,
Señor, que si aquí nos ve,
A tí te asirá de un pié,
Y a mí destos afollados?
Rod. Vete tú.
Nuño. Lo haré de grado,
Mas me ha cortado el temor,
Y aun de otra cosa peor
Presumo que me he cortado.
Pero poco á poco dejo
La sala, que me apresura
La gana, y desta locura
Iré á dar noticia al viejo. (*Vase.*)
Elv. Jimena en llanto bañada
Fué á palacio, y ya vendrá:
¿Quién duda que volverá
De nobles acompañada?
Y si te encuentran aquí,
Su honor arriesga, Rodrigo,
Mi señora, y del castigo
Caerá el rayo sobre mí.
Mas ya viene.
Rod. ¿Qué haré en fin?
Elv. Si ahora sales, es forzoso
El verte, ¡trance penoso!
Entra en ese camarin
Presto, que llegando van.
Rod. Diligencia es ya precisa,
No por lo que el riesgo avisa,
Sino por el que dirán. (*Vase.*)

SALEN DON SANCHO Y JIMENA.

D. San. Honrad el deseo mio.
Jim. Al rey llegará á ofender,
Que es quien me ha ofrecido hacer
Justicia, y dél lo confío.
D. San. El castigo por las leyes
Camina con lento paso.
Jim. Así, don Sancho, ha de ser.
D. San. No os pretendo replicar,
Que quien intenta obligar
En nada sabe ofender. (*Vase.*)
Jim. Fuése, y cumplióme el deseo
De hablar á solas contigo.
Elv. No ha de ser contra Rodrigo.
Jim. Cuando sin padre me veo,
Tal, Elvira, me aconsejas,
Cuando aun está muerto en casa:
Mi dolor será sin tasa,
Eternas serán mis quejas.
¡Ay dolor! que se apresura
El llanto, ea, ojos, llorad,
Que hoy del alma la mitad
Teneis en la sepultura.
Y ambas mitades ignora
El alma, pues ha querido
Vengar la que ya he perdido
En la que me queda ahora.
Procuro, ¡ay de mí! clemente
Templarme, y luego me irrito.
Que aunque persigo el delito,
Amo, Elvira, al delincuente.
Elv. Aquese rigor ignoro,
Si es fingido, amor le llamo.
Jim. Poco es decir que le amo,
Elvira, porque le adoro,
Y treguas al amor doy;
Mas, ¡ay! que lo que es mas cierto
Es que yace el conde muerto,
Y que yo su hija soy,
Venganza pido.
Elv. ¿De quién?
Jim. De Rodrigo.
Elv. No te entiendo.
Jim. Venganza, ¡ay de mí! pretendo,
Y temo que me la den.
Elv. ¿Luego está su vida en tí?
Jim. Sí, Elvira, y su perdicion.
Rod. No lo sufre el corazon,
Quiero escuchar desde aquí. (*al paño.*)
Elv. ¿Pues qué pretendes?
Jim. Cruel,
Hacer buscalle, prendelle,
Perseguille hasta perdelle,
Y morir luego con él.
Rod. A quitarte ese cuidado
Viene, señora, Rodrigo.
Jim. Pues, Elvira, ¿qué es aquesto?
¿Dentro en mi cuarto, escondido,
De mi padre el matador?
¿O es su sombra la que miro?
Rod. Bien dices, pues ya me olvidas,

Sombra soy de lo que he sido.
Jim. ¡ Ay de mí !
Rod. ¿ Con triste llanto
Respondes á mis suspiros ?
Jim. ¿ Quién se ha visto en trance igual
Como yo, ¡ ay de mí ! me miro ?
Allí de un difunto padre
Me llama la sangre á gritos;
La pena aquí enamorada
De un amante que he perdido.
Ya voy, padre.
Rod. Escucha, espera.
Jim. Ya vuelvo á escuchar, Rodrigo.
Rod. Oye, señora.
Jim. Que presto,
Aunque era fuerte el litigio,
De las dos esta razon
Venció, pero no me admiro,
Si me tiene de su parte,
Que me trujese consigo
Despues.
Rod. Oye, y despues muera
De aquesta espada á los filos.
Jim. ¡ Ay Dios ! ¿ qué intentas, qué ha-
Rod. Rendir el acero mio [ces ?
A tus piés, dame la muerte,
Empaña su cristal limpio,
Rómpeme con él el pecho,
Mas que no toques te pido
Al corazon donde vives,
Porque no mueras conmigo.
Jim. Limpio llamas ese acero,
Cuando le creo teñido
De rojo humor, y de aquel
A quien el ser he debido.
Esconde ese aborrecible
Objeto á los ojos mios,
Manchado de sangre mia.
Rod. Él perderá lo teñido
Si con la mia le lavas.
Jim. Quedará de un color mismo.
Rod. No, que esa fué de un airado,
Y esta será de un rendido.
Jim. Vuelvo á decir que la dejes,
O sino ojos y oidos
Cerraré, por no escucharte
Ni verte, pues has querido
Como tú hacerme cruel.
Rod. Témplate, que ya te sirvo,
Vuelve que ya obedecí,
Y escúchame, te suplico.
Jim. Di pero pocas razones.
Rod. Una sola es la que elijo,
Y bastará para darte
Satisfacion, sino alivio.
Con un golpe irreparable
Tu padre le quitó al mio
El honor, y tú bien sabes,
Pues española has nacido,
Cuan precisa es la venganza
En el que vive ofendido.
Si la infamia de mi padre
Dí con la mia al olvido,
Fué por adorarte honrado,
Que de otra suerte era indigno
De merecerte, señora:
Culpas fueran mis servicios,
Que quien me amó generoso
Me aborreciera ofendido.
Jim. Rodrigo, razon te sobra,
Que aunque aquí por enemigo
Me tienes, no culpo en tí
Lo que en mí juzgo por digno.
Vengando á tu padre, tú
Me has dado ejemplo, y motivo
Para que lo propio haga.
Rod. Solo aqueste brazo hizo
La venganza, y solo el tuyo
Es bien que me dé el castigo.
Jim. Yo soy tu parte contraria,
Y aunque al rey tu muerte pido,
No soy tu verdugo yo;
A sus manos te remito.
Rod. Morir á las tuyas fuera
Para mí el último alivio:
¿ Y en fin en qué te resuelves ?
Jim. En perseguir tu delito,
Vengando mi padre apenas;
Que no es este mi designio,
Vengarle sí, pero no
Con la muerte de Rodrigo.
Y si no se compadece
Vengarle, y quedarte vivo,
Muere Rodrigo, y al punto
Muera Jimena contigo.
Rod. ¡ Nuevo milagro de amor !
Jim. Pero lleno de martirios.
Rod. ¡ De cuántos males la causa
Nuestros dos padres han sido !
Jim. ¿ Quién, Rodrigo, lo creyera ?
Rod. ¿ Y quién lo hubiera entendido,
Tan cerca de tomar puerto
De nuestro amor el barquillo ?
Jim. Junto al puerto acechan siempre
Las peñas y los bajíos.
Rod. Que mas cabe en puerto, ó golfo,
Si en fin, en fin nos perdimos.
Jim. Y aquí me pierdo otra vez
Si me detengo; ruido
Siento en aquella antesala.
Rod. A Dios, cruel dueño mio.
Jim. Aunque dije que te adoro,

Guárdate de mí, Rodrigo.
Rod. ¿ Qué dices ? oye, Jimena,
Señora.
Jim. Lo dicho dicho. (*Vase.*)
Rod. Elvira.
Elv. No me detengas,
Que llegan ya, y el que miro es...
Rod. ¿ Quién, Elvira ?
Elv. Tu padre.
Rod. ¿ Mi padre ?
Elv. Lo que te digo.
Rod. Corrido estoy, vive el cielo,
De que aquí me encuentre.

SALEN DON DIEGO Y NUÑO.

Diego. Hijo,
Cuando en toda la ciudad
Te he buscado, agradecido
De ver cobrado el honor
Que sin tí hubiera perdido;
Y cuando el rey enojado...
Nuño. Yo, señor, no se lo he dicho:
Mal año, y como me mira.
Diego. Manda buscarte ofendido,
¡ Te encuentro tan descuidado
En casa de tu enemigo !
Si tú te olvidas tan presto
De haber hecho el beneficio,
Yo no, Rodrigo, que soy
Quien de tí le ha recibido.
Rod. Pues, padre, así me correis,
Yo os confieso que el delito
De hallarme en este lugar...
Diego. Calla, traidor.
Nuño. ¡ Jesucristo !
Rod. Es culpa, mas no tan grave,
Que no tenga algun indicio
De forzosa, porque amor...
Perdonad si inadvertido.
Diego. No te disculpes ahora,
Que yo de nada me admiro,
Y vamos á lo que importa:
Quiere en buen hora, Rodrigo,
Que yo no puedo estorbarte,
Un amor que es casto y limpio.
Rod. Pues como eso no me impidas,
Obediente á tus avisos,
Solo esperaré tu voz
Para obedecerte.
Diego. Digo
Que el rey te manda prender,
Y aunque es tan prudente y pio,
Mejor es que no estés preso.
Y esto se entiende, hijo mio,
Mientras la órden del rey
No llegare á tus oidos
Para que á prision te des,
Que entonces será delito.
Y pues la ocasion es tal,
Que puedes con dos sentidos
Aprovecharla al instante,
Que te partas determino
A embarazar la reina
De Búrgos y su distrito,
Cuando noticia tenemos
Que los pendones moriscos
Llegan hasta Montes de Oca,
Carrion y Santo Domingo
De la Calzada, robando
Los pueblos y los caminos.
La ocasion llegó oportuna
De con esos nobles brios
Desenojar á tu rey,
Mira, ve y vence, Rodrigo,
Que no lo dudo de tí:
Y si estos perros cautivos
Traes al rey, en alabanza
Se convertirá el castigo.
Ven, te armaré de camino.
¿ Qué dices ?
Rod. No he respondido,
Porque ya está la atencion
Toda dada al ejercicio
De vencer.
Diego. Así lo creo,
Vamos pues.
Rod. Vamos.
Diego. ¡ Qué olvido !
¿ Hete dado alguna cosa
Desque llegué ?
Nuño. Esto es lindo.
Rod. No, señor.
Diego. Pues este abrazo
Te traia prevenido,
Y el alborozo de verte
Me ha tenido divertido.
Aprende en aquesta cifra
Lo que mereceis conmigo
Por honrador de tu padre,
Para que estés advertido
De saber agradecer,
Cuando te honraren tus hijos.
Vamos, á que partas luego.
Rod. Vamos; ¡ ay Jimena ! fijo
Carácter en mi memoria
Tu dolor llevo esculpido,
Mas será eterno mi amor.
Diego. ¿ A qué aguardas ?
Rod. Ya te sigo.
En tu casa el alma dejo.
Diego. Templar al rey es preciso

*****

Para todos.
Rod. Ya lo veo.
Diego. Con la esperanza le animo, *ap.*
Que por templar á Jimena
Hará en la guerra prodigios.
Ven, Nuño.
Nuño. ¿Yo tambien?
Diego. Pues.
Rod. ¡Ay amor!
Nuño. ¡Ay miedo!
Diego. ¡Ay hijo,
Lo que te debe tu padre!
Ven, y vaya Dios contigo.

JORNADA III.

Salen JIMENA y ELVIRA.

Elv. Cierto es, señora, el rumor
Que corre por la ciudad.
Jim. El vulgo, por novedad,
Abrazar suele un error.
Elv. No hay gran novedad en esó,
Ni las hazañas que hoy dicen
Al sugeto contradicen,
Aunque hablan con tanto esceso.
Todo es contar maravillas
Hechas contra el enemigo;
Mas quien conoce á Rodrigo
No se admirará de oillas.
Jim. Su primer hazaña ha sido
Darme este funesto luto,
Y estos suspiros, tributo
De un corazon afligido.
No le nombres.
Elv. Pues yo hallo
Que en una y otra ocasion
Cumplió con la obligacion
De buen hijo y buen vasallo.
Jim. Es verdad, pero ¿la entrada
Hízola ya?
Elv. No he sabido
Eso hasta ahora.
Jim. Ha sentido...
Elv. La color tienes mudada.
Jim. ¡Yo! ¿Pero de qué se esconde?
Elv. Del rey y tu indignacion,
Mientras consigue el perdon.
Jim. ¿Qué, de la muerte del conde
Mi padre? ¿De esa manera
Juzga el perdon alcanzar?
Bien podrá el rey perdonar,
¡Pero yo!
Elv. Señora, espera,
Que la infanta llega aquí.
Jim. Desde que en su cuarto estamos,
Si á solas las dos hablamos,
O llama, ó llega.
Elv. Es así.
Tanto como tú á estar llega
Ciega de amor.
Jim. Y aun podria
Despeñarme.
Elv. Gentil guia
Una ciega de otra ciega.

Sale la Infanta y LEONOR.

Inf. No vengo á estorbar, Jimena,
Suspiros que al cielo envias,
Que antes vengo á que las mias
Se mezclen hoy con tus penas.
Jim. ¿Pena, señora, recibes,
Debiéndote hoy alegrar?
Inf. Mal podré yo alegre estar,
Mientras tú llorando vives.
Jim. Cuando tal nueva ha llegado,
Te aflige ya la pasion,
Que ha sido restauracion
De la patria y del estado.
Inf. Tú pudieras aliviarte
Con lo mismo que me arguyes,
Tú que, como sol, influyes
Vitorias al nuevo Marte,
A tu Rodrigo.
Jim. Ofendido
Mi oido escucha, señora.
Venció el moro, y hasta ahora
A mi rigor no ha vencido
De mi padre fué homicida,
Y su sangre he de vengar.
Inf. Tu amor le puedes quitar,
Pero déjanos su vida,
Y sepas, si no lo entiendes,
Que es especie de traicion
Pretender tu indignacion
Matar á quien nos defiende;
Y en esto es bien que repares.
Jim. ¡Que la infanta, (¡ah injustos cie-
A mis conocidos zelos [los!)
Aumente tantos pesares!
Pues no, aunque me pierda, no
Ha de lograr la centella,
Pues porque le pierda ella
He de aventurarle yo.
Inf. ¿Qué respondes?
Jim. Que pesar,
Que pues canso á vuestra alteza,
Señora, con mi tristeza
Me retiraré á llorar.
(*Vanse Elvira y Jimena.*)

Inf. Rigor estraño.
Leon. Ella tiene
Costoso y terrible empeño.
Pero con rostro risueño
El rey á este cuarto viene.
Inf. Pues preven sillas.
Leon. Si haré,
Que á un rey, y viejo, señora,
Es culpa, que nadie ignora,
Tonerle un instante en pié.

SALE EL REY.

Rey. Hija, justo es que te dé
Tal nueva, ¿ oiste el rumor
Que corre ?
Inf. Padre y señor...
Rey. Sentado os responderé,
Toma tambien tú lugar.
Inf. Sé la victoria, y la pena
Que aquí me ha dado Jimena,
El placer me hizo pesar.
Rey. Ya con don Diego he trazado
Un medio de descubrir
Su intento, en que ha de fingir
Aspereza mi cuidado,
Y ya la ocasion se ofrece
De desmentirla cruel.
¿ Mas qué ruido es aquel ?
Inf. Caja de guerra parece.

TOCAN, Y SALEN DIEGO LAINEZ Y NUÑO, CON UNAS BANDERAS QUE LE ECHAN AL REY A LOS PIÉS.

Diego. Gran Fernando, esos pendones
Os traigo, y debo así hacello,
Pues tres ganamos en ello :
Vos glorias, y yo blasones
Para mi casa, y Rodrigo,
Que al moro los hà ganado,
El renombre de esforzado,
Y el que hoy le da el enemigo
De Cid, por marca de honor
Con que á todos aventaja,
Que en su bárbaro lenguaje
Es lo mismo que señor.
Rey. ¿ Y al vencedor confianza
Le falta para conmigo ?
¿ De mí se esconde Rodrigo
Cuando tal vitoria alcanza ?
¿ Habeisle comunicado
Nuestro intento ?
Diego. Si señor,
Pero con grande temor.
Rey. Ya, don Diego, estais cansado.
Diego. Es mi amor con nuevo esceso.
Rey. Mas es mi palabra real,
Y así se remedia el mal.
Diego. No quisiera verle preso.
Rey. Los temores son prolijos,
¿ De mí no os asegurais ?
Diego. ¿ Porqué, señor, me culpais,
Si sabeis lo que son hijos ?
Mas ya os sirve mi cuidado.
Rey. Entre pues.
Diego. Voile á llamar. (*Vase.*)
Nuño. Y yo entre tanto contar
Te podré lo que ha pasado,
Haciéndote relacion
De como acompañé al Cid
Dentro y fuera de la lid,
Y sin pedir atencion,
Que en un sujeto de risa
Fuera necedad solemne.
Rey. Calla, loco.
Nuño. Mientras viene;
Pasó el caso desta guisa. (*Tocan.*)
Pero ya á mí no me toca,
Que él llega á linda ocasion,
¡ Jesus ! y qué relacion
Me han quitado de la boca.
Rey. En un trono, y coronado
De laurel, venir debiera,
Y con mi amor no cumpliera
Recibiéndole sentado.
Que un Marte contemplo en él,
Y así es digno en mi persona
Que se acerque mi corona
A unirse con su laurel.
Ven generoso heredero
Del valor, ven maravilla
Del esplendor de Castilla,
La de todo el mundo entero,
Llega á mis brazos, Rodrigo.

SALE DIEGO LAINEZ, Y RODRIGO CON UN ESTANDARTE.

Rod. Tus plantas llego á besar.
Rey. Bien me puedes abrazar
Por tu rey y por tu amigo.
Rod. Soy tu esclavo, y solo siento
No saberlo merecer.
Rey. Menos tengo de poder
Que tú de merecimiento.
Rod. El mérito que en mí crees
No es mio, si considero,
Segun la vitoria es,
Que otro peleó primero
Lo que yo triunfé despues.
Él fué el que venció la inerta

Turba, señor, inclemente,
Con tal valor, y esto basta
Para saber que es valiente,
Que venció con sola un asta.
Este el que ha favorecido
Tu gente, fué en los civiles
Trances, aunque condolido
De otra batalla de infieles
Sacó el pecho mal herido.
A este se deve el honor.
Rey. Donde está mis brazos ciertos,
Le reciban el favor.
Rod. El con los suyos abiertos
Te está esperando, señor.
(*Descoge el estandarte.*)
Este es por quien merecí
De la vitoria el laurel,
No por mí, pues conocí
Que no pude hacer sin él
Lo que él supo hacer sin mí.
Con este para ganallas
Vitorias juzgo tener,
Sin peligro de arriesgallas,
Pues conmigo irá á vencer
El Cristo de las batallas.
A este se debe el cuidado
De mis vitorias, cual vez,
Porque es quien las ha logrado
En honor suyo, y despues
A san Pedro mi abogado.
Rey. Nombre de valiente ufano
Mereces hoy dignamente,
Que contra el poder pagano
No puede ser muy valiente
Quien no fuere muy cristiano.
Dios, como decis, venció,
Pero de aquesta vitoria
Que por tu medio nos dió
A Dios se debe la gloria,
Y á tí porque te elegió.
Y pues mi atencion espera,
Para saberte premiar,
Por menos saber quisiera
Esta vitoria.
Rod. Escucharla
Puedes desta manera.
Salí de Búrgos, Fernando,
O por huir la severa
Queja de Jimena airada,
O tu enojo, pero en esta
Noticia es de mi respeto
No mas, porque la que es cierta
Es que salí conducido
De una atencion halagüeña,
Que acá en el centro del alma
Con una voz lisonjera
Me llamaba á los aplausos,
Como quien dice, no pierdas
Por tu descuido, Rodrigo,
Lo que á tu valor le espera.
Respondió al aviso hidalgo
El corazon; pero apenas
Supe, señor, que en Carrion
Se alojaban las banderas
Moriscas, por plaza fuerte
Reservada á su defensa,
Cuanto con pocos soldados,
Si son pocos los que llevan
En el riesgo de la espalda
El pecho para trinchea.
Partí en busca de Celin,
Rey de Mérida, y cabeza
De otros cinco reyes moros;
Pero con tanta presteza
Llegué á verle, que contento
Quedé de mi diligencia
A sitiar á Montes de Oca:
Salió una mañana, y esta
Fué, cuando le descubrí.
Si aquí el riesgo no temiera
De encarecer, ponderára
Una confusion inmensa
De turbantes y marlotas,
De adargas, lanzas y flechas;
Pero duróme tan poco,
Que una indiscrecion hiciera
Casi en decir lo que ví.
Pues luego que mis trompetas
Dieron al labio el metal,
Intimándose la guerra,
Un celo frio, un temor
Vistió las cobardes venas
De aquellos que de hombres solo
Conservaron la apariencia.
Y fué, que al invocar yo
De san Pedro la asistencia,
Para el trance en sus oidos,
Tuvo este nombre tal fuerza,
Que inmobles quedaron tanto
Que la atencion no dijera
Si era campo de guerreros,
O si era de estatuas selva:
No porque fuese comun
El temor, que poco hiciera
En vencer muchas escuadras,
Si las hallára indefensas.
Vencí, sino porque hallé
En Celin tal resistencia,
Que él solo me dió á entender
Lo que una vitoria cuesta.
A recibirme el gallardo
Moro salió en una yegua,

Hija del Bóreas sin duda;
Pues con tanta ligereza
Pisaba el suelo florido,
Que con desprecio á la tierra
Fiaba la airosa mano,
Pareciéndole indecencia
Que otro que el aire gozaba
La que hija del viento era.
Si ya no fué, que á la clin
Larga de que se hermosea
Pagase alguna atencion,
Y por no pisarla hiciera
Habilidad el melindre,
Y cortesía la deuda.
Negra era la hermosa piel
De blancas manchas cubiertas,
Para desmentir del vulgo
La opinion, de que la negra
Color no reciba otra;
Pues aquí vió la esperiencia
La nieve sobre el carbon
O conjelada ó impresa.
Hermoso era el bruto, pero
El dueño que le gobierna
Tan á su eleccion le mueve,
Con tal gala le trastea,
Que al freno y la espuela á un tiempo
Movido desta, y aquella
Daba á entender que sobraban
De las dos dos advertencias:
Pues templándole sin freno,
Se encendia sin espuela,
Tan pronto al pié y á la mano
Se inclinaba, que no fuera
Posible reconocer
Cuya era la obediencia,
Si del moro la osadía,
Con amenazas soberbias,
Desde lejos no avisára
A su sentir la pereza
Del animal volador.
¡O ambicion de fama eterna,
Llegar al riesgo el valor,
Y presumir que no llega!
Puesto sobre los estribos,
Me acometió; si pudiera
Caber temor en el Cid,
Solo aquella vez temiera.
Recibí el furioso golpe
De la lanza, y con destreza
Ejecuté mi intencion,
Pero sin fruto, pues hechas
Las hastas átomos breves,
Subieron á que la esfera
O los tuviera por astros,
O por rayos los volviera.
A un tiempo los dos volvimos
A batalla mas estrecha
Con las espadas, y en fin,
Porque lo que el hado ordena
Tiene dominio en la vida,
Con un reves la cabeza
Corté al valeroso moro;
Pero en ocasion que fuera
Arriesgada la tardanza,
Pues á un golpe suyo viera
Mi peligro, si en la vida
No le quitára la fuerza.
Murio Celin, y los tuyos,
A mi ejemplo, como fieras
Los enemigos herian
Con tal valor y tal priesa,
Que en un momento de sangre
Se vió inundada la arena,
Mar de su destino, adonde
Todos corrieron tormenta.
Cinco reyes prisioneros
Hice, cobré de tus tierras
Lo perdido, rescaté
Tu opinion, seguí la empresa,
Y dejé el reino seguro.
Esta es la vitoria, esta la
Lealtad con que te sirvo,
La razon con que me premias,
La causa con que te muevo
A perdonarme la ofrenda,
Que me indulta de tu enojo.
Esta es mi cabeza, y esta
La mano que te ha de dar,
Fiada en quien la gobierna,
Vitorias, triunfos, aplausos,
Honores, logros, defensas.
Viva siempre en tu servicio,
Y nunca en las lides muera.

Rey. Vuelve otra vez á mis brazos,
Rodrigo, por recompensa.

Inf. Digno es, señor, del perdon.

Diego. ¿Parécele á vuestra alteza
Que puede suplir Rodrigo
La falta del conde? Llena
Toda el alma de alegría
Le he escuchado, que bien suenan
En mi oido sus aplausos
En una accion como esta:
Cobra el cuidado de un padre
Todo lo que un hijo cuesta.

Nuño. ¿Podré hablar, pues todos callan?

Rod. Quita.

Rey. Dejalde.

Rod. ¿Qué intentas?

Nuño. Que sepa el mundo, señor,
Que esta vitoria me cuesta

Mas trabajo que á Rodrigo.
Rey. ¿ Cómo ?
Nuño. De aquesta manera:
De una sola cuchillada
Mataba el Cid á cualquiera,
Y yo no di ni un rasguño,
Con tirar mas de cuarenta,
Hasta que me resolví
A buscar para mi empresa
Un morillo enamorado.
Rey. ¿ A qué fin ?
Nuño. Para que fuera
Fácil el descalabrarle.
Rey. ¿ Enamorado ?
Nuño. Pues esa
Es la maña, si le hallára.
Rey. ¿ Porqué ?
Nuño. Porque se trujera
Lo mas andado él, ó su
Quebradero de cabeza:
Topé á un zeloso, y al ir
A cascarle de su pena,
Acababa de espirar.
Rey. ¿ Y porqué creiste que era
Zeloso ?
Nuño. Porque traia
Azules las agujetas.
Rod. Quita, loco.
Nuño. Esto fué mas:
Mas de dos horas y media
Reñí con un moro anciano
Sin que posible nos fuera
Herirnos.
Rey. ¿ Pues cómo ?
Nuño. Estando
Los dos en postura recta.
Rey. Gracia tienes.
Nuño. Que el que asi
Gobernare sus pendencias,
Vivirá para ejemplar
De las vidas de las suegras.
D. San. Doña Jimena, señor,
Para hablarte pide audiencia.
Rey. Entre. Don Diego, á Rodrigo,
Porque cuidado no tenga
De mi entereza, diréis
Que es fingida la apariencia,
Como hemos comunicado,
Para cumplir con Jimena.
Diego. ¿ Pues qué intentais, gran señor,
Que prevenis la entereza ?
Rey. Salir de aqueste cuidado.
Diego. Mirad.
Rey. La réplica sea
Hacer lo que ordeno yo.
Rod. Señor, con vuestra licencia,
Me ausentaré.
Diego. Sí, señor.
Rey. No, que es conveniencia,
Para el exámen que aguardo,
Que esté presente.
Rod. Confiesa
Mi valor el sobresalto,
Pues tanto el pecho me inquieta,
Que una muger teme airada
Quien venció una armada entera.

SALEN JIMENA Y ELVIRA.

Elv. Señora, mira lo que haces:
¿ Qué es lo que irritada intentas ?
Jim. Hacer, si pierdo á Rodrigo,
Que todo el mundo le pierda.
Elv. Miralo primero.
Jim. Estoy
Zelosa, Elvira, y resuelta.
Perdonadme, gran señor,
De que á interrumpiros venga
Dia tan digno de aplausos
La porfía de mi queja.
Rey. Siempre, Jimena, los reyes
Tienen con razon atenta,
En una igualdad constante,
Prevenidas las orejas.
Habla, que licencia tienes.
Rod. ¡ Qué hermosa es !
Nuño. De eso te acuerdas
Cuando ella viene á pedir
Que te cuelguen de una pierna.
Inf. ¡ Pesada carga de honor
En tal dia !
Jim. Vuestra alteza,
¡ Ah tirana ! se disgusta,
Gran señora, de que venga
A los triunfos de Rodrigo
A añadir nueva materia.
Yo vengo, rey de Castilla
Y de Leon, á que sepas
Que desde aquí de tu fama
Siempre desvelada lengua,
Daré al mundo la noticia
De la sinrazon que intentas,
No castigando delitos
De tan grave consecuencia.
Hija del conde don Gomez
Naci, que no te lo acuerda
Mi voz para su venganza,
Pues tan sin provecho fuera,
Sino porque sepas, rey,
Quien soy; prudente advertencia,
Que mi desdicha ingeniosa
Fabricó para que veas

De un corazon ofendido
El mérito por la ofensa.
Yo vengo á trocar, Fernando,
Esclavitudes á ofensas,
Rendimientos á rigores,
Gustosa, alegre y contenta,
A ofrecerme por tu gusto
De Rodrigo á la soberbia.
Yo me confieso, señor,
Desde aquí su prisionera,
Y ya por tí injustamente
Soy triunfo de su cadena:
Pues mató al conde Rodrigo,
Sea su esclava Jimena,
Que es ley muy puesta en razon.
¡Ah rey, cómo no te acuerdas
Que rey que no hace justicia
O reina mal, ó no reina!
Por una vitoria tantas
Olvidaste, que pudieran
Oscurecer las memorias
De Numa, Alejandro y César.
Pero ¿para qué te canso
Con voces, que animo apenas
Tan estorbadas del llanto,
Que con lágrimas se mezclan,
Si este llanto y estas voces,
Que infructíferas se muestran,
No sirven mas que de dar
De tus injusticias señas?

Nuño. Mucho aprieta, ¡vive Cristo!

Rod. Sin mí estoy de oirla.

Rey. Fuerza *ap.*
Es obrar de aqueste modo
Para lograr mi esperiencia.
Jimena, el rey nunca falta
A su deber: oye atenta.
Rodrigo?

Rod. Señor, ¿qué mandais?

Diego. Aquí la ficcion comienza. *ap.*

Rey. Don Diego?

Diego. Sí, señor, ya.

Inf. ¿Qué es lo que mi padre intenta?

Elv. ¿Qué has hecho?

Jim. ¡Ay de mí! no sé.

Rey. Yo, Rodrigo, bien quisiera
Perdonarte, mas no puedo
Si la parte no dispensa:
Jimena es hija del conde,
Ella te persigue, della
Pende, Rodrigo, tu vida.
En esa torre primera
De palacio asegurad
Al Cid, y con advertencia
Que hoy, Jimena, ha de quedar
Confirmada la sentencia. (*Vase.*)

Jim. ¡Ay de mí!

Inf. Por no mirarle
Me quito de su presencia. (*Vase.*)

Guarda. Vamos, Rodrigo.

Rod. Ya voy
A morir por tí, Jimena.

Nuño. Antes la lleve el diablo.

Jim. De llanto el alma se anega.

Diego. ¿Estais contenta, señora? *ap.*
Ya en su semblante demuestra
Su dolor.

Jim. Pues yo, don Diego,
¿Qué puedo hacer? ¡Hay mas penas!

Diego. ¿Pues no podreis perdonarle,
Pidiendo al rey que suspenda
El enojo que por vos
Contra mi Rodrigo muestra
En ocasion tan injusta?

Jim. ¿Quién mas que yo lo desea?
Pero la vergüenza ya
De mi porfía molesta
Me ha de estorbar.

Diego. ¿Qué decis?

Jim. ¡Ay locos zelos! si es fuerza
Que yo pida al rey su vida,
Mucho peligro hay en ella.

Diego. Pues aun no lo sabeis bien,
Que consolada que fuera
Mi vejez á haberle preso,
Llevándola aquesta nueva,
Dios os guarde, si del rey
Fuera el enojo de veras. (*Vase.*)

Jim. ¿Fuése?

Elv. Ya se fué.

Jim. ¡Ay Elvira!

Elv. ¿Qué hay, señora?

Jim. Una tormenta
En que el bajel de la vida,
Corriendo sin remo ó vela,
A uracanes combatido
De la rizada mareta,
Un bajío es cada anhelo,
Cada esperanza una peña.
¡Ay que este reloj humano,
Desconcertadas las ruedas,
Tan apresurado corre,
Tanto á los fines se acerca,
Que segun el corazon
Se mueve que le gobierna,
Avisa que de la vida
Se va acabando la cuerda!
¡Ay que peligra Rodrigo!

Elv. Pues, señora, ¿qué remedias
Ahora con afligirte?
Templa el sentimiento, templa
En esas demostraciones

El riesgo de tu modestia
¿ Tú no le quisiste ? tú
A fuerza de diligencias
No le trujiste á este estado ?
¿ Pues de qué ahora te quejas ?
Jim. Dices bien, yo le prendí,
Yo le seguí, mi pena
Es hija de mi rigor;
Cúlpame para que pueda
La evidencia de mi culpa
Oponerse á mi vergüenza
A quien adoro persigo,
Que intenta mi amor, que intenta
Mi rigor perder la vida
De la mitad que me queda.
No muera Rodrigo, vamos.
Elv. ¿ Dónde, señora ?
Jim. A que veas;...
Pero el suceso lo diga.
Elv. Ya te sigo.
Jim. No parezca
Liviandad del albedrío
La que del amor es fuerza. (*Vanse.*)

SALEN RODRIGO, NUÑO Y UN GUARDA.

Rod. Mi mayor seguridad
Es mi lealtad en rigor,
Y despues della mi amor.
Guarda. Solo por tu autoridad
Nos manda el rey asistirte,
No, señor, para guardarte,
Pues nada puede estorbarte
Como tu palabra el irte;
Demas que el pleito homenaje
Asegura tu prision
Mas que un armado escuadron.
Nuño. Sin duda fué algun salvaje
El primero que mandó
Que el pleito homenaje impida
Que guarde un hombre su vida,
Luego hiciera caso yo
De uso tan estraordinario.
Rod. ¿ Pues qué hicieras tú ?
Nuño. Escurriera
Que si es pleito, estando fuera,
Se hiciera pleito ordinario.
Guarda. A fuera podré esperar,
Si gustais.
Rod. Id norabuena.
¡ Ay adorada Jimena !
Nuño. Por Dios que es mucho apretar,
Que con tanta inclinacion
Pida con ansias tu muerte;
Lindo modo de quererte.
Rod. ¿ No miras que á su opinion
Son las crueldades precisas,
Y que yo muera en rigor ?
Nuño. Bueno, y entonces su amor
Se podrá decir de misas.

SALE LA GUARDA.

Guarda. Yo vuelvo por si importar
Puede, á deciros que entró
Jimena en la torre.
Rod. Y yo
Lo estimo.
Guarda. Esto es avisar.
Nuño. Por Dios que te ha perseguido.
Rod. Como ella quede gustosa,
¡ Qué suerte mas venturosa !

SALE JIMENA Y ELVIRA AL PAÑO.

Elv. Bien hasta aquí ha sucedido.
Rod. ¡ Ay Jimena !
Jim. ¿ Me ha nombrado ?
Elv. ¿ No le oiste ?
Rod. Si el deseo
No me ha engañado, el aviso
Que tuve ha salido cierto,
Jimena me está escuchando :
Veré si obligarla puedo,
Pues escucha lo que digo,
Con decirla lo que siento.
Nuño. Sabes, señor, que imagino,
Y es mucho si no lo creo,
Que te aborrece Jimena,
Que tales ansias y estremos,
Pidiéndole al rey justicia,
Sin grande aborrecimiento
Nunca se ha visto.
Rod. Es verdad,
Pero por eso deseo.
Que el rey me quite la vida.
Nuño. ¿ Qué dices ? ¿ estás sin seso ?
Rod. Que si he de vivir sin ella,
¿ Para qué la vida quiero ?
Elv. ¿ No escuchas ?
Jim. Sí.
Nuño. Pues ya el rey
Lo ha remitido al consejo,
Diciendo que haga justicia.
Jim. ¡ Ay de mí ! ¡ qué escucho, cielos !
Nuño. Y puede ser sin milagro
Que te empeoren de asiento
La cabeza.
Rod. ¿ Sin Jimena,
Para qué la vida quiero ?
Nuño. Tú has dado en graciosa tema.
Elv. Mira en el trance que has puesto
A tu amante.

Jim. Que bien haces
En culparme, que con eso
Hace en mí tu acusacion
Disculpable lo que intento.
Nuño. Pues á fe, que si es verdad
Que te quiere, es grande yerro
El que intenta esta señora.
Rod. ¿Porqué?
Nuño. Porque yo recelo
Que el rey viendo que Jimena
Publica por todo el reino
Que no le hace justicia,
Ejecute sin remedio
Del consejo la sentencia.
Jim. ¡Ay de mí, si fuese cierto!
Nuño. Y aunque ella pida tu vida.
Elv. Buena la hubieramos hecho.
Rod. Ese fuera para mí
Mucho mayor sentimiento
Que morir.
Nuño. ¿En qué lo fundas?
Rod. En que si morir deseo,
Es por ofrecer la vida
A quien de mi vida es dueño.
Nuño. Famoso mártir de amor,
Eres, no hay sino buen pecho
Y morir muy consolado
Que ya te están previniendo,
Entre Piramo y Leandro,
Un lugar en el infierno.
Mas mi señor.
Rod. ¿Quién?
Nuño. Tu padre.
Elv. ¿Que querrá ahora don Diego?
Jim. Escucha.

SALE DIEGO LAINEZ.

Diego. Rodrigo, hijo.
Rod. Padre y señor.
Nuño. ¿Qué hay de nuevo?
Diego. ¿Escúchanos alguien?
Rod. Sí.
Diego. Pues vaya de fingimiento,
Hijo, el consejo...
Rod. Prosigue.
Diego. Vive Dios, que me enternezco,
Como si fuera verdad.
Elv. Parece que llora el viejo.
Diego. Sin atender á tan grande
Vitoria...
Nuño. Malo.
Diego. Ha resuelto
Condenarte á muerte, y solo
Falta para el cumplimiento
Que firme el rey la sentencia.
Ya sabes que es justiciero;
Y en fin ya en aqueste estado
Huir el peligro tengo
Por acertado, Rodrigo;
Y advierte que ha de ser luego,
Que despues será imposible.
Nuño. Vamos diciendo y haciendo.
Rod. ¡Cómo se ve que es comun
De la muerte el sentimiento;
Pues con saber que es engaño
Se ha sobresaltado el pecho!
Diego. ¿Qué dices? ¿no me respondes?
Elv. ¿Mas qué fuera, si queriendo
No le pudieras librar?
Jim. Fuera morir, y en efeto
Fuera pagar con la vida
La locura de mis zelos.
Mas oye.
Diego. Vamos, ¿qué aguardas?
Rod. A perder estoy resuelto
Mil vidas, si mil tuviera,
Que si yo sé que muriendo
Queda Jimena gustosa,
Fuera mi amor muy grosero
En quitarle esta alegría;
Que desde luego le ofrezco,
Víctima de sus rigores,
De su vitoria trofeo:
Muera yo, pues ella gusta.
Jim. No lo permitan los cielos.
Nuño. Nunca deste tema sale.
Elv. Que pierda el juicio temo.
Jim. ¡Oh si se fuera su padre!
Diego. Mira, hijo.
Rod. Vive el cielo,
Que si el rey me perdonára
Me diera muerte yo mesmo.
Jim. Antes muera yo, Rodrigo.
Diego. Basta, no con tanto afecto
Que parece que has creido.
Rod. Él se declara, contento
La muerte, señor, aguardo.
Diego. Tu vida guarden los cielos,
Aunque pese á mil Jimenas,
¿Qué muerte, di, si es concierto?
Rod. Si ella gusta, ¡qué mas dicha!
Nuño. Él muere, que es un contento.
Rod. ¿Que no me entienda mi padre?
Diego. ¿Si le privó el sentimiento
De la crueldad de Jimena?
Jim. Elvira, yo me resuelvo
A salir.
Diego. Mira que el rey...
Elv. Deja que se vaya el viejo.
Diego. Mira...
Rod. Porque la aborrece.

Tambien mi vida aborrezco.
Diego. Voy á decir lo que pasa
Al rey, Rodrigo, ya vuelvo,
Esto me faltaba ahora. (*Vase.*)
Elv. Sal, que ya se fué don Diego.
Jim. Rodrigo!
Rod. ¿Quién es?
Jim. Yo soy.
Nuño. Quien ha de ser tu Santelmo,
Pero antes de la tormenta.
Jim. A morir contigo vengo:
Ya satisfecho mi amor
Del trance en que la pusieron
Unos zelos mal nacidos
De cobarde fundamento,
Causa de yerros tan grandes,
A morir contigo vengo,
Deciendo que soy tu esposa,
Que no hay humano respeto
En llegando á tales lances.
Rod. Déjame besar el suelo
Que pisas... Mas gente viene,
Retírate.
Jim. ¿Y á qué efeto
Solicitas que me esconda?
Si ser tu esposa confieso,
No he de apartarme de tí.

Sale un Secretario.

Sec. Don Rodrigo... Mas ¿qué es esto?
Jim. Yo soy, pasad adelante.
Sec. A notificaros vengo
La sentencia.
Nuño. Llegó tarde,
Que si es la de casamiento
Ya se la han notificado
No ha un instante.
Rod. Calla, necio.
Sec. La que yo traigo es de muerte.
Nuño. Y estotra tambien.
Jim. Volveos,
Y decilde, secretario,
Al rey, que guarden los cielos,
Que al reo y la parte hallasteis
Aquí, de modo que es cierto
Que son una cosa misma,
Y será fuerza, muriendo
El uno, que el otro muera,
Y fuera injusto pretesto
El castigar á la parte
Por no perdonar el reo.
Sec. Señora, mucho gustára
De poder obedeceros;
Pero esta es órden del rey,
Y tambien traigo decreto
De llevar de aquí á Rodrigo
De Vivar, y aunque lo siento
Es forzoso ejecutarlo.
Jim. ¡Ay de mí!
Nuño. Peor es esto.
Jim. ¿Dónde le quereis llevar?
Sec. Perdonadme, que no tengo
Orden de poder decirlo.
Nuño. Si le llevan, volaverunt
La cabeza.
Jim. Pues de aquí
No ha de salir, vive el cielo,
Ni yo he de apartarme dél,
Hasta saber el intento
Del rey.
Rod. Señora, Jimena,
Yo tomo á mi cuenta el riesgo.
Jim. Yo no me fio de nadie,
No he de apartarme un momento
De tí, ni te han de sacar
De aquesta torre.
Sec. Pues eso
¿Cómo lo habeis de impedir?
Jim. ¿Cómo? matando al primero
Que se atreviere á intentarlo.
(*Quítale la espada á uno.*)
Llegad, villanos.
Sec. Teneos,
Señora.
Rod. Mi bien, aguarda.
Nuño. ¡Santa muger!

Salen el Rey, la Infanta y los demas.

Rey. Llegad presto.
Jimena, pues vos aquí,
Y con espada, ¿qué es eso?
Diego. Querrá matar á Rodrigo.
Nuño. Que siempre piensen los suegros
Lo peor.
Jim. ¿Qué os admirais?
Rey. No he de admirarme si os veo
Con quien mató á vuestro padre.
Jim. Eso no tiene remedio,
Demas que en cualquiera trance
Mi marido es lo primero.
Rey. Don Diego, por vida mia.
Diego. Ya gran señor, os entiendo.
Rey. ¿Y quién es vuestro marido?
¿Qué os parece, surtió efecto?
(*Ap. á don Diego.*)
Jim. Rodrigo mi esposo es.
Rey. ¿Ahora salis con eso?
Diego. No puedo tener la risa. *ap.*
Rey. ¿Pues cómo ha de ser si tengo
Firmada ya la sentencia?
Jim. ¿Cómo ha de ser? Bueno cierto:

¿Quereis dejarme tambien
Sin marido?
Rey. Ahora bien puedo,
Que decis que es vuestro esposo
Por vos perdonarle quiero.
Dadle la mano, Rodrigo.
Rod. Guárdete, señor, el cielo.
Diego. ¡Qué dichoso dia!
Rey. Vamos,
Que la infanta y yo serémos
Padrinos.
Rod. Beso tus plantas.
Nuño. Y pues no hay mas casamiento,
Aquí acabe la comedia
Deste caso verdadero
Del Honrador de su padre:
Perdonad sus muchos yerros.

DON JUAN DE LA HOZ MOTA.

Don Juan de la Hoz Mota, hijo de don Fernando de la Hoz y de doña Ana Mota, naturales y vecinos de la ciudad de Búrgos, nació en Madrid por los años de 1620, estando su padre en la capital de procurador á córtes por su patria. En 1653 le dió Felipe IV el hábito de Santiago: fué regidor de Búrgos, y en 1657 su procurador á córtes, y como tal concurrió con todos los del reino, el dia 4 de diciembre, á dar el parabien á S. M. por el nacimiento del príncipe don Felipe Próspero, siendo él el que hizo el razonamiento ó arenga á S. M. como procurador mas antiguo de Búrgos, cabeza de Castilla. Fué miembro del tribunal de la contaduría mayor de hacienda, y luego ministro del consejo de la misma.

Sus obras literarias se reducen á sus comedias, de las cuales el *Castigo de la miseria*, que insertamos á continuacion, es la que le ha dado mas celebridad. El lector juzgará si esta celebridad es merecida. En nuestra opinion, don Juan de la Hoz Mota debe colocarse entre nuestros ingenios de tercer órden, y en efecto Matos Fragoso, Diamante, Leiba y otros muchos que son sin duda de segundo órden, tienen ciertamente mas mérito que él.

EL CASTIGO DE LA MISERIA.

Son tan pocas la comedias de carácter que ofrece nuestro antiguo teatro, que solo á serlo ha debido esta la celebridad de que goza. Por lo demas la tal comedia es verdaderamente detestable, y mas que otra cosa parece un sainete. Plauto y Molière pintaron un *avaro*; la Hoz pinta un *miserable*; de aquí viene el carácter mezquino y débil de la composicion de este último comparada con las de los primeros. La Hoz sin embargo tiene rasgos felicísimos, pero casi todos ellos pertenecen al bajo cómico, ó por mejor decir, al género chocarrero. La parte de la invencion en esta comedia es ridícula, prescindiendo de que todo ademas en ella es inverosímil en alto grado. Solo en una cosa es superior esta comedia á la de Molière, y es en que Harpagon no queda castigado como merece, pues caido el telon se va á abrazar su tesoro, y don Márcos recibe el castigo mas terrible que se le puede imponer, que es, sobre perder sus seis mil ducados, casarse con una aventurera.

Don Vicente García de la Huerta, insertando esta comedia en su *Teatro español*, dice que no pudo averiguar quién fué su autor, y supone que está tomada de la novela *el Casamiento engañoso*, de Cervantes; pero se engaña, pues de donde evidentemente está sacada es de la novela que con el mismo título, el *Castigo de la Miseria*, escribió doña María de Zayas, de la que casi nada se diferencia.

Scarron copió la comedia de La Hoz ó la novela de doña María de Zayas en una novela titulada *le Châtiment de l'avarice*.

PERSONAS.

DON MARCOS GIL.
DON AGUSTIN, DON LUIS, } galanes.
DON AGAPITO, gorron.
DOÑA ISIDORA, DOÑA CLARA, } damas.
DON ALONSO, DON ALVARO, } barbas.

LUCIA, BEATRIZ, INES, } criadas.
CHINCHILLA, gracioso.
TORIBIO, gallego.
TRES HOMBRES.
MUSICA.
ACOMPAÑAMIENTO.

JORNADA I.

SALEN DOÑA ISIDORA Y LUCIA EN TRAGE DE GUARDAPIES Y MANTELLINA.

Isid. Capaz y alegre es el cuarto.
Luc. ¿Cuál de la calle de Atocha
No es alegre y es capaz?
Isid. El que sea bajo, ahora
Que entra el verano, es fortuna.
Luc. Si, que en las rejas se goza
El fresco de casa y calle:
Lo que de él me desazona
Solo, señora, es lo grande.
Isid. Y mucho mas en nosotras,
Que á cuestas, como tortugas,
Traemos toda nuestra ropa.
Luc. Para quien trae solo una arca
Con cuatro camisas rotas,
Unos zapatos raidos,
Y dos basquiñas rabonas,
Tres peines y un medio espejo,
No he visto casa mas propia.
Isid. Don Agustin, como sabes,
A esta diligencia sola
Envió á Chinchilla delante,
Y aun en el meson nosotras
Aguardamos, como has visto:
Yo mandé que así lo escoja,
Y presto sabrás el fin.
Luc. Querrás sin duda, señora,
Poner de danzar escuela,
O de esgrimir.
Agust. (*dent.*). Isidora.
Isid. Mas abre, mira que llama. [na!
Chin. (*dent.*). Aprisa: ¡Qué linda sor-
Que parezco hilo de Flándes,
O compran lienzo de Aroca.

SALEN DON AGUSTIN Y CHINCHILLA.

Luc. ¿Qué es esto, señor?
Agust. Lucía,
Haz que en esa pieza pongan
Esos mozos lo que traen.
Luc. ¿Qué es lo que miro? ¡ay señora!
¡Cuadros, sillas, escritorios!
Chin. De poco te espantas, boba,
Que aun faltan un papagayo,
Una dueña y una mona.
Luc. ¿Quieres decirme, qué es esto?
Agust. Lo que antes de todo importa.
Chinchilla, es pagar los mozos:
Cierra la puerta, y ahora
(*Vase Chinchilla.*)
Dime, ¿a qué fin has dispuesto,
Que casa tan ostentosa
Tome, y que traiga alquiladas
Tantas alhajas y ropa?

SALE CHINCHILLA.

Chin. Ya está todo despachado.
Isid. Pues óyeme.
Luc. Va de historia.
Isid. Salamanca, madre insigne
De ciencias, de cuyas doctas
Escuelas la gran Aténas
Envidiar pudiera glorias,
Es mi patria, ya lo sabes,
Donde cruel parca alevosa
Quitó á mis padres la vida,
Que hoy mi desamparo llora.
A este tiempo tú tambien
Veniste á cursar sus losas:
Víte una tarde en la Vega,
Fué el amarte accion forzosa,
Correspondísteme atento,
Y amor, que todo lo abona,
Te hizo de mi casa dueño,
Y de aquella hacienda corta,
Que en manos de una muger
Siempre parece que sobra.
A este tiempo una pendencia,
Me dices, que te ocasiona
A dejar á Salamanca;
Y no siendo fácil cosa
Dejarte, yo me resuelvo
A venir, como lo notas,
A Madrid, donde de nuevo
Pido, que tu atencion oiga.
La necesidad ha dias
Que nos sigue rigurosa:
Y pues de la industria es
Maestra, sus armas propias
En nuestro favor la venzan,
No hay sin trabajo victoria.
Fortuna vende sus bienes,
Con diligencia se compran,
Caudal tan fácil, que siempre,
Si el pobre quiere, le sobra.
Madrid, que patria comun
Con justa razon se nombra,
Todos sus hijos confunde,
Que en su inmensa babilonia,
No de un barrio, de una calle,
De una casa las personas
Apenas distinguir puede
La vecindad mas curiosa.
Esto supuesto, los cabos
Ve tú recogiendo ahora,

Verás que de esta pobreza,
Esta astucia cautelosa
Y esta confusion, mi ardid
Fabrica nuestras mejoras.
Este cuarto que he tomado,
Y que tú por grandes notas,
Aun es estrecho teatro
Para mi farsa ingeniosa.
En él hemos de fingir,
Que yo soy una señora
Viuda de un gobernador
De Indias, que á un pleito y otras
Pretensiones he venido
A la corte en esta flota.
Tú serás sobrino mio,
Con cuello, manteo y loba
Estudiante, que conmigo
Vienes en la misma forma
A pretender una plaza:
Que yo con mis medias tocas,
El recato en esas rejas,
El melindre á todas horas,
El ay de mi de viuda,
Con el chiste de criolla,
Serán redes en quien caigan
Incautas aves ociosas;
Que al cebo del casamiento,
U de diversion á sombra,
Ya hayan dejado la pluma
Cuando el engaño conozcan.
A este fin mandé alquilases
(Que en Madrid todo se logra)
Albajas, con que verás
Qué presto el cuarto se adorna;
Y pues vienen los vestidos
Que te he dicho, falta ahora,
Que otra criada se reciba;
Y en resolucion tan pronta,
Ni aprobacion ni respuesta
Pido en lo que tanto importa.

Chin. Un rayo es.

Agust. Debo advertirte,
Antes que intentes...

Luc. Señora...

Isid. ¿Qué hay que advertir? en Madrid
No hay nadie que nos conozca,
Que un pobre no es reparable.

Agust. ¿Mas serlo es precisa cosa
Con la ostentacion que dices?

Isid. Entonces con ella propia
El mas lince se deslumbra.

Luc. ¿Y si se sabe la droga?

Isid. ¿Quién quieres tú que averigüe
Lo que á ninguno le importa?

Agust. De suerte lo facilitas,
Que aunque no fuese tan pronta
La idea de una muger
Para que á engañar se ponga,
Bastaba tu persuasion;
Y así, Lucia, esa ropa
Saca para irla vistiendo,
Que la diligencia propia
Hará Chinchilla conmigo.
(*Del lio que trajo Chinchilla van sacando y vistiéndose doña Isidora de viuda, y don Agustin de estudiante.*)

Luc. ¿Y viene en esta memoria
Tambien la mia?

Agust. Tambien.

Chin. No me disgusta otra cosa...

Agust. ¿Qué, Chinchilla?

Chin. Que el que des
En que golilla me ponga.

Agust. Si, que has de ser escudero.

Luc. Pues yo no he de ser fregona.

Isid. Tú á la labor y al estrado
Solo has de asistir: la toca.

Chin. Si don Alvaro tu padre
Entrase, señor, ahora
Y te viese, ¿qué diria?

Agust. Mis travesuras no ignora,
Y esta en Madrid no es muy grande,
Pues que no hay quien nos conozca.

Luc. ¡Qué bien te sienta el vestido!
Ahora empieza mi obra.

Chin. Galan estás de estudiante.

Luc. Riéndome estoy á solas
De aquesta transformacion.

Isid. No es tan nueva, si lo notas,
Que cada dia en Madrid
No haya muchas de esta forma.

Chin. Gente parece que suena.

Isid. Pues, Lucia, alto á la alcoba
A acabarte de vestir. (*Llaman.*)

Chin. Que llaman.

Isid. ¿Quién será ahora?

Agust. Abre, Chinchilla.

(*Abre Chinchilla.*)

SALE DON ALONSO, VIEJO.

Chin. ¿Señor,
Pues tan aprisa esta honra?

Isid. ¿Quién es este caballero?

Chin. Es el dueño de estas propias
Casas.

Alonso. Muy criado vuestro.

Isid. Yo soy vuestra servidora.

Agust. ¡Qué miro! ¿no es don Alonso,
El padre de Clara hermosa, *ap.*
A quien serví en Salamanca
Antes de ver á Isidora,

Siendo allí alguacil mayor?
Quiera Dios no me conozca.
Alonso. Un prodigio es la viuda. *ap.*
Parecióme que era hora
De que ya hubieseis llegado,
Segun lo que ayer me informa
Ese criado, y así,
A la obligacion forzosa
De si teneis que mandarme
Vengo.
Chin. Y tambien por la mosca
Del medio año, que un casero
Hace como la parroquia
Sus visitas, porque cumplan.
Agust. Mi tia doña Isidora
Ha llegado tan rendida
Del camino y la carroza,
Porque no quiso litera,
Que no he podido hasta ahora,
Por asistirla, salir
Para cobrar una corta
Letrilla de seis mil pesos;
Con que así es forzosa cosa
Que perdoneis, que al instante,
Los cien ducados que monta
El medio año se os darán.
Alonso. ¿Vos quereis que yo me corra,
De que imagineis que á eso
He venido?
Isid. Antes que coma,
Sobrino, aquese dinero
Haz traer, que faltan mil cosas,
Y aquí somos forasteros,
Sin que nadie nos cónozca,
Para pensar que nos fien.
Alonso. En cualquier parte, señoras
Como vos, son atendidas:
Ved si en tanto que se cobra,
Mi corto bolsillo puede
Servir.
Agust. De ninguna forma.
Aun no es tiempo. *ap.*
Isid. Yo os estimo
Los favores y las honras,
Que haceis á una pobre viuda;
Pero perdonad, que en otra
Ocasion os cansaré,
Que en esta, á muy breves horas
Saldré de aquestos cuidados.
Alonso. Miren si la dita es boba: *ap.*
Así un millon me debiera.
Isid. Lo que de vos solo ahora
Estimára es, que si acaso
Sabeis de una criada moza
De vuestra satisfaccion,
Que ya esté enseñada á otras
Casas como aquesta mia,
En que se labra, se borda,
Se hacen conservas, se sirve
Un estrado, y demas cosas
Tocantes á una doncella,
Me lo aviseis.
Alonso. De esas propias
Habilidades hay una
Hermana de la que ahora
Asiste á Clara mi hija;
Y pues ella vendrá pronta
A que la reconozcais
Por muy vuestra servidora,
Haré tambien que la traiga.
Isid. Que suspendieses tal honra
Quisiera, hasta que la casa
Esté con alguna forma,
Pues ya mirais las alhajas
Por poner.
Alonso. Eso no importa,
Que visitas de cariño
No reparan esas cosas;
Y mas siendo tan vecinas,
Que no hay de esa casa á esotra
Donde vivo treinta puertas.
Mi hija será dichosa, *ap.*
Si con tan rica viuda
Entablar amistad logra.
Agust. Mucho temo ver á Clara. *ap.*
Tor. (*dent.*). Aquí de Dios, que me ahogan.
D. Márc. (*dent.*). El salario á los la-
Les pago yo de esta forma. [drones
Tor. Aquí de Dios y del rey.
Isid. ¿Qué ruido es este?

Sale LUCIA.

Luc. ¡Ay señora!
Un desdichado gallego,
Que una estantigua horrorosa
De un hombre viene siguiendo.

Sale TORIBIO de esportillero corriendo.

Tor. Válgame santa Polonia,
Y este casaron abiertu.
Agust. Sosiégate, ¿de qué lloras?
Ya el que te sigue se ha vuelto.
Tor. Mal rayo le dé en as costas:
¡Ay! ay!
Chin. ¿A dónde te duele?
Tor. En á cabeza, en as coryas,
É ainda mais na paletilla.
Alonso. Toribio ¿qué es esto?
Tor. Cousas de meu amo.
Agust. ¿Quién es tu amo?

Tor. Don Márcos Gil de Almodovar,
El fidalgu mas hambrientu
Que se halla en España toda.
Chin. El vestido del criado,
Quien es el señor informa.
Luc. ¿Da cada año esta librea?
Tor. Mala rabia que le coma,
Que esta la traje de Cangas
Logo: ustedes falta ahora,
¿No han oido quien es mi amo?
Agust. No, amigo.
Alonso. De su ingeniosa
Vida está Madrid tan lleno,
Que no habrá quien no conozca
Al miserable don Márcos,
Que de esta suerte le nombran.
Isid. De él me parece que tengo
Noticias, pero tan cortas,
Que solo el deseo avivan
De querer saberlas todas.
Tor. Pues yo de peapá pardiez
Cuntaré toda su historia.
Alonso. Yo, si no os cansais, podré
Deciros mejor sus cosas.
A servir vino á Madrid
Don Márcos Gil de Almodovar
A un señor de pagecillo,
Y en aquella vida ansiosa
Del tinelo y su escasez,
Criándose de tal forma
Su estrecho ánimo, las reglas
De aquella fortuna corta
Fué observándolas: despues,
Que en mas edad pasar logra
Desde page á gentilhombre,
En que era precisa cosa
Cuidar de cuarto y comida,
No solo aprovechó todas
Las lecciones aprendidas,
Pero aun les añadió glosas
Tales, que en cuanto á miseria,
Lleva por maestro la borla,
Y cátedra leer puede
De ahorrativos y de gorras.
Él vive en un desvancillo,
Que aunque aposento le nombra,
El nicho de san Alejos
Es con él sala espaciosa.
Su comida es tan escasa,
Que si se pesa por onzas,
Ni á un anacoreta fuera
Colacion escrupulosa,
Y aun para ello recorriendo
Las tiendas, como quien compra,
Muestras de legumbre pide,
Y el precio de las arrobas,
Y llenas las faldriqueras
Trae á casa de esta forma
De arroz, garbanzos, judías,
Lentejas y aun zanahorias.
Luz en las noches de luna
No la gasta, y en esotras
Con pedazos de encerado
(Del que en los coches despoja)
Se alumbra mientras se acuesta,
Y con presteza tan pronta,
Porque aun eso no se gaste,
Que por la calle se afloja
Calzon, medias y zapatos:
Al subir desabotona
El jubon, suelta la capa,
Y halla acabada su obra.
Si quiere probar tal vez
El vino, que nunca compra,
A la iglesia mas vecina
Va con humildad devota
A ayudar dos ó tres misas,
Y el que en cada una le sobra,
Y él sisa antes, en un frasco
Que trae oculto acomoda.
A veces tiene criado,
Pero con tan nueva moda,
Que no le paga racion,
Sino es que segun las cosas
Que le manda, así por piezas
Le concierta, de tal forma,
Que ya tiene su arancel
Del precio de cada obra:
Un ochavo á hacer la cama,
Otro fregarle las ollas,
Otro barrer, y á este modo,
Siendo sus haciendas pocas,
Con dos ó tres cuartos paga
Un criado, que las horas
Que le sirve solo asiste,
Con que ni escucha ni estorba.
Él inventó aguar el agua,
Porque á una carga que compra
De la fuente de año á año,
Añade del pozo otra,
Y aun la va echando calderos
Segun gasta, de tal forma,
Que de san Juan á san Juan
Dura, y aun la mitad sobra.
En fin, con estas industrias
El haber juntado logra
Seis mil ducados, que guarda
En parage que se ignora.
Agust. ¡Raro hombre!
Isid. ¡Estraña miseria!
Tor. Pues lleve ó demo la cosa
Que ha mentido; you servia

Por piezas, y echóme aoura,
Porque le pedí un ochavu
Del barridu, é diz que es droga,
Purque non reguei, y así,
Que un maravedí me sobra,
E dispidióme por estu.
Agust. Pues no te cause congoja,
Que un gentilhombre mi tia
Ha de recibir ahora,
Y tú, si quieres, te puedes
Quedar, sino es que te estorba
El que has de traer golilla.
Tor. ¿Guriya you?
Agust. Es forzosa,
Mas te darán el vestido.
Tor. O meu señor, esa es outra:
Si me han de vestir de balde,
Mais que una albarda me pongan.
Agust. Solo falta que primero
Fianzas que te conozcan
Traigas, ú de ese tu amo
Un papel en que te abona.
Tor. Yo soy Toribio de Cangas,
Home de bien, é estu bonda.
Isid. En casa, donde la plata
Labrada anda por arrobas,
Todo esto se necesita.
Tor. Válgaus santa Polonia:
Yo iré é vendré en un mimento. (*Vase.*)
Alonso. Pues dame licencia ahora,
Y á la tarde vendrá Clara.
Isid. Id, que yo seré dichosa
En conocerla y servirla.
Alonso. ¿Qué fortuna tan ignota
Por las puertas de mi casa
Se ha entrado? Pues la Isidora
Al alma con su belleza
Tiene ya... Pero, congojas, *ap.*
A espacio, que ligerezas
Son á estas canas impropias. (*Vase.*)
Agust. ¿Ves como va dando lumbre
El enredo?
Isid. En estas cosas
Lo mas es el empezar.
Chin. Ya á lo menos de esta forma
El medio año de la casa
Con la letra se ha hecho droga.
Isid. Mas ¿no me dirás qué intentas,
Que al gallego me acomodas
Por gentilhombre?
Agust. Ya oiste
La riqueza que atesora
Ese misero don Márcos;
Pues á ese mi industria forja
Engañar, porque el gallego
Entrando en casa, se logra
El que él busque otro criado:
Para eso Chinchilla ahora
Con él irá á acomodarse,
Y una vez, como lo notas,
Que en su casa se introduzca,
Logro mis ideas todas.
Isid. Solo admiro tus caprichos.
Chin. Lo que temo en esta historia
Es, que antes me mate de hambre.
Luc. Pues venirse acá á la sopa.
Chin. Al fin, pues de mi lo fias,
Deja estar, que con mi prosa
La belleza y la riqueza
Le pintaré de Isidora,
Y de este caballo griego
Serán sus talegos Troya.
Agust. Pues no perdamos el tiempo,
Y vamos á lo que importa:
Chinchilla, alto á acomodarse:
Lucía, á tender la alfombra:
Isidora, gravedad,
Que yo á la vista de todas
Estoy por lo que se ofrezca.
Luc. ¿Sí? pues manos á la obra.
Isid. Y arma contra la cruel
Pobreza que esto ocasiona. (*Vanse.*)

SALEN DON MARCOS DE FIGURON CON GOLILLA MUY COLÉRICO, Y DON LUIS REPORTANDOLE.

Márc. Vaya fuera el picaron.
Luis. Señor don Márcos, ¿qué es esto?
Pues vos...
Márc. Yo, pues...
Luis. ¿Descompuesto?
Márc. Es un infame ladron.
Luis. Decidme pues lo que ha sido.
Márc. He despedido un criado.
Luis. ¿Toribio en qué os ha agraviado?
Márc. ¿Un ochavo del barrido?
A fe que la cuenta es boba.
Luis. ¿Un ochavo? el gasto alabo.
Márc. Pues digo, ¿es barro un ochavo,
Sin el gasto de la escoba?
Luis. La cuenta y razon estraño.
Márc. ¿Ois? pues por vida mia,
Que un ochavo cada dia
Son dos ducados al año.
Luis. Vos teneis reparos raros.
Márc. Que no son vanos recelo,
Que una casa viene al suelo
En no teniendo reparos:
Lo demas es ir perdido.
Luis. El gallego era un cuitado.
Márc. Sí señor, no haber regado,
Y un ochavo del barrido:

Solo en pensarlo me irrito.
Luis. Sosegaos.
Márc. ¿Qué aquesto pasa?

SALE DON AGAPITO DE CAPIGORRON.

Agap. Dios sea en aquesta casa.
Márc. ¡O, señor don Agapito!
Este es el casamentero.
Luis. Escucharle y verle es vicio:
¡Que ande un hombre por oficio
Engañando al mundo entero!
Márc. Mil dias ha que no me veis,
Siempre andais muy ocupado.
Agap. Vos me traeis reventado,
Mas todo lo mereceis.
Luis. En vos no halla entrada el ocio.
Agap. Señor don Luis, servidor.
Luis. Vuestro soy.
Agap. Con tal favor
Vaya un polvo, y al negocio.
Aqueste es el arancel (*saca un papel.*)
De novias ricas y hermosas.
Márc. Yo no trato de esas cosas.
Agap. ¿Qué sabeis lo que hay en él?
Luis. No he visto figura igual.
Agap. Pues tambien hay para vos.
Luis. ¿Para mí?
Agap. Sí, juro á Dios,
Y con muy lindo caudal.
« (*Lee.*) En la calle del Infante
« Vive la hija del letrado... »
Márc. Ser suegro es pleito sobrado.
Agap. Decis muy bien: adelante.
« (*Lee.*) De un sacristan conocido
« La hermana, y muy rica está... »
Márc. El dote de esa será
Por los cabos muy lucido.
Luis. ¿No habrá alguna viuda fresca.
De mediana condicion?
Agap. Aquesas, amigo, son
Las que mi anzuelo no pesca.
Luis. ¿Porqué?
Agap. Porque sé de cierto,
Que hay viuda desconsolada,
Que está casada y velada
Antes de enterrar al muerto.
Luis. No creo que os engañais.
Agap. (*lee.*) « Una sobrina de un cura:
« Dos doncellas de costura. »

SALE CHINCHILLA.

Chin. ¿Ha de casa?
Márc. ¿A quién buscais?
Chin. Señor mio, yo he sabido,
Que habeis despedido un criado,
Y vengo.
Márc. Buen desenfado.
Chin. A servir, si sois servido.
Yo llegué aquesta mañana
A Madrid, sin que os asombre,
Sirviendo de gentilhombre
A una señora indiana,
Viuda de un gobernador.
Agap. ¿Viuda? aquí mi arancel clama.
¿Cómo se llama? [*ap.*
Chin. Se llama
Doña Isidora Avizor.
Agap. ¿Y es muy rica?
(*Escribe en un papel.*)
Chin. No hay que hablar:
Las perlas á arrobas pesa;
Barra trae de oro mas gruesa,
Que una viga de lagar.
Márc. Eso es burlarse.
Chin. Esa es buena:
Sin las piedras de valor,
Trae un carbunclo mayor
Que una grande berengena.
Agap. ¿Eso es chanza ó es dislate?
Márc. Pues donde tanto se ve,
¿Porqué salisteis?
Chin. Porque
Me hartaba de chocolate,
De té, café y pepian,
De pavos y de gallinas;
Y yo entre estas golosinas
Quiero mas un ajo y pan,
Que con ello me he criado,
Y un trago de vino puro.
Márc. Aqueso es lo mas seguro:
A mi molde es el criado: *ap.*
Yo, amigo, no doy racion.
Chin. Instruido vengo de todo,
Y yo solo me acomodo,
Porque me deis un rincon
De casa en que descansar,
Que yo, si pudiere ser,
Tengo donde ir á comer.
Márc. Jesus, hijo, y á cenar.
Agap. ¿Y dónde vive en efeto
Esa señora Avizor? (*Al paño Toribio.*)
Chin. Aquí arriba.
Tor. Meu siñor.
Márc. ¿Quién está ahí?
Tor. Toribio Prieto:
¿Me da para entrar licencia?
Márc. Picaron, ¿tú entrar aquí?
Tor. Pues óigame desde ahí.
Márc. Quitate de mi presencia.
Luis. Ya bastan esos estremos:
Entra, Toribio.
Márc. Por vos

Le permito entrar.
Tor. (*Sale.*) Pardios,
Que de manos no juguemos.
Márc. ¿Y qué quieres?
Tor. Meu señor,
Yo hei topado conveniencia.
Márc. ¿Con quién?
Tor. Con una escelencia.
Márc. ¿Tú, escelencia?
Tor. Y aun mijor.
Márc. ¿Mejor? en qué no lo fundo.
Tor. Pues yo me empricaré ahora:
Mi ama es una señora,
Que vino del otro mundo,
Y es muy rica á maravilla.
Agap. ¿Es la indiana?
Chin. Claro está,
Que este me encaminó acá.
Tor. Y me ha de poner guriya;
Y para satisfaccion
De que soy home de bien,
Vengo á que un papel me den.
Márc. Yo no abono á un picaron.
Tor. ¿Cómo que no?
Agap. Reparad,
Que si el juicio no me engaña,
Vino esta viuda á España
A daros comodidad:
Esta viuda... (*Habla con don Márc. ap.*)
Márc. Ya he entendido.
Luis. Qué fuera que yo... ¿Ha mancebo?
Chin. ¿A mí? señor, nada os debo.
Luis. A vos: dime, ¿esto que he oido
De esta señora es verdad?
Chin. ¡O trope! bien se adereza: *ap.*
¿Cómo qué? de su riqueza
Aun no he dicho la mitad.
Luis. ¿Sabeis con quién se confiesa?
Chin. Ella con nadie.
Luis. ¿Qué es mora?
Chin. Si escuchais que llegó ahora,
¿No es vana progunta esa?
Agap. Dejadme á mí guiar la danza.
Tor. ¿Me despacha su mercé?
Márc. Yo en persona por tí iré,
Toribio, á dar la fianza.
Tor. Mas que una suegra vivais. (*Vase.*)
Márc. Vos ¿cómo os llamais, amigo?
Chin. Bueno va el carro: Bodigo.
Márc. Pues ya recibido estais:
Entrad, veréis la posada,
Y las cosas que hay que hacer
Don Luis amigo, á mas ver. (*Vanse.*)
Luis. Fortuna ha sido estremada
El quedar aquí con vos.
Agap. Pues ¿qué me quereis mandar?
Luis. De vos tengo que fiar
Una empresa.
Agap. Bien: por Dios,
Decidme si es casamiento,
Y dadlo por ajustado.
Luis. ¿Tan presto?
Agap. Mas se ha tardado
Vuestro mismo pensamiento.
Luis. Con razon tal fama os dan.
Agap. Casaré por mil caminos
Con el potro de Longinos
A la burra de Balan.
Luis. Ya habeis oido...
Agap. Tened:
¿Esa es la indiana?
Luis. No hay duda.
Agap. Pues alto, vuestra es la viuda.
Luis. ¿Cómo?
Agap. Dejadme á mí hacer.
Luis. Amigo, esto del caudal...
Agap. Cada uno su bien procura.
Luis. ¿Y es moza?
Agap. No hay hermosura
Como un real sobre otro real:
¿Teneis ahí uno de á dos?
Luis. Y aun de á cuatro.
Agap. Basta y sobra:
Chito, y manos á la obra,
Veréis lo que hago por vos.
Luis. Vuestro esclavo seré herrado.
Agap. A entrambos he de engañar,
Y al que le llegue á casar,
Ese irá peor librado. (*Vanse.*)

SALEN DOÑA ISIDORA, DOÑA CLARA, BEATRIZ, INES, LUCIA, DON ALONSO Y DON AGUSTIN.

Isid. Vengais muy en hora buena
A honrar, bella doña Clara,
De esta servidora vuestra
La choza, que haceis alcázar.
Clara. No sabeis cuanto deseo
Les ha costado á mis ansias
El tener tan feliz tarde,
Pues de mi padre informada
Estaba de lo cabal
De vuestras prendas y gracias.
Isid. Es el señor don Alonso
Parte muy apasionada
En lo que me honra.
Alonso. Confieso,
Que á no ser verdad tan clara
Lo mucho que mereceis,
Mi afecto solo bastaba
Para que me lo parezca.

Agust. Yo, señora, á vuestras plantas
Me ofrezco por criado vuestro.
¿Si me conocerá Clara? *ap.*
Clara. Yo soy vuestra servidora.
¿No es este el de Salamanca, *ap.*
Beatriz?
Beat. El mismo, señora.
Clara. Vos estaréis muy cansada
Del camino.
Isid. Habiéndoos visto,
Cualquier fatiga descansa:
Ola, Toribio, Lucía.
Luc. Señora.
Isid. Sillas y almohadas:
Sentaos.
(*Llega Lucía sillas y siéntanse.*)

Sale TORIBIO de golilla.

Tor. Mia señora, aquí
Licencia de entrar aguarda
Don Márcos, meu amo antiguo.
Alonso. ¿Don Márcos? ¡visita estraña!
Isid. Entre muy en hora buena.

Salen DON MARCOS y CHINCHILLA.

Márc. ¡Qué buena planta de casa!
¿Bodiguillo?
Chin. Señor.
Márc. Mira
Si tiene motas la capa,
Y va el peluquin derecho.
Chin. Muy bien va: ¡raro fantasma! *ap.*
(*Llega don Márcos haciendo cortesías.*)
Márc. Disculpen, señora, hoy
Mi atrevimiento tres causas:
Una, el que aquese criado
Me ha pedido que le haga
Un papel de abono, y yo
Para aquesto de fianzas
Soy un poco escrupuloso,
Y así lo hago de palabra:
La segunda, que hoy recibo
Otro, que de vuestra casa
Dice sale despedido;
Y para que yo le haga
Los partidos que acostumbro
(La viuda es como una plata) *ap.*
Vengo á pediros licencia:
(Y no es barro la criada) *ap.*
La tercera (este sobrino *ap.*
Es solo lo que me cansa)
Es daros la bien venida
A este barrio y á esta casa,
Adonde para serviros
Mi voluntad tendréis franca:
Como dineros no pida, *ap.*
Ni otra cosa que lo valga.
Isid. Sentaos primero, y á todo
Responderé en dos palabras.
Cuanto al criado, es verdad
Que le he pedido fianzas;
Cuanto al que vos recibis,
El que yo le fie basta;
Y en cuanto á la bien venida,
Yo estimo la cortesana
Atencion vuestra, y tener
Para conoceros causa.
Márc. Señor don Alonso amigo,
Mi señora doña Clara,
Vecino siempre y criado.
Clara. ¡Figura bien estremada! *ap.*
Márc. Vos, caballero, tambien
Por vuestro me tened.
Agust. Basta
Favorecer á mi tia,
Para que yo os satisfaga.
Márc. Pues, señora, en cuanto al mozo,
Jamas eché menos nada
Con él.
Tor. Pues diga, ¿en su cuartu
Qué hay de mas? ni aun telarañas.
(*Vase.*)
Isid. No hablemos en eso mas:
Haberos servido basta
Para su mayor abono.
Márc. Lo que es tener sangre hidalga,
Que he estado para decirla *ap.*
El barrido y otras faltas.
Isid. Que aunque la plata rodando
(Como dicen) está en casa,
Al que á hurtar algo se atreva,
Le descubrirá la estraña
Hechura de moda de indias,
Y el estar toda con armas.
Márc. Teneis mucha razon, pero
Lo mas seguro es guardarla.
Chin. Da esa leccion á tu mosca, *ap.*
Que anda tras ella la araña.
Márc. ¡Brava prebenda es la viuda! *ap.*
¡Quién su vacante llevára!
Sale Tor. Don Agapito Garulla,
Un hombre de media marca,
Pide licencia.
Isid. Que entre.

Sale DON AGAPITO.

Agap. Dadme, señora, esas plantas.
Isid. Seais bien venido.
Agap. Señores,

Buenas tardes.
Isid. ¡Pieza rara!
Agap. Reina mia, los que estamos
En la corte ya con casa,
Tenemos obligacion,
Cuando llegan (verbi gracia)
Forasteras, y señoras
Como vos, á visitarlas
Y servirlas: á eso vengo.
Isid. Yo os agradezco la urbana
Atencion.
Márc. Don Agapito,
Señora mia, es la mapa
Del mundo en cortesanía.
Agap. Vos me honrais.
Alonso. Y no se halla
Mano mejor para bodas
En Castilla.
Agap. Eso, á Dios gracias,
Sé servir á los amigos.
Isid. No es habilidad muy mala.
Clara. Dijome, amiga, mi padre,
Que buscais una criada,
Y ha sido dicha el que ahora
Ines de Beatriz hermana,
Se halle sin comodidad,
Porque para vuestra casa
Es cuanto desear podeis.
Isid. ¿Cuál es?
Ines. Yo, señora.
Isid. Pasa
A este lado, alza del suelo:
Tienes muy graciosa cara,
Y yo gusto de que sean
Muy bonitas mis criadas:
¿Qué labor sabeis?
Ines. Señora,
Todo lo que es ropa blanca,
Encajes, soles bordados
Y conservas.
Isid. No habrá gracia
Ni perfeccion que no tengas:
Ella ha venido cortada
A mi gusto: desde ahora
(Sin que hablemos mas palabra)
Has de quedarte conmigo;
Y para estrena, mañana
Te daré un vestido mio.
Luc. No es muy costosa la manda, *ap.*
Si ha de darle el que traia.
Márc. La criolla es algo franca:
Esto solo me disgusta. *ap.*
Ines. Aquestas sí que son amas,
No como otras, donde una
Rompe mas de lo que gana.
Agap. Aunque perdoneis, mi reina
(Descubramos la campaña) *ap.*
¿De hácia qué parte de Indias
Venis ahora?
Isid. De la Habana:
Al gobernador mi primo
(Déjame, memoria infausta)
Viniendo á la pretension
Del gobierno de las Charcas,
Le dió allí el mal de la muerte.
Alonso. Muchos trabajos se pasan
Para traer de allá un real.
Chin. Aquesas son pataratas
De indianos peruleros,
Porque allá el oro se halla
Como tierra por los campos,
Corriendo á arroyos la plata,
Y del chocolate hay fuentes,
Que casi hirviendo le manan.
Agust. Este es un loco, no hagais
Caso alguno de sus chanzas.
Isid. Lo cierto es, que el caudalillo,
Que todo viene á ser nada,
Y el que conmigo he traido,
Le ha costado a lque Dios haya
Bien malas noches y dias.
Márc. Un fucar es la indiana.
Alonso. ¿Luego allá os queda caudal?
Isid. En encomendillas varias
Aun no son veinte mil pesos.
Márc. ¿Y aqueso os parece nada?
Agust. ¿Para el gasto de Madrid,
Esta miseria os espanta?
Yo solo en la pretension
En que estoy de una garnacha,
Al rey con treinta mil sirvo.
Márc. ¿Que decis?
Chin. Mas que se clava. *ap.*
Agap. No hay cosa como las Indias.
Márc. Pues yo con industria y maña
Apenas tendré ahorrados
Seis mil ducados en plata.
Isid. Yo, sino fuera el que pudre,
Pudiera traer á España
La mitad mas de caudal.
Agust. Era de condicion franca.
Márc. Los hombres, señora mia,
Hacen y deshacen casas;
Mas luce uñ real que se abucha,
Que no cuatro que se ganan.
Isid. Esa es mi tema: si un hombre,
Lo mismo que adquiere gasta,
No será rico en su vida.
Márc. Si yo con hija me hallára,
Primero que á un dadivoso
Rico, á un pobre la entregára,
Que supiera la ahorrativa.

Isid. Sabe Dios lo que me pasa
Con mi sobrino Agustin,
Que esto de no haber en casa
Hombre que mire la hacienda,
A las pobres viudas mata.
Luc. Con liga va la vareta. *ap.*
Alonso. Conveniencia fuera rara,
Si la viuda... pero (¡ah ciega *ap.*
Pasion!) témplense estas canas.
Márc. La viuda aspira á consorcio. *ap.*
Clara. Ya de conversacion basta;
Y pues de llaneza es
La visita, es bien se haga
De diversion.
Isid. Bien decis.
Clara. Pues la mas acostumbrada
Es jugar.
Agust. Juguemos pues.
Márc. Yo saco fuera mi baza.
Isid. ¿Porqué?
Márc. Porque por el nombre
Apenas sé qué es baraja.
Agust. ¿Es modestia?
Márc. Señor mio,
Cosa en que el caudal, que tantas
Diligencias me ha costado,
Se aventura, doy mil gracias
A mi Dios de no saberla.
Clara. Diversion sin gran ganancia
Ni pérdida hay.
Márc. Reina mia,
Siempre por la nina nana
Diz que empiezan los cantares:
Si hoy pierdo un real, mañana
Querré jugar dos, y así
Se va el caudal como agua:
¿Digo algo?
Isid. Teneis razon.
Chin. Ni una piña es mas cerrada.
Clara. Mejor será, Beatriz,
Puesto que tan diestra cantas,
Que oigamos tu voz.
Alonso. Es cierto.
Isid. Tú, Lucia, en tanto saca
El agasajo.
Márc. De Dios
Gozando está esa palabra.
Clara. Vaya, Beatriz, no te turbes.
Chinc. Es muy corta la muchacha.

Canta Beatriz. Ruiseñor,
Que á ese sauce su vuelo
Dirigen tus alas,
Meciendo las hojas,
Picando las ramas:
Guarda, guarda
La astucia enemiga,
Que en ellas traidora
Prisiones te labra,
Guarda, guarda:
No en el color te confies
De su frondosa esmeralda,
Que tambien hay en la verde
Engañosas esperanzas.

Isid. ¡Diestra voz!
Agust. ¡Pecho suave!
Alonso. ¡Gran dulzura!
Agap. ¡Airosa gala!

SALEN TORIBIO Y LUCIA CON CAJAS DE DULCE Y AGUA, Y LUEGO CHOCOLATE.

Luc. El agasajo está aquí.
Márc. Esta es voz mas suave y clara. *ap.*
Isid. ¿Qué os ha parecido?
Márc. Bien:
Mas dulce es esta perada. *ap.*
Isid. Sin melindre, amiga mia.
Clara. ¿Esta es conserva hecha en casa?
Isid. Esta se hizo en el Perú
En unas monjas bernardas,
Para regalar al rey.
Chin. Y ha costado á ocho de plata
Enfrente de Anton Martin. *ap.*
Alonso. A mil leguas se señalan
Los dulces hechos en Indias.
Agust. El don Márcos come y calla.
Márc. Quitadme esa golosina,
Que no dejaré migaja.
Chin. Bueno es eso, y aun apenas
Dejó madera en la caja.
Isid. Yo os enviaré dos docenas
De las que en flóta me traigan.
Luc. El chocolate.
Márc. Esta vez
Ahorro para mañana
De la cena el pan y queso.
Bodiguillo?
Chin. ¿Qué me mandas?
Márc. Ingéniate, y no te ahites.
Chin. Si á tí no te cuesta nada,
¿Qué temes?
Márc. No andemos luego
Con la girapliega en casa.
Isid. Prosiga el buen rato ahora.
Tor. Doute á o demo la fantasma,
Que ha engullido por diez dias.
Isid. Y supuesto que las gracias
Ya hemos visto de Beatriz,
No ha de reservarse nada,
Todos han de hacer las suyas:
Y pues mi estado me basta
Para disculpa, el señor
Don Alonso ejemplar haga:
Dance un poco.

Alonso. ¿Yo, señora?
Isid. Vos.
Alonso. Discúlpenme estas canas.
Isid. En amistad y llaneza
Cualquiera disculpa es vana.
Alonso. Siempre el que obedece acierta:
Ea, acompáñame, Clara.
(*Danzan don Alonso y Clara.*)
Todos. Vitor mil veces.
Alonso. Aquestas
Son vejeces olvidadas,
Que en mi hija se remozan.
Isid. Todo su garbo lo arrastra:
Ea, prosiga la fiesta.
Márc. Dios ponga tiento en tu habla. *ap.*
Isid. Ahora el señor don Márcos...
Márc. Yo en mi vida supe danza.
Alonso. No os valdrá eso, donde todos
Veis que obedecen y callan.
Márc. Considerad...
Isid. No hay remedio.
Márc. Ello, en fin, no cuesta blanca,
Y esto solo estriba en dar
Coces y tirar patadas.
Agust. Despachemos.
Márc. Pues siquiera,
Permítaseme por gracia,
Que el señor don Agapito
Para acompañarme salga.
Todos. Todos se lo suplicamos.
Agap. Señores, eso es matraca,
Que yo no sé, ni es posible
Con aquestas sopalandas.
Todos. No hay remedio.
Agap. ¿No hay remedio?
Pues levántome las faldas.
(*Bailan don Márcos y don Agapito.*)
Todos. Vitor.
Alonso. De pasmo lo han hecho.
Luc. El coche, señor, aguarda.
Alonso. Está muy bien; y así, pues
Ya para enfadaros basta,
Licencia nos dad.
Isid. Amiga,
Aunque es tan vuestra esta casa,
Hoy mejor, puesto que en ella
Teneis mas una criada.
Clara. Yo lo soy vuestra, y creed
Que os voy tan aficionada,
Que espero siempre que pueda
Daros muchas tardes malas.
Márc. Señora, en el barrio estoy,
Toribio sabe mi casa,
Si se ofreciere, avisar.
Isid. Valdréme de vuestra hidalga
Atencion.
Agap. Yo, reina mia,
Vendré por acá mañana
Mas de espacio.
Isid. Aqueso os pido.
Alonso. Quedaos.
Agust. Permitid que salga
Hasta la calle.
Alonso. ¡Quién, cielos,
Creyera lo que me pasa! (*Vase.*)
Agust. De mi pecho el fuego amante
Volvió á arder en viendo á Clara. (*Vase.*)
Clara. ¡Mucho en don Agustin, cielos,
Lleva que pensar el alma! (*Vase.*)
Agap. Plantaré mis baterías,
Pues reconocí la plaza. (*Vase.*)
Márc. La viuda es mucho negocio,
Yo la haré mis carabanas. (*Vase.*)
Chin. Pegó el parche, él obrará.
(*Vase.*)
Luc. Señora, muy bien se entabla:
Ya el don Márcos se derrite,
Y el viejo va hecho unas natas.
Isid. Cuenta con la criada nueva,
Y lo demas á mi maña,
Que en Madrid cada uno es
Lo que parece en su planta.

JORNADA II.

SALEN DON AGUSTIN Y CHINCHILLA.

Chin. Señor, buena va la danza.
Agust. ¿Qué es lo que dices, Chinchilla?
Chin. Que de tal suerte don Márcos
Tiene la historia creida
De la viuda indiana,
Que pasándose á mania
Sus discursos, de otra cosa
Piensa ni habla en todo el dia.
Anoche no me dejo
Dormir, tomando noticias
De su caudal, que es adonde
Todas sus ideas tiran:
Mira tú ahora lo que hará
La zorra entre las gallinas.
Agust. De Isidora las ideas
Se van logrando y las mias:
Es menester que tú ayudes
Tambien.
Chin. ¿No son unas mismas?
Agust. No, Chinchilla, porque yo,
Despues que á Clara divina
He vuelto á mirar, del pecho
Aquellas muertas cenizas

Volvieron á arder volcanes,
Volvieron á nacer hidras:
Yo la adoro, y de sus ojos
Con menos ceño me mira
La hermosa, ardiente, traviesa
Dulce inquietud de sus niñas.
Tú ahora...
Chin. Ya te entiendo.
¿Querrás que vaya y la diga
Lo de la pena y la gloria,
Lo de la muerte y la vida?
¿Hay recado y hay papel?
Agust. Antes al reves queria,
Que mañosamente tú,
Con cualquier causa fingida,
La procurases hablar,
Que una vez introducida
La plática, fácilmente
Dará ocasion ella misma.
A que de mi amor la hables,
Y de mí la des noticia.
Chin. ¿Y Isidora?
Agust. Nada impide
Isidora, pues aspira
A lograr fortuna igual,
Si don Márcos ú otro pica
En el anzuelo del dote;
Mas no por eso la digas
Esto de Clara tampoco,
Pues no merece su fina
Voluntad, que la adelante
Unos zelos tan aprisa.
Mayor cuidado me cuesta
Haber tenido noticia,
Que mi padre en Salamanca
Quedaba, viendo que ha dias
Que de mí no sabe, y temo,
Que haya alguno que le diga
Como he venido á Madrid.
Chin. Tú tienes raras manías;
¿Pues para qué de él te escondes?
Agust. Porque hasta ver fenecida
Esta invencion de Isidora,
No quiero que me la impida.
Chin. Pues yo voy á lo de Clara;
Pero allí...
Agust. ¿Qué es lo que miras?
Chin. Don Agapito Garulla
Viene por la calle arriba.

SALE DON AGAPITO.

Agap. Seor don Agustin dichosos
Aquestos ojos que os miran.
Agust. ¿O, señor don Agapito?
De los mios es la dicha.
Agap. Venga un polvo: ¿y dónde bue-
Agust. A diligencias precisas [no?
De un pretendiente, ministros,
Palacio y secretarías.
Agap. En Madrid un pretendiente
Tiene trabajosa vida:
Quien mas madruga va tarde,
No hay para nada hora fija,
Y cualquier casa está lejos,
Aunque en la de enfrente vivan.
Agust. Esta garnacha me cuesta
Gran cuidado.
Chin. Sí, á fe mia,
Que huye de un señor alcalde *ap.*
No le averigüe la vida.
Agap. Mozo sois, trabajad bien;
Mas cuidado con las ninfas.
Agust. No es esa mi pretension.
Agap. Nadie ahora os examina;
Mas si acaso...
Agust. ¿Qué decis?
Agap. No faltará quien os sirva.
Agust. Pues vos...
Agap. Aquesto se entiende
Cosa con que á Dios se sirva;
Y así, mirad si á consorcio
Alguna estrella os inclina.
Que lo demas vade retro.
Agust. Hasta que ponga á mi tia
Doña Isidora en estado,
No es razon que yo le elija.
Agap. Sois discretazo: tabaco.
Pues á fe que la tenia
Yo cosa que... Pero esto
No es para hablar tan de prisa.
Agust. La voluntad os estimo,
Y creed, por vida mia,
Que en caso de... Ya entendeis,
Seréis vos quien lo dirija.
Agap. Pues tambien para vos.
Agust. Yo
Tengo allá en Filipinas
Una hija de un cacique,
Señor de trecientas villas.
Agap. Recibid la voluntad.
Agust. Mirad si hay algo en que os sirva,
Que voy á ver á un ministro.
Agap. Id pues con Dios.
Agust. Tú, Chinchilla,
Cuidado con Clara.
Chin. Anda,
Que la sorberás aprisa. (*Vanse.*)
Agap. Anoche doña Isidora
Me dijo á la despedida,
Me dejase ver de espacio:
Que fuera que la viudita,

Mi agibilibus sabiendo,
Quisiese que...

SALE DON LUIS.

Luis. Buenos dias,
Mi señor don Agapito.
Agap. ¿Seor don Luis? ahora iba
Pensando en vos y en serviros.
Luis. Eso á preguntar venia,
Si ha dado alguna puntada,
Amigo en aquella obrilla.
Agap. ¿En qué obrilla?
Luis. Haced memoria.
Agap. ¿En la indiana?
Luis. La misma.
Agap. Señor mio, aquestas cosas
Las hacen ollas y dias:
Yo voy madurando el higo.
Luis. Pues yo, amigo, soy de prisa
Y tengo ya grangeada
A su criada Lucía,
Para que me dé ocasion
A que mi pasion la diga.
Agap. ¿Y á eso llamais brevedad?
Por criados se hace via.
Ordinaria cualquier pleito.
Luis. Pues yo la haré ejecutiva:
Yo me ingenio por mi lado;
La criada el fuego atiza;
Soplad vos, veréis qué presto
Se abrasa, y aun echa chispas.
Agap. Hoy la daré un tiento en vos.
Luis. Segura está le propina
Si negociamos; y á Dios,
Porque me aguarda Lucía. (*Vase.*)
Agap. Piensan estos mancebitos,
Que el casar es comer guindas.

SALE DON ALONSO.

Alonso. ¿Qué quieres, amor, de mí,
Que las heladas cenizas
De aquestas canas enciendes?
Mas si no miente la vista,
No es aquel...
Agap. Seor don Alonso,
¿A dónde tan divertida
La imaginacion?
Alonso. Amigo,
Al que es padre de familias,
No le falta en qué pensar.

SALE TORIBIO CORRIENDO.

Tor. Doute á o demo con la prisa:
A esta mi ama le parece,
Que porque un home es guriya,
Tiene alas como pájaru.
Agap. ¿Toribio?
Tor. ¡Santa Casilda!
Toupéle sin mas ni mas.
Agap. ¿Qué buscas?
Tor. Mi ama me envia
A que vaya su mercé
Logo, logo, logo aprisa
A casa.
Agap. ¿No es la indiana?
Tor. Si señor.
Agap. Voy á servirla.
Alonso. ¡Ay de mí! yo una palabra...
Agap. ¿Qué fuera que el estantigua *ap.*
Quisiera boda tambien?
Ve con la respuesta.
Tor. Ainda
Me falta el ir á tomar
Dos cartiños de morcilla. (*Vase.*)
Agap. Decid, ¿qué mandais?
Alonso. No sé
El modo con que os lo diga,
Sin que á esta nieve sonroje
Mi delirio.
Agap. Ya entendida
Está vuestra enfermedad.
Alonso. Pues ahorradme de decirla
La vergüenza.
Agap. Aquesta viuda
Es la que os hace cosquillas.
Alonso. Mirad, no es amor.
Agap. Bien creo *ap.*
No será sino codicia.
Alonso. Pero mirándome solo,
Y que mañana á mi hija
Es preciso darla estado,
Y casa como la mia
No está en poder de criados
Como es razon asistida:
Ya que ello ha de ser forzoso,
Quisiera, pues es tan rica
Esta indiana, que vos...
Agap. Vamos,
Y no gastemos saliva.
Ya veis como ella me llama,
Que frecuento sus visitas,
Y que sabré hacer...
Alonso. No mas;
Y sea aquesta cajilla
De tabaco la memoria,
Que mas á la mano os sirva.
Agap. Correisme con esto: pero
Ya que hablais de vuestra hija,
¿No fuera bueno casarla? [tiga.
Alonso. ¿Con quién? que esa es mi fa-
Agap. Bien conoceis á don Luis

Osorio, de casa antigua,
Buen mozo y acomodado:
Yo le hablaré.
Alonso. No querria
Que le pareciese ruego.
Agap. Dejadlo á mi persuasiva.
Alonso. Bien decis, porque con eso
Mejor se le facilita
A la viuda, no entrando
A ser madrastra ni tia.
Agap. Pues yo hablaré en la materia.
Alonso. Pues á Dios, que yo á Clarita
Tambien tocaré en el punto.
Gran dicha será la mia, *ap.*
Si consiguiere la indiana,
Y lo que quisieren digan. (*Vase.*)
Agap. Señores, ¿habrá quien crea
Lo que pasa?

SALE DON MARCOS.

Márc. Buenos dias.
Agap. Señor don Márcos, parece,
Madrugando así, que os pica
El cuidadillo de ayer.
Márc. La buena ventura es hija,
Dicen, de la diligencia,
Y por trabajo en mi vida
He dejado perder real.
Agap. Es saludable doctrina,
Y creed, que yo por mi parte
Os ayudo con la misma.
Márc. Señor mio, para eso
Se aguardan buenas albricias;
Y ahora irémos, si quereis,
A echar unas tajadillas
De toronja.
Agap. Yo lo estimo.
Márc. Yo hoy entre mis baratijas
Hallé unas medias de pelo,
Que os daré para que sirvan
De algodones al tintero;
Y si trajerais golilla,
Os diera una sin aforro
Ni valona, pero es rica.
Agap. Sois muy galante.
Márc. En llegando,
Amigo, á puntos de honrilla,
Cuanto he ganado en diez años,
Sé yo gastar en un dia.
Agap. Si pillásemos la viuda,
Fuera una notable dicha.
Márc. ¿Ya sabeis de cierto, cierto
Su caudal?
Agap. Bien, por mi vida:
Cuatro navios de carga
Trajo solo con vainillas.
Márc. Seor Garulla, vamos claros,
Yo no entiendo alicantinas:
Digolo, ya me entendeis,
Que la tal Isidorilla
No nos traiga al retortero,
Y cuando un hombre imagina
Que saca pez, halla rana.
Agap. Como por mí se dirija,
Primero se han de contar
Los talegos silla á silla.
Márc. Eso es lo mismo que digo,
Porque muy bueno seria
Nos diesen con el refran,
Mala noche y parir hija.
Agap. Si señor.
Márc. Y si se ajusta
La boda, para aquel dia
¿No bastará este vestido?
Agap. ¡Que haya hombre que tal diga!
Márc. Mirad, si por lo raido
Lo decis, las espaldillas
Pondrémos por delanteras,
Y volviendo las faldillas,
No lo conocerá el draque.
Agap. Ser nuevo es cosa precisa.
Márc. Pues no ha diez años cabales,
Que fué capa esta ropilla;
Y ya habia sido manteo
Antes de un cura en Galicia,
Mas no es tela de estos tiempos:
¡Qué fábricas las antiguas!
Mas sino tiene remedio,
Una cortina de frisa
Tengo allí, y la teñirémos,
Y harémos una golilla
Como de boda, y ser puede,
Que cuando enviude me sirva.
Agap. Ya escampa, y llovian guijarros:
Vuestros arbitrios me admiran. [*ap.*
Márc. Gracias á Dios, que me ha dado
Tan veloz la discursiva.
Esta noche desvelado
Estuve en pensar, qué haria
Con tanto caudal, porque
Comprar casas, tierras, viñas,
Es dar á mis herederos
El fruto de mis fatigas.
Darlo á un genoves, es darle,
Que él se haga rico en dos dias
Con mi hacienda, y que yo esté
Como el que un vidrio le fian,
Temblando cuando se quiebra.
Hacer un empleo á Indias,
Es dar mi dinero al agua.
Comprar una señoría,

Es entregársela al viento.
¡Que así la riqueza aflija
Al rico para aumentarla,
Y al pobre por conseguirla!
Agap. Yo voy á ver á la viuda:
Dejadme que yo la diga
Lo que importa, y fiad de mí.
Márc. Yo á San Blas oiré una misa,
Porque me dé buen acierto.
Agap. ¿A San Blas?
Márc. ¿Pues qué os admira?
El ahogarse y casarse
Todo es una cosa misma.
Agap. ¿Ois? no se pierde nada
Que la hagais una visita
Mientras yo la catequizo,
Porque quizá vuestra dicha
Os llevará al tiempo que
Yo la tenga convertida.
Márc. Pues voy á hacer hora, á Dios:
Esto quiere ser de prisa,
Que el que á casarse se arroja,
Ha de hacer, si bien se mira,
Como el que toma una purga,
Cerrar los ojos y arriba. (*Vase.*)
Agap. Bueno va don Márcos, pero
No me espanta su manía,
Que esto se ve cada dia
En oliendo que hay dinero.
Vamos ahora á la indiana,
Pues la primera ha de ser,
Que hemos menester coger;
Y pues toda la mañana
Creo que me está aguardando,
Y aquesta su casa es,
Quiero verla: yo entro pues:
Pero con Lucía hablando
Viene allí.

SALEN DOÑA ISIDORA Y LUCIA.

Isid. ¿Qué es lo que dices?
Luc. Que ya don Luis en tu cuarto
Queda escondido, y le cuesta
Cuatro doblones el chasco,
Que me ha dado por la agencia.
Isid. Mira, Lucía, no es malo,
Por si don Márcos no pega,
Venga don Luis al reclamo;
Y yo he llamado á Garulla
Para decirle...
Luc. Habla paso,
Que está Garulla en campaña.
Isid. ¿Seor don Agapito?
Agap. Esclavo,
Misa Isidora, que dora
De luz el Febeo carro,
Y en cuyas luces hay mil
Corazones chamuscados.
Isid. ¿Lisonjas? bien, por mi vida:
¿Quién habia de hacer caso
De una infeliz triste viuda,
Metida siempre entre cuatro
Paredes?
Agap. ¡Válgame Dios!
Pues yo, sin salir del barrio,
Sé mas de dos, que tomáran
Por cárcel aqueste cuarto.
Isid. Mal gusto, por vida mia.
Agap. Reina mia, vamos claros;
Con afligirse y llorar
No se remedian trabajos;
El muerto, Dios le perdone,
Pero nosotros vivamos.
Dígolo, porque yo sé
Un amigo que á ese garbo,
A ese filis, para lo
De Dios y su yugo santo,
Venia como pedrada
En ojo de boticario.
Luc. Aunque el tal casamentero *ap.*
Es grandísimo bellaco,
Ha dado con quien le entiende.
Isid. Pues mirad, yo os he llamado
Para fiarme de vos.
Agap. Al silencio soy de mármol,
Y al obedecer de cera:
Decid, y vamos al caso.
Isid. Mirad, no os espante nada,
Soy muger, ya he dicho harto,
Sola, que aun es mas que todo,
Sin arrimo, sin amparo,
Forastera, que en Madrid
No conozco con quien hablo,
Y me aseguran, que hay
Embusteros á puñados.
Yo, en yéndose mi sobrino,
Que se hallará acomodado
Cuando menos yo imagine,
Es fuerza que tome estado,
Siquiera para tener
Quien cuide de cuatro ochavos
Que tengo, y quien me mantenga
Con el decente aparato
De mi calidad: para esto
Os llamé, y de vos me valgo,
Porque me han dicho que vos
Las calles, casas y barrios
De Madrid tenéis por lista,
Y sabeis la vida y trato
De cada uno, asegurada,
Que no le ha de hacer engaño

Un caballero á una dama,
Que su honor pone en sus manos
Luc. Esto va de causa, alivia:
Entre bobos anda el carro.
Agap. Cayó el pájaro en la red. *ap.*
Pues mirad, yo ahora entre manos
Tengo tres.
Isid. ¿Cuáles son?
Agap. Don Luis Osorio, un bizarro
Mozo.
Isid. Hijito de vecino,
Muy limpito de zapatos,
Mucha harina en la peluca,
Y poco juicio en los cascos.
Agap. Pues don Alonso de Rojas
Es un caballero anciano,
Con una hija.
Isid. Tened:
¿Yo madrastra? ¡verbum caro!
¿Yo un viejo de quien cuidar,
Que cuando por mas agrado
Me llame hija, me parezca
Que es verdad y no agasajo?
Agap. Don Márcos Gil de Almodovar
Es aquel que habeis hablado,
Hombre machucho á lo antiguo,
Y tiene seis mil ducados,
Quieto, y...
Isid. No mas: ese solo,
Ya que en confianza hablamos,
Tomára para marido,
Porque yo no busco tanto
Caudal, como hombre que sepa
Mantenerme el que yo traigo.
Agap. Pues si vos quereis...
Isid. Ya creo
Que os lo he dicho; y ahora añado,
Que si vos lo disponeis,
Cien pesillos mejicanos
Tendreis para chocolate.
Agap. Eso es conmigo escusado,
Cuando yo...

SALE DON MARCOS.

Márc. Aquesta licencia
Toma quien como criado
Viene á ver si por fortuna
Teneis que mandarle algo.
Isid. Aunque pudiera agraviarme
El entrar tan sin reparo,
Donde aun del sol sin permiso
No se atreve el menor rayo,
Lo mucho que yo os estimo
Os disculpa el desenfado.
Márc. Ya parece que se inclina: *ap.*
Lo que importa en tales casos
El ser un hombre galan,
Y andar así bien portado.
Yo, señora...
Agust. (*dent.*). De esta suerte
Se castigan desacatos.
D. Luis. (*dent.*). Advertid...

SALEN DON AGUSTIN SIN MANTEO Y CON ESPADA, RIÑENDO CON DON LUIS QUE SE RETIRA.

Isid. Pero ¿qué es esto?
Agust. En dando muerte á este hidalgo
Os lo diré.
Luis. Reparad...
Agust. Con el acero en la mano
No hay mas lengua.
Isid. En la presencia
De una dama no hay agravio
Que no dé treguas, y así,
Decidme la causa.
Agust. Entrando
En casa por la otra puerta,
Junto á la la reja del patio
Hallé á aqueste caballero
Escondido, ó procurando
Ocultarse: por espada
Fuí, y hasta aquí hemos llegado
Como veis.
Márc. Ahí que no es nada: *ap.*
¿En el nido otro gazapo?
Fiad en las viuditas.
Isid. Caballero, en quien estraño
Una y otra accion, decidme
¿Por qué motivo ó qué caso
En mi casa os atreveis
A entrar, y en ella ocultaros?
Y advertid digais verdad,
Por que en ello interesado
Está mi honor á la vista,
Tanto del señor don Márcos,
Como de don Agapito
Y mi sobrino.
Márc. Veamos *ap.*
Si este es negocio de duelo.
Luis. Señora, habiendo llegado
A este estremo, perdonad
Si atento á vuestro mandato
Dijere haber sido vos
Causa á atrevimiento tanto.
Isid. ¿Yo?
Márc. Fuego de Dios en todas. *ap.*
Luis. Vos, puesto que á vuestros rayos
Mariposa el corazon
Busca en su incendio el descanso.

De una criada valido,
Me atreví hasta vuestro cuarto
A entrar á esplicar mis penas,
Al tiempo que me ha encontrado
El señor don Agustin.
Y así, puesto que ha llegado
El caso de declararme,
Perdonad, que este es el caso.
Márc. Aqueste es otro cantar.
Miren si se ha descuidado *ap.*
El mancebito, así que
Ha olido los mejicanos;
Pero acótola primero.
Isid. Solo castigar aguardo
Vuestro aleve atrevimiento
Con el desprecio que hago.
Agust. Eso no, que hombre que tuvo
Pensamiento tan osado,
Que en ese cuarto se oculta,
No debe salir del cuarto,
Sino es ó casado ó muerto.
Márc. ¿Qué mas muerto, que casado?
Luis. Por mi, yo seré el dichoso,
Pues eso he solicitado.
Márc. Eso no, que pongo yo
Impedimento volando.
Luis. Vos, ¿por qué razon?
Agust. ¿Qué es esto?
Márc. Porque tambien soy llamado
A esta oposicion, y tengo
Corazon, hígado y bazo
Para enamorarme, ya
Que hemos todos de hablar claro.
Luis. Primero...
Isid. Tened.
Márc. No hay
Primero, porque si saco
Yo tambien mi siete cuartas,
Andará la de Juan Grajo.
Isid. Tened, que de caballeros
Tales confianza hago,
Que harán lo que yo dijere.
Los dos. Si haremos.
Isid. Y en este caso,
¿Jurais los dos de pasar
Por mi eleccion?
Los dos. Sí juramos.
Isid. ¿Reñiréis?
Los dos. No reñirémos.
Isid. Pues á quien le doy mi mano...
Luc. A todos tiembla la barba.
Isid. Es solo...
Los dos. ¿A quién?
Isid. A don Márcos.
Luis. ¡Qué he escuchado!
Márc. A vuestros piés.
Luc. Tragóla.
Isid. Alzad á mis brazos.
Agust. Y como tio á los mios.
Agap. Yo la enhorabuena á entrambos
Os doy.
Márc. Y yo la recibo.
Agap. Mirad si la he perdigado. *ap.*
Márc. No perderéis lo ofrecido.
Tor. ¿Boda en casa? brinco y salto,
Que comerémos mijor,
Y me darán otro sayo.
Agust. Pues que tan felicemente
Este lance se ha acabado,
La boda es bien se disponga.
Isid. Sí, sobrino, eso te encargo.
Márc. Si ser puede, antes de un hora
Hemos de quedar casados,
Y cueste lo que costare,
Y no lo andemos pensando.
Luc. Él teme no se le vaya *ap.*
La viuda de entre las manos.
Agust. Yo tengo conocimiento
En la casa del vicario,
Y antes de comer se hará.
Márc. Pues yo iré á traer entre tanto
Mi ropa y el arca, donde
Tengo el corazon guardado.
Pillé á la viuda; fortuna,
De tu rueda seré clavo. (*Vase.*)
Agust. Pues yo iré á lo que es preciso.
(*Vase.*)
Luc. Yo á prevenir los regalos
De la mesa. (*Vase.*)
Isid. Vos mirad,
Que tambien habeis de honrarnos. (*Vase.*)
Agap. No faltaré. Vos, don Luis,
No seais bobo, consolaos,
Que aquesto estaba de Dios;
Y si es que quereis casaros,
La hija de don Alonso
Es de la hermosura pasmo,
Y yo hablaré.
Luis. ¿Qué decis?
Agap. Haced cuenta está en mi mano.
Luis. Pues que ya no hay viuda, aceto.
Agap. La facilidad alabo;
Yo no sé, todos se casan,
Y todos dicen que es malo. (*Vanse.*)

SALEN DOÑA CLARA, BEATRIZ Y CHINCHILLA.

Chin. Lo que os he dicho pasa.
Clara. ¿Qué he escuchado?
Chin. Y que por vos perdido enamorado,
Solo busca ocasion, y hallarla quiere

Para poder decir del mal que muere.
Clara. Si mal no he reparado,
Ya otras veces lo he visto.
Chin. ¡Buen cuidado!
En Salamanca os vió, de donde adora
Vuestra beldad.
Beat. Tiene razon, señora,
Que este era el estudiante,
De nuestra calle eterno paseante. [ahora?
Clara. ¿Cómo dice que de Indias vino
Chin. Sabiendo que enviudó doña Isi-
Su tia, fué á traella [dora
A España, y á Madrid vino con ella,
Donde si bien su pretension despacha,
Muy brevemente le veréis garnacha.
Beat. ¿Tan rico es?
Chin. No son chanzas ni ficciones,
A celemines mide los doblones:
Diez mil ofrece al rey, sin que un real baje,
Porque le haga vizconde de Getafe. [do.
Beat. Pues él allá era un pobre licencia-
Chin. Por eso ahora su tio le ha dejado
Cuatro minas de oro, cada una
Mas larga que la calle de la Luna,
De que á espuertas se saca, sin mas pena,
Que quien baja á una cueva por arena.
Beat. Dicha será que quiera á mi señora.
Chin. ¿Cómo qué? si la quiere que la
Yo le ví, habrá tres dias, [adora:
Apagar de un suspiro dos bugías,
Diciendo: ¡ah, penas duras,
El que sin Clara vive, muere á oscuras!
Y con otro suspiro airado y fiero
Echó por la ventana un candelero;
Y si yo no me aparto así al desgaire,
Me ha dejado baldado con el aire.
Clara. Eso es burla.
Chin. Es verdad bien apurada:
¿Posible es que no te ha dicho nada?
Clara. Desde que en Salamanca dió en
pasearme,
Seguirme y festejarme,
Debiéndome lo firme ó lo porfiado
Algun ligero agrado,
Hasta que esotro dia
Le volví á ver en casa de su tia,
Ni le he visto ni hablado.
Chin. Pues eso al mozo trae desespera-
Y si hubiera sabido, [do;
Que yo aquesta fortuna habia tenido,
Hubiera papelillo ú otra cosa.
Beat. No sois mal oficial para la prosa.
Chin. Él, en fin...

SALE DON AGUSTIN.

Agust. Si disculpa la obediencia
Haber hasta aquí entrado sin licencia,
Séalo el que mi tia
Por mí á saber vuestra salud envia,
Como aquel que rendido
En ella mas interesado ha sido.
Chin. Buena entrada de cañas, por mi
Para quien tiene la perdiz manida. [vida,
Clara. Mayor agravio el que á disculpas
Hace, sabiendo cuanto en esta casa [pasa
Se deben estimar sus atenciones;
Y así, señor, ahorrando de razones,
Por vuestra tia, á quien servir procuro,
Como tambien por vos, estad seguro,
Que agradezco el recado
Y el cuidado, aunque ignoro qué cuidado.
Chin. Mira si dije bien: ya está el mo-
chuelo
Como pez que tragó todo el anzuelo;
Y pues ya el mio aquí no hace reclamo,
Voy á buscar mi miserable amo. (*Vase.*)
Agust. No estraño que ignoreis la pena
fiera
Del que Amor quiere que callando muera;
Pero ya que llegó la feliz hora.
De que sepais que muere porque adora,
Sabed...
Alonso (dent.). Clara, Beatriz.
Clara. ¡Mi padre, cielos!
Agust. El que me encuentre aquí no os
Porque... [dé recelos,

SALE DON ALONSO.

Alonso. ¿Clara?
Clara. ¿Señor?
Agust. Muy bien llegado
Seais.
Alonso. Y vos, señor, muy bien estado.
Agust. De parte de mi tia
Aquí ha venido la obediencia mia
A decir, que esta tarde tiene en casa
Un festejo, y será dicha no escasa
Si la vista la honrára
De vos y mi señora doña Clara.
Alonso. Esto es la boda, que hoy me
dijo que era
Don Agapito. ¡Cielos, quién creyera, *ap.*
Que esto haya conseguido
Un hombre miserable y deslucido!
Pero el ser miserable le ha bastado
Para que á la indiana haya gustado.
Decid, que Clara y yo le agradecemos
La voluntad, mas que tambien tenemos
Otro festejo en casa y á esa hora,
Igual al de misa doña Isidora.
Agust. ¡Qué escucho!

Clara. ¿Qué es aquesto?
Beat. Cada uno como mico hace su gesto.
Agust. Advertid, que mi tia se ha casado,
Y esta tarde celebra el nuevo estado.
Clara. ¿Vuestra tia? ¿con quién?
Alonso. Ya lo he sabido,
Y por esto tambien he respondido,
Que tengo igual funcion, si se repara,
Como es capitular á mi hija Clara.
Clara. ¿Señor, qué dices?
Agust. ¡Esto faltaba, cielos! *ap.*
Clara. ¿Sin darme parte?
Alonso. Cesen tus desvelos,
Que es con don Luis Osorio, y tu obediencia
En mi gusto le sobra conveniencia.
Agust. Don Luis Osorio á mi tia ahora
Acabó de pedir.
Alonso. ¿Y quién ignora
El que despues á Clara haya pedido,
Y que muy bien á mí me ha parecido,
Y que en esto á vos hablar no es justo,
Ni á ella le toca hacer mas que mi gusto?
Ved si algo me mandais.
Agust. ¡Ah suerte impía! *ap.*
Clara. En flor ha muerto la esperanza mia!
Agust. Pero no mi cautela desconfie. *ap.*
Clara. Pero aun del amor fie. *ap.*
Agust. Quedad con Dios.
Alonso. Con él id, enterado,
Que solo tanta causa me ha escusado.
Agust. Una por una, yo casé á Isidora
Con don Márcos, y yo tambien ahora *ap.*
De Clara estorbaré este casamiento,
Si ayuda la fortuna lo que intento. (*Vase.*)
Clara. Señor, pues cómo...
Alonso. Nada tu voz diga,
Dé este alivio siquiera á mi fatiga:
Yo voy á prevenir lo que es preciso,
Y así otra vez te aviso,
Que quiero quedes hoy capitulada. (*Vase.*)
Clara. ¿Qué dices de esto?
Beat. Yo, señora, nada;
Pero que si tú fuera,
La verdad del indiano le dijera:
Que donde tanta conveniencia hallára,
No tiene duda parecer mudára.
Clara. Eso no fuera justo,
Sin saber de él primero si es su gusto.
Beat. ¿Ya no te declaró su pensamiento?
Clara. Tambien oyó á mi padre el casamiento,
Y pudiera decirlo, y no dejarme.
Beat. ¿Pues qué intentas hacer?
Clara. ¿Qué? declararme
Con él, que si es tan fino
Como dices, mil dichas imagino.
Beat. Toma pues mi consejo una por una,
Y no pierdas ahora esta fortuna.
Clara. Loca estás.
Beat. Razon tengo, sí, á fe mia,
Garnacha, y que te llamen señoría.
(*Vanse.*)

SALEN CHINCHILLA CON UNA ARCA A CUESTAS, Y DON MARCOS CON UN LIO GRANDE DEBAJO DE LA CAPA.

Chin. ¿Adónde, señor, me llevas
Cargado como un jumento,
Con esta arca, que parece
Que algun mundi novo enseño?
Márc. Hijo mio, tambien yo
Voy ahorrando esportillero,
Que dos cuartos que llevára,
Al fin, al fin son dineros.
Chin. Pero dime, ¿dónde vamos?
Márc. ¿Luego ignoras, segun eso,
Mi fortuna?
Chin. ¿Qué fortuna?
¿No ves que ahora en casa entro?
Márc. Pues descansa, y lo sabrás.
Chin. Descargo el arca.
(*Descarga el arca y siéntase, y don Márcos el lio.*)
Márc. Con tiento,
Que en cada vuelco que da,
Me da el corazon mil vuelcos.
Hijo mio, Dios por su alta
Misericordia ha dispuesto
Que yo con doña Isidora,
En menos que ha que lo cuento,
Me case.
Chin. ¡Oh! ¿qué me dices?
Cayó el raton en el queso. *ap.*
¿Tan breve fué?
Márc. En un instante
Dichos y testigos fueron,
Y en fin nos dimos las manos,
Costó algunos doblonicejos:
Tanto puede el oro, que aun
Tiene dominio en el tiempo:
Nunca mucho costó poco;
Y así ahora á su casa llevo,
Porque ya á comer me aguarda,
Mis alhajas, y con esto,
Pues ya has descansado, vuelve
A cargar el arca. (*Vuelven á cargar.*)
Chin. Vuelvo.
¿Y qué librea en la boda
Me piensas dar?
Márc. Majadero,

¿Ves tú que aun mudo camisa
Hasta que lo sepa el pueblo?
Chin. ¡Cuántos hay que andan sin ella
Por vestir un lacayuelo!
Márc. Calla, calla, que entrando
Yo la mano en los talegos
Del dote, no faltará
Algun desechillo viejo,
Verbi gracia, estos calzones,
Que aun pudieran el invierno
Servir para forro de otros.
Chin. Ni aun para un Júdas son buenos.
Márc. Ya estamos en casa: loco
De contento estoy, y apuesto,
Que Isidora no ha tenido
Un instante de sosiego
Pensando en mí; Ines, Lucía.
Da. Isid. (*dent.*). Abre, mira quien es,
Que será Márcos. [presto,
Márc. Yo soy,
Dulce y regalado dueño.

SALEN DOÑA ISIDORA, LUCIA, INES Y TORIBIO.

Isid. Ya os aguardaba impaciente.
Chin. Descárguenme, que reviento.
Isid. ¿Qué es esto?
Márc. Aquí mi Isidora
Viene, si bien lo atendemos,
Don Márcos, porque aquí está
El alma de aqueste cuerpo,
Pues tiene dentro el hacienda,
Sin la cual fuera plebeyo
El Preste Juan de las Indias;
Y así, puesto que el dinero
Es quien hace al hombre, pues
El tenerlo ó no tenerlo
El nombre le da ó le quita,
Aquí viene, á decir vuelvo,
Don Márcos, porque aquí vienen
Seis mil ducados que tengo,
No ahorrados, sino sacados
De mis carnes y pellejo.
En este envoltorio vienen
Los demas trastos caseros,
(*Va sacando lo que dice del envoltorio todo muy ridículo.*)
Como sábanas raidas,
Dos ó tres cacharros viejos
En que se cocian callos
Algun dia de los recios:
Este es candil, que á mí nunca
Me sirvió, y ahorraba á un tiempo,
Que solamente una luz
Me gastase aceite y lienzo:
Estos son varios vestidos,
Aquestos zapatos viejos,
La frazada de la cama
Y el orinal, y laus Deo.
Chin. De Mariña de Brugeda
Fué la almoneda lo mesmo.
Isid. ¿Pues qué no tenias sillas,
Bufete ni cama?
Márc. El suelo,
En pié, sentado ó echado,
Me servia de todo eso.
Isid. Un Diógenes sois.
Márc. Querida,
Y aun no basta para el tiempo.
Isid. Pues haced cuenta que ya
Entramos en un mundo nuevo.
Arrojad aquesos trapos,
Porque quien llega á ser dueño
De mas de un millon de hacienda,
De gala ha de andar cubierto,
Vestir oro, calzar ámbar,
Y beber néctares.
Márc. Cielos,
¿De dónde me vino á mí
La fortuna en que me veo?
Isid. ¿Está la comida ya?
Beat. Ya el pastelon está hecho.
Márc. ¿Pastelon dijo?
Ines. Los pavos
Se están asando.
Tor. E trajeron
Ingüente branco en un prato.
Márc. Manjar blanco dirás, necio.
Tor. Manjar branco ó yeso branco,
Ello se pega á los dedus.
Márc. ¿Luego lo has probado?
Tor. Uno
Solo se undió para dentro.
Márc. ¿Chupaste?
Tor. Sí, meu señor.
Márc. Page has sido, ó puedes serlo.
Isid. No haber venido Agustin
Nos detiene solo.
Márc. Cierto,
Que para comer importa
Muy poco un sobrino menos.

SALE DON AGUSTIN.

Agust. Ya estoy aquí.
Isid. Bien pudieras,
Dia de tanto festejo,
Venir un poco mas antes.
Agust. ¿Ya no vine? ¿qué tenemos?
Pues vengo yo para gracias.
Márc. El sobrinillo es soberbio. *ap.*

Tiene razon vuestra tia,
Que hoy es fiesta doble, y luego,
Que será de aquí adelante
Otro mundo, si es que atento
No venis como novicio
Al refectorio á su tiempo.
Agust. ¿Soy fraile?
Márc. Sois hijo de
Familia, que es lo mesmo.
Agust. Apartaré casa.
Márc. Bien;
Pero en tanto que os mantengo,
O soy tio ó no soy tio,
Y en perdiéndome el respeto,
Nos habrán de oir los sordos.
Isid. Hijo Márcos, ni por pienso
Te dará Agustin disgusto.
Agust. Fuerte sois.
Márc. No soy mas de esto
Lo que es ser señor de casa, *ap.*
Que á todos infunde miedo.
Isid. Sosiégate: trae, Lucía,
La ropa de chambre presto
Y el gorro: sacad la mesa,
Siéntate aquí, y libro nuevo.
(*Sacan la mesa y siéntase don Márcos, y pónenle gorro y bata.*)
Márc. Bendito seais vos, Señor,
Que hicisteis para consuelo
Del hombre la muger: miren
Con qué cariño, qué afecto
Me halaga, me desenoja;
¡Y que haya hombres majaderos,
Que digan que es el casarse
La necedad del discreto!

SALE DON AGAPITO.

Agap. Buenos dias, mis señores:
No pude venir mas presto,
Porque fué fuerza acabar
Un negocillo.
Márc. Himeneo,
La verdad decid, ¿qué cosa,
Asi poco mas ó menos?
Agap. Una sobrina de un sastre
Con un hijo de un barbero.
Márc. Llevará en dote el pendon.
Agust. Señores, vamos comiendo.
(*Sacan una mesa con vianda.*)
Isid. Vianda.
Márc. ¡Santa palabra!
¡Hermosos platos!
Isid. Se hicieron
En el Perú: ¿qué mirais?
Márc. Estas armas.
Isid. Son trofeos
De la casa de Avizor.
Luc. Si supiera que es todo ello *ap.*
Del señor marques de Astorga,
Se quedára boquiabierto.
Isid. Los músicos.
Luc. Aquí están,
Y traen ya templado.
Márc. Bueno.
Agap. El hombre sois mas feliz,
Que han visto partos ni medos.
Márc. ¿En qué signo nací yo,
O á qué santo me encomiendo?

Canta Lucía. No es amar gemir,
No es amar morir,
No es amar penar,
No, no es amar:
Que amar es sentir,
Amar es sufrir,
Y amar es callar,
Sin que dé á entender
Aun el padecer
El mismo adorar.

Dent. ¿Ha de casa?
Isid. Ved quien llama.
Luc. Señora, aquel hombre tuerto,
Que tiene casa de prendas.
Isid. Di que ahora estamos comiendo,
Que vuelva mañana.
Chin. Malo,
Este descubre el enredo.
Luc. Dice, que aguardar no puede.
Márc. Que se vaya, buen remedio,
Que yo no le debo nada.

SALE UN HOMBRE.

Homb. Señor mio, yo no vengo
Tampoco á que usted me dé,
Que no necesito de ello,
Sino á cobrar lo que es mio.
Márc. ¿Cobrar? ¿pues aquí qué es vuestro?
Homb. ¿Cómo qué? no hay que hacer
Esos paises flamencos
Que teneis en vuestra sala,
Los escritorios, espejos,
Y las sillas y bufetes,
Porque los tiene su dueño
Vendidos ya.
Márc. ¿Qué decis?
Isid. No os altereis por aquesto,
Que para adornar el cuarto
Se los alquilé, queriendo
Ver si encontraba adelante
Alhajas de mayor precio:
Mas podeis volver mañana.
Homb. Ni una hora dispensar puedo,
Porque se pierde la venta.

*****

Márc. Don Agapito, ¿qué es esto?
Agap. ¿Qué ha de ser? ¿no lo veis ya?
¿Qué os importan trastos viejos,
Si podeis comprar á gusto?
Márc. Ea pues entrad adentro,
Y llevadlos en buen hora.
Homb. Esa mesa y sillas dejo
Hasta acabar la comida.
Márc. Eso no, llevadlo luego,
Que no os quiero ver volver.
(*Quitan las sillas, y ponen los manteles en el suelo, y siéntase don Márcos.*)
Isid. ¿Estais en vos?
Márc. En el suelo,
Juro á Dios, he de comer,
Que estoy enseñado á ello.
Agust. Advertid...
Márc. Eso ha de ser:
Cargad con todo al momento,
Y el que quisiere se siente,
Ya que permite Dios esto.
Isid. Sea como vos quisiereis;
Peor es que caiga en el cuento. *ap.*
Márc. Comamos, si es que nos dejan.
Isid. Tú vuelve á cantar.
Luc. Ya vuelvo.
(*Al ir á cantar llaman dentro recio.*)
Márc. Parece que llaman.
Isid. Sí:
Mira quien es.
Márc. De un cabello
El alma tengo colgada
Con aquestos llamamientos.
Luc. Del señor marques de Astorga
Un criado.
Márc. ¿Pues á qué efecto
A mí su escelencia? entre.

SALE OTRO HOMBRE.

Homb. Mi señora, el repostero
Os besa la mano, y dice,
Que necesita al momento
De la plata y demas cosas
De mesa que os dió.
Márc. ¿Qué es esto?
¿La... qué?
Homb. La plata.
Isid. Advertid...
Homb. Señora, la órden que tengo
Es de llevarla al instante,
Pues vos la pedisteis, creo,
Para dos dias, y ha mas
De cinco que está sirviendo.
Márc. ¿Cómo llevarla? que es mia.
Homb. ¿Vuestra? ¡gentil devaneo!
Estas armas lo dirán.
Márc. Estas armas son trofeos
De la casa de Avizor.
Homb. Si estais sin juicio, yo tengo
Mucho que hacer.
Márc. ¿Yo sin juicio?
¡Ah atrevido, ah desatento,
Que si aquí tuviera la ancha,
Os partiera hasta los sesos!
¿Mi plata, ladron?
Homb. Tened,
Que iré á casa de mi dueño,
Y traeré cuatro lacayos
Que carguen.
Isid. ¿Para qué es eso?
Llevadlo todo, no haya mas,
Porque todo importa menos,
Que desazonarse Márcos.
(*Llevan manteles y platos.*)
Márc. ¿Cómo qué, cargan con ello?
Agust. Señor, viendo que á Madrid
Aun no ha llegado el arriero
De Sevilla, donde vienen
Los cajones...
Chin. Otro enredo.
Agust. De nuestra plata labrada,
Fué preciso al lucimiento
De mi tia el buscar esta:
Paciencia, que todo ello
Podrá tardarse dos dias.
Márc. Don Agapito, ¿qué es esto?
Agap. Si la otra viene camino,
¿Qué se ha de hacer? comerémos,
Sicut erat in principio,
En barro.
Márc. Sagrados cielos,
¿Qué ha hecho contra el rey mi casa,
Que así la entran á saqueo?
Bebamos, si es que ha quedado
Acaso en qué.
Tor. Ese pucheiro.
Márc. Linda copa de Alcorcon.
Isid. Cantad.
Márc. Solo falta eso:
Váyanse muy noramala
Los músicos al infierno,
Antes que los eche á coces.
Músic. Ya nos vamos.
Márc. Vade retro,
Ya que no hay de caridad
Quien tambien venga por ellos.

SALE OTRO HOMBRE.

Homb. Deo gracias.
Márc. Moro en campaña.

Homb. Señora mia, yo vengo
Por el alquiler...
Isid. Callad.
Homb. De los vestidos.
Isid. Ya entiendo.
Márc. Dejadle decir: amigo,
En suma, decid, ¿qué es esto?
Homb. Que he dado cuatro vestidos
Alquilados, y el dinero
Vengo á pedir.
Márc. Pedis bien:
¿Y cuáles son?
Homb. Señor, estos
De estudiante, de señora,
De criada y escudero.
Márc. Dios mio, ¿adónde á parar
Iré con tantos enredos?
Señor colegial garnacha,
Señora indiana, ¿qué es esto?
Isid. Yo os satisfaré mañana.
Homb. Eso no, luego al momento
Mi dinero se ha de dar,
O mi ropa.
Chin. Lindo cuento.
Agust. Mirad...
Homb. Iré á la justicia,
Y diré quien son.
Agust. Ya esto *ap.*
Es peor si lo descubre.
Márc. ¿Justicia aquí? ni por pienso,
Mas fácil es que los cuatro
Se desnuden.
Homb. Eso quiero.
Isid. ¿Tal permitis?
Márc. No permita
Dios tal infamia: en el suelo
Desnudaos luego al instante:
Ropa fuera.
(*Van desnudándose los cuatro, y quedan ridículos.*)
Agust. Vive el cielo,
Que me lo ha de pagar fuera
Despues el ropavejero.
Márc. ¿Falta mas?
Homb. Ese ropon
Y ese gorro.
Márc. Y el pellejo
Me quitaré, si gustais,
Como no pidais dinero.
¿Qué es esto, don Agapito?
Agap. ¿Qué sé yo?
Márc. Casamentero
De los diablos, ¿os parece
Que habemos quedado frescos?
Agap. Pues yo, señor...
Márc. Vos teneis
La culpa, y...
Isid. Tened, os ruego:
Aquí no ha habido mas culpa,
Sino el ser del amor yerros;
Yo enamorada de vos,
Para teneros por dueño,
Fingí aquesta ostentacion.
Márc. ¿Qué habeis dicho?
Isid. Lo que os cuento.
Márc. ¿Pues lo indiano?
Isid. Fué mentira.
Márc. ¿Y la plata?
Isid. Volaverunt.
Márc. ¿Los navíos?
Isid. Se anegaron.
Márc. ¿Y el dote?
Isid. Nulla est redemptio.
Márc. ¿Luego os he de sustentar?
Isid. Si soy vuestra esposa, es cierto.
Márc. ¿Pues qué aguardo, que en un pozo
De cabeza no me echo,
Ya que por no comprar soga
De una viga no me cuelgo?
¡Yo casado hasta las cachas,
Sin tener aun el dia bueno!
Agap. Señor mio, en estos casos
Cede el furor al consejo,
Y así, al que Dios se la dió,
Que la bendiga san Pedro.
Márc. ¿Con que, remedio no tiene?
Pues, hombres, tomad ejemplo.

JORNADA III.

SALEN CHINCHILLA Y DON AGUSTIN DE COLOR.

Chin. ¿Adónde, señor, caminas,
Ya que recogida dejas
Toda la casa, y durmiendo
Don Márcos á pierna suelta,
Despues que se recogió
Tempranó sin querer cena?
Gracias á Dios, que ya al fin
Mas sosegado se muestra,
Que el agrado de Isidora
Basta á ablandar una peña.
Agust. Pues sabe, que aquesta tarde
Recibí de Clara bella
Este papel.
Chin. ¿Dónde está?
Agust. Por Dios, que en la faldriquera
Le metí, y que no parece.
Chin. Poco importa que se pierda,

Si le has leido.
Agust. Si importa,
Que si Isidora le encuentra,
Sabrá por él el secreto,
Que mi pecho hasta aquí sella.
Chin. ¿Luego no ha de suceder?
Agust. Y si sucede, suceda.
Sabe que me escribió Clara
Ya con declaradas muestras
De su amor, que confiada
En él que mi pecho muestra,
Si esta noche me atrevia
(Evitando la violencia
De un casamiento á disgusto)
A robarla, que á la reja
A las nueve me aguardaba,
Como ser su esposo quiera.
Mira tú quien esto logra,
¿Cómo es posible que tenga
Sosiego para este fin,
Sin que el porqué te dijera?
Alquilé aquel cuarto en
La calle de las Carretas,
Y busqué para él alhajas,
Porque si llevarla es fuerza,
Por ahora no tengo otra
Parte mas breve y secreta.
Chin. ¿Qué dices, hombre del diablo?
¿La boda no te contenta
Del infelice don Márcos,
Con que clavado le dejas,
Sino que segunda parte
Con Clara tambien intentas?
Agust. No tienes razon, que aquel
Fué chasco; ardid ó cautela
Con que se casó Isidora,
Engañando su miseria;
Y este en mí solo es amor,
Para que mi padre sepa,
Cuando de mí á saber llegue,
Que entre mis burlas traviesas
No he errado lo principal.
Chin. Mas tambien al viejo pegas
Un robo con hija y dote.
Agust. Cuando don Alonso sepa
Quien soy, no le pesará,
Pues amistad tan estrecha
Sabes tiene con mi padre.
Chin. Pues á cara descubierta
Pídesela.
Agust. No es posible,
Pues que desposarla espera
Con don Luis, ni su palabra
Fuera razon que atras vuelva,
Y de este modo consigo
Mi amor, y él bien puesto queda.
Chin. Pues manos á la labor.
Agust. Aguarda, que esta es la reja.

A LA REJA DOÑA CLARA Y BEATRIZ.

Clara. ¿Sois vos?
Agust. Yo soy.
Clara. Esperad
Mientras desvelo sospechas
De mi padre, que escribiendo
Está: aguardad á esa puerta,
Que ya salgo. (*Vase.*)
Beat. ¿Y tambien viene
El Bodigo?
Chin. Sí, mi reina.
Beat. ¿Con que, querrá ser mi París?
Chin. Arderán por tal Elena
Mil Troyas.
Beat. Jesus mil veces,
Tanto fuego.
Chin. Soy un Etna,
Y estoy ya arrojando llamas
De ver la nieve tan cerca.
Beat. Pues tuya soy.
Chin. Aleluya.
Beat. Ya bajo. (*Vase.*)
Chin. Requiem æternam.
Oyes, señor, gran fortuna,
Tambien Beatricilla vuela.
Agust. ¿No ha de seguir á su ama?
Chin. A mí es á quien sigue ella.
Agust. Dichoso eres, que es muy linda,
De habilidades muy buenas,
Y canta con grande gracia.
Chin. A espacito, y buena letra,
Que no me parece bien,
Que á tí tan bien te parezca.
Agust. Pero aguarda, que ya salen.

SALEN CLARA Y BEATRIZ.

Clara. Con tiento, Beatriz.
Beat. Dos yemas
De huevo llevo por piés.
Agust. ¿Era tiempo, deidad bella,
Que en la cristalina tabla
De esta mano la tormenta
De amor burle un infelice?
Clara. Sí, don Agustin, ya llega
El tiempo en que satisfaga
Vuestras rendidas finezas,
Que hasta aquí disimuló
El recato; mas ya fuera
Negarle su ardor al fuego,
A vista de la violenta
Resolucion de mi padre,
Y oféndase ó no se ofenda,

Ha de ser á gusto mio,
Si el tomar estado es fuerza.
Agust. Cada palabra que escucho,
Al alma añade cadenas.
Clara. ¿Y vamos de vuestra tia
A la casa?
Chin. Buena es esa;
Estotro no es hombre, que
A su tia se lo cuenta.
Agust. Venid conmigo, que yo
Tengo parte mas secreta
Y segura, allí sabréis
Mucho mas que...
Clara. No hay que sepa
Mas, sino el que voy con vos.

SALE DON LUIS POR LA DERECHA.

Luis. Cielos, ó forma la idea
Fantásticas sombras, ó
Salen de la casa mesma
De don Alonso dos damas.
¡Qué viles son las sospechas,
Que sobresaltan el pecho,
Persuadiendo á que ser pueda
Clara! pero ¡qué delirio!
Chin. Señor, cien hombres se acercan.
Agust. ¿Qué dices?
Chin. Que á aquella esquina
Se paró uno, y los noventa
Y nueve quedan á longe.
Clara. ¿Quién será?
Agust. Sea quien sea,
Seguidme.
Luis. Ella es, que á la
Escasa luz que dispensa
La luna, que va saliendo,
La he conocido: ya es fuerza
No quedar con el recelo
Chin. En la calle se atraviesa.
Agust. Anda y calla.
Luis. Caballero,
Si quereis pasar, aquesa
Dama se descubra antes,
Que es preciso conocerla.
Agust. ¡Graciosa proposicion!
Luis. Ya estoy empeñado en ella.
Chin. Aqueste es guarda de á pié,
O asiste al registro, y piensa
Que es carne que entra por alto.
Agust. Considerad...
Luis. No hay que pueda
Satisfacerme.
Chin. Señor,
Señor, dale para media.
Agust. Pues yo tengo de pasar.
Luis. Será de aquesta manera. (*Riñen.*)
Agust. Sea en buen hora: Chinchilla,
Contigo esas damas lleva,
Ya sabes donde, entre tanto
Que este hidalgo me detenga.
Clara. Muerta voy.
Chin. Seguidme.
Beat. Aprisa.
(*Vanse los tres.*)
Luis. Este acero abrirá puerta,
Porque pase, en vuestro pecho.
D. Alv. (*dent.*). Esta parece pendencia:
Ten, Hernando, aqueste estribo.
Agust. La voz de mi padre es esta:
¡Raro caso!

SALE DON ALVARO.

Alv. Caballeros,
Tened las iras sangrientas.
Luis. Apartad.
D. Alonso. (*dent.*). Este rumor
De espadas es á mi puerta:
Ola, luces.
Agust. Peor es esto,
Porque el conocerme es fuerza.
(*Riñendo toma don Agustin la puerta derecha, por donde se va, y detiene don Alvaro á don Luis, al tiempo que sale don Alonso y criados con luces.*)
Alonso. Tened, ¿qué es esto?
Agust. Ausentarme
Es la mejor diligencia. (*Vase.*)
Luis. No os ha de valer la fuga.
Alv. Pues que tan airoso os deja,
¿Qué quereis mas?
Alonso. ¡Mas qué miro!
¿No es don Alvaro de Heredia?
Alv. ¿Amigo?
Alonso. Señor don Luis,
¿Qué es esto?
Luis. Callar es fuerza *ap.*
La ocasion, hasta apurar
Mas de raiz mi sospecha,
Que pues su padre está en casa,
No es lo que mi temor piensa.
Pasando acaso la calle,
Sobre ocasion bien ligera
Fué el disgusto.
Alv. Yo acabé
De llegar á esta hora mesma
A Madrid, porque en la Torre
De Lodones la calesa
Se me quebró en que venia,
Y fué el detenerme fuerza,
Y por este caso es bien
La detencion agradezca.

Alonso. ¿En Madrid vos? á qué efecto?
Alv. Viendo que en tres estafetas
De Agustin mi hijo no tuve
Carta, ni por nadie nuevas,
Pasé á Salamanca, donde
Supe á breve diligencia,
Que habia á Madrid venido.
Callo el que entre sus travieSas *ap.*
Juventudes una dama
Trajo consigo.
Luis. Quimera
Sin duda fué de mis zelos.
Alonso. Daros de él razon quisiera,
Mas como nunca le he visto,
Aunque le encuentre, que pueda
Concerle no es posible;
Mas pues esta diligencia
No está en mi mano, y ya que
Os ha traido á mis puertas
El acaso, la posada
Que habeis de tener es esta.
Alv. Yo os lo estimo.
Alonso. No hableis de eso.
Ola, haced que el criado venga
Con la ropa: tú á mi hija
Avisa, porque prevenga
El cuarto.
Alv. ¿Y cómo se halla
Misa doña Clara?
Alonso. Buena
Para serviros, y ahora
Mas alegre y mas contenta
Con el nuevo estado.
Alv. ¿Cómo?
Alonso. Como dar la mano espera
Mañana al señor don Luis.
Alv. Yo le doy la enhorabuena
Desde ahora.
Luis. Y yo la agradezco,
Como quien á lograr llega
Tanta fortuna.
Alonso. Creed
Que no porque mi hija sea,
Pero su recogimiento,
Su virtud y su modestia
Toda estimacion merecen.
Alv. Siempre fué desde pequeña
Un ángel.

Sale un Criado.

Criado. Señor.
Alonso. ¿Qué traes?
Criado. No sé como...
Alonso. ¿Qué te altera?
Criado. Te diga, que mi señora...
Alonso. ¿Qué dices?
Luis. A espacio, penas.
Alonso. ¿La ha dado algun accidente?
Entremos en casa apriesa.
Criado. Antes en casa no está.
Alonso. ¡Qué escucho!
Criado. Beatriz ni ella
No parecen.
Luis. ¡Ay de mí!
Cierta salió mi sospecha.
Alonso. ¿Estás loco?
Criado. Yo he mirado
Toda la casa.
Alonso. No ha media
Hora que en mi cuarto entró
A tratar las menudencias
De la funcion de mañana.
Luis. Pues, señor, ya que se llega
El caso de que hable claro,
Sabe, que de la pendencia
Ha sido Clara la causa,
Por haber visto que ella
Y Beatriz con dos hombres
Salian por esa puerta.
Alonso. ¿No pudisteis conocerlos?
Luis. Si bien reparo en las señas
De él y el criado, el estudiante
Don Agustin pienso que era.
Alv. ¿Mi hijo?
Alonso. ¿Qué hijo? qué decis?
Que este es de una forastera
Viuda indiana sobrino.
Alv. Capaz es su ligereza, *ap.*
Yo le conozco, de hacer
Transformaciones como esas.
Alonso. Vive Dios, que si recorro *ap.*
La memoria, se me acuerda,
Que con Clara esta mañana
Le hallé hablando en casa. Ea,
Don Luis, pues si eso os parece,
Hagamos la diligencia.
De una vez, yendo á su casa,
Y apuremos la materia.
Luis. Vamos pues.
Alv. De acompañaros
Me habeis de dar la licencia.
Alonso. Amigo, este es duelo nuestro.
Alv. ¿Y qué la amistad dijera?
Advertid que aun tengo brio
Para cuanto se os ofrezca.
Alonso. Yo os lo agradezco, venid.
Alv. Mas el cuidado me lleva *ap.*
De si este será mi hijo.
Mirad, en estas materias
Se ha de obrar con madurez:
Podrá ser que ese no sea,
Y á estas horas será solo

Dar que decir: que amanezca
Dejad, y á saberlo irémos.
Alonso. ¡Quién tal de Clara creyera!
Fiaos de mugeres, y en su
Recogimiento y modestia. (*Vanse.*)

SALEN DON AGUSTIN Y CHINCHILLA.

Chin. Señor, ¿adónde me lleva.
Segunda vez tu cuidado?
¿Despues que á Clara has dejado
Cerrada en la casa nueva,
Viéneste aquí á retraer
Acaso, porque encontró
Contigo tu padre?
Agust. No,
Que no me di á conocer,
Ni que de mi sepa intento,
Hasta que entre ambos quede,
Por lo que suceder puede,
Efectuado el casamiento.
Chin. Que es arrojo considero.
Agust. Ya al fin le he de mantener.
Chin. Y no sé cómo ha de ser,
Cuando te falta el dinero,
Y no tienes en Madrid
De quien poderte fiar.
Agust. Cuanto me llega á faltar
Lo ha de suplir el ardid.
Chin. ¿Cómo?
Agust. Ya llegas á ver
Durmiendo en ese aposento
A don Márcos, que avariento
Hizo á su vista poner
El arca de sus doblones.
(*Debajo de la cortina se ve el arca.*)
Chin. La misma es que á mi costilla
Traje.
Agust. Pues de esa, Chinchilla,
Venimos á ser ladrones.
Chin. ¿Ladrones?
Agust. No te alborotes
Hasta saber lo demas.
Chin. Señor, que ya aquí detrás
Me hormiguean los azotes.
Agust. Con ese caudal intento
Lucir con ostentacion
Mi boda; y en conclusion,
En haciendo el casamiento,
Mi padre fuerza será,
Que haya de tenerlo á bien,
Y don Alonso tambien,
Con que el dote servirá
De poder restituir
A don Márcos su dinero;
Y de aqueste modo infiero,
Que he llegado á conseguir
Dejar casada á Isidora,
Y de burlas apartado,
Vivir quieto y sosegado
Con la que mi pecho adora.
Chin. Muy bien disponerlo sabes;
¿Mas si don Márcos nos siente
O Isidora?
Agust. Impertinente
Y cansado estás: las llaves
Son estas para probar
Cual sus guardas llega á hacer,
Y aquesta ha venido á ser.
(*Abre el arca, y saca un talego grande.*)
Chin. Poco se hizo de rogar:
De fortuna en todo estás.
Agust. El talego pesa.
Chin. Y digo,
Cuando le busque el amigo,
¿A quién le pasará mas?
Agust. Veinte años habrá, Chinchilla,
Que no ha salido otra vez
A ver luz.
Chin. A la vejez
Vino á morir de polilla.
Agust. Pero aguarda, que hácia allí
Gente he sentido.
Chin. Desvía,
Isidora es y Lucía.
Agust. Pues yo me ausento de aquí.
Chin. Y yo.
Agust. Tú aquí has de quedar,
Porque si sintieron gente,
Nada recelen.
Chin. Detente.
Agust. Luego puedes escapar,
Pues ya sabes donde he ido. (*Vase.*)
Chin. ¿Quién me metió en esto á mí?
Pero ellas vienen aquí,
Yo quiero hacer el dormido. (*Echase.*)

SALEN DOÑA ISIDORA Y LUCIA.

Isid. No me tienes que decir,
Cuando aqueste papel miro.
Luc. Señora.
Isid. Ayer á Agustin
Se le cayó inadvertido,
Y por él á inferir llego
Lo que su cautela quiso
Encubrirme, pues que Clara,
Engañada con el mismo
Título de ser indiano,
Le busca para marido,
Y esta noche le aguardaba,
Y por eso el fementido,

Luego que cenó, á su cuarto
Se retiró, y no le he visto;
¿Mas quién duda que saldria
Para el aplazado sitio?
Luc. Si tú ya estás remediada;
Con don Márcos, ¿qué delito
Te hará Agustin con casarse?
Isid. Ninguno, si bien lo miro;
Pero si yo te dijera
Con qué pensamiento lidio,
Te admirára mas.
Luc. ¿Y qué es?
Isid. Ir á ver si ha conseguido
Agustin sacar á Clara;
Y si no, con un fingido
Pretesto, entrando en su casa,
Embarazar sus designios.
Chin. Aun bien que no hallará ya
Los pájaros en el nido.
Luc. ¿Y por eso te levantas
Aun no bien amanecido?
Y dirás que no son zelos.
Isid. No son sino vengativos
Sentimientos de que haya
Cauteládose conmigo;
Y así, puesto que don Márcos
Durmiendo está, como has visto,
Y vive Clara tan cerca,
Y mal mi intento reprimo,
Ten, en tanto que yo vuelvo,
Cuidado.
Luc. Y si al tiempo mismo
Despierta, ¿qué hemos de hacer?
Isid. Puedes decir, que yo he ido
A misa á San Sebastian.
Chin. ¡Cuántas hay que hacen lo mismo!
Isid. ¿Mas quién está allí?
Luc. Chinchilla,
Que se ha que dado dormido.
Isid. Despiértala, y de él mejor
Verémos si lo averiguo.
Luc. Chinchilla.
Chin. Señor, señor,
Déjame por san Longinos,
Que yo no entiendo de Claras
Ni de robos.
Isid. ¿Haslo oido?
Chin. Vete y déjame, que yo
Soy criado bien nacido,
Y no merece Isidora...
Isid. ¡Ah Chinchilla!
Chin. ¡San Cirilo!
(*Levántase.*)
¿Tú eres? pues yo, si...
Isid. No tienes
Que turbarte, ya he entendido
Todo el caso.
Chin. ¿Con que sabes
El cuento desde el principio?
Luc. Y lo de la callejuela.
Isid. Todo este papel lo ha dicho,
Dime tú ahora lo demas:
¿Dónde está Agustin?
Chin. ¿No has visto,
Que yo me he estado durmiendo?
Porque él á noche me dijo,
Que para ir á este robo,
Aquí aguardase su aviso,
Y yo no lo he vuelto á ver.
Isid. ¿Posible es, que sus designios
No te ha descubierto?
Chin. A mí
Fué solo lo que me dijo
Este robo, y que tenia
Una casa de un amigo
Adonde llevar á Clara.
Isid. ¿Y dónde es?
Chin. Esto va lindo,
Pagará el ser curiosa: *ap.*
Creo que es á San Francisco.
Isid. ¿Qué calle?
Chin. De San Anton,
Una casa así á lo antiguo,
Que tiene el cuarto segundo
Una bodega de vino,
A cuyo olor todo el dia
Ne se vácia de mosquitos.
Luc. ¿Bodega en cuarto segundo?
Chin. En aquel barrio es estilo
Ponerlo á que le dé el aire,
Porque mil veces se ha visto
Darle polilla á una cuba.
Isid. Pues, Lucía, ya te he dicho
Lo que has de hacer.
Luc. ¿Te resuelves
Ir desde aquí á San Francisco?
Isid. Sí, Lucía, aunque está lejos,
El ir allá determino:
Yo he de ir á darle un mal rato.
Chin. Pégasela por san vino.
Isid. Yo voy á ponerme el manto,
Y llevaréme conmigo
A Ines.
Luc. Mira lo que haces.
Isid. Mas parece que al postigo.
Del patio llaman.
Luc. Veré
Quien será. Don Agapito.
Isid. No quiero que me detenga,
Di que estamos recogidos,
Y á Dios, que en tanto que él entra,
Saldré yo. (*Vase.*)

ABRE LUCIA, Y SALE DON AGAPITO.

Luc. ¡O señor mio!
¿A estas horas?
Agap. Reina mia,
¿Quién quereis se haya atrevido
A venir mas tarde, viendo
Tan irritado conmigo
A don Márcos?
Luc. Aun bien que ahora
Duerme como un pajarito:
¿Y qué, decid, se os ofrece?
Agap. Bien creo, que habreis visto
Lo que he hecho por vuestra ama,
Hasta que hemos conseguido,
Que casase con don Márcos;
Y así, por los cien pesillos
Que me ofreció venia ahora.
Luc. Pues aun están recogidos
Mis amos, volved despues.
Agap. ¿Despues? estamos lucidos;
¿Pues qué quereis, que don Márcos
Me llegue á ver?
Chin. Yo os afirmo,
Que si con la furia os coge,
Al mas moderado chirlo
No teneis con los cien pesos
Para aceite de aparicio.
Agap. Ello, en fin...
Márc. (*dent.*). ¿Quién habla ahí fuera?
Chin. En tierra con todo dimos,
Que ya ha despertado.
Agap. ¡Cielos,
Quién se mira en tal conflicto!
Vuelvo á salir.
(*Al llegar al paño llaman por aquel lado, y él se retira.*)
Dentro. ¿Ha de casa?
Chin. Esto es peor, por san Lino,
Porque en el patio á don Luis,
Don Alonso y otro miro.
Agap. No importa á que yo salga.
Luc. Eso es lo que no permito,
Y que digan que á estas horas
Un hombre salir han visto.
Agap. ¿Pues qué he de hacer?
Chin. Yo daré
Para eso un famoso arbitrio:
Tú ve á ver que es lo que quieren,
Que en tanto á don Agapito
Esconderé.
Luc. Voy voladdo. (*Vase.*)
Agap. Vamos aprisa
Márc. (*dent.*). Bodigo,
Lucia, Isidora, ola.
Chin. En aquesta arca metido
No os verá.
Agap. ¿Yo en arca?
Chin. Vamos.
Márc. (*dent.*). Ines, Agustin.
(*Métele en el arca, y echa la tapa.*)
Agap. Quedito:
Pero escóndame yo, y sea
De ratones en un nido.
Chin. Bien logré el trueco, ahora falta
Escapar de aquí.

SALE DON MARCOS EN CAMISA, CALZONCILLOS Y CALCETAS, TODO MUY RIDÍCULO.

Márc. Bodigo,
¿Qué es esto? ¿habeis despertado?
¿Dónde estabais, que mil gritos
Os he dado?
Chin. Ahora los oigo.
Márc. ¿Adónde estabais metido?

SALE TORIBIO ENVUELTO EN UNA MANTA, CON UN CANDIL EN LA MANO, Y LUEGO LUCIA.

Tor. Sí, señor, sí.
Luc. Don Alonso
Y don Luis vuestros vecinos,
Dicen que quieren hablarte.
Márc. ¡Por cierto gentil aliño!
¿Al amanecer visita?
Vendrán á almorzar conmigo:
Que vayan, y oigan seis misas
Y un sermon mientras me visto.
Chin. Para mañana de novio
(*Vase Lucia.*)
Mucho madrugas.
Márc. Amigo,
¿Qué novio ni qué mañana?
Que mi boda, á lo que he visto,
Fué noche y aun de tinieblas.
(*Vuelve Lucia.*)
Luc. Dicen, señor, que es preciso
Hablarte.
Márc. Dale que dale:
Estando medio vestido
No he de recibir visita:
Pero entren, pues lo han querido.

SALEN DON ALONSO, DON LUIS Y DON ALVARO.

Alonso. Buenos dias, seor don Márcos.
Márc. Mejores os los dé Cristo:
¿Qué se ofrece? lleguen sillas.
Alonso. Para lo que hemos venido,

En pié estamos bien, y mas
Viéndoos así.
Chin. Ven conmigo,
Lucía, que hay muchas cosas
Que decirte.
Luc. Vamos digo.
Chin. ¡Oh, qué tal dentro del arca
Estará el buen Agapito! (*Vanse los dos.*)
Márc. No estrañen el verme así,
Que ustedes, señores mios,
Han dado tal prisa á entrar,
Que ni aun atarme he podido
La cinta de los calzones;
Pero esto pase entre amigos:
Vamos al caso, ¿qué cosa?
Agap. ¿Visita? bien por san pito,
Y yo metido en el arca.
Alv. Igual figura no he visto. *ap.*
Alonso. Antes que todo, es el daros
Del nuevo estado...
Márc. A espacito:
¿La enhorabuena?
Alonso. Es verdad.
Márc. Pues doilo por recibido.
Luis. ¿Pues la novia?
Márc. Dale bola:
¿Quereis acabar conmigo?
Alonso. No os entiendo.
Márc. Pues yo sí:
Ea, al grano, que hace frio.
Tor. Doute á ó demo la visita,
Porque you tambien tiritu.
Alonso. Señor don Márcos, pues solo
A lo que los tres venimos,
Es á hablar una palabra...
Márc. ¿A quién?
Alonso. A vuestro sobrino.
Márc. ¿A Agustin? ¿y para eso
Os levantais á las cinco,
Y me tocais un rebato,
Como á vista de enemigos?
Alonso. Perdonad, que...
Márc. Bien está,
Ya perdono: Agustinico:
Agustin: él tambien duerme
Como muchado: sobrino:
A esotra puerta: Isidora,
Muger: todos han caido:
Ines, Lucía: ya escampa:
Ahora bien, entra, Toribio,
Y despierta esa canalla, (*Vase Toribio.*)
Que duermen como cochinos;
Claro está, como quien no
Cuida del manducativo.
Agap. Si esto dura un rato mas
Me he de ahogar, votado Cristo.
Alv. Ver deseo este estudiante.
Luis. Mas mis sospechas confirmo.
Márc. ¡Que ni aun el pan de la boda
A que sepa haya sabido!
(*Vuelve Toribio.*)
Tor. Señor.
Márc. ¿Qué es lo qué tenemos?
Se viste ese mancebito?
Tor. ¿Qué es vestir? si no está en casa.
Márc. ¿No está en casa? bueno, lindo:
¿Sin licencia? ve y pregunta
A su tia dónde ha ido.
Tor. ¿Qué tia?
Márc. Doña Isidora
Tu ama y señora, pollino.
Tor. Tampoucu está en casa.
Márc. Dale.
Tú me harás que pierda el juicio:
¿Pues dónde está?
Tor. E qué sé you.
Márc. ¿Qué dices, demonio?
Tor. Digu,
Que he andadu abaju é arriba,
Alacenas é escondrijus,
É ni mi ama ni Agostin,
Ines, Locía é Bodigu
No están en casa.
Márc. ¿Qué es esto,
Sagrados cielos divinos?
¿Aun para la tornaboda
Me faltaba este traguito?
Déjame, que yo...
Alonso. Tened,
Que ya á lo que hemos venido
Está aclarado con esto.
Márc. ¿Cómo?
Alonso. Como agora averiguo,
Que ha sido don Agustin
El que esta noche atrevido
Robó á mi hija de mi casa.
Márc. ¿A vuestra hija? ¡o buen hijo!
¿Pero Isidora y mi gente
Tambien á ese robo han ido?
Alonso. Eso no sé (¡hay tal desgracia!)
Mas consolarme es preciso,
Que ya que Clara hizo el yerro,
Es con hombre conocido,
Y tan rico.
Márc. ¡Ah, don Alonso!
Que aquestos advenedizos
Nos han puesto como nuevos:
A mí con dote fingido
Me clavaron, y en vuestra hija
Os sacan ahora un colmillo.
Alonso. ¿Cómo fingido y clavado?
Márc. ¿Luego no sabeis, amigo...

Agap. Esta es otra.
Márc. La añagaza
De la viuda y del sobrino?
Alonso. Yo sé que fuisteis dichoso.
Márc. Así os lleve Calainos;
¿Pues no sabeis que fué droga
Lo indiano y recienvenido?
Alonso. ¿Cómo droga?
Márc. Ni aun camisa
Tenian, jurado á Cristo.
Alonso. ¿Qué decis?
Márc. Que por cogerme
Se hicieren tia y sobrino.
Luis. Luego el estudiante...
Márc. Es un
Embustero de los finos.
Alonso. ¿Qué decis? esto es peor.
Que en todo engañado he sido.
Luis. Pagarálo con la vida.
Alv. Este es Agustin mi hijo. *ap.*
Márc. ¿Con que todos han volado?
Tor. Sí, mio siñor, todicus.
Márc. ¡Jesus! la ida del humo:
Yo he enviudado sin sentirlo;
Y como intacta me dejen
El arca que de aquí miro,
Fugite partes adverse.
Agap. Trasudor me da el oirlo.
Alonso. Pues á Dios, señor don Márcos,
Que ir á buscar es preciso
A este agresor de mi honor. (*Vase.*)
Luis. Hasta encontrarle no vivo. (*Vase.*)
Alv. Estar á la mira importa. (*Vase.*)
Márc. Gracias al cielo divino,
Que se se fueron, y podré
Ver mi caudal sin testigos:
Ella pesa, bueno está;
Mas si á su vista he dormido,
Aunque fueran duendes, cómo
(*Abre el arca, y descúbrese á Agapito.*)
Pueden... ¡Mas Dios sea conmigo!
San Gil! san Lesmes!
Tor. ¡San Bras!
Agap. ¡San Panuncio! san Cirilo!
Márc. ¿Quién, renacuajo con barbas,
Quién del diluvio mosquito,
En lugar de mi talego,
En esta arca os ha metido?
Agap. Mis pecados, que son muchos.
Márc. No serán sino los mios;
¿Pues adónde está mi plata?
Agap. ¿Yo qué sé?
Márc. Bueno, lindo:
Vos lo sabréis en un potro:
Ola, llámame, Toribio,
La justicia toda entera.
Agap. Señor, por Dios.
Márc. Agapito,
O cantar aquí ó allá.
Agap. Señor, si es fuerza decirlo,
Yo no sé mas, sino es que
Vuestro criado Bodigo
Me entró aquí dentro porque
No me vieseis.
Márc. ¿Bodiguillo
Tambien anda en la maraña?
Yo di con lindos chiquillos.

SALE LUCIA CORRIENDO DANDO GRITOS.

Luc. Justicia de Dios, justicia.
Márc. ¿Qué es aquesto?
Luc. Señor mio,
Amparadme vos.
Márc. ¡Ah perra!
A buena parte has venido.
Luc. Señor...
Márc. Venga mi dinero,
O he de hacer un mugerisdio:
¡La criadita de la viuda!
Luc. Señor, que me oigas te pido.
Márc. Di, como os tenga agarrada.
Luc. Si yo la burla consigo. *ap.*
Como Chinchilla la ordena,
Ha de ser un cuento lindo.
Márc. Ea, vamos despachando.
Luc. Pues, señor, despues que has visto
Que á los tres abrí la puerta
Y entré dentro con Bodigo,
Don Agustin, mi señora
Y él me llevaron consigo,
Por señas de que él llevaba
Debajo del brazo un lio
Como talego.
Márc. Ah ladron,
Que esa es mi plata.
Luc. Y me dijo
Como te habian robado,
Y tenian prevenido
Carruage para irse fuera.
Márc. Fuera estén ellos de juicio.
Luc. Que yo con ellos me fuese,
Por mas señas, que Bodigo,
Que conmigo casaria
Me ofreció tambien.
Márc. Dios mio,
¿Para cuándo son los rayos?
Luc. Pero yo, que mas estimo
Mi honor que el mundo entero,
Dije, temblando de oirlo,
Que no quiero nada hurtado;
Pero el pícaro atrevido

De Bodiguillo...
Marc. ¡Ah bergante!
Luc. Tras mí con un puñal vino;
Partió diciendo, que si
Quedaba viva es preciso
Que á todos los descubriese;
Por eso fueron los gritos,
Y entrar, señor, á buscarte.
Marc. ¿Y por dónde, si lo has visto,
Fueron.
Luc. ¿Qué sé yo por dónde,
Si mil calles he corrido?
Agap. ¿Veis como os digo verdad,
Y que á mí, por esto mismo,
En el arca me metieron?
Marc. ¿Señor, qué es esto que miro?
¿Qué, habiendo una horca en la plaza,
Un verdugo, mil ministros,
Se hurte en Madrid de este modo?
Agap. Con estremos ni afligiros
No hacemos nada al remedio.
Marc. ¿Y qué remedio?
Agap. Seguirlos.
Marc. ¿Y por dónde?
Agap. Qué sé yo.
Marc. Cristo del pardo bendito,
¿Qué es esto que me sucede?
Luc. Bien la burla me ha salido: *ap.*
Pues, señor, si de mí fias,
Yo podré darte un arbitrio
Para que del hurto sepas.
Marc. Angel ó muger, ¿qué has dicho?
Luc. Que si quieres...
Marc. ¿Qué si quiero?
Que requiero, y he querido
Ahora, antes y despues,
Por los siglos de los siglos.
Luc. Pues yo, señor...
Marc. No te pares,
Que tengo el alma en un hilo.
Luc. Mas tú me has de dar primero
Y el señor don Agapito
Palabra de que á persona
Humana, cuanto aquí digo
Habeis de decir.
Marc. Por mí,
Haz cuenta que á un borriquillo
De un año lo estás contando.
Agap. Yo te prometo lo mismo.
Este es chasco. *ap.*
Luc. Pues, señor,
Yo tengo para marido
Un hombre, gran estudiante,
Que en Salamanca ha aprendido
A hacer repertorios.
Marc. Bueno.
Luc. Entiende de esto de signos,
Levanta figura.
Marc. Malo.
Luc. Sabe él allá por sus libros
Lo que pasa en Dinamarca,
En Fez y Marruecos.
Marc. Lindo:
¿Con que sabrá hacer gacetas?
Luc. Y en aquesto de perdido
O hurtado, como tú ahora,
Gana reales infinitos,
Porque él hace sus conjuros
Y otras cosas, y al proviso
Sabe donde está el ladron.
Marc. ¿Eso encubierto has tenido,
Lucía de mis entrañas,
De todos mis entresijos?
¿Quieres ponerme con él?
Luc. ¿Pues para qué te lo digo?
Pero mira que se paga,
Y muy bien.
Marc. Voy advertido,
Vamos aprisa: ¿es muy lejos?
Luc. Es aquí cuatro pasitos.
Que en la casa de Agustin *ap.*
Aguarda ya prevenido
Chinchilla á que yo le lleve.
Marc. Mil veces seais bendito,
Señor, que á los hombres disteis
Tanta ciencia para alivio
De pobres necesitados.
Agap. Yo iré con vos á asistiros,
Por ver si sé del ladron
Que en el arca me ha metido.
Luc. Esto es malo, pero allá *ap.*
Se remediará.
Marc. Agapito,
Si sé dónde están los tres,
Tened por seguro y fijo,
Que he de gastar diez arrobas
De aceite para freirlos.
Luc. Vamos aprisa.
Marc. Ya corro,
Cuanto me ensarto el vestido.
Agap. Veré en qué pára este enredo.
Luc. Cayó el pez en el garlito. (*Vanse.*)

SALEN DOÑA CLARA, BEATRIZ Y DON AGUSTIN.

Agust. Hoy, divina Clara hermosa,
Sin recelo ni temor
Veré premiado mi amor,
Pues habeis de ser mi esposa:
Todo el dinero lo allana.
Clara. Solo de mi padre siento

El disgusto.
Agust. El casamiento
Habrá de aprobar mañana.
Beat. Y sino, señora mia,
¿Qué miedo es el que te empacha?
¿No casas con un garnacha,
Y te han de dar señoría?

SALE CHINCHILLA A LA RIDÍCULO SIN BARBA.

Chin. Señor, si pudiere ser,
Te pido por un momento,
Que os entreis á otro aposento,
Porque yo este he menester.
Agust. ¿A qué fin?
Chin. Veráslo presto.
Agust. ¿Y porqué así te has vestido?
Chin. Pues yo hasta aquí te he asistido
A todo cuanto has dispuesto,
Hazme aqueste gusto ahora.

SALE LUCIA.

Luc. Muerta vengo.
Agust. ¿Mas Lucía?
Chin. ¿De negociado?
Agust. Desvía;
¿Y dónde queda Isidora?
Chin. Señor, preguntas dejemos;
Y si es que quieres un rato
Reir, haz lo que te digo:
Retírate á esotro cuarto,
Porque en este tengo yo
Prevenido mi teatro;
Pero á cuanto veas calla.
Agust. Haré lo que dices, vamos.
(*Vanse.*)
Chin. ¿Está ya ahí?
Luc. Abajo queda,
A que le llame aguardando.
Chin. Pues súbele á aquesta pieza
Entre tanto que yo salgo,
Que voy á ver si los cohetes
Tiene ya puestos el gato.
Luc. ¿Qué gato?
Chin. No te detengas. (*Vase.*)
Luc. ¿En qué podrán parar tantos
Enredos? En San Francisco
Anda Isidora buscando
A Agustin: tambien su padre
Le busca, y mas agraviado
Don Alonso con don Luis:
Y el infelice don Márcos
Anda á buscar su talego:
Agustin aquí encerrado
Discurre á todo salida;
¿Mas qué me detengo? llamo.
¿Señor?

SALEN DON MARCOS Y DON AGAPITO.

Márc. ¿Es ya hora, Lucía?
Luc. Si señor.
Márc. Los reyes magos
Vayan en mi compañía.
Agap. ¿Pues de qué venis temblando?
Márc. ¿Aqueste matemático
Está en casa?
(*Corren la cortina, y se descubre Chinchilla sentado, con un bufete delante con libros, esfera y compas, y él con ropon, barba y gorro.*)
Luc. Allí estudiando
Está.
Márc. ¡Jesus, qué vision!
Parece á Poncio Pilato.
Chin. Aquí dice Trimegistro,
Que Mercurio retrogrado,
Si en sestil aspecto mira
Al trepidante Centauro,
Será gran año de hongos;
Y el libro cuarto de Brabo
Lo confirma: mas Berben
De Cirugía, y Lain Calvo,
Dicen: Dat piscis aqualis. [mo.
Márc. El hombre es de ciencia un pas-
Chin. ¿Mas, caballeros? (*Levántase.*)
Luc. Aquí
Teneis al señor don Márcos.
Chin. Pluton, Jove y Proserpina
Os guarden.
Márc. ¡Famosos santos!
Chin. Ya me ha informado Lucía
Del robo y vuestro cuidado,
Y ofrecí que os serviria.
Márc. Haced cuenta que un esclavo
Tendréis en mí.
Chin. Señor mio,
Aquí no sois necesario,
Retiraos á esotra pieza,
Porque el conjuro que hago
Importa que estemos solos.
Luc. Venid conmigo á ese cuarto:
Fuerza es fiarle el secreto. (*Vase.*)
Agap. Esta es burla, y verla aguardo.
(*Vase.*)
Marc. De verme solo con él
Tiemblo como un azogado.
Chin. ¿En fin, un talego ha sido
De plata el que os han hurtado?
Márc. Si señor.
Chin. ¿Cuándo fué?

Márc. Anoche.
Chin. ¿Ladrones nocturnos? malo:
Su oscuridad tiene el cuento,
Porque tenebrorum caos,
In sæcula sæculorum.
Márc. ¿Eso hay ahora?
Chin. Sosegaos:
¿Y cuantos han sido?
Márc. Tres.
Chin. Las tres ánades cantando
Los haré yo parecer.
Márc. ¿Veis? de todos, si yo agarro
Al Bodiguillo...
Chin. ¿Quién era?
Márc. Un pícaro redomado,
Que entró á servir por venderme.
Chin. Eso hace cualquier criado.
En fin, señor, ya tenemos
Entendido todo el caso:
Sentaos en aquesta silla
Mientras mis conjuros hago,
Y obligo á Pluton que venga
A deciros...
Márc. ¡San Hilario!
¿Quién es Pluton?
Chin. Es el rey
Del abismo.
Márc. ¡Verbum caro!
Decid que os lo diga á vos,
Que yo con él no me hablo.
Chin. Pues si ánimo no teneis
Para verle, va volado.
Márc. ¿Pues ver un diablo y hablarle,
Le parece á usted que es barro?
Chin. Una vieja el otro dia
Vino aquí con grandes llantos,
Porque perdió una toca,
Unos dientes de ahorcado,
Y unos cabellos.
Márc. ¡Famosas
Reliquias para un trabajo!
Chin. Y hubo menester que hiciera
A Atila y á Diocleciano,
A Anas, á Caifas y Herodes
Acatamiento.
Márc. ¿Y hablarlos?
Chin. Como yo os hablo.
Márc. Una vieja
Hablará con el diablo.
Chin. En fin, lo que puedo hacer
Es, que él os diga el estado
Del hurto, sin que le habieis.
Márc. Vaya, no es de todo malo.
Chin. Pero verle no se escusa.
Márc. Cerrar los ojos, y vamos.
Chin. Pues atended, sin moveros,
Que va el conjuro.
Márc. Ya aguardo.
Chin. Calcusinorro, Cingamocha,
Polipodio, Monicango,
Tú que de los caminantes
Ladrones sigues los pasos,
Ven, y dinos de estos tres
El camino que han llevado.
(*Siéntase don Márcos, y Chinchilla con el compas anda haciendo cercos y visages en el suelo, y echa pimiento en un tiesto, que habrá de lumbre.*)
Márc. ¿Viene ya?
Chin. Esto quiere tiempo.
Ven pues, ó sino te agravo
El conjuro; y así como
En la lumbre voy quemando
Este pimiento molido,
Así veas chamuscados
Los cañones de tus barbas.
Márc. Por Dios, que no incenseis tanto
Que me ahogo.
Chin. Así el martirio
Le doblo, y vendrá volando.
Márc. Hasta ahora el mártir soy yo.
Chin. O tú, Pluton chamuscado,
Manda á Calquimorro al punto,
Que venga á lo que le mando.
Márc. ¿Viene ya?
Chin. Ya va viniendo.
Porque ya siento los pasos.
Márc. ¿Trae zapatos ó chinelas?
Chin. Viene en forma de un gran gato,
Echando llamas de fuego.
Márc. ¡Hermosa vision aguardo!
Chin. ¿Vienes ya? (*Ruido de cadenas.*)
Dent. Ya voy.
Márc. Dios mio,
Para ahora es vuestro amparo:
¡Jesus, qué rumor!
Chin. Es que abren
Del abismo los candados:
Por el X. Y. Jerunt,
Y el ubicumque duarum,
Conjuro de los conjuros
Y encanto de los encantos,
Que me digais donde están.
Dent. Allá en Medina del Campo.
(*Atraviesa un gato grande lleno de cohetes, y cae don Márcos de la silla.*)
Márc. Muerto soy: ¡Jesus mil veces!

SALEN DON AGUSTIN, CLARA, BEATRIZ, LUCIA Y DON AGAPITO.

Agust. ¿Qué ruido es este, borracho?
Clara. Don Márcos, ¿qué es loque miro?

SALEN DOÑA ISIDORA HUYENDO, Y TRAS ELLA DON ALONSO, DON LUIS Y DON ALVARO.

Isid. Caballeros, vuestro amparo
Me valga.
Alonso. Aunque te metieras
Del mismo rey en el cuarto,
Tengo de seguirte: ¡mas
Qué veo!
Luis. ¡Qué estoy mirando!
Muere, aleve.
Alv. Deteneos.
Alonso. ¿Cómo os pasais á su lado?
Que ese y esa muger son
Los fingidos indianos,
Y esa es mi hija.
Clara. ¡Ay de mí!
Alv. Advertid, que el que aquí hallo
Es mi hijo don Agustin.
Agust. Y el que, con Clara casado,
Os deja ya satisfecho.
Márc. Señores, si sois cristianos,
No muera sin confesion. [Márcos?
Alonso. ¿Pues qué es aquesto, don
Márc. Que Bercebú me llevaba,
Y todo me ha chamuscado.
Alonso. ¿Cómo?
Márc. ¡Mas qué es lo que veo!
Ellos son: aquí, picaños,
Pues el diablo os ha traido,
Ha de haber una del diablo.
Agust. Tened, que si por el hurto
Lo decis, yo os he tomado
La plata, y aquí el talego
Teneis sin que falte un cuarto.
Márc. Con aqueso me sosiego;
¿Pero el conjuro?
Chin. Fué chasco,
Que os dió Chinchilla, poniendo
Lleno de cohetes un gato,
Que va por esa ventana.
Márc. ¿Y me he de quedar casado?
Isid. Eso hasta que yo muera,
Pues mi amor urdió este engaño,
Para haceros mi marido;
Y yendo ahora buscando
A Agustin para el dinero,
Dí con los tres, que han entrado
Siguiéndome hasta aquí.
Alonso. Y pues
Fin mas feliz ha tomado
El cuento, que yo pensé,
Falta que sepa el senado:
Agust. Que yo me caso con Clara.
Isid. Que hallé novio acomodado.
Clar. Que don Agustin es mio.
Alv. Que yo á mi hijo he encontrado.
Agap. Que yo escarmiento de bodas.
Luis. Que con reñir nada alcanzo.
Torib. Que yo vuelvo á mi esportilla.
Chin. Que yo con Beatriz me caso.
Márc. Que soy novio, y hasta ahora
No sé con quien me he casado.
Todos. De la Miseria el Castigo
Tenga perdon, si no aplauso.

DON LUIS DE BELMONTE.

EL DIABLO PREDICADOR

Y MAYOR CONTRARIO AMIGO.

Esta comedia ha pasado siempre por anónima y aun todavía no se sabe á ciencia cierta quien sea su autor; pero la opinion que nos parece mas fundada es la que la atribuye á Luis de Belmonte, con cuyo estilo tiene mucha analogía el de esta composicion. Es tan conocida que nada podriamos decir acerca de ella que no sepan nuestros lectores; las circunstancias de haber estado prohibida por la inquisicion, y últimamente por el gobierno absoluto de los *llamados diez años*, la ha dado una celebridad singular.

¡Cosa estraña! Durante todo el siglo pasado, cuando aun existia el tribunal de la inquisicion, si bien no era ya ni aun sombra de lo que fué, se representaba el *Diablo predicador* en todos los teatros del reino, sin que nadie se diese por ofendido. El pueblo, al dia siguiente de haberse reido con toda su alma de las bellaquerías filosóficas de fray Antolin, iba muy contrito á llevar su limosna á San Francisco, cual si acabára de oir un sermon sobre la caridad. Por la misma época hacia el padre Isla donosa rechifla de los predicadores adocenados, Feijoo vendia hasta *quince ediciones* de su *Teatro crítico*, el conde de Campomanes probaba la necesidad de que el pueblo se instruyese, el ilustre Jovellanos daba su *informe sobre la ley agraria*, etc., etc. Recordemos sucesos recientes, los de julio de 1835 por ejemplo, y convengamos de buena fe en que, todo bien considerado, no han hecho grandes progresos entre nosotros la ilustracion, y en particular la tolerancia.

PERSONAS.

FELICIANO, galan.
LUZBEL.
El Guardian de San Francisco.
El Gobernador de Luca.
OCTAVIA, dama.
JUANA, criada.
DOROTEA.
LUDOVICO.
SAN MIGUEL.
ASMODEO.
ASTAROT.
FRAY ANTOLIN.
FRAY PEDRO.
FRAY NICOLAS.
ALBERTO, CELIO, } criados.
Un Niño Jesus.

JORNADA I.

Baja LUZBEL en un dragon.

Luzb. Ha del oscuro reino del espanto,
Estancia del dolor, mansion del llanto,
Donde ya de otro daño sin recelo
La desesperacion es el consuelo:
Abrid; y tú, de quien mi rabia fia
De esa noble, y eterna monarquía
El gobierno en mi ausencia; ven á mi voz.
(*Sale Asmodeo por un escotillon.*)
Asm. Ya estoy en tu presencia;
¿Pero qué te ha obligado
A que me llames?
Luzb. ¿No lo has penetrado?
Asm. No, príncipe, sí bien creo, que es
La causa. [mucha

Luzb. Y la mayor.
Asm. Pues dila.
Luzb. Escucha:
Sobre este alado vestiglo,
En cuya forma triforme
Dí espanto en su Apocalipsi
Al mas venturoso jóven,
Para saber los que el yugo
De mi imperio reconocen,
En término de dos dias
He dado la vuelta al orbe,
Y de diez partes, las nueve,
Por las justas permisiones
Del Criador Eterno, yacen
A mi obediencia conformes.
Los bárbaros, sacrificios
Me ofrecen y adoraciones
En las mentidas estatuas
De barro, de hierro y bronce.
La morisma en su vil secta,
Y tambien otras naciones,
Que en una verdad disfrazan
Mil diferentes errores,
Sin que á ninguna de tantos
Sus distantes horizontes
La disculpe, de que al Dios,
Que todo lo hizo ignore,
Pues no hubo en toda la tierra
Clima tan ignoto, donde
No llegasen esplicadas
Por alguno de los doce
Discípulos, las verdades
De los cuatro historiadores,
Ni parte donde el cruzado
Leño, ya en llano, ó ya en monte
No quedára por testigo
De su pertinacia torpe.
Solamente algunas partes
De la Europa se me oponen,
Adorando al Uno y Trino,
Y al Verbo por Dios y Hombre;
Pero aunque en ellas hay muchos
Jardines de religiones,
Cuya agradable fragrancia
De sus penitentes flores
Penetra el eterno alcázar,
Para que á Dios desenoje
De lo mucho que le ofenden,
Los mismos que le conocen:
Los que me dan mas tormento,
Son (¡Oh mi rabia me ahogue!)
Esos hijos (sin nombrarle,
Será fuerza que le nombre)
De aquel, por menor, mas grande,
De aquel mas rico por pobre,
De aquel retrato de Dios,
Humanado tan conforme,
Que si en un pesebre Cristo
Nació, Francisco, por órden
Tambien divina, un pesebre
Para oriente suyo escoge.
Si tuvo, como maestro,
Doce discípulos, doce
Fueron los que de Francisco
Siguieron tambien el norte.
Si el uno murió suspenso
De un árbol, no hay quien ignore,
Que otro de los de Francisco
Murió pendiente de un roble.
Si de Jesus el sagrado
Culto la lluvia de azotes
Le transformó en laberintos
De sangrientos tornasoles,
De la sangre de Francisco,
Todas las habitaciones
Que tuvo parecen jaspes,
Salpicadas de sus golpes.
Si á Cristo la infame turba
Le tejieron de cambrones
Impia y regia diadema,
Que le hiera y le corone:
Francisco en robusta zarza,
Solo en los paños menores,
Castigando pensamientos,
Inculpables por velóces,
Revolcado entre sus puntas,
Logró la zarza verdores
De laurel, que coronaron
Penitencias tan feroces.
Si cinco puertas abrieron
En aquel árbol triforme,
Al cielo en su autor divino,
Siempre abiertas para el hombre,
No fué su retrato en ellas
Francisco, aunque yo lo llore,
Sino original traslado,
Pues en una union acorde
De manos, piés y costado,
Con increibles favores
De Dios, mereció Francisco
En una, cinco impresiones
De penetrantes heridas,
Que al recibirlas entonces,
La dicha de su contacto
Le lisonjeó los dolores.
Hasta otro Tomas curioso
Tuvo, que incrédulo toque
La herida de su costado,
A cuyo crúel informe,
Un éstasis doloroso
Le dejó á Francisco inmóvil,
De suerte, que le juzgaron

Por tránsito sus menores.
Los hijos, pues, deste humilde
Portento de perfecciones,
Con el fruto de su ejemplo
Son mis contrarios mayores.
Que el Hacedor Soberano
Castigára oposiciones,
De quien, siendo su criatura,
Pretendió de Criador nombre,
Vaya, que aun no fué el castigo
A mi delito conforme;
Y no solo no me ofende,
Pero me añade blasones.
Que su sacrosanta madre
Pusiera en mi cuello indócil
La planta, cuyo coturno
De serafines compone,
No me irrito, que si es reina
Por infinitas razones,
De las nueve órdenes bellas,
Tronos y dominaciones,
Puesto que perder no puedo
Mi ser angélico noble,
Mi reina es, y no me ultraja
Que su pié mi cerviz dome.
Solo tengo por injuria
Que á tantas persecuciones,
Estos míseros descalzos
Tantos vencimientos logren
Que el ser tan flacos contrarios
Los que á mi poder se oponen,
De mi altivez acrecientan
Mas las desesperaciones.
Ellos al cielo conducen
Mas almas, que ese salobre
Piélago produce arenas:
Mas que cuantas plumas torpes
De tantos heresiarcas
Han conducido legiones
De espíritus al infierno.
Y no, Asmodeo, te asombre,
Que si este mal no se ataja,
Muy presto no ha de haber donde
Los remendados mendigos
La bandera no enarbolen
De aquel, que por su valiente
Humildad, mereció el nombre
De gran alférez de Cristo,
Y que aquella silla goce,
Que perdí cuando intentaron
Mis soberbias presunciones
Fijarla en el solio Trino,
Poniendo en arma su corte.
Para esta empresa te llamo:
No fácil te la propone
Mi ciencia, porque despues
De la del celeste monte,
A ninguna tan difícil
Se arrojaron mis rencores;
Porque la regla, que guardan
(Como sabes) estos hombres,
Es la apostólica vida;
Y no por inspiraciones
Solamente instituida,
Porque Dios mismo esta órden
Dictó á boca, que Francisco
Fué su secretario entonces;
El cual le dijo piadoso
Para con sus posteriores:
¿Quién, Señor, guardará regla
Tan cruel, que se compone
De veinticinco preceptos,
Sin glosa, ni esplicaciones,
Con pena de mortal culpa,
Siendo humano? Y respondióle:
Yo criaré quien la guarde,
Francisco, no te congojes;
Mas no le dijo, que todos
Uniformemente acordes
La guardarian, que fueran
Vanas nuestras pretensiones.
Parte á España, y en Toledo,
Que es hoy de sus poblaciones
La mayor, siembra impiedades
En los de mediano porte,
Y en los gremios, que estos son
Los que á estos frailes socorren,
Estorbando, que en sus pechos
La devocion fuerzas cobre,
Que son en lo que aprehenden
Tenaces los españoles.
No en los ricos te embaraces,
Que mas que tus persuasiones
Hará la ambicion en ellos;
Y aunque vean dos mil pobres,
No harán reparo ninguno,
Que como nunca estos hombres
Ven de la necesidad
La cara, no la conocen:
Esto en general, que en todas
Las reglas hay escepciones.
Yo en esta ciudad de Luca
Me quedo, donde disponen
Mis cautelas, que estos frailes
La conservacion no logren
De un convento, que han fundado,
Haciendo en sus moradores,
Que las limosnas conviertan
En vergonzosos baldones,
Que ya casi persuadidos
Los tengo, á que son mejores
Limosnas las que se hacen

A quien con obligaciones
Lo pasan miseramente,
Que á los que viven con nombre
De religiosos mendigos,
Sin que á la ciudad importe.
Entre los demas que tengo,
Para que mi engaño apoyen,
Hay aquí un rico avariento,
Con quien fuera el que supone
La parábola, piadoso
Y liberal, cuyo nombre
Es Ludovico, y ya llega
De Florencia su consorte,
Tan infeliz, como hermosa,
Y cuerda, pues antepone
A su pasion la obediencia
Del padre, que siendo noble,
Con este ambicioso bruto
La casó, por verse pobre.
Pero es devota de aquella
De todos los pecadores
Abogada, que la libra
De esas imaginaciones.
Pero ya llega á su casa,
Parte á España, que aunque invoquen
En su ayuda estos mendigos
Las divinas protecciones,
He de hacer, que esta segunda
Nave de la Iglesia choque
En los escollos de impios
Y rebeldes corazones,
Negándoles el sustento,
O que en los bajios toque
De la natural flaqueza,
Con que por lo menos logre,
Que en su poca confianza
Sin que el piloto lo estorbe,
Zozobre, si no se pierde,
O encalle, si no se rompe.
Asm. Príncipe de las tinieblas,
A tus preceptos responde,
Obedeciendo, Asmodeo:
Desde hoy esten á tu órden
Los espíritus impuros
Del español horizonte:
Presto verás los del tosco
Sayal con fuerzas menores,
Si Dios mismo en favor suyo
Su autoridad no interpone.
(*Vase Asmodeo en el mismo dragon, que bajó Luzbel.*)
Luzb. Estos frailes dejarán
Desamparado el convento
Por la falta del sustento,
Si hoy limosna no les dan:
Que con solo un pan ayer,
Que un pasagero les dió,
Todo el convento comió;
Mas hoy no le han de tener,
Que aunque el guardian ha salido,
Viendo su necesidad,
A pedir por la ciudad,
Ninguno le ha socorrido.
Mas esta la casa es
De Ludovico, y por ella
Va entrando su esposa bella:
Pero llorará despues
El haberse reducido
De su padre á la obediencia,
Que su amante de Florencia
Desesperado ha venido
Siguiéndola.

Salen LUDOVICO de camino, y criados, y por otra parte OCTAVIA y JUANA.

Lud. Conoció
Sin duda las ansias mias
Vuestro padre, pues dos dias
La dicha me anticipó;
Aunque tambien he sentido
El que no me haya avisado,
Para que hubiera logrado
El haberos recibido,
Con la ostentacion forzosa,
Diez millas de la ciudad.
Oct. No quiero mas vanidad,
Señor, que ser vuestra esposa;
Y así, no os quise obligar
A una fineza escusada.
Juana. Es, que ya viene informada
De lo que siente el gastar.
Lud. Muy bien habeis respondido. [*ap.*
Juana. ¡Qué presto se ha conformado!
Oct. Horror el verle me ha dado: *ap.*
¡Qué desdichada he nacido!
Juana. ¿Qué te parece?
Oct. No sé:
Déjame que estoy sin vida.
Luzb. La muger está afligida, *ap.*
Pero bien tiene de qué,
Porque es el hombre peor
De todos cuantos encierra
El ámbito de la tierra.
Lud. Tan ufano está mi amor
De poder llamaros mia,
Que aun viéndolo, no lo creo.
Oct. Pues creed, que mi deseo
No esperó ver este dia.

Sale un Criado.

Criado. Un florentin caballero,
Que Feliciano se llama,

Te quiere hablar.
Lud. ¿Feliciano
En Luca? mucho me espanta.
Juana. Él te ha venido siguiendo. *ap.*
Oct. Esto solo me faltaba. *ap.*
Lud. ¿Pues qué espera?
Criado. Tu licencia.
Lud. ¿Quien es dueño de mi casa
Y de mi, pide licencia?

SALE FELICIANO.

Fel. Prevencion fuera escusada
El pedirla; pero supe,
Que ahora de llegar acaba
Vuestra esposa, y mi visita
Juzgué que os embarazára.
Lud. Señor Feliciano, fuer
De ser nuestra amistad tanta,
Caballeros tan ilustres
Honran siempre, no embarazan,
Y yo pienso que es mi esposa
Vuestra deuda.
Fel. Y muy cercana:
Mas como el padre la tuvo
De todos tan recatada,
Nunca llegué á conocerla,
Que hasta que la vi casada,
Siempre la tuve por otra.
Lud. Pues es cosa bien estraña.
Oct. La condicion de mi padre,
Como sabeis, fué la causa.
Fel. Y vuestra mucha obediencia:
Goceis, Ludovico, á Octavia
Los años que yo deseo.
Juana. Pues moriráse mañana.
Luzb. Tu harás que la goce poco
Si María no la ampara.
Lud. ¿Y á qué ha sido la venida
A Luca? que me alegrára
De que fuera muy de espacio.
Fel. Amigo, Luca es mi patria,
Pero solamente vengo
A vender de mi mediana
Hacienda lo que ha quedado,
Y salir luego de Italia,
Porque mi intento es servir
Al gran césar de Alemania,
Pues ya de mis pretensiones
Murieron las esperanzas.
De veinte años en Florencia
Entré donde pleiteaba
De por vida un mayorazgo,
Con asistencia del alma.
Vióse el pleito sin citarme,
Y aunque mi abogado estaba
Presente, en quien yo tenia
Neciamente confianza,
Nada en mi defensa dijo,
Porque la parte contraria
Selló con oro sus labios,
Que con sola una palabra,
En que el hecho consistia,
Vieran mi justicia clara:
En fin, perdí el pleito.
Lud. Amigo,
Todo el oro lo contrasta,
No hay cosa que le resista.
Luzb. Yo he de hacer, cuando no caiga,
Que tropiece en la sospecha.
Fel. Que esa es verdad asentada,
Se ha visto bien, Ludovico,
En vos y en mi prima Octavia,
Pues por hombre poderoso
Gozais la fenix de Italia.
Lud. Decis bien.
Oct. Aunque el ser vos
Parte tan apasionada
Me asegura de que son
Lisonjas vuestras palabras,
Si en la intencion no me ofenden,
En lo que suenan me agravian,
Yo me casé por poderes
Sin ver con quien me casaba,
Claro está, que no gustosa;
Pero tampoco forzada,
Que no tienen albedrío
Mugeres nobles y honradas;
Pero si yo fuera mia,
Ni todo el oro de Arabia,
Creed, señor Feliciano,
Que á casarme me obligára
Con Ludovico, y decirle,
Que fué su hacienda la causa:
Cuando fuera verdad, fuera
Verdad poco cortesana.
Fel. Yo le he dicho lo que siento
Con llaneza en confianza
De la amistad.
Lud. Yo sintiera
Que de otra suerte me hablarais.
(*Llegándose cerca.*)
Luzb. Mas de Octavia la respuesta,
Si bien se mostró enojada,
Parece que es disculparse.
Lud. Sin duda que quiso Octavia
Disculparse con su deudo,
Por ser su nobleza tanta,
De que se casó con hombre,
Que en la sangre no la iguala,
Pues le dijo, que á ser suya,
Conmigo no se casára,

Aunque tambien ser pudiera,
Pero es ilusion.

SALE EL GUARDIAN Y FRAY ANTOLIN, QUE ES LEGO.

Guard. Deo gracias.
Ant. Por siempre, pues callan todos.
Lud. ¿Cómo se entran en mi casa
Sin llamar? con estos frailes
Tengo oposicion estraña. *ap.*
Guard. Abierta estaba la puerta.
Luzb. Con este no hago yo falta,
Voy adonde mas importa. (*Vase.*)
Juana. Buen lance ha echado mi ama.
Lud. ¿Pues á qué entraron?
Guard. Entramos...
Ant. Por voto mio no entrára.
Guard. A darte el parabien...
Lud. Bueno.
Guard. A tí y á tu esposa Octavia,
Y á pedirte, que hoy siquiera,
Porque el sustento nos falta,
Mandes que nos den limosna.
Lud. Hoy está muy ocupada
Toda mi familia, padres,
Váyanse, que me embarazan.
Guard. Pues en el dia que tomas
Posesion tan deseada
De tí, sobre ser tan rico,
Como el que mas en Italia,
¿No le darás á Dios algo,
O en hacimiento de gracias,
O en albricias, cuando sabes,
Que nuestros hermanos pasan
Necesidad tan estrema,
Que aun nos ha faltado el agua?
Lud. Yo he menester lo que tengo:
Y si el sustento les falta,
¿Porqué la ciudad no dejan?
Guard. No es tan poca la constancia
De los hijos de Francisco:
Dios volverá por su causa,
Moviendo los corazones,
Y serenando borrascas,
Que ha levantado el infierno
En tí y en toda tu patria.
Lud. Salgan de mi casa luego,
O saldrán por las ventanas,
Viven los cielos.
Fel. Teneos.
Ant. Vámonos, padre.
Lud. ¿Qué aguardan?
Váyanse presto.
Juana. ¡Ay señora!
¿Con este has de vivir?
Oct. Juana,
Morir será lo mas cierto,
Pues nací tan desdichada.
Lud. Trabajen por el sustento,
O esperen que se le traiga
El que instituyó la regla.
Guard. El demonio por tí habla.
Ant. No tal, que él no ha menester
Al demonio para nada.
Lud. ¡Hay mayor atrevimiento!
Fel. Padres, por Dios que se vayan.
Lud. Matad esos vagamundos.
Fel. ¿Qué decis?
Oct. Esposo, basta.
Ant. Por mi padre san Francisco.
Que le ha de servir de vaina
(El que llegue) á este cuchillo.
Guard. Hermano.
Ant. Dios no me manda,
Que me deje matar.
Guard. Vamos,
Y tengamos confianza,
Que Dios dijo á nuestro padre,
Que jamas á su sagrada
Religion le faltaria
El sustento.
Ant. Pues ya tarda,
Padre mio.
Guard. Tenga, hermano
Antolin, fe y esperanza.
Ant. Fe y esperanza me sobran,
La caridad me hace falta.
(*Vanse los dos.*)
Lud. No volvieran al convento,
Si presente no os hallárais
Vos, por vida de mi esposa.
Juana. Este no es cristiano.
Oct. Calla.
Fel. En lástima se convierte
Ya de mis zelos la rabia.

SALE UN CRIADO.

Criado. Ya las mesas están puestas,
Y los músicos aguardan.
Lud. Entrad, porque honreis mi mesa.
Fel. Por si puedo hablar á Octavia *ap.*
Lo acepto: yo soy quien puede
Honrarse con merced tanta:
Vamos.
Oct. Que se quede siento.
Lud. No creí que lo aceptára.
Oct. ¡Ay, Feliciano, qué presto
De mí has tomado venganza! (*Vanse.*)

SALEN EL GUARDIAN Y FRAY ANTOLIN CON PIEDRAS EN LAS MANOS.

Guard. Deje las piedras,
Ant. ¿Cómo que las deje?
Si sale un criado de este herege
Tras nosotros, verá con la presteza.
Que un par de ellas le escondo en la cabeza.
Guard. La crueldad y la ira,
Fray Antolin, deste hombre no me admira
En tan protervo, como impío pecho:
Solo me admira el uracan deshecho,
Que el demonio en seis dias solamente
Ha levantado en la piadosa gente,
Que limosna nos daba, [taba.
Que en fin, aunque no es mucha, nos bas-
Ant. Padre guardian, mientras que da
A nuestro general, será preciso [el aviso
Los cálices vender.
Guard. No querrá el cielo,
Que llegue á tan notable desconsuelo
Nuestra necesidad.
Ant. ¡Qué gentil flema!
¿Pues á qué ha de llegar, si ya es la estrema?
Mas estas piedras, que convierta espero
En pan un cierto amigo tabernero,
Que hace su fe milagros cada dia. [ría.
Guard. Sin duda con la hambre desva-
Ant. Que hará pan de las piedras, imagino
Quien sabe convertir el agua en vino.
Guard. Aquí vive Teodora, llame, hermano,
A su puerta. (*Llama Antolin.*)

SALE LUZBEL.

Luzb. Esta vez llamará en vano.
(*Dentro Teodora, como enfadada.*)
Teod. ¿Quién es?
Ant. No tiene traza la Teodora
De dar nada.
Guard. Dos frailes son, señora,
Franciscos.

SALE TEODORA.

Luzb. (*á Teod.*) Tienes hijos, y estás pobre. [sobre.
Teod. Padres, pidan limosna á quién le
Que yo tengo en mi casa
Muchos que sustentar, y es muy escasa
Mi hacienda.
Guard. Si será, mas ni un bocado
De pan en toda la ciudad me han dado
Dánosle tú por Dios, que en él espero
Que le pague.
Teod. Mis hijos son primero;
Perdonen. (*Vase.*)
Ant. La razon es concluyente.
Guard. ¡Oh lo que sabe la infernal serpiente! [pirado
Luzb. De poco os admirais, mas ya ins-
De mí el gobernador, viene irritado
Hácia esta parte conducirle espero.
Ant. De la serpiente querellarme quiero.
Guard. ¿A quién?
Ant. A Dios, que es mucho atrevimiento
El hacer que nos quiten el sustento.
Las demas tentaciones,
Silicios, disciplinas y oraciones
Pueden vencer, mas no es para sufrida
Tentacion, que nos quite la comida,
Que el natural derecho es lo primero
Ayer nos dejó un pan un pasagero,
Y antes que le soltára de las manos,
Todos á él nos fuimos como alanos,
Y el buen hombre, asustado y afligido,
Viéndose de los frailes embestido,
Juzgó su muerte cierta,
Y sacando los piés hácia la puerta,
Decia: Yo no he hecho mal ninguno
Padres, ténganse allá, ¿tantos á uno?
Guard. Padre, pues Dios lo permite,
Que esto nos conviene crea.
Ant. Yo lo creo, en cuanto al alma;
Pero una hambre tan fiera,
Padre guardian, mucho dudo,
Que á mi cuerpo le convenga,
Y si el demonio me embiste,
Quien no come, no pelea.
Guard. Seráfico padre mio,
¿Qué es esto? ¿en tan opulenta
Ciudad, tan cristiana y noble,
Permitis vos, que convierta
Contra vos, en vuestros hijos,
Del demonio la cautela,
Tantos blandos corazones,
En duras rebeldes piedras?
Bárbara gente, mirad,
Que vuestros sentidos ciega
El enemigo de toda
La humana naturaleza.
Dad limosna á san Francisco,
Que no hay empleo que tenga
Tan segura la ganancia,
Pues todo el cielo granjea.
Dadle á Dios algo, que el pobre
Es su semejanza mesma:
No le cerreis, ciudadanos,
A la piedad las orejas.

Ant. ¿Mas que en vez de pan, volvemos,
Padre, cargados de leña,
Si no calla?

SALEN EL GOBERNADOR Y CRIADOS, LUZBEL DETRAS DE ÉL.

Luzb. No permitas,
Que ciudad, que tu gobiernas,
Alboroten estos frailes,
Que ser humildes profesan.
Gob. ¿Qué voces son estas, padres?
¿Porqué la ciudad alteran?
Guard. Gobernador generoso,
Doy voces, porque nos niegan.
La acostumbrada limosna,
Con que el perecer es fuerza,
Que mi religion, ni tiene,
Ni puede tener hacienda,
Solo la piedad cristiana
Es quien la ampara y sustenta,
Pero está en segura finca,
Ya que esta es la vez primera
Que faltó á frailes franciscos,
Ni en la villa mas pequeña
El sustento.
Luzb. Si les falta,
¿Porqué la ciudad no dejan?
Gob. Pues si esta ciudad es, padre,
Tan mala, que solo en ella
Les ha faltado el sustento,
El irse donde le tengan
Será el mas prudente medio,
Y el mas fácil.
Guard. ¿Quien gobierna
Ciudad tan illustre, y quien
La ley de Cristo profesa,
Eso responde? ¡qué mas
Un alarbe respondiera!
Luzb. ¿Esto sufres?
Gob. ¿Pues conmigo
Habla con tal desvergüenza?
Bastantes pobres tenemos
Naturales de esta tierra,
Que ya trabajar no pueden,
Y es la obligacion primera
De la ciudad sustentarlos,
Y es limosna mas acepta
Que en ellos: váyanse luego,
Quítense de mi presencia,
Que vive Dios...
Guard. Los infieles
El pobre sayal respetan
De mi padre san Francisco:
Y pues que tú le desprecias,
Siendo cristiano, sin duda
Mueve el demonio tu lengua.
Gob. No mueve sino la tuya,
Porque justamente pueda
Castigar tu atrevimiento.
Pregonad luego: Que pena
De perdimiento de bienes,
Nadie en la ciudad se atreva
A dar limosna á estos hombres.
(*Vase y los dos criados.*)
Ant. Ella es gente tan perversa,
Que está de mas pregonarlo.
Guard. ¡Qué tan bárbara fiereza
Quepa en un pecho cristiano!
¡Qué mas Diocleciano hiciera!
(*Dentro el gobernador.*)
Gob. Echadlos de aquí, ó matadlos.
Ant. Buena la hemos hecho.
Dent. Mueran.
Luzb. No es eso lo que pretendo.
Ant. Por Dios que nos apedrean,
Huyamos, padre, al convento,
Pues que le tenemos cerca.
Guard. Gente sin fe, deteneos.
Ant. Corra, que en la diligencia
Consiste el salvar las vidas.
Dent. Mueran estos frailes, mueran.
Ant. Aprisa, padre.
Guard. ¿Dios mio,
Qué persecucion es esta?
(*Vanse los dos.*)
Luzb. Logré á pesar de Francisco,
Mi intento: ya será fuerza
Que el convento desamparen.
¿Pero qué resplandor ciega
Mi vista?

EL NIÑO JESUS EN LA APARIENCIA QUE MEJOR PARECIERE, CON UN VELO CUBIERTO EL ROSTRO, Y SAN MIGUEL.

Mig. Infernal serpiente,
Yo humillaré tu soberbia.
Luzb. ¡Miguel!
Mig. ¿Cómo imaginaste,
No ignorando la promesa,
Que hizo el Criador á Francisco,
Quitar el sustento puedan
De tu envidia los engaños?
Luzb. Ninguno con mas certeza,
Que yo, sabe que no puede
Faltar su palabra inmensa,
Mas faltar su confianza
Puede, y ya su gran fineza
Dice, que si aun no les falta,
Indecisa titubea;
Pero mi triunfo no estriba
En que estos hombres no tengan

El alimento preciso,
Sino en los que se le niegan.
Mig. Pues tú mismo lo que has hecho
Has de deshacer, y en pena
De tu delito, has de hacer,
Que arrepentido obedezca
Ludovico la ley santa.
Luzb. ¿Yo contra mí mismo? ¡pesia
Mi desdicha!
Mig. Y fabricar
Otro convento, en que tenga,
A pesar tuyo, Francisco
Mas hijos de su obediencia.
Luzb. ¿Pero yo, cómo?
Mig. No repliques:
Lo mismo has de hacer, que hiciera
Francisco: ve á su convento,
Y á sus frailes con prudencia,
El querer desampararle
Reprehende, y por tu cuenta
Corre desde hoy su alimento,
Y ha de ser para que puedan
Sustentar algunos pobres,
Como lo manda la regla,
Que Dios dictó: parte luego,
Y hasta tener órden nueva,
Lo que te mando ejecuta,
Sin que en nada retrocedas,
Porque otra vez á Francisco
En sus frailes no te atrevas.
(*Va subiendo la apariencia poco á poco, mientras Luzbel dice estos versos.*)
Luzb. Preciso es; mas permitidme,
Que de tan cruel sentencia
Mis sentimientos apelen
Al alivio de la queja.
¿Vos no le disteis al hombre,
Porque á lo mejor atienda,
(Dejando aparte los cinco
Sentidos) las tres potencias?
¿A la voluntad no basta
Su entendimiento por rienda?
¿Tambien al entendimiento
Su memoria no le acuerda
La brevedad de la vida,
Que hay muerte, que hay gloria y pena?
Si esto no basta, ¿no tiene
Celestial inteligencia,
Que le ausilia por instantes?
Bien ventajoso pelea,
Pues yo no tengo mas armas,
Que su natural flaqueza.
Si estas vuestra soberana
Absoluta omnipotencia,
No solamente me quita
Tantas veces que use de ellas,
Sino hoy me manda, que yo
Contra mí mismo las vuelva.
¿Para qué son permisiones?
Sálvense todos, no tenga
El hombre voluntad propia,
Solo se cumpla la vuestra.
¿Pero para qué me canso,
Si el ejecutarlo es fuerza?
Porque, á mi pesar, los hombres
A obedeceros aprendan.
(*A un tiempo se cubre la apariencia, y se va Luzbel.*)

Salen el Guardian, fray ANTOLIN, fray PEDRO, y fray NICOLAS.

Ant. A tanto estremo ha llegado.
Guard. ¿Padre, eso ha sucedido?
Ant. Milagro patente ha sido
El haber vivos llegado.
Fr. Nic. Jamas en tan grande aprieto
Nuestro convento se vió.
Guard. Limosna tal vez faltó;
Mas perderles el respeto
Con estremo semejante,
Tan á cara descubierta,
No se ha visto.
Ant. Hasta la puerta
Llegó el escuadron volante
De muchachos, disparando
Piedras, y uno dijo: Esta
Vaya del lego á la testa;
Pero no se fué alabando
El mancebo, voto á tal,
Del intento, aunque fué vano,
Que yo llevaba en la mano
Como un puño un pedernal,
Y á darle las gracias fué.
Guard. ¿Pero le hizo algun mal?
Ant. No,
Las narices le aplastó.
Guard. ¿Qué dice, hermano?
Ant. Si á fe.
Guard. ¿Pero le hizo sangre?
Ant. Risa
Me da: ¿pues no era forzoso?
Guard. ¡Jesus, sangre un religioso!
Ant. Aun bien que no soy de misa.
Fr. Ped. Padre guardian, ya nos vemos
Con tan gran necesidad,
Que el salir de esta ciudad
Luego es fuerza, no esperemos
A que despues no podamos.
Fr. Nic. El esperar á mañana,
Padre, es esperanza vana,
Y de la suerte que estamos:

Otro dia mas pudiera
Con las vidas acabar.
Guard. A poderlo remediar
Con la mia, la perdiera
Gustoso en esta ocasion,
Por lo que se ha de decir,
Y porque lo ha de sentir
Toda nuestra religion.
Ant. Solo por la fe la vida,
Padre, se debe perder,
Mas morir de no comer,
Es necedad conocida,
Que al derecho natural
Ningun precepto prefiere:
Y el primero que yo viere
Con pan, por bien, ó por mal
Conmigo habrá de partir,
Aunque un obispo le traiga;
Y si no, càiga el que caiga.
Guard. ¿Eso un fraile ha de decir?
Ant. Y lo haré.
Fr. Nic. Padre guardian,
Nuestro padre san Francisco
Manda, que si no quisieren
En algun pueblo admitirnos,
Pasemos donde seamos
Con caridad recibidos,
Sin que prevenir pudiera,
Que donde la ley de Cristo
Profesan, nos maltratáran:
Ni que hubiera tan impío
Gobernador, que mandára,
Pena de bienes perdidos,
Que nadie nos dé limosna.
Guard. Padres, ya estoy convencido,
En su custodia llevemos
El Sacramento Divino
Descubierto, hasta salir
De la ciudad, que no fio
De esta gente: las reliquias
Llevar tambien es preciso
Repartidas entre todos.
Ant. Y el hermano jumentillo
Las casullas y ornamentos
Llevará, si es que está vivo,
Porque ayer le hallé comiendo
De su refectorio mismo
La mesa.
Guard. Vamos.

SALE LUZBEL VESTIDO DE FRAILE.

Luzb. Deo gracias,
Hermanos (¡fiero castigo!) *ap.*
Guard. ¡Válgame Dios! ¿quién es,
Que de verle aquí me admiro? [padre,
Ant. ¿Por dónde ha entrado este fraile?
Fr. Nic. Por la puerta no ha podido,
Que yo la cerré.
Luzb. No hay puerta
Cerrada al poder divino:
Él es quien (sin que pudiera
Escusarme) me ha traido
Desde tan ignoto clima,
Que el puesto donde yo asisto,
En mi vocacion constante,
El sol, general registro,
O le perdono por pobre,
O dejo por escondido.
Guard. ¿Dígame, qué nombre tiene?
Luzb. Mi nombre es, y mi apellido,
Fray Obediente Forzado,
De antes Querub.
Ant. Vizcaino
Debe de ser el tal fraile.
Guard. Parece varon divino.
Ant. Bien su palidez lo muestra.
Luzb. Pues jamas tan encendido
Tuve el espíritu.
Guard. Padre,
Dignaos, pues, á qué vino,
Que nos tiene recelosos
Sus palabras, y el prodigio
De entrar cerradas las puertas:
Algun engaño imagino
De nuestro comun contrario:
Temblando estoy.
Ant. Yo apercibo
Hisopo y agua bendita,
Por si acaso es el maligno.
Luzb. No teman, y estenme atentos.
Orden traigo de Dios mismo,
A boca, de reprehenderles
La poca fe que han tenido.
¿Los que siguen la bandera
Del gran alferez de Cristo,
La plaza que les entrega
Desamparan fugitivos?
No ha dos dias naturales,
Que puso el contrario el sitio:
¿Cómo desmaya tan presto
De vuestra esperanza el brio?
¿Los que debieran ser rocas
De corazones impíos
A los embates que ponen,
Siendo culpa lo indeciso,
A riesgos amenazados
Temores ejecutivos?
¿Sabiendo que á vuestro padre
Prometió Dios, que á sus hijos
No faltaria el sustento,
Incurren en un delito

Tan grande, como el pensar,
Que pueda lo que Dios dijo
Faltar? (¡que yo tal pronuncie!)
Crean (¡volcanes respiro!)
Que cuando de todo el orbe
Cerráran á un tiempo mismo
Los vivientes racionales
A la piedad los oidos,
Los ángeles les trajeran
El sustento prometido
De su Criador: y el demonio,
Porque fuese mas prodigio.
Ant. Con el fervor echa llamas
Por los ojos.
Guard. Padre mio,
Bien se ve que es enviado
De Dios, pues tanto han podido
Sus palabras, que mil vidas
Diera primero á los filos
De la hambre, que dejar
De mi padre san Francisco
La casa.
Fr. Ped. No habrá ninguno
De sus verdaderos hijos,
Que no dé por Dios la vida.
Fr. Nic. Y estarán todos corridos,
Padre, de haber intentado
Volver la espalda al peligro.
Luzb. Lo que fué natural miedo,
En mérito han convertido:
¡Qué presto á lo mejor vuelven
Los que de Dios asistidos
Están!
Ant. Padre, esta es pregunta:
¿Estándome yo quedito,
Sin buscar algo que coma,
Será padecer martirio
Por Dios el morir de hambre?
Luzb. Juzgo que no, mas le afirmo,
Que coma muy presto.
Ant. Luego
Fuera mejor, padre mio,
Que ya se cierra el gaznate.
Luzb. Hermanos, con sacrificios
Satisfagan la amorosa
Queja del Autor Divino:
De su alimento me encargo
Desde luego, haciendo oficio
De limosnero.
Ant. ¿Limosnas
En esta ciudad? me rio.
Luzb. Presto saldrá de ese engaño,
Que el hermano ha de ir conmigo.
Ant. Yo no me atrevo.
Luzb. No tema,
Fray Antolin.
Ant. ¿Quién le dijo
Mi nombre?
Luzb. Yo le conozco:
Padre guardian, no dé indicio
De temor, abra esas puertas.
Guard. Este es ángel, no replico.
Ant. Alguna sarna se cura
El padre, que el olorcillo
Es de azufre.
Guard. Mas ya el cielo
Me da de quien es aviso:
¡Válgame Dios!
Luzb. A los frailes
Anime, que están rendidos.
Guard. Encubrir este portento
Por los frailes es preciso.
Luzb. Váyanse al coro, y no teman,
Que mientras yo les asisto,
Seguro estará de lobos
Este redil de Francisco.
Guard. Sí, pues ya Dios en triaca
El veneno ha convertido.
(*Vanse el guardian, fray Pedro y fray Nicolas.*)
Luzb. Tome las argueñas, padre,
Porque traiga lo preciso
Esta noche, que mañana,
Se llevará el jumentillo.
Ant. Yo creo que volverémos
Al convento con lo mismo
Que llevamos.
Luzb. Tan cargado
Ha de volver sin pedirlo,
Que ha de llegar al convento
Muy cansado.
Ant. Y aun molido,
Si me encuentran los muchachos.
Luzb. No tema, pues va conmigo,
Que mientras les asistiere,
No hay que recelar peligros.
Ant. ¿Pues porqué?
Luzb. Porque ya tienen
Su mayor contrario amigo.

JORNADA II.

SALEN EL GUARDIAN, FRAY PEDRO, Y FRAY NICOLAS.

Fr. Ped. Él es varon prodigioso,
Padre guardian; sus portentos
El ser humano desmienten.
Guard. De muchos santos leemos,
Padre, portentos tan grandes,

Y eran humanos.
Fr. Nic. Es cierto,
Y que podia Dios en este
Obrar lo que en aquellos,
Y mas si fuere servido.
Fr. Ped. Claro está, pero no es eso
Lo que nos tiene confusos,
Sino ignorar en qué reino,
O en qué provincia este santo
Tomó el hábito; porque esto
Ni él ha querido decirlo,
Ni hemos podido saberlo,
Con que juzgo que no es fraile.
Guard. Ni aun quisiera parecerlo. *ap.*
Fr. Nic. Yo he pensado que es Elías,
Porque manda con imperio
Notable, y con aspereza.
Guard. No asistia en tan ameno *ap.*
Pais.
Fr. Ped. Yo creo que es ángel.
Guard. Puede ser, pero no bueno. *ap.*
Fr. Ped. Porque sufrir cada dia
Un trabajo tan inmenso,
Como andar la ciudad toda,
Y asistir en el convento,
Que labra con tanta prisa,
Trabajando, y disponiendo,
Y hallarse presente en casa,
Cuando importa, siendo cuerpo
Humano, fuera imposible,
Sin que tal vez por lo menos,
El cansancio le rindiera.
Guard. Solo asegurarle puedo,
Padre, que Dios le ha enviado,
No examinen sus misterios:
A fray Forzado obedezcan
En todo, pues cuanto ha hecho,
Y cuanto ha mandado es justo,
Que yo tambien le obedezco,
Y soy su guardian.

SALE FRAY ANTOLIN.

Ant. No hay parte
Segura de este hechicero:
Dos gazapos me ha sacado,
Que escondí en un agujero,
Con una vara de hondo:
Por mi mal vino al convento,
Él ha dado en perseguirme.
Guard. ¿Fray Antolin, pues tan presto
Se vuelve á casa?
Ant. Sí, padre,
Que dos veces el jumento,
Y yo venimos cargados,
Y es fuerza volverme luego,
Que quedan muchas limosnas
Por traer.
Guard. Gracias al cielo:
¿Dónde queda fray Forzado?
Ant. No sé, que solo le veo,
Cuando él quiere que le vea.
En la obra del convento
Que labra, está todo el dia,
Pero no deja por eso
De entrar en mas de mil casas.
Él camina mas que el viento,
Y trabaja por cien hombres:
En la fábrica un madero
No le pudieron subir
Veinte hombres; llegó á este tiempo,
Y asiéndole por el cabo,
A no agacharse tan presto,
Los que arriba le esperaban,
Los virla, y vienen al suelo.
Guard. Esa bien se ve que es fuerza
Sobrenatural.
Ant. A tiempos
Está, que parece un ángel;
Y otras veces en el cielo
Pone los ojos, y brama
Como un toro, y yo sospecho
Que aunque él disimula, tiene
Muchos males encubiertos,
Y sin duda que son llagas,
Que huele muy mal el siervo
De Dios.
Guard. Calle, que ya viene.

SALE LUZBEL.

Luzb. Deo gracias.
Guard. En la tierra, y cielo
Se las den ángeles y hombres.
Ant. Temor me causa y espanto.
Fr. Ped. Y á todos.
Guard. Sea bien venido
Su caridad.
Luzb. Vaya luego,
Fray Antolin, á la casa
De don César, que allá dejo
Seis aves y unas conservas,
Tráigalas, y al enfermero
Las entregue.
Ant. Voy volando,
Venga conmigo, fray Pedro. (*Vase.*)
Guard. ¿En qué estado tiene, padre
Fray Obediente, el convento
Que labra?
Luzb. Ya está acabado,
Guard. ¿De todo punto?
Luzb. El blanqueo
Le falta.

Guard. Que me ha admirado
La brevedad le confieso.
Luzb. Pues habiendo cinco meses,
Que se abrieron los cimientos,
Me han parecido cien años,
Mas de mi parte no he puesto,
Sino el hallarme presente
A todo, buscar dinero,
Y trazar la arquitectura;
Pero si el Autor Eterno
Me lo hubiera permitido.
En cinco dias, y en menos,
Hiciera mas que cien hombres
En cinco meses han hecho.
Guard. No darme por entendido *ap.*
Será mejor: bien lo creo;
Pero Dios no hace milagros,
Sin necesidad de hacerlos.
Luzb. El milagro yo le hiciera,
Que bastante poder tengo,
Si Dios no me lo coartára.
Guard. Ya de quien es estoy cierto,
No ha menester esplicarse.
Luzb. No lo ignoro. (*con falsedad.*)
Guard. Y de que es menos
Su poder, que el de mi padre
San Francisco.
Luzb. El valimiento,
Padre guardian, que su padre
Tiene con el Rey Eterno,
Es su poder, y que es grande
Por esa parte confieso,
Mas no es poder el poder,
Que necesita del ruego.
Guard. ¿Pues qué poder no procede
Del de Dios?
Luzb. No argumentemos,
Tenga humildad, que conmigo
El que sabe mas es lego.
Guard. Eso nunca lo he dudado,
Mas no pudo por lo menos,
Con cuanto puede y alcanza,
Lograr su mayor deseo.
Luzb. No? Pues diga, padre; ¿en mí
Que castiga Dios?
Guard. Su intento.
Luzb. El es muy buen religioso,
Padre guardian, pero necio.
Cuando yo llegué, ¿no estaban
Cobardemente resueltos
A dejar él y sus frailes
Desamparado el convento?
Luego ya de parte suya
Logré mi intencion, supuesto
Que, por mirarlos vencidos,
Se puso el Criador enmedio:
De la gracia del prodigio
Que mira, pero creyendo.
Que á ser su constancia mas,
Fuera mi castigo menos.
Guard. Muy bien me ha mortificado.
Luzb. Es preciso hacer lo mesmo,
Que vivo hiciera Francisco:
Mire si pesar tan fiero
Será mortificacion
Mayor, sobre el vituperio,
De que el sayal de Francisco
Me disfrace, aunque supuesto.
Guard. Nunca se vió tan honrado,
Desde que cayó del cielo.
Luzb. La memoria le ha faltado
Con el desvanecimiento
Que le ha dado, pues se olvida
De que su origen primero
Procede del polvo, ó barro.
Guard. No me olvido, bien me acuerdo
De que Dios al primer hombre
De aquel barro damaseno
Hizo con sus propias manos,
Y el ángel le costó menos
Cuidado, pues con un *Fiat*:...
Luzb. Esa materia dejemos,
Que ni es de aquí, ni él la sabe;
Ademas de que no tengo
Permision de responderle.
¿Cuando quiere que empecemos,
Padre, la fundacion nueva?
Guard. Si le parece, sea luego.
Luzb. A mí me importa: ¿qué frailes
Le han de empezar?
Guard. Yo no puedo
Nombrarlos, á cargo suyo
Está elegir los sugetos,
Y el número: por mi cuenta
Corre solo el cumplimiento
De todo lo que ordenare.
Luzb. ¡Qué falso está! pero el tiempo
Llegará presto en que pase
Otra vez de estremo á estremo.
Guard. Dios querrá que tus astucias
Nos den mas merecimiento.
Luzb. Si Dios lo ha de hacer, no dudo,
Que será fácil, mas ellos
Ya sé yo como pelean.
Guard. Que soy de barro confieso.
Luzb. Mire que ya sus ovejas
Entran á pacer, y pienso,
Que al pastor esperan: vaya,
Y cuide de que en comiendo
No se esparzan, porque puede
Perderse alguna.
Guard. Yo creo,

Que es ociosa diligencia:
Mas él las guarde, si hay riesgo,
Pues Dios le ha traido á ser
De sus ovejas el perro. (*Vase.*)
Luzb. Fuerza será, pues rabiando
Morder á ninguna puedo,
Mas de otra suerte algun dia
Yo, y el pastor nos veremos. (*Vase.*)

SALEN FELICIANO, Y JUANA.

Fel. ¿Salió Ludovico ya?
Juana. Si, mas te cansas en vano
Que á no verte, Feliciano,
Resuelta mi ama está.
Fel. ¿Tanto rigor?
Juana. No es rigor,
Que antes me ha dado á entender...
Fel. ¿Qué?
Juana. Que el no quererte ver,
Nace de tenerte amor:
Que es virtuosa y honrada,
Y dice, que aun el mas leve
Pensamiento escusar debe,
Pues ya, en fin, está casada:
Su padre anduvo cruel.
Fel. En fin, ella fué vendida.
Juana. Y mire á quien: mejor vida
Pasáramos en Argel.
No se ha visto hombre tan fiero,
Si algun pobre se le llega,
Y mas mientras mas le ruega.
Solo un fraile limosnero
De san Francisco porfia,
Y le trae desesperado,
Nunca limosna le ha dado,
Pero él viene cada dia,
Y le ha querido matar;
Pero solo con que el santo
Le mire, le pone espanto,
Y no se atreve á llegar.
A un pobre ayer un criado
Un poco de pan le dió,
Y al punto le despidió
Despues de muy maltratado.
Mi señora no ha tenido
Moneda de plata, ó cobre
Con que dar limosna á un pobre,
Ni él lo hubiera consentido.
De esto está tan afligida
Mi ama, y con tal temor,
Que el verle la causa horror.
Fel. Juana, aunque doy por perdida
Mi esperanza, la he de hablar
Esta vez, quiera, ó no quiera,
Pero será la postrera.
Juana. Pues si lo quieres lograr,
A esa cuadra te retira,
Que sale, y se ha de volver
Luego que llegue á ver.
Fel. Bien dices. (*Entrase.*)

SALE OCTAVIA.

Oct. ¡Qué mal lo mira
El padre, que solamente
En su codicia fundado,
A su hija la da estado!
Que la muger mas prudente,
Si á su esposo aborreciendo
Está, y á otro tiene amor,
Bien podrá guardar su honor;
Pero vivirá muriendo.
Juana.
Juana. Que siempre has de estar
Hablando contigo.
Oct. Si.
Juana. Feliciano ha estado aquí.
Oct. No le vuelvas á nombrar,
Si algun gusto quieres darme,
Mientras yo presente esté.
Juana. De aquí adelante lo haré.

SALE FELICIANO.

Fel. ¿Que ya te ofende el nombrarme?
Oct. Si, Feliciano, y el verte
Mucho mas; vete al instante,
O iréme yo.
Fel. Tente.
Oct. Suelta.
Fel. Vive Dios, que has de escucharme
Solo esta vez, que en mi vida
Volveré á verte, ni hablarte.
Oct. Di, pues, y verás que en ti
No hay razon para culparme.
Fel. Pues como negarme puedes,
Que mas de un mes me ocultaste
El intento que sabias
De tu interesado padre:
Si amenazas, ni violencias
Fueran disculpa bastante,
Y aun eso no tienes, puesto
Que no intento violentarte;
¿Qué disculpa tener puede
Una muger de tu sangre
De haber rompido palabra
Que tantas veces firmaste?
No solo no replicaron
Tus labios, ni tu semblante,
Mas fué menester mentir
Para que te desposasen,

Pues dijiste, que jamas
Palabra le diste á nadie,
Y en este papel postrero,
Que eras mia confesaste.
Certificaciones tuyas
Son estas con que pagaste
Diez años, que en guerra viva
De amor seguí su estandarte,
Haciendo mi fe la posta,
Todo este tiempo constante,
Las noches en tus ventanas,
Los dias en tus umbrales;
Mugeres tan nobles...
Oct. Tente,
Que aunque á mi decoro falte,
Has de saber, que tú fuiste
La causa de mis pesares.
Algunas sospechas tuve,
De que intentaba casarme
Mi padre, mas no certezas
De que pudiese avisarte;
Pero si mi padre mesmo,
Como á primo de mi madre,
Te dió parte de mi empleo,
Y en el presente te hallaste:
¿Porqué dices aquel dia
Se vió el pleito sin citarte,
Ni que le perdiste, puesto
Que no quisiste ganarle?
¿Para qué con tantos ruegos,
Si no habian de importarte,
Me pediste, Feliciano,
Que mis papeles firmase?
¿No te escribí ese papel
Postrero tres dias antes
De aquel infelice dia?
Pues si tú estabas delante,
Y era sobrado instrumento
Para que lo embarazases,
Pues digo en él, que soy tuya,
¿Porqué no le presentaste?
Primero que el sí le diera
De mi desdicha á mi padre
Delante de tanta gente,
Dije, volviendo á mirarte:
¿Ya llegó el lance forzoso?
¿Porqué entonces no llegaste?
¿Fuera justo, Feliciano,
Callando tú, que yo hablase?
¿Qué importó que me sirvieras,
Hecho estatua de mi calle,
Soldado de amor diez años,
Si en la ocasion me faltaste?
(*Quitale el papel.*)
Este papel dice (suelta)
No hay de que sobresaltarse,
Que esposa tuya es Octavia:
¿Quien es quien puede quejarse?
A voluntad tuya puse
El plazo; ¿quién fuera parte
Confesando yo ser mio,
Para dejar de cobrarle?
Yo hice, en fin, Feliciano,
Cuanto pude de mi parte:
Arbitro en tu pleito fuiste,
Contra mí le sentenciaste,
Por tí padezco la pena
De cautiverio tan grande
Y pesado, que mi vida
Será el precio del rescate
Y puesto que la ofendida
Soy, y tú quien te vengaste,
Vete, y no vuelvas á verme;
(*Rasga el papel.*)
Porque si en estos umbrales
Pones las plantas, haré
Vive el cielo, que te mate
Ludovico, á quien tú propio
Me vendiste, no mi padre,
Supuesto que los dos fuimos,
Yo infeliz, y tú cobarde.
(*Al paño Ludovico, y vase Octavia.*)
Lud. ¿Qué escucho? ¡válgame el cielo!
Fel. ¡Que á su decoro mirase!
Entonces me culpa Octavia!
Juana. ¡Gentil disculpa! ¿pensaste
Qué era pleito de revista?
Fel. ¡Sin mí estoy!
Juana. Vete, que es tarde,
Y vendrá su esposo.
Lud. (*dent.*). Ola.
Juana. Mejor será que te halle
Solo: á Dios. (*Vase.*)
Fel. Vete, que yo
Tengo disculpa bastante.

Sale LUDOVICO.

Lud. ¡Loco estoy! ¡Que los dos fuimos,
Yo infelice, y tú cobarde!
Fel. ¿Ludovico?
Lud. ¿Feliciano?
Fel. A veros en este instante
Entré, mas ya me volvia.
Lud. Ved si teneis que mandarme.
Fel. La hacienda mia de campo
Quisiera que vos compraseis,
Pero esto se ha de tratar
Muy despacio, y ahora es tarde,
Lud. Yo iré á buscaros.
Fel. A Dios. (*Vase.*)
Lud. Vuestra vida el cielo guarde,

Para que yo te la quite ;
Pero mi peligro es grande,
Porque son muchos sus deudos,
Y son los mas principales
De la ciudad, con que es fuerza,
Cuando con la vida escape
El perder toda mi hacienda.
Y si él primero fué amante
De Octavia, y es ella el pleito
Que perdió, no es tan culpable
En Feliciano mi ofensa,
Este papel, al entrarse,
Octavia rompió : ¡ qué ciego
Es amor ! pero el juntarle,
Para que leerle pueda,
Sin mucho espacio, no es fácil.
Letra es de muger, sin duda
Es de Octavia ; en esta parte
Dice : « Feliciano mio, »
(¡ Respirando estoy volcanes !)
Ya declinó mi fortuna ;
En esta dice : « Asustarte ; »
Y en esta : « Tuya es Octavia. »
Primero verás, infame,
Tu muerte, viven los cielos.
(*Vuelve arrojar los pedazos.*)
Juana (*al paño*). ¡ Que los pedazos
Mas no ha reparado en ellos: [dejase !
No sé como los levante.

Sale JUANA.

Lud. ¿ Qué quieres ?
Juana. Ando buscando
Pedazos de papel.
Lud. Tarde
Lo previno (*ap.*) : ¿ Para qué ?
Juana. Estoy con un mal de madre,
Y el humo de los papeles
Me le quita.
Lud. No es tan fácil
Para tu mal el remedio.
Juana. Este no es mal, que es achaque.
Lud. Así lo entiendo : ¿ qué esperas ?
Vete de aquí.
Juana. Que me place :
¡ Jesus, qué cara ! del mundo
Me fuera por no mirarle. (*Vase.*)
Lud. No me toca á mí matar
A Feliciano en rigor :
A Octavia entregué mi honor,
Y de ella le he de cobrar,
Primero que á ejecutar
Llegue su vil hermosura
Mi afrenta, porque es locura
El creer que enamorada,
Y á su disgusto casada,
Puede haber muger segura.
Mis manos en su garganta
Podran impedir que acudan
A sus voces las criadas,
Y ahogada... Pero ya culpa
Mi cólera la tardanza.

Al irse, sale LUZBEL por la misma puerta, y le detiene.

Luzb. Dale á san Francisco alguna
Limosna : ¡ Qué yo impidiera
De Octavia la muerte injusta !
Mas Dios lo manda.
Lud. No sé
Como no temes mi furia,
Fraile, fantasma, ó demonio :
Sin duda tu muerte buscas.
Que me persigues, si sabes
Ya por esperiencias muchas,
Que en mí no ha de hallar limosna
Tu religion, ni ninguna :
¿ Qué me quieres ?
Luzb. Reducirte,
Que la Omnipotencia Suma
Me lo manda, y es forzoso
Que con sus órdenes cumpla.
Y puesto que le obedece
Quien de los filos y puntas
De la invencible guadaña
No puede temer la furia :
Obedece tú, no esperes,
Que el término de tus culpas
Llegue, que está ya muy cerca.
Dale, Ludovico, alguna
Parte á Dios de las riquezas,
Que en esas arcas ocultas,
Para que por ese medio
Puedas aplacar su justa
Indignacion, y piadoso
Sus ausilios te reduzcan
A restituir.
Lud. Detente,
Que me admiro de que sufra,
Viven los cielos, mi rabia
Tus descompuestas locuras.
¿ Yo limosna ? vete luego,
Que mi hacienda, poca, ó mucha,
Mi fortuna me la ha dado.
Luzb. Ludovico, no hay fortuna,
Ni es la que tu hacienda llamas,
Absolutamente tuya :
Y no solo la adquirida
Con viles cambios y usuras
Lo es toda de quien la goza,

Sino la del que madruga
Para el trabajo á la aurora,
Comiendo de lo que suda.
Todos los que en estos campos,
Tal vez con piadosa lluvia
De la tierra comun madre,
Rompen las entrañas duras,
Y en sus senos animosos,
Por depósito sepultan
Del antecedente agosto
La mies mas granada y rubia,
Despues de muchos afanes,
Y esperanzas mal seguras,
Como á dueño de la tierra,
Su diezmo á Dios le tributan,
Y él lo entrega á sus ministros,
Con órden de que consuman
En sí solo lo que basta,
Conforme el puesto que ocupan;
Y como sus mayordomos
En los pobres distribuyan
Lo demas, que Dios en ellos
Todas sus rentas vincula.
Cuantos adquieren riquezas
Con lo que al pobre le usurpan,
No verán de Dios la cara,
Sino es que las restituyan,
Como les fuere posible,
Y esto ninguno lo duda.
¿Pues cómo tú de la hacienda
Dueño absoluto te juzgas,
Siendo corneja vestida
De tantas agenas plumas?
Imprudente almendro, advierte,
Que segun mis congeturas
Será de infinitas plantas
Escarmiento tu locura.

Lud. En tu vida he de vengar,
Hipócrita, mis injurias.

Luzb. No te muevas, que no sabes
Quien soy: atento me escucha:
Mira que en tí solamente
No hay resquicio de disculpa,
Porque el comun enemigo
De todos, tu bien procura,
No solo por oprimido,
Mas tambien porque sin duda
Le ha de quitar muchas almas
El ejemplar de la tuya.
Goza ocasion tan dichosa:
Ni tus potencias perturba
Ningun espíritu impuro,
Ni tus sentidos ofusca.
Justicia y misericordia
De Dios en su mente luchan,
Dele á la misericordia,
Tu arrepentimiento ayuda.
Mira, que de su justicia
La divina espada empuña,
Y que su inmensa paciencia
Que es la vaina que la oculta,
Se ha cansado ya: ¿qué aguardas?
Mira que ya la desnuda,
Mira que el brazo levanta,
Mira que el golpe ejecuta.

Lud. Ya me arrepiento.

Luzb. ¡Oh pese
Al infierno! ¿pues qué dudas?
La caridad es la puerta
Del perdon, por ella busca
La entrada: dame limosna.

Lud. Eso no.

Luzb. Vil criatura,
Peor que Luzbel te juzgo:
Pues si él pudiera, sin duda
Fuera su arrepentimiento
Tan grande como su culpa,
Y tu pudiendo, no quieres.

Lud. Pues esta vez, aunque huyas,
Te he de matar.

Luzb. No te acerques,
Porque haré, que se reduzca
Tu forma á menos que á tierra,
Que aun eso no has de ser nunca.

Lud. Ola, Alberto, Celio, este hombre
Me atemoriza y asusta.

SALEN ALBERTO, CELIO, OCTAVIA, Y JUANA.

Cel. ¿Señor, qué mandas?

Oct. ¡Qué es esto!

Alb. ¿Porqué das voces?

Juana. Sin duda
Que ha sido el fraile la causa.

Lud. ¿Que en mi casa no se cumpla
Lo que mando? ¿No os he dicho,
Que no dejeis entrar nunca
A este fraile?

Cel. Por la puerta
No ha entrado.

Alb. Es cierto.

Juana. Sin duda,
Que es santo.

Oct. Padre, por Dios,
Que escuse una desventura.

Luzb. A estorbar la vuestra viene.

Oct. ¿La mia?

Luzb. Sí.

Oct. Fuera injusta.

Luzb. Ya sé, que estais inocente;
Mas los indicios os culpan.

Oct. ¿Pues qué haré?
Luzb. Yo nada os puedo
Aconsejar, que la fuga
Es confesaros culpada.
Oct. Yo espero en la siempre pura
Madre de Dios, que me ampare.
Lud. Hombre, vete, y no presumas,
Que mi firme intento muden
Tus palabras importunas,
Que aunque fueran mis riquezas
Las de Creso y Midas juntas,
No hallarás en mí limosna.
Luzb. No hemos menester la tuya:
Tú necesitas de darla,
Que á mis frailes sobran muchas,
Pues que con ellas sustentan
Trecientos pobres en Luca.
Ya te dejo; pero mira
No añadas culpas á culpas,
Que está inocente quien piensas,
Que tu deshonor procura:
¡Que mi soberbia impaciente, *ap.*
En tan infame coyunda,
Oprima el Criador Eterno!
¡Oh nunca, Francisco, oh nunca
A humildad tan poderosa
Se opusieran mis astucias! (*Vase.*)
Lud. Este sabe ya mi afrenta:
En la quinta mas oculta
Podrá estar su muerte, en tanto,
Que pueda salir de Luca,
Poniendo en salvo mi hacienda.
Juana. Lo mejor será que huyas.
Oct. ¿Eso dices, necia?
Lud. Octavia,
Este fraile me disgusta
Tanto, que por unos dias,
Por ver si en ella me busca,
Nos hemos de ir á la quinta:
¿Qué dices?
Oct. ¿Eso preguntas?
¿Qué puedo decir, si sabes,
Que mi voluntad es tuya?
Lud. Celio, haz poner la carroza;
Tú, Alberto, para que suplas
En los negocios mi ausencia,
Te quedarás.
Alb. Pues tú gustas,
Yo lo haré.
Lud. Vamos, Octavia,
Juana. Mira que este disimula *ap.*
Su enojo para matarte.
Oct. Mi inocencia me asegura. *ap.*
Lud. Primero verás, infame, *ap.*
Tu castigo, que mi injuria. (*Vanse.*)

SALE FRAY ANTOLIN.

Ant. El jumentillo mi maña
Envió con el donado,
Y salgo desafiado
De mi hambre á la campaña:
Y esta vez la he de matar
Sin que la persecucion
De aqueste fraile Neron
De mí la pueda librar.
Cuanto yo escondo, me quita,
Porque otro no puede ser,
Sin que me pueda valer
La parte mas esquisita.
Ningun regalo consigo,
Que en manos suyas no caiga,
Y me ha obligado á que traiga
Todos mis bienes conmigo.
Las mangas traigo rellenas:
El peso con la costumbre,
No me dará pesadumbre,
Y servirán de alacenas.
Mucho es, que este fray Forzado
Con tal trabajo no enferme,
Porque ni come, ni duerme,
Que es espíritu he pensado:
Porque lo que mas asombra,
Yendo juntos por la calle,
Es, cuando vuelvo á miralle,
Que su cuerpo no hace sombra.
Otro convento fundando
Está ya con prisa tanta,
Que todo el lugar se espanta,
Pero siempre regañando.
Dentro del pecho presumo,
Que toma tabaco de hoja,
Porque el aliento que arroja
Por las narices, es humo.
Él me ha dado en perseguir,
Y en no dejarme comer:
Mas hoy no le ha de valer,
Porque él ha de presumir,
Que ya estoy en el convento,
Y merendaré seguro.
Ya estoy muy lejos del muro,
En este altillo me siento,
Que todo lo señorea,
Porque si alguno pasáre,
Primero que en mi repare,
Es fuerza que yo le vea.
Polla, empanada y pernil
Traigo, que es bueno imagino
El pan; mas lo que es el vino,
Puede arder en un candil.
A Elio Gavalo me igualo,

Y nunca el comer condeno,
Si lo que se come es bueno,
Porque todo es de regalo.
Yo, en fin, no tengo otro gozo,
Mi estómago es un abismo,
Y cuanto como es lo mismo,
Que si cayera en un pozo.
No ha de estar de manifiesto
Todo, conforme comiere
Saldrá, porque si viniere
Alguno, lo esconda presto:
Salga el pernil.

SALE LUZBEL.

Luzb. ¡Qué cruel,
Señor, os mostrais conmigo!
¡Yo amigo de mi enemigo!
¡Sirviendo al hombre Luzbel!
¡Oh pese á la pena mia!
¿De Francisco sostituto
Es (¡ó poder absoluto!)
Quien quiso dar luz al dia?
Basta tan fiero tormento,
Y cuanto me habeis mandado,
Señor, está ejecutado:
Que deste rico avariento
La proterva obstinacion,
Solo la podrá vencer
Vuestro absoluto poder.
A estorbar la ejecucion
De dar muerte á su muger
Voy: ya el lego se ha sentado
A comer lo que ha ocultado
De mí: mas no ha de comer
Nada de lo que ha traido:
Desta suerte haré que crea,
Que no le he visto, y me vea.
Ant. Pardiez que no le ha valido
A fray... ¡válgame san Pablo!
¿Cómo este fraile llegó
Tan cerca, sin verle yo?
Santo es: mas no es sino diablo.
No me ha visto.
(*Guarda lo que estaba comiendo.*)
Luzb. Ya guardó
Lo que á comer empezaba.
Ant. Pues que no puedo escaparme,
Preciso es llegar. Deo gracias.
Luzb. ¿Fray Antolin?
Ant. ¿Padre mio,
Dónde va?
Luzb. Voy á la granja,
O quinta de Ludovico,
A impedir una desgracia;
¿Mas él á qué vino al campo?
Ant. Es, que el médico me manda,
Que ande todo lo que pueda;
Y sea por tierra llana,
Porque tengo humores gruesos.
Luzb. Si en el comer se templára,
Los humores consumiera:
Seis frailes se sustentáran
Con lo que el padre Antolin
Come.
Ant. No tengo otra falta.
Luzb. De esa se originan muchas,
Porque la regla relaja
De su padre san Francisco,
Y la devocion estraga
Tambien de sus bienhechores,
Viéndole por las mañanas,
Y aun por las tardes, tomar
Chocolate en veinte casas.
Ant. Padre, lo que me dan tomo,
Y eso mi regla lo manda.
Luzb. Mas esto se entiende, cuando
Con necesidad se halla.
Ant. Muchas veces he querido
Vencer de mi hambre el ansia,
Mas no he podido, que luego
Con los regalos que sacan,
Me engaña el demonio.
Luzb. Miente,
Su flaqueza es quien le engaña:
¿Hale propuesto el demonio
Alguna vez, entre tantas,
Que la gula no es pecado?
Ant. No, pero gula se llama
Comer sin gana, y á mí
Jamas me faltó la gana.
Luzb. Su hambre y la sed que tienen
Los hidrópicos son falsas.
Ant. No tal, que cuanto yo como,
Es salida por entrada.
Luzb. ¿No come en el refectorio,
De pan, como de vianda,
La racion suya y la mia?
Ant. Sí, padre.
Luzb. ¿Pues no le bastan?
Ant. Dos raciones son, hermano,
Para mí dos avellanas.
Luzb. Que no reviente me admira.
Ant. Gracia ha tenido.
Luzb. Se engaña,
Que á tener gracia, no hubiera
Perdido, hermano, mi patria.
Ant. ¿Su patria perdió por eso?
Luzb. Sí, porque perdí la gracia
De mi rey, y fué preciso,
Aunque á mi pesar, dejarla.
Ant. ¿Qué reino es ese?
Luzb. Está en clima

Tan remoto, que argonauta
Ninguno le ha descubierto,
Y será noticia vana.
Ant. ¿Pues si no le han descubierto,
Quién le trajo al padre?
Luzb. ¿Cuántas veces
He dicho á los padres,
Que Dios?
Ant. La boca me tapa:
Allí vienen unos pobres.
Luzb. ¿Ha hermanos?
Ant. ¿Porqué los llama?
Déjelos, que andan buscando
Sitio para su matanza.
Luzb. Lleguen, hermanos.
Ant. Si aquí
No podemos darles nada,
¿Que los quiere?
Luzb. Si tuvieran
Necesidad, no faltára.

SALEN TRES POBRES.

1°. Nuestro santo limosnero
Es.
2°. Padre mio.
3°. Bien haya
Quien por nuestro bien le trajo
A Luca.
Luzb. Y por mi desgracia:
¿Comieron en el convento?
1°. Llegamos tarde.
Ant. Esa es trampa,
Que á los tres, y yo presente,
Les dieron hoy su pitanza.
1°. Pero tengo seis chiquillos,
Y á mi muger en la cama.
Ant. Si de esa suerte procrea,
¿Quién á sustentarlos basta?
2°. Pues yo tengo nueve, y nunca
Sale mi muger de casa,
Porque es manca, y es tullida.
Ant. ¿Nueve ha parido, y es manca?
Váyanse con sus mugeres
A una isla despoblada,
Que en poco tiempo pondrán
Un ejército en campaña.
3°. Yo no tengo hijo ninguno,
Mas tengo un padre, que pasa
De noventa años.
Ant. En vano
Refieren aquí sus plagas:
Vayan despues al convento.
Luzb. Mucho siento que no traiga,
Hermano, algun regalillo
Para la que está en la cama
Enferma: mírelo bien
Ant. ¿Qué he de mirar? es matraca?
Luzb. Pues yo los llamé, y es fuerza,
Que lleven algo.
Ant. Pues haga,
Que una docena de cuervos
En los picos se los traigan,
Que aquí no hay otro remedio.
Luzb. Si habrá, tenga confianza
Y á sus mangas eche, hermano,
La bendicion.
Ant. No hay humanas
Diligencias contra este hombre:
Él me vió comer.
Luzb. ¿Qué aguarda?
Ant. Mejor será, eche el padre
La bendicion á sus mangas,
Y deje las mangas mias.
Luzb. No me replique palabra,
Porque haré...
Ant. Ya le obedezco;
Pero de tan mala gana,
Que no será de provecho.
Luzb. La bendicion ya está echada,
Mire ahora lo que el cielo,
Envia.
Ant. No envia nada:
Huero salió este milagro.
Luzb. No gaste conmigo chanzas:
Saque de la manga izquierda
Medio pernil, que ese basta
Para este pobre y su padre.
Ant. Aquí no hay remedio.
2°. ¡Estraña
Maravilla!
3°. Sí por cierto.
Luzb. Cocido está.
1°. ¡Cosa rara!
Ant. Y aun digerido estuviera,
Si un instante se tardára
El padre.
Luzb. Dele á ese pobre.
Ant. Mejor es que lo reparta
Entre los tres.
Luzb. No le pido
Consejo: dele á Dios gracias,
Y tenga fe.
Ant. Los milagros
Como este se obran con maña.
Luzb. Désele, pues.
2°. Venga.
Ant. Tome
Y mal provecho le haga.
Luzb. Para este pobre que tiene
A su muger en la cama.
Saque una polla.
Ant. Si hay polla,

Que quede repuesta basta.
Luzb. Ya le he dicho...
Ant. No se enoje:
(Los diablos lleven tu alma)
Aquí está ya, tome.
1°. Y viene
Cocida, y salpimentada.
Ant. La salpimienta se vuelva
Soliman.
Luzb. Una empanada,
Que tiene dentro un gazapo,
Y está en derecha manga,
Saque al momento.
Ant. Laus Deo:
Tome.
3°. Quien con Dios alcanza
Tanto eternamente viva.
Luzb. Esa es mi mayor desgracia:
Saque un pan.
1°. Un pan es poco.
Ant. No hay mas.
1°. Habrá sido mala
La cosecha, pues no envian
Mas de un pan.
2°. Pan nos falta.
3°. Mucho nos dan, porque este año
Le abaratá la abundancia
Ant. Pues tierras hay, que aunque fuera
Un pan cada gota de agua,
Lloviendo á pedir de boca,
El pan no se abaratára.
1°. ¿Padre, habrá un trago de vino?
Ant. ¿Vino tambien? calabazas.
Luzb. Pues saque una.
Ant. Padre mio
Advierta, que es cargo de alma:
Déjele para las misas,
Que es vino del cielo.
Luzb. En casa
Tienen de ese propio vino:
¿Qué espera? la calabaza
Les dé.
Ant. Tomen, que mejor
Les diera calabazadas.
Luzb. Ya se pueden ir.
2°. Primero
Nos deje besar sus plantas.
Luzb. Apártense allá.
3°. No quiere
Que le agradezcamos nada.
Luzb. Váyanse.
2°. A Dios, padre mio:
No ví aspereza tan santa. (*Vanse.*)
Luzb. Diga, ¿párecele justo
Hacer despensas las mangas
De un hábito tan sagrado?
Ant. Padre...
Luzb. No me díga nada.
Ant. Por amor de Dios le pido;
Que desto no sepa nada
Ningun religioso, y deme
Su caridad mil patadas.
Luzb. No lo sabrán; pero haré,
Si de enmendarse no trata
Que el padre guardian le envie
Sin el hábito á su casa,
O choza, donde comia,
Despues de estar con la hazada
Trabajando todo el dia,
Unos tasajos de cabra.
En el refectorio coma
Cuanto le pidiera el ansia
De su vil naturaleza.
Que hasta que la satisfaga,
Le traerán lo que pidiere;
Mas no ha de tomar ni aun agua
En otra parte; y advierta,
Que no se me esconde nada.
Ant. Digo, padre fray Forzado,
Que haré todo lo que manda.
Luzb. Ya va llegando á la quinta
Ludovico con Octavia.
Ant. ¿Desde aquí los ve?
Luzb. Mi vista.
Mucho mas lejos alcanza:
Camine, Antolin, que allá
Le aguardo.
Ant. ¿Que allá me aguarda?
¿Pues no irémos juntos?
Luzb. No,
Que cuando del coche salgan
Es fuerza hallarme presente.
Ant. Pues si hay una legua larga,
¿Cómo ha de llegar á tiempo?
Luzb. A mi un instante me basta.
(*Vase.*)
Ant. ¡Jesus mil veces! el viento
Le llevó, ya no me espanta,
Que sin haberle yo visto,
Tan cerca de mí llegára,
Ni que por estenso viera
Cuanto traia en las mangas.
Mas pasarme todo un dia
Comiendo una vez, es chancha;
Y supuesto que no hay parte
De su vista reservada,
Como me lo fueren dando,
Lo esconderé en mis entrañas. (*Vase.*)

SALE FELICIANO Y CELIO.

Cel. Si dices, que te ha avisado
Juana, ¿de qué receloso

Está ese hombre? ¿ No es forzoso
Creer lo que ha recelado,
Si en su quinta estás primero
Que él llegue?
Fel. O es cierto, ó no
Lo que Juana me avisó;
Si es cierto, por caballero,
Por primo suyo y amante,
A Octavia debo librar.
Cel. ¿ Y quien te ha de asegurar
De si es cierto?
Fel. Su semblante,
Que si es cierto, que ha sabido
Con verdad lo que ha pasado,
Yo soy el que le ha agraviado,
Que Octavia no le ha ofendido;
Y viéndome solo aqui,
Puesto que tiene valor,
O yo lograré mi amor,
O él se vengará de mí.
Con los caballos espera
De esos robles encubierto.
Cel. ¿ Porqué, si quedó Roberto
Con ellos?
Fel. Porque pudiera,
Si estamos dos, encubrir
Su intencion, si es que la tiene;
Mas ya la carroza viene,
Sin duda quieren salir
Della, porque se ha parado:
Vete.
Cel. Acechando estaré,
Y si importase, saldré;
Pero ten mucho cuidado,
Que es fiero.
Fel. Él lo da á entender;
Pero deso mismo infiero
Lo contrario, que no es fiero
Quien lo quiere parecer:
Mas ganaré por la mano,
Si al verme muda el color.
Cel. El plomo lo hará mejor.

SALE LUZBEL.

Luzb. ¿ Adónde vais, Feliciano?
Fel. Padre...
Cel. ¿ Por dónde ha venido
El santo?
Fel. Admirado estoy,
Y turbado; padre, voy...
Luzb. Ya sé lo que os ha traido:
Y no es justo que me espante,
Querer en esta ocasion
Cumplir con la obligacion
De caballero y amante;
Pero no paseis de aquí,
Volveos por la arboleda,
Sin que Ludovico pueda
Veros, y dejadme á mí,
Que vos podeis en rigor,
Si os ayudáre la suerte,
De Octavia escusar la muerte,
Mas quitándola el honor.
Mas quien aquí me ha enviado
Vida y honor la dará,
Y á su esposo templará:
Bien podeis ir confiado.
Fel. Advierta su caridad,
Que este hombre le ha de perder
El respeto, y puede ser,
Que se arroje su maldad
A otro mayor desvarío.
Luzb. Trayendo yo, Feliciano,
Orden de Dios, no hay humano
Poder que resista el mio.
Cel. Presto, que el coche han dejado.
Fel. Ya le obedezco gustoso,
Varon santo.
Cel. Prodigioso:
En fin, de Dios enviado.
(*Vanse los dos.*)
Luzb. Señor, si por tantos modos
Podeis vos librar del riesgo
A esta muger, y tambien
Reducir á este protervo,
Rebelde, avariento monstruo,
Solo con el querer vuestro,
Pues redujo la codicia
De un publicano Mateo;
¿ Porqué á mí me lo mandais,
Sabiendo vos, que no puedo?
Pero ya los dos se acercan,
Y Octavia, aunque con recelo,
Viene animosa, fiada
Del justo, devoto afecto,
Que á la siempre virgen pura
Tiene, que la ampare creo,
Que inocencia y fe aseguran,
Que es ya divino el empleo;
Mas ya llegan.

SALEN LUDOVICO Y OCTAVIA.

Oct. ¿ Para qué
Cuando tan cerca tenemos
La quinta, el coche dejamos?
Lud. Por eso mismo le dejo.
Luzb. Por causarle mas espanto,
Hasta que quiera su intento
Ejecutar, no ha de verme,
Y entonces me pondré en medio.

Lud. Que solo te traje, Octavia,
Para dejar satisfecho
Mi agravio en tu infame vida.
Oct. Tu te agravias en creerlo,
Porque yo no te he ofendido,
Ni aun con solo el pensamiento:
Que si le hubiera tenido,
Bastante lugar y tiempo
Tuve de ponerme en salvo,
Pues de tu falso recelo
Me envió el cielo el aviso
Con el padre limosnero
De san Francisco.
Lud. Pues ya,
Ni ese mágico, ni el cielo
De mí han de poder librarte.
Oct. Escucha.
Luzb. Tente, blasfemo,
Que si permision tuviera,
De quien por fuerza obedezco,
Yo solo te convirtiera
En cenizas con mi aliento.
Lud. Tus descompuestas palabras
Confirman, que tus portentos
Son en virtud del demonio:
Pero lograré mi intento,
A tu pesar, con su muerte.
Luzb. La tuya verás muy presto,
Si no le pides perdon
A Dios, y repartes luego
En los pobres tus tesoros,
Pues tienen mas parte en ellos,
Que tú.
Lud. ¡De cólera rabio!
Encantador, embustero,
¿Dónde te escondes?
Oct. Señora,
Pues vos sabeis que no tengo
Culpa, libradme de este hombre.
Luzb. Advierte, pecador ciego,
Que está tu fin muy cercano.
Lud. Sombra, ó fantástico cuerpo,
Si amenazas, ¿porqué huyes?
Mas vengaré por lo menos
En esta muger mi agravio.
Luzb. Detente.
Oct. Sin culpa muero:
Virgen, dadme vuestro amparo.
(*Cae Octavia como muerta.*)
Lud. Muere infame. (*Vase.*)
Luzb. Pues eterno
Señor, ¿cómo me impedis,
Que con impulso violento
Guarde de Octavia la vida,
Pues de otra suerte no puedo?
Ya dejándola por muerta
Vuelve á la carroza el fiero
Homicida.

SALE FRAY ANTOLIN.

Ant. Padre mio,
¿Qué ha sucedido, que huyendo
Va Ludovico?
Luzb. Su vista
Le informará del suceso:
¿No ve á Octavia en ese campo?
Ant. ¡Jesus! ¿pues no llegó á tiempo
De impedirlo?
Luzb. A tiempo vine,
Mas sin duda fué decreto
Soberano.
Ant. ¿No la absuelve?
Luzb. Ya espiró; ¿pero qué es esto?
Ant. ¿De qué se ha quedado absorto?
Luzb. Confuso estoy.
Ant. Vamos presto,
Y llevémosla á la quinta.
Luzb. Alguno de sus portentos
Quiere obrar Dios con Octavia.
Ant. ¿A qué aguarda? vamos presto.
Luzb. Que ni al infierno ha bajado
El alma, ni subió al cielo,
Ni ha entrado en el purgatorio,
Y naturalmente ha muerto.
Ant. Pues hace tantos prodigios
Por cosas que importan menos,
A esta dama resucite,
Pues á sus ojos la han muerto,
Que es milagro obligatorio:
Ahora sabré de cierto *ap.*
Si este es santo, ó es demonio;
Mas orando está.
(*Baja la tramoya, que mejor parezca, una niña, que haga la Virgen, acompañada de ángeles, y llega hasta Octavia, y tócala con las manos.*)
Luzb. Ya veo
De mi duda el desengaño,
Que haciendo la tierra cielo,
Cercada de querubines
Baja la madre del Verbo,
La ocasion de mi delito,
La causa de mi destierro:
¡Que sola una devocion
Que os tiene (de mí blasfemo)
A tanto estremo os obligue!
¿Pues quién no es devoto vuestro
De cuantos á Dios conocen,
Sino es yo, porque no puedo?
Ant. Con Dios sin duda está hablando,
Que hace visages y gestos,

Como suelen las beatas.
Luzb. ¡Oh, reniego de mi mesmo! *ap.*
Postraréme á pesar mio,
Pues á la opresion que tengo,
Me añade el Criador, que sea
Testigo de mi tormento.
Ant. ¿Padre, padre, con quien habla?
¡Jesus mil veces! el fuego
Que arroja me ha chamuscado:
Si acaso no es diablo, es cierto,
Que es alma del purgatorio.
Luzb. Ya llega al cadáver yerto,
Ya con sus divinas manos
Le toca, y á un mismo tiempo
El alma á su mortal cárcel
Vuelve, y el vital aliento;
Ya vuelve á ocupar su trono,
Y yá su guardia teniendo
Las cuchillas de las alas. (*Tocan.*)
(*Vuelve á subir en la misma tramoya.*)
Cortan con su reina el viento:
Levante del suelo á Octavia,
Hermano.
Ant. Solo no puedo,
Que pesa mucho un difunto.
Luzb. Viva está.
Ant. Como mi abuelo.
Luzb. Haga lo que yo le digo
Sin replicar.
Ant. ¡Mas qué veo!
Voto á tal que se revuelve.

SALEN FELICIANO Y CELIO.

Fel. Si tú le viste corriendo,
Y solo, muerta es Octavia;
Pero aunque la oculte el centro
De la tierra...
Luzb. Feliciano,
Reportaos.
Fel. De vos me quejo
Mas, que del vil Ludovico.
Oct. ¡Qué soberano consuelo!
¿Mas qué es lo que estoy mirando?
Ant. Pues aquí no hay embeleco,
Santo es á macha martillo.
Fel. Octavia mia.
Luzb. Teneos,
Feliciano.
Oct. Padre mio,
Déjeme que bese el suelo,
Que pisa.
Luzb. Apartad, señora,
Que la que es reina del cielo
Os dió la vida.
Oct. Y tambien
Su intercesion.
Luzb. Esto siento
Mas, que todas mis desdichas.
Oct. Que salgais de Luca os ruego,
Feliciano.
Fel. Y aun de Italia
Toda salir os prometo,
Si os volveis con vuestro padre.
Luzb. Hay mucho que hacer primero,
Que de su ausencia se trate:
Quede este caso secreto
Por dos dias, que conviene.
Vos, Feliciano, volveos
A la ciudad, que yo á Octavia
Pondré, donde esté sin riesgo.
Fel. Preciso es que os obedezca;
¿Pero no sabré primero,
Lo que ha pasado?
Luzb. Mañana,
Que lo sepais os prometo.
Idos, y llevad sabido,
Que ha importado este suceso
Mucho á vuestro amor.
Fel. Alegre
Con esta esperanza vuelvo. (*Vase.*)
Luzb. Venid conmigo, señora,
Que esta noche, por lo menos,
En casa de una devota
Nuestra quedareis, que luego
Dispondrá lo que gustáre.
Oct. Yo, padre mio, no tengo
Que disponer, mi albedrío
A la eleccion suya dejo.
Luzb. Vamos, que por el camino
Sabrá quien del suyo es dueño.
Oct. Vamos. (*Vase.*)
Luzb. Antolin, camine.
Ant. Padre, de hambre no veo:
Por pan me llego á la quinta.
Luzb. Camine, que en el convento
Comerá.
Ant. Padre, una legua
Es para mi mucho trecho,
Y el estómago se ahila.
Luzb. Pues para que coma luego,
Yo haré, que solo de un salto
A la puerta del convento
Se ponga.
Ant. Téngase, padre.
Luzb. Mire si quiere.
Ant. No quiero,
Ya se me quitó la hambre.
Luzb. Pues ande, y tenga por cierto,
Que es mi poder mas que humano.
Ant. ¿Pues porqué me advierte deso?
Luzb. Porque me ha de hallar muy cerca,

Cuando me juzgue muy lejos :
Camine.
Ant. Vuelvo á mi duda,
Porque no hay santo soberbio.

JORNADA III.

SALEN OCTAVIA Y JUANA.

Juana. Admirada estoy, señora,
De tu suceso.
Oct. Mi muerte,
Como te he dicho ; fué un sueño
Tan gustoso, que no puede,
Juana, esplicarte mi lengua
Tal gloria, siendo tan breve ;
Pero el santo limosnero,
Que á todo se halló presente,
Por inspiracion divina,
Me informó, de que la siempre
Vírgen y Madre, cercada
De paraninfos celestes,
En mi cuerpo, ya cadáver,
Vió clara y distintamente
Poner sus sagradas manos.

SALE FELICIANO.

Fel. Y á mí de la misma suerte
Me lo ha dicho.
Oct. ¿Pues qué es esto?
¿Cómo á entrar aquí te atreves?
Fel. Como el dueño desta casa
Me dió licencia de verte
Por tu deudo.
Oct. Mas no sabe,
Que tú, Feliciano, eres
Quien me ha puesto en el estado,
Que estoy ; y si no te vuelves,
Dejaré luego esta casa.
Fel. Ya cesó el inconveniente,
Que tuvo el poder hablarte,
Puesto que esposo no tienes.
Oct. Aunque el padre fray Forzado
Me asegura, que la muerte
Dirimió ya el casamiento,
Y á dejarme se prefiere
Libre sin estorbo alguno,
No quiero yo que lo intente :
Que aunque tanto le aborrezco
Como satisfecho quede
De mi inocencia y su engaño,
Ludovico, he de volverme
Con él á vivir muriendo.
Fel. ¿Qué es volver?
Juana. ¡Jesus mil veces!
¿Pues con hombre tan sin alma,
Y tan sin Dios, que no tiene
Seña alguna de cristiano,
Volverte, señora, quieres?
Oct. Esto es forzoso.
Fel. Primero que tú lo intentes,
Le he de quemar en su casa.
Juana. Bien pudieras por herege.
Fel. ¡Con un hombre, que la vida
Te quitó sin ofenderle!
Vive Dios...
Oct. Indicios tuvo
Para juzgar evidente
Su agravio : mas suponiendo
Que ya con él no volviese,
Nada conseguir pudieras
Con eso ; porque aunque quede
De mi voluntad él dueño,
Y casarme resolviese
Contigo, ya no es posible.
Fel. ¿Pues quien impedirlo puede?
Oct. Tú, pues ocasion has dado,
De que con razon sospeche
Toda la ciudad, que tuvo
Causa para darme muerte
Mi esposo, puesto que es fuerza,
Que yo en el pleito confiese
Toda la verdad del caso,
Y que aunque estoy inocente,
Pudo juzgarme culpada
Ludovico, sin que fuese
Temeridad el creerlo.
Fel. ¿Y cómo desmentir quieres
Esa sospecha?
Oct. Con solo
No ser tuya se desmiente.
Juana. Señora, una vez creido,
Maldito el remedio tiene.
Oct. Si tendrá.
Fel. Cualquiera es vano :
Porque si preciso fuese,
Bien sabes, que si rompiste
Un papel, me quedan veinte,
Y que están todos firmados.
Oct. Y cuando no lo estuviesen,
No los negára : mas ya
De nada servirte puede
Presentarlos, pues es cierto,
Que todos esos papeles
Prescribieron desde el dia,
Que hallándote tú presente,
Mi infelice casamiento
Consentiste, pues no tienes
Que alegar causa ninguna,

Que impedírtelo pudiese.
Fel. Causa tuve, y la mas justa.
Oct. Cuando infinitas tuvieses,
No te valiera ninguna
Ya en el estado presente;
Porque cuando el juez el pleito
En favor tuyo sentencie,
Apelaré á un monasterio,
Porque satisfecho quede
Ludovico, de que nunca
Tuve intencion de ofenderle.
Fel. Oye, espera.
Oct. No me obligues
A que dé voces, que el verte
Me causa horror.
Juana. Es mentira.
Fel. No dudo que me aborreces.
Oct. Necio fueras en dudarlo,
Pues tantas causas me mueven.
Fel. Escucha.
Oct. Suelta.

SALE TEODORA.

Teod. ¿Qué es esto?
Oct. No es nada, pero no dejes
Entrar aquí á Feliciano.
Teod. ¿Porqué, siendo tu pariente,
Y á quien le toca tu amparo?
Oct. Ni dél puedo yo valerme,
Ni quiero.
Teod. ¿Pues de quién pudo
Saber, en tiempo tan breve,
Mi casa, y que en ella estabas?
Que yo juzgué, que viniese
Llamado de tí por Juana.

SALE FRAY ANTOLIN ALBOROTADO.

Ant. Mucho ha sido defenderme
De tantos.
Juana. ¿Qué es eso, padre
Fray Antolin?
Teod. ¿De qué viene
Tan alborotado?
Ant. Hermana,
Ha dado en pensar la gente,
Que soy santo, desde el punto
Que fray Forzado, mi gefe,
Hizo un milagro á mi costa,
Y he menester esconderme
Por unos dias: ahora,
Cogiéndome de repente,
Con cuchillos y tijeras
Me embistieron mas de veinte.
El hábito me quisieron
Cortar, y por defenderle,
En muslos, piernas y brazos
He sacado seis piquetes
De la refriega.
Fel. ¿Pues cómo,
Con prodigios tan patentes,
No se llegan al padre
Fray Forzado?
Ant. No se atreven,
Porque los atemoriza
Con la vista solamente,
Tanto, que todos se apartan:
No ha habido santo como este
Solo porque no le toquen,
No permite, que le besen
La manga; pero yo creo,
Que el hábito es aparente,
Y aun el cuerpo.
Oct. ¿Y hoy le ha visto?
Ant. No quisiera que él me viese.
Fel. Él fué, Octavia, quien me dijo
Adónde estabas.
Oct. No puede
Fray Forzado haberte dicho,
Que es justo hablarme, ni verme;
Que haberte dicho la casa,
Seria porque supieses,
Como tu intencion ignora,
Que estoy en parte decente,
No para que en ella entráras.
Fel. Confieso que razon tienes.
Pero ya entré, y has de oirme.
Juana. Poco en escucharle pierdes.
Oct. Di; pero en vano te cansas.
(*Hablan los dos.*)
Juana. No digas lo que no sientes.
Teod. ¿Y el padre fray Antolin,
De nuestro santo, qué siente?
Ant. Que me tasa la comida,
Que aunque, sin otros relieves,
Mi racion como y la suya,
Porque él ni come, ni bebe,
Me quedo como en ayunas,
Que mi estómago no enciende
Lumbre para dos raciones;
Y cierto que es cosa fuerte
Quitarle á un hombre el sustento,
Y no debo obedecerle
Contra natural derecho,
Porque yo corporalmente
Por veinte frailes trabajo,
Y es fuerza comer por veinte.
Teod. Pues un pollo le he guardado
Grandecico con que almuerce,
Salpimentado y un bollo,
Que yo amasé con aceite,

Como de libra, y tambien
Media azumbre de clarete.
Ant. Yo necesidad tenia,
Y bien grande ciertamente,
Pero este santo es demonio.
Teod. Pues aquí no hay que temerle,
Que yo cerraré la puerta.
Ant. Aunque la calafatee,
No estoy seguro deste hombre:
Mas los vahidos me tienen
Sin vista: tráigalo, hermana,
(*Vase Teodora.*)
Y venga lo que vinere,
Que un pollo, con un bollito
De una libra, no me puede
Dañar, y es parva materia:
Lejos quedó: cuando llegue,
Ya me habré desayunado.
Oct. Un imposible pretendes.
Fel. Esa es venganza.
Oct. Te engañas.

SALEN TEODORA Y LUZBEL.

Teod. Aquí está, tome.
Luzb. No puede
Este lego reprimirse;
Pero yo haré que escarmiente.
Ant. Ya era mancebito el pollo,
En verdad.
Teod. De cuatro meses:
Para gallo le guardaba.
Ant. ¿Pues si gallinas no tiene,
Para qué gallo queria?
Teod. Para que en casa le hubiese.
Ant. Crie gallinas, que gallo
No le faltará, si quiere.
Teod. Deje las chanzas, y coma,
Por si acaso...
Ant. Yo soy breve,
En cuatro ó cinco bocados
Despacharé.
Luzb. Si pudieres.
(*Asele de los gaznates.*)
Ant. Que me ahogo, que me ahogo.
Teod. ¿Qué es eso, hermano?
Juana. ¿Qué tiene,
Fray Antolin?
Oct. ¿Qué le ha dado?
Ant. Que me mata, suelte, suelte.
Fel. ¿Quién le ha de soltar?
Luzb. Deo gracias:
¿Qué es esto?
Teod. A buen tiempo viene
Su caridad, porque al padre
Le ha dado un mal de repente.
Luzb. Apártense, que no es nadar.
Ant. ¡Qué disimulado viene!
¿Este es santo? lleve el diablo
El alma que lo creyere.
Luzb. ¿Qué ha sido?
Ant. Buena pregunta:
Que con dos hierros ardientes
Me apretaron los gaznates.
Luzb. Pues yo presumí que fuese,
Padre, alguna apoplegía:
Mas para despues se quede.
¿Señor Feliciano, vos
En esta casa?
Oct. Pretende,
Que todo el lugar confirme
Lo que es fuerza que sospeche.
Luzb. Bien escusarlo pudierais,
Pero de cualquiera suerte
No quedará en vuestro honor
El escrúpulo mas leve:
Idos, señor Feliciano,
Que por ahora conviene
No darla disgusto á Octavia.
Fel. En todo he de obedecerle,
Padre, por muchas razones:
Mas mire, que solamente
Por hoy le dí la palabra,
De que estar seguro puede
Ese hombre.
Luzb. Sí, que mañana
No habrá para que se arriesgue.
Fel. ¿Cómo?
Luzb. Nada me pregunte,
Puesto que el plazo es tan breve.
Fel. A Dios, Octavia.
Oct. Él te guarde.
Fel. Siendo tuyo.
Oct. No lo esperes,
Juana. Ella es quien mas lo desea.
Luzb. Id seguro, que no puede
(*A él solo.*)
Dejar de ser vuestra Octavia.
Fel. Vida mi esperanza tiene,
Padre en confianza suya:
Prodigioso santo es este. (*Vase.*)
Luzb. Que estos por santo me tengan,
A mayor rabia me mueve,
Que la opresion que padezco:
Ya, señora Octavia, puede
Disponer de su persona,
Como mejor le estuviere.
Oct. Pues, padre, el intento mio,
Aunque á mi pasion le pese,
Es padecer mientras viva
Con Ludovico, si él quiere.
Juana. En notable tema has dado.

Luzb. Pues Octavia, ¿qué la mueve,
Pudiendo vivir gustosa
Con quien ha querido y quiere?
¿Volver quiere con el hombre
Peor que la Europa tiene?
Juana. ¿Tambien tiene nuestro padre
Su poquito de alcahuete?
Oct. Pagar en algo lo mucho
Que debo á Dios y á la siempre
Virgen...
Luzb. Basta, no prosigas:
Ausilio sin duda es este, *ap.*
Que la guarda, que la asiste,
Y aconseja que lo intente,
Solo para que merezca,
Sin que á ejecutarlo llegue,
Puesto que ya Ludovico
Su fin tan cercano tiene.
Quitarle el merecimiento,
Que en solicitarlo adquiere,
Fácil fuera; mas no puedo,
Pues por tormento mas fuerte,
Lo mismo he de hacer, que hiciera
Francisco.
Oct. ¿Qué se suspende?
Si su caridad acaso
Juzga que no me conviene,
Yo haré lo que me mandáre.
Luzb. El propósito que tiene,
Siento que debo aprobarla,
Y tambien que le fomente;
Y puesto que está resuelta,
Vamos, que el tiempo se pierde.
Oct. ¿Pues quién le ha de hablar?
Luzb. Vos misma.
Oct. ¿Yo, padre?
Luzb. Nada recele,
Que cuida Dios mucho, Octavia,
Del que sus pasiones vence:
Solo al desprecio se arriesga
Dese hombre; mas la conviene
Para su merecimiento,
Que le perdone y le ruegue.
Que otra vez la dé la mano,
Que si ofenderla quisiere:
Orden tengo de que impida
Su impulso violentamente.
Oct. Yo he de obedecerle en todo
Cuanto me mande.
Luzb. Bien puede.
Por ahora.
Juana. Iraste sola.
Luzb. Segura va, no la deje.
Juana. Vamos; pero si te quedas
Con él, á Dios para siempre,
Que yo á Florencia me vuelvo.
Oct. Poco sentirá el perderte,
Quien deja lo que mas quiso,
Por lo que mas aborrece:
Danos los mantos; Teodora.
Teod. Notable corazon tienes.
(*Vanse las tres.*)
Ant. Ahora entra el diablo, y dice:
Luzb. ¿Cómo, si esperiencias tiene
De que nada se me oculta,
No hay órden de que se enmiende?
¿Habiéndole yo mandado
Por obediencia mil veces,
Que en el refectorio coma,
Y beba cuanto quisiere,
Y no en otra parte alguna?
No es fraile quien no obedece;
Mas yo haré, que como á bruto
El castigo le sujete,
Y en una celda encerrado
A comer poco se enseñe.
Ant. Padre, como desde anoche,
Ni aun tripas mi cuerpo tiene,
Con vahídos y desmayos,
Dando por esas paredes,
Entré aquí á desayunarme.
Luzb. ¿Desayuno le parece,
Padre, un bollo de una libra,
Y un pollo de cuatro meses?
Por eso gasta palabras
Ociosas, como indecentes,
Que si un áspero silicio
Sobre las carnes trajese,
Y comiera lo bastante
Para vivir solamente,
No estuviera para chanzas:
Sígame.
Ant. ¿Dónde me quiere
Llevar?
Luzb. Donde inobediencias
Purgue.
Ant. Yo me haré dos fuentes:
Padre, por amor de Dios
Le pido, que no me encierre,
Y por aquella que puso
Sobre la infernal serpiente...
Luzb. Yo lo haré, calle.
Ant. Ya callo.
Luzb. Pero advierta, que no puede
Quedarse sin penitencia;
Dígame, ¿cuál le parece
Que cumplirá?
Ant. Cien azotes,
Como otro no me los pegue.
Luzb. Otra penitencia quiero
Darle yo mucho mas leve:
Venga conmigo á la casa,

Hermano, de ese rebelde
Ludovico.
Ant. ¡Qué, aun porfia
En pensar, que ha de poderle
Reducir!
Luzb. Sí, pero sepa,
Que el postrero dia es este,
Y hemos de hacer el esfuerzo
Mayor, que posible fuere.
Ant. ¿Y hemos de ir, padre?
Luzb. Sí,
Que puede ser que aprovechen
Mas cuatro palabras suyas,
Que cuanto yo le dijere;
Y esta penitencia sola
Le doy.
Ant. Yo lo haré, mas deme
Licencia, de que un cuchillo
De monte en la manga lleve
De tres palmos.
Luzb. ¿Eso dice?
Ant. ¿Pues con qué he de defenderme,
Si me embiste con palabras
Comedidas y corteses?
Luzb. Yo, hermano, le sostituyo
Mi poder, de mi se queje,
Si al instante que le diga
Que se tenga, se moviere,
Aunque esté muy irritado.
Ant. Pues vamos, que de esa suerte
Yo le pondré como un trapo:
Por si este engañarme quiere, *ap.*
Me prevendré de guijarros.
¡Ha padre!
Luzb. ¿Qué dices?
Ant. Que entre
En la penitencia todo,
Y por esta vez dispense,
Para que me dé osadía:
En dos tragos de clarete.
Luzb. Vaya.
Ant. No ha de quedar gota. (*Vase.*)
Luzb. ¡Que en esto Luzbel se emplee!
En buen estado, Criador
De cielo y tierra, me tienen,
Miguel, vuestro capitan,
Y Francisco, vuestro alferez. (*Vase.*)

SALEN LUDOVICO, CELIO, ALBERTO, Y CRIADOS.

Lud. ¿Que el cuerpo no habeis hallado
Desa muger?
Alb. No señor.
Lud. Ese fraile encantador
De secreto le ha enterrado.
Alb. Claro está pues se halló allí,
Que luego la llevaria,
Y sepulcro la daria,
Y te ha estado bien á ti,
Porque ya en Luca estuviera
Público, y teniendo aviso,
A prenderte era preciso,
Que el gobernador viniera
Aunque es tu amigo el mayor.
Lud. Ya yo le tengo avisado,
Y de la causa informado.
Alb. ¡Qué gentil gobernador!
Lud. Desta, y cualquier pretension
De mi parte tengo al juez,
Y me pesa, que otra vez
No pueda mi indignacion
Matarla; pero esta mano
Me acabará de vengar,
Porque no me he de ausentar,
Sin dar muerte á Feliciano.
Ni aun despues pienso ausentarme,
Que en estando averiguada
Mi razon, muy poco, ó nada
Me ha de costar el librarme.
Solo retirarme quiero,
Por no ver á este embaidor,
Hechicero, estafador,
Con capa de limosnero.
Alb. Llamando están.
Lud. Ve advertido,
De que no dejes entrar,
Sino el que á comprar viniere
Los géneros, que no hubiere
En Luca, que han de pagar,
Sobre la falta el deseo;
O los buscarán en vano,
Que si la mitad no gano,
¿Para qué mi hacienda empleo?
Alb. Lo mismo hace con el trigo.
Lud. Avísame de quien es,
Antes que entrada le des.
Alb. Claro está. (*Vase.*)
Cel. Grande castigo
Le ha de dar á este hombre el cielo,
No hay seña en él de cristiano.
Lud. El matar á Feliciano
Me causa mucho desvelo,
Que por ahora ha de andar
Con cuidado y prevencion.

SALE ALBERTO.

Alb. Señor, dos mugeres son,
Las que te quieren hablar,
Y la una, aunque tapada,
De bizarro parecer.

Lud. No me vendrán á traer.
Cel. Ni á pedir tampoco nada
Vendrán.
Lud. ¿Pues de qué lo infieres?
Cel. De que ya desengañados
Están, y aun escarmentados
Los pobres y las mugeres.
Lud. Entren, pues, y cierra luego.
Alb. Buscar quiero á quien servir.
(*Yéndose.*)
Cel. Hoy me pienso despedir.
Lud. Con grande desasosiego
Estoy.
Cel. No hay en la ciudad
Quien, en oyendo su nombre,
No diga que tan mal hombre
No lo tiene el mundo.

VUELVE A SALIR EL CRIADO, Y OCTAVIA Y JUANA TAPADAS, Y DETRAS LUZBEL Y ANTOLIN.

Alb. Entrad.
Juana. Yo estoy tremblando de miedo.
Oct. Mi arrojo ha sido terrible.
Ant. Sin duda estoy invisible:
¡Qué linda cosa!
Luzb. Hable quedo.
Lud. ¿Qué me teneis que mandar?
Oct. Turbada estoy: ¡ay de mí!
¿Si entró fray Forzado?
Luzb. Sí.
Oct. A solas os quiero hablar:
Ya mas animosa estoy. *ap.*
Lud. Idos; ya decir podeis
(*Vanse los criados.*)
Quien sois, y lo que quereis,
Pues ya estoy solo.
Oct. Yo soy. (*Descubrese.*)
Lud. ¡Qué miro! sombra, yo... ¡válgame el cielo!
¡Fantástica vision!
Oct. Pierde el recelo:
No soy vision, no temas.
Lud. Susto ha sido,
Que ni medroso estoy, ni arrepentido
De haberte muerto: si á pedirme vienes,
Que haga bien por tu alma, padre tienes,
A él le toca, y tambien al falso amigo,
Que en mi agravio fué cómplice contigo.
Oct. Viva estoy, no te vengo á pedir nada,
Que aunque la vida me quitó tu espada,
Me la volvió la siempre Virgen pura,
En cuya confianza fuí segura
Contigo ayer, por la inocencia mia,
Y á quien me encomendé, cuando moria.
Clara y distintamente
Afirma, que lo vió fray Obediente
Forzado, á quien confieso agradecida,
Que por su intercesion me dió la vida.
La crueldad te perdono
Por la sospecha tuya, y para abono
De que no te ofendia,
Ni aun la imaginacion de parte mia,
Aunque ya el nudo fuerte,
Que ató la Iglesia, desató la muerte,
Otra vez...
Lud. Cierra los labios,
Y vuelve al pecho la voz,
Que aun antes de pronunciada
Me enfurece tu atencion;
Contigo murió mi afrenta,
Y mi enemigo mayor,
Solo para que viviera,
Por tu vida intercedió.
¿Qué disculpa puedes darme,
Si escucharon tu traicion
De tu boca mis oidos?
Si en el papel que rompió,
La queja que de tu amante
Tenias en un renglon
Partido, vieron mis ojos
Firmado mi deshonor,
¿Cómo, vil muger, te atreves,
(¡Ciego de colera estoy!)
A pronunciar, que otra vez
Vuelva á ser tu esposo yo?
Vete, ó tomará mi agravio
Otra vez satisfaccion,
Y en esa infame criada
Que ayer de mí se escapó,
Por testigo de mi agravio.
Oct. Tu necia imaginacion
Te ha mentido.
Juana. No mentiera,
Si hubiera podido yo.
Lud. Quítate de mi presencia,
Y si estás libre, tu amor
Logre su infame deseo
Con quien primero, que yo,
Te tuvo en sus brazos.
Oct. Miente
Tu infame lengua, que el sol
No llegó á tocar la mano,
Que mi desdicha te dió;
Y aunque á ser mia otra vez
He vuelto en esta ocasion,
Casarme con Feliciano
No le está bien á mi honor.
Lud. Ni al mio, que vuelvas viva.
Luzb. No temas.
Ant. El caso llegó.

Lud. Que no ha de poder Francisco,
Porque de su religion
Soy contrario, conseguir,
Que viva sin honra yo,
Que á su pesar...
Juana. Celio, Alberto.
Ant. ¿Llegó?
Luzb. Sí.
(*Al querer sacar la daga, se pone en medio Antolin.*)
Ant. Téngase á Dios,
Que es justicia de justicias.
Juana. Como un mármal se quedó.
Luzb. En esa iglesia me espere:
Que ya con todo cumplió.
Juana. Presto.
Luzb. No hay que apresurarse.
Juana. Lindamente sucedió.
Oct. Jamas me vi tan gustosa.
(*Vanse las dos.*)
Ant. ¿Qué mira? ya se afufó.
Lud. ¿Pues cómo tú...
Ant. Como sí,...
(*Como embelesado.*)
Lud. No has temido?
Ant. Como no,
Que el poder, que fray Forzado
Tiene, en mi sostituyó.
Estése quedito, y oiga
Con paciencia y atencion
Mis elocuentes palabras;
Este lo mismo que yo,
Sabrá de Letras Sagradas.
Lud. Soñando sin duda estoy.
Ant. Dé limosna á son Francisco,
Cíñase con su cordon,
Que él le meterá en cintura
Su estomagado rencor.
Si no, con su escapulario,
Que como estomaticon,
Le desvalague, ó componga,
Como dijo Agamenon,
Mire, que son sus doblones
Los cabellos de Absalon,
Y que el demonio por ellos
Le ha de asir: deje que el sol
Los vea, pues son sus hijos.
Dé limosnas á trompon
Para los pobres, que él hizo:
Funde un hospital, ú dos,
Y case veinte doncellas,
Que ya por él no lo son.
Haga todo lo que digo
Luego al punto, que si no,
Se irá tan derecho al cielo,
Como el que de allá cayó,
Y se lo ahorrará de misas,
De sepultura y clamor,
Que segun su santa vida,
Y buena disposicion,
No tendrá sobre su entierro
La parroquia un sí, ni un no.
Lud. Lego vil...
Ant. Téngase, digo,
Porque soy mucho peor,
Que fray Forzado.
Lud. Mi rabia
Es ya desesperacion.
Ant. Vomite todos los yerros
Que su avestruz ambicion
Se ha tragado, y descalabre
Con ellos á un confesor;
Con un guijarro como este
(*Saca de la manga un guijarro.*)
(No es mala la prevencion
Por si me embiste de golpe)
El gran cardenal doctor
Se sacudia los huesos,
Porque la carne voló
Como el cútis, ó pellejo
El desierto le dejó
Pergamino, aunque arrugado:
Sonaba como un tambor.
Luzb. No diga mas desatinos,
Aparte.
Lud. Un frio sudor
Se ha esparcido por mis venas.
Ant. ¿Porqué no me le dejó?
Luzb. Calle, que es un loco, vaya,
Y diga al guardian, que yo
En esta casa le espero,
No se detenga.
Ant. Ya voy:
Mas su caridad advierta,
Que es mia la conversion
Deste hombre, que ya le dejo
Mas blando que un algodon. (*Vase.*)
Lud. Mágico, demonio, ó santo,
Que en mi determinacion
Todo es uno, ¿qué te importa,
Que yo me condene, ó no?
Luzb. Siendo santo, me importára
Mucho dar un alma á Dios:
Mas siendo demonio, nada,
Que ni tu condenacion
Me está mejor, el salvarte
Me pudiera estar peor.
Muchas veces, Ludovico,
Sin poderlo escusar yo,
Te he dicho, que te enmendases,
Y que advirtiese tu error,
Que el término de tus culpas

Se acercaba, ya llegó:
Suplica de la sentencia,
Pide espera.
Lud. El corazon
Se quiere salir del pecho.
Luzb. ¿Qué aguardas? pídele á Dios
Con ansias, que te dé tiempo.
Lud. No pueden tener perdon
Mis culpas.
Luzb. No desconfies,
Que esa es la culpa mayor,
Que cometen los mortales:
Ponle por intercesor
A Francisco; y porque empiece
A ser tu amigo desde hoy,
Y en su amparo te reciba,
Dale limosna.
Lud. Eso no.
Luzb. Mira, que despues de aquella
Poderosa intercesion
De la siempre Virgen Madre,
No hay otra alguna mayor
Para el juez divino: mira,
Que por ser su opuesto yo,
Me ha dado el mayor castigo,
Que caber pudo en quien soy.
Pídele, pues, que interceda
Por tí, que puede con Dios
Tanto, que es de sus devotos
Raro el que se condenó.
Él hará que te dé tiempo:
Pídele su proteccion,
Y á granjearle comienza:
Dale limosna.
Lud. Eso no:
En llegando á dar limosna
A Francisco, olvido á Dios.
Luzb. Pues mira, que solo tienes...
Lud. No has de causarme temor.
Luzb. Un breve instante de vida.
Lud. Eso acredita, que son
Engaños tus persuasiones:
Jamas me sentí mejor.
Luzb. ¿Señor, es ya tiempo?
Mig. (*dentro*). Sí.
Luzb. Rebelde, vil pecador
(*Llegándose.*)
Racional, fiero retrato
Mio, por opuesto á Dios,
Tu castigo llegó: baja
Adonde en llama feroz,
Que ni fulmina, ni alumbra,
Seas eterno carbon.
Lud. ¡Ay de mí! (*Húndese.*)

Luzb. ¡Y ay de cuantos
Son ricos con el sudor
De los pobres! Ya Luzbel
Vuestras órdenes cumplió,
Criador de cielo y tierra:
Ya tiene la fundacion
Principio dese convento,
Que mi obediencia labró:
Ya es en Luca, con estremo,
General la devocion
Con estos frailes: ¿qué falta
Para que deje, Señor,
Este sayal, que aborrezco
Tanto como le amais vos?
(*Baja en una tramoya san Miguel.*)
Mig. Luzbel, para que sacudas
El yugo de tu opresion,
Falta que á los pobres vuelvas
Lo que á los pobres quitó
Ese miserable bruto.
Luzb. ¿Pues cómo he de poder yo?
Mig. No repliques, que bien puedes,
Pues Dios te da permision:
Y mira, que solamente
Persigas la religion
De Francisco en lo que á todas,
Pero en su alimento no. (*Vuela.*)
Luzb. En lo que mas les importa
Podré vengarme: Astarot,
Del infeliz Ludovico
Toma luego forma y voz,
Para ejecutar el órden,
Que tengo del Hacedor
Eterno.
(*Vuelve á subir por donde se hundió el mismo Ludovico.*)
Lud. Ya obedecido estás.
Luzb. Miguel me ordenó,
Que primero que sacuda
El yugo de mi opresion,
Vuelva á los pobres de Luca
Todo cuanto les quitó
El mísero Ludovico;
Y porque el gobernador
No lo impida...
Lud. Ya te entiendo.
Vamos á la ejecucion.
Luzb. Pues por la ciudad á un tiempo
Lo publique una region
De las muchas de quien eres
Capitan, porque á tu voz
Acuda el pueblo.
Lud. Bien dices.
Luzb. Entra, y desde ese balcon
Los llama. (*Éntrase Ludovico.*)

Lud. Pueblo de Luca,
Ya mi crueldad se trocó
En lástima; venid todos;
Pobres, llegad, que otro soy.

SALEN ALBERTO, Y CELIO.

Luzb. Ya se juntan.
Alb. ¿Padre mio
Qué es aquesto?
Luzb. Obra de Dios,
Quiere repartir su hacienda.
Cel. Pues advierte, que á los dos
Nos debe muchas raciones.
Luzb. Yo os daré satisfaccion. (*Vase.*)
Alb. Todo el pueblo se ha juntado.
Cel. Ya viene el gobernador.

SALEN EL GOBERNADOR Y CRIADOS.

Gob. ¿Qué es esto? ¿quién ha causado
Tan grande alboroto?
Lud. Yo.
Gob. ¿Pues qué intentais?
Lud. Que á los pobres
Vuelva lo que mi rigor
Les ha usurpado.
Gob. ¿Mas cómo
Entre tanta confusion
De gente será posible?
Lud. ¿No lo veis? (*Mira adentro.*)
Gob. ¡Válgame Dios!
Fray Forzado lo reparte.
Lud. Con una legion *ap.*
De espíritus, que le asiste.

SALEN EL GUARDIAN, Y ANTOLIN.

Ant. Yo fuí quien le convirtió.
Guard. Calle, que no es Ludovico
El que mira.
Ant. ¿Cómo no?
¿Pues estoy yo ciego, Padre?
Gob. ¡O padre guardian!
Guard. Señor.
Gob. ¿Qué dice de una mudanza
Tan rara?

SALEN LUZBEL, FELICIANO, OCTAVIA, Y JUANA.

Fel. Sin vida estoy.
Luzb. No tema, que Octavia es suya.
Gob. Señora, á buena ocasion
Venis.
Oct. La desdicha mia *ap.*
Está mudanza causó.
Luzb. Ya tengo, padre guardian,
(*Llegándose á él.*)
De dejarlos permision.
Guard. Pues di quién eres, y vete,
Sin que les causes horror,
Que á todo el pueblo mañana
Referiré el caso yo.
Gob. Ludovico, mi señora
Octavia...
Luzb. Gobernador,
No prosigas, que ni es este
Ludovico, ni soy yo
El que habeis pensado.
Gob. ¿Cómo?
Luzb. Aunque está sin bendicion,
(*Quítase el hábito.*)
Quitarme el hábito es fuerza,
Que de disfraz me sirvió:
Primero que os desengañe,
Escuchadme sin temor.
Al infeliz Ludovico
Vivo la tierra tragó;
Y porque tú no pudieras
Impedir la ejecucion
De restituir su hacienda,
Su misma forma tomó,
Con órden mia, este impuro
Espíritu; Luzbel soy,
De limosnero he servido,
Por mandamiento de Dios,
A los hijos de Francisco,
En pena de que fuí yo
De negarles el sustento
Esta ciudad el autor.
El guardian, que está presente,
A quien Dios lo reveló,
A todo el pueblo mañana
Referirá en su sermon
El suceso mas de espacio.
Ya, entre tus hijos y yo,
Francisco, cesó la tregua:
Ya vuelvo á ser tu mayor
Contrario: mira por ellos,
Que si en su alimento no,
En perturbar su virtud
Se ha de vengar mi rencor. (*Húndese.*)
Guard. ¡Raro prodigio!
Fel. ¡Espantoso!
Guard. De todo testigo soy.
Oct. No estoy en mi de asustada.
Juana. ¡Buen santo!
Ant. ¡Qué fuese yo
Compañero del demonio!

Guard. Sí, mas como santo obró.
Fel. Ya no hay estorbo que impida,
Octavia, mi pretension.
Oct. Deja que pierda primero
Desta desdicha el horror,
Que en fin fué mi esposo.
Gob. Es justo.
Fel. No puedo negarlo yo.
Ant. En las jornadas del cielo
Hallará, sin distincion,
Este caso el que lo dude:
Merezca, si os agradó,
Por estraño y verdadero,
Ya que no aplauso, perdon.

FELIPE IV,

LA TRAGEDIA MAS LASTIMOSA,

EL CONDE DE SEX.

Atribuyendo esta tragedia a Felipe IV, no hemos hecho mas que seguir la opinion general, si bien no fundada en documentos seguros. Se sabe que Felipe IV se entretenia en componer comedias de repente con los principales poetas de su tiempo, á quienes reunia con frecuencia en su corte del Buen Retiro; pero no creemos que se sepa con certeza que tal ó cual comedia es suya. Jovellanos le atribuye la titulada *Dar la vida por su dama*; se tienen tambien por suyas la titulada *Lo que pasa en un torno de monjas* y la que insertamos á continuacion, pero no sabemos si con bastante fundamento. No falta quien asegura que todas las que andan impresas sin mas señas que *Por un ingenio de esta corte*, son de Felipe IV, pero esto es evidentemente falso. Aun de las que mas comunmente se le atribuyen hay que rebajar la parte debida á la cooperacion de otros poetas, porque, como ya hemos dicho, S. M. no trabajaba solo, sino ayudado por la flor de los ingenios de su corte, proponiéndoles un asunto y repartiendo entre ellos los papeles secundarios, reservándose naturalmente para sí el principal. Con este motivo recordamos haber leido una anécdota bastante curiosa: reunidos un dia en palacio varios poetas, propuso el rey por asunto de una comedia la creacion del mundo, y dió el papel de Adan a Calderon, quedándose S. M. con el de supremo Hacedor. Comenzó la improvisacion, y como diese Dios algunas señales de impaciencia al oir una larguísima relacion de Adan sobre las bellezas del paraiso terrenal, preguntóle el gran poeta *¿qué tenia?* — ¿Qué he de tener? respondió el rey, arrepentimiento de haber criado un Adan tan hablador *.

La muerte del conde de Esex, Roberto de Evreux, ha sido el argumento de varias tragedias inglesas y francesas, siendo de notar entre estas últimas la de La Calprenède, que se representó en 1638 y la de Tomas Corneille, hermano del gran poeta de este nombre, que se publicó en 1678. Igualmente ha dado asunto á multitud de novelas; pero fundándose tanto estas como las tragedias sobre el mismo argumento, en un supuesto amor de Isabel de Inglaterra al conde de Esex, todas ellas pecan no solo contra la historia sino hasta contra la razon natural, pues cuando la reina empezó á dispensar su privanza al conde, tenia la respetable edad de cincuenta y ocho años. El motivo de su privanza fué bastante singular: — paseando un dia la anciana reina por el parque de uno de sus palacios, llegó á un lodazal en el que hubiera tenido que mancharse los piés, si el conde de Esex no hubiese echado sobre él á guisa de alfombra su capa bordada de oro, rasgo de galanteria que por exótico é inaudito le valió grandes mercedes, y con el que un chispero de Lavapiés ó un gitano de Triana hubieran logrado apenas una mirada, el primero de su manola y el segundo de su maja. Verdad es que en nuestra España el que tira su capa al suelo no se espone por lo comun mas que á llenarla de polvo y que en la nebulosa Albion, las resultas de semejante obsequio, por poco que se repitiera, podrian ser mas desastrosas.

Solo su trágico fin ha podido dar al conde de Esex cierta celebridad, pues fué ciertamente un personage muy vulgar. Enviado en 1599 con un ejército de mas de veinte

* Otros atribuyen este dicho á un poeta catalan, el cura de Vallfogona, cuyas obras serias se han perdido, (se dice que las quemó un criado por inadvertencia) y de quien solo quedan algunos escritos obcenos, que se han hecho rarísimos. Esta segunda version anda muy valida en Cataluña. Los versos á que se refiere la anécdota son estos:

Adan. ¿Y vos qué decis, Señor?
Dios. Que me pesa haber criado
Un Adan tan hablador.

mil hombres contra los irlandeses, fué derrotado miserablemente; empeñado luego en una conspiracion mal tramada contra la reina su bienhechora, tuvo la bajeza de descubrir á todos sus cómplices. Fué condenado á muerte y la reina firmó su sentencia.

Poco podriamos decir de la tragedia del *Conde de Sex*; tiene interes y buenos versos. Creemos que nuestros lectores la leerán con gusto.

Esta composicion es una prueba del ningun respeto que tenian nuestros antiguos poetas á las distinciones de géneros establecidos por los preceptistas. El autor le da el nombre de *comedia*, y su primer título es *la Tragedia mas lastimosa*.

PERSONAS.

El conde de SEX.
La reina DOÑA ISABEL.
BLANCA.
FLORA.
ROBERTO.
El Senescal.
Un Alcaide.
El duque de ALANZON.
COSME.
Criados.

JORNADA I.

Disparan dentro una pistola, y dice ROBERTO.

Rob. Muere, tirana.
Isab. ¡Ah traidores!
Rob. Así vengo los agravios
Que has hecho á mi sangre.
Isab. ¡Ah cielo!
Rob. Esta espada, por si acaso
Mintió el golpe de la bala,
Tiña tu pecho.
Conde. ¡Ah villanos!
Eso no; yo lo defiendo.
Rob. ¿Qué intentas, hombre?
Conde. Mataros.

Sale COSME.

Cosme. Ruido de armas en la quinta,
Y dentro el conde, ¿qué aguardo,
Que no voy á socorrerle?
¿Qué aguardo? lindo recado,
Aguardo á que quiera el miedo
Dejarme entrar; pues yo gasto
Linda flema, si así espero,
Bien socorreré á mi amo.
Conde. No huyais, cobardes traidores.
Cosme. Aqueste es el conde.
Rob. Huyamos,
Que se alborota la quinta.

Salen ROBERTO y otro con mascaras.

Cosme. ¿Quién va?
Rob. Nadie impida el paso,
Que le meteré dos balas.
Cosme. Con mucho menos, hay harto.
Otro. ¿Quedó muerta?
Rob. No lo sé.
¡Qué ocasion se ha malogrado! (*Vanse.*)

Salen el conde de SEX y la Reina, en enaguas y almilla, a medio vestir, y cubierto el rostro con una mascarilla.

Conde. Huyeron, ¿estais herida?
Isab. No, buena me siento, erraron
El golpe.
Conde. Pues yo los sigo.
Isab. No los sigais mas; dejadlos.
Conde. ¿Porqué?
Isab. Temo vuestro riesgo.
Conde. Mucho os debo.
Isab. En esto os pago
Agora, mas otra dia...
Conde. Qué?
Isab. No puedo declararos
Mas ahora, porque temo
Que de la reina en el cuarto
Se haya sentido el ruido,
Y hallarme será gran daño
Aquí en tal trage; idos presto.
Conde. Yo os obedezco.
Isab. Esperaos,
¿Qués? ¡es sangre! ¿qué estais herido?
Conde. Herido estoy en la mano,
Aunque poco.
Isab. Pues tomad
Aquesta banda, apretaos

La herida.
Conde. Es grande favor.
Isab. No es favor, pero pensadlo,
Si os está bien que lo sea,
Que en lance tan apretado,
La necesidad dispensa
Lo que prohibió el recato.
En todo parece al conde; *ap.*
¿Mas cómo, si no ha llegado
De la guerra? amor le ofrece
A la vista antojos vanos.
Conde. ¿Conoceisme?
Isab. Aquesa banda
Señal para hacer buscaros
Será, y á Dios, que yo estoy
En grande riesgo, si acaso
Sabe la reina este esceso;
Y así el secreto os encargo
De todo.
Conde. Yo lo prometo.
Isab. ¿Si me ha conocido acaso? *ap.*
¿Mas quién dirá que yo estoy
En hábito tan humano? (*Vase.*)
Conde. ¿Hay confusion mas estraña?
Cosme. ¿Qué es esto?
Conde. ¿Quién es?
Cosme. El diablo;
Cosme que ha tenido un miedo
Que puede valer por cuatro.
Conde. ¿Cosme, viste salir tú
Dos hombres enmascarados
Por aquí?
Cosme. Escuchen la flema,
Pues de aqueso es mi trabajo;
Pero dime, ¿qué muger
Es esta que hemos soñado
Entre los dos?
Conde. No lo sé.
Cosme. ¿Pues qué has visto?
Conde. Todo cuanto
He visto, ha sido una enigma.
Cosme. ¿Y los hombres que pasaron
Por aquí, quién son?
Conde. No sé.
Cosme. ¿Pues qué infieres desto?
Conde. Un rato
Escucha, yo te diré
Lo que he sabido del caso.
Ya sabes como venimos
De la guerra, y que llegando
Los dos esta tarde á Lóndres,
Supimos que este verano
La reina, por unos dias,
Para divertir cuidados
Del gobierno, se ha venido
A aquesta casa de campo,
Que está dos leguas de Lóndres,
Y es de Blanca, sol bizarro,
Que es blanco de mis finezas,
Y yo lo soy de sus rayos.
Cosme. Ya sé que tú, por cumplir
Las leyes de enamorado,
Veniste á ver encubierto
A Blanca hermosa, fiado
En la llave desta puerta,
Que en otro tiempo dió paso
Mil veces á tus deseos,
Cuando esta quinta, teatro
Fué de tan finos amores,
Antes que entrase en palacio
Blanca á servir á la reina;
Sé que te quedé esperando;
Sé que te entraste allá dentro,
Que hubo arcabuz y embozados;
Sé que tuve todo el miedo
Que poder tiene un cristiano,
Y esto es lo que sé mas bien,
Porque lo estoy estudiando
Desde el dia en que nací;
Y pues esto no es del caso,
Dime lo demas.
Conde. Pues oye,
Cosme, lo que has ignorado.
Entré en la quinta, cuya oculta puerta
Al mas pequeño impulso la hallé abierta;
La novedad admiro,
Empiezo á caminar por el retiro
De una verde espesura,
Que hasta venir la noche me asegura.
Pasa por esta quinta conducido
Un descuido del Támesis florido,
Líquido desperdicio, ó vena breve,
Por donde el rio se sangró de nieve,
Descaminada plata,
Que en senda cristalina se desata,
O fugitivo aljófar transparente,
Que callado se huyó de la corriente.
Este pues, valle undoso,
Divide al sitio ameno,
Tan denso y intrincado,
Que la greña frondosa
De su crespo cabello enmarañado,
Soplando airado, ó lento,
Con gran dificultad la peina el viento.
Por este pues camino,
Siéndome siempre el rio cristalino,
Cuando el tino se pierde,
Hilo de plata en laberinto verde.
A pocos pasos, advertido, siento
En el agua ruido,
Hago el exámen, arbitro el oido,
Nada averiguo así, por mas que atento

En informarme insista,
Recojo la atencion, para la vista,
Ella penetra ramas, y yo veo
(Escucha lo que ví, que aun no le creo)
Una muger divina,
Reclinada en la márgen cristalina,
Quitarse descuidada,
Azul cendal, la media nacarada;
Negros despues coturnos al pié breve,
Que primavera errante flores llueve.
Las dos colunas bellas
Metió dentro del rio, y como al vellas
Ví cristal en el rio desatado,
Y ví cristal en ellas condensado:
No supe si las aguas que se vian,
Eran sus piés, que líquidos corrian,
O si sus dos colunas se formaban
De las aguas que allí se congelaban.
Al hermoso cabello, suelto al viento,
En quien con manso aliento
El céfiro lascivo se abrigaba,
El agua licenciosa salpicaba,
O fué lisonjearla el cristal frio,
O envidiosas las ninfas de aquel rio,
Pensando que estuviera menos bello,
Le encanecieron parte del cabello.
Quise ver si su rostro conformaba
Con lo demas, y cuando verle piensa
Mi curiosa atencion, halló defensa,
Que de negro cendal pudo encubrilla
El medio rostro, media mascarilla,
Dejando libre con beldad no poca,
Lo que hay desde la barba hasta la boca:
Advertido recato,
Que aunque pensó que nadie la miraba,
Quiso al agua encubrir el rostro, el rato
Que se juzgó indecente,
Porque no lo parlára la corriente.
Yo, que al principio ví, ciego y turbado,
A una parte nevado,
Y en otra negro el rostro.
Juzgué, mirando tan divino monstro,
Que la naturaleza cuidadosa,
Desigualdad uniendo tan hermosa,
Quiso hacer por asombro, ó por ultraje
De azabache y marfil un maridaje.
Tan hermosa en efeto parecia
Con la nube que el rostro la cubria,
Que como la miró desde su esfera,
Por imitarla en algo si pudiera,
Antes de despeñar al mar su coche,
El sol se cubrió el rostro con la noche.
Quiso probar acaso,
El agua, y fueron cristalino vaso
Sus manos, acercólas á los labios,
Yentonces el arroyo lloró agravios:
Y como tanto enfin se parecia
A sus manos aquello que bebia,
Temí con sobresalto, y no fué en vano,
Que se bebiera parte de la mano.
Llegó la noche en fin, salió del rio,
Y delgado cambray tapó el rocío
De las dos azucenas,
Envidiando á las flores las arenas,
Viendo que ha de pisarlas;
Y luego en acabando de enjugarlas,
A cubrir empezó sus dos colunas,
Con dos nubes de nácar importunas:
Adorno suele ser, pero ¿quién duda
Que era mayor adorno estar desnuda?
En esto ruido siento,
Oigo una voz decir: muere, tirana,
Dizpara un arcabuz su bala al viento;
Túrbome yo de ver que la profana,
Ella cae en las flores de repente,
Y todo fué tan indistintamente,
Que empezaron á obrar á un tiempo mismo,
Ruido, voz, bala, susto y parasismo;
Dos hombres, dos traidores,
El rostro infame, cada cual cubierto,
Por si le ha errado el arcabuz incierto,
Sacaron los aceros vengadores
Contra su pecho; entonces yo ligero
Llego, y hágome blanco de su acero,
Riño con ellos, huyen recatados,
De mi valor y su traicion turbados.
Yo los sigo, ella en sí restituida,
Teme en seguir los riesgos de mi vida:
Con recelo me habló, ya tú lo oiste,
Esta banda me dió, ya tú lo viste,
Fuése, no sé quién es; solo he sabido
Que esta muger, que enigma ha parecido,
Quizá en mi corazon hubiera entrado,
Si Blanca algun lugar le hubiera dado;
Mas como tanto amor le viene estrecho,
No consiente otro huésped en el pecho.

Cosme. Notable suceso ha sido.

Conde. Ven acá.

Cosme. ¿Qué?

Conde. Discurramos;
¿Quién será aquesta muger?

Cosme. La muger del hortelano,
Que se lavaba las piernas.

Conde. Necio, de veras te hablo.

Cosme. Pues yo de veras lo digo.

Conde. Dos hombres enmascarados
Tener llave de la quinta,
Atreverse á entrar estando
La reina en ella, no es
De poca importancia el caso.

Cosme. Pues será alguna mondonga,
Con algun honrado hermano,

Que venga á vengar su honor.
Conde. Mira que estás muy cansado.
Cosme. ¿Pues quién quieres tú que sea?
¿Por fuerza ha de ser milagro?
¿Viste tú mas que unas piernas
Y un rostro muy bien tapado?
Detras de una máscarilla
Pudo estar Arias Gonzalo,
La Monja Alférez Elvira,
Y la moza de Pilatos.
Conde. Necio, el arte y el aseo,
El modo de hablar, el garbo
Arguyen nobleza en ella.
Cosme. Pues ya que notaste tanto,
¿No pudiste conocerla
En la voz?
Conde. No, porque hablando
Con turbacion no es posible;
Fuera de que es necio engaño
Pensar que entre tantas damas
Como tiene en el palacio
La reina, en la voz se pueda
Conocer aquesta.
Cosme. Es llano,
Y mas quien ha estado ausente.
Conde. Ya es muy tarde, Cosme, vamos.
Cosme. ¿No has de entrar á ver á Blanca?
Conde. No, que estará con cuidado,
Si acaso oyeron el ruido,
Y no es bien que sin recato,
Si me ven, eche á perder
Un amor de tantos años.
Cosme. Vámonos pues.
Conde. Blanca mia,
Perdona si me ha estorbado
De hablarte esta noche y verte,
Un suceso tan estraño,
Que mañana irá mi amor
Ciego á tus divinos rayos
A ser salamandra ardiente
De tus ojos soberanos. (*Vanse.*)

Salen FLORA y el duque de ALANZON.

Duque. ¿Qué hace Blanca?
Flora. Está vistiendo
A la reina.
Duque. Yo he venido
A su cuarto, conducido
Deste mal que estoy sintiendo,
Para hablarte en mi cuidado,
Pues eres tú la tercera
De mi amor.
Flora. En vano espera
Vuestra alteza ser pagado.
Duque. ¿Pues qué dice, cuando amante
Por ella el pecho suspira?
Flora. Como ella á casarse aspira,
Vuestra alteza no se espante,
Que habiendo tanta distancia,
Tema poner su aficion
En un duque de Alanzon,
Hermano del rey de Francia;
Y así ingrata corresponde,
Que aunque es de tan alta esfera,
Vos sois mas. ¿Quién le dijera *ap.*
Que es porque ella quiere al conde?
Duque. Yo vine, como sabrás,
Con color de una embajada
A Lóndres, que mi jornada
No fué hacer paces, que mas
Fué á tratar mi casamiento
Con la reina, y tanto gano,
Que á Lóndres el rey mi hermano
Me envió para este intento.
Y aunque esto está en buen estado
Con los grandes y la reina,
Blanca, que en mi pecho reina,
Hoy me da mayor cuidado.
Este papel le has de dar;
Pero yo tengo de ver,
Si este gusto me has de hacer...
Flora. En todo puedes mandar.
Duque. Lo que al leerle responde.
Flora. ¿Cómo?
Duque. Ocultándome aquí.
Flora. Mire tu alteza...
Duque. Por mí
Has de hacer aquesto, ¿dónde
Me entraré? y pues soy cautivo
De la causa de mi pena,
Quítame tú esta cadena.
Flora. ¡Qué lindo madurativo!
Ablandaré á tal porfía:
Pues lo quiere vuestra alteza,
Éntrese en aquesta pieza,
Que sale á una galería.

Escóndese el Duque, y salen BLANCA y COSME.

Blanca. Vuélveme á dar mil abrazos.
Cosme. Bástame besar tus piés,
A mí, señora, despues
Merezca el conde tus brazos:
Porque no te diese susto
El verle entrar de repente,
Porque inopinadamente
Suele dar la muerte un gusto,
Yo me adelanté, y él llega.
Flora. El conde viene, ¡ay de mí! *ap.*
Y como el duque está aquí,

Ha de escuchar (yo estoy ciega)
Cuanto pasa en sus amores:
Quiérolo así remediar:
Tu alteza se puede entrar (*al duque.*)
Un rato á ver los primores
Que esa hermosa galería
En tantas pinturas tiene,
Porque una visita viene
A ver á Blanca, y sería
Cansancio estaros aquí;
En yéndose avisaré
A tu alteza.
Duque. Así lo haré.
Flora. Pues á Dios, bien está así.

SALE EL CONDE.

Conde. Nunca creí que llegára
Esta dicha.
Blanca. Dueño mio,
Solenicen hoy mis brazos
La dicha de haberte visto;
¿Vienes bueno?
Conde. Ya lo estoy,
Que hasta aquí solo he venido
A cuenta de la esperanza
De ver tus ojos divinos.
Blanca. ¡Ay, conde, lo que me cuestas!
Conde. ¿Sabes, Blanca, lo que digo?
Que le agradezco á la ausencia
El haberme suspendido
La gloria de estarte viendo,
Porque ahora mas lo estimo.
Bien haya la ausencia, Blanca,
Bien haya amen, pues me hizo,
Solo con darme el tormento,
Mas despierto en el alivio.
Blanca. Yo, conde, solo con verte,
Como siempre, ¿mas qué digo?
Infórmate tú del pecho,
Pues en él has asistido,
Y no limite la lengua
Un amor que es infinito,
Ni las finezas de un alma
Eche á perder un sentido.
Conde. ¿Qué hiciera yo por pagarte?
Blanca. Si eso, conde, has pretendido,
Ya tengo con que me pagues.
Conde. ¿Pues qué dudas, Blanca? dilo.
Blanca. Una merced has de hacerme.
Conde. Merced, Blanca, ¿en qué te sirvo?
Blanca. Mira que te fio el alma.
Conde. Ya, señora, estoy corrido.
Blanca. Eres mi dueño.
Conde. Tu esclavo.
Blanca. ¿Soy tu esposa?
Conde. Eres bien mio.
Blanca. ¿Quiéresme mucho?
Conde. Te adoro.
Blanca. Pues en fe deso que has dicho,
Salios todos allá fuera, (*Vanse.*)
Y escucha tú.
Conde. Ya se han ido,
¿Qué querrá Blanca?
Blanca. Ya sabes,
O conde de Sex invicto,
Que me serviste tres años,
Y que al fin mi pecho esquivo
Labrar se dejó, aunque bronce,
Al buril de tus suspiros,
Pues que con la fe y palabra
Que me diste de marido,
Te hice dueño de mi honor,
Y que no nos atrevimos
A casarnos, por mi padre
Y mi hermano, que enemigos
Fueron siempre de tu casa.
Conde. Todo, Blanca, lo he sabido,
Y que ya despues de muertos
Tu hermano y padre, quisimos,
Dándole cuenta á la reina,
Casarnos, cuando Filipo
Segundo, español monarca,
Contra Ingalaterra hizo
La armada mayor, que nunca
Con pesadumbres de pino,
La espalda oprimió salobre
De aquese monstruo de vidro:
Y que á mí la reina entonces
He envió con sus navíos
A procurar resistir
Tan poderoso enemigo.
Por esto no pude entonces
Casarme, agora he venido
De la empresa, y á la reina
Pediré á sus piés rendido,
Que me case.
Blanca. Pues supuesto
Que es verdad lo que me has dicho,
Y que mis males te tocan
Ya como los tuyos mismos,
Bien podré seguramente
Revelarte intentos mios,
Como á galan, como á dueño,
Como á esposo y como amigo.
La reina de Ingalaterra
Isabela, que ha tenido
Siempre suspensa á la Europa,
Con fuerza, ó con artificio,
Prendió á María Astuarda,
Reina de Escocia, y archivo
De virtudes y belleza,
Por unos falsos indicios.

Creyó Isabela, y creyeron
De Isabela los validos,
Que María fomentaba
En secreto los disinios
De rebeldes conjurados;
¡ Qué engaño para creido !
Llamó Isabela á la reina
A su corte, y ella vino,
Bien como al traidor reclamo
Sucle incauto pajarillo
Venir improvisamente,
Festejando su peligro,
A ser despojo sangriento
De cazador enemigo.
Mi padre, que muchos años
Estuvo en los tiernos mios
Con la embajada en Escocia,
Siempre se inclinó al servicio
De María y de aquel reino,
Y yo con el amor mismo,
Cuando nací me crié
Con la reina, y le ha debido
Mi amor muchos agasajos,
Y no pocos beneficios.
Con esto á mi viejo padre
Y á mi hermano Ludovico,
Por cómplices y traidores
Los meten en un castillo,
Solo porque la inocencia
De la reina no han querido
Perseguir como los otros,
Solo porque el hecho indigno
No apoyaron como nobles,
Solo porque siendo amigos
De la virtud y inocencia,
Ser parciales no han fingido
De la malicia : ¡ oh, mal haya
Mil veces, mal haya el siglo
En que para conservarse,
Porque es monarca el delito,
Ha menester la virtud
Ser hipócrita del vicio !
En fin, conde, en fin, señor,
¡ Con qué lástima lo digo !
Tiñendo en sangre la reina
Aquel infame cuchillo,
Noble víctima inocente,
Fué de injusto sacrificio;
Bella flor, que de la noche
Se defendió en su capillo,
De ignorancias del arado
Probó los groseros filos;
De atrevimiento villano
El antojo inadvertido,
Violar pudo honesta rosa,
Que aun se recató al rocío.
Falleció blanca azucena,
De quien se copió el armiño
A los hielos del enero,
O á los rayos del estió.
Dejóse ahajar de una mano
Deshojado clavel fino,
Y pisar de errante huella
Destroncado hermoso lirio.
Porque muriendo la reina
Al arado, al pié, al cuchillo,
Al antojo, hielo y mano,
Murieron en el suplicio
Juntos flor, víctima, rosa,
Clavel, azucena y lirio.
Tambien mi padre y mi hermano,
Por no estar bien convencidos,
Murieron de la prision
Al lento y sordo martirio.
Pero enfin, como traidores,
Quedaron destruïdos
De su hacienda y de su estado,
Y hasta Roberto, mi primo,
Por pariente de mi padre,
Que no por otro delito,
Huyó del riesgo, y sin esto
Vive en Escocia escondido.
Yo, en venganza de la reina,
Del hermano y padre mio,
Irritada, y persuadida
(Que tambien está ofendido)
Del noble conde Roberto
Mi primo, me determino
A dar la muerte á esta fiera :
Y quizá por su destino,
O por justicia del cielo,
Venirse ella misma quiso
A mi quinta algunos dias :
Yo en fin á Roberto escribo :
Que venga en secreto á darle
La muerte, que el tiempo, el sitio,
El asistirla yo siempre,
Y estar desapercebidos,
Daban ocasion bastante
Para lograr sus designios.
Vino, y esperó ocasion
Unos dias escondido,
Y ayer bajando Isabela
Sola á los jardines, dijo
Que no hubiese nadie en ellos,
Y yo á Roberto le aviso
Entonces, dejando abierta
De la quinta el un postigo.
Disparóle una pistola
Al tiempo que de unos mirtos
Salió un hombre á socorrerla,
Y él, por no ser conocido.

Si al ruido acudiese gente,
Se fué, dejando perdidas
A un tiempo, ocasion, venganza,
Esperanzas y designios.
Yo, el corazon lleno de ira,
En rabia el pecho encendido,
Ardiendo en venganza el alma,
Y en cólera el rostro tinto,
Pues son tuyos mis agravios,
Y tuyos aun mas que mios,
Como á esposo, como á dueño,
Como á señor y marido,
Hoy á tu valor apelo,
Mi venganza á tí te fio,
Venga tus propios agravios,
Pues los mios te prohijo.
Muera esta tirana, conde,
Escribe al conde mi primo,
Junta mis amigos todos,
Pues todos son tus amigos,
Sin riesgo puedes matarla,
Porque es tan aborrecido
El nombre desta tirana,
Que en vez de darte castigo,
Lauros le dará tu patria
A tu valor peregrino.
Y sino, viven los cielos,
Que si te hallo remiso,
O dudas, ó no te atreves
A hacer esto que te pido,
Yo misma, yo misma, conde,
Cuando faltára en mi primo
El valor, ó la ocasion,
Apelando aquestos brios
Con los dientes, con las manos,
O con mis propios suspiros,
Cuando faltára instrumento
A mi afecto vengativo,
He de hacerla mas pedazos
Que ese monstruo cristalino
Esconde cruel en su centro,
Que es vecindad del abismo.

Conde. ¿Hay tal traicion? vive el cielo,
Que de amarla estoy corrido: [*ap.*
¿Blanca, que es mi dulce dueño,
Blanca, á quien quiero y estimo,
Me propone tal traicion?
¿Qué haré? porque si ofendido,
Respondiendo, como es justo,
Contra su traicion me irrito,
No por eso he de evitar
Su resuelto desatino.
Pues darle cuenta á la reina
Es imposible, pues quiso
Mi suerte, que tenga parte
Blanca en aqueste delito.
Pues si procuro con ruegos
Disuadirla, es desvarío,
Que es una muger resuelta
Animal tan vengativo,
Que no se dobla á los ruegos,
Antes con afecto impío
En el mismo rendimiento
Suelen aguzar los filos;
Y quizá desesperada
De mi enojo, ó mi desvío,
Se declarará con otro
Menos leal, menos fino,
Y quizá por ella intente
Lo que yo hacer no he querido:
Demas que el inconveniente
Del vil Roberto su primo,
Tampoco cesa, ¿y quién duda,
Que él, por traidores ó amigos,
Tenga muchos conspirados
Que fomenten sus motivos?
Y yo tengo de librar
A la reina del peligro:
Vive Dios, que he de barrer
Aquestos fieros prodigios
De traicion de Ingalaterra,
Todos juntos conducidos
En un dia, con mi industria
Se han de venir al cuchillo,
Que despues á Blanca sola,
Sin persuasion de su primo,
Con ruego, ó con amenazas,
Atajaré sus designios.

Blanca. Si estás consultando, conde,
Allá dentro de tí mismo
Lo que has de hacer, no me quieres,
Ya el dudarlo fué delito;
Vive Dios, que eres ingrato.

Conde. En esto me determino.

Blanca. ¿Qué respondes?

Conde. Ya te doy
La respuesta por escrito.
(*Pónese á escribir el conde sobre un bufete, y asómase al paño el duque.*)

Duque. Como tarda tanto Flora,
Curioso á ver he salido
Qué visita es la que á Blanca
Tanto entretiene; ¡qué miro!
¡El conde de Sex con Blanca!
¿Pues cómo el conde ha venido
De la guerra?

Conde. La respuesta
Nunca dudar se ha podido
De mi afecto, siendo ya
Tan grandes agravios mios.
Pártase Cosme, y á Escocia
Lleve esta carta, en que escribo

A Roberto, que se venga
Él y todos sus amigos
A la deshilada á Lóndres,
Que con la gente que rijo,
Que me seguirá, y el pueblo,
De quien estoy tan bien quisto,
Daré la muerte á la reina.
Duque. ¿Qué escucho?
Conde. En corrientes rios
De su infame sangre pienso
Anegar su cuarto mismo.
En viniendo todos juntos *ap.*
Morirán en el suplicio.
Muera esta tirana, muera,
Arranque mi brazo invicto...
Duque. ¿Hay tal traicion?
Conde. Deste reino
Y del muno este prodigio;
Y á pesar de Ingalaterra,
Si una vez la espada esgrimo,
He de beber de su sangre.

Sale el Duque.

Duque. No podreis mientras yo vivo.
Conde. ¡Válgame el cielo!
Blanca. ¡Ay de mí!
Conde. ¿Qué es esto, Blanca?
Blanca. ¡Qué miro!
Como vuestra alteza, el conde,
Toda soy un hielo frio.
Conde. ¿Pues cómo, Blanca, en tu cuarto
El duque?
Blanca. ¿Quién le ha metido
En mi cuarto á vuestra alteza?
Duque. Nadie, Blanca, que yo mismo
Me entré acá, y quizá guiado
De algun impulso divino,
Para estorbar tal maldad.
Blanca. ¿Pues cuándo tu alteza ha visto
En mi ocasion para hacer?...
Conde. No con enredos fingidos
Intentes, traidora Blanca...
Duque. Esperad, que desatino;
Por vida del rey mi hermano,
Y por lo que mas estimo
De la reina, mi señora,
Y por,... pero yo lo digo,
Que en mí es el mayor empeño
De la verdad el decirlo,
Que no tiene Blanca parte
De estar yo aquí, que yo mismo
Me entré, hallando abierto, á ver
Esos cuadros, divertido,
Que tiene esa galería,
Y estad muy agradecido
A Blanca de que yo os dé,
No satisfacion, aviso
Desta verdad, porque á vos
Hombres como yo...
Conde. Imagino
Que no me conoceis bien.
Duque. No os habia conocido
Hasta aquí, mas ya os conozco,
Pues ya tan otro os he visto,
Que os reconozco traidor.
Conde. Quien dijere...
Duque. Yo lo digo,
No pronuncieis algo, conde,
Que yo no pueda sufriros.
Conde. Cualquier cosa que yo intente...
Duque. Mirad que estoy persuadido,
Que hace la traicion cobardes,
Y así cuando os he cogido
En un lance, que me da
De que sois cobarde indicios,
No he de aprovecharme desto,
Y así os perdona mi brio
Este rato que teneis
El valor disminuido,
Que á estar todo vos entero,
Supiera daros castigo.
Conde. Yo soy el conde de Sex,
Y nadie se me ha atrevido,
Sino el hermano del rey
De Francia.
Duque. Yo tengo brio,
Para que, sin ser quien soy,
Pueda mi valor invicto
Castigar, no digo yo
Solo á vos, mas á vos mismo,
Siendo leal, que es lo mas,
Con que queda encarecido.
Y pues sois tan gran soldado,
No echeis á perder os pido
Tantas heróicas hazañas
Con un hecho tan indigno:
¿Qué os ha hecho á vos la reina?
Porque su privanza os hizo,
¿Qué designios son aquestos?
Ea, conde, corregidlos,
Solo yo sabré este caso,
Pero mal dije, yo mismo
No lo sabré, que en saliendo
De aquesta cuadra que piso,
Si agora he sabido aquesto,
Despues no lo habré sabido.
Yo quedaré muy ufano
Que me debais este aviso,
Que yo sé muy bien que Blanca,
Si yo no hubiera salido,
Primero á vuestros intentos,

Conforme al blason antiguo
De su sangre y de la vuestra,
Os hubiera respondido.
Ya habreis mudado de intento,
Y sino, estad advertido,
Que á quien se atreva á tener
El mas oculto designio
Contra la reina, yo entonces,
Que la guardo, que la asisto,
Que la estimo, que la quiero,
Que la defiendo y la libro,
Atalaya á sus pisadas,
Argos á su sol divino,
Sabré ser lince que os vea
Los mas ocultos motivos,
Y sabré daros mil muertes,
Que si aquesta espada esgrimo,
Todo un mundo de traidores
Son pocos al valor mio.
Miradlo mejor, dejad
Un intento tan indigno,
Corresponded á quien sois;
Y si no bastan avisos,
Mirad que hay verdugo en Lóndres,
Y en vos cabeza, harto os digo. (*Vase.*)

Conde. Corrido y confuso estoy,
¡Vióse lance como el mio!
Pero piense agora el duque
Mal de la fe con que sirvo
A la reina, que despues
Con la hazaña que imagino,
Él verá que soy leal.
Lleven la carta á tu primo,
No he de responder al duque,
Hasta que el suceso mismo
Muestre como fueron falsos
De mi traicion los indicios,
Y que soy mas leal, cuando
Mas traidor he parecido. (*Vase.*)

Blanca. ¿Hubo desdicha mas grande?
Y aun mayor hubiera sido,
Si no acierta á ser el duque
El que escuchó los designios
Del conde: ¡válgame el cielo,
Qué desdichada he nacido! (*Vase.*)

Salen el Senescal y la Reina.

Reina. Senescal, esto que os digo
Me sucedió.
Sen. El cielo santo
Nos defendió vuestra vida.
Reina. Haced, pues, que los soldados
De mi guarda esten á trechos
Aquesta quinta guardando,
Hasta irme mañana á Lóndres.
Sen. ¿No será mejor buscarlos
A los viles agresores?
Reina. ¿Cómo?
Sen. Yo haré echar un bando,
Que ofrezca grandes mercedes,
El delito publicando,
A quien diere el agresor,
Y que será perdonado,
Si es cómplice el que le entrega:
Y pues son dos los culpados,
Podrá ser que alguno dellos
Entregue al otro, que es llano
Que será traidor amigo
Quien fué desleal vasallo.
Reina. No lo apruebo, senescal,
Porque así se prueba el caso,
Y no quiero yo que sepan
Que hubo quien se atreva á tanto,
Que intente darme la muerte
Dos leguas de mi palacio;
Que quizá despertarémos
De algunos que están callando
La traicion con este ejemplo:
Y es gran materia de estado,
Dar á entender que los reyes
Están en sí tan guardados,
Que aunque la traicion los busque,
Nunca ha de poder hallarlos;
Y así el secreto averigüe
Inormes delitos, cuando
Mas que el castigo escarmientos,
Dé ejemplares el pecado.

Sale un Criado.

Criado. El de Sex pide licencia
Para entrar.
Reina. ¿Pues ha llegado?
Mucho me temo, decid
Que espere; mas no, dejadlo,
Entre.

Sale el conde de SEX.

Conde. Si acaso merezco
Besar tus piés...
Reina. Levantaos,
Coluna de Ingalaterra,
Que ya solo con miraros,
Sé el suceso de la guerra.
Locos pensamientos vanos, *ap.*
Dejadme, ¿qué me quereis?
Conde. Yo mismo he querido daros
La nueva.
Reina. ¿Qué hay de mi armada?
Conde. Libre está el reino, dejamos
De los españoles leños,

Limpio nuestro mar británo.
Reina. ¡Feliz suceso!
Sen. ¡Gran nueva!
Conde. Desta suerte fué.
Reina. Esperaos,
No quiero oir el suceso,
Hasta teneros premiado.
Senescal, haced al punto
El título; que le hago
De Ingalaterra almirante
Al conde.
Cande. Besar tu mano
Será de tan grandes premios
El mayor.
(*Llega el conde á besar la mano á la reina, y ella repara en la banda.*)
Reina. Debo pagaros: ...
(¡Qué miro!) porque á servicios... *ap.*
¿No es esta mi banda? tantos
Mi reino... ¿Cuándo llegaste?
Conde. En la banda ha reparado: *ap.*
Agora.
Reina. ¿En aqueste punto
Os apeais?
Conde ¿Qué mas claro *ap.*
Indicio, que fué la reina,
Aun cuando hubiera faltado
Lo que dijo Blanca?
Reina. ¿Agora?
No lo creo, ¿algun cuidado
No habiades de tener,
Que de amante ó cortesano
Anoche os hiciese un poco
Adelantar? confesadlo,
Yo os perdono el haber sido
Menos puntual vasallo;
¿Qué amante, por vida mia,
Eso niega?
Conde. A empeño tanto
¿Quién lo negará, aunque importe
La vida?
Reina. ¿Es favor acaso
La banda, ó estais herido?
Conde. Siempre he vivido ignorado
De amor, mas ya dulcemente
La banda ha lisonjeado
Los dolores desta herida,
Que me dieron en la mano
Por serviros.
Reina. Yo lo creo;
¿No bastaba, amor tirano, *ap.*
Una inclinacion tan fuerte,
Sin que te hayas ayudado
Del deberle yo la vida?
¿Quereis mucho? ¿sois pagado
De la dama de la banda?
Conde. Es el sugeto tan alto,
Que aun no podrán mis suspiros
Alcanzar allá volando.
Reina. Si anoche me conoció: *ap.*
Mas esto es hablar acaso;
¿Y ella sabe vuestro amor?
Conde. Aunque en batallas y asaltos
Tan atrevido y valiente
Me mostré, no lo soy tanto,
Que ose decirla mi amor,
Porque aun de mí le recato.
Reina. Pues si no se lo habeis dicho,
No teneis de qué quejaros.
Conde. Ni aun á quejarme me atrevo.
Reina. Dirélo al conde, ¿qué aguardo?
Que soy á quien dió la vida: [*ap.*
Mas no, necia lengua, paso,
¿Será bien que sepa el conde
Que soy la que sin recato
Vió anoche como muger,
Cuando deidad me ha juzgado?
Créame deidad el conde,
Que lo que tienen de humanos
No han de revelar los reyes
A los ojos del vasallo.
Conde. ¿Qué es esto, locura mia? *ap.*
Atreveréme, mal hago,
A presumir que la reina...
Pero no, ¡qué necio engaño!
Reina. El conde me dió la vida, *ap.*
Confieso que me ha pesado:
O infame agradecimiento,
Que engendró mi amor bastardo,
Hijo de padre traidor,
Yo te atajaré los pasos:
Ea, cordura, ¿esto sufres?
Conde?
Conde. Señora?
Reina. Venzamos; *ap.*
¿Cómo no os vais (estoy loca)
A descansar?
Conde. Solo aguardo
Licencia.
Reina. Pues idos luego.
Conde. Ya os obedezco.
Reina. Esperaos;
¿Qué es esto? esperad un poco,
Y os llevaréis el despacho
De la merced que os he hecho:
¡Que así me rinda un cuidado!
Esta es la primera vez,
Que tener el pecho ingrato
Fuera en mí menos bajeza.
Conde. Confuso estoy, ya le aguardo.

Sale el Senescal con una cartera escrita la cédula.

Sen. Esta es la cédula, firme
Vuestra alteza.
Reina. Ya he firmado,
Tomad el título, conde,
De aquesta merced que os hago,
Yo misma el despacho os doy,
Solo por no dilataros
La merced, porque no quiero,
Cuando me servis y os pago,
Echar á perder el premio
Con hacer que os cueste pasos.
Conde. El mayor premio es serviros;
Si es tanto favor acaso.
Reina. Loco amor... *ap.*
Conde. Necio imposible,... *ap.*
Reina. Que ciego...
Conde. Que temerario...
Reina. Me abates á tal bajeza,...
Conde. Me quieres subir tan alto,...
Reina. Advierte que soy la reina.
Conde. Advierte que soy vasallo.
Reina. Pues me humillas al abismo,...
Conde. Pues me acercas á los rayos,...
Reina. Sin reparar mi grandeza,...
Conde. Sin mirar mi humilde estado,...
Reina. Ya que te admito acá dentro,...
Conde. Ya que en mí te vas entrando,...
Reina. Muere entre el pecho y la voz.
Conde. Muere entre el alma y los labios.
Reina. ¿Oisme, conde?
Conde. ¿Señora?
Reina. Vedme despues.
Conde. Soy tu esclavo:
Necio engaño, no me subas *ap.*
Para caer de mas alto.

JORNADA II.

Salen el Conde y COSME.

Cosme. ¿Agora á Lóndres llegamos,
Y ya á palacio venimos?
Conde. Los que á reyes asistimos,
Nunca, Cosme, descansamos.
Agora la reina llega
Desde la quinta á palacio,
Y como el mas breve espacio,
Ni la esperanza sosiega,
Ni el amor, cada esperanza
Me lleva, como se ve,
A ver á Blanca, mi fe,
Y á la reina, mi privanza.
Cosme. Gran desdicha es el privar,
Pues hace á los mas amigos
Ser hácia dentro enemigos.
Conde. Mas trabajo es envidiar,
Cosme, que ser envidiado.
Cosme. Esa es mas desdicha sola.
Conde. ¿No trujiste la pistola?
Cosme. Vesla aquí, y está grabado
Tu nombre en ella; mas di,
¿Porqué la mandas traer?
Conde. Como habemos de volver,
Cosme, tan tarde de aquí,
No es mucho que me prevenga,
Que la privanza ocasiona
Envidias.
Cosme. En tu persona,
No me espanto que las tengas.
Conde. No ha sido con otro fin;
Del duque estoy receloso,
Que anda de mí sospechoso;
Pero no, que es noble al fin.
Cosme. Ya la hemos traido y pues,
¿Dónde iré á guardarla agora?
Conde. Al cuarto de Blanca, ó Flora
Te la guardará, y despues,
Pues de Blanca me despido,
Al irme la pedirás.
Cosme. Eso es lo que apruebo mas,
Porque yo siempre he tenido
Azar, si saber lo quieres,
Con este instrumento atroz,
Que sin pensar tiran coz
Arcabuces y mugeres:
¿Porqué te quitas la banda?
Conde. Porque á ver á Blanca paso,
Y si ella la viese acaso,
Que siempre en recelos anda,
Puede ser que me la pida,
Como curiosa y muger,
Y me pesára por ser
De la dama á quien di vida.
Cosme. ¡Qué nunca hayamos sabido
Si era dama, ó si era dueña!
¿No dió esa banda por seña?
Conde. Sí.
Cosme. ¿Pues alguna no ha habido
Que en ella haya reparado?
Conde. No, Cosme.
Cosme. Este dedo diera
Solo por saber quién era,
Que no hayamos alcanzado
Quien fuese, por mas que yo
Me desvelo y te desvelas:
De algun libro de novelas

Presumo que se soltó,
Ella era una gentil tronga.
Conde. No digas tal, majadero.
Cosme. A pagar de mi dinero,
Que era dueña, ó vil mondonga,
Pues que esta banda presea
Es, que cualquiera la tiene,
Sin ser... pero Blanca viene.
Conde. Escóndela, no la vea.

TOMA LA BANDA EN LA MANO, Y SALEN BLANCA Y FLORA.

Blanca. Conde; no sé que ha ocultado *ap.*
De mí, Cosme.
Conde. Blanca hermosa...
Blanca. ¿Qué será, que estoy dudosa?
Conde. ¿Dónde vas? [*ap.*
Blanca. Hame llamado
La reina, vente conmigo,
Iré bien acompañada.
Conde. Mira que no digas nada
(*ap. á Cosme.*)
A Blanca de...; ya te sigo.
(*Vanse el conde y Blanca.*)
Cosme. Con esto á perder lo echó, *ap.*
Porque yo no me acordaba
De decirlo, y lo callaba,
Y como me lo encargó,
Ya por decirlo reviento,
Que tengo tal propiedad,
Que en un hora ó la mitad
Se me hace postema un cuento.
Guarda, Flora, esa pistola
Hasta irse el conde despues;
Mira no te dé un reves,
Y te pegue golpe en bola.
Flora. Pues en el cuarto la meto
De mi señora.
Cosme. ¿Habrá ya *ap.*
Treinta y seis horas, sí habrá,
Que estoy callando el secreto?
Allá va Flora, mas no,
Será persona mas grave,
No es bien que Flora se alabe,
Que el cuento me desfloró.
Dos cosas juntas, ¿qué haré?
Me están matando, una ha sido
Saber lo que no he sabido,
Y otra decir lo que sé.
Por saber quien fué me muero
La dama con mascarilla,
Y esta tambien por decilla,
Tan solo saberla quiero.
Muy bien el conde negocia.

SALE BLANCA.

Blanca. Cosme, ¿cómo tan de espacio
Te estás ahora en palacio,
Si te has de partir á Escocia?
Cosme. Al alba, aunque yo tras noche,
Mandó el conde que me parta.
Blanca. Ves aquí, Cosme, la carta,
Pártete luego esta noche,
No aguardes á mas.
Cosme. Sí haré.
Blanca. ¿Qué escondes aquí?
Cosme. Maldito
Es esto si otro poquito
Me aprieta se lo diré:
No es nada, Jesus mil veces,
Ya se me viene á la boca
La purga.
Blanca. Eso me provoca.
Cosme. ¡Qué rehueldos tan soeces
Me vienen! terrible aprieto.
Blanca. Dilo pues.
Cosme. Asco me da.
Blanca. Majadero, acaba ya.
Cosme. ¡Qué asqueroso es un secreto!
Blanca. Haz de mi paciencia prueba.
Cosme. Aguarda, reventaré,
Quiero decirlo, porque
Mi estómago no lo lleva,
Protesto que gran trabajo,
Meto los dedos.
Blanca. Di ya.
Cosme. Ea pues, secreto, va
Como agua, fuera de abajo.
Aquesto que traigo es banda,
Y de tí la encubrí yo,
El conde me lo mandó,
Que en estos enredos anda.
A él se la dió una muger
Encubierta y disfrazada,
Que libró de una estocada,
No supe quién pudo ser:
El conde, aleve, indiscreto,
Perjuro, fácil, cruel,
Pisaverde y cascabel,
Tomó la banda en efeto,
Y aquí la historia dió fin:
Y pues la purga he trocado,
Y el secreto he vomitado
Desde el principio hasta el fin,
Y sin dejar cosa alguna,
Tal asco me dió el decillo,
Voy á probar de un membrillo,
O á morder de una aceituna. (*Vase.*)
Blanca. De lo que á Cosme he escuchado,

Aunque mal he colegido,
Que el conde anda divertido,
Aunque crédito no he dado.
Es hombre al fin, ¡y ay de aquella
Que á un hombre fió su honor,
Siendo tan malo el mejor!
Mas pues lo quiso mi estrella,
He de apretar al momento,
Que nos casemos los dos:
¿Quién será, válgame Dios,
Si tiene algun fundamento
La banda? La reina viene:
¿No fué al jardin vuestra alteza?

Sale la Reina.

Reina. Todo cansa: ¡qué tristeza!
Nada, Blanca, me entretiene.
Blanca. ¿Quiere vuestra magestad
Que llame á las damas?
Reina. No.
Déjame sola, que yo.
Gusto de la soledad:
Haced que cante allá fuera
Irene; gran desconsuelo.
Blanca. Guarde vuestra vida el cielo,
Tanto como yo quisiera. (*Vase.*)

Sale el Conde.

Conde. Loco pensamiento mio,
Que á un imposible desvelo
Tan necciamente me encumbras
De ambicioso ó de soberbio;
Abate, abate las alas,
No subas tanto, busquemos
Mas proporcionada esfera
A tan limitado vuelo.
Blanca me quiere, y á Blanca
Adoro yo, ya es mi dueño,
Pues ¿cómo de amor tan noble
Por una ambicion me alejo?
No conveniencia bastarda
Venza un legítimo afecto,
No hagamos razon de estado,
Del gusto, ni del deseo
Congruencia, venza amor.
Reina. Este es el conde, ya tiemblo,
¡Qué afecto tan poderoso!
Conde. La reina, volverme intento,
No me arrastre la locura.
Reina. Ciega estoy, mas irme quiero,
Venza la razon al gusto.
Conde. Mas yo vuelvo.
Reina. Mas yo vuelvo
Conde. ¿Y Blanca?
Reina. ¿Y la magestad?
Conde. Mas, o fortuna, probemos,
Que pesa mas que el amor
Una hermosura y un reino.
Reina. Mas, o cuidado, volvamos,
Que amor, cuidado y deseo
Son muy fuertes enemigos,
Y es uno solo el respeto.
Conde. Hablaréla.
Reina. Quiero hablarle.
Conde. Yo quiero llegar.
Reina. Yo llego.
Conde. ¿Señora?
Reina. ¿Conde? estoy loca. *ap.*
Conde. Cobarde estoy: aquí vengo,
Girasol de vuestros rayos,
A beber su luz atento.
Reina. Como vos en vuestra idea,
Aunque vasallo; ¿qué es eso?
(*Suena un instrumento.*)
Conde. Quieren cantar.
Reina. Es Irene,
Yo se lo mandé, agradezco
Que atajase una locura
A mi voz el instrumento, *ap.*
(*Canta Irene.*)

Si acaso mis desvarios
Llegaren á tus umbrales,
La lástima de ser males,
Quite el horror de ser mios.

Reina. Qué bien dice, es estremada
La redondilla.
Conde. En estremo.
Reina. Confieso que me ha agradado,
Por ser de amor el concepto.
Conde. Anda agora muy valida.
Reina. Con razon.
Conde. Ea, amor ciego, *ap.*
Con una industria á la reina
Decirla mi amor pretendo:
Pues si á vuestra alteza tanto
Le han agradado esos versos,
Yo los habia glosado
A mi imposible deseo:
Y si vuestra alteza gusta,
Los diré.
Reina. Mucho me huelgo,
Repetid primero el mote,
Y direis la glosa luego.
Conde. Así dice el mote, que
Por ser de mi amor me acuerdo:
« Si acaso mis desvarios, etc. »
Reina. Ese es el mote, decid
Lo que habeis glosado.
Conde. Empiezo:
Aunque el dolor me provoca,

Decir mis quejas no puedo,
Que es mi osadía tan poca,
Que entre el respeto y el miedo
Se me mueren en la boca;
Y así no llegan tan mios
Mis males á tus orejas,
Si acaso digo mis quejas,
« Si acaso mis desvaríos. »
El ser tan mal esplicados
Sea su mayor indicio,
Que trocando en mis cuidados
El silencio y voz su oficio,
Quedarán mas ponderados;
Desde hoy por estas señales
Sean de tí conocidos,
Que sin duda son mis males,
Si algunos mal repetidos
« Llegaren á tus umbrales. »
Mas, ¡ay Dios! que mis cuidados,
De tu crueldad conocidos,
Aunque mas acreditados,
Serán menos admitidos,
Que con los otros mezclados;
Porque no sabiendo á cuáles
Mas tu ingratitud se deba,
Viéndolos todos iguales,
Fuerza es que en comun te mueva
« La lástima de ser males. »
En mí este efeto violento
Tu hermoso desden le causa,
Tuyo y mio es mi tormento:
Tuyo, porque eres la causa,
Mio, porque yo le siento:
Sepan, Laura, tus desvíos,
Que mis males son tan suyos,
Y en mis cuerdos desvaríos,
Esto que tienen de tuyos
« Quite el horror de ser mios. »
Reina. ¡Buen concepto, lindo estilo,
Y bien ponderado afecto!
¿Laura es en fin?
Conde. No señora,
Que aqueste nombre es supuesto.
Reina. ¿Si es por mí? cobarde amante.
Conde. No cobarde sino cuerdo.
Reina. Pues revienta de cordura,
O quiere poco.
Conde. El mas tierno
Vasallo soy, que el amor
Tuvo entre tantos trofeos.
Reina. No puede haber grande amor
Sin ser pagado, y por eso
Fingió allá la antigüedad,
Que hasta que creciese Anteo,
Que es el recíproco, nunca
Crecia Cupido; luego
Si no decís vuestro amor,
Nunca lo sabrá el sugeto;
Sin saberlo no os tendrá
Recíproco amor, es cierto;
Si ella no os le tiene á vos,
No podrá crecer el vuestro.
Luego no puede ser grande
Vuestro amor, pues que vos mesmo
Le quitais el beneficio
De hacer que vaya creciendo.
Conde. Aunque está bien discurrido,
Es sofístico argumento,
Que el mas verdadero amor
Es el que en sí mismo quieto
Descansa, sin atender
A mas paga, ó mas intento;
La correspondencia es paga,
Y tener por blanco el precio,
Es querer por grangería;
Luego no es amor perfeto;
Pues le estraga la codicia,
Y sirve á cuenta del premio.
Reina. Eso es cuanto á conformarle
Con el favor ó al desprecio,
Segun gustare la dama,
Pero no cuando el silencio
Puede ser mucho cuidado,
Que cabe dentro de un pecho,
Sin rebozar por los labios;
Sí, que por mi mal lo veo. *ap.*
Conde. No ocupa lugar amor;
Que es espíritu y no cuerpo,
Fuera de que si él procura
Salirse fuera á despecho
De la cordura, el temor
Le hace cejar hácia dentro.
Reina. Temor, ¿de qué?
Conde. De decirlo,
Que ser pagado no puedo.
Reina. ¿Pues qué dama quereis vos
Que no os quiera?
Conde. La que quiero:
Si me entenderá la reina. *ap.*
Reina. Si soy yo quien le desvelo: *ap.*
Pues si estais vos persuadido
Que es imposible quereros,
¿Qué conveniencia es callar?
Conde. Callo, porque tengo miedo
De aventurar cierta dicha,
Que si lo digo la pierdo.
Reina. ¿Dicha?
Conde. Sí, solo callando.
Reina. ¿Qué dicha, si estais diciendo
Que sabeis que no admitieran
Vuestro amor?
Conde. Por eso mesmo.

Reina. ¿Porque no os quisieran?
Conde. Sí.
Reina. ¿En que lo fundais?
Conde. En esto:
Dentro está del silencio y del respeto
Mi amor, y así mi dicha está segura,
Presumiendo tal vez (dulce locura)
Que es admitido del mayor sugeto.
Dejándome engañar deste concepto,
Dura mi bien, porque mi engaño dura:
Necia será la lengua si aventura
Un bien, que está seguro en el secreto.
No á los labios se asome licencioso
Mi amor, que perderá desengañado,
Gloria que puede presumir dudoso.
No averigüe su mal, viva engañado:
Que es feliz quien no siendo venturoso,
Nunca llega á saber que es desdichado.
Reina. Pues oid lo que os respondo
Con vuestro propio argumento:
Quien callando de miedo, ú de respeto,
Gloria que se fingió, juzga segura,
Solo aquel es feliz, que á su locura
Con procurado olvido está sujeto.
Si él se juzga feliz ya en su concepto,
Y sabe que de necio el bien le dura,
¿Qué bienes declarándose aventura,
O qué males se escusa en el secreto?
Diga que es su cuidado licencioso,
Nada arriesga en quedar desengañado,
Si se lo está tambien cuando dudoso.
Que si de solo miedo está engañado,
Quizá hablando será mas venturoso,
Y callando no es menos desdichado.
Conde. Pues supuesta la opinion
De vuestra alteza, yo quiero
Atreverme; ea, cuidado.
Reina. Cordura, mucho le aliento. *ap.*
Conde. Por no morir de mal, cuando
Puedo morir de remedio,
Digo pues, ea, osadía, *ap.*
Ella me alentó, ¿qué temo?
Que será bien que á tu alteza...

SALE BLANCA CON LA BANDA PUESTA.

Blanca. Señora, el duque...
Conde. A mal tiempo
Vino Blanca.
Blanca. Está aguardando
En la antecámara...
Reina. ¡Ay cielos!
Blanca. Para entrar...
Reina. ¡Qué es lo que miro!
Blanca. Licencia.
Reina. Decid, (¡qué veo!)
Decid que espere, (estoy loca,)
Decid,... andad.
Blanca. Ya obedezco.
Reina. Vení acá, volved.
Blanca. ¿Qué manda
Vuestra alteza?
Reina. El daño es cierto,
Decidle, no hay que dudar;
Entretenedle un momento
(¡Ay de mí!) mientras yo salgo,
Y dejadme.
Blanca. ¿Qué es aquesto?
Yo voy.
Conde. Ya Blanca se fué;
Quiero pues volver...
Reina. ¡Ah zelos!
Conde. A declararme atrevido,
Pues si me atrevo, me atrevo
En fe de sus pretensiones.
Reina. Mi prenda en poder ageno,
Vive Dios; pero es vergüenza,
Que pueda tanto un afecto
En mí.
Conde. Segun lo que dijo
Vuestra alteza aquí, y supuesto
Que cuesta cara la dicha
Que se compra con el miedo,
Quiero morir noblemente.
Reina. ¿Porqué lo decis?
Conde. ¿Qué espero?
¿Si á vuestra alteza (¿qué dudo?)
Le declarase su afecio
Algun amor?
Reina. ¿Qué decis?
¿A mí? ¿cómo? loco, necio,
¿Conoceisme? ¿quién soy yo?
Decid quien soy, que sospecho
Que se os huyó la memoria
¿Sabeis que no admite el cielo
Peregrinas impresiones
De humanos atrevimientos?
¿Cuándo, si al olimpo altivo
Subir pretendió soberbio,
En la mitad del camino
No quedó cansado el cierzo?
¿Cuándo vapor contra el sol
Se tejió nube en el viento,
Que no quedase á sus rayos
Menudos átomos hecho?
Suban pues al sol y olimpo,
Ya altivos, y ya groseros,
Soplando viento en suspiros
Tejida nube de afectos,
Que del olimpo y el sol
A lo ardiente y á lo escelso,
Quedará el viento cansado,

Quedará el vapor deshecho.
Conde. Señora... Perdido estoy : *ap.*
Atrevido pensamiento,
Que neciamente fiaste
Poca cera á mucho incendio,
La reina me habló sin duda
Sin intencion.
Reina. Idos luego,
No entreis en palacio mas.
Conde. Ya obedezco : ¿estás contento,
Loco pensamiento mio? [*ap.*
Ea pues, escarmentemos,
Buscad vuestro centro en Blanca.
Reina. ¿No os vais? mucho valor tengo.
Conde. Ya me voy. [*ap.*
Reina. No me veais,
Y agradecedme que os dejo
Cabeza en que se engendraron
Tan livianos pensamientos.
¡Ay recato, aunque esto digo,
Sabe Dios lo que le quiero! *ap.*
(*Vanse.*)

Salen el Duque y BLANCA.

Duque. No prosigas, Blanca, mas,
Ya el desengaño he entendido,
Yo me doy por advertido
Del aviso que me das.
Cuando partido un cuidado
Entre tí y la reina ví,
Y era solo amor en tí
Lo que allá razon de estado.
Dices que tienes amor
Al conde, y que es tan forzoso,
Que le has menester esposo,
Si quieres tener honor,
Y que de honrada, ó constante,
No es mucho haber preferido
El que tú buscas marido,
Al que á tí te busca amante.
Dices bien, pero recelo
Que otro tuviera por culpa
Lo que tú das por disculpa,
Y admito yo por consuelo.
Y antes con pasion trocada,
Te he de pagar generoso
El dejarme tú zeloso,
Con dejarte yo á tí honrada.
Si dices que en el honor
Eres del conde acreedora,
Yo hablaré á la reina agora,
Aunque me lo riña amor.
Yo lo pediré si viene,
Que te case, Blanca bella,
Y tú le dirás á ella
La deuda que el conde tiene.
Esto mi fe te aconseja,
Y aunque se me queja amor,
No importa, que mi valor
Sabrá acallarle la queja.
Esto ha de ser, aunque lucho
Conmigo y con mi pasion.
Blanca. Cuando una resolucion
Tan de vuestra alteza escucho,
¿Qué tengo que responder,
Cuando á vuestra alteza debo
Cobrar el honor de nuevo,
Que perdí como muger?
A tus plantas...
Duque. Blanca, espera,
No me agradezcas así
El hacer por mí y por tí
Lo que por mí solo hiciera.

Sale la Reina.

Blanca. La reina.
Reina. Cuidado mio,
Búscame alguna disculpa,
Quizá no tuvo la culpa
El conde, ¡qué desvarío!
¿No le ví la banda yo?
No pudo ser que otra fuese,
O que á su poder viniese
Sin que el conde;... pero no,
Cómo pudo...
Duque. Divertida.
La reina está, ¡gran tristeza!
Un esclavo vuestra alteza
Tiene en mí.
Reina. Guarden la vida
De vuestra alteza los cielos.
Duque. Yo he venido á suplicar
Una merced.
Reina. A mandar
Diga tu alteza : desvelos, *ap.*
Dejadme ya.
Duque. Blanca y yo
Pedimos una merced
Misma á tu alteza.
Reina. Pues ved,
Blanca, que es lo que mandó
El duque, ó me pedis vos.
Duque. Pues por mí tu alteza hará
Lo que Blanca le dirá,
Estando á solas las dos. (*Vase.*)
Reina. ¿Qué será? ¡confusa estoy! *ap.*
Decid pues.
Blanca. Ya estoy resuelta,
No á la voluntad mudable
De un hombre esté yo sujeta,
Que aunque no sé que me olvide,

Es necedad que yo quiera
Dejar á su cortesía
Lo que puede hacer la fuerza.
Gran Isabela, escuchadme,
Y al escucharme tu alteza,
Ponga aun mas que la atencion,
La piedad con las orejas.
Isabela os he llamado
En esta ocasion, no reina,
Que cuando vengo á deciros
Por mi mal una flaqueza
Que he hecho como muger,
Porque menor os parezca,
No reina, muger os busco,
Solo muger os quisiera.
Reina. ¿Tú, flaqueza?
Blanca. Yo, señora.
Reina. No sé que el alma recela. *ap.*
Blanca. Pues requiebros y suspiros,
Amores, ansias, finezas,
Y lágrimas sobre todo
Son, aunque el amor no quiera,
Lima sorda del secreto,
En la muger mas honesta:
¡Oh cuán á mi costa supe
Desta verdad la esperiencia!
Porque el conde...
Reina. ¿El conde?
Blanca. El mismo.
Reina. ¡Qué escucho!
Blanca. Con sus ternezas
De amor.
Reina. ¿El conde de Sex?
Blanca. Sí, señora.
Reina. Yo estoy muerta:
Pasa adelante.
Blanca. ¡Ay de mí!
Que como juzgo á tu alteza
Tan lejos destos cuidados.
Reina. Pluguiera á Dios lo estuviera.
Blanca. No me atrevo á referirte
Desnudamente mis penas:
Y si dudo...
Reina. Pues qué importa,
Muger soy tambien, no temas;
Ciega estoy; dirás que el conde,
Claro está, amó tu belleza,
Que hubo recados, no es mucho,
Papeles, ya es cosa vieja,
Que le hablaste, no me espanto,
Que te encareció sus penas,
Sí haria, yo te lo creo,
Que hiciste tú resistencia,
Eres noble, claro está,
Que dió lágrimas y quejas,
Es hombre al fin, bien sabria,
Y que tú, un poco mas tierna,
Eres muger, no es milagro,
Admitiste sus finezas,
Te pagaste de su llanto,
Y que despues, loca y ciega,
Que á incendio crece en un punto
Amor, que empezó pavesa.
Eres monstruo, eres prodigio
De voluntad, de firmeza,
De suspiros y cuidado,
Y él, con recíprocas penas,
Te adora, sirve y estima,
Girasol de tu belleza;
¿No es esto lo que pasó;
Mas que fué desta manera?
Blanca. Así fué todo.
Reina. ¡Ay de mí!
Blanca. Pero pasa á mas mi pena;
Pero es mayor mi desdicha.
Reina. ¿Qué dices, muger? pues ea,
Dilo todo.
Blanca. Porque estando
En aquella quinta mesma,
En que estuviste dos dias,
Como de mi padre era
Tan grande enemigo el conde,
Antes que yo á vuestra alteza
Entrase á servir, señora,
No se atrevió mi firmeza
A que en público á mi padre
Me pidiese, y yo resuelta,
Que á veces duerme el recato,
Si está la aficion despierta,
Le llamé una noche oscura.
Reina. ¿Y vino á verte?
Blanca. Pluguiera
A Dios, que no fuera tanta
Mi desdicha y su fineza;
Vino mas galan que nunca,
Y yo, que dos veces ciega
Por mi mal estaba entonces
Del amor y las tinieblas...
Reina. Pasa adelante.
Blanca. No puedo,
Que embarga aquí la vergüenza
A la voz.
Reina. Di, pues, muger
Dilo, acaba, porque beba
De una vez todo el veneno. *ap.*
Blanca. En fin, yo rendida, ó necia
Muy sin oir el recato,
Muy oyendo sus promesas,
Con la ocasion, que es lo mas,
Que hay pocas veces que pueda
Estarse firme el decoro,
Cuando en la ocasion tropieza,

Dándome palabra y mano
De esposo...
Reina. Muger, espera,
Vete poco á poco ya,
No quiero morir de priesa.
Blanca. Me sucedió lo que á todas,
Si en tal lance se pusieran.
Reina. Ya bebí todo el veneno : *ap.*
¿Qué dices, muger?
Blanca. Tu alteza
Lo colija allá consigo,
Que de ocasion como aquesta
Sacó que llorar mi honor,
Y no que decir mi lengua.
Reina. A Dios, esperanza mia, *ap.*
A Dios, que ya el viento os lleva.
Blanca. Lo que á vuestra alteza pido,
Es, que pues sabe la deuda
Que me tiene el conde, haga
Que me cumpla la promesa.
Reina. ¿Estamos buenos, amor?
¡Oh, quién fingirse pudiera
Alguna duda!
Blanca. Esto es justo,
Y pues por deuda tan cierta,
En fin el conde es mi esposo.
Reina. ¿Cómo, vuestro esposo? ciega
Estoy.
Blanca. ¿Cómo esposo mio?
¡Qué escucho!
Reina. Liviana, necia,
Fácil.
Blanca. ¡Señora!
Reina. Que á un hombre
Olvidada de vos mesma,
A un hombre, á un traidor, á un falso...
Blanca. ¡Qué confusiones son estas!
Reina. Necia vuestro amor rendistes,
¿Cómo os atreveis resuelta
A decir que amais al conde?
Blanca. ¿Pues cómo así vuestra alteza?
Porque el conde...
Reina. Loca estoy,
El afecto me despeña :
Este es zelo, Blanca.
Blanca. Zelo,
Añadiéndole una letra.
Reina. ¿Qué decis?
Blanca. Señora, que
Si acaso posible fuera,
A no ser vos la que dice
Esas palabras, dijera,
Que de zelos.
Reina. ¿Qué son zelos?
No son zelos; es ofensa
Que me estais haciendo vos.
Supongamos que quisiera
Al conde en esta ocasion,
¿Pues si yo al conde quisiera,
Y alguna atrevida, loca,
Presumida, descompuesta,
Le quisiera : ¿qué es querer?
Le mirára, que le viera :
¿Qué es verle? no sé que diga :
No hay cosa que menos sea,
Con las manos, con los dientes,
Con la vista, con las quejas,
Con la intencion, con el ceño,
O con las palabras mesmas,
No la quitára la vida,
La sangre no la bebiera,
Los ojos no la sacára,
Y el corazon hecho piezas
No le abrasára? Mas ¿cómo *ap.*
Hablo yo tan descompuesta?
Los zelos, aunque fingidos,
Me arrebataron la lengua,
Y desperatron mi enojo,
¡Jesus! ¿yo tan sin modestia?
¡Qué necedad! ¡qué locura!
Pero vos estad atenta,
Estaréis desto advertida
Para cuando se os ofrezca,
Aunque os importe el honor
(Que vuestro honor nada pesa)
Estando yo de por medio,
Que no habeis de hacerme ofensa;
De mirar á quien yo mire,
De querer á quien yo quiera.
Mirad que no me deis zelos,
Que si fingido se altera
Tanto mi enojo, ved vos
Si fuera verdad, qué hiciera :
Pues en ello os va la vida,
Aunque vuestro honor se pierda,
Escarmentad en las burlas,
No me deis zelos de veras. (*Vase.*)
Blanca. ¿Quedamos buenos, honor?
¿Honra, decid, quedais buena?
¿Qué ocasion busca la vida,
Si no acaba en esta afrenta?
Mi sangre ofendida clama
Contra el rigor de la reina,
Burlado mi amor del conde,
De su ingratitud se queja.
Los zelos siempre mas vivos,
Con mi muerte se alimentan,
Mi llanto celebra el daño,
Como alivio, ó como queja :
Suspiros mi pecho abrasan,
O por indicio, ó por pena,
Y entre zelos, ansias, llanto,

Rigor, suspiros y ofensas,
Todo el honor lo padece,
Y nada el llanto remedia.
Pues si no es remedio el llanto,
Sino solo estratagema,
Apelemos, honor mio,
A la venganza; ¿qué esperas?
La reina ofendió mi sangre,
La reina, tirana y fiera,
Hermano y padre me quita,
Y sin estados me deja:
La reina manchó el cuchillo,
De María en la inocencia;
La reina me quita al conde,
Y me amenaza soberbia
Con equívocas palabras,
Que no le mire, ni quiera:
La reina al conde le obliga,
Ya amorosa, ó ya severa,
A que él me niegue perjuro
Mi honor; pues la reina muera.
Ea pues, zelos valientes,
No fieis á mano agena,
Como hasta aquí, la venganza:
Yo misma, yo (pues me alienta
El honor y la ocasion)
He de dar muerte á esta fiera.
Agora entrará á acostarse,
Y pues que sola se queda
En su cuadra, y yo la asisto,
Loca, atrevida y resuelta,
(Que quien está sin honor,
Desesperada, ¿qué arriesga?)
He de hacerla mil pedazos,
Bien como irritada fiera,
Que echando menos los hijos,
Sacude al cielo la arena,
Y atruena el monte á bramidos
Hasta que el ladron encuentra.
Hijo es del alma el honor,
Tigre soy, y me le llevan,
A cobrarle voy furiosa,
Sin que mi peligro tema,
Que al que aborrece la vida
El peligro le festeja.
Mi enojo va contra tí,
Guárdate de mí, Isabela,
Que soy tigre irritada, y voy resuelta
Hasta cobrar el hijo que me llevas.

Salen el Senescal y la Reina, y una Dama con una luz.

Reina. Poned aquesas consultas,
Senescal, sobre un bufete,
Que aunque es ya tarde, es forzoso
Verlas antes que me acueste.

Blanca. Mi enemiga viene aquí,
Sola es fuerza que se quede,
Voy á trazar mi venganza,
Pues tal ocasion se ofrece. (*Vase.*)

Sen. Guarden los cielos la vida
De tu alteza, como pueden,
Para bien de Ingalaterra,
Pues tan vigilante atiendes
A tu reino y tus vasallos.

Reina. Esto es fuerza, mientras fuere
Reina; id con Dios, senescal.

Sen. Prodigio es la reina siempre
De prudencia y de valor. (*Vase.*)
(*Siéntase en una silla, y haya un bufete delante con papeles.*)

Reina. ¡Qué dificultosamente
El querer bien y el reinar
En un sugeto se avienen!
Déjame un rato, cuidado,
Por cuidado mas decente:
Aquestos papeles miro,
Aquí dice el conde Felix,
¿Conde hubo de ser por fuerza
Con el primero que encuentre?
Conde en fin, ¡válgame Dios!
¿Si querrá mucho, si quiere
El conde á Blanca? ¿quién duda,
¡Ah traidor! que la tuviese
En sus brazos? ¡o cuidado!
No me aflijas neciamente:
¡Válgame Dios, qué desvelos!
Haga treguas, mientras viene
La muerte á atajar mis males,
El hermano de la muerte. (*Duérmese.*)

Sale Blanca con la pistola.

Blanca. Guiadme, pasos cobardes,
Que si el temor os detiene,
Plumas os da mi venganza:
Sola esta la reina, y duerme
Quizá su postrero sueño,
Buena ocasion se me ofrece.

Sale el Conde.

Conde. Fuí á ver á Blanca á su cuarto,
Y no está en él, y así viene,
Dudoso mi amor, á ver
Si por ventura está en este
De la reina; aquí está Blanca.

Blanca. Ea, venganza ¿qué temes?
Esta pistola del conde
Que hallé en mi cuarto, á su muerte
Será instrumento.

Conde. ¿Qué miro?
(*La reina entre sueños.*)

Reina. Blanca me mata.

Blanca. ¿Qué temes,
Corazon?
Reina. De zelos, conde,
Me mata Blanca.
Blanca. Bien puedes
Decirlo, porque te mato
De zelos con esta.
(*Alza la pistola contra la reina, llega el conde y ase de la pistola, y Blanca se turba.*)
Conde. ¡Ah aleve!
¿Qué intentas?
Blanca. Déjame, conde,...
Conde. Eso no.
Blanca. Darle la muerte.
Conde. Suelta, Blanca.
Blanca. Ah infame, suelta.
Conde. ¿Pues tú matas...
Blanca. ¿Tú defiendes...
Conde. Tú, á la reina?
Blanca. Tú, á la reina?
¡Ah traidor!
Conde. ¿Traidora eres?
(*Forcejando los dos se dispara la pistola, despierta la reina, dentro el senescal y salen todos.*)
Reina. ¿Qué es esto?
Sen. Acudamos todos,
¿Qué arcabuz, qué ruido es este
En el cuarto de la reina?
¿Qué es aquesto?
Conde. ¡Lance fuerte!
Reina. ¿Qué es esto, conde?
Conde. ¿Qué haré?
Reina. ¿Blanca, qué es esto?
Blanca. Mi muerte
Llegó.
Conde. ¡Hay mayor confusion!
Sen. ¡Traidor el conde!
Conde. ¿Quién puede
Salir de aprieto tan grande?
Porque si callo, se infiere
De mí el delito, y si digo
La verdad, infamemente
Echo la culpa á mi dama,
A Blanca, á Blanca á quien tiene
Por centro el alma; ¿qué haré?
¿Hubo confusion mas fuerte?
Reina. ¿Conde, vos traidor, vos Blanca?
El juicio está indiferente.
¿Cuál me libra? ¿cuál me mata?
Conde, Blanca, respondedme,
¿Tú, á la reina, tú, á la reina?
Oí, aunque confusamente,
¡Ah traidora! dijo el conde,
Blanca dijo, traidor eres:
Estas razones de entrambos
A entrambas cosas convienen,
Uno de los dos me libra,
Otro de los dos me ofende:
¿Conde, cuál me daba vida?
¿Blanca, cuál me daba muerte?
Decidme... no lo digais,
Que neutral mi valor quiere,
Por no saber el traidor,
No saber el inocente.
Mejor es quedar confusa,
En duda mi juicio quede,
Porque cuando mire alguno,
Y de la traicion me acuerde,
Al pensar que es el traidor,
Que es el leal tambien piense.
Yo le agradeciera á Blanca,
Que ella la traidora fuese,
Solo á trueco de que el conde
Fuera el que estaba inocente.
Sen. Señora, aunque vuestra alteza
Averiguarlo no quiere,
A mí por gran senescal,
Delito tan insolente
Me toca saber de oficio,
Y mas cuando es tan urgente
El indicio contra el conde,
Pues él en las manos tiene
La pistola.
Reina. Decis bien:
Averiguarlo conviene:
Conde?
Conde. Señora?
Reina. Decid
La verdad; saberla teme
Mi amor, ¿fué Blanca...
Blanca. ¡Ay de mí!
Reina. La que intentaba mi muerte?
Conde. No, señora, no fué Blanca.
Reina. ¿Luego sois vos?
Conde. ¡Lance fuerte!
No lo sé.
Reina. ¿No lo sabeis?
¿Pues cómo está aqueste aleve
Instrumento en vuestra mano?
Conde. ¡Cielos! ¿Qué he de responderle?
Como yo soy desdichado...
Reina. No, sino yo.
Conde. ¿Qué me quieres,
Fortuna?
Reina. Prended al conde.
Sen. ¿Dónde mandas que le lleve?
Reina. A la torre de palacio.
Conde. Fortuna, ya te estremeces.
Reina. Presa esté Blanca en su cuarto,
Hasta que otra cosa ordene,

Y esto mejor se averigüe.
Blanca. Muda estoy, no sé que intente.
Reina. Llevadlos pues.
Conde. Muerto voy.
Reina. ¡Ah! conde, mucho me ofendes.
Blanca. ¡Ah! conde, mucho me obligas.
Conde. ¡Ah! Blanca, mucho me debes;
Ruego al cielo que el amarte
La cabeza no me cueste.

JORNADA III.

Sale la Reina.

Reina. Preso está el conde animoso
Por indicios de traidor,
Y tambien le acusa amor
Por ingrato y alevoso:
De su ingratitud quejoso
Está amor, de su traicion
La justicia y la razon,
Y ambos luchando entre sí
Me sacan fuera de mí,
Y estoy sola en mi pasion.
Ea, ya es tiempo, cuidado,
A estar contigo he salido,
Disculpas me has prometido,
A ver si alguna has hallado:
El conde aleve ha intentado
Darme muerte como pudo,
Supongamos que lo dudo,
El conde con Blanca (¡ay triste!)
Me ofende, ¿qué respondiste
A este cargo, que estoy mudo?
Mudo está, si lo estuviera
El fiscal, que es el rigor:
Ingenioso eres, Amor,
Búscame alguna quimera,
¡Oh quién no saber pudiera
Aquello mesmo que sé!
Discurra amor, pues no ve;
Ea pues, ciegos estremos,
Lo que pudo ser pensemos,
No pensemos lo que fué.
¿No pudo ser que no fuera
El conde quien me mataba,
Sino Blanca que allí estaba,
Pues yo, zelosa y severa,
La di ocasion de que hiciera
Tan cruel venganza? sí;
Bien digo, que yo le oí
Razones, que á la disculpa
Igualmente y á la culpa
Las puedo aplicar aquí.
Si el uno me defendia,
Cuando el otro me mataba,
El conde es quien me libraba,
Blanca fué quien me ofendia:
Bien te engaño, pena mia,
Esto es cuanto á los recelos
De la traicion (mas ¡ay cielos!)
Dos males el alma llora;
Busquemos defensa ahora
A la ofensa de los zelos.
¿No pudo ser que mintiera
Blanca en lo que contó
De gozarla el conde? No,
Que Blanca no lo fingiera:
¿No pudo haberla gozado
Sin estar enamorado,
Y cuando tierno y rendido
Entonces la haya querido,
No puede haberla olvidado?
¿No le vieron mis antojos
Entre acogimientos sabios,
Muy callado con los labios,
Muy bachiller con los ojos,
Cuando al decir sus enojos
Yo su despecho reñí?
¿Luego á mí me quiere? sí,
Esto es verdad, y si no,
Amor, no lo sepa yo,
O sépalo yo sin mí.
O discurso escrupuloso,
Que con réplicas precisas,
De un nuevo indicio me avisas;
¿No ví yo al conde engañoso
El instrumento alevoso
En su mano? cosa es clara;
¿No pudo ser que llegára
Él á estorbar su traicion,
Y Blanca con turbacion
En su mano le dejára?
¡Oh si el conde traidor fuera
Para que á Blanca no amára!
¡Oh si el conde la adorára
Para que no me ofendiera!
¡Oh quién sin amor le viera,
Por no verle sin honor;
Quién hallára en él amor,
Aunque le hallára un vil trato!
¡Oh quién le tuviera ingrato,
Por no tenerle traidor!

Sale el Duque y el Senescal.

Duque. De la fama que el suceso
Divulgó confusamente
Por todo el palacio, supe
Vuestro riesgo, y cuando viene

Mi amor confuso á informarse,
Quieren los cielos que encuentre
Al senescal, que me ha dicho
Que estais sin peligro; aumente
La vida de vuestra alteza
El cielo, y la libre siempre
De traiciones.
Sen. Porque vea
Vuestra alteza, si haber puede
Duda en la traicion del conde,
La misma pistola tiene
Escrito su nombre aquí,
Que es lisonja que hacer suelen
Los artífices al dueño:
Leerlo tu alteza puede.
(*Lee la reina.*)
« Soy para el conde de Sex. »
Sen. Este indicio es evidente,
De que es el conde traidor.
(*Sacan los criados á Cosme asido.*)
Cr. 1°. Entre, acabe.
Cosme. ¿Qué me quieren?
Cr. 2°. No se resista, ¿qué intenta?
Cosme. Ya no dejo que me lleven
Como un cordero; ¿si agora
Achacarme pretendiesen
Resistencia?
Cr. 2°. Avisa tú
Al gran senescal, que aqueste
Es cómplice con el conde.
Sen. ¿Qué es esto, Fabio, qué quieres?
Cr. 1°. Señor, en casa del conde
Hallamos de aquesta suerte
Aqueste criado suyo,
Que sin duda parte tiene
En la traicion de su amo,
Pues sabiendo que le prenden,
Se ausentaba.
Sen. ¿Cómo entrais
Acá dentro? haced que espere,
Que está aquí su magestad.
Reina. No importa, decid que entre:
¡Oh, si disculpase al conde!
Cr. 1°. Llegad pues.
Cosme. ¿Tiene juanetes
El gran senescal?
Cr. 1°. ¿Porqué?
Cosme. Déjame que se los bese,
Por captarle la piedad.
Sen. Cómplice sin duda eres,
Porque ¿cómo te ausentabas,
Si parte en esto no tienes,
En sabiendo que prendieron
A tu amo?
Cosme. Nadie puede
Decir que yo lo sabia,
Que hasta que aquestos crueles
Me agarraron esta noche,
Ignorante estuve siempre
Del suceso, que esta tarde
Dejándole en el retrete,
Me fuí y no le he visto mas.
Sen. ¿Pues dónde ibas de esa suerte?
Cosme. Acabára yo, si es eso
Lo que saberse pretende,
Dirélo con mucho gusto,
Que á mí nadie ha de vencerme
En cortesía: yo iba
A Escocia como un cohete,
Con esta carta del conde,
A otro conde su pariente.
Sen. ¿Qué es de la carta?
Cosme. Esta es.
Sen. Muestra.
Cosme. Muestro, que mas quieren,
Miren si soy porfiado.
Reina. Temblando estoy, ¡oh si fuese
En su favor!
Sen. A Roberto
Es la carta.
Reina. Abrirla puedes.
Sen. (*lee*). Así dice: « Conde amigo,
« Informado estoy que tienes
« Grandes quejas de la reina,
« Y que intentas justamente
« Matarla yo lo deseo
« Por mil causas que me mueven.
Reina. ¡Válgame el cielo! mostrad,
Su letra y su firma tiene,
No hay que dudar, muerta soy.
Sen. (*lee*). « Para que mas fácilmente
« Nuestro intento se disponga,
« Venirte en secreto puedes
« Con todos los conjurados
« A Lóndres, que desta suerte,
« Con la gente que me sigue,
« Será fácil darla muerte.
Cosme. ¿Hay tan gran bellaquería?
Sen. (*lee*). « Y responde brevemente
« Con ese criado mio,
« Que es hombre muy confidente. »
Cosme. ¿Qué escucho? señores mios,
Dos mil demonios me lleven,
Si yo confidente soy,
Si yo he sido, ó si lo fuere,
Ni tengo intencion de serlo.
Sen. Preso le llevad.
Cosme. Esperen:
¿No es grandísima injusticia,
Señor, que preso me lleven
Por confidente, sin serlo?
Cr. 2°. Venga ya.

Cosme. Vuesas mercedes
Aguarden, ¿hay tal desdicha?
Por confidente aun si fuese
Por otro cualquier delito,
Llevára bien el prenderme;
Mas por confidente á mí,
¿Hay mas desdichada suerte?
Cr. 2°. Acabe ya.
Cosme. ¿Tengo yo
Cara de ser confidente?
Yo no sé que ha visto en mí
Mi amo para tenerme
En esta opinion, y á fe
Que me holgára de que fuese
Cosa de mas importancia
Un secretillo muy leve,
Que rabio ya por decirlo,
Que es que el conde á Blanca quiere,
Que están casados los dos
En secreto; y con ser este
Un cuento de dos de queso,
Que no hay para untar los dientes
Con él á un chisme cartujo,
Siempre que se me ofreciere
Lo he de decir, juro á Dios,
Por ver si soy confidente.
Reina. ¿Casados el conde y Blanca?
Cosme. Recasados.
Reina. ¡Trance fuerte!
Malas nuevas te dé Dios:
¿Y se quieren?
Cosme. Se requieren.
Reina. Idos de aquí.
Sen. Despejad,
¿Pues cómo tanto lo siente?
Duque. Si fuera muger la reina,
Segun lo que al conde quiere,
Le celára, mas no es justo.
Cosme. ¡Oh qué diferentes tienen
Las caras de los vasallos,
Si se mesuran, los reyes! (*Vanse.*)
Sen. Si vuestra alteza dudaba
La traicion del conde aleve,
Ya la habrá visto bien clara.
Duque. Pues ya que ocasion se ofrece,
No será ser yo fiscal,
Si una verdad os dijere,
Y mas cuando vuestra vida
Padeció el riesgo presente,
Por no haberos yo avisado.
Yo sé indubitablemente
Tambien, que el conde es traidor,
Porque él con otros aleves,
Que por cartas conspiraba,
Pretendia dar la muerte
A tu alteza, yo lo supe,
Quise matarle, tempréme,
Y por ser tan gran soldado,
Pensando que aquesto fuese
Algun leve enojo, entonces
Yo con palabras corteses
Le procuré disuadir,
Y el secreto le promete
Mi voz, pensando que ya
De su traicion se arrepiente.
Pero supuesto que el conde
Porfia sin que se enmiende
En su traicion, y tu alteza
Por tal delito le prende;
Quise darle esta noticia,
Porque si acaso sintiese
Verse amenazar sin causa,
Desta traicion, la consuele
Que tiene cabeza el conde,
Y hay verdugo que la vengue.
Sen. Y cuando tan gran traicion
Disimular pretendiese
Vuestra alteza, el reino entonces
Castigára á quien la ofende.
(*Vanse y queda la reina.*)
Reina. Ea, amor, ya el daño es cierto,
Morid ya, cuidado loco,
Pues que no os dejan siquiera
El consuelo de dudoso.
Ya no hay duda que os consuele,
Ya es discurso escrupuloso,
La esperiencia de mi daño
Me hizo beber por los ojos:
El conde, traidor, dos veces
Me ofende, siendo uno solo,
Como á muger en el gusto,
Como á reina en el decoro.
Muera el conde, muera el conde,
Bien repito, que es forzoso
Que muera el conde dos veces,
Pues dos delitos le noto.
Dupliquese pues su vida,
Muera una vez por asombro
De traicion por mal vasallo,
Y muera tambien él propio
Otra vez, par mal amante,
Y entrambas por alevoso.
Contra el conde, infiel vasallo,
Hoy como reina me opongo:
Contra el conde (á falso amante)
Como muger me apasiono.
Busque pues muger venganzas,
Reina legales oprobios,
Escarmientos justiciera,
Mal correspondida modos,
Justificada castigos,
Y en fin ofendida asombros;

Para que muriendo el conde
Por ingrato y alevoso,
Por castigo y por venganzas
Le den á un delito y otro,
El castigo la justicia,
Como la venganza el odio. (*Vase.*)

SALEN EL CONDE, EL ALCAIDE Y COSME, Y LUEGO EL SENESCAL.

Alc. Aquí está el gran senescal.
Conde. ¡O señor!
Sen. Conde, yo vengo
Por el gusto de la reina,
Por lo que á mi oficio debo,
Solo á ver si vuecelencia
Aunque todo el parlamento
Le ha dado ya por culpado
Por los indicios, de nuevo
Quiere dar algun descargo.
Conde. Solo el descargo que tengo,
Es el estar inocente.
Sen. Aunque yo quiera creerlo,
No me dejan los indicios,
Y advertid, que ya no es tiempo
De dilacion, que mañana
Habeis de morir.
Conde. Yo muero
Inocente.
Sen. Pues decid,
¿No escribisteis á Roberto
Esta carta? ¿aquesta firma
No es la vuestra?
Conde. No lo niego.
Sen. ¿El gran duque de Alanzon
No os oyó en el aposento
De Blanca, trazar la muerte
De la reina?
Conde. Aqueso es cierto.
Sen. Cuando despertó la reina,
¿No os halló, conde, á vos mesmo
Con la pistola?
Conde. Es verdad.
Sen. ¿Y la pistola, pues vemos
Vuestro nombre allí grabado,
No es vuestra?
Conde. Yo os lo concedo.
Sen. ¿Luego vos estais culpado?
Conde. Eso solamente niego.
Sen. ¿Pues cómo escribisteis, conde,
La carta al traidor Roberto?
Conde. No lo sé.
Sen. ¿Pues cómo el duque
Que escuchó vuestros intentos,
Os convence en la traicion?
Conde. Porque así lo quiso el cielo.
Sen. ¿Cómo hallado en vuestra mano
Os culpa el vil instrumento?
Conde. Porque tengo poca dicha:
O por decirlo mas cierto, *ap.*
Porque tengo mucho amor,
Y á Blanca culpar no puedo.
Sen. Pues sabed, que si es desdicha
Y no culpa, en tanto aprieto
Os pone vuestra fortuna,
Conde amigo, que supuesto
Que no dais otro descargo,
En fe de indicios tan ciertos,
Mañana vuestra cabeza
Ha de pagar...
Cosme. Malo es esto.
Sen. Culpas de vuestra desdicha.
Conde. ¿No hay remedio?
Sen. No hay remedio.
Conde. Pues ya que es fuerza el morir,
¡Ay mi Blanca, cómo temo, [*ap.*
Que tu traicion en mi muerte
No ha de escarmentar! Yo quiero
Hablarla por persuadirla
Que desista de su intento:
Pues ya que muerto sin duda,
Y no hay piedad ni remedio,
Hacedme un bien.
Sen. ¿Qué mandais?
Conde. Antes que muera, esto os ruego,
Dejadme hablar á mi esposa,
A mi Blanca; porque tengo
Un negocio que encargarle.
Sen. Yo soy juez, conde, no puedo,
Mañana habeis de morir,
Y ha de ser con tal secreto,
Que nadie en todo el palacio
Lo sabe, ni ha de saberlo,
Porque como se presume,
Que entre nobles y plebeyos,
Teneis muchos conjurados,
Porque no se altere el pueblo
El secreto se procura;
Y así, conde, esto supuesto,
No es bien que lo sepa Blanca,
Si se procura el secreto.
Cosme. ¿Sabe usted si á mí me ahorcan?
Sen. No, que el conde vuestro dueño
En todo os ha disculpado.
Cosme. Déjame darle dos besos:
Albricias, señor gaznate,
Que en albricias de que os veo
Libre de tan fuerte trago,
Desollinaros pretendo
Con otro trago tambien,
Pero ha de ser de Alacjos.
Sen. Vos, alcaide, con las guardas

Todas, cerrando primero
La torre, os venid conmigo,
Porque os dé la reina luego
Orden para ejecutar
Esta muerte.
Alc. Ya obedezco.
Sen. Así lo manda la reina,
Y vos, conde, disponeos
A morir como quien sois,
Que aquí la sentencia llevo.
A que la reina la firme,
Aunque mas sienta el perderos.
(*Vanse el senescal y alcaide.*)
Conde. Ea, valor, no me dejes,
Hoy te he menester, esfuerzo,
No eche á perder el temor
Cuanto animoso y resuelto,
Noble, amante y valeroso,
Por librar á Blanca muero;
La hazaña mayor que nunca
Entre romanos ni griegos,
Con letras de bronce escribe
La corónica del tiempo.
Viva Blanca, aunque yo muera,
¿Fuera bueno, fuera bueno,
Por conservar temeroso
La vida que yo aborrezco,
Echar la culpa á mi dama?
¿Qué dijeran de tal hecho
Los que á vista de mi vida,
Están á mi fama atentos,
Sino que el conde de Sex
Con tan vil y infame medio,
Como todos los demas,
A la muerte tuvo miedo?
Si por mí temo el morir,
Por mí el morir tambien temo,
Pues piérdame á mí por mí,
Mas valgo yo que yo mesmo:
Traedme una luz.
Cosme. Voy por ella. (*Vase.*)
Conde. Ya que á Blanca hablar no [puedo,
Para disuadirla amante
De su traicion, cuando pierdo
La vida, porque ella viva,
Sirva un papel de tercero
(*Sale Cosme con una luz, y pónela en un bufete.*)
Para la fineza (¡ay Dios!),
Blanca, que hoy hacer espero,
Por quien quise mas que á mí:
Bien dije, mas bien lo muestro,
Solo en mí, de cuantos aman,
No ha sido encarecimiento,
Pues es verdad cierta en mí,
Lo que en los otros requiebros;
Tú, amigo, aqueste papel...
Cosme. Muriéndome estoy de sueño.
Conde. Darás en su mano á Blanca,
A Blanca, mi dulce dueño,
En habiendo muerto yo.
Cosme. Así lo haré: yo me entro
A dormir, mientras escribe;
Porque estoy hecho dos cueros
Si otros están hechos uno,
Con el vino y con el sueño.

SALE LA REINA CON UNA LUZ, Y DE LA SUERTE QUE SALIÓ AL PRINCIPIO DE LA COMEDIA, CON MASCARILLA Y ENAGUAS.

Reina. Solo está el palacio, mudo
Y en silencio, que por eso,
Por órden del senescal,
Al alcaide y guardas tengo
En la entecámara (¡ay triste!)
Esperando el órden fiero
Para la muerte del conde,
A quien yo misma sentencio.
El conde me dió la vida,
Y así obligada me veo,
El conde me daba muerte,
Y así ofendida me quejo.
Pues ya que con la sentencia
Esta parte he satisfecho,
Pues cumplí con la justicia,
Con el amor cumplir quiero.
Conde. Así está bien, este aviso
Me debe Blanca.
Reina. Escribiendo
Está el conde, será á Blanca,
¿Pues qué importa? ya no es tiempo
Destas cosas: triste estado
Es cuando estando en un pecho
Tan vivo el amor, no tiene
Para los zelos aliento!
¡Ay honor! mucho me debes,
Depongamos lo severo,
Algo me deba el amor,
Y tenga tambien mi afecto
En mí, de mí, alguna parte;
Llévame, piedad, yo llego:
Conde?
Conde. ¡Qué miro!
Reina. No es sombra,
Verdad es la que estais viendo,
Imaginad que es posible,
Porque tiempo no gastemos
Inútilmente en la duda;
Y haciéndoos fuerza á creerlo,
Escuchad el fin que traigo,
Sin averiguar los medios.

Yo soy (si no os acordais
Por las señas os lo acuerdo)
Una muger que librasteis
De la muerte.
Conde. ¿Qué misterio *ap.*
Tendrá la reina en tal trage?
Señora, deidad os veo.
Reina. ¿Qué decis? pues quien soy yo?
No debeis vos de saberlo:
Él me conoció la noche *ap.*
Que me dió la vida, es cierto,
O aquí en el habla, sin duda
Me ha conocido, que necio
Será, si no disimula,
Que echará á perder con esto
Lo que vengo á hacer por él.
En fin, conde, yo, sabiendo
Que habiais de morir mañana,
Por pagaros lo que os debo
En la misma accion tambien,
Y porque tanto deseo
Vuestra vida.
Conde. Vos?
Reina. Yo, y tanto,
Que arriesgára esto que arriesgo,
Que es lo mas, porque vos, conde,
Vivais, ¡ay Dios!
Conde. ¡Qué es aquesto!
Reina. Mas, porque vamos al caso,
Como os he dicho, queriendo
Pagaros con vuestra vida
La misma vida que os debo.
Bien digo la misma (¡ay triste!)
Sabiendo agora, sabiendo
Que la reina, justiciera,
Os da muerte, y sin remedio,
Habeis de morir mañana:
Habiendo tenido medio
De tomar aquesta llave
De la torre, que instrumento
Ha de ser de vuestra vida,
Y tambien de entrar á veros,
No me pregunteis el modo,
A daros la vida vengo.
Tomad la llave, y despues
En la mitad del silencio
De la noche os escapad
Por un postigo pequeño
Que tiene la torre al parque,
Y vivid, conde, que es cierto
Que si vos moris, sin duda
Es envidia, pero aquesto
No es del caso, esta es la llave,
Tomad pues, porque no quiero
Que estos instantes usurpen
Las palabras al remedio.

Conde. Ingeniosa mi fortuna
Halló en la dicha mas nuevo
Modo de hacerme infeliz:
Pues cuando dichoso veo,
Que me libra quien me mata,
Tambien desdichado advierto,
Que me mata quien me libra,
Que estoy, señora, tan lejos
De ser dichoso, que agora
En este favor que os debo,
Se valió de la desdicha
Esta dicha para serlo.
Mas pues sois tan de mi parte,
Y el tomar aqueste empeño
De librarme, solo ha sido
Por pagarme aquel primero,
Que me debe vuestra vida,
Yo me doy por satisfecho
Solo con que me troqueis
Un favor de tanto riesgo
A otro mas feliz.
Reina. Decid.
Conde. Para que muera contento,
Antes de morir, que yo
Se bien que podeis hacerlo;
Merezca yo ver el rostro
De la reina, aquesto os ruego
Por la vida que os he dado,
Que solo para este intento
No es bajeza hacer alarde
En mi generoso pecho,
Del beneficio que os hice.
Reina. Yo quiero mudar de intento,
Que en viéndome me dará
Las disculpas que deseo.
Conde. No escuseis tanto mi dicha.
Reina. Pues si esto ha de ser primero
Tomad, conde, aquesta llave,
Que si ha de ser instrumento
De vuestra vida, quizá
Tan otra, quitado el velo
Seré, que no pueda entonces
Hacer lo que agora puedo:
Y como á daros la vida
Me empeñé por lo que os debo,
Por si no puedo despues
Desta suerte me prevengo.
(*Dale la llave.*)
Conde. Yo os agradezco el aviso,
Y agora solo deseo
Ver el rostro de mi dicha
En el de la reina ó vuestro.
Reina. Aunque siempre es uno mismo,
Este que ahora estais viendo,
Conde, es solamente mio,
Y aqueste que agora os muestro

Es de la reina, no ya
De quien os habló primero.
(*Descubre el rostro.*)
Conde. Ya moriré consolado,
Aunque si por privilegio
En viendo la cara al rey
Queda perdonado el reo,
Yo deste indulto, señora,
Vida por ley me prometo:
Esto es en comun, pues es
Lo que á todos da el derecho;
Pero si en particular
Merecer el perdon quiero,
Oid, vereis que me ayuda
Mayor indulto en mis hechos
Mis hazañas.
Reina. Ya las sé,
Yo misma me las acuerdo,
Mas borra la ofensa cuanto
Los servicios habian hecho.
Conde. ¿En fin la reina no puede
Usar de piedad?
Reina. No puedo.
Conde. Pues si no puede la reina
Doblarse al llanto y al ruego,
Una muger á quien yo
Dí la vida, por lo menos,
No dejará de mostrarse,
Pagándome con lo mesmo,
Agradecida.
Reina. La reina
No puede, que de ese empeño
Desobligacion ha sido
El haberos dado medio
Para huir de la justicia.
Conde. ¿Y ese es agradecimiento
De quien me debe la vida?
Reina. No soy yo, pero supuesto
Que fuese yo, ya cumplí
Pagando con lo que os debo.
Conde. ¿Solo con darme esta llave?
Reina. Sí, conde, solo con eso.
Conde. Luego esta, que si camino
Abriere á mi vida abriendo,
Tambien le abrirá á mi infamia:
Luego esta, que es instrumento
De mi libertad, tambien
Lo habrá de ser de mi miedo;
Esta que solo me sirve
De huir, es el desempeño
De reinos que os he ganado,
De servicios que os he hecho,
Y en fin de esa vida, de esa
Que teneis hoy por mi esfuerzo;
En esta se cifra tanto:
Pues, vive Dios, estoy ciego,
Que he de hacer que si quereis
Tener agradecimiento,
Y darme la vida, sea
Por otro mas noble medio,
Y sino, que pueda á voces
Quejarme al mundo, diciendo:
Que no pagais beneficios,
Que de los reales pechos
Es la mas indigna accion.
Reina. ¿Dónde vais?
Conde. Vil instrumento
De mi vida y de mi infamia,
Por esta reja cayendo
Del parque, que bate el rio
Entre sus cristales, quiero,
Si sois esperanza, hundiros;
Caed al húmido centro,
Donde el Támesis sepulte
Mi esperanza y mi remedio,
No quiero huyendo vivir. (*Arroja la llave.*)
Reina. ¡Ay de mí! mal habeis hecho.
Conde. Sed agora agradecida,
Ya os he quitado este medio
De agradecerme y librarme;
Ahora, ahora os acuerdo
Servicios y obligaciones,
Que es forzoso, no teniendo
Aquel que me estaba mal,
Buscarme otro modo nuevo
De librarme, ó ser ingrata.
Reina. Ser ingrata escoger quiero;
Sin vida estoy, que ese modo
Solo á pesar del respeto,
Os supo hallar mi piedad.
Conde. ¿Luego he de morir?
Reina. Es cierto,
Yo hice por vos cuanto pude,
A pesar de lo severo,
Como muger, os libraba,
Como reina, no me atrevo:
Mañana habeis de morir,
Mañana, mañana es luego,
¡O llanto! no me publiques
Humana, que cuando dejo
De serlo en tener piedad,
No lo soy en los efetos:
A Dios, conde.
Conde. ¿En fin sois bronce?
Reina. Pluguiera á Dios fuera cierto,
Mas soy...
Conde. ¿Que sois?
Reina. Ya es ocioso,
Soy quien pondrá un escarmiento,
Con vuestra cabeza al mundo.
Conde. Por vos inocente muero.
¿Quién me dijera algun dia?

Reina. Vos teneis la culpa de eso,
Que algun dia pensé yo,...
Mas tan poca dicha tengo,
Que os doy la muerte yo misma.
Apenas el llanto enfreno,
¡ Ay honor, cuánto me cuestas !
Conde. ¡ Ay amor, cómo me has muerto !
Reina. En él moriré, aunque viva.
Conde. En Blanca vivo, aunque muero.
Reina. ¡ Ah si fueras leal !
Conde. ¡ Ah si
A Blanca quisiera menos !
(*Vanse cada uno por su puerta.*)

Sale COSME con una carta en la mano.

Cosme. A morir llevan al conde,
Y él me encargó que le diera
Aqueste papel á Blanca,
En muriendo, y será fuerza
Servirle, pues fuí criado:
Mas por esa causa mesma
Hay razon para no hacerlo,
Que si es mi amo, la regla
General de los criados
Me escluye de esa licencia;
¿ Qué será aqueste papel ?
Testamento ? no, ¿ almoneda ?
¿ Escomunion ? no, cédula
De esposo, mas tarde llega;
Mas ya sé lo que es sin duda,
Es aquesta la sentencia,
Mas no la enviára, sí
La enviára, que si es fuerza
Que enviude muriendo él,
El por darla buenas nuevas,
Se la debe de enviar
A que se huelgue con ella;
Mi curiosidad es mucha,
Y no es justo que la tenga
Con cuatro dedos de moho,
Sin decentarla siquiera:
Desde que por no saber
Lo que llevaban sus letras
Aquella carta del conde,
Estuve á pique y muy cerca
De morir por confidente,
Maldigo la confidencia.
Esto es escarmiento, astucia,
Recelo, honor, providencia;
Y no deslealtad, señores,
Y hago primero protestas
A los lacayos fieles,
Que se usan en las comedias,
Que solo aquesto me mueve:
Veamos si es macho, ó hembra.
(*Abre la carta, y hace que lee.*)
Violéla; ya no hay remedio,
¿ Mas qué es esto, santa Tecla,
Este secreto escondias ?
Papel, voy apriesa, apriesa,
Por si tenerle es delito,
A hacer el silencio piezas,
A hacer el secreto astillas,
A hacer menucos la lengua,
No me han de coger de susto:
Pero aquí viene la reina,
Apartado esperaré.

Sale la Reina y el Senescal, y apartase Cosme.

Reina. Ejecutad la sentencia.
Sen. ¿ Dónde morirá ?
Reina. En palacio,
Porque es fuerza que se tema,
Que quizá el pueblo alterado
Se conspire en su defensa.
Para escarmiento le mato,
Mas no quiero que lo sepan,
Hasta que el tronco cadáver
Le sirva de muda lengua.
Y así al salon de palacio
Hareis que llamados vengan
Los grandes y los milores;
Y para que allí le vean,
Debajo de una cortina
Hareis poner la cabeza,
Con el sangriento cuchillo,
Que amenace, junto á ella,
Por símbolo de justicia,
Costumbre de Ingalaterra;
Y en estando todos juntos,
Mostrándome justiciera,
Exhortándolos primero
Con amor á la obediencia,
Les mostraré luego al conde,
Para que todos entiendan,
Que en mí hay rigor que los rinda,
Si hay piedad que los atreva.
Sen. Yo voy; tragedia espantosa
Hoy aqueste reino espera. (*Vase.*)
Reina. Traedme á Blanca tambien,
Que no es justo que esté presa,
Pues ella no está culpada,
La razon al amor venza.
Cosme. Aguardando estaba á solas
Para hablar á vuestra alteza.
Reina. ¿ Qué quieres ?
Cosme. Señora, el conde
Que dé este papel, me ordena,
A Blanca, en muriendo él;
Yo, por no sé qué quimera,

Le abrí, y hallando en él cosas
Dignas de que tú las sepas,
Le traigo aquí por si acaso
Al conde en algo aprovecha.
Reina. ¿ A Blanca el papel ? mostrad,
Del conde es aquesta letra. (*Lee.*)
« Blanca, en el último trance,
« Porque hablarte no me dejan,
« He de escribirte un consejo,
« Y tambien una advertencia :
« La advertencia es, que yo nunca
« Fuí traidor, que la promesa
« De ayudarte en lo que sabes
« Fué por servir á la reina,
« Cogiendo á Roberto en Lóndres,
« Y á los que seguirle intentan ;
« Para aquesto fué la carta,
« Esto he querido que sepas,
« Porque adviertas el prodigio
« De mi amor, que así se deja
« Morir por guardar tu vida.
« Esta ha sido la advertencia :
« (¡ Válgame Dios !) el consejo
« Es, que desistas de la empresa
« A que Roberto te incita ;
« Mira que sin mí te quedas,
« Y no ha de haber cada dia
« Quien, por mucho que te quiera,
« Por conservarte la vida,
« Por traidor la suya pierda. »
¿ Hombre, qué trujiste aquí ?
Cosme. ¿ Tenemos mas confidencia ?
Reina. Anda, avisa al senescal
Al punto, no te detengas, *ap.*
(Ay conde, que eres leal)
Que la ejecucion suspendan ;
No en vano el alma dudaba
Su traicion, alegres nuevas ;
Viva el conde, y viva yo :
Ola guardas, que refrena
Mi alborozo, al conde al punto
Le traed á mi presencia.
Alc. ¿ Qué mandas ?
Reina. ¿ Dónde está el conde ?
Alc. Aquí está ya.
Reina. ¿ Pues qué esperas ?
¿ Qué es dél ?
Alc. Aquí está del modo
Que lo mandó vuestra alteza.
(*Descubre al conde degollado.*)
Reina. ¡ Válgame Dios, llegó tarde !
¡ Ah traidores ! ¡ ah, qué priesa !
¡ Qué veloz, esta vez sola,
Anduvo vuestra obediencia !
¡ Qué perezosa que estuvo
Mi piedad y mi clemencia !
¡ Qué diligente el rigor,
Y la crueldad qué ligera !
¡ Que tarde llegó el remedio !
Pero siempre tarde llega,
Que es achaque de la dicha
Llegar cuando no aprovecha.
¿ Yo castigué á la lealtad ?
¿ Yo di muerte á la inocencia ?
¿ Yo á la esperanza de Europa ?
¿ Yo al amparo de mi tierra ?
¿ Yo á mi amante ? piedra soy,
Bronce fuí, ¿ quién muerte diera
A su amante ? tarde lloro,
O intempestiva fineza.
Blanca me quitaba al conde,
Blanca darme muerte intenta,
Delitos fueron en Blanca,
Los que en el conde sospechas.
¡ O valor mal empleado !
¡ O escrupulosa nobleza,
Que por no culpar á Blanca,
El conde morir se deja !
Por delito ageno mueres,
Mas si clama esta inocencia,
Y la venganza en quien ama
Desahoga, y aun remedia,
Juro por la misma sangre,
Que á pesar de mi paciencia,
Esmalta el cuchillo en grana,
Y el suelo en corales riega.
Por esas lumbres del cielo,
Que son mariposas bellas,
Que en el luminar del mundo
Trémulamente se queman ;
Por este espejo del dia,
De quien las hachas eternas
Con que se alumbra la noche,
Son pedazos que se quiebran,
Que he de dar la muerte á Blanca,
Si en en el centro, si en la tierra
Se escondiere ; y entre tanto
Que aquesta venganza llega,
Cubrid aqueste cadáver,
No mire yo tal tragedia,
Hasta que matando á Blanca,
Y vengando al conde, tenga
Fin su traicion con su muerte,
Y del senado merezca
Tener perdon de sus yerros
El autor como el poeta.

DON FRANCISCO DE LEIBA.

CUANDO NO SE AGUARDA,

Y PRÍNCIPE TONTO.

Esta es una comedia de *figuron* y, como todas las del mismo género, destinada esclusivamente á hacer reir. El carácter principal es, mas bien que una pintura fiel de la naturaleza, una caricatura ingeniosa, y en cuanto á pensamiento moral no hay que buscarle, pues es muy probable que el autor no se propuso ninguno. Es pues necesario considerar esta comedia como lo que es y nada mas; como una comedia de *figuron*.

Pero considerada bajo este aspecto, esta comedia nada deja que desear: Ramiro es el tonto mas tonto que hizo jamas reir á público alguno con sus estupideces. La respuesta que da a Fadrique cuando, proponiéndole que vaya á hablar á Fénix en su lugar, le hace su hermano presente que es natural que esta estrañe la voz, es admirable.

¿Cómo ha de estrañar la voz
Con la oscuridad que hace?

No comprendemos como Leiba no tiene mas celebridad en nuestra literatura, siendo así que en el género á que pertenece la comedia que insertamos á continuacion, si algunos le igualan, ninguno le escede. Casi todas sus comedias están llenas de cuentos á cual mas graciosos; pero aunque en esta los hay muy buenos, ninguno es comparable con el que relata el gracioso Martin en la *Dama presidente*, y que no podemos resistir á la tentacion de insertar aquí, ya que, teniendo aun que incluir muchos autores en este tomo, nos falta espacio para insertar toda la comedia, como desearíamos, porque es de las mejores de Leiba. Dice así:

Un mozo, enfermo tenia
De los ojos á su padre;
Y curarle pretendia,
Que en efecto lo queria
Como si fuera su madre.
El remedio procurando
En un libro que se halló
De medicina, hojeando,
Un capítulo encontró
De lo que andaba buscando.
Abrojos para los ojos
El primer renglon decia,
Y sin leer mas sus arrojos,
Como estrella que Dios guia,
Fué al campo á buscar abrojos.

Dos almorzadas muy buenas
Trajo, y que quiso ó no quiso,
Al padre que ve en sus penas
En los ojos al proviso
Le puso un par de docenas.
Un lienzo muy apretado
Encima le puso luego,
Con que al padre desdichado
Le saltaron de contado
Los ojos y quedó ciego.
A leer volvió con enojos
Los renglones, y al mirarlos
Despacio, vieron sus ojos:
Para los ojos abrojos
Son buenos para sacarlos.

En este cuento, prescindiendo del mérito de la invencion, que no es poco, es de admirar la facilidad y pureza de la elocucion.

Terminarémos este breve exámen recomendando á nuestros lectores, como una de las mejores de la comedia, la escena en que Fadrique negocia indirectamente su amor con Fenix por encargo especial de su tontísimo hermano, escena que pudo muy bien haber inspirado á Molière la del mismo género que se halla en la *Escuela de los Maridos*, en que el galan se vale del viejo para comunicar su amor á la niña.

PERSONAS.

RAMIRO, príncipe tonto.
FADRIQUE, infante.
EL REY DE TRACIA, viejo.
EL DUQUE.
TRIGUERO, gracioso.
CAMACHO.
FENIX, princesa de Tracia.
ESTELA, su prima.
NISE, FLORA, } criadas.
EL ALMIRANTE.
MUSICOS.

La escena pasa en Tracia.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de sala en palacio.

SALEN FENIX LLORANDO, ESTELA, NISE Y FLORA.

Est. Suspende, señora, el llanto,
Fenix, templa los enojos,
Y no les des á tus ojos
Tanta pena, dolor tanto.
No, prima, á tus niñas bellas
Castigues con tanto anhelo,
Que se quajará tu cielo
Si maltratas sus estrellas.
Di, señora, tu dolor,
Descansa tu pena en mí,
Mira que zeloso aquí
De tu llanto está mi amor,
Pues notando tu desvío,
Ve que busca tu desvelo
En el llanto su consuelo,
Y no en el afecto mio.
Fen. Tanto, Estela, es mi tormento,
Prima, mi dolor es tal,
Que el no referirte el mal
Alivia mi sentimiento.
Fineza es, no sequedad,
Lo que á callar me condena,
Y el no decirte mi pena,
Prueba es de mi voluntad:
Pues mi amor al tuyo atento,
De su dolor infelice
El sentimiento no dice
Por ahorrarte el sentimiento.
Est. Mas me ofende que me obliga
Hacerme de el mal agena,
Pues seré al sentir tu pena
Vasalla, deuda y amiga.
Y si es consuelo decir
Los males, ofensa es
Negármelos, pues soy tres
Para ayudarte á sentir.
Fen. Mucho hoy, Estela, me obligas
Con tu amor y tu fineza.
Est. Quisiera que vuestra alteza
Descansára en sus fatigas.
Flora. ¿Nise, qué pena será
La que á mi ama aflige así?
Nise. Romance ha de haber aquí,
El romance lo dirá.
Est. Ea, dime tu pesar.
Nise. Rabiando estoy por oirlo.
Flora. Yo tambien.
Fen. Si he de dicirlo...
Flora. Ya empieza.
Nise. Pues á escuchar.
Fen. Idos, y solas quedemos.
Nise. Malogróse nuestro oido.
Flora. Harto en no oirla he sentido.
Nise. Ven, que despues lo sabremos.

ESCENA II.

ESTELA Y FENIX.

Est. Habla ya.
Fen. Es mi pena mucha.
Est. Decirla tu labio intente.
Fen. ¿En fin, quieres que la cuente?
Est. Ya la aguardo
Fen. Pues escucha.
Mi padre el rey (¡ay de mí!)
Mal dije en decir mi padre,
Pues cuando no lo parece,
No es justo que así le llame.
El rey digo, aqueste reino
Heredó del rey Balarte
Su padre y abuelo mio,
Con una pension tan grave,
Tan tirana, tan injusta,
Que si yo pudiera hallarme
En los tratos, antes que
Tal condicion aceptase,

A la aspereza de un monte
Le rindiera vasallage.
Fué, pues, el concierto (¡ay triste!)
Que quien el reino heredase,
Si hembra fuese (¡qué crueldad!)
Con el rey de Aténas case.
Nací yo por mi desdicha,
Pluguiera al cielo que antes
Que á esa máquina redonda
Las luces examinase,
Fuera á mi vida la cuna
Monumento miserable.
Oye, prima, y de mi pena
La terneza no te espante,
Pues lo grande del dolor
Te dirá mi dolor grande.
Tiene dos hijos el rey
De Aténas, ya tú lo sabes,
Ramiro es el heredero,
Y es el segundo el infante
Fadrique: nació Ramiro
Tan ageno de la sangre
De príncipe, que en Aténas
Es la irrision de los grandes,
De los plebeyos la burla
Y la afrenta de su padre,
Pues le hizo el cielo tan necio,
Le crió tan ignorante,
Que no sabe ni aun aquello
Que un rudo villano sabe.
Es al contrario Fadrique,
De ingenio tan admirable,
De tan noble condicion,
De natural tan amable,
Que de los vasallos todos
Es mas dueño que su padre;
Porque la naturaleza
Cuando los segundos nacen,
Lo que en el poder les quita,
En el valor les añade.
Y cuando debiera el rey,
Por su incapacidad grande,
Quitarle el reino á Ramiro
Y que Fadrique heredase,
Pues que tanto lo merece
Por su ingenio y su donaire,
Tanto le ciega el amor,
Y tanto deja llevarse
De la pasion, que es Ramiro
De sus ternezas exámen,
Y Fadrique (¡qué crueldad!)
Es de sus iras ultraje.
Mas no es, prima, novedad
En este mundo inconstante
Que se aborrezca lo bueno,
Y que lo malo se ame.
Con Ramiro, pues (¡qué pena!)
Como heredero, (¡ansias graves!)
De el de Aténas (¡qué desdicha!)
Mi padre el rey (¡qué pesares!)
Casarme intenta (¡qué ahogo!)
Y los tratos (¡dolor grande!)
Ajustados (¡que violencia!)
Le espera ya por instantes
Para celebrar las bodas,
(Exequias mejor llamarlas,
Pudiera) y ya de mi muerte
Espero el amargo trance,
Pues cuando conozco (¡ay triste!)
Que mi albedrío postrarse
Ha de dejar (¡qué tormento!)
De un hombre tan ignorante,
Tanta desesperacion
Siento, que he intentado darme
La muerte, si no temiera,
Que el cielo...
Est. Tu padre sale.

ESCENA III.

DICHOS, Y EL REY, EL DUQUE, Y CRIADOS.

Rey. Hija, ¿qué disgusto tienes?
Fen. Admírome que lo estrañes,
Cuando de mis sentimientos
Eres... mas de aquí no pase
El labio, y dame licencia,
Que de tu presencia falte,
Porque se arriesga el respeto
En una pasion tan grande.

ESCENA IV.

DICHOS, MENOS FENIX.

Rey. Bien de su dolor la causa
Penetro. *ap.*
Est. Señor, culparte
Pudiera.
Rey. Mas no prosigas,
Estela, ni á mis pesares
Des mas fuerza con tu queja,
Porque es estilo ignorante,
El yerro ya cometido,
Culpar al que el yerro hace:
Cuando remediar se puede,
Cordura es el avisarle;
Mas despues de cometido,
Es imprudencia culpable
Referirle su desdicha,
Y solo sirve de ahogarle,
Pues es entonces tormento
Lo que fuera alivio antes.
Cuando este reino heredé,

(Ojalá no le heredase)
Fué con estas condiciones;
Si falto á ellas, es darle
Ocasion al rey de Aténas
Para que rompa las paces,
Y por mis estados se entre,
Sin que yo pueda estorbarle,
Pues son tan cortas mis fuerzas,
Y sus fuerzas son tan grandes,
Con que he de perder el reino.
Yo no digo que se case
Fenix luego que Ramiro
Llegue, mas digo, que trate
De examinarle, y de verle:
Que á veces la fama sabe
Hacer al necio discreto,
Y al entendido ignorante,
Y puede ser, que en Ramiro
Este defecto se halle,
Mas por la agena malicia,
Que no por sus propias partes.
Llegue, y háblele, y verémos
Si es su ignorancia tan grande
Como han informado á Fenix,
Que puesto que el rey su padre
Para su esposo le envia;
No creo será tan grave
Su incapacidad: tú, Estela,
Y vos, duque, aconsejadle
Modere sus sentimientos,
Y que de templarse trate;
Que por este reino mire,
Y que advierta en el ultraje,
Que espera en su resistencia,
Que aquestas canas la ablanden,
Y este padre desdichado,
Infeliz en ser su padre,
Le obligue; mas ya mis ojos
Hacen que el discurso ataje,
Pues miro que el daño es cierto,
Y no puedo remediarle. (*Vase llorando.*)

ESCENA V.

El Duque y ESTELA.

Duque. Enternecido va el rey.
Est. Es prudente, ve que hace
Un yerro: pero aquí Fenix
Vuelve.
(*Sale Fenix.*)
Fen. Escuchando á mi padre
He estado, y con su terneza
Sentí alivio en mis pesares,
Pues es consuelo de un triste,
Que le ayuden á quejarse.
Est. Pues, señora, si has sido...
Duque. Señora, si ya escuchaste...
Est. De su alteza el desconsuelo...
Duque. El dolor del rey tu padre...
Est. Y tu cordura...
Duque. Y tu amor...
Est. Advierte...
Duque. Mira...
Fen. Dejadme,
Que es batalla la que siento
De fuerzas tan desiguales,
Cuando á un tiempo miro, que...
Trig. (*dentro*). Afuera digo, dejadme.
Uno. Sin licencia no ha de entrar.
Fen. ¿Qué es eso?
Cam. (*dentro*). No me embaracen,
Yo he de ganar las albricias...
(*Salen los dos.*)

ESCENA VI.

Dichos, TRIGUERO y CAMACHO.

Trig. Yo he sido quien llegué antes.
Cam. Yo he de hablar.
Trig. No sino yo.
Cam. Como el ruin...
Trig. Como el bergante...
Duque. Mirad, que está aquí su alteza.
Cam. Pues de mi saber aguarde.
Trig. Aguarde saber de mí.
Cam. Que el príncipe, que Dios guarde...
Trig. Que el príncipe don Ramiro...
Cam. Ahora...
Trig. En aqueste instante...
Cam. Llega á Tracia.
Trig. A Tracia llega.
Cam. Y don Fadrique el infante...
Trig. Y el infante don Fadrique...
Cam. Su hermano...
Trig. Hijo de su padre...
Cam. Viene con él.
Trig. Con él viene.
Cam. Y yo...
Trig. Y yo...
Fen. Bien está, baste,
Ya las nuevas he entendido:
Vamos á morir, pesares. (*Vase.*)
Duque. ¿Cuándo, Estela, de tu cielo
Veré las tranquilidades?
Est. No es ahora ocasion, duque,
De que en finezas me hables.

ESCENA VII.

TRIGUERO y CAMACHO.

Trig. So Camacho.
Cam. Voto á Dios...

Trig. Razon será que partamos
Las albricias.
Cam. A mis amos
Me he de quejar.
Trig. Entre dos,
Pues usted cuenta en el aire;
A como diga cabrá
Un baste, y un bien está.
Cam. A ellos se ha hecho el desaire.
Trig. Que no quiere darme nada.
Cam. ¡Qué esto me haya sucedido! *ap.*
Trig. So Camacho, usted ha lucido
Lindamente la embajada.
Cam. ¡Qué se aguasen mis codicias! *ap.*
Por este infame lo siento.
Trig. Lástima es, que no haga asiento
En que estancar las albricias.
Cam. ¡Qué viendo las penas mias,
Me dé así carga molesta!
Trig. Con dos albricias como esta
Será rico en cuatro dias.
Cam. ¡Qué en mi haya llegado á ver *ap.*
Triguerillo aquesta afrenta!
Trig. ¿Está ya haciendo la cuenta
Del empleo que ha de hacer?
Cam. De corrido me embarazo; *ap.*
Y á el hablar estoy perplejo.
Trig. ¡Qué á quien es perro tan viejo
Le hayan dado este gatazo!
Cam. Oye, ¿si hablar me previene,
Sabe que tendrá ruido?
Trig. Lo que yo tengo sabido,
Es saber, que usted no tiene.
Cam. Las albricias, yo el perderlas
Quise, pues se entró de gorra.
Trig. Verdes, dijo están, la zorra,
Y es, que no podia cojerlas.
Cam. Respeta el sitio mi espada,
Que aqui con algo le diera.
Trig. En fin, yo con algo fuera,
Pero usted se va sin nada.
Cam. De beber gana he tenido
De su sangre, y de otra no.
Trig. Si acierto á ser vino yo,
Ya usted me hubiera bebido.
Cam. Si mi paciencia desabre,
Mire que está hecha una hiel.
Trig. ¿Con que en su paciencia y él,
Tenemos hiel y vinagre?
Cam. Voime, porque mi furor:
No me haga salir de raya:
Mas ya me lo pagará.
Trig. Vaya
El señor embajador.
(*Hacen la cortesia, y vanse.*)

ESCENA VIII.

Decoracion de calle.

SALEN RAMIRO Y FADRIQUE DE CAMINO, Y ACOMPAÑAMIENTO.

Ram. Válgate el diablo el lugar,
Si supiera que tan lejos
Estaba, juro á brios,
Que dejára el casamiento.
Fad. ¿Eso dices?
Ram. Esto digo:
¿Hay ya que argüir sobre ello?
Fad. ¿Pues cuando el cielo de Fenix
Vienes á gozar, no es yerro,
Hermano, que así la ofendas?
Ram. Cuerpo de Cristo en el cielo,
¿No podia estar mas cerca?
Por eso dijo un discreto,
Que no puede ser holgura
La que cuesta un molimiento.
Fad. No así á la fineza faltes,
Ni te faltes al respeto,
Hermano, que á tí te debes.
Ram. Fadrique, por Dios eterno,
Que me dejes: ¡hay tal rabia!
¡Que siempre me andeis riñendo!
Fad. Yo aconsejo, que no riño.
Ram. Pues idos á los infiernos
A aconsejar: ¿es matraca?
Fad. Sabe Dios, que no es mi intento
Darte disgusto.
Ram. Mirad,
Yo le oi decir á mi abuelo,
Que nunca, sin que le pidan,
Un hombre ha de dar consejo,
Pues es presumir que sabe
Mas, y aquese sabe menos.
Trig. So Camacho, llegue usted.
(*Dentro Camacho y Triguero.*)
Cam. Entre él.
Trig. Usted es primero.
Ram. ¿Qué diablo de ruido es ese?
Fad. Los criados son, que fueron
A avisar de tu venida.
Trig. Acabe usted, no sea necio.
Cam. Digo que él ha de llegar.
Fad. Llegad.

ESCENA IX.

DICHOS Y SALE TRIGUERO Y CAMACHO.

Trig. Pues vamos á un tiempo.
Fad. ¿Qué hay, Triguero?
Ram. ¿Qué hay, Camacho?

Trig. Camacho hable.
Cam. Hable Triguero.
Trig. A él le toca.
Cam. No sino á él.
Fad. ¿Qué aguardais?
Ram. ¿Es cordelejo?
¿Camacho, no te envié...
Fad. ¿No te envié yo, Triguero...
Ram. A que mi esposa avisáras?
Fad. A avisar á el rey?
Trig. Pues á eso
Camacho responderá.
Ram. Di.
Cam. Fuí, señor, en efecto,
Y hablé á Fenix la princesa,
Y me respondió; mas esto
No lo quisiera decir.
Ram. ¿Qué?
Cam. Con un modo tan seco,
Que antes que señas de gusto,
Las mostró de sentimiento.
Ram. ¿Pues en qué lo conociste?
Cam. En que no me dió...
Trig. Ahí es ello.
Cam. Albricias ningunas.
Ram. ¿No?
Cam. No.
Ram. ¿Y qué se me da á mí de eso?
Fad. Recato es de su grandeza
Disimular el contento.
Ram. A buen seguro; ¿pues cuándo
Soñó ella merecer esto?
Trig. Ya á recibirte saldrán.
Fad. Hermano, lo que te advierto
Es, que procures hablar
Afable, grave y modesto.
Ram. Yo hablaré como quisiere,
Y no os metais vos en eso.
Cam. Él es caballo sin rienda.
Trig. Dile sin bozal, jumento.
Fad. ¿Es posible, que te ofenda
El desear tus aciertos?
Ram. Pues tanto los deseais,
Y presumis de discreto,
Decidme, ¿qué le diré
A mi esposa?
Fad. Poco, y cuerdo.
Ram. ¿Cómo qué? decidme algo.
Fad. Al ver vuestro hermoso cielo,
Ni vos podiais ser mas,
Ni yo esperaba erais menos.
Ram. ¿Y con eso hay harto?
Fad. Sí.
Ram. Pues ya en la cholla lo tengo,
No hallais miedo que lo yerre.
Trig. A ver, dilo.
Ram. ¿Es latin esto?
Trig. Por ver si se te ha olvidado.
Ram. Oid: al mirar vuestro cielo,
Ni yo podia ser mas,
Ni vos podiais ser menos:
Mirad si lo he dicho bien.
Trig. Así te dé Dios el sueño.
Fad. Mira, hermano, que lo yerras,
Que es al contrario.
Ram. Pues eso
Facil está de enmendar
Trocándolo, que el ingenio
Para eso es.
Cam. Ya á palacio
Hemos llegado.
Trig. Y ya veo,
Que sale el rey y la infanta
A recibirte.
Ram. Esto es hecho:
Así, hermano...
Fad. ¿Qué me mandas?
Ram. ¿Podré decirle á mi suegro
Lo de menos y de mas?
Fad. No sino á Fenix.
Ram. Ya entiendo.
(*Dentro*). Plaza.

ESCENA X.

Decoracion de salon.

SALEN EL REY, FENIX, ESTELA, EL DUQUE, NISE, Y ACOMPAÑAMIENTO.

Rey. En buena hora á mis brazos
Y á ser de mi estado dueño,
Llegue vuestra alteza.
Ram. Yo,
Por no errar digo lo mesmo.
Trig. Ya dió la muestra del paño.
Fad. Presto descubrió lo necio.
Rey. Y vos, infante, seais
Bien venido.
Fad. Fuerza es serlo
Quien llega á lograr la dicha
De merecer los piés vuestros.
Fen. ¡Qué diferentes estilos! *ap.*
Est. ¡Qué galan y qué discreto! *ap.*
Fen. Seais, príncipe, bien llegado.
Trig. Aquello ahora. (*Detras de él.*)
Ram. Ya voy á eso:
Al ver vuestro hermoso cielo,
Señora, ni mas ni menos. (*Riense todos.*)
Trig. Zas.
Fad. ¡Hay mayor ignorante!
Ram. ¿Parece que os reïs?
Est. No es nuevo
Cometer un yerro un novio.

Fad. Antes cometiera el yerro
En no turbarse, pues fuera
Faltar ál cortes respeto,
Que de Fenix mi señora
Se debe al hermoso cielo.
¿Quién del sol las luces bellas
Osó mirar desatento,
Que en sus ojos no pagára
De sus ojos lo soberbio?
¿Con alas de cera quién
Quiso el estrellado velo
Registrar, que no escribiera
En el mar su atrevimiento?
¿Quién gobernar los caballos
Pretendió al carro de Febo,
Que en su despeño no hallára
Castigo de su despeño?
¿Quien torre intentó labrar
Para hacer escala al cielo,
Que en su ruina no mirase
La ruina de sus intentos?
No, pues, de la turbacion
De Ramiro hagais estremos,
Pues tiene mas ocasion
Que tuvieron todos ellos.
Ram. Veislo, aqueso digo yo,
Reios ahora muy bien de ello.
Rey. ¡Qué bien que muestra Fadrique
Lo cortes y lo discreto! [*ap.*
Fen. ¡Ay si en Fadrique y Ramiro *ap.*
Las suertes trocára el cielo!
Est. ¡Qué entendido y que bizarro *ap.*
Es Fadrique!
Duque. Mucho veo, *ap.*
Que Estela mira á Fadrique.
Fad. Mucha inquietud, Fenix, siento
Despues que ví tu hermosura. [*ap.*
Rey. ¿Y cómo queda el rey?
Ram. Bueno,
Él come famosamente,
Y bebe como un tudesco.
Rey. ¿Y á vos en este viage
Cómo os ha ido?
Ram. Por cierto,
Que nunca entendí que era
Tan grande el mundo.
Trig. Lo mesmo
Dijo una vez un letrado
Saliendo á no sé qué pleito,
Y habia andado tres leguas.
Fad. Habla á Fenix, que no veo
La dices nada.
Ram. Ya ahora
Estaba pensando en eso.
De verdad, Fenix divina,
Que cuando despacio os veo,
Y tan hermosa os admiro,
Cuando viente años y menos
Aun no tendreis, que reparo,
Que si al paso va creciendo
De los años la hermosura,
En teniendo vuestro cielo
Cincuenta ó sesenta juzgo,
Sereis de beldad portento.
Fen. La lisonja es como vuestra.
Est. Gracia ha tenido.
Fad. ¡Hay tal necio!
Trig. Lo mismo dijo un alcalde
Al oir relatar un pleito
De un navío que fué á pique,
Que decia era muy nuevo,
Pues no tenia diez años,
De mucha fuerza y ligero,
Y que cargaba trecientas
Toneladas, y dijo á esto:
¡Válgame Dios! ¡cosa rara,
Que un navío tan pequeño,
Que aun diez años no tenia,
Cargaba tanto! Yo apuesto,
Que en llegando á los cuarenta
Cargára un lugar entero.
Ram. Eso yo me lo dijera
Sin ser alcalde.
Fen. Yo lo creo:
Este diamante tomad,
Porque me ha gustado el cuento.
Trig. Todos cuantos vos quisiereis
Os los venderé á este precio.
Cam. Rabiando de envidia estoy.
Rey. Ramiro es mucho mas necio *ap.*
Que yo entendí.
Trig. So, Camacho,
Mas que albricias valen cuentos;
Mire que bello diamante.
Cam. ¡Que por un cuento tan viejo
Y tan frio, le hayan dado
Un diamante!
Trig. Majadero,
No está en que el cuento sea frio.
Cam. ¿Pues en qué?
Trig. En que venga á cuento.
Nise. Flora, gran tonto es el novio.
Flora. ¿Ahora reparas en ello?
Ram. Señor suegro, en conclusion,
Déjándonos ya de cuentos,
Decid á que somos venidos:
¿Nos casamos, ó qué hacemos?
Flora. Para eso no es muy tonto.
Nise. Antes es mas tonto en eso.
Rey. Ahora, príncipe, llegais,
Descansad mientras mi reino
Dispone los regocijos

Para esta dicha.
Fen. Primero
Sabré la vida perder. *ap.*
Ram. ¿Ahora tenemos eso?
Por mi las fiestas perdono.
Rey. Es faltar al lucimiento.
Ram. Pues paciencia, y barajar.
Rey. Venid á descansar: ¡cielos! *ap.*
Muy ignorante es Ramiro,
Mucho á Fenix mi hija temo.
Ram. Vamos en gracia de Dios.
Fen. Fadrique, no sé que siento *ap.*
Despues que te ví.
Fad. Tus ojos,
Divina Fenix, me han muerto.
Est. Muy bien habeis parecido, *ap.*
Infante, mucho me temo.

ESCENA XI.

TRIGUERO, CAMACHO Y NISE.

Cam. Reina, aguarde.
Trig. Espere, reina,
Nise. ¿Qué es lo que quiere?
Cam. Quereros.
Nise. ¿Y él?
Trig. Yo quiero lo que
Quisiere este caballero.
Cam. Pues yo quiero no la mire.
Trig. Eso es lo que yo no quiero.
Cam. Yo he de amaros.
Trig. Yo tambien.
Cam. No se meterá él en eso,
Porque la he mirado yo.
Trig. ¿Pues acaso soy yo ciego?
Cam. Pues vive Dios...
Trig. Vive, y reina. (*Echan mano.*)
Nise. Ténganse digo, ¿qué es esto?
¿A mi grandeza se pierde
El debido acatamiento?
Cam. Perdon pido.
Trig. Y yo tambien.
Nise. Yo los perdono, y advierto
Que el galanteo en palacio
Es, reyes mios, un juego
Que nunca elige de espadas.
Trig. ¿Pues de qué?
Nise. De oros.
Trig. Por cierto
Que si eligiera de copas,
Cogia á mi compañero
Con hartos triunfos.
Cam. Él miente,
Como bufon.
Nise. Dejen eso,
Y digan cómo se llaman.
Cam. Yo Camacho.
Trig. Yo Triguero.
Nise. Buen par de pájaros son.
Trig. Si, pero la pluma pienso
Que es poca, pero esa mala.
Nise. Y en qué estado de dinero
Se hallan, y elegiré
A el de mas merecimientos.
Trig. ¿Pues el dinero que tiene
Que ver con méritos?
Nise. Necio,
El que ahora merece mas,
Es quien tiene mas dinero.
Cam. Yo una racion sola como.
Trig. Diga bebo, y es mas cierto.
Cam. ¿Todavía?
Trig. Ya pasó.
Nise. ¿Y él?
Trig. Yo un diamantillo tengo.
Nise. ¿Adónde está?
Trig. Veislo aquí,
Que ya le quito del dedo
Para...
Nise. Darmelo á mí?
Trig. No,
Para deciros un cuento.
Nise. Pues bien lo puede dejar
Y irse, que á la infanta veo
Que viene aquí con el rey.
Trig. ¿No dices cuál queda electo?
Nise. Sirvan por ahora entrambos,
Que despues escogeremos. (*Vanse.*)
Trig. Que á ti ha de escogerte digo.
Cam. Diga porqué el embustero.
Trig. Porque tú eres el peor,
Y es costumbre en ellas eso.

ESCENA XII.

EL REY, FENIX, FLORA Y ACOMPAÑAMIENTO.

Fen. Ya, señor, viste á Ramiro.
Rey. Ya he visto que es cierto el daño.
Fen. ¿Has hallado el desengaño?
Rey. Su incapacidad admiro.
Fen. ¿Quieres que me case?
Rey. No:
Mas dime, pues eres cuerda,
¿Quieres tú que el reino pierda?
Fen. ¿Cómo he de quererlo yo?
Rey. No casándote aventura
Mi estado infeliz acierto.
Fen. Menos es un riesgo incierto,
Que no una muerte segura.
Rey. Cierto es, cuando compito
Contra tan grande poder.

Fen. Ese daño está por ver,
Pero este ya está visto.
Rey. ¿No te aflige el desconsuelo
Que mis canas han temido?
Fen. Lo que aun no está sucedido
Puede remediarlo el cielo.
Rey. Fenix, el remedio humano
Se debe siempre buscar.
Fen. Pues procúrale tú hallar
Como sea sin mi mano;
Y en fin, padre, si cruel
Quieres dar fin á mi vida,
Muerte mas apetecida
Es dar al cuello un cordel,
Al pecho un tósigo fuerte,
Al corazon un puñal,
Que este, en fin, es menos mal,
Pues se acaba con la muerte.
Rey. Háblala, Estela, por mí.
Est. Señora, no hagas estremos,
Pues muchos ejemplos vemos
Que pueden hablar aquí:
Ignorantes mil nacieron
Que el estudio hizo entendidos.
Fen. Sería porque instruidos
Desde sus niñeces fueron.
Est. El trato enmendar podrá
Lo que el nacimiento erró.
Fen. Lo que el cielo le negó,
Mal el trato le dará.
Est. ¿No podrá labrar en él?
Fen. No, que no es posible ya.
Rey. ¿Pues porqué, di, no podrá?
Nise. Está duro el alcacer.
Est. Incapaces miré yo,
Que á fuerza de letras y artes,
Salieron de heróicas partes.
Fen. ¿Tú los vistes?
Est. Sí.
Fen. Yo no.
Rey. Pues elige un medio aquí
Con qué me pueda quietar.
Fen. El tiempo lo puede dar.
Rey. Di como.
Nise. Escúchame á mí.
Finge un voto ó una novena,
Y las bodas suspender
Podrás, y á mal suceder,
Ya se dilata la pena.
Y no es muy necio mi intento
Si aquí la atencion me das,
Pues el ejemplo hallarás.
Fen. ¿En qué, Nise?
Nise. En este cuento:
Sentenció un juez ahorcar
A un hombre; él, que le diera
Vda pidió un año, y viera
Que hacia á un borrico hablar.
Culpóle otro, y respondió:
Hombre, en un año corriente,
Que se muera es contingente,
El juez, ó el borrico, ó yo.
Est. Aunque Nise en burlas habla,
Tu pena este medio elija.
Rey. Remedio puede haber, hija,
Si algun engaño se entabla.
Fen. Resuelta á fingirlo estoy.
Nise. Y ya el novio viene aquí.
Rey. Pues que delante de mí
No has de tratarlo, me voy. (*Vase.*)
Est. Y yo y Flora nos iremos,
Y quédese Nise aquí,
Para que te ayude á tí.
Nise. Idos, que acá nos lo habremos.
Est. ¡Ay Fadrique, y cómo has dado
Al alma tierno alboroto!

ESCENA XIII.

FENIX y NISE, y luego RAMIRO.

Nise. ¿Y ha de ser novena, ó voto?
Fen. Mejor industria he pensado.
Nise. Dímela.
Fen. Ahora la oirás.
Nise. Que ella lo ha de errar recelo. *ap.*
Fen. Fadrique, mucho desvelo *ap.*
A mi corazon le das.
Ram. ¿Señora Fenix?
Fen. ¿Señor?
Ram. Buenos dias: de la cama
Me levanto solo á veros.
Fen. Estimo fineza tanta,
Y mas que venis á tiempo
En que hablaros deseaba.
Ram. ¿Pues qué tenemos de nuevo?
(*Salen al paño Fadrique y Triguero.*)
Trig. ¿Dónde vas?
Fad. Vi que pasaba
Mi hermano al cuarto de Fenix,
Y tras él vengo.
Trig. Me engañas,
Que mas que tras del hermano,
Vienes tras de la cuñada.
Fad. ¡Ay dulcísima homicida!
Ram. Hable, Fenix, ¿á qué aguarda?
Fen. Astucia me dé el dolor. *ap.*
Nise. Veamos por donde la entabla. *ap.*
Fad. ¿Qué será lo que hablar quiere?
Fen. Oidme atento.
Ram. Ea, vaya.
Fen. Desde que á la luz del mundo
Conoció mi tierna infancia,

Para ser esposa vuestra,
El rey mi padre me guarda,
Que quiso que esta fortuna
Desde la cuna gozára.
Ram. Vos todo lo mereceis.
Fad. ¿Cómo así Fenix le habla,
Cuando su disgusto muestra?
Trig. Le habrá ya caido en gracia.
Fen. Yo pues contenta vivia,
Y alegre con la esperanza
De mereceros por dueño,
Deseando que llegára
El tiempo de conseguir
Tanto gusto y dicha tanta.
Fad. Dudando estoy lo que oigo.
Trig. Sobre que está enamorada.
Nise. ¡Qué bien que lo finge!
Ram. ¡Han visto
Lo que me quiere la infanta!
Fen. Y llegándose la hora
En que los conciertos trata
Mi padre de nuestras bodas,
De mi amor tan deseadas,
(Aun con decirlo de burlas
Hablar en esto me enfada)
Una noche que en mi lecho
Mis potencias engañaban
Con breves horas de sueño,
Largos siglos de esperanza...
Nise. ¿Adonde irá á parar esto, *ap.*
Que le hace tan tierna cama?
Fen. Un golpe en mi cuarto siento,
Que el sueño me sobresalta;
Despiértame temerosa,
Y oigo una voz que me llama
Por mi propio nombre, (¡ay, cielos!)
Abro los ojos turbada,
Y veo que por la puerta
De mi cuarto (¡tiembla el alma!)
Un espectáculo yerto
Entra, cuyas señas raras
Parece las estoy viendo.
Nise. ¿Por dónde irá aquesta danza? *ap.*
Trig. ¿Qué será esto?
Fad. Calla y oye.
Fen. Blanca y crecida la barba,
El rostro pálido y triste,
La voz ronca, gruesa el habla,
El cuerpo grave y sereno,
Y una vestidura blanca,
Que todo el cuerpo le cubre,
En la diestra mano una hacha,
Y una espada en la siniestra.
Nise. Las manos lleva trocadas. *ap.*
Ram. Sin duda el muerto era zurdo.
Trig. De oirla me tiembla la barba. *ap.*
Nise. Con saber que esto es mentira, *ap.*
Me da miedo el escucharla.
Fen. Y viéndome ya despierta,
Desta manera me habla:
Fenix, dijo, que por mí
Eres princesa de Tracia,
Tu abuelo Balarte soy,
Oye lo que mi voz manda,
Para esposa de Ramiro
Del cielo estás dedicada,
Y de mi afecto elegida;
Mas mira que celebradas
No han de ser ahora tus bodas,
Porque de cumplir te falta
La edad perfecta, en que tienes
De dar sucesion á Tracia.
No digo te falta edad,
Sino que está señalada
Del cielo una edad, en que
Has de lograr dicha tanta.
Un año te falta, Fenix,
Y el cielo te ordena y manda,
Que hasta que pase este tiempo
No te atrevas temeraria
(Aunque tu amor te aconseje,
Y aunque te muevan tus ansias)
A dar la mano á Ramiro,
Un año es breve jornada.
Reprime pues tus intentos,
Que si lo contrario tratas,
Tendrás del cielo el castigo,
Que por mi voz te amenaza.
Queda en paz; fuése, y al punto
A un cruel desmayo entregadada,
Quedé agena de sentidos,
Y de hielo inmóvil planta.
Trig. ¿Puede ser esto verdad?
Fad. Albricias, amor, la infanta
La ejecucion de las bodas
Con este ardid embaraza.
Trig. Oiga el diablo: ¿qué tambien
Se usa mentir las infantas?
Nise. Ella ha estado bien urdida, *ap.*
Para ser fresca la trama.
Ram. Con la boca abierta he estado
Escuchando, bella infanta,
Vuestra historia, que parece
Cuento de Perus de malas.
Válgate el diablo por muerto:
¿Pues á él qué le embaraza,
El que yo me case ó no?
Fen. ¿Eso decis? ¿pues no es causa
Suya?
Ram. No señora; trate
De meterse con sus llamas,
Y déjenos á nosotros.

Fen. ¿Pues si á él el cielo le manda;
Que venga á dar este aviso?
Ram. El cielo despacio estaba,
Cuando eso mandó; ¿y ahora
Qué decis vos?
Fen. ¿No está clara
La respuesta? obedecer
Las órdenes soberanas.
Ram. ¿Quereis vos?
Fen. Sí.
Ram. Pues yo no. *ap.*
Nise. Parece que no la traga. *ap.*
Fen. ¿Pues qué habeis de hacer?
Ram. Casarme.
Fen. ¿Y el riesgo?
Ram. No importa nada.
Trig. Por Dios que se está en sus trece.
Fen. Ved, que el cielo os amenaza.
Ram. A mí no me ha hablado el muerto.
Fen. Mirad...
Ram. No seais porfiada.
Fen. ¿Pues y mi vida?
Ram. ¿Y mi boda?
Fen. ¿Y mi riesgo?
Ram. ¿Y mi jornada?
Fen. ¿Y mi temor?
Ram. ¿Y mis fiestas?
Fen. ¿Y mi cuidado?
Ram. ¿Y mis galas?
Fen. ¿Y mi pena?
Ram. ¿Y mi deseo?
Fen. ¿Y mi dolor?
Ram. Es chanfaina.
Fen. ¿Y os resolveis...
Ram. Como hay viñas.
Fen. A casar?
Ram. No, sino el alba.
Fen. ¿Qué, no puedo...
Ram. Andar, que es aire.
Fen. Moveros?
Ram. Es patarata.
Fen. Y en fin...
Ram. Dale que le da.
Fen. ¿Qué no hay remedio?
Ram. Nequaquam.
Fen. Pues yo me voy á morir.
Ram. Pues yo me vuelvo á la cama.

ESCENA XIV.

VASE A ENTRAR FENIX, Y SALELE AL ENCUENTRO FADRIQUE.

Fad. Espera, infanta divina.
Fen. ¿Quién es?
Fad. Quien hoy á tus plantas...
Fen. ¿Infante?
Fad. Ofrece serviros.
Fen. ¿En qué?
Fad. En ayudar la traza
De embarazar vuestras bodas.
Trig. Y yo tambien con mi maña.
Fen. Pues vos sabeis...
Fad. Cuanto hablasteis
He oido, y en vuestras ansias
He de ayudaros, aunque
Viera á mi cuello una daga.
Fen. ¿Contra vuestro hermano?
Fad. Sí.
Fen. ¿Qué os mueve?
Fad. Secreta causa.
Fen. ¿A ayudarme á mí?
Fad. Un afecto.
Fen. ¿Quién le obliga?
Fad. Quien le arrastra.
Fen. ¿De qué nace?
Fad. De un incendio.
Fen. ¿Quién le enciende?
Fad. Quien le causa.
Fen. Declárale.
Fad. No es posible.
Fen. ¿Qué os detiene?
Fad. Superior causa.
Fen. ¿Cuándo hablaréis?
Fad. Cuando pueda.
Fen. Poded presto.
Fad. Harto me holgára.
Fen. ¿Qué es lo que aguardais?
Fad. Licencia.
Fen. ¿De quién?
Fad. De quien puede darla.
Fen. Pues pedidla.
Fad. No me atrevo.
Fen. ¿Temeis?
Fad. Respeto se llama.
Fen. Mucho os debo.
Fad. Yo os lo estimo.
Fen. Id con Dios.
Fad. A Dios, infanta.
Fen. ¡Ay, si el corazon me vieras! *ap.*
Fad. ¡Ay, si me vieras el alma! *ap.*

ESCENA XV.

TRIGUERO Y NISE.

Trig. ¿Y tú, Nise?
Nise. ¿Qué tenemos,
Señor galan?
Trig. ¿No me pagas
Mi amor?
Nise. ¿Qué es de la sortija?
Trig. ¡Ah cruel!
Nise. ¡Ah ruin!

Trig. ¡Ah ingrata!
Nise. O la sortija, ó al rollo.
Trig. Yo te la ofrezco.
Nise. Pues dacá.
Trig. ¿No basta ofrecerla?
Nise. No.
Trig. ¿Me querrás?
Nise. Como á mi alma.
Trig. ¿De veras?
Nise. Por esta cruz.
Trig. Pues ya...
Nise. ¿Qué?
Trig. No quiero darla.
Nise. Bajeza es.
Trig. Eso es interes.
Nise. Esa es ruindad.
Trig. Y esa infamia.
Nise. Pues váyase á la picota.
Trig. Pues quédate noramala.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de sala.

FADRIQUE, y TRIGUERO PASEANDOSE.

Fad. En mi dolor no hallo medio,
Insufrible es su rigor.
Trig. Dime donde es el dolor,
Pondrémosle algun remedio.
Fad. Mi pecho es ardiente fragua:
¡Que me ardo, cielo divino!
Trig. Pues sea fuego, ó sea vino,
No hay mas remedio, que agua.
Fad. ¿El corazon de oprimido
Pena, latir no le ves?
Trig. ¿Late?
Fad. Sí.
Trig. ¿Pues esa no es
Ventosidad conocida?
Fad. ¡Qué ningun consuelo acuda
A este mi tierno dolor!
Trig. ¿Pues no estoy yo aquí, señor?
¿Quieres que te eche una ayuda?
Fad. Solo ya morir intento,
Pues que no hay remedio humano.
Trig. ¿Quieres que llame escribano
Para que hagas testamento?
Fad. Señales de muerte son
Las que mira mi deseo:
Ya en morir mi dicha veo,
Yo muero.
Trig. Kyrie eleison.
Fad. ¿Mas cómo así se desvia
De vivir mi afecto necio?
¿Cómo puedo hacer desprecio
De una vida, que no es mia?
Si es de Fenix, advertid
Debo á mi furor se aplaque.
Trig. Oiga el diablo del achaque,
Que ha hallado para vivir.
Fad. Fenix, si esta vida es tuya,
Viva eterna en adorarte,
Logra las glorias de amarte,
Viva yo.
Trig. Pues aleluya.
Fad. Groserías fueran ciertas
Morirme por no penar,
Vivir quiero y quiero amar.
Trig. Digo, señor, que lo aciertas;
Y pues ya con vida se halla
Tu dolor, dime tu intento.
Fad. Triguero, mi pensamiento
Es una cruel batalla;
Aun decir estoy dudando
El mal que estoy padeciendo.
Trig. Velo tú aquí refiriendo,
Lo iré yo recopilando.
Fad. A Tracia vino á casarse
Ramiro con Fenix bella.
Trig. Y así como le vió ella,
Estuvo en puntos de ahorcarse.
Fad. Vila yo, y el alma toda
Rendí á su hermosura rara.
Trig. Y juzgo su amor tomára
Fuera contigo la boda.
Fad. Decirla mi pensamiento
No me atrevo, el cielo es juez.
Trig. Pues díselo tú una vez,
Se lo dirá el diablo ciento.
Fad. Si la declaro mi amor,
Su enojo llego á inferir.
Trig. Enviáselo á decir
Por mano de un corredor.
Fad. Mas si mi hermano... ¡Ah tirano
Hado! que la espera veo.
Trig. Trata tú de tu deseo,
Y deja ahora el de tu hermano.
Fad. ¿Si mi padre (¡suerte escasa!)
La boda intenta severo?
Trig. Pues haz por ser el primero,
Y todo se queda en casa.
Fad. Tanto embarazo me aflige
En mi deshecha fortuna.
Trig. Cásate tú una por una,
Y dí que yo te lo dije.
Fad. No es posible, que es esceso
Contrastar tan fuerte muro,

Solo ya el morir procuro.
Trig. ¿Otra vez vuelves á eso?
Fad. Pues los caminos mi cierras,
Amor, ya morir deseo.
Trig. Pues mira que será feo,
Si de dos la una lo yerras.
Fad. No hare, pues llego á mirar,
Que así mi tormento cesa.
Trig. Pues ahí viene la princesa,
Que te podrá amortajar.
Fad. ¿Qué dices?
Trig. Que llega ya.
(*Retiranse á un lado.*)

ESCENA II.

Dichos, y FENIX, ESTELA, NISE, acompañamiento y Musicos.

Fen. ¿Vino la música?
Nise. Aquí está.
Fen. A Fadrique allí miro.
Est. Allí Fadrique está.
Fen. Su amor me han dicho sus ojos, *ap.*
Y que entiende el mio creo.
Est. En sus rendimientos veo *ap.*
De su amor tiernos despojos.
Fad. Que Estela venga he sentido.
Trig. ¿Pues porqué?
Fad. En favorecerme
Ha dado, con que yo al verme
A su afecto agradecido,
A el estilo de palacio
La muestro tiernos deseos.
Trig. O si andas en escarceos,
Morirte quieres despacio.
Fen. Aliviad esta pasion,
Cantad, y sea la letra
Tierna, porque me penetra
Mi ternura el corazon.

(*Cantan.*) Si acaso mis desvarios
Llegaren á tus umbrales,
La lástima de ser males
Quite el horror de ser mios.

Fen. ¡O qué bien que le ha sonado
Este concepto á mi oido!
El alma me ha enternecido.
Fad. Pues que tanto os ha agradado,
Glosada la oireis aquí, (*Llégase.*)
Si gustais.
Fen. ¡Ay pena mia! *ap.*
¿Y es vuestra?
Trig. No es sino mia.
Fen. Decidla, pues.
Fad. Dice así.
Fen. Pero volvedla á cantar,
Porque se entienda mejor.
Trig. Dela ahora á entender tu amor.
Fad. Eso intento.
Trig. Pues andar.

(*Cantan.*) Si acaso mis desvarios
Llegaren á tus umbrales,
La lástima de ser males
Quite el horror de ser mios.

Fen. Decid ahora.
Fad. Yo muero. *ap.*
Fen. Idos. (*A los músicos, y vanse.*)
Trig. Vaya.
Fad. Digo así.
Est. Oir su amor espero aquí. *ap.*
Fen. Que se declare ahora espero. *ap.*
Fad. Amo, espero, siento y lloro,
Callo, peno y desconfio,
Y da aliento al dolor mio
El gusto de lo que adoro:
Mis sentimientos mejoro
Cuando callo afectos mios,
Pues le daré nuevos brios
A el incendio en que me abraso.
Si mis males digo acaso,
« Si acaso mis desvarios. »
Yo he de querer y callar,
He de penar y sufrir,
Y mi amor no he de decir,
Aunque me mire abrasar:
Ni alivio de suspirar
Pretendo, y aunque mis males
Den suspiros desiguales,
De el dolor van desasidos.
Si algunos ves que atrevidos
« Llegaren á tus umbrales. »
Ya veo que es padecer
Sin alivio el triste anhelo,
Si á mis males el consuelo
Niego de darse á entender:
Mas si no he de merecer
Premio en mis penas mortales,
No den al labio señales,
Y el gusto de que es amor
Le consolará al dolor
« La lástima de ser males. »
Quejaréme sin decir
La causa porque me quejo,
Con que así en el alma dejo
Entero todo el sentir:
El error he de encubrir
De mis locos desvarios;
Mas si del llanto hechos rios
Van á ti sin decir cuyos.
La gloria de que son tuyos
« Quite el horror de ser mios. »
Trig. ¡Jesus, y lo que ha ensartado

De disparates aquí!
Est. Todo esto dice por mí. *ap.*
Fen. Conmigo habla: ¿no ha nombrado
La dama el poeta?
Fad. Ha sido
Respeto.
Fen. ¿Y quién, decid,
Tan mudo amante?
Fad. No.
Est. Mucho á su amor he debido.
Fen. Decir el galan se debe
Para alabar su recato:
Así de alentarle trato. *ap.*
Trig. Oidlo en un cuento breve:
Viendo un entierro pasar,
Preguntó uno, ¿quién murió?
Y un fraile le respondió:
El que llevan á enterrar.
Nise. Pícaro es con desenfado.
Fen. El que preguntó soy yo.
Trig. Yo el fraile que respondió,
Y mi amo el enterrado.
Fen. Pues sé el galan, no es delito
Que la dama señaleis.
Fad. Suplícoos me perdoneis.
Trig. Allá va otro cuentecito:
Hurtóle el bolsillo un dia
A un marido su muger,
Y un criado dió á entender
Que quien se lo hurtó sabia;
Mandó lo diga al instante,
Y él respondió echando á huir:
Yo no lo puedo decir,
Porque está el ladron delante.
Fen. Aunque por mí habla, quisiera.
Que lo dijera él aquí. [*ap.*
Est. Aunque sé que habla por mí, *ap.*
Me holgára que él lo dijera.
Fen. Hablad, yo ofrezco secreto.
Est. Estoy por darle licencia. *ap.*
Fad. Señora, en vuestra presencia
Me embaraza su respeto.
Mira el lance, y juega dél.
(*Aparte los dos.*)
Fad. ¿Pues si está delante Estela,
He de hablar?
Trig. Pese á tu abuela,
¿Para qué eres cascabel?
Fen. Decid.
Est. ¡Qué así se reprima!
Fad. Señora.
Fen. Ya os espero, oir.
Fad. A vos no lo he decir.
Fen. Pues decídselo á mi prima,
Que yo en saberlo empeñada
Estoy, con ella en efecto
No tendreis tanto respeto:
Quédate, prima.

ESCENA III.

FADRIQUE, ESTELA Y TRIGUERO.

Trig. No es nada.
Fad. Peor es esto, vive Dios,
Pues debo cortes aquí
Decir que es Estela.
Est. A mí,
Sola me deja con vos
Fenix.
Trig. ¡Valiente partida!
Fen. Desde aquí escuchar podemos.
(*Salen al paño Fenix y Nise.*)
Est. Vuestros callados estremos
Dejad.
Fad. Señora...
Trig. Por vida (*Véelas.*)
Del sol, que á la infanta he visto.
Fad. Qué teneis que preguntar...
Trig. A mi amo quiero avisar.
Fad. Cuando vos sabeis...
Trig. Por Cristo,
Que te oye Fenix allí.
Fad. ¿Qué dice?
Trig. Como lo cuento.
Est. ¿No proseguis?
Fad. El intento *ap.*
Torceré, hablándola aquí
Con equívocas razones.
Est. ¿Decid, qué es lo que yo sé?
Fad. Que cuando vos sabeis que
Me negué á las persuasiones
De la infanta...
Est. Harto sentí
El veros allí, temiendo...
Trig. Ella se va descosiendo. *ap.*
Fad. Señora, en mirarme allí
Tan corto.
Est. Yo le he sentido.
Fad. Vive Dios, que se declara. *ap.*
Fen. Suspension es esa rara. (*Al paño.*)
Fad. Razon bastante he tenido.
Est. ¿Pues qué razon, cuando yo?...
Fad. Oid: no basta, aunque la aparto. *ap.*
Trig. Sobre que ella está de parto. *ap.*
Fad. Digo, señora, que no
Me atreví allí á declarar
Mi amor, porque cuando ciego
A amar á todo un sol llego,
Fuera delito el hablar.
Fen. ¿Qué mas claro ha de decir,
(*Al paño.*)

Que soy el dueño que adora?
Est. Que soy á quien enamora,
Claro se deja inferir.
Trig. El decirlo cara á cara
Teme.
Est. Pues si allí temió,
Ahora lo pregunto yo,
Decidmelo.
Fad. ¡Pena rara!
Fen. Bien le obliga. (*Al paño.*)
Est. Ea, decid.
Fen. Su secreto hace que asombre.
Nise. No es de estos tiempos el hombre.
Est. ¿A qué aguardais?
Fad. Permitid...
Trig. Es vergonzoso, y su intento
No dirá.
Est. ¿Pues porqué no,
Si le doy licencia yo?
Trig. No mas de por este cuento:
Azotando á un desdichado,
Al verlo un viejo lloró,
Y dijo otro que lo vió;
¿Pues sois vos el azotado?
Est. Cuando yo oirlo no siento,
¿Qué causa hay que mudo esté?
Trig. Yo lo sé muy bien.
Est. ¿Porqué?
Decidlo.
Trig. Por otro cuento:
Por pan lloraba á su madre
Una hija, y ella con riña,
Decia: azotes á la niña,
Porque pide el pan de padre.
Fen. El ver cuanto Estela intima,
Y oir al criado, me da
Que sospechar.
Nise. No querrá
Ser tercera, como es prima.
Est. Necio estais, y vos porfiado.
Fad. Mi atencion, señora, advierte,
(En las dos de aquesta suerte
Queda el lance equivocado)
Que tiene dueño felice
La dama por quien suspiro.
Fen. Esto dice por Ramiro.
Est. Esto por el duque dice: *ap.*
De dueño no han dado nombre
Galanteos lisonjeros.

ESCENA IV.

DICHOS, Y SALEN RAMIRO Y CAMACHO.

Ram. Buenas tardes, caballeros.
Fad. Seas bien venido, hombre. *ap.*
Fen. Vamos, que Ramiro ha entrado:
¡Ay, amor! mi dicha es cierta.
(*Vanse las dos.*)
Est. Su temor me deja incierta; *ap.*
Guárdeos Dios.
Ram. ¿Porque he llegado
Os vais?
Est. Injustos reparos
Son; voime, porque hora es.

ESCENA V.

FADRIQUE, RAMIRO, TRIGUERO Y CAMACHO.

Ram. Pues á Dios, hasta despues:
Yo vengo, hermano, á buscaros.
Fad. A tu servicio me tienes,
Di lo que quieres mandarme.
Ram. Fadrique, yo he conocido
Que Fenix...
Fad. Pasa adelante.
Ram. Es una pataratera,
Y sin duda intenta darme
Papilla, y la zarabanda
Del muerto, que vino á hablarla,
Es patraña y es embuste,
Y así resuelto á su padre
Le vengo á hablar, y á decirle
Que meter por razon trate
A su hija, ó voto á Dios,
Que escriba al viejo al instante
Venga á destruir á Tracia,
Y á la infanta y á su padre,
Y al muerto, y á el mundo entero,
Para que todo se acabe
Y lo lleve el diablo todo;
Y conmigo no se ande
Con angulemas, que soy
Mucho hombre; y quien intentare
Hacer burla de mí, miente
Él, y todo su linage,
Y cien leguas en contorno,
Y miente el mundo y la carne.
Trig. Moscas, furioso está el loco. *ap.*
Fad. Que aquí su cólera aplaque *ap.*
Es preciso; hermano, oye:
No es justo que así llevarte
Dejes de aquesa pasion.
Si Fenix por causas graves
Dilata las bodas, no es
Dilatarlas el negarse
A ser tu esposa, pues eso
Ella con estremos grandes
Lo desea; yo hablaré
A Fenix, y al rey su padre
Tambien, no le hables tú,

Porque acaso no te arrastre
El sentimiento.
Ram. Pues ea,
Id, y habladles al instante,
Que aquí te espero.
Fad. Ya voy
Aquí es menester se trate *ap.*
De remedio.
Trig. Yo ando en uno
Que juzgo ha de aprovecharle.
Fad. ¿Y cuál es?
Trig. Tú lo verás,
Para que mi ingenio alabes.
(*Vanse los dos.*)
Ram. Par Dios, valiente comida
Es querer que un año aguarde:
Vaya con eso á un judío;
Ni una hora, ni un instante
He de aguardar.
Cam. Haces bien.

ESCENA VI.

RAMIRO, CAMACHO, Y SALE NISE POR LAS ESPALDAS DE RAMIRO CON UN PAPEL.

Nise. Antes que de aquí se aparte
Fadrique, daré el papel
De Fenix: señor; pero el Angel
De la Guarda sea conmigo.
Ram. ¿Ea, qué os suspende? dadme
El papel. (*Dale el papel.*)
Nise. Aquí le tienes:
Supuesto que he errado el lance, *ap.*
Esta es la mejor enmienda.
Ram. ¿Qué aquí me escribirá?
Cam. Abre
El papel y lo verás.
Nise. Quiera Dios que él no declare *ap.*
Para quien es.
Ram. (*lee*). « Esta noche,
« Por una reja que al parque
« Sale del jardin, espero
« Para hablaros: Dios os guarde. »
Nise. Dicha ha sido que el papel
Equívocamente hable.
Ram. Decid que iré como un trueno.
Nise. ¿Y á mí no me das mis gages?
Ram. Sí, un sombrero de castor
Te ofrezco.
Nise. Es prenda importante
Para mí; guárdete él cielo:
A Fadrique iré á avisarle. *ap.*
Cam. ¿Señor, pues cómo á una dama
Mandas sombrero?
Ram. Ignorante,
Si yo no se lo he de dar,
¿Qué importa que se lo mande?
¿Qué es lo que me querrá Fenix
De noche con reja y parque?
Cam. Que de galan á las leyes
Por las de esposo no faltes.
Ram. ¿Y es ley de galantería
Ir un hombre á acatarrarse?
Cam. Ese es de palacio uso.
Ram. Pues á el mal uso cortarle
La pierna: estoy por no ir.
Cam. ¿Qué dirá Fenix?
Ram. Mas que rabie.
Cam. No hagas tal.
Ram. Camacho, mira,
Si la verdad he de hablarte,
Yo temo...
Cam. Fadrique vuelve.

ESCENA VII.

RAMIRO, Y SALEN FADRIQUE Y TRIGUERO.

Fad. Dicha fué que me encontrase
Nise, para darme aviso.
Ram. ¿Fadrique, qué hay? ¿les ha-
A esa gente? [blasteis
Fad. Ya hablé á Fenix,
Hermano, y tan de tu parte
Está, que esta noche intenta
Verte, para que se traten
Las bodas.
Ram, Aquí un papel
Me dió Nise; mas á hablarla
Iré de muy mala gana.
Fad. ¿Pues porqué?
Ram. Mirad, infante:
Yo en aquestos tiquis miquis
De amor soy poco estudiante,
Y temo errarlo.
Trig. Pues mira,
Un remedio quiero darte:
Vive Dios, que he de trazar, *ap.*
Que mi amo á Fenix hable,
Y que este menguado sea
Quien las espaldas le guarde.
Ram. Di.
Trig. Estas noches son oscuras;
Y pues Fadrique, ya sabes,
Que es tan discreto, podrá
Fingiendo que eres tú, hablarle.
Ram. Vive Dios, que has dicho bien.
Trig. Esto es si quiere el infante:
Hazte tú ahora de rogar.
(*Aparte á Fadrique.*)
Ram. ¿Qué decis vos?

Fad. Que estrañe
Fenix la voz no quisiera,
Y que de mi se quejase.
Ram. ¿Cómo ha de estrañar la voz
Con la oscuridad que hace?
Trig. Dice el príncipe muy bien.
Fad. Sin embargo, hermano...
Ram. Dale:
En mi vida vi ruin,
Que en siendo de algo importante,
No se estienda.
Fad. Porque no
Pienses de mi eso, allanarme
Quiero á servirte.
Ram. Pues ven. (*Vase.*)
Trig. A pedir de boca el lance
Ha venido.
Fad. Triguero, oye.
Trig. Ya te entiendo, iré á avisarla
A Fenix.
Fad. Pues ten cuidado.

ESCENA VIII.

TRIGUERO.

Ahora bien, empeño grande
Me espera: Fenix me ofrece
Una joya, si le hace
Mi industria creer á Ramiro
Lo del muerto, pues que aguarde
El año, no hay duda si él
Lo cree: yo por pescarle
La tal joya, y juntamente
Hacerle un servicio grande
A mi amo, pues es forzoso
Que tambien él me lo pague,
He discurrido el fingirme
El muerto, en la forma y trage
Que Fenix se lo pintó:
La dificultad no es grande,
Pues con pedirle unas barbas
A un amigo comediante,
Un manto de un caballero,
Y despues enharinarme
La cara, está hecho: solo
Se me pone por delante,
El que á este diablo de loco
Puede la locura darle,
Y darme con la locura;
Pero en las dificultades
El ingenio y el valor
Se han de ver; y pues ya es tarde,
Y ellos han de ir al terrero,
En el entretanto trace
Mi industria la ejecucion,
Pues cuando venga del parque,
Le he de dar el Santiago.
Suplico á ustedes que callen,
Que yo he hablado aquí en secreto,
No me lo revele nadie.

ESCENA IX.

Decoracion de sala en palacio.

EL REY Y EL DUQUE.

Rey. ¿Avisasteis al infante,
Duque?
Duque. Ya, señor, vendrá.
Rey. Consuelo á mi pena da
Ver que Fadrique galante,
Dando de su valor prueba,
A Fenix ayuda dé,
Y que de su parte esté,
Sin que para ello le mueva
De hermano la obligacion.
Duque. Es prudente y advertido,
Y la lástima movido
Le habrá de la posesion
Que de Fenix, mi señora,
Intenta tener Ramiro.
Rey. De oirlo solo suspiro.
Duque. Pues solo está el rey ahora. *ap.*
Decirle mi intento quiero:
Hoy, señor, en vuestra alteza,
Que mi lealtad y nobleza
Honre, confiado espero:
Yo tengo una pretension
En que vuestro amparo aguardo.
Rey. Lo que en pedir tardais, tardo
En favoreceros.
Duque. Son
Hijas de vuestra grandeza
Honras tantas; yo, señor,
Adoro con tierno amor
La soberana belleza
De Estela; y cuando sabeis
De mi casa los blasones,
Cuyos antiguos pendones
En la vuestra, señor, veis
Hoy rendido á vuestras plantas,
Que me deis su mano os pido.
Rey. Bien sé teneis merecido,
Duque, por razones tantas,
Lo que pedis; mas primero
Saber su voluntad yo,
Duque, he menester.
Duque. Que no
Le pese, señor, espero.
Rey. Si lo que me decis es,
Yo desde luego os la ofrezco.
Duque. Por el favor que merezco,

Señor, os beso los piés;
Ya Fadrique viene aquí.
Rey. Idos, y con él dejadme.
Duque. Dichas, el parabien dadme
Del gusto que veis en mí.

ESCENA X.

El Rey, y salen FADRIQUE, y TRIGUERO.

Fad. A vuestros piés, gran señor,
Estoy.
Rey. Infante, los brazos
Me dad, cuyos tiernos lazos
Muestras os dan de mi amor.
Fadrique, yo os he llamado:
¡Ay, dolor! ¡ay, pena! ¡ay, ansia!
Fad. Vuestra alteza no se aflija.
Rey. Para que hoy en mi cuidado.
Vos el alivio me deis;
Sé, que Ramiro, impaciente,
Temerario é imprudente,
(Infante, que perdoneis
Os ruego el ver que hable así)
Escribir tiene intentado
A vuestro padre, que airado
Su ejército contra mí
Envie: porque advertido,
Que Fenix (¡dolor tirano!)
No le quiere dar la mano;
Si lo hace, es conocido
Mi daño, cuando me siento
Tan sin fuerzas y poder,
Y no os parezca es temer
El peligro que os presento;
Pues si esto se redujera
Solamente á dos espadas,
Que valientes y arriesgadas,
En ellas solo estuviera
La victoria, vive Dios,
Que mi valor sin segundo,
Aténas viera y el mundo,
Y que con uno y con dos,
De aquestas canas lo helado,
Tributando fuego ardiente...
Trig. Por Dios, que el viejo es valiente.
Fad. Advertid... [*ap.*
Rey. Que me he llevado
Confieso de la pasion.
Fad. El valor que en vos blasona,
El mundo todo pregona.
Rey. Aquestas vejeces son,
Y el dolor que el alma siente
A los labios se arrojó.
Fad. Creed, que el mesmo siento yo.
Rey. Sois discreto, sois prudente,
Y por vos he de vivir.
Fad. Señor, en embarazar
Estas bodas me has de hallar,
Aunque aventure el vivir.
Rey. En vos mi consuelo veo.
Fad. Creer podeis muy bien aquí,
Que esto ya me toca á mí.
Trig. Y como que se lo creo. *ap.*
Fad. Porque ya estoy empeñado,
Y no sé que oculta fuerza
Contra Ramiro me esfuerza.
Rey. ¡Ay Fadrique, si trocado
El cielo con su poder
Por vos á Ramiro hubiera,
Y qué dichoso que fuera! (*Enternécese.*)
Trig. No llore, que puede ser... *ap.*
Fad. Vuestra voluntad estimo,
Dejad los tiernos estremos,
Y del remedio tratemos.
Rey. ¡Qué mal el dolor reprimo!
Trig. Estela viene.
Fad. Pues irme
Es fuerza.

ESCENA XI.

Dichos, y sale ESTELA.

Est. Mi deseo *ap.*
Feliz es, pues allí veo
A Fadrique.
Rey. Creed, que está
De vuestro afecto obligada
Mi voluntad.
Fad. Guardeos Dios. (*Vase.*)
Rey. Y os guarde, Fadrique, á vos.

ESCENA XII.

Dichos, menos FADRIQUE y TRIGUERO.

Est. ¿Que será lo que pagada *ap.*
Del rey la voluntad tiene?
Rey. ¿Estela?
Est. ¿Tio y señor?
Al sagrado de tu amor
Confiado el mio viene.
Rey. ¿Di, qué quieres?
Est. Que me case
Con Fadrique he de pedir, *ap.*
Lo que te quiero decir,
La vergüenza aquí...
Rey. No pase
Adelante tu voz, pues
Ya, sobrina, te he entendido;
(Lo que el duque me ha pedido, *ap.*
Y ella pide, lo mismo es)

La vergüenza ahorrarte quiero
De ese tu deseo amante,
Pues ahora en este instante,
Tierno, fino y lisonjero,
Quien por dueño te pretende
Tu mano aquí me ha pedido,
Y yo se lo he agradecido.
Est. Que es Fadrique, bien se entiende,
Pues ahora se va de aquí, [*ap.*
Ya el rey mi atencion oyó,
Que su afecto agradeció.
Rey. Negociado está por mí,
Y por él, pues le interesa,
Y por tí, pues le escuché;
Y así solo resta, que
Lo trates con la princesa.
Est. Pues, señor, dame licencia,
Y tambien dame los piés,
Pues que con tanto interes
Me aparto de tu presencia.
Rey. Dios te guarde.
Est. Ya logrado, *ap.*
Amor, tu deseo ves. (*Vase.*)
Rey. ¡Qué diferente que es
Su cuidado, y mi cuidado!
Cielos, pues veis mi afliccion,
Propicios os llegue á ver,
Para que pueda tener
Descanso mi corazon.

ESCENA XIII.

Decoracion de calle.

SALEN FADRIQUE, Y RAMIRO EMBOZADOS.

Ram. Fadrique, si será hora
De que ya Fenix aguarde.
Fad. Ya poco puede tardar.
Ram. Lo que yo os encargo, infante,
Es, que muy tierno la hableis,
Y apreteis en que se case.
Fad. En eso de la terneza,
Hermano, te ofrezco hablarla,
Tan tierno como si fuera
Yo quien su cielo adorase.
Ram. Mas mirad, que yo he de oir
Lo que la decis.
Fad. Estarte
Puedes allí cerca tú.
Ram. Y tambien quiero, que antes
Renuncieis el pacto.
Fad. ¿Qué
Pacto?
Ram. Bueno, el de amante,
Como hermano, habeis de hablar,
Como quien mi papel hace;
Mas ruido en la reja siento.

ESCENA XIV.

SALEN A UNA REJA FENIX Y NISE.

Nise. En fin, ¿qué Fadrique á hablarte
Viene por Ramiro?
Fen. Sí,
Triguero vino á avisarme.
Nise. Famoso rato te espera.
Fad. Ya es tiempo de llegar.
Ram. Dame
Tu capa, y toma la mia,
Para que mejor la engañes.
(*Truecan capas.*)
Fad. Buen reparo ha sido, toma.
Ram. Ya digo, hermano, que hables
Muy tierno.
Fad. No es menester,
Te juro, que eso me encargues;
Ya yo llego.
(*Llegase á la reja, y Ramiro se queda cerca.*)
Fen. ¿Sois Ramiro?
Mas ya me lo ha dicho el trage.
Ram. Miren si importó la capa.
Fad. Soy, señora, quien amante,
De tus luces mariposa,
Tierno vive en lo que arde.
Ram. Ve aquí, esto es lo que yo digo,
Que no entiendo; pero tate,
Con atencion á Fadrique
He de oir, para que encaje
Conceptos en la memoria,
Con que á Fenix pueda hablarle.
Fen. Mucho este rato, señor,
Deseaba.
Ram. ¿Pues, ignorante,
Tenias mas que avisar?
Fad. Mi humildad hace que estrañe
Esos favores; mas creed,
Bella Fenix, que si vale
Por méritos el amor,
Con presuncion puede hallarse
El mio de dichas tantas. (*A media voz.*)
Ram. Dile aquello de casarse.
Fad. Ahora. (*Habla con Ramiro.*)
Fen. En mi estimacion
Hallais afectos iguales.
Fad. ¿Pues me quereis?
Fen. ¿Lo dudais?
Fad. Es preciso que tan grande
Fortuna dude.
Fen. Pues creed,
Que es cierto.

Ram. Lo de casarse. (*A Fadrique.*)
Fad. ¿Y sereis mia?
Fen. Es forzoso.
Fad. ¿Y decid, sin que os agravie,
Cuando con un lazo amor
Prenderá dos voluntades?
Ram. Es eso casarse.
Fad. Sí.
Ram. Veamos que dice.
Fen. Bien sabe
El cielo, que solo siento
El embarazo tan grande,
Que sabeis que me lo impide.
Ram. Esto es el muerto.
Fen. Pues antes
De mañana fuera vuestra.
Fad. Yo sabré, fino y constante,
Atropellar imposibles.
Ram. Bueno, dile eso, bien haces.
(*A Fadrique.*)
Fen. Aunque ahora se ven tormentas,
Espero tranquilidades.
Fad. La vida y alma por vos
Perderé, sin que me espanten
De los vestiglos mas fieros,
Las fuerzas mas admirables.
Ram. Buena está esa ronca, linda.
(*A Fadrique.*)
Fen. Yo espero en amor, que acabe
Aquesta batalla fiera
Sin el riesgo, ni la sangre.
Fad. ¡Oh si llegase la hora!
Fen. ¡Oh si ya el tiempo llegase!
Fad. De esta gloria.
Fen. De este bien.
Fad. ¡Gran dicha!
Fen. ¡Fortuna grande!
Fad. ¡Ay, Fenix del alma mia!
Ram. Ola, mucho se relame
El hermanico.
Fad. ¿Qué en fin
Sereis mia?
Fen. Sin que baste
A estorbarlo todo el mundo.
Fad. ¿Quién lo asegura?
Fen. Este exámen.
Fad. ¿Quién lo acredita?
Fen. Mi fe
Y mi terneza.
Fad. Pues dadme
La mano.
Fen. Y con ella el alma.
Ram. ¿Cómo mano? eso no, tate,
De la comision escede:
Ce, mancebo.
Fad. Ya voy; dadme
Licencia, que aquí un criado
Una palabra me hable,
Pues sabeis quien puede ser.
Nise. ¿Qué le querrá el botarate?
Fen. Id, pues.
(*Quítase de la reja, y llega donde está Ramiro.*)
Fad. ¿Qué es lo que me quieres?
Ram. Dadme mi capa al instante:
¡Cuerpo de Cristo con vos!
¿Tantos querreres y amares
Y mano? pues al infierno,
Camarada.
Fad. ¿Que la hablase
Tierno no me mandaste tú?
Ram. Pero no tan tierno ángel,
Que vive Dios que parece
Que la boca agua se os hace:
Yo llegar quiero, aguardad
Vos aquí.
Fad. Fuerza es que estrañe
La conversacion.
Ram. No hará:
Con lo que he oido hay bastante
Para hablarla yo muy bien.
Fad. Ve, pues. (*Llégase á la reja.*)
Ram. Fenix, perdonadme.
Nise. Ramiro es.
Fen. Ya le conozco:
¿Dónde fuisteis?
Ram. A aflojarme
Una cinta del zapato.
Nise. Cincha entendí.
Fen. Que os llamase
El criado para eso,
Es lo que estraño.
Ram. Es que él sabe
Donde me aprieta el zapato;
Pero dejando esto aparte,
(De lo que á Fadrique he oido *ap.*
Tengo ahora de aprovecharme)
¿Cuándo con un hilo amor
Zurcirá dos voluntades?
Fen. ¿Ya no os tengo respondido?
Ram. Va la ronca del infante:
La vida sabré perder,
Sin que á mi valor espanten
De los vestidos mas fieros
Las fuerzas mas animales.
Nise. Si de eso espantarse hubiera,
Del propio podia espantarse.
Fen. No puedo tener la risa. *ap.*
Fad. ¡Qué sea tan ignorante!
Fen. De vuestro valor lo creo.
Ram. Grande dicha, dicha grande:
¿Quien lo acredita? mi fe,

Y mi terneza; pues dadme
La mano.
Fen. ¿Ya no os la di?
Nise. ¿Hay gusto como escucharle?
Ram. ¡Oh si llegase la hora!
¡Oh si la hora llegase
De esta dicha, de este bien!
Grande dicha, dicha grande:
¡Ay, Fenix del alma mia!
Nise. Cuanto oyó á tí y al infante
Ha ensartado.
Ram. Mas por Dios, *ap.*
Que se acabó en este instante
Todo cuanto de memoria
Tenia.
Fen. A mi amor añade
Esfuerzos vuestra fineza.
Ram, ¿Qué la diré ahora que encaje?
Pero volveré á decirlo, [*ap.*
Y dure lo que durare.
Fen. Si bien me amedrenta el riesgo.
Ram. Grande dicha, dicha grande.
Fen. ¿Dicha es mi riesgo?
Ram. Sin duda
Que no encajó bien: infante,
Decidme algo con mil diablos.
Fad. Di que si deseas casarte,
Es por su grande belleza,
Y no porque el reino mandes.
Fen. ¿No me respondeis?
Ram. Señora,
Si yo deseo casarme,
Es por mi grande belleza,
Y no porque el reino mandes.
Fad. ¡Hay tal necio!
Fen. ¿Qué belleza?
Ram. Grande dicha, dicha grande;
Aquí parece que encaja. *ap.*
Fen. No os entiendo.
Ram. Pues dejadme,
Me iré á aflojar la otra cinta.
(*Vase con Fadrique.*)
Fen. Id.
Nise. ¿Para qué le dejaste
Ir? ¿aqueste rato pierdes?
Fen. Por ver si vuelve el infante.
Ram. Yo me doy por convencido.
Fad. ¿Pues cómo á Fenix dejaste?
Ram. Tomad la capa, y volved.
Fad. ¿Para qué, si has de enojarte?
Y por hacerte yo un gusto,
Me has de decir dos pesares?
Ram. Andad, que no os lo diré;
Oiga, de pencas se hace,
Y está rabiando por ir?
Fad. ¿Pues qué puede á mí importarme?
Ram. ¿Que diablos sé yo? mirad,
Nunca deja de pegarse
Algo al que anda entre la miel:
(*Truecan capas.*)
No hagais que Fenix aguarde.
Fad. Por obedecerte voy.
(*Llega á la reja.*)
Fen. Mucho en desatar tardasteis
La cinta.
Nise. Se haria algun nudo.
Fad. Y no es fácil se desate
Nudo que en alma está.
Ram. Esto es jugar del vocablo.
Nise. En el jardin siento ruido.
Fen. Pues idos, porque mi padre
Puede ser.
Fad. ¿Os vais, señora?
Fen. Es forzoso: ¡dolor grave!
Rem. ¡Qué bien que encajaba aquí
Grande dicha, dicha grande!
Fen. Con vos quedo, aunque me voy.
Fad. Con vos iré, aunque me aparte.
Nise. Que siento el ruido mas cerca.
Fen. Pues á Dios.
(*Vanse las dos de la reja.*)
Fad. El cielo os guarde:
Ea, hermano, ¿ahora qué dices?
Ram. Digo que Fenix me hace
En todo mucho favor,
Menos en lo de casarse;
Mas vamos á recogernos,
Que mañana con su padre
Dispondremos la materia.
Fad. Si pudiera aconsejarte,
Dijerá que lo dejáras
Hasta que Fenix...
Ram. Infante,
Tratad de vuestro negocio,
Que yo sabré gobernarme.
Fad. El advertirte me toca.
Ram. A mí el no hacerlo me tañe:
Ya á mi cuarto hemos llegado,
Idos á acostar, que es tarde.
Fad. Queda á Dios. (*Vase y vuelve.*)
Ram. Alá, á vos digo,
Venga mi capa; se hace
Desentendido el amigo:
No era malo el convalache.
(*Truecan capas.*)
Fad. Fué en mi olvido.
Ram. En mi memoria:
Agur. (*Vase.*)
Fad. El cielo te guarde:
Amor, rey, dios y niño te han pintado:
Como deidad, desnudo á verte llego;
Como rapaz, la venda te hace ciego;

Como rey, de arco y flecha estás armado;
Como niño, terneza en tí he mirado;
Como rey, tu valor alienta el fuego;
Como dios poderoso, estás al ruego;
Y como todo, todo lo has postrado.
Tu poder, tu valor y tu terneza
Busca mi amor rendido y temeroso,
En mi afecto acredita tu grandeza.
Mirate en mi deseo poderoso,
Examínate tierno en mi fineza,
Y harás de un infeliz un venturoso.

ESCENA XV.

Decoracion de sala.

DICEN DENTRO LOS PRIMEROS VERSOS, Y SALEN RAMIRO RETIRANDOSE, Y TRIGUERO EN TRAGE DE MUERTO COMO LO HAN PINTADO.

Ram. ¿Quién eres, fantasma fiera?
Trig. Ramiro, de mi no huyais,
Que soy un muerto de bien,
Y á hablaros vengo de paz. (*Salen ahora.*)
Ram. El Cristo de Zalamea
Me valga.
Trig. Atento escuchad,
Que ya digo que no vengo,
Príncipe, á haceros mal.
Ram. ¿Pues qué quieres?
Trig. Que me oigas.
Ram. Habla, pues.
Trig. Hombre incapaz,
¿Cómo á lo que ordena el cielo
Te atreves tú á barajar?
¿Cómo al aviso de Fenix
Tan poco crédito das,
Que me has obligado á que
Deje la comodidad
De las penas en que estoy,
Y venga hecho un bausan,
Como un guillote por esos
Caminos de Barrabás,
Como si fuera algun muerto
De poco menos ó mas,
Con mi falta de salud
Y la sobra de mi edad,
A decirte lo enojado
Que el cielo contigo está,
Que si no fuera por mí,
Que le he procurado hablar
En tu favor, á estas horas
Estuvieras hecho ya
Harina de salbadera,
O polvos para amasar?
Esperad el año pues,
Mirad qué bien os está;
Porque si no, juro á Dios,
Que me lo habeis de pagar:
No os digo mas, quedaos pues,
Que yo me voy á aliviar
La sed, del fuego en que ardo,
A las islas de Riatan
Mato la hacha, porque no *ap.*
Me vea alguien por acá.
(*Mata el hacha y vase.*)
Ram. Espera, muerto; ola, criados,
Camacho, Fadrique: ¡ay tal!
¿No hay un diablo que responda?
(*Van saliendo, y un criado con una hacha.*)

ESCENA XVI.

DICHOS, EL REY, FADRIQUE, FENIX Y ESTELA.

Rey. Príncipe.
Fad. Hermano.
Fen. ¿Quién da
Voces?
Est. ¿Qué ruido es este?
Ram. ¿No encontrasteis al entrar...
Todos. ¿A quién?
Ram. Al muerto de Fenix?
Fad. ¿Qué dices?
Fen. ¿Qué preguntais?
Rey. ¿Muerto aquí?
Est. ¡De oirlo tiemblo!
Ram. Conmigo acaba de estar,
Y es muerto muy comedido.
Rey. Chanza es.
Fad. ¿Nos quieres dar
Cómo?
Fen. No lo creo.
Est. Ni yo.
Ram. ¿Cómo no? voto á san Juan
Clímaco, que en este instante.
Ahorita de aquí se va.
Est. Pues que jura verdad es.
Fad. Digo que será verdad;
Triguero anda por aquí. *ap.*
Fen. Yo lo creo: Triguero *ap.*
Esta agudeza ha dispuesto.
Rey. No lo dudo: sin duda han *ap.*
Esta traza prevenido.
Fen. ¿Qué os dijo?
Ram. Lo de aguardar
El año.
Fen. Ahora vereis
Si yo os dije la verdad.
Rey. ¡Notable caso!
Fad. ¡Espantoso!

Est. De oirlo miedo me da.
Rey. ¿Y ahora en qué os resolveis,
Fen. ¿Qué es lo que ahora intentais?
Est. ¿Qué habeis de hacer?
Fad. ¿Di, qué piensas?
Ram. Con los cuatro consultar
El caso diga mi suegro
Lo que haré.
Rey. Preciso es ya *ap.*
Esforzar aqueste engaño:
Yo digo, que cuando está
De los hados prevenido
El riesgo, no ejecutar
Su órden será delito.
Ram. Diga Fenix.
Fen. Pues que ya
El aviso que á mí el muerto
Me dió, á vos tambien os da,
El dejar de obedecerle,
Será quererle enojar.
Ram. Vaya Estela.
Est. Si yo fuera,
No digo yo un año, mas
Un siglo esperára.
Ram. Diga,
Fadrique.
Fad. Hermano, mirad
Que oponerse al cielo es
Costosa temeridad.
Ram. Bueno; ¿con que todos cuatro
Aquí por razon hallais,
Que el año espere?
Rey. Yo digo
Que es justo.
Fen. Yo, que será
Preciso.
Fad. Lo mismo digo.
Est. Y yo tambien.
Ram. Bueno va;
¿Con que de esa suerte todos
A una voz me aconsejais,
Que ahora no me case?
Todos. No.
Ram. ¿Y aquí conformes estais
De mancomun todos juntos,
Que el año debo esperar?
Todos. Sí.
Ram. Pues yo no, por Jesucristo,
Que me tengo de casar
Por encima del difunto
Y de su estupenda faz,
Y por cima de sus barbas
Y su hacha y espada y mas
Adelante, y iba á decir
Otra cosa, y vuelva acá
El señor muerto podrido,
Que yo procuraré estar
Prevenido; y si viniere,
En mi valor hallará
Aliento para reñir
Con él y con Satanas.
Y si acaso me matare
Sin poderlo remediar,
Muera despues de casado,
Que en fin consuelo será
Morir, sabiendo á qué sabe
Ser novio, con que saldrán
De una causa dos efectos:
Si á mí la muerte me da
El muerto, salgo de novio;
Y si pretende matar
A Fenix, tengo la dicha
Mayor que en el mundo hay,
Pues gozo los dos dias buenos
De casarme y enviudar.
Rey. Eso es no temer al cielo.
Est. ¡Ay Ramiro! no hagas tal.
Fad. Desesperacion es esa.
Fen. El riesgo es querer buscar.
Ram. Yo quiero riesgo, ¿hay mas de eso?
Rey. Pero el de Fenix mirad.
Ram. ¿No reparo yo en el mio,
Y el suyo he de reparar?
Rey. Mira...
Fen. Advierte...
Est. Oye...
Fad. Repara...
Ram. Es cansarse, y no me hagais
Que suelte todo el poleo:
Yo me tengo de casar,
Y venga lo que viniere.
Rey. ¿Y en eso resuelto estais?
Ram. Así fuera papa.
Fen. En fin,
¿Que venceros no podrá
La razon?
Ram. Es cuento eso.
Est. Que es yerro grande mirad.
Ram. ¡Hay mas culebra!
Fad. Hermano,
Mira...
Ram. Dale y porfiar.
Todos. ¿No hay medio?
Ram. Nulla est redemptio.
Rey. Pues yo me voy á llorar. (*Vase.*)
Est. Yo voy á esperar mi dicha. (*Vase.*)
Fen. A sentir iré mi mal. (*Vase.*)
Fad. A temer voy mi fortuna. (*Vase.*)
Ram. Pues yo me voy á casar.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de sala.

FADRIQUE Y TRIGUERO.

Trig. Lo que te digo es lo que ha pasa-
El príncipe furioso y enojado, [do.
Viendo tardo el intento
En Fenix de efectuar el casamiento,
Y de el muerto sentido,
Porque juzgo que sabe fué fingido,
Ha sacado la cólera de madre,
Y una carta le ha escrito á el rey tu padre,
Con tan grandes primores,
Que hizo mas de treinta borradores,
Y despues de uno y otro retortero,
Aprovechar en fin vino el primero.
Yo curiosidad tuve
(Porque á la vista allí siempre me estuve)
De pescarla, por ver lo que decia,
Y el estilo tambien con que escribia:
Y aquí la traigo, que si quieres vello,
Juzgo que un rato has de reir con ello.

Fad. Dámela, que por ver lo que le es-
A leerla mi cuidado se apercibe. [cribe,

Trig. Déjamela leer, que los señores
Sois malos escribanos y lectores.

(*Lee.*) « Padre mio de mí alma, yo no sé « para que demonios me envió acá vuestra « alteza, ni quien diablos me engañó á mí « en venir, para que esta gentecita ande « jugando conmigo al zurratanganillo: la « señora Fenix me está dando con la entre- « tenida: el santo viejo de su padre hace « oidos de mercader: la prima me tira ca- « ñitas: el hermanito me engaña: y todos « hacen burla de mí, hasta haberme dado « con un muerto hechizo, que no ha faltado « una buena alma que me lo diga: vuestra « alteza trate de enviar su ejército, para « que á esta gente la sacuda el polvo, aun- « que conmigo era mas necesaria esta dili- « gencia, porque me voy comiendo de « polilla; y si vuestra alteza pudiere venir, « será otro tanto oro, porque el ojo del « caballo engorda al amo, como dijo el « otro; y con esto verán, que no han de « hacer cochifletas con un príncipe, hijo de « padres honrados; y no digo mas. Guarde « Dios á vuestra alteza para amparo de « hijos huérfanos. Su hijo hasta la muerte. « — RAMIRO. »

Este el original es del traslado,
Con que ya ha despachado
A Camacho con toda diligencia:
El rey lo sabe ya, y con prudencia
De tu padre el furor está aguardando:
Fenix lo ignora, y yo estoy mirando
Que si tu padre en esto empeño toma,
Que ha de andar nuestro amor por la ma- [pesado,
roma.
Fad. Que Ramiro haya escrito me ha
Porque mi padre airado,
Que ha de sentir es cierto,
Que el rey y Fenix falten al concierto
Con que este estado tienen,
Y ya mis sentimientos se previenen,
Pues que miran mis penas,
Mis esperanzas de esperanza agenas;
Pues aunque Fenix (¡ay dueño adorado!)
Con su favor alienta mi cuidado,
¿Cómo (¡ay de mí!) es posible que resista
De un necio hermano á la cruel conquista,
Ni de un tirano padre la violencia?

Trig. Aquí, señor, no hay sino pacien- [cia,
Y ahorcarse.

Fad. Necio eres y villano.

Trig. Pues no ahorcarse, pues está en
El rey. [tu mano.

ESCENA II.

DICHOS, Y SALE EL REY.

Rey. ¿Fadrique?

Fad. Señor.

Rey. Infante, buscándoos vengo
Bien cuidadoso.

Fad. Ya sé
La causa.

Rey. Pues lo que intento
Pediros, Fadrique, es,
De que, prudente y discreto,
A Fenix la persuadais
A que se case, supuesto
Que el no hacerlo solo es ya
Dar motivo al sentimiento
De vuestro padre, que airado,
Por armas ha de emprenderlo;
Y si despues de vencido
Ha de conseguirlo, menos
Desaire, pena menor,
Es no aguardar á este tiempo.
Ella, infante, viene allí;
Habladla, pues, que yo quiero
Allí retirado oir
Lo que responde. (*Escóndese al paño.*)

Trig. Por cierto,
Que nos deja muy honrada

Comision.
Fad. A mi tormento
Solo este dolor faltaba.

ESCENA III.

DICHOS, SALEN POR EL OTRO LADO FENIX, ESTELA Y NISE.

Est. Prima, allí á Fadrique veo,
Y pues te he dicho el estado
De mi amor, ahora espero
En tu favor tenga logro;
Que le hables, Fenix, te ruego,
Que yo retirada aquí
Oir su respuesta quiero.
(*Escóndese al paño.*)
Nise. Muy buen negocio en verdad
Nos ha dejado.
Fen. Esto, cielos,
Solo faltaba á mis penas. [*ap.*
Fad. ¡Qué á Fenix, mi amado dueño,
Yo he de pedir que se case!
Fen. ¡Qué falsas (¡ay cielos!) fueron *ap.*
Las finezas de Fadrique!
Fad. ¡Yo contra mí, vil tercero! *ap.*
Fen. ¡Qué mi amor burlase cuando *ap.*
A Estela pide por dueño!
Fad. Bajeza será intentarlo. *ap.*
Fen. Vengaréme, vive el cielo. *ap.*
Nise. ¿Qué aguardas, pues ha de ser?
Trig. Ve, pues no tiene remedio.
Fen. Pero si Estela me oye... *ap.*
Fad. Pero si el rey me está oyendo... *ap.*
Fen. ¿Cómo podré...
Fad. Fuerza es...
Fen. Decirle mi sentimiento? *ap.*
Fad. Hacer lo que me ha mandado. *ap.*
Fen. ¡Qué ira!
Fad. ¡Qué sentimiento! *ap.*
Rey. ¿A qué aguardas? (*Al paño.*)
Est. ¿A qué esperas? (*Al paño.*)
Fen. ¡Muerta voy!
Fad. ¡Sin alma llego! (*Llega.*)
Fen. ¿Fadrique?
Fad. ¿Señora mía?
Fen. Mucho he estimado este encuentro:
¡Ah, traidor!
Fad. Y yo, señora,
El parabien me prevengo,
(¡Ay, bien mio!) de encontraros.
Fen. ¿Porqué?
Fad. Porque hablaros vengo,
Y á perdiros un favor.
Nise. Cuando Estela lo está oyendo, *ap.*
Si él la requiebra es gran gusto.
Fen. Atajarle aquí pretendo, *ap.*
No sea que se declare:
Segun eso, impulso mesmo
Nos ha juntado, pues yo
Vengo á pediros un ruego.
Trig. Si ella le trata en finezas, *ap.*
Cuando el viejo lo oye, es bueno.
Fad. Porque aquí no se declare, *ap.*
Hablarla primero intento.
Fen. Pues lo que yo, infante, os pido...
Fad. Dadme licencia primero.
Fen. Muerta soy si habla en su amor. *ap.*
Fad. Si en su amor habla, me pierdo. *ap.*
Fen. Decidme lo que quereis.
Fad. Señora, reconociendo
Los inconvenientes grandes
Que resultan á este reino
Si la mano no le dais
A Ramiro...
Fen. Ya os entiendo,
No prosigas; ¿no pedis
Que le dé la mano?
Fad. Eso
(*Habla con tibieza.*)
Vengo á pediros, porque
El rey vuestro padre...
Fen. ¡Cielos!
¿Puede ser esto mas claro? *ap.*
Rey. ¡Qué tibio al infante veo!
(*Al paño.*)
Fen. Como ya quiere á mi prima, *ap.*
Procura mi casamiento;
Mas no sintiéndolo, aquí
Castigo su falso pecho.
Fad. ¡Qué esté pidiendo, ay de mí, *ap.*
Lo mismo que no deseo!
Trig. ¡Con la ganita que mi amo *ap.*
La habla!
Fen. Yo, infante, quiero,
Antes que respuesta os dé,
El proponeros mi ruego.
Fad. Decid.
Fen. Estela, mi prima,
Pagada del amor vuestro...
Fad. ¡Qué escucho!
Trig. Cayó en la trampa.
Fen. De su venturoso empleo [*ap.*
Quiere que os haga dichoso.
Fad. Señora, yo...
Trig. Bravo cuento. *ap.*
Fen. Pues tanto deseais,
Que á mi padre amante y tierno
Pedisteis su mano.
Rey. A mí, (*Al paño.*)
¿Cuándo tal me pidió?
Fad. ¡Cielos,
Qué oigo! mirad, señora...

Est. Con mucha tibieza veo
(*Al paño.*)
Que le habla Fenix.
Fen. Oid;
Y porque veais que deseo
Vuestras dichas (¡ah, tirano!)
Aunque mi pecho resuelto:
(¡Ah, falso!)
Fad. Advertid, señora...
Fen. Dejadme hablar.
Rey. ¿Qué será esto?
(*Al paño.*)
Est. Turbado al infante miro.
(*Al paño.*)
Nise. Es vergonzoso en estremo.
Trig. Esta droga ha hecho mi amo. *ap.*
Fen. Aunque, como digo, (¡ah zelos!)
Resuelta á no dar la mano
A Ramiro estaba, quiero
Hacer por vos la fineza
De vencerme en este intento;
Mas con una condicion,
Que me habeis de dar primero
Palabra de ser esposo
De Estela.
Est. Mucho la debo (*Al paño.*)
A mi prima.
Rey. Di que sí, (*Al paño.*)
Que despues modo hallarémos
Para remediarlo.
Trig. Sí:
No es nada lo que el buen viejo *ap.*
Nos pide.
Fad. ¿Qué es lo que he oido *ap.*
De Fenix? viven los cielos,
Ha sido falso el amor,
¡Ah, tirana! pues advierto
Que está resuelta á casarse
Con Ramiro.
Trig. Por san Pedro,
Que nos ha dado marron.
Fad. ¡Puede ser mas claro, cielos! *ap.*
Como ya quiere á Ramiro,
Dispone mi casamiento;
Mas castigaré mi agravio
Dando á entender no lo siento.
Pues porque veais que yo
Ese favor agradezco,
Dadme á mi palabra vos
De que os casaréis primero
Con Ramiro, que la mia
De ser de Estela os ofrezco.
Est. Di que sí, aunque no lo cumplas,
(*Al paño.*)
Que despues habrá remedio.
Nise. Si por cierto, en eso piensa. *ap.*
Trig. Esto va de diestro á diestro. *ap.*
Fen. Dádmela primero vos.
Fad. Dádmela á mí vos primero.
Rey. Infante, haced lo que os pido.
(*Al paño.*)
Est. Haz, prima, lo que te ruego.
(*Al paño.*)
Fen. Primero no la he de dar.
Fad. Ni yo.
Fen. Esa es tema.
Fad. Ese es yerro.
Fen. Fuerza es esa.
Fad. Esa es violencia.
Fen. Es desacato.
Fad. Es respeto.
Fen. No es.
Fad. Sí es.
Fen. Pues yo...
Fad. Pues yo...
Los dos. ¿Qué?
(*Sale Ramiro.*)
Ram. ¿Qué demonios es esto?
¿Qué batahola hay aquí?
Rey. Ramiro vino á mal tiempo.
(*Al paño.*)
Est. ¡Qué ahora Ramiro viniese!
(*Al paño.*)
Trig. Esto faltaba. *ap.*
Ram. ¿No es bueno
Que siempre que os hallo juntos
Os hallo con argumentos?
Fen. Yo, príncipe...
Fad. Hermano, yo...
Rey. Quiero salir. (*Sale.*)
Est. Salir quiero. (*Sale.*)
Rey. Fenix, lo que ahora Fadrique
Te pide, fuerza es hacerlo;
Tu rey y tu padre soy,
Hija y vasalla te espero. (*Vase.*)
Est. Fadrique, lo que ahora Fenix
Os pidió, es lo que vos mesmo
A su padre le pedisteis,
Obrad amante y atento. (*Vase.*)
Trig. Fuego en lengua que tal dice.
Nise. En quien tal hace mil fuegos.
Fen. ¿Quedamos buenos, amor? *ap.*
Fad. ¿Amor, decid, quedais bueno? *ap.*
Fen. ¡Qué esto oigo!.. *ap.*
Fad. ¡Qué esto escucho!.. *ap.*
Fen. ¡Y viva estoy! *ap.*
Fad. ¡Y no muero! *ap.*
Ram. ¿Señores, no me dirán,
Que quesicueses son estos?
¡Fenix, qué aguardais, que no
Me dais cuenta de estos cuentos?
Fen. Fadrique podrá decirlo,

Que yo, príncipe, no puedo. (*Vase.*)
Ram. Decidlo.
Fad. De Nise, hermano,
Puedes ahora saberlo. (*Vase.*)
Ram. Dilo, Nise.
Nise. Quien lo sabe
Mas que todos, es Triguero. (*Vase.*)
Ram. Ea, Triguero, dilo tú.
Trig. En fin, ¿qué quieres saberlo?
Ram. Claro está.
Trig. ¿Y qué yo lo diga?
Ram. Sí.
Trig. Pues ahora no quiero.

ESCENA IV.

RAMIRO y despues ESTELA.

Ram. Voto á Judas desalmado,
¡Que hagan pícaros aquesto
Conmigo! pero no importa,
Huélguense ahora, que yo espero,
Por vida de las poquitas,
Que la risa del conejo
Se les ha de volver; mas
Estela viene, no es bueno,
(La verdad tengo de hablar)
Que mas de mil pensamientos
Me han dado de galantearla.
Est. Otra vez á buscar vuelvo;
Pero el príncipe aquí está.
Ram. Ahora bien, yo juzgo que esto *ap.*
De galantear, no es mas que
Perderle una vez el miedo.
¿Señora Estela?
Est. Señor,
¿Qué mandais?
Ram. Yo me resuelvo *ap.*
A Dios, y á ventura, pues
Estoy yo mas ducho en esto,
En las noches que á Fadrique
He oido con Fenix.
Est. Ya espero
Que me mandeis.
Ram. Mirad, yo,
A la verdad, Estela, os quiero.
Est. ¿A mí?
Ram. ¿Pues sois algun lobo?
Est. No, pero cuando por dueño
Esperais á Fenix, ¿cómo
Me quereis?
Ram. En vos pretendo
Tener entre tanto el
Interin del casamiento.
Est. Haceisme mucha merced.
(*Sale al paño el duque.*)
Duque. A Estela buscando vengo;
Pero aquí está con Ramiro.
Est. Que tanto me querais (quiero
Seguirle el humor) estimo,
Como es razon.
Duque. ¡Qué oigo, cielos!
Ram. Así, pues, laus tibi Cristi,
Echa acá una mano.
Est. Quedo,
Príncipe, ved que mi mano,
Que la guarde tiene un dueño,
Y tan bueno como vos.
Duque. Bien puedes decirlo cierto,
Pues no me escede en nobleza.
Ram. ¿Tan bueno como yo? niego
La consecuencia, aunque sea
El mismo rey de Marruecos,
Y el Preste Juan de las Indias.
Est. ¿Será, decidme, tan bueno
Como vos Fadrique?
Duque. ¡Qué oigo!
Ram. Menos la tara.
Duque. ¡Qué es esto,
Justos cielos!
Ram. Ea, no andeis
Con melindres.
Est. Ya os advierto...
Ram. Oigan, como es honradilla... *ap.*
Est. Príncipe, que tengo dueño.
Ram. Pues tendreis conmigo dos,
Y tres, si entra otro tercero,
Et sic de reliquis.
Est. En vano es, príncipe; sed
Mas cortes y mas modesto.
Ram. Pues ea, queredme una vez,
Y no andeis con embelecos.
Est. Yo lo miraré despacio.
Ram. Eso es hacer mi amor pleito.
Est. Dadme licencia, y á Dios.
Ram. ¿Qué es á Dios bueno por cierto,
¿Pues se habia de quedar
Así, perdido ya el miedo?
Est. Quiero escusar que digais
Mas necedades. (*Vase.*)
Ram. ¿Qué es esto?
¿Desaires á mí? pues ahora vereis...
(*Quiere ir tras ella, y sale el duque deteniéndole.*)

ESCENA V.

RAMIRO y el Duque.

Duque. Príncipe, teneos.
Ram. ¿Qué es tener? haceos á un lado.
¿Quién os mete á vos en eso?
Duque. Yo, que os tengais os suplico.

Ram. Pues yo os mando, que no quiero:
Apartad.
Duque. Pasar no habeis.
Ram. Fuera digo.
Duque. Ved que es yerro.
Ram. Mas que os he de dar con algo.
Duque. Quien intentare...
(*Echa la mano.*)
Ram. ¡Qué bueno!
¿Conmigo intentonas un
Pobre duquillo? (*Mete mano.*)

ESCENA VI.

DICHOS, Y SALE EL REY.

Rey. ¿Qué es esto,
Príncipe? ¿Duque, pues cómo
Os miro aquí descompuesto?
Duque. Porque defendia ahora
Que á Estela fuese siguiendo
Ramiro.
Ram. Yo lo diré,
Y sino mejor, mas presto
Es alargarse la boda
Y estar el novio hecho un perro. (*Vase.*)
Duque. Señor, si á vos no mirára...
Rey. Duque, cuando ya el sugeto
Conoceis, disimulad,
Pues yo disimulo (¡ah, cielos!)
Y ahora venid, que un cuidado
Mayor me aflige, pues tengo
Noticias de que el de Aténas,
Ejército previniendo
Está contra mí, y saber
Importa, duque, si es cierto.
¡Ay hija, que de cuidados
Me cuestas! quieran los cielos,
O que el fin vea á mi vida,
O la quietud de este reino.

ESCENA VII.

Habitacion de Fenix.

SALEN FENIX Y NISE CON LUCES, QUE PONDRA SOBRE UN BUFETE GRANDE.

Nise. ¿En fin, señora, tu amor
Ha hallado ya el desengaño?
Fen. Sí, Nise, ya de mi engaño
He examinado el rigor:
Fadrique falso y tirano,
Traidor, ingrato y grosero,
(¡Ay de mí, de zelos muero!)
De Estela pidió la mano.
Nise. Su engaño hace que me asombre,
Cuando con tanta fineza
Adoraba tu belleza,
¿Cómo eso ha intentado?
Fen. Es hombre.
Nise. ¿No juraba que tu esposo
Habia de ser?
Fen. Es traidor.
Nise. ¿No se moria de amor
Y terneza?
Fen. Es alevoso:
Nise. ¿Y qué piensa tu belleza
Hacer, viendo su mentira?
Fen. Trocar el amor en ira,
Y en venganza la terneza;
Bórrense de mi memoria
Sus fementidos despojos;
Y sea asombro á mis ojos
Lo que á mis ojos fué gloria.
Destierre de mis sentidos
Mi amor, con duras crueldades,
Sus mal sentidas verdades
Sus engaños bien creidos
Muera Fadrique en mi pecho,
Y el alcázar que labró
El alma, en que le hospedó
Se vea en ruinas deshecho.
(*Salen al paño Fadrique y Triguero.*)
Trig. En fin, ¿qué vienes á verla?
Fad. Al alma busco reposo.
Trig. ¿Pues no estabas muy zeloso,
Y muy ofendido de ella?
Fad. Es verdad, pero ahora espero
Me satisfaga.
Trig. Entra, pues.
Fad. Allí está.
Trig. Y tambien Ines,
Digo Nise.
Fad. Llegar quiero.
Fen. Muera Fadrique, admirando
La traicion que en él se ha visto:
Muera Fadrique.
Trig. Por Cristo,
Que nos están enterrando.

ESCENA VIII.

DICHAS, FADRIQUE Y TRIGUERO.

Fad. ¡Qué escucho!
Fen. ¿Quién entró ahí?
Trig. Perdonad si ha sido yerro,
Que venimos al entierro.
Fen. ¡Qué veo! ¿pues vos aquí?
¿Cómo así os miro atrever
Tan osado en este puesto
Entrar?
Fad. ¿Triguero, qué es esto?

Trig. Te quiere satisfacer.
Fen. ¿Vuestro pecho cauteloso,
A qué falso y lisonjero
Viene?
Fad. ¿Qué es esto, Triguero?
Trig. Buscar al alma reposo.
Fad. Al oirte, tirana, aquí,
Sienten mis tristes desvelos,
No el tormento de mis zelos,
De tu engaño el dolor sí.
Nise. Que él se queje es lo mejor.
Trig. De mano ganó su alteza.
Fad. ¡Qué fué falsa tu fineza!
Fen. ¡Qué engañoso fué tu amor!
Fad. ¿Qué casarte no dijistes
Querias ya con mi hermano?
Fen. ¿Qué la darias la mano
A Estela no le ofreciste?
Fad. Si lo dije, fué venganza
De ver mudada tu fe.
Fen. Si yo lo dije allí, fué
Por castigar tu mudanza.
Fad. Tú por Estela me hablaste,
Como á Ramiro querias.
Fen. Tú, como la pretendias,
Por Ramiro me rogaste.
Fad. Ramiro dice (¡ah cruel!)
Le das la mano.
Fen. ¡Ah tirano!
Que á el rey pediste su mano
Dice.
Trig. Miente ella.
Nise. Miente él.
Fad. Yo oí lo que vos dijiste.
Fen. Yo lo que ella dijo oí.
Fad. No fué verdad, y esto sí.
Fen. ¿Cómo no la desmentiste?
Fad. Porque lugar no me dió;
¿Y al rey, cómo replicar
No te ví?
Fen. No hubo lugar.
Fad. La razon es mia.
Fen. Yo
La tengo, porque si fuera...
Trig. ¡Cuerpo de Cristo, qué miro!
Fad. ¿Qué, Triguero?
Trig. El gran Ramiro
Va subiendo la escalera.
Fen. Que os halle aquí he de sentir.
Nise. Pues yo lo remediaré:
Mato las luces, con que (*mátalas.*)
Es fuerza se vuelva á ir.
Trig. Como le den las locuras...
Nise. Silencio, que llega ya.

ESCENA IX.

DICHOS, Y SALE RAMIRO.

Ram. Sin luces aquesto está,
Y por otra parte á escuras:
¿Pues á esta hora en invierno
Aquí está por encender?
Esta princesa es muger
De poquísimo gobierno:
¿Si estará aquí?
Fad. Vive Dios,
Que viene.
Ram. Ruido allí siento;
¿Quién anda en este aposento?
Trig. Llévate, Nise, á los dos,
Que yo ahora lo entretendré;
Fingiréme el rey aquí:
¿Fenix, hija, estás ahí? (*Muda la voz.*)
Nise. Pisad quedo, que yo iré guiándoos.
(*Van andando arrimados al paño Nise, Fadrique y Fenix.*)
Ram. Voto á tal, ¡que cuando
De este viejo huir intento,
Dé con él!
Trig. Pisadas siento:
¿Quién es quien anda pisando?
Nise. Vamos, pues libres nos vemos.
Fen. Muriendo de zelos voy.
Fad. ¡Qué infeliz, cielos, que soy!

ESCENA X.

RAMIRO Y TRIGUERO.

Trig. Ea, responda, y sabremos...
Ram. Bueno será aquí negar, *ap.*
Que soy yo.
Trig. ¿Quién se ha atrevido
A ser tan descomedido?
Ram. A Fadrique le he de hechar *ap.*
La culpa.
Trig. ¿No respondeis?
¿Decid, sois Ramiro acaso?
Ram. Ni por pienso.
Trig. ¡Estraño caso!
¿Pues quién sois?
Ram. Ahora lo oireis.
Trig. ¿Pues qué es lo que aguardais,
La cólera en mí se ve, [cuando
Decid?
Ram. Esperadme, que
Ya lo estoy acomodando:
Mi ingenio el engaño aplique.
Trig. Decid, que aguardando estoy.
Ram. Haced de cuenta que soy...
Trig. ¿Quién sois?

Ram. Mi hermano Fadrique.
Trig. Yo lo creo: pues, tirano,
¿Cómo haceis esta osadía?
Ram. Es que buscando venia...
Trig. Decid.
Ram. A Fadrique mi hermano.
Trig. Si sois Fadrique, ¿el buscarlo
Cómo es?
Ram. Bien ha discurrido, *ap.*
Porque ya ando tan perdido,
Que á mí mismo no me hallo.
Trig. ¿Pues aquí, cómo á buscar
Le venis? eso es ofensa.
Ram. Porque en cualquiera despensa
Suele un hermano saltar.
Trig. Mas por Dios, que al rey venir
Siento; peor es aquesto, [*ap.*
Pues si me halla en este puesto
Bien no puede presumir:
A este bufete le pido
Que ahora me valga á mí.
(*Métese debajo del bufete.*)

ESCENA XI.

DICHOS, Y SALE EL REY, Y DESPUES NISE CON LUCES.

Reg. Ola, traed luces aquí.
Ram. Fuego, luces ha pedido.
Nise. Aquí están.
Rey. ¡Mas qué he mirado!
Príncipe, ¿cómo aquí vos?
Ram. Yo, sí, cuando... voto á Dios, *ap.*
Que con la luz me he turbado.
Rey. ¿Vos de Fenix en el cuarto?
¿Cómo haceis este delito?
Trig. Riñale él otro poquito,
Que yo no le reñí harto.
Nise. Helado ha quedado el tonto. *ap.*
Rey. ¿No decis cómo esto ha sido?
Ram. Gran disculpa me ha ocurrido:
¡Lo que hace un ingenio pronto! [*ap.*
Nise. Voy este cuento á decir;
Y pues Camacho ha venido
De Aténas, si me ha traido
De allá algo voy á inquirir.

ESCENA XII.

RAMIRO, EL REY Y TRIGUERO.

Ram. Acaba ahora de llegar
Camachuelo, que me ha dado
Un pliego, en que me ha avisado
Mi padre, como marchar
Su gente hace contra Tracia;
Yo, á si casarse queria
La princesa, aquí venia,
Y escusar una desgracia.
Rey. Si fué vuestrra intencion esa,
A mí me habiais de hablar.
Ram. ¿Pues os habeis de casar
Vos conmigo; ó la princesa?
Rey. Yo soy el norte, por quien
Que os goberneis siempre espero.
Ram. Como no soy marinero
No entiendo de nortes bien.
Rey. ¿Qué de enojo ó testimonio
Ya vuestro padre predice?
Ram. Cuerpo de Cristo, que dice,
Que queda hecho un demonio.
Rey. ¿Porqué ha sido de su ira ciego
Conmigo muestra el poder?
Ram. Porque á Fenix quiere hacer
Que se case á sangre y fuego.
Rey. ¿Para eso fiero y cruel
Su ejército quiere enviar?
Ram. Es, que un año de esperar
Aun se le hace mucho á él.
Rey. ¿No veis sentirá el aprieto
Fenix, pues le obliga al daño?
Ram. Mas siente él pierda yo un año,
Porque se le pierde un nieto.
Rey. La guerra no es eficaz
Medio con que se obligue
Una dama.
Ram. ¿No estoy yo
Rogándola con la paz?
Rey. Es querer se desespere,
Viendo su amor oprimido.
Ram. Si ella por bien no ha querido.
Téngase á lo que viniere.
Rey. Es violencia, y es esceso.
Ram. No es mas desto, señor mio.
Rey. Pues tambien tengo yo brio.
Ram. ¿Y qué tenemos con eso?
Rey. ¡Ay dolor!
Ram. Mucho le amarga. *ap.*
Rey. Mas de otra suerte le hablo: *ap.*
Ramiro, oid.
Trig. Válgate el diablo
Por conversacion tan larga.
Rey. Fenix, con gusto sé yo
Vuestra esposa desea ser.
Ram. Ella ha de ser mi muger,
O ver para qué nació.
Rey. Venid, pues, (¡de pena muero!)
A vuestro cuarto.
Ram. Eso elijo.
Rey. Que os deseo ver mi hijo. (*Vase.*)
Ram. Conténtome con ser nuero.

ESCENA XIII.

TRIGUERO y salen NISE y CAMACHO.

Trig. Vayan con Dios, que de estar
Así, molido me siento,
Mas por aqueste aposento
Ahora me puedo escapar.
Nise. Por mí has de ampararlo aquí.
Cam. Y por mí, lo pagaré.
Trig. De esa suerte, yo lo haré
Por ti, por ella y por mí:
(*Métese Camacho debajo del bufete.*)
Entra.

ESCENA XIV.

Dichos, y sale el Rey.

Rey. Nise, ¿dónde está
Fenix?
Nise. Ahora al cuarto fué
De Estela, á llamarla iré.
Rey. No, déjala si está allá:
Llégame una silla aquí. (*Siéntase.*)
Trig. Rabiando estoy por toser.
Cam. ¿Qué dices?
Trig. Ello ha de ser
Sin remedio.
Cam. ¿Estás en tí?
No intentes eso por Dios.
Nise. ¡Ay aprensados amantes! *ap.*
Trig. Yo oí, que oler unos guantes
Es bueno para la tos.
Cam. Toma esos, si así la atajas:
(*Dale unos.*)
¿Aprovechan?
Trig. Sí en verdad,
No faltará enfermedad *ap.*
Para las demas alhajas.
Rey. Nise, consuélame aquí;
Y pues de Fenix has sido
La que mas siempre ha querido,
Yo te ruego, que hoy de tí
Persuadida y obligada
La muevas á dar la mano
Al príncipe.
Nise. Será en vano,
Que consiga una criada
Lo que tú no has conseguido.
Rey. Nise, porque lo repares,
Mas los ruegos familiares,
Que el poder grande han vencido.
Trig. Oyes, Camacho, rabiando
Estoy por estornudar.
Cam. ¿Qué dices? ¿eso has de hablar?
Trig. Me estoy todo estornudando.
Cam. Toquen las cejas tus penas,
Que es diligencia famosa.
Trig. Para estornudos no hay cosa
Como tocados de Aténas.
Cam. Eso tu ambicion concierta
Por mirar las cintas gratas.
Trig. Pues si de darlo no tratas,
Suelto uno que está á la puerta.
Cam. Mira...
Trig. Venga, ó allá va.
Cam. Toma, si es cosa forzosa;
En fin me queda la rosa.
Trig. De aquí á un rato lo verá.
Nise. Yo, señor, si la hablaré,
Y de tu riesgo el rigor
La propondré: mas, señor,
¿Posible es que no te dé
Lástima el considerar
Aquel hermoso lucero
En poder de un monstruo fiero?
Rey. Si no puedo remediar
El daño la pena es vana
En lances tan infelices.
Trig. Oyes, Camacho.
Cam. ¿Qué dices?
Trig. De cantar me ha dado gana.
Cam. ¿Estás loco?
Trig. Es desigual
Un mal que yo estoy pasando.
Cam. ¿Qué haces á tu mal cantando?
Trig. Amigo, espantar mi mal:
Por remedio tenia antes
Ver diamantes.
Cam. ¿Y ese el medio?
Trig. En mi mal no hay mas remedio
Sino cantar, ó diamantes:
Empiezo, pues.
Cam. Tente (¡ay Dios!)
Esa rosa te he de dar.
Trig. Venga porque es mi cantar
Peor que estornudo y tos.
Cam. Pues sin alhajas estoy,
Salir quisiera de aquí.
Trig. ¿Te atrevieras á ir tras mí?
Cam. Sí.
Trig. Pues ven como yo voy.
(*Van saliendo á gatas, levántase el rey y los ve.*)
Rey. Dolor, mucho me maltratas,
Vean á Fenix mis cariños:
¡Pero qué miro!
Trig. Dos niños,
Que empiezan á andar á gatas.
Rey. Pues cómo de esta manera
Vuestra osadía se desmanda?
Nise. Iban á anda niño, anda,

Y torcióse la andadera
Cam. y Trig. Señor...
Rey. No teneis que hablar,
Ya os conozco.
Nise. ¡Qué placer!
Trig. ¿No nos has de conocer,
Si á gatas nos viste andar?
Rey. ¡Como uno y otro atrevido!
¿Mas qué belico rumor
Es este?

ESCENA XV.

DICHOS, Y SALE EL DUQUE.

Duque. Escucha, señor.
Trig. Pues ahora está divertido,
Gozaré de la ocasion:
Escurro por este lado. (*Vase.*)
Cam. Todo cuanto me ha quitado
Me ha de volver el ladron. (*Vase.*)
Nise. He de ver lo que esto es.
Duque. Un embajador ha entrado
Del de Aténas enviado,
Y licencia espera.
Rey. Pues
Voy á darle audiencia (¡ay cielos!)
Ya espero el daño mayor. (*Vase.*)
Duque. Por no darle mas dolor,
Pues basta su desconsuelo,
No le he dicho como ya
El ejército ha llegado:
Mucho le temo á este estado.
Nise. Aquí está quien lo dirá.
Duque. Pues sé que á voces aclama
A Ramiro por esposo
De Fenix, lance es penoso.

ESCENA XVI.

Decoracion de sala.

SALEN MUSICOS, FENIX Y FADRIQUE, CADA UNO POR SU PUERTA.

Canta. Un corazon afligido,
Viendo tardar su esperanza,
En doloroso instrumento,
Al compas del llanto canta:
¡Ay tristes ansias!
¿Para qué es la fortuna cuando se tarda?

Fad. El sentido de estas voces...
Fen. De estos acentos el alma...
Fad. Parece que habla conmigo.
Fen. Conmigo parece que habla.
Fad. Pues cuando espera mi amor...
Fen. Pues cuando mi afecto aguarda...
Fad. Lograr en Fenix su dicha...
Fen. De Fadrique la esperanza...
Fad. Mi fortuna...
Fen. Mi desdicha...
Fad. Lo niega.
Fen. Me lo embaraza.
Fad. Pues repita mi dolor...
Fen. Pues diga mi pena amarga...
Música y los dos. ¡Ay tristes ánsias!
¿Para qué es la fortuna cuando se tarda?
Fen. ¡Mas qué militar estruenndo!...
(*Tocan clarines y cajas á guerra.*)
Fad. ¡Mas qué clarines y cajas!...
Fen. ¿Suena como que amedrenta?
Fad. ¿Tocan como que amenazan?
Fen. Fadrique.
Fad. Fenix.
Fen. ¿Oiste
Los anuncios de batalla?
Fad. Sí, y el aliento me alteran.
Fen. A mí el corazon me pasman.
Fad. Segunda vez se repite. (*Tocan.*)
Fen. Otra vez me inquieta el alma.
Fad. Voy á saber lo que ha sido.
Fen. Yo tambien.

ESCENA XVII.

DICHOS, Y SALEN TRIGUERO Y NISE.

Trig. Espera.
Nise. Aguarda.
Trig. Ese asombroso aparato...
Nise. Esa armonía que espanta...
Trig. Ejército es numeroso.
Nise. Son poderosas escuadras.
Trig. De tu padre el rey de Aténas...
Nise. Contra tu padre esforzadas...
Trig. Poblando el valle espacioso...
Nise. Cubriendo colinas altas...
Trig. Y asestados los cañones...
Nise. Toda la ciudad cercada...
Trig. Con cólera...
Nise. Con furor...
Trig. Con ira...
Nise. Con arrogancia...
Trig. Todos á voces repiten...
Nise. Dicen todos con voz clara...
(*Digan dentro, y toquen clarin y caja.*)
Voces. Esposo Ramiro sea
De la princesa de Tracia,
O á los estragos del plomo
Serán ruina sus murallas. (*Tocan.*)
Fen. ¡Ay de mí!
Fad. ¡Válgame el cielo!
Fen. ¡Duro dolor!
Fad. ¡Pena estraña!
Fen. ¡Muda estatua soy de hielo!

Fad. ¡Todo el aliento me falta!
Fen. ¡Muerta estoy!
Fad. ¡Sin alma animo!
Fen. ¡Qué sentimiento!
Fad. ¡Qué ansia!
Fen. ¿Muerte, para cuando eres?
Fad. ¿Vida, para qué te guardas?
Nise. Gana me da de llorar.
Trig. Y á mí, si tuviera gana.
Fen. ¿Vos, Fadrique, lo sentis?
Fad. ¿Pues vos lo sentis, infanta?
Fen. Cuando á Estela...
Fad. Si á Ramiro...
Fen. No prosigas.
Fad. Fenix, calla.
Fen. ¿A Ramiro yo?
Fad. ¿Yo á Estela?
Fen. Primero esas luces altas...
Fad. Primero ese claro sol...
Fen. Despidan ardientes llamas...
Fad. Rayos arroje severo...
Fen. Que en mi vida...
Fad. Que en mi alma...
(*Tocan, y dicen dentro.*)

Voces. Viva el príncipe Ramiro,
Esposo de Fenix.

ESCENA XVIII.

DICHOS, Y SALEN EL REY, ESTELA, Y EL DUQUE.

Rey. Basta este dolor á mi muerte,
Hija.
Est. ¡Ay prima! ¡pena estraña!
Rey. Fadrique.
Fen. Padre.
Fad. Señor,
Acaudilla tus escuadras,
Que yo con ellas saldré,
Y de mi aliento esforzadas...
Rey. No prosigas, pues posible
No es resistir fuerza tanta,
A mis vasallos oid, que dicen...
(*Dentro voces*). Case la infanta
Con Ramiro, y nuestras vidas
Libre.
Fad. Pues mi valor basta,
Yo solo saldré, y rompiendo
Por las hileras contrarias
(Que aunque de mi padre sean,
Así tengo de llamarlas,
Cuando á tan contraria vida
Se conducen temerarias)
Moriré matando.
Rey. Tente.
Fen. ¡Ay de mí! Fadrique, aguarda.
Trig. Señor, detente, y advierte
Que eso de vencer batallas,
Solo un hombre solamente
Es bueno para las tablas,
Y muchas veces allí
Por impropio se repara.
Fad. Pues cumpliré con morir.
Rey. ¿Pues qué con eso se alcanza?
Fen. ¿Qué remedias con tu muerte?
Fad. No mirar violencia tanta.
Rey. Mucho Fadrique lo siente, *ap.*
No sé qué sospecha el alma.
Est. ¿Porqué tanto sentimiento *ap.*
Muestra Fadrique?
Rey. Pues nada
Se ha de conseguir, infante,
El valor que te acompaña,
Sujétalo á la fortuna,
Que de tu afecto obligada
Mi voluntad se conoce.
Fad. ¡Que mi desdicha sea tanta! *ap.*
Fen. ¡Qué tan infeliz naciese! *ap.*
(*Dentro voces*). Case con Fenix la infanta
Nuestro príncipe Ramiro. (*Tocan.*)

ESCENA XIX.

DICHOS, Y SALE RAMIRO.

Ram. ¿A quién digo, camaradas?
Estamos buenos ahora:
¿No dije no se burláran
Con el viejo?
Duque. Gran señor,
En conocida ventaja,
Valor es darse á partido.
Ram. O sino habrá zurribanda,
Que en lugar de balas trae
La gente unos piés de cabra,
Que vive el cielo que son
Peores, que pata de vaca;
Pues luego un artillero
Que viene, que es por su fama
Conocido en toda Europa.
Trig. ¿Quién es?
Ram. Tubillas se llama
El de Velez: ¡pese á tal!
Su acierto y destreza es tanta,
Que una vez haciendo un tiro
A un navío (¡cosa rara!)
A toda la mar erró,
Pero derribó una casa.
Rey. Hija, por tu padre mira.
Est. Prima, nuestras vidas guarda.
Duque. Vuestros vasallos mirad.
Nise. Mira las patas de cabra.
Trig. Mi amo y Fenix se miran, *ap.*

Y á todos tiembla la barba.
Fen. ¿Cielos, qué haré?
Fad. ¡Que mirando
Esté esta fuerza tirana, *ap.*
Y que sin medios ningunos
Esté para remediarla!
Ram. Señora Fenix, ahora
No hay que andar con zangas mangas,
O la mano, ó á una seña
Que haré, pegarán fagota.
Fen. Pues, príncipe, morir quiero
Antes que mirar forzada
Mi voluntad.
Ram. Mirad bien
No lo erreis.
Fen. Esto me agrada.
Ram. Pues dale fuego, Tubillas.
(*Tocan y disparan.*)
Rey, Duque, Est. y Nise. Tente.
Ram. Tubillas, aguarda,
Rey. Mira á tu padre.
Est. A tu prima.
Duque. A tu reino.
Nise. A tus criadas.
Fad. Quien supiere que es querer, *ap.*
Y viere en otro su dama,
Sin poderlo defender,
Sabrá el dolor que me mata.
Fen. La que queriendo se viere *ap.*
Dar la mano á otro forzada,
En presencia de su amante,
Verá como tengo el alma.
Ram. ¿Hay mano, ó llamo á Tubillas?
Trig. ¿Este poeta á qué aguarda,
Que no dá aquí un remedion?
Nise. No debe de tener gana.
Est. Prima.
Rey. Hija.
Duque. Infanta.
Nise. Señora.
Fad. Miente quien dice que matan
Penas.
Fen. ¡Ay Fadrique mio! *ap.*
Fad. ¡Ay Fenix mia! *ap.*
Rey, Est. Duque y Nise. ¿A qué aguar-
Ram. ¿Le digo algo á Tubillas? [das?
Fen. Ya la resistencia es vana; *ap.*
¿Que en fin ha de ser?
Rey, Est. Duque y Nise. Es fuerza.
Ram. O andarán los piés de cabra.
Fen. Pues si es fuerza (cielos, ahora
Me valed) aquí postrada
Mi obediencia...
Fad. ¡Qué oigo, cielos! *ap.*
Nise. Ay, señores, que se casa.
Fen. Digo, que esta...

*****

Fad. ¡Qué esto escuche! *ap.*
Fen. Es...
Fad. Aquí mi vida acaba. *ap.*
Fen. Mi mano.
Ram. En efecto, ya
Cayó la señora infanta
De su burra.
Trig. Aquesto es hecho.
Fad. ¿A qué mi valor aguarda?
Muera primero, que mire...
(*Quiere echar mano, y tiénele Triguero.*)
Trig. Tente.
Ram. Pues la mia...
(*Suena una corneta de postillon, y dicen dentro.*)
Alm. (*dent.*). Pára, pára.
Rey. ¿Qué es esto?

ESCENA XX.

DICHOS, CAMACHO Y EL ALMIRANTE.

Cam. En dos huidas postas
Dos caballeros acaban
De llegar, y el uno dellos
Está, señor, á tus plantas.
(*Sale el almirante.*)
Fad. ¡Qué es lo que miro! ¿no es
El almirante?
Alm. Esta carta
Recibid del rey de Aténas
Mi señor.
(*Dale una carta, y el rey la abre, y lee.*)
Fen. No sé qué el alma
Me dice.
Ram. ¿No es este el
Marido de la almiranta?
Alm. Y vos, gran señor, los piés
(*A Fadrique.*)
Me dad.
Fad. Al príncipe habla.
Alm. Ya hablo al príncipe.
Ram. ¿Almirante,
Decid, teneis cataratas?
Fad. En el semblante del rey *ap.*
Parece que gusto se halla.
Ram. En los ojos de mi padre
Alegría miro estraña.
Rey. Ea, hijos, volved en gustos
Todos los pesares.
Ram. Ala,
¿Qué volveduras son estas?
Rey. Oid atentos esta carta:
El principio dejo, y voy
Solo á lo que es de importancia.
(*Lee*): « Nació el príncipe Ramiro,
« Y el ama que le criaba,
« Por su descuido una noche

« Ahogado lo halló en la cama.
« Temerosa entonces ella
« Del castigo que la aguarda,
« En su lugar puso un hijo
« Suyo, que tambien criaba;
« Y trocándoles las ropas,
« Hizo con mañosa traza
« Creer, que su hijo era el muerto,
« Y en esta fe la crianza
« Del mentiroso Ramiro...
Ram. Tú lo eres, y tu alma.
Rey (*lee*). « Prosiguió, y viéndole ya
« En la pompa soberana,
« Lo que antes calló por miedo;
« Por ambicion despues calla;
« Hasta que benigno el cielo
« Permitió, que ya cercana
« A la muerte, de este engaño
« La verdad me declarára;
« Con que el Ramiro, que ahora
« Tiene vuestra alteza en Tracia,
« Hijo es del ama, y Fadrique
« Es á quien mi reino aclama
« Por su príncipe y señor,
« Y quien de Fenix la infanta
« Ha de ser felice esposo. » (*Deja de leer.*)
Ya habeis oido la carta.
Fad. ¡Dichas, qué oigo!
Fen. ¡Qué oigo, cielos!
Est. ¡Caso estraño!
Duque. ¡Cosa rara!
Nise. Ya envió el poeta el remedio.
Trig. Si no lo hiciera, las damas
Lo matáran á pellizcos.
Ram. Par Dios, con brava empañada
Sale ahora el viejezuelo.
Rey. Mis brazos, hijo, te aguardan.
Fen. ¡Quién pensára tal fortuna!
Fad. Viene cuando no se aguarda.
Ram. ¿Con que rabió el principado?
Trig. Fué de leche, y la cuajada
Se volvió suero.
Nise. ¡Ay, qué gusto!
Ram. Los diablos lleven el alma
De mi madre: pues que viva
Calló, ¿muerta no callára?
Fad. Vos, Ramiro, en mi servicio
Os quedad.
Ram. No tengo gana,
Que criado no ha de ser
Quien sabe es hijo de un ama:
Si quisieran darme á Estela.
Est. Soy para vos mucha alhaja.
Rey. Y yo al duque la he ofrecido.
Est. Murieron mis esperanzas. *ap.*
Ram. Pero un consuelo me queda.
Todos. ¿Qué es?
Ram. Que no se me da nada.
Rey. Fadrique, dale la mano
A Fenix; y pues la aguarda,
Estela al duque la dé.
Fen. Yo se la doy con el alma.
Fad. Con mil almas la recibo.
Ram. Y con esto, santas pascuas,
Que dando fin el poeta,
Pide perdon de sus faltas.

DON ALVARO CUBILLO DE ARAGON.

LAS MUÑECAS DE MARCELA.

De las pocas comedias que nos quedan de don Alvaro Cubillo de Aragon, esta es en nuestro concepto una de las mejores. Estamos muy lejos sin embargo de presentarla como una obra de grande importancia; pero hay en ella un argumento sencillo é ingenioso, un diálogo animado, unos caractéres bien sostenidos aunque delineados con poco vigor, y un lenguaje correcto y no contaminado con el culteranismo tan comun en nuestros escritores del siglo XVII. En esta comedia ademas se trasluce una intencion altamente dramática, pero cuyo desempeño era superior á las fuerzas de Cubillo; pintar el corazon de una muger en aquella solemne crísis de la vida en que el alma, por decirlo asi, se despierta al amor, pasa de la niñez á la juventud y entra por consiguiente en un nuevo órden de sentimientos, es cosa que Lope de Vega, Calderon ó Moreto, por ejemplo, hubieran desempeñado magníficamente, pero que presentaba dificultades insuperables para un ingenio de segundo órden como el del autor de las *Muñecas de Marcela*.

Si pudieramos insertar en nuestra coleccion dos comedias de este poeta, no vacilariamos en dar la preferencia á todas las otras suyas para incluirla á continuacion de las *Muñecas de Marcela*, á la que tiene por título *La perfecta Casada*, que es una de las buenas de nuestro teatro antiguo. Pero precisados á decidirnos por una de las dos, hemos preferido la que insertamos, porque aunque no superior en mérito á esta, especialmente en lo relativo á la pintura de caractéres, es mas entretenida para la lectura.

PERSONAS.

DON CARLOS, galan.
DOÑA MARCELA, } damas.
DOÑA VITORIA, }
DON LUIS.
DON VALERIO, viejo.
DON OCTAVIO, galan.
BELTRAN, lacayo.
TEODORA, criada.

La escena es en Zamora.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de calle.

DON VALERIO Y DON OCTAVIO CON LAS ESPADAS DESNUDAS, Y UN CRIADO CON UNA HACHA ENCENDIDA.

Val. Poned fuego á las puertas, rompa el fuego
(Ya que al umbral de la venganza llego)
Este duro imposible, esta defensa,
Del bárbaro, ó ministro de mi ofensa,
Que de nuevo me ofende,
Cuando ostinadamente se defiende.
Oct. Hoy te verás vengado y satisfecho
Ya en su prision ó ya pedazos hecho.
Así prudente obligo
Los deudos de Marcela; así consigo
Mi pretension amante.
Al lado tuyo moriré constante.
Val. Agradezco y estimo, don Octavio,
Vuestro valor.
Oct. Ya es mio vuestro agravio.
Val. Poned fuego á la casa;

Quede abrasado quien mi vida abrasa.
Oct. Perdone Cárlos, si á esto me acomodo, *ap.*
Que primero es mi amor, y despues todo.

ESCENA II.

Habitacion de doña Marcela.

DOÑA MARCELA Y TEODORA.

Teod. Escandalizada está
La nobleza de Zamora
Con esta prision de Cárlos.
Marc. Poco á Valerio le importan
Tan criminales venganzas.
Teod. Tu tio intenta, señora,
Vengar á su muerto hijo.
Marc. Teodora, parte me toca
De la ofensa; pero al fin
Como ni vida se cobra
Para el muerto don García,
Ni el agravio es en la honra,
Toda esa crueldad me ofende.
Teod. Hablas con alma piadosa.
Las puertas de aquella casa
Donde recogido estorba
Rigores de la justicia,
Quieren romper.
Marc. Ley forzosa
Es la defensa; ninguno
Por mas que se desconozca
A la piedad, culpará
Su resolucion heróica,
Su obstinada bizarría
Y su resistencia honrosa.
Pero, ¿qué ruido es este?
(*Ruido y paladas.*)

ESCENA III.

DICHAS, DON CARLOS, CON LA ESPADA DESNUDA, Y BELTRAN.

Cárl. Si en vuestro amparo, señora,
Debe hallar un afligido
Remedio de sus congojas,
Ocasion os solicita
La circunstancia de hermosa,
El privilegio de noble,
La ley de misericordia,
Para ilustrar vuestras partes
Y para que atenta á todas,
Deis vida al que ya en su estremo
Se la conceden por horas
Tan breves, como el que vive
Entre el aliento y la soga.
Yo soy don Cárlos, á quien
Obligaciones honrosas
Provocaron á un delito;
Así las leyes le nombran,
Mas si á mi razon se atiende,
(O cuanto un mentis provoca)
Con nombre de desagravio,
El pundonor le reboza.
La hidalga, sangre vertida,
Que ahora Valerio llora
Del infeliz don García,
Justamente me ocasiona.
Saquéle al campo, reñimos,
No fué su espada mas corta,
Su ventura sí, que al fin
Me hizo la razon escolta.
La justicia me amenaza,
Su rigor no me perdona;
Y viendo que ya era inútil
La defensa que hasta agora
En una casa encerrado
Hizo mi prision dudosa,
Saliendo por los tejados
Y azoteas, de una en otra
Hasta esta casa me trujo
Alguna estrella dichosa;
Pues en ella vengo á hallar
Un ángel que me socorra,
Una deidad que me ampare,
Y un cielo que me recoja.
Belt. Y yo que por fuerza soy
Lo delgado de esta soga,
Por quien siempre ha de quebrar
Siguiendo aquesta derrota,
Como gato por enero,
Que caballetes descostra,
Rodando llego á esos piés,
Y aun lo tengo por lisonja,
Cuando me juzgo subiendo
La escalera de una horca.
Marc. ¡Válgame el cielo, qué escucho!
¡Terrible ocasion, Teodora! [*ap.*
Ninguna noticia tengo,
Señor don Cárlos Colona,
De la razon, ó el agravio,
Que os provocó á tales cosas:
Ni aun vos pienso que teneis
Noticia alguna hasta ahora
De la casa donde estais.
Cárl. Solo sé y veo que os toca
Amparar á un desvalido,
Que á vuestras plantas se postra.
Marc. Pues sabed, Cárlos, que soy
Marcela, parte tan próxima
Contra vos, que don Garcia
Era mi primo.
Cárl. Señora...

Marc. No os turbeis. ¡Cielos, que
haré! *ap.*
Teod. ¡Qué lástima! ¡Qué congoja!
Belt. ¡Dépareme Dios un santo, *ap.*
Que favorece y aboga,
Patrocina, ampara y libra
De todas aquellas cosas,
Que en los tejados suceden!
¿Habrá una oracion devota
Para un peligro á dos aguas?
Yo perezco: que son todas
Las de las tejas arriba
Necedades peligrosas.
Cárl. Confuso, mudo y turbado
En vuestra presencia: ignora
El alma cuanto les debe
A las potencias que goza.
Me enmudece la vergüenza,
Las turbaciones me ahogan,
Y la confusion me vuelve,
Mármol duro, inmóvil roca.
Marc. Pues ni confuso os turbeis,
Ni avergonzado os proponga
La imaginacion peligros
Que en mi sangre reconozca;
Que aunque Valerio es mi tio,
Y tanta parte me toca
De su ofensa, no es conmigo
La pasion mas poderosa
Que la piedad; y mas quiero
Atribuirme esta gloria,
Que profanar con venganzas
Una virtud tan heróica.
Ya el cielo os trujo á mi casa,
(Misteriosas son sus obras)
Quizá porque me debais
Esta fineza con otras.
En ella estaréis seguro;
Pues no habrá tan maliciosa
Presuncion, que se persuada
A que estar pueda y se esconda
En ella, el mismo ofensor
Que vertió mi sangre propia.
Y porque la dilacion
Os puede ser peligrosa,
Entraos en aquesta sala:
Mi hermano don Luis, no toca
En ella jamas; tal vez
Mi hermana doña Vitoria
Suele entrar: mas yo tendré
La llave; sola Teodora
Cuidará vuestro regalo:
Y para esto tendrá otra
Llave, que la mia es maestra,
En tanto que se disponga
Lo que mejor pueda estaros.
Cárl. Dejad que ponga la boca
En el suelo que pisais.
Belt. Y que yo tambien la ponga
En el que pisa quien sirve
A tan divina señora.
Teod. Ea, entrad, entrad aprisa.
Belt. Lo que á mí besar me toca,
No me lo quite vusted,
Señora doña Teodora.

ESCENA IV.

DOÑA MARCELA Y TEODORA.

Marc. Dame la llave, y advierte
Que de nosotras dos solas
Se fia aqueste secreto:
Ya conoces á Vitoria.
Teod. No es menester que me adviertas;
Pues jamas hiciste cosa
Tan á mi gusto.
Marc. ¿Qué dices?
Teod. Que merece la persona
De Cárlos todo favor.
¡Qué lindo talle! ¡Qué airosa
Bizarría! ¡Qué cortes!
¡Qué entendido!
Marc. ¡Y qué lisonja *ap.*
Me has hecho con tu discurso!
¿Parécete bien, Teodora?
Teod. Si á tí te parece así,
No tengas miedo que corra
Peligro.
Marc. Mucho se ofende
Quien en un rendido toma
Venganza: la ofensa vive
Hasta el instante y la hora
Que puede satisfacerse;
Pero en pudiendo se borra
Tanto, que ni aun la señal
Queda de su mancha odiosa.
Teod. Y mas cuando el ofensor
Trae consigo, señora,
Tantas cartas de favor
En sus partes generosas.
Marc. Confiésote, que me ha puesto
Tan de la suya, que ignora
El alma, cual de los dos
Mayores peligros goza.
Teod. Vuelvo á la calle otra vez;
Pues tú me alientas, señora.
Marc. Cuanto en su alabanza digo,
Será un rasguño, una coma,
Un punto, un átomo breve
De lo mucho que atesora.
Teod. No morirá.

Marc. Ni lo quiera
El cielo.
Teod. A quien es dichosa,
Por los tejados le viene
La ventura: poco importa
El encierro de tu casa,
El recato en tu persona,
El ir las fiestas á misa
Partiendo del sol y aurora
Los imperios, como dice
Aquel vulgar idioma,
Entre dos luces negada
A la una y á la otra;
Que á pesar de agravios tantos
De tu hermosura, amor corta
Esa cartuja azucena,
Y esa capuchina rosa.
Marc. Notable suceso ha sido:
¿Mas será decente cosa
Querer yo á Cárlos?
Teod. Amor
Tiene las veces de Roma:
Impedimentos y agravios
Dispensa, omite y perdona;
Y mas siendo la ocasion
Curial, que á su cargo toma
Solicitarte la gracia
Por cuenta de su limosna.
Solo un grave inconveniente
Se me ofrece.
Marc. No te pongas
A discurrir sobre el caso;
Que aun es temprano.
Teod. Quien toma
Desde el principio los fines,
Sale bien de cualquier cosa.
Ya sabes que don Octavio,
Tu casamiento blasona,
Porque con tu hermano tiene
Muy adelante la historia.
Marc. ¿No soy yo la que se casa?
Teod. Tú tienes de ser la novia.
Marc. Pues de aquí á que tenga efeto,
Hay jornadas no muy cortas.
Teod. ¿Luego ya quieres á Cárlos?
Marc. Calla y disimula ahora,
Que Vitoria y don Luis
Pienso que vienen.

ESCENA V.

DICHAS, DOÑA VITORIA Y DON LUIS.

Vit. Impropia
Accion viene á ser en tí.
¿Si así tu sangre baldonas,
Quién ha de volver por ella?
Luis. No me aconsejes, Vitoria,
Que no quiero tener parte
En desdicha tan forzosa;
Y mas cuando la justicia
Es quien á su cargo toma
La venganza de Valerio.
¿Remediase alguna cosa
Con la muerte de don Cárlos?
¿He de ser yo en sus congojas
Ministro que le persiga?
Cuando una venganza honrosa
Con la espada se pretende,
Tiene disculpa en sí propia;
Y entonces mostrára yo
El rostro que encubro agora:
Y aun no sé lo que me hiciera,
Llegado á que reconozca,
Tan mucha razon en Cárlos;
Y en don García tan poca.
Marc. ¡Bien hayas tú, que en efeto,
Ni la pasion te alborota,
Ni el alboroto te incita,
Ni la sangre te apasiona!
Vit. ¡Gran virtud! Pues en efeto,
Cuando al lado no te pongas
De tu tio, no le culpes,
Su venganza no interrompas;
Que yo muger, como soy,
Tanto me irrita y provoca
La muerte de don García,
Que á no ser escandalosa
Accion, saliera á ayudarle.
Marc. Mucho, Vitoria, blasonas;
Y si en la ocasion te halláras,
Quizá dobláras la hoja,
Y pasáras adelante.
Vit. Será don Cárlos Colona,
De partes tan escelentes,
De escelencias tan airosas,
Que á sus propios enemigos
Venza, y en prisiones ponga.
¿Es así?
Marc. Yo no le he visto:
Quien le ha visto te responda.
Vit. Pues cuando esto fuera así,
A las romanas matronas,
Vive Dios, escureciera:
Y cuando mis fuerzas pocas
No bastáran, que sí bastan
Donde las razones sobran,
Al cielo pidiera rayos,
O á las fieras que se notan
Mas hijas de la crueldad,
Ira, corage y ponzoña.
Marc. ¡Qué enojada estás!
Vit. Contigo,

Y con tus piedades locas.
Luis. Pues yo soy hombre, y condeno
Tu condicion rigurosa;
Y para que no me culpes,
Mira si razon me sobra
Para desearle bien,
Cuando confieso que adora
El alma á su hermana.
Marc. ¿A quién?
Luis. A Feliciana.
Marc. Es hermosa:
Merécelo Feliciana.
No me está mal esta historia.
Luis. Temiendo peligros tantos,
Recogió todas sus joyas
Y se retiró á un convento.
Marc. ¿Monja?
Luis. No puede ser monja,
Porque hay causas que lo impidan.
Marc. Ya no me espanto que pongas
Mil deseos de tu parte
Para librarle.
Vit. ¿Qué importa?
Si esos deseos no valen;
Porque el amor los soborna,
Tan ciegos como su efeto.
Marc. ¡Qué cansada!
Vit. ¡Qué enfadosa!
Marc. ¡Qué necia!
Vit. ¡Qué presumida!
Luis. Ea, basta ya, Vitoria;
Que á mí su prision me ofende.
Vit. Pues á mal tiempo le lloras.
Marc. Quizá no le prenderán.
Vit. ¿Quién puede estorbarlo agora?
Marc. Dios, que si tuvo razon
Favorecerá sus cosas.
Vit. Que no ha de hacer Dios milagros.
Teod. El del soslayo le toca.
Vit. No hay soslayos de prisiones.
Teod. Pues yo presumo, señora,
Que por dos deditos solos
Esta vez no le apercollan.
Marc. ¡Dios le libre!
Teod. Si supieran, *ap.*
Cuan al soslayo se enojan
Los que en el nido le buscan,
No gastáran tanta prosa.
Yo ví á cierto cazador
Vender un nido de alondras,
Que cuando polluelos vió,
Y juzgando que en la bolsa
Estaban, volvió á otro dia,
Alargó la codiciosa
Mano, y en vez de las aves,
Que ya eran del aire pompa,
Halló un herizo, y sacó
Lastimada la manopla.
Vit. No hayas miedo que así sea,
Teod. Un soslayo es gran persona.
Marc. Yo digo que Dios le ayude.
Luis. Yo, que su piedad te oiga.
Vit. Yo, que vengue á don García.
Teod. Yo, que buena va la trova.

ESCENA VI.

DICHOS, DON VALERIO, DON OCTAVIO, Y EL CRIADO CON EL HACHA.

Val. No ha de quedar, vive el cielo,
En España ni en Europa,
Lugar donde no le busque,
Aunque en su centro le esconda
La tierra; si ya la tierra,
No sepulta mis congojas.
Marc. ¡Ay de mí! ¿Si han entendido
Que en mi casa está? ¡Socorra [*ap.*
El cielo en trance tan fuerte!
Teod. Nuestra piedad se malogra.
Oct. No solo toda la casa
Se ha mirado, pero todas
Cuantas en contorno están;
Solamente se perdona
Esta del señor don Luis.
Val. Resuelto á mirarla toda
Entré, don Octavio, aquí:
Mas ya veo que no importa,
Que en casa de mi sobrino
No habia de estar quien me enoja.
Luis. Antes, señor, os suplico
Lo hagais: ponedlo por obra;
Que puede sin culpa mia
Estar en ella.
Marc. ¡Ay, Teodora, *ap.*
Yo soy perdida! En mi casa
La diligencia es ociosa,
Pues hasta las piedras, de ella
Le arrojáran.
Val. ¿Quién lo ignora?
Marc. Digo, porque cuando entrasteis...
Val. ¿De qué os turbais?
Marc. Alborotan
El corazon armas tantas.
Val. Sois muger, todo os asombra.
Marc. ¡Sin alma estoy! ¡Muerta estoy! *ap.*
Teod. Disimula, que te ahogas.
Val. Sobrina, no os dé cuidado,
Que con violencia se rompan
Los fueros de vuestra casa,
Pues sé que en ella al que roba
Mi quietud, fueran incendio

Todas sus salas y alcobas.
Él se escapó, la fortuna
Le ayudó, para que ponga
En mas peligro mi vida
Con la suya : vamos, ola.
Luis. Todos te iremos sirviendo.
Val. Mas que descanseis me importa;
Sobrino, nadie me siga :
Señor don Octavio, ahora
Para agradeceros faltan
Las corteses ceremonias;
Pero siempre soy muy vuestro.
Oct. Dad licencia...
Val. Mas me ahoga
La porfía : á un desdichado
Aun no le sigue su sombra.

ESCENA VII.

DICHOS, MENOS DON VALERIO Y EL CRIADO.

Vit. ¡ Qué lástima ! ¡ Qué dolor !
Marc. ¡ Ay Cárlos del alma mia ! *ap.*
No entendí que te debia
Tan presto tan grande amor.
Oct. Esta es la ocasion mayor, *ap.*
Que amor me pudo ofrecer;
Pues llega Marcela á ver
Que por su causa empeñado,
Si en Cárlos no la he vengado,
Intentarlo es merecer.
Luis. Señor don Octavio, en mi
Queda el agradecimiento
De esta fineza.
Oct. Yo siento
Que á mi trateis así;
De lo poco que os serví
Me quejo á la suerte mia :
Mas yo vengaré algun dia,
Ya que hoy escapó su suerte
Al homicida, la muerte
Del infeliz don García :
Y á vos ofrezco, señora,
La venganza de este agravio.
Marc. Vivais, señor don Octavio,
Mil años. No viva un hora. *ap.*
Vit. Quien esa venganza adora,
Y apetece ese rigor,
Estima vuestro valor.
Oct. Hoy satisfecho quedára
Vuestro enojo, si le hallára.
Marc. ¡ Qué vengativo señor ! *ap.*
Oct. Hoy, vive el cielo, entendí
Dar á su sangre mi acero.
Marc. ¡ Qué piense este majadero *ap.*
Con sangre obligarme á mí !
Teodora, vamos de aquí.
Vit. ¿ A dónde vas ? ¿ No agradeces,
No ponderas, no encareces
En el señor don Octavio,
El querer vengar tu agravio ?
Marc. Ya he dicho que sí mil veces,
¿ Qué tengo yo mas que hacer ?
Y si no te ha parecido
Que está bien agradecido,
Vuélvelo tú á agradecer :
Y para que eches de ver
A donde llega y alcanza
Mi agradecida alabanza,
Digo que en esta ocasion,
Agradezco la intencion
Mucho mas que la venganza.
Vit. Notable estás.
Marc. ¡ Qué tormento ! *ap.*
Oct. Antes, por ser ya tan mia
La causa, no merecia
Premio ni agradecimiento.
Marc. Como yo de lo sangriento
Tan poco llego á saber,
Ignoro lo que he de hacer;
Y así, con vuestra licencia,
Los lances de una pendencia
Voy á estudiar y aprender.

ESCENA VIII.

DON OCTAVIO, DOÑA VITORIA Y DON LUIS.

Oct. Siempre á obedecer me obligo.
Vit. Es tan piadosa mi hermana,
Tan casera y tan humana,
Que disculpa á su enemigo.
Luis. De esta verdad soy testigo.
Oct. Es natural cuerdo y sabio.
Luis. Creed, señor don Octavio,
Que es circunstancia de hermosa,
Tener el alma piadosa
Para perdonar su agravio.
Tan en la niñez se está,
Que os juro por vida mia,
Que muchas horas del dia
A las muñecas se da.
Vit. Y es cierto, que ahora va
A entretenerse con ellas.
Oct. En mi amor nuevas centellas
Este ejercicio ha sacado :
No pasó el siglo dorado;
Que aun viven sus luces bellas.
¿ Y en mi amor, don Luis, qué dice ?
Luis. No es buena ocasion ahora;
Que de don García llora
Nuestra casa la infelice
Muerte.
Oct. En ella se eternice
Próspero el tiempo que vuela.

Luis. Quien sabe amar, se consuela
Con la esperanza.
Oct. Es así:
Viva la esperanza en mí,
Pues hoy agradé á Marcela.

ESCENA IX.

Aposento en la habitacion de doña Marcela.

DON CARLOS Y BELTRAN.

Cárl. ¡ Oh cuánto á Dios se parece
Quien piadoso se acredita !
¡ Oh cómo su gloria imita,
Al paso que la merece !
Tanto al sugeto engrandece
Esta virtud singular,
Que he llegado á imaginar,
No sé si diga á creer,
Que no deja á Dios qué hacer,
El que sabe perdonar.
Esta virtud milagrosa
En Marcela se ilumina,
Siendo dos veces divina,
Por piadosa y por hermosa:
Altamente generosa,
En su agravio no repara,
Y con providencia rara
Su casa nos da á los dos:
Parece casa de Dios
Que á delincuentes ampara
Belt. Eso yo lo he de decir,
Que en su piedad he hallado
Dos veces asegurado
El pretesto de vivir.
¡ O casa donde se halla,
Cuando mas se ve oprimida,
No solamente la vida,
Sino el poder conservalla !
¡ O casa, que me provoca
A decir en conclusion,
Que eres en esta ocasion
Libro de que quieres boca !
Capítulo de vivir:
A dos hombres condenados
A echarse de los tejados,
Sin volvello á referir,
Un serafin se aparece,
Y divinamente humano,
Con pródiga y franca mano
Vida y salud les ofrece.
Capítulo de guardarse
De intencion y lengua mala:
Al punto se abre una sala
Donde poder encerrarse.
Capítulo de dormir:
Parecerán ilusiones,
Pues yo sé que los colchones
No me dejarán mentir;
Pues en la distancia breve
De un hora, se aparecieron
Con ropa y colcha, que dieron
De sopapos á la nieve.
Capítulo de comer:
Esto tú no lo has sabido,
Que para mí solo ha sido
Milagroso proceder.
¡ O capítulo de gloria
Para mis amargos miedos;
Chupándome estoy los dedos
De leer su dulce historia !
Cárl. ¿ Qué dices ?
Belt. Que dije apenas
El capítulo en la sala,
Cuando un rincon me señala
De miel y de berengenas
Una orza reverenda:
Meto la mano, y por dar
Noticia á mi paladar,
Acomodo la merienda.
Una saco, y otra apaño,
Estas brindan á otras dos,
Doblo el resto, y vive Dios,
Saco el vientre de mal año.
Como dice aquel refran,
Descosiéndole una alforza,
Trasladé toda la orza
En el vientre de Beltran.
Cárl. ¡ Hay desvergüenza mayor !
¿ Hombre bárbaro, qué has hecho ?
Belt. Así me haga buen provecho
Como me supo, señor,
Letura tan escelente,
Dulce lenguaje y sonoro:
Dos higas para Eliodoro
Y el Varclayo: solamente
Un capítulo ha faltado.
Cárl. Yo aseguro que es de vino.
Belt. Por Dios que eres adivino:
Todo el libro he hojeado,
Y no he hallado una gota;
Sin duda es yerro de imprenta,
Que no pudo por mi cuenta,
Olvidársele la bota
A tan prevenido autor;
A pagar de mi dinero,
Todo el capítulo entero
Se lo bebió el impresor.
Cárl. ¿ Tú, bárbaro, tú, atrevido,
Donde te hacen tanto bien ?
Belt. Si atento discurres, ¿ quién
Fué con hambre comedido ?

Cárl. ¡ Vive Dios que has de buscar,
Villano, mi perdicion.
Belt. Oiga vusté una razon.
Cárl. ¿ Qué razon me puedes dar ?
Belt. Yo sé que noticia tienes,
Que son con necesidad,
Entre nuestra humanidad
Comunes todos los bienes.
Y si Dios, á quién le toca,
Me quiere el bien deparar,
Y le veo, ¿ he de aguardar
A que me le entre en la boca ?
¡ Oh qué hermosa grosería !
Ver el bien y conocelle,
Tener hambre y no comelle
O es melindre ó bobería.
Demas, de que es de advertir,
Que tambien tuve licencia
De la gente que estaba allí.
Cárl. ¿ Qué gente ?
Belt. ¡ Qué linda flema !
¿ Pues piensas que estamos solos ?
Como tú allá te embelesas,
Te arrobas, y te suspendes,
No gozas de cosa buena.
Cárl. ¿ Pues gente hay en esta sala ?
Belt. Y mucha; pero tan cuerda
Que se le puede fiar
Un secreto, y una deuda :
¿ Es posible que no has visto
Un estrado de muñecas,
Con barandilla y alfombra,
Tan vestidas, tan compuestas,
Tan al uso, tan con moño,
Tan con naguas y polleras,
Que hasta los guardainfantes,
En ellas es gala vieja ?
Hícelas mi cortesía,
Hablélas con reverencia,
Signifiquélas mi hambre,
Y pienso que la una de ellas,
O á mi me lo pareció,
Me dijo alegre y risueña;
Comed, Beltran, en buen hora,
Comed de las berengenas,
Que nosotras no gustamos
De esas civiles conservas.
Apenas me lo hubo dicho,
Cuando, si envestirme vieras,
Te quitára mil pesares.
Cárl. ¡ Hay locuras como aquestas !
¿ Tú no debes de sentir ?
Belt. En esto solo se muestra
La virtud de estas señoras,
Pues cuando otras se pasean,
Haciendo alarde en el coche
De su gala y su belleza,
Se entretienen y se ocupan
En diversion tan honesta.
Cárl. ¿ Luego no te burlas ?
Belt. ¿ Cómo ?
Para que mejor lo creas,
Aguarda y veráslo todo. (*Entrase.*)
Cárl. ¡ O cómo obliga y sujeta
Los ánimos la virtud !
Sin duda el cielo, que ordena
Mi remedio, me ha traido
A esta casa porque vea
Mi libertad en su amparo,
Mi prision en su belleza,
En su recato mi dicha,
Y mi quietud en sus prendas.
(*Vuelve á salir Beltran trayendo un estrado con barandilla, y en él cuatro muñecas y una dueña.*)
Belt. Mira si es cosa de burlas
El escuadron de doncellas,
(Que de estas yo lo aseguro)
Que tiene á cargo una dueña.
Aquesta es doña Calandria,
Esta doña Melisendra,
Estotra doña Sofía,
Y aquella doña Lucrecia;
La dueña se ha de llamar
Doña Rodriguez de Puebla:
Toda es gente muy callada,
Muy recogida y muy cuerda:
Solo la dueña me aturde.
Cárl. ¿ Cómo ?
Belt. Podremos por ella
Ser descubiertos.
Cárl. ¿ Qué dices ?
Belt. Tú no conoces las dueñas:
Por solo llevar un chisme,
Hablarán sin tener lenguas:
De mirarla estoy temblando.
Cárl. Tus locuras me marean.
Belt. ¡ Que será ver ocupada
A la señora Marcela
Preguntádoles á todas,
Cuando á visitarlas venga !
¿ Como estais, doña Calandria ?
Y responderá por ella,
A vuestro servicio, prima;
Que las damas se vosean. —
Hermosa estais; ¿ quién os hace
Moños ? — Una amiga nuestra,
Que tiene notable gracia. —
¡ Buen tocado ! ¿ Veis comedias ? —
Las nuevas nadie lo escusa;
Las damas todo lo alegran. —
¿ Qué os poneis en estas manos ? —

Una mudilla de almendras,
Piñones y salvadillo. —
¡ Qué blancura, qué belleza! —
¡ Jesus! téngolas perdidas.
Y estará de esta manera
Desde las ocho á las doce,
Desde las tres á la queda,
Libre de oir á don Gazmio
Concetos de Taracea.
Cárl. ¡ Vive Dios, que es la mas alta,
La mas segura, mas cierta,
Y la mas clara señal,
Que su virtud nos enseña!
¡ Oh quién fuera tan dichoso!
¿ Mas quien habrá que se atreva
A sobredorar agravios
Con amorosas finezas?
¡ Ay Beltran!
Belt. ¿ Qué viento corre?
Cárl. Hermosisima es Marcela:
En la piedad es divina,
Misteriosa en la prudencia,
Soberana en la cordura;
Pues con tantas escelencias,
¿ Qué haré yo en quererla bien?
¿ Qué haré en perderme por ella,
Si el vivir por ella gano?
Belt. Pues yo sé que no la pesa
De verte, y de ser querida.
Cárl. No lo creas, no lo creas,
Que no soy yo tan dichoso,
Ni es ella tan poco cuerda,
Que en tan peligroso banco
Empeñe tan altas prendas,
Belt. Quedo, que siento ruido.
Cárl. La llave tocó en la puerta;
Recoge, Beltran, todo eso.
Belt. Ya no es posible que pueda.

ESCENA X.

Dichos, DOÑA MARCELA y TEODORA.

Marc. ¿ Señor don Cárlos?
Cárl. Señora,
Este necio...
Belt. ¿ Quien lo niega?
Yo soy un necio, y aun dos;
Mas como son tan discretas
Estas damas con quien hablo,
Mis necedades celebran.
Teod. Es muy grande atrevimiento,
Cuando necedad no sea,
Llegar á cosas que tiene
Mi señora.
Belt. Si supiera *ap.*
Lo de la orza, ¡ mal año!
Marc. Aparta, tú eres la necia:
En aquesto entretenida
Permito que se diviertan
Algunas horas del dia;
Que son vislumbres que quedan
De la niñez.
Cárl. De divina
Direis mejor, pues con ellas
Dais ser á quien no le tiene.
Marc. ¿ Cómo?
Cárl. A mí y á las muñecas.
Marc. No hableis de eso.
Cárl. ¿ Que por tí
Pase yo aquestas afrentas?
Belt. ¿ Qué afrentas? Pues aun ahora
Lo de la orza nos queda.
Cárl. Perdonad, señora mia,
Esta atrevida licencia,
Pues quien de necios se sirve
A sufrillos se sujeta.
Belt. No es muy grande atrevimiento
Que en presencia de la dueña,
Hablamos con estas damas;
Y si algo malo se hiciera,
No nos perdonára el chisme.
Cárl. Yo te cortaré la lengua.
Marc. No quiero que os den cuidado
Ocasiones tan pequeñas,
Cuando en empeños mayores
Por vuestra causa estoy puesta.
Cárl. ¿ Cómo pueden ya, señora,
Ser pequeñas siendo vuestras?
Tan de grandes se acreditan,
Por el dueño que respeta
El alma, que ya no son,
Sino lo que representan.
Marc. Sois vos muy galan.
Cárl. No soy,
Aunque en esto lo parezca;
Mas para mi basta ser
Damas, aunque sean supuestas,
Para tratar su hermosura
Con decoro y reverencia,
Con respeto y cortesía.
Marc. ¡ Jesus, que cosa tan tierna!
Belt. Es ternísimo mi amo:
A la luna de Valencia
Suele derretirse mas,
Que otros al sol de Guinea.
¿ Velo vusté? Bien lo ve;
Pues en lo tierno es jalea,
En lo azucarado almíbar,
Y en lo regalon manteca.
Marc. Bien le conoces, Beltran.
Teod. A fe, que es muy linda pieza
El tal Beltran.

Belt. ¡Qué donaire!
Si vusté me conociera,
Se habia de perder por mí.
Teod. ¿No es mejor que no me pierda?
Belt. Para que yo me la hallára,
Se ha de entender.
Teod. ¿Qué me cuenta?
Belt. No te contaré los años,
Que es lo que á todos les pesa.
Teod. ¿Y qué hiciera si me hallára?
Belt. ¿Qué? La colgára á la puerta
De una iglesia.
Teod. ¿Soy rosario?
Belt. Sí, y aun son muerte sus cuentas.
Teod. ¡Qué hallado está en solo un dia!
Belt. Aconsejóme una vieja
Que no fuese corto y yo
Aprovecharme quisiera
Del consejo; porque al fin
Toda cortedad es mengua:
Doy lo que tengo, y recibo
Siempre con mucha llaneza.
Teod. No me descontenta el modo.
Belt. Es de lo nuevo.
Teod. ¡Qué pieza!
Belt. Oye vusted. ¿Habrá en casa,
Para un deseo siquiera,
Cualque berengena en miel?
Teod. ¡Ay socarron, buena es esa!
¿Tan presto has dado en la orza?
Belt. Ella dió en mí; y agradezca
Vusté que dió en parte blanda.
Teod. ¿Pues dónde peor pudiera?
Belt. En una esquina, y romperse.
Cárl. Esto mi amor os confiesa;
Contra el veneno mortal
De la víbora sangrienta,
Entre muchas confecciones,
Se aplica su carne mesma;
No porque tenga virtud
Para preservar con ella
Del fiero diente la injuria,
Mas porque como saeta,
Al corazon se encamina,
Porque se lleva tras ella
El antídoto con quien
Está mezclada, y revuelta
Sirve de posta al remedio,
Llega presto, y aprovecha,
Ayudando su malicia
Entra su malicia mesma.
Yo pues así, á quien hirió,
Aspid de vuestra belleza,
Entre infinitos remedios,
La necesidad me enseña
A aplicar, sino á vos misma,
Estas obras, que por vuestras,
Al corazon me encaminan
Consuelos que me entretengan,
Esperanzas que me animen,
Memorias que me diviertan,
Respetos que me aseguren,
Y ocasiones que me alegran.
Marc. Pues para que no tengais
Ocasiones como aquestas
Con damas, que aunque fingidas,
Como decis, os inquietan,
Yo las haré desterrar
De la sala.
Cárl. Haceisme ofensa:
Marc. Y aun las echára de casa,
Que no es razon que haya en ella
Quien á mí me dé cuidados.
Tente, amor, que te despeñas. *ap.*
Cárl. ¿Cuidados á vos, señora?
Aun no dároslos pudiera
En humana forma el sol,
Cuando en sus doradas trenzas,
Sollozára el alba aljófar,
O llorára blancas perlas.
Marc. Soy yo, Cárlos, en mi casa,
Muy zelosa, muy atenta,
Y ni aun de damas fingidas
Quiero sufrir competencias.
Cárl. Dadme licencia que cuente
Por favores estas quejas,
Y que á mi esperanza pida
Albricias de ellos y de ellas,
Que se las dé á mis temores,
Que el gusto las enriquezca,
Que las admiren los ojos,
Y las celebre la lengua.
Marc. ¡Albricias! ¿de qué suceso?
¿De qué deseadas nuevas?
Cárl. De veros tan enojada
Con lo mismo, que antes era
Entretenimiento vuestro.
Marc. ¿Pues esto á vos os alegra?
Cárl. Sí, que es señal que ya el gusto
Olvida burlas por veras.
Marc. Antes quiero que tengais
Esta visita primera
Por castigo, y que sepais,
Que solo á ver mis muñecas
Vine; mas ya, como digo,
Cesará (pues las destierra
De esta sala mi rigor)
La ocasion que me pudiera
Traer otras muchas veces.
Cárl. De tan injusta sentencia
Apelo á vuestra piedad:
No permitais que padezcan

Por mi ocasion estas damas;
Porque aunque yo solo sea
Quien sienta, desee y llore
Vuestra divina presencia,
Por mí no me atrevo á tanto,
Ni creo que os lo merezca,
Que ha muy poco que os conozco,
Y como entré por la puerta
Del agravio me acobarda
Mi delito y vuestra ofensa:
Por ellas lo habeis de hacer.
Marc. Por vos lo hago, y por ellas.
Cárl. ¡Oh cuánto os debe mi vida!
Marc. No conteis, Cárlos, por deuda
Lo que yo por mí he de hacer.
Cárl. Eso es bien que os agradezca.
Marc. Creed que no os quiero mal.
Cárl. ¿Y no me dareis licencia
Para creer algo mas,
Aunque engañado lo crea?
Marc. Tomáosla vos, y creed
Lo que mejor os parezca.
Cárl. ¿Volveré á pedirme albricias?
Marc. Como quisiéredes sea.
Cárl. Ya se las pido á mi dicha.
Marc. Dadla en mi nombre unas señas.
Cárl. ¡Con tal favor, serán grandes!
Marc. A lo menos serán ciertas.
Cárl. ¿Qué le diré á mi ventura?
Marc. Que ya corre de mi cuenta.
Cárl. ¡Oh qué albricias me prometo!
¿Las señas?
Marc. ¿Aun se os acuerda?
Cárl. Impórtame.
Marc. Pues serán
Las muñecas de Marcela.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Sala en casa de don Luis.

DOÑA MARCELA, DOÑA VITORIA Y TEODORA.

Vit. ¡Qué poco gusto recibe,
Quien tan dichoso ha nacido;
Pues siempre en las dichas vive!
Tanto en sí de sí concibe,
Que siendo en la dicha igual,
Negado al ser racional,
Y concedido al desden,
Trata con desprecio el bien,
Porque no conoce el mal.
Quien le sirve, no le agrada;
Quien desea su bien, le ofende;
Cánsale quien le defiende:
Quien le enamora, le enfada;
Todo le parece nada;
Sus altivas fantasías
Estragan las cortesías;
Por favores da desprecios:
¡O ventura, mal de necios,
Y que de soberbias crias!
Marc. Tu discurso misterioso,
Quisiera, hermana, entender.
Vit. Como en tí misma ha de ser,
Te será dificultoso;
Pero por si algun curioso
Pensamiento te arrebata,
Mi discurso se remata
Diciendo, que es mal sin cura,
Desdichada la ventura,
Pues siempre con necios trata.
Marc. Puesto que ya has confesado,
Que hablando conmigo estás,
La respuesta aguardarás
De tu discurso cansado.
Engáñaste, si has pensado
Que viene á ser dicha en mí
Lo mismo que lo es en tí;
Porque hay mucha diferencia,
De tu nativa ascendencia
A aquella en que yo nací.
Lo que á tí te causa enfado,
Me puede á mí dar contento:
Lo que á mí me da tormento,
Ser lisonja de tu agrado.
Si por tí sola has juzgado,
Engañóte tu concepto;
Nadie es dichoso, en efeto
Por ageno parecer;
Porque la dicha ha de ser
Proporcionada al sugeto.
Si el ser de Octavio querida,
Juzgas á dichosa suerte,
En mi inclinacion advierte,
Y quedarás convencida:
No es el ser aborrecida
Circunstancia tan cansada,
Como ser sin gusto amada:
Mira si es distinta cosa;
Pues con lo que tú dichosa
Me juzgo yo desdichada.
Vit. ¿Qué no es dicha el ser querida?
Marc. No, si el amor no es igual.
Vit. ¿Pues qué será el querer mal?
Marc. Desdicha ya conocida.
Vit. Amor es ley de la vida.
Marc. Cuando es con union dichosa;
Que sin ella es ley penosa.

Vit. Nunca amor dudo ofender.
Marc. ¿Mas qué te ha de hacer creer
Por fuerza que eres dichosa?
Vit. A no estar asegurada
De tu recato y honor,
Dijera que de otro amor,
Marcela, estabas prendada.
Marc. Ya, Vitoria, estás cansada:
Y tu discurso merece,
U que me enoje ó empiece
A discurrir yo tambien,
Que quieres á Octavio bien,
Pues que tan bien te parece.
Vit. Confiésote que es así,
Y que á ser con fin honesto,
Me holgára, que hubiera puesto
Los ojos Octavio en mí.
Marc. Pues yo, hermana, cedo en tí,
El derecho de su amor.
Vit. Ese es conocido error:
Lo que te pido es, que seas
Mas cortes cuando le veas,
Siquiera por vengador
De tus agravios no mas.
Marc. Cuando mucho le quisiera
Por eso la aborreciera,
Mira qué engañada estás;
Tú que á la venganza das
Tu afecto, agradece á Octavio,
Que en mí es parecer mas sabio,
Hacer con cuerda tamplanza
Un desaire á la venganza,
Que una lisonja al agravio.
Si yo inclinada le viera
A la piedad y al perdon,
A mayor estimacion
Me obligára y persuadiera:
Cuanto en esto mas hiciera,
Mas fuera á Dios parecido,
Y quien á Dios ha seguido,
Mas nobleza se previene,
Y quien mas nobleza tiene,
Mas merece ser querido.
Vit. ¡Jesus, qué de consecuencias
Me alegas por lo piadoso!
Marc. Cánsame lo rigoroso,
Y oféndenme las violencias.
¿Venganzas, iras, pendencias,
Quien apetecerlas pudo?
Yo á lo menos nunca dudo
Que apaciblemente amor,
Vence sin armas mejor,
Y por eso anda desnudo.
Vit. Pues él viene á visitarte,
Su voluntad desengaña.
Marc. Nunca la verdad engaña,
Que es luz que vive sin arte:
Yo no tendré en esta parte,
Si le hablo, mas libertad
De la que en mi honestidad
Me aseguro y me prometo:
Mas él verá, si es discreto,
En mi rostro la verdad.

ESCENA II.

DICHAS Y DON OCTAVIO.

Oct. Mucho tiene de grosero
Un amor determinado;
Si en esto he sido culpado,
Piadoso castigo espero.
Licencia tuve primero
Que entrase del amor mio:
Que no culparéis, confio,
Señora, á quien en su error,
Le disculpa un ciego amor,
Y abona un preso albedrío.
Por esto, y por no perder
Las albricias de un suceso,
Hallé disculpa en mi esceso,
Si en amor le puede haber;
Que como en mí llega á ser
Tan próximo el bien que espero,
No quise que otro primero
Grangease en vuestra gracia
La dicha de una desgracia,
Que ahora deciros quiero.
Marc. Cuanto á vuestra voluntad,
Señor don Octavio, es llano,
Que le debeis á mi hermano
Una sencilla amistad.
Vit. Decidnos la novedad,
Que desgracia y dicha haceis.
Marc. Bien por nueva la vendeis,
Si es desdicha y es dichosa.
Vit. Ya me tiene cuidadosa.
Oct. Oidme, pues, y lo sabreis.
Oid como el cielo ordena
(Tanto su poder alcanza)
Sin venganza una venganza,
Y un desagravio sin pena.
Ya Valerio en su dolor
Vive menos lastimado,
Ya ve su agravio vengado
Por mano de su ofensor.
La noche que con violencia,
En aquella casa entramos
Y en ella á Cárlos no hallamos
Por su miserable ausencia,
Afirman los que le vieron
Que huyendo por los tejados
El y un criado, obligados

Del miedo que concibieron
De la muerte y del castigo
Que á entrambos amenazaba,
Cuando en su venganza estaba
Tan superior su enemigo;
Con desalentada suerte,
O deslumbrada huida,
Donde buscaban la vida,
Vinieron á hallar su muerte.
Al fin, por la novedad
De rumbo tan esquisito
Tropezando en su delito,
Y cayendo en su maldad,
Al patio de cierta casa
Despeñados acudieron,
Donde pedazos se hicieron.
Marc. ¡Válgame Dios! ¿Qué esto pasa?
Teod. ¡Qué lástima!
Vit. Así dispone
El cielo venganzas tales.
Marc. Ya se acabaron sus males.
Teod. ¡Qué dolor! Dios le perdone.
Oct. Sus deudos que lo supieron,
Y en tal desdicha le hallaron,
De secreto le enterraron.
Marc. Bonísimamente hicieron:
Ya, hermana, estarás contenta,
Que el cielo vengó tu agravio;
Y ya el señor don Octavio
No correrá por su cuenta
Aquel sangriento cuidado,
Pues que ya la causa cesa.
Vit. A mí al menos no me pesa;
No sé si tú te has holgado.
Marc. Yo mas que todos. Valerio
No se ha holgado mas que yo.
Vit. Nunca el cielo permitió
Tales casos sin misterio.
Marc. Y como quiero ayudarle. *ap.*
¡O vulgo, fiero enemigo!
Yo apostaré que hay testigo
Que dice que vió enterrarle.
Teod. Así yo, cuando me oleen, *ap.*
O cuando, por mi ventura,
Los sacristanes y el cura
En mi responso se empleen.
Marc. Aunque el engaño apercibo, *ap.*
Iré de temores llena,
A socorrer una pena
Con ver á mi Cárlos vivo.
A fe que he de celebrar
El suceso y la caida.
Oct. Él pagó al fin con la vida;
Cuanto pudiera pagó.
Marc. La venganza es inaudita,
Y en albricias de ella quiero
(Si dais licencia primero)
Ir á hacer una visita,
A ciertas damas que están
De esperarme ya cansadas.
Vit. ¡Qué niñeces tan sobradas!
Los años te culparán,
Viendo que con ellas truecas
Por burlas sus desengaños.
Marc. Yo gusto de estos engaños.
Oct. ¿Qué damas son?
Marc. Mis muñecas.
Oct. Si esperan, muy justo es vellas,
Que es el esperar penoso.
Marc. Este suceso dichoso
Voy á celebrar con ellas.

ESCENA III.

DON OCTAVIO Y DOÑA VITORIA.

Oct. Ya me ha dejado dos veces
Con esta misma ocasion, *ap.*
O es fuerza de inclinacion,
O muy pesadas niñeces.
Vit. ¿Qué decis?
Oct. Digo, que alabo
El modo y la cortesía.
Vit. Es muy grande demasía
Decir no chero, y no sabo,
El afectar sencillez
Y á costa de dos agravios,
Tener la leche en los labios,
Y en los ojos la niñez.
Oct. En las damas todo es gala.
Vit. Ventura direis mejor,
Que yo sé quien tiene amor
Y en años aun no la iguala.
Oct. No es poca ventura en mí,
Ni accion culpable en Marcela,
Que cuando amor me desvela,
Ella se desvele así.
Su honesto entretenimiento
Nadie le puede culpar,
Antes obliga á callar
Al malicioso, al atento,
Al maldiciente, al cruel,
Al mordaz, al atrevido,
Que apenas faltas han sido
Desvelo sobrado en él;
Pues con prudencia no poca
Fundada en descuidos sabios,
Rienda les pone en los labios,
Freno les pone en la boca;
Negando con lo frecuente
De tan recatado empleo,
Licencias al galanteo,
Y ocasion al maldiciente.

Y así, aunque de mis cuidados
Estorben la ejecucion,
Entretenimientos son
Muy niños, mas muy honrados.
Vit. Decis bien; pero tambien
En las burlas y el donaire,
No ha de fundar un desaire,
Ni ha de afectar un desden.
Oct. No os entiendo: solo sé
Que nací para su esclavo,
Que su inclinacion alabo,
Que es inviolable mi fe,
Que el amor que me desvela
Nadie le podrá igualar,
Y que un rey puede envidiar
Las muñecas de Marcela.

ESCENA IV.

DOÑA VITORIA.

¡Qué imprudencia! ¡Qué locura!
¡Qué desaire tan rapaz!
Vuelvo á decir que es capaz
De desdicha la ventura;
Pues de ingratitud cercada
Se ha de regular forzoso,
Quien la tiene por dichoso,
Mas ella por desdichada.

ESCENA V.

DOÑA VITORIA, Y DOÑA MARCELA, Y TEODORA AL PAÑO.

Marc. Ví á Cárlos, supo de mí;
Su mentirosa caida,
Alegréme con su vida;
Reí su muerte, y vuelvo aquí.
¿Fuése ya?
Vit. Detente un poco,
Que puede verte y oirte.
Marc. Que no importa.
Vit. Iba á decirte,
Como á niña, guarda el coco.
Marc. Advierte, que ya de mí
Cuanto hables, no importa cosa.
Vit. ¿Porqué?
Marc. Porque estás zelosa,
Y hablan los zelos en tí.
Vit. ¡Yo zelos! ¿Cómo, ó de quién?
Marc. Lo que has de hacer, es dejarme:
Ni cansarte ni cansarme,
Que nos estará muy bien.
Vit. En una cosa reparo,
Que me has de satisfacer:
La casa que solia ser
Comun refugio y amparo
De las dos; ¿porqué la tienes,
Tan cerrada? ¿Qué hay en ella,
Que ya no podemos vella? [nes.
Marc. ¿Qué ha de haber? Donaire tie-
A esto has de acudir, Teodora, *ap.*
En la otra sala siguiente...
Teod. Ya entiendo.

ESCENA VI.

DICHAS, MENOS TEODORA.

Marc. Pues diligente
El satisfacerte ahora,
Será ofender mi verdad,
Si bien el ser sospechosa
Es achaque de zelosa.
Vit. ¿No me ha de hacer novedad
El ver con tanto recato
Dentro de casa una puerta,
Que conocí siempre abierta?
Marc. No te ha de costar barato
Saberlo.
Vit. Cuando lo impidas,
Habrá mas que sospechar.
Marc. Pues yo sabré castigar
Sospechas tan atrevidas.
Vit. No te enojes.
Marc. Tu grosero
Término, cansa y enfada.
Vit. ¿Porque me niegas la entrada?
Marc. No mas de porque yo quiero,
Que pues tú culpando estás
Mis honestos pensamientos,
Juegos y entretenimientos,
No los has de ver jamas.
Vit. ¿Pues eso pena te da?
Marc. Y si en ello mas te metes...
Vit. No quiero ver tus juguetes,
No te enojes, bien está;
Pues conoces de mi amor,
Que en público y en secreto
Te obedezco, y te respeto
Como á mi hermana mayor.
Marc. Pues ahora lo has de ver,
Que no te quiero dejar
Otra vez que sospechar:
Toma, y abre.
Vit. Soy muger,
La curiosidad me obliga;
Perdona si te ofendí.
Marc. Anda, que te aguardo aquí.
Vit. Ya voy.
Marc. ¡O hermana enemiga! *ap.*
Vit. A las guardas de esta llave
Mi satisfacion remito,
Que el sospechar no es delito

Cuando hay ocasion tan grave;
Pero mi hermano y Valerio
Vienen; no importa: despues
Veremos el que es, y que es
De este encerrado misterio.

ESCENA VII.

DICHOS, Y DON LUIS Y DON VALERIO.

Val. Don Luis ¿sois mi sobrino? [no.
Luis. Sobrino é hijo vuestro me imagi-
Val. ¿Sabeis que vuestro primo don Garcia
Murió á la injusta mano, ¡ay suerte impia!
De su mayor amigo?
Ya lo sabeis, de todo sois testigo;
Tambien debeis saber, de pena muero,
Que sois por muerte suya mi heredero:
Mas que sepais intento
Que heredais con mi hacienda el sentimien- [to;
El dolor, la pasion y la esperanza
De tomar de su muerte la venganza.
Luis. Señor, si lo que el pueblo dice es cierto,
¿Qué venganza podré tomar de un muerto?
Val. Ya el ingrato homicida,
Desesperado se quitó la vida,
Ya murió despeñado;
Mas no por eso quedo yo vengado,
Que si huyendo mi furia
Él se mató, viva quedó mi injuria.
Está habeis de vengar, para que sea
Ejemplo y escarmiento á quien lo vea,
Con aceros valientes,
En deudos, en amigos y parientes.
La sangre derramada
De vuestro primo, no quedó vengada,
Con muerte igual; pues antes, si se advierte,
Por no darme venganza, se dió muerte;
Pues si el fué de sí mismo el homicida,
Vivo quedó el agravio, aunque él sin vida:
Que lo vengueis os pido,
Muera aqueste linage fementido,
Que mientras no haceis lo que os preven- [go,
Ni vos teneis honor, ni yo le tengo.
Luis. Señor, mucho quisiera
Que la razon á tu pasion venciera.
Marc. El cielo favorezca mis temores;
A un muerto le amenazan sus rigores: [*ap.*
¡Ciega pasion! pues vive, si se advierte,
Mas allá su venganza de la muerte.
Luis. Ya murió don Garcia,
Vengar su muerte yo fué causa mia,
Si por tal la recibo,
Mientras el ofensor estuvo vivo;
Pero ya muerto es llano,
Que quiso Dios vengarse por su mano,
Y escusar (su poder todo lo alcanza)
En tí el odio, en mí el duelo y la ven- [ganza;
Pues si Dios de esta suerte lo ha trazado,
Por mano mas valiente estás vengado.
Templa tu enojo, basta ya lo hecho,
Pues la espada de Dios te ha satisfecho;
Y considera que si mas pretendes,
A tu primero vengador ofendes.
Derramar impaciente
La sangre de sus deudos inocente,
Por la mia, ó tu mano,
Hecho es mas de gentil que de cristiano;
Y los que hoy te consuelan lastimados,
Te culparán despues libres, y airados.
Ten por consejo sabio,
Que muerto el ofensor, cesó el agravio;
Dios tomó por su cuenta
Tu enojo, tus venganzas y tu afrenta,
Y puesto de por medio,
Ni falta mas que hacer, ni hay mas reme- [dio;
Pues por templar tu furia,
Él midió la venganza con la injuria,
La cura con la llaga:
De una vida, otra vida es justa paga.
¿Quieres tú adelantarte,
Haciendo mas que Dios para vengarte?
Ni yo me atreveré, ni el mas ingrato
Podrá negar que es grave desacato,
Cruel descortesia,
Grosero error, villana tiranía:
El cuerdo así lo entienda
Que en las obras de Dios no cabe enmienda.
Marc. Señor, basta el castigo
Que padeció á tus ojos tu enemigo,
Y si aquestas razones
No vencen el rigor de tus pasiones,
Mas adelante pasa,
Y la ruina advierte de tu casa.
Vit. Basta, señor, la muerte del tirano,
Ejecutada por su propia mano;
Pues con esto se alcanza [za.
Mas quietud, menos pena, y mas vengan-
Marc. Gloria á Dios, que una vez sola te he hallado
Piadosa.
Vit. Eso agradécelo al tejado.
Val. Don Luis, vuestras razones y su muerte,
Han podido templar dolor tan fuerte;
Pero de ellas colijo
Que sois sobrino, pero no sois hijo;
Y creed que os quisiera haber hallado,
Menos cristiano, pero mas honrado.

*****

Quedaos con Dios, que pues que Dios lo quiere,
Llorando viviré lo que viviere. (*Vase.*)
Luis. Señor, aguarda: ya salió á la calle;
Iré, si puede ser, á consolalle. (*Vase.*)
Vit. Y yo á ver mi secreto. (*Vase.*)
Marc. Pase el tiempo, que el tiempo hará su efeto.

ESCENA VIII.

Aposento en la habitacion de doña Marcela.

DON CARLOS Y BELTRAN.

Cárl. Ya nos juzgan despeñados.
Belt. No saben que en esta casa
Es la piedad tan sin tasa,
Que si va por los tejados,
Es casa de caridad,
Refugio en las aflicciones,
En desvanes, en rincones,
Se hallan orzas de piedad.
Cárl. Menos en Vitoria.
Belt. Es plaga
Que no haya cumplida gloria,
Pues mal puede ser Vitoria,
Si de crueldad se paga.
Cárl. A este intento tengo ya,
Aunque no escritos, pensados,
Unos versos mal limados.
Belt. Escríbelos, que aquí está
Tintero, pluma, y papel.
Cárl. ¿Pues quién, Beltran, te lo ha dado?
Belt. Esto tengo de hombre honrado;
Jamas anduve sin él.
Cárl. Es prevencion milagrosa.
Belt. No es tal como yo quisiera,
Mas para la faltriquera,
No se permite otra cosa.
Ves aquí pluma y tintero,
Y papel.
(*Saca de la faltriquera todo recado.*)
Cárl. Milagro ha sido
Hallarte tan prevenido.
Belt. Barruntos de despensero
Son estos, que me han quedado
Del tiempo que Dios queria,
Que tu despensa servia.
Cárl. Pues yo escribo lo pensado.
(*Siéntase, y escribe.*)
Belt. Escribe de esa muger
Quejas contra su rigor,
Aunque para ser mejor,
Sátira habia de ser.
Escríbela á manos llenas
De la orza el ejemplar,
Pues fué piadosa hasta dar
Las últimas berengenas.
Y para que mas terrible
Sea lo ejemplificado,
Di que una dueña ha callado,
Que es el mayor imposible.
Que bien se puede alegar,
Por milagro de su ser,
Que hayan sufrido á la par,
La orza el verse comer,
Y la dueña, el no hablar.

ESCENA IX.

DICHOS Y TEODORA MUY DE PRIESA.

Teod. Cárlos, dejad lo que haceis,
Presto, presto.
Cárl. ¿Qué hay, Teodora?
(*Levántase.*)
Teod. Que Vitoria, mi señora,
(Ya su rigor conoceis),
A esta sala quiere entrar;
Que á esta os retireis conviene,
Porque aunque llave no tiene,
De aquí no querrá pasar:
Ea, apriesa.
Cárl. Entra, Beltran.
(*Déjase el papel sobre la mesa.*)
Belt. Esta muger es demonio.
Teod. A Dios. (*Vase.*)
Belt. Obre san Antonio
Un milagro de desvan.
(*Cárlos y Beltran al paño.*)

ESCENA X.

VITORIA MIRANDO A TODAS PARTES.

¿Parece que habia ruido?
Pero no, sola está, y quieta
La sala; engañóme al fin
La imaginada sospecha:
Sí, claro está que mi hermana
Cosa que indecente fuera,
No habia de tener. ¡Jesus!
Yo soy la mala, no ella.
Sus muñecas la entretienen,
Yo la ofendí, ¡qué mal piensa
Quien piensa mal, y tan libre
Juzga las causas agenas!
Marcela es al fin un ángel,
Hermosa, piadosa y cuerda;
¿Pero qué papel es este?
Versos parecen, y fresca
Está la tinta; ¡mal caso!

No está lejos, sino cerca
Quien le escribió, leerle quiero:
Volvió á nacer mi sospecha.
(*Lee.*) « No es Vitoria, que da gloria,
« Perseguir á un afligido,
« La vitoria en el rendido,
« No fué vitoria: Vitoria,
« Si quereis vitoria ser,
« De las que agradan á Dios,
« Bien cerca teneis de vos
« De quien poder aprender.
« Vos sabeis que esto es verdad,
« Y ya que naturaleza
« Os igualó en la belleza,
« Igualadla en la piedad.
« Que vitoria por Vitoria,
« La mayor, afirma un sabio,
« Que es perdonar un agravio:
« Esta es vitoria, Vitoria. »
Conmigo habla el papel,
Y de mí el dueño se queja:
¡Válgame Dios! ¿quién será?
¿Mas si le escribió Marcela
Para inducirme piadosa?
Pero no, agena es la letra,
Y aun no está enjuta, pasemos
Adelante, que con esta
Presuncion, no son culpables
Curiosidad, ni sospecha.
(*Levanta el paño y descúbrense Cárlos y Beltran.*)
¿Pero qué es esto? ¿Quién es?
Belt. Maridos de las muñecas.
Vit. Cárlos es: ¿Señor don Cárlos,
En mi casa?
Belt. Linda flema:
No es Cárlos.
Vit. ¿Este es el muerto? *ap.*
Belt. Somos figuras supuestas;
Muñecos somos, que viendo
Que estaban aquestas hembras
A fuer de amazonas solas,
Venimos á estar con ellas.
¿No le ve usted que no habla?
Ni yo, aunque se lo parezca,
Tampoco hablo, que todo
Es obra de ropa vieja;
De puro retal de sastre
Nos hizo una muñequera.
Todo cuanto ve es andrajos,
Narices, ojos y cejas,
Puntadas de hilo prieto.
Vit. A fe que la burla es buena.
Belt. Los diablos lleven la burla, *ap.*
Y á quien por burla la cuenta.
Cárl. Señora, ya que permite
El empacho, y la vergüenza
Alientos al corazon,
Y movimiento á la lengua,
El uno hasta aquí turbado,
La otra hasta ahora presa;
Oid con alma piadosa,
Atented con blanda oreja,
Venturas de un desdichado,
Que antes que lleguen se ausentan,
Piedades que no se logran,
Temores que siempre acechan,
Una vida que ya sobra,
Y un aliento, que sin ella
Solo sirve á los peligros.
Vit. Ya cuanto escucharos pueda
Me lo han dicho aquestos versos.
Belt. ¡Ay, señor! sobre la mesa *ap.*
Olvidados los dejó;
Jurára yo que ellos fueran
La causa de nuestros males.
¿Dime, es sátira siquiera?
Cárl. No son sino mi desdicha.
Belt. Si es sátira, nos entrega, *ap.*
Voto á Dios, á la justicia,
Para que mañana sean
Un cuchillo y un cordel,
Crisol de nuestras conciencias.
Vit. De aquí nacia la piedad *ap.*
De mi hermana, aquestas eran
Las causas de adelantarse
Tanto en su favor Marcela.
Mas no me espanto, es muger,
Y la causa no es pequeña:
Mucho obliga un hombre tal,
Mucho una humildad sujeta.
Yo juzgaba desde lejos,
Y ahora que estoy mas cerca
Me ha trocado la ocasion;
Porque es en todas materias
Muy diferente y distinto
Tratar de ella, ó verse en ella.
El que se pinta mas fiero,
Cuando vengador se piensa,
En llegando á la ocasion;
Si no se muda, se templa.
Airada estuve con Cárlos,
Su imaginada tragedia
No me pesó, y me pesára
Si agora le sucediera.
Cárl. Si de suspensiones tantas
Ha de salir la sentencia
Contra mi vida, ya espero,
Que pronunciéis, venga apriesa
El fallo, sea mi muerte
El socorro de mis penas.
Belt. Mas que plega á Jesucristo,

Que nunca salga, ni venga,
Fallo que ha de ser tan malo,
Y que tartamuda sea
La lengua que lo pronuncie;
Fáltenle dientes y muelas,
Porque hable papanduja,
Y no se oiga, ni entienda.
Vit. Cárlos, no soy tan cruel,
Aunque á vos os lo parezca,
Tambien hay piedad en mí,
No toda estaba en Marcela,
Que aun hay piedad para todos.
Cárl. Para mi solo pudiera
Faltar en vos, que mi culpa
Sino la ataja, la templa,
Sino la hiela, la entibia,
Si no la acaba, la mengua.
Vit. Mirad, la mayor virtud
Aspira á que le agradezcan,
Y por eso el beneficio
Se pinta con muchas lenguas,
Que unas le publican, y otras
Repiten la recompensa.
El mismo Dios, con ser Dios,
Gusta que el hombre le sea
Agradecido, y se ofende
Cuando á esta virtud se niega.
Marcela tuvo ocasion,
Y agradecimiento en ella;
Yo no la tuve, ni habia
Quien mi piedad conociera:
Ella obró, mas yo no pude;
Habló con vos, yo en ausencia;
Ella os vió, yo nunca os ví:
Quien ve el daño, le remedia;
Quien no le ve, no le siente,
Quien no le siente, se aleja
De la piedad, y en efeto
Queda dicho en mi defensa,
Que en la materia se labra,
Mas no hay labor sin materia.
El engaño de mi tio,
Digo, la opinion incierta
De que ya sois muerto, pase,
Y por mí no tengais pena
Que se descubra el secreto.
Cárl. Nunca de vuestra nobleza
Me prometí menos dichas.
Belt. Si á Beltran no dais licencia
Para que á besos deshaga
De vuestro chapin la suela,
Besará el suelo, y dirá
Con humildad, todo es tierra.
Vit. No es mi hermana mas piadosa,
Si bien es mayor su deuda,
Puesto que aventura mas,
Cuando ya tiene tan cerca
Sus bodas con don Octavio;
Y así, por vos, y por ella
Debeis mirar juntamente.
Cárl. ¿Qué decis?
Vit. Tocó en la piedra, *ap.*
Y descubrió sus quilates.
Que ya es de Octavio Marcela.
Cárl. ¿Pues por cuando?
Vit. ¿Qué decis?
Cárl. Que muchos años lo sea.
Vit. Conocí su turbacion *ap.*
Cárl. La sangre se heló en las venas. *ap.*

ESCENA IX.

DICHOS, MARCELA Y TEODORA AL PAÑO.

Marc. Mi cuidado, y su tardanza,
Me tienen, Teodora, inquieta.
¡Mas ay de mí!
Vit. A Dios, don Cárlos.
Cárl. Dios os guarde. Amor, paciencia. *ap.*
(*Sale al encuentro Marcela.*)
¿Qué al fin hubiste de ver?
Vit. Pasa adelante, y no temas,
Si bien pudieras temer;
Que quien un secreto cela
De su hermana, ó de su amiga,
Cuando estas despues lo sepan,
Y lo revelen, no tiene
Lugar ninguno la queja.
Marc. Advierte...
Vit. No hay que advertir.
Toma tu llave, Marcela,
Que ya sé que solo vienes
A visitar tus muñecas.
(*Dale la llave y vase.*)
Teod. Todo se ha puesto de lodo,
Si el cielo no lo remedia.
Marc. Cielos, si á Cárlos perdí, *ap.*
Mi vida tambien se pierda.
Cárl. Acabóse la esperanza, *ap.*
Cayó el edificio en tierra.
Marc. ¿Cárlos?
Cárl. Señora.
Marc. Bien mio.
Cárl. ¡Oh qué escusadas ternezas!
¡Qué deslumbradas que vienen!
¡Qué dando de ojos que llegan!
¡Qué sin ventura que nacen!
¡Qué á la muerte, ó que tan cerca,
Que las marchita, y caduca
El soplo que las alienta!
Marc. ¿Qué decis?
Cárl. Que soy dichoso,

Pues ya ni el temor me aqueja,
Ni la prision me acobarda,
Ni la muerte me amedrenta,
Que el que nace á las desdichas,
O el que vive á las ofensas,
Despues de temerse á sí,
Nada que temer le queda.
Marc. Si porque ves revelado
Mi secreto, y mi cautela,
Previenes estremos tantos,
O encubre el pesar, ó deja
Parte á quien sabrá sentirlo,
Sin faltar á la prudencia:
Déjame la mayor parte,
Que no quiero que tú sientas
La que á mí pueda tocarme,
Pues en tus riesgos me quedan
Despues de saber llorarlos,
Mas esperanzas que piensas:
Ten aliento, ten valor.
Cárl. No yerras cuando me alientas,
Bien haces cuando me animas,
Que son prevenciones cuerdas
Para un solo, á quien afligen
Tantos males, tantas penas:
Y si el rigor de la muerte
Piensas que temo, mal piensas,
Que otro mayor me amenaza,
Otro mas grave me aqueja.
Marc. ¿Mayor?
Cárl. Cuanto es mas pesada
Que toda el agua la tierra,
El agua que todo el aire,
El aire mas que la esfera
Del fuego, tanto es mayor
La pena que me atormenta.
Belt. Vusted no entiende á mi amo;
Todo esto es pueblos en Persia,
Que es mucho peor que en Francia.
Marc. Dilo tú, porque lo entienda:
Háblame claro, Beltran.
Cárl. Cuando os dé la enhorabuena
O el parabien de las bodas,
Que vuestro gusto concierta
Con Octavio, hablaré claro.
Marc. ¡Jesus, y toda esa arenga
Gastas en cosa tan poca!
Pensé que temores eran,
De haberte Vitoria hallado.
Belt. Aquí empieza la tormenta. *ap.*
Cárl. ¿Poca cosa te parece?
¡Oh cómo el alma quisiera
Perder de vista el agravio,
Porque ni viera, ni oyera
Las escuadras de enemigos,
Que le acometen, y cercan!
Vengan los males despacio,
Que ya sé que se atropellan
Por llegar, y que es bastante
Para mirarme cualquiera;
Pero vengan todos juntos,
Que mas disculpa le queda
Al que resistiendo á muchos
Dió la vida en la pendencia.
Si amabas á Octavio, ingrata,
Si con Octavio conciertas
Tu casamiento, ¿porqué
Tiranamente halagüeña,
En tu casa me acogiste?
¡Pluguiera á Dios que la misma
Noche que á tus piés llegué,
Término á mi vida fuera!
Mas si por tomar venganza
De tus pasadas ofensas,
Lo hiciste, disculpa tienes:
¡Qué bien haces! Bien te vengas,
Pues muchas veces me matas,
Por una que me defiendas.
No fuera, no, tan cruel
Valerio, aunque la sangrienta
Espada de su venganza
Desatára de mis venas
Corrientes hilos de sangre,
Que añudó naturaleza,
No porque del cuerpo solo
Triunfára, una vida fuera
Término de sus rigores;
Pero tu aguda cautela
El filo de tus engaños,
El cuchillo de tu lengua,
No menos que el del verdugo
Lisonjeado en la venda,
Degolló el alma, y cortó
Tres vidas en tres potencias.
No agradezco tu acogida,
Pues fué como la de aquella
Fiera, que halaga con llanto,
Para matar con soberbia.
Mas piedad que á tí le debo
A Vitoria, pues en ella
Hallé una verdad de acíbar,
Contra un engaño de néctar,
Una libertad del alma,
Contra una prision perpetua.
Un desahogo del sol,
Contra una pesada niebla;
Y al fin un morir, saliendo
De una vida ya tan muerta.
Marc. Señor don Cárlos, á espacio,
No deis voces, que se altera
Mi casa, y pública haceis
Mi desdicha, y vuestra ofensa.

Cárl. Eso quiero, eso pretendo,
Eso mi valor desea;
Vive Dios que he de salir
Donde Valerio me prenda,
Y tomen de mi venganza
Los que mi muerte desean.
Marc. Por eso bien, que yo tengo
La llave de aquesta puerta,
Y no saldreis sin mi gusto.
Cárl. Daré voces, ó por fuerza
Saldré de aquí.
Marc. Cárlos, Cárlos,
(¡Ah injusta hermana!) no quieras
Malograr una piedad
Con una vitoria necia,
Un amor tan de diamante,
Con unos zelos de cera.
Pide á la satisfaccion
Un rayo que los resuelva,
Un vapor que los consuma,
Y una verdad que los venza.
Cárl. ¿Satisfaccion quieres darme?
Marc. Eso quiero que me debas,
Y pues te has desahogado,
Deja que yo me defienda,
Y advierte, que es hacer mucho
Tener dos veces paciencia,
O ya perdonando agravios,
O ya sufriendo tus quejas.
Belt. Me lleve el diablo, señor,
Sino le sobran mil leguas
De razon, y á ti te faltan;
Pues á la razon no llegas,
Ni llegarás, aunque tomes
Postas en todas las ventas.
Cárl. Ea, basta, majadero.
Belt. No tanto, que no agradezca,
Que soy de los del refran,
Cuyo testo es á la letra,
Ya que no hay miel en la orza,
En la boca es bien tenella.
Marc. ¿Qué importa que don Octavio
Mi casamiento pretenda?
¿Y que tenga con mi hermano
Su voluntad muchas prendas,
Si en mí no tiene ningunas?
¿Por dicha, soy yo de aquellas
Que rinden la voluntad
Al matrimonio por fuerza?
¿O de las que amantes fingen,
Engañan y lisonjean?
Si no te tuviera amor,
Si aficion no te tuviera,
¿Porqué habia yo de fingir
Con tu amistad finezas?
¿Que te debe mi albedrío?
¿Qué has hecho por mí, que pueda
Obligarme eternamente?
¿Derramar mi sangre es deuda?
¿La ofensa es obligacion?
¿La enemistad lisonjea?
¿Pues porque habia de fingir
Amor, si no te quisiera?
Ea, que estás muy cansado;
Vete luego, abre la puerta,
Toma esa llave, y no pares
En mi casa, que así llega
A lograr piedades tantas,
Quien de enemigos se prenda.
(*Arroja la llave.*)
Cárl. ¿Luego no es con gusto tuyo?
Marc. ¿Cuando con mi gusto fuera,
Me habias tú de merecer
Un pensamiento siquiera?
Belt. ¿Estamos buenos ahora?
Marc. ¿No te vas? ¿porqué lo dejas?
Ya tienes llave, que yo
Hasta darte esta respuesta
Te detuve, pero ya
No temas que te detenga.
Cárl. Yo me iré, que por lo menos
La muerte es línea postrera
De los males, y en efecto
Saldré de todos con ella.
Marc. Vete, que á mí no me importa
Que mueras, ó que no mueras.
Cárl. Ni á mí me importa el vivir.
Belt. Pues no es chanza de comedia
El salir, que vive Dios,
Que está el demonio á la puerta,
Y si á tí el morir te agrada,
A mí el pensarlo me enferma.
Teod. Detenle, señora mia.
Marc. ¿Yo, Teodora?
Belt. Acaba, llega,
Y desenójala.
Cárl. ¿Yo?
Belt. Tú, pues, que esta polvareda
Has levantado sin causa.
Cárl. Déjame, Beltran.
Marc. ¡Qué necia
Estás, Teodora!
Belt. Ahora bien,
Teodora arrempuja, y sea
Al mismo tiempo que yo.
(*Arrempuja á su amo.*)
Cárl. No es menester tanta fuerza,
Para volverme, Beltran.
Belt. Pues cuerpo de Dios, no tenga
Quien ha de volver humilde,
Tantos humos, y soberbia.
Teod. Señora, ya se han quedado.

Marc. ¡Ay amor, cuanto me cuestas! *ap.*
Belt. Ya, señora, no nos vamos.
Marc. Haga lo que le parezca,
Beltran, el señor don Cárlos.
Teod. ¿Ea, aguardais á que vengan
Los enemigos de casa?
Marc. Sabe Dios cuanto me pesa
De volver á su amistad.
Cárl. Y á mí de que causa sea
De este disgusto, bien mio.
Marc. ¿De veras?
Cárl. Y muy de veras.
Belt. De veras para ahora es,
Y aun plegue á Dios que nos crean
Un voto á Cristo redondo.
Marc. Amor, sin él se contenta.
¿Volveréis á iros de casa?
Cárl. No, como Octavio no venga.
Marc. Necio temor.
Cárl. Es de amor.
Marc. ¿Amor teme?
Cárl. Se recela.
Marc. ¿Y á vos quién os asegura?
Cárl. El mismo amor.
Marc. ¿Con qué señas?
Cárl. Con las que vos me habeis dado.
Marc. ¿Cuáles son?
Cárl. ¿No se os acuerda?
Pues yo no olvidaré...
Marc. ¿Qué?
Cárl. Las muñecas de Marcela.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Sala.

DON CARLOS solo.

Tan dormido está Beltran,
Que no puedo despertarle,
Ni me atrevo por no darle
Voces, justamente dan
Al sueño (aunque nos convida
Al descanso, y al reposo)
Nombre de ladron famoso,
Que es la mitad de la vida.
¡Nos hurta, cautela astraña!
Pues en lo que tanto importa,
Cuando la vida es tan corta,
En la mitad nos engaña.
Y siempre que en esto toco,
He venido á resolverme,
Que el hombre que mucho duerme,
Estima la vida en poco.
Él se duerme en las prisiones
De menor naturaleza,
Que es pension de la nobleza,
Nacer con obligaciones.
Belt. (*dent.*). Arma, arma á la muralla.
Cárl. Soñando está todavía,
El peligro que tenia
De llamarle, en él se halla.
¿Beltran, Beltran, qué es aquesto?
¿Te olvidas de dónde estás?

ESCENA II.

DON CARLOS, y BELTRAN que sale limpiandose los ojos.

Belt. ¿Quién me llama?
Cárl. ¿Voces das?
Belt. Perdí el honor, perdí el puesto:
No me dejarás, señor,
Que á mal tiempo me llamaste,
Vive Dios que me quitaste
El ser hombre de valor.
Cárl. ¿Que haya sueño tan cruel?
¿Pienso que aun dormido estás?
Belt. Por un instante no mas,
Que me dejes gano á Argel.
Cárl. ¿Que siempre ha de hablar locuras?
¿Siempre has de estar de un humor?
¿O de loco, ó de hablador,
Durmiendo aun no te aseguras?
Belt. Cené bien, bebí, llegó
De paz el sueño, y si agora
Todos duermen en Zamora,
¿No es mucho que duerma yo?
Cárl. ¿Dando voces?
Belt. Ya conoces
Mi humor.
Cárl. Fuerte inclinacion.
Belt. ¿Qué sabes tú la razon
Que tuve para dar voces?
Cárl. ¿Qué razon?
Belt. Cuando conviene,
Muy puesto en razon está,
Y cada uno voces da
Conforme la razon tiene.
Soñé que era capitan,
Y que con campo formado
Argel estaba cercado,
Y que yo como un Roldan,
Señalándome entre todos,
A la muralla embestia,
Y á mis soldados decia:
Ea, castellanos godos,

La sangre de vuestras venas,
En esto es justo se gaste;
Y cuando me despertaste,
Estaba ya en las almenas.
Vive Dios que es tu rigor
Tal, que á decirte me atrevo,
Que aun soñada no te debo
Una amistad, ni un favor.
Desperté, y aunque me advierto
Tan lacayo como ayer,
Presumo que puede ser
Algun dia el sueño cierto.
Presagios son no pequeños,
Y de menos me hizo Dios,
Que aquí (para entre los dos)
Soy noble.
Cárl. No creas en sueños,
Beltran.
Belt. Mucho hay que decir
Sobre el caso.
Cárl. Y disparate
Cuando se diga y se trate.
Belt. Un cuento solo has de oir:
Dijo un gran predicador
Al pueblo que le atendia,
Que quien en sueños creia,
Cometia grave error,
Como el que de Dios se aleja;
Mas luego volvió á decir:
Pero quiéroos advertir,
Que cuando una buena vieja
De estas que todo lo gozan,
Es (sin que nada le aflija)
Alcabueta de su hija,
Y sueña que la encorozan,
Crea en sueños: yo lo digo,
Que porque mas no le ofenda,
Le propone Dios la enmienda
En el soñado castigo.
Cárl. ¿Pues bien, y qué sacas de esto?
Belt. Un argumento forzoso,
Que cuando el sueño es piadoso,
Temerle no es grande esceso.
Pues en tales ocasiones,
Si se atiende á la razon,
Dejan de ser sueño, y son
Divinas revelaciones.
Y á mas de uno que me entiende,
Le pienso yo aconsejar,
Si esto llegáre á soñar,
Que crea el sueño, y se enmiende.
Cárl. Aun no has aplicado el cuento.
Belt. No es tarde, aplícole agora:
Soñar yo, estando en Zamora
Recogido en mi aposento,
Que España conquista á Argel,
¿No es sueño puesto en razon?
¿Puede ser revelacion?
Cárl. Sí.
Belt. Pues aun no creo en él.
Cárl. Haces bien, muda de acuerdo,
Y no consideres mas
Del riesgo en que estoy y estás,
Duerme menos y mas cuerdo.
Y apercíbete á salir
Conmigo, que asegurado
Con nuestra muerte fingida
Valerio, sin riesgo salgo.
La llave maestra tengo,
Que en el zeloso fracaso
De esta tarde, la olvidó
Marcela (¡todo es milagros!)
Cerró la puerta Teodora,
Con la suya, y olvidando
La principal, que yo tengo,
Mi salida ocasionaron.
Agora está todo quieto,
Saldrémos, sabré el estado
De mis cosas de algun deudo,
Y en qué convento se ha entrado
Mi hermana, que lo deseo,
Y sin dar cuenta del caso,
A Marcela volverémos.
Belt. Ahora digo que he soñado
Más de lo que yo pensé.
Cárl, ¿Cómo así?
Belt. ¿Pues el asalto
De Argel fué tan peligroso?
¿Los chuzos, y los balazos,
Las bombas arrojadizas
Al repetir Santiago,
Tienen que ver con el soplo
De un corchete zurdo, y zambo?
¿La vara de un alguacil?
¿La pluma de un escribano?
¿El baston de un carcelero?
¿De un corregidor el fallo?
Y en efecto, la cuchilla
En el brazo de un mulato,
Verdugo por línea recta
Desde Herodes: tú has pensado
Sin duda, que yo aborrezco
La vida; pues es engaño,
Que estoy bien quisto con ella,
Por Dios. ¿Estaba borracho
Beltran, que habia de salir
De la quietud al rebato?
¿De lo seguro á lo incierto?
¿Y de lo libre á lo esclavo?
La inmunidad de esta sala
Me valga; orza me llamo,
Muñeco soy, y he de ser,

Y he de morir abrazado
Con una muñeca de estas,
Antes que salir un paso
De la sala donde estoy.
(*Saca el estrado de las muñecas.*)
Cárl. Ea, locuras á un cabo,
Y obedece.
Belt. ¿Qué es locuras?
No demos que hacer al diablo,
Cuando escusarlo podemos:
Considera...
Cárl. ¡Qué cansado,
Y qué majadero estás!
Belt. Pues déjame si te canso;
Yo me hallo muy bien aquí,
De estas señoras me amparo,
Que no han dicho oste ni moste,
De cuanto han visto y tocado.
Cárl. Necio, luego he de volver.
Belt. Si pudieres; yo me agarro
De la barandilla, y pido
Como otros iglesia, estrado.
Cárl. No te canses, que hemos de ir.
Belt. Señor, que nos despeñamos:
Estas damas te lo piden
Con lágrimas de retazos,
Con suspiros de esportillo,
Y arañadura de trapo;
No quieras vellas vestidas,
Como otra Urraca Fernando,
Por tu muerte en vez de galas,
Mongil negro, luengo, y basto:
Mira que estás en Zamora,
Y que el viejo Arias Gonzalo
Anda celando los muros,
Y hay Bellidos cadahalsos.
Cárl. Vive el cielo, que si hubiera,
Porque lo has dificultado,
Un peligro en cada sombra,
Y una muerte en cada paso,
Que he de salir esta noche.
Belt. Ello es predicar en vano:
Señoras mias, paciencia,
Y récennos un rosario
Si oyeren clamorear,
Primero que acá volvamos,
Las campanas de Zamora
Por la muerte de don Cárlos.
Cárl. Sígueme, pues, sin ruido.
(*Vase.*)
Belt. Luego dirán que es acaso
El soñar, cuando se sueña,
Que está en Argel un cristiano.
Dios vaya conmigo, y quede
Con vustedes don Guiñapo,
Devoto de las muñecas.

¿Esperamos? ¿esperamos?
(*Fingiendo la voz.*)
Sí, mis señoras, muy presto:
Pues á Dios, sigo á mi amo.

ESCENA III.

DOÑA MARCELA, DOÑA VITORIA Y TEODORA.

Marc. Ya que el secreto has sabido,
Y ya que te ha de tocar,
No menos parte en callar,
Que de curiosa has tenido,
Entra á ver el retraido,
Porque tu piedad arguya.
¿No es galan?
Vit. Pregunta tuya:
En algo á Octavio le imita.
Marc. Mucho es que amor te permita
Ese algo, en cosa tan tuya:
Confiésote que es favor
En tí darle algo de Octavio:
Pero en él, muy grande agravio,
Y no pequeño en mi amor.
Vit. Volverme será mejor
Desde aquí: entra tú, Marcela,
Sus soledades consuela,
Que yo espantarle podré,
Y por si viene, seré
De mi hermano centinela.
Marc. No haces bien, que no es razon,
Que entienda el que asegurado
Dejaste, que has olvidado
Tu piedad por tu pasion:
Cualquiera empezada accion
Causa gloria al magisterio,
Aspira al cetro, al imperio,
Mas si empezada se olvida,
Toda la gloria adquirida,
Se convierte en vituperio.
Ya en la piedad te empeñaste,
Prosigue, Vitoria, pues,
No te arrepientas, ni des
Mal fin á lo que empezaste:
Mayor opinion ganaste
En un instante piadoso,
Que en un siglo rigoroso.
¿Cuánto es accion mas loable,
Defender al miserable,
Que ayudar al poderoso?
Vit. No me arrepiento, mas firme,
Y constante me has de hallar,
Que si empecé á perdonar
No fué para arrepentirme:
No es odio, Marcela, el irme,
Accion, sí, cuerda y prudente,

Que no quiero estar presente
De quien ya te he confesado,
Que me festejó hallado,
Si me provocaba ausente.
Cárlos viva, y Cárlos sea
Dueño de tu voluntad;
No querer verle, es piedad
Que tu aficion lisonjea,
Que no es razon que me vea,
Triste el alma, mudo el labio
Sin Cárlos, y sin Octavio,
Tú querida, yo zelosa,
Yo sin dicha, tú dichosa,
Tú al favor, y yo al agravio.

ESCENA IV.

DOÑA MARCELA Y TEODORA.

Marc. Notable muger, Teodora.
Teod. Tiene de bien entendida,
Sentir verse aborrecida,
Y no me espanto, señora.
Marc. Yo sí, porque es cosa cierta,
Que nadie disculpará,
Estando á la puerta ya,
Volverse desde la puerta.
Avisa á Cárlos, que estoy
Aquí: pero aguarda, aguarda;
Toda diligencia es tarda,
Cuando tan sedienta voy
Al remedio de mi sed.
Teod. Antes presumo, señora,
Que hay mas mal.
Marc. Habla, Teodora.
Teod. No está el pájaro en la red.
Marc. ¿Qué dices?
Teod. Que ó yo estoy ciega,
O no está en la sala Cárlos.
Marc. Mira bien.
Teod. No hay que mirar,
Desocupado está el campo,
Desierta está la campaña,
Y en ella solo han quedado
Sin tumba estos cuerpos muertos,
Y sin muerte este teatro.
Cárlos y Beltran se han ido
Entre los sueltos caballos,
A escoger uno que sea
Por los relinchos lozano,
Y por las cernejas fuerte.
Marc. ¡Ay, Teodora! no me espanto,
Que tan envidiadas dichas,
Pocas veces se lograron:
La llave que yo le dí,
Le aseguró franco el paso:
Yo tengo, la culpa, yo
Le he dado ocasion á Cárlos
Para que de mí se ausente,
Mi rigor le ha desterrado,
Lo esquivo de mi desden,
Lo desdeñoso en mi trato,
Lo pródigo en sus peligros,
La cortedad en mi amparo,
Todo le obligó, ¡ay de mí!
¡Qué bien dices, que ha quedado
Desierta, no la campaña,
Mi esperanza, y tan en blanco,
Que ya lo es de cuantos tiros
Fleche la fortuna al arco!
Vengan males, vengan penas,
Tenga consuelo en mi llanto
Vitoria, Valerio sepa
Mi traicion, y sus engaños:
Vénguense todos en mí,
Que pues el bien me ha faltado,
Por no saber conocerle,
Ni le busco, ni le aguardo.
¿Mas como es posible ¡ay cielos!
Que Cárlos haya trocado
Mi piedad tan bien nacida,
A un término tan bastardo?
¿Tan poco vale un peligro?
¿Tan mucho cuesta un agrado?
¿Tan sin valor es un alma?
¿Tan cortos son mis halagos?
¿Tan civiles mis finezas?
No le librarán de ingrato
Cuantas disculpas prevenga
Lo discursivo y lo sabio.
Permítase á mi razon,
Que le llame aleve y falso,
Que de inconstante le acuse,
Que le note de liviano,
Pues se negó al beneficio,
Cuando él mas obligado
Se desconoció al favor:
Cuando le mostré mas claro;
Y al fin se mintió cortes,
Y se declaró villano.
¡Qué delito para un hombre!
¡Qué afrenta para un honrado!
¡Qué desaire para un noble!
¡Y qué dolor para un mármol!
¿Mas porqué, cielos, le culpo?
Vuelvo á decir que me engaño:
El amor, no la razon
Fulmine, y escriba el cargo:
Temió á Vitoria, temió
La indignacion de mi hermano,
La noticia de Valerio,
El hacer mayor su agravio:
Yo sola la culpa tengo;

No es culpado, no es culpado,
Que vale mucho su vida,
Y andaba en precio muy bajo.
Teod. Señora...
Marc. No me consueles.
Teod. Las señas se le olvidaron
Que en las muñecas te dió
De seguro; no me espanto,
Que fueron señas sin alma.
Marc. De todo me ofendo y canso:
Arroja al fuego esos bultos,
Ya las burlas se acabaron,
Que cuando empiezan las veras,
No dejan lugar ni espacio
A entretenidas niñeces,
Y ya de zelos me abraso,
De pensar que le asistieron:
Y mas que yo le gozaron.
Acábense de una vez,
Consuman zelosos rayos
Las muñecas de Marcela,
Falte todo, pues yo falto.
Teod. Señora, no te apasiones.
Marc. ¡Ay Teodora, y cuan en vano
Solicitas mi quietud,
Cuando al fuego me consagro!
¿No ves que perdí mi bien?
¿No ves que faltó á mis brazos
Una posesion dichosa,
Y una envidia á los estraños?
¿Y no ves que un bien perdido,
Se llora, y siente doblado,
Porque se gozó de priesa,
Y se conoció despacio?
Déjame llorar, y deja
Que haciendo alarde, y contando
Los peligros de su vida,
El poder de sus contrarios,
El bien que pierdo en perderle,
El pesar que sin él gano,
Las venganzas de Vitoria,
Las pretensiones de Octavio,
Lo incierto de mis venturas,
Y lo cierto de mis daños,
Pida lágrimas al cielo,
Que es corto el mar de mi llanto.
Teod. ¿Esto es fiar de los hombres?
¿Este es su quedo? Mal año
Para quien no se la pega
De antuvion, con el gatazo
De zaino, con el desprecio
De falso, con pesos falsos.

ESCENA V.

Decoracion de calle.

DON OCTAVIO, DE NOCHE.

De tan estraño suceso,
Con justa causa admirado,
Llego buscando á don Luis
Hasta su casa, dudando,
Por no causar alboroto
Con la novedad del caso,
Si llamaré ó no á la puerta.
¡Válgame Dios, que de pasos
Da la ignorancia, sin ver
El peligro en cada paso!
Yo mismo dudando estoy
Lo que toqué con las manos.

ESCENA VI.

DON OCTAVIO, DON CARLOS
Y BELTRAN EMBOZADOS.

Cárl. La oscuridad de la noche
Nos ofrece mudo aplauso.
¿Saliste ya?
Belt. Sí señor.
Cárl. Pues vuelvo á dejar cerrado
El postigo.
(*Hace como que cierra la llave.*)
Belt. Mas valiera
Tener cerrados los cascos.
Oct. La puerta abrieron, y un hombre *ap.*
Salió. ¿Si es don Luis, qué aguardo?
Él es sin duda. ¿Es don Luis?
Cárl. Apenas el primer paso *ap.*
Doy, cuando encuentro un peligro.
Belt. Y está muy bien empleado,
Pues que tú á buscarle sales.
Cárl. ¿Quién le busca?
Oct. Don Octavio,
Vuestro amigo.
Cárl. ¡Ay tal desdicha! *ap.*
¡Qué me estuviese esperando
Un rebato de mis zelos!
Belt. No tiene culpa el rebato.
Cárl. ¿Pues quién la tiene?
Belt. La P...
Que me parió.
Cárl. ¡Caso estraño!
Oct. A buena ocasion salisteis.
Cárl. Así tenga el sueño el diablo, *ap.*
Como la ocasion ha sido.
Oct. Y yo mejor, si en entrambos
Juzgais las obligaciones;
Pues á una parte dejando

Las que de amigo me corren,
Las de pariente y hermano,
Me empiezan á ejecutar
Aun antes que llegue el plazo.
Cárl. Nunca llegue: plega á Dios *ap.*
Falte tu vida al contrato.
Belt. ¿Cuánto diera vuesarced
Por estar ahora hablando
Con dos pares de muñecas,
Y no con este barbado?
Oct. Sabed, don Luis, que esta noche,
Con secreto me llamaron
Del convento, donde está
La hermosa hermana de Cárlos.
Cárl. ¡Cielos, qué escucho! *ap.*
Belt. Ahora empieza;
Déjele vusté ir hablando,
Que aun falta mucho.
Oct. Y si bien
Yo estaba seguro y salvo
Que vos la amábades, fuí
Con gusto por verla.
Belt. Andallo.
Oct. Y por no faltar tambien
Al término cortesano,
A la prevencion atento,
Sino advertido al recato,
Ví que la puerta reglar
Se abria, llegué admirado,
Previneme cauteloso,
Miré atento, y oí cauto.
Una anciana religiosa
Se llegó á mí, y reparando
En quien oirla pudiera,
Me dijo: señor Octavio,
Amigo sois de don Luis,
Y aun pienso ya que cuñado,
Pues caballero naciste,
Y mas por esto obligado
A la piedad, amparad
Este secreto, y guardadlo
Para decirlo á don Luis;
Que aunque en efecto contrario,
Por la muerte que sabeis,
De Feliciana y de Cárlos,
No llega el odio á las puertas
Del amor, ni en los hidalgos
Pechos cupieron venganzas
De inocentes y culpados,
Antes por no errar en ellas
Con aquellos, perdonaron
A estos, siendo en la duda
Libre por el bueno, el malo.
Decidle que Feliciana,
Por la sangre que su hermano
Derramó suya, le envia
Otra tanta en su retrato,
Que se acuerde de quién es,
Primero que de su agravio,
Y se hallará vencedor,
Si se venga perdonando.
Fuése con esto, y dejóme
Un infante, bello parto
De la hermosa Feliciana,
Quedando yo lastimado,
Si bien absorto y confuso,
Con la novedad del caso.
Salí de allí diligente,
Partí, don Luis, á buscaros,
Llegué aquí, escusé el llamar;
Mas permitió el cielo santo
Que saliésedes á tiempo
Que el escándalo escusamos
De vuestra casa, aquí estoy,
Tarde es ya, las doce han dado;
Mas ved lo que habeis de hacer,
Que espuesto á todo me hallo,
Y ofreciéndome de nuevo
A serviros, y ayudaros.
Belt. Vive Dios que nos han dicho
Sin habello preguntado
Mas que quisimos saber.
Cárl. ¿A qué corazon de mármol
Llegaron tantas desdichas
Que no le hicieron pedazos?
Belt. Quien es goloso de nuevas
De nada reciba espanto;
No hay sino andar, que á la vuelta
De esta esquina está esperando
Otra gaceta peor.
Cárl. Fortuna, bien te has vengado: *ap.*
¡Hay honra puesta en muger,
Como eres vidrio en la mano
De torpe niño, que cae,
O tropieza á cada paso!
¿Qué haré, cielos? Si descubro
Quien soy, me pierdo; y si callo,
Soy encubridor aleve
De mi ofensa y de mi agravio:
Pero ya el daño está hecho,
Y de los dos, menor daño
Es encubrirme, y fingir
Que soy don Luis, aunque paso
A otro peligro mayor;
Pues de nuevo me embarazo,
Si vuelvo al lugar que dejo
Con la criatura en los brazos.
Si me resuelvo á llevarla
A otra parte, no me escapo
De que Octavio me acompañe,
Y sepa quien soy Octavio:
Pues si digo que no soy

Don Luis, á Marcela infamo,
Porque este me vió salir,
Y cerrar la puerta... ¡Oh cuántos
Males encadena un mal!
¡Ah vil hermana en qué paso
Mi vida y mi honor has puesto!
Belt. ¿Has menester un letrado
Para tomar un consejo?
Oct. Don Luis, si enojo os he dado
Con esto, no os enojeis,
Que para los arduos casos
Son los hombres de valor;
Pues cuando en vos pueda tanto
La enemistad y la ofensa,
Siendo contrario tan flaco,
No hay que recibir disgusto,
Pues no es difícil echallo
A la puerta de una iglesia.
Cárl. Esto es peor. Don Octavio,
Yo agradezco la fineza,
Pero no tan inhumano
Me hizo el cielo, que desprecie
Mi sangre; dadme el muchacho,
Y quedad con Dios, que yo
Vuelvo á cuidar su regalo.
Oct. Aquí en un zaguan le tiene,
Por mas recato, un criado.
Cárl. Ve por él, Beltran.
Belt. Yo voy,
Refiriendo aquel adagio,
(*Entrase Beltran, y vuelve á salir con un bulto encubierto.*)
Quien con muchachos se acuesta.
Cárl. Pues debo á Marcela tanto, *ap.*
Pondré á cuenta de mi vida
Este pesar, y este agravio.

ESCENA VII.

DON OCTAVIO.

Fuése don Luis, y cerró
La puerta; se va enojado,
Que parece que me deja
Con algun desaire, cuando
Le sirvo, y de nuevo ofrezco
Mi cuidado á sus cuidados.
Irse, y dejarme en la calle,
No es término cortesano;
Mas no me espanto, el suceso
Le cogió de sobresalto,
Y no le dió mas lugar
A lo cortes, ni á lo urbano.
Ahora llego á entender
La causa porque he hallado
Siempre á don Luis con tibieza
En los castigos de Cárlos,
Siempre la he visto piadoso,
Nunca se mostraba airado.
Mas no admiro que haya sido
Con amor remiso y tardo,
Ni admiraré que sea ahora,
Con el parentesco, humano.

ESCENA VIII.

DON OCTAVIO, DON LUIS, UN CRIADO CON UNA HACHA ENCENDIDA DELANTE.

Luis. Ya debe de ser muy tarde;
Pero no importa, abre, Fabio,
Que hay mucho que prevenir.
(*Dale una llave.*)
Oct. ¿Qué es esto que estoy mirando?
¿No es don Luis? ¡Válgame el cielo!
En un punto me asaltaron
Desdichas, temores, yerros,
Afrentas, dudas y engaños.
¿Señor don Luis, á estas horas?
Luis. ¿Quién es?
Oct. Yo soy.
Luis. ¿Don Octavio,
Pues qué haces aquí?
Oct. Serviros.
Luis. Ya entiendo, y es escusado
Andar celando mis puertas.
Oct. Si esto entendeis engañaisos,
Que las venero y respeto:
Negocio vuestro me ha dado
Ocasion de estar aquí.
Luis. ¿Mio?
Oct. Vuestro, y muy pesado.
Hombre en casa de don Luis, *ap.*
Que sale con llave, cuando
Él está fuera, ¡ay honor!
Poco os estimo si callo.
Luis. ¿Qué negocio es ese? hablad;
Mirad que estoy esperando,
Y tengo priesa.
Oct. ¿De dónde
Venis?
Luis. Vengo lastimado
De la muerte de Valerio.
Oct. ¿Murió?
Luis. Penas le mataron,
Y un repentino accidente.
Oct. Háyale Dios perdonado.
¿Teneis en casa algun huésped?
Luis. ¿Huésped? No.
Oct. ¿Y algun criado
Tiene llave de la puerta?
Luis. No hay mas criado que Fabio,
Que es el que veis.
Oct. Mirad bien.

Luis. Ya miro que estais cansado,
Y yo muerto, vive Dios;
Acabad.
Oct. Don Luis, despacio;
Creed que no sin misterio
Tantas preguntas os hago:
¿Conoceis á Feliciana?
Luis. Sí conozco.
Oct. ¿Habeisla hablado
Despues que está en el convento?
Luis. Con menos dicha me hallo.
Oct. ¿Y antes?
Luis. Gocé sus favores.
Oct. Pues ahora, entrad buscando
Un hijo, que en vuestra casa
Teneis suyo.
Luis. ¿Cómo, ó cuándo?
Oct. Como, porque yo os le truje,
Cuando, ahora que le he dado
A un hombre, que dijo aquí
Que érades vos, y embozado
Abrió la puerta y se entró,
Y volvió á cerrar.
Luis. Soñando
Parece que estais.
Oct. No es sueño,
Señor don Luis; cuanto os hablo
Es infalible verdad.
Luis. Pues amigo, á tiempo estamos
De saberlo todo; entrad,
Sereis testigo y notario
De mi venganza, si es cierto,
Sino lo es, de vuestro engaño.
Oct. No lo escuso, por salir
Del empeño en que me hallo,
Del cuidado en que os he puesto,
Y de la duda de entrambos.

ESCENA IX.

Sala en casa de don Luis.

DOÑA MARCELA, DOÑA VITORIA Y TEODORA.

Vit. ¿Qué eso pasa?
Marc. Ya estarás
Contenta; fuése en efeto.
Vit. Si quiere bien, y es discreto,
No importa, tú le traerás,
Y en esto conocerás
Su amor fiel, su fe constante;
Que hasta volver, cada instante
Siglos dilatados cuenta;
El que zeloso se ausenta,
Y el que se retira amante.
Si él quiere bien, él será
Quien te vengue, y se castigue:
Deja tu que amor le obligue,
Que obligado él volverá,
No hay enojo en quien está
Prendado, y de veras ama,
Que no le acabe la llama
De su pasion amorosa:
Hasta volver no reposa,
Él se busca, y él se llama.
Marc. Vitoria, quien esto alcanza,
Libre juzga, y habla á tiento;
Préstame tu sufrimiento,
Y te daré mi esperanza:
No pesa en igual balanza
Amor, mi pena, y tu pena;
Tú juzgas en causa agena,
Sin pena, y sin turbacion,
Y á mí mi propia pasion
Me turba, ciega y condena.
Dame tú que en la memoria,
El corazon que lo siente,
Se desahogue, y se aliente,
Que yo venceré, Vitoria:
Mas no alcanzaré esta gloria,
Si en el dolor palpitante
Muere ausente, y vive amante;
Que si el sufrir es vivir,
Mal puede un siglo sufrir
El que no vive un instante.
Yo sé quien la causa ha sido.
Vit. Querrás decir que yo soy.
Marc. Quien está como yo estoy,
A todos culpa atrevido:
¿No has visto en el que ha perdido
Una prenda de valor,
Que el sentimiento y dolor,
Tanto le aflige y estrecha,
Que sobre todos sospecha,
Sin perdonar al mejor,
Y dice, cuando se ofrece
La duda en tantos culpados,
Todos son hombres honrados,
Mas mi capa no parece?
Pues lo mismo me acontece;
Perdí á Cárlos, en mi pecho
Le tuve con lazo estrecho,
Quién le sacó no he sabido,
Soy quien la prenda ha perdido,
Y sobre todos sospecho.
Vit. Pues haces mal en pensar.
Marc. Vitoria, no me aconsejes.
Vit. Siento que de mí te quejes.
Marc. Pues yo me quiero quejar;
Que nadie me ha de quitar,
Oféndase quien se ofenda,
Que me queje y que pretenda
Que por mil diversos modos,

O sufran y callen todos,
O que parezca la prenda.
Vit. Pues díselo al pregonero,
Quizá habrá quien de ella diga.
Marc. Para llamarte enemiga,
Sola esa razon espero.
Vit. ¡Oh qué amor tan hazañero!
Marc. ¡Oh qué hermana tan piadosa!
Vit. Siempre yo fuí rigurosa.
Marc. Siempre, á lo menos muy dama,
De un mal, que envidia se llama,
Te he contemplado achacosa;
Y como dices de mí
Que es muy grande dameria
Dar un dia, y otro dia
A las muñecas, así
Pudieras pensar de tí,
Que en tu envidia declarada,
Achacosa, y opilada,
No es damería menor
Tener quebrado el color,
Y la voluntad quebrada.
Teod. Hablad mas paso, que viene
Don Luis mi señor.
Marc. Teodora,
Ese recato hasta ahora
Tuvo ser; ya no le tiene,
No hay en el mundo quien llene,
Nuestros deseos; aquel
Que ocasiona mas cruel
Peligro, asombro y cuidado
Nos turba; pero acabado,
Nos hallamos mal sin él.
Aquel temor que tuvimos
Del peligro y de la afrenta,
Aquel mira, no se sienta,
Si bajamos, ó subimos,
Ya, Teodora, le perdimos:
Pero estaba tan hallado
En mi pecho ese cuidado,
Que me ha confesado amor,
Que se hallaba en él mejor,
Porque fué tiempo pasado.

ESCENA X.

DICHAS, DON LUIS, DON OCTAVIO Y EL CRIADO.

Vit. Hermano.
Luis. ¿Tan á deshora
Estais en pié? ¿qué es aquesto?
Marc. Inquietónos tu tardanza,
Y hasta saber el suceso
No quisimos acostarnos.
Luis. Ya tiene Dios á Valerio:
Acabáronle sus penas.
Vit. Valgame el cielo, ¡tan presto!
Luis. Vitoria, para morir
No es menester mucho tiempo;
Despojad estas paredes
Del cortesano ornamento,
Que quiero sentir su muerte,
Pues soy su sangre, y le heredo.
No quede tapiz ninguno.
Marc. Mañana podrás hacerlo,
Recógete ahora y descansa.
Luis. No lo he de hacer, sino luego:
Abrid esa sala.
Marc. Aquí
No hay tapiz ni repostero,
Que descolgar.
Luis. Quiero verla.
Marc. ¿Ya no sabes que aquí tengo
Mis muñecas? ¿Qué hay que ver?
Luis. ¿Si venimos solo á esto
Octavio y yo, qué porfias?
Oct. La resistencia no aprueba. *ap.*
Marc. ¡Válgame Dios, si ha sabido *ap.*
De Cárlos! A peor tiempo
Pudiera buscarle: ya,
De que no esté aquí, me alegro.
Vit. ¡Qué venturosa es Marcela! *ap.*
A buena ocasion se fueron
Los dos.
Luis. Abre, ó vive Dios
Que eche la puerta en el suelo.
Marc. No es menester; da la llave,
Teodora. ¡Gracias al cielo *ap.*
Que está la sala tan sola
Como yo!

ESCENA XI.

DICHOS, DON CARLOS CON LA ESPADA DESNUDA Y BELTRAN CON EL NIÑO EN LOS BRAZOS.

Cárl. Y yo tan resuelto
A morir, como á tomar
Venganza.
Marc. ¡Cielos, qué es esto!
Luis. ¡Qué es lo que mis ojos miran!
Oct. Viendo estoy lo que no creo.
Cárl. Yo soy don Cárlos Colona,
Y este, don Luis, hijo vuestro,
Feliciana, hermana mia,
Vos noble, y yo caballero,
Vuestra esposa es Feliciana,
Marcela mi hermoso dueño;
Si á ella le debo la vida,
Vos el honor que no tengo
Me debeis; si vuestro primo
Halló la muerte en mi acero,

Dió ocasion en sus palabras,
Para dejarle sangriento.
Si cuando por los tejados,
Yo y Beltran fuimos huyendo;
Dijo alguno que caimos,
Engañóse, que subiendo
A los brazos de Marcela,
Nos acercamos al cielo.
En vuestra casa he hallado
Vida y amparo; no niego,
Obligaciones que escribo
En mármol y bronce eterno:
Ya sé que sois, por la muerte
De Valerio, único dueño
De su causa, que á vos mismo
Lo escuché desde aquí dentro.
Las deudas están partidas;
Agravios de sangre el deudo
Los cura; no hay medicina
Mas noble que el parentesco.
De casa salí esta noche,
Pero volvíme tan presto,
Porque me arrojó la voz
De Octavio, y volví á mi centro.
Dióme engañado esta prenda;
Él podrá deciros luego
Lo mismo que á mí me dijo,
Que yo, don Luis, no me atrevo,
Por no renovar pesares;
Solo os digo, y solo os ruego,
No que perdoneis mi vida,
Que ni la busco, ni quiero:
Mas el honor de una hermana,
Y esta inocencia os presento,
Por satisfacion piadosa
Del agravio de Valerio.

Luis. Cárlos, Marcela, Vitoria, Octavio, en tales sucesos,
Ni á la pasion, ni á la ira,
Les deja lugar el cielo.
Él su piedad nos enseña,
Y él, sin duda, lo ha dispuesto
Para mas quietud de todos:
A Feliciana confieso
Mi obligacion, y á vos, Cárlos
Mas lástima, que deseos
De ensangrantadas venganzas.

Oct. ¿Estas las muñecas fueron
De la señora Marcela?

Belt. Sí señor, y los muñecos
Del señor don Luis tambien.

Luis. Cárlos, dad la mano luego
A Marcela.

Cárl. Doila el alma.

Marc. Yo el alma, y la mano ofrezco.

Luis. Aquesto supuesto, Octavio,
Que os hago lisonja pienso
Ofreciéndoos á Vitoria.

Oct. Yo lo acepto.

Vit. Y yo lo acepto.

Marc. Logró amor mis esperanzas.

Vit. Cumplió el cielo mis deseos.

Luis. Mañana, despues de hacer
El entierro de Valerio,
Para casarme, saldrá
Feliciana del convento.

Belt. Teodora, todos se casan;
Ya me entiendes.

Teod. Ya te entiendo;
Tuya soy.

Cárl. Pues tengan fin,
Despues de los casamientos,
Las muñecas de Marcela,
En el perdon de sus yerros.

DON DIEGO Y DON JOSÉ DE FIGUEROA.

POBREZA, AMOR Y FORTUNA.

Los hermanos Figueroa, como los modernos *vaudevillistes* franceses, trabajaban juntos á destajo, y tomando un pensamiento de este, una escena del otro, un personage del de mas allá, enjaretaban una comedia en quitame allá esas pajas. Este cómodo medio de trabajar á medias hubo de estar muy en boga á mediados del siglo XVII, á juzgar por el gran número de comedias *de dos ingenios* que se hallan en nuestro repertorio, y que á decir verdad no siempre son de las peores, por la sencilla razon de que así como mas ven cuatro ojos que dos, mas roban dos poetas que uno. Todas esas comedias de dos ingenios no son por lo comun mas que retazos de otras comedias zurcidos á la ligera con mas ó menos artificio, lo mismo entre los franceses modernos que entre los españoles antiguos; y aun cuando esas asociaciones que en el dia llegan á contar hasta cuatro miembros, presentan frutos de su propia cosecha, suelen estos ser tales que involuntariamente se viene á la memoria, al verlos, la ingeniosa fábula de Iriarte de los *cuatro lisiados*.

Justo será sin embargo hacer una escepcion en favor de los hermanos Figueroa, con tanto mas motivo cuanto no siempre trabajaron estos en compañía, y cada uno por su lado probó que era capaz de hacer él solo una comedia. *La ilustre Fregona*, por ejemplo es de uno de ellos solo. Aun en las que elaboraron á la par, como la que insertamos á continuacion, se hallan bellezas muy notables, y salvo algunos conceptos alambicados y tal cual reminiscencia, puede presentarse como una de las buenas de nuestro antiguo teatro. Su objeto es altamente moral; don Diego, que en todo el curso de la accion manifiesta los mas nobles sentimientos, recibe al fin el premio digno de su virtud, al paso que el altanero y desnaturalizado don Enrique es castigado como merece. Los caractéres están muy bien sostenidos, y el estilo, correcto y urbano, abunda en sales cómicas. Catarro es uno de los mejores graciosos que presenta nuestro antiguo teatro, tan rico y variado en esta clase de personages. Es de un efecto escelente la escena en que Catarro vuelve contra Octavio las sequedades que este prodiga á don Diego al principio de la comedia:

Octavio. Pobre estoy, si usted se emplea
En el servicio de Dios
Socórrame.
Catarro. ¿A quién, á vos?
Octavio. Sí, amigo.
Catarro. Dios le provea.
Octavio. Mis necesidades grandes
Le provoquen á dolor.
Catarro. Don Enrique mi señor
Quisiera veros en Flándes.
. . . . . .
Octavio. De hambre me estoy muriendo.
Catarro. Si es esa su enfermedad
Con mucha facilidad
Sanará.
Octavio. ¿Cómo?
Catarro. Comiendo.

Esto y todo lo que sigue es tan bueno que parece de Calderon.

Otros muchos trozos pudiéramos citar de esta comedia en que campea un mérito de primer órden. Creemos que nuestros lectores la leerán con sumo gusto.

PERSONAS.

DON DIEGO, } galanes.
DON ENRIQUE, }
DON RODRIGO.
DON LUIS.
LEONARDA, dama.
DOÑA CLARA, su prima.
INES, criada.
CATARRO, gracioso.
OCTAVIO, mayordomo.
CUATRO VALIENTES.

*****

JORNADA I.

SALE DON DIEGO POBREMENTE VESTIDO, Y CATARRO SIGUIENDO A LEONARDA, Y A INES, QUE SALEN TAPADAS.

Leon. Tápate, Ines, que no quiero
Que nos conozcan aquí:
Vienen siguiéndonos?
Ines. Sí.
Leon. Pues aguarda: caballero,
Ya eso es pasar á grosero.
Yo os pido, por vida mia,
Dejeis la necia porfía
Que en seguirme habeis mostrado:
No pongais por un cuidado
A riesgo la cortesía.
De aquí no habeis de pasar,
Sino advertido entender,
Que os lo ruega una muger,
Que os lo pudiera mandar;
Si el seguirme y porfiar
Tenerme por otra ha sido,
Andais muy inadvertido
En poner en tanta calma
Las evidencias de un alma.
Al engaño de un sentido.
Diego. Corto mi discurso fuera,
Necio fuera mi cuidado,
Si en vos no hubiera admirado
Errante la primavera:
Vuestra vista lisonjera
En mas que la vida aprecio;
Y aunque peligre al desprecio
De mi amor el interes,
Dejadme ser descortes,
A trueque de no ser necio.
Veinte auroras ha que os veo
En este prado gentil
Dar liciones al abril,
É incendios á mi deseo:
Enigma de amor os creo
A costa de mi pasion;
Cese vuestra indignacion,
Que yo en tan gustosa calma
Ya se lo he reñido al alma,
Templad vos el corazon.
Corred el velo, señora,
Dareis al campo alegría,
Mirad, que se eclipsa el dia,
Como se esconde el aurora:
El dia y noche se ignora,
Y pueden dar sus querellas,
El sin esas luces bellas,
Y ella con justos enojos
Dirá, que sin vuestros ojos,
¿Cómo puede haber estrellas?
Leon. Es muy bueno, y ya recelo
Que enamorado venis,
Y esto mismo les decis
A cuantas hallais al vuelo:
¿Habeis dejado en el cielo
Luna, sol, estrella errante,
A quien no hagais semejante
Cualquier tapada muger?
Un cielo debo de ser,
No paseis mas adelante:
Y en seguirme porfiado
No deis, porque soy muger,
Que acaso puedo tener
Algun decente cuidado,
Y no os quiero aventurado
A vos, que hablais maravillas,
Y aunque solo por no oillas,
Que os deje perdonaréis,
Que temo me compareis
Con el notre y las cabrillas.
Diego. ¿Porqué con rigor igual
Tanto os encubris, señora?
Leon. Porque si me veis ahora
Os pareceré muy mal;
Tengo un poco artificial
La hermosura, y el espejo
Me hace falta, y así dejo
De mostrarme, confiada
De que os agrade pintada
Algo mejor, que en bosquejo.
Diego. Grosero el pincel, y ingrato,
Poca gloria se asegura.
Leon. Mirad cuál es mi hermosura,
Pues se vale de un retrato.
Diego. Ya de obedeceros trato
Leon. Es haceros mucho gusto,
Porque os escuso de un susto.
Diego. Obligaisme á que no os crea.
Leon. ¿Pues ver una muger fea,
Puede haber mayor disgusto?
Diego. Discreta sois, pero avara
En dejaros conocer.
Leon. En eso echaréis de ver
Lo mal que me va de cara.
Diego. Tal cual sois, os admirára,
Si libre mi amor os viera.
Leon. Y si yo una muger fuera
Tan grande...
Diego No lo digais,
Si como sol me abrasais,
Claro está, que sois de esfera.
Leon. De un imposible favor
Nunca vive la esperanza.

Diego. Sí, mas la desconfianza
Hace apacible el rigor.
Leon. ¡No te despeñes, amor, *ap.*
Por la vista, y el oido!
Reprimase algun sentido
De los que en peligro están;
¡No le basta ser galan,
Sino ser bien entendido!
Cat. ¿Y usted, señora doncella,
Deidad peregrina, y rara,
No descubre aquesa cara?
Ines. Ni por pienso.
Cat. Tal es ella.
¿Porqué?
Ines. Porque soy muy bella.
Cat. No, niña, no puede ser
Ser hermosa, y no querer
Dejarse ver lo declara:
¿Mas qué tienes una cara
Como un mismo lucifer?
Ines. ¿Al lacayo le da pena,
Que la tenga buena, ó mala?
Cat. Haz del sambenito gala,
Ya que no la tienes buena:
Yo te juzgo algo morena,
Sucia un poco, un mucho tuerta,
Con una boca de espuerta,
Y una nariz singular;
Con que te puedes andar
Con tu cara descubierta.
Ines. Solo falta corcovada,
Y fácil, á mi entender.
Cat. Yo te tengo por muger,
Que eres muy bien inclinada.
Ines. Uno piensa el bayo.
Cat. Errada
Vas en el refran, á fe;
Porque tan pobre se ve
Mi amo, que al intentallo,
Con tener ningun caballo
Ha dado en andar á pié.
Diego. Confio, que me ha pesado
De que me hayais conocido.
Leon. Pues no, don Diego, no ha sido
Atencion de mi cuidado.
En Valencia os han mirado
Con lástima, y puede ser,
Que sea alguna muger
De corazon tan humano,
Que de vuestro loco hermano
Culpe tan ruin proceder.
Quedaos con Dios, que yo sé,
Que algun dia os buscarán,
Que aunque pobre, sois galan.
Diego. No siendo vos, ¿para qué?
Solo con vos tengo fe;
Porque os quiero de manera,
Sin veros, que cuando os viera,
Y un ángel en vos hallára,
Ni menos os adorára,
Ni mas, señora, os quisiera:
Leon. Esta es ocasion perdida,
No soy posible por Dios.
Diego. Pues yo, si no logro á vos,
No tendré amor en mi vida.
Leon. Habrá causa que lo impida.
Diego. ¿Teneis dueño?
Leon. Ni le espero.
Diego. Si por ser pobre.
Leon. Me muero
Por pobres.
Diego. ¿Pues en qué va,
Si en nada de aquesto está?
Leon. Estará en que yo no os quiero.
Mal haya yo si no miento. *ap.*
Diego. Mas el desden me enamora.
Leon. Quedaos con Dios.
Diego. Ya, señora,
Acompañaros intento.
Leon. Me está mal el cumplimiento,
Quedaos pues.
Diego. ¡De mármol soy!
Ines. ¿Te conoció?
Leon. ¡Ciega estoy!
Ines. Buena, señora, la hicieras,
A saber él, que tú eras
Leonarda.
Leon. ¡Sin alma voy! (*Vanse.*)
Cat. Muy buenos hemos quedado,
Famosamente lo han hecho:
Ello en estando sin blanca,
Gastas amables conceptos;
Nunca te he visto tan fino.
Diego. Ni yo te he visto tan necio:
Dime, Catarro, ¿aquel talle,
Aquel garbo, aquel aseo,
Aquellas divinas partes,
Con aquel entendimiento,
No bastarán á rendir
Un diamante?
Cat. Yo confieso,
Que lo esterior de la tal
Doña fulana era bueno;
Pero debajo de un manto,
No se colige por eso,
Que no pudiera venir
Una dueña, ó un cochero:
Muger tapada con manto,
Lo tengo por mal agüero,
Que hay unos mantos de gloria,
Y hay otros mantos de infierno:
¿No pudiste verla?

Diego. No;
Solo un hermoso lucero,
Discretamente dormido,
Y tiranamente honesto,
Tuvo á raya mis sentidos,
Y en calma mis pensamientos.
Cat. Y dime, ¿el tal ojo era
Pardo, verde, azul, ó negro,
O colorado? que yo
El ojo de gallo apruebo.
Ella era vieja, sin duda;
Porque muger que echa el resto
Sin descubrirse, tendrá
Cincuenta y cinco á lo menos.
Pero dime, hombre del diablo,
¿Amor gastas, cuando pienso,
Que no tienes hasta ahora
Con que hacer rezar un ciego,
Y que te hallas, como ciertas
Mugeres en santo tiempo?
¿Cuando estás hecho pedazos,
Y se le caen por momentos
El humillo á los zapatos,
Y las alas al sombrero?
¿Cuando tus medias por puntos
Se van de carrera, y presto,
Y te ponen de cuadrado,
Aunque estés de fino recto,
Da usted en enamorar?
Eso no, señor don Diego,
No me han de engañar correrías,
Refrene sus movimientos;
Porque las señoras damas,
Que se usan en estos tiempos,
Solo son tratables con
Ginoveses, ó flamencos.
Diego. Deja, Catarro, las burlas,
No apures mi sufrimiento.
Cat. ¿Cómo no? por Jesucristo,
Que de cólera reviento,
Al ver que vives con un
Hermano que te dió el cielo,
Que se llevó el mayorazgo
Por un año mas, ó menos;
Y por tonto, que los tontos
Siempre nacen los primeros.
¿No quieres que me dé pena
Verte traer, por enero,
De tafetan un vestido,
Y que civil y avariento,
Con ser en él un aborto,
Te dé á entender que es del tiempo?
No siento tanto, señor,
Su riqueza, cuanto siento,
Que siendo hermano, y no primo,
Que te trate como á un negro:
¿Y qué se usen mayorazgos?
Diego. Catarro, ya no hay remedio;
Yo nací con mala estrella;
Yo soy el blanco, el objeto
De sus iras: ya yo estoy
Tan hallado en el tormento,
Que ni vivo en el alivio,
Ni de la pena adolezco.
De mi hermano don Enrique
Solamente á sentir llego,
Que siendo su sangre propia
Me trate con tal desprecio,
Cuando Valencia es testigo
De que no se lo merezco;
Y ha llegado el odio á tanto,
Que si alguna dama tengo
A quien de amor obligado,
Cortesmente galanteo,
No pára hasta que envidioso
Me lo estorba. Si hago versos,
A voces por el lugar
Publica, que son agenos.
Finalmente, en cuanto hago,
Cuanto digo y cuanto pienso,
Tengo un contrario en mi hermano
Tan tiranamente opuesto,
Que he menester muchas veces
Valerme del sufrimiento,
Para que la indignacion
No eche á perder el respeto:
Consuélame con que está,
Por ambicioso y soberbio,
Aunque en próspera fortuna,
Mal quisto de todo el pueblo.
Cat. ¡Buen consuelo! y entre tanto
Entrambos ayunarémos,
Que tambien me va mi parte
Como á ti, señor.
Diego. Ya veo
Lo que te debo, Catarro;
Pues si me ves fiel y atento
En tan infeliz fortuna,
La buena ley te agradezco;
Pero si lo pasas mal,
¿Porqué no te vas?
Cat. Por eso;
Porque si pagáras bien,
No te sirviera un momento.
Diego. ¿Porqué?
Cat. Porque los criados
Sirven, señor, como perros:
A donde no ven un cuarto,
Son como tahures necios,
Que acuden mejor á donde
Les hacen mal tratamiento.
Pero dejando esto aparte,

No dirás, qué nos haremos,
Que ya las carnestolendas
Se llegan, y es caso recio
No tener para una gala;
Y en Valencia, es el festejo
Mayor el de tales dias,
Pues todos los caballeros,
Aunque de máscara, salen
De gala y de lucimiento.
Diego. Ven, Catarro, porque hoy
Hablar á mi hermano quiero.
Cat. Y si no quisiere oirte,
Clamar por tus alimentos.
Diego. ¿No echas de ver, que con él
Es cansarse?
Cat. Ponle pleito,
Y sácalos por justicia.
Diego. Es accion de viles pechos.
Cat. Pues quedaráste á la luna
De este lugar, mi don Diego. (*Vanse.*)

SALE DON ENRIQUE VISTIÉNDOSE, Y OCTAVIO DE MAYORDOMO.

Enr. ¿Hiciste poner el coche?
Oct. Sí señor.
Enr. ¿Qué hora será?
Oct. Son las doce.
Enr. Tarde es ya.
Oct. Veniste á las tres anoche.
Enr. ¿El espadero ha venido?
Oct. Afuera aguardando está.
Enr. ¿Si me habrá acabado ya
El bordador el vestido?
Oct. Es de gusto y de valor.
Enr. No se sacó sin cuidado.
Oct. Azul y plata, estremado.
Enr. Mi mal publica el color:
¿Hame venido á buscar
Un pintor?
Oct. No lo he sabido:
Dos mugeres han venido,
No te quise dispertar.
Enr. Muchas en cansarme dan,
De su interes no me agrado.
Oct. Como te ven heredado
Y mozo, te buscarán.
Enr. ¿Qué importa, si en esta calma
Amante adoro el desden
De doña Leonarda, en quien
Victima se apura el alma?
Leonarda, á quien dió su estrella
Disculpas para querida,
Que en Valencia es aplaudida
Por mas noble, rica y bella.
Oct. Señor, don Diego tu hermano
Tan pobre está...
Enr. Necio estás;
¿No te he dicho, que jamas
Me hables de ese villano?
Vaya el pícaro á servir
A Flándes, vaya á ver mundo;
Y pues nació hijo segundo
Busque modo de vivir.

SALEN DON LUIS, Y DON RODRIGO.

Luis. Mas que no se ha levantado,
Si á las tres anoche vino.
Rod. Vestido está, é imagino,
Que á las doce ha madrugado:
¿Cómo os levantais tan tarde?
Enr. Bien venidos, caballeros.
Oct. Ya vienen los lisonjeros, *ap.*
De su ciencia haciendo alarde.
Luis. ¿Qué hicisteis anoche, amigo?
Enr. Jugué un poco.
Luis. ¿Cómo os fué?
Enr. Dos mil escudos gané.
Luis. Me huelgo, Dios me es testigo.
Oct. Ya le dan con la del martes. *ap.*
Enr. Con pintas el juego crece.
Rod. Todo, amigo, lo merece
Un mozo de vuestras partes.
¡Qué este vano presumido *ap.*
Tal dicha llegue á tener!
Un brazo diera por ver
A este mozo destruido.
Luis. ¡Qué hinchado y severo está! *ap.*
¡Que este tenga dicha alguna!
¿Pero cuándo la fortuna
Cosa de buen gusto hará?
Enr. Amigos, deciros trato,
Que anoche á Rosela ví,
Y que á su madre la dí
Cien escudos de barato;
Pero su sed no se aplaca.
Rod. Es hermosa esa muger.
Enr. Pues yo no la puedo ver.
Rod. ¿Porqué, amigo?
Enr. Porque es flaca.
Rod. De Lisarda la belleza
A mi ruego se hace sorda.
Enr. No me la nombreis, que es gorda.
Rod. Ha dado en esa flaqueza.
Enr. Clara muy firme me estima,
Como si yo la obligára.
Rod. ¿Quién es, amigo, esa Clara?
Enr. De Leonarda hermosa es prima;
En Leonarda solo crece
La pasion que en Clara ignoro,
Pues yo por tema la adoro

Al paso que me aborrece.
Luis. ¿Leonarda? es cansarte en vano,
Mudad vuestros pensamientos,
Porque aguarda por momentos
Cierto conde siciliano,
Que viene á ser su marido.
Enr. Pues yo la he de pretender,
Y algun dia podrá ser
Que me vengue de su olvido;
Y ya que amante se quema
Mi cuidado en su rigor,
Lo que no alcanza mi amor,
Ha de conseguir mi tema:
Quedaos á comer conmigo,
Y aquesta noche saldremos
De máscara.
Luis. ¿Pues qué haremos?
Rod. Juguemos un poco, amigo...
Enr. Yo aquí estoy, ese es mi fin.
Rod. Pues ociosos nos hallamos.
Luis. ¿Dónde jugarémos?
Enr. Vamos
A la pieza del jardin. (*Vanse.*)
Oct. Estraña la vida es
De un mozo rico y soltero;
No cabe en el mundo entero
Su soberbia é interes:
Por el vicio su violencia
¡Qué desenfrenada corre!

SALEN DON DIEGO Y CATARRO.

Diego. Si ahora no me socorre,
Irme quiero de Valencia.
Cat. Ha de ser cansarte en vano.
Diego. Di, ¿qué aventuro en rigor?
Cat. Aquí está Octavio.
Diego. Señor
Octavio, ¿qué hace mi hermano?
Oct. Jugando está, y divertido.
Diego. ¿Y es bien que me trate así,
Y que se olvide de mí,
Porque segundo he nacido?
¿Es justo (¡ah fiero dolor!)
Que tanta hacienda le sobre,
Y que á un hermano tan pobre
Le trate con tal rigor?
¿Deshónrole yo? ¿no es una
La sangre que hay en los dos?
¿Tan buenos padres, por Dios,
Le he debido á la fortuna?
¡Conmigo estas tiranías!
¡Con su sangre estas crueldades!
¿Veme hacer indignidades?
¿Ando en malas compañías?
¿Es bueno, señor Octavio,
Que esté un hombre de mis prendas
Desnudo en carnestolendas?
¿No es de don Enrique agravio?
A vos á pediros llego,
Que sirvais de intercesion.
Oct. Digo que teneis razon
En todo, señor don Diego:
Mas poco habrá que llegué
A hablarle en vos, y él airado
Me ordenó muy enojado,
Que unos zapatos no os dé;
Sus cóleras son tan grandes.
Diego. ¡Qué esto escuche mi dolor!
Oct. Don Enrique mi señor
Quisiera veros en Flándes:
A los segundos allá
La guerra los satisface.
Cat. Si por la guerra lo hace,
Harta guerra tiene acá.
Oct. Las balas, si quereis iros,
La fama alientan y el nombre.
Cat. ¿Pues para matar á un hombre
No bastan aquestos tiros?
Oct. ¿Pues vos hablais, majadero,
Donde está vuestro señor?
Diego. Yo os buscaba intercesor,
Y os he hallado consejero:
Un imposible conquisto,
Al aire mis quejas van.
Oct. Esta es órden que me dan,
No puedo mas, vive Cristo. (*Vase.*)
Cat. Que no cumples, pues mohino
A todos cansando estás,
Si al momento no te vas
Por el mundo peregrino.
Diego. ¿Hay hombre mas desdichado,
Que no tenga algun asomo
De dicha?
Cat. ¡Y que el mayordomo
No vaya descalabrado!
Diego. ¡Que esté (reviento al decillo)
En poder de este tirano!
Cat. ¡Y que para tal hermano
Se haga sordo el tabardillo!
Diego. ¡Que no halle fortuna estable,
Aunque á buscarla me aplico!
Cat. ¡Y que no se muera un rico
De pujos de miserable!
Diego. Ven, Catarro.
Cat. Ya te sigo.
Diego. Y salgamos allá fuera.
Cat. Deja el pesar, que es quimera,
Y consuélate conmigo;
En la calle viento en popa
Estamos, no hay que temer.
Diego. ¿Qué haremos?

Cat. Ir á comer.
Diego. ¿ Dónde, Catarro?
Cat. A la sopa.
Diego. ¡ Qué locura tan cansada
Para apurarme el sentido!
Cat. Tengo un lego conocido,
Que nos la dará dorada.
Pero aguarda, que estoy ciego,
O una muger viene aquí,
Sin duda me busca á mí.

SALE INES TAPADA.

Ines. A vos os busco, don Diego;
Este papel para vos
Aquella dama os envia,
Que hoy hablasteis.
Diego. Dicha es mia.
Ines. Y esta caja.
Cat. ¡ Ira de Dios!
Diego. Mirad bien si me habeis visto,
No erreis, señora, el recado.
Cat. ¿ Cómo no? lindo menguado;
Cógelo, cuerpo de Cristo.
(*Toma el papel don Diego, y léelo para sí.*)
¡ Cuarenta mil años vivas,
O Angélica del Catay!
Ahora digo que hay
Personas caritativas:
Mas dígame, Marta honrada,
La piadosa, ó la cruel,
¿ No hay para mí otro papel?
Ines. ¿ Quiere una mano?
Cat. Pedrada.
Diga, hermana, ¿ esos desgarros
Gasta en estas ocasiones?
Ines. No me pago de bufones.
Cat. Son muy frios los Catarros.
(*Acaba de leer.*)
Diego. A ese enigma idolatrado
Decid que mi pecho fiel
Solo recibe el papel,
Que á un muerto la vida ha dado:
Y que aunque nada me sobre,
No admito lo que me envia,
Pues luce la grosería
Mas á los visos de pobre.
Decidla, que estos despojos
No aumentan mi amor activo,
Porque solo á cuenta vivo
Del incendio de sus ojos:
Y que en tan gustosa calma,
Obligado de mi amor,
Muriera de este favor
A no haberla dado el alma.
Ines. La caja habeis de tomar,
Por vuestra vida, y la mia;
Pues nada en ella os envia
Para lo que os puede dar:
Si no la tomais, don Diego,
Sé yo que se enojará.
Cat. Dice muy bien, claro está,
Y aqueso lo verá un ciego.
Ines. Advertiros solo resta,
Que para seña lleveis
Un pañuelo, si quereis
Ir esta noche á la fiesta,
En la izquierda mano asido,
Por él os conocerá.
Diego. ¿ Luego vuestro dueño irá?
Ines. Sin duda alguna.
Diego. Coi do
Estoy, si os trato verdad,
De no daros...
Ines ¿ Qué quereis?
Ya se que muy pobre os veis.
Cat. Eso de solemnidad;
Pero estoy yo aquí, que hartos
Cuidados quito á los dos:
Toma, niña, anda con Dios,
Ves aquí hasta quince cuartos.
Diego. Quita, necio; este favor
Solo vos le mereceis,
De la caja os serviréis.
Cat. ¿ Qué es lo que intentas, señor,
La caja le quieres dar?
Diego. No me hallo con otra alhaja.
Cat. ¿ Cómo no? venga la caja,
Sin ella puede marchar.
Ines. De vos estoy obligada:
Basten ya vuestras porfias,
Cat. ¿ La caja? eso no en mis dias:
¡ Oh qué linda mermelada!
Diego. ¿ La dama no me direis
A quien cuesto tal cuidado?
Ines. Esto solo me han mandado,
Lo demas no lo sabreis.
Diego. Poco os debo.
Ines. Quien no aguarda,
Poco á la fortuna fia:
¡ Si él supiera que venia
Yo de parte de Leonarda! (*Vase.*)
Diego. Escucha, Catarro.
Cat. Di.
Diego. Leerte quiero el papel,
Oye lo que dice en él.
Cat. Ya te atiendo.
Diego. Dice así:
(*Lee.*) « Una muger, mas compasiva que
« enamorada, sabiendo la tiranía de vues-
« tro hermano, os suplica perdoneis la cor-

« tedad, y os valgais de esa niñería para
« estas carnestolendas, advirtiendo, que no
« quiere mas recompensa que el secreto. »
(*Repr.*) ¡ Hay muger de tales prendas !
Cat. Yo lo he juzgado al reves;
Que me maten, si no es
Burla de carnestolendas.
De ver la caja me privo.
Diego. Mi amor la sale al encuentro.
Cat. Dame mil palos, si dentro
No viniere un raton vivo.
¡ Qué ciegos sois los amantes !
¡ Qué orgulloso estás, qué ufano !
Dios te tenga de su mano : (*Abrela.*)
Vive Dios, que son diamantes.
Diego. ¿ Qué dices ?
Cat. Pierdo el sentido :
¿ Joya á ti ? no hallo razon,
Por volvértela carbon
Algun duende la ha traido.
Diego. ¡ Que de la tapada bella
Me venga tanto favor !
Cat. Vámonos de aquí, señor,
Porque han de volver por ella.
Diego. ¡ Hay sucesos semejantes !
Cat. Aunque de curioso peques,
Mira bien no sean flueques.
Diego. No, sino claros diamantes :
Loco estoy, pues te respondo.
Cat. Mirarlos, por Dios, es vicio,
Diamantes son de gran juicio,
Porque tienen mucho fondo :
Absorto estoy de tus medras.
Diego. ¿ Quién esta muger será ?
Cat. Una vieja, que querrá
Dar en loca, y tirar piedras :
Venga pues, y poco á poco
Hácia empeñarla me iré.
Diego. Eso es lo que yo no haré.
Cat. ¿ Qué dices, hombre, estás loco ?
Diego. Ven, Catarro, que en tal calma
Esa joya guardaré :
¿ Qué importa que pobre esté,
Si tengo tan rica el alma ? (*Vanse.*)

SALEN LEONARDA Y DOÑA CLARA CON MANTOS.

Leon. Seas, prima doña Clara,
A mi casa bien venida,
Que bien te debe mi amor,
Que me hagas esta visita.
Clara. Solo por disculpa das
Haber estado estos dias
Indispuesta, que por eso
He dilatado esta dicha,
Que yo soy la interesada.
Leon. Pues á fe, que vienes, prima,
Para haber estado mala,
De buen color.
Clara. Tú me animas,
Y estar delante de tí,
Que como el sol causa el dia,
Y el incendio de sus rayos
Dora, abrasa y ilumina,
No es mucho que ahora yo
De tus alimentos viva,
Que á cuenta del sol, Leonarda,
La menor estrella brilla.
Leon. Yo soy quien de tus reflejos,
Clara hermosa, necesita;
Muy sola sin tí he salido
Estas mañanas floridas
Tomando el acero al Grao.
Clara. Digo, pues, Leonarda mia,
Que un papel tuyo me dió
Un criado, en que decias,
Que por ser aquesta noche
En Valencia tan festiva,
Que no se atreve al recato
Cortesana la malicia,
Pues todo lo suple, quieres
Detras de una mascarilla
Ver la fiesta, sin que seas
De ninguno conocida;
Fuera de que es el disfraz
Costumbre ya tan antigua
En Valencia, que esta noche
Salen las mas recogidas,
Y yo quiero acompañarte,
Por ver si el contento y grita
De la fiesta me divierte
De algunas melancolías.
Leon. Dios te guarde; pero dime,
Así dos mil años vivas,
¿ Es la tristeza de amor ?
Quieres bien ? estás herida
De sus flechas ? que una dama
Hermosa, gallarda y rica,
Y que la pretenden tantos
Para casarse, prolija
Debe de ser, si no tiene
Un objeto que la rinda;
Y cuando tengas amor
Ningun milagro seria.
Clara. Sin duda me has visto el pecho,
Y pues nuestra sangre, prima,
Da lugar al desahogo,
Y la vergüenza mitiga,
En dos palabras diré
Lo que en muchas no diria.
Leon. ¿ Cómo, por tu vida ?

Clara. Como
Quiero, y soy aborrecida:
Mira si en una muger
Puede haber mayor desdicha.
Leon. Mayor la padece el alma,
Declárate, no te aflijas.
Clara. ¿Conoces á don Enrique
De Fox, un mozo...
Leon. Sí, amiga.
Clara. Que está recien heredado,
Cuya sangre esclarecida
Compite con su riqueza,
Y tiene en su casa misma,
Por mas señas, un hermano,
Que le conozco de vista,
De la fortuna escarmiento?
Leon. Aguarda, no me lo digas,
Que ya sé, que don Enrique
Le trata con tiranía:
¡Harto lo siente mi amor! *ap.*
Clara. A este adoro.
Leon. No prosigas.
Clara. ¿Qué sientes, que en un instante
Te has puesto descolorida?
Leon. El disgusto, doña Clara,
De que hayas puesto la mira
En don Enrique, de quien
Se cuentan cosas indignas,
¿No me ha de dar pesadumbre?
Clara. Confiésote, que yo misma,
Mirando su perdicion,
Quisiera ser mi homicida.
Leon. Lo peor es, que es tirano
Hasta con su sangre misma;
Pues un hermano que tiene,
Tanto con esto me irrita,
Que le quisiera beber
La sangre: perdona, prima,
Que me he dejado llevar
Del afecto: ¡ay Clara mia!
Dije mal, de la razon,
Pues necia, é inadvertida,
No ví que estabas delante,
Y que eras quien le querias.
Clara. Antes, prima, te agradezco,
Que tanto mal de él me digas,
Pues obra en esto tu buena
Intencion, no tu malicia;
Algun dia podrá ser,
Que el desengaño me sirva
De escarmiento, y que el olvido
A mi amor honesto siga.

SALE INES CON MANTO.

Ines. Ya, señora... pero ¡ay Dios, *ap.*
Que está con ella su prima!
¿Mas qué importa? la respuesta
La tengo de dar en cifra,
Que ella bien me entenderá.
Clara. Ines, seas bien venida:
¿De dónde con manto?
Leon. ¡Ay triste! *ap.*
Si no calla soy perdida,
Que ella piensa, que con Clara,
Como es parienta y amiga
Tan del alma, y tan de casa,
Me he declarado: permita
El cielo, que Ines me entienda.
(*Hácele señas.*)
Ines. Ya vengo, señora mia,
De hacer lo que me mandaste.
Leon. ¡Sin alma estoy! no prosigas,
Ines.
Ines. Señora, ¿qué importa,
Que esto lo sepa tu prima?
Leon. Todo el cuento la declara; *ap.*
No me entiende, ¡estoy sin vida!
Clara. Habla, Ines.
Ines. Digo, señora,
Que piadosa y compasiva,
A aquel pobre le llevé
El socorro que le envias:
Y tanto con él se holgó,
Y con saber de quien iba
El recado y la limosna,
Que aunque era una niñería,
A tan buen tiempo llegó,
Que responde, que la estima,
Como si una joya fuese.
Leon. Ya parece que respira *ap.*
El alma, pues me lo cuenta
Por rodeos, y es precisa
Razon, segun el engaño.
Clara. ¿Y esto, Leonarda querida,
Que callase Ines quisiste?
Dar limosna es obra pia.
Ines. Es mi señora una santa
Piadosa y caritativa;
Pero aquesta caridad
Ya se la dirán de misas.
Leon. Limosna que se declara
Da vanagloria el decirla,
Y es dar el merecimiento
Lugar á la hipocresía.
(*Dentro ruido de fiesta.*)
Ines. Oid: ¿no escuchais el ruido,
El algazara y la grita?
Leon. Ya la escucho; y pues el sol
Va precipitando el dia,
Y en el mar de transportin
Le sirve la espuma rica,

Salgamos, prima.
Clara. Salgamos:
Quítame este manto aprisa.
Ines. Ya os esperan los capotes,
Sombreros y mascarillas;
Demos una pavonada.
Leon. Vamos, Clara.
Clara. Vamos, prima.
Leon. Y plegue á Dios, que á don Diego
Encuentren las ansias mias. (*Vase.*)
Clara. Y plegue á Dios, que no acabe *ap.*
Don Enrique con mi vida. (*Vase.*)
Ines. Y plegue á Dios, que Catarro
Con sus intentos prosiga,
Que aunque no le quiero, pienso
Que me hace algunas cosquillas. (*Vase.*)

SALEN DON LUIS, DON ENRIQUE Y OCTAVIO DE MASCARAS.

Enr. ¿En fin, Octavio, la viste,
Que de su casa salió?
Oct. En su casa estaba yo,
Señor, como me dijiste,
Y tres mugeres salieron,
Que yo en la voz conocí;
Recelándose de mí,
Recatadas anduvieron.
Pero con mi mala estrella
No se me escapó ninguna,
Pues Leonarda era la una,
Y la otra su prima bella.
Enr. ¿Doña Clara la acompaña?
Oct. Sí señor.
Enr. ¡Qué mal agüero!
De oirla nombrar me muero.
Oct. Es tu condicion estraña.
Enr. ¿Hay cosa que canse mas,
Que una muger con amor?
Oct. Dime, ¿es el desden mejor?
Enr. Octavio, en lo cierto das.
Cuando de alguna merezco
La voluntad y el favor,
Por ver que me tiene amor,
Al instante la aborrezco.
Y si desagradecida
Da en matarme su desden,
La voy queriendo tambien,
Al paso que ella me olvida.
Oct. ¿De suerte, que desdeñado
Mas vuestro apetito crece?
Aguardad, que me parece,
Que máscaras han llegado.

SALEN ALGUNOS DE MASCARA TOCANDO, Y CANTANDO, Y DETRAS DOÑA LEONARDA, INES Y DOÑA CLARA.

Leon. ¡Bella noche! prima mia.
Ines. El mundo la rinde parias.
Leon. Son tantas las luminarias,
Que afrenta causan al dia:
Tu tristeza me acobarda,
Cese tu tormento atroz.
Oct. ¿Has conocido la voz?
Enr. Ya he conocido á Leonarda.
(*Llega don Enrique á Leonarda, y hacen corro.*)
Clara. ¡Qué hermoso que está el lugar!
A que le andemos convida.
Leon. Aguárdate, por tu vida.
Enr. ¿Máscaras, quereis danzar?
Clara. La voz de mi amante fué.
Leon. De Enrique la voz ha sido;
Pero por ser permitido,
Esta noche danzaré.
(*Danzan don Enrique y Leonarda.*)
Enr. ¿Ingrata, con un rendido
Logras el desden violento?
Leon. Dad esas quejas al viento,
Y vuestro amor al olvido.
Enr. Alcance mi humilde ruego
Siquiera un engaño breve.
Leon. Siempre me hallaréis de nieve.
Enr. Siempre me hallaréis de fuego.
(*Acaban de danzar, y coge doña Clara de la mano á don Enrique, y danzan.*)
Clara. ¿Mal caballero, tirano,
Conmigo tanto rigor?
Enr. Si soy de hielo á tu amor,
¿Para qué es cansarte en vano?
Clara. Yo te olvidaré aunque muera.
Enr. Yo seré siempre intratable.
Clara. Yo firme, aunque eres mudable.
Enr. Yo soy bronce.
Clara. Yo soy cera.
(*Vuelven á cantar, y danzan todos, y vanse los de la fiesta.*)
1°. Famosamente se ha hecho.
2°. Discurramos el lugar.
3°. Venid, damas y galanes.
4°. Ea, vuelvan á cantar.
(*Aparta don Enrique á Leonarda, y Octavio se pone á hablar con doña Clara é Ines.*)
Enr. ¡En ira se abrasa el pecho!
Aguarda, que no te has de ir,
Hermoso y bello prodigio,
A cuyos divinos ojos

Toda el alma sacrifico:
Oye, espera.
Leon. Enrique aleve,
Que tirano y atrevido,
El sagrado del recato
Profanar quieres indigno,
¿Qué intentas?
Enr. Vengarme intento
De tu desden y tu olvido:
Acabe, pues, el rigor
Lo que no puede el cariño;
Vive Dios, que ese disfraz
He de ver.
Leon. Cielos divinos,
No hay quien socorra...
(*Forcejeando se le cae la mascarilla á Leonarda.*)

SALEN DON DIEGO CON UN LIENZO EN EL BRAZO, Y CATARRO.

Diego. ¿Qué es esto,
Catarro, qué es lo que he oido?
¿No es muger la que se queja?
Enr. Mas con tu desden me irrito.
Cat. Llegad presto.
Diego. Caballero, (*Llegan.*)
En cortesía os suplico,
Que dejeis aquesa dama.
Cat. Y si no por Jesucristo,
Que nos han de oir los sordos.
Leon. Mi fortuna le ha traido. *ap.*
Enr. ¿Quién os mete en eso á vos?
Diego. Soy un hombre bien nacido,
Y debo amparar las damas.
Cat. Como dos y dos son cinco.
Enr. Pues yo os haré á cuchilladas
Dejar tan gran desvario.
Cat. A ellos, que tienen cresta.
Diego. De esta manera mis brios
Os darán á conocer
Si sabre hacer lo que he dicho.
(*Pónese Catarro al lado de don Diego, y al de don Enrique Octavio, y éntranse acuchillando.*)
Leon. ¿Qué bizarro en mi defensa
Esgrime el acero activo?
Pero á mi prima y á Ines
Entre la gente he perdido:
Voy á buscarlas, ¿qué aguardo?

SALEN DON DIEGO, Y CATARRO.

Cat. ¡Qué brava zurra les dimos!
Diego. Ya estais segura del riesgo:
Mas, ¡cielos, que es lo que miro!
Leon. Mas, ¡cielos, qué es lo que veo!
Diego. Con la turbacion no ha visto,
Que la máscara del rostro
Sin sentir se le ha caido;
Vive Dios, que era Leonarda
La dama que he socorrido.
Leon. Cielos, ¿don Diego no es *ap.*
El que galan y atrevido,
En mi defensa libró
Mi honor de su hermano mismo?
Sí, que aquel lienzo, por señas,
Ya callando me lo ha dicho.
Diego. Mas disimular importa.
Leon. Caballero, yo os estimo,
Que sin conocerme, hayais
Mi persona defendido.
Pues el disfraz me asegura, *ap.*
Declararle solicito,
Que soy la dama tapada.
Diego. Señora (¡ay amor!) corrido
Estoy de no haber hallado
Mas arriesgado el peligro:
Morir por vos fuera vida.
Leon. ¡Ay de mí! tarde lo he visto: *ap.*
La máscara... ¿si don Diego
Me habrá, cielos, conocido
En esta ocasion? no darme
Por entendida es preciso,
De que soy quien le envié
Las joyas, pues ya me ha visto.
Diego. ¡Vive Dios, que su hermosura
Es iman de mis sentidos! [*ap.*
Perdóneme la tapada,
Que aunque su fineza estimo,
Ya en la beldad de Leonarda
Vive y muere mi albedrío.
Leon. Quedaos con Dios, caballero.
Diego. Necio fuera el valor mio,
Si del peligro os librára,
Y os dejára en el peligro;
Permitid, que os acompañe.
Leon. Es el ir sola preciso.
Diego. No quiero ser porfiado.
Leon. Solo con mirarle vivo: *ap.*
¡Qué no pueda declararme! [*ap.*
Diego. ¡Qué esté mi amor tan remiso!
Cat. ¡Qué enamoremos sin blanca! *ap.*
Diego. ¡Qué bizarra!
Leon. ¡Qué entendido!
Diego. ¡Muerto voy!
Leon. ¡Sin alma quedo!
Diego. Ven, Catarro.
Cat. Ya te sigo.

JORNADA II.

SALEN DON DIEGO Y CATARRO DE NOCHE.

Diego. ¡Qué oscura que está la noche!
Aun no se divisa el cielo.
Cat. ¿No me dirás dónde vamos
De esta suerte, ó con qué intento
Has salido de tu casa?
¿Quieres matarme? ¿estás ciego?
¿No miras que á los Catarros
Les hace mal el sereno?
Diego. Sígueme y calla, Catarro.
Cat. Oye usted, señor don Diego,
O quédese á buenas noches,
O discurramos, ó hablemos:
Deme usted razon de sí,
Ya que su razon es cuento.
Diego. Por aliviar mi dolor,
Y porque lo sientes, quiero
Darte parte de mis males.
Cat. Venga el pulso.
Diego. Deja, necio,
Las burlas.
Cat. De tus achaques
Sé mas, que supo Galeno.
Diego. Ya sabes, que aquella noche
Del regocijo y festejo,
Cuando Valencia se ardia
En materiales incendios
(Pues fueron tantas las luces,
Que al dia no echaron menos)
Entre las máscaras muchas,
Que disfrazadas salieron.
Diligentes á gozar
De la noche el privilegio,
Fuimos los dos, yo y Catarro,
Solamente con intento
De ver, si aquella tapada,
Que con liberal afecto
Me envió en aquella joya
Tanta copia de luceros,
Por la joya que llevaba
Me conociese.
Cat. Ya veo,
Que aunque locos anduvimos
Todo el lugar discurriendo,
No dijo esta joya es mia
Ningun tapado embeleco.
Y sé tambien, que libraste
A Leonarda de aquel riesgo,
Que pudiste conocerla,
Porque el disfraz lisonjero,
No queriendo darle en rostro,
Dejó patente su cielo.
Diego. No ignoras tambien, Catarro,
Que de su hermosura ciego,
Como errante mariposa,
Mi peligro galanteo
A porfía, procurando
Ser víctima de su incendio,
Sin que al pensamiento dé
Parte de mi pensamiento.
Cat. Ya, señor, sé que la adoras
Con vergüenza y con respeto,
Y sé que no se le lo has dicho,
Y sé que has sido grosero,
Y sé lo que son mugeres,
Y sé que hablarlas es bueno;
Pues lo que una vez se dice,
Se lo acuerda el diablo ciento.
Diego. Aunque constante la adoro,
Y es ella sola el sugeto,
Que idolatro, en declararme
Estoy confuso y suspenso,
Por ser mi amor imposible,
Por ser pobre; y lo mas cierto,
Porque á la dama tapada
Tantas finezas la debo,
Que me busca los mas dias,
Sin que haya podido el ruego
Lograr de su cielo hermoso
La gloria de ver su cielo.
De la tapada me obliga
La fuerza de sus afectos,
A Leonarda, por deidad,
Idólatra la venero.
Una tapada me busca,
Otra descubierta, cielos,
Me mata: en un mar cruel
De confusiones me anego.
Mira si tengo razon
De estar, Catarro, suspenso;
Pues luchando están conmigo
Amor y agradecimiento.
Cat. ¿Hay mas que amarlas á entrambas?
Diego. ¿No ves, que es de viles pechos
Engañar á dos mugeres?
Cat. Toma tú en ellas ejemplo,
Que engañan veinte á la par:
Y si quieres mi consejo,
Sé gran turco de las dos,
Y enamóralas á un tiempo,
A la que quieres de balde,
A la otra por su dinero.
Diego. Por no hacer esa bajeza,
A Flándes irme pretendo;
A mi hermano voy buscando,
Y en esta casa de juego

Ha de estar.
Cat. Yo sé que ahora
Estás, señor, en tu centro:
Esta de Leonarda es
La casa.
Diego. Ya solo intento
Hablar, Catarro, á mi hermano.
Cat. ¿Pues que le quieres?
Diego. Le quiero
Decir, que para partirme
Me dé un socorro.
Cat. A buen tiempo:
La mayor parte ha perdido
De su hacienda, y fuera de esto,
Dos lugares que tenia
Tambien los puso con dueño,
Y con el dinero ahora
Pienso que ha de hacer lo mesmo.
Diego. Vive Dios, que he de salir
De su infame cautiverio:
Mas aguarda, que parece,
Que ruido á esta parte siento.
Cat. Bien puede ser; pero yo,
Lleve el diablo lo que veo:
Retírate á aquesta esquina. (*Retíranse.*)

SALEN CUATRO VALIENTES CON ESPADAS, Y BROQUELES.

1°. Esto ha de ser, compañeros,
Un criado le acompaña
No mas, y ayuda al intento
Ser la noche tan oscura.
2° En esta esquina aguardemos,
Que por aquí ha de pasar.
3°. Bien ha ganado, y soberbio
A ninguno dió barato.
4°. Pues que pague por entero.
Diego. ¿No escuchas, Catarro?
Cat. Sí,
Y á lo que presumo, creo,
Que á algun tahur infeliz
Le quieren dar pan de perro.
Diego. ¿Quién serán?
Cat. Algunos hombres,
Liberales por estremo,
Pues no tienen cosa suya.
Diego. Ladrones son.
Cat. Punto menos;
Pero ladrones corteses,
Pues á estas horas á un negro
Pidiéndole están la capa,
Y le quitan el sombrero:
Vámonos de aquí, señor.
Diego. ¿Porqué?.
Cat. Porque tengo miedo.
Diego. Arrímate á aquesta reja.
Y calla, cobarde.
Cat. Fuego:
Mira, al que se arrima á rejas
Le suelen cascar por hierro.

SALEN ENRIQUE Y OCTAVIO CON ESPADAS Y BROQUELES.

2°. Amigos, este es sin duda.
Enr. ¡Que se te olvidase luego
Traer la linterna, Octavio!
Oct. Poco habrá que la eché menos,
Mas cerca estamos de casa:
Gracias á Dios, que te veo
Ganar, señor, una noche,
Cuando siempre estás perdiendo.
Diego. ¿No es don Enrique, Catarro?
Cat. Vive Cristo, que es el mesmo:
De aquesta vez imagino,
Que heredas.
Diego. ¿Qué dices, necio?
Cat. ¿No consiste tu ventura
En que se muera primero
Don Enrique?
Diego. ¿Quién lo duda?
Cat. ¿No heredas, si muere?
Diego. Es cierto.
Cat. Pues deja tú que le den
Una vuelta de podenco
Estos hombres, que él ahorre
Demandas y testamento,
Verás como vienes tú
A cargar con todo ello.
Diego. ¡Qué gracias tienes tan frias!
Enr. Aquí hay gente. (*Llegan.*)
1°. Caballero,
Tres pobres hombres, y honrados,
Os suplican...
Cat. Malo es esto.
1°. Que les deis una limosna.
Enr. Nunca he sido limosnero,
Mas veis aquí cuatro escudos.
2°. Es poco.
Cat. Mas fueran ciento.
3°. ¡Oh qué linda patarata!
¿Pues á tres amigos, bueno,
Se pone á dar cuatro escudos?
Enr. ¿Pues qué quieren?
4°. Hable menos.
Y dé mas, ó dejará
La vida con el dinero.
Cat. ¿Dónde vas?
Diego. A socorrerle.
Cat. Aguarda.
Diego. No puedo menos,

Que es mi hermano, y ya la sangre
Se me alborota en el pecho.
Enr. De esta manera respondo
A ladrones.
Diego. Caballero, (*Llega.*)
Animo, que á vuestro lado
Estoy. (*Riñen.*)
Cat. Santiago, y á ellos.
1°. Un rayo ardiente es la espada,
Huyamos tan grande riesgo.
(*Métenlos á cuchilladas, y salen á la ventana Leonarda, é Ines.*)
Enr. Huid, cobardes traidores.
Leon. ¿Ines?
Ines. ¿Señora?
Leon. ¿Qué es esto?
Cuchilladas á mis rejas?
Quita allá esa luz.
Ines. No puedo
Dejar de decir, señora,
Que has hecho notable yerro
En asomarte.
Leon. Ya sabes,
Que las mugeres tenemos
Aquesas curiosidades;
Y si no ha mentido el eco,
La voz de don Diego he oido.

SALEN DON ENRIQUE Y DON DIEGO CON LAS ESPADAS DESNUDAS.

Enr. Obligado, caballero,
Os estoy, pues vida y honra
A vuestro valor le debo;
Venios conmigo á mi casa,
Porque conocer pretendo
A quien me ha dado la vida.
Diego. Que no me conozca quiero *ap.*
En esta ocasion mi hermano,
Porque pensará soberbio,
Si le hablo ahora, que hago
Gala del merecimiento.
Enr. ¿De qué enmudeceis? hablad.
Diego. Tan poca fortuna tengo
Con vos, que si ahora os digo
Quien soy, juzgo que os ofendo:
Quedaos con Dios.
Enr. Advertid,
Que he nacido caballero,
Y aunque fuerais mi enemigo,
En esta ocasion, es cierto,
Que no puedo ser ingrato:
Decid quien sois.
Diego. Aunque pienso,
Que con encubrirme ahora
Mas te obligo que te ofendo,
Yo soy, hermano.
Leon. ¡Ay, Ines!
¿No es don Enrique y don Diego
Los que escucho?
Ines. Sí señora.
Leon. Oye, que saber deseo
La causa de esta pendencia.
Enr. Mi hermano era, vive el cielo, *ap.*
¡Que este enemigo no quiera
Dejarme! De rabia muero. [tuna
Diego. Hermano, yo agradezco á mi for-
Haberte sido en ocasion alguna
Mi voluntad y espada de provecho. [cho:
Enr. En ira y rabia se me abrasa el pe-
Pues yo la agradeciera á tu cuidado
El haberme olvidado,
Aunque mas el peligro me encareces.
Diego. Ya, don Enrique, se que me abor-
Enr. No te engañas. [reces.
Diego. ¡Rigor estraño!
Enr. Sirvate, pues, de aviso el desengaño,
Y no te pongas mas en mi presencia,
Que no quiero que digan en Valencia,
Culpando en todo las acciones mias,
Que te consiento haciendo picardías.
¿No eres hijo segundo?
Deja la ociosidad, corre á ver mundo;
¿Solo en Valencia tu aficion se encierra?
¿No sabes, que la guerra,
Haciendo de ella alarde,
La sangre alienta, que en las venas arde?
¿Pues cómo no te incita este cuidado?
¿Qué hacienda, di, tus padres te han de-
¿En qué te fundas, loco, conociendo, [jado?
Que te hallas en Valencia pereciendo?
¿Quieres dar á mi honor aqueste ultraje?
¿Quieres, deshonrador de mi linage,
Si, con ruines intentos,
Piensas cobrar de mí los alimentos?
Eso es cansarte en vano:
Vamos, Octavio.
Diego. Aguarda, oye.
Leon. ¡Ah tirano!
Enr. ¿Qué me puedes querer?
Diego. Hablarte intento.
Enr. Y yo pediré al cielo sufrimiento.
Diego. ¿Qué razon te ha movido, ó qué
Para ser á mi afecto tan ingrato? [mal trato
¿Cuándo falté prudente
A las leyes de hermano y de obediente?
¿Qué tigre hircano, de matar sediento,
No corrige en su sangre su ardimiento?
¿Qué diamante con sangre no se mueve
A ceder al buril, que se le atreve?
¿Qué peña no enternece sus porfías

Al repetido halago de los dias?
Pues si ejemplos iguales
Te dan hasta los mismos animales;
Pues si en los horizontes
Las piedras se enternecen y los montes;
¿Cómo tan inhumano
No acudes al remedio de tu hermano?
Que está sin duda alguna,
Hecho escarmiento vil de la fortuna,
Cuando á vivir te enseña
Una fiera, un diamante y una peña.
Pero pues lo permite el cielo justo,
Solo por darte gusto
Irme á Flándes pretendo,
Mejor será que no vivir muriendo;
Donde al cielo le ruega mi cuidado,
Si da oidos el cielo á un desdichado,
Pues en todo te sirvo de embarazo,
Que muera del primero mosquetazo,
Y ya que llego tan tirano á verte,
Tus rigores se acaben con mi muerte.

Leon. ¡Ines, sin alma estoy!

Ines. Yo enternecida
He de llorar como una descosida.

Enr. Ahora sí, que con eternos lazos
Conocerás mi amor entre mis brazos:
¿Cuándo te piensas ir?

Diego. Ya solo espero,
Que me des, don Enrique, algun dinero;
Pues tengo mi jornada prevenida,
Con que me iré mañana.

Leon. ¡Ay de mi vida!

Enr. ¿Qué, tanto has menester?

Diego. Con mil ducados
Tendrán algun alivio mis cuidados;
Corto he quedado, no te pido mucho.

Enr. La paciencia me falta, ¡qué esto escucho!

Cat. Si él se los diere, luego de repente
Quiero que me la claven en la frente.

Enr. ¿Hay desvergüenza igual?

Diego. Pues dime, hermano,
Si los echas al naipe en una mano,
¿Qué es mil ducados en jornadas tales?

Enr. ¿Pues no te bastan, di, quinientos reales?

Diego. De limosna era bueno.

Enr. ¿Qué querias,
Que las trampas te pague y picardías,
Que en el lugar has hecho?

Diego. La cólera revienta ya en el pecho;
Vive Dios, que en el modo de portarte,
A ser hombre de bien puedo enseñarte.

Enr. ¡Qué escucho! ¿tú me pierdes el respeto?

Diego. Si no fueras mi hermano, te prometo
Que aquesta espada á conocer te diera,
Quien el villano en sus acciones era.

Enr. Infame, mal nacido, tanto agravio
He de vengar en él: déjame, Octavio.

Oct. Tente, señor.

Enr. Tenerme es desacierto,
Que he de matarle.

Cat. De hambre será cierto.
Oye, señor cuñado,
De su hermano he nacido fiel criado,
Mire bien por su vida,
Que soy el que inventé la zambullida,
Y ya de ejecutarla tengo asomos,
Aunque lloviera el cielo mayordomos.

Enr. Por no manchar mi acero
Os dejo.

Leon. ¡Qué inhumano!

Ines. ¡Que grosero!

Enr. Si entras mas en mi casa, haré que
Te bajen la soberbia mis criados.

Diego. De tu rigor, á mi paciencia apelo.

Enr. De hipocresías no se paga el cielo:
Vamos, Octavio; quédate, enemigo,
De una vez sin hermano, y con castigo.

Cat. Oyes, vele á dar socorro, (*Vanse.*)
Porque es tu hermano mayor:
¿No fuera mucho mejor,
Que le dieran en el morro?

Leon. Su pena en el alma siento;
¡Ay, don Diego!

Cat. Vive Dios,
Que parecemos los dos
Figuras de paramento:
Deja, por Dios, la mohina:
Y pues de casa te arrojan,
Vamos á que nos recojan
Los niños de la doctrina:
Si tu hermano te atropella,
¿Quién nos ha de socorrer?

Diego. Esto, Catarro, es nacer
Un hombre con mala estrella:
Desde luego que nací
Esta mi fortuna fué.

Leon. Y yo mi muerte busqué
Desde el punto que te ví.

Diego. Mañana pienso partir
De Valencia.

Cat. Solo quiero
Preguntar, ¿con qué dinero?

Diego. La joya podrá servir,
Que aquel enigma divino
Me envió.

Cat. En lo cierto das,
Y en lo que intentando estás
No vas fuera de camino;
Ya siento lo que se tarda
La jornada.

Leon. Yo la lloro.
Diego. Yo siento, porque la adoro,
Ausentarme de Leonarda:
¡Oh si escuchára mis males,
Pues tanto mi bien limita,
La fortuna que me quita
El adorar sus umbrales!
Catarro; (¡ha cielos divinos!)
¿Qué hará mi Leonarda, di?
Cat. Estará pensando en tí
Como ahora llueven pepinos.
Diego. A Dios, hermosa homicida,
Imposible á mi dolor.
Leon. Eso no, porque el amor
Te estorbará la partida.
Diego. ¡Que de su vista adorada
Me ausente yo! (¡ah pena fiera!)
Leon. ¡Que yo en la joya le diera
Alas para la jornada!
Diego. Pero ya no hay otro medio.
Leon. Pero yo lo enmendaré.
Diego. Remedio á todo pondré.
Leon. A todo pondré remedio.
Diego. Vamos, porque prevenida
Esté mañana mi ausencia.
Leon. O no te irás de Valencia,
O me costará la vida. (*Vanse.*)

SALEN DON ENRIQUE, DON LUIS, Y DON RODRIGO.

Enr. ¿Qué me puede suceder
Bueno con tal porfiar?
¿Cuándo podré yo ganar
Lo que he llegado á perder?
Mal haya el maldito juego,
Y quien con él me ha metido,
Pues por él solo he perdido
La hacienda, con el sosiego.
Rod. Dejad, amigo, el pesar,
Que otro dia ganaréis.
Luis. Si porfiais, vos veréis
Como volveis á ganar.
Enr. Ya mi suerte está resuelta,
Y nada le satisface.
Rod. Callad, que todo lo hace
Andar solo un mes de vuelta.
Luis. ¿Qué hombre de bien puede estar,
Si llega tanto á perder,
Con alegría, hasta ver
Si se puede desquitar?
Rod. Eso os dice mi cuidado.
Luis. Por Dios, que sois mozo cuerdo.
Enr. ¿Qué tengo de hacer, si pierdo
Lo poco que me ha quedado?
Rod. ¿Puedo faltaros yo á vos?
Eso es dudar de mi fe.
Luis. Toda mi hacienda os daré.
Enr. Sois mis amigos los dos.
Rod. Pierda, pues soberbio es: *ap.*
Humille su vanidad.
Enr. Ya sé, que en vuestra amistad
No hay engaño, ni interes.
Rod. ¿Cómo os va con la privanza
De doña Clara la bella?
Enr. ¿Pues si no fuera por ella,
Qué fuera de mi esperanza?
Luis. ¿Pues, don Enrique, á Leonarda
No tuvisteis ciego amor?
Enr. Canséme de su rigor.
Rod. Ella es hermosa y gallarda.
Enr. Ya estoy pobre, y solicito
Dejarla, que bien podré,
Pues dar en seguirla fué
De la ociosidad delito.
Doña Clara me ha querido
Siempre, es noble, rica y bella,
Y cansándome con ella
Restauraré lo perdido.
Rod. En fin, ¿vuestro hermano está
Fuera de casa? es rigor.
Luis. Hoy le he visto de color,
A Flándes diz que se va.
Enr. Que se vaya solicito.
Rod. Tanta estrañeza es esceso.
Enr. Váyase á Flándes, con eso
De sustentarle me quito.

SALE INES CON MANTO.

Ines. Mi señora me ha mandado,
Que sin detenerme luego
Este papel dé á don Diego,
Y todo el lugar he andado:
Pero aquí su hermano está,
Y sus amigos; ¿qué haré?
De alguno me informaré,
Y señas de él me dará:
¿Cé, ha caballero?
Rod. ¿Es á mí?
Enr. ¿Conoceisla?
Rod. No, por Dios.
Enr. Pues lleguémonos los dos;
Mi pena divierto así:
¿Qué nos mandais, dama bella?
Luis. No trabeis conversacion,
Pues sabeis su condicion,
Dejadlo solo con ella.
En esta esquina aguardemos
Mientras habla á la tapada;
Cualquiera muger le agrada. (*Vase.*)
Rod. Son notables sus estremos. (*Vase.*)

Enr. Ya estais sola, y á mi ruego,
ue os descubrais será bien.
Ines. No os busco á vos.
Enr. ¿Pues á quién?
Ines. A vuestro hermano don Diego.
Enr. ¿Débeos algo?
Ines. Bien le apoya
a sangre que tiene clara.
Enr. Como es tan ruin, no estrañára,
ue fuera alguna tramoya:
Sois su dama?
Ines. Yo os confieso,
ue es de mayor gerarquía.
Enr. ¿Es hermosa?
Ines. Como el dia.
Enr. Pues yo os he de ver por eso.
(*Va á descubrirla.*)

SALE DOÑA CLARA CON MANTO.

Clara. De mi amante cuidadosa,
ues á verme no ha venido,
stos dias he salido
buscarle yo zelosa,
e mi casa disfrazada;
ero en balde es mi cuidado,
n la suya le he buscado,
vuelvo desesperada
in haber... ¡pero qué miro!
Esto, cielos, llego á ver!
Solo, y con una muger!
De mi paciencia me admiro! (*Llega.*)
on licencia de esa dama,
Hablaros aparte quiero
os palabras, caballero.
Ines. Id, que esa señora os llama.
Enr. Ya la obediencia es forzosa.
Clara. ¿Esto encubierto tenia?
Ines. Si son zelos, reina mia,
Aqueste galan no es cosa.
Clara. Yo no os pido cuenta á vos.
Ines. Hace muy bien su mercé;
Luego la vuelta daré,
Quedaos, don Enrique, á Dios. (*Vase.*)
Enr. ¿Qué mandais?
Clara. ¿Qué he de mandar,
Viéndoos tan bien ocupado?
Enr. No era cosa de cuidado.
Clara. A mí me lo puede dar.
De rabia y de zelos muero: *ap.*
Oh, acabe ya á mis suspiros!
Enr. ¿Qué es lo que quereis?
Clara. Deciros,
Que sois un mal caballero.
Enr. ¿Quién, señora, os irritó?
¿De qué estais tan enojada?
¿Quién sois, hermosa tapada?
Clara. ¿Quién puede ser sino yo?
(*Descúbrese.*)
Enr. ¿Dueño mio, doña Clara,
Tú en este trage? ¡qué miro!
¿Tú disfrazada, mi bien?
¡Oh, bien haya el desaliño
Cortesano, pues te muestra
Hermosa sin artificio!
Bien haya mi amor.
Clara. Tened,
No con amoroso estilo
Desmientan vuestros afectos
Tantos aleves indicios.
Yo os buscaba, no lo niego;
Muy tierno estais, ya lo he visto,
Muy amoroso: ¡ha traidor!
En vano mi queja ha sido;
Porque estar un hombre mozo
Con una dama muy fino
En la calle, claro está,
Que no es tan grande delito;
Esto se acabó.
Enr. Señora,
Sabe el cielo, él es testigo,
De que esta muger buscaba...
Clara. Satisfaciones no pido.
Enr. A mi hermano.
Clara. Eso es engaño.
Enr. Si no es verdad...
Clara. Mas me irrito.
Enr. Plegue á Dios...
Clara. No, no jureis.
Enr. Que el cielo...
Clara. Ofenderle ha sido.
Enr. Me falte...
Clara. De rabia muero.
Enr. Si mi amor...
Clara. Etnas respiro.
Enr. No os adora.
Clara. Suelta, ingrato.
Enr. Aguarda.
Clara. Muriendo vivo.
Enr. Solo tú, señora...
Clara. Es falso.
Enr. Pudieras...
Clara. Es desvarío.
Enr. Ser el dueño...
Clara. ¡Qué crueldad!
Enr. De mi aficion.
Clara. ¡Qué martirio!
Suelta, aleve; y pues mi amor
Se lo tiene merecido,
Muera yo de lo que peno,
Pues peno de lo que vivo. (*Vase.*)

*****

SALEN DON RODRIGO Y DON LUIS.

Rod. ¿ De qué dais voces ?
Enr. Ahora
Con la dama que os llamó,
Doña Clara hablar me vió.
Luis. ¡ Lo que os muele esa señora !
Rod. Ya yo la hubiera dejado.
Enr. Dejarla, amigos, recelo,
Que es rica, y este consuelo
En mi ruina me ha quedado ;
Que tuvo razon confieso.
Luis. Y vos disculpa tambien.
Enr. Dejad que la siga.
Rod. Y bien,
¿ Para qué os matais por eso?
Luis. Vamos, don Enrique, al juego,
A ver si os dice mejor.

SALEN DON DIEGO, Y CATARRO CON BOTAS, Y ESPUELAS.

Cat. Gracias al cielo, señor,
Que soldado á verme llego ;
Pero aquí tu hermano está,
Y muy bien acompañado.
Luis. ¿ No es don Diego el que ha llega-
Enr. Risa á todo el pueblo da. [do ?
Rod. A hablarle podreis llegar ;
Galan viene, y satisfecho.
Enr. Para vestirse habrá hecho
Mil trampas por el lugar.
Vamos de aquí : ¡ ciego estoy !
¡ Hay desvergüenza mas rara !
Delante de mí se pára ;
Por no mirarle me voy,
Que me causa gran mohina. (*Vanse.*)
Diego. Galan estás.
Cat. Estremado :
Poco habrá, que soy soldado,
Y tengo una hambre canina.
La joya nos dió consuelo,
Ella estas galas apoya ;
Si no fuera por la joya,
Nos quedábamos en pelo.
Diego. Ella fué el norte y la estrella
La dama que la envió.
Cat. La vieja que te la dió,
Se hallaba muy mal con ella.
¡ O vieja de gusto eterno !
¡ O vieja, que el serlo sobra !
Plegue á Dios, que aquesta obra
Te remoce en el infierno.

SALE INES TAPADA.

Ines. Gracias á Dios, que con él
Mi diligencia ha encontrado ;
Todo el lugar muerta he andado
Por darle aqueste papel.
Cat. Dama, que venis andando
Con ademan y sosiego,
¿ A quién buscais ?
Ines. A don Diego.
Cat. Señor, aquí andan buscando.
Diego. ¿ Es á mí, señora ?
Ines. A vos :
Este callando hablará. (*Dale un pape*
Cat. Hasta ahora bueno va ;
Joya tenemos, por Dios.
Diego. ¿ Si es del enigma divino ?
Con gusto le abre mi amor.
Cat. Como ya estás de color,
Te querrá ver de camino.
Ines. Pienso, que en lo cierto das,
Lo demas podra él decirte.
Cat. Sin duda quiere estreñirte,
Sabiendo de que te vas.
Ines. Ella el papel escribió.
Diego. Toda mi atencion es suya.
Cat. Y dime, por vida tuya,
¿ No traes otra cosa ?
Ines. No.
Cat. Por Dios, que la has hecho buen
¿ Pues con eso te venias, [o
Cuando entendí, que traias
Un joyel, ó una cadena ?
Vaya la pícara á dar
Papeles á quien los quiera ;
Por cumplimiento pudiera
Traerse un déjame entrar :
Un diamante, sea el que fuere,
Me dé.
Ines. Tu codicia apoyas.
Cat. Si nos ha enseñado á joyas,
¿ No lo he de sentir ? qué quiere ?
Pero pues galan estoy,
Y ya mi amor se declara,
Deme un bamboleo de cara.
Ines. Mala para vista soy ;
Pero...
Cat. Deja los desdenes,
Aquí para entre los dos.
Ines. Vesme aquí. (*Descúbres*
Cat. ¡ Fuego de Dios,
Qué maldita cara tienes !
¡ Jesus, qué figura rara !
Ines. ¿ La escupe ?
Cat. Mal alma tiene ;
¿ Es posible, que se viene
Sin joya, y con esa cara ?
Ines. Yo sé, que aunque me maltrata
Que me quiere bien.

Cat. La adoro;
Si usted trujera algun oro,
Viniera como una plata.
Diego. Decidle á vuestra señora,
Que la obedece mi vida;
Y que aunque ya mi partida
Estaba dispuesta ahora,
Por hoy suspenderla quiero,
Aunque mañana me iré,
Que aunque tan forzosa fué,
Es darla gusto primero.
En el puesto que decis
Aguardarémos los dos.
Cat. A Dios, angelito.
Ines. A Dios,
Yo veré si lo cumplis. (*Vase.*)
Cat. ¿Qué te dice esa muger?
Diego. A sólas me quiere hablar.
Cat. Mucho me da que pensar;
Un tigre debe de ser.
Diego. ¿Qué querrá cuando mi estrella
Mi ausencia infeliz apoya?
Cat. Querrá pedirte la joya,
Y mas los réditos de ella.
Diego. No apures mi sufrimiento:
¡Que necio tu humor está!
Cat. ¿Cómo que no? ¿cuánto va,
Que te pide á diez por ciento?
Diego. Ven, Catarro, que mi amor
Diferente estrella sigue.
Cat. Cuando por ella te obligue,
Di, que soy tu fiador. (*Vanse.*)

SALEN LEONARDA, É INES CON MANTOS.

Leon. ¿Qué le hablaste?
Ines. Sí señora,
Y esto por respuesta da.
Leon. ¿Qué, en fin, á verme vendrá?
Ines. A las ocho, que es la hora
Señalada entre los dos.
Leon. Plegue á Dios, que venga, Ines.
Ines. Él es bizarro y cortes;
¿Mas no me dirás, por Dios,
En casa de doña Clara,
Qué intenta tu desvarío?
Leon. El pecho, y alma te fio,
Escucha una industria rara.
Hablar en mi casa, Ines,
A don Diego, fuera error,
Que la sabe, y en rigor
Me conocerá despues.
Negarle, que yo le adoro,
Pues lo sabes, es quimera;
Pero mayor daño fuera
Aventurar mi decoro.
Y en lo que mas me acobardo,
Para seguir mis intentos,
Es aguardar por momentos,
Ines, al conde Ricardo,
Que viene á ser mi marido:
Mis deudos por darme estado
El casamiento han tratado,
Aunque á mi disgusto ha sido.
Yo, en fin, viendo que mi amor
Crece de mi llama al fuego,
Y que yéndose don Diego,
Queda eterno mi dolor:
Mientras el conde no llega,
Y mi corazon se abrasa,
Hablarle quiero en la casa
De mi prima, amante y ciega.
Sin luz, Ines, aseguro,
Que no me conocerá;
En la casa no caerá,
Con que todo está seguro.
Dirás tú, que doña Clara,
Si á don Diego llega á ver,
Le podrá, Ines, conocer,
Cosa que á mí me pesára.
Pero mi amor advertido
Un dia le preguntó
Por él, y señas me dió
De no haberlo conocido.
Y á creerlo me ocasiona
Ver lo mal que me ha tratado
Su hermano, y haber llegado
Poco habrá de Barcelona.
Ines. Todo, señora, está bien:
¿Qué es lo que intentas ahora?
Leon. Ver si don Diego me adora,
O si muero á su desden.
Ines. Eso ya está conocido,
Señas de adorarte da.
Leon. ¿No ves, que tambien está
De mi misma agradecido,
Sin saber, Ines, que fuí
Quien la joya le envié?
Pues ese mi intento fué
Ver si me quiere por mí.
Ines. Si en nombre de la tapada
Le llamas, ¿no fuera error
Decir que te tiene amor?
Leon. Eso no me importa nada,
Y á mi intento no desdice,
Que aunque él discreto andará,
Se yo, que me lo dirá
El modo con que lo dice:
¿No estaba de color?
Ines. Sí:
¿Qué quieres, dime, intentar?
Leon. Ines, no hay sino callar,
Y dejarme obrar á mí.

SALE DOÑA CLARA.

Clara. Prima mia, en este instante
Una criada me dijo,
Que estabas aquí, y al punto
A buscarte mi amor vino;
Tú seas muy bien llegada.
Leon. A mi fortuna le estimo
Hallarte en casa, pues logro
La dicha de haber venido;
Aunque, si he de hablar verdad
Juntamente solicito
Darte cuenta de un cuidado
Que á tus ojos me ha traido,
Y tú remediarle puedes.
Clara. Ya es el dudarlo delito,
Cuando sabes que...
Leon. Por eso
De tí, prima, me he valido.
Sabe, que el conde Ricardo
Ayer á Valencia vino.
Clara. ¿Qué dices? ¿el que ha de ser
Esposo tuyo?
Leon. Ese mismo.
Clara. ¿Pues eso te da cuidado?
Leon. Con mucha atencion le he visto,
Y es en estremo galan,
Bizarro, airoso y lucido,
De linda persona y talle.
Clara. De eso me huelgo infinito;
Pues yo, ¿qué tengo que hacer,
Si tantas partes me has dicho?
Leon. Mira, como el matrimonio
Es lazo estrecho (bien finjo) *ap.*
Que dura toda la vida,
Quisiera...
Clara. Habla, prima, dilo.
Leon. Saber si el conde Ricardo
Es afable y entendido;
Porque si su condicion
Es contra lo que te he dicho,
Casarme con él será
Del alma fiero martirio:
Bien se encamina mi engaño. *ap.*
Clara. ¿Prima, no tienes oidos?
¿Hay mas que hablarle?
Leon. Mi amor
Eso á suplicarte vino:
Quisiera hablarle en tu casa;
Con que dos cosas consigo,
Ver su entendimiento, y que él
No sepa donde ha venido,
Pues ya le han dicho mi casa.
Clara. ¿Qué he de hacer, cielos divinos?
Que puede ser que mi amante, *ap.*
Cuidadoso y advertido
De los zelos que me dió,
Venga esta noche rendido
A darme satisfaccion.
¡En qué ciego laberinto,
Por un antojo liviano,
Esta muger me ha metido!
Leon. ¿Qué respondes?
Clara. Que me trates
No como quien te ha querido,
Y desea que la mandes.
Responderte era delito,
Dueño de mi casa eres,
Consúltalo allá contigo.
Leon. En nuevas obligaciones
Pones el afecto mio;
Quítame ese manto, Ines,
Y ve á hacer lo que te he dicho.
Ines. Ya voy. (*Vase.*
Clara. Yo con tu licencia
Allá dentro me retiro;
Voy á que prevengan luces,
Y yo misma solicito
Traerlas, que á mis criadas
No es bueno darlas indicio
De que entra hombre en mi casa.
Irme ahora determino, *ap.*
Porque si viene mi amante
Remedie tantos peligros. (*Vase.*
Leon. ¡Ay de mí! que á doña Clara,
Que no traiga luz no he dicho;
Yo voy volando á avisarla;
Pero ¡ay Dios! que siento ruido,
Y es don Diego que ya llega;
Mas es vano el temor mio,
Que, claro está, que mi prima
Habrá mi intento entendido.

SALE INES, Y TRAE DE LA MANO A DON DIEGO, Y CATARRO.

Ines. En esta cuadra os espera.
Cat. Major dirás en el limbo,
Pues no somos inocentes.
Leon. ¿Es don Diego?
Diego. Es quien ha sido
Infeliz, pues le quitais
La gloria de haberos visto.
Leon. Muy ingrato habeis andado,
Pues cuando me inclino á vos
Os ausentais.
Diego. Pues por Dios,
Que en vos tengo mi cuidado,
A vos por dueño os aguarda
La dicha, que merecí.
Leon. Pues me habian dicho á mí,

Que amabais cierta Leonarda.
Diego. Vanos son vuestros recelos,
A vos por dueño os señalo:
Miente la lengua. *ap.*
Leon. No es malo, *ap.*
Que yo de mí tenga zelos.
Dicen, que sois muy humano:
Mal esta pena resisto: *ap.*
Mas, ¡ay de mí! luz he visto,
No fué mi recelo vano.
Diego. ¿Pues de qué os turbais así?
Leon. ¡Oh, lo qué causa un error!
Cat. Joya tenemos, señor.
Leon. Don Diego, quedaos aquí,
Que yo volveré al instante,
Y de espacio me vereis:
Ven, Ines.
Diego. En mí teneis
Un esclavo, y un amante.
(*Vanse las dos.*)
Esta muger, qué pretende,
Cuando verla solicito?
Cat. Volverá de frailecito,
Porque yo pienso, que es duende.
Pero una luz he mirado,
Y hácia aquí viene, señor.
Diego. Ella será, ya mi amor
Todo su intento ha logrado.
Cat. Y no es vieja, vive Cristo.

SALE DOÑA CLARA CON UNA LUZ.

Clara. Luz traigo á mi prima ahora:
Ha venido?
Diego. Ya, señora,
He logrado haberos visto:
Mal á mi amor corresponde
Quien su vista niega así:
Vos sois el dueño...
Clara. ¡Ay de mí! *ap.*
Este sin duda es el conde.
Diego. Al alma tormento dais,
Ya esta dicha se logró.
Clara. Ciego estais, mirad, que no
Soy la dama que buscais.
Diego. ¿Pues eso negar quereis,
Cuando estoy tan obligado
De vos, y me habeis llamado,
Negais que me conoceis?
En vuestra respuesta aguardo
El crédito de mi fe:
No sabeis quien soy?
Clara. Ya sé,
Que sois el conde Ricardo,
Que á Valencia habeis venido
A casaros de amor preso:
Mas no se sigue por eso,
Que yo esa dama haya sido.
Diego. Mas acrecentais mi duda,
Señora, con responder:
¿No escuchas?
Cat. Esta muger *ap.*
Borracha viene sin duda.
Diego. Si os burlais, por vida mia,
Que haceis mi pena mayor.
Cat. Aguarda, dila, señor,
Que te llame señoría. (*Llaman.*)
Clara. Llamar á la puerta oí,
Pues sois discreto y galan,
Aquestos golpes que dan,
Del dueño son (¡ay de mí!)
De esta casa; y así os ruego,
Que aquí dentro os escondais,
Pues con hacerlo le dais
Alivios á mi sosiego.
Diego. ¿Teneis dueño?
Clara. Puede ser.
Cat. No se quejará de vicio.
Clara. Escondeos apriesa.
Diego. El juicio (*Escóndense.*)
Me apura aquesta muger.
Clara. A abrir á mi amante voy,
Que quién duda, que él será,
Que arrepentido vendrá
A darme... ¿quién es? (*Llaman.*)

SALE OCTAVIO.

Oct. Yo soy.
Clara. ¿Qué es esto, Octavio?
Oct. Señora,
Don Enrique me mandó,
Que veniese luego yo
A decirte, como ahora
Es imposible venir,
Que queda perdiendo mucho;
Pero que luego...
Clara. ¡Qué escucho!
Oct. No dejará de acudir
A verte, y desenojarte
De los zelos que te dió.
Clara. Que no venga quiero yo. *ap.*
Octavio, al momento parte,
Y dile á aquese traidor
(¡El corazon se me abrasa!)
Que haga cuenta, que esta casa
No la conoce su amor,
Que no tiene á qué venir.
Oct. Es hacerle mucho agravio.
Clara. No me repliques, Octavio,
Esto le puedes decir. (*Vase Octavio.*)
Ya el lance no me acobarda,

Pues sin embarazo estoy:
¿Qué aguardo? á avisarle voy,
Que aquí está el conde á Leonarda.
(*Vase, y deja la luz.*)
Leon. (*al paño*). A mi prima no he encontrado,
Sola esta sala á ver llego. (*Sale.*)
Sin duda Ines á don Diego
Cuidadosa habrá sacado:
¡Qué un error haya podido
Mi engaño desvanecer!
Diego (*al paño*). Desde aquí procuro ver,
Pues ha cesado ya el ruido,
El logro de mi deseo.
Sola está, salir ahora
Quiero, y hablarla. Ya, señora... (*Sale.*)
Mas, ¡cielos, qué es lo que veo! *ap.*
Leon. ¡Ay Dios! la engañada he sido *ap.*
Cuando le pensé engañar.
Diego. ¡Qué es lo que llego á mirar!
Leon. Sin duda estaba escondido;
Mas disimular importa.
Diego. ¡Qué pretende mi fortuna!
Leon. ¿Qué es esto, señor don Diego?
¿En esta casa qué busca
Vuestra atencion?
Diego. Mal la lengua *ap.*
Las palabras articula:
Pues conocí á la tapada,
No ha de negar mi ventura
Lo que á esa dama le debo.
Leon. Pues decidme, ¿qué procura
Vuestro engaño?
Diego. Como yo,
Señora, no he visto nunca
Esa dama, que decís,
Agradecimientos usa
La voluntad, mas no amor,
Solo en vos tiene disculpa
El alma.
Leon. ¿Qué, en fin, me amais?
Diego. Como al sol la noche oscura.
Leon. ¿De veras?
Diego. Dígalo el alma.
Leon. ¿Cierto?
Diego. ¿En esa poneis duda?
Leon. Pues habeis errado el lance.
Ved, que esa dama os escucha,
Y son injustos les zelos,
Y es mi amiga, y sé que os busca,
Solo para que no os vais:
Está muy tierna, y procura
Deteneros, y si yo
Puedo con vos cosa alguna,
Que no os vais, por ella, os ruego.
Diego. Por daros gusto se escusa
Mi jornada, no por ella
Leon. ¿Por mí? si eso os atribula,
Desde luego os podeis ir.
Diego. Sí, ya sé que de ello gusta
Vuestra amistad, yo me quedo;
Mas sabed (¡ah pena injusta!)
Que sois el dueño que adoro.
Leon. ¿Y la tapada?
Diego. Eso es burla.
Leon. ¿No la quereis?
Diego. No señora.
Leon. ¡Qué aquesto mi engaño sufra! *ap.*
¡Qué yo misma me dé zelos! [bras.
Diego. ¡Ay, amor! mucho te encum-
Leon. ¡Ay, amor! mucho te abrasas. *ap.*
Diego. ¡Ay, alma! mucho te apuras. *ap.*
Leon. Como Leonarda me quiere, *ap.*
Como tapada procura
Obligarme, con entrambas
A un tiempo finezas usa:
Yo vine á desengañarme,
Y llevo mayores dudas:
Id con Dios.
Diego. Guárdeos el cielo;
¿No tendré esperanza alguna,
Siquiera una vez de veros?
Leon. Con ella me vereis muchas:
¿Amor, qué es lo que pretendes?
Diego. ¿Amor, qué es lo que procuras?
Leon. Corazon, ya te han rendido,
Don Diego, tu aliento turba,
No es mucho que te despeñes,
Pues tu precipicio buscas.
Diego. Amor, yo he de porfiar
Hasta que advierta mi duda,
Si caben en un sugeto
Amor, pobreza y fortuna.

JORNADA III.

SALE DON DIEGO DE COLOR.

Diego. ¿A quién habrá sucedido
Lo que por mí está pasando,
Sin que el mas sutil discurso
No se pierda en el cuidado?
¿Qué enigmas, cielos, son estas?
¿Que ilusiones, ó qué encantos,
Pues yo, aunque llego á sentirlos,
Nunca á entenderlos alcanzo?
¿No hablé á la tapada? Sí.
¿No la hablé con luz? Es claro.
¿No ví á Leonarda? Tambien.
¿Cómo, cielos soberanos,

Habiendo hablado con una,
Ambas á dos me negaron?
¡Vive Dios, que no lo entiendo!
Discurso, deten el paso,
Porque llegar á entenderlo,
Es camino de dudarlo.

SALE CATARRO MUY DE PRIESA.

Cat. Sudando vengo, por Dios:
¿Es posible que te hallo,
Señor, despues de seis horas
Que ha que te busco?
Diego ¿Catarro,
Cómo vienes tan de priesa?
¿Qué hay de nuevo?
Cat. Hay cuentos largos;
Mas no los puedo decir,
Que harto te importaba darlos
Por sabidos: ¡Dios de mi alma,
Lo que te importa!
Diego. Borracho,
Habla ya, ó viven los cielos,
Que te dé de cintarazos.
Cat. ¡Oh quién fuera el de las aguas,
Para llenar doce vasos
De una vez en doce cosas!
Señor, que contarte traigo
De diferentes colores.
Diego. ¿Qué aguardas? habla, villano,
O vive Dios...
Cat. Pues escucha.
Diego. Ya te atiende mi cuidado.
Cat. Ya sabes, que soy galan,
Y que á mi talle y mi garbo
Fué niño de teta aquel
Famoso Arias Gonzalo.
Esto supuesto que es cierto,
Ya sabes, que anoche entrambos
Nos escondimos; que tú,
Sin hacer en mi reparo,
Escondido me dejaste:
Ahora vamos al caso.
Inesilla, cierta moza
(Que importa mucho al recato
De las damas encubrir
El nombre, mas ya lo callo,
Porque puedes conocerla)
Conmigo se ha declarado:
Y como la pobre lucha
Con pensamientos tan altos,
Temo que venga á perder
El juicio, por mis pecados.
Yo tambien la correspondo
Entre desdeñoso y blando,
Ni bien suyo, ni bien mio,
Ni bien fino, ni bien falso;
Pero lo merece Ines,
Que á no tener, yo hablo claro,
De chismosa unos asomos,
Y de fácil unos rasgos,
Ser fea por el principio,
Y ser necia por el cabo;
A no calzar la muchacha
Quince puntos de zapato,
Ser desaliñada y puerca,
Fuera la Ines un milagro.
Finalmente, mi don Diego,
La moza que te he pintado,
He sabido, que es criada
De aqueste hermoso milagro,
Que por brújula te envia
Las joyas y los regalos.
Y hablando de su señora,
Inesilla me ha contado,
Que el dueño de aquella casa,
La tapada, ó el encanto,
Que te busca, señor, y
Que nos ha vestido á entrambos,
Es doña Clara de Borja,
Con que su sangre no es barro,
Su hermosura la que sobra,
Su renta seis mil ducados,
Sus joyas, ya las has visto.
Aquesto le dí á tu amo,
Dijo Ines, y me vació
Por cierto postigo falso.
Esto, don Diego, he sabido;
Pues, dime, hombre de los diablos,
Ahora buscas Leonardas,
Cuando yo, siendo Catarro,
En la tapada, señor,
Tomé... Claramente te hablo.
Agárrate de esa Clara,
Que es la que te está adorando;
Díganlo tantas finezas,
Joyas, favores, regalos,
Como á esta muger le debes.
¿Hombre, estás endemoniado?
¿Seis mil de renta no estima
Quien no tiene unos zapatos?
¿Cómo, di, tu chimenea
Los humos no te ha bajado?
¿Eres mas de un escudero
De don Enrique tu hermano,
Que nunca has tenido uno
Entre los sueltos caballos?
Esta es ya resolucion:
Señor don Diego, casaos,
O vive Dios, que si yo
A reduciros no basto,
Que me he de casar con ella:

Harto os he dicho, miradlo.
Diego. ¡Ay, Catarro! mi dolor
Tiene mi esperanza en calma:
Si á Leonarda he dado el alma,
¿Qué culpa tiene mi amor?
No hay en mis desdichas medio:
Si tú con tal ceguedad
Ignoras mi enfermedad,
¿Para qué me das remedio?
De doña Clara no olvido
Las finezas y el cuidado;
Allí me hallo enamorado,
Y aquí solo agradecido.
Luego la pena que siento,
Todos dirán, que es mejor
Hacer lugar al amor,
Y no al agradecimiento.
Nada á mi amor satisface,
Argos de Leonarda soy:
¡Ay, Catarro, que ya estoy
Muerto!
Cat. Requiescat in pace.
Señor, por amor de Dios,
Que eso es quedarse á la luna;
Pues no te hallas bien con una,
A la vista tienes dos.
A Leonarda sigue en vano,
Así á ser dichoso vienes;
Cásate luego, pues tienes
El casamiento en la mano.
Clara, si habla verdad,
No desobligarla es treta,
Que puede servir si aprieta
Mucho la necesidad.
En lo que intentas repara,
No hagas de tu dicha tema,
Porque á falta de la yema
No es mala, señor, la clara.
Diego. Ningun consejo me des,
Pues ignoras, en rigor,
Que no es amor el amor,
Que conoce el interes.
Y así, pues que de color
Andamos por el lugar,
Y me lo han de murmurar,
La última prueba mi amor
Quiere hacer, pues mi partida
Abreviaré de esta suerte,
O bien para hallar la muerte,
O para cobrar la vida.
A ver á Leonarda iré,
Anoche en casa la ví
De doña Clara, y allí
Mi pasion la declaré:
Y ella, dejando el rigor,
Me respondió, que no oia
La dama que me queria.
Cat. ¿Ves como es Clara, señor?
Por Dios, que es tu humor estraño;
¿A Leonarda quieres ver
En su casa?
Diego. Iré á saber
De mi amor el desengaño.
Si ella aumenta sus enojos,
Mañana pienso partir.
Cat. Al fin, yo lo he de decir
Con lágrimas en los ojos:
Ya callártelo es en vano,
Fortuna ha sido cruel;
Has de saber, que la piel
Dió don Enrique tu hermano.
Diego. ¿Pues qué ha muerto?
Cat. Sí señor,
Llorando á decirlo llego,
Hízolo cosa de juego,
Y fué el naipe su dotor:
Y lo siento, vive Dios,
Por lo mucho que nos daba,
Que era un santo, y nos trataba
Como esclavos á los dos.
De tí se acordó, aunque malo,
Para que no formes queja,
Don Diego, porque te deja
Unos estribos de palo.
Era buen mozo el cuitado,
Y murió tan penitente,
Que juzgo piadosamente,
Que el diablo se lo ha llevado.
Diego. ¡Que tenga paciencia yo,
Siendo tu humor conocido!
Cat. No ha muerto, mas ha perdido
Todo cuanto Dios le dió.

SALEN DON ENRIQUE Y OCTAVIO.

Enr. ¿Qué dices de mi fortuna?
Oct. Que escarmiento al mundo has dado
Enr. Octavio, en un desdichado
No permanece ninguna.
Cat. Tu hermano es, que á consolarle
Vayas luego te prevengo.
Diego. Ven, Catarro, que no tengo
Animo para escucharle. (*Vanse.*
Enr. ¡Ay de mí!
Oct. No ha sido en vano,
Que padezcas pena tal,
Si reparas en lo mal,
Que lo has hecho con tu hermano;
Aun mayor daño recelo.
Enr. ¿Mas cuando estoy destruido?
Oct. Sí señor, porque este ha sido
Justo castigo del cielo:

Ya tan pobre á verte llego,
Que no tienes que comer,
¿Qué es lo que intentas hacer?
Enr. En esta casa de juego,
A donde tantos testigos
De mi mal vienen, y van,
Pienso que jugando están
Mis dos mayores amigos,
De quien mi ruina ha nacido.
Oct. Que te socorran les di.
Enr. Ya vienen, Octavio, allí.
Oct. Harta amistad te han debido:
Con muchos mirones vienen,
Que es señal de haber ganado.
Enr. A muy buen tiempo he llegado,
Ya mis esperanzas tienen
Algun alivio por hoy:
Octavio, vente trás mí,
Retirémonos de aquí. (*Retiranse.*)

SALEN DON RODRIGO, DON LUIS, Y DOS MIRONES.

Luis. A nadie barato doy.
Rod. ¿No he dado barato allá?
¿Qué es lo que quieren aquí?
1°. No me le ha dado usté á mí.
Rod. En balde es cansarse ya.
Luis. ¡Jesus, la gente que carga!
Rod. Denos barato á los dos,
Pues en duda, sabe Dios,
Que juzgue la suerte larga.
Cuando le embocó las trece,
Que lo dejó palpitando.
Luis. Ya yo me voy enfadando.
1°. Bien el barato merece,
Quien en muchas ocasiones,
Que á la errona usted paraba
Muy largo, le encomendaba
Con sus pobres oraciones.
2°. El contador es primero.
1°. A mí, que el tahur llevé.
2°. Yo una suerte condené,
Que importó todo el dinero:
Con un doblon me contento.
1°. Yo con menos, sí, por Dios.
Rod. Ven aquí para los dos
(¡De risa, don Luis, reviento!)
Ocho reales.
2°. Me acomodo.
1°. Yo no, aunque mas me rueguen:
Plegue á Dios que cuando jueguen,
Que las pierdan hasta el codo. (*Vanse.*)
Oct. Ahora puedes llegar.
Rod. ¿Qué decis de estas razones?
Luis. Que solo por los mirones
Tengo el juego de dejar.
Rod. Polillas son, vive Dios.
Enr. La enhorabuena os daré, (*Llega.*)
Amigos, porque ya sé,
Que habeis ganado los dos:
Mi mayorazgo he perdido,
Con vosotros lo he gastado,
Pues los dos habeis ganado,
Que me socorrais os pido:
Su buena fortuna alaba
Quien por amigos os tiene.
Luis. Con buen despacho se viene.
Rod. Esto solo me faltaba.
Enr. Pues veis mi mucha afliccion,
Socorredme, don Rodrigo:
¿Qué decis, no hablais?
Rod. Amigo,
Llegais á mala ocasion;
Que os sirviera mi cuidado
Con afecto verdadero,
Mas le debo al garitero
Dinero, que me ha prestado
De un abono que perdí,
Que pagase no dilata,
Y voy un poco de plata
A desempeñar; y así,
Pues habeis llegado tarde,
Nada ahora os puedo dar,
Porque primero es pagar:
Don Enrique, Dios os guarde. (*Vase.*)
Enr. ¿Vos, don Luis (¡de rabia loco *ap.*
Estoy! ¿quién tal escuchó?)
Que me respondeis?
Luis. Que yo
Nada os puedo dar tampoco;
Y disuadiros pretendo
De peticiones iguales,
Porque mas de dos mil reales
De rifas estoy debiendo,
Y de barajas tambien:
Perdonad respuesta igual,
Que no he de hacerme á mí mal,
Por haceros á vos bien. (*Vase.*)
Enr. ¿Cómo (¡ay Dios!) no me enagena
Mi locura y mi furor?
Poco le debo al dolor,
Pues no me ha muerto la pena.
O pesia...
Oct. Señor.
Enr. Octavio,
Ya no hay en mí resistencia:
¿Quién ha de tener paciencia
Para escuchar este agravio?
Oct. La cordura y la templanza
El cuerdo tener procura.
Enr. ¿Pues cómo ha de haber cordura,

Que sufra tanta mudanza?
¡Que hoy pobre se llegue á ver
Quien tan rico ayer estaba!
Oct. El tiempo todo lo acaba.
Enr. ¿Podré paciencia tener,
Viendo tanta falsedad
En mis amigos, Octavio?
Oct. La pobreza y el agravio
No hallan segura amistad;
Este ejemplo lo declara.
Enr. ¡Ay de mí! en vano me aliento,
Verme en este estado siento,
No por mí, por doña Clara.
Ya no es posible llegar
A ponerme en su presencia,
Precisa ha de ser mi ausencia,
Mi amor puede perdonar.
Ya no, Octavio, de mi daño
En parte no formo queja,
Porque aunque tarde, me deja
Escarmiento el desengaño. (*Vanse.*)

Sale DOÑA CLARA con manto.

Clara. Decid, que se aguarde el coche,
Que poco estaré con ella.
A ver á mi prima vengo,
Para ver cuando concierta
Su casamiento, pues ya
El conde llegó á Valencia,
Y yo misma le vi anoche;
Con que á un tiempo mi fineza
Le pagará la visita,
Y dará la enhorabuena.

Salen DON DIEGO, y CATARRO.

Diego. Temblando llego, Catarro,
Que estas paredes me enseñan
Respeto, y los yerros mios
Estos balcones me acuerdan:
¡Un lazo mi aliento oprime!
Cat. Ya subiste la escalera:
¿Sabes el credo, señor?
Porque en el aire se reza.
Diego. Siempre has de estar de ese humor:
Mas, Catarro, aguarda, espera:
¿No es aquesta la tapada?
Cat. La misma es ella por ella.
Clara. Este es el conde Ricardo,
Él tiene buena presencia,
Buen gusto tiene mi prima.
Diego. Si no me ha visto, quisiera
Volverme a salir.
Cat. Señor,
Vana fué tu diligencia,
Que ya te ha visto; por Dios,
Que te ha cogido entre puertas.
Diego. ¿Qué disculpa la daré?
Porque esta muger es fuerza,
Que esté zelosa de ver,
Que á ver á Leonarda venga,
Pues cuando la hablé en su casa
Se mostró zelosa de ella;
Esto ha de ser, vive Dios.
Clara. ¿Cómo el tal conde no llega
A preguntar por mi prima?
Diego. Mi engaño de esta manera *ap.*
Lo remediará: ¿Es posible,
Infame, que no supieras,
Antes de venir, la casa?
Vive Dios, que mi impaciencia
Se aumenta con sus descuidos.
Clara. Vuestro criado no yerra,
Pues la casa que buscais
Con tanto cuidado es esta.
Diego. Zelosa está, ¿qué he de hacer?
Cat. Fuego de Dios, ¡qué ojos echa!
Clara. Vos seais muy bien venido,
Donde por dueño os espera
Esta casa, y donde ya
La podeis tener por vuestra:
La enhorabuena me doy
Del gusto y las conveniencias
De entrambos, porque soy parte,
Que en tanto acierto interesa,
Y ahora me habeis de dar
Para dejaros licencia,
Porque quiero ser yo quien
Lleve á Leonarda las nuevas.
Cat. Señor, dila que venias
Preguntando por la dueña,
Y á traerla unos anteojos.
Diego. Cierta salió mi sospecha.
Clara. No la dilateis el gusto,
Que tendrá cuando lo sepa.
Diego. De zelos está perdida. *ap.*
Cat. Caiste en la ratonera.
Diego. Pero esto ha de ser.
(*Al paño Leonarda.*)
Leon. Ahora,
Que á verme mi prima llega
Una criada me dijo:
Mas, cielos, ¿no está con ella
Don Diego? de aquesta vez
He de apurar mi sospecha,
Porque mi prima me ha dicho,
Que anoche le habló; es cierta
Razon, que por la tapada
La ha tenido: ea, cautelas,
Animo, que de esta vez
De su amor haré esperiencia.
Diego. Señora, el haber venido

A esta casa...
Cat. ¿Qué te hielas?
Diego. No es amor.
Leon. ¡Ah falso amante!
Cat. La verdad del caso es esta.
Clara. ¿Para qué fingis conmigo?
Ya sé que cuidado os cuesta
El dueño de aquesta casa,
Enmendaré su grosera
Atencion: y ¿qué os turbais
De la dicha que os alienta?
Ya aqueste novio ha cumplido *ap.*
Con la necedad primera.
Diego. Turbado y confuso estoy. *ap.*
Leon. Pendiente estoy de su lengua.
Diego. Señora, no he de negar
Los favores, las finezas,
Que os debo.
Cat. Vaya, señor,
Prosigue, que va de perlas.
Diego. Ya, Catarro, muerto estoy.
Desde que en la estancia amena
Del Grao tapada os ví
Dar envidia á las estrellas;
Y desde que para hablaros
Cortes me disteis licencia,
Confieso, que agradecido
Estoy á las nobles muestras
De amor, que os he debido.
Cat. Eso sí, pese á mi abuela:
Desenójala, señor,
Que tiene seis mil de renta. [toy!
Clara. ¡Qué es lo que escuchando es-
Leon. ¡Ah, tirano! amor, paciencia.
Diego. Pero...
Cat. Señor, ese pero
Se te ha de volver camuesa.
Clara. Mirad bien lo que decis.
Diego. Ya desengañarla es fuerza: *ap.*
Primero es mi amor, señora,
Que en un hombre de mis prendas
Nunca ha de caber engaño;
Vos nunca disteis materia
Para que os viese hasta anoche,
Que os ví en vuestra casa mesma,
Con que solo agradecido
Estoy á vuestras finezas.
Antes de veros tenia
Amor á Leonarda bella,
Que fué mi primer cuidado;
Perdonad, si os lo confiesa
Mi amor, pues ya no es posible,
Que lo oculte mi cautela:
Mas porque aquesta disculpa
No la tengais por grosera,
Mañana pienso dejar,
Desesperado, á Valencia,
Con que mi atencion consigue,
Que sepais por esperiencia,
Que no os deja por alguna
Quien por infeliz os deja.
Cat. ¿Hombre, qué has hecho, que has
Con toda la Clara en tierra? [dado
Leon. Albricias, alma, pues viven
Ya mis esperanzas muertas.
Clara. Esto es, que como á casarse *ap.*
Viene con Leonarda bella,
Pretende desengañarme
Con resolucion discreta,
Juzgando ser yo la dama,
Que anoche le habló encubierta
En mi casa: señor conde,
Vos me dejais satisfecha
Cuando pensais agraviarme;
Porque Leonarda...
Leon. Esta necia
Se ha de declarar sin duda;
Salir á atajarla es fuerza:
Esto me ha dicho otra vez. (*Sale.*)
Diego. ¡Que confusiones son estas!
Leon. Prima, seais bien venida.
Cat. ¡Jesus! soltóse la presa,
De esta vez nos dejan calvos.
Leon. Vos, señor (valor, cautelas) *ap.*
Muy bien llegado seais.
Clara. ¿Pues cómo á hablarla no llega?
Diego. Yo, señora...
Leon. ¿Que decis?
Clara. Ambos de mí se recelan, *ap.*
Dejarlos quiero: Leonarda,
A darte la norabuena
He venido; y pues que ya
Bien acompañada quedas,
No quiero que vuestros gustos
Estorbe mi inadvertencia,
Porque en los lances de amor
Siempre quien estorba yerra. [*ap.*
Leon. Prima, á Dios. Leyóme el alma.
Diego. ¿Cielos, qué enigmas son estas?
Permitid que os acompañe. [*ap.*
Clara. Vueseñoría se tenga,
Y goce por muchos años
De Leonarda las finezas. (*Vase.*)
Diego. ¿Qué es lo que pasa por mí?
Cat. Por Dios, que va por la puerta
Como perro con vejiga.
Leon. Venció mi amante sospecha, *ap.*
Pues le hallé constante y firme.
Pues, don Diego, ¿qué quereis?
Diego. Vengo á decir, que me deis
Licencia para partirme.
Leon. ¿Para partiros? porqué?

¿Mi amiga no os obligó?
Diego. Ya supe quien era yo,
Y solo de mí no sé;
Que es doña Clara he sabido
La dama que me ha obligado:
Y no sé porqué ha mostrado
Haberme desconocido;
Y aunque es doña Clara bella,
No luce á vuestro arrebol,
Pues á donde asiste el sol
Nunca hace falta una estrella.
Yo os adoro; y vive Dios,
Que no solo á doña Clara,
Pero mil mundos dejára,
Bella Leonarda, por vos.
Quedaos, pues, y no os espante,
Que se vaya mi cuidado
A morir de desdichado,
Si ya no ha muerto de amante.
Leon. Señor don Diego, advertido
Estad de que si pudiera
Ser agradecida, fuera
Vuestro amor correspondido.
No os puedo querer, por Dios,
Por causas que ahora os niego;
Pero, en fin, señor don Diego,
Algo se ha de hacer por vos.
Diego. Si os pierdo, os cansais en vano.
Leon. Yo pienso quedar airosa,
Porque á vuestro gusto, esposa
Os he de dar de mi mano.
Diego. Si es doña Clara, no escucho.
Leon. Poco mi afecto os debió:
No es doña Clara, y sé yo,
Que ha de contentaros mucho.
Diego. Pues decidme, ¿qué muger
Puede contentarme aquí?
Leon. Don Diego, fiadme á mí,
Que á vuestro gusto ha de ser.
Diego. No siendo vos, desvarío
Es ponerme en su presencia.
Leon. Yo os animo, y la esperiencia,
Mas no os fuerzo el albedrío:
Si á vuestro gusto no fuere
Poco vuestro engaño dura.
Cat. Pues yo he de llevarme al cura,
Y venga lo que viniere:
Aceta, que he presumido,
Aunque el lance te acobarda,
Que aquesta novia es Leonarda.
Diego. A vuestras plantas rendido,
Humilde, obediente y ciego
Mi agradecimiento está;
Pero sin vos...
Leon. Basta ya:
Esto os importa, don Diego.
Diego. Ea, penas, á morir. *ap.*
Leon. Ea, amor, á desear. *ap.*
Diego. Ea, esperanza, á penar.
Leon. Ea, alientos, á vivir.
Diego. Cuando sé...
Leon. Cuando á ver llego...
Diego. Que me obliga...
Leon. Que me aguarda...
Diego. Tanta crueldad en Leonarda.
Leon. Tanta fineza en don Diego.
(*Vanse.*)

SALEN DON ENRIQUE, Y OCTAVIO MUY POBRES.

Enr. No he de esperar un instante,
Irme de Valencia quiero:
¡Mal haya el juego villano,
Que en tal estado me ha puesto!
¡Mal haya, amen, mi fortuna!
¿Pero, ¡ay de mí! qué me quejo,
Si me busqué yo la causa
De la ruina en que me veo?
No siento tanto mirarme
A los rigores espuesto
De las miserias que paso,
Y del dolor que padezco:
¡Ay de mí! no siento tanto
Haberme visto en un tiempo
Tan rico, tan poderoso,
De tantos vasallos dueño;
Tan respetado de todos,
Y con tanto lucimiento,
Con hacienda y con amigos;
¡Ay, Octavio, cuánto siento,
Que haya llegado tan tarde
El desengaño á mi ciego
Error, pues de mi fortuna
Solo yo la culpa tengo!
¿Quién ha sido mas tirano,
Quién llegó á ser tan soberbio,
Tan amigo de su gusto,
Y quién al liviano imperio
De las mugeres estuvo
Mas ciegamente sujeto?
¿Quién siguió con mas cariño
El vil engaño del juego?
¿Y finalmente, del mundo,
Quién corrió en los devaneos
Tan á rienda suelta? Yo,
Que arrepentido confieso,
Al ver lo malo que he sido,
Que ha andado piadoso el cielo
En ponerme en tal estado,
Pues al verme pobre, veo,
Que de tanto vicio infame

Me ha dado conocimiento:
Y viéndome rico estaba
Cruel, obstinado y ciego,
Obrando como dormido,
Lo que conozco dispierto.
Pues venga á ser pobre yo
En mi ruina conociendo,
Que fuí rico para loco,
Y soy pobre para cuerdo.
Lo mas que llego á sentir
Es el rigor, y el desprecio
Con que he tratado á mi hermano.
Oct. Deja, señor, los estremos,
Y dime, ¿qué hemos de hacer?
Enr. Morir, Octavio, pretendo.
Oct. Dime, ¿porqué á doña Clara
No vas á ver, pues es cierto,
Que remediará tus males?
Enr. Si desde que la dí zelos,
No la he visto mas, ni ella,
Con ser su amor verdadero,
Me ha buscado, y estoy pobre,
¿Con qué cara, Octavio, puedo
Ir á verla, aunque la adoro?
Oct. ¿Pues no me dirás, qué haremos
De noche, y en esta calle?
Enr. Ya sabes, que yo no puedo
Salir de dia, y que pobre
Para un vestido no tengo.
Oct. En esta calle ha tomado
Cuarto de casa don Diego,
Y corre voz, que se casa
Muy ricamente, y lo creo,
Porque ha sacado libreas,
Y anda con gran lucimiento.
Enr. Quiera Dios, Octavio, amigo,
Darle lo que yo deseo,
Que él lo merece.
Oct. Ahora bien,
Tú has tomado mi consejo,
Pues ser oscura la noche,
Nos sirve para el intento:
Lo que podemos hacer,
Ya que tan pobres nos vemos,
Es valernos de tu hermano.
Enr. Nunca te he visto tan necio;
Pues dime, ignorante, dime,
¿Tan buenas obras le he hecho,
Que quieres que me socorra?
Oct. No me entiendes, lo que quiero
Es, que sin que nos conozca,
A su puerta le aguardemos,
Y le pidas un socorro,
Que en tí no caerá, fingiendo
La voz, y él tiene, señor,
Tan hidalgo y noble pecho,
Que piadoso ha socorrido
Por este camino mesmo
A muchos hidalgos pobres.
Enr. Esta es permision del cielo;
Y así, pues en mis amigos
Tanta falsedad advierto,
Que, en fin, todos me han dejado,
Poner, Octavio, pretendo
En mi hermano la esperanza.
Oct. Esta es la casa, esperemos
A que venga, ó á que salga.

RETIRANSE, Y SALEN DON DIEGO Y CATARRO CON LINTERNA, MUY GALANES.

Diego. Catarro, en vano me aliento
A ir en casa de Leonarda,
Aunque obligado me veo
De la dama que me escribe:
Solo por Leonarda peno,
Solo Leonarda me mata:
¿A dónde voy si la pierdo?
Cat. ¿Señor, has perdido el juicio?
Pues cuando la estás debiendo
A esotra dama, enviarte
Seis mil ducados, que vueltos
En moneda de vellon,
Es cosa de mucho peso,
¿Te acuerdas de que hay Leonardas?
Si estuviera en tu pellejo
Me casára á cierra ojos,
Y me desposára á tiento,
Aunque viera, que la novia
Era un diablo del infierno.
Diego. No me aconsejes.
Cat. Ya sé,
Que es predicar en desierto:
¿Traes las pistolas?
Diego. Si traigo.
Cat. Haces bien, porque yo pienso,
Que los deudos de Leonarda
Andan, señor, con recelo
De ver lo que continuas
Entrar allá, y es bien hecho
Entrar los dos sobre aviso,
Porque en un lugar nos vemos,
A donde por cuatro cuartos
Le darán con la de Rengo
A un cristiano, y sin pasearse,
Le harán tomar el acero.
Diego. ¿Viste tal oscuridad?
Cat. A esta linterna agradezco
Ver la puerta de la calle.
Diego. Aguarda, que vive el cielo,
Que dos hombres embozados
Están allí.

Cat. Pues, don Diego,
Vuélvete loco, y dispara.
Diego. Tapa la luz.
Cat. Esto es hecho,
Entra cascando, señor.
Diego. ¿Quién va? ¿quién es?
Enr. Caballero, (*Llegan.*)
Un pobre hidalgo, que ha sido
Rico y próspero en un tiempo,
Y que es ya de la fortuna
El mas miserable ejemplo,
Os suplica, que le hagais
Algun socorro, advirtiendo,
Que es noble, y que á vos ós toca
Remediarle por lo mesmo.
Diego. La limosna que pedis,
A ningun pobre la niego,
Por haberlo sido yo,
Y así, esperad.
Cat. Vive el cielo,
Que el pobre no me contenta,
Por Dios, que he de verle el gesto,
Al irle á dar la limosna,
Porque á estas horas hay ciertos
Enemigos vergonzantes,
Que meterán un gifero
Por el ojo de una aguja.
Diego. Tomad: quita, aparta, necio:
(*Va á darle la limosna, saca la linterna Catarro, y conócelo.*)
Vive el cielo, que es mi hermano, *ap.*
Mas disimular pretendo.
Enr. ¡Cielos, si me ha conocido! *ap.*
Diego. En este bolsillo os dejo
Cien escudos, y advertid,
Hidalgo, que tanto siento
Veros pobre, si por Dios,
Por lo que á los pobres quiero,
Como si fuerais mi hermano:
Id con Dios.
Enr. Guárdeos el cielo.
Diego. ¡Ay, Catarro! don Enrique
Era el pobre, parte luego,
Y sin decirle, que yo
He sabido este suceso,
Llévale contigo en casa
De Leonarda, con pretesto
De que me caso, y que es justo
Que asista á mi casamiento,
Y el mejor de mis vestidos
Le llevarás, porque el pecho,
De verle pobre, se anega
En lástima y sentimiento:
Y yo, Catarro, á mi hermano,
Como á padre le respeto.
Enr. Octavio, en esta ocasion
Llegó mi conocimiento
Al puerto del desengaño,
Quédate, y dile á don Diego,
Que yo fuí el pobre á quien dió
La limosna, y que no tengo
Animo para ponerme
Donde me vea, advirtiendo,
Que delante de un humilde
No ha de ponerse un soberbio.
Diego. Muerto me lleva la pena. (*Vase.*)
Enr. De dolor se parte el pecho. (*Vase.*)
Cat. Voy á servir á mi amo.
Oct. Voy á obedecer mi dueño:
¿Quién es?
Cat. ¿Quién va?
Oct. Este es Catarro. *ap.*
Cat. Octavio es, aquí me vengo. *ap.*
Oct. Señor Catarro, aunque tarde,
Rendido á sus piés estoy;
Mil norabuenas le doy
De su estado.
Cat. Dios os guarde.
Oct. Pobre estoy, si usted se emplea
En el servicio de Dios,
Socórrame.
Cat. ¿A quién, á vos?
Oct. Sí, amigo.
Cat. Dios le provea.
Oct. Mis necesidades grandes
Le provoquen á dolor.
Cat. Don Enrique mi señor
Quisiera veros en Flándes.
Oct. ¿Pues diga, ese caso hace
De quien tan humilde está?
Cat. A los segundos allá
La tierra los satisface.
Oct. De hambre me estoy muriendo.
Cat. Si es esa su enfermedad,
Con mucha facilidad
Sanará.
Oct. ¿Cómo?
Cat. Comiendo.
Oct. No tenga la mano escasa,
Deme algo usté en cortesía.
Cat. Vuélvase, Octavio, otro dia,
Que ahora no estoy en casa.
Oct. Limosna en esta ocasion
Me conceda, pues le alabo.
Cat. Ahora bien, ve aquí un ochavo,
Y réceme una oracion.
Oct. Ya es demasiado rigor
Tratarme con tal despecho:
Y esto ha sido muy mal hecho.
Cat. Pues hágalo usted mejor.
Oct. Quédese para un cuitado
El bufonazo.

Cat. El mendigo
Vaya en paz: ¿ola, qué digo?
Detras de mí, no á mi lado.

SALE DOÑA CLARA CON MANTO, Y LEONARDA, É INES.

Clara. Hermosa vienes, Leonarda:
El parabien me permito
De mirar cuán á tu gusto
Este novio te ha salido.
Leon. Lo primero, Clara hermosa,
Que vengas á honrarme estimo,
Como es justo, pues añades
A mi amor este cariño.
No te has engañado, prima,
Alegre estoy, bien has dicho,
Porque he hallado en su persona
Todo cuanto yo he querido.

SALE DON DIEGO.

Diego. A vuestras plantas, señora...
Mas ¡cielos, qué es lo que miro! *ap.*
Vive Dios, que me ha engañado
Leonarda, pues me ha traido
A ser esposo (¡ay de mí)
De la tapada, preciso
Ha de ser desengañarla.
Leon. Vos seais muy bien venido,
Pues con el alma os esperan.
Diego. ¿Ingrata, tanto castigo (*Aloído.*)
Merece mi voluntad?
¿Este pago ha merecido
Mi amor? ¿tú con otra quieres
Que me case? mal reprimo
Mi sentimiento y engaño:
Pues ten, ingrata, entendido,
Que si no eres tú, sabré
Darme la muerte yo mismo.
Leon. Yo, señor, como tan vuestra,
Muy gustosa os apercibo
Al parabien de este empleo,
Que goceis por muchos siglos,
Pues á mí me está tan bien.
Diego. Yo os agradezco y estimo
El favor (¡sin alma estoy!)
Leon. Ya el declararme es preciso:
Prima...

SALEN DON ENRIQUE, Y CATARRO.

Enr. ¿No sabes con quién
Este casamiento ha sido?
Cat. El cura te lo dirá.
Diego. ¿Don Enrique, hermano mio?
Enr. A tus plantas humillado,
Perdon, hermano, te pido
De lo mal que te he tratado.
Diego. El llanto apenas resisto. *ap.*
Clara. ¿Qué es esto? aquí don En- [rique, *ap.*
Y tan galan? pierdo el juicio.
Enr. ¿Doña Clara tan bizarra? *ap.*
¿Qué es esto, cielos divinos,
Si con mi hermano se casa?
De zelos pierdo el sentido:
¡Ah tirana!
Clara. ¡Ah falso amante!
Leon. Que honreis mi casa os estimo,
Don Enrique.
Enr. Yo, señora,
Criado vuestro he nacido.
Leon. Ya es forzoso el declararme,
Que me escucheis os suplico.
Don Diego de don Enrique
Es hermano, con que digo,
Que no es el conde: mi amor
Hacer esperiencia quiso
De su fe, con que confieso,
Que inclinacion me ha debido.
Es pobre, y quise apurar
Si en mi amor estaba fijo:
Halléle siempre constante,
Siempre amante y siempre fijo,
Y hasta enterarme no quise
Darte parte en mis designios,
Con que he satisfecho, Clara,
A tu duda, y mi capricho.
Él estuvo de una dama,
Que le obligó, agradecido,
Y te ha tenido por ella,
Siendo yo á quien ha debido,
Encubierta y descubierta,
Favores y beneficios:
Esta es mi mano, don Diego,
A vos por dueño os elijo.
Diego. Con la vida y con el alma,
Que á vuestros piés sacrifico.
(*Danse las manos.*)
Leon. Y pues yo sé, que le quieres,
Claramente te suplico
Des la mano á don Enrique.
Clara. Cuando zelosa me miro,
Puedes perdonar, Leonarda.
Ines. Tus zelos en balde han sido,
Pues fuí yo quien te los dí.
Clara. ¿Qué dices?
Ines. Lo que te digo.
Clara. Si eso es cierto, tuya soy.
Enr. Yo tu esclavo, dueño mio.
(*Danse las manos.*)
Cat. Y aquí la comedia acaba,
Donde de un pobre se han visto,
Pobreza, amor y fortuna,
Perdonad los yerros mios.

DON FERNANDO DE ZÁRATE.

MUDARSE POR MEJORARSE.

Don Fernando de Zárate es uno de nuestros buenos poetas líricos, pero solo el prurito de escribir para el teatro, que animaba á todos los poetas de su tiempo, pudo inspirarle en hora menguada la idea de solicitar los lauros escénicos. En el siglo XVII no se cuenta apenas un solo poeta que no escribiera para el teatro, y hasta los mismos Góngora y Quevedo, que tanta celebridad alcanzaron en otros géneros, creyeron sin duda que quedaria incompleta su gloria si no probaban fortuna en las tablas, y escribieron algunas comedias que debieron valer muy poco á juzgar por la poca fama que han dejado. Las de don Fernando de Zárate están muy lejos de ser buenas, pero se encuentran en ellas algunos rasgos que prueban el gran talento del autor, y en general tienen una dote muy recomendable, que es la de *interesar* como novelas complicadas y bien escritas.

Hemos preferido esta comedia á las demas del mismo autor, para insertarla en esta coleccion, por parecernos que es la que mejor resume sus buenas y sus malas cualidades como poeta dramático. Poca fuerza cómica, poco arte para pintar caractéres, riqueza de diccion, pero afectada con resabios de culteranismo, y gran complicacion en las tramas, son las dotes esenciales que forman el fondo de todas las comedias de Zárate, en mayor ó menor grado; estos elementos, si no bastan para constituirle en un buen poeta dramático, bastan á lo menos para que no se le considere como despreciable.

Las mejores comedias de este autor son en nuestra opinion, las tituladas *El maestro de Alejandro; Quien habla mas, obra menos;* y la *Presumida y la Hermosa*. Esta última sobre todo tiene mucho mérito.

PERSONAS.

EL REY DE POLONIA, viejo.
EL PRÍNCIPE, su hijo.
CARLOS, galan.
CÉSAR, LIBIO, FABRICIO, } criados del príncipe.
LIRON, criado de Cárlos.
TANCREDO, amigo de Cárlos.
ARNALDO, capitan de la guarda.
ALGUNOS PRETENDIENTES.
PORCIA, ROSAURA, } damas.
NISE, criada de Rosaura.
MARCELA, criada de Porcia.

La escena es en la capital de Polonia.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de salon.

SALEN CARLOS Y LIRON DE CAMINO, CON BOTAS Y ESPUELAS.

Lir. Mucho su alteza te honró.
Cárl. Poderlo es lo mas del suelo,
Diólo á unos pocos el cielo,
Y es en lo que mas les dió.
Todos los bienes de un modo
A este bien postran el cuello,
Que dar honra es dar aquello
Para que se quiere todo.
Lir. Yo, señor, siempre he pensado,
Si pensarlo un necio presta,
Que es dar lo que menos cuesta.
Cárl. Nada es mucho para dado.
Lir. En eso no me convengo,
Menos al tomar me tardo.
Cárl. Le mismo que lo que guardo
Me sirve lo que no tengo.
Lir. Lo que esperimento yo,
Es lo que creer prevengo,
Que si lo tengo, lo tengo;
Pero si lo he dado, no.
Cárl. Necio de civil estás.
Lir. Si ahí como aquí me condenes,
Prueba á darme lo que tienes,
A ver quien lo tiene mas.
Cárl. Tu condicion te acobarda,
Mas eso que te alboroza,
Cuando se gasta, se goza,
Y cuando se da, se guarda.
Lir. Lo que no tengo no hallo,
Y si en gastarlo me tardo,
Me sirve, cuando lo guardo,
De que puedo no guardallo.
Cárl. Mira, no hay cosa ninguna
En el ambicioso empeño,
Que pueda estar en su dueño,
Guardada de la fortuna.
Cuando mas quiera librarme
De su mudable desden,
Lo que doy solo es del bien,
Lo que no podrá quitarme.
Cuanto da, tanto atropella,
Y cuanto ansioso adquirí,
O lo he de gastar en mí,
O lo he de perder con ella.
Lo que ella me gasta, ó yo,
Se acaba en la accion presente,
Y de todo solamente
Se tiene lo que se dió.
Lir. Amo y señor, necedad
Que sea falsa sutileza,
La dictará la agudeza,
No la dirá la verdad.
Ningun discreto ordenó,
(Si no es viniendo á pedillos)
Que mis mansos dinerillos,
Me los haga bravos yo.
Cuando un hombre los posea,
Que es lo que todos batallan,
Hartos enemigos hallan,
No es menester que él lo sea.
Gasta el sastre, el zapatero,
El mercader, el criado,
El estómago, el pecado,
Que tambien cuesta dinero.
La fortuna cuando viene
Poniendo á un hombre del lodo,
Y solamente de todo
Se tiene lo que se tiene.
Pero si este desatino
El alma no te ha mudado:
¿Qué se ha hecho aquel cuidado,
Espuela de tu camino?
Vienes, aunque á mi despecho,
Mas veloz que se previene,
Galan que á casarse viene,
O huye de haberlo hecho.
Pasas tanta tierra y mar,
Desde la corte de España,
Con lo que al trabajo engaña
La esperanza de llegar
Tomas luego aprisa y recio
La posta, y partes en suma
Tal, que aunque fuera de pluma
Te pareciera de necio.
Corres, si meterme puedo
A las veras, cual pudiera
Garza que sube á la esfera,
Cuando la flecha su miedo.
Que nunca así desafia
Del viento la brevedad
El rayo, en la tempestad
Despojo que rinde el dia.
Si no parece del lazo,
Saliendo entre guerra y ruido,
Que allá el sol les han rompido,
Y se les cayó un pedazo.
Desprecias para correr
Hasta de noche tu cama,
Solo por verle á una dama
Su cara de amanecer.
Y ya que el tiempo se alcanza,

Te estás con igual espacio,
Mas sosegado en palacio,
Que un necio en su confianza.
Cárl. No te admires, Liron, de eso,
Que contra cualquier dolencia
Pondrás tú la diligencia,
Y la fortuna el suceso.
Lir. Parécesme á un toledano,
De quien era holgarse el norte,
Que á unos toros fué á la corte
De su césar castellano.
Eran los toros un dia
Sucesor, al parecer,
De otro en que al anochecer
Él de Toledo partia.
Tomó la posta, corrió
Toda la noche, y gozoso,
En llegando se fué al coso,
Donde con el sol llegó.
Buscó lugar, dió el dinero,
Por no aventurarse en nada,
Y volvióse á la posada,
Que ya previno primero.
Acostóse á descansar,
Y tan buen sueño empezó,
Que á la noche despertó
A volverse á su lugar.
Donde sabiendo el denuedo
Y el logro de lo temprano,
Le decian, seor fulano,
¿Tan mal se duerme en Toledo?
Dime, pues que visto está
Lo que del cuento te infama,
Para no ver á tu dama,
¿Tan mal te estabas allá?
Cárl. Solo puedo replicarte,
Pues lo dicho no ha bastado,
Que soy para desgraciado
Uno mismo en cualquier parte.
Hablar al rey lo primero
Era fuerza, claro está,
Y contarle lo que ya
Me sacó de mensagero.
Besé al príncipe la mano,
Y como á quien la desea,
Nunca le falta quien sea
De su libertad tirano,
Dijo (ganoso de hablarme)
Que luego al punto salia;
Es príncipe, y pensaria
Que era favor estorbarme.
Tarde es fuerza que esto sea,
Y he de aguardarle despacio,
Que es todo aprisa en palacio,
Si no es lo que se desea.

ESCENA II.

SALEN A UN LADO SIN QUE LOS VEA CARLOS EL PRÍNCIPE, CÉSAR, FABRICIO LIBIO, Y FABRICIO VA A HABLAR CARLOS.

Princ. Llega, pero has de mirar
Que no salga sospechoso.
Fab. El príncipe cuidadoso
De que os vais á descansar,
Señor Cárlos, me llamó,
Y á deciros me ha enviado
Que su padre le ha ocupado
Mas despacio que pensó.
Que mañana os hablará,
Y que os lo manda decir,
Porque agora os podais ir.
Cárl. Guárdele el cielo, que está
Tan advertido, y en todo,
Que aun de sus mismos criados,
No le olvidan sus cuidados.
Cés. Ya se va, lograste el modo
Princ. ¿Pues Libio?
Lib. No digas mas.
Princ. Todo os lo tengo advertido.
Cárl. Basta que me ha detenido,
Para enviarme no mas
¡Mienta, cielos, mi cuidado!
Lib. Decidle al príncipe hoy,
Que no perderá de mí
Lo que en esto me ha obligado.
Fab. Ven, Libio.
Lib. A tu lado estoy.
Cárl. No acierto á satisfacerme,
¡El príncipe entretenerme!
Lleno de sospechas voy.
(*Vanse Cárlos y Liron y tras ellos luego Fabricio y Libio.*)

ESCENA III.

EL PRÍNCIPE Y CÉSAR.

Cés. ¿Qué remedias de ese modo?
Princ. Si decirte verdad quiero,
Solo sé, César, que muero,
Y ando asiéndome de todo.
Yo amé á la condesa Porcia,
César, ya dije yo amé,
La mudanza está esplicada,
Escucha el cómo, y por quién.
Améla, en cuanto á mis ojos
Sombra de los suyos fué,
No el sol, que aun el sol aquí
Poco para menos es.
Que ese gigante lucero,

De incendios galan poder,
De luces bello escuadron,
De rayos grave tropel,
A lucir puede apostar,
Con cuanta hoguera se ve
En la campaña del cielo
Una y otra noche arder.
Mas no á beldad, con lo bello
De un rostro, César, en quien
Tantos prodigios se suelen
Como partes conocer
Que es breve lisonja toda
Comparado con aquel
Pueblo hermoso de facciones,
Siempre ordenado tan bien;
Y así, perdóneme el sol,
Que á pesar de su altivez,
Para mas que el sol hermoso
Basta cualquiera muger:
Adoraba yo rendido
Hasta su ingrato desden,
Hasta su helado retiro,
Hasta su enojo cruel.
Todo el tiempo que la ví,
Siempre que la pude ver,
Ya en sarao, ya en su estrado,
Ya en el paseo tal vez,
Aventajar con esceso,
No al nácar, no al rosicler,
No á la rosa, no al jazmin,
No á la perla, no al clavel:
Mas sí á las demas mugeres,
Que como ya ponderé,
Mas hermosa que otra hermosa,
Es todo lo que hay que ser:
Esto duró, hasta que un dia
A caza salí, y despues
De haber escalado el viento
Con las aves, y de haber
Dado á saco el monte y todo,
Rindiendo una y otra res,
La testa ganchosa allí,
Y aquí la cerdosa piel;
O á su defensa atendiendo,
Para decirlo mas bien,
Vencido aquí lo veloz,
Postrado allí lo cruel.
Volviéndome hácia el lugar,
Ya casi al anochecer,
Junto á una pequeña aldea
Que al monte la calza el pié,
Como á una legua de aquí,
Si besársele no es
Agradecida quizá
De verse abrigada dél
Me alcanzó Libio, y me dijo:
Si gustar quieres de ver,
Mas bella que nadie pudo
Escuchársela al pincel
De Apeles, mudo hablador,
O verla en el bachiller
Lienzo invisible de Ovidio,
Que es solo voz, y se ve
Dentro del baño á Diana:
Hácia aquella fuente ven,
Que á un laurel lavando el tronco,
Toma el nombre de laurel.
Que allí se está desnudando
Una hermosa ninfa, que,
O es Diana, ó es la diosa
Vencedora entre las tres.
Dejo el caballo y la gente,
Y voy adonde llegué
Ya otras veces de sus aguas
Con menos ansiosa sed.
Entro: quedo entre unos ramos,
Donde trepando á un ciprés,
Marañada está una vid
Tejiendo verde una red:
La cual (si es civilidad,
Perdónamela esta vez)
Me echó el agraz en los ojos,
Porque en llegando cegué;
Mas con todo (¡ay, César!) ví
Si, César, bien puede ser,
Que ojos que venda el amor,
Siempre con la venda ven.
Desnudaban dos mugeres
Entre otras á una muger,
Que en una sola estrechaba
Hermosura para diez.
Como cuando del boton
Se desnuda algun clavel,
Y al aire todas las hojas,
Miembros conformes tambien:
Del cuerpo de aquella flor
Deja el vestido á los piés,
O de la nube desnuda
Cuando la llega á romper.
El asombro de una luz
Bella, al paso que cruel,
Que el trage lóbrego ya
De puesto sale á correr,
Sale á alumbrar, y á herir sale:
Así este prodigio fué,
Siendo la tejida seda
La nube depuesta dél;
Y desnuda, (no del frio,
Que el viento se vió encender,
Que á la luna dió calor,
Que á enjugarla fuerte fué)
Con la novedad quizá:

La vieras estremecer,
Para que posible sea
Que tiemble el fuego tal vez.
Aquí sí que con verdad,
Sin hallar nieve en la mies,
César, tiritaba el sol,
Mejor que cuando le ven
Retirar los rayos todos
En el aterido mes,
Que con los copos helados
Se amortaja, al parecer.
Entró en la fuente, y ya en ella
Un animado bagel,
Cuyos racionales remos
Eran las manos y piés.
Surto ví en el agua ¡ay César!
Bagel de corsarios fué,
Presos todos los sentidos
Me llevaron dentro dél.
Desta pues sensible nave,
Era un rostro de muger
La popa, que aunque á las proas
(Ya sin ser culto lo sé)
Llamó rostros el romano,
Si hallas nuevo que al reves
Diese este nombre, mas nueva
La naval fábrica fué.
En los rostros de las naves
Tú, pues, que sueles leer,
Lo habrás sabido, alababan
Con voz docta y alma fiel
A los césares difuntos,
Y aquí alababan tambien
En este rostro esta vida,
Por solo que murió dél.
Eran, César, sus dos ojos,
Los faroles, luz de quien
La tomó mayor la luna,
Amaneciendo otra vez;
Y á tener pesca el cifrado
Océano, es de creer,
Que ilustrado de sus rayos,
Fuera un signo cada pez.
Victoriosas las banderas
Sobre cada hermosa sien
Tremolaban, que los rizos
Lo pudieron parecer.
Estaba undida la proa,
No sabré decir porqué,
Que tan en leche jamas
El mar se ha podido ver.
Como entre oscuro cristal,
Mi vista (entonces cruel
Conmigo) para algo mas
Escasa brújula fué.
Mas ni al bosquejo se debe
Permitir, fuera de que
Los lastres en los bageles
Solo de adentro se ven.
En esta nave, sin duda,
Segun yo me sentí arder,
Navegó de Troya el fuego,
No en la de la griega infiel.
Sin velas el golfo breve
Sulcaba: pero al querer
Llegarla á tierra, aunque el tiempo
De amainar las velas es,
Largar mandaron la vela,
Y con novedad tambien;
Porque en lo hueco del lino
Se escondió todo el bajel.
Salió al márgen la deidad
Primero nave, y despues
De encerrada en sus criadas,
Que (dándola que vencer)
La cercaron y escondieron,
Vestida se dejó ver
De unas naguas castellanas,
Y una cotilla frances;
Trage, que allá trasladado,
Adquirió garvoso ser:
Que tienen las españolas,
Siendo de todas desden,
Un donaire en cada accion,
Un alma en cada alfiler,
Y una sazon para todo,
Que ellas llaman, no sé qué.
Eran verdes las enaguas,
Que el trage y el dueño dél,
Flores todo, aunque era en julio,
Juraron de mayo al mes.
Conocerla procuraba,
Mas no pude conocer
En las dudas de la luna
Tan desusada altivez.
Así estaba cuando al agua,
Acosado de la sed,
Un jabalí se acercó:
Intentélas socorrer,
Sin que me viesen, logrélo,
Mas cuando volví, no hallé,
¡Ay César! mas que el dolor
De que las pude perder;
Juzgo yo, que con el miedo
Del rumor, teniendo en que
Prevenido cerca, huyeron,
Que es fácil el irse el bien.
Como burlado de un sueño,
Que me alegraba quedé
Solo al despertar, de hoy mas
Nombre de morir le den.
Fuí hácia el sitio que dejaron,

Señas buscando y topé,
Que como huyeron, sin duda
Se le pudieron caer
A la que se desnudó,
Las prendas que te diré,
Y verás, porque sin mí,
No sufro nunca que esten.
Hallé este guante bordado,
(*Va enseñando las prendas que dicen las coplas.*)
Esta vuelta, como ves,
Este galan brazalete
De perlas, y de esta red
Verde, y oro, este bolsillo,
Y un veneno dentro dél,
Que vino de zelos lleno,
¡Mal haya el hallazgo, amen!
Trae por alma este retrato,
No mudo, que este papel
Dice en su nombre un soneto,
Oye que le he de leer,
Aunque paréntesis sea,
De mi relacion tambien.
(*Lee*): « Yo, en cuyo original perdió el maestro [guyo,
« Cuanto en sí no le halló, y en vos le ar-
« Mal parecido vengo de muy suyo,
« Y á parecerle en todo, siendo vuestro:
« Lo mas le imito, cuando en vos me muestro,
« Que ageno del que soy, lo ageno escluyo,
« Dando en la propiedad que atento huyo,
« Propiedad al pincel, que erró por diestro.
« ¡O tú! vida dal arte en tus colores,
« Si á pintarme acertáras menos vivo,
« Cuanto hubieras logrado lo mas cierto.
« Mas nunca menos en tu aplauso ignores,
« Que así, cual soy, como mi dueño, altivo,
« Finjo lo vivo, por callar lo muerto. »
Cés. De recatado se precia.
Princ. Y tanto lo llega á ser,
Que aun la dama no nos dice,
Hablando claro el pincel.
Este es, César, el galan,
No se niega, Cárlos es,
Que agora se va de aquí
A escucharla el parabien.
Quizá de recien venido,
¡Cuán fácil es de creer
El daño! memorias mias,
Dejadme, no me mateis.
Hele mandado seguir,
Por ver donde entra, y por ver
Si hallo así de tanta envidia
El remedio, ó el desden.
Para lo cual le detuve,
Que me están matando, y sé
La herida, y el yerro no,
El ahogo, y no el cordel,
La batalla, y no el contrario,
La opresion, y no el poder,
El ardor, y no el incendio,
La soberbia, y no el Luzbel,
Las bascas, y no el veneno.
Cielos, dejadme saber
De lo que muero, y lograd
Tanto aparato despues.
Cés. Tu padre.

ESCENA IV.

DICHOS Y EL REY.

Princ. Pues disimula.
Rey. Príncipe, César, ¿qué haceis?
Princ. Solo esperar si saliais.
Rey. Ya salgo, mas oye á qué.
Ya sabes, que eres príncipe heredero
Deste glorioso apetecido estado,
Que de muchos nacistes á ser primero,
Que eres mayor que todos en tu hado:
Que á ser tal, como en él te considero,
En tus méritos, vives obligado,
Pues menor que tú mismo en parte alguna,
Una afrenta serás de tu fortuna.
Lo grande de ser grande, no es nacello,
Dicha es grande no mas de quien lo nace;
Lo mucho del ser mucho, es merecello,
Que el crédito lo aumenta, ó lo deshace:
No igualallo es vergüenza de tenello,
Quien lo adquiere por sí, lo satisface,
Y entre mil hombres de defectos llenos,
Mas los esconde el que se debe menos.
Disponerte á reinar es mi cuidado,
Que se obra indignamente, si se ignora,
Y es civil ruina un necio de su estado,
Si antes ruina de sí no le mejora:
No nació ningun hombre á ser mandado,
Que aquella suma accion, de todo autora,
Le crió libre, y cuando mal lo goce,
Aunque sufra lo injusto, lo conoce.
Para vivir de los demas seguro,
Se rinde á un rey, que se eligió caudillo,
Cuya asistencia de cualquiera es muro,
Pudiendo de cualquiera ser cuchillo:
Orden quiere, no imperio, que le es duro,
Tener puede señor, mas no sufrillo,
Su justicia es el rey, nunca la tuerza,
Que no será gobierno, sino fuerza.
Lo justo es del señor, no lo violento,
Ni al faltar, ni al sobrar; es suyo un dia,
No obrar con la razon, es rendimiento,

Y obrar con el poder, es tiranía:
No puede estar quejoso el descontento,
Duela, y no injurie el mal que el cetro en-
A la igualdad no mas sirva el empeño, [vía,
Todos teman su culpa, y nadie al dueño.
El imperioso cierzo en el invierno,
Todo lo manda, mas lo acaba todo,
Mas durable es el yugo, que es mas tierno,
Aunque el poder mayor, si injusto el modo:
Vida es siempre el templarse, y del gobier-
Ni hurtarse á nada, ni dejarse á todo; [no;
Que del supremo juicio en el proceso,
Tan culpa es la omision, como el esceso.
Mas porque no de documentos, fio,
Como de la esperiencia, en mi cuidado,
(Por tu enseñanza, y para alivio mio)
Que al gobierno me ayudes he pensado:
Verás que contra el joven desvarío,
Es el remedio siempre mas logrado
Darse á algun embarazo, que es el modo,
Para arriesgarse mas, tenerse todo.
Desde mañana á dar audiencia asiste,
Para mas ejercicio y mas provecho;
Grato y atento, á nada te resiste,
Nadie salga de hablarte con despecho:
Y por si alguna, en sus negocios triste,
Soledad pasa, puedan, hasta el pecho
Derribados los mantos, cuando oyeres,
Entrar, príncipe, á hablarte las mugeres.
Que si has de apetecer las celebradas
Partes de alguna, contra mis consejos,
Ni en las calles las ves muy apartadas,
Ni es menos lindo lo que está mas lejos;
Mi amor estima, sigue mis pisadas,
En todo caben lícitos festejos,
Nada te estorbo, si algo te condeno,
Harta ocasion te doy para ser bueno.

Princ. No basto á lo agradecido,
Señor, de muy obligado:
¡Ay, César, si le han contado,
(*Aparte á César.*)
Como vivo sin sentido!
Que me des los piés te ruego,
(*Arrodillase.*)
Deberéte un honor mas.

Rey. Llega al pecho donde estás.
(*Levántase y abrázale.*)

Princ. Mal sufrirás tanto fuego. *ap.*

Rey. Y ven, que unos memoriales
Nos aguardan.

Princ. ¡Qué castigo! *ap.*

Rey. Ven conmigo.

Princ. Ni conmigo
Me dejan estar mis males. *ap.*
(*Llegando á la puerta.*)

Rey. ¿Qué dices?

Princ. Que quien supiera
Servirte: si mientras salgo *ap.*
Vuelve Libio.

Rey. ¿Quieres algo?

Princ. Ojalá que menos fuera. *ap.*

Cés. Mas que ha de verte lo ciego.
(*Al príncipe aparte.*)

Princ. Diego que César me aguarde.

Rey. Podrá ser que acabes tarde.

Princ. Antes pienso acabar luego: *ap.*
¡Ay fugitiva, ay cruel!

Cés. Mas muestras tu mal que sueles.
(*Al príncipe aparte.*)

Princ. Todo se vuelve laureles
En la fuente del laurel.
(*Éntrase el rey primero, y el príncipe y César luego, acabando de hablar junto á la puerta.*)

ESCENA V.

Decoracion de calle.

CARLOS, LIRON Y TANCREDO; Y DESPUES A UN LADO DEL TABLADO, COMO QUE LOS ESPIAN, LIBIO Y FABRICIO, EMBOZADOS, Y CON CAPAS DE NOCHE LOS QUE NO SALEN DE CAMINO.

Cárl. Hanme venido siguiendo
Desde palacio.

Tanc. ¡Estremada
Curiosidad!

Cárl. ¡Misteriosa,
Si el príncipe se lo manda!
No sé lo que pueda ser,
Y sácote de tu casa,
Porque me digas si de ello
Puedes indiciar la causa.

Tanc. Segun algo que he entendido,
Despues que te fuiste á España,
Algo puede colegirse.

Lir. Dos algos has dicho, y nada.

Tanc. Pues todo puedo decirlo,
Que aunque á todos se recata,
Yo lo sé de bien arriba,
Y de buena parte.

Lir. Vaya:
Mas no seas como algunos
Noveleros, que nos andan
Con: Yo sé de buena parte,
De arriba sé yo la causa,
De muy adentro me han dicho,
Porque parezca importancia,
La nueva, ó el que la cuenta,
Y ni él ni la nueva es nada.
(*Hablan quedo los tres, y recio Libio y Fabricio.*)

Fab. ¿Si ha reparado en nosotros?
Lib. Yo lo entiendo, porque anda
Dando vueltas, y no encuentra
Calle donde no se envaina
Sin ir á cosa ninguna.
Fab. ¡Llamó por una ventana
A Tancredo?
Lib. O teme, ó quiere
Saber de él lo que acá pasa.
Tanc. ¿En fin, es tuyo el retrato
Que se halló en la bolsa?
Lir. Basta;
Enamoróse de tí,
Y á ver vienen donde paras.
Tanc. Y en fin, desde aquella noche,
Sin saber quien es la dama,
Dulce embarazo del viento,
Nevado incendio del agua,
Vive muriendo por ella,
Con tan notable mudanza,
Que no ha visto á Porcia mas,
Ni la noche de la caza
Tampoco.
Cárl. ¡Válgame el cielo,
Si se ha mudado Rosaura!
Lir. Vente, señor, á acostar,
Y podrás con la almohada
Tratarlo.
Cárl. ¿Con estos zelos?
Lir. Si no hay otros, y estos bastan,
Vente con estos agora,
Que no faltarán mañana
Otros mas averiguados.
Tanc. Yo pienso que á estar culpada
Rosaura, menos dudoso
El príncipe suspirára,
Y lo supiéramos todos;
Que en las personas tan altas,
Ni el pensamiento es secreto.
Cárl. Abrasarme siento el alma.
¡Yo ausente, y Rosaura pierde
Mi retrato! ¡yo en España,
Y ella en Polonia en las selvas!
Siendo fineza ordinaria
De las que sienten la ausencia
El vivir mas encerradas,
Con mas mesura en los trages,
Con mas retiro en las galas,
Mas sin rosas el cabello,
Mas sin claveles la cara,
Mas sin vida los sentidos,
Mas sin risa las palabras.
¡Yo ausente, y ella festiva!
¡Yo ausente, y ella se baña!
Lir. Porque no la hallases sucia.
Cárl. ¡Yo ausente, y cuando á su casa
Vuelvo, me ponen espías!
¡Ay sospechas! basta, basta,
Al príncipe atiende, zelos,
Que la que no se recata
De los ojos, pocas veces
De los aplausos se aparta.
Tanc. Antes, Cárlos, imagino,
Que como tan recatada
Fué tu aficion, que ninguno
Supo nunca á quien mirabas,
En saberlo habrá librado
El príncipe su esperanza;
Y eso es lo que á ver envia.
Cárl. ¿Y dí, si á saberlo pasa,
No la vencerá Tancredo?
Que gente tan soberana,
En las comedias no mas
Suele verse desdeñada,
Por lisonja de los muchos
Y apretura de la traza.
Mas no, si es posible, sea
Mi temor tal, que me haga
Apresurarme la muerte,
Por no atreverme á esperarla.
Dudoso amor, locos zelos,
Vamos á ver á Rosaura,
Que la víbora fatal,
Aunque entre las flores mata,
Si es al descuido veneno,
Es prevenida triaca.
Yo me voy, quedaos los dos,
Por si esos hombres se engañan;
Y piensan que tú, Tancredo,
Eres quien solo se aparta.
Y si quisieren seguirme,
Detenedlos con palabras;
O á no poder mas, Tancredo,
Tenedlos á cuchilladas,
Mientras que yo me los pierdo,
No sepa el príncipe nada
De mi amor, ya que mi vida
Solo estriva en su ignorancia.
Tanc. Bien puedes partir seguro.
Cárl. Mal haya mi amor, mal hayan
Mi ausencia y mi estado; ¡ay, cielos!
Si se ha mudado Rosaura,
Dejad que acabe la vida,
Pues que llega el golpe al alma.

ESCENA VI.

DICHOS, MENOS CARLOS.

Lir. Allá el postillon me dijo
Que mi posta caminaba
Como una dama, y bien dijo,
Que tanto muele una dama.

Fab. Uno de los tres se ha ido.
Tanc. Quietas están las fantasmas,
¿Qué harémos?
Lir. Estarnos quedos,
Que hasta ver si de las tapias
Desarriman los gigantes,
No hay que mover nuestra danza.
Fab. Váyase el uno tras él,
Por si es Cárlos quien se aparta,
Y otro quede, por si queda,
No nos burle la esperanza.
Lib. Bien dices.
(*Va Libio á pasar por delante dellos.*)
Tanc. ¿Ha caballero,
Qué intenta?
Lib. A esa encrucijada,
Me importa pasar.
Tanc. No importa.
Lir. Por aquí ninguno pasa
Ni ninguno digo.
Lib. Bueno:
Parece que están de gracia.
Lir. Yo no estoy sino de sueño.
Lib. Esta calle, pues no es cama,
Para ocuparla dormidos.
Lir. Yo duermo donde me halla
El sueño, y soñando suelo
Dar muy lindas cuchilladas;
Y si quiere verlo, espere. (*Acuchíllanse.*)
Lib. Aquí.
Fab. Embiste.
Lir. Si él no basta,
¿Porqué despierta á quien duerme?
Tanc. Dales.
Lib. Mueran.
Lir. Mas nonada.
(*Volviendo hácia otro lado, y mudando la voz.*)
Justicia, justicia.
Fab. Mira,
No nos conozcan.
Lib. Escapa,
Que debe de acudir gente.
Lir. Tente, deja que se vayan
Pues esto no es para mas.
Gracioso soy de importancia.
(*Vanse unos por una parte y otros por otra.*)

ESCENA VII.

Decoracion de sala.

ROSAURA, CARLOS Y NISE.

Ros. Cárlos mio, Cárlos mio;
Cierra, Nise.
Cárl. Si tal haces
Para salir, por mí mismo,
Harás tambien que me mate.
Ros. ¿Qué tienes?
Cárl. Ni á mí me tengo.
Ros. ¿Qué á tan poco he de obligarte?
Cárl. No lo intentas tú contigo,
Que estás allá donde sabes.
Ros. En tí, Cárlos.
Cárl. ¡Qué traicion!
Ni aun en tí.
Ros. ¡Qué disparate!
Cárl. ¡Hasta la presencia finges!
¡Qué en todo quieres burlarme!
Déjame salir.
Ros. No puedo,
Que solo por castigarte
Me lo ruego y me lo niego,
Mira si lo haré por nadie.
Cárl. Puedes contigo muy poco,
Pues no pudiste estorbarte
El gusto de divertirte.
Ros. Ya mis lágrimas te salen
A rogar que te sosiegues.
Cárl. Querrás volver á bañarte
En ellas, porque no hay fuente.
Ros. Son centellas, no cristales.
Cárl. Porque no hay príncipe agora.
Ros. Porque hay fuego que las cause.
Cárl. Porque eres tú pedernal
Y hay hierro que te las saque,
Que allá le hiciste aquel dia.
Ros. Tú quieres, Cárlos, que salten,
Que me estás hiriendo el pecho,
Basta, señor, no me mates.
Cárl. ¡Ah fingida!
Ros. Mientes, Cárlos;
Desnudas ves mis verdades:
Oye un poco.
Cárl. Lo desnudo
A otro dueño lo mostraste.
Ros. A Porcia me llama Nise.
Cárl. Déjala, Nise.
Nise. Ella sale.

ESCENA VIII.

DICHOS, Y SALE LIRON POR UNA PARTE Y PORCIA POR OTRA.

Lir. Y yo casi tan hermoso.
Cárl. Pocos sois para engañarme.
Por. Cárlos, sosiega la queja,
Los oprobios, Cárlos, basten,
No esté tan necio lo fino,
No esté el amor tan cobarde,
No esté la dicha tan ciega,

No esté la amistad tan fácil,
No el peligro tan creido,
Ni el enojo tan constante.
Quiera el viento á los suspiros,
No se alboroten los mares,
Que hace humildes el desden
Los que el favor arrogantes.
Si te vas cuando te ruegan,
Mira que será de desaire
Mas usado que imposible,
Volver cuando no te llamen.
Si estás zeloso no olvides,
Cuanto mas los zelos valen
Para detener á todos,
Que para apartar á nadie.
En mi presencia, allá dentro
Reñiste ya tus pesares,
Y no á una sóla los diste
Con la causa que contaste.
Si bien por saberlo todo
Puede, Cárlos, perdonarse,
Que hay males que andan secretos
Para ser mayores males.
Logra tan buen sentimiento
Con lo tierno y con lo afable,
Deja que el amor lo goce,
No des tanto triunfo al aire.
Yo soy, Cárlos, la olvidada
Yo sola puedo quejarme,
Y aun hay consuelo en mi queja
Que le tiene la mas grande.
Oyéme lo que te importa,
Y sabrás con escucharme,
Como no es nuevo en los hombres,
Que hasta los ojos se engañen;
Y si acaso, Cárlos, temes
Que tambien puedo burlarte,
Porque soy muger, no siempre
Son muy hombres las verdades.
Mas porque puede fingirse
Esto que quiero contarte,
Pasaré porque lo dudes,
Hasta que á tocarlo pases.
Yo vine una tarde, Cárlos,
Vispera de aquella tarde
Que un tan gran susto te cuesta,
Y á mí un desvelo mas grande,
A visitar á Rosaura,
Bien de tu amor ignorante
De mi daño bien segura,
Si hay quien te asegure y ame.
Era yo servida entonces
Del príncipe (bien lo sabes)
Tanto, que parece que era
Fuerza ya que declinase,
Que en llegando á aquel estremo
De que no puede pasarse,
Quiere la naturaleza
Que hasta los cielos se paren.
Vila una ropa que habia
Hecho para levantarse,
Mas alegre que se suelen
Permitir para la calle.
Alabésela porque era
Con ventaja estravagante,
Y lucida con estremo,
Hija en fin de su donaire.
Fuíme á la noche y no entré
De mi casa en los umbrales
Tan presto como ella supo
Hacer que la ropa entrase.
Sucedió el siguiente dia,
Con la novedad de un trage,
Cierta señora embozada
Tener gusto de bañarse.
Púsolo por obra, Cárlos,
Y sucedió que llevase
Puesta esta ropa tambien,
Que hay acasos mas notables.
Tu retrato que en la manga
Tenia Rosaura, al quitarse
La ropa en ella olvido
Fué, y cayó del agua al márgen.
¿Quién pensára, Cárlos, nunca
Que solo con que se hallase
El retrato en la tormenta,
Pudiera el dueño anegarse?
Como se perdió en la fuente,
El baño y las circunstancias
Que en él hubo sabes, quiero
Pasar á lo que no sabes.
La dama que le perdió,
Aunque pudo al campo darle,
No supo que le llevaba,
Ni que el príncipe le hallase.
Ni yo lo supe tampoco,
Hasta que tú lo contaste,
Ni Rosaura, que aun Rosaura
Tambien ha estado ignorante
De que en la manga le dió,
Y despues ya de buscarle,
Aun con lágrimas, en casa,
(Que tambien pintados saben
Los hombres hacer llorar
A las mugeres amantes,
Cuando se pierden los hombres,
Como si bien lo pagasen.)
Despidió alguna criada,
Presumiendo, que por alguien
Se le hurtó, que nunca vienen
Sin zelos pérdidas tales.
Dejó el príncipe de verme,

Tampoco hasta agora nadie
Me supo decir por quien,
Que alivios se logran tarde.
Yo soy, pues, Cárlos, la dama,
Que se bañó, yo quien hace,
Que á mí me olviden por mí:
¡Qué novedad mas notable!
Estos (para darte señas)
Son el brazalete y guante,
Hermanos de los que dices,
Y el que traigo puesto el trage
De que me vió desnudar,
Que esta noche, por mostrarle
A Rosaura, con él vine
A verla, no de lograrle.
Tambien, presumida nunca,
Pues para desengañarte
Puede ayudar, como pudo,
Que á mí conmigo me agravie.
El príncipe, que engañado,
Me huye para buscarme,
No me quiere por quererme,
Vive firme y es mudable.
Ya mi lisonja es mi agravio,
Ya es mi vitoria mi ultraje,
Mi estimacion mi desprecio,
Y mis defectos mis partes.
Mas yo me veré vengada,
Yo haré, Cárlos, que me pague
El no quererme y quererme,
El no dejarme y dejarme.
Ya sé como soy mas linda,
Ya sé, que en sus ojos hace
El ser otra y no ser suya,
Que á mí misma me aventaje.
Yo lograré sus caricias,
Para que mi amor se acalle,
Y seré, si yo á quererle,
Otra y todo á maltratarle.
Yo le ayudaré sus dudas,
Yo dejaré, que se engañe,
Pues le abrasan los retiros,
Y le entibian las verdades.
Suspire, padezca, muera,
Ignore, cele, batalle,
Quiera, aborrezca, desee,
Sospeche, enoje y agrade:
Ya que han menester los hombres
Para no ser inconstantes,
Un desden que los obligue,
Junto á un amor que los ame.
Cárl. Sabrá, que á Rosaura quiero,
Y podrá en ella engañarse,
Pensando que es la del baño.
Porc. Con tantas seguridades
Te quietaré, que no temas
Aunque como debes ames.
Cárl. ¡Ay, Rosaura de mi vida!
Ros. ¡Ay, Cárlos, y como sabes
Lo que la mia te estima!
Lir. De un hombre suele contarse
Hartos años ha, que pudo
Su muger tapada hablarle,
Que le enamoró, y decia:
Estos son piés y este talle,
Que no los de mi muger.
Porc. Todos habeis de ayudarme.
Ros. No te olvidaré en mi vida.
Cárl. Sin ella pienso adorarte.
Porc. ¡Ay hombres, que el menos vario
Hasta en lo firme es mudable!

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de salon.

SALEN ALGUNOS PRETENDIENTES CON MEMORIALES, Y EL PRÍNCIPE OYÉNDOLOS, PARA LO CUAL SE ARRIMA A UNA SILLA; CÉSAR, FABRICIO Y LIBIO, ACOMPAÑANDOLE, SE ARRIMAN A LA PARED A UN LADO, Y LOS PRETENDIENTES SE VAN QUEDANDO AL OTRO, PORQUE HAYA GENTE SIEMPRE EN EL TEATRO.

Pret. 1°. Yo estuve, señor, cautivo
En Constantinopla un año.
Fab. Habreis padecido muchos
En uno que habeis pasado.
Pret. 1°. Estoy pobre, y este oficio
Me remediará gustando
De honrarme en él vuestra alteza.
Princ. Vuestra justicia es la mano
De quien la habeis de esperar,
Que ella puede mas que entrambos.
¿Dónde cautivasteis?
Pret. 1°. Tuve
Un poco de tiempo trato
De mercader en Dunquerque,
Y al Levante, navegando
Con algunas cajas mias,
Dimos en unos corsarios;
Y por de la patria luego,
Gente vuestra rescatando
Otros, á mí me trujeron.
Princ. No son los servicios malos
Cuanto á lo primero (oidme)
Vuestro caudal contratando
Perdisteis, y en este oficio

Aspirais á granjearlo,
Como en otra mercancía;
Con que se ve, si os le damos,
Que ireis á serviros dél,
Mas que á servirle, y tratando
De nuestra razon, debemos
Mas dar hombres á los cargos,
Que dar cargos á los hombres.
Cuanto á lo segundo, hallo,
Que aun siendo vos mercader,
Lo érades en reino estraño,
Sin beneficio del nuestro,
Y estándonos obligado.
Por el rescate, quereis
Que os paguemos, ó os debamos
(Como dirá vuestra queja)
El haberos rescatado.
¿Con qué mayor confianza
Viniérades, de balazos
Y de cicatrices lleno,
Por premio de algun asalto,
En que os prendió el enemigo?
Proceded mas ajustado
A lo que fuisteis primero,
Que acá no debemos daros,
Porque en el trato os perdisteis,
Con que mejoreis de trato.
(*Vase el pretendiente primero, y llega el segundo.*)

Pret. 2°. Yo soy, señor, la persona
Por quien ayer os hablaron
Libio y César.

Princ. Proseguid.

Pret. 2°. Soy hijo, como informado
Estais, de los mismos pechos
Que con su sangre os criaron.

Princ. Ya yo me acuerdo de vos.

Pret. 2°. ¿Pero, señor, olvidaisos
En la merced que os suplico?

Princ. Vos os faltais mas que os falto:
Pues no sabiendo pedirme,
Haceis que no acierte á daros:
Quise á Elena, vuestra madre,
Cuanto la estuve obligado.
Fué labradora en Belflor,
Un lugarcillo de Arnaldo,
De donde acá la trajeron.
Dióme el pecho, y sois mi hermano
De leche.

Pret. 2°. Guárdeos el cielo,
Por la memoria de honrarnos.

Princ. Era pobre con estremo,
Salió rica de palacio,
Con mercedes que tener,
Y un oficio que dejaros;
Y aunque sé de lo que os dieron,
No para aventajarlo.
Que dar á un príncipe el pecho,
Es vincularse su amparo:
Pero vos quereis que sea
Para haceros castellano
De un fuerte, el mas importante
Que tienen nuestros estados;
Y vuestro aumento ha de ser
Con modo mas ajustado
A vuestra esfera, advertidlo,
Los ojos poniendo en algo,
Que os valga á vos mucho mas,
Y á mí no me importe tanto.
Pedid hacienda, y no ruido:
Mirad que los puestos altos,
Son de vergüenza al indigno,
Si al merecedor de aplauso.

ESCENA II.

SALE PORCIA CON DIFERENTE VESTIDO Y EL MANTO SOBRE EL ROSTRO.

Porc. Una señora estranjera,
A quien debo...

Princ. Levantaos.

Porc. No me ha conocido, á quien *ap.*
Debo acudir todo cuanto
A mi misma si tuviera
Para que valerme en algo,
En un negocio que tiene
Me obliga á que venga á hablaros,
Como intercesora suya.

Princ. ¿Intercesora?

Porc. Si á tanto
No puede mi valimiento
Aspirar con vos, mi estado
Y mi calidad lo pueden;
Y pues que tan olvidado
Os tienen, señor, las yerbas
Que pisais allá en los campos,
Aunque contra el órden sea,
Quitaré del rostro el manto.

Princ. Prima, perdonad por Dios.

Porc. ¡Gran favor!

Princ. El no esperarlo
Me hizo desconocerlo.

Porc. Mucho fué, que me han contado
Que lo que desconoceis
Suele desasosegaros,
Y os estábades muy quieto.

Princ. Antes á los descuidados
Llamamos desconocidos
Cuando de ellos nos quejamos.

Porc. ¿Y tendreis vos algo de eso?

Princ. Segun me habeis olvidado,
Vos sois la desconocida.

Porc. De vos sí, no sabeis cuanto.
Princ. Cuanto ya no me quereis.
Porc. Basta que pueden juzgaros
Lo cierto de lo mudable,
En lo libre de lo falso.
Princ. Yo siempre soy uno, prima.
Porc. Pues yo soy dos.
Princ. Ya es pecado
Muy comun de las mugeres.
Porc. No fuera yo dos si acaso
Vos no me hiciéradeis serlo.
Princ. Antes los hombres pagamos
Con sencillez las traiciones.
Porc. Sí, príncipe, vese claro,
Como el agua de la fuente.
Princ. Fuentes hay que encubren harto.
Porc. Sí, que en fuente se miraba
Aquel necio que admirado
Se desconoció á sí mismo,
Y ser otro imaginando
El que en el cristal veia,
De sí mismo enamorado,
Teniendo el harpon consigo,
Se murió por alcanzarlo.
Princ. Docta en Ovidio venis.
Porc. En transformaciones ando,
Mas no en esas; pero basta,
Que de pretendiente salgo.
Princ. Sois mas para pretendida.
Porc. ¿De quién?
Princ. De cualquiera.
Porc. Cuando
Acierte á no conocerme;
Pero en lo que vengo á hablaros
Me escuchad, ó volveréme.
Princ. Mandad, que seré el vasallo.
¡Ay hermosa duda mia! *ap.*
Porc. ¡Ay engañoso engañado!
Vive en esta corte, pues,
(Escondida en el recato
De algun recelo medroso
Y de algun tierno embarazo,)
Una estranjera beldad,
Que de lo rosa y lo rayo,
En lo descuidado tiene
Mas que otras en lo cuidado.
De pintárosla me holgára;
Pero de colores falto,
Hallo el campo, el dia, el cielo,
El sol, el fuego y el mayo:
Mas aunque me falte todo,
Todo á envidia y amor dado,
Calle el aire, escuche el cielo,
Sienta el bronce y arda el mármol.
Dos mudas lisonjas, dos
Mas ya lisonjas, que manos,
Calles de jazmin, que á medias
El clavel aposentaron.
Sin clavel y sin jazmin
Dos prodigios son formados
De los encarecimientos,
Que en otras mintieron tantos.
Lo que garganta parece,
Lo que infinitos llamaron
Del cristal vergüenza hermosa,
Del fuego disfraz nevado
Sin cristal, sin nieve ó fuego,
En lo mas bien inclinado
Del gusto de la desdicha
Pienso yo que lo inventaron.
Dos dudas son sus mejillas,
Porque admitiendo lo raso
De su beldad, nadie cree
Que haya cabido en lo humano.
Es su boca una amenaza
Toda de risa y de agrado,
Que lo mas tierno en amor
Es el mas mortal amago.
Son sus ojos, sin mentirlo,
De lo que nació el cuidado,
Que para sacarle dellos
Antes fueron destinados:
Su frente, de rizos llena,
Es un pueblo de otros tantos
Peligros, temido un gusto,
Pero pretendido un daño.
¿Mas para qué os la pondero?
Que si por poneros algo
De su parte, no obrará
Tal ministro apasionado.
Lo que aseguraros puedo,
Es que solo tiene malo
Parecerseme en estremo;
Cosa, señor, que han notado
Cuantos han podido verla:
Pero escediéndome cuanto
Tambien parecerme pudo
Que en forma, en color y espacio
Dos diamantes se parecen,
Y no son de un fondo entrambos.
Digo en fin, que esta señora
Vino aquí, porque tratado
Trae con bien grandes empeños
Su casamiento con Cárlos;
Y vino desde bien lejos
Por órden suya á esperarlo
Antes que él de su embajada.
Princ. El corazon me está dando *ap.*
A la voz desta muger,
Gusto, enojo, miedo y saltos.
Porc. Estando, pues, aquí un dia
De aquellos mas abrazados

Hijos del sol, con que el junio
Vuelve en cenizas el mayo,
A la fuente del laurel
Fué á bañarse, y un retrato
Huyendo de cierto ruido,
En ella perdió de Cárlos.
Sabe que vos le teneis,
Que ni lo mas recatado
Se esconde á la acechadora
Curiosidad de palacio.
Ay en fin quien dél lo ha dicho
Despues de haberle buscado
Con el alma y el deseo,
En los ojos y en las manos.
Teme que Cárlos lo sepa,
Que está su honor en su agrado,
Y es cualquiera grave indicio,
En quien trata de casado.
Y pues de un hombre el bosquejo,
Aunque de pincel gallardo,
No puede, señor, tener
Nada para enamoraros;
Pide que se le envieis
Conmigo, no ocasionando
Que su amor padezca enojos,
Y su honor negocie agravios.
Príncipe, sois generoso,
Sed de una muger amparo,
De una tristeza remedio,
De una queja desengaño,
De una afligida consuelo,
De una amenaza reparo,
De una voluntad alivio,
Y sosiego de un naufragio.

Princ. Matándome está de zelos.

Porc. ¿Parece que os ha pesado
De mi ruego?

Princ. Porcia, no,
Duda si me oferece el caso.
¿Dónde esa estranjera vive?

Porc. De mi propia casa al lado.

Princ. Mentidme, zelos, que muero *ap.*
Valedme, amor, que me abraso,
Decidme verdad, avisos,
Dejádmela hallar, cuidados.
¿Y es vuestra amiga?

Porc. Es yo misma.

Princ. ¿En tan poco tiempo tanto?

Porc. Todo el mérito lo puede;
Y es de suerte que en mi estrado
He abierto una puerta al suyo.

Princ. Halléla yo, que su agrado *ap.*
La cerrára si la obligo.
¿Y os parece mucho?

Porc. Tanto
Que es hasta en la voz estremo:
Y de la suerte que un ramo
Produce muchos claveles,
Que el diferenciarse en algo
Se ve cuando vienen juntos,
Pero no cuando apartados
Nos dicen todos que somos. *ap.*

Princ. ¡Quién pudiera averiguarlo! *ap.*

Porc. ¿Qué respondeis?

Princ. Que está bien.

Porc. Brava confusion le ha dado. *ap.*
Esto no pide consulta.

Princ. Ni aquí puedo estar mezclando
Pinturas y memoriales.
¡Reviento! *ap.*

Porc. Pues que no valgo
Mas con vos, aunque pudiera;
Pensaré que he negociado
El saberlo.

Princ. El cielo os guarde.

Porc. Y os dé un reino de retratos,
Pues que tanto gustais dellos.
No queda mal castigado. *ap.*

Princ. ¡Ah mal hayan las audiencias!
Pero si con esto hallo
Lo que busco, zelos mios,
Todo quiero perdonarlo.

Porc. Conmigo misma me ofendo.

Cés. Bravo pretendiente.

Fab. Largo.

Porc. ¡Oh, envidia, y á lo que llegas!

ESCENA III.

DICHOS, MENOS PORCIA.

Princ. ¡Oh, zelos, y lo que paso!
(*Llega otro pretendiente.*)

Pret. 3°. Este os dirá mis servicios:
De capitan reformado.
Pido el sueldo, que lo he sido
Con satisfacion dos años. (*Vase.*)

Princ. Bien está.

Pret. 4°. De haber servido
En la armada tiempo largo,
Un hábito pido en premio.

Princ. Yo me acordaré.

Pret. 5°. En los cargos
Del testamento, señor,
De vuestro abuelo, ha vacado,
Por muerte de Federico,
La plaza de secretario.
Soy...

Princ. Ya lo sé, Estacio sois,
Que en la guerra habeis logrado
Algunos buenos sucesos.

Pret. En premio de ese trabajo
Esta ocupacion pretendo.

Princ. Mucho estais de lo bizarro
De entonces descaecido,
¿ Pues viniendo en lo gallardo
De la edad á lo ministro,
Quereis pasar lo soldado?
Mucho os pesa ya la espada,
Mas forastero en sus rasgos,
Lo ligero de la pluma
Podrá seros mas pesado.
Que allá plático de aquello,
Cargará el hierro en el brazo;
Y acá ignorante de todo
La ignorancia en el cuidado.
El apetito os engaña,
Mal poneis la mira, Estacio,
Que os perderéis en camino
Donde no sabeis los pasos.
Y en el campo del papel,
Con andarlo y desandarlo,
Siempre la dudosa huella
Lo tendrá todo borrado.
Faltaréis donde sois bueno,
Sobraréis donde sois malo,
Y haciendo daño al oficio,
Os hará el oficio daño.
Seguid el rumbo primero,
Que esto de trocar las manos
A los hombres y á los puestos,
Es hacer que dos caballos
Caigan por trocar los frenos
Con que andaban bien entrambos.

ESCENA IV.

DICHOS, Y SALE PORCIA CON EL VESTIDO QUE EN LA PRIMERA JORNADA, EL MANTO SOBRE EL ROSTRO, LAS MANOS DESNUDAS, Y EN LA UNA UN BRAZALETE COMO EL QUE ENSEÑÓ EL PRÍNCIPE ANTES; Y EN LA OTRA EL GUANTE HERMANO TAMBIEN DEL OTRO, ASIDO POR LOS DEDOS.

Porc. No pienso que vengo mal. *ap.*
Princ. No sosiego.
Cés. ¡Lindo garbo!
¡Famosa moza!
Lib. ¡Estremada!
Princ. Negocios, reino, embarazos.
¿Esto es mandar, ó servir?
Hasta la dicha es cuidado.
Porc. Si por muger, y estranjera...
Princ. Mas ojos ¡qué estoy mirando!
Mas amor ¡qué me sucede!
Mas miedos ¡en qué me hallo!
Treguas, pena, vida, albricias.
Porc. Si para atributos tantos,
Como son muger, y sola,
Razon, amor, fuego y llanto:
Ay, señor, piedad en vos.
¡Qué esto me acontezca, atado *ap.*
A tantas obligaciones!
¡Qué hubo de ser en palacio,
Que en tal puesto; que á tal tiempo,
Que todos me esten mirando!
Porc. Ya que Porcia no ha podido
Lo que vengo á suplicaros,
Yo, señor...
Princ. Bien Porcia dijo, *ap.*
Aun sabiéndolo me engaño.
Con su voz, César, escucha, (*á César.*)
Mira atento, (¡estoy turbado!)
Mira el guante y brazalete
De los que yo tengo hermanos,
Y el vestido que te digo
En el talle que te alabo.
Cés. Celebrando estoy tu dicha.
Princ. Aquellas sí que son manos,
Que no las de Porcia, César.
Porc. Yo en fin, señor, á rogaros
Vengo.
Princ. Hermosa forastera,
Con quien todo del sagrado
Mando celeste de incendios,
Una envidia es cada rayo,
Una sombra es cada estrella,
Cada luz es un engaño:
Si á lo que, Porcia, venis
No pasais á pronunciarlo,
Bástenme, por Dios, los zelos
De haberlo yo imaginado.
Mirad que desde aquel dia
Que en la fuente os ví bañaros,
Como ardor de aquel estío,
Ramillete de aquel vaso,
Muriéndome estoy de amante:
Mirad que desde aquel rato
Que lo encendido del julio,
Que lo florido del mayo,
Despues de juntarlo todo,
Todo os ví tambien nevarlo:
Sin alma vivo por veros;
Ved que desde que en el campo
De perlas, siendo á los ojos
Ya la esperanza de mármol,
De rayo fuisteis á todo
Y hasta en el laurel dió el rayo:
Sin mí estoy, porque no os tengo;
Apartad del rostro el manto,
No os retireis, escuchad,
No querais (¡de juicio salgo!)
No hagais...
Porc. Sosegaos, señor,
Que lo están todos mirando.

¿Vos descompuesto, y conmigo?
Príncipe tan soberano,
Que aun á sus mismas acciones
Ha de parecer pintado
Así en público.
Princ. Vos sola
Pudisteis ocasionarlo:
Reportarme he menester. *ap.*
Porc. Si tal hubiera pensado,
Primero hubiera venido,
Perder dejára el retrato
Antes de llegar á veros,
Sí, por la vida de Cárlos.
Princ. ¿Esa vida me jurais?
Porc. Es de mi dueño.
Princ. A matarlo
Me quereis ocasionar.
Porc. Con eso os habreis librado
De mí y dél, y si en mí estais,
Vuestro tambien será el daño;
Mas yo sola á Cárlos tengo.
Princ. ¿Y os vais?
Porc. Ya ningun despacho
De mi pretension espero.
Princ. Mirad, que me haceis.
Porc. Yo hago
Lo que debo á lo que soy.
Princ. Síguela, César, volando.
Porc. Cuanto quise ha sucedido.
Princ. Que me arrastre tras sus pasos
Temo de mi desvarío.
¡Muerto quedo!
Porc. Alegre salgo.
(*Vanse todos, ella por una parte, el príncipe y los demas por otra, y César tras ella.*)

ESCENA V.

Decoracion de sala.

CARLOS, ROSAURA, LIRON Y NISE.

Ros. Empieza, Cárlos querido.
Cárl. Dando tregua á mi cuidado,
Oye lo que me has mandado.
Ros. Dime lo que te he pedido.
Cárl. Madrid, (patria de reyes en Es-
Y trono de su silla, [paña,
Corazon y cabeza de Castilla,
Fundada en medio de ella,
Mas en los hijos que en la madre bella,
Y á esotras tierras norte)
Es de todos envidia y de ellos corte.
Yace, pues, levantada
Sobre un llano esparcido, en que dispuestas
Sin agrura ni ahogo están sus calles,
Aunque al lado del rio, de dos valles,
O las cabezas carga, ó las corona,
Mostrando encima un monte de edificios,
Y ejército de casas,
Tal, que las graves eminencias de ellas,
Se suben á alindar con las estrellas,
Llegando con sus frentes las buhardas,
A hacer volantes de las nubes pardas.
Mírase desde afuera
La hermosa pesadumbre,
Que la vista suspende vagarosa,
Y en cada chapitel, del sol la lumbre
Parece de la lumbre mariposa.
Descubren los collados
En dos desnudos hombros,
Coronadas las frentes
De edificios vivientes;
Porque de noche al aire, al sol de dia,
Hace su prado allí la infantería,
Dándose un campo y otro
(Que su barrio saquea)
En fuga de torneo la pelea,
Festiva semejanza de batalla,
A que la puente de Segovia es valla.
Madrid, en fin, aquí desde el repecho
Destos dos baluartes de la tierra,
(Esparciendo la vista sobre un parque,
Colonia de venados y conejos,
Donde son chapiteles de la greña,
Que le sirven de casas,
Las verdes copas de las rudas vasas,
En árbor tanto, que cerrando arriba
Un ramo y otro ramo, al aire el paso
Pasea, cuando en ellos se embaraza,
Otro campo, otro parque y otra plaza;
Un soto mira umbroso,
Ribera amena de un pequeño rio,
No por pequeño menos deleitoso,
Que ademas de las plantas que él encierra,
Madrid tambien le cubre
De plantas animadas el estío,
Y no plantas sujetas,
A que si el viento inquieto las despoja
Del trémulo vestido de la hoja,
En cadáveres queden,
Que estotras, que aun vestidas las esceden;
Están siempre en el mayo de sus vidas,
Y si mas despojadas, mas floridas.
Bajan la fundacion, nunca acabada,
El círculo siguiendo,
Ya templos, ya jardines, ya sembrados,
Por donde discurriendo
Una fábrica, y otra celebrada,
El paseo se alcanza de los prados.
Los álamos allí mas levantados
Fundas son verdes, que labró el verano.

Hay numerable suma
De instrumentos de pluma,
Que fabricó y templó sagrada mano,
A cuya fresca sombra,
Y dulce melodía,
O á la sombra que hace
Rojo el poniente al dia,
Y entre la risa alegre de las fuentes,
Que al cielo flechan plata,
Las animadas flores se pasean,
Y los vivientes rayos,
En portátiles mayos
De innumerables coches,
Que á ser auroras salen de las noches.
Esto es Madrid, Rosaura, por defuera,
Que por de dentro, ¿quién pintar pudiera
Una calle Mayor y tantas calles,
Tan pobladas de galas y de talles?
¿De hermosuras, de ingenios, de señores,
De esfuerzos, de ternuras, de primores,
De fortunas, de casos, de mudanzas,
De quejas, de favores, de esperanzas?
Huid, pincel, de tanta hermosura,
No llegue á mas que todo mi locura;
Baste decir (huyendo lo importuno)
Que es Madrid un lugar como ninguno,
Que á los ojos se viene,
Aunque su mismo peso le detiene,
Siendo (si albergue á tantas magestades)
No una ciudad, un barrio de ciudades,
Cuyo alcázar palacio es tan gigante,
Que hubiera menester, menos constante,
Agobiar la gallarda pesadumbre,
Para haber de apagar del sol la lumbre.
Nise. ¿Y tú, qué me pintarás?
Lir. Harto, aunque mal te deleitas,
Te pintas cuando te afeitas,
No quiero pintarte mas.
Nise. Es la disculpa estremada.
Lir. Verdad al menos, mas ten
Quietud, que en Madrid tambien
Quiero dar mi pincelada.
Es Madrid de pedernal,
Empiézanse sobre un fuego
Muchos edificios dél,
Y acábanse sobre un censo.
Son sus mugeres de azogue,
Son sus venturas de almendro,
Son de azúcar sus galanes,
Son de vino sus tudescos.
Son sus tabernas de agua,
De vinagre los deseos,
Las desventuras de aceite,
Las esperanzas de hueso.
Son las galas de fiado,
Los queridos de dinero,
El amor de ratonera,
Y la hermosura de queso.
Son los gustos de disgusto,
Son las finezas de necio,
El agasajo de daca,
Lo agradecido de luego.
Son las lisonjas de todos,
Son los amigos de riesgo,
Son las verdades de nadie,
Son de envidia los ingenios.
Lo fiel es de lo cristiano,
Lo demas, todo es incierto,
Y el pan no es de cada dia
Mas que en solo el Padre nuestro.
Lo que es Madrid por de fuera,
Ya lo oiste en el bosquejo
De mi amo: Nise, hermana,
Esto es Madrid por de dentro.
Cárl. ¿Cómo le habrá sucedido
A Porcia? que de estos miedos
Libro en ella mi esperanza.
Ros. No tardarás en saberlo,
Porque aquí se desnudó
De Porcia, y volverá luego
A vestirse, que así engaña
Hasta sus criados mesmos.

ESCENA VI.

DICHOS, Y SALE PORCIA COMO EN LA SEGUNDA AUDIENCIA.

Porc. Huélgome de hallaros juntos.
Ros. Parece que en tu contento
Puedo sosegar el mio.
Porc. Haz, Nise, que lo primero
Me den el otro vestido.
Ros. Deja el manto.
Nise. Al punto vengo. (*Vase.*)
Cárl. ¿Qué hay del príncipe?
Porc. Quedó
Entre loco y entre cuerdo,
Arrojado y detenido,
Como caballo soberbio
Que ni parte ni reposa
Entre la espuela y el freno.
(*Nise y otras sacan el vestido.*)
Nise. Aquí está.
Ros. Yo te seré
Tambien camarera.
Nise. Vengo
En que me quites mi oficio:
Como escarabajo dejo (*á Liron.*)
La carga si me la ayudan.
Ros. Vestiráste en un momento.
Cárl. ¿Qué intenta aquesta condesa?
No fuera mejor de presto

Decirle al príncipe yo
Soy (escusando rodeos)
La que visteis en el rio y no otra.
Nise. No, que puede no creerlo;
Que como piensa que Cárlos
Ha de ser por fuerza dueño
De quien perdió su retrato,
Que podrá pensar, es cierto,
Que finge Porcia el ser ella,
Para remediar sus zelos:
Fuera de que así se venga
De que él la dejase.
Lir. Cielo,
Cosas tienen las condesas,
Que me han de quitar el seso.
Nise. Ella rabia de que él piensa,
Que no es ella, y su tormento:
Cuanto le venga, le ayuda.
Lir. Paréceme á algunos necios,
Que por quitarse el mosquito,
Cuando les zumba en el lecho,
Se pegan de bofetadas.
Ros. Ya estás vestida.
Porc. Y no pienso,
Que nunca mas aliñada,
Que tu mano: yo quiero
Irme á mi casa, que es tarde.
Ros. Bien puedes, Porcia, primero,
Decirnos lo que ha pasado,
Y iráste en anocheciendo.
Cárl. Ya poco le falta al dia.

ESCENA VII.

DICHOS Y TANCREDO.

Tanc. Aunque bien apriesa vengo,
Pienso que he de llegar tarde:
El mar anda por los cielos.
Cárlos, el rey ha sabido,
Que al príncipe dejó inquieto
La audiencia, y piensa que son
De alguna muger efectos.
Jura, que ha de desterrarla,
Si sabe quien es, y haciendo
Anda pesquisa en palacio;
Pero el príncipe sujeto
A su amor mas que á su padre,
Habiendo César, él mesmo,
Al descuido, en un caballo,
Venido hasta aquí, siguiendo
Una silla, que acá entró,
Con gran cuidado: y habiendo
Dejado abajo un criado,
Y á darle noticia vuelto,
Él en un coche cerrado
A la puerta queda, y creo,
Que sube ya.
Cárl. Soy perdido,
Cobraron fuerza mis zelos.
Si él me ve aquí, que es Rosaura
La dama que busca, es cierto,
Que ha de pensar; ¡ay Rosaura!
Ros. Éntrate en este aposento,
Que otra puerta tiene y paso
Para el patio, podrás luego
Irte, Cárlos.
Cárl. ¡Cómo! ¡ay Dios!
¿Me lo sufrirán mis zelos?
Porc. Antes, Cárlos, no te vayas,
Escóndete si, y atento
Asiste á cuanto pasare.
No puedo encubrir, que temo,
Que Rosaura se le incline.
Cárl. Entro, pues; ¡valedme, cielos!
(*Vase.*)
Ros. Tambien tú, Liron, te esconde.
Lir. ¡Que yo, por ageno pleito,
He de andar hecho gazapo! (*Vase.*)
Nise. Él entra.
Ros. Trae luces presto.
(*Vase, y sacan luces.*)

ESCENA VIII.

ROSAURA Y PORCIA Y SALEN EL PRÍNCIPE Y CÉSAR.

Princ. Porcia está aquí, azar ha sido.
Ros. Incierta de tanto esceso,
No bajé, señor, al patio.
Princ. Aunque á visitaros vengo,
Y antes debiera haber sido,
No con tanto cumplimiento.
Porc. Voime, por no embarazaros.
Princ. No, Porcia, tambien de veros
Tendré gusto.
Porc. Ya eso es tarde.
Princ. Sosegaos, que tambien vengo
(Por hacer lo que mandasteis,
Mostrando, que os obedezco)
A entregarle su retrato
A aquella dama que entiendo
Que está aquí.
Porc. Si de las dos
Alguna no es, yo creo,
Señor, que os han engañado.
Princ. ¿No puede Rosaura serlo?
Porc. Rosaura es vuestra vasalla.
Princ. Aquello de lo estranjero
Debe de ser disimulo.
Ros. Yo, señor, nunca me suelo
Bañar, que me causa daño.

Porc. Y si estais, como ya entiendo,
Enamorado, señor,
De aquella muger que viste
En el rio y sus orillas,
Y la andais buscando ciego,
¿Es cosa puesta en razon
Que tengais atrevimiento
De procurarlo á mis ojos?
Lo soberano, lo escelso
En amor donde no hay rey
¿Tiene acaso privilegio
Para hacer la grosería,
Y escaparse de grosero?
Yo de que os hayais mudado
Ni me admiro ni me quejo,
Que antes son las variedades
Las firmezas de los tiempos.
Y si ofenderme pudiera
(Como de nada me ofendo)
Ya es disculpa de dejarme,
Dejarme por mejor dueño.
Que yo os juro que lo es,
Y os perdono porque veo
Que no es culpa no engañaros
Y es mejoraros acierto.
Mas que en mi presencia ufano
Lo trateis, es ya despejo
Sobrado, y es ya sobrado
Fiar de mi sufrimiento.
Inquirid, buscad, sabed,
Acechad, helaos, ardeos,
Sentid, amad y lograd
Falso ó fino, loco ó cuerdo.
Mas ya que tan sin recato,
Sin querer tenerme á verlo,
Ni esto, que es estimacion,
Sospechar que ha sido zelos. (*Vase.*)

Princ. ¿Porcia, Porcia?

Ros. Hase enojado
Con razon.

Princ. Mayor la tengo
En todo lo que ocasiono,
Aunque lo niegue el efecto.

ESCENA IX.

DICHOS, MENOS PORCIA, Y ACECHANDO CARLOS.

Cárl. Sola ha quedado, ¡ay de mí!

Princ. Rosaura, yo estoy muriendo,
Yo no sé de mí, Rosaura,
Y vos podeis el remedio.
Una muger, que tapada
Hoy me fué á abrasar el pecho,
Fué á repetirme el harpon,
Fué á proseguirme el incendio.
Llevando todas las señas,
Que dentro del alma puedo
Recoger, de la que ha sido
En esta muerte el veneno.
Sé que en vuestra casa entró,
O permitidla á mis ruegos,
Dejándosela á mis ojos,
Lográndosela á mis zelos,
O decidme que sois vos;
Que si no hay otra acá dentro,
Claro está que no ha de estar
Sin monarca tanto imperio.
Y si amante sois de Cárlos,
Y si yo á Cárlos no escedo
En lo galan, cargue un poco
Esta balanza mi reino.
En él sereis lo que en mí,
Y en mí sois lo que sospecho,
Que fuérades en el mayo,
Y sois agora en el cielo.
Tened piedad, dadme vida,
Volvedme á mí, sed consuelo
De una rabia y mil cuidados,
De una pena y mas despechos,
De una ausencia de mí mismo;
Y pues en este tormento
Nada me dejais de mio,
Algo me sufrid de vuestro.

Ros. Yo, señor, nunca he sabido
Lo que es amor, aunque entiendo
Que le han conocido mas
Los que se le sufren menos.
Libre vivo, y no he pensado
Causarme aborrecimiento,
Que para no ser querida,
Basta el cuidado de serlo.
Pienso que vive lo hermoso
Mas seguro en lo severo,
Y que está lo aficionado
Siempre en fortuna de feo.
Mirad como sufrirá
Su flaqueza mi ardimiento,
O como querré ofendida
De que imagineis que quiero
Fuera de que en lo demas
Ni me hallo ni os entiendo,
Ni sé de dama ó de Cárlos,
Y harto sé con no saberlo.
Sentid, morid ó sanad,
Rendios, cabraos ó perdeos,
Aborreced ó quered,
Estad sin vos, ó sed vuestro;
Que ni os lo ocasiono yo,
Ni remediaroslo puedo,
Ni sé que ninguno tenga
Mas que de suyo de ageno.

Princ. Hareis que la casa os mire.
Ros. No andareis vos tan violento,
Cuando os pintais tan rendido.
Princ. No obro yo, sino mi afecto.
Ros. Con él va quien no le huye.
Princ. Procúrolo, y no lo puedo.
Ros. ¿Si se habrá salido Cárlos? *ap.*
Princ. Hoy me ha de arrastrar mi in-
¿Quién está aquí? [tento.
(*Llega á la puerta donde se escondió.*)

ESCENA X.

DICHOS Y SALE CARLOS.

Cárl. Cárlos soy.
Ros. Acreditóse mi miedo.
Princ. Tanto soplé la ceniza, *ap.*
Que vine á dar en el fuego.
¿Cárlos aquí, y escondido?
Cárl. No escondido, aunque confieso
Que siento que me hayais visto.
Princ. ¡Harto es mas lo que yo siento!
¿Pues porqué lo sentis, Cárlos? [*ap.*
Cárl. Porque intentaba un secreto,
Que ya no lo puede ser,
Pena, señor, de creceros
La sospecha, en que he escuchado
Que vivis, de que yo quiero
A Rosaura, y que me estima,
No siendo yo tan soberbio,
Ni ella tan poco gallarda.
Princ. Pues, Cárlos, decid, con veros
Así escondido en su cuarto,
¿Deja ese indicio de serlo?
Cárl. Lo que recataros quise,
Fué una voluntad que tengo
Ya en color de travesura;
Porque de padres y deudos
Robé una dama en España
Algo hermosa, y no de menos
Estimacion que la mia;
Y habiendo venido á vernos
Hoy en casa de Rosaura,
Que la ampara por el deudo
Que tiene, señor, conmigo;
Y porque casarme pienso
Con ella, para acudir
A lo que vale, y la debo,
Nos retiramos los dos,
Señor, en este aposento,
Sabiendo que tú subias.
Princ. No fué vano mi recelo:
¿Veis, Rosaura, si me engaño?
Ros. Pero, señor ¿será bueno
(*Aparte el príncipe y Rosaura.*)
Que pierda á Cárlos por vos
La que perdió por tenerlo
Reputacion, patria y casa?
Que disimuleis os ruego.
Princ. ¿Quién lo podrá con su pena?
¿Pues, Cárlos, soy yo tan necio,
Que no sabré disculparos
Un enamorado esceso?
De aficion y juventud
No hay huir el rendimiento,
Que hacen mucha batería
En las murallas del pecho.
Quered, Cárlos, casaos, Cárlos,
(Antes me maten los cielos) *ap.*
¿Mas qué importa que no vea,
Y mas sabiendo el suceso?
Su disculpa de las partes
Que en su causa considero,
Dejádmela, Cárlos, ver.
Cárl. Señor, que se turbe temo:
No la avergonceis, mirad.
Princ. Ya del recato me ofendo,
Decidla, Cárlos, que salga.
Cárl. Un papel está escribiendo,
Verla podreis desde aquí.
(*Corre la cortina donde estaba escondido, y descúbrese Porcia con el trage de las enaguas, escribiendo sobre un bufete con luces; y en la mano que tuviere mas hácia el patio, el brazalete y el guante sobre el bufete.*)
Princ. Hermosa es mas que el deseo:
Labio, no sé si me deje *ap.*
A la envidia ó al contento.
¡O bien permitido estrago!
¡O en vano temido riesgo!
¡O semejanza escedida!
Porcia fué solo bosquejo
Desta luz; ¡pero qué mucho,
Si aun es sombra la del cielo!
Rosaura, hablarla quisiera.
(*Corren la cortina.*)
Ros. Presente Cárlos, es cierto,
Que será echarla á perder:
Mire vuestro amor su riesgo:
Vuestra alteza (¡ay Dios!) se vaya.
Princ. Así tuviese remedio
Mi pena.
Cárl. Fuerte aventura.
Princ. Ni me aparto, ni me quedo.
Ros. ¡Ay, Cárlos, lo que he pasado!
Cárl. ¡Ay, mi bien, lo que te debo!

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion en forma de pared, aderezado con algunas pinturas en medio, una puerta cerrada á una esquina, otra abierta, y á la otra esquina una silla de manos sin palos, pegada á la pared sin que se vea, que pared y silla están abiertas por detrás.

SALEN POR LA PUERTA DE ENMEDIO, ABRIÉNDOLA ENTONCES, PORCIA CON EL TRAGE DE LAS ENAGUAS, ROSAURA, CARLOS, LIRON, NISE Y MARCELA, DESCUBRIÉNDOSE TAMBIEN EN MEDIO UNA ALFOMBRA, UNAS ALMOHADAS, UN BUFETILLO, CON VELAS Y UN LIBRO.

Cárl. Todo está dispuesto, y creo,
Que todo á tu gusto: yo
Lo asistí.
Porc. ¿Pues cuándo no
Lo acierta todo el deseo?
Bien se acomodó el estrado,
¿Y la silla?
Cárl. Vesla allí.
Porc. ¿Con el modo que te dí?
Cárl. Y aun su ejercicio ensayado.
Ros. Dicha fué en tan oportuna
Ocasion, estar vacía
Esta casa.
Porc. En algo habia
De ayudarnos la fortuna.
Lir. ¿Para qué es esto?
Nise. ¿Yo, quieres,
Que razon dello les pida?
Lir. Pues no es cosa entretenida
El pagar dos alquileres.
Nise. Eso allá en las bolsas es
De gente de vuestro estilo.
Lir. De un aposento que alquilo
Cada dia llega el mes.
Nise. ¡Qué vil cuidado! ya pasa
A pena muy deslucida.
Lir. Mas veloz que el de la vida
Es el tiempo de la casa.
Nise. Para tu miseria es cierto,
Que será de mas estrago.
Lir. Yo solo cuando lo pago
Reconozco que lo he muerto.
Porc. No cierres, puédase entrar,
(*Abre Marcela la puerta del lado, y quédase junto á ella.*)
Sin creer que nos previene,
Y ponte á mirar si viene.
Ros. ¿Mandastele tú llamar?
Porc. No, mas hele ocasionado
A que se venga, y lo hará.
Ros. Y aun luego, que le dará
Mucha prisa su cuidado.
Porc. Nunca en este amor estuve
Tan fuera de mi.
Cárl. El recelo
Hará que se encienda un hielo.
Marc. Señora, pienso que sube.
Porc. Volveos á entrar en mi casa,
Y estad en lo que advertí.
Ros. ¿Cerraré la llave?
Porc. Sí.
Lir. Toda esta Porcia se abrasa,
Presto la llama verás.
Ros. Ven, Cárlos.
Cárl. Tras tí, aunque ciego.
Nise. Ve, y dí que toquen á fuego.
Lir. Toquen á Porcia, que es mas.
(*Éntranse todos, quedan Porcia y Marcela, y han de entrar por la puerta de enmedio, y cerrarla.*)
Porc. Marcela, yo me perdí.
Marc. Mas pudo desden que el ruego.
Porc. Ven, que he de fingir que juego
Marc. Un libro tienes aquí.

ESCENA II.

SIÉNTANSE LAS DOS, Y PORCIA TOMA EL LIBRO Y FINGE QUE LEE: Y SALEN EL PRÍNCIPE Y CÉSAR POR LA PUERTA DE LA ESQUINA.

Princ. Nunca me hallé mas contento.
Cés. ¿Qué escribió?
Princ. Que ya sabia
Yo, César, donde vivia,
Y que en mi amoroso intento,
No era piedra para estarlo,
Ni fiera para advertirlo,
Ni muger para decirlo,
Ni bronce para callarlo.
Que tiene en Cárlos su honor,
Que no le puede perder,
Mas que lo tierno es muger,
Y no es lo marido amor.
Que todo el poder lo huella,
Y que podré, pues que estoy
En tan alto, como soy,
Mirarla y mirar por ella.
Cés. Razon trujo, discrecion,
Y favor, el papel todo,
Lindo estilo y lindo modo.

Princ. Cada letra es un harpon.
Pero volviendo á su dueño,
¿Puede el alba descubrirse
Tan de luz, al sacudirse
De entre los brazos del sueño,
Como ella, cuando escribia?
Y la mano que jugaba,
O ya la tinta nevaba,
O ya el papel escondia.
Si negro á su lado, y luego,
De la tinta con la union,
¿No era todo de carbon,
Y ella lo pasaba á fuego?
Cés. ¿Reparaste en una cosa?
Princ. Ya sé lo que se te ofrece?
Cés. Mucho á Porcia se parece.
Princ. Pero es mucho mas hermosa:
¿Qué la pudiese esceder
Quien tanto le pareciera?
Cés. ¿Mas qué fuera, que lo fuera?
Princ. ¿Eso, cómo puede ser?
Cuando escribiendo la ví,
De salir Porcia acabó.
Cés. Y cuando al patio bajó,
Con los ojos la seguí.
Princ. Pues cuando intentára acaso,
Quererme así castigar,
¿Por dónde pudiera entrar,
Estando los dos al paso?
Ilusiones, César, son.
Cés. Bien á conocerse llega;
Pero en aficion tan ciega
Procede con atencion.
Princ. A todos el alma es fiel:
No estuviera contra mí.
Cés. ¿Sabes ya su nombre?
Princ. Sí.
Laura firmó en el papel.
Porc. Pasos siento, ¿quién ha entrado?
(*Dejan los naipes, y levántanse.*)
Princ. No os alboroteis.
Porc. ¿Señor?
¿Cómo entrasteis? ¡qué temor,
Y que susto me habeis dado!
Princ. Quietaos por Dios.
Porc. ¡Estoy muerta!
Que puede Cárlos venir,
Y Porcia puede salir,
Que va á su cuarto esta puerta.
¿Cómo así os habeis venido,
Sin ninguna prevencion?
Princ. Priesa fué de mi aficion.
Porc. Grande atrevimiento ha sido.
Princ. Mi amor puede disculparme.
Porc. Esto, señor, no es quererme,
Es daros prisa á perderme
Antes mucho de ganarme.
Princ. ¡Qué con la dicha el pesar
Junte mi fortuna incierta!
Porc. Cierra, Marcela, esa puerta,.
(*Cierra Marcela la puerta de la esquina, y tuerce la llave que estará en ella.*)
No entre Cárlos sin llamar,
O vuélvase vuestra alteza,
Que de tanto riesgo enmedio
Cuando llame ¿qué remedio?
Princ. Ved, que parece estrañeza
Tan demasiado temor.
Porc. Los hombres siempre atendeis
A querer lo que quereis,
Mas no á querer con amor.
Princ. Advertid.
Porc. Ya Porcia llama
(*Llaman á la puerta de enmedio.*)
¡Desdichada suerte mia!
Sola esta amiga tenia
Y casi ninguna fama.
Princ. ¿No valdré por Porcia yo?
¿Nada el temerme os consuela?
Porc. No la respondas, Marcela,
(*Vuelven á llamar.*)
¿Pero qué dirá sino?
¿Y qué importa? que ella tiene
Allá su llave.
Marc. Habrá sido
Gran dicha si la han perdido.
Porc. ¿Cuál bien tan á tiempo viene?
Princ. Mas pensé yo que valia.
Cés. Con quien estás, considera.
Marc. Tambien llaman allá fuera.
(*Llaman á la puerta de la esquina.*)
Cés. ¿Si es Cárlos?
Porc. ¡Bueno será!
Marc. Sobrados los golpes son.
(*Vuelven á llamar á la esquina.*)
Porc. Llega y mira por la llave
Quien es.
Princ. Lo que soy no sabe,
Laura, vuestra confusion.
De nada tengais temor.
Marc. Segun lo que así se ve
No es Cárlos, pero no sé
Si es otro daño mayor.
Porc. ¿Cómo? ¡ya mi muerte tarda!
Marc. Porque he divisado enfrente
Mucha luz y mucha gente,
Y soldados de la guarda.
Cés. ¿No te lo advertí? ¿qué esperas?
Porc. ¡Ay, Marcela, mas si acaso
(*Aparte á Marcela.*)
Algun desdichado caso
Me sucediese de veras!

Princ. Que en fin César puede ser.
Cés. Desterrarla al rey juró;
Siguiérónte, y juzgo yo
Que la vienen á prender.
Marc. El achaque de esconderte,
(*Aparte las dos.*)
Que trazaste en este ruido,
Mas preciso ha sucedido.
Porc. No lo quisiera tan fuerte,
Que es de aventuras muy ciertas.
Marc. No es mal seguro el remedio.
Princ. Pondré yo mi vida enmedio.
(*Dán golpes, y dice de dentro Arnaldo, capitan de la guarda.*)
Arn. Si callan, romped las puertas.
Cés. ¿No será bueno esconderte?
Porc. Eso ¿qué estorbo ha de hacer,
Si á mí me quieren prender?
Princ. Mi padre intenta mi muerte.
Cés. ¿Llamo aquí?
Porc. ... Tened por Dios,
Mas lo temo y á entregarnos
Saldrá Porcia, no á librarnos,
Ya ofendida de los dos.
Marc. La puerta rompen.
Cés. Abrilla
Será mejor.
Porc. Fuerza es ya;
Yo me escondo y servirá
De lo que nunca la silla. *ap.*

ESCENA III.

ENTRASE PORCIA EN LA SILLA, ABRE CÉSAR LA PUERTA, Y SALE EL CAPITAN DE LA GUARDA Y GENTE.

Princ. ¿Arnaldo?
Arn. No tengo culpa
Que de mí desconfiado,
Abajo queda embozado
El rey, que es harta disculpa.
Princ. Ya esto es sobrado conmigo.
Arn. Recelo que tu respeto
Embarazase el efecto,
Y previnolo consigo,
Aunque solo yo lo sé
De cuantos vienen aquí.
Princ. Yo, quien le cuenta de mí
Hasta mis pasos, sabré;
¿Mas qué es el órden que os da?
Arn. Mándame reconocer
Toda esta casa, y prender
La dama que en ella está,
Con pleito homenage dello,
Que este venir á asistillo
Fué temer que á resistillo
Te hallases.
Princ. Pudo temello,
Pero entrad, aunque ya es tarde,
Que le he puesto en cobro yo.
Arn. Será hacer lo que mandó.
(*Éntrase, y uno de los que salen con él, toma una vela de las que hay allí, y va alumbrando.*)
Princ. No dejo de estar cobarde,
Temiendo que ha de mirar
La silla.
Cés. Si eso sucede,
Y abajo el rey, no se puede
Ningun remedio intentar.
Princ. Nunca esperé que me hiciese
Tal queja.
Cés. El celo sobrado
A esceso y todo ha pasado.
Princ. ¿Tirar tanto que rompiese
La cuerda fuera cordura?
Cés. Antes fuera desacuerdo.
Princ. Con tanto estrechar lo cuerdo
Suelen pasarlo á locura.
(*Sale Arnaldo.*)
Arn. Toda la casa he mirado,
Y diligencia escusada
Pudiera ser, que no hay nadie;
Solo este aposento falta
Y si la llave.
Princ. Esa puerta,
Arnaldo, sale á otra casa,
Que vive Porcia, llamad,
O si quereis, derribadla;
Aunque os juro que me pese
Que ella sepa lo que pasa
Y que este rumor la inquiete.
Arn. Pues si tú gustas.
Princ. No hagas
Cosa contra la instruccion,
Arnaldo, que traes jurada,
Hazlo que si el rey te viera;
Que ni en menos importancias
Se ha de pensar que los reyes
Tienen ausencia ni espaldas.
Arn. Con esta casa, señor,
La instruccion que tengo habla.
Y aunque esta puerta ocasiona
Que yo pueda dilatarla,
Tambien lo puedo escusar
Y nunca acrimino nada,
Señor, de lo que me ordenan;
Que hace mayores las causas
De infinitos delincuentes
El proceso, que la espada.
Y es bien no negarse nunca

A cuanto diere la gracia
De lugar; que en mil acciones
Que con enojo se mandan,
Quien se templa las compone,
Quien se irrita las estraga.
Fuera de que si esta puerta
Es, señor, de esotra casa,
Ni esta debiera mirar;
Que quien por aquí se entrára
Tambien por allá se fuera.
Por lo cual, aunque arrimada
Está á aquel lado una silla,
Puedo dejar de mirarla
Que el pleito homenage, á mí
Solo me esplicó la casa,
Y no es bueno ser hoy juez
De quien será rey mañana,
Al tomar la residencia.

ESCENA IV.

DICHOS, Y SALE PORCIA MUDADO EL TRAGE, POR LA PUERTA DE ENMEDIO.

Porc. ¿Que es esto? ¿en casa de Laura
Tanto estruendo y tanta gente?
Princ. Esto solo me faltaba: *ap.*
Mas de paso, César, mira
La sinrazon que pensabas,
Pues Laura en la silla está
Cuando está Porcia en la sala. [tentas?
Porc. ¡Ah falso! ¡Ah ingrato! ¿esto in-
Arn. Encendióse fuego en casa
Y entramos á remedialle,
Pasando yo con la guarda,
A lo cual llegó su alteza,
Que acaso tambien pasaba.
Princ. Arnaldo me ha socorrido. *ap.*
Porc. ¡Ah mudable! ¡dicha estraña!
Arn. Estraña, porque los dueños
(Que á su daño todos tardan)
En ella solo tenian
De socorro esta criada;
Pero en efecto dió voces.
Porc. Y ayudó. ¿Piensas que falta *ap.*
Quien me diga á lo que vienen
Y me cuente á lo que estabas?
Pues todo le sé, enemigo
Y que en la silla encerrada
Está Laura, y por decirlo
Estoy á voces.
Princ. No hagas
Por Dios, Porcia, que me pierda
Con esa civil venganza;
Mira que el rey está abajo.
Porc. Miraré, que tus mudanzas,
Si me ofenden con quererla,
Me vengarán con dejarla.
Princ. Oye.
Porc. Suelta: fuego dicen
Que sentiste, claro estaba;
Pero aquí (todo se sabe)
Le enciendes, que no le apagas.
(*Vase Porcia y vuelve á cerrar la puerta.*)
Princ. Quedaos, ¿mas qué haceis, Arnaldo?
Arn. Solo ver lo que me mandas.
Princ. Id con Dios.
Arn. Guárdete el cielo.
No hay en los hombres ventaja
Como hacer su obligacion,
Obligando al que maltratan.
(*Vase Arnaldo y su gente.*)

ESCENA V.

EL PRINCIPE Y CÉSAR.

Cés. Bien ha parado este riesgo.
Princ. Al punto, César, que salgan
Cierra la puerta, abrirémos
La silla: divina Laura,
El alma quieren prenderme,
Pero es necia confianza,
Que la hermosura no mas
Puede ser prision del alma.
¿No cierras, César?
Cés. Señor,
Temo si ven que te tardas
Acá dentro y que yo cierro,
Dar mas tiempo á la desgracia.
Mejor es que les parezca
Que voy saliendo
Princ. Al Petrarca,
Laura, le faltó poner
En su triunfo estotra Laura,
Ilustráradeis su ingenio
Entre admiraciones tantas,
Ella que triunfaba dellas,
Y tú que della triunfabas.
Ay, si mi amor conocieses. (*Cierra.*)
Cés. Ya está la puerta cerrada.
Princ. Abriré, pues, la del dia,
Llegue el sol, parezca el alba:
Salid hermoso lucero,
(*Yendo hácia la silla.*)
Y con piés de rosa y plata,
Sobre los hombros del mayo
Fijad la huella de nácar.
Salid, Cupido, galan;
Porque batiendo las alas
Desde la cumbre del cielo
Flecheis toda la campaña.

ESCENA VI.

DICHOS: ABRE LA SILLA EL PRÍNCIPE, Y SALE PORCIA CON EL TRAGE DE LAURA.

Porc. Terrible ha sido mi miedo.
Princ. ¡Oh cuál es, cuando se acaba
Un pesar! ¡cuál ya en el puerto,
Padecida una borrasca,
Qué alegre mira la ruina
El que de la ruina escapa!
Lo de despues de la pena
No es muy caro por pasarla.
¡Ay Laura, si me quisieses!
Porc. ¡Ay príncipe! penas tantas
(Ya que no quieres que basten
Señales para palabras)
Ni te dejen á la duda,
Ni te aparten la esperanza;
Que esto de costarme tanto
Mucho de amor amenaza.
Princ. Ay Laura, que los deseos
(Ya que no quieres que haya
Recelos en el cuidado
Ni despechos en las ansias)
No saben satisfacerse,
Ni de lo mismo que alcanzan;
Que esto de estimarlo mucho
Mucho el crédito embaraza.
Porc. Agora solo que al rey
Quietes, nos es de importancia:
Vete, y vuelve que hoy, mejor
Me asistes cuando te apartas:
Fíale al tiempo tus dichas.
Princ. ¿Al tiempo que las acaba?
Porc. Sí, que de acabarlas gusta,
Porque gusta de empezarlas.
Princ. Es grande mi enfermedad,
Y si el remedio se tarda,
Para despues de la vida
¿Qué importará que la traiga?
Porc. Las grandes fiebres tambien,
Aun no mejorando nada,
Harto, príncipe, se dice
Que mejoran si no matan.
Princ. Ya en mí, Laura, todo es muerte
¿Dónde cabrá la esperanza?
Porc. Mientras se puede vivir
Aun no es vida lo que falta.
Princ. ¿Y en fin, qué creerla puedo?
Porc. Sí, mientras que no se acaba.
Princ. ¡Ay, que si tarda no llega!
Porc. ¡Ay, que si llega no tarda!
(*Vanse ellos por una parte, y ellas por otra.*)

ESCENA VII.

Decoracion de calle y noche.

EL REY Y ARNALDO.

Rey. ¿Despediste la gente?
Arn. Solo he quedado.
Rey. El príncipe no baja. [dente,
Arn. Pues no le ví en mi vida tan pru-
Aunque á todos en todo se aventaja.
Rey. No viene nunca, Arnaldo,
Ningun desórden solo,
Ni el que despues se intenta,
Sin ser mayor que el otro se contenta:
Y así, aunque pueda alguno por pequeño
No dársele castigo,
Amor mas cuerdo es siempre no escusalle,
Que no llegar en el segundo á dalle.
El que es leve, con poco
Se deja prevenido,
Y con poco, el que es grande, preservado,
Y aunque menos merezca lo severo,
Para mayor piedad, primero escojo
Mostrarme riguroso en el pequeño,
Que no perder en el segundo al dueño.
Arn. Es tuyo lo advertido.
Rey. Dos hombres han salido.
Arn. Su alteza y César son.
Rey. Pues llega, Arnaldo,
Llega á reconocelle,
Que quiero ver, qué puede ocasionalle;
Para ver lo que basta á reportalle.

ESCENA VIII.

DICHOS, EL PRÍNCIPE Y CÉSAR.

Cés. Dos hombres hay y el uno
Hácia nosotros viene.
Princ. ¿Si será Cárlos?
Cés. Puede ser que sea.
Princ. Pues sea, ó no, ninguno
Quiero que me conozca.

ESCENA IX.

DICHOS, Y SALE ARNALDO, Y CÉSAR ESTÉ EN MEDIO EMBOZADO.

Arn. ¿Quién va?
Princ. César, responde.
Cés. Quien no se muestra nunca, ni se
Arn. Yo he menester sabello. [esconde.
Cés. Yo callallo.
Arn. Podrá serle disgusto.
Cés. El escusallo
Debo á lo cuerdo y al valor reñillo,

Mas ni á lo cuerdo, ni al valor decillo.
(*Vuélvese Arnaldo al rey, y alárgase el príncipe á hablar á César.*)
Princ. ¿Vase?
Cés. A su compañero.
Princ. Prudencia es de consulta.
Arn. ¿Qué te parece?
Rey. Apúralos, Arnaldo.
Cés. No reñirá quien llega y dificulta.
Princ. Él vuelve.
Cés. Habrá bajado la consulta.
Arn. Caballero, un remedio quiero dalle.
(*Vuelve otra vez Arnaldo, y retírase el príncipe.*)
Cés. ¿Quién le ha pedido nada?
Arn. Diga quién es, ó déjeme la calle.
Cés. Si le mostré lo cuerdo y no la espa-
Tomar fué mas razon, no menos brio. [da
Princ. Ya se ha apurado el sufrimiento mio.
(*Llega el príncipe embozado.*)
Galan, dos cosas pide,
Ninguna se ha de hacer; yo estoy cansado
De que lo haya intentado;
Si le dió ya licencia
Quien le acompaña para la pendencia,
O la empiecen, ó váyanse al momento,
O les haré, sin tantas estrañezas,
Que se estorben los piés con las cabezas.
Rey. El príncipe es aquel, lisonja ha sido
Para mí el escuchalle,
Y velle estar, por merecer su nombre,
Sin el papel de príncipe tan hombre.
Arn. Suplicoos.
Princ. ¡Qué ignorante cortesía!
Vive Dios, que si aumentan mis enojos,
Que he de pisarles con sus piés sus ojos.
Rey. Y lo hará: ¡qué lucido desvarío!
Disculpa es del errar errar con brio.
Arn. Yo intento.
Princ. ¡Qué paciencia tan cansada!
Esto intenta no mas.
(*Mete el príncipe mano, llega el rey, y detiénese.*)
Rey. Deten la espada.
Princ. ¿Quién es?
Rey. ¿No me conoces?
Princ. Ya el respeto
Muestra, señor, que sí; y en tanto aprieto,
Pudiera estar mas ciego y disculpado,
Mas quiéresme oprimido y reportado.
Rey. Yo os quiero sin defectos.
Princ. ¿Tan grandes son los mios?
Rey. En quien ha de ser rey bastan sus nombres. [hombres.
Princ. No los libra el ser reyes de ser
Rey. Mas deben desmentillo.
Princ. Puede ello mas y sálese á decillo.
Esta naturaleza,
Que en todos es disculpa,
¿Es otra en ellos, para ser mas culpa?
Rey. Débenla mas valor, y aunque es terrible,
Príncipe, de vencer, no es imposible.
Princ. Con el mundo, señor, de errores lleno,
No ser muy malo basta para bueno.
¿Falto á lo que me encargas? falto acaso
A algo de lo que soy? ¿he dado un paso
(Si amor padezco) para alivio suyo
Que le quitase del servicio tuyo?
¿En la parte que tengo al gobernallos,
Todo no les asisto á tus vasallos?
Pues si cuando de mí, por mi amor, huyo,
Nada de mí les falta para suyo,
Déjenme mi albedrío,
Que á mí me falto cuando falto al mio.
¿Habrá alguno de todos,
Que sin ir á su amor por los cabellos,
Sino muy voluntario,
No diga que es violencia de sus años?
¿Pues yo en sus mismos daños
Tengo menos afecto que me mande?
¿Háceme mas anciano el ser mas grande?
No digo que es virtud, no que es ventaja
Estar enamorado;
¿Mas lo que para el mundo no es pecado,
En ningun hombre de ellos
Ha de hacer que lo sea el escedellos?
Quien te dice, señor...
Rey. Nadie me dice:
Casi me vence, casi á respondelle, *ap.*
Ni sé, ni acierto; pero sé querelle,
Y he de contradecille y disgustalle:
Que si es bueno, y mi intento es mejorallo,
Mas estoy de su parte con no estallo.
Príncipe, yo os confieso,
Que el ser enamorado
No es el mayor delito,
Pero debeislo ser con mas recato;
Que hay culpas que el hacellas,
No es tan gran culpa como no escondellas
A Porcia visitasteis otros dias
Mas mesuradamente, ya lo supe,
Siendo amor mas decente;
Porque en muger de tan ilustre esfera,
Era divertimiento, y mas no fuera.
Pero en una muger no conocida,
Aun la aficion se siente deslucida;
Que en las que valen poco,
Ese tierno ejercicio,
Aunque esté como amor, parece vicio,

Y para mereceros sin reposo,
Mas hermoso es lo grave, que lo hermoso.
En la audiencia estuvisteis distraido,
Esceso de lo poco recatado,
En que ya os he culpado:
Y habiéndoos yo pedido,
Que esta aficion dejásedes, os hallo,
Príncipe, en ella con mayor licencia;
Ved si es faltar de mi obediencia.
Esto ha sido mi enojo mas que todo,
Mirad las cosas como yo las miro,
O no sereis mi hijo,
Que el águila real (estruendo hermoso
De uno y otro elemento,
Viento animado y pájaro de viento,
O cometa de pluma,
Del pardo mar de nubes parda espuma,
Cuando sobre ellas vuela,
O nave que la surca con la vela,
De sus alas preñada,
Pareciendo, que de una en otra zona,
Volver quiere al escollo que corona,
Para fijar con mas honor sus huellas,
Hecha, si ya bajel, flota de estrellas)
Al hijo que como ella al sol no mira,
Del nido y del afecto le retira.
Y estad en que os lo encargo
Segunda vez con esta;
Porque si con la enmienda por respuesta
Ne me dejais de todo satisfecho,
En mi enojo vereis que fué despecho.

(*Vase el rey y Arnaldo.*)

ESCENA X.

EL PRÍNCIPE Y CÉSAR.

Princ. ¡Bravo rigor!
Cés. ¡Terrible!
Princ. Dichoso aquel, dichoso,
Que en la ruda montaña
Nace á ser rey no mas de una cabaña,
En cuyo albergue pobre satisfecho,
Solo su corazon manda su pecho,
Y su pajizo olvido,
Contento de tener por mundo un nido,
Que aun pareciera breve
Del viento vago al pajáro mas leve.
Él sí, que libre emperador del prado,
De sola su lisonja coronado,
Sin cuidar de sus vidas y colores,
Se sirve de las plantas y las flores,
Y el peñasco mas seco,
Que dilata su aprisco,
Le obedece vasallo, y sufre risco.
Ven, César, ven, que muero.
Cés. ¿Dónde vuelves, señor?
Princ. ¿Eso preguntas?
A ver á Laura, vida de mi vida,
Que ni en la muerte que me den por ella,
Me tendré por mas muerto que sin ella.

(*Vanse el príncipe y César.*)

ESCENA XI.

Descúbrense las paredes mudadas de adorno, y trocados los ladrillos, que han de haber estado pintados en lo bajo dellas en azulejos, y las puertas vueltas del revés; de suerte que parezca que es la casa de esotra parte, donde salen sin que sea por ninguna de las puertas:

PORCIA TODAVIA CON EL TRAGE DE LAS NAGUAS, CARLOS, ROSAURA, LIRON Y NISE, Y DONDE ESTABA LA SILLA DE MANOS, SOLO SE VEA TODO PARED, AJUSTADO ASÍ EL ESPALDAR, QUE SE HA DE ABRIR DESPUES.

Porc. Pensé, Cárlos, que llamabas,
Acudiendo á que tuviese
Yo, como ya concertamos,
Ocasion para esconderme.
Que fuera fácil decirle
Al príncipe, que dijese,
Que él se entró, pero que nadie
Le esperaba para verle.
Pues no estaba nadie en casa,
Cuando con guarda y con gente,
Con órden del rey, Arnaldo,
Vieras que llegó á prenderme.
Cárl. ¡Gran susto!
Porc. No fué pequeño.
En fin, hizo que sirviese
La silla para el engaño,
Y tambien para valerme.
Entréme en ella en efecto,
Y como el espaldar tiene
Quitado y roto el tabique,
La puerta que acá sucede,
Es puerta, espaldar y asiento,
Pude en partes diferentes,
Ser á un tiempo Laura y Porcia,
Y que por mí me tuviese
A mí, como á mí por mí
He podido que me deje.
Lir. Espantárame yo, Nise,
Si el pagar dos alquileres
Una muger, aunque Porcia,
Sin daño de alguno, fuese,
Lindos trascartones pega:
Brava bellaca parece

En tramoyas de á pié quedo,
Hace que el príncipe vuele.
Porc. Pues si á lo que de la silla
Falta, ocasion se me ofrece,
Yo me daré por vengada.
Lir. ¿Otra patarata tiene?
No pensé yo, que las Porcias
Tan grandes taimadas fuesen:
La otra se hartaba de brasas,
Esta escupe luciferes.
¡Quién se vió á la condesita!
Nise, linda escuela tienes,
Treinta mugeres serás,
Si desta muger aprendes.
Esta no pudo bañarse
Sin todos sus alfileres,
Que ni en la cama imaginan,
Que entrará desnudamente.
Pléguete Dios con la Porcia,
Y lo que teje y desteje:
Nise mia, si la guardas,
Semilla tendrás de duendes.

ESCENA XII.

DICHOS, Y SALE MARCELA POR LA PUERTA DE ENMEDIO.

Marc. Señora, el príncipe ha vuelto.
Lir. Picado el molino tiene,
No sabe cuan poco sacan
Los que tan aprisa vuelven.
Marc. Díjele, que habias pasado
A ver á Porcia, ó á verte
A tí misma, pues aquí
Deponerlo Laura puedes.
Y resuelto de esperarte,
Mandó agora, que viniese
A decírtelo al oido.
Porc. A enojo y risa me mueve.
Zelos y satisfaciones
Me matan y me defienden,
Que en lo que me quiere hallo
Todo lo que no me quiere.
Ros. Podrá, Porcia, consolarte
En esa guerra que siempre,
Tu mérito el que enamora,
Y su engaño el que aborrece.
Porc. Ve, y dile, que no has podido
Llegar á hablarme, y advierte,
Que asegurándole, vuelvas
A decirme lo que hubiere.
Marc. Que debe de estar contigo
Cárlos, dice, y que tú quieres,
Queriendo tenerle tanto,
Acabar de no tenerle.
(*Vase por donde entró.*)
Porc. Con eso á Porcia consuelo
De lo que en Laura padece;
Si hay en mí con que me enoje,
Haya en mí con que me vengue.
¡Ay, hombres! en vuestros zelos,
¿Quién habrá que se aconseje?
Que el que mas dellos se agravia,
Antes sin ellos se pierde.
Cárl. No se los apures tanto,
Que acá pase, y que los trueques,
Teniéndolos de otro dueño,
Si agora de tí los tienes,
Y aun causándonoslos Porcia.
(*Vuelve Marcela.*)
Marc. A enojarse el viento vuelve,
La borrasca se repite,
Otra vez las olas crecen.
El rey ha vuelto en su busca,
Porque les desobedece,
Jurando de castigarle:
Manda, que esa puerta cierren,
Que pienso que es el enojo
Mas de veras. (*Cierran la puerta.*)
Porc. ¿Y él, que quiere
Hacer?
Marc. Como ya la silla
Por seguro amparo tiene,
Dentro della se ha escondido.
Porc. ¿Y César?
Marc. César pretende,
Que diga que él vino solo
A un recado, y que presente,
Sin recatarse de nada,
Al rey, señora, desvele.
Rey. (*adent.*). Llegad, abridme esa silla.
Porc. Ya es menester socorrerle.
(*Abre Porcia la puerta, que está ajustada con las otras tablas, que fingen pared blanqueada, y es el espaldar, y en él saca pegada una silla, y en ella sentado el príncipe, que se levanta y ella vuelve á cerrar.*)
Salga, señor, vuestra alteza
Presto, porque presto cierre,
No se advierta el disimulo.
Princ. ¿Dónde? ¿cómo? ¿quién?
Porc. No intente
Vuestra alteza mas agora,
Que escaparse ó esconderse,
Que luego lo sabrá todo.
Princ. Loco mis ojos me vuelven.
(*Vase.*)
Rey. (*dent.*). Llamad en casa de Porcia.
Porc. Ya, aunque en trage no decente,
Yo propia salgo á tu voz.

ESCENA XIII.

DICHOS, Y ABRE PORCIA LA PUERTA DE ENMEDIO, Y SALEN EL REY, ARNALDO Y CÉSAR.

Rey. ¿Qué vecina, Porcia, tienes
Tan á tu lado, que sea
Menos que nada indecente,
Y mas con puerta á tu estrado?
Aunque yo pienso que puede
Decirlo Cárlos mejor,
O Rosaura donde suelen
Verse, como me han contado.
Porc. Oye, si saberlo quieres.
Mi sangre, que es la tuya y lo parece,
Mi obligacion, que es mia y no lo esconde,
O mi atencion que en todo las merece,
A mucho, ya consigo te responde;
Pero á no ser consigo,
Con la voz no lo hiciera,
Aunque formarla como yo pudiera,
Que dar satisfacion sin tener culpa,
Suele poner sospecha en la disculpa.
El príncipe galan, si ya no amante,
Como siempre decia,
Aunque agora confiesa que mentia;
Que es la mudanza un torcedor tan fuerte,
Que como el reo sin temer la muerte,
El hombre mas callado
Dice en él la verdad de lo pasado.
Atento á mi lisonja un tiempo estuvo:
No recato el decillo,
Porque siempre su intento
Fué de hacerme su esposa;
Tú lo supiste y nunca lo estrañaste,
Porque en nada soy tal, que no le baste.
Vióme bañar un dia,
Aunque de lo escondido
Busqué lo mas remoto,
Que á veces el cuidado
A su dueño destruye,
Llevándole á lo mismo de que huye.
Era ya cuando el sol borrarse deja
De la lóbrega planta de la noche,
Cuyo enlutado coche
Viste la luz de duelo,
De horror el aire, de tristeza el cielo,
Para obsequias quizá del gran planeta,
Que yace sepultado
Del poniente en el túmulo dorado,
No menos que en la cuna de su oriente,
Por dar á conocer, siendo de un modo,
Que el nacer y el morir, es uno todo
Ver no pudo quien era, aunque la luna
(Luz la mayor de cuantas miró el cielo,
Donde ya juntas todas las estrellas,
Para hacerle al difunto conveniente,
Le sirvieron de antorchas y de gente).
El plateado rayo
Por la selva estendia;
Que aunque pretende bosquejar del dia,
La luz y los colores,
No basta á señalar los de las flores,
Que en la oscura esmeralda
De sus verdes alfombras,
Vivas se entierran en sus mismas sombras.
Y yo, aunque no por flor en mi recato
Logré su mismo embozo,
Que no estando la luz del sol delante,
La planta de la selva mas gigante,
En tan confusa, aunque luciente idea,
Se ve que es planta, pero no cual sea.
Perdióme en fin huyendo yo de un riesgo
En que él se embarazó por estorbarle,
Supe despues que pude enamorarle,
Y que pensando que era de otra el bulto
De amarme por amarme se olvidaba,
Afecto que jamas le dificulto,
Que de los hombres en el gusto vario,
Imaginar no mas que es otra cosa,
Puede hacer á una misma mas hermosa.
Supe tambien que por saber andaba
Quien era la beldad que le arrastraba
El alma y el deseo:
Ya que imaginarás mis zelos creo:
Que una muger dejada,
Ni en sí se tiene, ni jamas reposa,
Y si hoy la juzgan menos que hoy hermosa,
Con inquieto castigo,
En sí se pone á competir consigo.
Desto quise vengarme,
Y fingiendo ser otra,
Le careé, señor, las mismas señas,
Con que el otra buscaba:
Dudáralo; tan ciego me miraba,
Que á mí misma por otra me tenia:
Porque la fantasía
Hace en la voluntad lo que en el miedo,
Con que mirando hácia el esconce oscuro
De algun lóbrego muro,
Donde su mismo horror no mas le espanta,
Juzgan mil que se mueve la fantasma.
Por llevar adelante, en fin, mi engaño,
Esa casa tomé, donde fingia
Que su dama vivia:
Abrí esa puerta, puse á esotra parte
Una silla de manos, con tal arte,
Que el espaldar, pared y asiento fuese,
Que rota la pared acá saliese
Con otras cosas para verle loco,
Que el decirlas agora importa poco;

Sirviendo mas de todo al desengaño
Que el príncipe repare
En que de un brazalete [seña :
Que halló en el campo, y que guardó por
El eslabon de enmedio
Abrir se puede, y dentro dél se enseña
Mi rostro retratado,
Y de mi nombre orlado, que esculpido
En el círculo está con letras de oro,
Que en mas pequeño espacio
Suele el primor fijar todo un palacio.
Y esotro brazalete,
Que es de aquel compañero,
Tiene lo mismo que el que vió primero :
Que el retrato de Cárlos, que en su duda
Le turba y le demuda,
Fué olvidado en la manga de una ropa
Que me envió Rosaura, y yo llevaba
Con que su duda, si mi amor no acaba,
Que olvidada ó querida,
O muerta ó con la vida,
O alegre ó descontenta,
O me pague ó me mienta,
O me busque ó me huya,
Ya que yo no, mi alma ha de ser suya ;
Que en amor que de veras ha querido,
Ni despues de la muerte está el olvido.

ESCENA XIV.

Dichos y el Príncipe.

Prínc. Escuchado he mi dicha, y sola-
Siéndote agradecido, si lo puedo, [mente
Podré vivir ufano. [mano.
Rey. Digo que vengo en que le des la
Porc. Y Cárlos á Rosaura,
Que así la paz de todos se restaura.
Rey. Todo á tu gusto sea.
Cárl. No hay bien que iguale al bien
que se desea.
Lir. ¡O amor, si tus pendencias rigurosas
Paran de un casamiento en las licencias,
Hasta las mismas paces son pendencias!
Porc. Mudables, atencion á no enga-
ñarse,
Que es posible el mudarse sin mudarse,
Y como puede dilatarse el daño,
Da fin aquí el suceso, y no el engaño.

DON FRANCISCO BANCES DE CANDAMO.

POR SU REY Y POR SU DAMA.

En la *Historia de la dominacion de los Españoles en los Paises-Bajos*, escrita por el célebre poeta Schiller, recordamos haber leido, si no el mismo suceso que constituye el argumento de esta comedia, á lo menos otro muy parecido. De todos modos en *Por su Rey y por su Dama* hay un fondo de verdad histórica, del que saca el poeta sumo partido para interesar á sus lectores.

Y en efecto, el argumento de esta comedia no puede ser mas interesante; cada uno de sus actos es una nueva proeza del protagonista Hernan Tello Portocarrero, y su conjunto constituye un dechado de bizarria patriótica y caballeresca, muy propio para inflamar la imaginacion de un pueblo altivo y entusiasta de sus glorias nacionales. No sabemos por qué razon está desterrada esta comedia del teatro, donde se nos figura que podria ser un poderoso estímulo á los mas nobles sentimientos.

Ademas del vivísimo interes que inspira desde las primeras escenas esta comedia, son de admirar en ella su escelente versificacion y la pintura de los caractéres, que no pueden estar mejor sostenidos. Bances Candamo es en verdad uno de nuestros poetas de segundo órden, pero téngase presente que hay puestos muy gloriosos aun debajo de los que ocupan Calderon, Rojas, Alarcon, Moreto y demas sobresalientes ingenios de nuestro teatro.

Ni es esta comedia la única que recomienda al aprecio de los inteligentes el talento de Bances Candamo: las tituladas *el Sastre del Campillo*, *el Duelo contra su dama*, y *el Esclavo en grillos de oro* son muy notables cada cual en su género; la última sobre todo hubiera entrado en esta coleccion si la necesidad de dar cabida á otros autores no nos obligára á presentar de cada uno solo lo estrictamente necesario para que nuestros lectores tomen una tintura del carácter peculiar á cada uno de ellos. Esta obra no es mas que un ensayo; si el éxito corresponde á las esperanzas del editor, no vacilará en emprenderla en una escala mayor, y solo entonces podrá lisonjearse de haber presentado al público todas las bellezas del teatro español. Lo que presenta ahora es solo una pequeña parte de esas bellezas, aunque procurando que sea la mejor.

PERSONAS.

HERNAN TELLO PORTOCARRERO.
EL CONDE DE SAN POL.
CARLOS DUMELINO, frances.
FRANCISCO DEL ARCO, español.
RENOLT, frances.
MADAMA DE SAN POL.
MADAMA SERAFINA, francesa.
FLORA, criada.
NISE, criada.
ERNESTO PLEYSI, barba.
CARRASCO, gracioso.
RICARTE, criado.
ORTIZ, vejete.
SOLDADOS.
ACOMPAÑAMIENTO.

La escena es en Dorlan y Amiens.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de sala.

SALE PORTOCARRERO A LA ESPAÑOLA, CON BASTON, FRANCISCO DEL ARCO, CON GINETA, TODOS CON BANDA ROJA, Y CARRASCO, SOLDADO.

Port. Necia es tu curiosidad,
Y me cansa tu porfia.
Carr. Es á la honradez mia,
A mi fe y á mi lealtad
Traicion, que no he de sufrir.
Port. Pues no sufras, ¿qué has de hacer?
Carr. O he de empezar á saber,
O he de acabar de servir.
Franc. Hágame vueseñoría
Juez árbitro entre los dos,
Que es novedad, vive Dios,
Despedirse con porfia
Carrasco, habiendo servido
Tantos años en su casa.
Port. Su locura á tanto pasa,
Que se ha dado por sentido
De advertir, que de él recato,
Con algun recelo justo,
Una alhaja de mi gusto.
Carr. Diga usted, que es un retrato.
Franc. ¿Pues eso os causa disgustos?
Carr. Y que he de ahorcarme creo.
Diez años ha que poseo
La intervencion de los gustos
De Hernan Tello, mi señor,
Gobernador de Dorlan,
A quien en Flándes le dan
Tanta fama de valor,
Como de amante rendido;
Pues entre una y otra dama,
Tiene al mismo paso fama
De hombre el mas derretido,
Y mas ciego de pasion,
Que hay en el mundo entero,
Que tiene el buen caballero
De azúcar el corazon
Porque entre otros caballeros,
Una dama, en un festin,
Le dijo con retintin:
Cierto, que me cansa el veros,
De Bruselas se ausentó,
Y no ha vuelto mas allá,
Diciendo: ¿qué se dirá
De que un hombre como yo,
La vez que á servir me ajusto
A alguna dama galante,
No le quite de delante
Cosa que le dé disgusto?
Un dia, con harto frio,
En Ambéres abordó
A un coche, que pasar vió
Por la márgen de aquel rio:
Se pintó tan abrasado
De sus rayos y sus llamas,
Que dijo una de las damas:
Si estais tan abochornado,
Templad con esa agua el fuego:
Y es su locura tan fiera,
Que sin decir ropa fuera,
Se zampó en la Esquelda luego;
Y mojándose bien, hasta
Que se iba ya sumergiendo,
Salió muy fresco, diciendo:
Hice el remedio y no basta,
Y supuesto, que el ardor
Empezasteis á curar,
Obligada estais á dar
Otro remedio mejor.
Siendo estos sus desvarios,
Que á pagar de mi dinero,
Puede ser el caballero
De los tristes amoríos:
Sin mí no supo tenerlos,
Sufriendo yo al cndilgarlos
La fatiga de pasearlos,
Por el gusto de saberlos;
Hasta que ha dado unos dias,
Con terneza y con recato,
En mirar cierto retrato,
Con graves melancolías,
Sin permitírmele ver,
Y eso no he de consentir,
¿Pues de qué sirve el servir,
Si no sirve de saber?
Port. Ven acá, no es sin razon,
¿Qué un tan valiente soldado,
Y en el ejército honrado,
Haya dado en ser bufon?
Con lástima considero
De tu genio lo estragado,
Cuando á Flándes no ha pasado
Mejor caballo ligero.
Carr. No puedes asegurar,
Que soy, aunque sea asi,
Bufon; pues fuera de tí
Nadie me lo ha de llamar.
Bufon es aquel, á quien
Otros bufon le llamaron;
Si á espaldas lo murmuraron,

Yo lo murmuro tambien.
Digo á todos cuanto siento,
Del general al soldado;
Si por esto no he medrado,
Por eso vivo contento.
Y la hacienda mas crecida,
Solo porque mas te asombre,
Le puede servir á un hombre
De pasar alegre vida.
Yo la paso, con decir
Cuanto siento, y sin hablar;
Mas de lo que he de medrar
Es lo que me he de podrir.
Que aquel que afectado ves,
Es, haciéndose á sí mal,
Verdugo del natural,
Y mártir del interes.
De lo que digo, tal cual,
Todos de risa se quiebran,
Y yo, de ver que celebran
El que de ellos digo mal.
Franc. Carrasco se queja bien,
Y á mí tambien perdonad;
Vuestro amor y mi lealtad
La confianza me den,
De que sepa mi atencion,
¿Quién es la beldad, que pura
Calificar su hermosura
Pudo con vuestra eleccion?
Y de camino sepamos,
Puesto que á saber venimos,
En la quinta que asistimos,
¿Qué huéspedes aguardamos?
Port. El príncipe de Condé,
Que de valiente y honrado
Está en Flándes retirado
De su rey Enrique, que
Arde en loco frenesí,
Que con su belleza incita
La princesa Margarita
De Condé y Montmorensí;
Como tan mi afecto es,
Hoy me ha escrito, que aquí hospede,
Cuanto la tregua concede,
A un caballero frances,
Que con su familia y casa,
Habiendo el puesto acabado,
A los cantones de enviado,
A ser gran potestad pasa
De Amiens, y aunque es condicion
Que ninguno ha de intentar
En pais del otro entrar.
Durante esta suspension
De armas, y de hostilidad
Que hay por dos meses, á fin
De conferir en Berlin
Ciertos acuerdos de paz,
Por no romper el concierto,
Del príncipe se valió
Que pasaporte sacó
Del gran archiduque Alberto
Para entrar en sus paises,
En tránsitos y mansiones,
Hasta donde los leones
Tremolan sobre las lises.
Y siendo Amiens, en la fria
Márgen del Soma, elevada
Cabeza en la dilatada
Provincia de Picardía;
Y en fin de Dorlan frontera,
Cuando él pasa destinado
A mandar su magistrado,
Quizá dañarnos pudiera:
Que con cautela ó con traza,
Si es que dentro le hospedase,
Por menor examinase
Las defensas de la plaza.
Y así, su estancia ha de ser,
Porque el cansancio repare
Lo que el tránsito durare,
Esta casa de placer.
Y pues tu curiosidad
Saber quiere mis estremos,
Oye, que así engañarémos
Del tiempo la ociosidad.
Carr. Esos efectos rendidos,
Que el retrato te debió,
Cuenta al capitan, que yo
Meteré gorra de oidos.
Port. Cuando España conoció
En sus fuerzas (no te espante
Que desde aquí el curso empiece,
Porque divierta y enlace
El suceso; pues queriendo
Divertir ociosidades,
No es superfluo lo superfluo,
Que esplica mas lo importante,
Y no embaraza otra cosa;
Y si á saberlo aspirares,
Para saber lo que ignoras,
Has de sufrir lo que sabes)
Cuando España conoció,
En sus fuerzas desiguales,
La laxitud con que mueven
Sus miembros los cuerpos grandes:
Y cuando advirtió que el suyo,
Por monstruoso y formidable,
Inundaba en sus confines
Del orbe las cuatro partes,
Tan dilatados sus nervios,
Sus estremos tan distantes,
Que está precisada á hacer

Pasadizo los dos mares,
De naciones tan diversas,
De fueros tan disonantes
Que en la variedad de humores,
Tiene escondidos mil males:
Y dando á esta monarquía
La providencia inefable,
No provincias que se aunen,
Si imperios que se derramen,
¡ Cayó en cuán tarde, y qué mal
Espíritus se reparten
Desde un corazon pequeño
A inmensas estremidades!
Y viendo tambien que fueron
En tantas guerras fatales,
Monumentos de españoles
Estos paises de Flándes,
Se ordenó, que el archiduque
Alberto de Austria casase
Con Isabel Clara Eugenia
De España gloriosa infante,
Y hermana del gran Felipe
Tercero, que el cielo guarde,
Llevándose estos estados
En dote, con que formase
De casa de Austria tercera
Otra línea memorable,
Esperando que con esto
Al dominio incorporase
Otra vez los holandeses,
Cuyo pretesto mas grave,
Para querer eximirse
Del antiguo vasallage,
Fué, que príncipe de real
Familia les gobernase,
Y formar otra potencia,
Que ante muro inespugnable
Entre Francia y el imperio
Sus ímpetus rechazase,
Quedándose unos paises
Tan fértiles, y tan grandes,
Que por sí resistir pueden
De todos sus confinantes
Las mas armadas potencias,
O terrestres, ó navales
Y en fin, que España, eximida
Del consumo intolerable
De gentes y de tesoros,
Seria imposible enmendarse
Su despoblacion, de quien
Sus mayores ruinas nacen;
Siendo en el reino la gente
Lo que en el cuerpo la sangre,
Que con ella toda vive
Y todo sin ella yace.
Esta de España fué entonces
La máxima, bien que tarde,
Quizá por quitar, que algunos
Neciamente murmurasen,
Que en Saboya, y en Lorena
Pudo casar sus infantes
Con herederas de aquellos
Estados, donde lograsen
Las austriacas familias
Tan gloriosos apanages.
No esta digresion te admire,
Que quizás será importante,
No oscureciéndole al mundo
La luz de los ejemplares;
Que es la política una
Astrología tan fácil,
Que por lo que fué adivina
Lo que será; y las edades
Futuras en las pasadas
Ciertas reflexiones hacen,
Con que dejan traslucirse
Ya que no sea penetrarse;
Y si sabiamente docta
Los sucesos mas notables,
Si como despues los mira,
Los previene como antes.
No hay perspectiva en el mundo,
Que en sus lejos no se engañe,
Que en la propia conveniencia,
Cuyos ideados realces
La imaginacion los finge,
Pero el tacto los deshace
Como el sol, que en la pintura
Promete á fuerza del arte,
En la plana superficie
Lejanas profundidades,
Por cuya distancia todas
Las especies visuales
Dilatadas, se reducen
Y dentro espaciosas caben,
Y al alma á creer su engaño
Los ojos la persuaden.
Si la mano le consulta,
Conoce que al lino frágil
Distancias le dió una sombra,
Y un borron concavidades:
Y así, el deseo del hombre
Le pinta felicidades,
Llenándole de grandezas
Los horizontes del aire,
Y en los lejos de las dichas
Esconde mentiras tales,
Que imaginadas son bultos,
Y halladas oscuridades
Dígolo, porque el suceso
No correspondió al dictámen:
Y Enrique Cuarto, que á Francia

De príncipe de Bearne
Heredó (y á quien la liga
De activas parcialidades
Obligó á que el reino propio
Como ageno conquistase)
Conoció de sus franceses
En la bulliciosa sangre
Los espíritus violentos
De aquel humor dominante
Con que la inquietud pretende
Acreditar de corage:
Y quiso, echando á la guerra
Fuera del reino, quitarles
La ocasion de que en el ocio
Internamente mirasen
Su pólvora revoltosa,
Que á leves centellas arde,
Y que empleándose el fuego
En paises confinantes,
Sobre estranjeras regiones
El aborto reventase.
Porque un monarca frances
Toda la viveza instable
De los suyos necesita
Divertir con novedades;
Y su abundancia de gente
Es tal, que en algunos lances,
Como plenitud nociva,
Solo busca que le maten
Algun número en que pueda
De humores desahogarse.
Para lograr esta idea
Tropas concedió ausiliares
A holandeses que resistan
A sus propios naturales.
Señores: ¡oh, en algun tiempo
No llegue á esperimentarse,
Que la libertad que ahora
Defiende, quiera quitarles!
Rompió con España, en fin,
Y fué fuerza que pasasen
Las católicas banderas
Desde Lombardía á Flándes
Con el gran conde de Fuentes,
A quien tanto el bronce aplaude
De la fama, que á sus voces
Ecos serán los anales,
Y queriendo por sus hilos
Herirles, con arrojarles
A sus paises la guerra,
Así porque retirasen
Su ejército de los nuestros,
Como porque el suyo pase
A ser de marcial escena
El teatro lamentable,
Manteniendo de sus frutos
Al vencido y al triunfante.
Pusimos sitio á Dorlan,
Plaza casi inespugnable,
Por sus muros, que de nubes
Pudieran bien coronarse,
Cuando de rocas unidas
Son portentosos gigantes,
Uniendo nervios de plomo,
Miembros de piedra tenaces.
Apenas tiró la cuerda
Las líneas de los ataques,
Cuando el duque de Bullon,
Con muchos duques y pares,
Llegó al socorro, mandando
Su caballería arrogante
El conde de San Pol, jóven
De prendas tan relevantes,
Que honra con ser enemigo;
Pues comunmente se sabe
Que el grande enemigo siempre
Hizo la victoria grande.
Todas las cosas del mundo
Es menester que se guarden
Para tenerlas, y solo
Esta prevencion no vale
En el honor; porque siendo
La prenda mas estimable,
El que quisiere tenerle,
Es fuerza que haya de darle.
Yo que maestre de campo
Pude con mi tercio hallarme
En el sitio, en tanto que
Salieron los generales
A estorbarles el socorro,
Logré la accion de quedarme
En guarda de los cuarteles,
Porque durante el combate,
Mi gente las avenidas
De la plaza refrenasen.
Apenas pues esta marcha
Comenzaba á ejecutarse,
Cuando el pavoroso estruendo
Llegué á percibir, que hace
En los bridones franceses
Aquel rumor disonante
De las corazas que crujen
Y de las bridas que tasquen,
Y ví la caballería
Del enemigo avanzarse.
Desmentida esta sospecha,
De una contramarcha, antes
A la plaza á toda brida,
Creyendo que por la parte
Que yo aguardaba su choque
Nuestra línea penetrase
De nuestros retenes, luego

Empiezan á destacarse
Tropas de caballería
A embarazar su pasage.
En cuanto allí se entretienen
Los dos tercios principales
Entre su frente y mi línea
Se interponen: pero en balde,
Porque el conde de San Pol,
Que coronaba constante
La frente á sus batallones,
Con tan bizarro corage
La rompió en el primer choque,
Que en retirada cobarde,
Cargadas apenas pueden
De nosotros abrigarse.
Espada en mano venia
Siguiendo el conde el alcance,
Para romper con furor
Nuestros cuarteles, y entrarse
En Dorlan, cuando saliendo
Yo á su opósito con tales
Mangas de mosquetería
Rocié, que fueron bastantes,
Granizando en plomo lluvias
Y en humo densos volcanes,
A que sus cóleras quiten
Y sus ímpetus rechacen;
Y á este abrigo pues pudieran
Prontas volver á formarse
Nuestras tropas, que feroces
Renovaron el combate.
Dejo aparte que fué nuestra
La victoria: dejo aparte
Que se tomó por asalto
La plaza, que incontrastable
Pareció; y callo que fuí,
Pues todo el orbe lo sabe,
El primer español que hizo
Ver sobre sus homenages,
Con las armas de Borgoña,
Cruzados sus tafetanes
Que por premio de esta accion
El conde quisiese honrarme
Con el gobierno, pues esto
De vuestras curiosidades
No hace al caso, solo al caso
De nuestros discursos hace
Saber, que preso y herido
En aquel pasado lance
Quedó un bizarro frances,
Cuyo denuedo galante
Le obligó á que en las filas
Primeras se adelantase,
Cuando hizo que á sus bridones
Rebatiesen mis infantes.
Entre otras alhajas, señas
De no vulgar personage,
Que de un soldado á su pecho
Quitó la codicia infame,
De una madama francesa
Fué un retrato, que elegante
El pincel en lo sensible,
Lo esquivo pudo copiarle:
Fuese en fin por la preciosa
Guarnicion, que de diamantes
La cercaba, dando al sol
Luceros por piedra engaste;
O porque el soldado quiso
Con su beldad lisonjearme,
Llevó el retrato á mis manos,
Donde pasó de admirarme
A divertirme, y de allí
A suspenderme: ¡qué fácil
Es de los ojos al pecho
Tanto un afecto trocarse,
Que lo que allí fué descuido,
Aquí á ser cuidado pase,
Y lo que empezó en un ocio,
En una fatiga acabe!
No lo digo porque pude
Del retrato enamorarme,
Que eso, aun en las farsas, tiene
Una dureza intratable:
Que me arrebató, os diré
Con verdad, por una parte
Lo valiente del pincel,
Pues dijera yo, si hallase
El original hermoso,
Que hacer otra semejante
No pudo naturaleza,
Y ví que ha sabido el arte:
Por otra, lo peregrino
Del rostro con tal donaire,
Tal travesura en la vista,
Y tal halago en lo grave,
Que en la risa que rebosa,
Está vertiendo lo afable;
Tan trasparente la tez,
Que en el cándido semblante
Está el tacto de los ojos
Distinguiendo lo suave.
Y en fin, amigos, si miro
Que es viva, pues lo persuade
Lo moderno del suceso,
Oculto impulso me late
De buscarla por la Francia;
Porque es tan estravagante
Mi humor, y tan inclinado
A emprender cosas notables,
Que solo juzga por dignos
Asuntos, temeridades,
Que ilustren el casamiento,

Si el valor no coronasen.
Tuvo, en fin, á breves dias
El prisionero rescate,
Sin que de esto cosa alguna
Me atreviese á preguntarle,
Por no obligarme á volverle,
De cortesano ó galante,
Su retrato, aunque le dí
Por muestra del hospedage,
Con color de despedida,
Una joya, que fué el cange
De los diamantes, con que
En dos estremos iguales,
Pagándole lo precioso
Le usurpé lo inapreciable.
Mirar, de admirado, suelo
El retrato, no de amante;
Bien que considero en él,
Que si el portento encontrase
Del original, serian
Influjos tan eficaces
Los de sus ojos, que no
Solamente me inclinasen;
Sino arrastrasen, quitando
Con imperiosas crueldades,
Sin dejar en lo preciso
Accion, que deliberasen
La gloria de la eleccion
Al mérito, y al dictámen.

Franc. Estraña la historia ha sido,
Y solo debe admirarme...

Voces (*dentro*). Para, para.

(*Sale un soldado.*)

Sold. Ya han llegado
Los huéspedes, y aquí traen
El pasaporte, que entregan
A la guarda.

Carr. Que llegasen
Sentí, cuando iba á decirte
Mi humor algunas verdades,
Que por verdades, y mias,
Pudiera ser que amargasen.

ESCENA II.

DICHOS, Y SALEN SOLDADOS Y ERNESTO, VIEJO VENERABLE FRANCES, SERAFINA Y NISE, FRANCESAS.

Port. Seais bien venido, señor,
Hoy á esta plaza (¡qué veo!)
Donde quede á mi deseo
Vuestro afecto tan deudor,
Como á lo poco acreedor,
Que os podrá servir mi fe.
Ella es ¡cielos!

Ern. Que me dé
La mano vueseñoría,
Es la mayor dicha mia,
Para decir, que logré
Con tacto de tal soldado,
En Francia tan aplaudido,
De enemigos tan temido,
De amigos tan envidiado.

Port. Mi mayor dicha he logrado
De vos, y de esta madama
Siendo esclavo. Activa llama, *ap.*
Lo que ilumina perdona.

Ser. Nise, en nada á su persona
Ha desmentido su fama.

Ern. Es Serafina mi hija;
Porque como ella á ser viene
El solo alivio que tiene,
Mi larga vejez prolija,
Aunque de verla me aflija
En caminos fatigada,
Llevarla siempre me agrada,
Que al estremo de quererla,
En fin, es alivio el verla
Aun viéndola incomodada.

Ser. Guárdeos Dios, que mi atencion
Estima vuestra fineza.

Port. ¡Ay, soberana belleza, *ap.*
Cuánto ilustras mi eleccion!

Ern. Vereis la satisfaccion
Con que á vuestra plaza llego,
En entrar pidiéndoos luego:
Licencia me habeis de dar
De escribir, por despachar
A Amiens esta tarde un pliego,
Avisando mi llegada.

Port. A esa pieza os retirad,
Donde escribais, y mandad,
Señor, en esta posada,
Aunque esfera limitada
Es á vuestra bizarría,
Porque pierda esta alquería,
De mis afectos en muestra,
Mandándola como vuestra,
La indignidad de ser mia.
Id vosotros, y asistid
Al señor gran potestad.

ESCENA III.

PORTOCARRERO, CARRASCO, NISE Y SERAFINA.

Carr. Damisela, perdonad,
Y una pregunta admitid
Por curiosidad.

Nise. Decid.

Carr. ¿Usase en Francia el dejar
A las madamas lugar
De que osados y rendidos
Podamos en sus oidos
Nuestra fineza engastar?
Nise. No es esta la austeridad
De la española nacion,
Que todo es recoleccion
Allá, y todo libertad
Aquí.
Carr. Me alegro en verdad
De que advirtais, que eso pasa
En todo el norte sin tasa,
Porque si nunca faltó
Quien muerda, mas valgo yo,
Que en efecto soy de casa.
Port. Si yo, madama, pudiera
Suplicar que descansarais
De algo en el humilde albergue,
Que de esfera soberana
Presume, desde que pudo
Coronarle vuestra planta,
No fuera de las fatigas
De los tránsitos y marchas.
Ser. ¿Pues de qué?
Port. De quitar vidas,
Sin resistirlo las almas.
Ser. Como no me canso de eso,
No me hace el descanso falta.
Port. ¿Tan poco cuidado os cuesta?
Ser. ¿No veis que el descuido basta?
Port. Sí veo, si en mí lo advierto.
Ser. No me tengais por tan vana,
Que crea encarecimientos,
Que mi perfeccion ensalzan;
Y mucho menos con vos,
Con quien mi cuidado trata
El no cometer la hermosa
Necedad de confiada,
Port. ¿Porqué?
Ser. Señor Hernan Tello
Portocarrero, á quien llama
Flándes el Galan por ser
Gran cortejador de damas:
El ingenio y el capricho,
De no vulgar os alaban
Todas, y de ánimo altivo,
Capaz de emprender tan arduas
Cosas, que á acabar heróicas
Empiezan en temerarias.
No os admire, no, que venga
Tan por menor informada
De vos, sabiendo que en Flándes
Son árbitros las madamas
Del honor de los soldados,
Siendo en iguales balanzas,
Bien visto en las asambleas,
El que lo fué en las campañas.
Que si en todas las naciones
Las mugeres estimáran,
Como aquí, solo al soldado,
Solamente profesára
La nobleza la milicia,
Por la ambicion de agradarlas,
Siendo un premio, que no cuesta
A la república nada
Mas valientes aquí han hecho
Las licencias cortesanas
Del público galanteo,
Paseos, bailetes, danzas
Y asambleas, que las muchas
Verdes circulares ramas,
Que cívicas y murales
Ciñeron frentes romanas.
No digo esto por mostrarme
Bachilleramente sabia,
Si por mostrar que os conozco,
Viendo que en Paris se habla
De quien en Bruselas sirve
Con mas aire, y á contraria
Razon, tambien á Bruselas
Llegan las noticias vagas
Del que en nuestras asembleas
El mayor aplauso alcanza,
Sin ser lisonjero: viendo
El vuestro, ya viene errada
La direccion hácia mí,
Porque yo me ausento á Francia;
Y tengo tanta conciencia,
Que cuando os pinta la fama
Rendido de todas, yo,
Cierto escrupulizára
El poder de solo un tiro
Hurtarles un triunfo á tantas.
Port. Vos habeis discretamente
Motejado de voltaria
Mi inclinacion: y no sé
Si os diga cuanta ventaja
En esto nos lleva aquella
Ligereza celebrada
De vuestra nacion, pues yo...
Ser. No digais mas: por la Francia
A Flándes en ocasion
Pasó el señor don Juan de Austria,
Que una noche en un sarao,
Danzando con él bizarra
La duquesa de Estampes,
Entre las dos manos blancas
Dos eslabones de nieve
Un nudo de fuego enlazan.
Viendo la hermosa francesca
La gentileza gallarda

Del real jóven español,
De mil triunfos coronada,
Marciales del grande eclipse
De las lunas otomanas,
Quedó con tanto decoro
De su garbo aficionada,
Aunque en su vida le vió
Ni fió á noticia humana,
Su afecto, en cuantos vestidos,
Trages, disfraces ó galas
Sacó el resto de su vida,
No dejó la roja banda
De Borgoña, que á su alteza
Por timbre español cruzaba.
Dadme un afecto tan noble,
Una pasion tan hidalga,
Y un silencio tan heróico
En las memorias de España.
Port. Aunque muchas os pudiera
Decir, con la mia basta,
Que siendo por vos, escede
Con mayor ventaja á cuantas
Pudierais decirme, todo
Cuanto va de causa á causa.
Ser. Yo he vuelto por mi nacion,
Y no por mí, pues es clara
Cosa que con vos no quiero
Perder el blason de ingrata;
Pero tampoco creeros,
Porque si nunca la cara
Me habeis visto, y si conozco
Que caminando á mi patria,
A nunca mas ver, habemos
De dividirnos mañana;
¿Porqué no he de conocer
Que el fingir vos esas ansias,
Mas es costumbre que os mueve,
Que inclinacion que os arrastra?
Port. Cuanto á no volver á vernos
Estad bien asegurada,
Que no es estorbo á mi brio
La guerra ni la distancia;
Cuanto á ser costumbre, y no
Inclinacion mi espresada
Ansia, bien presto pudiera
Hacer que lo asegurarais
Vos contra vos.
Ser. ¿Cómo?
Port. Como
El pecho un testigo guarda
De mi verdad, que atrevido
Os desmiente y no os agravia.
Ser. ¿Y cuál es?
Port. Este. (*Muestra el retrato.*)
Ser. ¡Qué veo!
Carr. La de la historia pasada
Es esta sin duda.
Ser. ¿Cómo
Mi retrato?
Port. ¿Qué os espanta?
Ved cual tiene mas noticia
Del otro.
Carr. En tanto que acaban
Su plática los dos ¿qué
Diremos nosotros?
Nise. Nada,
Que á quien oye lo que importa,
Todo lo superfluo cansa.
Ser. Soltad pues.
Port. ¿Qué haceis?
Ser. Cobrarme (*Quitasele.*)
A mí.
Port. Conmigo no estabais
Perdida.
Ser. Contra mi gusto
Ninguno tiene esta alhaja.
Port. Ved que el alma me llevais
En él.
Ser. Por la misma causa
Le quito yo: bueno fuera
Que un español se alabára
De que mi retrato pudo
Ver y quedarse con alma.
Port. Pues confiesas que la llevas,
Hermosísima tirana,
Yo en demanda suya iré
Siguiéndote hasta cobrarla,
Aunque sea en Francia.
Ser. Veremos
Si cumplis esa arrogancia
De español.
Nise. ¿Qué has hecho?
Ser. ¡Ay, Nise!
Nunca en este hombre intentára
De verdades ó mentiras
Averiguarle la fama.

ESCENA IV.

PORTOCARRERO, CARRASCO
Y DESPUES FRANCISCO.

Carr. Bueno quedas.
Port. Nada digas,
Que vive Dios, si me cansas,
Te dé muerte.
Carr. Eso conmigo
Fuera dádiva escusada.
Franc. ¿Señor?
Port. Francisco del Arco,
A un comisario me llama
Para darle órden de que
Haga que al romper del alba

Las mejores tropas monten,
Con que yo en persona vaya
Convoyando á estos señores.
Franc. Una de las circunstancias
Con que por estos dos meses
Está la tregua otorgada,
Es que ninguna persona,
O con armas ó sin armas,
En los paises del otro
Sin pasaporte entre ó salga;
Y así reparo en que lleves
Tropas, señor.
Port. ¿Qué reparas?
¿En mis límites no puedo
Con ellas ir á la raya?
Y si he de salir con ellas,
¿Conmigo no han de ir armadas,
Así por decoro, como
Por casos que la campaña
Puede ofrecer ¡ay amor!
La causa hallé de mis ansias:
¡Oh, no permitas que sea
Para perderla el hallarla!

ESCENA V.

Decoracion de una quinta.

TOCAN CAJAS Y CLARINES, Y SALEN POR UN LADO EL CONDE DE SAN POL, FRANCES, CON BOTAS Y ESPUELAS, PLUMAS Y BASTON, MADAMA Y FLORA, Y OTRAS CRIADAS, TODAS DE CAMINO, Y POR OTRO CARLOS DUMELINO Y SOLDADOS.

Cárl. Generoso ilustre conde
De San Pol, rama que escelsa
De la real casa de Francia
Los esplendores conserva
Hoy la línea de Vandoma;
Y vos, ilustre condesa,
Real generosa reliquia
De Francisco de Angulema,
Dad á Cárlos Dumelino
Vuestras plantas, donde llega
De parte del magistrado
De Amiens á dar la obediencia
(Como quien gobernador
Viene á ser) á vuestra alteza,
A quien suplica por mí
Que en esta quinta detenga
Por hoy su jornada, en tanto
Que perficionadas quedan
De vuestro triunfo el adorno,
De vuestra entrada las fiestas,
Puesto que á Ernesto Pleysi
Hoy tambien Amiens espera
A ejercer la dignidad
De gran potestad en ella.
Conde. Llegad, Cárlos, á mis brazos,
Y decidme ¿quién creyera,
Cuando os dejé prisionero
En la pasada refriega
Del socorro de Dorlan,
Que aquí otra vez nos volviera
A juntar nuestra fortuna?
Cárl. Quien conoce que ella sea
Gran artífice de estrañas
Enlazadas contingencias.
Mad. Decidme: ¿Ernesto Pleysi
Llega tambien hoy?
Cárl. Hoy llega,
Que ayer tuvimos aviso.
Conde. Su amigo fuí, cuando él era
Pretendiente cortesano.
Cárl. Siendo Amiens su patria mesma,
Dicha es volver á mandarla.
Mad. Estremo de la belleza
Me aseguran que es su hija.
Conde. Díganlo mis mudas penas. *ap.*
Cárl. ¡Ay de quien perdió en su copia
El alivio de su ausencia! [*ap.*
Conde. Cárlos, aunque yo en Perona,
Como gobernador de esta
Provincia de Picardía,
Tengo mi actual residencia,
Siendo ella la plaza de armas
Capital de esta frontera;
Con órdenes del rey vengo
A Amiens, donde se prevengan
Para esta primer campaña,
Que entrar en Flándes intenta
Su magestad en persona,
Las provisiones de guerra
Y boca, y todas las armas,
Pues goza la conveniencia
Del Soma, que da motivo
A que aquí mejor parezca
Hacer nuestra plaza de armas;
Y siendo carnestolendas,
Que aquí se celebran tanto,
Quise que á verlas viniera
Conmigo madama; pero
Hablando aquí sin reserva,
No vengo gustoso.
Cárl. ¿Cómo?
Conde. Como siempre Amiens ostenta
Ciertos privilegios, que
Los ciudadanos conservan,
Y el capitan general
No es tan absoluto en ella,
Como en la provincia.
Cárl. Eso,

Señor, es conforme sea (*clarin.*)
El gobernador.
Conde. ¿Mas qué
Clarin es este que suena?
Cárl. Tropas católicas son,
Segun en visos campean
Las rojas bandas.
Conde. Y haciendo
Alto en la breve eminencia,
Que los términos divide,
Se doblan: que se prevenga
El batallon de mis guardas
Es bien.
Mad. Desde aquí se deja
Ver, que de su raya solo
A nuestro país penetran
Coches y acémilas, con que
Escolta sin duda es esta,
Que Ernesto trae.
Conde. Bien decis.
Ser. (*dent.*). ¡Ay infeliz!
Ern. (*dent.*). Tente, espera, Cochero.
Todos. Acudid, que el coche
Del potestad se despeña.
Conde. Damas hay en él, ¿qué aguardo,
Que no voy á socorrerlas? (*Vase.*)
Cárl. Y yo, que llevo la vida
Pendiente de aquella queja. (*Vase.*)
Flora. ¡Qué lástima!
Mad. ¡Qué desdicha!
Flora. Con una dama aquí llegan
El conde y Cárlos.
Port. (*dent.*). Aunque el
Coto de la raya esceda,
Me arriesgaré en su socorro.

ESCENA VI.

DICHOS, Y SALEN EL CONDE Y CARLOS CON SERAFINA.

Conde. Hermoso prodigio, alienta.
Cárl. Deidad hermosa, respira.
Ser. ¡Ay de mí!
Los dos. ¿Cielos, no es ella?

ESCENA VII.

DICHOS, Y SALE PORTOCARRERO CON BOTAS, ESPUELAS, CORAZA Y BORGOÑOTA, Y COGIENDO A LOS DOS DE ESPALDAS, LOS APARTA CON ALGUNA VIOLENCIA.

Port. Tarde he llegado; apartad,
Franceses. (*Empuñan.*)
Los dos. Quién con groseras
Voces...
Port. ¡Qué miro!
Conde. ¡Qué veo!
Cárl. Hernan Tello es; ¡quién pudiera
Pagar lo que en mi prision
Debí!

ESCENA VIII.

DICHOS, ERNESTO Y CRIADOS.

Ern. Serafina bella,
¿Cómo te hallas? que mi edad
No dió lugar á que fuera
Yo el primero en tu socorro.
Ser. No fué nada: la violencia
Del vuelco quedó en la altura
De aquel ribazo suspensa.
Ern. El amor me arrebató
De la obligacion primera
De ponerme á vuestras plantas.
Port. Viven los cielos, que entran
En su término mis tropas,
Llevadas de la apariencia
De haber visto empuñar amas.
Soldados, volved las riendas
Sin que paseis de la raya;
Vuestro furor se detenga,
Y todos alzad las armas,
Pues estais en la presencia
De un príncipe de la sangre
General de esta frontera;
Y es esa la ceremonia
Con que al general respeta
La milicia.
Conde. Mal conviene
Ahora la atencion vuestra
Con aquel poco reparo.
Port. De ese delito me absuelva;
Que á enemigos como vos,
Que nunca la espada dejan
Ver al contrario, mal puede
Conocérseles por ellas.
Mad. Airosa fué la disculpa.
Conde. Cortesana es la respuesta.
Pero pésame, señor,
Que así hayais roto la tregua,
Entrándoos en mi país
Armado.
Port. No fué romperla
Entrar solo un hombre á dar
La vida á quien tambien era
De vuestra nacion.
Conde. Si fué:
Empiece aquí mi cautela, *ap.*
Pues para romperla traigo
Del rey instruccion secreta.
Si fué, pues fué entrar armado,

No solo vos sin licencia,
Pero tambien vuestras tropas.
Port. Lo que toca á mi nobleza
Es asegurar que no,
Porque mi nacion no sea
Quien rompa la suspension;
Mas si lo juzga la vuestra,
Soy escrupuloso; y porque
Satisfaccion no parezca,
En mi vida desmentí
A quien pensó que le ofenda.
Conde. Pues si prenda como vos
No fuera justo perderla,
Vos os quedaréis.
Port. No haré.
Y por esta accion me pesa,
Que hayais venido con damas,
Pues bizarría grosera
Fuera á desmanes del plomo
Esponer tanta belleza.
No han de disparar los mios
(Y no temor os parezca)
La pistola; y pues la espada
Tiene menos contingencia,
(*Hace una cortesía á las damas, saca la espada, y besando la guarnicion hace otra al conde, y sin volver la espalda, se va retirando.*)
Débanme estas hermosuras,
Lo que por Francia no hiciera
Toda, que es el retirarme,
Haciendo esta reverencia
A las madamas, y á vos,
A fuer de general, esta:
Pues con las armas se hace
A generales la venia,
Que sin la espada en la mano
Retirarse no supiera
Hernan Tello: y yo no rompo
Paz que mi nacion observa;
Pero el que á mi se acercare,
Solo á su muerte se acerca.
Frente os haré con mis tropas,
Si algo tiene vuestra alteza
Que ordenarme con las suyas,
Allí sabrá mi obediencia. (*Vase.*)
Conde. Mas envidia, vive el cielo,
Su retirada me deja,
Que sus triunfos.
Mad. ¡Cortés brio!
Ser. ¡Generosa gentileza!
Ern. Bien se ha dispuesto, señor,
Que injustamente rompiera
La tregua vuestro ardimiento.
Conde. Por esto mi valor cesa
En cargarle ahora: vamos
Donde Serafina tenga
Reparo.
Mad. Eso es lo mejor.
Ern. Honra es de vuestra grandeza.
Ser. Amor, en el conde y Cárlos, *ap.*
Si de sus ansias se acuerda
Mi olvido, lo que me ofende
Me has dejado: cosa es cierta,
Que aquello que cansa sobra,
Y huye lo que se desea. (*Vase.*)
Conde. Ven, Cárlos, que mi amistad
Despues toda el alma intenta
De Serafina fiarte. (*Vase.*)
Cárl. Esto faltaba á mis penas:
¿Qué te debo, amor tirano,
Si tu variedad adversa
Hace que empiecen los zelos
Adonde acabó la ausencia?

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de campo.

PORTOCARRERO y CARRASCO, VESTIDOS A LA FRANCESA Y CON MASCARILLAS.

Carr. Si habemos de hablar verdades,
A toda mi valentía
Asusta el riesgo en que estamos.
Port. No es posible, que eso digas
De veras, cuando tus prendas
A fiar de ti me obligan
El secreto.
Carr. No es merced
Esa para agradecida,
Que hoy solo son los secretos
Los que sin prendas se fian.
No lo digo yo porque
A nuestro valor admira
El entrar dentro de Amiens,
Teniendo tan á la vista
De tres nobles españoles
El caso, pues con activa
Fiereza, entrando en Paris,
Dieron en medio del dia
De palos á un gran soldado,
Que de esta nacion las iras
Aun pueden mezclar en todas
La admiracion con la envidia.
Serian de los romanos
Mejores los coronistas,
Pero los soldados no;

Pues hubo en tu compañía
Mosquetero, que á una bomba
Llegó á encender una pipa.
Y no es el peligro tanto,
Cuando en pública alegría
De máscaras y disfraces
Se pueblan estas orillas
Del Soma: porque no solo
Su carnaval solemnizan,
Sino la entrada del conde,
Y en góndolas y barquillas
Salen las damas, poblando
Con músicas tan festivas,
Las aguas de perfecciones,
Y los vientos de armonías;
Temo, que si nos conocen,
Muramos á sangre fria;
Que á matar muriendo, fuera
Mucho menos mi mohina,
Pues recibe un hombre, y da
Y queda entre las cenizas
Su fama humeando, si acaso
A un pobre le despabilan.
Port. Carrasco, yo estoy perdido,
Que esta dama peregrina
Imaginada aun no fué
Tan hermosa como vista.
Yo la ví á la copia impresa
En el alma parecida,
Tanto, que imaginé al verla
Copiada aquí, y allí viva,
Que hermoso bulto de nieve
Se vistió mi fantasía.
Ella me dejó picado
Con aquella falsa risa,
Con que me dijo, al decirle
Que por el retrato iria,
Veamos como lo cumplis;
Y así es obligacion mia
El venir por él aunque
Toda Francia me lo impida.
Reirse y dudar, que yo
Por el retrato vendria,
Fué ponerme en el empeño;
Pues no haya de mi quien diga,
Que en este antojo de gusto
Dejó el valor de servirla.
Con los caballos espera
Mi gente en esta vecina
Espesura, pues les dije,
Que á reconocer venia
La plaza en cierta interpresa.
Si es temeraria conquista,
¿Qué estrañeza es, que cometa
Un hombre, á quien amor priva
De la razon, un arrojo?
Carr. Esa disculpa fué linda:
Tú echaste por el atajo;
Dí que te tire una china
Quien enamorado no
Haya hecho otra bobería.
Dícese, que Enrique Cuarto,
Prohibe con pena escesiva
Disfraces y carnavales,
Dejando las mascarillas
Para los bailetes solo:
Si despues hay quien escriba,
Que en Amiens los dos entramos
Cubierto el rostro, ¿quién quita
Que alguno diga que en Francia
Por las calles no se estilan
Disfraces?
Port. Eso qué importa,
Si será cosa sabida
Que se usaron.
Carr. Bueno es
Prevenir esas noticias,
Que hay necios, que para oir
Traen los oidos con pinzas,
Y ahorcados de las orejas
Tienen el cuerpo en puntillas.
Port. Aquí una cuadrilla viene
De máscaras.
Carr. Infinitas
Hay vamos reconociendo
En cual mejor nos reciba. (*Retiranse.*)

ESCENA II.

SALEN SERAFINA, MADAMA, NISE Y FLORA, Y LOS HOMBRES QUE PUDIEREN CON MASCARILLAS Y DISFRACES: A UN LADO SE QUEDAN EL CONDE Y RENOLT: A OTRO CARLOS Y RICARTE DE MASCARAS TAMBIEN.

Música. Hoy adornan del Soma
Las ondas cristalinas,
En góndolas doradas,
Nadantes galerías.
Mad. ¿No vengo bien disfrazada?
Ser. Vuestra alteza me permita,
Que diga que no.
Mad. ¿Porqué?
Ser. Porque si su gallardía
No puede ser mas ni menos
En ningun trage que vista,
Ni hay con quien equivocarle,
Por mas que á venir aspira
Su belleza disfrazada,
No vendrá desconocida.
Conde. ¿Es la de lo verde?
Ren. Si,

Que yo la ví á la salida.
Conde. ¿Con quién viene?
Ren. No sé.
Conde. Amor, *ap.*
Da á mi atrevimiento dicha.
Cárl. ¿La de lo verde me dices
Que es?
Ric. Sí.
Cárl. Amor, mis pasos guia.
Conde y Cárl. ¿Máscara, quereis dan-
Ser. ¿Con cuál? [zar?
Conde. No hay quien me compita
A mí: conmigo, señora,
Danzad.
Cárl. ¿Muy bueno seria,
Que habiendo llegado yo,
Dejándome á mí os elija?
Mad. Aquella voz es del conde,
¡Oh cómo el alma imagina
Lo que no desea!
Conde. Conmigo
No suponeis.
Cárl. Quien lo diga...
Mad. Tened. (*Empuñan las espadas.*)

ESCENA III.

DICHOS, Y SALE ERNESTO CON BASTON, Y MINISTROS.

Ern. ¿Qué es esto? ¿pues cómo
Profana vuestra osadía
De máscaras el seguro?
Mad. Ahora mi industria finja *ap.*
Un acaso por si es él.
Ern. Teneos pues á la justicia.
Mad. ¡Ay! (*Caésele la mascarilla.*)
Flora. ¿Qué es eso?
Mad. Que del rostro
Se cayó la mascarilla.
Ern. Madama está descubierta:
Y así nadie esté á su vista
Oculto el rostro, pues es
Grosería.
Conde. Ya es precisa
Mi retirada: si es Cárlos,
Escarmentará á mis iras.
(*Vase y Renolt.*)
Ern. Máscaras fuera.
Ser. Ya todas
En fe de esa cortesía,
Las quitamos.
(*Quitanse las mascarillas.*)
Cárl. Yo tambien
Porque su rostro ilumina;
Y sin advertencia vuestra,
Tambien fuera atencion mia.
Mad. Sospechas, sin duda el conde *ap.*
Es aquel que se retira.
Ser. ¡Oh que cansados estremos *ap.*
Son los de estas dos porfías,
Cuando está del español
La memoria en mi tan viva!
Cárl. Sin duda fué aquel el conde; *ap.*
Y pues se ausentó, no insista
En que quede por mí el puesto,
Pues es atencion debida,
Que aunque compita su amor,
Su grandeza no compita. (*Vase.*)

ESCENA IV.

SERAFINA, MADAMA, ERNESTO, Y SALEN PORTOCARRERO Y CARRASCO.

Port. Por aquí: ¡pero qué veo!
Carrasco, ¿no es Serafina
La que estoy viendo?
Carr. La propia.
Port. ¿Y no es madama?
Carr. La misma.
Port. ¿Qué será estar destapada?
Ern. Mirad si quereis que os sirva,
Señora, que dando vuelta
Voy á toda la marina,
Para estorbar inquietudes.
Mad. Guárdeos Dios, que antes queria,
Que os retiraseis, porque
Podemos ser conocidas
Por vos: volved á taparos.
(*Vase Ernesto y los suyos.*)
Port. Amor, mi esperanza anima:
Máscara, ¿quereis danzar?
Mad. Danza con él, no resistas,
Que este nos vió destapadas.
Ser. Si haré: la letra prosiga. (*Danzan.*)
Música. Hoy adornan del Soma, etc.
Port. ¿No me conoceis?
Ser. Yo no.
Port. ¿Qué tan presto se os olvida
El hurto que me habeis hecho?
Ser. ¡Española bizarría!
Música. De esquifes y jabeques,
Los remos y las quillas,
El céfiro las borda
De espumas, que las riza.
Port. Mi prenda habeis de volverme,
Pues dudasteis que vendria
Por ella.
Ser. A mis dudas deben
Hoy vuestras galanterías
Eso, pues fué el olvidarlas

Mas ocasion de lucirlas.

Música. A tanto rumbo incierto,
Que las espumas gira,
Escollos son de nieve,
Beldades de la orilla.

Ser. En mi casa hay esta noche
(*Dadas las manos.*)
Bailete, en él determina
Mi afecto hablar mas de espacio.

Port. Yo obedecer mas aprisa.

Música. Confunden agua y aire,
En dulce melodía,
Clarines, que gorgean
En los remos que giman.

Ser. Para obedeceros basta.

Port. ¡Qué breves que son las dichas!

Mad. ¿Te hablaba el máscara?

Ser. Sí,
Lisonjas, que acaso dicta
La ociosidad.

Mad. ¿Le conoces?

Ser. No, señora.

Mad. ¡Qué fatiga
De una sospecha! Yo quiero,
Pues de tantos fuimos vistas
Aquí, que cuando al bailete
Vamos, á que me convidas,
Las dos troquemos disfraces,
Para burlar la malicia
De los que nos vieron. Veamos *ap.*
Si de esta suerte averigua
Mi amor sus recelos.

Ser. ¡Cielos, *ap.*
Si esta novedad no avisa
Mi cuidado al español,
Y se engaña, soy perdida!

Carr. Señor, sin saber la casa,
¿Qué habemos de hacer?

Port. Seguirlas
Hasta ella.

Carr. El mismo diablo
Nos metió en caballerías.

Música. Hoy adornan del Soma, etc.

ESCENA V.

SALEN CARLOS Y RICARTE.

Cárl. Perdido vengo.

Ric. Señor,
¿Qué tienes?

Cárl. ¿Qué he de tener,
Si de un príncipe el poder
Se muestra competidor
Mio, y de príncipe tal,
Por quien perdiera mil vidas?

Ric. Si no tienes prevenidas
Las mil, señor, harás mal
En empezar por la una.

Cárl. ¡Ay, Ricarte! que yo ví
Conjurados contra mí,
Amor, poder y fortuna.
De mi el conde se fió,
Yo mi pasion le espresé,
Servirle en esto pensé,
Y de esto se disgustó.
La alta poderosa mano,
Que esta máquina dispuso
En los príncipes, nos puso
Un carácter soberano,
Con rasgos de su deidad,
Que quiere que respetemos,
Y en ellos consideremos
Su mas alta magestad.
Al conde, que tan ufano
Ostenta sangre real,
Cierto esplendor celestial
Le brilla en lo soberano.
El alma tambien lo es
De cualquier mortal; y así
Aunque le ceda por mí,
En tocando al interes
Del alma, que es el honor,
No hay respeto que mirar,
Que yo le debo guardar
Contra el poder y rigor,
Por mas difíciles modos;
Porque del honor, por ley,
Solamente es dueño el rey,
Por quien lo tenemos todos.
Cuatro años ha que pedí
A Ernesto la mano bella
De Serafina, y aunque á ella
Rigores solo debí;
Di, ¿á qué amante corazon
No supo mas atraer
Desden propio de muger,
Que nos suena á perfeccion?
Ernesto me lo ofreció
Cuando del cargo volviese,
A que entonces iba; ó fuese,
Porque tan niña la vió,
Que de eleccion su edad
No estaba, ó por presumir
En el caudal añadir
Quilates á su beldad,
A esperarme resolví,
Y su ausencia consolé
Con aquel retrato, que
En la batalla perdí.
Viene ahora: y cuando creo,
Que en el plazo concedido,
El tiempo voló, vestido

De plumas de mi deseo,
El conde, en Paris pudo
Verla, se empeña en amarla,
Y á mi me manda esplicarla
Su tierno afecto: no dudo
Que ociosa galantería
Es, por ser toda belleza
Ambicion de la grandeza:
Injusta cosa seria,
Que por su gusto, que ayer
Empezó, y acabará
Mañana, yo ceda ya
La que elegí por muger.
Esto inquieta mi valor,
Pues tenemos, segun siento,
El conde mucho ardimiento,
Y yo tambien mucho honor.
Ric. ¿Y en fin, qué quieres hacer?
Cárl. Hoy el conde fué ofendido,
Y para que en el vestido
No me llegue á conocer,
Que fuí quien le disgustó,
Si al bailete he de asistir,
Otro me has de prevenir.
Ric. ¿Mudaráste en casa?
Cárl. No,
Que sigo el confuso estruendo.
En el pórtico que pasa
A otra calle, de su casa
Enfrente, en anocheciendo,
Podrás con él esperar.
Ric. Hora fiera es para mí, *ap.*
Que tengo un convite: aquí
Me importa disimular;
Pues cuando llegue á deshora,
Y alce su cólera el bramo,
¿Qué criado no hace á un amo
Una falta cada hora?
Cárl. ¡Qué cobarde está conmigo
El despecho del honor!
Porque temo á mi valor
Aun mas que el de mi enemigo.

ESCENA VI.

El Conde y RENOLT.

Ren. ¿Sabes tú, señor, de cierto,
Que sea Cárlos?
Conde. Sí lo sé;
Porque quien tan atrevido
Se me arroja á responder
Que la adora, cuando yo
Toda el alma le fié,
¿Qué no hará? ¡Ah, cielos, que mal
Hice entonces de no hacer
Demostracion de mis iras!
Si en su atrevimiento fué
Consecuencia para este
La tolerancia de aquel.
Ren. Los príncipes tan escelsos
Como vuestra alteza es,
Mas nacieron para honrar,
Señor, que para ofender.
A esto los grandes señores
Nacen; ¿pues porqué quereis
Contradecir al vivir
La obligacion de nacer?
Competir con el menor
Es igualársele; pues
Preciso es en vos bajar,
O hacer al otro crecer.
Cárlos solo es caballero,
Y vos príncipe; ¿pues quién
Se persuadirá que vos
(Aun siendo por justa ley
Su capitan general,
Con quien no puede tener
Duelo ni accion su valor)
Os dejais, señor vencer
De él, sino de su razon,
Cuando en los príncipes sé,
Que en competencia inferior,
El mundo pasa cortés
Por aire del perdonar,
La precision del ceder?
Él la quiere honrar, y vos
Quereis injuriarle; ved
Cual de aquestas dos empresas
Digna de un príncipe es,
Que el que la hiciere será
El príncipe, al parecer,
Y no vos, si ejecutando
Acciones que no debeis,
No nos mostrais lo que sois,
Sí lo que dejais de ser.
Mi celo doy por disculpa
Del recuerdo, que esto fué
No advertir lo que ignorais,
Sí acordar lo que sabeis.
Conde. De tus lealtades, Renolt,
Advertencias escuché,
De quien solo él pudo
Disuadir la pesadez.
Delitos contra lo grande
No los perdona el poder,
Porque la soberanía
Con ambiciosa altivez,
Donde llega su pasion
Su imperio sabe estender.
Sabemos acá nosotros
Ciertas circunstancias, que
Los hombres particulares

No llegan á comprender,
Ni pueden aconsejar,
Por mas que algunas les den
Políticas el aplauso,
Facultades el laurel.
Ciertas materias de estado
Que nacen con el dosel,
No las conoce el estudio,
Que en distribucion mas fiel
Naturaleza las puso
Donde las ha menester.
La casa de Ernesto es esta,
Y bien que me disfracé,
Ahora en público vengo
Al festin por suspender
Las sospechas de madama,
Ya que hoy tan ciego ignoré
Que iba ella con Serafina.
Ren. Pues desde aquí, señor, veis
La asamblea de galanes
Y damas.
Conde. Entremos, pues,
En cuanto el festin se empieza
A conversacion tambien.

ESCENA VII.

SALON DE ESTRADO, Y EN ÉL LAS DAMAS CON MASCARILLAS, Y LOS GALANES JUNTO A ELLAS; HERNAN TELLO JUNTO A MADAMA CON EL VESTIDO DE SERAFINA, Y CARLOS JUNTO A SERAFINA CON EL DE MADAMA, Y ERNESTO EN SILLA: DOSEL CON SILLA PARA EL CONDE, Y AL ENTRAR ESTE SE LEVANTAN TODOS.

Cárl. Ya está aquí el conde: ¡qué mal
Hice en venirme á poner *ap.*
Delante con el disfraz!
¿Mas qué he de hacer, sino hallé
A Ricarte con el otro?
Conde. Señores, no os inquieteis,
Proseguid.
(*Siéntanse todos, y habla el conde con Ernesto aparte.*)
Ser. El español *ap.*
Se ha engañado con aquel
Disfraz mio: ¡cielos! ¿cómo,
Avisárselo podré?
Que por mas que he hablado de esto,
No ha sabido conocer
La voz él, y Cárlos sí.
Cárl. A Serafina escuché, *ap.*
Y fué dicha no engañarme
El disfraz.
Port. ¿Qué no quereis
Pagar ni restituir?
Mad. Si ignoro lo que robé,
¿Quien el hurto no conoce,
Cómo le podrá volver?
Ni el conde es este, ni Cárlos;
Pero aquí forzoso es *ap.*
Hablar con alguno, porque
Reparo pueden hacer
En verme sola.
Port. ¿Qué un alma
Que robais no conoceis?
Mad. Sin saber lo que me hice,
Si eso es cierto, os la quité,
Y aun no me debió el estrago
El que reparase en él.
Conde. Cárlos está allí, segun
En el disfraz observé;
Y pues ha de estar madama
Disfrazada aquí, no es bien
Hacer hácia Serafina
Demostracion: mas pondré
A Cárlos en un desaire,
Si hay motivo para él.
Port. ¿Dudaréis de la osadía
De un español otra vez?
Mad. ¿Español dijo? á esto mas *ap.*
Me conviene ya atender:
¿Qué es lo que no he de dudar?
Port. Que á Hernan Tello nada el ser
Le estorba español su brio,
Y vuestro garbo frances. [go? *ap.*
Mad. ¿Hernan Tello, qué es lo que oi-
Bien le supo agradecer
Serafina el hospedage.
Cárl. ¿Que aun no respondes, cruel?
Ser. ¡De susto no estoy en mí! *ap.*
Port. ¿Cómo ahora enmudeceis?
Mad. Fácil fuera hacer en vos
El mismo efecto.
Port. ¿Con qué?
Mad. Con esto solo.
(*Descúbrese con recato de los otros.*)
Port. ¡Qué veo! *ap.*
Estatua muda quedé.
Mad. ¿Enmudecisteis ya?
Port. Sí,
Que la dicha que en mí veis,
Por ser en vuestra grandeza
Incapaz de suceder,
No os la acerté á desear,
Y error de la suerte fué
Darme la dicha de hallar
Sin culpa de pretender;
Pero una vez sucedida,
Tarde me arrepentiré,
Pues no me atreví á esperar,

Pero me atrevo á tener,
Y no me he de desdecir
Por mucho que os enojeis.
Mad. Galante sois, español,
Y esponer no mereceis
Vuestra persona á estos casos.
Port. Decid pues quien sois.
Mad. No haré,
Que no habeis de tener vos
Mas garbo que mi altivez.
Esta fué una travesura
De airoso chiste, por ver
Turbado de vuestro brio
El desenfado cortes:
Enfrente de mí; mirad,
Está la que pretendeis;
Id con Dios, porque á las damas
Siempre nos parece bien
Que en sus arrojos los hombres
Ensalcen nuestro poder;
Y no quiero que por mí
De ser fino escarmenteis.
Port. Gallarda accion, vive Dios.
Carr. ¿Quereis, madama, creer,
Que me ha parecido en vos
Pegadiza la esquivez?
Nise. Y quereis creer, monsieur,
Que á hombre ordinario me oleis,
Y están en vos tan mal puestas
Gala y voces, que traeis
La discrecion de alquilar
Y la gala de alquiler.
Carr. Pues no es porque estoy delante,
Pero soy buen mozo á fe.
Conde. Hora es me parece ya
De que empiecen.
Ern. Tomen pues
Sus puestos, y de instrumentos
Empiece el dulce tropel.
(*Levántanse todos.*)
Ser. Salid del festin, monsieur,
Y á una reja esperaréis,
Donde á daros un aviso
Que importa mucho saldré.
Port. Desde ahora á obedeceros
Me ausento: Carrasco, ven.
Carr. ¿Dónde?
Port. A dejar el lucir,
Por acercarme al arder.
(*Vanse los dos, y se empieza el baile frances entre damas y galanes.*)

Música. Amor lisonjero,
Veneno inmortal,
Tu rigor severo,
Que ya es dulce y ya fiero,
Siempre fatal,
Solo contra mí
Hace el penar
Dulce morir:
Déjame quejar
De tu infeliz rigor,
Pues haces durar
De todo mi dolor
El fiero ardor,
Y á un infeliz
Solo á penar
Dejas vivir:
Tu piedad cruel
Disfraza el matar
Con dulzura infiel,
Porque sabe juntar
En su pesar,
Blando y sutil,
Un halagar,
Que solo es herir.

Ser. ¡Ay de mí!
(*Al pasar Serafina por junto al conde, se va á caer, llegan á un tiempo el conde y Cárlos á detenerla, y encontrándose con violencia, cáesele al conde el sombrero.*)
Cárl. Tened.
Conde. ¿Qué haceis?
Cárl. No os ví, señor, perdonad,
Que me cegó la piedad.
Conde. Mi cólera no irriteis,
Villano.
Cárl. Bien temí yo.
Conde. Atrevido.
Cárl. ¡Que con él
No pueda reñir!
Conde. Infiel.
Ern. ¿Señor, en que os ofendió?
Cárl. Mas pues allí está un criado
Suyo, si llega á apretar,
En él le pienso dejar
Advertido y castigado.
Conde. ¿Os dais por desentendido?
Vive Dios, que mi pasion
Castigue aqueste baston
En un villano atrevido.
(*Alza el baston, y le detiene Ernesto.*)
Cárl. Renolt, ¿qué es lo que decis?
¿Vuestra razon no responde
A esto que os ha dicho el conde?
Ren. A vos dice.
Cárl. Vos mentis,
Y así deja castigados
Vuestros errores mi filo,
Que el conde solo ese estilo
Tuviera con sus criados. (*Dale y cae.*)
Ren. ¡Ay infeliz!
Conde. ¡Ah traidor!
Cárl. Deteneos, que mi fe

Castigó á un criado, que
Puso mal á su señor.
Y pues con vos, por ser fiel,
No riño, hice lo que visteis,
No porque vos lo dijisteis,
Sino por decirlo él.
Con vos no se me permite,
De él mi honor se satisface,
Porque la injuria me hace
Aquel que me la repite.
Y porque yo soy testigo,
Que á honrarme mi fe os obliga
Miente cualquiera que diga,
Que en esto hablasteis conmigo
De vos abajo, que estais
En lugar del rey, y así
Me retiraré de aquí,
Para que no lo digais.
Conde. Prendedle, matadle, muera.
Ern. Este atrevimiento es ya
Contra todos.
Conde. Él tendrá
El castigo. (*Entran siguiéndole.*)
Ser. ¡Suerte fiera!
Dentro, señores, os entrad,
No ese cadáver asombre.
Mad. ¡Absorta he quedado! á ese hombre,
Si vive, á curar llevad,
Que del conde la arrogancia
Con cualquiera militar
Recelo que ha de costar
Algun mal suceso á Francia.

ESCENA VIII.

Decoracion de calle.

PORTOCARRERO y CARRASCO.

Port. Nadie á la reja salió.
Carr. Dentro suena bravo estruendo,
Y un hombre sale corriendo.
(*Sale Cárlos.*)
Cárl. La fortuna el resto echó:
Caballero, vuestra espada
A quien me siguiera impida,
Que me importa honor y vida. (*Vase.*)
(*Sale Ernesto y soldados.*)
Carr. Eso es para una tapada.
Ern. Este es, prendedle.
Port. Yo estoy
A la defensa obligado.
Carr. Y yo, señor, á tu lado (*Riñen.*)
Como dogo.
Ern. Muerto soy. (*Cae.*)

ESCENA IX.

Dichos y sale el Conde con luces.

Conde. Sin luz Ernesto salió,
Sigámosle.
Port. Pues luz ví,
Carrasco, ven por aquí. (*Vanse los dos.*)
Sold. El que se retira hirió
A Ernesto.
Conde. ¿Qué es lo que he oido?
Mas tambien le seguiré,
Pues á la luz observé
Las señales del vestido. (*Vase.*)
Ern. Dejadme al traidor seguir,
Que esto no es nada.
Sold. A curaros
Venid, que no he de dejaros
De ese modo proseguir;
Nosotros le seguirémos. (*Llévanle.*)

ESCENA X.

PORTOCARRERO y CARRASCO.

Carr. ¡Ah, señor, este portal
Oscuro está, mal por mal,
Pues las calles no sabemos,
Ocultémonos en él,
Que por otra parte ya
El ruido dice que va
Siguiéndonos el tropel.
Port. Enfrente está de la casa
De Serafina, y así,
Bien podemos desde aquí,
No solo oir lo que pasa,
Sino mirar si á la reja
Salen, ó ruido escuchamos;
Pues aunque el riesgo en que estamos
Este espacio no aconseja;
¿Adónde habemos de ir,
Si hasta que la noche fria
Rompa el nombre con el dia,
No hemos de poder salir
De la plaza? ¿qué furor
Les moveria contra mí,
Que me obligaron allí
A usar de todo el valor?
Carr. No lo sé, ni qué accidente
La fiesta turbado habrá.
Port. No te muevas, que hácia acá
Parece que viene gente.

ESCENA XI.

Dichos, RICARTE y despues CARLOS.

Ric. Mas vale nunca que tarde,

Aquel refran nos responde :
Este es el portal adonde
Mi amo me mandó que aguarde.
Larga ha sido la funcion,
Culpa los brindis tuvieron,
Donde me desvanecieron
A razones la razon.
¡Qué oscuro está! aquí tropieza
La planta, este un poyo es,
Y supuesto que los piés
No pueden con la cabeza,
Siéntome.
Carr. ¡Qué mal andar
Tiene!
Port. Calla, que otro allí
Viene. (*Sale Cárlos.*)
Cárl. Pues á todos ví
La calle desamparar
Buscándome, y nunca pueden
En juicio probar que yo
Fuí quien á Renolt mató,
Aunque sospechosos queden,
Este trage he de mudar :
Si Ricarte espera aquí
Con el que mandé; y así
Entre ellos me he de mezclar,
Desvaneciendo atrevido
Cualquier indicio que he dado,
Porque en fin lo bien negado
No fué jamas bien creido.
¿Ricarte?
Ric. ¿Quién llama?
Cárl. Yo:
¿Dónde estás?
Ric. Aquí rabiando,
Como aquel que tiritando
Toda la noche esperó.
Cárl. Toma presto este vestido,
Y dame el que te he mandado.
Port. Para volver disfrazado
Buena ocasion se ha ofrecido;
Toma ese, y yo le daré
El mio.
(*Desnúdanse, y dale Portocarrero su casaca á Cárlos, y da la suya Carrasco á Ricarte, y él le da la que traia prevenida.*)
Carr. Y el mio yo,
Que por malo que sea, no
Pienso que empeoraré.
Cárl. Toma.
Ric. Venga, que ahí va
El otro
Cárl. Vete al momento,
No te vean aquí.
Ric. Eso intento,
Que me llama el sueño ya. (*Vase.*)
Carr. Muy buena maula se ha hallado
En mi vestido.
Cárl. ¡Fortuna, *ap.*
Débate esta vez alguna
Piedad, quien vuelve fiado
En la esterior esperiencia
De este trage que previno,
No hallando contra el destino
Otra humana resistencia. (*Vase.*)
Port. ¡Raro caso!
Carr. Y dicha rara :
Y aunque á mí me ha sucedido
Otro caso parecido,
Muchas veces no faltára,
Si en comedia se escribiese,
Alguno que lo dudase,
Por natural que se hallase
Y fácil que se supiese.
Port. En la casa entrando gente
Va otra vez; y pues estoy
Ya en otro trage, yo voy
A averiguar, qué accidente
Fué el que pudo alborotar
La fiesta, y si ha de salir
Serafina.
Car. ¿Y quieres ir
Donde vuelvan á chocar
Contigo?
Port. Ven, que ya así
Va el temor desvanecido,
Pues solamente el vestido
Resultaba contra mí.

ESCENA XII.

Decoracion de salon.

EL CONDE, ERNESTO Y SOLDADOS CON LUCES, Y TODAS LAS DAMAS.

Conde. ¿Que no os querais recoger?
Mad. Esto habeis de hacer por mí.
Ser. Señor, no salgais así.
Ern. Yo me he empeñado en prender
A quien cometió el delito
En mi casa de una muerte,
Que á su alteza de esta suerte
Empeño mayor evito.
Intercutánea es la herida
Del piquete, y la violencia
Del golpe y mi resistencia
Ocasionó la caida.
Y esto se ha de castigar,
Que si el primero permito,
La cólera hace un delito,
Y muchos un ejemplar.

Conde. Toda la plaza he rondado,
Sin hallar el delincuente,
Y el susto del accidente
Vuestro, aquí me ha retirado,
Hasta poder con el dia
Hacer la averiguacion:
Esto es quitar la ocasion
De que á la cólera mia
La justicia anticipada
Llegue, y lleve á Cárlos preso,
Que en los filos del proceso
Se embotan los de la espada.

ESCENA XIII.

DICHOS, Y SALEN POR DIFERENTES PUERTAS CARLOS, PORTOCARRERO Y CARRASCO.

Port. Con mi industria disfrazado,
A ver el tumulto vuelvo.
Cárl. A entrar aquí me resuelvo,
Del nuevo trage fiado.
Conde. Allí diviso al que hirió
A Ernesto, aquel el vestido
Es. (*Mirando á Cárlos.*)
Ern. Vive Dios, que atrevido
Aquí el máscara volvió
Que hirió á Renolt: ya es esceso
(*Mirando á Portocarrero.*)
Contra mí y el general;
Y pues él buscó su mal,
Ha de ir al castillo preso.
Conde. Prendiéndole, de él sabré
Si Cárlos fué el atrevido
Carr. A la luz miro el vestido;
Por Dios, que no me engañé.
Mad. Otra vez se vuelve aquí
El español.
Ser. Ya ha venido
Hernan Tello; por el ruido
A la reja no salí.
Conde. Ola.
Ern. Ola.
Unos. Señor.
Otros. Señor.
(*Señala cada uno el suyo, y se arrojan unos y otros á cogerlos por detras.*)
Los dos. Prendedme aquese atrevido.
Todos. Daos á prision.
Los dos. ¡Ah traidores!
Mad. y Ser. Cielos, ¿qué es esto que miro?
Carr. Llegó nuestro fin, ya tengo
Calentura en el gallillo.
Ser. ¿Cómo podré yo estorbarlo?
Mad. ¿Cómo pudiera impedirlo?
Ser. ¿En qué, señor, te ha injuriado?
Mad. ¿En qué, esposo, te ha ofendido?
Ern. En su trage se conoce,
Que es el que osado y altivo
Perdió el respeto á su alteza.
Conde. En su trage he conocido,
Que es este el que á Ernesto hirió.
Port. ¡Por cuánto, cielos divinos, *ap.*
Donde juzgué hallar remedio,
No hallára nuevo peligro!
Cárl. ¡Por cuánto no hallára un riesgo
Donde buscaba un alivio! [*ap.*
Carr. ¡Y por cuánto, segun anda
Confuso este laberinto,
Quizá estará condenado
A ahorcar este vestido!
Ern. Destapadle el rostro.
Conde. Veamos
Quien es. (*Descubren á los dos.*)
Carr. Esto va perdido.
Ern. ¡Válgame el cielo! ¿qué veo?
Conde. ¡Valedme, cielos! ¿qué miro?
Ern. ¡Hernan Tello pudo ser,
Con quien un lance ha tenido
Tan pesado el conde!
Conde. ¿Quien
Me ofendió, no es Dumelino?
Mad. ¿Qué equivocacion de trages
Ha sido esta?
Ser. ¿Qué habrá sido
Esta mudanza en los dos?
Conde. Cuando acercarnos podimos,
Yo escuché la voz de Cárlos.
Ern. ¡En qué empeño estoy metido,
Cuando le debo agasajos!
Conde. ¿Ernesto? ¡pero qué es esto!
(*Vuelve y ve á Portocarrero.*)
Ern. Señor, ¡pero qué he mirado!
(*Vuelve y ve á Cárlos.*)
Conde. ¿Hernan Tello aquí escondido
Con el trage que tenia
Mi ofensor?
Ern. ¿El que me ha herido
Fué Cárlos?
Ser. La admiracion
Me vistió de mármol frio.
Conde. En buen empeño se halla
La autoridad con el brio.
Ern. En fuerte lance me veo
Con mi yerno y con mi amigo.
Port. ¡Cielos, variando el acaso,
Firme se quedó el peligro!
Cárl. ¡Cielos, mi fortuna ha dado
De un abismo en otro abismo!
Port. ¿Para cuándo son las ansias?
Cárl. ¿Para cuándo los gemidos?

Carr. ¿Para cuándo, para cuándo
Aguardan falsos testigos?
Conde. Villanos, soltad, ¿qué haceis?
Habiendo ya conocido
La persona del señor
Hernan Tello, ¿así atrevidos
Le oprimis, viniendo á honrar
Sus servidores antiguos?
Carr. Luego dirá mi amo, que
No somos bien recibidos.
Conde. Habiéndoos visto, señor,
Aunque me pesa infinito
No hayais de vuestra jornada
Anticipado el aviso,
Y que para el hospedage
No nos halleis prevenidos,
Bien veis, que escusar no puedo;
Que aquí os detengais, pediros
Es fuerza, hasta dar cuenta
A mi rey de vuestro arrivo,
Y así á ser mi huésped solo
Habeis de venir conmigo.
Ern. A vuestra alteza, señor,
Que considere suplico:
Que es eso desaforar
Al pais de sus prescritos
Privilegios.
Conde. ¿Cómo?
Ern. Como
Aunque vuestra alteza vino
A gobernar la provincia,
Cuando Amiens no ha recibido,
Por sus fueros, de soldados
Guarniciones ni presidios,
Toda la jurisdiccion
Le toca en ella á mi oficio,
Y en el ejército á vos:
Luego si está en mi dominio,
Claro se ve, que á mí solo
Toca hospedarlo y servirlo.
Conde. No digais eso, que yo
En lugar del rey asisto
Aquí.
Ern. Y yo, señor, con su
Jurisdiccion me autorizo.
Conde. Lugar-Teniente del rey
Al general es estilo
Llamar.
Ern. No aquí, donde tienen
Privilegios los vecinos
De no admitir soldadescas,
Pues profesan ellos mismos
La milicia, y ellos tienen
Sus gefes.
Conde. No persuadirnos
Querais eso, que vos solo
Juez ordinario habeis sido,
Y este es fuero militar,
Cuyo imperio privativo
Reside en mí.
Ern. Tambien yo,
Por las milicias que alisto,
Capitan de guerra soy.
Conde. ¿Pues á los órdenes mios
No estais por esa razon?
Ern. En caso de guerra ó sitio,
Si, en lo que toca al manejo
De las armas: mas no al juicio,
En que aquí el potestad tiene
Absoluto señorío:
Y así debeis entregarle.
Conde. Soldado soy, no ministro,
Y prisioneros de guerra
A justicias no permito
Rendir, pues nunca ser puede
Delincuente el enemigo;
Y no se porfie en esto,
Pues se ve que es desatino,
Que quien manda armas de España,
A menos se haya rendido,
Que á quien manda armas de Francia.
Ern. Segunda vez os repito,
Que yo mando estas milicias
Tambien.
Conde. No me hagais deciros,
Que un caudillo militar
No ha de rendirse á un caudillo
De los mecánicos gremios,
Que es bajeza el discurrirlo,
Y aun el sufrirlo yo,
Sin dar á ese error castigo.
Ern. Yo cederé, protestando;
Mas no sé si consentirlo
Querrán los burgeses.
Unos. No,
Que nuestros fueros antiguos
Defendéremos.
Otros. Nosotros
Sobramos á reducirlos.
Port. Bien vino la competencia
Para no darme á partido.
Carr. Valido de este alboroto,
Escaparme determino.
Port. En tumultos populares
A mi valor permitido
Será sacando la espada,
Estorbar que hagan conmigo
Indecorosa violencia. (*Saca la espada.*)
Carr. Eso sí, cuerpo de Cristo,
Que ha rato que está en el pecho
La sangre dando pellizcos.
Unos. Del conde es.

Otros. Del potestad es.
Carr. Yo aqueste medio elijo,
Para huir de sus rigores.
(*Apaga las luces.*)
Unos. A ellos.
Otros. A ellos, amigos.
Conde. Ninguno aquí riña, pues
Que corran riesgo es preciso
Las damas.
Ern. Nadie use armas
Hasta que hayan traido
Luces: ola, luces presto.
Ser. ¡Muerta estoy!
Mad. ¡Sin alma animo!
Flora. ¡Qué miedo!
Unos. Salgamos fuera.
Port. ¿Carrasco?
Carr. ¿Qué hay, señor mio?
Port. Sígueme.
Carr. Ya voy, mas voy
Tentando con los hocicos.
Port. Cielos, la puerta no encuentro.
Ser. ¿Español?
Port. ¿Quién es?
Ser. Venios conmigo.
Port. Esa dulce voz
Imperio tiene atractivo.

ESCENA XIV.

DICHOS, MENOS SERAFINA, PORTOCARRERO, CARRASCO, Y SALE NISE CON LUCES.

Nise. Ya están las luces aquí.
Conde. ¿Qué es esto? ¿dónde se ha ido
Hernan Tello?
Ern. Esa es mi duda.
Conde. Pues buscarle determino
Por la casa.
Ern. Y yo tambien, (*Vase.*)
Conde. Vaya Cárlos al castillo,
Que ha de pagar su osadía,
Por vida del rey Enrico. (*Vase.*)
Cárl. Cielos, ved que en tantas ansias
Me da muerte el ver que vivo.
(*Llévanle los soldados.*)
Mad. Aunque puede ser que le haya
De todos desparecido *ap.*
Serafina, he de callar;
Pues con ocultarle, evito
Al conde y al magistrado
Empeño tan conocido. (*Sale Ernesto.*)
Ern. Toda la casa he mirado,
Y solo falta este sitio
Del cuarto de Serafina. (*Sale Serafina.*)
Ser. Yo cerrado le he tenido
Con la llave.
Unos. Viva el conde.
Otros. Viva el magistrado.
(*Sale el conde.*)
Conde. A gritos
Se abanderiza la plebe;
Entre ellos habrá salido
A la calle, y lo primero
Es Ernesto, dividirlos,
Y dar órden en las puertas,
Que no abran, hasta otro aviso;
Yo le cercaré la casa,
Por si ocultarle ha querido.
Ern. Estorbemos el tumulto,
Que él no saldrá del recinto
De los muros, y podremos
Buscarle mas advertidos. (*Vase.*)
Mad. De tanto acaso asustada
A palacio me retiro.
Ser. Señora.
Mad. Quedad con Dios,
Que en efecto habeis cumplido
Como quien sois.
Ser. No os entiendo.
Mad. Yo os diré porque lo digo. (*Vase.*)
Ser. Este enigma me faltaba;
Pero entre tanto que el ruido
Se sosiega, esto es primero:
Salid.

ESCENA XV.

SERAFINA, Y SALEN PORTOCARRERO Y CARRASCO.

Port. A tus piés rendido,
Madama.
Ser. Escusad razones,
Porque no es tiempo de oiros.
Vos, hidalgo en ese paso,
A este corredor vecino,
Mirad si vuelven.
Carr. Sí haré,
Y ninguno, si yo miro,
Irá tan descaminado,
Que se escape de registro. (*Vase.*)
Ser. No mas sustos, español,
Que el pecho me habeis tenido
Estremeciendo á presagios,
Y palpitando á latidos.
¿Estos son vuestros arrojos?
¡Mal hubiese mi delirio
En deciros lo que nunca
Juzgué que hubiese traido
Tal séquito de accidentes,
Tal concurso de peligros!
Lo que no es amor, no sea

Cuidado, que es desvarío
Tener la pension del riesgo,
Sin propension del cariño.
De la casa de mi padre
Caen los jardines floridos
Al muro, y en él, yo y una
Criada, de quien me fio,
Una cuerda os ataremos,
En estando recogidos
Todos, bajaréis por ella,
Que yo á quitarla me obligo,
Por no dejar contra mí,
Cuando amanezca ese indicio.
Y pues la plaza no pueden
Abrir, hasta que en los visos
Encienda el alba los montes
De aquel albor matutino,
Tiempo teneis de escaparos,
Antes que puedan seguiros.
Tomad, tomad el retrato,
Pues por él habeis venido,
Porque no volvais por él,
Que un miedo os he concebido,
Tal, que sin serlo yo os tiemblo
Mas que vuestros enemigos,
Y en lo que tuvo de vuestro,
Le desconozco por mio.
Id con Dios, que ya me cuestan
Vuestros arrojos martirios,
Y me anda acá lo piadoso
Desmesurando lo esquivo.
No volvais á verme mas,
Ni quiero que un desvarío
Me asuste, sin ser amor,
Y hallando hecha el albedrío
La costa á lo cuidadoso,
Se domestique en lo fino.

Port. Yo tomo el retrato; pero
No viniendo en el partido
De no veros.

Ser. ¿Pues de mí,
Que es lo que intentais?

Port. Serviros
Tan á todo trance, que
No solo aqueste conflicto
No me haga escarmentar; pero
Juro á los cielos divinos,
Que ningun frances consiga
Lograros mientras yo vivo.

Ser. ¿Pues podeis vos aspirar,
Siendo de opuestos dominios,
A ser mio?

Port. ¿Porqué no?

Ser. Si vuestro espíritu altivo
No encuentra dificultades,
Mal dejará persuadirnos
La razon á error tan grande;
No querais hacer impio
Que me halle bien con creerlo,
Si el tiempo ha de disuadirlo.

Port. ¿Pues qué dificultad tiene
Ser vasallos de un rey mismo
Los dos?

Ser. Bien está, pues yo,
Si eso salvais vos, me obligo
A ser vuestra.

Port. ¿Cuándo?

Ser. Cuando,
Puesto que los dos vivimos
Hoy á dos reyes sujetos,
Hagais vos en mi servicio,
O que Amiens sea del vuestro,
O que Dorlan sea del mio.

Port. En bodas como las nuestras
Es mas cortesano estilo
Que no salga de su casa
La dama; y así yo elijo
Que sea Amiens del rey de España,
Pues casi imposible miro
Que sea Dorlan de Francia,
En tanto que yo la rijo.

Ser. ¡O que arrogancia española,
Tan propia de aquel nativo
Soberbio espíritu que
Os hace á todos malquistos!
Bien juzgué que mereciese
Mas el darme yo á partido,
Que un engaño, porque engaño
Es ofrecer presumido
Temeridades adonde
No puede llegar el brio.
Voy á allanaros el paso,
Porque luego podais iros
Donde aun de mis quejas no
Percibais un desperdicio;
Y un imposible tan grande,
Id, español, advertido
Que fué bajeza ofrecerlo,
No pudiendo vos cumplirlo. (*Vase.*)

Port. ¿Qué es lo que pasa por mí?
Yo, cielos, desvanecido
Dije una proposicion
A una dama, cuyo juicio
Motejando de arrogancia
Mi amoroso desvarío,
Aun le graduó por desprecio
Mas allá de desatino
No cumplirle la palabra
Fuera en mi valor indigno;
Cumplirla, entregando á Francia
A Dorlan, fuera delito
Contra mi rey y mi honor:

Y en los estremos distintos
De amor y honor, rey y dama,
Es en leales caudillos
Antes el rey que el amor,
Y el honor que no el cariño.
Ea, discurso, al empeño,
Que si ahora de aquí salimos,
Amiens ha de ser de España,
Para cuyo gran motivo,
Valga la industria por armas,
Por ejército el capricho,
La astucia por batería,
Y por poder el arbitrio:
Pues doy á España esta plaza,
Venzo aquel rigor esquivo,
Me corono de laureles,
Hago halagos los desvíos;
Puesto que cumplo (escusando
En fin discursos prolijos)
A mi dama una palabra,
Y hago á mi rey un servicio;
Porque sepan las edades
Venideras lo que hizo
Por su rey y por su dama
Un español de este siglo.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de bosque.

PORTOCARRERO y Soldados.

Port. Altos verdes y antiguos ciudadanos
De estas riberas vividores olmos,
Que tejiendo cortinas enredadas,
Sois de este valle pabellon frondoso.
¡O vosotros, que fuisteis á mis ansias
Florecientes testigos! ¡O vosotros,
Cómplices de suspiros tan callados,
Que aun yo mismo los siento y no los oigo!
Troncos en quien el céfiro suave,
Pulsando vuestras hojas sonoroso,
Al ardiente compas de mis suspiros,
De acompañar mis penas suena ronco:
Pues me dais el consuelo de atenderme,
Y el secreto ofreceis á mis sollozos,
Siendo para escucharlos siempre atentos,
Estando para oirlos siempre sordos.
Grabad el nombre en vos de Serafina,
Y haced que vuelvan á escuchar mis ojos
El dulcísimo nombre de quien fueron
Láminas vegetables vuestros troncos.
A Amiens he de rendir (¡terrible empresa!)
Pues me asusto en lo mismo que dispongo,
Y de tener tan alto pensamiento
Aun se halla el pensamiento temeroso.
No lidio, no, con bárbaros caribes,
De aquellos que en el clima mas remoto
Habitan breve mundo en isla breve,
Verde lunar de cristalino rostro.
No con aquellos que juzgaban eran
De condensada nube ardiente aborto
Esas bocas de bronce, que oprimidas
Bostezan humo, cuando escupen plomo.
Con los franceses lidio: ¡ó amor noble!
¿Quién habrá que se esmere en tus opro-[bios,
Cuando tú las acciones generosas
Enseñas á los pechos generosos?

ESCENA II.

Dichos y sale ORTIZ con un Mundi Novo.

Ortiz. Gracias á Dios que el camino
Me has ahorrado, y que dichoso,
Hallando á tu gente haciendo
Forrages en este soto,
Llego á tus plantas.
Port. Ortiz,
Bien venido: cuidadoso
Me has tenido.
Ortiz. Señor mio,
Yo estoy viejo, y aunque mozo
Fuera, aun no pudiera andar
Una águila de retorno,
Al paso que va el deseo
De cualquier amante bobo.
Yo entré en Amiens disfrazado,
Con todo este promontorio
Del Mundi Novi, que trajo
Un estranjero famoso,
Invencion estraña para
Sacar de la risa el oro.
Grité por aquellas calles
Soltando á mi voz el chorro:
Quién chieri ver cosi estrañi,
Cosi lindi, el Mundi Novo:
Li sastri, li zapateri,
Trompetieri; y sobre todo,
Li siñor Cataliniqui:
É hize tan grande alboroto,
Que mas de seis mil muchachos
Me acompañaban el tono.
Entré en muchísimas casas,
Donde llamaron gustosos
A ver la novedad, cuyos
Embelecos á mi bolso

Iban atrayendo ochavos,
Tropezando unos en otros.
Una la de Serafina
Fué, de que sé que envidioso
Quedarias, y teniendo
Yo una cara de demonio
Entonces, toda tu gala
Trocáras tú por mis ojos.
Ella salió : ¡ó que ocasion
Me ofrecia el episodio
De pintártela, si acaso
Permitiera el auditorio
A romances de vegetes
Ambages y circunloquios!
Saqué yo mi Mundi Novi,
Sacudiendo de los hombros
Tantas mentiras de bulto,
Que sobre un bufete pongo.
Habia en él una danza
De máscaras en el corro,
Y yo dije entonces : Esti
Es en Amiens un vistoso
Festin, en donde Hernan Tello
Entró tambien de rebozo.
Ella se asustó : yo dije
Que mil secretos curiosos
Llevaba, y que le feriaba
En una caja unos polvos
De grandísimas virtudes,
Naturales para el rostro;
Que en un papel dentro (aquí
Di una guiñada) iba el modo
De usarlos, y la receta
Para hacerlos. Entendiólo,
Que es demonio la muchacha;
Y con un chiste gracioso
Que descomponer pudiera
Mi recato mas devoto,
Cuando allá en mis mocedades
Era yo mas cosquilloso,
Me dijo : yo lo veré,
Dándome un doblon de á ocho;
Que no quiso el asonante
Que fuese mas el socorro.
Volví á pasar por la calle
Despues, y del mismo modo
Me llamaron, y me dijo,
Como fingiendo un enojo
De un almibarado ceño,
Cuyo dejo es pegajoso :
Tomad allá la receta,
Que grande escrúpulo formo,
Y no quiero yo quedarme
Con cosa que á mi decoro
Esté mal, pues es hechizo
Con pacto supersticioso.
Entregóme este papel (*Sácale.*)
Con esta industria, y yo tomo
La caja, y piano piano,
Con todo el mundo me torno
Acuestas, y con dinero,
Que pesa mas por ser poco.

Port. Tú has hecho la diligencia
Recatado y cauteloso,
Como tan gran partidario.
Muestra ese papel, que el gozo
En el corazon no cabe,
Y va rebosando al rostro.
(*Lee*). « Monsieur, vos habeis buscado
« A mi recato un tan propio
« Modo de favoreceros,
« Que en él tambien me conformo.
« Que sea vuestra me volveis
« A pedir, cuando brioso
« Conquisteis á Amiens; yo digo
« Que al partido me acomodo,
« No pudiendo hallar mejor
« Camino, ni mas airoso
« De despediros, supuesto
« Que otorgando á vuestro antojo
« Una esperanza con un
« Imposible, nada otorgo,
« Que es lo que yo deseaba,
« No quedando vos quejoso;
« Que esto de quedar con quejas,
« Es esponerse al apodo
« De tirana, cruel y fiera,
« Que sabeis decir vosotros,
« Pretendiendo que admitamos
« Por finezas los oprobios. »
Esto es empeñar de nuevo
Mi valor, al mas heróico
Asunto que celebraron
Los anales prodigiosos.
¡Ah si Francisco del Arco
Viniera, á quien presuroso,
Desde que de Amiens salí,
Despaché á pedir socorro
Al archiduque!

ESCENA III.

DICHOS, FRANCISCO DEL ARCO Y CARRASCO.

Franc. Las plantas
Me da.

Port. Aragones famoso,
Llega á mis brazos, pues ellos
Te coronan.

Carr. Y á mí, y todo,
Señor, pues desde Bruselas :
Envuelto en sudor y en polvo,

Me viene una posta dando
Puñaladas en los lomos,
Ensartando en su espinazo
Como si fuera avalorio.
Port. ¿Cómo dejais á su alteza?
Franc. Cuando llegué, en alborozos
Públicos la villa ardia,
Pavon de fuego vistoso,
Con pompa de luminarias,
Que coronándola en torno,
Párpados de luz palpitan
En tantos trémulos ojos.
La causa de esta alegría
Era volver victorioso,
Despues que de los dos meses
Franceses la tregua han roto
De Cales, el archiduque
Alberto, cuyos gloriosos
Hechos, si en su pecho caben,
No caben en sus elogios.
Dile tu pliego á su alteza,
Que le recibió gustoso,
Preguntándome por tí,
Y examinando curioso
Cómo estás, en qué discurres,
Y cómo te hallas; de modo,
Que al ver que un príncipe grande
Admite entre sus ahogos
Tan por menor los cuidados
De su gente, reconozco
Que en su servicio los riesgos
Se alivian, porque es notorio,
Que quien de tí no se olvida,
No se olvidará tampoco
De tus servicios, pudiendo
Con beneficio tan corto,
Al ser de lo agradecido,
Divertir lo deseoso.
Díjome que le pedias
Licencia, gente y socorro
Para una oculta interpresa:
Preguntó si noticioso
De ella yo me hallaba: dije
Que tus designios ignoro,
Porque el secreto tenias,
Y aun se aventuraba el logro
Dando cuenta, á que me dijo:
Hecho será prodigioso,
Siendo suyo; y le dirás,
Que remitirle dispongo
La gente que aquí me pide,
Por ser el número poco;
Que si antes puede dar cuenta
Del designio cauteloso,
Se verá acá en el consejo;
Pero si halla algun estorbo
En la dilacion del tiempo,
Que él emprenda por sí solo,
Fiando de él el suceso,
Pues sus esperiencias toco.
Este despacho te envia, (*Dáselo.*)
Con órden de que estén prontos
A remitirte esa gente
Cuantos cabos valerosos
Las guarniciones y plazas
Habitan de este contorno.
Y por si venir maestres
De campo fuere forzoso
Para mandarles, te envia
Tambien grado decoroso
De general de batalla,
De que el parabien nosotros
Recibimos, y el viage
Dichosamente corono.
Port. Una y mil veces los brazos
Me da, porque sus prisiones,
De dos almas eslabones
Sean en eternos lazos.
Su alteza me escribe aquí
Que á todos órden envia
Que me obedezcan, y fia
Tan grande empresa de mí,
Aunque cuenta no le he dado,
De mi valor persuadido,
A que ya está conseguido,
Con haberlo yo intentado.
Carr. ¿Y de eso tan triste estás?
Port. Entre temor y esperanza,
Carrasco, esta confianza
Es la que me empeña mas.
Siempre se esperimentó
Ser enemigo violento
La palabra ó pensamiento,
Que del pecho libertó
Un hombre, que su impiedad
El afecto mas cruel
Suele volver contra aquel,
Que le dió la libertad
Empresas, que á ser creidas
No nacieron destinadas,
No deben ser reveladas
Antes de estar conseguidas:
Que como difícil es
El persuadirlas constantes,
Solo las desprecia antes
Quien las admira despues.
Y la censura importuna
Opone dificultades,
Solo las temeridades
Las sentencia la fortuna;
Pues con juicio desigual,
Hace que el nombre les den

De hazaña, si sale bien,
Y de locura, si mal.
Carr. No en fantásticos vaivenes
Te quieras desvanecer,
Y lo que esperas tener,
No juzgues que ya lo tienes;
Porque al verlo disuadido,
Harás, segun de esto arguyo,
Que lo que nunca fué tuyo,
Lo llores como perdido. (*Disparan.*)
Cárl. (*dent.*). ¡Ay de mí!
Ren. (*dent.*). Matadle, muera.
Cárl. Desesperado sabré
Morir ó matar.
Port. ¿Mas qué
Confuso lamento altera
Este campo?
Carr. Entre espesuras,
Que son fragosos canceles,
Un torbellino de pieles,
Y un viento con herraduras,
Corre el monte desbocado;
Y segun fogoso viene,
De la pólvora que tiene,
Pienso que se ha disparado.
Franc. Y en un tronco choca allí,
Y el aire y tierra midiendo
Despeña á un jóven, diciendo:..

ESCENA IV.

DICHOS, Y SALE CARLOS.

Cárl. ¡Ay infelice de mí! (*Cae.*)
Port. Carrasco, acúdele, y vos,
Que salga á la oposicion
De esa tropa un batallon,
Haced. (*Vanse los soldados.*)
Ortiz. Yo me voy, por Dios,
A descansar, que no miras,
Que rendido estoy aquí,
Y ha rato que sobre mí
Tengo un mundo de mentiras. (*Vase.*)

ESCENA V.

DICHOS, MENOS ORTIZ.

Cárl. ¡Ay triste!
Franc. Parece, que
Cobrando el perdido aliento,
Vuelve ya en sí.
Carr. Muy bien hace
En volver en sí, supuesto,
Que hasta ahora ha estado en mí,
Que en mis costillas le tengo.
Port. Infeliz jóven, cobraos.
Carr. Y yo, si soy quien le debo,
Te le daré adelantado,
Porque se cobre mas presto.
Cárl. Ya que de aquel parasismo,
Que con mortal desaliento,
Entre mi muerte y mi vida
Fué paréntesis funesto,
Cobrado estoy; á tus plantas,
Ilustre Portocarrero,
Cuyas gloriosas hazañas
Padrones serán del tiempo,
Yace Cárlos Dumelino.
Port. Levantad, Cárlos, del suelo,
Que ya me acuerdo que fuisteis
En Dorlan mi prisionero.
¡Cielos, este es el frances *ap.*
Del retrato, á quien prendieron,
No sé, por qué, aquella noche
Que me ví en peligro dentro
De Amiens! ya podré saber
El motivo de mis zelos.
Cárlos ¿qué es esto?
Cárl. Un agravio
Tan rigoroso, tan fiero,
Que su dolor... ¿pero cómo
Su dolor esplicar quiero,
Si su inmensidad no cabe
Aun en la del sentimiento?
Ofendióme un poderoso
En el honor: ya con esto
De una vez lo dije todo;
Que hay linage de tormentos,
Que aun no se atreve á esplicarlos
Quien ha menester saberlos.
Ya pues con esto te he dicho
Mi intencion; porque naciendo
Noble, á nadie revelára,
Que el honor perdido tengo,
A no ser para cobrarle:
Porque aun de este modo quiero,
No fiándome de mí,
Ponerme á mi en el empeño.
Lo que aquella noche viste
Ejecutar no lo cuento;
El motivo sí, pues fué
Querer el conde severo,
Faltándose á sí y á mí,
Hacer con entrambos ciego,
Blason de lo soberano
El furor de lo violento.
Ernesto Pleysi dejó
Tratado mi casamiento,
Cuando pasó á los cantones
Con una hija suya.
Port. ¡Cielos, *ap.*
Muerto he quedado!
Cárl. Y aunque á ella

Rigores solo y desprecios
Debo, pues los precio tanto
Que imagino que los debo...
Port. Alentemos, corazon. *ap.*
Carr. Hombre, deten el resuello,
Que le habias dado en la nuca.
Cárl. Con tan reverente afecto
La idolatré, que á un pintor
Llevando, porque cogiendo
Sus perfecciones á hurto
Aquel simulacro bello
Hiciese, que por los ojos
Bebiese mi entendimiento.
Con solo un retrato suyo
Me quedé, que supo diestro
Al ruido de la esperanza
Embelesar mis deseos.
Este es aquel que en Dorlan
Perdí; ya sabes que fueron
Tales entonces mis ansias,
Y tan raros mis estremos,
Que ofrecí por su rescate,
No tan solo cuantos medios
Tuviese, mas tambien cuantos
Esperase, reduciendo
Lo adquirido, lo esperado
Y lo posible á su precio;
Siendo tanto lo que cabe
Del hombre en el pensamiento,
Que el poder de la fortuna
Mas derramado en los premios,
Podia tal vez agotarlos,
Mas nunca satisfacerlos.
Volvió Ernesto, y cuando yo
Esperaba del concierto
La conclusion, quiso el conde,
Por gala ó por devanco,
Servirla, de mi fiando
Su cuidado; mas yo atento
Le respondí, en el estado
Que se hallaba de mi empleo
La esperanza desde entonces
Se opuso á mi vida fiero.
¿Qué empresa de gran señor,
Digna de un alto concepto,
Fué quitarme á mí el honor?
¿Ni qué vanidad supuesto,
Que cuanto es mas gran señor,
Se descubre mas; pues vemos,
Que el que no hace lo que debe,
Es acreedor de sí mesmo,
Que jamas cobra de sí
Lo que á sí se está debiendo?
Por el suceso de aquella
Noche, me llevaron preso
A una torre, donde en fin
Al rigor del hado adverso
Me ví á muerte condenado,
Sobre un fingido pretesto
De política, intentando
Apasionado el consejo,
Que el vengar mi ofensa fuese
Perderle al rey el respeto.
Mas se le pierde el ministro,
Que ajando el poder supremo,
La autoridad real humana
A sus pasiones, sirviendo
Como él quiere, y quizá solo
Para los casos mal hechos.
Mas yo, limando con oro
Los guardas, en un ligero
Bruto escapé, cuando de un
Riesgo salí á mayor riesgo;
Pues Renolt y sus parciales
En venganza me siguieron
De su injuria, y al caballo
Alcanzando el uno de ellos,
Le dió un balazo; de suerte,
Que desbocado, corriendo
Chocó en un tronco, quedando
Del golpe y la herida muerto,
Y yo á tus plantas rendido.
Ea, generoso Tello,
Mi cólera y tu valor
A la faccion aunemos
De vengarme: vive Dios,
Que ha de ver el conde fiero
Cuánto pierde de su fama,
Quien pierde un hombre de esfuerzo.
En el honor me ha ofendido;
Y si en su honor no me vengo,
No siendo igual el agravio,
No es igual el desempeño.
El crédito ha de perder
El conde en Francia, si puedo;
Pues yo para Francia ya
Eternamente le pierdo.
No mas Francia: patria ingrata,
Tú conocerás el yerro
Que cometes, en dejar
Que me pierda, no oponiendo
Contra las iras del conde
Todo el poder de mis deudos.
Aliéntense pues tus iras,
Consuma voraz el fuego
A Amiens, y sea á su opulencia
Tumba la region del viento.
Para esta campaña hay
Tantas municiones dentro,
Que hoy es la plaza un tesoro
Militar de todo el reino.
El rey en persona quiere

Con sus victorias soberbio
Entrar en Flándes, á cuyo
Motivo va disponiendo
El mariscal de Viron
Dos ejércitos tan gruesos,
Que anegar puede el tumulto,
Antes que mate el acero.
España no tiene fuerzas
Para estorbar los progresos
De esta campaña, en que Francia
De su poder echa el resto:
Pues tú solo has de librar
A Flándes, que sorprendiendo
A Amiens, con las municiones
De guerra y boca, que han hecho
Allí almacenar, les quitas
De la campaña los medios.
Por este camino solo,
Todo el poder destruyendo
De los ejércitos grandes,
Que si les falta el sustento,
Tantos son los enemigos,
Cuantos soldados en ellos
Hubiere; y mas, asentado
Que para formarse el cuerpo
De un ejército, es el vientre
El que se forma primero.
No hay guarnicion de soldados,
Que nunca la consintieron
Los burgeses, alegando
Heredados privilegios:
Y así, ellos mismos defienden
Esta plaza; á cuyo efecto
Se alistan veinte mil hombres,
Repartidos en sus gremios,
Y toda gente adiestrada
En el militar manejo.
Pero en la puerta, que llaman
De Monte-Curne, hay un puesto
Donde está el cuerpo de guardia,
Y estando ahora tan lejos
De sospechar enemigos
En la campaña, no habiendo
Ejército, los soldados
Se suelen entrar al fuego
De una casilla vecina,
Donde las iras del cierzo
Reparan, por ser aquí
Tan rigoroso el invierno,
Que siempre agua condensada
En copos inunda el viento:
Por esta puedes entrar,
Que yo á llevarte me ofrezco
Seguro al muro; y así
Conseguirémos á un tiempo,
Yo venganzas, tú blasones;
Porque si ofendido veo
Perdido mi honor, cuanto es
Mejor perder el esfuerzo,
Que la paciencia, y mas bien
Vengando, que no sufriendo.
Port. A descansar le llevad
Vosotros ahora, que luego,
Que yo á Dorlan con la gente
Vuelva, de espacio hablarémos.
(*Sale un soldado.*)
Sold. Hasta Amiens hemos seguido.
Esa tropa; pero puestos
En fuga, ninguno pudo
Llegar á reconocerlos.
Port. Bien está: Cárlos, á Dios.
Cárl. El quiera, que este veneno
Del alma, infestando á Francia,
Deje sin ofensa el pecho. (*Vase.*)
Franc. ¿Porqué, señor, respondiste
Al frances con tal despego,
Sin darte por entendido
En nada, de cuan á tiempo
Su ausilio viene?
Carr. ¿Estuviste
Oyéndole circunspecto,
Sin moverte á nada? no
Fias de él?
Port. Pluguiese al cielo
No nos creyésemos nunca,
Carrasco, de mal contentos
De Francia.
Carr. ¿Porqué?
Port. Porque
Se reconcilian tan presto
Como se enojaron; pues
Siendo tan fácil su genio
En perdonar y ofender,
Lo que conseguido habemos,
Es perder en sus socorros
Tiempo, ocasion y dinero,
Y luego ellos ajustarse,
Dejándonos descubiertos.
Y van allá á revelar
Todo lo que acá supieron.
Yo no he de fiarme de él,
Pues si él hace este despecho,
Enojado de que el conde
Dirigiese sus obsequios
A Serafina, ¿qué hará
Despues conmigo, que pienso
Quitársela á él, al conde,
A Francia y al mundo entero?
Carr. Eso me concluye.
Franc. Una
Por una, lo cierto es cierto;
Pues desde la noche, que

De Amiens volviste, primero
Que me enviases á Bruselas,
Me mandaste ir encubierto
A examinar de la plaza
La situacion, el terreno,
Fortificacion, defensas,
Municiones y pertrechos;
Y lo mismo que él te ha dicho
De la puerta, el indefenso
Cuerpo de guardia, y las otras
Cosas que ha contado, fueron
Las mismas que conté yo,
Y Ortiz, las veces que ha vuelto,
Ha convenido en lo mismo.
Port. Francisco, en lances como estos
Se ha de usar del enemigo,
Como los médicos diestros
Usan del veneno, para
Que lleve el medicamento
Al corazon, donde simpre
Se va el tósigo derecho,
Echando el veneno en poca
Cantidad, que á no saberlo
Usar con recato, fuera
Mayor peligro el remedio.
Del enemigo se fie,
Pero poco y con recelo;
Porque no hay destreza, como
Alambicando á un sugeto,
Saber separar lo malo,
Y valerse de lo bueno.
Hoy con la órden de su alteza,
Despachar propios pretendo
A Condé, Cales, Bapama
Y la Capela; y ordeno,
Que de aquellas guarniciones,
Ramos y destacamentos,
Hasta el número que pido,
Marchen aquí de secreto.
Quien piensa temeridades,
Ha de perder todo el miedo
A la razon y al discurso,
Huir del entendimiento.
Si á Fernan Cortés hubiera
Salido mal el intento
De prender á Motezuma,
Dijéramos que era necio,
Loco, temerario y hombre
De toda razon ageno;
Salióle bien, la fama
Le ha colocado en su templo;
Que empresas grandes no caben,
Sino es en los grandes pechos,
Y son las temeridades
Su mas terrible argumento;
Porque no las califica
La razon, sino el suceso.
Atended ahora la órden,
Que en mi empresa doy; pues creo,
Si el intento se consigue,
Dejar al mundo un ejemplo
De hasta donde llega el garbo
De no estar en un empeño,
A los ojos de una dama
Desairado un caballero.
Francisco del Arco, tú
Y otros doce compañeros,
Los hombres de mas valor,
Que se hallan entre los nuestros,
En el trage de paisanos
Habeis de ir á Amiens, vendiendo
Frutas para su consumo,
Como villanos groseros,
Que andan en este pais,
Con unos sacos de lienzo
Hasta los piés, con que pueden
Debajo de él ir cubiertos
Los puñales y pistolas,
Que den á la accion aliento.
Fabricarémos un carro
De los mas robustos leños,
Donde á la madera fuerte
Vistan cortezas de hierro,
Que resistan el rastrillo.
Tú, Carrasco, has de ir rigiendo
Los caballos.
Carr. Vive Dios.
Port. ¿Cómo replicas, soberbio,
Así á mis preceptos?
Carr. Antes
Desde ahora los obedezco,
Que en empezando á votar,
Empiezo á ser carretero.
Port. Tú has de llevar este carro
A entrar en la plaza lleno
De paja para su abasto,
Porque no solo con esto
Las planchas de hierro cubra
Pero pueda llevar dentro
Mosquetes y partesanas
Y espadas que tomen presto
Francisco y los suyos, cuando
Los pidiere el caso.
Carr. ¿Y luego?
Port. Este es el órden que os doy,
Que lo demas no revelo
Hasta su ocasion.
Carr. Pues ea,
Señor, vengamos al cuento,
Que si en la ocasion me miro,
Y si del carro me apeo,
Han de saber, que nacidos

Me vinieron los reniegos.
Franc. Si han de ser doce los mios,
Yo voy, señor, á escogerlos
En todos los reformados.
Carr. Vive Dios, que hay mosquetero,
Que sabrá...
Port. No, no, Francisco,
A reformados me atengo;
Que en estos casos la honra
Es otra parte de esfuerzo.
Franc. Pues marchemos á Dorlan.
Port. Pues á la plaza marchemos.
Carr. Pues á hacer el carro vamos,
Donde verás lo que ruedo.
Franc. A disfrazarme.
Port. A vencer.
Franc. A dar triunfos.
Carr. A echar ternos.
Port. Y yo á ofrecerla á las plantas
De mi monarca supremo,
Para que la fama diga,
Que consiguió este trofeo
Por su rey y por su dama
Hernando Portocarrero.

ESCENA VI.

Decoracion de sala.

MADAMA, SERAFINA Y LAS CRIADAS, CON LUCES.

Ser. Yo quedo bien advertida,
Señora, ó desengañada,
De no dar jamas entrada
A las dichas de esta vida,
Donde tengan acogida
Tan dentro del pensamiento,
Que con proceder violento,
Nos traigan en cambio injusto,
Si al adquirirlas un gusto,
Al perderlas un tormento
Ricas copas, que adquirió
Cotis de cristal, con fiera
Saña, antes que las rompiera
Otro, él mismo las rompió;
Porque tanto se agradó
De ellas, que antes que el contento
Hiciese en el alma asiento,
Pedazos las hizo injusto,
Para no poner su gusto
Donde se le rompa el viento.
Yo así, señora, debí
Hacerme esta tiranía,
Cuando para dicha mia
Os trajo la suerte aquí:
El alma toda os rendí,
Y mi fortuna severa
Os ausenta de manera,
Que en la pena que resisto,
Diera por no haberos visto,
Cuanto antes por veros diera.
Mad. Guárdete Dios, Serafina,
Que yo tan gustosa voy
De haber visto junta hoy
Con tu hermosura divina
Tu discrecion peregrina,
Que aunque el dolor no resisto
De ausentarme, pues conquisto
Esto, daré de esta suerte
Todo el pesar de no verte,
De albricias de haberte visto.
El conde se ha de volver
A Perona, á gobernar
La provincia allí, y á estar
Mas quieto á mi parecer;
Que su humor no puede ser
Para estar ni residir
Donde intenten resistir
Su imperio, si llega á ver,
Que aun no saca en el vencer
La costa de competir.
No te he dado el parabien,
Por las cosas que pasaron,
De lo bien que se emplearon
Descuidos de tu desden.
Ser. ¿Pues en quién, señora?
Mad. ¿En quién?
Ser. ¿Si por el conde diria? *ap.*
Mad. En alguna bizarría,
Que en la gala que llevaba
Yo como tuya buscaba,
Y la encontré como mia.
Ser. Por quien lo decis no sé.
Mad. Tu secreto hacer codicia
Un agravio á mi malicia;
Y si entonces lo callé,
No fué porque lo ignoré,
Pues yo le hablé, y yo le ví,
Y solo te pido aquí,
Por nuestra amistad estrecha,
Que no desmientas sospecha,
Que me está tan bien á mí.
Ser. No alcanzo yo en duda igual,
Sino es lo que presumí,
Que haya sospechas de mí,
Que á vos esten bien, ni mal;
Y si la sospecha es tal,
Como pensamos las dos,
Creed, señora, por Dios,
De mi altivez y desden,
Que lo que á mí me esté bien,
No os estará mal á vos.

Flora. Su alteza y el potestad
Llegan.

ESCENA VII.

DICHOS, EL CONDE, Y ERNESTO.

Ern. Si os he merecido
Favor, á vuestro rendido
Las plantas, señora dad:
Bien que de mi voluntad
Estaréis reconocida,
Que siente con alma y vida,
Que sea mi veneracion
De este obsequio la ocasion,
El de vuestra despedida.
Conde. Yo, señor Ernesto, intento
Mañana volver mi casa
A Perona, así porque
La prevencion acabada
Tengo aquí de cuantas cosas
Prevenir el rey me manda,
Como porque á Amiens muy presto
En ejecucion la marcha
Pondrá el duque mariscal
De Viron, á cuya causa,
Estorbar la concurrencia
Intento, por circunstancias
Del mando y las regalías,
Que entre nosotros se guardan.
Muy agasajado voy
De vos: mas siento en el alma,
Que hubiese dado ocasion
Aquella tema pasada,
Para escaparse Hernan Tello
De en medio de nuestras armas;
Accion, que será imposible
Sin nuestra ofensa acordarla:
Solo quiero preveniros,
Que pues dentro de esta plaza
Presidió no recibis,
Viva con mas vigilancia
Vuestro recato; pues tengo
Alguna luz de que traza
Hernan Tello, convocando
De todas estas comarcas
Las guarniciones, alguna
Correría, pues no halla
Mi congetura, qué empresa
Puede moverle á juntarlas,
Si no es esta: y advertid,
Que teneis muy mal guardadas
Las espaldas con traidores.
Ern. ¿Pues quién son?
Conde. Si yo alcanzára
A saber eso, antes fuera
El furor que la amenaza:
Dígolo, porque imposible
Es que Cárlos se escapára
De la prision, sin que aquí
Le alentasen.
Ern. Por si habla *ap.*
Con la sospecha, de que
Por estar capitulada
Con él mi hija, yo pude
Darle á su fuga las alas,
Le responderé: creed,
Que el oro lima las guardas,
Y á intereses de soldados
Persuade con eficacia,
Y que á no ser esto, en Cárlos
Un escarmiento quedára,
Aunque Renolt mejoró.
Conde. Yo me he de partir mañana;
Mas permitid, que una cosa
Diga, que quizás por clara
No os gustará.
Ern. Vuestra alteza
Disgustar no puede en nada
A quien nunca de su gusto
Saldrá.
Conde. Si fuera monarca,
Vive Dios, que no tuviera
De mi imperio en la distancia
Vasallos con privilegios,
Y que antes los conquistára.
Ern. ¡Ah, señor, y cómo creo,
Que la altivez os engaña!
Conde. ¿Yo habia de tener vasallos,
Que al poder real embarazan
La magestad absoluta?
Ern. Los vasallos no le atajan
Al rey el poder, sino
La razon que tienen, para
Que el poder se ajuste á ella;
Y así, advertir que se llama
Imperfeccion del poder,
Poder hacer cosas malas;
Y ha de obedecerse á sí
Primero aquel, que á otros manda,
Para que así con su ejemplo
Consecuencia á todos haga.
Conde. Del político problema
Dejemos aquí doblada
La hoja, que yo espero en Dios,
En la corona de Francia,
Ver á Amiens sin privilegios.
Ern. De lo futuro no alcanza
La astrología sino
Unas vislumbres lejanas;
Y así la cuestion dejemos,
Que pues ya la noche baja,
Seña, contraseña y nombre

Repartiréis en las guardias,
Pues aun estais esta noche
Dentro de Amiens: hija, á casa
Vamos. (*Vase.*)
Mad. Serafina, á Dios. (*Vase.*)
Conde. ¡Ay, hermosura tirana! *ap.*
Solo siento que en la ausencia
Que mi amor emprender trata,
Yo mismo de mis ofensas
Doy á tu rigor venganza. (*Vase.*)
Ser. ¡Ay, español, que me tiene
Tan neutral esta esperanza,
Que sin pensar en creerla,
Me consuelo con dudarla!

ESCENA VIII.

Campo frente de las murallas de Amiens.

SALEN AL SON DE CAJAS Y CLARINES PORTOCARRERO, ARMADO, CON SU PETO Y ESPALDAR, BOTAS Y ESPUELAS, DETRAS FRANCISCO DEL ARCO Y OTROS SOLDADOS DE VILLANOS, COMO HAN PINTADO LOS VERSOS, CON UNOS SACOS DE NUECES Y MANZANAS, Y CARRASCO DE CARRETERO, CON SU LATIGO, CARLOS Y ORTIZ VESTIDOS DE SOLDADOS, Y SOLDADOS.

Port. ¿Habeis ya entendido el órden?
Carr. Sin discreparle palabra.
Franc. Fia de nuestro denuedo,
Que yo y estos camaradas;
Con la industria prevenida,
Apenas la puerta abran,
Cuando se la ganaremos.
Ortiz. Si á nuestro esfuerzo se encarga,
Verá el sol antes que dore
Las cumbres de las montañas,
O nuestras vidas perdidas,
O sus defensas ganadas.
Port. Pues ya estamos á la mira,
Cese el rumor de las cajas,
Y el ruido de los clarines,
Que con dulces consonancias
Son pájaros de metal,
Que hacen á la aurora salva;
Y puesto que nos hallamos
A vista de las murallas,
Quede la caballería
Oculta en la enmarañada
Espesura, que á la vista
Es padrastro de esmeralda,
Que yo con doscientos hombres
(Que españoles estos bastan)
Me emboscaré en esa ermita,
Que está á la puerta cercana;
Porque en poniendo de frente
Los hombres que solo alcanzan
A cubrir su vuelo, unas
Filas á otras filas tapan,
Y en línea recta bien puede,
Aun despues que Apolo salga,
La ermita ocultar á todos;
Porque en estando ganada.
La puerta acuda con ellos
A mantenerla y guardarla.
Carr. Yo vengo tan disfrazado,
Que al verme con esta traza,
No dirán sino que soy
Carretero de la Mancha:
Ya en esa emboscada tengo
El carro lleno de paja:
¿Qué habemos de hacer con él?
Port. Tú á tiempo que rompa el alba
Tantas azules cortinas
A transportines de nácar,
Al ir á entrar por la puerta
Los caballos desenlaza
Del tiro, con aquel muelle
Que artificioso los ata;
Y fingiendo entonces que ellos
Desbocados se disparan,
Has de procurar que quede
Parado el carro en la entrada
De la puerta; de tal modo,
Que cuando el rastrillo caiga,
Quede suspenso en lo fuerte
De las ruedas y las tablas:
Que no habiendo allí caballos
Que tiren de él, cosa es clara
Que no es fácil apartarle;
Y mas si entonces las armas
Juegan Francisco y los suyos;
Pues acudiendo mi saña
Con la poca infantería
Que allí se queda abocada
En la ermita, entrar podremos
Sin que inconveniente haya
Por debajo de las ruedas;
Y si la puerta se gana
En cuanto yo la defiendo,
Tú, Francisco, con tu escuadra
Has de subir al torreon
Que corona la muralla,
Y levantar el rastrillo;
Porque pueda entrar formada
La caballería que
Detras de este bosque aguarda,
Y de allí la artillería
Volveréis contra la plaza;
Porque si esta no se toma,

Segura la retirada
Tengamos allí al abrigo
De sus bombas y sus balas.
Estos seiscientos caballos
Desde el bosque en grupa traigan
Otros seiscientos infantes,
Que en dos cuerpos se repartan,
Echando pié á tierra, en tanto
Que estos con esfuerzo hagan
Tiempo hasta que llegue el grueso
Que tiene por retaguardia;
Pues cogiéndolos dormidos,
Y entrando por calles varias
Gruesos cuerpos de mi gente
Aclamando viva España,
El susto y la turbacion
Tengo por cosa asentada,
Que ni les dará lugar
A defensa ni á ventaja,
Ni á ver los pocos que somos
Para una empresa tan alta.
Pero por vida del rey,
Que si alguno se desmanda
A pillage ó saco, en tanto
Que no esté ya asegurada
La plaza, y cruzado el viento
Con las católicas aspas,
Le he de quitar yo la vida;
Porque otro alivio no hallan
Empresas como estas, cuando
Por acaso ó por desgracia
No pueden ser conseguidas,
Que haber sido bien pensadas.
Y Dios nos dé esta victoria,
Que en empresas temerarias,
El modo de conseguirlas,
Es el no considerarlas.

Franc. Sí hará, confianza en Dios,
Supuesto que te acompañan
Mas de seiscientos caballos
Entre bridas y corazas,
Y dos mil infantes.

Ortiz. ¿Y es
Como quiera la distancia
A veinte mil hombres que
Dentro puden tomar armas?

Franc. ¿Qué importa, si son burgeses?

Carr. No andemos en pataratas,
Los muchos siempre son muchos,
Aunque sean unos mandrias;
¿Pero usted qué lleva?

Franc. Nueces,
Que les han de salir caras.

Carr. El capitan de las nueces
Me parece que te llaman
Ya en Flándes, y que por eso
Dirá en adagios la fama
Que el ruido es mas que las nueces.

Port. Amigos, ya el dia raya:
A su puesto cada uno,
Que de mirar tan cercana
La dicha ó desdicha, todo
El pecho se sobresalta.

Cárl. Con mi espada y mi persona
Te sirvo contra mi patria;
Y si he callado, es porque
En ocasion tan bizarra,
Donde están prontas las obras,
Ociosas son las palabras.

Port. Amigos, nuestro es el dia.

Franc. A ejecutar lo que mandas
Voy: ea, amigos, valor.

Todos. Verás tu empresa lograda,
O hemos de morir contigo.

Cárl. Hoy se logró mi venganza.

Carr. Hoy el carro me ha cogido,
Si sale la industria mala.

Port. Hoy es el dia en que ciño
De laurel mis esperanzas.

ESCENA IX.

SALE UN SARGENTO FRANCES, RICARTE Y SOLDADOS FRANCESES, Y VAN PONIENDO EN EL CUERPO DE GUARDIA ALABARDAS, Y MOSQUETES, Y TOCA UN CLARIN.

Sarg. Puesto que á romper el nombre
Hace seña la alboreada,
Venga, que al abrir la puerta
He de entregarle la guardia.

Ric. Mala vida es ser soldado,
Yo mejor sirviendo estaba
A Cárlos.

Sarg. ¿Qué es lo que dice?

Ric. Que no le replico nada,
Seo sargento, que á ser posta
Vengo yo como una bala.

Sarg. En el cuerpo de guardia ahora
Vaya poniendo las armas:
¿Ha centinela del muro?
¿Ha del muro?

(*Sale un soldado en lo alto.*)

Sold. ¿Quién me llama?

Sarg. Ved si para abrir la puerta
Segura está la campaña.

Sold. Solo en ella se divisan
Unos villanos que aguardan
Para entrar con bastimento.

Ric. Yo cobraré mi pitanza. (*Vase.*)

Sarg. Pues yo voy á abrir las puertas.

Ric. El señor sargento vaya,
Que yo hago aquí centinela.

ESCENA X.

DESCUBRESE LA PUERTA, Y SALEN EL SARGENTO, FRANCISCO Y SU GENTE.

Sarg. Buenos dias, gente honrada.
Franc. Su merced los tenga buenos.
Ortiz. Y Dios le dé buena pascua.
Todos. Loado sea Dios.
Sarg. ¿Qué traen
Aquí?
Franc. Nueces y manzanas
A vender.
Sarg. ¿Serán muy buenas?
Franc. Sí, como no salgan vanas.
Ortiz. Tome su merced con tiento,
Que con su trabajo gana
De comer un pobre hombre
Dando gritos por las plazas.
Ric. Podrida es esta.
Franc. Carrasco *ap.*
Mucho con el carro tarda.
Sarg. Buena fortuna han tenido
En entrar su hacienda salva
Hasta aquí, porque españoles
Dicen que en la tierra andan.
Franc. ¡Ay, señor, si nos cogieran!
Ortiz. ¡Qué gente tan desalmada!
Carr. (*dent.*). Só, caballos del demonio.
Sarg. ¿Qué es esto?
Ric. Un carro de paja que
Entra por la puerta.
Carr. ¡Oh, todos
Los demonios os lleváran!
Só, caballos de un ladron.
Ric. Si son vuestros, camarada.
Franc. Bueno va, pues debajo
Del rastrillo el carro para.
Sarg. Hombre, anda con ese carro,
Que la puerta embarazada
Tienes.
Carr. ¿Cómo quiere usted
Que ande, si se me disparan
Con mas de seis mil demonios
Los caballos ó las hacas?
Sarg. Ande, y sea como fuere.
Carr. Seo sargento, brava, brava,
¿Sin caballos ha de andar?
Sarg. Ande, ó vive Dios, que haga
Con esta alabarda puerta
Todo su pecho.
Carr. Fanfarria.
Sarg. ¿De dónde eres, ó quién eres?
Carr. Pues, hombre, ¿acaso te casas
Conmigo, que eso preguntas?
Sarg. Vive Dios, si no mirára...
Carr. Ves aquí, que ya no miras.
(*Dispara Carrasco una pistola, cae el sargento, y los españoles echan mano á las armas del carro y del cuerpo de guardia, cae el rastrillo, y quédase sobre el carro.*)
Sarg. Muerto soy.
Franc. Ea, camaradas:
A ellos.
Unos. Traicion, traicion.
Otros. Al rastrillo, á la muralla.
Franc. Ya cayó el rastrillo, pero
Detenido con las tablas
Del carro, á los españoles
Entrada dejan.
Todos. Arma, arma. (*Cajas.*)
(*Salen por debajo del carro Portocarrero y los suyos.*)
Port. Pues ya se empezó el ataque,
Y la puerta está ganada,
A defenderla, españoles:
Ese rastrillo levanta,
Francisco, entrarán por ella
Los caballos que se avanzan.
Sold. Ya se levantó el rastrillo.
Port. La accion mas desesperada
Es defender esta puerta.
Sold. Ya entran todos.
Todos. Arma, arma. (*Cajas.*)
(*Éntranse acuchillando, y salen el conde y Ernesto.*)
Conde. ¿Que es esto, Ernesto?
Ern. Señor,
Que la ciudad ocupada
De españoles está.
Conde. ¿Cómo?
Yo sabré recuperarla,
Muriendo.
Ern. Ya es imposible,
Pues de las calles y plazas
Son dueños; mejor será
Que vuestra alteza se vaya.
Conde. ¿Cómo es posible que yo,
Dejando dentro á madama,
Me ausente?
Ern. Como es mejor
Salir, para rescatarla
Vos, que el quedar los dos presos.
Conde. Si eso aconsejan las canas,
No el valor; y vive Dios,
Pues el caso os desengaña,
De que vuestros fueron son
De vuestra pérdida causa;
Pues si soldados hubiera,
Nunca la empresa lográran:
Que yo me retiraré,

*****

Mas será mi retirada,
Saliendo con los que pueda
Del batallon de mis guardias,
Espada en mano, y á ellos,
Que en fin lidiando se salva,
Aunque sin provecho lidie,
El provecho y la desgracia;
Y si á madama me dejo,
Es por volver á cobrarla
Juntamente con Amiens,
Con todo el poder de Francia.

ESCENA XI.

SALEN POR UN LADO LOS ESPAÑOLES, Y POR OTRO LAS DAMAS.

Nise. Pidámosle buen cuartel.
Todas. Vuestra clemencia nos valga.
Port. Nadie ofenderos procura,
Que nunca contra las damas
Los españoles aceros
Cortan.
(*Sale Francisco del Arco.*)
Franc. Ya toda está llana
La ciudad á tu obediencia;
Pues que de ella el conde falta,
Que espada en mano rompiendo
Cuantos batallones halla,
Salió de la plaza.
(*Sale Cárlos.*)
Cárl. Donde
Se malogró mi venganza,
No pudiéndole alcanzar.
Port. Antes de pasar á nada,
Lo primero es, que una escolta
Sirviendo vaya á madama
Hasta dejarla en Perona,
Que no quiero disgustarla,
En que esté del señor conde
Solo un instante apartada.
Mad. Aunque estimo, como es justo,
Hidalguía tan bizarra,
No me he de partir tan presto,
Que no deje ejecutadas
Vuestras bodas, siendo yo
Madrina; y pues ignorancia
Fuera, viendo esta fineza,
Estrañar por quien se haga,
Yo haré con Ernesto, que
Tenga por bien empleada
La mano de Serafina
En vos.
Cárl. Cielos, ya sin alma
Vivo. *ap.*
Port. Yo solo procuro,
Pues que vos sabeis mis ansias,
Y mi palabra he cumplido,
Que me cumpla su palabra.
Ser. Sí haré, si mi padre gusta.
Ern. Y yo estoy á vuestras plantas
En albricias.
Port. Cárlos, vuelve
A Dorlan, de aquí te aparta,
Que no quiero que conmigo
Lo que con el conde hagas,
Ni que tu retrato busques,
Pues en mi poder se halla.
Cárl. Armas dí contra mí mismo.
Todos. Y aquí tiene fin la hazaña,
Que hizo el famoso Hernan Tello
Por su rey y por su dama.

DON ANTONIO DE SOLIS.

Don Nicolas Antonio supone que nació Solis en la ciudad de Plasencia, año de 1609, pero consta que nació en Alcalá en 1610 : sus padres fueron don Juan Gerónimo de Solis, y doña Mariana Ribadeneira. Se sabe tambien que compuso á los 17 años su primera comedia titulada *Amor y obligacion.*

Sirvió don Antonio Solis de secretario al conde de Oropesa, siendo virey de los reinos de Navarra y Valencia. Acompañando á este personage cuando fué promovido á la presidencia del consejo de las órdenes, logró con su proteccion y con la fama que le habian adquirido ya sus composiciones dramáticas, que el rey le honrase con los empleos de secretario suyo y oficial de la secretaría de estado.

Sucedió en el de cronista mayor de Indias, bajo el gobierno de la reina madre de Cárlos II, á don Antonio de Leon Pinelo, y por ejercicio de este empleo escribió su celebrada *Historia de la Conquista de Méjico*, libro que aunque calificado por algunos de poemà en prosa, no dejará por eso de ser siempre una obra clásica en nuestra literatura.

A los cincuenta y uno de su edad abrazó el estado eclesiástico abandonando desde entonces totalmente el culto de la poesía dramática, y falleció en Madrid á 19 de abril de 1686. Está enterrado en la iglesia de San Bernardo.

Solis es el último poeta dramático de fama correspondiente á lo que puede llamarse el verdadero antiguo teatro español, que termina con el siglo XVII, pues aunque Zamora y Cañizares alcanzaron el reinado de Cárlos II, fué ya tan á fines que debemos colocarlos entre los escritores del siglo XVIII. Solis es el último representante de esa magnífica escuela fundada por Lope de Vega, elevada por Calderon al apogeo de su grandeza, y sostenida por tantos insignes poetas. Una literatura que con tanta gloria habia vivido, no debia morir en manos vulgares.

EL AMOR AL USO.

Si hay ingenios desgraciados, sin merecerlo, en punto á celebridad, como Alarcon, hay otros cuya celebridad es muy superior á la que realmente merecen : — esto es aplicable en nuestra opinion á Solis, considerado como poeta dramático. Solis tiene generalmente no menos fama como escritor de comedias que como autor de la *Historia de la Conquista de Méjico*, y sin embargo ¡cuánto mas grande es como cronista que como poeta dramático! En primer lugar casi ninguno de los argumentos de sus comedias le pertenece legítimamente, y ademas, es notorio que rara vez deja de quedarse inferior á su modelo, pues ni aun en *la Gitanilla de Madrid* igualó á Montalvan, de quien tomó el asunto, los personages y hasta escenas enteras. Solis, considerado como poeta dramático, tiene mas juicio que verdadero genio : la misma comedia del *Amor al uso* que pasa con razon por la mejor de las suyas, está muy lejos de revelar un ingenio creador.

Ya dijimos en el exámen de la comedia *Mañanas de abril y mayo* de Calderon, que los caractéres de don Hipólito y doña Clara inspiraron probablemente á Solis el asunto del *Amor al uso*. Es de presumir que el autor hizo en esta comedia una pintura fiel de las costumbres de su tiempo y sobre todo de un achaque que siempre ha sido comun en hombres y mugeres, pero que al parecer hubo de serlo mas en aquella época ; y aunque estas pinturas fieles de la naturaleza tienen siempre mucho mérito, seria de desear que estuviese mejor desenvuelto el verdadero objeto que se propuso el poeta. Su estilo es siempre castizo y bello, y no se puede negar que esta comedia, á pesar de algunos lunares entre los cuales el mas esencial es no verse en ella un objeto moral bien decidido, es digna de la mucha aceptacion de que siempre ha gozado y de los aplausos que

todavía consigue en nuestro teatro, por poco que los actores se esmeren en su desempeño.

Aunque Solis deliró tanto como el que mas en sus comedias heróicas, se conoce sin embargo que tenia sus pretensiones de poeta clásico, como se entiende en el dia esta palabra, y que procuraba en lo posible acercarse á las tres famosas unidades. Sus comedias por lo general son mas arregladas que las de nuestro antiguo teatro, y alguna vez él mismo tiene cuidado de advertirnos que no se toma mas tiempo para su accion del que se dignan conceder los preceptistas con tanta parsimonia como si cada cuarto de hora que otorgan se le quitasen á ellos de vida. En la *Gitanilla de Madrid* dice uno de los actores:

¿Para qué me habrá llamado
Su prima? no hay entenderlo
Pero errára en no saberlo
Por si importare al cuidado
De mi amigo. ¿Quién creeria
Sino es que se lo dijese
La esperiencia, que trajese
Tantos acasos *un dia?* .

Decir esto equivale á pedir un aplauso por la habilidad.

Muy celebrada es tambien la comedia del mismo autor titulada *Un bobo hace ciento*, pero su argumento es demasiado complicado y no poco inverosímil.

Tomas Corneille imitó *el Amor al uso* en su comedia *l'Amour à la mode.*

PERSONAS.

DON GASPAR.
DON GARGIA.
DON DIEGO.
DON MENDO, viejo.
ORTUÑO, gracioso.
MARTIN, criado.
DOÑA CLARA.
DOÑA ISABEL.
JUANA, INES, } criadas.

La escena es en Madrid.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de calle.

DON GASPAR Y ORTUÑO POR UNA PARTE, Y DON DIEGO Y MARTIN POR OTRA.

Diego. ¿Viste á doña Clara bella?
Gasp. ¿Viste á doña Clara? di.
Mart. Digo, señor, que la ví.
Ort. Digo que estuve con ella.
Diego. ¿Cómo admitió mi cuidado?
Gasp. ¿Fué mi cuidado admitido?
Mart. Quiérete de lo perdido.
Ort. Quiérete de lo apretado.
Diego. Vive en mi pecho adorada
Su hermosura.
Gasp. A lo que entiendo
De tres que hoy estoy queriendo
Es la menos engañada.
Diego. ¿Y á mi papel respondió?
Gasp. ¿Y respondió á mi papel?
Mart. Esta es la respuesta de él.
Ort. Esta respuesta me dió.
(*Da un papel, cada uno á su amo.*)
Gasp. Que pagase la escribí,
El amor que la tenia.
Diego. No creo la dicha mia;
Dice así, pues.
Gasp. Dice así.
(*Lee don Diego, mientras lee don Gaspar.*)
(*Don Gaspar leyendo.*)
« Señor don Gaspar, decidme,
« De que vos seais mi amante,
« ¿Qué culpa he tenido yo,
« Que, quereis que yo os lo pague?
« ¿Paga quereis? ciertamente
« Que yo soy tan ignorante,
« Que juzgué que merecia
« Que me quisiesen de balde;
« Pero ya que ha de haber paga,
« Poned el precio tratable,
« Que muy caro y muy amado
« Lo dijeron nuestros padres.

« Decidme en lo que estimais
« Vuestros suspiros constantes,
« Aunque en lo poco que cuestan,
« Se ve lo poco que valen.
« Para amante de palacio
» Era bueno ese corage,
« Donde han de esperar un siglo
« Sin esperar un instante.
« Templad la cólera, pues,
« Para el papel de adelante,
« Si no quereis encontrar
« Mas apriesa el Dios os guarde. »
Diego. ¡ Hay muger tan desigual!
Nunca tal donaire ví;
¿ Pero aquel que viene allí
No es don Gaspar? ¿ Don Gaspar?
Gasp. ¿ Don Diego?
Diego. Siempre que os veo
Deseo llegar á hablaros,
Y en cuantos pueden trataros
Es este comun deseo;
Porque el gusto con que hablais,
El garbo con que sentis,
Lo sutil que discurris,
Y lo bizarro que obrais,
Os han hecho merecer
De gran cortesano el nombre.
Gasp. Vos me haceis merced. Este hombre *ap.*
O es necio, ó me ha menester.
Diego. Yo he menester, don Gaspar...
Gasp. Miren si lo dije. *ap.*
Diego. Que hoy,
De un raro empeño en que estoy,
Me venga á desempeñar
Vuestro ingenio.
Gasp. Bien podeis
Seguramente mandarme.
Diego. Volveis de nuevo á empeñarme
Con la merced que me haceis.
Sabed, pues, que á cierta dama,
Que ardor procurado ha sido,
Porque mi pecho encendido
Arde en invisible llama,
Escribí ayer un papel,
Pidiendo de mi cuidado
El premio, y ese criado
Me trae la respuesta de él;
Son versos, yo entiendo de esto,
Lo que sabeis, don Gaspar,
Pues nunca supe pasar
Lo ignorante por modesto;
Y así he menester que vos
A este papel respondais.
Gasp. Haré lo que me mandais.
Diego. Yo os buscaré.
Gasp. A Dios.
Diego. A Dios.

ESCENA II.

DON GASPAR Y ORTUÑO.

Ort. ¡ Qué escuches este veleta,
Y le ofrezcas responder!
¡ Versos para otro has de hacer,
Que es peor que ser poeta!
Escriba á su dama, en fin,
Cualquiera que de ella alcance,
Que por ver un buen romance
Sabrá hacer un mal latin:
¿ Mas con agena muger
Gastar propia discrecion?
¿ Yo he de poner la razon,
Y el otro la ha de tener?
¿ No es bobería de prueba
Y de las bien acabadas,
El que tú la persuadas
Para que el otro la mueva?
Gasp. Dices bien, mas si don Diego
Hermano de Isabel es,
Que es la una de las tres
Que hoy estoy queriendo ciego;
Y si tiene tal fortuna,
Que pared en medio posa
De mi doña Clara hermosa,
Que es tambien de tres la una,
Considera si es en vano,
Que yo quiera complacer
A un hombre que he menester
Por vecino, y por hermano.
Ort. Eso sí, no se dé paso
Sin intencion, que si ves
Boba la fortuna, es
Porque lo hace todo acaso.
Gasp. No has dicho mal.
Ort. ¿ Por ventura,
Aunque tú eres tan famoso
En esto de lo gracioso,
No sabes que eres mi hechura?
Gasp. Veamos lo que dice aquí
Esta dama; que quizá
Para hacer reir será
Mejor que tú: dice así:
« Señor don Diego, decidme.
« De que vos seais mi amante,
« ¿ Qué culpa he tenido yo,
« Que, quereis que yo os lo pague?
« ¿ Paga quereis? ciertamente
« Que yo soy tan ignorante... »
¿ Qué es esto?
Ort. Aguarda, ¿ no es eso
Lo que leiste denantes?

Gasp. Lo mismo, y de doña Clara
La letra : ¡ hay mas raro lance !
Ort. ¿ Qué dices ?
Gasp. Lo que has oido.
Es lo cierto.
Ort. Luego hace
A dos luces, ¿ y te viene
A tí mutatis mutandis ?
Gasp. ¡ Estraño suceso ha sido !
Ort. Déjame, sin enojarte,
Soltar una carcajada,
Que me estorba en el gaznate.
Gasp. A mí, ríete, por cierto,
Que yo propongo ayudarte.
Ort. Ven acá, ¿ para qué finges
Que no sientes los pesares,
Si entre aquel esfuerzo mismo
Con que escondes el corage ;
Se reconoce que son
Los zelos rabiosos canes,
Que te están mordiendo el pecho,
Y te halagan el semblante ?
Gasp. Mira : verdad es que ha sido
Esta causa muy bastante
Para que cualquiera bobo
Dijera sus pocos de ayes ;
¿ Pero tú no me conoces,
No sabes mi humor, no sabes
Que me quiero, que me adoro
Y no gusto de matarme ?
¿ Yo he de sentir á mis solas
De amor los necios achaques ?
La hermosura, solo es buena
Para cuando está delante :
Fuera de que este papel
No tiene considerable
Favor, y esta dama mezcla
Lo honrado con lo galante,
Y es en ella lo esparcido
Seña de lo incontrastable.
Ort. Lo que yo sé es, que la Clara
Es clara, y habla en romance ;
Y si he de decir verdad,
Viendo el papel en dos partes,
La quisiera preguntar,
A cuantos traslados hace.
Gasp. Escriba á los que quisiere,
Esto pudiera enfadarme,
Si yo no tuviera otra
Dama que me despeñase.
¿ Porqué piensas que no puede
Ser de sola una amante
Un hombre ? porque en riñendo
No hay que hacer y se deshace.
Nunca ha de haber un cuidado
Solo, que pueda ensancharse
Sin estorbo, mejor es
Que con otro se embarace,
Que un cuidado ha muerto ó muchos,
Y muchos no han muerto á nadie :
Porque es cierto, aunque los muchos
La imaginacion barajen,
Que no hacen una mortal
Muchas culpas veniales.
Yo, por lo menos, Ortuño,
Si tengo de hablar verdades,
Cuando en una parte estoy
Rendido, y me dan pesares,
Voime á otra parte ; que á mí
El amor mas penetrante,
Solamente de esta suerte
Me pasa de parte á parte.
Ort. ¿ Sabes lo que digo ?
Gasp. ¿ Qué ?
Ort. Que sin duda, de eso nace
El decirse en Madrid, que eres
Persona de muchas partes ;
Pero gracioso has estado,
No se te niegue, que sabes
El chiste, y yo por lo menos
Me entretengo de escucharte.
Gasp. ¿ Bufon, piérdesme el respeto ?
Ort. Deja lo amo á una parte,
Que preciarse de muy amo
Solo á un vizconde le tañe,
Y vamos al caso ; al fin,
¿ Con quién has de despicarte ?
Gasp. Con Isabel.
Ort. Harás bien,
Que por cierto que es un ángel,
Y hará lo mismo que estotra,
Cuando tú menos te cates.
Gasp. Isabel es muy atenta,
Y no vive de pesares
Como estotra, solo tiene
Una tacha muy notable.
Ort. ¿ Cuál es ?
Gasp. Que me quiere mucho.
Ort. ¿ Y esa es tacha ?
Gasp. De las grandes ;
Mira, yo no aconsejára,
Aquí que no nos oye nadie,
Que tuviera satisfecho
Ninguna dama á su amante ;
Que en banquetes y en amores,
En mugeres y en manjares,
No hay desde estar satisfecho
A estar harto, dos instantes.

ESCENA III.

DICHOS, DON GARCIA Y UN CRIADO.

Garc. Ve, Fabio, á lo que te digo,
Y si á don Gaspar hallares,
Dile, que en anocheciendo,
En la Vitoria me aguarde.
Criado. Yo voy; ¿pero no es aquel
Don Gaspar?
Garc. Dicha fué hallarle:
Ve á lo demas. ¿Don Gaspar?
(*Vase el criado.*)
Gasp. Don García, Dios os guarde.
Garc. Rato ha que os ando á buscar.
Gasp. ¿Pues qué teneis que mandarme?
Garc. Todo el pecho he de fiaros;
Mi amigo sois, escuchadme.
Bien sabeis que ha pocos dias,
Que despues de varios lances
De mi fortuna, volví
A Madrid, porque mis padres,
Por algunas conveniencias,
Trataron de desposarme
Con una dama, á quien yo,
Aunque es su belleza grande,
No me inclino. Débame *ap.*
Doña Clara, el que yo calle
Su nombre, cuando confieso,
Que no gusto de casarme.
Tambien os dije, que yo,
De otra hermosura era amante,
Tan rara, como imposible.
Gasp. Fueron palabras formales,
Por señas, que yo intenté
Saber la dama, y mudasteis
Plática, desaliñando
Todas mis curiosidades.
Garc. Pues, ya, amigo don Gapar,
Está el caso de tal arte,
Que es fuerza que le sepais.
Gasp. Estaba por no escucharle;
Pero decid.
Garc. Pues sabed,
Que la que adoro constante,
Y por quien hoy no me caso,
Es doña Isabel de Chaves.
Gasp. ¿Doña Isabel?
Ort. Bueno es esto, *ap.*
Guerra, otra dama le sale.
Garc. ¿Pues qué os admirais?
Gasp. Me admiro
De ver lo que ponderasteis
Lo imposible.
Garc. ¿No sabeis,
Que el que me obligó á ausentarme
De esta corte, fué don Diego
Su hermano, por los pesares
Antiguos, y que aun entonces
Se dieron medios bastantes
Para el pundonor? No sé
Si los admitió el corage.
Gasp. Bien sé que sois enemigos,
Y el don Diego no hà un instante
Que estuvo conmigo aquí,
Pero á las dificultades
No las llameis imposibles.
Garc. Para el amor todo es fácil.
Sabed, pues, que aquesta noche
Entró en su casa algo tarde,
Y como no es bizarría
Esponerme á algun desaire,
Por no despreciar el riesgo
De vos quiero acompañarme.
Valíme de una criada, *ap.*
Mas no quiero confesarle,
Que es mi amor tan despreciado
Que de estos medios se vale.
¿Qué me decis?
Gasp. Que os iré
Sirviendo.
Garc. Pues al instante
Que anochezca os buscaré.
Gasp. En casa estoy.
Garc. Dios os guarde.

ESCENA IV.

DICHOS, MENOS DON GARCIA.

Ort. Oye ucé, señor, ¿no es esta
La dama quita pesares?
¿No es la atenta? ¿no es la fina?
Por vida de quien se harte,
Pues estaba satisfecho,
Y han pasado dos instantes,
Comerá.
Gasp. Ya empezarás
A decir mil disparates.
Ort. Dí ahora que no lo sientes.
Gasp. ¿Qué he de sentir, ignorante?
Ort. Que en las heridas de amor
Te están echando vinagre.
Gasp. Ortuño, á menos mugeres,
Mas ganancia.
Ort. Esos refranes
Son de viejos, que no pueden,
Y echan la culpa al que saben.
Y bien, ¿qué piensas hacer?
En efecto, ¿ha de quedarse
De este modo?
Gasp. Que con ellas
Verásme ciego; verásme

Interrumpida la accion,
Y las voces desiguales,
Quejarme sin sentir mas
Que la gana de quejarme;
Y en tanto que esto se logra,
Porque no entren los pesares
A tomar mas posesion,
Irme otro rato á otra parte.
Ort. Plegue á Dios que á camas tres,
No haya enfermo.
Gasp. En esta calle
Ha de vivir.
Ort. ¿Quién es esta
Que quieres sin darme parte?
Gasp. Ha pocos dias, Ortuño,
Que la hablé, bajando al parque,
Y la vine acompañando:
Es pícara de buen arte,
Poco porte, buen despejo,
Bien prendida, no mal talle,
Y es mejor el hacer hora,
Que es cosa muy importante.
Ort. Tienes en eso buen gusto;
Pero ahora no la hables.
Gasp. ¿Porqué?
Ort. Porque está ocupada,
Yo lo sé.
Gasp. ¿De qué lo sabes?
Ort. De que á tí te dice mal,
Y no importará mudarte:
Pide tabur otra suerte,
Y no pidas otro naipe.
Gasp. Ya á la casa hemos llegado:
Entra, pues, en ella, y sabe
Si puedo entrar.
Ort. ¿Cuál de aquestas
Es la casa?
Gasp. Aquella grande.
Ort. ¿Y en qué cuarto?
Gasp. En el postrero,
Que cae hácia esotra calle.
Ort. Ven acá ¿y cómo se llama?
Gasp. Doña Juana.
Ort. ¿Juana? tate,
¿No es una moza trigueña,
Que tiene los ojos grandes,
Y canta un poco?
Gasp. La misma.
Ort. Pues usted pase adelante.
Gasp. Anda loco.
Ort. Vive Cristo,
Que si en tí no he de vengarme,
Porque no es fácil, señor,
En ella sí, porque es fácil.
Gasp. ¿Pues quién es esta?
Ort. Mi moza.
Gasp. ¿Qué dices?
Ort. Lo que escuchaste.
Gasp. Pues esto, ¿qué importa?
Ort. ¿Cómo?
No hagamos de esto donaire,
Que aunque es tuyo mi respeto,
Mi respeto no es de nadie;
Fuera de que esta mañana
Ha salido á acomodarse
Con una ama que ha buscado:
Con que yo no puedo darle
El plato de Talavera,
Sino de medio mogate:
No me ha avisado la casa,
Aunque quedó en avisarme;
Y así, ni aun yo sabré de ella:
No hay sino echar otro lance,
Pues eres tan infeliz,
Que ni aun á las tres hallaste
La vencida.
Gasp. ¿Y eso llamas
Ser infeliz, ignorante?
Solo es dichoso en mugeres
Aquel de quien caso no hacen.
Ort. Bien te consuelas.
Gasp. No es eso,
Sino apurar las verdades.
Decia un hombre cortesano,
Que el llamar en cualquier lance
A la casa de la dama,
No es accion que puede errarse,
Porque hace lo que yo quiero,
Si acaso la puerta me abre,
Y si no me abre la puerta,
Lo que me conviene hace.
Ort. ¿Sabes, señor, lo que digo?
La Clara escribe á otro amante,
La Isabel habla de noche,
Y Juana es mia, pues date
A otro oficio, porque aqueste
Tiene muchos oficiales.
Gasp. Ven, Ortuño, que verás
Rendidas las voluntades
De la Clara, la Isabel
Y la Juana, á pocos lances,
Con solo que yo recete
A la Clara unos pesares,
A la Isabel unos zelos,
Y á la Juana unos reales.
Ort. Anda, que si esta mañana
Con tres damas madrugaste,
Tres te faltan para tres,
Y aun no ha llegado la tarde.

ESCENA V.

Decoracion de campo.

DOÑA ISABEL É INES CON MANTOS, Y DON GARCIA.

Garc. Bella Isabel, dueño mio.
Isab. Yo no he de pasar de aquí,
Si no os quedais.
Garc. No es en mí
El seguiros, albedrío,
En vuestro propio desvío
Está la dulce violencia,
Que arrastra mi resistencia
Con oculta mano; pues
Vuestro el imperio es,
¿Cómo estrañais mi obediencia?
Errando mis pasos van,
Pero errando con disculpa,
Que el yerro no tiene culpa
Del impulso del iman.
Airados, señora, están
Conmigo esos ojos bellos,
¿Mas quién podrá obedecellos,
Si hasta llegar á mirarlos
Causan hechizo en amarlos,
Con la lisonja de vellos?
Salir de ese coche os ví,
Dando tan nuevos verdores
A este campo, que en sus flores
Presuma que os conocí:
Sin eleccion os seguí,
Si juzgais que hubo eleccion
En tan voluntaria accion,
Obra fué de esa beldad,
El parecer voluntad
Lo que ha sido sujecion.
Isab. Dejad, señor don Garcia,
Tan mal fundada fineza,
Que deslucis la firmeza,
Con visos de la porfía.
Público este sitio es,
Y á costa de mi opinion,
No es bien que vuestra aficion
Solicite su interes;
Que el vulgo siempre se inclina
A juzgar con cierta fe,
Y le parece que ve
Aun aquello que imagina;
Y así, la que ha de cuidar
De sí, en nada ha de esceder,
Supuesto que está el creer
Tan cerca del sospechar:
Demas, que si estais tratado
De casar con doña Clara,
Cuya belleza es tan rara
Como lo habeis ponderado,
No os admireis de que esté
Hoy mi rigor tan estraño,
Ni busqueis mas desengaño,
Que saber que yo lo sé.
Garc. Señora, pues lo sabeis,
Sabed que aunque se trató,
Lo estoy resistiendo yo
Por vuestro amor.
Isab. Mal haceis,
Que todo lo habreis perdido.
Garc. Mas quiero vuestro rigor,
Señora, que su favor;
Demas que ella no ha admitido
La plática.
Isab. A Dios pluguiera, *ap.*
Que no me hiciera el pesar
De admitir á don Gaspar,
Y á todo el mundo admitiera.
Dejad, pues, de acompañarme,
Que esa dama no es mi amiga,
Y no quiero que se diga,
Que os admito por vengarme.
Garc. Señora, si yo perdí
La libertad.
Isab. Que os quedeis
Os suplico.
Garc. Mal podreis.
Isab. Yo no he de pasar de aquí
Si no os quedais, don Garcia.
Garc. Mis afectos estorbais.
Isab. Haciendo un pesar me estais,
Que ya toca en grosería.

ESCENA VI.

DICHOS, DOÑA CLARA Y JUANA.

Clara. Bueno está el campo.
Juana. Los dias
De sol está muy ameno,
De humanos árboles, siempre
Leganitos.
Clara. Dame luego
Esos papeles, si acaso (*dáselos.*)
Yo no me acordáre de ellos,
Que por no perder el campo,
No me detuve á leerlos.
Juana. ¿Tanto cuidado, señora,
Te deben sus pobres dueños,
Que han menester mi memoria
Para hablar tu pensamiento?
Clara. Como ha poco que me sirves,
Se te hará intratable y nuevo
El modo con que yo trato
Este animal imperfecto

Del hombre, cuyos engaños,
Dobleces, y fingimientos,
Estoy por decir que son
Aun mayores que los nuestros;
¿Mas no es aquel don García?
Juana. ¿Es alguno de los dueños
De estos papeles?
Clara. No, Juana;
Pero es otro, á quien mis deudos
Tratan de casar conmigo;
Y ella es Isabel: ¡qué bueno!
Tambien las atentas hablan.
Garc. Allí á doña Clara veo, *ap.*
Pesárame si me ha visto.
Isab. Otra vez á decir vuelvo,
Que no he de pasar de aquí,
Don García.
Garc. Ya me quedo.
Isab. Quedaos, pues. ¿Mas doña Clara *ap.*
No es esta? aunque se ha encubierto,
La he conocido: sin duda,
Que me obedeció por eso
Tan apriesa don García;
Pues no le valdrá.
Garc. Aunque pierdo
La fortuna de seguiros,
Logré la de obedeceros.
Isab. Hame obligado de suerte
Veros tan cortes y atento,
Que os permito que conmigo
Vengais hasta el coche.
Garc. Aquesto *ap.*
Es peor.
Isab. Tanta fineza,
Bien merece tanto premio:
Venid.
Garc. Esto es ya preciso. *ap.*
Isab. De entrambos así me vengo. *ap.*
Clara. Anda, Juana, y no te pares,
Que me ha cansado este necio.
(*Van pasando por delante tapadas.*)
Isab. ¡Qué vana!
Clara. ¡Qué presumida!
Isab. ¡Si me ha conocido!
Clara. Pienso
Que no me vió.
Isab. ¿Don García?
Garc. ¿Señora?
Isab. Hasta aquí está bueno,
Ya os podeis quedar.
Garc. Ahora
Perdonadme, que no quiero.
Isab. ¡Qué sabroso queda el brazo
Despues de un tiro bien hecho!

ESCENA VII.

DOÑA CLARA Y JUANA.

Juana. ¿No me dirás quién es esta?
Clara. ¿Fuéronse ya?
Juana. Ya se fueron.
Clara. Pues esta, Juana, es la dama
De mas raro encogimiento,
La santa de nuestro barrio,
Y aquella con cuyos hechos
Nos predican nuestras madres
Cada dia los ejemplos.
Juana. ¿Quieres dejar que mis uñas
Se regalen en su gesto,
O que le diga á su moño
Algunas cosas á pelo?
Clara. Yo te prometo, que en tales
Ocasiones echo menos
El ser una de vosotras,
Que dais en cualquier suceso
A entender vuestra razon,
Obrando, y no discurriendo,
Porque es mucho mas bizarro
En toda la ley del duelo,
Tener ingenio en las manos
Que manos en el ingenio.
Juana. La razon no quiere fuerza,
Dice un refran, y es un necio,
Que con fuerza una puñada
Tiene cosas de argumento,
Y así es mayor la razon
De quien arguye mas recio.
Clara. Dame agora estos papeles,
Por si con ellos divierto
Este enfado.
Juana. ¿Pues tú quieres
A este hombre?
Clara. Yo no quiero
A ninguno, que eso, amiga,
Es ya cosa de otro tiempo;
Pero aunque nunca se quiera,
Enfadan estos sucesos,
Que no tiene la hermosura
Otro caudal que estos necios;
Y así, cualquiera que falte,
Aunque en el número de ellos
Parezca que está demas,
Se siente por uno menos.
Juana. Dices bien, que cero es nada,
Y con otros monta el cero,
Mas bien hay en que escoger,
Que agora, á lo que yo veo,
Dos son los de los papeles,
Y este novio es el tercero;
Que es un oficio muy propio

De los novios de este tiempo.
Clara. Aunque esta mañana, Juana,
Entraste en mi cuarto, quiero
Decirte lo que me pasa,
Que despues has de saberlo,
Y fiándotelo ahora,
Te ha de obligar al secreto.
Hoy, Juana, tan desvalida
Estoy de amor, que no tengo
Sino es solo tres galanes:
¿De quién se ha contado esto?
El uno es este que has visto,
Don García de Cisneros,
Que muy atento á otra dama,
Se toma, aun de antes de serlo,
Posesiones de marido,
Con licencias de grosero.
El segundo es un hermano
De esta enfadosa, don Diego
De Chaves, galan brioso,
Y entendido caballero;
Pero es hombre tan de veras,
Tan finísimo y atento,
Que parece de otro siglo,
Y en vez de amor pone miedo.
El tercero, amiga, es,
Un don Gaspar de Toledo.
Juana. ¿Don Gaspar?
Clara. ¿Pues le conoces?
Juana. Alguna noticia tengo
De él. Si supiera que á mí *ap.*
Me galantea muy tierno,
Desde el dia que en el parque
Me siguió; pero callemos.
Clara. Pues es un mozo que tiene
Muchas prendas, muy de aquello
Que hoy se usa, fresco chiste,
Buen gusto, florido ingenio;
Pórtase lucidamente,
Escribe muy buenos versos,
No estimándolos en mucho,
Que es la disculpa de hacerlos;
Y en fin, á mí me parece
De suerte, que algun afecto
Me mereciera, á no ser
Incapaz de amor mi pecho;
Pero yo tengo hecho voto
De no enamorarme, y pienso
Redimir mi libertad
De este ocioso cautiverio,
Donde no hay otras prisiones,
Que las de los propios yerros:
País neutral del amor
Soy entre todos aquestos
Príncipes devotos; Clara
Me llaman, y lo parezco,
Porque al modo de Venecia
Mi neutralidad conservo;
El que mejor me estuviere
Será mi esposo, su tiempo
Se va llegando, no es bien
Que se apresure el deseo,
Pues le basta su malicia
Al dia del casamiento;
Pero vaya de papeles,
Que gana de saber tengo
Lo que aquestos dos galanes
Me responden á uno mesmo.
Juana. ¿Cómo á uno?
Clara. Porque yo
Escribí á uno, y volviendo
Al otro, ví que venia
Bien á entrambos un contesto:
Y así trasladé el papel,
Envié al uno primero
El original, y al otro
Remití un traslado luego,
Tocado al original;
Porque llevase con esto
Las mismas gracias, y entrambos
Ganasen el jubileo.
Abro, pues, el uno, escucha:
Este, Juana, es don Diego;
Para el otro te convido,
Que es de don Gaspar.
Juana. Son versos.
Clara. Versos son: habilidad es
Que hasta hoy nos ha encubierto.
Juana. Para el gasto de su casa
Cualquiera escribe.
Clara. Yo leo.
« Alma airada está contigo: »
No me escribe á mí este necio;
Al alma, sin duda, escribe
Algun papel de su cuerpo.
« Clori, porque deseais. »
(Qué de veras, y que en ello)
« Agrádamela y no vais, »
(Halladísimo grosero)
« Donde quiera el enemigo: »
Ya me cansa, ya lo dejo;
Ten allá: el de don Gaspar
Leamos, que estará lleno
De agudezas cortesanas;
Yo aseguro antes de verlo,
Que vendrá bien diferente
El segundo del primero.
« Alma airada está contigo... »
Aguarda, Juana, ¿qué es esto?
Juana. Todos hablan con el alma.
« Clori, porque este es mesmo. »
Aguarda, veré yo esotro,

Mientras tú le vas leyendo.
« Alma airada está contigo,
« Clori, porque deseais,
« Agrádamela, y no vais
« Donde quiera el enemigo;
« De parte del alma os digo,
« Que esteis con ella cobarde,
« Advirtiendo, que mas tarde
« Al premio habeis de aspirar,
« Si no quereis encontrar
« Mas aprisa el Dios os guarde. »
Es lo mismo, ello por ello;
Con su original concuerda
El traslado.
Clara. Absorta quedo;
Ellos se han comunicado
Sin duda todo el suceso.
Juana. Traslado se dan las partes,
Ordinario se hace el pleito.
Clara. Déjame.
Juana. Dime, señora,
¿Cuál papel es mas discreto?
¿No vino bien diferente
El segundo del primero?
Clara. Ven, Juana, que la venganza
Yo la cargaré á mi ingenio;
¿Pero no es mi padre aquel
Que hácia acá se acerca?
Juana. El mesmo,
Y con él, si no me engaño,
Viene don Gaspar.
Clara. ¿Qué es esto?
¿Mi padre con don Gaspar?
¡Oh quien hallára algun medio
Para hablarle!
Juana. Ven, señora,
Que es fuerza que sienta vernos
En este sitio.
Clara. Tú, Juana,
Te queda aquí, pues no hay riesgo
De que te conozca á tí,
Habiendo tan poco tiempo
Que estás en casa, y si puedes
Detente, que yo me llego
Hácia el coche, mientras pasa
Mi padre, y al punto vuelvo. (*Vase.*)
Juana. Anda, y descuida: no es malo
Cometerme que haga tercio
Con el mismo que me está.
Solicitando muy tierno.

ESCENA VIII.

DON MENDO, DON GASPAR y JUANA.

Mendo. Esto, señor don Gaspar,
Como de paso, os advierto,
Porque despues no os quejeis
Si os habláre menos cuerdo.
Doña Clara está tratada
De casar, vuestros deseos
Se notan ya, el honor limpio
Se empaña con el aliento,
Yo lo he llegado á saber,
Tócame el poner remedio;
Pues ahora discurrid
Allá para con vos mesmo,
Si esta atencion es de honrado,
O prolijidad de viejo.
Gasp. Que yo asisto á vuestra calle,
Es verdad, señor don Mendo;
¿Pero no sabeis que es ella
De otras hermosuras centro?
Mendo. Bien sé que otros imaginan,
Que asisten vuestros deseos
A doña Isabel de Chaves,
Que vive pared en medio
De mi casa.
Gasp. Y aun entrambas *ap.*
Yo, señor, nunca confieso
Estas cosas.
Mendo. No negarlas
Suele bastar; yo suspendo
Mi juicio, y vuelvo á deciros,
Sin determinado intento,
De malicia, ó de advertencia,
Que soy Castro, y aunque viejo,
Esta sangre no es de aquellas
Que declinan con el tiempo.

ESCENA IX.

DICHOS, MENOS DON MENDO.

Gasp. ¡Qué graciosa prevencion
Para mi humor!
Juana. ¿Caballero?
Gasp. ¿Quién es?
Juana. Una muger soy,
¿No me veis?
Gasp. ¿Como he de veros,
(¡No parece mala moza!) *ap.*
Si es vuestro manto tan necio,
Que entre dos que bien se quieren
Se pone?
Juana. ¿Ya nos queremos?
¡Cierto que no le he sentido!
Gasp. Ni yo tampoco lo siento;
Pero dicen los poetas,
Que suele entrarse en el pecho,
Sin que se sienta, el amor;
Y si es de ese modo esto,
Quizá nos querremos bien
Sin saber que nos queremos;

Fuera de que es la hermosura,
Aun en el manto, avariento...
Juana. No digais mas, que ya sé,
Que pecais de lisonjero,
Embaidor y mentiroso.
Gasp. Como de estas cosas peco;
Pero pues teneis mis señas,
Sepa yo por quien me pierdo.
Juana. ¿Quereislo ver?
Gasp. ¿Lo dudais?
Juana. ¡Miradlo bien!
Gasp. Bien lo veo.
Juana. Pues yo soy. (*destápase.*)
Gasp. ¿Mi Juana hermosa?
No en vano estaba mi pecho
Tan hallado.
Juana. Las lisonjas
Dejad, que á traeros vengo
Un recado.
Gasp. ¿Tú, recado?
¿De quién es?
Juana. Del dueño vuestro.
Gasp. Será tuyo.
Juana. Ello dirá,
Escúchame muy atento:
Mi señora doña Clara
De Castro...
Gasp. Ya te entiendo;
¿Has averiguado algo?
Anda, no me pidas zelos
De Clara, que ya pasó:
Lo que no ha sido en tu tiempo,
Pícara hermosa, no puede
Agraviarte.

ESCENA X.

DICHOS, Y ORTUÑO AL PAÑO.

Ort. ¿Qué es aquesto?
¡Por Dios que me está mi amo
Endureciendo el cabello!
Pues si es mi cabeza, ¿cómo
Está de su parte el pelo?
Esto pasa ya de raya.
Aquí de todo mi ingenio:
Señor, señor. (*Llega alborotado.*)
Gasp. ¿Que me quieres?
Juana. Ortuño: ¡válgame el cielo!
¡Si me vió!
Ort. Aprisa.
Gasp. ¿Qué dices?
Acaba ya.
Ort. ¡Vengo muerto!
Hácia las cruces ahora
Desafiados salieron:
¿No los viste?
Gasp. ¿Quién, borracho?
Ort. ¿Quién? Don García y don Diego.
Gasp. ¿Qué dices?
Ort. ¿No sabes ya
Que son enemigos?
Gap. Cierto,
Que lo he temido, anda aprisa;
Juana mia, luego vuelvo,
No te me vayas de aquí,
Que mucho que hablar tenemos,
Ven, Ortuño.
(*Hace que se va don Gaspar.*)
Ort. Si él traspone...
Gasp. ¿Te quedabas?
Ort. No, por cierto.
Gasp. Ven delante.
Ort. Soy lacayo;
Detras voy bien.
Gasp. Acabemos.
Ort. Pícara, infame, ¿amos quieres?
Ponerte con amo ofrezco.

ESCENA XI.

JUANA.

Fácil disculpa tendré
Yo con Ortuño, en sabiendo
Que es mi ama doña Clara,
Y ahora á buscarla vuelvo,
Que tarda ya ¡fuego, amen,
En los hombres de este tiempo!

ESCENA XII.

DOÑA CLARA POR OTRA PARTE.

¡Que hubiese de detenerse
Mi padre en el paso mesmo;
De suerte que me ha obligado
A volver aquí, torciendo
El camino en este sitio!
Pero ya, ni á Juana veo,
Ni á don Gaspar.

ESCENA XIII.

DOÑA CLARA, DON GASPAR Y ORTUÑO.

Gasp. ¡Yo nó digo,
Qué estás borracho!
Ort. Esto es cierto:
Irlos ví. Si se habrá ido, *ap.*
Juana ya... por Dios eterno,
Que está la infame aguardando.
Gasp. Si don García, muy tierno,
Va con una dama ahora
Por ese campo, ¿á qué efecto

Fué la hazañería?
Ort. ¡Así
Se guardarán los conejos!
Gasp. Apártate tú entre tanto,
Que á hablar esta dama vuelvo.
Ort. Bien sé yo que no hablará, *ap.*
Sabiendo que yo la veo.
Gasp. Mi bien, ¿he tardado mucho?
¡O cuánto gusto me has hecho
En haberme aquí aguardado!
Clara. ¿Cómo llega tan contento, *ap.*
Cuando entendí que enojado
Llegára?
Gasp. Acaba, dejemos
Los enojos, pues conoces
Que te adoro.
Clara. ¿Qué es aquesto? *ap.*
Ort. ¡Cómo mira! bien sé yo *ap.*
Que callará como un muerto.
Gasp. Cuando me llamó este loco
Estaba, amiga, diciendo,
Que es verdad que á doña Clara
Quise bien en otro tiempo,
Mas ya no la puedo ver. [los! *ap.*
Clara. ¡Qué es esto que escucho, cie-
Ort. Miren ustedes si calla: *ap.*
Yo sé lo que en ella tengo.
Gasp. ¿La conoces por tu vida?
¿No es cansada por aquello
De la presuncion? ¿no mata
Aquel desvanecimiento?
Clara. Muerta estoy, no sé que hacer. *ap.*
Gasp. ¿No me respondes? ¿qué es esto?
¿Ahora el rostro me encubres?
Quita el manto; mas yo llego,
Que con damas de tu porte
No es delito lo grosero;
Deja, picara... señora,
(*Descúbrela, y se turba.*)
Pues vos...
Clara. Yo, pues.
Ort. ¿Cómo es esto?
Doña Clara es, vive Cristo:
Echóme á perder los zelos.
Gasp. Señora...
Clara. Aquí importa mucho *ap.*
Esforzar el sentimiento.
Gasp. Sabe el cielo...
Clara. No me toca
Saber lo que sabe el cielo;
Lo que me toca es, deciros,
Que este es el lance postrero
De este amor: ya, don Gaspar,
Se rindió mi sufrimiento,
Ya estoy resuelta á salir
De este laberinto estrecho,
En que intentaron prenderme
Nuestros engaños; y viendo
Que la ceguedad de amor
No está en ser los ojos ciegos,
Sino en faltarles la luz
Que ha menester el objeto;
A soplos de mis suspiros
Encender ahora pretendo
La luz de mi desengaño
En el fuego de mis zelos,
Para que cobren mis ojos
Lo que mis pasos perdieron;
Y cual suele el caminante
Ir temiendo, con pié incierto,
En noche tempestuosa,
Para cada paso un riesgo,
Y por no fiar turbado
La senda á su desacierto,
La mísera luz desea
Del relámpago violento,
Aunque ha de venir mezclada
Con lo temido del trueno;
Así yo, en esta confusa
Ceguedad de mis afectos,
Sin accion la oscuridad
De mi discurso penetro;
Y por no errar el camino
Que busca el entendimiento,
La temerosa vislumbre
Del desengaño agradezco;
Porque viene envuelto en ella
El honor del escarmiento.
Gasp. Tened, y antes que se apague
De este desengaño vuestro
La luz en ella, leed
Dos papeles que hoy vinieron
A mi mano; sino es ya
Que la apagueis por no verlos,
O por hacer que mis ojos
Pierdan la luz que adquirieron,
Que como aquel animal,
Que en el breve firmamento
De su frente es el carbunclo
Estrella, cuyos reflejos
Conducen al cazador,
Ambiciosamente atento,
Y luego ingenioso cala
El oscuro sobrecejo,
Deslumbrándole la luz,
Que le alumbraba primero;
Así vos, que en vuestra mano
Llevais el esplendor bello
De la luz del desengaño,
Cuando yo á ella me acerco,
Me la escondeis ingeniosa,
Dejándome así mas ciego;

Porque cuando miro el daño,
Con aquestos rayos mesmos
Que me alumbra la sospecha,
Me deslumbrais el recelo.
Clara. Vos me llegasteis á hablar
Por otra.
Gasp. Vos á don Diego
Escribisteis.
Clara. A mí misma,
Que me estais aborreciendo
Me habeis dicho.
Gasp. A otro y á mí
Escribis un papel mesmo.
Clara. Si le escribí, fué por solo
Apurar vuestro secreto,
Que temia que los dos
Os comunicabais necios
Vuestro amor, y así intenté
Saberlo por este medio;
Porque siendo esto verdad,
Nada importaba perderos.
Gasp. Pues si yo os hablé tapada,
No fué por no conoceros,
Que bien supe que erais vos;
Mas con aquel fingimiento
Inútil, quiero venganza
Tomar de vuestros desprecios,
Porque sepais lo que dais
La vez que me diereis zelos.
Clara. No es disculpa.
Gasp. Ni la vuestra
Lo es tampoco.
Clara. Pues dejemos
Por entrambos este amor.
Gasp. Yo á dejarle estoy resuelto
Eso sí: no mas pesares.
Clara. Eso sí: no mas despechos: *ap.*
Fin habian de tener
Tan ociosos devaneos.
Gasp. ¡Cómo fundados en vos,
Pudieran durar mas tiempo!
Clara. No sabreis vivir sin mí.
Gasp. Nadie por eso se ha muerto.
Clara. Pues no me volvais á ver.
Gasp. ¿Yo veros?
Clara. Dadme de hacerlo
La mano.
Gasp. No hay para qué,
Sin la mano os lo prometo.
Clara. ¡Gustoso vais!
Gasp. Sois ingrata.
Clara. Pues á Dios.
Gasp. Guárdeos el cielo.
Clara. Pensará quien esto viere, *ap.*
Que es grande mi sentimiento;
Mas yo, no porque me duele,
Porque me importa, me quejo.
(*Hace que se va.*)
Gasp. Pensará quien esto oyere, *ap.*
Que estoy rabiando de zelos,
Pero yo siempre lo digo
Mucho mejor que lo siento.
Clara. ¿No os vais?
Gasp. En el campo estoy.
Clara. En el campo estais, mas quiero
Que el campo quede por mio.
Gasp. Por mí ya queda por vuestro.
Ort. Quien no los oye á los dos,
Cada uno está creyendo,
Que engaña al otro, y entrambos
Pueden volverse el dinero.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Sala en casa de don Gaspar.

DON GASPAR Y ORTUÑO.

Gasp. ¿Qué estraña melancolía
Es esta, Ortuño?
Ort. ¡Ah señor!
¡Quién tuviera tu alegría!
Gasp. ¿Pues qué tienes?
Ort. Tengo honor,
Especie de hipocondría.
Gasp. ¿Pues no sabremos porqué
Te afliges; que andas ageno
De tí mismo?
Ort. No lo sé:
Dime, señor, algo bueno,
Quizá me divertiré.
Gasp. Yo pienso, al mirarte así,
Que estás quejoso de mí,
Porque sirvo á Juana bella.
Ort. Mucho mas me quejo de ella,
Porque se sirve de tí.
Gasp. ¿No echas de ver, pecador,
Que yo con llegarla á amar,
Te califico el amor?
Ort. Parécesme muy seglar
Para calificador;
Y aunque es mucha honra, en fin,
Que tú adores su belleza,
Tengo la salud tan ruin,
Que me dan en la cabeza
Jaquecas de Medellin:
Tierno está tu amor, señor,
De acabado de nacer,

Torcerse podrá mejor.
Gasp. No es mas fácil de torcer
Cuanto mas tierno el amor;
Cuando el amor ha durado
Se tuerce mas fácilmente,
Porque en la lid de un cuidado,
Aquel será mas valiente,
Que estuviere mas cansado.
Ort. ¿De suerte, que la darás
Cuando se canse tu amor?
Gasp. Entonces la gozarás
Sin riesgo.
Ort. Entonces, señor,
Darla á un criado podrás,
Que á mi me tiene enfadado,
Ver que á tal estremo pasa
La vanidad que la has dado,
Que la infame, ni aun la casa,
Donde vive, me ha avisado.
Gasp. Pícaro, si á Juana ves
Casi tu ama en mi amor,
Ese modo no es de hablar.
Ort. Perdona, pensé era despues,
Mas ya que sufro el pesar,
Déjame admirar, por Dios,
De que á tres quieras amar,
Siendo tantas dos.
Gasp. Con dos,
¿Quién hay que pueda pasar?
Allá en la edad que solia
Bastaban dos; mas hoy dia,
¿Quién sin su dama primera,
Su segunda, y su tercera,
Compone su compañía?
Y así, aunque hoy están quejosas,
De mi tres damas hermosas,
Clara hace el primer papel,
El segundo hace Isabel,
Y Juana hace las graciosas.
Ort. ¡Buena está la compañía!
Hasme hecho reir de gana,
Con toda la pena mia:
Eres sazonado, envia
Por un vestido mañana;
¿En fin, Juana ha de hacer
Graciosas?
Gasp. Hale cabido
Esa parte.
Ort. Es menester
Hacerla muy buen partido,
Porque partido ha de ser.
Gasp. Bien está, de eso te deja,
Acaba lo que empezaste
A decir: ¿en fin, hablaste
A Isabela por la reja
De su casa?
Ort. Sí señor,
Ella me llamó al pasar
Y empezóme á preguntar;
Pero aun falta lo mejor.
Gasp. Ya te escucho atentamente.
Ort. Dirélo de buena gana.
¿Y cuanto darás á Juana
El dia que represente?
Gasp. No te diviertas, acaba.
Ort. Díjela, pues muy fruncido
Que tú habias ya sabido
Que don Garcia la hablaba,
Y que andabas del pesar
Tan meláncolico y triste,
Que era grima.
Gasp. Bien hiciste.
Ort. ¿Y cuánto la piensas dar?
Gasp. Ya es frio, adelante pasa.
Ort. En fin, quiere esta señora
Que la veas.
Gasp. ¿A qué hora?
Ort. A las diez.
Gasp. ¿Dónde?
Ort. En su casa.
Gasp. En la casa de Isabel
A esa hora está llamado
Don Garcia, y yo avisado,
Para que vaya con él.
Ort. ¿Tú no le has de acompañar?
Pues para lograr tu amor,
Húrtale el cuerpo, señor,
Cuando te le dé á guardar;
Pero aun falta mas, no para
El caso ahí.
Gasp. ¿Qué pasó?
Ort. Que hablar con ella me vió
Su vecina doña Clara.
Gasp. ¿Qué dices?
Ort. ¡Qué raro chiste!
Porque al pasar por la reja,
Me dió tanta de la queja
De lo que en el campo hiciste;
En fin, quiere de una vez
Cuentas contigo ajustar,
Y que la vayas á hablar,
Dice.
Gasp. ¿A qué hora?
Ort. A las diez.
Gasp. ¿De suerte, que á las diez hoy
De Isabel estoy llamado,
De doña Clara avisado,
Y con don Garcia voy?
Ort. Poco usacé de horas sabe,
Y menos sabe de cuentas,
¿Tres veces diez, no son treinta?
Pues en treinta todo cabe.

Gasp. No sé cómo dispusiera
Que esta noche don García
No viese á Isabel.
Ort. ¡Seria
Gran negocio!... pero espera.
Gasp. Gente parece que ha entrado
En casa.
Ort. Si acaso fuesen
Otros diez, fuerza seria
Que echemos fuera los nueves.

ESCENA II.

DICHOS Y DON GARCIA.

Garc. ¿Don Gaspar?...
Gasp. ¿Es hora ya?
Garc. ¿A dónde podré esconderme?
Gasp. ¿De quién?
Garc. De don Diego,
Que entró, á lo que me parece,
Tambien ahora en esta casa,
Y por si me ha visto enfrente
De la suya, adonde estuve
Parado, y por conocerme,
Me ha seguido; porque al vernos
Juntos algo no recelo,
No quiero que ahora me hable:
Procurad que sea breve,
Porque yo á su hermana hermosa
Pueda ver, y vos hacedme
Espaldas. (*Escóndese.*)
Ort. Presto, que llega.
Gasp. ¿A quién esto le sucede?

ESCENA III.

DICHOS Y DON DIEGO.

Diego. Don García, mi enemigo, *ap.*
Me han dicho confusamente,
Que con doña Clara hermosa
Se casa, ó que la pretende,
Y por saberlo mejor,
De este medio he de valerme;
Pero aquí está don Gaspar:
¿Don Gaspar?
Gasp. ¿Don Diego?
Diego. Hacedme
Merced, que solos quedemos.
Gasp. Vete, Ortuño.
Ort. Ya me voy:
¡Qué misterioso que viene!
Y luego querrá unos versos,
Que es lo peor que se quiere.

ESCENA IV.

DON GASPAR Y DON DIEGO.

Gasp. ¿Qué prevenciones son estas?
¿Qué es aquesto? si pretende,
Porque mi amor ha sabido,
Que yo á doña Clara deje,
¡Llevará muy buen despacho!
Decid, don Diego.
Diego. Atendedme:
Aunque suspenso os tendré,
Permitidme que os acuerde,
Que ha muchos dias que somos
Amigos, ya en las niñeces
Obrando la voluntad,
Y ya en la edad mas ardiente
La razon, que en nuestros lazos
Nuestros corazones prende.
Gasp. Bien sé que somos amigos,
Ello es cierto: ¿mas qué os mueve
A esta prevencion?
Diego. Querer
Que la razon que os empeñe,
Esté, don Gaspar, amigo,
Primero que lo que os ruegue.
Gasp. Si, pero hay cosas, don Diego,
Que ni á un amigo se pueden
Pedir.
Diego. Lo que yo os suplico,
Es posible, y es decente,
Y aun es razon.
Gasp. Decid, pues.
¡Mucho temo el responderle! *ap.*
Diego. Bien sabeis, que don García,
Por algunos accidentes,
Es mi enemigo.
Garc. ¿Qué es esto? *ap.*
Gasp. Bien lo sé.
Diego. Y vos igualmente
Sois amigo de los dos.
Gasp. Eso bien se compadece.
Diego. Sí, pero hay muchas razones
Para que se privilegie
Mi amistad en vuestro pecho.
Gasp. Sois mi amigo, y mi pariente,
Decid. No es lo que pensé. *ap.*
Diego. Pues lo que pediros quiere
Mi amistad, es, don Gaspar,
Que sepais mañosamente,
A qué dama don García
Sirve, festeja y pretende;
Que tengo algunos indicios,
Y apurarlos me conviene,
Para salir de un cuidado,
Que aun temido se parece.

Gasp. Sin duda, que esos indicios *ap.*
Son de que á su hermana quiere.
Garc. Sin duda, que de que sirvo *ap.*
A Isabel, noticia tiene.
Diego. Si pretende á doña Clara, *ap.*
Morir, ó darle la muerte.
Gasp. Yo, don Diego amigo, ofrezco
(Esto es fuerza responderle) *ap.*
Hacer lo que me mandais;
¿Pero qué razon os mueve?
Diego. Esa, cuando me digais
Lo que averiguado hubiereis,
La sabreis; vuelvo á deciros,
Que me importa, y que os merece
Mi amistad esta fineza;
Y agora, á Dios, porque tiene
Mucho que hacer un cuidado.
¡Oh qué mal mi amor ardiente *ap.*
Podrá alentar, Clara hermosa,
Hasta apurar lo que teme!

ESCENA V.

DON GASPAR, DON GARCIA Y ORTUÑO.

Gasp. ¿Habeislo escuchado todo?
Garc. Todo, amigo.
Gasp. ¿Y que os parece?
Ort. Paréceme que ha sabido
Quien á su hermana pretende,
Y teme que su enemigo
A ser su cuñado llegue,
Que es lo sumo donde sube
Cuando un enemigo crece:
Bien así como culebra,
Que camina para sierpe,
Muda en la vejez el nombre,
Pero no muda la especie.
Gasp. ¿Tú tambien lo has escuchado?
Ort. No era cosa suficiente,
Que de mí se recatase,
Para que no me durmiese.
Gasp. Lo que juzgo es, que esta noche,
No es, amigo, conveniente,
Que vais á ver á Isabel,
Pues le escuchasteis, que tiene
Mucho que hacer su cuidado.
Garc. Decis bien, que aunque desprecie
Por mí el peligro, por ella
Es bizarría el temerle.
Gasp. Quieres estar advertido.
Garc. Dicha tuve en esconderme:
Quedaos con Dios, que ya es hora
De dejaros.
Ort. Lindamente *ap.*
Se ha dispuesto, que esta noche
Libre mi amo se quede.
Gasp. Tened, ¿y qué he de decirle,
Si acaso á informarse vuelve
De la casa á quien servis?
Garc. Pues si el indicio que tiene,
Es, que yo asisto á su calle,
Podreis, para encarcerle,
Decirle, que doña Clara
Me tiene en ella asistente,
Y hallará, si lo averigua,
Fundamento.
Gasp. ¿Pues le tiene
Querer vos á doña Clara?
Garc. No importa que no lo niegue;
Ella es la dama con quien
Os dije, que mis parientes
Me trataban de casar.

ESCENA VI.

DON GASPAR Y ORTUÑO.

Ort. ¡Por vida de quien tantee!
Otro mas á doña Clara,
Tres á tres están voacedes;
Tambien la señora autora
En su compañía tiene
Sus primeros y segundos,
Y sus terceros papeles.
Gasp. ¿Qué importa, si sola admite
Mi aficion?
Ort. Dios te consuele:
¿Y si hicieses los graciosos,
Como Juana?
Gasp. Necio eres:
Vamos de aquí, que es ya hora
De ver á Isabel.
Ort. ¿Que intentes
Verla, con lo que ha pasado?
Gasp. Si buena ocasion no hubiere,
Me iré á ver á doña Clara.
Ort. Ven acá, ¿y si acaso diese
Yo con la casa de Juana,
Supuesto que la venere
Como á cosa de mi amo,
Podré darla buenamente
De coces, con la mayor
Reverencia que pudiere?
Gasp. Vuesa merced mirará
Lo que en eso le conviene.
Ort. Lo que me consuela es,
Que esa enfermedad que tienes,
Aunque es así muy de hombres,
Se ha de curar con mugeres.

ESCENA VII.

Sala en casa de don Diego.

DOÑA ISABEL É INES CON LUZ.

Isab. ¿Mi hermano ha vuelto á casa
Desde que anocheció?
Ines. Siempre se pasa
La media noche y algo mas primero.
Isab. ¿Qué hora será?
Ines. Las diez.
Isab. Esa hora espero.
¡Oh si ya don Gaspar viniese, ¿hiciste
Lo que ordené?
Ines. Ya está como dijiste
La puerta. Ello, si viene don García, *ap.*
Que se ha valido de la industria mia
Para entrar, ha de ser la noche buena;
¿Pero ya no cobré? ¿qué me da pena?
Isab. ¡Ah don Gaspar! que hallando mis verdades
Ingratitudes siempre, y falsedades
En tu aficion, no puede mi cuidado
Perder en lo advertido lo obstinado,
¡Qué discurra tan mal mi entendimiento,
Que se derrame el fruto al escarmiento!
¡Qué esté amor tan de parte de mi daño,
Que le apague la luz del desengaño!
¡Qué mi error llegue á hacerse tan preciso,
Que abrace el riesgo dentro del aviso!
¿Mas quien logró en tan nuevos sentimientos, avisos, y escarmientos? [tos

ESCENA VIII.

DICHOS, DON GASPAR Y ORTUÑO.

Ort. ¿Qué á entrar hasta aquí te has atrevido,
Y que habiendo á don Diego antes oido,
De la hermandad, aun no te atemorices?
Yo no entiendo tu amor.
Gasp. ¿Porqué lo dices?
Ort. Porque en tu pecho despejado, y [vario,
Está el amor pequeño y temerario.
Gasp. ¿No ves allí á Isabel? ¿no es muy
Ort. Digo que es milagrosa; [hermosa?
¿Empero doña Clara y doña Juana?
Gasp. Mira, aunque doña Clara es la sultana,
Y Juana es otra, por aquel instante,
Está delante, la que está delante.
Ort. ¿No llegas?
Gasp. Sí, verásme enternecido
Juntar algunas señas de rendido.
Ort. ¿Pues no venias quejoso de García?
Gasp. ¡Ah sí! que estoy quejoso,
No me acordaba; pues verásme airado
Juntar algunas señas de enojado.
Ines. Aquí está don Gaspar.
Isab. ¡Oh quiera darme
Algun aliento amor para quejarme!
Gasp. Yo llego, pues.
Ort. Atienda aquí el oyente
Cuan bien se siente que lo no se siente.
Ines. ¡Quién pudiera llegar hácia la puerta *ap.*
Porque acá no se entrase al verla abierta,
Don García!
Gasp. Escusado
Fuera, ingrata, el el haberme aquí llamado,
Cuando una pena fiera
Me tiene el pecho...
Isab. Ines, salte allá fuera.
Ines. ¡Oh qué bien se ha dispuesto! *ap.*
A don García avisaré con esto.
Gasp. Sí el enviar la criada,
Es porque esté avisada
Para que á don García allá detenga,
Segura estás, no hay que temer que venga,
Él propio me lo ha dicho.
Isab. Ines, detente,
No te vayas, aquí has de estar presente.
Ines. Todo se erró. *ap.*
Isab. Decid, que ya os escucho,
Y advertid que fiais de mi amor mucho.
Gasp. Digo, pues, ingrata, digo,
Que bien escusado fuera
El haberme aquí llamado,
Cuando es fuerza que mi lengua
Palabras solas pronuncie,
Templadas allá en mi pena,
Que en llegando á vuestro oido,
Mas que le informen, le hieran.
¿Pero vos no me llamasteis?
No ocasioneis mi paciencia:
¿A escuchar un agraviado
No venis? pues salgan fuera
Mis iras, sin que haya estorbo
Que sus ímpetus detenga;
Pues con escucharme á tiempo
Que está tan viva la ofensa,
Tan discordes los sentidos,
Y el alma tan descompuesta,
Para que os pierda el respeto
Me dais tácita licencia,
Que no temerá la injuria,
Quien no ha temido la queja.
Isab. Templad, don Gaspar, las iras,
Moderad las impaciencias,
Reprímanse los enojos,

Las injurias se suspendan;
Que dormidas las verdades
Tienen mayor elocuencia,
Y el dolor dicho sin arte
Arguye mayor terneza;
Porque no está muy segura
Cuando la razon alienta;
No vive muy descuidada
Cuando se adorna, la pena.
No vengo á satisfaceros,
Decidme vuestras sospechas,
Que os dilatan el alivio,
Cuanto tardare en saberlas.
Decid, pues, ¿á qué aguardais?
Que ya me teneis atenta;
No os apasioneis.

Ort. ¿Esotro
Apasionarse? mi abuela;
Porque no la ha menester
Suele prestar la paciencia,
Que no es tan gran majadero,
Que ha menester lo que presta.

Gasp. Digo, pues, que ya he sabido,
Ingrata, que te festeja,
Te asiste, y aun te merece,
Don Garcia.

Isab. Aguarda, espera,
Que te vas precipitando,
Y puede ser que me ofendas
De suerte, que por castigo
Te deje con tus sospechas.
Es verdad que don Garcia...

ESCENA IX.

DICHOS Y DON GARCIA AL PAÑO.

Garc. Aunque es mucho lo que arriesga
Mi amor, en entrar ahora
En esta casa, no hay fuerza
Para impedir un deseo,
Que lleva con mas violencia
Al mayor riesgo; y así,
Habiendo encontrado abierta
La puerta, he querido ver,
Si la criada me espera;
¿Pero aquel no es don Gaspar?
¿No es doña Isabel aquella?
¿Qué es esto?

Isab. Cuando sabeis
Quien soy, y escusar pudierais
El tornar... ¡Mas ay de mí! *ap.*
Un hombre he visto en la puerta
Esconderse cauteloso;
Mi hermano es sin duda, muerta
Estoy; pero el remedio
Ha de ser de esta manera.
Digo, señor don García,
Que bien escusado fuera,
Cuando vos sabeis quien soy,
Tomaros esta licencia;
Si es que buscais á mi hermano,
Pudierais desde allá fuera
Saber si él estaba en casa.
Ines, toma tú esa vela,
Y alumbra á ese caballero,
Y cierra mejor la puerta.

ESCENA X.

DICHOS, MENOS DOÑA ISABEL.

Gasp. ¿Qué es esto, cielos, qué es esto?

Ort. Para quien somos nos deja:
Pero aguarda, que allí he visto
Un hombre que con cautela
Se encubre.

Gasp. Sin duda alguna,
Que es don Diego.

Ort. Es evidencia.

Gasp. Y que ella, por conocerle,
Usó aquella estratagema.

Ort. Dices bien, y de la misma
Te puedes valer.

Gasp. Ya es fuerza
(*Sale don Garcia al salir don Gaspar.*)
Salir fuera.

Garc. ¿Don Gaspar?

Gasp. ¿Don García?

Ort. Esto es comedia. *ap.*

Gasp. ¡Ah traidora! ella le vió; *ap.*
Y usó de aquella cautela,
Por darle satisfaccion
De que yo estaba con ella.

Ines. Ahora hubo de venir *ap.*
Don García; aquí se encuentran
Y me destruyen.

Garc. ¿Pues cómo,
Don Gaspar, estais en esta
Casa, ó á qué habeis venido?

Gasp. El disimular es fuerza. *ap.*
A ver á don Diego vine,
Porque hallándome aquí cerca,
Me pareció que era bien,
Que desde luego supiera
Lo que tenemos tratado
Acerca de sus sospechas,
Porque sabiéndolo ahora
Descansen las diligencias.

Garc. Guárdeos Dios, qué es atencion,
Como de vuestra advertencia:
¿En fin, amigo, encontrasteis

Á mi Isabel?
Gasp. Encontréla,
Y al preguntar por su hermano,
Me volvió aquella respuesta
Que habeis oido.
Garc. Pues vamos,
Que no quiero que nos vean
Hablar, y juzguen que yo
Os doy de estas cosas cuenta.
Gasp. Bien decis: ¡qué me engañase *ap.*
Isabel! ¡quién os creyera!
Mugeres, todas sois unas,
Y la mejor como esta.
Ines. Rabiando estoy porque salgan.
Ort. Ven acá, señor, ¿te acuerdas
Si vas ahora zeloso?
Gasp. Mira, yo te doy licencia
Para que digas, Ortuño,
Que esta es verdadera pena,
Si no la pierdo de vista
En volviendo la cabeza.

ESCENA XI.

Sala en casa de don Mendo.

JUANA, Y DOÑA CLARA CON LUZ.

Juana. Pasando se va la hora;
Las diez y media son ya.
Clara. ¿Sabes si mi padre está
Recogido?
Juana. Sí señora.
Clara. ¿Mirástelo, Juana, bien?
Juana. Rato ha que rezando estaba,
Por señas que colocaba
Un bostezo en cada amen.
Clara. ¿Y la seña has entendido?
Juana. ¿Esta reja no ha de ser
Donde lleguen, y han de hacer
En la celosía ruido?
Pues no se ha hecho tal seña,
Que á cualquier rumor incierto
Me he acercado, y aun abierto
La ventanilla pequeña.
Clara. Mucho mi amor ha fiado
De tu pecho, Juana mia,
Para ser el primer dia
Hoy que en mi casa has entrado;
Mas esto no es liviandad,
Aunque es verdad que me agradas,
Sino tener hoy criadas,
De menos capacidad;
Porque he despedido una,
Que mi confidente ha sido,
Y así, Juana, has sucedido
En su primera fortuna.
Juana. Aunque aquesto de fiar
Algo á las criadas, sé,
Que es una fianza en que
Se suele siempre lastar,
Hacer puedes confianza
De mí, aunque no lo merezco,
Que tengo caudal, y ofrezco
Sacarte de la fianza.
Clara. Gran resolucion ha sido
La de atreverme á llamar
A mi casa á don Gaspar.
Juana. ¿Sabes qué me ha parecido?
Que para tan despejada
Como te me representas
En lo que esta noche intentas,
Estás muy embarazada.
Clara. Aunque ves mi condicion
Tan galante y esparcida,
Te prometo que en mi vida
He dado esta permision,
Si no es solo á don Gaspar;
Que por hablar de buen gusto
Alguna noche, este susto
He querido atropellar;
Y esto no es quererlo yo,
Que eso de que amor engaña,
Abrasa y rinde, es patraña,
Que algun ocioso inventó.
Amor es duende importuno,
Que al mundo asombrado tray,
Todos dicen que le hay,
Y no le ha visto ninguno.
¿A quién no causa fastidio
Esta pasion amorosa,
No siendo amor otra cosa,
Que una fábula de Ovidio?
¿Y qué importa que se nombre
Amor este devaneo,
Si es confirmar el deseo,
Y luego mudarle el nombre?
¡Válgate Dios por dolencia,
No acabada de entender!
¿Es esto mas de creer
Que está allí mi conveniencia?
¿No tira la voluntad,
Geómetra superior,
Todas las líneas de amor
Al punto comodidad?
Yo no sé si á mí me tiene
Ciega en lo que me aconseja;
Pero bien sé que me deja
Mirar lo que me conviene.
Y si está en mi pecho fiel
Algo mas privilegiado,
Es don Gaspar, que he hallado

Mas conveniencias en él;
Porque el querer con fervor
A otro, es amor impropio,
Y así, solo el amor propio
Viene á ser el propio amor.
Juana. Eso, señora, ¿quién puede
Negarlo, siendo tan justo,
Y cosa de tan buen gusto
Esto del amor adrede?
Clara. Ya no hay quien no quiera así,
Y en lo mas cierto se da,
Y todos lo afectan ya,
Nadie llora para sí.
No hay cosa para este aliento,
No afligir el corazon,
Gastar la respiracion
En suspiros para el viento.
Perezca el gemir confuso,
Falte el suspirar perplejo,
Muera el amor á lo viejo,
Y viva el amor al uso. (*Ruido.*)
Juana. Aguárdate, que sospecho,
Que en la ventana hubo ruido.
Clara. No se ha engañado tu oido.
Juana. Yo llego, pues: dicho y hecho,
Él es sin duda.
Clara. Pues ve,
Y abre.
Juana. Cual se ha de quedar
En viéndome, don Gaspar:
Pero yo me vengaré
Con Ortuño.
Clara. Yo no creo,
Que á don Gaspar tengo amor;
Pero á todo mi valor
Temo siempre que le veo.

ESCENA XII.

DOÑA CLARA Y JUANA CON DON DIEGO EMBOZADO.

Diego. Llegando á esa celosía
Para escuchar un instante,
Propio cuidado de amante,
Sentí que aquí gente habia;
Creció con esto el cuidado,
Llegué con él á la puerta,
Y hallando que estaba abierta,
Resuelto hasta aquí he llegado.
Clara. ¿Viene, Juana?
Juana. Tras mí entró.
Diego. Si fuese yo tan dichoso,
Que hablase á mi dueño hermoso;
Pero aquí está.
Juana. Bien sé yo,
Que esto de encubrir la cara,
Porque á mí me ha visto es;
Pues no me he de ir.
Diego. Llego, pues. *ap.*
¿Bellísima doña Clara?
Clara. ¡Válgame el cielo! ¿quién es?
Diego. Yo soy, pues no me conoces?
Clara. ¿Pues cómo aquí?
Diego. No des voces
Juana. Todo se ha errado. *ap.*
Clara. Idos, pues;
Si viniese don Gaspar *ap.*
Me pierdo: mirad, don Diego,
Que vendrá mi padre luego.
Diego. ¿No está en casa?
Clara. Por juzgar
Que era él, se abrió la puerta.
Remediarlo de esta suerte *ap.*
Intento, el empeño es fuerte:
No os detengais; yo soy muerta.
Diego. Ya que mi suerte me ha dado..
Clara. Don Diego, mi riesgo es mucho
Diego. Esta ocasion...
Clara. No os escucho.
Diego. De entrar...
Clara. Habeisme enojado
Diego. A verte...
Clara. Fué atrevimiento.
Diego. Pronuncie...
Clara. Ya es demasía.
Diego. Mi voz...
Clara. En vano porfía.
Diego. Afectos...
Clara. Daislos al viento.
Diego. Adorar enternecido...
Clara. Mi padre puede venir.
Diego. Tu beldad...
Clara. No os he de oir.
Diego. Permite...
Clara. Sois atrevido.
Diego. Que diga...
Clara. Alúmbrale, Juana
Diego. Mi pasion...
Clara. Acabad presto.
Diego. Porque yo; ¿pero qué es esto?
¿Llamaron á la ventana?
(*Ruido dentro en la ventana, y abre el postiguillo que está junto á Juana.*)
Clara. Mi padre sin duda ha sido.
Diego. ¿Tan presto hubo de venir?
Clara. ¡Oh qué bien hice en decir *ap.*
Que mi padre habia salido!
Juana. El postiguillo han abierto.
Clara. ¿Cómo le dejaste así?
Juana. Descuido fué.

ESCENA XIII.

DICHOS, DON GASPAR Y ORTUÑO
HABLANDO DENTRO.

Ort. ¿No ves?
Gasp. Si.
Ort. Gente suena.
Gasp. Ya lo advierto.
Clara. ¡Válgame Dios! ¿qué he de ha-
Si salis, mi padre está [cer?
En la calle, y os verá,
Y si os quereis esconder,
Os han de ver al pasar
Desde la calle: ¡ay de mi!
Diego. Pues entre, y hálleme aquí,
Que yo te sabré librar.
Clara. Bien por Dios.
Ort. Solo rumor
Se escucha.
Gasp. Vuelve á tocar
La celosía.
Juana. Acabar,
Que es demonio mi señor.
Diego. ¿Pues qué he de hacer?
Clara. Esconderte.
Diego. ¿Dónde?
Juana. Contigo iré yo.
Clara. ¿Pues han de verle?
Juana. Eso no.
Diego. ¿Cómo ha de ser?
Juana. De esta suerte.
(*Pónese Juana delante de la celosía, y pasa don Diego.*)
Ort. Aquí hay maula: ¿quieres ya
Mas indicios?
Gasp. Estoy ciego.
Juana. Mientras yo escondo á don Diego,
Di que entre, que abierto está;
Que yo, porque el otro esté
Lejos, y hables sin cuidado,
Allá á lo mas apartado
Del jardin le llevaré.
(*Llega doña Clara á la ventana, y responde don Gaspar de allá dentro.*)

ESCENA XIV.

DOÑA CLARA, DON GASPAR
Y ORTUÑO.

Clara. ¿Don Gaspar?
Gasp. Yo soy.
Clara. Entrad,
Que abierto está.
Gasp. ¿A qué, á morir?
Clara. Oyeme.
Gasp. Ya no hay que oir.
Clara. ¿Pues qué quieres?
Gasp. Escuchad.
(*Salen don Gaspar y Ortuño.*)
Repetirte que ha seis meses
Que tuvo mi amor principio,
Que me hechizaron tus ojos,
Que los apuré el hechizo,
Que adoré tus perfecciones,
Que dí el alma en sacrificio,
Que sufrí muchos pesares,
Que lloré muchos desvíos,
Que perdí muchas finezas,
Y que, en fin, el amor mio
Tuvo, para ser ejemplo,
Lo desdichado, y lo fino;
Fuera ociosa diligencia,
Si lo hubieras entendido:
Mas no debes de saberlo,
Y así quiero repetirlo:
Seis meses ha...
Clara. Ya lo sé.
Gasp. Que mi pecho...
Clara. No lo olvido.
Gasp. Ha intentado...
Clara. ¿Para qué
Lo repites?
Gasp. Lo repito,
Para que sepas, aleve,
Que ya es remedio el hechizo,
Que es la adoracion injusta,
Que es desprecio el sacrificio,
Y los desaires ofenden,
Que provocan los desvíos,
Que las finezas se cansan,
Y que, en fin, el amor mio
Lo desdichado aprovecha,
Para corregir lo fino;
Que en llegando los agravios
A dejar de ser indicios,
Las mas veces se confunden
Dentro del pecho afligido,
Con el ansia de vengarlos,
El afecto de sentirlos.
Ort. ¡Señores, quién no le ve *ap.*
Tan colérico y perdido!
¿Ven ustedes lo que dice?
Pues ya se fué quien lo dijo.
Clara. Dime, dime mas pesares;
Prosigue, ostenta mas brios;
Acaba, venga tus iras;
Anda, atropella conmigo,
Cumple con tus desazones,
Y echa á perder mis cariños,
Pues es tu amor tan villano,
Y eres tú tan mal nacido,

Que del sufrimiento ageno
Te formas propios alivios.
Ort. Aguarda, pobre señora,
No te aflijan sus suspiros,
Mira que son contrahechos,
Y te los pasa por finos.
Clara. ¿No me respondes? ¿qué temes?
Dime que te ha sucedido,
Que mirándome te quedas,
O sosegado, ó remiso,
Y temo buscarte atento,
Para hablarte divertido:
Acaba, y di, si te ofendo;
¿Porqué me miras?
Gasp. Te miro,
Porque como echo de ver
El modo que usas conmigo,
Mi voluntad se ha cansado,
Mi memoria se ha ofendido,
Y á las dos, mi entendimiento
Les ha enseñado su oficio:
Solo me falta de hacer
Que ahora los ojos mios
Conozcan que no es amable
La ceguedad que han tenido;
Y así, el estarme mirando,
No es ponderar el hechizo
De tu hermosura, ni dar
A mi ardor mas incentivo,
Sino estar con las potencias
Reduciendo los sentidos.
Ort. Señor, advierte que mientes
Con mucha fuerza; pasito,
Que hay muchos que se han quebrado,
Siendo enteros, con ahinco:
¿Es verdad esto que dices?
Gasp. No sabré agora decirlo: *ap.*
Mucho puede esta muger.
Clara. Todo, sin duda, lo ha visto; *ap.*
No sé que hacer. Don Gaspar,
Todo cuanto aquí me has dicho,
Es cansarte, y no esplicarme
Tu dolor, ni mi delito;
Acaba de hacerme el cargo,
Quejas busco, no gemidos,
No oscurezcas tu dolor,
Por darle mucho artificio.
Ort. Mira que tienen sus voces
Menos sustancia que ruido.
Clara. ¿Qué sientes?
Gasp. Ya nada siento.
Clara. ¿Qué has visto?
Gasp. Ya nada he visto.
Clara. ¿Qué quieres?
Gasp. Irme, y no verte.
Clara. Pues no te has de ir sin decirlo.
Gasp. Me apuras; pues ven acá:
¿Quién estaba aquí contigo?
Clara. ¿Conmigo?
Gasp. Niégalo ahora.
Clara. ¿Qué dices?
Gasp. Esto que he dicho.
Clara. ¿Estás en tí?
Gasp. Vive Dios,
Que me estás dando motivo
Para que entre yo á buscarle,
Aunque atropelle contigo,
Con tu padre, y con tu honor.
Clara. ¡Qué esto me haya sucedido *ap.*
Sin culpa! Mira, repara,
Que ya son tus desvarios
Tales, que todo mi amor
Aun no ha de poder sufrirlos.
Gasp. Ven acá, Ortuño, ¿qué viste
Por esa ventana? dilo.
Ort. Yo ví un sombrero, y un moño,
Por ese viejo postigo.
Clara. ¿Tú tambien?
Ort. Yo no me atrevo,
Cuando lo contrario has dicho,
A decir, señora, mas
De lo que ví, voto á Cristo.
Clara. ¡Valgame Dios! ¿qué diré? *ap.*
Gasp. Di ahora que es desvarío.
Clara. Don Gaspar, á una criada
Dejé aquí; si esto no ha sido
Embuste suyo, no sé
Que responder.
Ort. Tambien digo,
Que la que ví parecia
Muger de menos aliño.
¡Ah infame criada! cierto,
Que es cosa, sí, lo que has dicho,
Para derramar sobre ella
Un celemin de pellizcos:
Si Juana, allá con su ama
Será de tan buen servicio;
Aguarda, la llamaré,
Y sabremos lo que ha sido.

ESCENA XV.

DICHOS, Y JUANA QUE HABLA APARTE CON DOÑA CLARA.

Clara. ¿Juana?
Juana. Allá queda.
Clara. Perdona,
Y haz tuyo aqueste delito,
Pues no te importa: acá afuera
Te he menester.
Ort. ¡Jesucristo!

Juana es, peor es esto;
A doña Clara ha venido
A servir.
Gasp. ¿No és esta Juana? *ap.*
¡Hay casos como los mios!
Clara. Ven acá, di una verdad:
¿Quién estaba aquí contigo
Cuando llamó don Gaspar?
Juana. Señora...
Clara. No hay que encubrirlo,
Que los dos juntos lo vieron.
Juana. ¡A quién esto ha sucedido *ap.*
Delante de dos amantes,
Que me están mirando esquivos!
No teniendo culpa alguna,
Me he de confesar de vicio!
Clara. ¿No respondes?
Juana. Yo, señora...
Clara. No hay que temer el decirlo.
Juana. Aquí estaba...
Clara. ¿Quién?
Juana. Un hombre,
Que va para mi marido.
Ort. ¿Cómo, cómo?
Clara. ¿Y es bien hecho,
Que padezca el honor mio
Por vos? ¿haslo visto ya,
Don Gaspar?
Gasp. ¿Qué he de haber visto?
¿Pues esto quieres que crea?
(*Toma Ortuño la vela y quiere entrar.*)
Ort. Ustedes, por un tantico,
Perdonen.
Clara. ¿Pues dónde vas?
Ort. A matar este marido.
Juana. Ortuño.
Ort. No hay que Ortuñar.
Clara. Loco, aguarda.
Ort. Vive Cristo,
Que no ha de decir, que yo
Le dejé por escondido,
O le perdoné por pobre,
Que si es pobre, es mas delito.
Mendo (*dent.*). ¿Martin, Fabio, no me
¿Dónde estais? ¿estais dormidos? [ois?
Clara. Mi padre: ¡válgame Dios!
Ort. Destruyóme el homicidio.
Gasp. ¿Qué he de hacer?
Clara. Aprisa, vete.
Gasp. A Dios.
Mendo. ¿No ois el ruido
A la puerta de la calle?
Presto.
Ort. Cogiéronnos vivos;
Ya no hay salir.
Gasp. ¡Raro aprieto!
Clara. ¿Quién en el mundo se ha visto
Tan llena de sobresaltos? [*ap.*
Don Diego adentro escondido,
Don Gaspar aquí zeloso,
Mi padre allí vengativo:
¡Válgame Dios!
Garc. ¿Pues qué quieres
Hacer?
Clara. Don Gaspar, rendido
Está todo mi valor;
El riesgo es grande, y es mio,
Caballero sois, mirad
Por mi honor, harto os he dicho:
Ven, Juana.
Juana. Vamos, señora.
Clara. ¡Muerta voy!
Juana. Buena la hicimos.
Ort. Ya viene. (*Vanse.*)
Mendo. No han de escaparse,
Que hácia el jardin era el ruido.
Entrad con la luz. ¿Quién es?

ESCENA XVI.

DON GASPAR, ORTUÑO, DON MENDO CON ESPADA, Y CRIADOS CON HACHAS.

Gasp. ¿Señor don Mendo?
Mendo. ¡Qué miro!
¿Don Gaspar?
Gasp. Tened la espada.
Mendo. ¿Pues cómo tan atrevido
Habeis entrado en mi casa,
Habiendo estado conmigo
Esta tarde; y asentado,
Que de vuestros desvarios
Es cómplice otra hermosura?

ESCENA XVII.

DICHOS Y DON DIEGO A UNA PUERTA QUE HA DE HABER EN EL TEATRO.

Diego. Del jardin, donde escondido
Estaba, oyendo las voces,
Salgo á ver... ¿Pero qué miro?
¡Don Gaspar aquí, y don Mendo
Con él! Aplico el oido.
Mendo. ¿No respondeis? ¿qué decis?
Gasp. ¡Gran remedio me ha ocurrido! *ap.*
Si me escuchas, hablaré,
Que estoy aquí sin delito.
Mendo. Decid, que para mataros,
Es prevencion el oiros.
Gasp. Ya os dije, señor don Mendo,
Esta tarde, como asisto
En vuestra calle á otra dama.
Mendo. Proseguid, tengo entendido

Que es doña Isabel de Chaves. [oido?
Diego. ¡Mi hermana! ¿qué es lo que he
Gasp. Sabed, pues, qué entré esta noche
A hablarla, á tiempo que vino
Su hermano; entróme siguiendo
Al jardin, y fué preciso
Arrojarme por las tapias
En el vuestro; esto no ha sido
Con intento de ofenderos;
Y así, volviendo á inquirirlo,
Adonde os buscais airado,
Os hallaréis compasivo.
Diego. ¡Qué es esto que escucho, cielos!
¡Yo en mi casa le he seguido!
¡Hay mas rara confusion!
Ort. Linda mentira le ha dicho; *ap.*
Pero es perro viejo.
Mendo. Apenas *ap.*
Lo que he de hacer determino;
Verdad es que en el jardin
Fué donde escuché el ruido,
Y que en él tambien ví un hombre
Desde mi cuarto, y que vino
Pared en medio, y que él es
De Isabel amante fino:
Pero yo le hallo en mi casa,
Y sin tener mas indicios,
No le he de dejar salir:
Si Clara se ha recogido,
Y hallo en su quietud señales
De ignorar este delito,
Me daré por satisfecho:
Quiero, pues, ir á inquirirlo;
La puerta dejo cerrada,
Seguro queda.
Gasp. Servios
De que yo salga, que estoy
Con cuidado del peligro
De esa señora.
Mendo. Aguardad,
Que al punto salgo á serviros,
Y á acompañaros.
Diego. Acá
Se acerca, yo me retiro.
(*Entra don Mendo por donde estaba escondido don Diego.*)
Ort. ¿Qué es lo que este viejo intenta?
Gasp. No es muy fácil prevenirlo.
(*Vuelve á salir don Mendo alborotado, y cierra tras sí la puerta donde estaba don Diego.*)
Mendo. ¡Válgame Dios! ¡Raro empeño! *ap.*
Cierto es lo que me ha dicho
Don Gaspar; don Diego está
Aquí dentro, que ha venido
Por las tapias del jardin
Tras él; sin duda hay peligro
Mayor. Señor don Gaspar,
Idos, por Dios, presto, idos.
Gasp. ¿Qué traeis?
Mendo. ¿Qué he de traer?
Si tras vos vuestro enemigo
Ha venido.
Gasp. ¿Quién?
Mendo. Don Diego.
Gasp. ¿Qué decis?
Mendo. Que yo le he visto
Aquí dentro.
Gasp. Vive Dios, *ap.*
¡O ingrata! ¡ó falsa! ¡tu engaño
Supe por raro camino!
Mendo. Vamos presto, que no quiero
Que suceda de improviso
En mi casa una desdicha.
Gasp. Confieso que estoy corrido. *ap.*
Mendo. Abrid la puerta, Martin.
Ort. Bueno es, señor, dar él mismo
Prisa para que nos vamos.
Mendo. ¿No acabais?
Gasp. Voy sin sentido. *ap.*

ESCENA XVIII.

DON MENDO Y DON DIEGO.

Mendo. Ya se fueron: ¡oh que bien
Se ha dispuesto! agora quito
La llave para que salga
Don Diego, que en otro sitio
Mas que se maten. Venid,
Señor don Diego.
(*Abre la puerta, y desde ella llama á don Diego y sale.*)
Diego. Sin juicio *ap.*
Salgo, ¡hay mas raros sucesos!
Mendo. Y estimad que tan remiso
Os advierto, que en mi casa
Habeis andado atrevido.
Diego. Yo, señor...
Mendo. No os detengais.
Diego. No vine...
Mendo. Ya lo he sabido.
Diego. A ver...
Mendo. Estoy satisfecho.
Diego. Porque yo...
Mendo. Nada he de oiros.
Diego. Pues yo me voy.
Mendo. Dios os guarde:
Alumbra, Martin.
Diego. Preciso
Es ya que me dé venganza
La vida de un falso amigo. (*Vase.*)

Mendo. Bendito sea Dios, que ya
Fuera estoy de este peligro;
Mañana mudo mi casa.
¡Jesus, en lo que me he visto!
Si el yermo tiene algo bueno,
Es el vivir sin vecinos.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de calle.

DON GASPAR Y ORTUÑO.

Ort. De verte estoy admirado;
Ni el fuego de amor te abrasa,
Ni te consume el cuidado,
Ni lo mismo que te pasa
Parece que te ha llegado;
De nada sientes dolor:
¿Haste visto el paladar?
Gasp. ¿Para qué?
Ort. Veamos, señor;
Déjame, por Dios, mirar
Si eres...
Gasp. ¿Qué?
Ort. Saludador.
Gasp. Loco estás.
Ort. ¿Quién te ha de ver
Tratar sin sentir bochorno
Con amor que empieza á arder,
Que no diga, que es hacer
La patarata del horno?
¿Y quién dirá que no es
Lo de la barra crugiendo,
Si cuando una dama ves,
Coges la hermosura ardiendo,
Y la traes entre los piés?
Sin duda, que tu amor fué
Hijo de Vénus bastardo,
Pues no sabes guardar fe.
Gasp. Antes, Ortuño, la guardo
Tanto, que nadie la ve.
Ort. Eso, dente á tí decir
Una chanza, que no ignoras
Como la has de introducir;
Pues no es para todas horas
Esto de el hacer reir.
Hablemos con juicio un poco,
Porque quisiera apurar
Esta materia que toco.
Gasp. No es muy fácil el estar
En juicio yo con un loco.
Ort. ¡Quien no te ve tierno aquí,
Allí airado, allá quejoso,
Acullá fuera de tí,
Siempre en el afan ocioso
De andar de aquí para allí!
Ya te acredita de amante
El favor, y ya la ira,
Tiñéndose á cada instante
Del color de la mentira
Camaleon tu semblante.
Válgate el cielo, señor,
No te acabo de entender;
¿Qué es esto?
Gasp. Todo es amor.
Ort. ¿Cómo el engaño ha de ser
Amor?
Gasp. Por eso mejor.
Ort. ¿Pues no es amor un confuso
Accidente apetecido.
Un fuego en el alma infuso,
Y un hielo al aliento unido?
Gasp. Si eso es amor, no es al uso.
Ort. ¿No es amor un leve ardor,
No es un daño procurado;
Un apacible dolor,
Y un dulcísimo cuidado?
Gasp. No es al uso, si es amor.
Ort. ¿Pues no sabremos cuál es
Amor al uso, señor?
Gasp. ¿En mi pecho no lo ves?
Ort. Esplicamelo mejor.
Gasp. Oyelo pues.
Ort. Dilo pues.
Gasp. Acreditar sin pena una pasion,
Perder miedo y cariño á la beldad,
Hacer su voluntad sin voluntad,
Suspirar sin dar cuenta al corazon;
No matarse en pasando la ocasion,
Llorar en ella por curiosidad,
Formar de una mentira una verdad,
Hacer de una palabra una razon;
Mudar de sitio en el primer vaiven,
Arrojar los pesares por ahí,
Recibir los favores al desden;
Y en fin, para acabar de estar en sí,
Querer á todas las mugeres bien,
Y mal á cada una de por sí.
Este, Ortuño, es el amor
Que se usa.
Ort. Pues, señor,
Mire uced como ha de ser,
Que á Juana no ha de querer,
O la ha de querer mejor;
Ya que he llegado á ampararla,
Y mirar por su remedio,
Si se ha de tratar de amarla,

(En esto no ha de haber medio)
Quererla mucho, ó dejarla.
Gasp. El quererla mucho escojo.
Ort. En verdad que no te engañas;
¿Mas que has hecho de tu enojo?
¿Como te dejan pestañas
Tantos pesares al ojo?
Gasp. Mira, aunque anoche salí
Airado con Isabel,
Porque á don García ví
Dentro en su casa, y con él
Cumplió, dejándome á mí;
Y aunque tambien me hallé luego
Con doña Clara perdido,
Porque entrando á hablarla ciego
Averigüé que habia sido
El que se escondió don Diego;
Sabe, que á muy poco trecho
Que anduve, despues que yo
Te envié, se halló mi pecho,
De cuanto le sucedió
Con ellas dos satisfecho;
De suerte, que si mi amor
Ayer se trocó en desden,
Enojo, rabia, y furor,
Hoy á Isabel quiero bien,
Y á doña Clara mejor.
Ort. ¿Pues como tantos consuelos
Hallaste, y siendo tan fuerte
El pesar, que en tus recelos
Satisfecho...?
Gasp. De esta suerte
Me hallé sin todos mis zelos.
Salí á la calle despues
De aquel accidente raro,
Que me sucedió en la casa
De doña Clara, aguardando
A que saliese don Diego;
Para apurar todo el caso,
Porqué juzgué que no era
Posible haberle llamado
Doña Clara, al tiempo mismo
Que á mí me estaba esperando.
Salió, pues, y á mí se vino
Colérico y enojado,
Porque escuchó la disculpa
Que me oyó contra el recato
De su hermana, procuré
Reducirle, asegurando
Sus sospechas, y en el mismo
Ir ponderando mi agravio.
Me dió á entender que en la casa
De doña Clara entró acaso,
Que ella se enojó de verle,
Que á la ventana llamaron,
Que dijo que era su padre,
Y que él se escondió en el cuarto
Del jardin, con lo cual yo
Vine á hallarme asegurado
De esta duda, y tan gustoso,
Que me agradecí mi engaño;
Mas don Diego, que ya entonces
Mañoso me habia sacado
De la calle, me embistió
Con el acero en la mano:
Hallóme con él, y apenas
Se formó el primer reparo,
Cuando llegó don García,
Y vino á hallarse obligado
Don Diego á callar delante
De su enemigo, su agravio,
Y así, fingió que los dos
Nos estábamos burlando.
El se fué, y quedéme solo
Con don García, y tratando
De Isabel, me confesó,
Que se valió su cuidado
Anoche de una criada,
Para entrar donde le hallamos,
Sin que Isabel lo supiese;
De suerte, que en breve rato
Saqué dos seguridades,
De dos zelos se trocaron
Dos penas en dos avisos,
En dos gustos dos cuidados,
Y yo en un sosiego inútil
Me hallé muy desamparado,
Sin mi queja; que el faltar
La razon en tales casos,
Viene á ser ocio, y el ocio
Es grandísimo trabajo.
Ort. ¿Sabes lo que decir quiero?
Gasp. ¿Qué, Ortuño?
Ort. Que es un diablo
Muy entendido el que tiene
Por su cuenta tus pecados.
¿Ahora, señor, me vienes
De nuevo embarraganado,
Cuando pensé que harias
Despues de dos desengaños,
Una confesion bien hecha?
Pues sois los enamorados
Tales, que habeis menester
Reñir para confesaros;
Porque cualquiera enfadillo
Que os da la que estais amando,
Es un gusano que os pudre;
Y así, en habiendo acabado
De pudriros, suele dar
Tras la conciencia el gusano.
¿En fin, quieres á Isabel?
Gasp. ¿Eso quién puede dudarlo?

Ort. ¿Y á Clara?
Gasp. Como al principio.
Ort. A la calle hemos llegado
Sin sentir; ¿y á cuál de todas
Quieres con menos engaño?
Gasp. De mi doña Clara hermosa
Estoy casi enamorado.
Ort. ¿Y Juana ha apedreado el cap?
Gasp. Juana es ripio de cuidado.
Ort. Daré voces: ¿Juana es ripio?

ESCENA II.

DICHOS Y JUANA CON MANTO.

Juana. Eso está muy mal hablado,
Y pudiera, el muy bribon,
Saber ya como me llamo.
¿Qué cosa es, Juana es ripio?
Gasp. Juana hermosa, no hagas caso
De ese loco, porque al fin
Discurre como hombre bajo.
¿Qué piensas que me decia?
Que para quererte tanto,
Como te quiero, eres ripio.
Juana. Eso mismo he escuchado.
Ort. Señores, ¡hay tal desdicha!
Juana, me lleven los diablos,
Si no me has mudado el tono.
Juana. ¿Qué tono he de haber mudado?
Ort. Que yo lo dije en falsete,
Y lo oiste en contrabajo.
Gasp. ¿No callarás, majadero?
Ort. En estas cosas no hay amo;
Si como tu pan, tú comes
Mi carne, que es mejor pasto.
Gasp. ¿Pues, mi Juana, era hora ya
De vernos? ¿olvido tanto
Con quien te estima, y te quiere?
Ort. ¿Qué esto escucho, y no me caigo?
Juana ¿Pues vos, señor, me echais me-
Teniendo tan ocupado [nos,
El gusto?
Ort. ¿Y le pide zelos?
¿Para cuando son los palos?
Gasp. Tu amor, Juana, sabe hacerse
Lugar en mi pecho.
Juana. Vamos
A lo que importa: mi ama
Me envia á decirte...
Gasp. ¿Y cuándo
La he de ver?
Juana. ¿No dejarás
Que te lo diga despacio?
¿Ves cuál estás? Esta tarde
Te quiere hablar en el caso
De anoche, y satisfacerte
De que don Diego...
Gasp. Ya me hallo
Satisfecho, y sé que está
Sin culpa.
Juana. Pues acabados
Los enojos, podrá usted
Ir muy abierto de brazos,
Muy ternísimo de afectos,
Y muy eficaz de halagos.
Ort. Ya no puedo mas: ¿señor?
Gasp. ¿Qué quieres?
Ort. Pues tienes tanto
De saludador, procura...
Gasp. ¿Qué?
Ort. Que yo estoy rabiando.

ESCENA III.

DICHOS, Y DOÑA ISABEL É INES CON MANTO.

Isab. Mi hermano, como te digo,
Me tiene con gran cuidado,
Porque desde anoche está
Melancólico, y hablando
Con equívocas razones,
Con don Gaspar: me ha causado
Recelos de que ha entendido
Mi amor, y por avisarlo
A don Gaspar, he salido
En este trage, y dejando
En mi casa prevenido,
Que si viniere mi hermano,
Digan que vino mi tia,
Y me fuí con ella al Prado;
Pero aguarda, ¿no es aquel
Don Gaspar?
Ines. Sí, está hablando
Con una: ¿sabes quién es?
Isab. ¿Quién es?
Ines. Es, si no me engaño,
Criada de doña Clara.
Isab. ¿Sabeslo bien?
Ines. En el campo
Juzgo que la ví con ella.
Isab. No me he de ir sin apurarlo.
Gasp. Juana, como no te enojes,
Veré á tu ama.
Isab. ¡Temblando
Estoy de cólera!
Ines. ¿Y llegas
A hablarla?
Isab. Ya me he empeñado.
¿Señor don Gaspar?
Gasp. ¿Quién es?

Isab. Quien ya de vuestros engaños
Quedará desengañada.
Gasp. ¡Bella Isabel! como... cuando...
Ines. Espera, pues.
Gasp. ¡Mi señora!
¿Vos aquí? ya estoy turbado. *ap.*
Ort. ¡Vive Cristo, que me huelgo! *ap.*
Isab. Yo tengo un poco que hablaros,
Y puede irse esa criada.
Juana. Mi reina, yo por mí hablo,
No como criada de nadie.
Isab. Lo que dudo he de apurar. *ap.*
A doña Clara de Castro,
Vuestra señora, direis,
Que una tapada os ha enviado
Noramala, y que con ella
Lo mismo hiciera.
Ort. A lo largo *ap.*
La ha tendido: entre una ronca
Y una clara está mi amo.
Juana. Si aquí estuviera mi ama,
Ya que vos la habeis nombrado,
Ella volviera por sí.
Isab. Ines, lo que sospechamos
Es cierto.
Ines. Cayó la pobre.
Gasp. Juana, repara... ¿Hay enfado
Como este? mira, que yo,
Aunque el indicio es tan claro...
Isab. Satisfaced la criada,
Que yo me iré á no estorbaros,
O á no sentirlo, ó sentirlo
Como pide vuestro engaño.
Gasp. Aguarda, advierte.
Isab. Esperad.
Gasp. Oyeme primero un rato.
Yo quiero satisfacerla, *ap.*
Que Juana sabrá callarlo
Por el interes, ¿Ortuño?
Ort. ¿Señor?
Gasp. Tenme tú cuidado
De que Juana no se vaya.
Ort. Está bien.
Ines. ¡Qué estos bellacos *ap.*
Se usen, y las mugeres
Tan diferentes seamos!
Gasp. Es verdad que esta criada
Me estaba, Isabel, hablando
Allá de cosas pasadas;
Pero yo estoy tan postrado
A tus ojos, que no hay gusto
Para mí, que ser tu esclavo.
De mejor gana dijera *ap.*
A doña Clara otro tanto.

ESCENA IV.

DICHOS, DON DIEGO Y MARTIN.

Diego. Digo, pues, que me pasó
Todo lo que te he contado,
Y que de ello he colegido,
Que don Gaspar, profanando
Nuestra amistad, quiere á Clara;
Que haberle en su casa hallado
Anoche, haberse valido
Con su padre de un engaño,
Y de otro engaño conmigo,
Son evidentes y claros
Indicios; ¿mas no es aquel
Don Gaspar?
Mart. Él es, y hablando
Con una muger está.
Diego. Tente, que si no me engaño,
Es doña Clara, que aquella
Que allí está con el criado
Descubierta, es la criada;
Que anoche me escondió cuando
Entré en su casa; esto es cierto;
Desde aquí disimulados
Podremos ver en qué para.
Isab. Despues de tal desengaño
¿Qué disculpa podrá darme
Vuestro amor? ¡pero mi hermano
Está en la calle!
Gasp. ¿Qué dices?
Isab. Ines, cúbrete.
Ines. ¡Temblando
Estoy toda!
Isab. No me ha visto,
Que divertido está hablando
Con Martin; mejor será
Que os vais aprisa.
Gasp. Y si acaso
Te ha visto, ¿te he de dejar?
Isab. No es este trage que traigo
Conocido, y si os ve aquí
Es fuerza hacernos reparo.
Gasp. Pues yo me voy.
Isab. ¡Bien pagais
Tan costosos sobresaltos!
Gasp. Mi amor volverá por sí.
Isab. Idos pues.
Gasp. ¡Bien se ha trazado! *ap.*
Ortuño, ya que no puedo,
Sin ser de Isabel notado,
Hablar á Juana, con ella
Te puedes quedar un rato,
Hasta enviarla reducida
A callar lo que ha pasado,
Y ofrecerla cien escudos,

Si vieres que es necesario.
Ort. Sí será.

ESCENA V.

DICHOS, MENOS DON GASPAR.

Juana. Por no enojarla
Se va. ¡ Buena me ha dejado!
Mart. Él se ha ido.
Diego. Yo lo veo;
Pero allá se ha quedado,
Y por afirmarme bien
Si es doña Clara, yo guardo
Mis iras para despues.
Isab. Ines, él muestra cuidado
Porque no se va, y me vuelve
A mirar de cuando en cuando;
Mas ya se acerca: ¡ ay de mí!
Anda, pesemos de largo.
(*Pasa uno por delante del otro, mirando mucho y haciéndose cortesías.*)
Diego. No parece doña Clara.
Mart. Eso estaba reparando.
Isab. Por si ha reparado, es bien
Que algunas calles torzamos
Antes de volver á casa.
Ines. Bien has dicho.
Isab. ¡ Amor tirano,
Si en este susto pudiera
Alcanzarte mi cuidado!

ESCENA VI.

DICHOS, MENOS DOÑA ISABEL É INES.

Diego. ¡ Hay mas raras confusiones!
La una criada ha dejado:
¿ Si ha sido por deslumbrarme,
Pues no han de poder lograrlo,
Que por salir de esta duda,
Y porque luego su engaño
No me niegue lo que he visto,
La he de ir seguiendo á lo largo,
Hasta ver donde entra; ¡ amor!
Déjame este desengaño.
(*Vase don Diego y Martin por donde se marchó doña Isabel, y quédanse mirando Ortuño y Juana.*)

ESCENA VII.

JUANA Y ORTUÑO.

Ort. Mucho he temido este lance: *ap.*
¿Si sabré hacerme enojado?
Juana. Ortuño se queda: ¡bueno! *ap.*
Ort. Lo que temo es estas manos *ap.*
De demonio, que nacieron
Inclinadas á sopapos.
Juana. Ortuño, ¿ cómo no llegas
A bablarme? ¡ retiro tanto!
¿ Ya no me ves? ven acá:
Dime, ¿en qué entiende tu amo?
No me niegues lo que sabes,
Pues sabes que sé pagarlo:
¿ Viene muy tarde de noche?
¿ Anda muy enamorado?
¿ Se acuerda á veces de mí?
¿ Me quiere de cuando en cuando?
Un vestido tienes cierto,
Si haces como buen criado:
¿ Tiene muchas?
Ort. Sí señora,
Muchas tiene, cuatro aguardo;
Pero todas se le quedan,
Sino la de Ortuño.
Juana. Es llano;
¿ Tiene muy buenos aceros
Esa hoja?
Ort. No son malos,
Aunque un mordiente que tiene
Le echa á perder un recazo.
Juana. Guarnécela bien, no importa.
Ort. Tambien se le va formando
Algunas vueltas.
Juana. ¿ De qué?
Ort. ¿ De qué? de coces y palos.
Juana. ¿ De ese modo faltará
En la pendencia?
Ort. Veamos:
Ya no puedo sufrir mas:
Pase acá la infame.
Juana. Paso:
¡ Por Dios, que me has hecho añicos
Con la mano todo el brazo!
Ort. Esto es juego.
Juana. Pues si es juego,
No quiero probar la mano.
Ort. Escusar esa probada
No es posible.
Juana. Hablemos claro,
Señor mio, que uced tiene
De racion catorce cuartos
Y un pan, y de quitacion
Lo que le sisa á su amo.
Yo, aunque soy tan linda moza,
Mil menesteres humanos
Tengo: conviene á saber,
Como, ceno, visto y calzo;
Usté guarda el real que ahorra,
Tan lindamente guardado,
Que por ahorrado que esté,
No deja de estar esclavo.
Si me ve algun vestidillo,

Y alhaja que no ha comprado,
Se mesura y pide cuenta,
Pero no cuenta por pago.
Si algun regalo me traen,
Se porta en él tan taimado,
Que conmigo tiene hocico,
Y boca con el regalo.
Pues, señor mio, estas cosas
No son por arte del diablo,
O haced el milagro vos,
O no hacer tantos milagros.

Ort. ¡Válgame Dios! ¡qué gran fuerza
Trae consigo el hablar claro! [*ap.*
Digo, Juana, que ya estoy
Confundido siete estados
Debajo de tu razon,
Y de hoy mas te ofrezco y mando,
De gastar la cortesía,
Ya que otra cosa no gasto.
Pasarme pienso á cuchillo
La imaginacion; y caso,
Que al pasármela resuelva
En lo mejor de mis cascos,
Si hubiere bien que comer,
Haré que miro á otro cabo.

Juana. De ese modo viviremos.

Ort. Pues de este modo vivamos.

Juana. En fin, ¿no has de pedir zelos?

Ort. Yo no, Juana; ¿tú has de darlos?

Juana. Eso yo te lo prometo.

Ort. Pues la mano.

Juana. Pues la mano.

Ort. ¡Válgame Dios! ¡qué gran fuerza
Trae consigo el hablar claro!

Juana. A Dios.

Ort. A Dios. ¡Ah, sí! Juana,
Aquí me dijo mi amo,
Que te ofrezca cien escudos,
Si callas lo que ha pasado:
Mira tú lo que has de hacer.

Juana. Cien escudos, callarlo;
¿Y vendrán presto?

Ort. Eso no;
Pero serán bien mandados.

Juana. Yo pensaba callar ya,
Pero ya que me has hablado
Con claridad, á mi ama
La he de contar todo el caso.

Ort. ¡Válgame Dios! ¡qué gran fuerza
Trae consigo el hablar claro!

ESCENA VIII.

Sala en casa de don Mendo.

DOÑA CLARA Y DON MENDO.

Clara. Señor...

Mendo. Esto ha de ser, no hay replicarme. [cusarme,

Clara. Yo te he de obedecer; no es es-
El discurrir, señor, con tu licencia.

Mendo. No toca el discurrir á la obediencia, [diencia,
Tu esposo don García,
Queja tendrá de la tardanza mia,
Pues estando tratado
De casar, tanto ha lo he dilatado,
Y el vulgo, que indiscreto,
Sin ver la causa, juzga del efecto,
Dirá, no averiguando en qué consiste,
Que de los dos alguno se resiste;
Y cúando esto no sea,
Que alguno de los dos no lo desea:
¿Pues cómo he de honestar el dilatarlo,
Pues basta para culpa el no abreviarlo?

Clara. Señor, la dilacion que yo te pido,
Es solo hasta que mas introducido
El cariño en los dos, ¡qué mal le engaño!
Sino mas fino, esté menos estraño, [*ap.*
Que es negociar que falte la firmeza,
Ir sin fineza la mayor fineza.

Mendo. Amor, que es tan amigo del recato,
No ha menester préambulos al trato,
Que cuando á la razon sigue el sentido,
No va arrastrando, sino conducido;
Yo estoy viejo, tú, Clara, eres hermosa,
La guarda del honor es peligrosa,
Y aunque es tal tu cordura,
Que fiársele puede á tu hermosura,
Tambien puede fiársele, que advierta,
Que en edad tan prolija, y tan incierta,
No se puede llamar afecto ciego
Este inquieto anhelar por el sosiego.

Clara. Señor...

Mendo. Ya tu respuesta he prevenido,
Es razon esto, habráte convencido:
Yo voy por don García,
Todo se debe á la fineza mia.

ESCENA IX.

DOÑA CLARA.

¡Hay mas rara violencia! [cia?
¿Qué he de hacer voluntad de la obedien-
¿Y que mi padre, con imperio injusto,
Introduzca preceptos en mi gusto,
Y quiera disponer, que mi albedrío
Se rinda al suyo, y que parezca el mio?
Pues esté pertinaz en su porfía,
O parézcalo yo, con don García,
No me ha de ver casada,
Que esta accion dura mucho para errada.

¡Oh si viniese Juana! ¡oh si viniese
Con ella don Gaspar para que viese
El aprieto en que estoy, y satisfecho
De las injustas dudas de su pecho,
Me ayudase al remedio, si le tiene
Tanta resolucion! mas Juana viene.

ESCENA X.

DOÑA CLARA Y JUANA.

Clara. ¿Juana?
Juana. ¿Señora mia?
Clara. Gran deseo tenia
De que vinieses: di, ¿qué te ha pasado
Con don Gaspar?
Juana. Yo traigo buen recado.
Clara. ¿Le hallaste? ¿le dijiste ya la hora
En que me pueda ver?
Juana. ¡Pobre señora!
Clara. Nunca le he deseado con mayores
Afectos.
Juana. ¡Ay qué lástima!, señores! *ap.*
Clara. No me respondes, ¿qué te ha sucedido?
¿No le has hallado?
Juana. Sí, pero perdido.
Clara. ¿Pues qué, no te ha escuchado?
Juana. Mejor fuera.
Clara. ¿Pues qué, no quiere verme?
Juana. Mas valiera.
Clara. Pues despéname, y dime qué ha pasado.
Juana. A darle satisfaccion
De sus zelos fuí, señora...
Clara. Presto, que no estoy ahora,
Juana, para relacion.
Juana. Atajásteme, que ya
Me entraba en romance.
Clara. Di.
Juana. ¿Quiéreslo mas breve?
Clara. Sí.
Juana. ¿Sí? pues vaya por acá:
Llegué á hablarle, y halléle menos ciego
De zelos, que pensé, porque don Diego
Todo lo que pasó le habia contado,
Y apenas yo le dije tu recado,
Cuando llegó furiosa una tapada.
Clara. ¿Qué dices?
Juana. Oye, pues, que aquesto es nada.
Clara. ¿Y te habló?
Juana. Sentidísimas razones.
Clara. ¿Y él la escuchó?
Juana. Y la dió satisfacciones.
Clara. ¿Y conocióte?
Juana. Sí, porque muy fiera
Me trató, maldiciéndome, que hiciera
Lo mismo con mi ama doña Clara.
Clara. Cómo ¿qué dices?
Juana. Fué vergüenza rara
La que pasé.
Clara. ¿Y pudiste conocella?
Juana. No fué posible.
Clara. ¿No? Fueras tras ella.
Juana. No me dejó el criado,
Que me ofreció muy falso y muy taimado,
De parte de su amo unos doblones
Porque no te dijese sus traiciones;
Mas soy fiel, y tú amor me compadece,
Y él diz que manda, pero no obedece.
Clara. Diera la vida, por saber quién era
La dama.
Juana. Lleve el diablo quien tal diera,
Vivamos con un poco de cuidado,
Que ella vendrá á las manos.
Clara. ¿Quién ha entrado?

ESCENA XI.

DICHAS, DOÑA ISABEL É INES ALBOROTADAS.

Isab. ¿Sube?
Ines. Sí; pienso que sube.
Isab. Señora, si el ser quien sois,
Os obliga á que ampareis
Una muger como yo,
Sabed, que me ha sucedido...
Clara. ¿Doña Isabel?
Isab. Sí, yo soy,
Que aunque nos hemos tratado
Tan poco, es fuerza que vos
Me favorezcais.
Clara. ¿En qué?
Isab. Mi hermano don Diego (estoy
Sin aliento) me ha seguido,
Y habiendo torcido yo
Algunas calles, volvia
A mi casa (¡qué temor!)
Y al querer entrar en ella,
Le volví á ver, y por no
Aventurarlo, me entré
En vuestro zaguan (¡ay Dios!)
Para aguardar que pasase;
Mas no solo no pasó,
Pero se ha entrado tras mí:
La vida vuestro favor
Me importa; un hermano es
Quien me sigue, la ocasion
Es decente, yo me escondo:
Entra, Ines.
Clara. Tened por Dios,

¿No es preciso que él os busque,
Si como decis, os vió?
Isab. No hará, que no me ha podido
Conocer, que mi temor
Le hizo seguirme, y si os ve,
Pensará que fuisteis vos.
Clara. ¿Pues cómo ha de juzgar eso,
Hallándome como estoy?
Isab. Bien dices, esto ha de ser,
(Mucho discurre el temor)
Con solo hallar ese manto
En vuestras manos.
Juana. Ya entró
En la antestala.
Isab. Anda, Ines.
Clara. ¿A quién esto sucedió?
(*Escóndese doña Isabel, y deja el manto en las manos de Clara.*)

ESCENA XII.

DICHAS Y DON DIEGO.

Diego. Niega, ingrata; niega, ingrata,
Que justos mis zelos son.
Clara. Ten, Juana, ese manto.
Diego. Di,
Que se ha engañado mi amor,
Que mis ojos han mentido,
Y que lo mismo que estoy
Tocando, no es evidencia,
Sino engaño é ilusion.
Clara. Señor don Diego, ¿qué es esto?
¡Hay mas rara confusion! *ap.*
Advertid... No sé que hacer, *ap.*
Pues no he de decirle yo,
Que es su hermana la escondida.
Que engañado (¿hay turbacion
Como esta?) habeis entrado
En mi casa.
Diego. Bien por Dios:
¿Luego tú piensas, ingrata,
Que desde que se apartó
Tu amante, no te he seguido?
Clara. Con amante la encontró. *ap.*
Diego. Ven acá, ¿no te acababas
De quitar, cuando entré yo,
El manto? ¿no se le tiene
Puesto esa criada? ¿no
Os vi yo con don Gaspar
En esta calle á las dos?
Clara. ¿Con don Gaspar?
Diego. Sí, negadlo.
Clara. ¿Luego la que se escondió *ap.*
Es la misma que vió Juana?
¡Hay desengaño mayor!
Juana. ¿Luego esta es la del reto? *ap.*
Pagaráme lo que habló.
Diego. Ya en fin, doña Clara, ya
Desengañado mi amor,
Se resuelve á abrir los ojos,
Que nuestro engaño cegó.
Clara. Sin duda, señor don Diego,
Que os quita vuestra pasion
La memoria de que hablais
Conmigo; volved en vos:
¿Qué promesa teneis mia?
¿Qué caricia, ó qué favor,
Para dar á vuestras quejas
Tanto afecto, ó tanta voz?
Si un papel os escribí,
Fué que entonces me importó;
Volvedle á ver, no hagais
Veras las que burlas son,
Idos, pues, no me veais.
Diego. ¿Con esa resolucion
Me hablais?
Clara. Es cuerda y precisa.
Diego. Y porque penseis que estoy
Desengañado, el papel
Que decis volverá hoy
A vuestra mano.
Clara. Será
Hacerme un grande favor.
Diego. Yo os lo ofrezco.
Clara. Yo lo acepto.
Diego. Pues yo voy por él.
Clara. A Dios.
Diego. A Dios, pues, que en don Gaspar
Vengará mi pundonor
El modo de disculpar
Culpas de vuestra aficion;
Yo le quitaré la vida,
Por si en ella os halla á vos.

ESCENA XIII.

DICHAS, MENOS DON DIEGO.

Clara. ¿Ois? ya que vais resuelto
A matar ese traidor;
Venid á mí, si os faltáre
Corage, acero, ó razon.
Juana. ¿Qué te parece, señora?
¿En fin, está en esta sala
La que me envió noramala?
Calla, pues, que yo entro agora.
Clara. Aguarda el paso, deten.
Juana. ¿A qué? ¿no me dejarás?
Clara. ¿Pues qué quieres? ¿dónde vas?
Juana. ¿Dónde voy? á quedar bien.
Clara. Mira si nos oye.

Juana. No,
Que á lo mas hondo su miedo
La hizo entrar.
Clara. Pues habla quedo,
Que mi agravio imaginó
La venganza mas cruel.
¿Vendrá agora don Gaspar?
Juana. Ya no es posible tardar.
Clara. Vengaréme de ella y de él.
Juana. Pues déjame en tanto ir
A medio matar un gato,
Porque la demos un rato
De gato á medio morir.
Clara. No nos oiga.
Juana. No se asome...
¡Ah! sí; ¿quieres que de paso
Entre agora á ver si acaso
Tiene tinta la redoma?
Clara. Tú verás, que á su despecho,
En viniendo este villano,
He de escribir con mi mano
Mis venganzas en su pecho.
Juana. Pues mira, ya que tan rara
Venganza quieres urdir,
Si el pecho le has de escribir,
Hazle la cruz en la cara.

ESCENA XIV.

DICHAS Y ORTUÑO.

Ort. ¡Ce! Juanilla.
Juana. Ortuño viene.
Ort. ¿Puede ya entrar mi amo?
Juana. Sí:
Di que mi ama está aquí.
Clara. Mi venganza se previene.
Juana. ¿Cómo la has de encaminar?
Ya estoy rabiando por vella.
Clara. Tú, Juana, entra con ella,
Y en viniendo don Gaspar,
Haz que se llegue á esta puerta,
Mientras durare este lance,
Y porque á verla no alcance,
Puedes correr la antepuerta.
Juana. Yo lo dispondré, que ya
Estoy al cabo.
Clara. ¡Ah, sí, Juana!
Lucía esté á la ventana.
Para avisar.
Juana. Está bien.
Vase Juana, dejando corrida una antepuerta, que habrá en un lado.)

ESCENA XV.

DOÑA CLARA, DON GASPAR Y ORTUÑO.

Gasp. Allí está.
Ort. ¿No llegas?
Gasp. Sí.
Ort. ¿Y vienes, en fin, muy tierno?
Gasp. Cada dia quiero mas
A esta muger.
Ort. Segun eso
Juanilla...
Gasp. Por hoy es tuya.
Ort. Sobra muchísimo tiempo.
Gasp. Si alguna vez, prenda hermosa,
Si alguna vez, dulce dueño,
Te merecieron mis ansias
Piedad, ó atencion...
Clara. ¡Qué bueno! *ap.*
Gasp. Hoy, por mas afectuosas,
Te merecen...
Clara. ¡A buen tiempo! *ap.*
Gasp. Mas piedad, mas atencion...
Clara. ¿Si estará Isabel oyendo? *ap.*
Porque si ella no lo escucha,
Se echa á perder todo esto.

ESCENA XVI.

DICHOS, DOÑA ISABEL Y JUANA.

Isab. ¿Fuése ya?
Juana. Sí, ya podeis
Salir; pero un caballero
Está hablando con mi ama;
Esperad.
Isab. ¿Qué es lo que veo? *ap.*
Don Gaspar es; ¡que esto sufro!
Gasp. Digo, pues, hechizo bello
De mis ojos, Clara hermosa...
Clara. Ya la he sentido en el puesto, *ap.*
Diga mucho de eso ahora,
Que ya es bueno, y á buen tiempo,
Gasp. Digo, pues, que de mis dudas
Vuelvo otra vez satisfecho,
A hacer que mi corazon
Se abrase en mejor incendio.
¡No sé que añade en los ojos
El gusto, adorado dueño,
Que hoy me pareces mejor
Que ayer! pero ya lo entiendo;
Hoy te miro con amor,
Y ayer te miré con zelos,
Y aunque tu belleza es una,

Mi atencion es otra, puesto
Que ayer los ojos airados,
Y hoy amorosos y tiernos,
Ayer verian lo hermoso,
Mas hoy ven lo lisonjero.
Clara. Si alguna vez regalaron *ap.*
Mentidos estos requiebros,
Es hoy, porque ando á buscar
El sonido, y no el afecto.
Isab. ¡Confusa estoy!
Juana. ¡No es mal como
El que lleva la del reto!
Clara. En fin, ya vamos echando *ap.*
Mas tósigo en el veneno.
¿Ya, en fin, satisfecho vienes
De tus injustos recelos?
Gasp. A tus piés vuelvo rendido.
Clara. ¿Y ya prometerme puedo
Tu firmeza?
Gasp. Será eterna
La adoracion de mi pecho.
Clara. ¡Mira que me ofreces mucho!
Gasp. Es mucho mas lo que quiero.
Clara. ¿Y he de ser yo sola quien
Te merezca esos afectos?
Gasp. ¿Eso dudas?
Clara. No te espantes,
Que es poco lo que merezco.
Gasp. ¿Tú desconfias, bien mio?
Clara. Júralo, pues, y creerélo.
Gasp. ¡Fáltenme amen, esos ojos,
Si no me muero por ellos!
Clara. Guárdete Dios, que del modo
Que si lo viera, lo creo.
Isab. Ya no puedo sufrir mas.
Juana. Ya se aira, no es malo eso.
Gasp. Paréceme que á esa puerta
Siento gente.
Clara. ¡Raro medio *ap.*
De acabar esta venganza
Me ha ocurrido! Si allá dentro...
Las criadas... don Gaspar... (*turbase.*)
Yo á nadie escondido tengo...
Si Juana... porque yo... como...
¿Tú no lo ves?
Gasp. ¿Qué es aquesto?
Clara. Con turbarme he de empeñarle *ap.*
En que apure lo que quiero.
Gasp. ¿Pues quien te ha dicho que tú
Tienes á nadie encubierto?
Clara. Nadie; pero te conozco,
Y desde anoche te temo.
Gasp. Pues, vive Dios, que he de ver
Hasta el menor aposento
De la casa.
Clara. ¿Para qué?
Gasp. Porque en tu semblante veo
Señas de tu culpa
Clara. ¿No
Echas de ver, (habla quedo)
Que si algun amante mio
Aquí te estuviera oyendo?
Gasp. Que se saliera á matar
Conmigo, dirás; ¿no es esto?
Pues ya es antiguo.
Ort. Señor,
Don Diego es sin duda, entremos,
Antes que pueda achacarse
Juana maridos agenos:
Ven conmigo.
Clara. Aguarda.
Gasp. Aparta:
De este modo... ¿mas qué es esto?
(*Corre la cortina, y halla á doña Isabel y quédase turbado, y van saliendo, y queda en medio de las dos.*)
Clara. ¡Bien se ha hecho! *ap.*
Isab. ¡Muerta salgo!
Gasp. ¿Isabel?
Ort. ¡Lindo don Diego!
Gasp. ¿Pues cómo Isabel? ¿pues Clara?
¿De qué suerte (á hablar no acierto)
Juntas os hallo á las dos?
Clara. Por ver esto.
Isab. Por ver esto.
Ort. Mirenle, y luego dirán
Que está la virtud en medio. *ap.*
Clara. Ya, falso, alevoso amante...
Isab. Ya, ingrato, vil caballero...
Clara. Que este desengaño he visto...
Isab. Que este desengaño veo...
Clara. No podrán vuestras traiciones...
Isab. No podrá el engaño vuestro...
Clara. Deslumbrar...
Isab. Desvanecer...
Clara. Mis sospechas.
Isab. Mis recelos.
Clara. ¡Mugeres, escarmiento!
Fuego, fuego en los hombres.
Isab. Fuego, fuego.
Clara. ¿No me dejaréis hablar?
¿He de quejarme con ecos?
Isab. Decid, que yo guardaré
Mis enojos para luego.
Clara. Pues yo digo...
Gasp. Clara hermosa...
Clara. No hay Clara, atended.
Gasp. Ya atiendo.
Clara. Pensarás, ingrato amante,
Que á mi me hace novedad
El ver esta variedad

En tu pecho y tu semblante;
Pues no, ninguna se espante,
Ni otra accion del hombre espere;
Que el que mas gime, y se muere
Por vencer nuestro desden,
Dice lo que quiere bien,
Mas no dice lo que quiere.
El hombre menos traidor
Atras nuestro engaño deja,
Y está el ser mejor su queja
En que se queja mejor.
Nosotras nuestro dolor
No le sabemos decir,
Sentirle sí, hasta morir;
¿Pero qué viene á importar,
Si nos falta el ponderar,
Que es el alma del sentir?
Y así, aunque airada me ves,
Sin mas señas que irritarme,
Advierte que el enojarme
Mi mayor venganza es.
Este amor nos cura; pues,
Mugeres, cese el abuso
De amar como amor dispuso,
Muera el favor y el desden,
Y desde hoy, mal haya amen,
La que no entrare en el uso.
Isab. Mal haya, amiga, mil veces,
No mas vanos rendimientos.
Clara. Imitemos sus traiciones.
Isab. Sus dobleces imitemos.
Clara. Y vos, traidor...
Isab. Vos, ingrato...
Clara. Fementido...
Isab. Falso...
Clara. Necio...
Isab. Para quien sois os quedad.
Clara. Mo me veais, idos presto.
Las dos. Mugeres, escarmiento,
Fuego fuego en los hombres, fuego, fuego.
(*Detiénelas don Gaspar.*)
Gasp. Aguardad, no habeis de ir,
Que ya que en tan grande aprieto
Es fuerza que me declare,
O lo pierda todo, quiero
Que tú, Isabel, me perdones,
Y tú, Clara, mis afectos
Admitas; porque desde hoy
Eres mi absoluto dueño.

ESCENA XVII.

DICHOS, JUANA É INES.

Juana. Señora, tu padre ha entrado
Por la puerta falsa, y pienso
Que con don Garcia sube
Por la puerta de acá dentro.
Isab. ¿Con él viene don García?
Pues yo me voy, porque puesto
Que ya he entendido á este ingrato,
Con él despicarme pienso;
Y no es bien que me halle aquí.
Ven, Ines, ¿pero qué veo?
Mi hermano por acá viene.
Gasp. ¡Hay mas peligros!

ESCENA XVIII.

DICHOS, DON MENDO, DON GARCIA Y DESPUES DON DIEGO CON UN PAPEL.

Mendo. ¿Qué es esto?
¿Quién...? ¿Don Gaspar?
Gasp. Soy perdido. *ap.*
Diego. Ya, ingrata, á traerte vengo
El papel... ¿pero qué miro?
¡Don Gaspar, mi hermana, cielos!
¿Qué es esto?
Garc. ¡Aquí mi Isabel! *ap.*
¡Don Gaspar aquí! ¡hay sucesos
Mas raros!
Clara. Yo estoy sin vida.
Isab. A mí me falta el aliento.
Mendo. Esto ha de ser, don García;
Todos estamos suspensos,
Pues venga lo que viniere,
Oid, que yo soy primero.
Vos, que os habeis de casar
Con doña Clara, aquí dentro
Veis á don Gaspar, no dudo
Que os hallaréis con recelos;
Pues sabed que don Gaspar
A Isabel está queriendo.
Garc. ¿Cómo á Isabel? ¿qué decis?
Mendo. Que si ha entrado aquí, es por [eso;
Porque anoche á mi jardin
Saltó desde el de don Diego.
Diego. Eso no; piérdase todo,
Que tambien yo soy primero:
Don Gaspar está delante,
Y dirá lo que hay en eso.
Gasp. Tened, don Diego, aguardad,
Que si os hallo muy resuelto
No lo diré; mas por mí,
Y por vuestra hermana quiero
Decir la verdad: anoche
No entré en casa de don Diego;
Pero me empeñé en decirlo,
Por salir de aquel aprieto. [*ap.*
Garc. Al cuerpo me ha vuelto el alma.

Mendo. Pues de esa suerte, mi acero
Vengue el honor de mi hija.
Gasp. Tened, que pues no hay remedio
Sino darla yo la mano,
Yo se la doy desde luego.
Mendo. Eso es ya preciso.
Garc. Y yo,
Si la de Isabel merezco,
Seré feliz.
Diego. Yo lo soy
En que ella tenga tal dueño,
Y quede con ello firme
La amistad en nuestros pechos.
Ort. Y yo me caso con Juana,
Porque se acabe con esto
El amor al uso; pues
El casarse es á lo viejo,
Y humilde su autor os pide,
Que perdoneis tantos yerros.

DON ANTONIO DE ZAMORA.

EL HECHIZADO POR FUERZA.

Se cree generalmente que esta comedia, una de las mas celebradas de nuestro antiguo teatro, es una burla del imbécil Cárlos II que tambien se creia hechizado y cuyo exorcismo se celebró con las mas ridículas ceremonias en la iglesia de Nuestra Señora de Atocha en Madrid. Fuese ó no fuese esta la intencion del poeta, es lo cierto que la aprension de don Claudio le dió asunto para una comedia cuya lectura agrada siempre y que produce en el teatro escelente efecto.

El carácter del protagonista tiene, en lo miserable, alguna analogía con el don Márcos del *Castigo de la Miseria*, título que tambien cuadraria en cierto modo á esta comedia, pues su argumento se reduce á engañar á un avaro para que se case, negándose él á hacerlo solo por avaricia ó miseria. Así lo declara Leonor en la escena 1ª.

Mas que estando ya ajustadas
Ambas bodas, y el ajuste
Público en Madrid, se haya
De arrepentir caprichoso
Del contrato y la palabra,
Es ofensa y no desaire,
Y mas con tan ruin, tan baja
Disculpa, como (teniendo
Patrimonio que le basta)
No querer dejar la corta
Renta.....

Inútil nos parece insistir en las bellezas de que abunda esta comedia, prueba de las felices disposiciones del autor para la carrerra dramática, en la que hubiera podido hacer muchos mas progresos si hubiese vivido en circunstancias mas favorables. El mismo dice en el prólogo de sus comedias que se propuso tomar por modelo á Calderon, á quien llama con razon *el mayor maestro del arte*, pero la índole de su genio no estaba en armonía con la del gran poeta madrileño, y en efecto todas sus comedias heróicas son bastante débiles, á escepcion de las tituladas *Mazariegos y Monzalves* en que hay bellezas de primer órden y que por la grandiosidad de sus pensamientos y la rica lozanía de su lenguaje parece pertenecer á los mejores tiempos de nuestra escena, y *el Convidado de piedra* ó *No hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague*, que es una feliz imitacion del *Burlador de Sevilla* del maestro Tirso de Molina.

PERSONAS.

DON CLAUDIO.
EL DOCTOR CARRANQUE.
DON DIEGO.
PINCHAUVAS, vejete.
DOÑA LUISA.
DOÑA LEONOR.
ISABEL, criada.
LUCIGUELA, esclava.
PICATOSTE, criado.
TRES MÉDICOS.
JUANA, criada.
MUSICA, Y UNA ESTATUA COMO ANDA DON CLAUDIO.

La escena es en Madrid.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Habitacion de don Claudio.

DOÑA LEONOR, DOÑA LUISA É ISABEL.

Leon. ¿Me vió entrar tu hermano?
Luisa. No,
Pues aunque tan de mañana
Se viste, aun de su aposento
Está la puerta cerrada.
Isab. Como es la hora en que toma
Cuenta de lo que se gasta
A nuestro Rodrigo, ahora
Estará desde la cama
Ajustándonos la vida.
Leon. No quisiera que llegára
A verme, antes que viniera
El médico.
Isab. Pues ya tarda,
Que es puntualísimo siempre
Que mi señora le llama.
Luisa. ¿Porqué si me galantea,
El ver que me sirve estrañas?
Isab. Porque yo conozco alguno
Que pretende y no agasaja.
Leon. ¿En fin, doña Luisa mia,
Solicita cara á cara
Tus favores?
Luisa. Sí, Leonor,
Y de quererme se pasa
A celarme.
Leon. ¿Eso consientes?
Luisa. Sí, porque disimulada,
Para divertirme, hace
De su atrevimiento chanza.
Isab. El doctor Carranque es hombre
De raro filis, y mi ama
Debe estarle agradecida.
Leon. ¿Porqué?
Isab. Porque por amarla
Gualdrapa y peluca compra.
Leon. ¿Y de fineza tan rara,
Qué le has dicho?
Isab. ¿Qué le he dicho?
Que yo espero ver que traigan
La mula, la cabellera,
Y el médico, la gualdrapa.
Luisa. No de Isabel las locuras
Oigas.
Leon. Antes con su gracia
Divierto mi sentimiento.
Mas dime: ¿cómo se halla
Tu hermano don Claudio?
Luisa. Anoche
No estuvo bueno, y como anda
Melancólico estos dias,
Por las raras circunstancias
Que en ellos ha habido, siendo
Tu don Diego, quien las causa,
Se acostó temprano.
Leon. Aunque
Yo sola la interesada
Parezco en el cuento, debe
Ser el empeño de entrambas,
Pues si tu hermano conmigo,
Luisa mia, no se casa,
Mal con mi hermano don Diego
Tú te casarás, pues ambas
Bodas ajustó el prudente
Consejo de quien las trata.
Y queriéndoos con tan nobles,
Finas, recíprocas ansias,
Los dos debeis concurrir
A que se logre mi traza,
Porque si un nudo se rompe,
Dos coyundas se desatan.
Luisa. ¿Tú sabes cuanto á don Diego
Estimo, desde que grata
Rendí á su ruego la activa
Generosa repugnancia
De mi desden? Pero creo
Que son diligencias vanas
Las que emprendes.
Leon. Ya conozco
El raro genio, la estraña
Condicion, y en fin (perdona,
Luisa, aunque seas su hermana)
La terca simplicidad
De don Claudio; ¿pero cuántas
De esas porfías se vieron
Persuadidas, ó engañadas
De la industria discursiva,
De la sutileza humana?
Luisa. Nadie mas que yo, Leonor,
Por tí y por él se alegrára
De que el medio se consiga;
Pues la cosa que me agrada
Mas en el mundo, es un chiste
De habilidad cortesana,
En quien el garbo compite
Con la discrecion...
Leon. Te engañas,
Si piensas que es chiste el que es
Tu propio empeño del alma:
Que cuando don Luis, mi tio,
Antes de pasar á Italia,

Trató nuestros casamientos,
Mostrase su repugnancia
Tu hermano, aun cuando me sobran
Tantas razones de dama,
Fueran desaire, no ofensa;
Mas que estando ya ajustadas
Ambas bodas, y el ajuste
Público en Madrid, se haya
De arrepentir caprichoso
Del contrato y la palabra,
Es ofensa y no desaire,
Y mas con tan ruin, tan baja
Disculpa, como (teniendo
Patrimonio que le basta)
No querer dejar la corta
Renta, que le rinde en Parla,
No sé qué capellanía,
Por cuyo motivo anda
De hábitos largos, metido
A estudianton de la Mancha:
No dudo yo que en mi boca
Es la instancia desairada
Al ver que ruego; mas quiero
Yo, repitiendo la instancia,
Cerrar la boca á la siempre
Mordaz malicia villana,
De quien, al ver que ha tenido
Don Claudio en mi casa entrada,
Discurra que quizá pudo
Averiguar en mi casa
Algun algo que desmienta
Los créditos de mi fama.
Luisa. El que el motivo sea justo,
Leonor, si bien lo reparas,
No quita el que sea la empresa
Difícil. Pero tu esclava...

ESCENA II.

DICHAS Y LUCIGUELA A LA ANDALUZA, CON UN CLAVO EN LA FRENTE.

Luc. Buenos dias.
Isab. Luciguela,
A buena hora te levantas.
Luc. Isabel, toca esos huesos.
Leon. ¿Qué hay, Lucía?
Luc. Que ahora pasa
La calle el doctor Carranque,
Acicalado de barba,
Punzando con los bigotes
El embozo de la capa.
Luisa. ¿Qué te dijo?
Luc. Que al instante
Venia, porque pasaba
A una junta, en que le habian
De dar el dinero en natas.
Luisa. No murmures dél, Lucía,
Que en efecto soy su dama,
Y lo siento.
Luc. Vamos claros,
Él es médico de chapa,
Y en su vida ha errado cura.
Isab. ¿Porqué?
Luc. Porque siempre mata;
¿Pero, señora, en qué estado
Estamos de nuestra traza?
Leon. Ya la he dicho á Luisa, como
Valiéndose nuestra maña
De la aprension con que siempre
Vive don Claudio, de que haya
Quien le hechize, pues jamas
Mordió pan, que no acabára,
Gastó cinta, que no queme,
Ni tomó dulce, ni alhaja
De muger, que no consiga,
Que uno muerda, y otro traiga,
He pensado, en que despues
De obligarle cortesana,
(Si á mi razon se resiste)
Le he de amenazar airada
Con mi razon, y contagio,
De quien (verdad sea, ó chanza)
Desconfia, pues criolla,
Venida de Guatemala,
Le has echo creer, que en las Indias
Hacer hechizos es gala,
De suerte, que concurriendo
El médico, que se halla
Pretendiente de marido
Con Luisa, hacerle creer que anda
Hechizado, y tú esforzando
Con tus enredos la traza,
(Segun es poco avisado)
Será posible que caiga
En el engaño; y ya que
Al fin no se logre nada,
¿Que se pierde en intentar
Una accion que cuando salga
A la calle, pasará
Por chasco, y no por venganza?
Luc. Como el médico me ayude,
Doña Luisa me haga espaldas,
Tú finjas, Isabel calle,
Cátale hechizado.
Luisa. Es tanta
La fineza con que sirvo
A Leonor que por lograrla,
Al médico he reducido
A que por su parte haga
Espaldas á nuestra industria.
Luc. ¿Y cuándo, para empezarla,

Ha de venir?
Luisa. Hoy le espero.
Luc. Pues las manos en la masa
Tenemos, señora no hay
Sino echar la red.
Luisa. Calla,
Que ya de su cuarto á medio
Vestir sale.
Leon. En esta cuadra
Nos entremos, hasta que
Sea ocasion que salga.
Isab. Con él viene Pinchauvas.
Luc. ¿Qué va que hay en esta sala
Montescos y capeletes?
Luisa. Ven, Leonor.
Luc. Andar, muchachas,
Que yo os he de hacer mugeres.
(*Escóndese?*)

ESCENA III.

DON CLAUDIO EN CUERPO DE JUBON, CON UN ROSARIO EN LA MANO, Y PINCHAUVAS, VEJETE, EN CUERPO.

Claud. Pues está la cuenta errada,
Volvamos á ella.
Pin. ¿Por un
Cuarto vuelves á tomarlo?
Claud. ¿Pues, digo, es moco de pavo
Un cuarto cada mañana?
Pin. Sea por Dios.
Claud. Pan y carne
Son treinta, y entra la vaca.
Pin. No son sino treinta y dos,
Pues porque no sea mala,
Doy un cuarto mas en libra.
Claud. ¿Cuarto de mas? eso es farda,
Que al carnicero le sobra
La sisa sin la alcabala;
Adelante, seo Pinchauvas.
Pin. Doce mais de ensalada.
Claud. ¿Verde, ó cocida?
Pin. Un cardo es.
Claud. Los cardos no cuestan nada.
Pin. ¿Cómo?
Claud. Cociendo las pencas,
Que se arrojan en la plaza;
Mas vaya por esta vez.
Pin. Cuatro cuartos de una carta.
Claud. No entiendo de esas, ¿pues tengo
Yo de poner de mi casa
El que al otro se le antoje
Darme desde allá las pascuas?
Pin. Si es la carta para usted,
¿Quién la ha de pagar?
Claud. Mi hermana.
Pin. Ya la leyó, y ve que en ella
Os envian cuatro cargas
De herraj para los braseros.
Claud. ¿Herraj trujo? vaya en gracia:
Hecho las cuentas, y á otra.
Pin. Onza y media de Goajaca
Para mezclar.
Claud. ¿Onza y media?
Pin. Para dos jícaras basta.
Claud. Y aun para catorce sobra.
Pin. ¿Si á mi traerlo me mandan,
Qué he de hacer yo?
Claud. No traerlo,
Cuerpo de Cristo con su alma.
Pin. ¿Y si mi ama gusta de ello?
Claud. Que no guste de ello su ama.
Pin. Soy mandado.
Claud. Es un sison,
Y á no tener esas canas,
Hiciera que le bajasen
Al calabozo del agua.
Pin. Nadie de los que he servido
Me ha dicho tales palabras.
Claud. Pues yo soy uno, y las digo.
Pin. Usted, si de mi se enfada,
Me ajuste la cuenta.
Claud. Nolo.
Pin. Y en pagándome...
Claud. No hay blanca.
Pin. Me iré con Dios.
Claud. ¿Quién le ha dicho
Que gusta Dios de fantasmas?
Pin. ¿Soy yo esclavo?
Claud. Ya le he dicho
Que es un sison y me cansa
Ver que hecho tierra se emplee
En sisarme las entrañas.
Pin. Yo soy un gallego honrado,
Y pudiera en toda España
Vender honra.
Claud. ¿Y á esos precios,
Quien quiere que la comprára?
Pin. Vive Dios...
Claud. Claro es que vive.
Pin. Que á no mirar...
Claud. No mirára.
Pin. Hiciera...
Claud. Lo que no hace,
Que es, tener conciencia.
Pin. Vaya,
Que es un miserable.
Claud. Venga,
Que es un sison.

ESCENA IV.

DICHOS Y DOÑA LEONOR, Y QUÉDASE AL PAÑO DOÑA LUISA, ISABEL, Y LUCIA.

Leon. ¿Pues qué causa,
Don Claudio, tanto os altera,
Que así alborotais la casa?
¿Pinchauvas, qué ha sido esto?
Claud. ¿Doña Leonor, aquí estabais?
Leon. Sí, aquí estaba; y ya que poco
Melindrosa, ó poco vana,
Me hice el desaire de entrar
A hablaros cuatro palabras,
No me he de ir sin que me hagais
La lisonja de escucharlas.
Claud. Si son en razon de boda,
Venis mal.
Leon. Ved, que soy dama,
Y os suplico, que me oigais.
Claud. ¿Y digo, sereis muy larga?
Leon. Segun vos fuereis atento.
Claud. Ahora, señor, vaya en gracia,
Y se llamaba Lucrecia:
Ola, idos vos noramala,
Y en limpiando los vestidos,
Entrádmelos á esta cuadra,
Que es dia hoy de refaccion.
Pin. ¡Que sirva yo á este panarra!
¡O pobreza á lo que obligas! (*Vase.*)
(*Al paño Lucia y Luisa.*)
Luisa. Detrás de aquesta antipara
Podemos oir si pega
La intentona.
Luisa. Pues no hagas
Ruido, y atiende, Lucia.
Claud. Ya estamos como Dios manda:
¿Doña Leonor, qué se ofrece?
Leon. Que escucheis.
Claud. Ahí que no es nada.
Leon. Pues quien os habla soy yo.
Claud. ¿Bravo puñado de tarjas?
Leon. Don Luis de Orozco mi tio,
Cuya nobleza heredada
Le dió un mayorazgo en Búrgos,
Y en Milan una bengala,
Viniendo á Madrid (en esta
Retirada de campaña)
A sus pretensiones dió,
Principió á que se trataran
Nuestra boda y la de doña
Luisa Rangel, vuestra hermana,
Con mi hermano y su sobrino
Don Diego, atento á que entrambas
Familias, para vivir
Dentro de Madrid, sobraban
En el lustre la nobleza,
Y en la herencia la abundancia.
Ajustáronse en efecto
Ambos contratos, y á causa
De serle fuerza á mi tio
Dar una vuelta á su patria,
Nuestras capitulaciones
Dejó antes de irse firmadas;
En cuya fe, á vivir juntos
Pasamos, siendo esta causa
Capaz de que en sus dos cuartos,
Bajo y principal, lográra
Nuestra union tener mas cerca
De la dicha la esperanza.
Y cuando creí que vos
Atento á lo que ganabais
En mi mano dieseis priesa
Para vencer la tardanza,
Caprichudo, temerario,
Necio, loco, huis la cara
A la ventura de ser
Mi marido, sin que os valga
Mas disculpa (si es que la hay)
Que no querer dejar vaca
Una eclesiástica renta,
Tan corta, que apenas pasa
De cien ducados, sin ver,
Que si por simple os agrada,
Cuanto vos teneis, es ya
Simple por concomitancia.
Dejo de decir las muchas
Diligencias, aunque vanas,
Que por venceros hicieron
Nuestros parientes; y para
No cansaros, voy á que,
Como estas cosas sagradas
Del honor, no son materias
Que las ajusta la espada,
(Cuyo reparo á don Diego
Le mantiene sin sacarla)
A nadie mas que á mi toca
Advertiros cortesana,
(Sin que discurrais que yo
Os busco de enamorada,
Pues teneis vos de galan
Lo mismo que yo de humana)
Que mi punto está mal puesto,
Vuestra hermana desairada;
Don Diego irritado, y vos
Sin juicio, y todos sin fama;
Hasta que al fin conociendo
Vuestro yerro...
Claud. Leonor, basta,
Que ya de oiros estoy
Sin cuerpo, sin vida y alma:

Mas para que de una vía
Estos dos mandados se hagan:
¿Pinchauvas?
Pin. (*dentro*). Señor.
Claud. Los peines.

ESCENA V.

DICHOS Y PINCHAUVAS.

Pin. Ya están aquí.
Luc. Él desbarata
Ahora como siempre.
Luisa. Escucha.
Luc. Hijos, buena va la danza,
Se dijo en caso como este,
Y da el granizo en la albarda;
Pero aguardemos al caso.
Claud. Veme peinando esta mata.
(*Siéntase, y pónese la tohalla.*)
Pin. La tohalla está como un oro.
Claud. Peina, y mátame la caspa:
Señora doña Leonor,
Ya habreis conocido en mí,
Que yo, á Dios gracias, nací
Dos mil leguas del amor;
Jamas por divertimiento,
Ni por el bien parecer,
Hice cosa, y mas muger,
Que es muchas cosas: con tiento.
Es verdad, que yo engañado,
Dí un sí, que me fué pedido;
Mas si en eso ha consistido,
Ya digo no, y he enviudado.
Casarme por apetito
No es cosa, porque en efecto,
En pescándome el coleto,
Usque ad morten: aspacito.
Mi hermana no me da enfado,
Que se quede sin casar,
Pues miren que gran pesar,
Me hace en quitarme un cuñado;
Demas de que la Luisica,
Ni por todo el mundo entero
Se casará: majadero:
Ráscame bien, que ahí me pica.
Ya sé que es la renta mia
Corta, mas aquí de Dios,
Menor renta teneis vos
Para ser capellanía:
Don Diego, que es un pobrete,
No me dará, y si lo intenta,
Y me matáre, hago cuenta
Que me he casado: el copete.
Yo, en fin, no he de sujetar
Mi libertad á tener
Amas que satisfacer,
Ni chiquillos que criar;
Y pues que por mí y por vos
Hablar en esto me irrita,
Ya que me he peinado, quita,
Quedad á la paz de Dios. (*Levántase.*)
Leon. Eso no, que aunque no deja.
Ya vuestra voz esperanza,
Habeis de oir mi venganza,
Pues escuchasteis mi queja.
Claud. ¿Venganza de mí? eso es bueno.
Leon. Sí, porque en ofensa igual,
Sin fiarme del puñal,
Ni permitirme al veneno,
Que la vida han de costaros
Creed, dentro de pocos dias,
Las fieras ofensas mias.
Claud. Digo, digo, vamos claros;
¿Cómo es eso?
Leon. Como está
En mi arbitrio desde aquí
El que vos vivais ó no.
Claud. ¿Sí?
Leon. Y presto lo vereis.
Claud. Ya.
Leon. Y pues sentir es preciso
(*Sacando un lienzo, hace que llora.*)
El que os pierda desta suerte,
Para embarazar la muerte,
Aprovechad el aviso.

ESCENA VI.

CLAUDIO, PINCHAUVAS, Y DESPUES LUCIA.

Claud. ¿Qué muerte, ó qué haca?
Pin. Voló.
Luc. Ahora entro yo en mi lugar. [tar?
Claud. ¿Matar? ¿no hay mas que ma-
Luc. No hay mas, como quiera yo.
Claud. Lucía mia.
Luc. No hay Lucía:
Y ved, don Claudio, que os
Hablo de parte de Dios,
Vuestra vida (si porfia
Vuestro genio contra toda
La atencion de un noble estilo)
Está pendiente de un hilo:
Amigo, ó morir, ó boda,
Yo quien os ha de matar
Soy, mirad lo que os espera;
Que si de hoy pasa, aunque quiera,
No lo podré remediar.
Claud. ¿Pues qué hacer podré indeciso
En un empeño tan fuerte? (*Llorando.*)

Luc. Para embarazar la muerte,
Aprovechar el aviso. (*Vase.*)
Claud. Oye, Lucía, en el pecho
Brincos me da el corazon;
Mas voy por mi refaccion.

ESCENA VII.

DICHOS, DOÑA LUISA Y PINCHAUVAS.

Luisa. ¿Hermano, qué es lo que has hecho?
Claud. Yo ¿qué se yo? respondí
A Leonor, y me amagó
Lucía, que lo escuchó.
Luisa. ¡Ay desdichada de mí! (*Llora.*)
Claud. ¡Ah, Luisa! ¿tú lloras?
Luisa. Siento
El haberte de perder.
Claud. ¿Qué es lo que dices, muger?
Luisa. Claudio, ó luto, ó casamiento.
Claud. ¿Pues á qué miran crueles
Estos enojos postizos?
Luisa. A vengarse con hechizos.
Claud. Pues digo, ¿somos pasteles?
¿Hechizos á un licenciado?
¡Linda gracia, por mi fe!
Luisa, yo los curaré
Todos con papel mojado.
Pin. Yo solo sé que la tal
Luciguela es una fiera,
Enredadora, hechicera.
Claud. ¿Qué sabes de eso, animal?
Pero vámonos de aquí.
Luisa. ¿En fin, cuando el riesgo ves,
Buscas el riesgo?
Claud. Sí.
Luisa. Pues ¡ay desdichada de mí!
(*Vase.*)
Claud. A vencer tanto enemigo
Solamente basto yo;
Mas, vive Cristo, que no.
Las llevo todas conmigo.

ESCENA VIII.

Decoracion de calle.

DON DIEGO, Y PICATOSTE.

Pic. ¿A casa vuelves?
Diego. Procuro,
Picatoste, ver si acaso
Logro entrar á ver á Luisa
Luego que salga don Claudio.
Pic. Mucho temo que ha de estarse
En casa, como anda malo.
Diego. Conforme viniere el viento,
Porque él es loco.
Pic. No tanto
Como parece, pues dió,
(Aunque el matrimonio es santo)
En que mas santo es no haberle,
Y loco, ó no loco, al cabo
Lo ha conseguido.
Diego. No de eso me hables,
Porque aunque tomarlo debo
Como de hombre que hace
Gala de ser mentecato,
No obstante, de Leonor siento
El desaire.
Pic. Vamos claros;
¿Nada mas que eso has sentido?
Diego. Siento; estando enamorado
De Luisa su hermana, haber
De perderla, por el raro
Ridículo genio suyo.
Pic. ¿Y bien, en qué estado estamos?
Diego. En el de que no he podido
Hablarla, desde que airado,
Para cumplir con mi queja,
Le negué el habla á su hermano;
Pero espera, que él (si no
Miente el trage estrafalario
De clerizonte bolonio)
Viene por la calle abajo:
¿Qué haremos?
Pic. Estarnos quedos
En esta esquina, y en dando
Él la vuelta, entrar allá.
Diego. Bien has dicho.
Pic. ¿Van dos cuartos,
Que te habla?
Diego. Mucho me temo,
Segun estoy irritado.
Pic. Si aspiras al parentesco,
No mates al mayorazgo,
Hasta que le heredes.

ESCENA IX.

DICHOS Y DON CLAUDIO.

Claud. ¡Fiera
Tirada hay de aquí al Vicario!
Pero vale Dios que son
Corredores mis zapatos.
Pic. Hablando viene entre sí.
Claud. Pero, ingenio, discurramos
En el caso de hoy.
Pic. Paróse.
Claud. Ahora, señor, vamos claros,
La muger tiene razon,

Porque si yo la he engañado
De meche á meche, y por mí
Está echando los livianos,
Es fuerza que el panadizo
Reviente por algun lado
En este cuento hay dos cosas;
La una es, que yo soy un asno,
Y lo erré, la otra es, que ella
Se muere por mis pedazos:
La Leonor es un demonio,
La Luciguela es un diablo;
Y esto de decirme Luisa,
(Despues de lo que ha pasado)
Claudio, luto, ó casamiento,
Me va oliendo á chincharrazo.
Demas, de que estas criollas
De la otra parte del Charco,
Por quitame allá esa boda,
Hechizarán á un cristiano:
Vive Dios, que el caso es recio.

Pic. Acá se viene acercando.

Claud. Pero allí está el cuñadillo:
Buenos dias, don Santiago.

Diego. Don Claudio, para serviros.

Claud. Es verdad, tendré cuidado
Para otra vez.

Diego. Dios os guarde.

Claud. El os la dé muchos años.

Diego. Gran mozo para pariente.

Claud. Bello hombre para cuñado.

ESCENA X.

DICHOS, MENOS DON CLAUDIO.

Pic. Allá vayas, y no vuelvas.

Diego. Pues no puede ser reparo
El entrar en nuestra propia
Casa, Picatoste, vamos.

Pic. Déjame ir delante á mí,
Para que á Isabel llamando,
Sepa si puedes entrar.

Diego. Dices bien.

Pic. A paso largo
Va por la calle, que vuela
El domine licenciado. (*Vase.*)

Diego. Suerte injusta, quien creyera,
Despues de tantos cuidados
Como de Luisa el amor
Me cuesta, que por el vano
Capricho de un hombre necio,
Hubiese de malograrlos
Mas si porfías undosas
Saben ablandar peñascos,
Bien podrán quejas rendidas
Sobornar pechos ingratos.
Y pues hoy es en mi pena
La primer vez que la hablo
(Despues que cerró la puerta
La repugnancia al contrato)
Hoy veré con qué semblante
Me recibe, por si saco
Alguna razon que pueda
Servirme de alivio.

ESCENA XI.

Sala en casa de don Claudio.

PICATOSTE, ISABEL Y DESPUES DON DIEGO.

Pic. Al caso,
Isabel.

Isab. Desde que no
Nos vemos, no nos hablamos.

Pic. No es tiempo ahora deso, sino
De que veas si mi amo
Puede hablar á tu señora.

Isab. ¿Hablarla? para eso estamos.

Pic. Pero él viene.

Isab. Picatoste,
Querer hablarla es en vano,
Porque está echa un basilisco.
(*Sale don Diego.*)

Diego. No estará sino un milagro.

Isab. ¿Señor?

Diego. ¿Isabel?

Isab. ¿Pues cómo,
Despues del ceño pasado,
En que solo tuvo culpa
El pollino de mi amo,
Te humanas tanto?

Diego. No creas
En ceños de enamorados,
Isabel, porque el despecho
Parece ira, y es halago.
¿Qué hace tu ama y mi dueño?

Isab. Tocándose está en su cuarto.

Diego. ¿Podré hablarla?

Doct. (*dent.*). En el portal
Mete la mula, muchacho,
Y espera.

Isab. El doctor es este,
Que como don Claudio ha estado
Malo, viene á verle.

Pic. En viendo
Que ha salido tan temprano,
Se irá.

Isab. No obstante, es preciso
Que te escondas, y en estando,
Al cuarto de mi ama salgas.

Diego. Bien dices.

Pic. Yo por criado
No seré tan conocido;
Y así, pian, pian me bajo
Al portal, aunque me encuentre.
Isab. Ya los tacones de palo
Suenan cerca.
Diego. ¡Que ahora hubiese
De venir este embarazo! (*Escóndese.*)

ESCENA XII.

Dichos y sale el Doctor con capa larga, y vueltas de bolillo, y encuentra con PICATOSTE.

Doct. Dios sea aquí.
Isab. ¿O señor doctor?
Doct. ¿Niña, quien es este hidalgo?
Isab. Un criado del vecino.
Doct. ¿De don Diego? Ansias, á espacio.
Pic. Y muy servidor de todos
Los galanes de este barrio.
Doct. Bien está.
Pic. A Dios, Isabel. (*Vase.*)
Isab. Da á Lucía mil recados.
Doct. ¿Mi señora doña Luisa
Qué hace?
Isab. Se está tocando:
¿Quieres entrar?

ESCENA XIII.

El Doctor, ISABEL y LUISA.

Luisa. ¿Isabel?
¿Mas quien está aquí?
Doct. Quien blanco
De vuestras saetas yace
En los últimos desmayos;
Pero si cognitio morbi
Inventio est remedi, estando
De mi parte lo rendido,
En vos cesará lo ingrato.
Luisa. ¿Señor don Fabian, era hora
De que nos viésemos?
Isab. Malo
Va esto, si escucha don Diego;
Pero así he de remediarlo
(*Cierra la puerta donde se escondió don Diego.*)
Luisa. ¿Qué haces?
Isab. Cerrar esta puerta,
Porque entra el aire colado.
Doct. Siempre cuando sale el alba
Tirita de frio el campo;
Pero presto vuestros ojos
En los tremores del prado,
Cuanto egrotaron durmiendo,
Subsanaron alumbrando.
Luisa. Dejemos, por vuestra vida,
Lisonjas que estimo, y vamos
Discurriendo en nuestro empeño.
Doct. Si ayer os dije, que no hago
Nada en serviros, y os dí
La palabra de ayudaros,
¿Cómo hoy dudosa volveis
A recetar el mandato?
Luisa. Porque no penseis que tiene
Otro motivo el rogaros,
Que concurrais á que crea
Mi hermano que está hechizado;
Sabed.
Doct. Perdona que ignore
La causa que os ha obligado,
Cuando á mí para serviros
Me sobra la de agradaros.
Luisa. Ya por acá está dispuesto
Todo cuanto es necesario
Para el chasco.
Doct. Hoy daré yo
Principio á lograr el chasco,
Pues don Claudio no está bueno.
(*Abre don Diego la puerta de repente, y sacando el medio cuerpo, se vuelve á entrar, y el doctor se altera.*)
Diego. Ya sin duda habrá pasado
Al cuarto de Luisa; pero
Con ella está aquí.
Isab. Oiga el diablo
Del aire...
Luisa. ¿Isabel, qué es eso?
Doct. ¡Cielos! ¿un hombre embozado,
No fué quien abrió la puerta?
Isab. Andar, viólo el Esculapio.
Doct. ¡Fiero empeño!
Diego. Poco á poco,
Pues es preciso el recato,
Volveré á cerrar.
Isab. ¡Qué gustes
De estar en aqueste paso,
Con este aire!
Doct. ¡Ah perra, y quien
Te diera doscientos palos!
Pero conocerle es fuerza,
Y aun matarle.
(*Hecha mano al puñal.*)
Luisa. ¿Qué os ha dado?
Doct. Una sincopal de zelos.
Isab. Diaforético es el caso.
Luisa. ¿Estais en vos?
Claud. (*dent.*). Pinchauvas,
Abre esta puerta.
Luisa. Mi hermano.
Doct. Disimulemos, cordura.

Luisa. Sacadme de este cuidado:
¿Decid, qué habeis visto?
Doct. He visto...

ESCENA XIV.

DICHOS, DON CLAUDIO Y PINCHAUVAS.

Claud. Saca el brasero, muchacho.
Pin. Se está pasando, señor.
Claud. ¿Don Fabian?
Doct. ¿Señor don Claudio?
Claud. ¿Cómo tan tarde, sabiendo
Que yo os estaba esperando?
Doct. Dábame prisa otro enfermo.
Claud. Señor doctor, vamos claros,
Que no son de perder cada
Visitica doce cuartos.
Doct. En efecto ¿qué se ofrece?
Claud. Deciros como me hallo
Mal dispuesto, porque siento
Un lapsus linguæ en el bazo,
Y en el hígado otra cosa,
A manera de entusiasmos;
Estoy triste, que es contento,
Y me parece que traigo
Millon y medio de duendes
En el desvan de los cascos;
En fin, amigo, yo estoy,
Como dicen, espirando,
Sin saber de qué.
Doct. Pues puede *ap.*
Haber parecido engaño,
O ser de Isabel traicion
Lo que ví, hasta averiguarlo
Obedecer quiero á Luisa.
Claud. ¿Qué os parece, don Fulano?
¿No respondeis? Pues para eso,
Me curará mi lacayo.
Doct. Esas materias son humos
De algun humorcillo craso,
Que mordicante exaspera
Los sucos atrabiliarios:
El pulso.
Luisa. ¿Isabel, has visto
Hombre mas desalumbrado?
Isab. Debe de ser loco.
Doct. Estotro.
Isab. Si ella supiera el gazapo
Que está escondido.
Doct. La lengua.
Claud. ¿Digo, están limpias las manos?
Doct. Al marcial del guante huelen.
Claud. No huelen sino á estofado
Del que cenasteis anoche.
Pin. ¿Las cejas arquea? malo.
Doct. Mas mal hay del que pensais.
Claud. ¿Qué decis?
Doct. Que estais muy malo,
Porque el volante del pulso,
Los ojos desencajados,
La boca áspera, el color
Pálido, el aliento tardo,
Y en las articulaciones
La trepidacion del pasmo,
Son malas señales todas.
Claud. Andallo, de esta volamos:
¿Qué va que me dan viruelas,
Y me hago astillas á araños?
Luisa. ¿Os parece que podrá
Ser este algun resfriado,
Que con la cama se cura?
Doct. Señora, pica mas alto;
Yo tomára por partido
Fuese un dolor de costado.
Claud. ¿Pues, señores, qué he hecho yo,
Para todo este aparato? [zos!...
Luisa. ¡Ay hermano, que en los mo-
Claud. ¿Vivo como un ermitaño,
Y me riñes?
Luisa. Bien pudieras
Entenderme, que claro hablo.
Doct. Al doctor y al confesor,
Señores, se ha de hablar claro,
Sepamos qué hay.
Luisa. Que quejosa
Una muger, le ha amagado
Con que ha de vengarse de él.
Claud. Es verdad, mas yo no hago
Caso de eso.
Doct. Pues amigo,
Vos estais maleficiado.
Claud. ¿Malefique? Vive Cristo,
Que si me maleficaron,
Haga...
Doct. No es ya tiempo de eso:
Y mientras yo mas despacio
Estudio de esa materia,
Traigan de escribir recado,
Recetaré una bebida.
Claud. Desacoto purgas.
Doct. Cuando
Lo fuese, en esto consiste.
El ir atajando el daño;
Esta es una agua tisana,
Hecha de yerbas, que un sano
La puede tomar.
Claud. Pues id
A recetármela al patio,
Que ni escrita quiero verla.
Luisa. Yo en casa del boticario
La enviaré.
Doct. Buena ocasion

Es para esplicar mi agravio, *ap.*
Pues tal purga no ha de haber.
(*Pónese á recetar.*)
Claud. ¡Ah vil muger, en qué estado
Has puesto este pobre hombre!
Mas no te irás alabando.
Pin. ¡Qué lástima me hace el verle!
Isab. No pegó mal el emplasto.
Doct. Señora, esta bebidilla
(*Dale un papel.*)
La ha de tomar muy temprano,
Y tomada, haga ejercicio
Dentro de su propio cuarto,
Hasta que yo venga: ingrata,
En ese papel declaro
Mi dolor; y hasta la vista.
Luisa. ¿Isabel, lo has escuchado?
Isab. Sí señora: ¡hay tal jumento!
Diego. La visita va de espacio
(*Vuelve á entreabrir la puerta.*)
Y yo... mas don Claudio es este.
Claud. ¿Ah doctor, en qué quedamos?
Doct. En que mañana sabremos
Los hechizos que os han dado:
Rabiando de zelos voy. (*Vase.*)
Claud. ¡Yo hechizado por ensalmo!
De esta, la capellanía
Vuela con doscientos diablos. (*Vase.*)
Pin. Voy á acostarle.
Diego. Ya puedo
Salir.

ESCENA XV.

DOÑA LUISA É INES.

Isab. ¿Señora, veamos
Qué receta es esa?
Luisa. ¿Cómo
Lo hemos de saber, estando
En latin?
Isab. No creas eso,
Porque, segun lo que ha dado
A entender, quejas ha escrito.
Luisa. ¿De qué, si atenta le pago
La fineza que por mí
Está haciendo?
Diego. ¿Qué he escuchado?
Luisa. Pero en su genio no es nuevo
El estar zeloso.
Isab. Andallo:
Si lo oye don Diego, aquí
Anda la de mazagatos
Diego. ¿Zeloso dijo? ¡Hay mas penas!

ESCENA XVI.

DICHOS, LEONOR Y LUCIA.

Isab. Abre el papel.
Leon. Esperando
A que se fuesen estuve,
Para saber en qué estado
Estamos de nuestra industria.
Luc. ¿Isabel, tenemos algo
De nuevo?
Isab. Tengo el que hay un
Miedo, que parece cuatro.
Luisa. ¿Leonor, no es buen sitio este
Para que hablemos despacio
En lo que al médico debo?
Isab. No señora, en el estrado
Estaréis mejor.
Luisa. Y allá
Podremos reir un rato
De las quejas que me escribe.

ESCENA XVII.

DICHAS Y DON DIEGO COGIENDO EL PAPEL.

Diego. Yo las veré, pues las causo.
Luisa. ¿Vos aquí, cómo, Isabel?
Isab. Yo no sé por dónde ha entrado.
Luisa. ¡Hay tan raro atrevimiento!
Diego. ¡Hay tan manifiesto agravio!
Leon. ¿Qué papel es ese, Diego?
Isab. La receta que ha dejado
El doctor.
Diego. Ya lo verémos.
Isab. Pues leedla, y desengañaos.
Diego (*lee*). « Falsa, si quieres saber
« La causa de mi cuidado,
« Pregúntala á quien tenias
« Dentro de tu propio cuarto. »
Luc. ¿Eso receta? oiga el diantre.
Isab. Toma si purga.
Luisa. ¿Es encanto
Lo que me sucede, cielos?
Diego. Ya, ingrata, has visto...
Luisa. No osado
Prosigas, y ved, que yo,
Ni ofendo, ni satisfago.
Diego. Lo uno es de verdad, mas pues
No es tiempo ahora de pararnos
En quejas, sino de que
Le haga yo dos mil pedazos...
Luc. ¡Ay mi doctor! de esta muere.
Diego. Quédate á llorar su estrago,
Ingrata. (*Vase.*)
Luisa. Tenle, Leonor.
Isab. Deja que le dé un porrazo.

Luisa. Buena anda la tremolina.
Leon. Tras él bajaré, aunque en vano
Imagino reportarle. (*Vase.*)
Luisa. Lucía, ve tú volando
A detenerle; Isabel,
Sígueme tú.
Luc. Lindo paso
De zelos.
Isab. ¿Qué dices de esto?
Luc. Que el doctor es arrojado;
Mas guárdese de que haya
Menester al boticario.
(*Vase cada una por su lado.*)

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de sala.

DON CLAUDIO, Y PICATOSTE COMO RECATANDOSE.

Claud. Yo, hijo mio Picatoste,
Pues no es fácil que nos oiga
Nadie de casa, te llamo
Para fiarte mi honra:
Vienes de prisa.
Pic. No, cierto.
Claud. Pues tanto el secreto importa,
Cerremos aquí.
Pic. Cerremos.
(*Hace que cierra.*)
Claud. Hijo, así Dios te dé gloria
Cuando de esta vida vayas,
Que me digas una cosa.
Pic. Y aun ciento, si las supiere.
Claud. Ven acá, en cuanto á chismosa,
Y hablando sin miedo, en cuanto
A estupenda enredadora,
¿Qué sabes de Luciguela?
Pic. Si no me hubiera ella propia *ap.*
Dicho el cuento, y prevenido
Lo que es fuerza que responda,
De esta se desbarataba
El juego de la tramoya.
Nadie mejor que yo puede
Decir de esa picarona
Las malas mañas; pues como
Ha que sirvo á mi señora
Tantos años he podido
Averiguarla las drogas;
Demas de que como yo
Al principio quise boda
Con ella, y quien galantea
Todas las acciones ronda,
En pocos dias ví mucho.
Claud. Dilo, así Dios te socorra:
De esta suerte sabré si es
Luciguela encantadora.
Pic. Si dijera; pero el punto
De hombre de bien...
Claud. Dale bola;
No hay punto de bien que valga
Para que no se conozca
De quien debemos guardarnos
Pic. ¿Ofreces callarlo?
Claud. Oiga:
Dígole á usted, señor mio,
Que no saldrá de mi boca
Pic. Tragándose va el anzuelo.
Claud. Hecho estoy una ponzoña.
Pic. Es lo primero creer,
Que todas estas criollas
Son inclinadas por uso
A supersticiones.
Claud. ¡Moscas!
Pic. Lo segundo es, que Lucía
Es hechicera famosa;
Con pacto esplícito ad intra
En la magia.
Claud. ¡Toma!
Pic. Lo tercero es, que segun
Las acciones lo denotan,
No te mira bien Lucía
Desde lo de su ama.
Claud. ¡Sopla!
Pic. Y lo último, que ella mira
Hacerte algun daño.
Claud. ¡Soga!
Pic. Las pruebas que tengo de esto
Es haber visto, que todas
Las noches en su aposento
Saca de cierta redoma
Un ungüento, y despues que
Segun su virtud se arroba,
Se va por las bovedillas.
Claud. ¡Jesucristo! ¿y quedan rotas?
Pic. No señor, que es por ensalmo.
Claud. ¿Qué salmo, ni qué salmodia?
Pic. Ensalmo, es tercer especie
De supersticion, que consta
De sanar sin medicina.
Claud. ¿Vale caro?
Pic. No se compra.
Claud. Es que yo de mi dolencia
Quisiera sanar sin costa.
Pic. Lucía fué quien chupó el niño
Del letrado, y quien con sola
Una voz, de una baraja

De naipes, algo roñosa,
Hizo que la sota de oros
Requebrase al rey de copas,
Y otras mil cosas.
Claud. ¿Señores,
No hay en el mundo corozas?
Pic. Nadie se atreve á acusarla,
Pues si alguno la deshonra,
Dará con él en Turquía,
O le convertirá en mona.
Claud. Si tú callaste, incurriste.
Pic. Eso á sus amos les toca,
Mas tambien los tiene á ellos
Insensatos.
Claud. ¡Linda moza!
En buenas manos dí yo:
Dios mio, misericordia.
Pic. Lo peor es, que hacer suele
Para matar, si se enoja,
Hechizos irremediables,
Y los hace de esta forma,
Que yo por las rendijas
De la puerta lo ví ahora.
Claud. ¿Cuándo, hijo?
Pic. Ahora.
Claud. No doy
Por mi vida una alcachofa.
Pic. Pone sobre un velador
Una lamparilla mohosa,
En quien, cuando hace el conjuro,
Con las raras ceremonias
De oraciones y visages,
Echa, invocando á Mahoma,
Un poco de aceite negro
Como el color de tu loba.
Claud. Hermoso atar de rocin,
Y atábale por la cola.
Pic. Aquí es, segun razon,
Cuando el dicho pacto otorga
Con el familiar, y como
Se va gastando por horas
El aceite, va muriendo
El hechizado, de forma,
Que en ahumando la torcida
Se cae muerta la persona.
Claud. ¿Luego, luego?
Pic. Luego, luego.
Claud. ¡Hermosa ayuda de costa!
Pero vamos al remedio.
Pic. Ya tragó el cebo, mamóla. *ap.*
Claud. ¿De suerte, Picatostico,
Que ahora, segun lo que informas,
Hay lamparilla en campaña?
Pic. Anoche la ví á deshora,
Porque dispertando al ruido
De unos aullidos de zorra,
Que sonaban, como cuando
Rechina mucho una noria,
Veni, vidi, et fugi.
Claud. Pues
Yo soy (¡el llanto me ahoga!)
El pobre (¡ah triste de mí!)
Que en muriendo (¡qué congoja!)
La lámpara (¡ay hijo mio!)
Ha de (¡mal haya la boda!)
Caerse muerto.
Pic. Requiescat:
¿Mas porqué esta infame toma
Contra tí las armas?
Claud. Eso,
Amigo, pica en historia,
Son cuentos largos.
Pic. Pues no hay
Sino prevenir tus cosas,
Y hacer buen ánimo.
Claud. ¡Qué
Desdichada fué la hora
En que nací! ¿Pero dime,
La pobre vida, ó la alforja
Del hechizado, no dura
Lo que el aceite que moja
La torcida?
Pic. Claro está.
Claud. Luego si hallásemos moda
De entrar cuando ella se ha ido,
Y echar, sin que lo conozca,
Cada noche una panilla,
Durará la vida contra
El gusto de la hechicera.
Pic. No hay duda.
Claud. Pues á la obra:
Tú has de entrarme en su aposento.
Pic. Primero fuera á la horca;
No hay que hablar de eso.
Claud. Hijo mio, (*Arrodillase.*)
Esta fineza, entre otras,
Te he de deber.
Pic. Cuanto puedo
Hacer, si á tanto te arrojas,
Es darte la llave y una
Reliquia maravillosa.
Claud. ¿Qué reliquia es?
Pic. Un hueso
Del catalan Serrallonga. (*Llaman.*)
Claud. Santo mio... ¿mas llamaron?
Pic. Sí.
Claud. Pues vete por esotra
Puerta de la despensilla,
Hasta despues.
Pic. ¿En fin, osas
Entrar en el aposento
De Lucía?

Claud. ¿Somos monjas?
Claro está.
Pic. Dios quiera que
No te quedes por las costas.
Voy de cuanto me ha pasado *ap.*
A dar cuenta, porque importa.

ESCENA II.

DON CLAUDIO ABRE LA PUERTA, Y SALE PINCHAUVAS CON UNA CAZUELA Y UN FRASCO DE VINO, Y SERVILLETA.

Claud. ¿Quién es?
Pin. Yo soy.
Claud. ¿Pinchauvas?
Pin. Ya tienes aquí la polla,
Vino, pan y servilleta.
Claud. Bien venido seas, ponla
En esta mesa, que como
Me dan á comer por onzas,
Con esta cura, ó esta haca,
Rabio de hambre.
Pic. Usté la coma,
Que yo atisbaré si vienen.
(*Vihuela dentro.*)
Claud. Pero escucha, que allí tocan
Una vihuela.
Pin. Isabel,
Que se precia de cantora,
Querrá solfear.
Claud. Ve, partiendo,
Y déjala con su solfa.
Pin. ¿Trincho?
Claud. Trincha, porque ya
Se me hace agua la boca.
(*Parte la polla Pinchauvas, y mientras canta Isabel, se suspende don Claudio.*)

Isab. (*canta*). Por los enojos de Arlaja,
Beldad de Constantinopla,
Muriéndose está de hechizos
El mísero Barbaroja.

Claud. Todo cuanto miro y oigo
Son imágenes, son sombras
De mi desgracia, mas venga
Esa pechuguilla, y corra.
Pin. ¡No he visto cosa mas tierna!
Claud. ¡Que no me deje esta boba
Comer con gusto! maldita
Sea el alma de las coplas.

Isab. (*canta*). Porque faltó á su palabra
Estando para ser novia,
La va quitando la vida
Como quien no hace tal cosa.

Claud. Ya escampa, y llueven hechizos.

ESCENA III.

DICHOS, Y SALE ISABEL HUYENDO CON UNA GUITARRA EN LA MANO, Y DETRAS LUISA Y JUANA CON UN VASO COMO DE PURGA

Luisa. ¡Ah, infame!
Isab. Tente, señora.
Juana. Huye, Isabel.
Pin. Hácia aquí
Se acerca la batahola.
Claud. Pues no he de darlas ni un hueso.
Pin. ¿Qué es esto? ¿quién alborota
El cuarto de mi señor?
Luisa. Yo soy, nadie se me ponga
Delante, que he de matar
A esa pícara sin honra,
Pues cuando mi pobre hermano
Muriéndose está, con poca
Atencion, donde él la escuche,
Canta lo que todos lloran.
Claud. Yo, Luisa, así Dios me guarde,
Que me halle como en la gloria,
Y ahora iba á desayunarme.
Pin. Y con una polla sola
Que yo le traje.
Luisa. ¿Otra infamia?
Pues esqueleto con gorra,
¿Sabes que apenas un caldo
Pasa de doce á doce horas,
Y aun ese, en su hastío, mas
Que le brinda, le provoca;
Y con una polla entera,
En desgana tan notoria,
Quieres que se desayune?
No fuera yo tan dichosa:
Quita esa mesa, vejete;
Suelta esa guitarra, loca;
Y por no afligirle mas,
Agradeced que no os rompa
La cabeza.
Pin. Usted perdone.
Isab. Sin causa te desazonas.
Luisa. De música ni comida
Gusta quien en su penosa
Enfermedad, solo tiene
El padecer por lisonja.
Claud. Hermana, por esta cruz...
Luisa. Tienes razon, que te sobra.
Claud. Yo queria...
Luisa. No comer
Vas á decir, pues no comas.
Claud. No es mal chasco por mi vida.
Luisa. Cazuela, pan y candiota
Vayan fuera.
Pin. Vayan fuera.

Claud. Este es martirio de toca.
(*Vase Pinchauvas, llevándose los trastos.*)

ESCENA IV.

DICHOS, MENOS PINCHAUVAS.

Luisa. Llega tú ese vidrio, Juana.
Juana. Aquí, señora, le tienes.
Claud. ¿Luisa, con esa te vienes?
Luisa. ¿No has de tomar la tisana?
Claud. ¿Tisana? bravo regalo,
Cuando en el mundo hay sorbetes.
Luisa. ¡Que aun malo no te sujetes!
Claud. ¿Quién te ha dicho que estoy malo?
Luisa. ¿Cómo que no? esa es manía
Que tu hipocondría fragua.
Claud. ¿Señores, qué tiene el agua
Que ver con la hipocondría?
Isab. No mal la deshecha se hizo.
Luisa. Mira, que esta es la primera
Diligencia para ver
La eficacia del hechizo.
Claud. Yo la tomaré despues
De almorzar á mi sabor.
Luisa. ¿Despues de almorzar? ¡qué error!
Mírala que linda es.
(*Siéntase, tomando el vidrio.*)
Claud. ¡Qué será, sagrados cielos,
Esta bebida cruel!
Isab. Un poco del agua miel, *ap.*
Que sobró de los buñuelos.
Luisa. ¿Para cuando son los brios?
Bébela, don Claudio, ea.
Claud. Señor, en descuento sea
De tantos pecados mios:
¡Cómo huele!
Luisa. Hacer estremos,
Si es preciso, es disparate.
Juana. ¿Mas que sabe á chocolate?
Claud. Tómala tú, y lo sabremos.
(*Levántase don Claudio.*)
Juana. Tomarla yo es por demas,
Si á mí mala no me ves.
Claud. Pues para cuando lo estés,
Tomada te la tendrás.
Luisa. Ya con el delirio impieza
A irritarse: ¡hay tal trabajo!
Claud. Tómala, perra, ó te encajo
La tisana en la cabeza.
Luisa. Modera, Claudio, el esceso
De tus locos procederes.
Claud. ¿Con qué en efecto no quieres
Tomarla? pues ahí va eso.
(*Tírale el vaso á Juana.*)
Juana. ¡Ay Jesus!

ESCENA V.

DICHOS Y EL DOCTOR.

Doct. ¿Que ruido es este?
Luisa. Que por mas que se lo diga,
Y aun se lo ruegue, no quiso
Tomar Claudio la bebida.
Isab. Que hizo pedazos el vidrio.
Juana. Y me manchó la basquiña.
Doct. Eso es ser incorregible,
Y nadie sin medicina
Sanó hasta ahora.
Claud. Seo doctor,
¿Si tengo un hambre canina,
Hecha de las dos mitades
De colegio y poesía,
He de hartarme de tisanas,
En tiempo de longanizas?
Doct. Andad, señor, que eso es ya
Declararse la manía,
Y si dais en ser inquieto,
Traeré para que os corrijan
Tres, ó cuatro practicantes.
Claud. ¿A mí?
Doct. Sí, á vos.
Clud. Dale guindas;
Lo mismo será, aunque vengan
Los niños de la doctrina;
Y usted no se canse, que
Por vida de doña Luisa,
Que he de almorzar.
Doct. Sosegaos,
Y pues el hambre os irrita,
Concertémonos.
Claud. ¿En cuanto?
Doct. En alguna conservilla,
Agua, y chocolate.
Claud. Corcho.
Doct. Pues sean dos higadillas
De polla.
Claud. Poca manteca.
Doct. ¿Pues qué quereis?
Claud. Carne frita,
Y alborotaré la casa
Si me bajan de dos libras.
Luisa. Esto es cansarnos en vano,
Démosle cuanto nos pida,
Y muérase.
Claud. Ea Isabel,
Ea Juana, á la cocina.
Las dos. Vamos: mal provecho te haga.
(*Vanse.*)
Claud. Pues démonos maña, hijas,
Que allá en mi cuarto os espero:
¿Qué, conmigo alicantina?

Y en cuanto á la culta, no
Si bucólica tabila. (*Vase.*)
Doct. Aunque ir tras él es preciso,
Deja, infiel, deja, enemiga,
Que de paso mi tormento
Salga á sofocar mi vida.
Luisa. Si le desconfio; temo *ap.*
Que en la industria no prosiga.

ESCENA VI.

DICHOS, LUISA Y DON DIEGO, Y LUCIGUELA AL PAÑO.

Diego. Avisa que estoy aquí,
Ya que tú acaso subias
A ver á Luisa.
Luc. Yo creo
Que vienes, segun la pinta,
Por atun, y á ver al duque.
Diego. No sin razon lo malicias;
Pero espera, que el doctor
Con ella está hablando.
Luc. ¡Chispas!
¿Qué va que el médico ahora
Se va como una canilla?
Luisa. Digo que fué aprehension.
Doct. Nunca.
Fueron mis penas freticias;
Y ved, que aunque por vos hago
Finezas tan repetidas,
En la seccion de mi enojo
Ninguno es de mas estima,
Como irme sin saber quien
En vuestro cuarto teniais;
Porque en fin, como el humor
Colérico predomina
En el zeloso, y lo estaba
Febricitante de envidia,
En el pulso del cariño
Daba latidos la ira.
Diego. ¿Haslo oido?
Luc. Sí, mas esto,
Mas que cólera, da risa.
Luisa. Creed, que (si ya no es que fuese
Ilusion, ó fantasía)
Escondido algun criado,
(Que es curiosa la familia)
Daria, en viéndole vos,
Causa para esa malicia,
Y que á lo mucho que os debo
Responderé agradecida;
Y ahora, porque á visitar
Bajo á Leonor mi vecina,
Quedad con Dios, y cuidado
Con la junta discurrida.
Doct. Mis dos pasantes, y un mozo
Practicante en cirugía
Del hospital general,
Para que en el todo os sirvan,
Están ya avisados.
Luisa. Pues,
Don Fabian, hasta la vista.
Doct. Iréme en viendo á don Claudio,
¡Que beldad tan peregrina!
Dios te libre de viruelas,
Sarampiones y alfombrillas.

ESCENA VII.

DICHOS, MENOS EL DOCTOR.

Luisa. ¿Mas quien está aquí? ¡qué miro!
Luc. Nosotros: ¿de qué te admiras?
Luisa. ¿Pues cómo, señor don Diego,
Estando tan ofendida
De vos, osais poco atento,
Repetir la groseria
De hablarme?
Diego. No tan airada
Os jacteis desvanecida,
De que os busco.
Luc. ¿Pues ese hombre,
Para que así le despidas,
Hizo mas que querer darle
Al seo doctor una pisa,
Porque no recete quejas,
Yendo á dar minorativas?
Y así que mi ama y yo
Le hicimos dar por vencida
Su cólera á tu respeto.
Diego. ¿Quién te mete á ti, Lucía,
En hablar en lo que ya
Mis desengaños olvidan?
Sabiendo que vuestro hermano
No está bueno, y que seria
En mí poca urbanidad
Rehusarme á esta visita,
A saber como se halla
Vengo por cortesanía,
No por interes.
Luisa. Si es eso
Lo que á subir os motiva,
Lucía, dile á mi hermano,
Como á verle, en cortesía,
Está aquí el señor don Diego.
Luc. Yo llamaré á Isabelilla,
Que no entiendo de don Claudio
A solas.
Luisa. ¿Porqué replicas,
Si aun para eso no querrá
Hablar con criadas mias?
Luc. ¿Y el recado que de mi ama
Traigo para ti?

Luisa. Ella misma
Me le dirá, pues á verla
Voy desde aquí.
Luc. No permitas,
Dios mio; que al tal don Claudio
Le halle con la enfurecida. (*Vase.*)
Luisa. Aquí podeis esperar,
Si no venis muy de prisa,
Del recado la respuesta;
Y á Dios.

ESCENA VIII.

DON DIEGO Y LUISA Y AL PAÑO EL DOCTOR.

Diego. Esperad, que aunque iba
Sellando el labio á la ofensa,
Reventó el dolor la mina.
Luisa. ¿Qué intentais?
Diego. Quejarme, ya
Que solo el pesar me alivia.
Luisa. Ved, que vos en esta casa
Entrais por cortesanía,
No por interes.
Doct. Dichoso
Soy, pues aun no se ha ido Luisa;
Mas don Diego: ¡oh quién hubiera
Oido lo que la decia!
Diego. Bueno fuera que os callase
Insensible mi fatiga,
Que entrando á veros ayer,
Fué fuerza, porque venia
El médico, que supiera
Su intencion y mi desdicha,
Esconderme en esa cuadra,
Y que cerrando advertida
La puerta Isabel, á tiempo
Que yo abriéndola salia,
Vió el bulto.
Doct. ¿Cómo? ¿qué usted
Era el de la agachadiza?
Diego. Que yo, volviendo á esconderme,
Dí tiempo á que desmentida
La sospecha, ó no vengada,
Cuando mi hermana subia,
Cogiese el papel.
Doct. ¡Ah ingrata!
¿A uno amas, y á otro asesinas?
Diego. Ojalá, como á él, me hiciese
Mi sentimiento cenizas.
Luisa. Don Diego, si yo...
Diego. ¿Turbada,
Ahora? ¿entonces atrevida?
Doct. Pues la ocasion, y el parage
Son unos, cólera mia,
Juguémosla de su palo,
Ya que por la escalerilla,
Respecto de estar sin armas,
Puedo escapar.
Diego. Nada digas,
Que pecho todo traiciones,
Ha de ser todo mentiras.
Doct. Embózome hasta los ojos,
(*Embózase el doctor, y sale de la puerta cuanto le ve á don Diego, y vase tosiendo.*)
Y haciendo la gigantilla
Salgo y toso.
Claud. (*dentro*). Perra, aquí
Lo has de pagar, vive cribas.
Luc. (*dent.*). ¿No hay quien me socorra?
Doct. Allí
Parece que anda paliza,
Mas no importa.
Diego. ¿Quien tosió?
Doct. Ahí es una niñería. (*Vase.*)
Diego. ¿Qué veo? un hombre embozado
Es, que de esa cuadra iba
A salir, daréle muerte.
(*Saca la daga, y éntrase tras él.*)
Luisa. Don Diego, repara, mira.
Diego. Quita, aleve, que no siempre
Has de embarazar mis iras.
Luisa. ¿Qué será esto, cielos? Pero
En el cuarto de mi amiga
Leonor, de uno y otro acaso
Me encontrará la noticia,
Que aquí mi vida se ariesga,
Y mi pundonor peligra.

ESCENA IX.

LUCIGUELA HUYENDO DE DON CLAUDIO CON UN PALO DE ESCOBA EN LA MANO, JUANA, ISABEL, PINCHAUVAS Y POR EL OTRO LADO DON DIEGO CON LA DAGA DESNUDA Y LA CAPA TERCIADA.

Luc. (*dentro*). Que me mata.
Claud. No haré mas
Que romperte una costilla.
Luc. ¡Ay de mi!
Diego (*dentro*). Cobarde, espera.
Claud. Mientes que no soy gallina,
Y ahora verás si sé ó no
Sacudir el polvo.
Luc. Aprisa.
Los tres. Tente, señor.
Claud. ¿Qué es tenerme?
Que la he de abrir, por san Dimas,
Cuatro palmos de cabeza.
Luc. ¡Ay Dios, y qué bien temia!
Diego. ¿Porqué huyes, si ocasionas?

Claud. Ténganse aquí á la justicia :
¿Don Diego? (*Salen.*)
Diego. ¿Don Claudio?
Claud. ¿Hombre,
Estais en vuestra camisa?
¿Dónde vais con esa daga
Desnuda?
Diego. No sé qué diga; *ap.*
Pero la accion en que hallo
A don Claudio y á Lucía,
Me disculpe : entrando á veros...
Claud. Ya lo sé todo.
Diego. Me avisa
La queja de esa criada,
Su riesgo, y...
Claud. Bien, por mi vida;
¿Entrabais á socorrerla?
Diego. Claro está.
Claud. Pues ni una rima
De don Diegos, ha de hacer
Que me sosiegue una pizca,
Porque he de matarla.
Diego. No es
Tan fácil como imagina
Vuestro error, que estoy yo aquí.
Claud. Pues pese á vuestra barriga,
¿Porqué teneis vos criadas
Hechiceras de obra prima?
Luc. ¿Eso decis?
Claud. Bien sabeis
Que me teneis en la espina.
Diego. Vuestra locura á no daros
Otra respuesta me obliga,
Que esta : ve delante.
Claud. ¿Ois?
Pues antes de muchos dias
He de dar cuenta á la santa,
Si es que suelto la maldita,
Y ella, vos y Leonor, todos
Habeis de ir en retahila.
Diego. Está bien : ¿quién será (¡cielos!)
Quien mi sospecha motiva?
Pero esta noche veré,
Siendo de mi honor espía,
Si hallo luz que aclare tantas
Dudosas nieblas impías. (*Vase.*)
Luc. Bueno queda; pero luego,
Con la industria prevenida
Verá lo que se le espera. (*Vase.*)
Isab. ¿Si ahora anda esta tremolina,
Qué queda para la noche? (*Vase.*)
Juana. ¡La Lucía es brava hija!
Claud. Pinchauvas.
Pin. Señor : temblando
Estoy no le dé la tirria. *ap.*
Claud. Ven, te daré para el gasto
Seis reales en calderilla,
Y llámate á Picatoste.
Pin. Ahora estaba en nuestra esquina.
Claud. ¿En qué estado ¡santos cielos!
Estará la lamparilla?

ESCENA X.

LEONOR Y LUISA.

Luisa. Bien pensado está, Leonor,
El chasco que le han de dar.
Leon. Si nos le ayuda á lograr,
Luisa, el sazonado humor
De Picatoste, no dudo,
Que hemos de tener buen rato.
Luisa. Es tan raro mentecato
Mi hermano, que solo él pudo
Sujetarse á miedo igual,
Y aun de tí me admira el ver,
Que así te empeñes en ser
Esposa de un animal.
Leon. Ya conozco cuan injusto
Es mi deseo, ó mi error;
Mas por salvar el honor,
Quiero maltratar el gusto.
Luisa. Yo á ese error agradecida
Estar debo, si se advierte,
Que el pretender tú una muerte,
Me hace posible una vida :
Que amo á don Diego, y sintiera
Que otra su mano lográra,
Aunque la fortuna avara,
Sin saber de qué manera,
Con mil acasos procura
Desconfiar su atencion.
Leon. Hijos son de su pasion
Los zelos de tu hermosura;
Y si es verdad, como él dijo,
Que en tu cuarto su cuidado
Un hombre encontró embozado
Esta mañana, colijo,
Que á tener motivo viene.
Luisa. Bien de mí creerás, que ignoro
Quien pudo ser, aunque lloro
La justa causa que tiene,
Si bien le desengañó,
(Como nos dijo Lucía)
Ver que á nadie hallado habia;
Y pues él, cuando volvió
A casa, fuerza es que hiciese
Público su frenesí,
¿Di, qué te dijo de mí?
Leon. ¿Qué quieres que me dijese?
Nada, pues solo aturdido,
Y con turbadas acciones,
Cumplió las obligaciones

De todos los que han reñido.
Pisó recio en la escalera,
Entró triste, habló turbado,
Arrimó la espada á un lado,
Arrojó la cabellera,
Habló entre sí, suspiró,
Sentóse á comer sin vida,
Dijo mal de la comida,
Comió mal, ó no comió:
Levantóse, é importuno,
Salió al punto á pisar todos,
Despues de reñir con todos,
Sin responder á ninguno.
Luisa. ¿Qué me cuentas?

ESCENA XI.

DICHAS, AL PAÑO PICATOSTE, Y DESPUES AL LADO OPUESTO LUCIGUELA.

Pic. Ce, señoras.
Leon. ¿Picatoste?
Pic. Sí, yo soy.
Luisa. ¿Y Claudio?
Pic. Con él estoy
En la antesala ha dos horas.
Y vosotras á estorbar
Venis lo que yo tracé,
Pues hasta que el cuarto esté
A oscuras, no quiere entrar.
Leon. Si ese es el inconveniente,
Sola esta pieza dejemos,
Que luego á acechar saldremos.
Pic. ¿Está ya á punto la gente?
Leon. Ahora lo sabré: Lucía.
Luc. Señora. (*Al paño.*)
Leon. ¿Qué hay por allá?
Luc. Todo prevenido está.
Luisa. Pues mata tú esa bugía
Y cuidado.
Luc. Fia de mí,
Y de las que están conmigo.
Pic. A Dios, Lucía.
Leon. Ven.
Luisa. Ya te sigo. (*Vanse.*)
Luc. Oyes, oyes.
Pic. ¿Es á mí?
Luc. A tí es.
Pic. Pasa adelante.
Luc. Es menester...
Pic. Di tu intento.
Luc. Que en el primer aposento
Le detengas un instante,
Mientras cuelgo yo en el mio,
Para que vamos seguros,
Las tablas de los conjuros.
Pic. Está bien.
Luc. De ver me rio,
Que aun miedo me pone á mí
Lo mismo que yo trazé:
Mas voime. (*Vase.*)
Pic. Pues ya se fué,
Voy por él: ¿estás aquí?

ESCENA XII.

SACA PICATOSTE A DON CLAUDIO DE LA MANO POCO A POCO Y ATRAVIESAN EL TABLADO.

Claud. Sí, y entre dos mil desmayos
Del susto de verme acá.
¿Y la reliquia?
Pic. Aquí está.
Claud. ¿Para cuándo son los rayos? *ap.*
Pic. Al cuello, como tú dices,
Te ha hecho, llégate, pues.
(*Dale en las narices con la bolsa.*)
Claud. Quedito, que eso mas es
Colgarla de las narices:
De su gran virtud espero,
Que darme ausilio prometa.
Pic. Una piedra es de escopeta *ap.*
En un bolsillo de cuero,
Como tu ingenio previno:
¿Traes la alcuza?
Claud. ¡Hay tal perenne!
Con el aceite que viene
Puede freirse un cochino.
Pic. Pues vamos entrando.
Claud. ¿Y tú,
No has de acompañarme, di?
Pic. A enseñarte el cuarto, sí.
Claud. ¿Y despues?
Pic. Un bercebú.
Claud. Pues no por eso el valor
Del empeño ha de cesar,
Persignome para entrar,
Y encomiéndome al Señor.
Pic. Pisa quedo.

ESCENA XIII.

LUCIGUELA, ISABEL, JUANA Y OTRAS MUGERES, SALEN POR EL LADO OPUESTO, Y VAN COLGANDO ALGUNAS PINTURAS DE MASCARONES, SIERPES Y OTRAS COSAS RIDICULAS, Y PONIENDO EN MEDIO UN VELADOR, Y EN ÉL UNA LAMPARILLA, SE ESCONDEN EN DICIENDO LOS VERSOS.

Luc. ¿Pues ya es bien
Colgar aquí estas pinturas?
Cuyas estrañas figuras

Espantoso horror le den,
Démonos prisa.
Isab. Cada una,
La suya cuelgue de un clavo.
Juana. Tu raro discurso alabo.
Luc. De mi ama la fortuna
Estriba en que se consiga.
Isab. A disfrazar, y á esconder.
Juana y Mug. ¿Nosotras, qué hemos
Luc. Lo que Isabelilla os diga. [de hacer?
Juana. ¿Pongo la lámpara aquí?
Luc. Sí, mi Juana.
Isab. Ruido suena.
Luc. ¿Truenos, estatua y cadena
Están prevenidos?
Las tres. Sí.
Luc. Pues vámonos, que despues
Picatoste pasará
Por esotra puerta acá.
Juana. Ya hay moro en campaña.

ESCENA XIV.

PICATOSTE Y DON CLAUDIO.

Pic. Esta es
De Luciguela sin fe,
Don Claudio, la habitacion.
Claud. ¡Válgame Dios! ¡qué mansion
Tan como qué sé yo qué!
Pic. ¿Qué te parece?
Claud. Lo mismo,
Que en Salazar dicho admiran,
Boca es por donde respiran
Las gargantas del abismo.
Pic. El hueco de esta escalera
Sea tu escondite hoy,
Que yo allá fuera me voy.
Claud. ¿Allá fuera? guarda fuera.
Pic. No hables de eso; ¿pero ya
No ves la lámpara allí?
Claud. ¿Y no miras (¡ay de mí!)
A la escasa luz que da,
Pintadas dos mil visiones
De diablos y matachines?
Pic. Trastos son espadachines
Para tentar san Antones,
Su espíritu los gobierna.
Claud. De distinguirlos no acabo.
Pic. Para eso tengo aquí un cabo,
Que sobró de la linterna.
Claud. Enciéndele en dos instantes.
Pic. ¡Si apagase la luz yo!
Claud. Mira lo que haces, no
Me mates antes con antes.
(*Enciende una cerilla, y va con ella don Claudio reparando en todas las pinturas.*)
Pic. Vesle aquí.
Claud. ¡Lindo retablo
El de esta figura es!
Yo conozco un ginoves,
Que se parece á este diablo;
Aqueste es un mascaron
Con mil vestigios horrendos,
Y esta una sierpe, estupendos
Santazos de devocion.
Pic. Mientras haciendo visages
Los mira, escurrir intento.

ESCENA XV.

DON CLAUDIO AL PAÑO Y LUCIGUELA, ISABEL Y LAS DEMAS.

Claud. Cierto que el tal aposento
Parece cuarto de pages;
Una danza aquí se alcanza
A ver, aunque no muy bien,
De borricos; yo sé quien
Pudiera entrar en la danza:
En arábigo á ver llego,
En todas letras sin fin,
Si estuvieran en latin,
Lo entendiera como en griego;
Pero Picatoste infiel
Se escapó sin mas, ni mas:
Ea, ahora es ello.
Luc. Detras
Os quedad de este cancel,
Que yo sola he de salir.
Claud. Miedo, tu rigor modera;
Pero allá va la aceitera.
(*Saca una alcuza.*)
Luc. Hijas, ver, callar, y oir.
Claud. Lámpara descomunal,
Cuyo reflejo civil
Me va á moco de candil
Chupando el olio vital:
En que he de vencer me fundo
Tu traidor influjo avieso,
Velis, nolis, pues para eso
Hay alcuzas en el mundo:
Otra panilla por mí arda,
Y aunque airada estás,
Si vivo ocho dias mas,
¡Ay de Lucía!
Luc. ¡Ay de tí!
(*Suena dentro una cadena, y asústase don Claudio, y suelta la aceitera.*)
Claud. Válgame aquí la piedad
De diáconos exorcistas,

Y los cuatro evangelistas,
Fe, esperanza y caridad.

ESCENA XVI.

DICHOS, LUISA Y LEONOR AL LADO CONTRARIO.

Luisa. Ya la cadena sonó.
Leon. Llega sin ruido.
Luc. Pues ya
Temblando de miedo está,
Ahora sí que entro bien yo.
Claud. Apenas acierto al cuello;
Pero ya el bolsillo hallé,
Escóndeme, y por lo que
Tronare, alcuza, y á ello,
Que aunque el aceite he vertido,
Algo en ella habrá quedado:
(*Levanta la alcuza que se ha caido.*)
¿Pero qué es esto?
Luc. Cuidado
Con la estatua y el vestido.
(*Canta*). O, vosotros, comuneros
Genios, que airados vivis
Al diabólico desvan
Del postrer zaquizamí,
Venid, pues, rompiendo el aire,
Al encantado jardin
De Falerina, en quien es
Asturiano paladin.
Don Claudio, ese miserable
Eclesiástico adalid,
La mágica Luciguela
Os llama; ¿no venis?
Música. Sí.
Claud. ¿Eso tenemos ahora,
Si venis, ó no venis?
Luc. (*canta*). ¿A donde, pues, de don Claudio
La estatua teneis?
Las tres. Aquí.
Pic. Y yo detrás de ella, para
Dar mas fuerzas al ardid.

ESCENA XVII.

DICHOS, Y SALEN ISABEL, JUANA, Y OTRA MUGER EN EL MISMO TRAGE CON VELOS, Y HACHAS NEGRAS, Y SACAN UNA ESTATUA QUE IMITE A DON CLAUDIO, Y DETRAS PICATOSTE ESCONDIDO.

Claud. Justicia del cielo: ¿aquel
No soy yo? Sí, voto á cris:
¿Pues qué quiere hacer conmigo
Esta muger, entre mil
Demonios que se la lleven?
Luc. (*canta*). Ea, pues, chisgarabis,
Protodiablo, pues te ayudan
Pié de gallo, y zascandil,
La última esperiencia hagamos,
Pues nos llegamos á unir,
De la nigromante cueva,
En el trágico sibil,
De si ha de casarse, ó no,
Para dejar de morir.
Con Bradamante Rengel,
Alias Leonor.
Claud. ¡San Dionis!
Las tres. ¿Qué aguardas si á tu obediencia
Nos tienes?
Luc. ¿Empiezo?
Las tres. Sí.
Leon. ¡Luisa, cual está su alma!
Claud. ¿Señor, esto consentis?
Luc. (*canta*). Don Claudio, cuyo error
Ha venido á Madrid
A casarse en romance,
Y á enviudar en latin,
De paz á hablarte viene
Luciguela gentil,
Peinando de culebras
La endemoniada crin,
Los partidos escucha.
Las tres (*cantan*). Para que al elegir,
Mueras, si dices no,
Vivas, si dices sí.
Luc. (*canta*). Las visitas que te esperan
Son un medio escarpin,
Y un jubon de jerguilla
Aforrado en terliz;
Los dulces, y el refresco
Serán en el festin,
Una libra de aloja,
Y una azumbre de anis.
Las tres (*cantan*). Del dote no se te habla,
Porque para lucir,
Nunca podrán faltarte
Veinte maravedis.
Luc. (*canta.*) Todo este bien te aguarda;
Mas si galan civil,
La desprecias por ser
Cura en Vacia Madrid,
Cuando te calaveres,
Serás con triste fin
Pié de cruz, si ahora eres
Figura de tapiz;
Resuélvete, y sea presto.
Las tres (*cantan*). Porque en este confin,
El deshecho himeneo
Se trueque en parce mi.
Claud. ¿Parce mi? esa es parda,
Porque yo he de vivir,
Aunque le pese al diablo.
Leon. Luisa, en mi vida ví
Chiste de mejor gusto.
Luisa. Espíritus ¿qué decis?
¿Qué ha respondido?
Las tres. Nada.
Pic. Ya responderá. *ap.*
Luc. En fin,

¿Ser esposo no quieres,
Para vivir feliz,
De doña Leonor?
Pic. Nones.
(*Mueve la estatua la cabeza á un lado y á otro.*)
Claud. Ah, buen hijo, eso sí,
Si acierta á decir pares,
Le doy con un mentis.
Luc. La estatua lo que él
Hubiera de decir,
Dijo; mas para que
De trato tan ruin
Bradamante se vengue
De este Rugero vil,
El tono que adormece
Los sentidos, decid:
Las cuatro (cantan). ¡Ay, dómine infeliz!
Porque si no te velas, te han de velar á tí.
Claud. Esto es malo; mas, cielos,
Desde que llegué á oir
El tono, un trasudor
Me ha dado en la nariz.
Las cuatro (cantan). ¡Ay, dómine infeliz! etc.
Claud. Ansias ¿qué mal es este,
Que no sé distinguir
Si va por musa musæ,
O va por quis vel qui?
Las cuatro (cantan). ¡Ay, dómine infeliz! etc.
Luc. Pues ya en su estatua muere,
Quitémosla de ahí,
Y apagando de un soplo
La luz de aquel candil,
Demos con él en tierra.
(*Van retirando la estatua entre las tres, y al llegar Luciguela á soplar la luz, la agarra don Claudio.*)
Claud. Vestiglo femenil,
Eso no.
Luc. Suelta.
Claud. Agarra.
Luc. Y á ese asombro que ví
En tu pecho, agradece
A mi impulso no ir
Volando hasta la gruta
Del mágico Merlin.
Las cuatro. ¡Qué asombro!
Luc. ¿No me sueltas?
Claud. No, que soy contra tí
Licenciado de presa.
Luc. Pues hombre valadí,
Mi aliento empañe el velo
Del celeste zafir:
Tronad, tronad, esferas.
(*Truenos dentro, cae don Claudio, y escóndense las cuatro.*)
Claud. Muerto soy ¡ay de mí!
Luc. Escapemos ahora.

ESCENA XVIII.

LUISA Y LEONOR.

Luisa. ¿Quién se quejaba ahí?
Leon. Don Claudio.
Luisa. Hermano.
Claud. ¡Ay,
Que me he muerto un pernil!

ESCENA XIX.

DICHOS, Y SALE DON DIEGO CON BALONA CAIDA, ESPADA Y BROQUEL EN LA MANO, Y DESPUES LUCIGUELA, PICATOSTE, ISABEL Y JUANA.

Diego. ¿Quién se atreve en mi casa?
¡Mas qué veo!
Luc. (*dentro*). Venid,
Que en mi cuarto se oculta.
Diego. ¿Vos sois?
Claud. Ya no soy, ni
Seré de aquí adelante.
Luc. Aquí está.
Pic. Bien decis.
Isab. Levantémosle.
Luc. Alza
Del suelo, Juan Guarin.
Claud. Quítame allá esa perra,
Que ella me ha puesto así.
Diego. ¿No sabremos qué ha sido?
Luc. Que por lo que oí reñí
Con él, entró á matarme,
Y por querer seguir
Mi fuga, tropezó.
Diego. Es muy mal hecho, y...
Claud. Miente, así Dios me guarde.
Luisa. ¿Hermano, qué sentis?
Claud. El que si no me velo,
Me han de velar á mí.
Leon. Mil disparates dice.
Diego. ¿Quién diablos á vivir
Trajo conmigo este hombre?
Claud. Llévenme por san Gil
A la cama, y sabed...
Leon. Logróse.
Luc. ¡Hay tal mastin!
Todos. ¿Qué?
Claud. Que si no me velo, me han de
velar á mí.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de sala.

ISABEL, LEONOR Y LUISA.

Luisa. ¿Fuése el doctor?
Isab. Ya se fué;
Y aunque vino hecho un Neron,
Se fué mas blando que un guante.
Luisa. Sin duda sabe el amor
De don Diego.
Isab. Hay finca ó punto;
Porque desde que le oyó
Darte quejas, ha creido,
Como cree en la fe de Dios,
Que el escondido fué él.
Luisa. Lógrese nuestra intencion,
Y diga lo que dijere.
Leon. ¿Y en efecto, en qué quedó
Cerca de la junta?
Isab. En que,
Cumpliendo su obligacion,
Vendrá con sus dos pasantes,
Y el practicante Muñoz,
Que ha sido criado suyo,
A hacerle creer al simplon
De mi amo, que está en parage
De darle la estremauncion.
Leon. ¿Y Lucía?
Isab. Allá en mi cuarto,
Como dijo mi amo que hoy,
Para divertirse, quiere
Comer en San Blas al sol,
Me pidió que la dejase
El vestido de color
Que ha de llevar.
Leon. Algun nuevo
Embuste traza, aunque yo
Pienso que no es menester.
Luisa. Es verdad, que la invencion
De anoche, casi le ha hecho
Creer, que es verdad lo que vió.
Isab. Si él no se casare, quiero
Quemar mis libros.
Leon. Mi honor,
Y el amor que Luisa tiene
A don Diego, en esto son
Quien se interesa.
Claud. (*dentro*). Pinchauvas,
Sácame á este corredor
El recado de escribir.
Luisa. Claudio es este.
Leon. Ya nos vió.
Luisa. ¿Pues qué haremos?
Leon. Esforzar
Con nuestra conversacion
Su engaño.

ESCENA II.

DICHAS, DON CLAUDIO Y PINCHAUVAS AL PAÑO.

Claud. ¿Oyes, no es aquella
Leonorcilla?
Pin. Como soy
Corto de vista, no bien
La encandilaré.
Claud. Hablador,
Ponte gafas.
(*Pónese anteojos Pinchauvas, y luego don Claudio.*)
Pin. Aun no alcanzo.
Claud. Pues súbete otro escalon:
¿Es ella?
Pin. No la distingo.
Claud. Dacá esas gafas, bribon,
Que yo soy mas alto, y puedo
Descubrir campo; to, to,
Ella es, y está con Luisa:
Diréla en resolucion
Lo que hace al caso.
Isab. A la puerta
Escuchando se quedó:
¿En qué pensais?
Leon. Esto importa
Para engañarle mejor
(*Aparte con Luisa.*)
Mucho, Leonor, he sentido
Que una vez que declaró
Mi amor su queja, te hallé
Tan de parte del rigor.
Nadie mas que yo ha culpado
La injusta desatencion
De don Claudio en no casarse;
Pero que él haga un error,
No es causa para que tú
Hagas una sinrazon,
Y sinrazon que le cuesta
La vida, pues al rigor
De su mal, ha de perderla.
Claud. ¡Miren la buena intencion
De mi hermana!
Leon. Aunque pudiera,
Para cumplir con los dos,
Negar que le doy la muerte,
No lo he de hacer, porque son
Tan públicos mis agravios,

Que para que hagan menor
Mi ofensa, es preciso esta
Pública satisfacion:
Yo soy quien su ruina trazo,
Lucía quien le hechizó,
Y él quien ha de morir.
Claud. Eso,
Como quisiere el doctor.
Luisa. Ya es esa mucha osadía.
Claud. ¡Ah buena Luisa!
Luisa. Y no
Porque él sea un simple...
Claud. Es mentira.
Luisa. Has de hacer ostentacion
De su riesgo.
Leon. Él tambien hizo
Gala de mi deshonor.
Claud. Yo no debo nada á nadie,
Como debo mi alma á Dios.
Luisa. Pues ya que has dado en hacer
Tema de lo que es rigor,
No faltará quien por él
Vuelva.
Leon. ¿Quién?
Claud. La inquisicion.
Luisa. Su misma inocencia; y vamos
De aquí, Isabel, que no estoy
Para oir locuras.
Leon. Mira
Que hablas conmigo, y que no
Sufro atrevimientos.
Luisa. Pues
Ya está dicho.
Claud. Esto voló.
Leon. Quien pensare.

ESCENA III.

DICHAS, CLAUDIO Y PINCHAUVAS.

Claud. ¿Ha caballeros,
Así mi reputacion
Se arriesga? ¿qué es esto?
Leon. Nada,
Habiendo llegado vos.
Luisa. Mucho, habiendo tú venido.
Claud. Luisa, desde aquel rincon
(Testigo de ello Pinchauvas)
Oí todo lo que pasó,
Y lo de la callejuela.
Leon. ¿Y bien, que decis?
Claud. Que sois
Una muger infernal,
Y que ha un mes que estoy por vos
Con el alma entre los dientes.
Leon. Si no fuerais vos traidor,
No fuera yo vengativa.
Claud. Ea, Isabel, espulsion,
Exiforas, Pinchauvas.
Los dos. Voime, pues lo mandas.
Claud. Ox,
Porque quisiera tratar
Con Leonor una cuestion,
Párrafo de malificis.
Luisa. Yo tambien, Claudio, me voy.

ESCENA IV.

DICHOS, MENOS ISABEL.

Claud. Luisa, por lo que tronare,
No es malo que estemos dos,
Y toma un abrazo, porque
Te has portado con valor.
Leon. ¿A qué aguardais?
Claud. Escuchad
Un puntico del sermon.
Leon. Harto será que la risa
No me desmienta el furor.
Claud. Señora, yo soy un hombre
Tan como Dios me crió,
Que diré mi sentimiento
Al gallo de la pasion;
Y así, perdonad que os diga
Lo que siento: vos, Leonor,
Porque con vos no he querido
Contraer desponsacion,
Me habeis hechizado adrede
Por la imaginaria, y por
La enormísima despues,
Y luego por un monton
De cosas, siendo Lucía
La que sin ton, ni sin son
Me hechizó, y hechizará
Al padre que la engendró;
Porque ella, toda su casta,
Toda su generacion,
Y toda su descendencia
Han sido, serán y son
Hechiceros lamparistas
Del aceite de Astarot.
Decir por fas, ó por nefas,
Que me case en conclusion,
Es cosa que no se hiciera
Ni con el Cid Campeador.
Morirme de parte á parte,
Yo sin tener mal humor,
Por vuestro gusto y gustillo,
Es estelionato, y soy
Yo mucho hombre, para que
Me muera sin sarampion.
Y pues ya la lamparilla,
Con que allá en el obrador
De Lucía me haceis aire,

Estará sin algodon,
Doña Leonor, no hayas miedo
De que sin que demos hoy
Que hacer al diablo, seamos
Amigos á parte post;
Y es, que para vuestro dote
Echo yo alguna pension
Sobre mi capellanía,
Y tendreis de dos en dos
Novios así, así que vengan
A tomar la colacion.
Miradme, así Dios os guarde,
Por vuestra contemplacion,
Hecho un almario de huesos,
Con romatismo, y con tos.
No os da lastima, que un hombre,
Que gracias á Dios vivió
Sano como una manzana,
Y gordo á fuerza de arroz,
Se haya de morir en seco.
¡Fiera cosa! Ea, Leonor,
Pelitos á la mar, y haya
Dulzaina, agua de limon,
Y almondiguillas que canten,
Para que mi sucesor
Sea vuestro novio, y por mí
Se case plana á renglon:
¿Qué respondeis?
Leon. A tan necia
Infame proposicion
Ya respondí.
Claud. ¿A quién?
Leon. A Luisa.
Claud. ¿Qué fué? que se me olvidó.
Leon. Que habeis de morir.
Claud. ¿Muger,
Sabes que si cuenta doy,
A mi cabildo, te ha de
Cantar una escomunion?
Leon. Nada de eso me persuade.
Claud. ¿Nada? ¿ni el saber que estoy
Ordenado de grosura,
Que soy clerigo menor,
Y traigo aquí una corona
Redonda como un melon?
Leon. Don Claudio, no nos cansemos,
Que si esperais de mi voz
Consuelo, no hallaréis otro,
Que, ó boda, ó kyrie eleison:
Quejaos, acusadme, haced
Cuanto sea en vuestro favor,
Que cuando acudan, ya habreis
Vos dado cuenta al Señor.

ESCENA V.

DICHOS, DON CLAUDIO, DOÑA LUISA Y DESPUES ISABEL.

Claud. Por vida de...
Luisa. Aguarda, hermano.
Claud. Luisa, déjame, aunque muera,
Darla cien coces siquiera,
Como del codo á la mano.
Luisa. Repara que es indecente,
Que á una muger, que has amado,
Ajes de caso pensado.
Claud. Pues ajarla de repente.
(*Sale Isabel.*)
Isab. ¿Señora?
Luisa. ¿Qué hay, Isabel?
Isab. Que ya los cuatro doctores
Están en casa.
Claud. Señores.
De esta daré yo la piel.
Luisa. Pues á que la junta se haga
Vamos, antes que sea hora
De ir al campo.
Isab. Ven, señora.
Claud. ¿Diego, Luisa, y quién los paga?
Luisa. Yo.
Claud. Eso yaya, porque ya
No se ha de lograr de mí
Ni un solo maravedí;
Pero vamos hácia allá,
Que quiero en la dicha junta
Oir lo que dice Galeno,
Porque no me siento bueno
De noche acá.
Luisa. Voy difunta.
Claud. ¿De qué?
Luisa. De que, no has tomado
El casarte por partido. (*Vase.*)
Claud. Si he de morir de marido,
Lo mismo es así, que asado.
Isab. ¿Por postre, te has de casar
Con ella?
Claud. Aun está por ver,
Aunque pienso que ha de ser
Preciso el enmaridar.

ESCENA VI.

LUISA Y DESPUES EL DOCTOR, LOS DOS MÉDICOS Y EL PRACTICANTE, Y LUCIGUELA.

Doct. Toma este papel, Lucía,
Pues en él los polvos van.
Luc. ¿Y de qué son?
Doct. De la yerba

Coloquíntida oriental
Cuya virtud es dar hipo,
Y si la pueden echar
En caldo, ó en chocolate,
Mucho mejor.
Luc. Bien está.
Doct. 2°. Nosotros, pues se ha dispuesto
El que nos salga á escuchar,
Harémos la cama al cuento.
Luc. ¿Y á quién se los he de dar?
Doct. A Isabel, por si pudiere
Hacer la droga en San Blas,
Donde hoy va á comer.
Luc. Ya entiendo;
Y pues Luisa sale acá,
Y con ella ha de venir
A la sala doctoral
El Hechizado por Fuerza,
A Dios que voy á entregar
A Isabel los polvos: de esta
Se le lleva Satanás. (*Vase.*)
Doct. Ea, señores, cuidado
Con lo dicho.
(*Sale Luisa.*)
Luisa. ¿Don Fabian?
¿Señores? en hora buena
Vengais esta casa á honrar.
Los tres. Bésoos los piés.
Doct. Su semblante
Es de mi pena cordial.

ESCENA VII.

Dichos y CLAUDIO al paño.

Claud. Desde aquí podré oir lo que
Dice de mi enfermedad
El proto-martirologio
De esta salud clerical.
Méd. 2°. Señora, á esotro aposento
Por un rato os retirad,
Mientras se confiere.
Luisa. A nada
Imagino replicar,
Quedad con Dios. ¡Ay don Claudio,
Y qué malograda edad! (*Vase.*)
Claud. Cuatro son las tres Marías.
Doct. Ea, señores, tomad
Asientos; y yo, que sé
El mal estado en que está
La enfermedad de don Claudio,
Hablaré primero.
Los tres. Andad. (*Siéntanse.*)
Claud. Dios ponga tiento en la lengua.
Doct. ¡Lo que puede una beldad!
Todas las indicaciones
Que en la poca facultad
Del egrotante, declaran
Que el accidente es mortal,
Præter naturam coadyuvant,
(Teste Avicena) que hay
Maleficio supurante,
Aliento y calor vital,
Como lo dijo Riberio
En su Praxis singular,
De fame canina, siti
Morbosa, et febri lethal.
Claud. Si habla mas en latin, temo
Que le he de descalabrar.
Doct. Ahora, señores, la prueba
Es que á veces suele estar
Frenético, cacoquimio,
Sintomato, contumaz,
Emuntorio, canceroso,
Pútrido y corrupto.
Claud. ¿Hay mas
Hermosas especies para
Sazonar un papian?
Doct. Los líquidos nutrimentos
Apenas puede pasar
En pistos, ó gargarismos;
Porque como al paladar
Fluye la pituita, y esta
Es espongiosa, le ha
Con el quilo sufocado
La orgánica cabidad.
De aquí nace el que privado
De alimento, haya de dar
En maniaco; porque
Como el fomes natural
Al celebro, participa
El estómago, y no hay
En él virtud nutritiva,
Es fuerza que al delirar,
Claudique estenuada toda
La facultad racional.
Claud. ¿Claudique? ¿qué mas dijera
De la burra de Balan?
Doct. El remedio que hasta ahora
A muerte ó vida se le ha
Aplicado, solo ha sido
Una tisana de agraz,
Llanten y sangre de drago;
Porque como su frialdad
Repercute la fluxion
Del maleficio humoral
Al pecho, que es donde tiene
El hechizo, así no hará
Gangrena; y aunque ya estuve
Resuelto á mandarle echar
Una ventosa sajada
En el cogote...
Claud. Arre allá.

Doct. No me atreví, porque el rapto
Del húmedo radical
Mordicante, no corroya
(Llegándose á apoderar
De la cabeza) algun hueso
Criboso ú occipital,
Dañando la tabla vitrea
Del séptimo vasilar.
Méd. 1°. Soy de esa opinion.
Méd. 2°. Zacuto
En sus fármacos lo trae.
Pract. No obstante, pudiera hacerse,
Como al llegársele á echar
La ventosa, le estuviesen
Tirando á todo tirar
Del dedo gordo del pié.
Claud. No sino del carcañal:
¡Fiero asno es el tal doctor!
Méd. 1°. Ahora, señor, aquí no hay
Que discurrir, sino en que
Cuanto ha obrado don Fabian,
Ha sido todo acertado;
Pero aunque la parvidad
Del sugeto no permite
Que se le pueda aplicar
Medicina digestiva,
No obstante eso, cuando está
Contuso en el espondil
El músculo intercostal,
Soy de parecer de que
Se le haya de sangrar
Ligeramente hasta unas
Catorce veces.
Méd. 2°. Mirad,
Que sin mas indicacion
De urgente necesidad,
No es la evacuacion segura;
Porque como dijo allá
Zamudio en su Diatrea
Discretamente: antequam
Sangraveris videritis,
Aut sit nefas, aut sit fas.
Claud. ¿Pues á Caifas quién le mete
Donde no le llaman? va
Un cuarto que salgo, y todo
Se lo lleva Barrabas.
Pract. Yo que soy el mas moderno,
Tengo por muy principal
Que por estenso sepamos
Los accesorios, pues jam
Difficile est adhibere
Medicamenta si stat
Occulta ægritudo.
Méd. 1°. ¿Tose?
Doct. Y el esputo es mordaz,
Sanguinoso y coagulado.

*****

Méd. 2°. Malorum; ¿y el respirar
Es intercadente?
Doct. Y con
Notable dificultad,
Con palpitacion interna
Del espíritu animal.
Claud. Tú lo eres, por si me engañas.
Pract. ¿Manduca?
Doct. ¿Cómo, si están
Las fauces intemperatas?
Claud. Denme á mí de manducar,
Veremos si están ó no.
Méd. 1°. ¿Delira?
Doct. Como un reduan.
Méd. 2°. Y dormita?
Doct. Toties quoties.
Méd. 1°. ¿Pues para qué es bueno andar
En misterios? este hombre
Ya está muerto.
Pract. No está tal.
Méd. 1°. ¿Cómo que no, si despues
Del escirro, el zaratán,
Equimosis y aneurisma
Que padece, no hay ni habrá
Medicina equivalente,
Que pueda la actividad
Vencer del hechizo?
Pract. Yo
Mandára hacerle un sedal
Por donde evacuase toda
La porcion escremental
Del humor viscoso.
Méd. 1°. ¿Cómo,
Si no hay en él facultad?
Méd. 2°. Hechándosele á un criado.
Méd. 1°. Nego.
Pract. Probo.
Méd. 1°. Es por demas;
Y mi voto decisivo
Es, que si le llega á dar
Singulto...
Claud. ¿Singulto dijo?
Méd. 1°. Muera de necesidad:
Singultio, singultum amat
Sepelire, dijo allá
Nebrija.
Méd. 2°. Yo digo, que
Le entrará una sincopal,
Con frio cadente.
Pract. Yo,
Un sudor que le ha de entrar
Diaforético.

ESCENA VIII.

DICHOS Y DON CLAUDIO.

Claud. Tú mientes,
Y toda la vecindad.
Todos. ¿Qué atrevimiento es aqueste?
Claud. ¿Yo singulto? voto á san,
Que en mi vida he oido cosa
Que me haya enfadado mas:
¿Yo diaforético? bueno.
Méd. 2°. Sosegaos, y mirad
Que hablais conmigo.
Doct. ¿Ah don Claudio?
Claud. Don Fabian, fuera de atras,
Que yo soy hombre de bien,
Y sé que no me dará
Frio cadente ó singulto.
Doct. Pinchauvas, Isabel.

ESCENA IX.

LUISA, ISABEL Y PINCHAUVAS.

Las tres. ¿Qué hay?
Claud. ¿Qué ha de haber? que ese
Me ha dicho una atrocidad. [doctor
Pract. Don Claudio, el singulto es hipo.
Claud. Sea hipo, ó sea costal,
Yo no sufro desvergüenzas;
Y hombres de mi calidad,
No mueran de porquerías.
Luisa. Idos, pues, ya, don Fabian,
Antes que se precipite. [y será,
Los Méd. y el Pract. Ya nos vamos,
Pues este hombre está loco,
Para no volver acá.
(*Vanse, menos el doctor.*)

ESCENA X.

LUISA, EL DOCTOR, DON CLAUDIO, PICATOSTE É ISABEL.

Luisa. ¿Hermano, es posible que hagas
Estos yerros?
Claud. ¿Pues si da
En que ha de darme singulto,
Luisa, no me he de enojar?
Doct. Ya os he dicho que esto es hipo,
Y no os teneis que cansar,
Que el frio, el sudor y el hipo,
Antes de mucho, os darán,
Y con ellos moriréis.
Claud. ¿Si? pues vamos á San Blas.
Picat. Ya está ahí el coche alquilado.
Claud. Pues vámonos á mudar
Vestido: ¿singulto á mí,
Que he nacido capellan
De Parla, que es mas que ser
Sacristan de San Torcaz? (*Vase.*)
Doct. ¿Doña Luisa, qué tal se ha hecho?
Luisa. De pasmo; pero pues va
Airado, iré á sosegarle. (*Vase.*)
Doct. ¡Ah mal haya tu beldad,
Pues así de ceca en meca,
O me llevas, ó me traes!
Isab. ¿En fin, hablar solicitas
A mi ama?
Doct. Como un Roldan.
Isab. Pues vete á San Blas, y sea
Llegándote á disfrazar,
Para que no te conozcan.
Doct. Ya he discurrido un disfraz
Famoso.
Isab. Allá nos verémos. (*Vase.*)
Doct. El hospital general
Me valga, que allí Muñoz
Un vestido me dará;
Con que si allá lo veredes
Dijo Agrages, no será
Mucho, que allá lo veredes
Diga tambien don Fabian.

ESCENA XI.

Decoracion del campo de Atocha.

LEONOR Y LUCIGUELA CON MANTOS.

Leon. Bello dia de campo hace, Lucía.
Luc. Con sol claro en febrero, no hay
Leon. Donde su luz alcanza, [mal dia.
Va ya reverdeciendo la esperanza
El abril: ¿mas qué mucho, si en la esfera,
Que ha de ser catre de la primavera,
Derrite brilladora
Llanto que congeló noche, ó aurora?
Luc. Dejemos ahora eso,
Y vamos, para el logro del suceso,
Discurriendo en lo que hoy hacer conviene.
Leon. ¿Qué hemos de hacer, si viene
Claudio á este sitio, donde se entretenga,
Mas que esperar tapadas á que venga,
Con la disculpa de que tanta gente
Tomando está aquí el sol?
Luc. Cuando se siente
Ha de haber fiesta doble.
Leon. ¿Pues qué ha habido?
Luc. Que trae entre el aforro del vesti- [do,
Hácia la faldriquera,
Metido un niño, que hice yo de cera,
Lleno de agujas, vidrios y alfileres,
Porque ya que se clave en que tú eres
Quien le hechiza, se clave el majadero,

En creer que allí es el daño; y si primero
Le da los polvos Isabel, y empieza
A darle el hipo, el frio y la flaqueza,
Ha de creer, como el doctor le dijo,
Que ya llegó su hora.
Leon. Ya colijo
Como ha de hallarse en uno, y otro caso
El pobre simple de don Claudio.
Luc. Paso,
Porque es tu hermano aquel, que por la cuesta
Con Picatoste viene, y no habrá fiesta
Si nos conoce.
Leon. No importa nada,
Sabiendo que es usada
Devocion el que á Atocha á misa venga;
Mas porque si nos ve, no nos detenga,
Tápate bien, y vamos poco á poco.

ESCENA XII.

DICHAS, DON DIEGO Y PICATOSTE.

Pic. Señor, de puro alegre vienes loco;
¿Qué traes?
Diego. ¿Qué he de traer, si me ha citado
Isabel á este sitio, á que el cuidado
De mis recelos satisfaga Luisa?
Pic. ¿Cuidado da un doctor, que sin camisa,
Y con pera pretende ser esposo?
Diego. ¿Pues no puede un indigno ser dichoso?
Pic. Sí puede, pero espera,
Y mientras vienen, démonos siquiera,
Con esas dos tapadas con tontillo,
Lo que llaman un rato de palillo.
Diego. ¡Garbo tienen por Dios! (*Pasando.*)
Pic. ¡Qué testimonio!
¿Garbo por Dios? pues qué dirá el demonio?
Diego. Entre negras tinieblas hoy solo
El sol con mas incendio. [arde
Leon. Dios le guarde.
Pic. Famula, vos teneis lindos apaños
De ser gran perfeccion.
Luc. Viva mil años.
Pic. ¿Las seguimos, señor?
Diego. Calla, ignorante.
Luc. ¿Ves como, aunque pasamos por
No nos has conocido? [delante,
Leon. No ha sido poca dicha:
¿Mas no es aquel el coche?
Luc. En la librea
Dice que es alquilon.
Diego. Que no me vea don Claudio importará;
Y así, pues miro
Que están solas las tapias del Retiro,
A ellas arrimados demos vuelta
Al altillo, pues poco nos molesta
Del sol ardiente la influencia activa.
Pic. Un coche sube por la cuesta arriba.
Diego. Él será, aquí te queda, y en saliendo
De la ermita Isabel, señas haciendo,
Del sitio donde me hallo retirado,
Podrás guiarla allá. (*Vase.*)
Pic. Ve sin cuidado.
Luc. Ya tu hermano se fué, y en mi repara
Picatoste.
Leon. No importa.
Dentro voces. Pára, pára.
Claud. Pára.
Luc. Ya, señora, se apean.
Leon. Pues porque no nos vean,
Retirémonos mas, que tú en rezando
En la ermita, podrás de cuando en cuando
Dar un paseo, y ver lo que sucede.
Luc. No has dicho mal.
Pic. ¡Ah cielos, lo que puede
La obediencia servil! pues por mi amo,
Tórtola, que á Isabel hace el reclamo,
No voy tras las palomas de medio ojo;
Mas si la vista no lo ha por enojo,
Este es don Claudio.

ESCENA XIII.

DICHOS, DON CLAUDIO RIDICULAMENTE VESTIDO DE COLOR, CON MULETILLA EN LAS MANOS, Y PINCHAUVAS.

Claud. ¿Berganton, picaño,
Licenciadillo, cabra del tacaño,
Así se sirve á un hombre de mi esfera?
Pin. ¿Si no las quiso hacer la cocinera,
Tengo la culpa yo?
Claud. Claro es que tiene:
¿Sin un costal de sopas se me viene
A esperarme á San Blas? Si no mirára...
Pin. ¡Que esto se diga á un hombre cara á cara! [muela,
Claud. Vaya, y diga á Isabel, y no me
Que á mi solo me haga una cazuela
De panecillo y medio en rebanadas,
Que hoy he de hartarme de sopas habadas.
Pin. Mal provecho te hagan.

ESCENA XIV.

DICHOS, MENOS PINCHAUVAS.

Pic. Buenos dias

Claud. ¿Tú por acá?
Pic. Sabiendo que venias
Hoy á comer al campo con tu hermana,
Vine á tomar el sol esta mañana,
Por lograr verte á tí, y á ella servilla.
Claud. ¿Dime, cómo le va á la lampa-
Pic. No pasará de hoy. [rilla?
Claud. ¿Eso me dices?
¿Quieres que te deshaga las narices?
Pic. ¿Pues qué culpa hay en mí para
ese pago? [hago:
Claud. Has dicho bien, ya no te las des-
Y si quieres que hablemos en el cuento,
Ven á almorzar conmigo.
Pic. Soy contento.
Claud. Verás que vino y que besugo
Con cuatro costillitas de adobado, [asado,
Me emboco mientras muero.

ESCENA XV.

DICHOS É ISABEL CON MANTILLA Y MONTERA DE PLUMAS.

Isab. ¿Señor?
Claud. ¿Qué hay, Isabel?
Isab. Ya del puchero
Calé las sopas, cómelas aprisa. [misa.
Claud. Primero es comer sopas, que oir
Isab. ¿Y si el hipo te da comiendo á
bulto?
Claud. Aunque me dé una arroba de
Me he de hartar, Isabel. [singulto,
Isab. A buena cuenta,
Los polvos he de echarle por pimienta.
Pic. Oyes, hácia las tapias está mi amo.
Isab. Diviértemele tú.
Claud. Voy como un gamo,
A no dejar en pié corteza ó miga,
Porque me quepa mas en la barriga.

ESCENA XVI.

DICHOS, MENOS DON CLAUDIO Y PICATOSTE, Y AL PAÑO LUCIGUELA Y LEONOR.

Leon. Llega tú, y dila á Isabel
Que estoy yo aquí.
Luc. ¿Y dónde esperas?
Leon. A la sombra de la ermita
Me hallarás. (*Vase.*)
Luc. ¡Ah buena pieza!
Isab. Lucía, ¡válgame Dios,
A qué lindo tiempo llegas!
Luc. ¿Pues qué hay?
Isab. Que voy con don Claudio
A embocarle en la cazuela
Los polvos de don Fabian;
Y así, amiga mia, es fuerza
Que en el ínterin por mí
Hagas tú una diligencia:
Tu amo don Diego es aquel
Que á las tapias se pasea;
Luisa vendrá ahora á este sitio,
Con que haciéndola una seña...
Luc. Ya estoy en el cuento, vete
Sin recelo.
Isab. Hasta que vuelva,
Cuidado con el cuidado. (*Vase.*)
Luc. Señores, esto es comedia;
Mi ama de acecho y tapada,
Mi amo zeloso, y en vela,
Luisa atisbando á su hermano,
Su hermano muerto de pena
Porque se tardan las sopas,
Isabel dándole en ellas
Mas de mil yerbas en polvos:
Pinchauvas echando arengas,
Picatoste haciendo espaldas,
Y Lucía centinela:
¡Hay tal retablo!

ESCENA XVII.

DICHOS, MENOS ISABEL, Y SALE LUISA.

Luisa. Ya ha entrado
Al cuarto de la Santera
Claudio, y podré sin recelo,
En el ínterin que almuerza,
Ver si don Diego...
Luc. ¿Señora?
Luisa. ¿Tú aquí?
Luc. Esa es buena:
Mas vamos á lo que importa.
Sabe que mi ama encubierta
Está en San Blas, y Isabel
Me mandó que te dijera
Que mi amo... pero él,
Habiéndote visto, llega.
Luisa. Pues ten cuidado si sale
Claudio, y avísame, mientras
Hablo con él dos palabras.
Luc. ¿No ves que mi ama me espera?
Luisa. No repliques.

ESCENA XVIII.

DICHOS Y DIEGO.

Diego. Por saber
Quien aquesta muger sea
Con quien está hablando Luisa,

Dejé el paseo, y pues esta
Es buena ocasion, lleguemos,
Amor.
Luisa. Muy en hora buena,
Señor don Diego, vengais.
Diego. Fuerza es venirlo, quien llega
A ver menos irritados
Vuestros ceños.
Luc. Pues la puerta
De la ermita no está lejos,
Mientras ellos se requiebran,
Voime á saber como va
A Isabel de estratagema,
Y á dar aviso á mi ama. (*Vase.*)
Diego. Si Isabel no me dijera
Que teniais que mandarme,
Nunca se hubieran mis quejas
Puesto en parage de oirlas,
Quien da motivo á tenerlas.
Luisa. No me espanto, sois tan lindo,
Que si las damas no os ruegan,
No os dais á partido.

ESCENA XIX.

DICHOS, Y HABLANDO LOS DOS, SALE EL DOCTOR DE MUGER, TAPADO DE MEDIO OJO.

Doct. Zelos,
Pues os vale la cautela
Del disfraz, con que llamado
De Isabel, segun la cuenta,
Vine á este sitio, veamos
Si es que haciendo la deshecha,
Digo lo que este traidor
Habla con aquesta fiera.
Luisa. Ya os he dicho que es Lucía
Esta tapada, que acecha
Si sale mi hermano.
Diego. ¿Pues
Porqué se recata?
Luisa. Esa
Es cuestion para despues;
Y así, en lo que ahora es fuerza
Que sepais, prosigo.
Doct. ¡Quién,
Divinos cielos, tuviera
Didos de larga vista!
Diego. Bien estoy el que ese sea
El motivo...
Doct. Albricias, alma,
Que bien oigo.
Diego. De que crea
Don Claudio que está hechizado;
Pero esa intencion no deja
Disculpada la malicia
De que un doctorcillo tenga
Atrevimiento de hablaros.
Luisa. No hableis en esa materia,
Que es asco aun imaginarlo,
Y creed que si no hubiera
Sido preciso el valerse
De él para la industria nuestra,
Hubiera hecho á dos lacayos,
Don Diego, que en mi presencia
Le derrengasen á palos.
Doct. Ya mi dolor me derrienga
Aun antes que tu paliza.
Luisa. Y pues sabeis que soy vuestra,
Y os constan de mi cariño
Las repetidas finezas,
Id con Dios, hasta que mas
De espacio hablemos.
Diego. Paciencia,
Mira que ya eso es infamia.
Luisa. Id, pues.
Diego. ¿De esa manera
Me despides?
Doct. Dióla el tú,
Pluguiera á Dios que la diera
Un tabardillo primero.
Luisa. Diego, mi bien, considera
Que nos miran muchos.
Doct. Y uno
Que os ha de dar cantaleta.
Diego. Luisa, dueño mio, á Dios.
Luisa. ¿Me quieres?
Diego. Mas que á mi mesma
Vida. ¿Y tú?
Luisa. Mas que tú á mí.
Diego. No es fácil.
Claud. (*dent.*). ¿Dónde vas, perra?
Luc. (*dent.*). Iré donde yo quisiere.
Luisa. Mi hermano es este ¿qué espe-
Diego. Adonde primero estaba [ras?
Me retiro.
(*Vase don Diego, y al pasar por delante del doctor, se la jura.*)
Doct. Para esta.
Luisa. ¿Siempre, Lucía, has de estar
De humor?
Doct. Tirana, embustera,
No es Lucía, sino quien
Rabiando de zelos queda.
Luisa. Sin duda que es de don Diego
Alguna dama encubierta,
Que le cela: ¡hay tal traicion!
Doct. Oye, doña Melisendra,
Para esta y para estotra.
Luisa. ¿Cómo habla de esa manera?
Váyase la picarona
Noramala, y agradezca,
El que no haga que al instante

La bajen á la galera. (*Vase.*)
Doct. Fuése; pero tras don Diego
Ir quiero, para que entienda
Que le ha oido el doctorcillo.
¡Para esto, tirana estrella,
Me disfracé, haciendo falta
A mas de cuarenta enfermas!
Mas yo me vengaré.

ESCENA XX.

SALE DON CLAUDIO CORRIENDO TRAS LUCIGUELA, Y LA COGE EN LA PUNTA DEL TABLADO, Y DESPUES PICATOSTE.

Luc. ¿No hay
Quien á una muger defienda?
Claud. Acoto que la he cogido.
Luc. Suéltame.
Claud. ¿Cómo que suelta?
¿Piensas que ha de haber ahora
El ruido de la cadena?
No, amiga, aquí has de morir.
Luc. ¿Quieres que empañe la esfera?
Claud. Como no empañes la olla,
Haz lo que quisieres. (*Andan luchando.*)
(*Sale Picatoste.*)
Pic. Tengan,
¿Qué es esto?
Claud. ¿Picatostillo?
Pic. ¿Señor, qué haces?
Claud. Una, y buena,
¿Quieres, porque estoy sin armas,
Prestarme tú unas tijeras
Para matar á Lucía?
Pic. No las traigo.
Claud. Pues espera,
Ténmela de manifiesto
Aquí, para cuando vuelva,
Que en un brinco voy, y traigo
El cuchillo de la mesa:
¿Mas qué será esto, que pica
Aquí hácia la faldriquera?
Luc. ¿Que ha de ser? el envoltorio.
Pic. Ve, pues.
Claud. Ahora, Luciguela,
Lo pagarás todo junto. (*Vase.*)
Luc. ¿Que es lo que ahora hacer inten-
Pic. Que escapes. [tas?
Luc. Dios te lo pague,
Porque el don Claudio es un bestia,
Y hiciera algun desatino.
Pic. ¿En qué te detienes? vuela.
Luc. Ya me voy. (*Vase.*)
Pic. Ahora conmigo
Anda la marimorena.

ESCENA XXI.

PICATOSTE Y EL DOCTOR POR EL OTRO LADO.

Doct. Consejo muda el prudente,
Dijo un sabio; y pues tan cerca
El hospital general
Está de aquí, y me espera
En él Muñoz, una espada
Traeré, para que haya gresca
En San Blas.
Pic. Una muger
De poco porte se acerca,
Y don Claudio viene; pues
Haya engañifa: ce, reina.
Doct. El criado es de don Diego;
¿Qué querra? Mas por si piensa
Que habla con Lucía, le escucho.
(*Pónense á hablar Picatoste y el doctor.*)

ESCENA XXII.

DICHOS Y CLAUDIO CON UN CUCHILLO EN LA MANO.

Claud. Ea, Picatoste, tenla
Con valor, porque he de darla
Diez puñaladas en letra.
Pic. Aquí te la tengo.
Doct. ¡Cielos,
Qué es esto que miro!
Claud. Deja
Afilar, para matarla,
El cuchillo en esta piedra.
Doct. Suelta, pícaro.
Pic. No quiero,
Pícara.
Doct. ¡Hay tal desvergüenza!
Preciso es ya descubrirme.
Claud. Ea, Lucía, encomienda
Tu alma á Dios, y vete en paz
Al infierno por mas señas.
Doct. No es Lucía.
Claud. ¡Jesucristo!
Pic. Don Fabian es.
Claud. Hechicera,
Ya te entiendo: ¿qué has mudado
El rostro? pues aunque fueras
Todo el protomedicato,
Te he de matar.
Pic. Que no es ella,
Tente, señor.
Doct. Todo esto
Con la espada se remedia:
Luego lo vereis, villanos. (*Vase.*)
Claud. Que se escapa, resistencia.

Pic. No dés gritos.
Claud. ¿No hay justicia?
Pic. Mirad.
Claud. Favor á la Iglesia.

ESCENA XXIII.

CLAUDIO, PICATOSTE, LUISA, LEONOR Y LUCIGUELA.

Isab. Leonor.
Leon. Claudio.
Luisa. Hermano.
Luc. Amigo.
Claud. ¿Qué, ya vuelves?
Los cuatro. ¿Qué te inquieta?
Claud. Vive Dios, que en este lado
Me pica que me revienta.
¿Qué ha de ser? que muda formas
Lucía como materias;
Y ahora se me apareció,
Queriendo darla una vuelta,
En figura del doctor.
Luisa. Ya con manías empieza.
Luc. ¡Jesus, y qué testimonio!
Claud. ¿Qué, hija, ahora Jesuseas
Habiéndome tú hechizado?
¿Mas qué es esto?
(*Hace visage como que le da el hipo.*)
Luisa. ¡Ay qué tragedia!
El hipo le ha dado.
Isab. Ahora
Hacen su efecto las yerbas.
Luisa. Bien dijeron los doctores,
(¡Ay infeliz!) que esta era
Seña mortal, pues la cara
Pálida, amarilla, yerta,
Avisa que ya fallece.
Claud. ¿Qué, ya huelo á carne muerta?
¿Mas qué frio, ó qué demonio
Es este?
Pic. ¿Quieres que vea
Si encuentro quien le confiese? (*Vase.*)
Claud. Cuando se confiesen ellas:
Señores, échenme ropa,
Que tiemblo como una bestia.
Luisa. Ve volando.
Leon. Ahora sabreis
Quien padece, y quien se venga.
Claud. Aun tiene gana de boda
La tal Leonor; ni por esas;
Pero ay, que se me anda...
Los cuatro. ¿Qué se te anda?
Claud. La melena.

ESCENA XXIV.

DICHOS Y PINCHAUVAS.

Pin. ¿Qué le ha dabo á mi señor?
Luisa. Una sincopal.
Claud. No mientas,
Que algo menos es, hermana.
Isab. Mucho el trasudor le aprieta.
Claud. Él amansará.
Luisa. Entre todos,
Para que descanse mientras
Viene el confesor, le echemos
En el suelo.
Todos. Vaya de esta
(*Échanle en el suelo.*)
Isab. Agarra bien, Pinchauvas.
Claud. Aspacito, y buena letra:
¡Pero ay de mí!
Todos. ¿Qué te ha dado?
Claud. Que hácia esta pierna izquierda
Me pica un aspid, que muerde
A modo de sanguijuela.
Luisa. Hermano, eso es la aprehension.
Claud. Luisa, que me atenacéa:
¿No habrá quien de caridad
Descosa esta faldriquera?
(*Descósele Pinchauvas la faldriquera.*)
Pin. Un bulto hay entre el aforro.
Claud. ¿Bulto? pues será apostema.
Luisa. Desgarra, y sácale.
Pin. Saco.
Luc. ¿Qué hará el pobre cuando vea
El envoltorio?
Leon. Lucía,
Yo no he visto igual novela.
Claud. ¿Hombre, que has hallado?
Pin. Un niño
(*Saca una figura de cera.*)
De cera, con mas de treinta
Agujas.
Claud. Ese soy yo,
Menos el hipo.
Luisa. Ya es cierta
Tu muerte, Claudio, si no
Te deshace Luciguela
Los hechizos.
Luc. ¿Cómo es eso?
Antes, para que lo crea,
Aquí delante de todos
Le he de quitar la cabeza,
Para que él se caiga muerto.
Leon. Lucía, pues á qué esperas?
Acaba con él.
Claud. ¿De suerte,
Que este cuento va de veras,

Y que ya llegó mi hora.
Leon. ¿Ahora te vienes con esa?
Claud. Pues, Leonor de mis entrañas,
(*De rodillas.*)
Sabe Dios cuanto me pesa
De haber de casarme, estando
Tan cerca la noche buena:
Mas si me importa la vida,
Esta es mi mano derecha,
Vaya la capellanía
A espulgar un galgo, y venga
Ese monton de cristales.
Leon. Don Claudio, ya no aprovechan
Ruegos, yo me he de vengar.
Claud. Ea, mi Leonor, clemencia.
Leon. No hay remedio.
Claud. Isabel, Luisa,
Llegad con las manos puestas,
Y rogádselo, así Dios
Os dé un buen dolor de muelas.
Luisa. Amiga.
Isab. Leonor.
Pin. Señora.
Luisa. Una amiga te lo ruega,
Hazlo por Dios.
Los cuatro. ¿Qué respondes?
Leon. Que por ver que la comedia
Es fuerza que acabe en boda,
Le doy la mano.
Claud. Pues ea,
Hechizos fuera, Lucía.
Luc. Eso ahora no corre priesa.
Claud. ¿Cómo que no?

ESCENA XXV.

DICHOS, DON DIEGO, Y EL DOCTOR RIÑENDO, Y PICATOSTE DETRAS.

Doct. Ahora verás
Si riñen los que recetan.
Diego. Yo, que castigo osadías...
Claud. ¿Cómo qué, en boda pendencia?
Ténganse ahí.
Doct. He de matarle.
Pic. Doctorcillo de la legua,
Mira lo que hablas.
Todos. ¿Qué es esto?
Doct. ¿Qué ha de ser? zelos y afrentas:
Don Claudio, Luisa, Leonor,
Y don Diego (pues ya llega
El tiempo de hablaros claro)
Os han hecho creer por fuerza,
Que estais hechizado, por
Obligaros á que dierais
La mano á Leonor; y Luisa,
Con su hermanito os la pega
Por casarse tambien: todo
Ha sido embuste y cautela;
Y si yo concurrí, fué
Engañado de ellas mesmas;
Esto es verdad.
Claud. A buena hora
Os venís con esa media
Espada, doctor, que ya
Me he casado hasta las cejas;
Pero pido nulidad
Desde aquí, y hasta que vengan
Los Nazarenos.
Luisa. Don Claudio,
No hay que replicar; y esta,
Don Diego, es mi mano.
Diego. Amor
Tanta ventura agradezca.
Isab. Don Fabian métase fraile.
Pin. Bien Isabel le aconseja.
Doct. ¿Qué es fraile? he de dar al rey
Cuenta de esta desvergüenza.
Todos. Pues se va, démosle vaya:
¡Ah doctor! échenle fuera.
Doct. Luego lo vereis, canallas.
Luc. ¿Y yo, que he sido tercera
De estas bodas, qué he de hacer?
Claud. Irte á hechizar á tu abuela:
Mala venta te de Dios.
Todos. Y pedir, que tengan venia
Los yerros, á quien dió asunto
El Hechizado por fuerza.

DON JOSÉ DE CAÑIZARES.

Cuando nuestro teatro se hallaba ya en completa decadencia, Cañizares logró darle una apariencia de vida con sus ingeniosas comedias; pero no tuvo, como Lope de Vega, la fortuna de crear una escuela, ni, como Calderon, el genio necesario para formar época en la historia de nuestra literatura. Las comedias de Cañizares no figuran en ella mas que como un pálido destello de aquella brillante gloria que dieron al teatro español Lope, Calderon, Moreto, Rojas, Tirso y Alarcon; en ellas se ven las últimas boqueadas de una secta moribunda. Cañizares no pertenece ya en rigor al teatro antiguo, aunque procuró imitarle; pero no se le debe confundir con los que introdujeron luego en España aquel género absurdo en que no se descubre la menor centella de genio, que siguió al teatro antiguo, y al que siguió en mal hora la imitacion servil de los imitadores de los griegos y los romanos en la vecina Francia. Puede decirse pues que no el teatro antiguo, sino el *teatro español*, murió con Solis. Esperemos que, como el fénix de la fábula, renacerá de sus cenizas.

Don José de Cañizares nació en Madrid en 4 de julio de 1676, y fué bautizado en 14 del mismo en la parroquia de San Martin. Fué hijo de don José de Cañizares y de doña Gerónima Suarez de Toledo y la Caballería. Entró en la carrera militar, y el año de 1711 era ya teniente de caballos corazas, como se llamaban entonces los coraceros. Fué casado con doña Lorenza Alvarez de Losada Osorio y Redin, de quien tuvo dos hijos, don José y doña Gerónima, y murió en 4 de setiembre de 1750 en la Plazuela de Santo Domingo donde habitaba; fué enterrado en el convento del Rosario de padres dominicos.

Empezó muy jóven á escribir para el teatro, y tanto que se asegura que á los trece ó catorce años compuso la comedia de las *Cuentas del Gran Capitan*. Sus comedias son muy numerosas y las hay entre ellas, por supuesto, de todos géneros y estilos; pero las que han dado á Cañizares la celebridad de que justamente goza, son las llamadas de *figuron*. Entre estas son las mejores el *Dómine Lucas*, el *Montañes en la corte*, y el *Baron del Pinel ó Abogar por su ofensor*.

Escribió tambien Cañizares una zarzuela titulada *Milagro es hallar verdad*, que puso en música don Francisco Caradigni, y se representó en el coliseo del Príncipe en 1732, y un folleto titulado *España llorosa sobre la funesta pira*, el *Augusto mausoleo* y *regio túmulo*, etc., etc., que es una relacion de las honras que se hicieron en Madrid en el convento de la Encarnacion por el delfin de Francia: — Un tomito en 4°, Madrid 1711. No tenemos noticia de que escribiese, ó publicase á lo menos, otras.

EL DÓMINE LUCAS.

Pocas comedias pueden citarse que hagan reir tanto como la del *Dómine Lucas*. Desde que este mentecato se presenta en la escena, no hay quijadas que basten para celebrar con la debida salva de risas todas sus necedades. No ignoramos que este carácter es una verdadera caricatura, y que una buena comedia, como un buen cuadro, no debe serlo; pero todo se le perdona al autor que tiene el don de divertirnos tan completamente. No presentamos, pues, esta comedia como un modelo del arte, pero estamos seguros de que nuestros lectores reconocerán empleado en ella un verdadero talento dramático, aunque descarriado por el mal gusto y la falta de estudio severo de la naturaleza, un diálogo vivísimo y salpicado de chistes que, aunque degeneran alguna vez en bufonadas, nunca ofenden el pudor, escitando siempre una risa franca, y unos caractéres algo recargados, pero llenos de originalidad y perfectamente sostenidos.

Repetimos que el género á que pertenece esta comedia no es el buen camino para

llegar á la sublimidad del arte; pero al par que admiramos una grandiosa composicion de Velazquez ó un santo de Zurbarán, no nos desdeñamos de aplaudir con toda sinceridad un capricho de Goya, ó una caricatura de Theniers, y creemos que lo mismo les sucederá á nuestros lectores.

PERSONAS.

DON LUCAS, estudiante.
DON ENRIQUE.
DON ANTONIO.
DON PEDRO, viejo.
DOÑA LEONOR, su hija.
DOÑA MELCHORA.
FLORELA.
JUANA.
TALAVERON.
CARTAPACIO.
UN GOLILLA.
UN LETRADO.

La escena es en Madrid.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de calle.

DON ANTONIO, DE SOLDADO BIZARRO, DON ENRIQUE, DE GOLILLA, Y TALAVERON DE LACAYO.

Ant. Vive Cristo, don Enrique,
Que si dais en esa tema,
Me he de ahorcar de una encina.
Enr. Don Antonio, yo quisiera
Saber de vos, cómo se ama,
Sin que el corazon lo sepa.
Tal. Amando por diversion,
Que el que es, aunque hombre, tan bestia,
Que por mugeres se mata,
Merece...
Enr. ¿Qué?
Tal. Que se muera.
Ant. Dice bien Talaveron.
¿Hombre ó demonio, en qué piensas?
Las mugeres todas son
Engañifas de la idea;
Nuestros desvelos nos pagan
En el precio que nos cuestan.
No, amigo, que la mas fina
Tiene una rara moneda,
Que cuando la dice, es oro,
Que cuando la llora, es perlas,
Que cuando la escribe, es plata,
Y es cobre, cuando la trueca,
Pues es fuerza hacerla cuartos,
Para cumplir con ochenta.
Tal. El evangelio es de amor.
Enr. Don Antonio, la franqueza
De vuestro genio, aumentada
Con la libertad que engendra
La campaña, os da ese humor,
Incapaz de que en él quepan,
Ni reflexiones amantes,
Ni desveladas empresas.
Yo, que adoro una hermosura,
Y con mi pasion apenas
La merecí compasiva,
Cuando ya la lloro agena,
Muy de otra suerte discurro.
Ant. ¡Válgame Dios, qué ternezá!
Es lástima que no llores,
Y esa dama no te vea
Hacer pucheros con barbas,
Para que con eso fuera
Mas alta tu bobería,
Y mas fina su soberbia.
Tal. Ver á un barbon hacer mimos,
Es cosa que desespera.
Ant. Pero permíteme, amigo,
Que pueda pedirte cuenta
De aquel tu pasado amor
Con cierta madamisela;
Que servistes en Amberes,
Que despues de otra novela
De amor, que tambien, tambien
No somos aquí de piedra,
Te referiré el suceso:
Y comerciadas tus penas
Con mis glorias, lograrémos
Divertirlas con saberlas.
Tal. Aquí me huele á romance. *ap.*
Enr. Escucha, amigo, y no creas

Que siente con pocas causas
El que padece con estas.
Hijosde Madrid nacimos
Los dos, y en nuestras primeras
Infancias, por el afecto
Que el trato comun engendra,
Tan amigos, tan hermanos,
Que el deudo, que á la fe nuestra
No le concedió la sangre,
Le obró la correspondencia;
Que el verdadero pariente,
Si sabe serlo de veras,
Es el amigo; pues poco
Importa que no lo sea,
Si quien siente lo que siento,
Y en mis bienes se interesa,
Aunque no tiene mi sangre,
Tiene los efectos de ella.
De Madrid, pues, por influjos
De inclinaciones diversas,
Partimos el rumbo entrambos;
Vos á estudiar en la guerra,
Yo á lidiar en los estudios;
En cuya sutil palestra,
Apenas con la ambicion
De ceñirme á las esentas
Ramas del furor de Apolo,
Me dí al uso de las ciencias,
Cuando á mi padre, que en Flándes
De Amberes la fortaleza
Gobernaba, un accidente
Asaltó con tanta fuerza,
Que sin que le diese el tiempo
Lugar á mas diligencia
Que á morir, rindió á la parca
Su noble vida, tan llena
De militares aplausos,
Que no poco en sus empresas
Embarazó de la fama,
Ya las plumas, ya las lenguas.
Fué preciso hiciesen pausas
Mis estudios con tal nueva,
Siendo el único hijo suyo;
Y aventurando mi hacienda
Si á Flándes no me partia,
Hícelo con tanta priesa,
Que logré cuanto anhelaba,
Y aun lo que menos quisiera.
¡ O cielos, cuánto el acaso
De los desvelos se venga!
¡ Cuánto de las prevenciones
Se burlan las contingencias!
Un dia, ya fenecidas
De Amberes las dependencias,
Que pensando en mi partida,
Salí á la hermosa ribera
De un rio, que á sus murallas
Bate con bombas de perlas,
Despues de haber dilatado
Vista y planta en su halagüeña
Entretegida espesura,
Cuya enredada maleza,
O tarde, ó nunca la entrada
A un rayo del sol dispensa,
A tiempo que ya la tarde
Con la noticia primera
Del avance de las sombras,
Del tropel de las tinieblas,
En retaguardia del sol
Iba tan en fuga puesta,
Que sin poder en el grueso
De sus luces recogerlas,
Se iba dejando en poder
De la noche las estrellas
Traidoramente cautivas,
Dócilmente prisioneras,
Un dulce halagüeño acento
Escuché, cuyas postreras
Sílabas entre las voces
De un blando instrumento envueltas,
Eran prision armoniosa
De fuentes, de aves y fieras.
Bien pudieran persuadirme,
A no saber cuanto mienta
La antigüedad fabulosa
Plantas mudas y ondas quietas,
Vientos y flores absortas,
Que alguna incauta sirena,
O dríade de aquel bosque,
O de aquel golfo nereida,
Eligiendo aquella muda
Soledad, juzgaba en ella,
De algun semidios zelosa,
Verter en dulces endechas
Sonoro tósigo el aire,
Dulce veneno á la selva;
Pues para serlo bastaba,
Que aun ecos de zelos fueran.
Pero me desengañó
Ver á mis ojos espuesta,
Apenas de unos jarales
Dí al rudo teson la vuelta,
Una placentera tropa
De hermosas madamiselas,
Y entre ellas una, que dando
Alma á un laud, de sus cuerdas
Iba el oro bullicioso
Salpicando de azucenas.
Todos á un tiempo pudieron
En afable competencia
Suspenderme: pero como
Aun la mas hermosa deja,

Bien que los ojos cautive,
Franca la segunda puerta,
Que es la del oido, presto
La libertad halla senda
Para salir; y mas cuando
Este sentido no cesa
De influir con desengaños,
De llamar con influencias.
Pero como la tirana
Hermosa enemiga bella
Del corazon, con su acento
A la cláusula primera
Del oido me cogió,
No encontró despues, al verlas,
Camino para la fuga
La libertad; antes presa
De dos iguales impulsos,
El cuello dió á dos cadenas,
Aunque cualquiera sobraba;
Pues como triunfar aprenda,
Donde hay beldad, ¿qué mas voz?
Donde hay voz, ¿qué mas belleza?
Rendido á tan noble objeto,
Cobrándome en mi suspensa
Admiracion, al estilo
Del pais, la reverencia
Les hice, á que todas juntas
Correspondieron atentas,
A tiempo que de su gente
Instadas, la estancia amena
Trocaron por las carrozas.
Que las seguí, ya se deja
Entender; que por criadas,
Billetes y estratagemas,
A saber llegó mi amor
Cintia, (aqueste nombre tenga
Por disfraz de mi respeto)
Dicho está, y solo me resta
Encarecer cuán aprisa
En amorosas empresas
Penas á glorias se cambian,
Bienes por males se truecan;
Pues apenas obligada
La tuve, cuando á sus puertas
Con otro galan, que acaso
De mí con infiel cautela
Encubria, cierta noche
Reñí una cruel pendencia.
Fué á tiempo que mi partida
Me instaba; con que el creerla
Traidora á mi amor, el lance
Referido, y la funesta
Noticia de una criada,
Que me contó que no era
Yo solo de Cintia amante,
Me hizo abreviar mi dispuesta
Jornada, y aborreciendo
Las libertades flamencas,
Dar al olvido su amor.
¿Pero qué importa? si apenas
A Salamanca volví,
Cuando al ver su primer flecha
Burlada, el ciego traidor,
Un segundo arpon me asesta;
Como quien dice: no importa
Que no haga caso de aquella,
Que como me queden armas,
Aun mas victorias me quedan.
De don Pedro de Chinchilla,
Caballero, cuyas prendas
Toda Castilla encarece,
La esposa murió, y la deuda
De caballero me hizo,
Que con todos concurriera
A la piadosa funcion
De sus honrosas esequias,
Y al pésame acostumbrado:
Que concediese fué fuerza
Leonor, hermosa hija suya,
Su vista; no á encarecerla
Con hipérboles aspiro:
Solo diré, que si fuera
Tan hermosísimo el luto
Con que la noche lamenta
La falta del sol, sobraba
De la aurora la asistencia,
Y el bello incendio del dia.
Ahora notad por las señas,
La que alumbraba con sombras,
¿Con esplendores qué hiciera?
Solo sé, que si allá el gozo
Me suspendió, aquí la pena
Me trajo: si allá armonías
Me cautivaron, tristezas
Me aprisionaron acá;
Si en una el canto me eleva
En otra el llanto me mueve.
¡O amor! ¿qué habrá que no sea
Materia para tus triunfos,
Si ya sea gusto, ó ya queja,
Ya placer, ó ya dolor,
Ya júbilos, ó ya endechas,
Todo sirve á tu deidad,
Todo á tú poder obsequia?
Con que mal podrá eximirse
De tu esclavitud quien sepa,
Que en cualquier afecto vives,
Y es fuerza que en todos venzas.
Desde que á Leonor miré,
Dí en servirla, y merecerla
Alguna atencion, que aun hoy
A mi cariño conserva.

Tuvo don Pedro su padre
Un sobrino en las escuelas
De Salamanca, á quien llaman
Don Lucas, que en la aspereza
Criado de la montaña,
Que, como patria cualquiera,
Discretos y necios cria,
No hay humana diligencia,
Que baste á hacer que cultive
Tanta natural rudeza.
Es tan necio como vano,
Y en el uso de las letras
Incapaz, pues ha seis años
Que estudiando se desvela,
Y ni aun gramática sabe.
Con este, por conveniencias
De mi amor, trabé amistad
Muy grande, antes que viniera
Leonor á Madrid, adonde
Siguiendo las dependencias
De un gran mayorazgo suyo
Don Pedro está: y de manera
Su aplicacion ha logrado,
Que con sus crecidas rentas
Un título comprar quiere,
Con él formando, y con ellas
El dote á Leonor, bien como
Su principal heredera.
Pero esto es con la pension
Cruel de que porque sea
La línea de los Chinchillas
Del mayorazgo cabeza,
A su hija con su sobrino
Casar quiere; y con la idea
De esa sin razon, en casa
Al tal don Lucas hospeda,
Bien que en cuarto separado,
No obstante la resistencia
De Leonor, que por no verse
En las manos de una fiera,
Título y dote gustosa
Cede á su hermana pequeña
Doña Melchora, con quien
Escasa naturaleza,
En cuanto al entendimiento
La mayor verdad la niega.
Ahora juzgad, don Antonio,
Las líneas á un centro vueltas,
Los escarmientos de Flándes,
De España las contingencias,
Iras, sustos, ansias, zelos,
Pesares, angustias, quejas,
Sinrazones, sobresaltos,
Si es forzoso que me tengan
Mal seguro de mi suerte,
Bien quejoso de mi estrella.

Ant. Con razon encarecisteis
Las esquisitas novelas
De vuestra vida, y en todas
Os pareceis de manera
A mí, que no hay circunstancia
En que entre sí no convengan.
Dama tuve yo en Amberes,
Pero con gran diferencia
Entre vos y yo; pues aunque
Reñí mil veces por ella,
Jamas un favor logré;
Que en queriendo yo de veras
A una muger, al instante
Se me reviste de peña,
Se me espirita de escollo,
Y no hay diablos que la venzan.
Pero esta doña Melchora,
Hermana de Leonor bella,
¿No está tambien en Madrid?
Enr. Claro está.
Ant. Pues Dios nos tenga
De su mano; habrá dos meses
Que saliendo de una iglesia
Con su hermana, la hice gestos,
La seguí, y la tengo hecha
Una lástima por mí.
Enr. ¿Qué decis?
Ant. Hablo de veras.
Tal. Me parece que á los dos
No se os escapa frutera
A quien no le hagais terrero,
Ant. Pero, hombre, es la mayor bestia,
Que he conocido en mi vida.
Así la hallé á la primera
Dócil á mi amor, que siempre
Todo lo que me revienta,
Es lo que se anda tras mí.
Tal. No es muy mala ropa aquella
De aquel coche.
Ant. Siempre suelen
Venir los dias de fiesta
A misa á los Recoletos,
Algunas carillas buenas.
Enr. Por el corto brujuleo,
Que las cortinas inquietas
Al soplo del aire forman,
Algo percibir se deja
No desagradable.
Ant. A Dios;
¡Mas qué el cochero las vuelca!
Enr. Remolinadas las guias,
Que deben de ser muletas,
Tuercen el juego.
Tal. Ya acude
El escudero que llevan
A enderezarlas.

Ant. ¿Qué importa
Si no alcanzando á las riendas,
Se burlan de él?
Enr. Acudamos. (*Vanse.*)
Cart. (*dent.*). Aguarda, Toribio.
Voz. Espera,
Pícaro.
Melch. (*dent.*). Cielos, piedad.
Leon. (*dent.*). ¿No habrá quien nos favorezca?
Tal. Cayó el coche, pero á tiempo,
Que mi amo y su amigo llegan,
Sosteniéndole, á sacar
La gente que dentro encierra.

ESCENA II.

DICHOS Y CARTAPACIO.

Cart. ¿Señores, habráse visto
Mas solemne desvergüenza,
Que la de este verderon,
Que gritándole hora y media,
Sobre que hácia el pectoral
Les restringiese las riendas,
No quisiese? Ello no hay hombre
Que observe sus incumbencias.
Tal. ¿Qué es eso, amigo?
Cart. No es nada,
Un enjambre de cabezas,
Que se han roto en aquel coche,
¿Y se está con esa flema
Vuesarcé?

ESCENA III.

DICHOS Y DON ANTONIO CON DOÑA MELCHORA EN BRAZOS.

(*Trae una perra grande, y unos rizos descompasados, collar gordo y vueltas.*)
Ant. Trocad, señora,
¡Qué miro! las azucenas
De vuestro rostro al purpúreo
Clavel, que en su espacio reina,
Que ya estais libre.
Melch. ¡Ay, señor!
Que no sé yo como pueda,
Ni trocar, ni destrocar,
Porque ni viva ni muerta,
Estoy tan de estotro modo,
Que estoy de cualquier manera.
Yo os agradezco el socorro,
No solo por mí, que aun esa
Es la menor circunstancia,
Sino es por ver mi marquesa
Libre de... ¿pero qué veo?

ESCENA IV.

DICHOS, DON ENRIQUE CON DOÑA LEONOR, Y TALAVERON CON JUANA.

Enr. No Atlante se desvanezca
De que en sus hombros el cielo,
Divina Leonor, mantenga,
Cuando yo á cielo mejor
Logro con débiles fuerzas
Sostener.
Leon. Solo un acaso,
Enrique mio, pudiera
Conseguirme esta fortuna.
Tal. Semidiosa de la legua,
Vuelve en tí.
Juana. No solo en mí
Volveré, sino en cualquiera,
Por lo bien que me está.
Cart. ¿Digo,
Tambien hay para una puerca
Su pasico de desmayo?
Tal. ¿Y quién al purichinela
Le llama aquí?
Cart. Usted perdone,
Que esto es una impertinencia.
Ant. ¿Es posible que á mi amor
Le ha de costar el que os vea
Todo este susto?
Melch. Yo os tengo
Un amor como una bestia;
Pero tan desaquellada
Me siento con una ausencia,
Que á no estarme divertida
En hacer unas muñecas,
Y en bailar lo mas del tiempo,
Yo, Juana y la cocinera,
Ya nos hubiéramos muerto.
Ant. Yo os estimo la fineza,
Que á un amor de zarambeque
Con un pandero se premia.
Melch. Ellas y yo, ya se sabe,
Pasamos de esta manera;
Porque en casa ellas y yo
Es lo mismo que yo y ellas.
Ant. ¡Mal haya tu entendimiento! *ap.*
¿Habrá hombre, que de una necia
Pueda gustar?
Leon. Hoy habemos
Recibido una flamenca
Por criada, á quien condujo
Un mercader de su tierra,
Conocido de mi padre,
Y dicen, que entre las prendas
Que tiene, en la de cantar
Es divinamente diestra.

Yo haré que Juana te espere
Esta noche, y cuando sea
Ocasion de que á mi cuarto
Entres, la voz es la seña
Que ha de avisarte; pues, como
Te he dicho veces diversas,
Aunque aventure, ¡ay Enrique!
Opinion, vida y hacienda,
Tú solo has de ser mi dueño.
Enr. Esa constancia me alienta.
Leon. Y ahora, pues es reparable
Detenernos mas en esta
Publicidad... ¿Cartapacio?
Cart. ¿Señora?
Leon. Que dé la vuelta
Toribio.
Cart. ¡Ah, papagayon!
Desfílate á la derecha.
Ant. Hasta tomar la carroza,
El iros sirviendo es deuda.
Melch. Pues llevadme esta perrita,
Y no la apreteis, que es tierna
De pecho, y vomitará.
Ant. Cierto que la alhaja es bella.
Melch. Hoy ha almorzado dos libras
De huevos de faldriquera,
Y está muertecilla de hambre.
Enr. ¿Cuándo otra dicha como esta
Lograré yo?
Leon. Don Enrique,
No hay mal que por bien no venga.
Enr. Si ha de costarte un peligro,
Mejor me estoy con mi pena. (*Vanse.*)
Cart. Demasiadas cortesías
Son las de estos dos babiecas. (*Vanse.*)
Tal. Ven, hija.
Juana. Vamos, querido.
Cart. Ah pícara, que galera
Tan bien empleada!
(*Éntranse puestas las manos en los brazos de los galanes las damas, y los graciosos dadas las manos.*)

ESCENA V.

DON LUCAS, QUE AL VERLOS SE SUSPENDE, Y CARTAPACIO, AL PAÑO.

Luc. ¿Si habrá
Quedado misa en la iglesia?
¡Pero qué miro!
Cart. Las tres
Van como unas tres princesas.
Luc. ¿Doña Leonor no es la otra,
¿Doña Melchora no es esta?
Ellas son por las espaldas,
Mas por detras no son ellas.
Cart. Iréme quedando atras,
Que tengo una diligencia
Que hacer en las tabernillas.
Luc. ¡Habrá mayor desvergüenza!
¡Muger, que para mi esposa
En infusion de sí mesma
Estuvo en la primer mente
Del padre del que la engendra,
Anda en estos arrumacos!
Lucas, hémosla hecho buena:
Y este maldito espantajo
¿A qué demonios las suelta
Sobre su palabra? Digo.
Cart. ¡Jesucristo! ¿quien me tienta?
Luc. Yo, pícaro, que te vengo
A pedir de mi honra cuentas.
Cart. Yo, señor, si...
Luc. No se turbe.
Cart. Cuando pude...
Luc. Échalo fuera.
Cart. Si el cochero...
Luc. No me masque.
Cart. Fué el culpado.
Luc. ¿De qué tiemblas?
Cart. Es que el coche, las señoras,
El cochero, la volteta,
Los hombres... y no hablaré
Palabra, si usted se acerca,
Que estoy perdido de miedo.
Luc. ¡A Dios, honra montañesa,
No queda mi ejecutoria
Para papeles de especias!
Cart. Señor, el coche venia
Delante de la trasera,
Mas hácia acá de las mulas
Sobre la viga maestra.
Luc. ¿Pues donde habia de venir?
Cart. Comenzóse una reyerta
Entre la zaina y la roja:
Yo, que oli la morisqueta,
Hice señas á Toribio,
Que el flagelo introdujera
A la parte occidental.
Luc. ¿Ahora me latinea?
Maldita sea tu alma.
Cart. No me entendió; dió la vuelta,
Cayó el coche; tus dos primas
Saltaron, sin ser teceras,
En los brazos de dos hombres,
Que se hallaron allí cerca.
Luc. ¿De dos hombres?
Cart. De dos hombres.
Luc. ¿Ahí es preciso que hubiera,
Para desembanastarlas,
O de mano, ó de cabeza
Tenazon y agarroteo?

Cart. Abrazáronlas por fuerza
Para sacarlas.
Luc. ¿Qué dices?
Cart. Fué indispensable indecencia.
Luc. Caiga sobre mí un vizconde
Con toda su parentela.
¿Melchora, á quien entre dientes
Tengo una aficion horrenda;
Leonor, en quien la pecunia
Me tira, que me desuella;
La una hacienda de mi amor,
Y la otra amor de mi hacienda,
Maniestiradas de hombre?
¿Qué dirá el valle de Ruesga,
Adonde se trae la honra
Colgada como venera?
Cart. Allí vuelven los dos hombres.
Luc. ¿Los de la pasada gresca?
Cart. Ellos mismos.
Luc. Pues, querido,
Aquí de tus habilencias.
¿No soy tu dómine?
Cart. Ad natum.
Luc. ¿No eres mi fámulo?
Cart. Etiam.
Luc. ¿Te toca mi honor?
Cart. Ad intra.
Luc. ¿Te tañe mi enojo?
Cart. Ad extra.
Luc. Pues dame esa daga.
Cart. ¿Ad quid?
Luc. ¿Ad quid? á lograr que mueran
Los que mi amor despachurran.
Cart. Señor, tu piedad inmensa,
A este hombre precipitado
Con sus ausilios detenga.

ESCENA VI.

DICHOS, DON ENRIQUE, DON ANTONIO Y TALAVERON.

Luc. Esto ha de ser.
Enr. Hasta tanto,
Que de vista se perdieran
No quise dejar el coche.
Ant. Gran dicha ha sido la nuestra.
Luc. ¿Cartapacio?
Cart. ¿Señor mio?
Luc. ¿Por dicha, has sido en tu tierra
Barbero?
Cart. ¿Porqué?
Luc. Porque
Adonde cae me dijeras
La tetilla en las espaldas.
Cart. Señor, pillale la arteria
Capital; mas arribita
Del sófago, y por mi cuenta.
Enr. Por aquí, ¡pero qué veo!
Luc. Hombre, á tu Dios te encomienda...
¡Pero qué miro!
Enr. ¿Don Lucas?
Luc. ¿Don Enrique? abraza apriesa,
Hijo de mi corazon:
¡Jesus! si no das la vuelta
Tan aprisa, en un hijar
Te he abierto una faltriquera.
Enr. ¿Porqué?
Ant. ¡Que estraña figura!
Tal. Longaniza de bayeta
Parece el hombre.
Luc. ¿Porqué
Me pregunta? usted me juega
Con mi novia á salta tú.
Enr. ¿Cómo?
Luc. Tomándola á cuestas.
Enr. Yo solo sé, que dos damas
Ví peligrar...
Luc. Cantaleta.
Enr. Y á fuer de ser caballero...
Luc. Fué usté á retozar con ellas.
Rnr. ¿Yo? ¿qué decis? ¿retozar?
Luc. Ya sé vuestras mañas viejas,
Que en viendo mozas se os ponen
Los ojos como linternas;
Pero no se me da nada,
Que antes me viene de perlas
La ocasion, porque en la novia
Quiero hacer cierta esperiencia,
Y de vos me he de valer.
Ant. El don Lucas es gran bestia. *ap.*
Enr. Ya sabeis, que por la antigua
Generosa amistad nuestra
Os debo servir.
Luc. Acoto:
Y oidme en Dios, y en conciencia.
Enr. Proponed.
Luc. Yo en la montaña
Tengo una bonita hacienda,
A Dios gracias, que un abuelo,
Mi deudo por línea recta,
Fundó ciento y dos mil años
Antes que Cristo naciera.
Ant. ¡Antiguo blason!
Luc. Dejóme
Con calidad esta renta,
De que entre á gozarla yo
Desde el dia que me muera.
Enr. ¿Desde que os murais? ¿pues muerto
De qué os sirve?
Luc. Tengan cuénta;
¿Pues cómo quereis que mande,
Que viva un hombre con ella,

Si es hacienda de montaña,
Que hincha, pero sustenta?
Enr. ¿Pues cuánto es?
Luc. Doce ducados,
Y tiene un censo de treinta.
Cart. Dígame usted, ¿no es mi amo
Discreto de cuatro suelas?
Enr. Vamos al caso, don Lucas.
Luc. El caso es, que mi nobleza
Tan antigua, que á diez millas
Huele á lo rancio que apesta,
No permite que me entregue
Todo entero, á quien no sepa,
Que es mûger tan recatada,
Tan mirada, tan atenta,
Tan noble, y tan tarantan...
Enr. ¿Qué es tan tarantan?
Luc. Discreta
Frase, con que así me esplico,
Dando á entender que quisiera
Muger, que no se asustára
De cajas, ni de trompetas.
Enr. ¿Y eso á qué viene?
Luc. A que no
Le hagan ruido las ternezas
De otro, casada conmigo,
Y me ponga esta mollera
Como el monte de Torozos.
Enr. ¡Quién tal ignorancia piensa!
Luc. Quien sabe que Calderon
Dice en la quinta comedia,
Hablando de las mugeres,
Que no hay alhaja que sea
Tan buena como la mala,
Tan mala como la buena.
Tal. Al reves me la vestí.
Luc. Y así, la que está en conserva
Para mí, en el natural
Ha de ser de una jalea.
Enr. ¿No es doña Leonor Chinchilla?
Luc. Esa propia; y desde aquesta
Mismisima hora, usted
La ha de galantear.
Enr. ¿Qué intentas,
Hombre?
Luc. Saber, señor mio,
De la pata que cojea.
Si ella al continuo combate
Se tiene tiesa que tiesa,
Merece en mí un montañés
Con todas las incidencias
De ejecutoria y de sangre;
Si se ablanda como breva,
Con un escudero mio
Le sobra mucho á la puerca.
Para lograr este aquel,
Os da lugar y licencia
El ser mi amigo, y poder
Entrar á verme, y á verla.
De todo cuanto pasáre,
De la forma que suceda,
Me avisaréis, y con eso
Se amansará mi conciencia,
Que ha dias que mi discurso
Daba en esta sutileza.
Y pues que cosas tan cosas,
Que á ser cosicosas llegan,
Si apriesamente se rumian,
Mente despacio se piensan:
Idme á ver presto, que á casa
Voy á esperar la respuesta. (*Vase.*)
Cart. Disparóse; los demonios
Que le den pique.

ESCENA VII.

DON ANTONIO, DON ENRIQUE Y TALAVERON.

Enr. ¡Hay tan necia
Proposicion!
Ant. ¿Hombre ó diablo,
Pues tal ocasion no aceptas?
Si el propio que te compite
Te hace espalda, da por hecha
Tu fortuna, y á este bruto
Dale papilla.
Tal. ¿Quién yerra
Esa eleccion?
Enr. Decis bien;
Y pues así que anochezca
Estoy de Leonor citado,
Un tono siendo la seña,
Venid. (*Vase.*)
Ant. Vamos, que tambien
A mí mi tonta me espera. (*Vase.*)
Tal. Quiera Dios que pare en bien,
Tanto como el diablo enreda.

ESCENA VIII.

Sala en casa de don Pedro.

FLORELA VESTIDA A LA FLAMENCA, CON LUZ, QUE LA PONE ENCIMA DE UN BUFETE, Y DESPUES DON PEDRO.

Flor. (*cant.*). Ahora, que á solas
Podemos los dos,
Las quejas del pecho
Fiar á la voz,
Sintámos, pesar;
Lloremos, dolor;
¡Ay, patria! ¡ay, memoria!
¡Ay, fortuna! ¡ay, amor!

*****

Ped. ¡Qué bien canta esta muger!
¿Florela?
Flor. ¿Señor?
Ped. Por raras
Contigencias apelastes
Al amparo de mi casa:
Hija en Amberes naciste
De una ilustrísima dama
Y un caballero español;
No sé que amante desgracia
De amor á España te trajo;
Pero una vez en España,
Y en mi poder, te recuso
Esa tristeza ordinaria,
Pues cuando de propio motu
Contestando á la demanda
Tuya y de Octavio, te admito
Con mis hijas; eso basta
Por la favorable, y por lo
Que resulta de la causa,
A que estés muy satisfecha.
Flor. Y á que rendida á esas plantas
Os reconozca por puerto
De la deshecha borrasca
De mi vida.
Ped. La flamenca *ap.*
Tiene muchísima gracia;
¿Mas qué fuera que Cupido,
No obstante mi edad, tratára
De hacer entre mis afectos
Tan semiplena probanza
De inclinacion, que perdiese,
Del albedrío en la sala,
Mi libertad en tenuta?
Pero á bien, que Sanchez trata
De matrimonio, y con él
Barroso, Olea y Sarabia;
Y lo que es la propiedad
No le ha de salir barata.
Florela, á Dios, que ya vuelvo. (*Vase.*)
Flor. Esto solo le faltaba
A mi dolor, que en veneno
Se convierta la triaca,
Y este anciano, á quien mi amparo
La estrella enemiga encarga,
En mi contrario se mude.
¡Ay, Enrique! quien juzgára,
Que yo...

ESCENA IX.

FLORELA, MELCHORA Y JUANA CON MANTOS.

Melch. ¿Florela?
Flor. ¿Señora?
Melch. Ya ha media hora que mi herma-
Se desgañita por tí. [na
Flor. Iré á ver lo que me manda.

ESCENA X.

MELCHORA, JUANA Y DESPUES DON ANTONIO.

Juana. Como sea cantar, que es sola
De esta friota la gracia,
Irá en un pié.
Melch. Pues mi padre
Está fuera, y no está en casa,
Dile á don Antonio que entre,
Ya que por la puerta falsa
Le embocaste acá.
(*Sale don Antonio.*)
Ant. No tiene,
Que ir á conducirme Juana,
Que yo, salamandra activa
Al incendio de tu llama,
Me adelanté.
Melch. ¿Qué decis?
¿Que viva yo en Salamanca?
¿Pues qué embarazo en Madrid?
¿Pues qué, teneis otra dama?
¿Pues qué, me quereis dejar?
Juana. Mi señora es insensata. *ap.*
Ant. No adelanteis groserías,
Que no caben en quien ama.
Melch. Bien me pagais el tener
Una gran cosa pensada,
Que deciros de mi amor.
Ant. Decid, que mi fe la aguarda.
Melch. Pues, querido don Antonio
De mi vida, y de mi alma,
El arbolito que vuela,
El pajarillo que pára,
El pececito que ruje,
La fierecita que canta,
Todos en comparacion
De tu persona gallarda
Son, son, son... ¡Válgate Dios!
Ahora una cosilla entraba,
Que si me acordára de ella,
De pura risa lloráras,
Porque árbol, pájaro, pez
Y fiera, todo paraba
En decir que sí, que no
Torna, vuelve, toma y daca.
Juana. No se puede decir mas.
Ant. ¡Habrá necedad mas crasa! *ap.*
Esta muger pareciera
Mucho mejor si callára.
Luc. (*dentro*). Juana, alumbra.

Melch. Este es don Lucas.
Ant. ¡Pléguete Cristo con mi alma!
¿Qué hemos de hacer?
Juana. En mi cuarto
Te entraré, mientras que él pasa
Al suyo.
Ant. Oye, hija mia,
Por tu vida que no hagas
Que me quede por las costas.
(*Éntrase don Antonio en el aposento del lado izquierdo.*)

ESCENA XI.

DOÑA MELCHORA, CARTAPACIO, DON LUCAS CON UN BULTO DEBAJO DE LA CAPA, Y DON ANTONIO AL PAÑO.

Luc. ¿Melchora?
Melch. ¿Don Lucas?
Luc. Gracias
Al gallo de la pasion,
Que te hallo sola, y sin mazas
Para espresarte mi afecto.
Ant. ¡Qué oigo, cielos!
Cart. Dile: acaba
Lo que quisieres, que yo
Estaré aquí de atalaya.
Luc. Hija, ya tú sabes que eres
Por tu hermosura y tu gala,
Y tu discrecion, la flecha
Que mas me... ¿cómo se llama?
Melch. Ya sé yo que tú me tienes
Un amor como unas natas.
Luc. Pues, porque mi amor conozcas,
Hoy pasando por la plaza,
No obstante las reverencias
De todas mis zarandajas,
Te compré estas dos gallinas
Para que almuerces mañana:
Tómalas por vida tuya.
Ant. ¡Vive Dios que la regala,
Y ella lo admite!
Luc. El misterio
De amor y gallina, calla
Mucho mas de lo que dice:
Pues significa en sustancia,
Que en esta accion mi fineza
Queda harto cacareada.
Cart. Y que emplumado el cariño,
Cobra en tu favor mas alas.
Luc. Lo que te encargo por Dios,
Y su madre sacrosanta,
Es, que Juana ni Florela,
Ni tu padre, ni tu hermana
Las vean; porque descubren
De miche á meche la maula
De nuestro afecto.
Melch. Pues yo
No tengo donde guardarlas.
Luc. ¿No? ¿pues cómo yo las traigo
En la pretina colgadas,
No puedes ponerlas entre
Ese manto rebujadas?
Melch. Dices bien por vida mia,
Ayúdame tú á liarlas.
Luc. ¿Cómo que ayude? no son
Favores para panarras.
Cart. Pues no serán para usted.

ESCENA XII.

DICHOS Y LEONOR.

Leon. ¿Melchora?
Melch. ¡Ay, ay, vírgen santa!
Que me las ve: san Anton,
Ciégala.
Leon. ¿Qué tienes? habla.
Y vos, don Lucas, ¿qué haceis
Con Melchora aquí?
Luc. Yo estaba
Diciendo que sí... A Dios:
Fuéronseme las palabras.
Leon. ¿Qué bulto, Melchora, es ese
Que te hacen las espaldas?
Melch. Me ha salido una corcova:
Callen las descomulgadas.
Leon. Pues las corcovas no gruñen.
Melch. ¿No hay quien por música canta?
¿Pues porqué no puedo yo
Por brazos, ó por garganta
Gruñir lo que yo quisiere?
Leon. Dime que tienes.
Melch. No es nada:
Don Lucas te lo dirá. (*Vase.*)
Leon. ¿Don Lucas, qué es esto? ¿en qué anda
Melchora?
Luc. ¿En qué anda? en las piernas,
Si es que las tienen las damas.
¡Vive Dios, que tal pregunta
No se hiciera en la montaña! (*Vase.*)
Leon. ¿Cartapacio?
Cart. Usted discurra,
Que yo no respondo á nada,
Que en materias de secreto
Soy un escollo con calzas. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

DOÑA LEONOR, Y DON ANTONIO AL PAÑO.

Ant. Todos se van, y no veo

Por donde escapar.
Leon. Si el ansia
Con que espero á don Enrique,
Me permitiera apurarla,
Yo descifrára este enigma:
Pero cuando á la ventana
Dejo á Florela á que cante,
Que es la seña concertada,
Antes les debo estimar,
Que de este sitio se vayan.
Don Lucas se entró en su cuarto,
Melchora con las criadas,
Que es su costumbre, estará;
Abierta la puerta falsa
A Enrique el paso le ofrece.
¡Oh cuánto Florela tarda
En decir para que logre
La suerte á que aspira el alma!...

Flor. (*canta dentro*). Servia en Oran al rey
Un español con dos lanzas,
Y con el alma y la vida
A una gallarda africana.

ESCENA XIV.

DICHOS, TALAVERON, Y DON ENRIQUE CON ESPADAS Y BROQUELES.

Enr. Esta es la seña.
Tal. ¿Sabrás
A qué hora nos descalabran?
Leon. ¿Don Enrique?
Enr. ¿Leonor bella?
Ant. Ya esto está mejor que estaba.
Leon. ¡Con cuánto susto mi afecto
Entre impaciencias te aguarda!
Enr. Como en casa tienes dueño,
Que sacrifique á tus aras
Debidas adoraciones,
Temí fuese la tardanza
Ese motivo.
Leon. ¡Ay, Enrique,
Cuán desconfiado hablas!
Ant. Yo llego, pues á los dos
No importa, para que salga,
Que me descubra.
(*Saca la cabeza embozado don Antonio, vele don Enrique á tiempo que se va á desembozar, y mata la luz.*)
Enr. ¡Qué miro!
Un hombre está allí. ¡Ah, tirana!
Ant. Yo soy; ¡mas válgame el cielo!
Maté la luz.
Leon. Tente, aguarda,
Don Enrique.
Tal. Volaverunt.
Enr. Hombre, ilusion ó fantasma,
Prueba el acero conmigo.
Ant. Bueno estoy yo si me embasa,
Sin conocerme, mi amigo.
En todo caso la espada
Por delante: ¿don Enrique?
Tal. ¿Qué don Enrique, ó qué haca?
Enr. ¡Que mi saña no te encuentre!
Ant. Si alcanzo una cuchillada
Por galantear una tonta,
Estoy como en una caja.
Leon. Florela, trae una luz.
Tal. Ya se alborota la casa.
(*Golpes á la puerta de la mano derecha.*)
Luc. (*dent.*). ¿Qué ruido es aquel?
Ped. (*dent.*). Yo soy:
¿No hay un diablo que me abra?
Enr. ¡Gran confusion!
Ant. ¡Fiero empeño!

ESCENA XV.

DICHOS, Y FLORELA CON LUZ.

Flor. Ya está aquí, como me encargas,
La luz... ¡pero ay de mí triste!
Leon. No te espantes, llega, acaba.
Enr. ¡Qué miro!
Ant. ¡Qué veo!
Flor. ¿No quieres
Que me asombre mi desgracia
Repetida? Esos dos hombres
Son, señora, los que causan
Mi desventura.
Leon. ¿Qué dices?
Flor. Que son los dos que en mi patria
Me quisieron; que es el uno
De quien vivo enamorada,
Y á quien aborezco el otro;
Y sin duda que en tu casa
Me buscan ambos, y así
Mi vida, señora, ampara,
Que yo sin alma, sin voz,
Sin aliento, sin palabras,
Sin discurso, aun movimiento
Para la fuga me falta.
(*Vase dejando caer la luz.*)
Tal. Otra vez voló la luz.
Ped. (*dent.*). ¿Estais dormidos, canalla?
Enr. ¿Florela en Madrid, pesares? *ap.*
Ant. ¿Dichas, Florela en España? *ap.*
Leon. Sin saber que me sucede,
Sustos y zelos me matan.
Ant. Hallé el primer escondite.
(*Escóndese.*)

ESCENA XVI.

DOÑA LEONOR, DON ENRIQUE, DON LUCAS Y CARTAPACIO CON LUZ.

Luc. Aquí es el rumor: avanza,
Cartapacio; ¿mas qué miro?
Enr. ¿Don Lucas?
Luc. ¡Buena entruchada!
¿Pues vos con Leonor y á oscuras?
¿Qué haceis dentro de mi casa?
Enr. Yo no sé que le responda. *ap.*
Leon. ¡Ah, traidor, que mal me pagas!
Luc. Hablad, ó por Jesucristo,
Que os descosa media panza.
Cart. Dios te tenga de su mano.
Enr. Esto es poneros en planta
Vuestra intencion, y venia,
De la materia tratada
Hoy entre los dos, á daros
Respuesta.
Luc. ¿Pues es cebada
Que se descabeza?

ESCENA XVII.

DICHOS Y DON PEDRO.

Ped. En fin,
Hasta que rompí la aldaba
No se os hicieron notorias
Mis coces, ni mis patadas.
¿Mas quién está aquí?
Luc. Un amigo.
Ped. ¿A quién busca?
Luc. A un camarada.
Ped. ¿Es á mí?
Luc. O á la sortija.
Ped. Cosa es que pide probanza
Ser la hora esquisita.
Luc. Trate
De picarse si le rasca,
Que esto no le toca al viejo.
Caballero, usted se vaya.
Enr. Estando aquí don Antonio, *ap.*
Fuera en mi amistad infamia
No sacarle á todo trance.

ESCENA XVIII.

DICHOS Y DOÑA MELCHORA CORRIENDO TRAS LAS GALLINAS.

Melch. Pitas, pitas: ¡ay, que saltan!
¡Ay, que se van!
Luc. Tome usted
Estotra con la embajada
Que sale ahora.
Ped. Melchorica,
¿Que es esto?
Melch. Padre de mi alma,
Que he comprado estas gallinas,
Y no quiero que se vayan.
Cart. Ox aquí.
Juana. ¿Qué bobería?
Ped. Pues otorga la fianza
Don Lucas, ya os podeis ir.
Enr. No me voy hasta que salga
Una persona, que está
En aquel cuarto encerrada.
Leon. Librar quiere á don Antonio, *ap.*
Y en mi opinion no repara.
Ped. ¿Don Lucas, quién está allí?
Luc. Que sé yo.
(*Al paño don Antonio vestido de muger, con guardapies verde y mantilla.*)
Ant. Ya hallé una traza *ap.*
Para escaparme famosa;
Pues como es de la criada
Este cuarto, una mantilla,
Y un guardapies en su cama
He visto, y me le he vestido.
Juana. ¿Señores, tal zalagarda
En qué parará?
Ped. ¿Don Lucas,
Qué decis?
Luc. Que es patarata,
Que en este cuarto no hay nadie.
(*Sale don Antonio, y da un pellizco á don Lucas al pasar muy de priesa.*)
Ant. ¿Cómo que no? esto esperaba
Yo ver: pícaro, alevoso,
Ya verás lo que te pasa. (*Vase.*)
Luc. ¿Muger de dos mil demonios,
Tienes dedos ó tenazas?
Todos. ¿Que es esto?
Luc. ¿Pues yo que sé?
Enr. Ahora está bien que me vaya.
(*Vase.*)
Tal. Don Antonio la logró. (*Vase.*)
Ped. Bueno por cierto; ¿encerradas
Me teneis, pelindusquitas?
Luc. ¿Yo dusquitas, ni peladas?
¡Plegue á Cristo!...
Ped. Bien, don Lucas,
Ya por indecencia tanta
Queda desde hoy la sentencia
De casamiento anulada. (*Vase.*)
Luc. Leonor, por la cruz de Dios...
Leon. Buena estoy yo para gracias.
(*Vase.*)
Luc. Juana, si yo ví muger...
Juana. ¿Pues qué teneis cataratas?
(*Vase.*)

Luc. Cartapacio, ya tú sabes
Mi inocencia.
Cart. Es una infamia,
Que se te atribuya un hecho
De tan viles circunstancias.

ESCENA XIX.

DON LUCAS Y DOÑA MELCHORA.

Luc. ¿Melchora?
Melch. ¿Qué es lo que quiere?
Luc. Si yo...
Melch. No me hable palabra.
Luc. Entré muger...
Melch. Yo la ví,
Por señas tenia barbas.
Luc. No digas tal, que al creerte
De mi amor desconfiada,
Quiere andar mi entendimiento
A coces con mi desgracia. [jado,
Melch. ¡Ah, traidor! que me has de-
Al ver tus carantamaulas,
Entre el temor y el afecto
Hecho el cariño una plasta.
Luc. ¿No bastan á persuadirte
Ver, dulcísima tirana,
Entre lágrimas y mocos
Mis verdades estofadas?
Melch. No, aleve; que allá en mi idea,
Tal vez dura, tal vez blanda,
Lo que la razon somete,
El desengaño sonsaca.
Luc. Pues yo me voy á tomar
Por veneno de mis ansias,
Con un bizcocho de á libra
Un vaso de leche helada.
Melch. ¿Ese es amor?
Luc. Es arrojo.
Melch. Eres un ruin.
Luc. Tú una zaina.
Melch. Lucas, murió mi fineza.
Luc. Melchora, pues enterrarla.
Melch. Él se escurre. *ap.*
Luc. Ella se va. *ap.*
Melch. Alquitibi.
Luc. ¡Ah, mariblanca!
Melch. ¡O dómine! contra ti
Sermo sermonis me valga.
Luc. ¡O musa! quién comprendiera
Si eres musa ó musaraña!

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de calle.

DON ENRIQUE, TALAVERON, Y DON LUCAS VESTIDO DE PASANTE, CON MOÑO, Y GOLILLA MUY GRANDE, Y ASIMISMO CARTAPACIO.

Enr. ¿Eso pasa?
Luc. Y esto almendra.
Desde el dia que en el cuarto
De Juana, se vió salir,
Sin que nadie hubiese entrado,
Una muger casi hombre,
Con mas barbas que un zamarro,
Se oye en la casa un gran ruido
Como en haberse soltado
Una legion de demonios
Tras de una sarta de diablos.
Enr. ¿Qué decis?
Luc. ¿Qué he de decir?
Que estoy medio espiritado.
Enr. ¿Y no hace mas de hacer ruido
Ese duende, ó ese encanto?
Luc. La noche que se le antoja
Despues que sobre mis cascos
En un desvan, que es ojaldre
Del pastelon de mi cuarto,
Al son de triste de Jorge
Suele bailar el canario;
Me apaga la luz de un soplo,
Y á pellizcos y azotazos,
Me pone el cuerpo de mezcla;
Porque como lo morado
Del golpe cae en lo amusco
De un pellejo no muy blanco,
Parezco por la mañana
Bulto de carton jaspeado,
O estatua de ébano puerco,
Con vetas de palo santo.
Enr. ¿Pues es posible, don Lucas,
Que remedio no se ha hallado,
Por conjuro, ó por precepto,
Contra ese espíritu?
Luc. Hermano,
Un demonio que porfia,
Es demonio por dos lados.
Todo está pasado en cuenta;
Y no habiendo aprovechado
Nada, al último remedio,
Como dicen, apelamos;

Con dos velas encendidas
Dos almireces sonando,
De servilletas las mozas,
De rodillas los criados,
Sacamos don Pedro y yo,
De un cofre de felpa y raso,
La mas horrible reliquia,
Que tiene el género humano.
Enr. ¿Y cuál es?
Luc. La ejecutoria
De los Chinchillas hidalgos
In sæcula sæculorum,
Quæ tuorum, quæ tuarum:
Y esta, y el título antiguo,
Que á un tal nuestro antepasado
Gutibamba de Chinchilla
Dió Noé, estando embarcado
En el arca, en que le hace
De la hermandad secretario,
Familiar del Santo Oficio,
Y merino de Toranzos,
Se las pusimos al duende.
Enr. ¿Y qué hizo en fin?
Luc. No hacer caso:
Con lo cual hemos creido,
Que está el duende escomulgado.
Enr. ¿Habráse visto otro necio *ap.*
De tales entusiasmos?
Cart. ¿Atropellar esenciones
Y ejecutar á porrazos?
Mátenme si el duendecillo
No ha sido alcalde ordinario.
Enr. ¿Y ese nuevo trage, amigo,
Qué indica?
Luc. Que ya el bellaco
De mi suegro, el otro dia
Me echó de cabeza al patio.
Enr. ¿Cómo?
Luc. Como ya en la junta
Me recibió de abogasno.
Tal. ¿Y á vos?
Cart. Yo, señor, ni aun soy
Pasante de cirujano.
Luc. Para mí es brava cucaña:
Porqué con dos espantajos
De reproduzco, me afirmo,
Lo del caso necesario,
Media docena de *y porques*,
El susodicho á la mano,
Y un demonio de aceitera,
Que anda á los fines manchando
De cualquiera peticion;
Va el litigante pasmado,
Mi suegro mama un doblon,
Y yo pillo un real de á cuatro.
Enr. Eso no se puede errar.
Luc. Tambien tiene Cartapacio
El empleo de delirio
Enr. ¿De delirio?
Luc. Es que de un rasgo
Borra los conocimientos,
Aunque sean de cien años.
Cart. Ea, que todos solemos
Retozar con Justiniano,
Y Pandectas.
Luc. Es verdad:
Él suele escribir á ratos.
El otro dia fuí á hablar
Sobre un pleito, en que un cuñado
De una tia, que era hermana
De una prima de su hermano,
Dió muerte á un pariente de otro;
Y ni veinte papagayos
Pudieran hablar mejor;
Porque yo saqué á Vulpiano
A danzar, á Rafael,
Fulgoso, Alberto y Oldrado:
Y cité sobre la prueba
A Juanini, que de emplastos
Trata con admiracion:
Ibanmelo celebrando:
Y yo apretaba de tieso.
Salió Moreto al estrado
Villegas de Flos sanctorum;
Dioscorides de Doaldo,
Doña Maria de Zayas:
La historia de Carlo Magno.
Y viendo que aun todavía
Estaba el cuento reacio,
Eché á Calderon á cuestas,
Que es quien mejor trata de autos.
Enr. ¿Y qué hubo?
Luc. Todo el concurso
Me dió infinitos aplausos.
Enr. ¿Y saliste con el pleito?
Luc. No con todo, mas con algo,
Porque al que yo defendia
Que saliese desterrado,
Le alzaron todo el destierro,
Mas fué porque le ahorcaron.
Tal. ¡Tal fué la defensa!
Luc. ¿Digo
Parece que somos zainos?
Don Enrique, ó don demonio,
¿No me decis en qué estado
Estais con la que ha de ser
Costilla de este cuerpazo?
Enr. Mucho, amigo, se resiste.
Luc. ¿Vos no la haceis arrumacos?
Enr. Encarézcola mi amor.
Luc. Si no fingis que os da un flato
Por ella, y os ve ella misma

Echar la lengua de un palmo,
No ha de darse por vencida.
Enr. Mas vale hacerme pedazos.
Luc. Don Enrique, sois un bobo,
No conoceis estos trasgos:
Hay muger, que dice á todo,
¡Qué porquería! ¡qué asco!
¡Que bazofia! y con los ojos
Se quiere comer el plato.
Cart. Dios le libre á usted de algunas
Gaticas de Mari Ramos,
Que la juegan de mandoque.
Enr. Ella os está idolotrando.
Luc. ¿Con efecto?
Enr. Con efecto.
Luc. ¿Sin engaño?
Enr. Sin engaño.
Luc. ¡Que á todos los montañeses
Nos aprecie el mundo tanto!
¡Válgame Dios! ¿qué tenemos
Que todo lo acogotamos?
Cart. ¿Qué ha de tener un borrico *ap.*
Sino la dicha de un asno?

ESCENA II.

DICHOS Y DON ANTONIO.

Ant. ¿Don Enrique?
Enr. ¿Don Antonio?
Luc. ¡Verbum caro! ¡Verbum caro!
¡San speculum justitiæ!
Ant. Todo hoy se me ha ido en buscaros
Sin poder veros.
Luc. ¿Este hombre,
No es la muger que del cuarto
De Juana salió?
Enr. Notad
Con qué asombro está mirando
Don Lucas.
Ant. Él al entrar,
Cogiéndome descuidado,
Antes que con la mantilla
Me recatase, de plano
Me vió el rostro.
Luc. ¿Si es el duende
Que anda siguiendo mis pasos?
Enr. Pues buena la hemos hecho.
Ant. ¿Pues puede ese tontonazo
Imaginar que soy yo?
Luc. ¿Don Enrique?
Enr. A deslumbrarlo
Apelemos.
Luc. Don Enrique,
Decidme, así un mayorazgo
Os dé Dios por un hijar,
¿Si ese hombre que os está hablando
Ha sido acaso muger
Antes de ser hombre humano?
Enr. ¿Estáis en vos?
Luc. Yo lo digo.
Enr. No abrais para eso los labios,
Que es desatino.
Luc. Mirad...
Enr. Juicios teneis temerarios.
Luc. ¿Pues si le he visto gallina,
No he de preguntar si es gallo?
Enr. Proseguid en ese tema
Y vendrá á desafiaros
Por la afrenta...
Luc. Peor es eso,
Que el nacer un hombre calvo.
Y pues sin duda es el duende
Este, que me anda barbando
Con ojos, con fantasías
De vizconde enamorado,
Mas vale escapar.
Ant. ¿Don Lucas?
Luc. ¿Don demonio?
Ant. He reparado...
Luc. Hiciste mal.
Ant En qué estais...
Luc. Ni estuve, ni estoy, ni he estado.
Ant. Mirándome.
Luc. Yo no os miro.
Ant. Y yo...
Luc. No os acerqueis tanto.
Fugite partes duendorum. (*Vase.*)
Cart. Exi foras adversarium.

ESCENA III.

DON ENRIQUE, DON ANTONIO Y TALAVERON.

Tal. Raras piezas amo y mozo.
Enr. Con efecto, él ha juzgado
Que sois fantasma.
Ant. ¿Y qué soy
La vez que no tengo un cuarto?
Tal. Espantajo del que espera,
Que le han de pedir prestado.
Enr. ¿Quién habrá dado motivo
A que crea que anda el diablo
En su aposento?
Ant. Sabed,
Que desde que disfrazado
De muger, saqué á don Lucas
De un pellizco medio brazo,
Doña Melchora, la tonta,
En estar zelosa ha dado
De él; y el modo de vengar

Este mantillesco agravio,
Ha sido martirizarle
A pellizcos y á porrazos;
Pues ella y Juana, de noche
Dejan que esten acostados
Todos, y con otra llave,
Que han hecho hacer para el caso,
Entran en el aposento
De don Lucas, y en matando
La luz, le dan una felpa
Peor que si fuera un raso:
Y como solo es con él
El estruendo, los criados,
Don Pedro y los demas hacen
Burla de lo que está hablando,
Y no creen que hay tal duende.
Tal. Si solo tiene la mano
De hierro para don Lucas,
Hacen bien.

ESCENA IV.

DICHOS, DOÑA MELCHORA Y JUANA.

Enr. Mas dos mantos
Se acercan:... ¿Es á mí?
Melch. No:
Al de hácia esotro lado.
Tal. ¿A mí?
Juana. Tampuerco.
Ant. Sin duda,
Que soy yo el venturonazo.
Melch. Claro está. ¡Jesus mil veces!
¿Veis que soy yo la que os llamo,
Y os estais hecho un pegote?
Ant. ¿Pues con el rostro embozado
Era fácil conoceros?
Melch. ¿Pues es con lo que me tapo
Alguna pared maestra,
O un tafetan tan delgado,
Que le pasa un alfiler?
¿Y vos para penetrarlo
No teneis habilidad?
No está el disimulo malo:
Metedme el dedo en la boca.
Ant. No acierta á descubrir tanto,
Aunque mi vista es de lince.
Melch. ¿De lienzo? pues será un pasmo
Tener niñas de cambray
Con pestañas de Santiago.
Enr. Don Antonio, esta muger *ap.*
Es peor, si lo apuramos,
Que don Lucas.
Ant. En mí es esta *ap.*
Mas diversion, que cuidado;
Pues cuando á Florela adoro,
Mal de otra pasion me arrastro.
Tal. ¿Y con efecto, conmigo
No hace papel Cartapacio?
Juana. No he gustado yo en mi vida
De remoques ordinarios.
Ant. ¿Cómo ha sido esta ventura
De salir hoy?
Melch. El criado
Se fué á pleitos con don Lucas,
Y quise pasar de un tranco,
Como quien va hácia una parte,
Y volviendo á esotra mano,
Se halla donde está de piés
Cuatro dedos mas abajo.
Solo por veros salí,
Y pues al salir os hallo,
Salí bien con mi salida,
Saliendo con lo que salgo.
Ant. Y qué es?
Melch. A deciros como
Ya está mi padre tratando
De comprar la señoría
A unas monjas, que heredaron
Un título, que al convento
Le llevó en dote el vicario:
Y no está la diferencia
Mas que en catorce ducados.
Yo os escribo este papel,
Y es mio; y por no fiarlo
De otra, le traigo yo propia,
Y yo me quedo esperando
A mí misma, y bien podeis
Entrar los ojos cerrados
A leerle.
Enr. Veámosle presto, *ap.*
Que el papel será un milagro.
Ant. (*lee*). « Encumbrado dueño mio,
« Ya sabes que yo te amo,
« Salga uno, salgan dos,
« Salgan tres, ó salgan cuatro.
« Yo, por verte señoría,
« Aunque fuese entre farrapos,
« Diera tres dedos, y aun cinco,
« Que sobran á mi zapato:
« Y así, pues andamos tras
« De un título estrafalario,
« Sabe tú lo que me toca
« En cada mes, ó cada año
« De alimentos de esta dicha
« Señoría; y si el retazo
« De este honor puede llevarse
« Por dote en lugar de trasto,
« A tí te lo digo, novio,
« Entiéndelo tú, cuñado. »
Enr. y Ant. ¡Raro papel!
Melch. Pues no es mio,

Que aunque yo le fuí notando,
Me le escribió el aguador,
Con que es de su letra y mano.

ESCENA V.

DICHOS Y DON PEDRO.

Ped. Bueno es, que cuando le cito
De censibus á Avendaño,
Salirme con Valenzuela,
Testo espreso, propio y claro
An expositio grammatice.
¿De qué sirve confutarlo?
Pues luego... ¡pero qué miro!
Melch. ¡Ay, mi padre! san Hilario.
Juana. Mi señor: tápate apriesa.
Ant. ¡Fuerte lance!
Enr. ¡Cruel caso!
Ped. A tomarme juramento
En derecho necesario,
Dijera...
Juana. ¿Señora, qué haces?
Melch. Yo bien sé lo que me hago.
(*Tápase con la basquiña.*)
Ped. Que el aire de esta muger,
Contra jure, es usurpado
Del cuerpo de mi Melchora.
Ant. No temais, pues yo os amparo.
Enr. En vano es vuestro recelo.
Juana. ¿Qué envoltorio de los diablos
Te estás haciendo?
Melch. No quiero
Tener que pedir al manto,
Que es hombre, y será hablador:
La basquiña en todo caso
Es muger, y así sabrá
Disimular un trabajo.
Veamos si cala la vista
De mi padre el mamparado,
La holandilla, y la badana
Del ruedo; y mas, confitado
De la cazcarria de un mes.
Ped. El ver que se encubra tanto
De mí esa dama...
Ant. ¡Hay tal necia!
Ped. Caballeros, me ha causado
Novedad, y así quisiera...
Enr. Señor don Pedro, logrando
Yo esta ocasion, que anhelaba,
Desde que por un acaso
Os ví en vuestra casa, aspiro
A que vuestro soberano
Ingenio (id conmigo) pueda
De cierta duda sacarnos.
Tal. Que os mira. *ap.*
Ant. Ya os he entendido.
Ped. Decid, que á todo estoy llano.
Enr. Así remediarlo intento. *ap.*
Esa dama, que el recato
Escrupuloso entregada
Se os encubre, de un hidalgo
Montañés es viuda.
Ped. ¿Viuda?
Melch. Sí, señor, por mis pecados.
Juana. Señora, calla.
Melch. No quiero,
Que ya que me estoy ahogando,
Quiero morir con mi habla.
Ped. Lo que presumí fué engaño. *ap.*
Enr. Tiene un hermano esta niña
Título, y está en estado
La tal de segunda boda.
Melch. Tomo la primera, y callo. *ap.*
Ant. Tú harás que todo lo erremos. *ap.*
Enr. Quiere, segun ha mostrado
En este papel, saber,
Por ser al tal mayorazgo
Inmediata, ¿qué la toca
De honor en el comun trato
De señoría in spe,
Y si por serlo su hermano,
Alguna porcion le toca?
Ped. En verdad que el punto es arduo;
Pues aunque Otalora dice
En el capítulo octavo,
Folio trecientos y doce,
Que pueden ser dos hermanos
Dado el uno por pechero,
Y otro por noble, probando
El uno, y el otro no,
Ser su orígen noble y claro:
Menos si en solar antiguo,
Ejecutoria ó despacho
Legítimo recayese
La sentencia, declarando
Noble al uno, que esto basta
Para que se entienda en ambos:
Mas siendo esa mi señora,
Como me habeis afirmado,
Viuda ya de un montañés,
La ennobleció su contacto,
De forma, que aunque no fuese
Por todos cuatro costados
Hidalga, lo quedaria
Por ser su viuda: probatur
Per grammaticam Enrici
Ad codigum Toletanus
Directa; con que ya noble,
Recae con otro aparato,
Aunque no la señoría
Entera, lo necesario

De ella, para distinguirse
De merced un tanto cuanto.
Ant. Pues vos habeis de tomar
Este pleito á vuestro cargo,
Por ser de muger ilustre.
Ped. Yo estoy un poco ocupado:
Mi sobrino, mi Luquitas,
Que está en esto como un rayo,
La demanda dispondrá.
Ant. Pues quedando en tales manos
Vuestra dependencia, bien
Podeis iros sin cuidado.
Melch. Dios os guarde.
Ped. Y á usiria
Prospere el cielo mil años.
Melch. No mas, no mas.
Ped. Esto es deuda.
Melch. Quédese el buen abogado.
Ped. Por viuda de montañés
Aun es poco estremo el que hago.
Juana. Vamos con treinta mil sastres.

ESCENA VI.

DICHOS, MENOS DOÑA MELCHORA Y JUANA.

Enr. Yo intento comunicaros
Otra dependencia mia,
Señor don Pedro, y he andado
Buscándoos en las audiencias,
Y ni en ellas, ni en palacio
Os he podido encontrar.
Ped. Lo cierto, á las once y cuarto
Del dia en mi estudio.
Enr. Bien.
Ant. Ya que la esquina han doblado, *ap.*
Van sin riesgos. Yo que tengo
Que poner á mi cuñado
Cuatro demandas á un tiempo,
¿Podré tambien confiaros
Esta empresa?
Ped. Os aseguro,
Que va sobre mí cargado
Todo un orbe; pero en fin,
Procuraré por un rato
Desembarazarme: á Dios,
Que las doce están sonando;
Y tengo en la vicaría
Cierto pleito señalado
Para hoy, y desde aquí he visto
Ir hácia allá á mi contrario;
Mas no me la ha de pegar,
Por madrugar mas temprano;
Quia non dormitat Homerus. (*Vase.*)

ESCENA VII.

DICHOS, MENOS DON PEDRO.

Enr. Hombres son estraordinarios
Tio y sobrino.
Ant. Y la tal
Melchora ¿no se ha escapado
En una tabla?
Enr. Yo intento
Pues ya su permiso alcanzo,
Como que á algun pleito voy,
Ver á Leonor;... aunque estando *ap.*
Lo que aborrezco (¡ay de mí!)
Tan cerca de lo que amo,
Mucho mi fortuna temo.
Ant. Yo á ver si acaso llegaron
Sin riesgo Melchora y Juana,
Despues iré;... aunque es engaño, *ap.*
Que á ver si en Florela logro
Ver la deidad que idolatro,
Mi pasion me lleva.
Enr. Y pues *ap.*
De don Antonio recato
El ser Florela la dama,
Que quise en Amberes tanto...
Ant. Y pues don Enrique ignora *ap.*
Ser Florela el dueño ingrato
De mi pasion...
Enr. Disimule *ap.*
Mi afecto.
Ant. Finja mi labio. *ap.*
Los dos. Hasta que fortuna y tiempo *ap.*
Abran camino á este encanto.
Tal. Y hasta que dos locos tales
Pongan en jaulas de palo.

ESCENA VIII.

Sala en casa de don Pedro.

FLORELA Y DOÑA LEONOR.

Flor. (*canta*). Como al pensamiento mio
Alas da mi corazon,
Se va haciendo mi razon
Esclava de mi albedrío.

Leon. Florela, desde aquel dia,
Que en casa dos hombres viste,
Y que eran los dos dijiste,
Uno á quien aborrecia
Tu ceño, otro á quien amaba
Tu corazon, no he podido
Penetrar en qué sentido
Por ambos tu pecho hablaba.
Y así, el querido de tí,
Entre los dos, solicito

Saber cuál es.
Flor. Gran delito
Fuera, señora, (¡ay de mí!)
Que fiada en tu piedad,
Te esplicase mi fineza,
Si es fuerza que la entereza
Culpe á la facilidad.
(*Canta*). Que de amor el sentimiento
Para disculpar su accion,
Se ha de mirar la pasion
A hurto de entendimiento.
Leon. Pues para alentarte y que,
Fiándote mi secreto,
Los tuyos no me recates,
Yo adoro...

ESCENA IX.

DICHAS, Y DOÑA MELCHORA, Y JUANA CON MANTO.

Melch. Ya está el conejo
En madriguera.
Leon. Melchora,
¿De dónde vienes? ¿qué es esto?
Melch. ¡Ay, hermana! que me he visto
Junto al diablo del infierno.
Leon. ¿Junto á quién?
Melch. Junto á mi padre.
Leon. ¿Qué dices?
Melch. Que nos cogieron.
Leon. ¿En qué?
Melch. En una mala hacienda;
Pero dirételo luego,
Que me voy á desnudar.
Juana. Vamos, no nos pille el viejo
Con los mantos, y conozca
La maula.
Melch. Y aquel caballero
Don Enrique, aquel que te hace
Zorrocloco y pucheros,
Venia detras de mí,
Que será á buscarte creo:
Y eso se quiere la mona.
Juana. Vamos, señora.

ESCENA X.

DOÑA LEONOR Y FLORELA.

Leon. No tengo,
Florela, ya que decirte,
El nombre de Enrique oyendo,
Y la poticia, aunque necia,
De lo que en mi amor le debo:
Este secreto...
Flor. ¡Ay de mí! *ap.*
Declaráronse mis zelos.
Leon. Es el que solicitaba
Fiarte.
Flor. Y el que me ha muerto. *ap.*
Leon. Él sube por la escalera;
Y pues tu apacible acento
Es costumbre en tí, y no puede
Ser reparable, te ruego,
Que puesta de centinela,
Asegures mi recelo,
Paseándote por delante
De esa ventana; y en viendo
Que alguien viene, avisarás.
Flor. ¿A quién se lo mandó, cielos, *ap.*
Que tercera de su agravio
Solemnice su tormento,
Sino á mí?

ESCENA XI.

DICHAS Y DON ENRIQUE.

Enr. Viendo, ó amado,
Divino apreciable dueño,
Cuan tarde amor restituye
Instantes que roba el tiempo,
De la ocasion convidado,
A verte, y servirte vengo.
Flor. (*canta*). Ven en hora felice,
Desengaño albagüeño,
Que no importa que hieras,
Si es el dolor idioma del remedio.
Enr. ¡Válgame el cielo, Florela! *ap.*
Leon. Si no estuviese creyendo
Yo, que ó bien aborrecido,
O bien amado, otro afecto
Te debe mas que mi amor,
No temiera, como temo,
Que ames y finjas.
Enr. Cualquiera
Cariño, que en otro tiempo
Haya sido como ensayo
Del presente rendimiento,
Muriendo de escarmentado,
Solo puede ser trofeo
Del templo del desengaño.
Flor. ¡Ah, villano! ya te entiendo. *ap.*
(*Canta*). Miente mil veces, miente
Quien engañoso y fiero
Labra al otro un delito,
Como le ha menester su fingimiento.
Leon. ¿Viene alguien, Florela?
Flor. Nadie.
Leon. Como hicistes ese estremo,
Yo imaginé...

Flor. Si ya sabes
Cuan segura estás, ¿qué miedo
Puede asustar tu ventura?
Vuelve á hablar, que á cantar vuelvo.
Leon. Canta, pero sea mas bajo,
Que alzando tanto el acento,
No dejas que nos oigamos.
Flor. Harto oigo, y harto os dejo. *ap.*
Enr. ¿Quién, cielos, se vió forzado *ap.*
A hablar entre dos, temiendo
Ser grosero, ó ser cobarde?
Leon. ¿Con que á tí no te debieron
En otro clima otros ojos,
Mariposa de su incendio,
Alguna atencion?
Enr. No quieras
Hacer un loco de un cuerdo.
Leon. ¿Cómo?
Enr. Como no he creido,
Que puedan ser verdaderos
Jamas instrumentos tales,
Que saben llorar riendo.
(*Llora y canta Florela.*)
Flor. No así sucede ¡ay triste!
A los que aun hoy han hecho
De su verdad testigos
Tanta nevada lágrima de fuego.
Leon. Ya es mucho afecto el que miro.
¿Florela? [*ap.*
Flor. Señora.
Leon. Pienso,
Segun ya cantas, ya lloras,
Ya te irritas, que queriendo
No descubrirte, me has dicho
Mas, que yo saber deseo.
Don Enrique, como sabes,
Uno es de los sugetos
De aquel lance.
Flor. Sí, señora;
Pero es al que yo aborrezco,
Y él me aborrece.
Leon. ¿De veras?
Flor. Pregúntaselo.
Leon. No quiero,
Que basta que tú lo digas.
Flor. Mi muerte en viéndole veo:
Una fiera es, es un monstruo,
Es un áspid...
Leon. Quedo, quedo,
Que no es todo lo que dices;
Que aunque de escuchar me huelgo
Que le aborrezcas, no tanto,
Que ultrajes á lo que aprecio.
Flor. Dices bien; mas yo...
Leon. Prosigue.
Flor. Si pudiera...
Leon. Dilo presto.
Flor. Decirte...
Leon. ¿Qué?
Flor. Que esta ira,
Que esta llama, que este hielo
Es...
Leon. ¿Qué es, Florela?
Flor. No es nada;
Vuelve á hablar, que á cantar vuelvo.
Leon. ¿Qué es esto? ó esta muger *ap.*
Es loca, ó yo no la entiendo.
Enr. Mi bien, un rato que logro,
Me le hurtas con otro objeto.
Leon. Segun lo que de él presumo,
Mas le logro, que le pierdo.
Flor. (*canta turbada*). Amor, ya tú, mi vida,
Iras, venganzas, zelos,
Logras, intentas, buscas,
Guárdate, corazon, huye.
Leon. ¿Qué es esto?
Flor. Que por la escalera sube
Gente.
Leon. ¿Y puede sin recelo
Salir don Enrique?
Flor. No.
Leon. Pues á la puerta apelemos
De esotra calle.
Enr. ¡Oh qué poco
Sabe durar un contento! (*Vase.*)
Leon. Quédate á hacer la deshecha
Tú, Florela, mientras vuelvo.

ESCENA XII.

FLORELA.

Ve segura, que si haré.
¡Válgame Dios! ¿aquel ciego
Amante, que tantas veces
Rendido, amoroso y tierno,
Juró no olvidar jamas
La esclavitud de mi obsequio,
A otra sirve á vista mia?
No puede ser, ó yo sueño.
Por este aleve, este injusto,
Este cruel, este fiero,
Dejé mi patria; y en ella
El bien por el mal creciendo,
Las verdades desprecié
De otro amor, que desde luego
A mi voluntad postrado,
Me entró afirmando y diciendo.

ESCENA XIII.

FLORELA Y DON ANTONIO.

Ant. Lo que ahora, ingrata bella,

Te vuelvo á afirmar de nuevo,
Es, que jamas he tenido
Vida, corazon, ni aliento
Para mirar otros ojos,
Que los tuyos, aunque en ellos,
Mal vista la adoracion,
Se escuse de atrevimiento.
Flor. ¿Don Antonio, cómo vos
Entrais aquí?
Ant. De los ecos
De tu dulzura avisado,
Como esta casa es mi centro,
Desde que tú en ella habitas,
Estando en la puerta, y viendo
Que está abierta, entré á buscarte.
Flor. ¿Hasta cuando he de hallar, cielos,
Lo que adoro desleal, [
Y fino lo que aborrezco?
Idos, don Antonio.
Ant. Antes...
Flor. Mirad por mi honor.
Ant. Pretendo,
Que conozcas...

ESCENA XIV.

DICHOS Y DOÑA MELCHORA.

Melch. Leonorica.
¡Mas ay, Jesus, lo que veo!
Don Antonio de mi alma.
Ant. Mal hayas tú, á que mal tiempo *ap.*
Has venido.
Melch. Hijito mio.
Flor. ¿Cielos divinos, qué es esto?
Melch. Ya sé que es esta venida
A buscarme; pero, necio,
Tontirriton, ya que rabias
Por verme cada momento,
¿No me hubieras avisado?
Flor. Tiene razon, caballero,
¿No avisárais á la dama
Que buscais, para con eso
No mentir con otra?
Ant. Yo
Solo á ti, Florela, quiero.
Melch. Es verdad, para doncella
Nuestra, cuando nos casemos.
Ant. Quita.
Melch. Quita.
Ant. Aparta.
Melch. Aparta.
Ant. Que mi pecho...
Melch. Que mi pecho...
Ant. Solo á ti, Florela, adora.
Melch. ¡Ay, que te adora! me huelgo.
Mira que te está adorando,
Pero á mí me está queriendo.
Flor. Como siempre aborrecido
Ha sido de mí, no tengo
Que sentir menos, ni mas. (*Vase.*)

ESCENA XV.

DICHOS, MENOS FLORELA.

Melch. ¿Qué es esto de mas, ni menos
Conmigo? Puerca, criada,
¿Y habladora demas de eso?
Ant. ¡Que esto me suceda á mí!
Luc. (*dent.*). ¿No conoces, que no ve-
A subir por la escalera? [mos
Cartapacio, aunque sea un dedo,
Trae encendido.
Ped. ¿Ha, muchachos?
Melch. ¡Jesus! don Lucas y el viejo:
Mira cómo has de escaparte.
Ant. ¿Y tú dónde vas?
Melch. Ya vengo. (*Vase.*)
Ant. ¡Que siempre haya de andar yo
En escondites y riesgos!
Pero si á una tonta busco,
Esto y mucho mas merezco. (*Escóndese.*)

ESCENA XVI.

DON LUCAS, CARTAPACIO Y DON PEDRO.

Cart. Aquí está la luz.
Ped. Don Lucas,
Mirad que con mucho seso
Se ha de hacer la peticion.
Luc. Y aun con hígado la haremos:
¿Qué nos le hemos de quitar
Por el demonio del pleito?
Cart. Usted lo deje á nosotros,
Que acá nos entenderemos.
Ped. Hay la parte de la viuda,
El hermano, y el convento:
Cuidado.
Luc. Ya estoy en todo:
¿Piensa usted que no sabremos,
Que una demanda está escrita
En llenando medio pleigo?
Cart. Y mas cuando yo aseguro
Por tio el demandadero
Del santo Cristo de Ribas.
Ped. Pues en mi estudio te dejo,
Cierra las puertas.
(*Cierra don Lucas por dentro, dejando la llave en la cerradura.*)

ESCENA XVII.

DON LUCAS, CARTAPACIO Y DON ANTONIO AL PAÑO.

Ant. ¡Qué escucho!
Vive Dios que yo me quedo,
Enjaulado, y es preciso,
Que adonde estoy entre luego
Don Lucas, por ser su alcoba
Esta: buena la tenemos.
Luc. Sirviente descomulgado,
Pon ese bufete enmedio
De esa sala, y para entrar
En la materia, el Digesto
Me trae ante todo.
Cart. ¡Toma!
Pues si viene á ser el hecho
Del convento, y de la viuda
Sobre el súbito alimento
De señoría improvisa,
¿Qué tiene que hacer con eso
El digesto, ó la matraca?
Luc. ¿En un negocio, camueso,
Para entenderle, no es fuerza
Digerirle bien primero?
Cart. Sí, señor.
Luc. Pues ves ahí
Como el estómago siendo
Ese libro de las leyes,
Es necesario en efecto;
Pues sin digesto será
Todo crudezas un pleito.
Busca á Olea.
Cart. ¿Para qué?
Luc. Para que si le perdemos,
Vaya, antes que el pleito muera,
Con todos sus sacramentos,
Y con Olea oleado.
Cart. ¡Justo Dios, cuán grandes fueron
Mis pecados, pues me tienes
A fucias de este jumento! (*Vase.*)
Ant. ¿En qué vendrá esto á parar?
Luc. Búrlense con el mozuelo.
Vive Dios, que á juez y audiencia
He de alborotar á testos.
(*Sale Cartapacio con un libro.*)
Cart. Los libros están aquí.
Mas yo por otros no entro.
Luc. Porqué, tonto?
Cart. Porque está
Toda la casa en silencio,
Como son mas de las doce;
Y si este duende ó infierno
Quiere retozar conmigo,
No ha de pillarme el coleto
Solo.
Luc. Pues iremos juntos.
Ant. ¿Duende dijo? yo aprovecho,
La ocasion para escaparme.
Luc. Y pues dos haciendas puedo
Hacer, mientras yo me voy
Desnudando, ve escribiendo.
Cart. Dios ponga tiento en tu lengua.
Luc. Cruz y márgen.
Cart. Yá está hecho.
Luc. (*dictando*). Nos la parte de la viuda,
En los autos del convento,
Por mí, y sin mí, como mas
Haya lugar en derecho.
Cart. ¿Señor, qué dices?
Luc. Escribe.
Cart. Este empezar es proemio
De carta de escomunion.
Luc. ¿Qué demanda no es lo mesmo,
Pues ya entra descomulgando
Cláusula que entra pidiendo?
Prosiga y calle.
Cart. Me pudro. *ap.*
Luc. (*dictando*). En el dicho hereda-
De la dicha, que hoy el dicho [miento
Por el susodicho ha hecho.
Cart. ¿Es taravilla, señor?
¿No reconoces que al verbo
Le falta aquí el sustantivo?
Luc. Ponérsele.
Cart. No está á tiempo.
Luc. Que lo esté.
Cart. Falta el pronombre.
Luc. ¿A dónde?
Cart. Junto al adverbio,
Porque la persona que hace
No permite suplemento.
Luc. ¡Qué apuesta usted que le encajo
En la cabeza el tintero,
Porque no me sea hablador?
Cart. Veráse usted bien en ello,
Que esta es sola insinuacion
Nacida de un buen afecto.
Luc. ¿Qué sabe él?
Cart. Fámulo he sido,
Y tuve en todo el colegio
Fama...
Luc. De gran ladronazo.
¡Vírgen santa! que me pierdo
Con este hombre.
Luc. (*dictando*). Escriba, escriba.
Cart. Por si es pulla, Fariseo.
Luc. (*dictando*). Y porque en la señoría,
Que reproduzco, y pretendo
Se me debe la mitad,

Que es la ñoría á lo menos.
Cart. ¿La ñoría? ¿qué es ñoría?
Luc. Bruto, si para el sustento
Del inmediato se debe
Dar de la hacienda del dueño
Del mayorazgo una parte,
¿Quieres que el todo intentemos
De la señoría, y quede
El principal boquiabierto?
Cart. Sin ver á Lucas de Feudis
No se puede hablar en eso.
Luc. Dices bien, ven á buscarle.
(*Vanse y se llevan la luz, y sale don Antonio con una sábana al hombro, y revuelve todos los papeles.*)
Ant. Ya que con la luz se fueron,
Por que crean que es el duende
Quien los trastos ha revuelto
De la mesa, tengo de
Barajar, aunque sea á tiento,
Libros, tintero y carteras,
Para que ya que del miedo
Esten ocupados, puesta
Esta sábana, que al lecho
De don Lucas he quitado,
En la cabeza, corriendo
Los haga ir, y pueda abrir
La puerta, en el intermedio,
Del cuarto: mas ay, que vuelven,
Y ya la entrada no encuentro
De la alcoba: esta es la mesa,
Debajo de ella me meto.
(*Salen los dos.*)
Luc. In terminis trae el caso
Prevenido; ¿mas qué es esto?
¿Quién demonios ha esparcido
Estos trastos por el suelo?
Cart. Sino que haya entrado Juana.
Luc. Entra, y mira ese aposento.
Cart. No hay nadie.
Luc. ¿Qué dices, hombre?
Cart. Que este debe de ser juego
De Martinico.
Luc. La vírgen
Me valga de no me acuerdo:
Recoge estos trastos, y
Prosigamos.
Cart. Yo no acierto
A formar letra.
Luc. ¿Porqué?
Cart. ¿Porqué ha de ser? porque tiem-
Ant. Si estoy en abreviatura [blo.
Un instante mas, me muero.
Luc. (*dictando.*) Y porque...
Cart. Y porque...
Luc. (*dictando*). La dicha
Viuda en seco...
Cart. Viuda en seco...
Luc. (*dictando*). Debe...
Cart. Debe...
Ant. Pues que pague.
Luc. ¿Respondieron?
Cart. Respondieron.
Luc. ¿Fuiste tú?
Cart. Otro acento fué,
Que vino de los infiernos.
Luc. ¿Cómo?
Cart. Como de debajo
De la tierra salió el eco.
Luc. ¡Jesus! ya á sudar empiezan
Girapliegas mis cabellos.
Cart. Señor, por amor de Dios,
Que acabemos.
Luc. (*dictando*). Sí, acabemos.
Y porque lo favorable...
Cart. Favorable...
Luc. (*dictando*). Del derecho...
Cart. Del derecho...
Luc (*dictando*). General...
Ant. Y teniente.
Luc. ¡San Eusebio!
Que otra vez sonó la voz.
Ant. Si no me estiro, reviento.
(*Levántase don Antonio con la mesa, y caen todos los papeles, y la luz.*)
Cart. Ay, señor, que el suelo se hincha,
Que va la mesa creciendo,
Que me llevan los demonios.
Luc. ¿Zancajos, para qué os quiero?
(*Vanse.*)
Ant. Echélos; pero mi astucia
Me ha salido sin provecho,
Pues sin luz la puerta ignoro.

ESCENA XVIII.

DON ANTONIO, DOÑA MELCHORA y FLORELA.

Melch. Florela, ven, y veremos
Que estruendo es este.
Ant. ¿Melchora?
Melch. ¡Jesus! Un hombre de yeso
Me traga: tio, favor.
Elor. ¡Valednos, divinos cielos!
Ant. Melchora, mira que soy
Don Antonio.
Melch. No te creo,
Que tú eres blanco, y esotro
Es entre amusco y trigueño.
Ant. Oye, espera.
Melch. Madre mia,

Padre mio, tio, abuelo,
Agua de cerezas, agua,
Que he visto el duende, y fallezco
Del flato del corazon. (*Vase.*)
Flor. ¿Don Antonio, pues qué estremo
Es este? ¡qué vil desfraz!
Ant. No pases, ingrato dueño,
Adelante, cuando sabes,
Que estoy en tan grande riesgo
Solo por tí.
Flor. Escóndete,
Que viene hácia aquí don Pedro.

ESCENA XIX.

FLORELA, DON PEDRO, JUANA, CARTAPACIO, DON LUCAS.

Ped. ¿Qué duende, ó qué patarata
Es el que ves, embustero?
¿A dónde está?
Cart. No le llames,
Porque vendrá en un momento.
Luc. Diera un brazo, porque hiciera
Un destrozo con el viejo.
Ped. Retiraos todos; ¿Florela?

ESCENA XX.

DON PEDRO, FLORELA, Y DON ANTONIO AL PAÑO.

Flor. ¿Señor?
Ant. Escuchar pretendo
Desde aquí.
Ped. El que propiamente
Fantasma de amor y zelos
Pretende que le conteste
La demanda de un afecto,
Que muere por tu desden...
Ant. ¿Qué escucho?
Ped. Es mi rendimiento.
Flor. Ya os he dicho cuán inútil
Siempre ha de ser vuestro ruego.
Ped. Niña, solitos estamos.
Ant. Si él porfia, mucho temo,
Que ha de ir hácia su cabeza
Cuanto trasto hay aquí dentro.
Ped. Y así, una vez declarado,
No he de ceder, no adquiriendo
Auto en favor.
Flor. ¿De qué suerte?
Ped. Logrando en los cinco testos
De esos partidos jazmines
Al alegato mas bello.
¿Qué respondes?

*****

Ant. Que un letrado
Bastante tiene con eso.
(*Tirale los libros y tintero, y Florela se va con la luz.*)
Ped. ¡Ay, Jesus!
Ant. Tome el vejete
Enamorado.

ESCENA XXI.

DON PEDRO, DON LUCAS, DOÑA MELCHORA, DOÑA LEONOR, CARTAPACIO Y JUANA.

Todos. ¿Qué estruendo
Es este?
Ped. Nada: ¡ay amigos!
Bien decis; el diablo suelto
Anda en esta casa.
Todos. Huyamos.
Luc. ¿No lo dije yo? me alegro.
Ped. Los trastos vuelan por sí;
No es natural este cuento.
Luc. ¿No venera ejecutorias,
Y venerará esqueletos? (*Vase.*)
Juana. En legua y media no paro.
(*Vase.*)
Cart. En mis colchones me envuelvo.
(*Vase.*)
Flor. ¿Ah, don Antonio?
Ant. ¿Ah, Florela?
Flor. No es tiempo de que apuremos
Tus traiciones.
Ant. Ni tampoco
De inquirir tus finjimientos.
Flor. Pues amante de Melchora
Finjes que á buscarme has vuelto...
Ant. Pues que de don Pedro amante
No sin falta de misterio
En su casa estás...
Flor. Y así,
Pues, para otra ocasion dejo
Mi queja...
Ant. Pues yo mi agravio
Para otra ocasion reservo...
Flor. Esa llave tuerce, y vete.
Ant. Si haré; mas será diciendo...
Flor. Que en pesares...
Ant. En congojas...
Flor. En sustos...
Ant. En escarmientos...
Los dos. Lo que calla la razon,
Es fuerza que diga el tiempo.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Sala en casa de don Pedro.

DON PEDRO LEYENDO UN PAPEL.

Música. En el dicho dia
El dicho se toma
Al dicho pasante,
Y á la dicha novia.
La dicha se aplauda
De dichas personas
En los dichos versos
De estas dichas coplas.

(*Lee*). « Los papeles os remito
« Conforme á lo que nos toca
« Por acá. En cuanto á madama
« Florela, y en lo que toca
« A su madre, es en Amberes
« De familia generosa;
« De su padre el apellido
« Os dirá, que es española
« De las montañas de Búrgos. »
No hay que leer otra cosa,
Que si es montañesa, es fuerza
Que le rebose la honra.
No en vano hasta investigar
Esta circunstancia heróica,
La rebeldía acusando
Mi inclinacion poderosa
A la parte de mi afecto,
Que volviese no hubo forma
Al oficio del deseo
Los autos de la concordia.
Mas ya sabiendo que tiene
Esta picarilla hermosa
De sangre de la montaña
La mitad de media onza,
La especial dignidad suma
De montañesa persona,
Si por madre no la tañe,
En fin por padre la toca.
Pasado mañana caso
A Lucas, de popa á proa
Con Leonor, y á fe que yo
No me he de quedar á solas
Con tan perfecta criada,
A que tardando mi boda,
Lo que he ganado en diez años,
Eche á perder en un hora
El dia propio...

ESCENA II.

DON PEDRO; DON LUCAS Y DOÑA MELCHORA ASUSTADOS.

Luc. Tio.
Melch. Padre.
Ped. ¿Qué es esto, Lucas, Melchora,
Qué quereis?
Luc. Espumarajos
Vengo echando por la boca.
Melch. Yo estoy de puro corage
Mas amarga que una alcorza.
Luc. Y si usted tal porquería
Entre dientes no la toma...
Melch. Y si usted en lo que digo,
No va y hace, vuelve y torna...
Luc. Vive Dios...
Melch. Voto á fray Pedro...
Los dos. Qué haré que los sordos me oigan.
Ped. ¿Qué es esto? ¿en presencia mia
Tú me juras? ¿tú me votas?
¿Qué ha habido?
Luc. ¿Usted, señor tio,
Le ha parecido hasta ahora,
Que el que me rapa el bigote
Puede hacerme la mamola?
Melch. ¿Usted, padre, ha imaginado,
Que yo soy alguna tonta,
Que no sé que por el asa
Se moja el pan en la olla?
Luc. Vengo á casa, y oigo puesto
Ya mi casamiento en solfa;
Venga el dicho, torna el dicho:
¿Es esto hilvanar alforzas?
Melch. ¿Estoime yo callandito,
Y oigo que se casan otras?
Pues digo, ¿he nacido yo
Para portero de Atocha?
Luc. Y así de esas pataratas...
Melch. Y así de esas carantoñas...
Luc. De músicas que me guiscan...
Melch. De canciones que me coscan...
Los dos. Reforme el cuento mi tio,
Que es infamia el que propongan...
Ellos y música. Que en el dicho dia, etc.
Ped. Aunque el letrado contrario,
Cuando á defenderse ponga
Su parte, atrevidamente
Me baldone, es bien que le oiga,
Que el juez hace mejor juicio
Del que menos se apasiona;
Y así porque el mundo le haga
De mí, no os respondo en forma
A tan necias osadías,

Y á indignidades tan locas.
Esos versos que se estudian,
Y que han de servir de loa
Al festin de esotro dia,
Cuando la nupcial antorcha
Encienda Himeneo en esa
Apolínea claraboya,
Yo los he escrito; no siendo,
Ya sea gualdrapa ó tizona,
El primero á quien las musas
Le hayan sido muy devotas.
Tú has de casar con Leonor
Sin remedio.
Luc. ¡Dale bola!
Ped. Cuando no fuera por tantas
Conveniencias, que se logran,
Porque no se pierdan versos
Hechos por mí á toda costa.
¿Y tú, hija mia, no sabes,
Qué bien te estará una toca?
Melch. Sí, señor, por el cogote,
Velándome en la parroquia.
Ped. Esto ha de ser, no hay remedio;
Lucas, casamiento acota,
Melchora, clausura admite,
Para que al ver que mejora
Vuestra suerte en su eleccion,
Pueda proseguir la glosa.
El y música. La dicha se aplauda, etc.

ESCENA III.

DON LUCAS Y DOÑA MELCHORA.

Luc. ¡Válgame Dios! yo he quedado
Como el que á comer se arroja
Con vivas ansias, y se halla
Dentro del plato una mosca.
Melch. ¿Qué es esto que me sucede?
¿Soy yo misma, ó soy mi sombra?
¿O soy una conocida,
Que me entro á ver á mí propia?
Luc. ¿Yo casarme con muger
De quien las mañas se ignoran,
Cuando á un albeitar se envia
Una mula que se compra?
Melch. ¿Yo quedarme solterica,
Y mi hermana á ser señora?
No, señor, esa zanguangua
Allá á Marica la tonta.
Luc. Melchora, yo, sí, que, cuando...
Melch. ¿Don Lucas, de qué te ahogas?
Luc. De un flato de amor.
Melch. Regüelda.
Luc. No puedo.
Melch. Pues huele estopa.
Luc. Es imposible.
Melch. ¡Ay, don Lucas!
Que estás haciendo la zorra.
Luc. ¡Ay, Melchora, si tú fueses...
Melch. ¿Quién?
Luc. Aquella mi señora...
Melch. ¿Cuál?
Luc. El otro caballero...
Melch. ¿Para qué?
Luc. Para una droga.
Melch. ¿Qué hicieras?
Luc. Yo les vendiera
Rábanos por alcachofas.
Melch. Declárate.
Luc. Estoy en muda.
Melch. Habla.
Luc. La lengua se embrolla.
Melch. ¿De qué, Lucas?
Luc. Del respeto
Que te debe.
Melch. Zampatortas,
Vamos al remedio.
Luc. Es una
Soberana angaripola.
Melch. ¿Y me puede á mí estar mal?
Luc. No es mas que contra tu honra.
Melch. ¿Pues, tonto, si no es mas de ese
Inconveniente, qué importa?
Luc. Pues, Melchora, di que eres
Tú mi esposo, y yo tu esposa,
Yo te daré alhajas mias,
Y di que mi amor te dota,
Y déjame á mí el enredo.
Esto, al instante que oigas
Que se urde la escarapela.
Melch. ¿Y con eso, qué se logra?
Luc. Una de dos, que nos case
Nuestro tio en causa propia,
O que consigamos verle
En borrico, y con coroza.
Y porque no desconfies,
Toma esa diestra, bobota,
Y envuélveme en algodon
Esas cinco zanahorias.
Melch. Tuya soy á todo ruedo.
Y soy terrible chuzona:
Si con don Lucas me caso, *ap.*
Y don Antonio, dos bodas
A un tiempo pillo, y con eso
Seré muger poderosa.
Luc. A Dios, Melchora.
Melch. A Dios, Lucas.

ESCENA IV.

DON LUCAS Y CARTAPACIO.

Cart. ¿Señor?

Luc. ¿Qué hay?
Cart. Mas de una hora,
Que te espera don Enrique
Sentado en la silla rota
Del recibimiento.
Luc. Y dime,
¿Trae la cara como en forma
De pedirme chocolate?
Porque es visita con roncha.
Cart. Ofrecérselo es preciso,
Que es por la mañana.
Luc. ¡Moscas!
Anda, ve, y dile, que digo
Yo, que estoy en la victoria.
Cart. ¿Y si sabe que te niegas?
Luc. Que no lo sepa.
Cart. Perdona;
Que yo no hago indignidad
Tan de tu prosapia impropia.
Luc. Pues dile que entre, que yo
Te descontaré una onza
De tu racion.
Cart. ¿Por seis cuartos
Te acuitas y te congojas?
Luc. Por menos un primo mio
Lleva un garrafon de aloja,
Y será un octavo nieto
De la infanta doña Alfonsa.

ESCENA V.

DICHOS, Y DON ENRIQUE.

Enr. Estrañaréis que yo os busque,
Don Lucas, á tales horas.
Luc. Mire si la hora encarece, *ap.*
El viene á pegarla de onza.
Enr. Pues sabed, que es un cuidado
El que á venir me ocasiona
A buscaros.
Luc. Ya se ve, *ap.*
El de almorzar á mi costa.
Enr. Hanme dicho, que de un susto
Que el duende os pegó en esotra
Casa, habeis estado enfermo.
Luc. No venis con mala droga,
Despues de costarme el cuento
Una ayuda y cien ventosas.
Enr. ¿Pues qué hubo?
Luc. Estando en mi cuarto
Ví salir, como en tramoya,
De la tierra un elefante
De legua y media de cola,
A caballo en un cabrito
Con un farol en la trompa;
Y así como iba saliendo,
Se iba convirtiendo en mona.
Cart. Yo le ví, yo, sí señor,
Mas á Dios se dé la gloria,
Desde esta mudanza en casa,
Si no es á nuestras personas,
No se ven otras fantasmas.
Enr. ¿Os parece que son pocas?
Luc. ¡Ay, don Enrique! ahora que
Se me ha venido á la cholla,
Cogite, Martin, pesquéte.
Enr. ¿Qué dices?
Luc. Que la forzosa
Te hice á las damas, y es fuerza
A que soples, ó que comas,
Hijo mio.
Enr. ¿De qué suerte?
Luc. Cartapacio, á la señora
Doña Leonor, callandito,
Como de accion misteriosa,
Búscala, y dila al oido,
Que un hombre que la enamora
Está aquí, y si te pregunta
Si estoy fuera, di que ahora
Fuí á los pañeros.
Cart. ¿Y á qué?
Luc. A escoger unas pistolas.
Cart. Voy en un vuelo. (*Vase.*)

ESCENA VI.

DON LUCAS Y DON ENRIQUE.

Enr. ¿Qué intentas,
Don Lucas?
Luc. La gerigonza
Apurar, con que me haceis
Creer, que está la chicota
Enamorada de mí,
Y que á vuestras carantoñas
Se resiste.
Enr. Oid, mirad.
Luc. No hay que andarme en ceremonias:
Detras de aquella cortina
Me escondo, para que á posta
La enamoreis á mi vista,
Que quiero ver qué os responda.
Enr. Si os he dicho...
Luc. Cantaleta.
Enr. Que solamente...
Luc. Zambomba.
Enr. Os ama á vos.
Luc. Tararira.
Enr. ¿Qué pretendeis?
Luc. Que yo lo oiga.
Enr. Vive Dios, que hará este necio, *ap.*
Que se nos descubra toda

Nuestra cautela; no estando,
De su invencion maliciosa,
Doña Leonor avisada.
(*Al paño doña Leonor y Cartapacio.*)
Luc. Desde aquí atisbo.
Cart. El que notas
Es.
Leon. Pues, Cartapacio, ya
Que tanto te debo, toma
Ese doblon, y si viene
Alguien, avisa.
Cart. Me compras
El silencio: Dios te guarde.
Como yo pille, arda Troya. *ap.*

ESCENA VII.

DON ENRIQUE, DOÑA LEONOR Y DON LUCAS AL PAÑO.

Enr. ¡Válgame Dios! si mis señas *ap.*
Conseguiré que conozca.
¿Leonor?
Leon. Mi Enrique, mi bien,
Mi dueño, ¿hasta cuando ansiosa
Mi fineza habia tu vista
De suplir con tu memoria?
Luc. ¡Toma, si lo dije yo!
Enr. Leonor, como siempre contra
Nosotros en todas partes
Hay quien nos mire, y nos oiga,
No estrañes, que temeroso...
Leon. ¡Ah, ingrato, que no te corras
De acordarme, que hay quien pueda
Tenerme de ti zelosa!
Enr. ¿Zelosa de mí?
Leon. De tí,
Pues á tí solo te adora
Mi ceguedad.
Luc. Mas clarito
No lo dirá una cotorra.
Enr. ¡Que no me entienda! repara
En que cuando á ser esposa
De don Lucas te destinas.
Leon. ¿Ahora ese monstruo me nombras?
¿No sabes que ese incapaz,
Ni aun me debe el que le oiga?
Luc. Usted viva dos mil años:
¡Qué cortesana es la moza!
Enr. ¿Pues no es fuerza que á tu padre
Obedezcas, y te pongas
En sus manos?
Leon. Yo á un tirano
No me rindo.
Luc. ¡Santa Orosia!
¿Así trata al padre nuestro?
Por Jesucristo que es mora.
Leon. Y así, don Enrique amado...
Luc. Ya escampa, y llueven carocas.
Leon. Pues yo no puedo dejar
De ser tuya...
Luc. Aprieta, boba.
¡Infeliz mollera mia
En poder de esta bribona,
Si ella te hubiera pillado!
Leon. Dispon el cómo se rompan
Las prisiones, que tiranas
Ya mi tolerancia postran.
Luc. Yo iré á disponer, supuesto
Que está mi tio en su alcoba,
Que te venga á tí á romper
Lo primero que te coja.

ESCENA VIII.

DON ENRIQUE Y DOÑA LEONOR.

Enr. Ya, don Lucas me parece
Que se fué.
Leon. ¿Qué te alborota?
Enr. Nada.
Leon. ¿Qué miras?
Enr. ¿Qué quieres,
Mi Leonor? que reconozcas
Que todo lo hemos perdido.
Leon. ¿Cómo?
Enr. Como desde esotra
Parte, oculto en la cortina
De esa puerta, ha estado hasta ahora
Don Lucas, siendo testigo
De tus quejas amorosas,
Habiéndome antes pedido,
Que te hable en cuanto á su boda.
Leon. ¿Qué dices?
Enr. Que por mas señas
Que te estuve haciendo, absorta
En tu afecto, nunca propio
Las entendiste, y él torna
Aquí.
Leon. Y con mi padre creo:
Forzoso es mudar la hoja
Al discurso, y engañarlos.

ESCENA IX.

DICHOS Y DON PEDRO, Y DON LUCAS AL PAÑO.

Ped. Aunque mas fuerza me pongas,
No he de creerte.
Luc. Plegue á Cristo,
Que mala sarna me coma,

Si no es verdad.
Ped. ¿De tí trata
Con voces ignominiosas?
Luc. Lo menor era llamarme
El monstruo de Babilonia,
Y á usted un perro tirano,
Belitre, barbas de estopa.
Pero pues aun todavía
El que me hace la limosna
De sacarla las entrañas,
No se ha ido, usted se encoja,
Escuche, calle y verá.
Ped. Está bien.
Enr. ¿Con qué señora,
La dilacion solamente
Es el mal que os acongoja?
Leon. Estimo tanto á don Lucas
Por sus prendas generosas,
Por su ilustre nacimiento,
Y porque en todo confronta
Conmigo.
Luc. Mientes, borracha.
Leon. Que hasta lograr ser dichosa
Con su mano, estoy sin mí.
Luc. ¿Han visto tal? esta tronga
Se vuelve como vinagre.
Leon. A él solamente se postra
La verdad de mi cariño.
Ped. Lucas, esto es otra cosa
De lo que tú dices.
Luc. Tio,
Yo estoy hecho una bazofia,
Porque lo que yo escuché
Era pan, y estas son tortas.
Enr. Y vuestro padre es preciso,
Como quien es, corresponda
A tan hidalga obediencia.
Leon. Aunque esta accion tan gustosa
No me fuese, es mi cariño
Quien tan de humilde blasona,
Que por él lo ejecutára.
Luc. Miren la zalamerota.
Ped. Hija mia, yo lo creo:
Caiga sobre tí, paloma,
Mi bendicion.
Luc. Y una peña
Que pese noventa arrobas.
Leon. Solo, si es que alguna vez
Con don Lucas se desboca
Mi pasion...
Luc. Atiende aquí,
Que ya vuelve la pelota.
Leon. Es por que trata á mi padre
Con ignominia y deshonra.
Ped. ¡Qué escucho!
Luc. ¡Vírgen María!
Leon. De miserable le nota,
De ignorante en sus estudios,
De que en los pleitos le roba
Sus derechos.
Ped. ¡Ah, villano,
Pícaro, ruin!
Leon. Y en fin toca
En lo que mas siento yo,
Que es en decir, que enamora
A una criada de casa.
Luc. ¿Yo he dicho tal, picarona?
Ped. Sí, habrás dicho, infame, tonto.
(*Sale don Pedro agarrado del gaznate de don Lucas, y Leonor pega con él.*)
Luc. San Blas, san Blas, que me ahoga.
Ped. ¿Tú desvergüenzas de mí?
Enr. Tened, tened, ¿qué os enoja,
Señor don Pedro?
Leon. ¡Ah, bribon!
¿Tú poner las manos osas
En mi padre?
Luc. Muger, mira,
Que él es el que me acogota,
Que yo no le llego.
Leon. ¡Ah, perro!
Luc. ¿No hay alguien que me socorra?

ESCENA X.

DICHOS Y MELCHORA METIÉNDOSE A UN LADO, Y A OTRO JUANA Y CARTAPACIO.

Todos. ¿Quién causa tan gran estruendo?
Melch. ¿Quién fomenta esta peleona?
Por cierto que si lo sabe
Quien yo me sé...
Ped. No, no es cosa
De cuidado...
Luc. Sí es, y mucho,
Que entre usted y esa galfota
Me han hecho junto á la nuez
Del gaznate una corcova.
Melch. ¡Ay Jesus! ¿pues el marido
Y el dote con que me otorga
El matrimonio de carta?
Luc. Mi ira que es temprano, tonta.
Melch. ¿Temprano? pues si no avisas,
Ya iba á descoserme toda.
Flor. ¡Cielos, aquí don Enrique!
Ped. De las prendas generosas,
Señor don Enrique, vuestras,
No dudé yo que conozca
Don Lucas, cuanto sus partes
Haceis en lo que le importa.
Luc. Y como que hace, y aun tanto,
Que lo que es mio se apropia;
Y así...

Cart. ¿Señor?
Ped. ¿Cartapacio?
Cart. Pasando junto á la lonja
De San Felipe, me dió,
Con veinte mil ceremonias,
Un soldado este papel.
Ped. ¿Para mí? la nema rompa.
(*Lee*). « Un espíritu, á quien dió
« Enfado el ver que os desvela
« El cariño de Florela,
« Y os medio descalabró,
« Proseguir la accion pretende
« Borrándoos esa quimera;
« Y así á los dos os espera
« Detras de san Blas. » — EL DUENDE.
¡Válgame Dios!
Luc. Tio mio,
¿Qué papel ó diablo es ese,
Que te ha puesto como un yeso?
Ped. Lucas, disimula: ¡fuerte
Lance!
Luc. ¿Pues qué ha sido?
Ped. Sabe,
Que me desafia en este
Papel...
Luc. Cáscaras.
Ped. Aquel
Espíritu, que rebelde
En la otra casa habitaba.
Luc. ¿Qué dices? ¡Jesus mil veces!
Ped. Que el duende es el que me espera.
Luc. ¿Pues al diablo, quien le mete
En andar buscando ruidos,
Teniendo los que se tiene?
Ped. El caso es, que habemos de ir...
Luc. ¿A dónde? ¿á andar á cachetes
Con el demonio?
Ped. ¿Si es hombre,
Que este disfraz tomar quiere,
Se ha de contar que anduvieron
Infames dos montañeses?
Luc. Eso no, voto á Cristo,
Aunque una legion me espere
De dueñas magras, que son
Los estoques de la muerte.
Pero, señor, por si acaso
Cosa del demonio fuese,
¿No será bueno que vaya
La ejecutoria patente,
Que no puede cosa mala
Llegar donde ella estuviere?
Ped. Dices bien, ven, tomarémos
Las espadas y broqueles.
Y porque no nos estorben,
Saldremos mas fácilmente
Por la puerta falsa.
Luc. ¡Ay, honra
Montañesa, lo que puedes!
Pues muerto de miedo voy
A que me casquen las liendres.
Ped. Leonor, á un negocio vamos
De importancia, en tanto puedes
Prevenir para el ensayo
De esta noche lo que sueles;
Que he de ver la serenata
Cómo sale.
Luc. Que nos rezen
Será mejor un rosario,
Porque volvamos con dientes. (*Vase.*)
Ped. Y aun prevente tú tambien,
Que es bien que esta noche quedes
Casada; ya que á don Lucas
Amas, estimas y quieres. (*Vase.*)
Enr. ¡Qué oigo, cielos!
Leon. ¡Ay de mí!
Que con mis armas me hieren.
Melch. No será eso, mientras yo
Tenga unos inconvenientes.
Leon. ¿Cuáles?
Melch. Ellos lo dirán.
Leon. ¿Misterios gastar pretendes?
Melch. Esto importa á la maraña:
Y ve usted, pues de esta suerte,
Como Dios quiera...
Leon. ¡Qué necia!
Melch. Será lo que Dios quisiere.

ESCENA XI.

DOÑA LEONOR, DON ENRIQUE, FLORELA Y JUANA.

Juana. Maldita tú seas, amen,
Y que majadera que eres.
Leon. ¡Ay Enrique!
Flor. Esto faltaba *ap.*
A mi dolor solamente.
Leon. Ya has oido de mi ruina
La sentencia.
Enr. No me fuerces
A que un despecho ejecute.
Flor. ¡Ah, injusto! ¡ah, traidor aleve!
Leon. Ya estamos en la forzosa [*ap.*
De que el remedio se piense;
Esta noche ven, que Juana
Te abrirá, y en mi retrete
Oculto...
Flor. ¡Qué escucho, penas! *ap.*
Leon. Estarás; y cuando vieres,
Que mi padre solicita,
Que á Lucas la mano entregue,
Sal, y di, que eres mi esposo.

Enr. Tu esclavo soy.
Flor. Ya no puede *ap.*
Tolerarse tal injuria.
Leon. Y ahora, don Enrique, vete;
Y si puedes inquirir
Lo que tan secretamente
A ejecutar va mi padre,
Mas presto el que se remedie
Nuestro pesar lograrémos.
Enr. Todo, mi bien, lo previene
Tu divino entendimiento:
Voy volando á obedecerte. (*Vase.*)
Leon. ¿Juana?
Juana. ¿Señora?
Leon. A tu cargo
Pongo el que á la noche entres
En el cuarto, á don Enrique,
De los barros.
Juana. De viviente
Búcaro te le tendré
Curado al polvo, y si quieres,
Mojado con agua de ámbar.

ESCENA XII.

DOÑA LEONOR y FLORELA.

Leon. ¿Florela, qué te parece
De mi mal?
Flor. Que cierto ingenio
Dijo bien discretamente:

(*Canta*). Enamorado de Siquis
Baja amor á los vergeles,
Que en las campañas del aire
Fabrican y desvanecen.

Leon. Y que enamarado venga
Don Enrique, á que se empleen
En mí sus adoraciones,
Con mi desgracia, ¿qué tiene
Que ver?
Flor. Pues mejor concepto,
A mi parecer, es este.

(*Canta*). Ojos eran fugitivos
De un pardo escollo dos fuentes,
Humedeciendo pestañas
De jazmines y claveles.

Leon. O es manía de cantar
La tuya continuamente,
Que venga al caso, ó no venga,
O de mis penas crueles
Te burlas.
Flor. Escucha, escucha.
No has de lograr que conteste *ap.*
Con tu gusto, y que del daño,
Que tú me haces, me consuele.
Leon. Canta hasta que mas no quieras,
Que si algun dia sintieres,
Puede ser que yo me ria
De ver que tú te lamentes.

ESCENA XIII.

FLORELA.

No faltaba á mi dolor
Mas de que ahora pretendieses
Descansar con quien por tí
Pena y sufre, llora y muere.
Siente, pues que siento yo,
Y mientras buscar emprendes
Medios para el fin que anhelas,
Para impedírtelos piense
Imposibles mi dolor,
Ya que el destino inclemente
Quiere á costa de mis males
Ir fabricando tus bienes.
Y pues esta noche aguardan
Para matarme dos veces,
Esta noche del acaso,
Que la fortuna ofreciere
Mas propicia, mi corage
Valido, haré que reviente
Este volcan, que oprimido
Arde en prisiones de nieve.

ESCENA XIV.

Decoracion de campo.

DON ANTONIO y TALAVERON.

Ant. ¿Diste el papel que te di
A Cartapacio?
Tal. Y le hallé,
Como te he dicho, y logré
Encajársele.
Ant. Si en mí
Desafiar á un letrado
Pareciere estraño hoy,
Esté alguno como estoy
De su dama enamorado,
Y empátele su fineza
Otro, que sea el que se fuere,
Verá si aun con Baldo quiere
Deshacerse la cabeza.
Tal. Yo creo, que aquellos dos
Hombres, que vienen allí,
Son tío y sobrino.
Ant. Sí;
Retírate.
Tal. Vive Dios,
Que siendo dos, oportuno
Será que yo no me vaya.
Ant. No temas que riesgo haya,
Que uno es nada, y dos es uno.

ESCENA XV.

DON ANTONIO, DON LUCAS Y DON PEDRO CON ARMAS Y CON LINTERNAS.

Ped. Anda, Lucas.
Luc. ¡Raro afan!
Ped. ¿No ves que el honor precisa?
Luc. ¡Que ni aun siquiera oir misa
Pudiese en San Sebastian!
Ped. ¿Para qué?
Luc. Para notorio
Sufragio.
Ped. ¿De quién, bergante?
Luc. De quien puede en un instante
Ser alma del purgatorio.
Ped. ¿A eso tu temor te obliga?
Luc. ¿Pues la del otro está hablada,
Para que tenga su espada
Atencion con mi barriga?
Ped. Un hombre está aquí.
Luc. ¿No mas?
Ped. No es mas que uno.
Luc. ¡Suerte rara!
Pues llega tu cara á cara,
Le daré yo por detras.
Ped. ¿Contra nuestro honor, no ves
Que ese es un terrible error?
Luc. ¡Válgame Dios, por honor
Que caramilloso que es!
Ped. Estate tú oculto allí,
Que mientras que solo sea,
No es bien que á los dos nos vea.
Luc. Por Dios que no estoy en mí.
¿Yo á conquistadores puedo
Heredar? Cristo me ampare,
Pues lo que hoy conquistáre
Lo quiero asar en un dedo.
Ped. ¿Caballero?
Ant. ¿Qué mandais?
Luc. ¡Vírgen sagrada, qué veo!
Ped. Que sois vos quien busco creo.
Ant. Yo soy.
Ped. ¿Pues á qué esperais?
Ant. Cuando llegueis á saber
El motivo de este duelo,
A nada.
Luc. ¡Válgame el cielo!
El duende es ó su muger,
Porque yo á este hombre le ví
De mantilla: ¡hay tal historia!
Saco luz y ejecutoria,
Pues todo lo traigo aquí. (*Vase.*)
(*Sacan las espadas y riñen.*)
Ant. Valor teneis.
Ped. He nacido
Caballero, y manejado
Libros y armas.
Ant. ¡Qué alentado
Es el viejo!
Ped. ¡Qué atrevido
Es el mozo!
(*Cáesele la espada á Antonio.*)
Ant. ¿Qué aguardais,
(Cruel estrella) pues me veis
Sin espada?
Ped. A que la alzeis.
Ant. Como caballero obrais;
Pero una vez recobrado,
Solo á defenderme aspiro.
Ped. Pues yo de veras os tiro.
Ant. Mirad que habeis tropezado.
Ped. Matadme.
Ant. ¿Quien obra bien,
Cómo aconseja tan mal?
(*Sale don Lucas.*)
Luc. Duendecillo tal por cual,
Ten esa estocada, ten.
(*Vuelve con la ejecutoria en el pecho, y dos luces en las manos.*)
Ant. ¿Qué es esto?
Luc. Cruje los dientes
Perro maldito, haz espantos,
Huye de los nombres santos
De todos mis ascendientes.
Ant. ¿Don Pedro?
Luc. ¿Qué no te humillas?
Ant. Vuestro furor me acometa.
Luc. ¡Santo Dios! que no respeta
Las armas de los Chinchillas.
Ped. Presto daré testimonio
De que aquel error absuelvo.
Luc. Señores, á decir vuelvo
Que este es duende ó es demonio.

ESCENA XVI.

DICHOS Y DON ENRIQUE.

Enr. ¿Qué es esto, amigos?
Luc. Esto es
Ser este diablo andaluz,
Pues no respeta la cruz
De un despacho montañés.
Enr. ¿Vos, señor don Pedro, y vos,
Don Antonio, en este estado?
Motivo de gran cuidado
Es el que os mueve, por Dios.
Y pues yéndoos á buscar,
El acaso me ha traido,
Yo he de saberle.
Ped. Este ha sido

Haber venido á parar
Madama Florela...
Enr. ¿Quién?
Ped. Una flamenca española,
A mi casa triste y sola,
Huyendo cierto vaiven
De su fortuna en Amberes,
De donde mi amigo Octavio
Me la envió: y siendo agravio
No amparar á las mugeres
En quien nace caballero,
En mi casa la hospedé,
Donde la ví y la traté.
Y no siendo yo el primero
A quien una perfeccion
Haya en vista condenado,
En revista, y sin traslado
Me ganó la inclinacion.
Tanto su beldad promete.
Luc. ¡Oiga el diantre del borrico
Por donde mete el hocico!
¡Con qué la casca el vejete!
Ped. Por esto ese caballero
Hoy un papel me ha enviado,
En que me ha desafiado.
Ant. Ya os he contado primero,
Que allá en Amberes reñí
Por cierta madamusela,
Que amé; pues ella es Florela.
Enr. Pues ahora me toca á mí
Reñir con los dos.
Los dos. ¿Porqué?
Enr. Porque el sugeto soy yo,
Que en Amberes os hirió,
Y que allí á Florela amé.
Ant. Ya son mis dudas mayores.
Luc. ¡Otro la pretende y ama!
¿Señores, es esta dama,
O concurso de acreedores?
Ped. Pues Florela ha de ser mia.
Ant. Yo he de merecer su amor.
Enr. A mi cuenta está su honor...
Luc. ¡Vírgen, y que greguería!
Ant. Pues si hemos de reñir, ya
El tiempo es muy oportuno,
Y asi vamos uno á uno.
Luc. ¿Qué es uno á uno? arre allá.
¿Cómo entendeis esa historia?
Ant. Riñendo vos el primero.
Luc. ¿Pues quereis un agujero
Hacerme en la ejecutoria?
Primero me dejaré
Asaetear por un lado,
Por detras, por el costado,
Que por el pecho os la dé.
Ped. Embiste, no temas nada. (*Riñen.*)
Luc. Pues he de esponerme, tio,
A que á un ascendiente mio
Le den una cuchillada?
Enr. Parad, tened los aceros,
(Pues nada pierdo en tal trance. *ap.*
Enmendar intento el lance.)
Y advirtamos, caballeros,
Que de una dama la fama
Este escándalo atropella;
Y pues ha de ser lo que ella
Dijere. elija la dama.
Ped. Yo me doy á este partido.
Ant. Con ese dictámen voy.
Don Enrique, porque soy (*ap. á Enr.*)
Amante, y tan siempre he sido
Vuestro amigo, hallar quisiera
Modo que el caso enmendára,
Y que á Florela lográra,
Sin que yo á vos os perdiera;
Pues cuando amais á Leonor...
Enr. Dejaos por mí gobernar,
(*ap. á Antonio.*)
Que á mí me viene á importar
Que consigais vuestro amor.
Y pues esto está ajustado,
Señor don Pedro, podeis
Iros.
Ped. Ya reconoceis
Si bien ó mal he quedado. (*Vase.*)
Enr. Nunca vos quedasteis mal.
Luc. ¿Cómo? ¿Ya se han convenido?
De mi ejecutoria ha sido
Milagro, por san Pascual.
Ellos van quietos y buenos;
¡O papel! ¿Esto hay en tí?
No te he de apartar de mí
El dia que hubiere truenos. (*Vase.*)
Ant. ¿Don Enrique?
Enr. Ahora sabreis
Si soy vuestro amigo en todo.
Ant. ¿De qué suerte?
Enr. De este modo,
Venid, que allá lo vereis.

ESCENA XVII.

Sala en casa de don Pedro.

CARTAPACIO, JUANA Y DOÑA LEONOR, Y PONEN LUCES EN UN BUFETE.

Música. Ven, deseado Himeneo,
Ven, y ven muy aprisa,
Que tardar esta boda,
Es mucha porquería:
Ven, ven por tu vida,
A las nupcias del mas fuerte hidalgo,
Que bebe, que ronca, que pace en Castilla.

Leon. ¿Está todo prevenido?
Cort. Por lo que toca á bebidas,
Ya de sorbete y aloja
Dejé entregada á Dominga
Una garrafa.
Leon. ¿Y los dulces?
Cart. Son chochos, y peladillas,
Y he habido de tener un
Cuento en la confitería.
Leon. ¿Cómo?
Cart. Como la cuchara,
Que llevé está muy lamida,
Y no habia forma en empeño
De darme mas que dos libras.
Y así el tio y el sobrino
Habrán de hacer la barriga
Con las castañas pilongas,
Que como ayer fué vigilia,
Sobraron.
Juana. ¿Y te parece,
Que en la montaña tendrian
Otros dulces de Paris?
Leon. Juana, anda, ve, por tu vida,
A ver si viene mi Enrique,
Verás como hago que sirva
A otro intento este aparato.
Juana. No será mala bolina
La que habrá. (*Vase.*)
Leon. ¿Y Melchora?
Cart. Como
Hace una de las ninfas,
Que han de llamar á Himeneo,
Segun la loa está escrita
De don Pedro mi señor,
Se está vistiendo.

ESCENA XVIII.

DICHOS, DON LUCAS Y DON PEDRO.

Ped. ¿Hija mia?
Leon. ¿Padre y señor?
Ped. Hoy se enlazan
Los pesares y las dichas.
A casa desazonado
De un disgustillo venia,
Y me han dado en el camino
La prodigiosa noticia,
De que el título que compro
Está ya en cabeza mia.
Vueseñoria lo sepa,
Para que reconocida
A los favores del cielo,
Desde hoy los criados riña,
A todas horas enfade
Amigos y conocidas,
Pida el almuerzo á las once,
Y suba al desvan en silla.
Luc. ¿Oye usted, y yo no tengo
De tener mis pieccecillas
De sobrino de marques?
Ped. En casando con mi hija,
Que entonces os cae el chorro
De este honor por recta linea.
¿Ha, Cartapacio? el tintero.
Cart. Aquí está.
Ped. Esta seguidilla
Déle á Juana ó á Melchora,
Que al nuevo asunto va escrita
De la señoria nuestra;
Que la encajen por su vida
En la dicha pastorela.
Luc. ¿Habrá invencion mas maldita
De fiesta, que esta que hacen,
Pudiendo llenar la tripa,
Con lo que en ella se gasta,
De pavos y de gallinas?
Ped. Mis amigos vienen ya.

ESCENA XIX.

DICHOS, UN LETRADO Y UN GOLILLA.

Let. Para que la rebeldía
No se me acuse, señor
Don Pedro, de que á tan digna
Funcion vengo tarde, el gusto
Mi concurrencia anticipa.
Gol. Cosa que habeis hecho vos,
Es fuerza ser peregrina.
Ped. Señores, muy bien venidos.
Ha, Cartapacio, trae sillas;
Leonor, siéntate.
Cart. Aquí están.

ESCENA XX.

DICHOS, Y AL PAÑO JUANA, DON ENRIQUE Y DON ANTONIO.

Juana. Quédate aquí, y solo atisba,
Sin que te vean.
Enr. Está bien.
Ant. ¿A qué será esta traida?
Enr. Presto de dudas saldreis.
(*Sale Juana.*)
Juana. Señora, como pedias,
Aquel negocio está hecho,
Pero el diablo de la fria
De la flamenca los vió.
Leon. No es tiempo de que nos sirva
Eso de estorbo.
Cart. Señor,

La cera está ya encendida,
Y como es poca, ya ves,
Que es fuerza que se derrita.
¿Empezarán?
Ped. Di que empiecen.
Luc. Yo en estas majaderías
Me duermo luego. ¡Ah, bergante!
¿Tú apuntas?
Cart. De maravilla.
Luc. ¡No te viera yo apuntado
De un tiro de artillería!
Ped. Señores, callad, que empiezan.
Gol. y Let. ¿Cuánto va que pára en risa?
Música. Ven, deseado Himeneo, etc.

ESCENA XXI.

DICHOS, Y DOÑA MELCHORA QUE CANTA.

Melch. Ven, que no es quien espera
Ningun hombre de ansina:
Sino una hembra que casa
Con un varon Chinchilla.
Juana (*canta*). Ven, que con montañeses
No se hacen groserías,
Porque á ninguno esperan
Los de aquesta familia.
Melch. Su señoría ordena,
Que con tu antorcha asistas,
Y basta que lo mande
Su señor señoría.
Ped. Aquella postrera copla
Es la de nuevo añadida.
Gol. Es un pasmo.
Todos. Es un prodigio.
Ped. Que prosiga.
Todos. Que prosiga.
Música. Ven, ven por tu vida, etc.
Flor. (*canta*). No solo á tanto asunto
Esta antorcha encendida,
Ascua del sol, abrasa
Todo lo que ilumina;
Sino á descubrir vengo,
Don Pedro, los enigmas,
Que tu honor oscurecen,
Y tu fama marchitan.
Oculto hay en tu casa
Quien troncar solicita
De tus nobles ideas
Las generosas líneas.
Y quien del honor mio
A destruir aspira
La opinion generosa
Hoy por tí defendida;
Tu venganza y mi enojo,
Su traicion y mi ira,
Alumbre aquesta antorcha;
Y siguiéndome digan:
Traicion, traicion. (*Se entra.*)
Leon. ¡Ah, villana!
Ped. ¿Qué es esto? todos me sigan. (*Vase.*)
Juana. ¡Ay, que todo lo descubre!
Gol. y Let. A don Pedro es bien que asista.
Luc. ¿Qué embrolla de los demonios
Es esta, Melchora mia?
Ahora es ocasion que se haga
Nuestra traza discurrida.
Melch. Pues verás que presto vengo
Cargada con la balija. (*Vase.*)
Leon. ¡Cielos santos, yo estoy muerta!
Ped. Mueran los que así amancillan
Mi honor.
(*Salen don Pedro, don Enrique y don Antonio.*)
Enr. Don Pedro, tened,
Que siendo ya vuestra hija
Doña Leonor, mi muger,
En mí vuestro honor habita.
Ped. ¿Cómo esposo de Leonor?
Luc. ¿Señor, no te lo decia
Yo, que esta pícara infame
La habia de hacer?
Flor. Como viva
Yo, siendo Enrique (don Pedro)
La causa de mis desdichas,
No es fácil que de otra sea.
Ant. Ni que yo á otro hombre permita,
Que sea dichoso contigo.
Ped. ¿Estoy yo acaso en las Indias,
Para que á doña Florela
De Guzman, solo por hija
De don Andres de Guzman,
No la eleve á señoría?
Enr. ¿Don Andres de Guzman? ved
Lo que decis.
Flor. ¡Suerte esquiva!
Que aquese mi padre fué.
Ped. Pues esos papeles digan
Como gobernando á Amberes,
Al tiempo que ya os tenia
A vos, casó de secreto
Con madama Catalina
De Orbesi, ilustre y hermosa,
Y prenda de esta caricia
Fué Florela, á quien dejó
Declarada.
Enr. ¡Hermana mia!
¿Cómo avarienta hasta aquí
Me ha negado esta noticia
Mi suerte?
Flor. No en vano yo
Tanto, Enrique, te queria.
Ant. Ahora sin este embarazo,
Que mi rendimiento admita

Espero...
Enr. Tuya es Florela.
Flor. Premiar es deuda precisa
Vuestra constancia.
Ped. Tened,
Que yo...
Melch. (*dent.*). Tanta gritería
Hay, que á quien hoy se casa
La aturde, y la martiriza.

ESCENA XXII.

DICHOS, Y DOÑA MELCHORA CON UN BULTO DEBAJO DEL BRAZO.

Ped. ¿Melchora, que es esto?
Melch. ¡Ay, padre!
¿No ve aquesta bolsa en cinta?
Pues prendas son de don Lucas
Cuantas traigo aquí metidas.
Ped. ¡Solo faltaba esta afrenta
A mi casa á mi familia!
¿Qué dices, perra?
Luc. Que ya
Que ha perdido Leonorilla
La fortuna de mi mano
Por sus muchas picardías,
Con Melchora me recaso,
Que mi conciencia me aguizga;
Pues dice bien, pues mias son
Esas prendas que publica
Ese bulto.
Ped. ¿Cómo, infame?
Melch. Como es esta su ropilla,
Su manteo, su sotana, (*la saca toda.*)
Sus calcetas, sus camisas:
Miren si son estas prendas
Suyas, ó de la vecina.
Ped. Si estás contenta, Leonor,
Yo no violento á mis hijas:
Da la mano á don Enrique,
Y dásela tú, Luquillas,
A Melchora.
Luc. Ven acá,
Daca la mano, borrica.
Melch. Toma, animal.
Cart. Cada oveja
Con su pareja, Juanilla.
Juana. Pues toma esos cinco dedos.
Enr. Hermosa Leonor, mi vida
Es tuya.
Leon. Felice soy.
Ant. Ya son todas mis fatigas
Venturosas con tal suerte.
Flor. Tus finezas me conquistan.
Ped. Y yo que quedo soltero,
No sé, señores, si diga,
Que quedo mejor.
Enr. Y aquí
Una obediencia rendida,
Da fin al Dómine Lucas:
Reconociéndose indigna
De aplauso, ni admiracion,
Se contenta con la risa.

EL PICARILLO EN ESPAÑA.

Esta comedia es una prueba evidente de lo que hubiera podido hacer Cañizares s hubiera nacido en una época de mas lustre para el teatro, y si le hubieran estimulad el ejemplo y la emulacion de otros poetas comparables con él : desgraciadamente no te nia mas ley que su capricho, ni habia ningun poeta dramático á su lado que pudier hacerle sombra, por lo que no es de estrañar que sacase tan poco partido de su gra talento.

El *Picarillo en España* inspira muchísimo interes, ofrece una pintura fiel de las in terioridades de la corte, y tiene el mérito de una versificacion singularmente castiza robusta. Esto basta para hacer de ella una obra muy apreciable, como lo es en efecto.

PERSONAS.

El rey DON JUAN el segundo.
El infante DON ENRIQUE.
FEDERICO DE BRACAMONTE, galan.
DON PEDRO CARRILLO, cardenal.
DON ALVARO DE LUNA.
DON YAÑEZ FAJARDO.
La Reina.
DOÑA LEONOR DE URREA.
INES, graciosa.
NISE, CLORIS, } criadas.
BAMBUTE, gracioso.
DON GOMEZ HERRERA.
DON PEDRO MANRIQUE.
Criados.
Soldados.
Musica.
Acompañamiento.

La escena es en Olmedo.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de campo.

Tocan cajas y clarines, y salen dandose batalla, de la una parte el rey DON JUAN, DON ALVARO DE LUNA, FEDERICO mal vestido, BAMBUTE roto y tiznado, y DON YAÑEZ FAJARDO; y de la otra el infante DON ENRIQUE, DON GOMEZ DE HERRERA, DON PEDRO MANRIQUE y Soldados.

Unos. Viva el rey.
Otros. La libertad
Viva del rey y la patria.
Todos. Arma.
(*Vanse todos, y quedan el infante y Federico.*)
Inf. ¿Hombre derrotado,
Cuyas señas mal declaran
Ser hijodalgo, de tantos
Como hoy huellan la campaña,
Pues tus miseros adornos
Y tus mal pulidas armas,
Tu valor desacreditan
Y deslucen tu arrogancia,
Quién eres? ¿Y cómo cabe
En persona humilde y baja
Tan temeraria osadía,
Tan increible pujanza,
Que despues de penetrar
El escuadron de mis guardias,
A pesar de tantas vidas
Vencer piensas cara á cara
A un infante de Castilla?
Fed. ¡Oh cuanto, Enrique, te engañas

Parándote en los adornos,
Y estás viendo las hazañas!
Tan noble soy como tú,
Pues desde mi tierna infancia
Fué mi padre el cielo, y fué
La fortuna mi madrastra;
Con que su aborrecimiento,
Y la influencia tirana
De mi estrella, me formaron
Monstruo de especies tan varias,
Que gozo de heróica estirpe
Allá en los dotes del alma,
Siendo el desprecio del mundo,
El olvido y la venganza.
Y pues para ver quien soy
Esta noticia lejana
Te sirve, vuelve á la lid:
No cuando ardiente y trabada
Tantos generosos pechos
Compran con sangre su fama,
Digan que el tiempo gastamos
Ociosamente en palabras.
Inf. Tu valor, tu entendimiento,
Me han obligado, y gustára
De no ver tu muerte, pues
Aquella tropa cercana
Viene en mi socorro.
Fed. Venga;
A mas triunfos mas ganancias.
Voces (*dentro*). Socorramos al infante.
Inf. Amigo, vuelve la espalda,
Mira que á librarte anhelo.
Fed. No dices bien, si reparas
Que no me evita la muerte,
Quien me deja con la infamia.

ESCENA II.

DICHOS Y DON GOMEZ HERRERA, DON PEDRO MANRIQUE Y SOLDADOS.

Man. Señor, nuestra es la victoria.
Gom. El campo de la batalla
Se ha penetrado, rompiendo
El escuadron de las lanzas.
Inf. ¿Y el rey?
Manr. Ya á la hora de esta
Será prisionero.
Inf. En nada,
Segun veo, hombre animoso,
Puedes fundar tu esperanza,
Sino en quedar prisionero.
Gom. y Manr. Rinde la espada.
Fed. ¿La espada?
Tiene antes mucho que hacer,
Pues á sus filos les falta
Bruñirse con vuestra sangre.
Inf. Dadle muerte.
Gom. Avanza.
Manr. Avanza.
Inf. ¡No ví valor semejante! (*Riñen.*)
Fed. ¿Cómo así se desampara
Vuestro rey? ¡Ah castellanos!
Volved, volved á las armas.
(*Vanse acuchillando.*)

ESCENA III.

EL REY Y EL CARDENAL.

Rey. Cardenal ¿qué hemos de hacer,
Que la suerte declarada
Por los contrarios está?
Card. Gozar, señor, la ventaja
Que os concede la fortuna;
Y mientras unos desmayan
Y otros vencen, retiraos
Donde, ya que de mis canas
No atendisteis los consejos,
Lamenteis vuestra desgracia.
Rey. De don Alvaro de Luna
Siento el riesgo; mientras no haya
Razon de él, no he de ausentarme.
Card. ¡Oh, nunca tanto os costára
Defender del condestable,
Contra todos, la privanza!
Rey. Sé que me sirve leal.
Card. Sí señor; pero no basta
Para que el amor de uno
Por odio de muchos valga.
Voces (*dentro*). A ellos, que huyen.
Fed. (*dentro*). Gran señor,
Muera esta infame canalla:
Yo os grito.
Alv. (*dentro*). Heróico soldado,
Hoy á Castilla restauras.
(*Dent.*). Viva el rey don Juan: victoria.
Rey. ¿Veis en qué momento pasan
A ser glorias los temores,
Y triunfos las amenazas?
Ese mismo contra quien
Castilla está declarada
(Porque es mi segunda vida)
Esta victoria me alcanza.
¿Quién no se ha de enamorar
De verle blandir la lanza,
Cubierto el arnes de sangre,
Y entre las huestes contrarias,
Hector segundo, romper
Filas, deshacer escuadras?
¡O insigne varon!
Card. ¡O ciega *ap.*

Pasion, con que de él te arrastras!
¿Pues no ves aquel soldado,
Que sin mas blason ni gala
Que su espada y su rodela,
Rompe, hiende y desbarata
Los enemigos?
Rey. ¿Qué importa,
Si el condestable se halla
En mis tropas?

ESCENA IV.

DICHOS, FEDERICO Y DON ALVARO CON HABITO DE SANTIAGO, CON LAS ESPADAS DESNUDAS Y BAMBUTE.

Fed. Gran señor,
Ya estás seguro, descansa.
(*Dent.*). Victoria, Castilla viva. (*cajas.*)
Alv. Ea señor, pues hoy ganas
Los reales al enemigo,
Y de sus tiendas armadas
Y despojos eres dueño,
Ven donde huellen tus plantas
Las alistadas banderas
De Aragon y de Navarra.
Bamb. Si señor, pues don Pilfarro,
Ropa sucia, muger rancia,
Mi amo, os ha dado un gran dia.
Fed. Calla, loco.
Rey. ¿Quien lográra,
(*A don Alvaro.*)
Sino es vos, ser de Castilla
Gloria, honor, aplauso y fama?
Dadme los brazos, maestre.
Alv. Hoy al cielo me levantas.
Bamb. Este rey esta borracho, *ap.*
Pues á otro le da las gracias
De lo que ambos hemos hecho.
Fed. Vive Dios, que si no callas...
Card. Señor, no olvideis, que de ese
Soldado...
Alv. Eso le rogaba
A su alteza, pues no he visto
Resolucion mas gallarda
Este jóven, rey don Juan,
Es quien, viendo que arrojadas
Las armas, al primer choque
Tus infantes...
(*Dentro*). Pára, pára:
¡Viva la reina!
Bamb. A Dios, esto
Se ha vuelto agua de cerrajas:
¿Maldita sea tu fortuna!
Fed. Contra mi está declarada:
¿Qué hemos de hacer?

ESCENA V.

DICHOS, LA REINA Y DOÑA LEONOR, INES, NISE Y CLORIS, DAMAS, CON TRAGECILLOS Y SOMBREROS.

Rey. Gran señora,
¿Con qué motivo ó qué causa,
Sin avisarme?...
Reina. Señor,
Antes que el cargo me haga
Vuestra alteza, mi razon
Me dejará disculpada.
Soy portuguesa y os amo;
Aunque la suerte contraria,
Segun me avisó un soldado,
Que al empezar la batalla
Vió vuestras huestes vencidas,
El laurel os arrebata,
No quise perderlo todo,
Pareciéndome bastaba
Mi presencia á suspender
La vencedora arrogancia
De quien, siendo sangre vuestra,
Su propio orígen ultraja.
De Valladolid salí,
A que con vos me llevaran
Prisionera, pues el cuerpo
No puede estar sin el alma:
Vamos, ya que la fortuna,
Injustamente tirana,
Y el teson de defender,
De quien no debeis, la causa, (*Llora.*
Así lo disponen.
Rey. Vos
Estais, señora, engañada;
Antes á cantar mi triunfo
Mejor dijera la hazaña
Del condestable venis.
Bamb. El santo varon es maza: *ap.*
Sobre que ha de ser el otro
Dueño de la cuchipanda.
Reina. ¿Qué decis? ¿que es la victoria
Vuestra?
Rey. Ved esas campañas.
Ocupadas de mis gentes.
Reina. ¿El condestable os la gana?
Rey. Sí señora.
Reina. Solamente *ap.*
A mi rencor le faltaba,
Que estableciese la dicha
De mi enemigo la gracia
Con el rey.
(*Sale Yañez.*)
Yañez. Ya está la villa
De Olmedo desocupada;

Y fugitivo el infante,
Con pocos que le acompañan
Marchando va.
Alv. Y ya podeis
No dar por mal empleada,
Señora, la accion del rey.
Reina. ¿Cuál?
Alv. La de ver como ampara
A quien por servirle bien,
Está en la comun desgracia.
Card. ¿Señora, qué hemos de hacer,
Si así la suerte lo traza?
Bamb. ¿Qué haces callando?
Fed. Bambute,
O es de mi dicha fantasma,
O el rostro de aquel retrato
El propio es de aquella dama.
Ines. Con rara atencion te mira
El rey.
Leon. Mal empleada
Será toda su porfía;
Que aunque de cruel y vana
Me acredite, siempre, Ines,
Lo que me cansa me cansa.
Rey. Antes que entremos, señora,
En la ciudad, deseára
No ser ingrato á los que
Nuestra fortuna restauran.
Aquel soldado abatido
Que ves, ha sido gran causa
De mejorar el suceso.
Bamb. ¡Jesucristo, que te habla!
Y segun son tus adornos,
Hoy el título te encaja
De conde del Calandrajo.
Reina. ¿Qué premios, gran señor, bas-
A tanta accion? [tan
Rey. ¿Di, soldado,
Quién eres, cuál es tu patria,
Y qué tiempo ha que me sirves?
Fed. Pues mi fortuna inhumana, *ap.*
Que encubra quiere mi ser,
Cumplamos con lo que manda.
Señor, hoy por estos campos;
Por casualidad pasaba
A solo buscar mi vida;
Tan oscura es mi prosapia,
Que ni sé quién soy, ni quién
Me dió aun el ser que me falta:
Tan hijo de la fortuna,
Que por donde ella me arrastra,
Camino sin eleccion;
Que ni es pequeña ventaja
Para quien lo teme todo
No tener anhelo en nada.
Nada me debeis, pues fué
Capricho el que me mezclára
Entre los vuestros; y en fin,
No sé, señor, que en mi haya
Mas principio, mas blason,
Mas lustre, mas circunstancia,
Que ser mozo de fortuna
Yo, y que la he de hacer mi patria;
Tomando nombre desde hoy,
Soy el Pícaro en España.
Ya estais informado, pues
Quiere mi ventura escasa
Que no haya sugeto en mi
En quien los premios recaigan:
Guárdalos para quien tenga
Estrella menos infausta;
Que no trocára la vida,
Que tengo, sin asechanzas,
Sin envidias y sin riesgos,
Por la del mayor monarca:
A ser un pícaro aspiro.
Rey. Notando la estravagancia
De vuestras voces, y viendo
El valor, que os acompaña,
No sé qué juicio hacer deba
De vos; pero si os agrada
Ser despreciable sugeto;
Condestable, en mi real casa
Lo ocuparéis en empleo
De estimacion ordinaria:
Vos por premio le admitid,
Que para un pícaro basta.
Vamos. (*Vase.*)
Alv. Yo mi norte sigo. (*Vase.*)
Bamb. ¡Bien haya la ciricata!
Reina. Que vos trateis de abatiros
No impide á que accion tan alta
Se os premie y estime: vedme
Cuando gusteis.
Ines. Ya, á Dios gracias,
Hay pieza nueva en palacio.
Card. Señora, la suerte echada
Está.
Reina. El condestable es hoy
Quien al rey y al reino manda;
Pero, cardenal...
Card. ¿Señora?
Reina. No es lo mismo hoy que mañana.

ESCENA XVI.

DICHOS, MENOS EL CARDENAL, LA REINA Y DAMAS.

Leon. He oido vuestra manía,
Y mi condicion me llama
A gustar mucho...

*****

Fed. ¿De qué?
Leon. De gentes estraordinarias.
Fed. Pues nadie lo es, señora,
Mas que yo.
Leon. ¡Qué libre que habla!
Ines. Sí señora.
Leon. ¿Y tienes muchas
Habilidades?
Fed. No faltan.
Leon. ¿Cantar, danzar y tañer?
Fed. La voz hoy, señora, es mala;
Pero muchas malas voces,
Andando el tiempo, se aclaran.
Leon. Ya empezais, como en misterio,
A esplicaros.
Fed. Buena gracia:
¿Pues si entro desde hoy á andar
En terreros y antesalas,
No quereis gaste conceptos,
Preludios y estravagancias?
Leon. ¡Jesus! gustaré de vos
Muchísimo yo.
Fed. Pues vaya:
(Ya no se ha perdido todo) *ap.*
Y desde ahora se entabla
Nuestra gran conversacion;
Mas cuidado, que es de chanza.
Leon. Aun las de veras; en quien
Fuera persona mas alta,
Las trato de burla, ó
No las trato.
Bamb. Linda alhaja
Debe de ser la chiquilla.
Fed. Pues haciendo lienzo el alma,
Desde hoy os retrataré
Del corazon en la estampa;
Porque no digais, señora,
Que ya que mi suerte escasa
No os pudo venerar viva,
Aun no os pudo ver pintada.
Leon. ¿Qué es eso?
Fed. Empezar la zumba.
Leon. Mirad lo que muchos ganan
Por ser, como vos, sugetos
De poquísima importancia.
Bamb. Usted viva muchos años.
Leon. Otro, ni aun un noramala
Mereciera; pero á vos,
Ya que la reina se alarga,
Yo os responderé en palacio.
Fed. Yo os seguiré, salamandra.
Leon. ¿Qué decis?
Fed. De vuestras luces.
Leon. ¿Luces yo?
Fed. Rayos y llamas.
Leon. ¿Seré infierno?
Fed. Sois el sol.
Leon. Algo menos.
Fed. Mas que el alba.
Leon. Proseguid.
Fed. Muero por vos.
Leon. ¡Qué graciosa bufonada!
A Dios: ¿cómo es vuestro nombre?
Fed. El Picarillo en España.
Leon. Pues á Dios, y hablad, que todo
A un pícaro se le pasa. (*Vase.*)
Ines. Servidor, don Peranzules. (*Vase.*)
Bamb. Reberisco, doña Urraca.
Señor mio; aquí acabó... (*A Federico.*)

ESCENA VII.

FEDERICO Y BAMBUTE.

Fed. ¿El qué?
Bamb. Nuestra concomitancia:
Usted busque desde hoy
Amigo, criado ó haca,
Que yo echo por otro lado.
Fed. ¿Dime, necio, y por qué causa?
Bamb. Porque usted con ese genio
A gracioso se me encaja,
Y yo no he de consentir,
Que se me usurpe mi plaza.
Fed. Si la estrella infausta quiere,
Que viva siempre ignorada
Mi persona, si mi honor
Y mi vida se afianzan
¿En mi silencio que quieres
Que ejecute?
Bamb. Que se valga
De la ocasion, y se finja
Un sugeto de importancia;
Pero un pícaro ordinario,
¿A qué fin?
Fed. A que la estraña
Historia de mis fortunas
Así lo trae.
Bamb. Que lo traiga
Muy en buen hora: usted sea
El gracioso, y santas pascuas;
Mas no donde yo lo vea,
Que he de andar á gaznatadas
Sobre los versos de zumba.
Fed. ¿Cómo quieres que lográra
Ser familiar en palacio,
Entre la reina y las damas?
¿Y mas á vista de aquella,
De quien, por tan nunca usada
Senda, el retrato adquirí,
Cuya beldad me arrebata;
Sino es siendo una persona

Dé aquellas que no embarazan
Por inútiles, de quienes,
Porque en ellas no reparan,
Ningun aprecio se hace,
Ninguna accion se recata,
Siendo este el medio de estar
A la vista, por si halla
Mi industria ocasion de que
Se enmiende mi estraordinaria
Fortuna cruel?
Bamb. Todo eso
Es pamplina y es soflama;
Yo despues de estar tambien
Y con la misma ignorancia
De no saber á quien sirvo,
Cómo ese retrato se haya
Adquirido, y mantenerme
De todas formas en babia:
Si he de servirle ha de ser
No hablándome usted palabra,
Que toque á graciosidad;
Porque andaré á puñaladas
Con usted y apuntador,
Si en llegando á usted no calla;
Con el segundo galan,
Y con la tercera dama,
Y con el...
Fed. Calla, ignorante.

ESCENA VIII.

Dichos y ALVARO.

Alv. Echando menos la falta
De vuestra persona, á quien
Tengo obligacion tan rara,
Buscándoos vengo.
Fed. Señor.
Bamb. De veras, ó habrá puñada.
Alv. Ya veis que he de obedecer
Lo que mi dueño me manda;
Y para daros empleo,
Que os corresponda, estimára
Saber quien sois.
Fed. Ya lo he dicho,
Soy el Pícaro en España.
Bamb. ¡Ya se enmienda: voto á Cristo!
Fed. ¿Qué haces?
Bamb. Ver como se habla.
Alv. Ser un pícaro, y tener
Dos prendas tan elevadas,
Como entendimiento y brio,
No cabe: yo os doy palabra,
Si quien sois me revelais,
De pagar la confianza
Que de mí hiciereis.
Fed. Señor,
Muchas quizas encontráras;
Porque hay muchos en el mundo,
Que siendo personas bajas,
Intentáran desmentir
Su humildad con su jactancia;
Pero pierden lo mejor,
Que es aventurar la fama
De saber tratar verdad,
Que es lo que á un hombre le ensalza:
Yo quiero ser hombre humilde,
Y no mentir.
Alv. ¿Y eso basta
Para que vivas contento?
Fed. Si señor, que es gran ganancia
No tener uno envidiosos.
Alv. ¿Quién los tiene?
Fed. La privanza,
La dignidad, la riqueza.
Pongámonos en balanza
Vos y yo vereis quien goza
De vida mas descansada.
Alv. Creo, que decis verdad;
Muchos de ofenderme tratan.
Fed. Pues á mí, gracias á Dios,
Ninguno, y esa es ventaja
En que va vida y quietud:
Fuerais vos para alcanzarlas
Un pícaro como yo,
Y ninguno os inquietára.
Bamb. Ahora va bien.
Alv. Desde hoy
Sois escudero de maza
Del rey, y asistente mio:
Muchos el cargo tomáran,
Y he de lograr que os envidien.
Fed. Iréme á tierras estrañas
Si eso intentais.
Bamb. Y mas, cuando
Si escuderear se le manda
Todos los mazas que encuentre,
No hay piés para una semana.
Alv. ¿Y cómo os llamais?
Fed. ¿Yo? Juan.
Alv. Pues, Juan, á quien acompañan
Prendas tales, no es razon
Que tenga temor á nada.
Fed. Señor, el temer las dichas,
Es medio de asegurarlas.
Alv. Bien dices.
Fed. Dejadme ser
Pícaro.
Alv. No es en mi instancia,
El que de serlo dejeis
Yendo por tales pisadas:
Lo que deseo es valerme

De vos con la estravagancia
De creer que ha de salirme
Mejor en las cosas arduas
Del que es pícaro y lo dice,
Que fiarme de los que hablan
Como caballeros, y obran
Lo que pícaros obráran.
Fed. ¿Y si no salimos bien?
Alv. No temais, que las espaldas
Yo os las guardo.
Fed. Ahora decidme:
¿Y á vos, señor, quién las guarda?
Alv. La gracia del rey.
Fed. ¿Y el rey,
Está siempre de una gracia?
Alv. Conmigo sí.
Fed. Será mientras
Su propia deidad retrata;
Mas si un dia obra como hombre,
Mucho temo una mudanza.
Alv. Entendimiento teneis.
Fed. Y vos, señor, teneis gana
De que desde hoy no le tenga.
Alv. Venid, os pondereis de gala,
Y á palacio ireis.
Fed. ¿Con que
Ya empiezo desde mañana
A dormir con sobresalto,
Comer á horas precisadas,
Vestir esclavo del uso,
Sufrir á aquel que se valga
De mí, y que todos me envidien
Una vida tan cansada?
Alv. No hay otro medio. (*Vase.*)
Fed. Pues vamos,
Dulce prenda idolatrada,
A quien dió bulto el matiz,
Tú eres sola quien me arrastra. (*Vase.*)
Bamb. El diablo me deparó,
Este hombre ó esta fantasma,
Que es de veras ó es de burlas,
Es pericon y pendanga;
Pero como él no me quite
Mi oficio con patochadas,
Yo le tengo de seguir,
Y hemos de ver en qué para.

ESCENA IX.

Sala en palacio.

LA REINA, DOÑA LEONOR, INES Y DAMAS; Y CANTA LA MUSICA.

Música. Casi muere aquel que vive
Tan esclavo de un deseo,
Que su bien y su mal penden
De la fortuna y el tiempo.

Reina. Leonor, buena letra.
Leon. Estimo
Que te agrade su concepto,
Y que disfrutando á costa
De la envidia (á quien no temo)
Tus favores, sepa hallar,
Motivos de mantenerlos.
Reina. Cuanto ejecutas me agrada:
Un alma somos y un cuerpo,
Y así nada te recato:
Leonor mia, plegue al cielo
No me pagues mal.
Leon. Señora,
Segura me juzgo de eso,
Si la natural costumbre
De que el beneficio mesmo
Produce ingratos, no me hace
Que pierda el entendimiento.
Pedro Manrique, mi primo...
Reina. Ya del rey la gracia tengo
Conseguida, y de Leon
Tiene el adelantamiento;
Y con una circunstancia,
Que es lo que yo mas celebro,
Pues el rey, que para todos
Es áspero y es severo,
En llegando á peticion
De tu gusto y de tu aumento,
Se muestra afable, milagro
Del amor con que te aprecio.
Ines. Si ella lo supiera bien, (*al oido.*)
Y el continuado mareo
Con que el tal rey te persigue.
Leon. ¿Qué importa, si á mi respeto
No hay atencion que se atreva,
Que no saque un escarmiento?

ESCENA X.

DICHAS Y EL CARDENAL.

Card. Señoras, gran novedad.
Reina. Cardenal ¿pues qué tenemos?
Card. El infante don Enrique,
Habiendo á vista de Olmedo
Hecho alto con los que pudo,
Despues del pasado encuentro,
Recoger, envió al rey
Vuestro esposo mensagero,
Pidiéndole su seguro
Para su persona, siendo
Él propio su embajador.
Reina. ¿Y el rey ha venido en ello?
Card. ¿Cómo lo puede escusar,
Si desordenado el pueblo
Y alborotadas las tropas,

Están á voces diciendo?...
(*Dentro*). Dese al infante el seguro,
Y trátese del sosiego
De Castilla.
Alv. (*dent.*). ¿Eso decis?
(*Dentro*). Búsquense de paz los medios.

ESCENA XI.

DICHOS Y EL REY.

Rey. Castellanos, el honor
De vuestro rey es primero.
(*Dentro*). Tambien se debe cuidar
Que no se destruya el reino.
(*Sale Yañez.*)
Yañez. Señor, esto no es posible
Evitarlo.
Reina. Ved que el cielo,
Señor, os abre las puertas
Para que la paz gocemos.
Card. Cuando á pediros perdon
Llega su arrepentimiento,
Debeis oirlo.
Rey. ¿Con que
A todos os hallo puestos
De parte de mi desdoro?
Todos. No se encuentra otro remedio.

ESCENA XII.

DICHOS Y DON ALVARO, FEDERICO DE GALA Y BAMBUTE.

Fed. A fe,
Que esperimentamos presto
Todo lo que yo anunciaba.
Todos. Señor, fuerza es resolveros.
Reina. ¿Qué decis?
Rey. Que ni el seguro
He de conceder, ni pienso:
¿Mas, condestable?
Alv. ¿Señor?
Rey. ¿Habeis oido ese estruendo?
Alv. ¿Cómo quereis que le ignore?
Y antes de hablaros ni veros,
Considerando que en nada
De lo que se os pide hay riesgo,
Vuestro seguro he enviado,
Usando, señor, del sello
Vuestro, que está en mi poder,
Al infante.
Rey. Está bien hecho:
Vos lo habeis pensado bien.
Reina. ¡Puede haber mayor estremo *ap.*
De sujecion!
Card. Cada dia *ap.*
Va su dominio creciendo.
Bamb. Este amo pícaro mio
Se arrima á buen compañero.
Rey. Venga el infante: señora,
Ya á vuestro dictámen cedo.
Reina. Si señor; ya veo cuanto
Al condestable debemos.
¿Leonor?
Leon. Señora, encargad
Al disimulo el silencio.
(*Dentro*). Plaza, plaza.
Rey. Llegad sillas.
(*Llegan una silla al rey, y se sienta, y hablan aparte don Alvaro y Federico.*)
Alv. Oid lo que os encomiendo.
Fed. ¿A un pícaro confianzas?
Alv. Sí, don Juan: estadme atento.
Reina. ¡Oh, quiera el cielo, señor,
Que algun camino encontremos
De apaciguar á Castilla!
Rey. Por solo ese fin me venzo.
Fed. Está bien.

ESCENA XIII.

DICHOS Y YAÑEZ, GOMEZ, MANRIQUE Y EL INFANTE DON ENRIQUE.

Yañez. Entrad conmigo.
Y vosotros, caballeros,
Aquí os quedad.
Gom. y Manr. Como no
Perdamos á nuestro dueño
De vista, está bien.
Inf. Señor,
Vuestras reales plantas beso,
Como señor natural.
Rey. Alzad.
Inf. Con seguro vuestro,
Cosas de vuestro servicio
He venido á proponeros.
Rey. Proseguid, que siendo así,
Os escucharé.
Inf. No puedo
Hablar, señor.
Rey. ¿Por qué causa?
Inf. Porque vuestro primo siendo
É hijo del rey don Fernando,
Y quien obtuvo el gobierno
De Castilla, no se me hace
El debido tratamiento.
Rey. No hay mas silla en mi palacio
Que la mia.
Inf. Yo lo creo;

Y aun si la que os toca es vuestra,
No será logro pequeño.
Rey. O volveos, ó hablad así.
Inf. Ni volverme, ni hablar puedo
De esta suerte: y pues pasando
A otra estacion mi respeto,
Hablando con vuestra esposa,
Será mi mas digno asiento (*arrodillase.*)
Mi rodilla, en fe de que
Comunico y reverencio;
Oidme vos, gran señora.
Pero á Leonor allí veo: *ap.*
¡Ay objeto de mi vida!
Reina. Ya os escucho como debo.
Inf. Los motivos de los bandos
De Castilla no os refiero,
Pues de la menor edad
Del rey, mi señor, nacieron;
Porque la ambicion de muchos,
Con el mañoso pretesto
Del bien de la patria, entrar
Intentaron al manejo
De la corona, y ninguno
Consiguió su pensamiento,
Sino es algunos, de quien
El condestable es el dueño,
Desde que del reino el mando
Tiene, quien mayor lo ha hecho
En vasallos y dominios,
Que los que rige su cetro:
A tu sangre ha separado,
Por gozarle todo entero;
Y yo y mi hermano el infante
Don Juan, somos los objetos
De su rencor y del rey.
Si gentes juntado habemos,
Ha sido por defender
Honor y vida, queriendo
Dar al rey la libertad
Que le quita un cautiverio.
Para tratar, gran señora,
Libremente de estos hechos,
Como á don Alvaro aparte,
Todos nos separarémos.
Libre el rey, junte letrados
Y leales consejeros,
Que desagraviando á todos,
Establezcan un gobierno.
Reina. Como vos lo deseais...
Alv. ¡De puro enojo reviento! *ap.*
Inf. Como esté bien á Castilla...
Rey. Ya conozco ese gran celo.
Inf. Vuestro bien, señor, propongo.
Rey. ¿Y para mayor respeto
Lo mostrais alborotando
Las ciudades y los pueblos,
Rebelando los vasallos?
Inf. Si se confunden los ecos
De la razon...
Rey. Que desvie
Al condestable ¿no es eso
Lo que pedis?
Inf. Sí señor.
Rey. ¿Y que yo me quede en medio
De mis enemigos, donde
Viva al dictámen ageno?
Inf. No, sino es libre.
Rey. Ya así,
De vos libertad aprendo,
Pues harto libre me hablais;
Pero es fuerza obedeceros.
¿Don Alvaro?
Alv. Gran señor.
Reina. Malas señales advierto
De concordia.
Card. El rey está *ap*
Su cólera reprimiendo.
Rey. Haced lo que os he mandado,
Que es bien que siendo su deudo
Esté cercano mi primo
A su rey, por quien se ha puesto
A tantos peligros: vamos.
Inf. Señor, la cifra no entiendo.
Rey. Vengo en lo que me pedis,
Aunque en algo diferencio. (*Vase*
Inf. ¿Señora?
Reina. El rey, mi señor,
Siempre obrará justo y recto;
Pero habeis pedido mucho,
Y es lo mismo que deseo. (*Vase*
Inf. Leonor, dichoso este dia,
En que de vuestros reflejos
Al ardor...
Ines. ¿Otro demonio?
Leon. Perdonad, que no me puedo
Detener: vamos, Ines.
Ines. ¿Aun vuelve á sus devaneos
El infante?
Leon. Vamos, vamos.
(*Vanse las dos*
Alv. La puerta de este aposento
Habeis de tomar, que fio
A vuestro valor este hecho,
De forma que no se sienta,
Mientras á todos divierto;
Cumplid esta órden del rey. (*Vase*
Fed. Señor, mirad...
Bamb. Aquí es ello. *a*

ESCENA XIV.

El Infante, FEDERICO, GOMEZ, MANRIQUE y BAMBUTE.

Inf. ¿Hidalgo? ¡pero qué miro!
¿No sois vos aquel sugeto
Que hoy encontré en la batalla?
Fed. Sí señor, y cuerpo á cuerpo
Con vos lidié, que este honor,
Por ninguna gloria trueco.
Inf. Huélgome que el rey estime
Soldado de tal esfuerzo.
Fed. Yo, señor, no soy soldado.
Inf. ¿Pues qué sois?
Bamb. Un chuchumeco.
Fed. Soy el Pícaro en España;
Y antes tomar un consejo
Quiero de vos: si yo hubiera
Recibido aquí un precepto
Que no pareciese justo,
¿Debiera andar discurriendo,
Siendo un pícaro, en obrar
Generoso y caballero?
Inf. No, que á un hombre humilde solo
Toca obedecer.
Fed. ¿Y ciego
No reparar circunstancias?
Inf. No hay duda.
Fed. Pues, escudero,
Volveos, que el rey ordena
Quede el infante aquí dentro.
Gom. ¿Loco, qué dices?
Manr. ¿Villano,
Quién te ha dado atrevimiento
Tal?
Fed. Escudero del rey
De maza soy, que es lo mesmo
Que su mensagero, y á él
Como señor obedezco.
Bamb. ¡Jesus, y qué desatino!
Mi amo está dado á perros.
Inf. ¿Tal puede decir? Si eres
Su faraute, este es el pliego
Fed. Yo os confieso la razon;
Pero os pregunté primero
¿Qué debia hacer? respondisteis,
Y á la respuesta me atengo.
Inf. Matadle.
Gom. Venid, señor,
Con nosotros.
Manr. Nuestros pechos
Serán tus muros.
Fed. ¿No veis
Que yo la puerta defiendo?
Bamb. Este hombre se ha vuelto loco.
Inf. ¿A quién es fácil mi acero
Rendirse?

ESCENA XV.

Dichos y DON ALVARO.

Alv. A mí, que del rey
Traigo órden de deteneros.
Inf. ¡Por cuánto no hubierais vos
De ser causa de este esceso!
Alv. El rey no os manda prender,
Solo quiere complaceros
Con que esteis siempre á su lado.
Inf. Ya he comprendido el misterio.
Vamos donde el rey ordena:
Gomez, Manrique, volveos.
Por solo ver de Leonor *ap.*
La luz, mi agravio agradezco.
Gom. Siempre temí yo este caso.
Manr. Si el rey, lo que obra el deseo
De servirle, tiene á mal,
No hemos de tener buen pleito.
Inf. Vamos.

ESCENA XVI.

DON ALVARO, FEDERICO y BAMBUTE.

Alv. Vos habeis obrado
Como quien sois.
Fed. Y es lo cierto;
Como pícaro, señor,
Pues cuando un seguro veo
Del rey, no le he obedecido.
Alv. Eso no está á cargo vuestro.
(*Vase.*)
Bamb. Ha seor pícaro, ¿usted quiere
Que le estiren el pescuezo?

ESCENA XVII.

Dichos, DOÑA LEONOR é INES.

Leon. Ruido sintió la reina
En esta cuadra, y á efecto
De saber lo que es me envia.
Fed. Yo bien decírselo puedo;
Pero no puedo decirlo.
Leon. Esa esplicacion no entiendo.
Fed. Ni yo tampoco, señora,
Las que para mí reservo.
Leon. ¿Qué he de decir á la reina?
Fed. Que aquí ha pasado un suceso,
Y á un pícaro se ha fiado
Que sabe guardar secreto.
Leon. ¿En todo?

Fed. En todo, señora;
Y aun hasta en estar sirviendo,
Por servir sin esperanza.
Leon. Mucho estar de prisa siento.
Fed. ¿ Porqué?
Leon. Porque os respondiera,
Que si sois pícaro, eso
De servir por servir solo,
Sin que lo sepa el deseo,
Lo dejeis para quien sea
Pícaro mas caballero.
Fed. Mirad que me habeis picado,
Que yo tambien puedo serlo.
Leon. Aun el misterio prosigue.
Fed. Él es lo mejor del cuento, *ap.*
Pues con esto pongo en duda
La estimacion que no tengo.
Leon. ¿ En fin, ya estais en palacio?
Fed. Sí señora, ya me acerco
A la llama.
Leon. Pues mirad,
Que sepais tratar el fuego.
Fed. Bueno fuera que ignorase
Aquel ni cerca ni lejos,
Que mantiene las fortunas.
Leon. ¿ En qué forma?
Fed. En un buen medio.
Leon. ¿ Y dónde habeis aprendido
Ese estilo palaciego?
Fed. En muchos escarmentados,
De los que se hacen los cuerdos.
Leon. Pícaro sois, bien decis.
Fed. Pues ya me ireis conociendo,
Y vereis que es mas en mí,
Que lo pícaro, lo necio.
Leon. ¿ Tan ignorante os hallais?
Fed. Tanto, que ya me prometo
Ser dichoso.
Leon. ¿ De qué suerte?
Fed. Idolatrando y sirviendo.
Leon. ¿ A quién?
Fed. A quien vos gusteis.
Leon. ¿ Pues son mi gusto y el vuestro
Uno propio?
Fed. Sí señora.
Leon. ¿ De qué forma?
Fed. Reduciendo
Mi eleccion á vuestro gusto.
Leon. Veis aquí, que en conociéndoos
Me canseis.
Fed. Pues haced cuenta,
Que aquel dia me aborrezco.
Leon. ¿ Y si gustase de vos?
Fed. Me querre á mí con estremo.
Leon. Convenible sois.
Fed. Y mucho.
Leon. En fin, de vuestro gracejo
Detenida, la respuesta
Tarde á la reina le llevo.
Fed. Para no darla ninguna,
Siempre llegais á buen tiempo.
Leon. Decis bien: y ese desaire
A vos es á quien le debo.
Fed. ¿ De un pícaro quién, señora,
Pudo prometerse menos?
Leon. Pícaro sois; pero sois
Muy cortes y muy discreto.
Fed. Yo os estimo la ironía;
Perdonad si la penetro.
Leon. Ya hablarémos.
Fed. ¿ Porqué no?
Leon. Sois gracioso.
Fed. Yo lo creo.
Leon. Yo me he de servir de vos.
Fed. Eso de servir, veremos.
Leon. ¿ Pues no os estará muy bien?
Fed. Si me pagais con desprecios,
Es un pícaro, señora,
De mas honra que provecho.
Leon. A Dios.
Fed. Él vaya con vos.
Leon. ¿ Qué hay en este hombre encu- [bierto,
Que dice lo que él recata? *ap.*
¿ Mas yo para qué deseo
Inquirirlo? á Dios.
Fed. ¿ Dos veces
Os despedis?
Leon. Es que quiero,
Que sintais el que me vaya.
Fed. ¿ Pues para quedar muriendo
Una vez no basta?
Leon. A Dios.
Fed. Ya van tres: guárdeos el cielo.

ESCENA XVIII.

BAMBUTE É INES.

Bamb. Y ahora, señora mondonga,
Los dos que callado habemos,
¿ Qué hemos de decirnos?
Ines. Ponte
Del tablado en aquel puesto.
Bamb. Ya estoy dueña de mis ojos.
Ines. ¡ Qué reconcomio tan puerco!
Bamb. Mi bien.
Ines. Chabacanería.
Bamb. Mi amor.
Ines. Empalagamiento.
Bamb. Mis entrañas.
Ines. Disparate.
Bamb. Mis hígados y mis sesos.

Ines. Porqueria.
Bamb. Mi demonio,
Vente conmigo al infierno.
Ines. ¿Qué mas infierno que tú,
Cara de mico estranjero,
Piés de banco de bigornia,
Barbas de erizo tudesco?
No te vea yo en mi vida.
Bamb. Ni yo á tí, moño de ajenjos,
Frente de cola de pavo,
Nariz de raja de queso,
Patas de tranca de puerta,
Manos de tocino añejo:
Plegue á Dios, si te miráre,
Que á mí me llamen todo eso.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Sala en palacio.

DON ALVARO, FEDERICO Y BAMBUTE.

Fed. Así los tiempos se mudan,
Señor.
Alv. Poco temo el daño,
Que puede hacerme este infante,
Aunque, la paz entablando
Y amistad del rey conozca
El poder de mis contrarios.
Fed. Si no fuera impropio en mí,
Pues, como os he dicho, me hallo
De un hombre humilde en la esfera,
Saber materias de estado,
Yo os diera un consejo y bueno;
Mas temo...
Alv. ¿Qué?
Fed. El ordinario
Castigo del que lo da.
Alv. ¿Y cuál es?
Fed. El no tomarlo;
Porque hay muchos, señor, que
Por no confesar, que ha hallado
Otro lo que ellos ignoran,
No hacen de la razon caso,
Y apetecen mas sus yerros,
Que los aciertos estraños.
Bamb. Eso es verdad, muchos hombres
Son hombres porque son machos.
Alv. Habiendo en vos descubierto
Agudo talento y claro,
No me tengais por tan necio,
Que desprecie logro tanto.
Fed. Pues, señor, como yo estoy
A pícaro destinado,
Pintar veo la fortuna,
Porque estoy fuera del cuadro:
Ella usa sombras y lejos,
Luces y matices, dando
En la plana superficie
Su imágen á los acasos;
Pero es torpe como ciega,
Y al tiempo solo estampando,
Lo que imprime con la una
La borra con la otra mano:
Si algun retrato se escapa,
Es porque supo apartarlo
La industria que es su oficial,
O el tiempo que es su contrario.
En vos ya pintó la suerte
Cuánto pudo, pues pasando
La línea de cuantos fueron
Favorecidos vasallos,
No teneis mas que ascender:
No sé si fuera acertado
Apartar el lienzo, antes
Que ella pudiera tocarlo
Con la mano con que borra;
Pues dándoles de barato
A los que no os pueden ver
De lo que apetecen algo,
Os quedará lo demas,
Que es honra, vida y estados.
Alv. Estímoos mucho el aviso;
Pero no puedo aceptarlo.
Fed. Eso ya lo dije yo.
Alv. Porque si del rey me aparto,
En su genio, que es mudable,
Ver muchos males aguardo.
Fed. ¡Oh! que perdeis, gran señor,
Un gran modo de vengaros;
Pues de vuestros enemigos
Veis, desde aquel lugar alto
De vuestra conservacion,
Lo ansiosos, lo fatigados
Que andan por llenar el hueco
Que dejais; y es gran gustazo
Verlos despues como bajan
Desde la altura rodando.
Alv. ¿Rodando? ¿cómo?
Fed. Si el rey
Os tiene cariño, es llano,
Pues conociendo la falta
Que le haceis, ha de llamaros.
La fortuna y la muger,
Si una vez se enamoraron,
Al que las hace desdenes
Le hacen mayores halagos;

Y esto de saber huir
Del bien, es un fuerte halago,
Para que el bien se mantenga.
Alv. ¡Pensamiento estraordinario!
Fed. Reconocedlo en el sol,
Entonces mas deseado,
Cuando la noche le oculta;
Sale, y no se anhela tanto:
Lo que se aparta se busca;
Que son los genios humanos
Tales, que á ser todo dia,
Ni aun del sol hicieran caso.
Alv. Tantas veces me confundo
De oiros, que estoy pensando,
Que no sois lo que decis.
Fed. Si lo que digo y persuado
Es, que soy pícaro, en esto
Lo estoy diciendo bien claro.
Bamb. Señor, si á este botarate,
Que tengo por medio amo,
Le dais audiencia dos dias,
Saldreis loco confirmado.
Alv. No pueden ser tales prendas
Hijas de un pecho ordinario.
Fed. ¿Pues no puede haber, señor,
Rama hermosa y tronco basto?
Alv. Habladme claro, don Juan,
Que os juro...

ESCENA II.

DICHOS É INES.

Ines. La reina ha rato
Que ha preguntado por vos,
Don Juan.
Fed. A su alteza aguardo
En esta pieza.
Ines. Habreis de ir
Al jardin, que á él ha bajado
Con las damas.

ESCENA III.

DICHOS, MENOS INES.

Fed. Está bien.
Alv. Mucho me huelgo de cuanto
Sea vuestra estimacion.
Fed. Dios os pague este trabajo
En que me metisteis; cierto,
Que os puedo estar obligado.
Alv. ¿Pues que la reina os estime,
Que descubriendo y hallando
En vos las habilidades
De que ya estoy informado,
Las disfrute en honor vuestro,
Qué mal, don Juan, puede estaros?
Fed. ¿Ni qué bien? si cuando era
Sugeto mas olvidado,
Era todo el tiempo mio,
Y hoy soy un dichoso esclavo:
Entonces sin mas deseo
Que vivir; hoy dispertando,
Con cada aumento un anhelo,
Y con él un sobresalto.
Bamb. Solo la media tinaja
Le fálta á este estrafalario,
Diógenes de la legua.

ESCENA IV.

DICHOS Y EL REY, EL CARDENAL, EL INFANTE, YAÑEZ, GOMEZ Y MANRIQUE.

Rey. Si ha de ser el primer paso
Desviarle de mí, presto
Lo vereis ejecutado.
Aunque al condestable estime, *ap.*
Como le estimo, ocultarlo
Es forzoso, y hacer que
Sus enemigos complazco,
Para asegurarme de ellos.
Inf. Perdon, señor, de mi engaño
Os pido, pues yo creí,
Que era desear vengaros
El haberme detenido.
Rey. Ya, infante, á la puerta estamos
De la esperiencia: venid,
Cardenal; en mi despacho
Solo yo, el infante y vos
Hemos de entrar.
Alv. ¡Cielos santos,
Qué oigo!
Card. Por tan gran merced
Os beso, señor, la mano.
Inf. ¿Puede ser esto verdad? *ap.*
Fed. ¿De qué estais sobresaltado?
Alv. ¡Ay don Juan! mis enemigos
Van sus astucias logrando.
Fed. ¿Luego bueno es mi consejo?
Alv. ¿Qué sé yo? callad.
Fed. Ya callo.
Alv. Ni aun volverme á mirar quiere
El rey: ya es desaire claro
El que advierto, la ponzoña
Tengo de apurar al vaso.
¿Gran señor?
Rey. Venid, infante:
Venid, cardenal.
Alv. Se han dado
Las órdenes para que...

Rey. Hablad á mi secretario.
Alv. ¿Pues yo cuándo de tercera
Persona he necesitado
Para informaros?
Rey. Ahora
(¡Qué mal disimula el labio!) *ap.*
Es, condestable, otro tiempo.
Alv. Luego mi destino...
Bamb. Palo.
Alv. Pudo...
Rey. No me divirtais,
Que no estoy con ese espacio. (*Vase.*)
Inf. Guardeos el cielo, maestre.
Alv. Él os prospere mil años.
Inf. Leonor divina, á lograr
De tu beldad el milagro
Aspiro: ¡oh, no se le opongan
A mi fortuna los astros! (*Vase.*)
Card. A Dios, condestable. (*Vase.*)
Alv. A Dios.
Manr. Ya va el semblante mudando
La fortuna. (*Vase.*)
Gom. Aun no me basta
Verlo para no dudarlo. (*Vase.*)
Yañez. Hoy toco lo que imagino,
Que es aparente ó soñado.

ESCENA V.

DON ALVARO, FEDERICO Y BAMBUTE.

Alv. Buenos quedamos, don Juan.
Fed. Sí señor, buenos quedamos.
Alv. ¿Qué os parece?
Fed. Me parece
Que mi dictámen no es malo.
Alv. ¡Un volcan tengo en el pecho!
En mi cólera abrasado
Estoy sin mí.
Fed. Mal haceis
En no estar con vos, burlándoos
De la fortuna, y de aquellos
Que aspiran á vuestro daño.
Alv. ¿De qué forma?
Fed. Con entrar
Siquiera un pequeño espacio
Al templo de la cordura,
Que en pasándose el nublado,
Amanece la razon,
Y se camina de pasmo.
Alv. El dictámen es seguro;
Mas mi espíritu bizarro
Y mi constante lealtad
No se abaten á observarlo.
Vive Dios, que he de apurar
Lo que al rey le han informado,
Y he de vengar cuanto sea
Mi deshonor y mi agravio.

ESCENA VI.

FEDERICO Y BAMBUTE.

Fed. ¡Rara inquietud! ¿Ves, Bambute,
Lo que cuesta, aun del mas sabio,
El ser hombre de importancia?
Bamb. Sí cuesta, mas vale algo:
¿Pero tú y yo qué valdremos,
Pobretones espantajos?
Fed. Algun dia lo sabrás.
Bamb. Amigo, ese cuento es largo:
Reniego yo de esperanza,
Que es alcacer de los asnos.
Fed. Sufrimiento, amigo mio.
Bamb. Sufrimiento, y ver yo harto
Al otro de perdigones,
De pichones y de pavos,
Y estar en ayunas yo?
No, hijo, lo que zampo zampo,
Que esperanza sin tocino,
Es agua chirle, y no caldo.
Fed. Vamos á ver á la reina.
Bamb. Vamos.
Fed. ¿Pues á ti, borracho,
Quién te llama?
Bamb. Tambien yo
Tengo mi cierto cuidado.
Fed. ¿Es Ines?
Bamb. Es doña Ines;
No la quite usté el dictado
Del don, que ya empieza á andar
Entre arneros y estropajos.
Fed. ¡Qué gran filis tendrás tú
Para galantear!
Bamb. Yo no ando
En coluros ni en piropos,
En memorias ni en retratos.
Sino á lo que estamos, tuerta.
Fed. Sí, porque el que siempre traigo
Conmigo lo dice: este
Es la aguja, que mostrando
El norte al alma, suaviza
De mis zelos el naufragio.
Bamb. Anda, que tan loco somos
El amo como el criado.

ESCENA VII.

Decoracion de jardin.

DOÑA LEONOR É INES.

Música. Si es perlas el llanto
Y aljófar la risa

Con que equivocadas
El alba se esplica;
Yo que penetro el semblante que adoro,
Ignoro y venero, que llore ó que ria.

Leon. Ni del rey ni del infante
Aprecia mi vanidad
La amorosa necedad;
Y así, ni aun con el semblante
Los oigas.

Ines. En eso quedo;
Pero permite, señora,
Te haga una pregunta ahora:
Que no estimes te concedo
Del rey la fineza, pues
Dama que es tan principal,
Solo admitirá otro igual
Para casarse: esto es
Lo que debe ser; mas no
Imagino, que esto sea
Solamente.

Leon. ¿Pues qué idea
Juzgas tú que tengo yo?

Ines. Si no fuera un pobre cero,
Sin otro número al lado,
Ese de todos llamado
El Pícaro caballero,
Segun la conversacion
Que le dais: yo pensaria,
Que acaso...

Leon. Mira, Ines mia,
Yo te he de hablar en razon:
¿Ves ese, que es vituperio
De su ser, que él propio dice,
Que es un pícaro infelice?
Pues en ese hombre hay misterio.
Ni su reverente hablar,
Ni su chistoso decir,
Ni su agudo discurrir,
Son de sugeto vulgar.
De su interes no hace caso,
Y sirve con el primor,
Que pudiera un gran señor.

Ines. Yo creo, que al mismo paso
Caminas tú de tropel,
Y tu semejante amas.

Leon. Hasta la reina y las damas
Gustan muchísimo de él:
¿Pues porqué me han de culpar
Lo que en ellas advertí?

ESCENA VIII.

DICHAS, FEDERICO Y BAMBUTE.

Fed. Luego, señora, que ví
Rosa, mosqueta y azahar
Renacer de su verdor,
Haciendo el prado otra salva,
Dije: O se repite el alba,
O ha amanecido Leonor.

Leon. Discreto venis.

Fed. Y ufano.

Leon. Ya vais siendo lisonjero.

Fed. ¿Quién aprende á caballero,
No es fuerza ser cortesano?

Leon. ¿Y cuánto os cuestan hasta hoy
Tan discretas boberías?

Fed. Ya sabeis que ha muchos dias,
Que aprendiéndolas estoy;
Que como es valer mi intento,
Cuanto va en su ceguedad
Andando mi voluntad,
Lo cede mi entendimiento:
Pero si vos me alentais,
Solo á vos me quejaré.

Bamb. No es solo ese mal el que
A mi medio amo causais.

Leon. ¿Yo?

Bamb. Vos, pues solo de vos
Los dos habemos de hablar,
Y de puro leonorar
Nos ha de dar asma y tos:
Os nombra tan de contino,
Que ayer, pidiendo un guisado,
Dijo: Que esté leonorado
Con pimienta y con tocino.

Leon. ¿Esto es así?

Fed. No creais
Rompa el órden, que por Dios
Que no me acuerdo de vos,
Sino es cuando vos mandeis.

Leon. Está muy bien, porque fuera
Querer eso, y os culpára.

Fed. No estimaros acertára,
Si gusto vuestro no fuera.

Leon. ¿Así tomais mi consejo?

Fed. Vuestro precepto es mi guia.

Leon. Esto en mí es galantería.

Fed. Pues esotro en mí es gracejo.

Bamb. ¿Que os parece las candongas
De los dos?

Ines. No es mi incumbencia.

Bamb. Sí, que fuera irreverencia
De aqueste estilo la voz.

Ines. ¿Pues cuál debe ser el ruego
Para nosotros?

Bamb. Gallego,
Donde es concepto una coz.

Ines. ¡Qué necio materialazo!

Bamb. Un pellizco retorcido
Requiebro es, que en vez de oido,
Se les dice...

Ines. ¿A quién?

Bamb. Al brazo.
Ines. Atrévase el animal,
Y verá...

ESCENA IX.

DICHOS Y EL REY.

Rey. Porque la envidia
Le perdone, dejo toda
Mi autoridad refundida
En don Alvaro, á fin que
Logre lo que solicita
El infante, y á la junta
Le he permitido que asista;
Porque... ¿Mas qué es lo que veo?
Hermosa Leonor divina,
¿Qué nuevo sol por la tarde
Quiere á esta esfera florida
Amanecer, que las luces
De vuestro cielo anticipa?
Fed. ¡Qué escucho, penas! *ap.*
Leon. Señor,
El que siempre me ilumina:
La reina nuestra señora
Con nosotras, solicita
Divertirse en los jardines.
Rey. Escudero, á la venida
De esa enmarañada calle,
A quien labran celosías
Vejetables esmeraldas
De hiedras entretejidas,
Ponte de escolta, y en viendo
Que viene la reina avisa.
Fed. Buena ocupacion le dan *ap.*
A mi dolor: ¡Ah, enemiga!
¿Del rey escuchas las veras,
Y á mí tus burlas dedicas?
Bamb. Vamos, que ya va creciendo
En plaza vueseñoría,
Pues le aumentan los empleos.
Fed. Infame, pues si me irritas...

ESCENA X.

EL REY, LEONOR, INES Y AL PAÑO FEDERICO.

Rey. ¿A qué esperas?
Fed. Mi obediencia
Os responde: ¡estoy sin vida! (*Vase.*)
Leon. Ines, vamos.
Rey. Esperad.
Fed. Oiré desde aquí.
Rey. No, á vista
De mi desgracia pretendo
Convencer tu tiranía,
Pues sé que contra tu estrella
Puede menos quien mas lidia:
Solo, adorado imposible...
Fed. ¡Qué tal, oigan mis desdichas!
Rey. Llegando á veros, á tiempo
Que este retrato traia (*Saca un retrato*).
En mi mano, que es la joya,
Que en fe de las concluidas
Paces al rey de Aragon
Pensé enviar, me motiva
El acaso á discurrir,
Que hallaros, bella homicida,
Fué acusarme la deidad,
De qué á su altar no le rinda
Retórica tabla muda,
Si pender merece asida
Del mármol de vuestro pecho,
Del yerro que amor fabrica,
Os acordára...
Leon. Señor,
Si es porque á quien os dedica
Su reverencia y su amor,
No falta imágen que sirva
De simulacro, en ausencia
De la deidad en que anima,
Diligencia será ociosa,
A la que el matiz aspira;
Pues mientras haya memoria,
Sobran á mi fantasía
Altares, en que el respeto
Los incendios os repita:
De mi lealtad lo creed,
Sin que vuestra bizarría
Me obligue.
Rey. Habeis de tomarle.
Ines. ¡Jesus, qué piedras tan ricas!
¡Qué haya quien pierda diamantes,
Usándose gargantillas!
Leon. Señor, os cansais en vano.
Rey. Si la mano por ser mia
Pierde...

ESCENA XI.

DICHOS, FEDERICO Y BAMBUTE.

Fed. Gran señor, la reina.
Rey. Escudero, esta lucida
Joya ha perdido esta dama,
Y pues no es justo resista
Cobrar lo que es suyo, y solo
Repara en que yo la sirva;
A vos, en quien no concurren
Respeto ó soberanía, (*Dale el retrato*).
Os la doy, para que vos
Se la deis; ved lo que os fia
Mi afecto: haced que la tome,
Que á confiar me motiva

De vos vuestro entendimiento,
Y el saber lo que os estima
Don Alvaro: si lograis,
Que esa dama el don admita,
Avisándome, os ofrezco
Toda mi gracia en albricias.

ESCENA XII.

DICHOS, MENOS EL REY.

Bamb. ¡Señores, que en todos tiempos
Valga la alcahuetería!
Fed. Ya veis, señora, el empeño
En que estoy; deuda es precisa
De lo que me honrais, que el rey
Por mí este obsequio consiga.
Leon. ¿Y eso lo decis de veras?
Fed. Aquí, señora, hay dos líneas,
Una en mi desgracia, y otra
En vuestra eleccion estriva;
Y así, al que acepteis la joya
Mi rendimiento os suplica,
Que el sentirlo ó no sentirlo,
Cuando corra á cuenta mia,
Yo haré que el pecho lo esplique,
Aun sin que el labio lo diga.
Leon. Dejadme que esa entereza
La solemnice mi risa.
¿Me aconsejais que yo tome
Del rey, que lo solicita,
Un retrato?
Fed. ¿Pues no ois,
Que os lo ruego?
Leon. ¿Y si peligra
Mi pundonor?
Fed. ¿En qué forma,
Si es solo galantería?
Leon. ¿Con mugeres como yo?
Fed. Cualquiera puede admitirlas
De un rey, que lo soberano
Disculpa lo que autoriza.
Leon. ¿Cómo?
Fed. Como del respeto
Viven lejos las malicias.
Leon. Buen tercero haceis, no es mucho
Que él á vos os elija.
Fed. ¿A quién una empresa encargan
Que no procure cumplirla?
Leon. Parece que hablais de falso.
Fed. No os tengo á vos por muy fina.
Leon. ¿Porqué?
Fed. Porque un real afecto
Pagais con una ojeriza.
Bamb. Por san Lesmes, que es el mozo
Soberano alcamonista.
Leon. Mirad, si es interes vuestro
Que yo la joya reciba,
La admitiré.
Fed. Corazon, *ap.*
Ya de reventar la mina
Es tiempo; y pues su retrato
Conmigo traigo, él me sirva
Para esplicarme.
Leon. ¿Callais?
Fed. Guardaré el del rey, y á vista *ap.*
De que yo la doy el suyo,
Sabrá como es mas antigua
Mi pasion de lo...
Leon. Decid.
Fed. Señora, hasta aquí queria
Embozar la menor seña
De mí, que reviento enigma
En mí propio, de mí propio
Las señales se complican
Cuantas me habeis permitido
Cortesanas bizarrías,
Llegaron hasta lograr
Que vuestros ojos admitan
El ver en esos matices
Las verdades coloridas,
Por una pasion que imprime
Mejor que un pincel que pinta.
Labrad mi suerte á la costa
De solo ver, pues quien mira
Tanta luz, podrá á mi incendio
Disculparle las cenizas.
Ved el retrato, y sabed
Que á ese sirvo, ese me obliga
A morir por él, á costa
De padecer vuestras iras.
(*Dale el retrato.*)
Leon. Villano, ya del embozo,
Que entre señas mal distintas
Vuestro ser equivocaba,
Corrió esta accion la cortina;
Pues pesa del rey la gracia
Mas con vos, que la hidalguía,
Si fueseis noble, de que
Ni aun las burlas os compitan.
Vuestro interes puede mas
Que vuestro gusto; esa indigna
Accion, tanto noble indicio
Desluce y desacredita
Decidle al rey que mi ceño
De cualquier osado pisa
La pretension, pues al aire
De esa suerte desperdicia
Su retrato. (*Arrójale.*)

ESCENA XIII.

DICHOS, LA REINA, NISE Y CLORIS.

Reina. ¿Qué retrato?
Ines. Cayóse la casa encima.
Leon. Señora...
Reina. Alzale tú, Clóris.
Fed. ¡Hay estrella mas impía! *ap.*
Es que...
Reina. No os pregunto nada.
Leon. Señora... ¿qué he de decirla? *ap.*
Que si le ha visto, al negarlo
Mayor sospecha motiva.
Ese retrato, señora,
Que como sacra reliquia
Deben todos adorarle,
Como de la peregrina
Deidad á quien representa,
El rey, mi señor traia.
Reina. ¿El rey? mira lo que dices.
Bamb. Ella ordena una bolina
Del demonio. *ap.*
Fed. ¡Qué mis señas
No atienda!
Reina. Sospechas mias, *ap.*
Apuremos el ahogo.
Habla ¿qué te desanima?
Leon. Pasando su magestad
Por esta estancia florida
Con él, debió de caerse;
Halléle yo, y le decia
A don Juan: Estraño el ver
Que la suerte desperdicia
Prenda á quien todos debemos
Adoraciones rendidas...
Fed. Todo lo ha echado á perder. *ap.*
Ines. Mas que la reina nos pringa.
Reina. Que tengas con tu hermosura
(*Toma la reina el retrato.*)
Devocion tan peregrina,
Que de reliquia la trates;
Vaya, pues tú de ti misma
Quieres ser nuevo Narciso;
Mas decir que conducia
El rey un retrato tuyo,
Es presuncion bien indigna.
Leon. Pues, señora... ¡mas qué veo!
Reina. ¿Ahora te turbas? Mira,
Mira tu rostro; ¿es aquesta
La deidad encarecida,
A quien todos le debemos
Adoraciones propicias?
Leon. ¡Cielos! ¿pues cómo la copia
Que era del rey, convertida
En mi imágen?
Reina. ¿Qué te asombras?
Leon. ¿La encuentra mi fantasía? *ap.*
¡Sin mí estoy! Yo soy, señora...
Reina. Una loca, una atrevida,
Que vestir quiere un delito
Del disfraz de una mentira.
¿El rey trae tu retrato?
Pues, necia, desvanecida,
¿Quién eres tú, y á qué efecto,
Si disculparte imaginas,
Mezclas con las del respeto
Las frases de la osadía?
Leon. Mi turbacion, gran señora,
(Ya sé como esto seria) *ap.*
Barajando las especies...
Reina. Venid, dejad que prosiga
Su ignorancia en la locura
De su propia idolatría:
Pues la ama el infante, presto *ap.*
La apartaré de mi vista.
Nise, Clóris ¿qué os parece? (*Vase.*)
Nise. Que hace muy bien, que es muy
Leonor; pero no es muy bueno [linda
Que lo sienta y que lo diga. (*Vase.*)
Clór. Muy pagada estás de ti,
Pero no para que vivas
Tan fénix, que no haya alguna,
Que aunque no iguale compita.

ESCENA XIV.

FEDERICO, LEONOR, INES Y BAMBUTE.

Leon. Todas se burlan de mí:
Hombre que mi mal fabricas
Y mi bien, dime ¿qué es esto?
¿Cómo el retrato tenias
Mio en tu poder?
Fed. No sé,
Si es que mi estrella benigna
No os lo dice.
Leon. Ya que niegues
Como mi copia consigas;
¿Porqué al trocar el retrato,
Cuando la reina venia,
No me avisaste?
Fed. ¿Pues tengo
De quien es discreta y viva
De pagar yo los descuidos?
Leon. ¿Cuáles?
Fed. No entender de cifras
De ojos y acciones.
Leon. ¿Pues ellas,
Qué era lo que me decian?
Fed. Tanto, que á entenderlo todo,

No sé si bien me estaria.
Leon. ¿Porqué?
Fed. Porque sin mi propio,
Lo que yo recato esplican.
Leon. Todo tú eres confusiones.
Fed. Decid temores y envidias,
Viendo que un rey...
Leon. ¿Estais loco?
Ven, Ines.
Fed. ¿Dónde caminas?
Leon. ¿Qué sé yo?
Fed. ¿Os vais?
Leon. ¿No lo veis?
Fed. ¿Y enojada?
Leon. ¡Qué atrevida
Presuncion! ¿pues vos acaso,
Podeis merecer mis iras?
Fed. No señora, pero puedo
Temer me quiten la vida.
Leon. ¿De qué suerte?
Fed. Por el hurto.
Pues cuando el sol se duplica,
Me la llevais en su copia.
Leon. Ines, este hombre delira.
Ines. ¡Qué no te dé mil jaquecas
Escuchar su tarabilla! (*Vase.*)
Fed. ¿Pues no era mio el retrato?
Leon. Ya os queda mejor insignia,
Que es del rey, quien puede
Daros su gracia en albricias.
Fed. ¡Válgate Dios por muger
Tan discreta y tan altiva!
Leon. ¡Válgate el cielo por hombre,
Todo misterios y enigmas! (*Vase.*)
Bamb. ¡Válgate el diablo por gente,
Que es todo recancanillas!

ESCENA XV.

Salon en palacio.

El Cardenal, el Infante, la Reina y DON ALVARO.

Reina. De que os hayais conformado
Vos y el infante, es preciso
Esté gustosa.
Alv. El rey quiso
Ceder en mí este cuidado.
Inf. De mi mayor interes
Vos sois el dueño, señora.
Reina. ¿Cómo?
Inf. Como á quien adora
Mi amor, y está á vuestros piés.
Pretendo hacer dueño mio,
Como hoy, señora, he propuesto,
Al condestable, y dispuesto
Queda: porque ya confio
No negueis á mi atencion,
Que yo venturoso sea
Con doña Leonor de Urréa,
Con quien, volviendo á Aragon,
Dejar á Castilla intento.
Reina. Con mi propio gozo lucho. *ap.*
No solo os estimo mucho
Esa eleccion, sino siento,
Atendiendo á la nobleza
De Leonor, no haber yo sido
Quien sola haya concurrido
Al logro de igual fineza.
Inf. Bésoos las manos.
Card. Así
La concordia se ha firmado;
Y con haber recobrado
El señor infante aquí
Lo que en Castilla perdió
Por la guerra, el condestable
Lo ha dispuesto, y no es dudable
Quiera el rey.
Alv. En mi dejó
El arbitrio de ajustar,
Y al del infante el pedir;
Y yo, anhelando á servir,
He querido acreditar,
Que no es tanta la ambicion,
Que no le aconseje al rey
Lo que es conforme á la ley.
Reina. No sabeis lo que esta accion
Conmigo os ha granjeado.
A Leonor avisaré
De su dicha, en tanto que
Sabe el rey lo que firmado
Queda en su nombre: salí
De mi recelo y mi duda. (*Vase.*)
Inf. Que yo á disponerme acuda
Es fuerza: y creed de mí,
Que quedo vuestro desde hoy. (*Vase.*)
Card. Aunque lejana parienta
Mia Leonor, por mi cuenta
Quedan las gracias que os doy.
Alv. Así la guerra y sus daños
Atajar, señor, anhelo.
Card. Claro está: guárdeos el cielo.

ESCENA XVI.

DON ALVARO y FEDERICO.

Alv. Él os prospere mil años.
¿Don Juan, en qué os suspendeis?
Fed. Los jardines de la reina
Dejo ahora; y esperando
Lo que de la conferencia

De vuestros contrarios pudo
Resultar, hallo unas señas,
Que como son de amistad,
Es fuerza que me suspendan.
Alv. Ahora, don Juan, veréis
Cuanto en su dictámen yerra,
Quien aconseja temores.
Fed. ¿Cuando los recelos mientan,
A quién estará mejor,
Que á quien es hechura vuestra?
Alv. Ya estamos conformes todos,
Castilla quedará quieta
Y el rey satisfecho.
Fed. Ahora
Conozco la diferencia,
Que hay de juicio que discurre,
A comprension que maneja.
Muchos, señor, que no tratan
Por sí propios las materias
De estado, culpan lo mismo,
Que tratándolas hicieran:
¡Pero qué ha de saber de eso
El que vive en la miseria,
Como yo, de hombre ordinario?
Alv. Eso, don Juan...
Fed. El rey llega.

ESCENA XVII.

Dichos y el Rey.

Rey. ¿Condestable?
Alv. ¿Gran señor?
Rey. ¿Me puedo prometer nuevas
De algun placer? ¿aplacasteis
Contra vos la envidia ciega?
Alv. Todo, señor, se lo debo
A ese amor, á esa clemencia.
Hemos quedado...
Rey. Dejad,
Para que despues lo sepa,
Y ahora venid á mis brazos.
Alv. Ellos al solio me elevan
De mi dicha.
(*La reina al paño.*)
Reina. Aquí está el rey
Con el condestable, fuerza
Es, que en lo dispuesto hablen;
Yo quiero hacer esperiencia
De como recibe el que
Leonor se casa: ¡ah sospecha,
Qué mal sosiegas!
Rey. ¿Y cómo
Vuestra lealtad y prudencia
Ha ordenado esa concordia?
Alv. Al instante se le entregan
Los castillos y las villas,
Que son de su madre herencia.
Rey. Está muy puesto en razon.
Alv. Vos perdonais las ofensas,
Como piadoso, de aquellos
Que siguiendo sus banderas
Han alterado á Castilla.
Rey. Justo es que á Dios me parezca,
Que si Dios no perdonára,
¿Cuál de los hombres viviera?
Alv. El infante, señor, casa
Con doña Leonor de Urréa,
Que es dama de vuestra esposa.
Rey. ¿Qué decis?
Fed. ¡Qué escucho, penas! *ap.*
Rey. Volvedme á referir eso.
Alv. Doña Leonor y el infante
Se desposan.
Rey. ¿Lo desean?
Alv. El infante lo ha pedido.
Rey. ¿Y á proposicion tan necia
Habeis atendido vos?
Alv. Yo con la permision vuestra,
Lo he firmado en vuestro nombre.
Rey. ¿Pues cómo sin mi licencia,
(*Saca el rey la espada, y Federico se pone delante de don Alvaro con la rodilla en tierra.*)
Aleve, tal ejecutas?
Fed. ¿Señor, qué hace vuestra alteza?
Páseme el pecho mil veces,
Y al condestable no ofenda.
Reina. ¡Buenos estamos, agravios!
Rey. Villano, apártate, y deja
Que castigue...
Alv. Pues, señor,
En qué puede..
Rey. El labio sella,
Mal vasallo, ingrato amigo:
¡Cómo la causa pudiera *ap.*
Encubrir de mi dolor!
Mas ya he encontrado la senda.
¿Pues cómo, cuando no ignoras
Lo que mi esposa desea
Tener á Leonor al lado,
De esta suerte la enagenas?
¿Dilo pues, qué te suspende?

ESCENA XVIII.

Dichos y la Reina.

Reina. Como lo sabe la reina;
Y de la suerte que adquiere
Leonor, está satisfecha.
Rey. Señora...
Reina. Señor, yo juzgo,
Que atendiendo á la nobleza

De su casa, y los servicios
Que me ha hecho Leonor, os deba
El mismo favor que á mí.
Rey. Zelos, no hay sino paciencia. *ap.*
Reina. ¿Qué decis?
Rey. Que estoy conforme,
Si estais, señora, contenta.
Alv. Don Juan, mucho os he debido.
Fed. Si cuantas en vos son deudas
Pagais así, desde luego
Perdono la recompensa.
Alv. No os entiendo.
Fed. Yo me entiendo.
Reina. Señor, el infante llega
A agradeceros la honra,
Que le haceis.

ESCENA XIX.

DICHOS Y EL INFANTE.

Inf. Vuestros piés besa,
Gran señor, mi rendimiento.

ESCENA XX.

DICHOS, LEONOR, INES, EL CARDENAL, NISE Y CLORIS.

Leon. ¿Qué es lo que manda su alteza?
Nise. La reina te lo dirá.
Ines. ¿Nos dan alguna merienda?
Inf. El condestable...
Rey. Está bien.
Inf. Me concedió de órden vuestra,
Con la mano de Leonor,
Que los estados adquiera,
Que me tocan.
Leon. ¿Qué es esto,
Ines?
Ines. Lo que el diablo enreda.
Card. Yo, por parte de Leonor,
Os doy, como mi parienta,
Las gracias de que la honrais.
Rey. ¡Qué escusada diligencia!
Para que la reina mire
Sus damas, y las atienda;
Para que yo ratifique
Lo que el condestable ordena,
Pues de que ya va mandando
Mas que yo, caigo en la cuenta,
Es preciso que haya tiempo;
Que no quiero tan apriesa,
Por lo que os estimo, infante,
Que falteis de mi asistencia:
Venid, venid á mi lado. (*Vase.*)
Inf. ¿Qué es esto, fortuna adversa? *ap.*
¿Honrándome el rey, me agravia?
¿Ni aun solo hablar me deja
Con Leonor? ¡Ay, dulce objeto,
Cuántos pesares me cuestas! (*Vase.*)
Card. Leonor, debeis á los reyes
Mucho.
Leon. ¿En qué forma?
Card. Si llega
La suerte á haceros dichosa. (*Vase.*)
Leon. ¡Hay confusion mas tremenda!
Ines. Así te han de volver loca.
Alv. Pensando que el rey me diera
Muchas gracias de serviros,
Se ha ofendido de las muestras
De mi afecto: vos sabreis
De lo que nace su queja. (*Vase.*)
Leon. ¿Gran señora, pues qué es esto?
Reina. Esto es: quiero que sepas
Que el infante te ha pedido
Por esposa, y que ya es fuerza,
Porque yo lo quiero así,
Te cases aunque no quieras. (*Vase.*)
Nise. Tú eres feliz. (*Vase.*)
Clór. Dale al cielo
Muchas gracias de tu estrella.

ESCENA XXI.

FEDERICO, LEONOR É INES.

Leon. ¿Qué es esto que me sucede,
Don Juan?
Fed. Vuestra alteza sea
Por muchos años dichosa,
A costa de que otros mueran.
Leon. ¿A mí el infante pedirme?
Fed. Sí señora, y cuando es fuerza
Que no os negueis á esa dicha,
Hareis por mí una fineza.
Leon. ¿Cuál?
Fed. Permitir que jamas
A veros y á hablaros vuelva;
Que para poder lograrlo
Ya el destino me destierra
De este palacio ú abismo.
Leon. Bien decis, pues se violentan
En él las inclinaciones. (*Llora.*)
Ines. A fe que anda linda gresca.
Fed. ¿Llorais, señora?
Leon. Don Juan,
¿Cómo quereis que no sienta
Que me fuerzan mi albedrío?
Fed. ¿Luego en vos nada pudieran
Del infante ni del rey
Las inclinaciones ciegas,
Si fuera por vuestro arbitrio?
Leon. ¿Hablais de burlas, ó veras?

Fed. ¡Ay, señora! ¿es ahora tiempo
De que en burlas me divierta?
Leon. Pues... ¿mas qué voy á decir? *ap.*
Que para que yo pudiera
Esplicar lo que imagino...
Fed. No vuestra voz se suspenda.
Leon. Era menester, don Juan,
Que fuera lo que no fuera.
Fed. ¿De qué suerte?
Leon. Siendo vos,
Ya que teneis tales prendas,
Tan otro...; pero ¿qué digo?
Ines. Escurriósele la lengua.
Fed. Señora, no me volvais
Loco con tanta promesa:
¿Luego si soy mas que yo?
Leon. Fuera yo siempre una mesma.
Fed. ¿Cómo?
Leon. Intratable y esquiva.
Fed. Señora, mi bien, ¿qué os cuesta
Engañar un infelice?
Leon. Mucho, pues son mis ideas
Imposibles para mí,
Y para vos hallar senda
De ser tanto como yo;
Y entonces...
Fed. ¿Qué consiguiera?
Leon. ¿Qué sé yo? tanto, que cuanto
Pueda ser, os doy licencia.
Ines. Como él sea pícaro olvide,
Pillará la picaruela.

ESCENA XXII.

FEDERICO.

Ea, fortuna, ya estamos
Cuerpo á cuerpo en la palestra
Del temor y la esperanza;
Como Leonor no se pierda,
Piérdase todo; mi vida
Se aventure, del rey venga
El castigo sobre mí,
Y toda Castilla sepa
Quien soy, y la mas estraña,
Mas esquisita y mas nueva
Idea de una locura,
Que amor y zelos fomentan,
Para que quede memoria
En cuantos que le hubo entiendan;
Del Picarillo en España,
Sus dichas y sus tragedias.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Sala en palacio.

EL INFANTE, DON GOMEZ HERRERA Y DON PEDRO MANRIQUE.

Inf. Ya del rey y condestable
Penetrados los designios,
Vengo á conocer que es arte
Cuanto ejecutan conmigo.
Cuanto propuso en la junta
Don Alvaro, fué artificio
Para tenernos suspensos;
Pues con estremos distintos
Vemos del rey el enojo
Equivocado en cariño:
Pero si es un doble trato
En mi contrario permiso,
Que autoriza la cautela
De vencerle con él mismo;
Apenas llegue la noche,
Estad los dos prevenidos
Con doscientas lanzas junto
Al frondoso laberinto
De ese parque; y de otras ciento,
Vos, Gomez, siendo el caudillo,
Tomad y cerrad las puertas
Del alcázar, que mi brio
Quiere acreditar lealtades
Con ponerlas en peligro.
Gom. ¿Pues qué es, señor, lo que inten-
En esta faccion? [tas
Inf. Dar arbitrio
A la libertad del rey;
Pues llevándole al castillo
De Montalvan, donde no oiga
De una serpiente los silbos,
Que halagándole el afecto
Le ensordece los sentidos,
Sin el condestable al lado
Cumpla lo que ha prometido.
Manr. Puesto á salvo vuestro honor
Con no oponerse al servicio
De su alteza, lo que es solo
Abrir á su bien camino,
Prontos nos tienes.
Gom. Del parque,
Mientras que llegue tu aviso,
Ocuparémos la entrada.
Inf. De tí mis espaldas fio,
Y mientras me asistes tú,

Manrique estará advertido
De esperarnos: mas la reina
Viene, que os vais es preciso.
Gom. Guárdete el cielo. (*Vase.*)
Manr. ¡Oh, fenezcan
De Castilla los bullicios,
Que alimentan un rey dócil,
Y un ambicioso ministro!

ESCENA II.

El Infante, la Reina, LEONOR, el Cardenal, INES y las Damas.

Reina. ¿Ya habeis dado cuenta al rey
De esa carta?
Card. No ha creido
Que hombre tan espuesto al riesgo
Viva dentro del peligro:
Que el bando echado en Canaria
Y España, que Federico
Sepa es forzoso, y que espuesta
Su garganta está al cuchillo;
Y asegurar este pliego,
Que pasa á España, es indicio
Que se opone á la razon.
Reina. No obstante, es el inquirirlo
Forzoso.
Inf. Deme sus piés
Vuestra alteza. ¡Ay dulce hechizo *ap.*
De mi amor! ¡Ay Leonor bella!
Infeliz quien te ha perdido.
Reina. Infante, mucho me alegro
De veros, que ya el retiro
Vuestro culpaba.
Inf. Señora,
Quien desgraciado ha nacido,
Aun será feliz; si hallára
Senda de no estar consigo.
Reina. ¿Tan presto el ánimo pierden
Hombres como vos?
Inf. Si vivo,
Es en fe de una esperanza;
Pero volviendo en mi mismo,
¿Qué ánimo basta, señora,
A lidiar con un destino?
Ines. Este infante es portugues,
Señora.
Leon. ¿Porqué?
Ines. Es su atisbo
De ojos de vela de sebo,
Llorosos y derretidos.
Reina. Habla, Leonor, al infante.
Leon. ¿Señora, con qué motivo?
Reina. El de tu agradecimiento.
Leon. ¿Pues cuál es el beneficio?
Reina. El quererte hacer su esposa.
Leon. ¿Si yo no lo solicito,
Cómo le he de agradecer
La merced que no le pido?
Ines. ¡Bueno es esto! hasta las reinas
Van aprendiendo el oficio
De discretas.
Reina. Creed, infante,
Que de cualquiera desvío
Triunfará vuestra atencion.
Inf. Ya que el cielo me hace digno
De una dicha, esa promesa;
Que venza mi estrella admito.
Leon. Como basten influencias
A contrastar albedríos...
Inf. Claro está, que es tiranía
Hacer fuerza el que es arbitrio.
Leon. Del cargo que os habeis hecho,
Vos os habeis respondido.
Reina. ¡Qué desagradable estás!
Leon. Mucho; pues yo habia creido,
Que era al reves, y callando
No erraré lo que no digo.
Inf. Dame, señora, licencia,
Pues tan á mi costa miro,
Que ni aun todo el favor vuestro,
Como aquesta dama ha dicho,
Puede hacer sea aceptable
Un rendimiento mal quisto.

ESCENA III.

Dichos, menos el Infante.

Ines. ¡Válgate el demonio, el hombre
Galantea de asesino!
Reina. ¿Cardenal?
Card. ¿Qué me ordenais?
Reina. O está esta muger sin juicio,
O yo no sé qué persuma
Del genio que es tan altivo.
Card. No quisiera hablar en esto;
Pues aunque la he persuadido
A cuanto ensalza su casa
Con un esposo tan digno,
No la he podido apurar
El teson de su delirio.
Y pues de la novedad
De este pliego recibido
De las islas de Canarias,
Fuerza es dar al rey aviso,
El cielo, señora, os guarde.

ESCENA IV.

La Reina, LEONOR é INES.

Ines. Con ojos de basilisco
Te mira la reina.

Leon. Mire,
Que yo lo que elijo, elijo.
¡Ay don Juan! si amor se precia *ap.*
De Dios, y un Dios ha podido
Vencer imposibles, haga
Lo que el cielo hacer no quiso.
Reina. ¡Cielos! ¿si á Leonor han hecho
Fuerza del rey los cariños? [*ap.*
Disimulemos, cordura,
Y en tanto que me reprimo,
Halle senda en que consiga...

ESCENA V.

DICHAS Y BAMBUTE.

Bamb. ¡Válgate, genio, el capricho
De este medio amo! algun diablo
Le quiso juntar conmigo.
Reina. Ola ¿qué es esto?
Bamb. Señora...
Ines. El lacayuelo postizo
De tu don Juan.
Leon. Ya le veo.
Reina. ¿Qué traes? ¿Cómo no ha venido
Hoy á palacio don Juan?
Bamb. Como haciendo silogismos
Esta mañana á sus solas
En una pieza metido,
Ha salido con un tema
El mas nuevo y esquisito,
Que se ha pensado en el mundo,
Y nos ha de poner ricos
A los dos.
Reina. ¿Cómo?
Bamb. No tengo,
Pues yo soy su lazarillo,
De dejarle ver, sin que
Me den antes el cum quibus
Los estraños á tres reales.
Ines. ¿Y los mas propios?
Bamb. A cinco.
Reina. ¿Pues qué sucede á tu amo?
Bamb. Señora, el estar sin juicio;
Y es lo mejor, que ha dejado
La tema del Picarillo,
Y dice, que es gran señor,
Y un príncipe remitido
De nueva fábrica, como
La bayeta de cien hilos.
Reina. Mucho siento su dolencia.
Bamb. ¿Qué dolencia? es un prodigio;
Y mas si sale otro dia
Diciendo, que es arzobispo,
Y si confirma la pieza,
Es un mayorazgo chico.
Leon. ¿Ay Ines, qué será esto?
¿Si yo habré dado motivo
De este accidente á don Juan?
Bamb. ¡Estoy de risa perdido!
Dice que tiene criados
Y vasallos infinitos;
Y aunque yo le he visto algunos
El tiempo que ha que le asisto,
Tengo yo al doble, si junto
La camisa y el justillo.
(*Al paño Federico.*)
Fed. Ea, discurso, en las burlas
Examinar determino
Como fuera yo en las veras,
Siendo quien soy, recibido,
Finjamos locos afectos
Aunque no sepa si finjo;
Pues aspirando á imposibles
Temerarios, ya acredito,
Que me mueve amor, que es cuerda
Locura del entendido.
Reina. ¿No es aquel don Juan?
Bamb. Tu alteza
Haga, que gusta infinito
De él, y con eso, aunque sea
Bufon muy necio y muy frio,
Por adulacion, la corte
Nos atestará el bolsillo.
Leon. Ines ¿si será esto cierto?
Ines. ¿No le ves mas aturdido
Que poeta, que entre sí
Anda haciendo un villancico?
Leon. ¡Ay de mí!

ESCENA VI.

DICHOS Y FEDERICO.

Bamb. Señor, la reina...
Fed. ¿Quién?
Bamb. La reina, que me ha dicho
Que llegueis á hablarla.
Fed. ¿Cómo?
¿Un príncipe esclarecido
Como yo...
Bamb. Toma si purga.
Fed. Ha de llegar de improviso,
Sin que por mi embajador
Dé noticia de mi arribo?
Bamb. ¡Qué linda cosa! ¡bien haya
Quien parió tan bello pico!
Con efecto, me hago de oro.
Reina. Sin duda el suyo es delirio.
Leon. ¡Qué dolor!
Ines. Ya hay pieza nueva.
Bamb. ¿Quieres que yo en este sitio
Sea embajador?
Fed. ¿Estás

De caballos prevenido
De carrozas y criados?
Bamb. No señor, pero un amigo
Yesero puede prestarme
Dos paradas de borricos.
Fed. Pues llega.
Bamb. Escucha y verás
Como en tu nombre me esplico:
Mi amo el príncipe Arrapiezo,
Gran señor de los coritos,
Que vendieron el cogote
A dos reales y cuartillo,
A vuestra corte ha llegado,
Señora, y pide rendido
Le dés audiencia, y de ayuda
De costa algun desperdicio.
Reina. ¿Le bastará este diamante?
(*Dale una sortija.*)
Bamb. Pondrále en el epiciclo
Por nueva estrella, segun
Le dé el tasador el nicho.
Fed. ¡Oh que presto la codicia
De este vil halló el resquicio
Para una infamia!
Reina. Don Juan,
¿Qué es esto? qué desvarío
Os pone en este parage?
Fed. Señora, el de un peregrino
Pensamiento, que me tiene
Tan loco y desvanecido.
Reina. ¿Cómo?
Fed. No pudiendo ser
Lo que soy, con que ya aspiro
A ser otro, sin dejar
De ser lo que fuí al principio.
Reina. ¿En que forma?
Leon. No le entendeis: *ap.*
Aquí hay misterio escondido.
Fed. Pícaro soy en España,
Solo porque yo lo afirmo:
Con que si no hay otra prueba
Me bastará á mí el decirlo
Para ser un gran señor,
Como soy, que fugitivo
Ando encubierto; y á fe,
Que no sé si somos primos.
Reina. ¿Primos? ¡graciosa locura!
Bamb. A Dios: dióla en el garlito;
No trueco este amo por un
Obligado de tocino.
Leon. Esto ya es delirio claro.
Ines. Yo creo que el inquirirlo
Te ha de volver á tí loca.
Reina. Y ya que hoy habeis caido
En que mi pariente sois,
¿En qué puedo yo asistiros?
Fed. En defender una vida
Que no tiene mas delito
Que haber nacido.
Reina. ¿Pues es
Culpa el nacer?
Fed. Yo os lo fio,
Pues hay desgracias que pasan
De los padres á los hijos;
Y así, dadme una palabra,
Que de rodillas os pido. (*Arrodillase.*
Reina. Yo os la doy: lástima causa.
Fed. Pues mirad, que yo la admito,
Y los reyes, aun en burlas,
Han de cumplir lo ofrecido.
Reina. Decid, ¿qué he de hacer por vos
Fed. Que el rey, que es á quien irrito,
No me dé muerte, señora,
Y en fe de que le he servido,
Mi reino me restituya.
Reina. ¿Reino?
Fed. Reino y señorío,
Y aun el alma; porque yo creo
Que aun esa anda á su albedrío
Por quitármela tambien.
Reina. ¡Cómo da, Leonor, indicios
De tener entendimiento!
Pues hasta en sus desvaríos
Parece que habla en razon.
Bamb. Señora, pléguete Cristo
Decidle á todo que sí;
Que si no, somos perdidos.
Reina. Don Juan, si el soñado reino
Que decis, está á mi arbitrio,
Y vuestra vida tambien,
Ya sabeis lo que os estimo;
Esto, y la gran compasion
Que me habeis hecho, han movido
Mi real ánimo á que os dé
Palabra de conseguiros
Lo que pedis.
Fed. Pues, señora,
Ya no seré el Picarillo,
Sino el príncipe en España.
Bamb. Y yo su primer ministro.
Reina. Venid, que el verle me causa
Sentimiento.
Fed. ¿Y será fijo
Lo que ofreceis?
Reina. ¿Quién lo duda?
Fed. Pues cuidado con lo dicho.

ESCENA VII.

DICHOS, MENOS LA REINA.

Leon. ¿Qué es esto, don Juan, qué e
esto?

Fed. ¿Pues que no lo habeis oido?
Que yo soy igual con vos,
Y de la palabra digno
Que me disteis, de que pude
Pensar, cuanto por bien mio
Pudiere, que es ser esclavo
De vuestros ojos divinos.
Bamb. Llevóselo todo el diablo,
Que ya empieza á hablar en juicio.
Ines. ¿Qué juicio, si está en sus trece?
Leon. ¿Don Juan, pues tambien con-
Quereis fingir? [migo
Fed. ¡Ay señora!
Fingir con vos, cuando aspiro
A que verdades del alma
Me califiquen de fino?
Príncipe soy, y si logro
El imposible que sigo,
Vos os vereis en el trono
Besando el jazmin bruñido
De vuestra cándida mano
Mas vasallos, que suspiros
Me costais.
Leon. Volved en vos:
¿Qué decis?
Fed. Que no deliro,
Que aunque Pícaro en España
Me veis, en otro recinto
Soy príncipe.
Bamb. ¡Ah, teja vana
Del desvan en que vivimos!
Ines. ¡Qué estés escuchando un loco!
Leon. ¿Pues lo principal sabido,
Porqué ocultais vuestro nombre,
Vuestra patria y domicilio?
Fed. Decis bien, pues no fiarme
De vos, ya fuera delito:
Yo soy...

ESCENA VIII.

DICHOS Y DON ALVARO.

Alv. ¿Don Juan?
Fed. Gente viene,
Que os retireis os suplico
Un solo instante, que luego
Saldreis de este laberinto.
Leon. Está bien. (*Vase con Ines.*)

ESCENA IX.

¡DON ALVARO, FEDERICO Y BAMBUTE.

Alv. ¿Don Juan?
Fed. ¿Señor?
Alv. A una empresa solicito
Me ayudeis: al rey han dado
Este pliego, en que le ha escrito
Una espia, que en España
Está oculto Federico
Bracamonte.
Fed. ¿Quién, señor?
Alv. De monsieur Rubin el hijo,
A quién el rey concedió
La investidura y dominio
Del rey de la Gran Canaria,
Que hoy está desposeido
Por la traicion de su padre.
Fed. ¿Y qué puedo yo en servicio
Del rey hacer?
Alv. Informaros
Con cuidado y con sigilo,
Aunque os valgais de quien tenga
Mil escesos cometidos,
De donde este hombre se oculta,
Que yo el indulto le fio
Del rey á quien nos le entregue.
Fed. Yo le acepto para el mismo
Que le descubra; ¡hay apretos, *ap.*
Fortuna, mas esquisitos!
¿Mas para qué el rey le busca?
Alv. Ya sabeis que es vengativo;
Será para que su culpa
Satisfaga en un suplicio. (*Vase.*)
Bamb. Muy buenos papeles tiene.
Fed. ¡Habráse en el mundo visto
Otro hombre en quien se compliquen
Sucesos tan peregrinos!

ESCENA X.

FEDERICO, BAMBUTE, DOÑA LEONOR É INES.

Leon. Ya que pasó el condestable,
Don Juan, proseguid.
Fed. Prosigo,
Diciéndoos que soy, señora,
Una irrision del destino,
Un monstruo de la fortuna;
Y en fin, para no mentiros,
Solo un Pícaro en España.
Ines. Embócate ese higadillo:
Si está loco, no hay que hacer.
Leon. ¿Pues vuestra voz no me dijo
Aun no ha un instante, que sois
Gran señor?
Ines. ¡Qué desatino!
Fed. Ahí vereis lo que un momento
Puede trocar, sin su arbitrio,
La suerte de un desdichado.
Leon. ¿Cómo?
Fed. Como ya es preciso

Ser el Pícaro en España.
Leon. ¿Y antes?
Fed. Príncipe y tan rico,
Que pude poblar los mares
De vasallos y navíos.
Leon. Vos estais de veras loco,
O pretendeis el sentido
Quitarme: quedaos con Dios.
(*Caésele el abanico.*)
Fed. Advertid...
Leon. El abanico.

ESCENA XI.

DICHOS Y EL INFANTE, QUE LLEGA A ALZARLE.

Inf. Llegando á tal ocasion,
Mio es este desperdicio.
Fed. Eso fuera á no ser yo (*álzale.*)
Mas feliz por mas vecino.
Inf. ¿Pues cómo osais vos?...

ESCENA XII.

DICHOS Y LA REINA.

Reina. ¿Qué es esto?
Inf. Un atrevimiento indigno
De un villano.
Fed. ¿Yo villano?
¡No sé como me reprimo!) *ap.*
(En verdad, que os engañais.
Reina. Tened, infante, advertido,
Que está loco ese hombre.
Inf. Ya
Su osadía me lo ha dicho;
Pues cayéndose á una dama
Ese inquieto cupidillo,
Icaro de oro, que al suelo
Se abate en perpetuo giro,
Se me anticipó y le alza:
Mas puesto que ya he sabido,
Que es loco y hombre comun,
Así he de cobrarle: amigo,
Trocadme por esta joya
De diamantes y safiros
Esa alhaja.
Fed. Bien está:
Bambute, dame ese anillo.
Bamb. ¿Para qué le quieres?
Fed. Suelta. (*Tómale el anillo.*)
Bamb. A Dios, voló golondrino:
¿Hombre, está endemoniado?
Fed. Por si es que habeis presumido,
Que diamantes me hacen falta,
Ese, que por haber sido
De su alteza, á reales dueños
Está ya hecho, os sacrifico,
Como no hableis en que ceda,
Por precio el mas escesivo;
El buen aire de una dama,
Que es este con que respiro.
Reina. Su respuesta os ha informado
De cómo está.
Inf. Yo desisto
De empresa que es desairada,
Pues tan sin contrario lidio,
Y tomad las joyas vos.
(*Dale á Ines los anillos.*)
Bamb. ¡Qué desdichado he nacido!
¡Mi sortija en otras manos!
Ines. ¿Seor Bambute, me persigno?
Bamb. Con un puñal.
Reina. Ven, Leonor. (*Vase.*)
Leon. Tiranos hados impíos,
Sacadme de tantas dudas. (*Vase.*)
Inf. Cielos, pues cualquier designio
Se me frustra, apelar pienso
Al último precipicio.

ESCENA XIII.

FEDERICO Y BAMBUTE.

Bamb. Amo loco, cuerdo diablo,
¿Mi sortija qué te hizo,
Para hacer galanterías.
Con lo ageno?
Fed. Mal nacido,
Enseñarte á que no seas (*Dale.*)
Ambicioso.
Bamb. ¡San Longinos
Que me ahogan!
Fed. ¿Tú burlarte
Con el pesar que resisto,
Con el dolor en que muero?
Bamb. Me trague el infierno vivo
De la plaza, si desde hoy
Fuere ya mas lazarillo
De un pícaro, que es señor
Magro, gordo, blanco y tinto.

ESCENA XIV.

FEDERICO.

¡Buenos estamos, fortuna!
Fábula soy de los siglos
Pues cada instante me cercan
Accidentes tan impíos:
Ya no es tiempo de callar,
Ya diré quien soy á gritos;
Y ya, pues en el retrato
Del rey, que traigo conmigo,
Me hice copiar con esmalte
Para otra accion, discursivo

Pienso ver, si es que la suerte
Quiere abrir para mi alivio
Alguna senda en que pueda
Salvar el ingenio mio
Dama, honor, hacienda y vida
Hoy, que todo está á peligro.

ESCENA XV.

Salon regio, un bufete, dos luces y recado de escribir.

EL REY, EL CARDENAL Y DON YAÑEZ FAJARDO, Y SIÉNTASE EL REY.

Rey. ¿Ya le habeis entregado
El pliego al condestable?
Card. A su cuidado
Está ya, gran señor, la diligencia.
Rey. ¿Federico á buscar de mi clemencia
Viniéndose á mi corte?
Card. Aun no lo creo.
Rey. Yo, cardenal, que me lo avisan veo;
Y cuando con su padre dió su varia
Condicion, en la venta de Canaria,
Motivo al portugues de que pasase
A las Indias, y de ellas se esperase
Señor hacerse, si mi ceño airado
No le hubiera con armas estorbado,
Merece sea despojo
De mi justicia, aun mas que de mi enojo.
Yañez. El frances almirante descu-
Las islas, y tu gracia mereciendo, [briendo
Por servicios y sangre generosa
Del parentesco con tu real esposa,
Tus premios mereció, no el atributo
De título de rey, pues absoluto
Logró hacer á Castilla aquel ultraje,
Que no hiciera pendiente el vasallage.
Rey. Si los hechos pasáran
Dos veces, de una sola no se erráran;
No se hable mas en esto,
Y solo me dejad.
Card. ¡Qué mal dispuesto
Reconozco el semblante de su alteza!
Yañez. Todos efectos son de su tristeza.
Rey. Nadie, sin que yo le llame,
Entre aquí.
Yañez. Está bien

ESCENA XVI.

EL REY SOLO.

¡Ah rara
Condicion de la fortuna!
¿Quién dirá que tu inconstancia
Alguna esfera mejora,
Si á todas clases iguala?
A no haber que desear,
Dichoso fuera un monarca,
Pues que del trono que anhela
Puede ser que no decaiga.
¡Pero ay amor! solamente
Cabe en ti pintarle á un alma
Mayor el triunfo que pierde,
Que la ventura que gana;
Porque abultan los deseos
Los logros en las distancias.
(*Al paño Federico.*)
Fed. Aquí está el rey; pues conmigo
Traigo el retrato, ¡ó si hallára
Forma de ver si su enojo
Puede dejarme esperanza
De perdon!
Rey. ¿Quién es?

ESCENA XVII.

EL REY Y FEDERICO.

Fed. Señor,
Quien casualmente pasaba,
No creyendo...
Rey. No te turbes,
Llega; ¿porqué te recatas?
Que antes la ocasion estimo
En que pues aun me embarazan
Este alivio saber pueda,
Si aquella amable tirana
Admitió el retrato mio,
Que cuando contigo estaba
En el jardin, te dejé.
Fed. No señor.
Rey. ¿Luego se halla
En tu poder?
Fed. No señor.
Rey. ¿A dos preguntas contrarias
Una respuesta acomodas?
Fed. Fácil es cumplir con ambas,
Si digo, que no pudiendo
Contrastar la repugnancia
De aquella dama, y creyendo,
Que una vez desapropiada
De vos, era atrevimiento
Restituiros la alhaja,
Siendo vuestra bizarría
Desaire el no adivinarla,
Con ella me quedé.
Rey. En eso
Me adulas mas que me agravias.
Fed. Pero ya no está conmigo,
Siendo preciso feriarla
A un delincuente, que afirma,

Que á vuestra imágen se ampara,
Bien como en Roma al inmune
Respeto de las estatuas
De los césares supremos.
Rey. Inconsecuencias enlazas
Tales, que ya me persuado
A lo que la reina acaba
De decirme.
Fed. ¿Qué, señor?
Rey. Que tu buen juicio te falta.
Fed. Siendo eso cierto, hace mal
Quien una empresa me encarga
Como la de descubrir
Donde Federico pára
De Bracamonte.
Rey. Ese sí,
Que es delincuente que nada
Puede indultarle.
Fed. ¿Señor,
Tanta fué la ofensa?
Rey. Tanta,
Como ser contra mi honor;
Y si intento perdonarla,
Llegára á ser mi clemencia
Cómplice contra mi fama:
¿Mas yo hablo con vos así?
Despejad.
Fed. Estrella infausta;
Cierra mas y mas el paso *ap.*
A mi consuelo.
(*Al paño el infante.*)
Inf. Tomadas
Quedan ya todas las puertas.
(*Al paño Gomez.*)
Gom. Cercado el palacio está.
Fed. Pero no obstante, fiada
Mi industria, en ver que me dió
La reina aquella palabra,
Oculto me he de quedar,
Por si al cuarto del rey pasa
De esta cortina.
(*Retírase al paño Federico.*)
Rey. ¿Quién osa?...

ESCENA XVIII.

El Rey y el Infante.

Inf. Señor, quien os acompaña
Siempre, pues jamas de vos
Su buena ley le separa.
Fed. El infante, á qué mal tiempo
Vino; mas veré si habla
En Leonor al rey.
Rey. ¿Pues no
Mandé que nadie pasára
De esta puerta? Ola.

ESCENA XIX.

Dichos, DON GOMEZ HERRERA y los soldados del Infante.

Gom. ¿Señor?
Rey. A la gente de mi guardia
Llamo, no á vos.
Inf. Todos cuantos
Se alistan en mis escuadras,
Son de vuestra guardia gente;
Y antes, si hay alguna estraña,
Es la que en vez de guardaros
Os arriesga y os agravia.
Rey. No entiendo esa nueva frase,
Y solo de esas palabras
Algun misterio presumo.
Fed. Cielos, hay mucha distancia
De esto á lo que imaginé.
Inf. Pues para que á un tiempo salga
Vuestra alteza de su duda,
Y yo inquiera mi desgracia,
Permítame que al secreto
Y á esta puerta eche mi maña
Llave que á ambos asegure. (*Cierra.*)
Rey. ¿Qué haceis? ¿cómo se adelanta
Vuestra osadía?
Inf. Señor,
Escúcheme con templanza
Vuestra alteza.
Rey. ¿Pretendeis
Aprisionarme en mi casa?
Soldados.
Gom. ¿Qué nos mandais?
Fed. ¡Se ha visto accion tan osada!
Rey. Cuando cerrar una puerta
Veo, y que á mis voces vagas
Solo responden los vuestros,
Poco hay en tan torpe hazaña
Que discurrir; mas porque
El cargo no se me haga
De que añadí con mi enojo
A vuestro error eficacia,
Ya os oigo, venenos vierto! *ap.*
Fed. ¿Si saldré, y á cuchilladas
Este desprecio del rey
Vengaré? Mas no; en qué pára
He de ver.
Inf. Está tan lejos
De ser accion temeraria,
Indecorosa ni torpe
La que ejecuto, que en nada
Os sirvo mas, que en quereros
Dar la libertad que os falta
De que mi herencia no cobre,
De que de la mano blanca

De Leonor no me hagais dueño,
Ni de otras ofensas varias,
No me quejo, gran señor,
Pues sé que no sois la causa:
Duélome de que Castilla
Hoy viva tiranizada
Por don Alvaro de Luna;
Y que vuestra tolerancia,
Para el trono que le erige
Le esté labrando la basa
¿Qué hechizo, señor, es este,
Que á su vista os acobarda
Tanto, que ofendiendo á todos
Su separacion, ni bastan
Los ruegos á conseguirla
Ni vuestro ánimo á intentarla?
Y así pues, mientras esteis
A sus ojos, que os encantan
Con la aficion, que es especie
De mas poderosa magia,
No sois señor ni sois rey,
Pues vuestras ofertas faltan,
Vuestro decoro se injuria,
Siendo una regia fantasma,
Una sombra, de quien es
Don Alvaro cuerpo y alma.
No os queda otro remedio
Que el que nos da la distancia:
Vos os habeis de venir
Conmigo, donde amparada
La magestad de sí propia,
Obre sin violencia estraña.

Rey. ¿Qué me pronuncias, infante?

Inf. Lo que le importa á la patria
Y á vuestra honra misma.

Rey. ¿Y es atenderla ultrajarla?

Inf. Con vos de vos os defiendo.

Rey. La proposicion es falsa:
Conmigo á mí me ofendeis.

Inf. Señor, pues á suerte echada,
No hay otro medio.

Rey. Villano,
Si le hay, y aunque estoy sin armas,
Defendiendo como pueda
Mi decoro.

Inf. Porque no haya
Luz, y avisando el respeto,
La ceguedad nos distraiga,
Así lograré el que es robo,
No traicion. (*Mata las luces.*)

Rey. ¿Las luces matas?

ESCENA XX.

DICHOS Y FEDERICO.

Fed. No importa, señor, que tienes
Quien te dé honor y venganza.

Inf. Soldados, llevad á ese hombre
Que os entrego.

Fed. Injusto, aparta,
Que hay valor que le defiende.

Gom. ¿Dónde está el que nos encargas?

Inf. ¿Qué sé yo? ¿qué estraño impulso
De mis manos le arrebata?

Fed. El propio que os escarmienta.

Rey. Voz que me libras y amparas,
¿De quién eres?

Fed. De ese soy.
(*Dale el retrato al rey.*)
Que verás que tambien trata
De que tú le ampares.

Gom. y sold. Muera
Quien nos estorba.

Inf. Las armas
Suspended, y retiraos;
Porque la accion malograda
No nos descubran.

Fed. ¿Qué importa,
Si en vuestro alcance se avanza
Quien castigará este insulto?

Rey. Cielos, ó el eco me engaña,
O conozco aquella voz.

Alv. (*dentro*). Ruido se sintió de espadas
En el cuarto de su alteza.

Fed. Muera quien al rey agravia,
Castellanos.

Voces (*dentro*). El infante
Muera.

Card. (*dentro*). Las puertas cerradas
Están, soldados, rompedlas.

Fed. Quien vuestro rey os resguarda,
Es el que fué Picarillo en España,
Y el señor de la Gran Canaria.
(*Vanse el infante, Gomes y los suyos, y Federico retirándolos.*)

ESCENA XXI.

EL REY, Y SALEN DON ALVARO, EL CARDENAL, YAÑEZ, LA REINA, DOÑA LEONOR, INES, BAMBUTE Y SOLDADOS CON HACHAS ENCENDIDAS.

Todos. ¿Qué es esto, señor?

Rey. No sé;
Porque en confusiones varias,
Cuando el infante se arroja
A prenderme, me rescata
Un hombre no conocido,
Que ni yo sé como estaba
En mi cuarto.

Todos. ¿Qué decis?

Rey. Que con las puertas tomadas
Con su gente, pretendió
El infante...
Voces (dentro). Al arma, al arma.
(*Cajas.*)
Rey. Sacarme de mi palacio.
Alv. ¡Hay osadía mas rara!
Rey. Pero pues quien me libró
Dejó en mi mano esta alhaja,
Diciendo que él era este,
Él nos sacará de tantas
Dudas: ¿Mas qué es lo que veo?
Mi imágen veo copiada
En él: al reverso (¡cielos!)
La de aquel hombre á quien llaman,
Porque él se puso el dictado,
El Picarillo en España.
Leon. ¡Cielos, qué escucho!
Rey. Y un mote,
Que dice: Así se resguarda
Federico Bracamonte,
Pues os fia sus espaldas.
Card. ¡Quién vió tan raro suceso!
Leon. Inés, yo estoy asombrada:
Don Juan era Federico.
Reina. A fe, que no me engañaba,
Cuando señor se fingia.
Bamb. Hoy hacemos en la plaza
Gestos.
Alv. Bien dicen sus prendas,
Que no es persona ordinaria.
Rey. Pues aunque de esta invencion
Para su indulto se valga...
Voces (dentro). Guerra, guerra.
Rey. A mi presencia
Le traed.

ESCENA XXII.

DICHOS Y FEDERICO.

Fed. ¿Para qué llamas
A quien con una victoria
Y un temor viene á tus plantas?
Rey. ¿Y el infante?
Fed. Fugitivo
Él y los que le acompañan,
Huyen de tus gentes, siendo
Yo quien con solas tus guardias
Le he vencido y te he librado.
Glorioso invicto monarca,
Federico Bracamont
Soy, esclarecida rama
De monsieur de Bracamont,
Gran almirante de Francia,
Y quien por desdicha suya
Tu deidad tiene irritada.
A Canarias descubrió
Mi padre, nuevo argonauta
Del océano español:
Y viendo que te tocaban
Aquellas tierras, licencia
Tuya llevó de ganarlas,
Con el título de rey
Investidura del papa
Para sí, y despues por sus
Maravillosas hazañas
Invictas contra los moros
Pretendiendo renunciarlas
En el rey de Portugal,
No acudió á tu soberana
Permision, y de las guerras
Entre ambos reinos fué causa.
No tuve, señor, mas parte
Para que me declaráras
Traidor con él, é incapaz
De volver á restaurarlas,
Que firmar en tierna edad
Lo que mi padre me manda,
Que habiendo muerto, me deja
En herencia su desgracia.
Y viéndome pobre y solo,
Prófugo y sin esperanza
De otros bienes, que el instable
Ceño de mi suerte airada,
Para España me embarqué,
Donde un pintor, que feriaba
Por el interes retratos
De las mas hermosas damas
De toda Europa, me dió
Todo el sol por corta paga:
Era de Leonor la copia,
Con que fué el verla el amarla,
Con cuidados y sin bienes
Llegué, donde me disfraza
Mi pobreza, y no pudiendo
Declarar mi nombre y patria,
El Pícaro me llamé:
Por si así se equivocaban
En mis desechas fortunas,
La mayor con la mas baja.
Que te he servido no ignoras,
Y que ese retrato te habla
En mi nombre, pues te fia
Mi vida en él, y ya basta
Para adquirir tu clemencia
Empeñar tu confianza
Y para que á todos toque
Pedir por mí, la palabra
Me disteis, señora, vos
De que seria perdonada
Mi culpa en burlas ó en veras,
¿Qué rey á su oferta falta?

Vos, condestable, el indulto
Ofrecisteis al que hallára
A Federico; yo soy,
Yo me entrego á que recaiga
El perdon en mí: señora,
Vos, cuando á ser yo pasára
Mas que yo, me concedisteis
Esa hermosa mano blanca,
Todos estais empeñados
En favorecer la causa
De un infeliz, porque os deba
Honra, vida, hacienda y dama.
Rogad á su alteza vuelva
A dar á esta inanimada
Materia, con un aliento
Ser, porque pueda la fama
Decir cuando tanto deba
A la deidad que me ensalza:
Aunque me ve Picarillo en España,
Soy señor de la Gran Canaria.

Todos. Señor...

Rey. Nada me digais,
Pues quiero deba tan alta
Accion solo á mi cariño:
Federico por su fama
Tiene en sí y en Leonor
La donacion de Canarias;
Mas con reconocimiento
De vasallage.

Fed. En mí ganas
Un esclavo.

Rey. De pensar *ap.*
En imposibles te aparta,
Corazon desengañado.

Alv. Yo, señor, os doy las gracias
Por Federico.

Reina. El que vos
Cumplais ahora mi palabra
Os estimo.

Card. Da la mano
A Federico: ¿á qué aguardas?

Leon. A creer tanta ventura.

Fed. Feliz mil veces un alma,
Que logra lo que desea.
(*Danse las manos.*)

Bamb. ¿Ines, quieres ser casada?

Ines. ¿Porqué no?

Bamb. Pues daca, tonta.
(*Danse las manos.*)

Rey. Mandaré seguir la marcha
Del infante, y con su fuga
Castilla el sosiego alcanza.

Bamb. Dando fin la estraña historia,
Como perdoneis las faltas.

Todos. De aquel que fué Picarillo en España,
Siendo señor de la Gran Canaria.

DON GASPAR MELCHOR DE JOVELLANOS.

Don Gaspar Melchor de Jovellanos nació en Gijon en 5 de enero de 1744 : recibió la primera educacion en su patria, aprendió la filosofía en Oviedo, y los elementos del derecho canónico y civil en la universidad de Avila. Al principio fué destinado á la Iglesia y ordenado de menores, mas luego renunció á la carrera eclesiástica, habiendo obtenido una plaza de alcalde de la cuadra en la Audiencia de Sevilla. Por entonces fué cuando escribió el *Delincuente honrado* y el *Pelayo*, tradujo el libro primero del *Paraiso perdido* de Milton, y compuso las diferentes poesías que él llamaba sus *Ocios juveniles*. Fué promovido á oidor del mismo tribunal en 1774 ; cuatro años despues pasó á Madrid de alcalde de casa y corte, y en 1780 fué nombrado consejero de órdenes. En los diez años comprendidos desde 1780 hasta su destierro á Asturias en 1790, originado de la prision y desgracia de su amigo el conde de Cabarrus, escribió su *Discurso sobre la necesidad del estudio de la Historia para el de la jurisprudencia*, la *Memoria sobre las diversiones públicas*, el *Elogio histórico de las nobles Artes españolas*, los dos Elogios de don Ventura Rodriguez, y Cárlos III, y su célebre *Informe sobre la Ley agraria*. En 1797 fué llamado á la corte para desempeñar el ministerio de gracia y justicia, del que salió muy en breve, desterrado á su país ; — luego fué preso como reo de estado y conducido primero á la Cartuja de Mallorca, y despues al castillo de Bellver.

Los sucesos de Aranjuez en 1808 le abrieron las puertas de su prision, desde la cual pasó á hacer parte de la junta central, donde tanto se distinguió Jovellanos por sus grandes virtudes públicas y privadas. Disuelta la junta en la Isla de Leon en el año de 1810, volvió Jovellanos á su patria, adonde no pudo llegar hasta 6 de agosto de 1811, habiendo tenido que detenerse en Galicia hasta entonces, por estar ocupada por los franceses la provincia de Asturias. Entonces se dedicó á restablecer el Instituto científico que habia fundado durante la época de su primer destierro, hasta que invadida de nuevo la provincia por los enemigos, tuvo que salvarse por mar, y despues de haber sufrido dos borrascas peligrosas, falleció de una aguda pulmonía en el puerto de Vega, el 27 de noviembre de 1811.

El señor Jovellanos es uno de los españoles que han dejado una reputacion mas pura y un nombre mas respetable en estos últimos tiempos.

EL DELINCUENTE HONRADO.

« El mérito principal de la composicion de Jovellanos (*El Delincuente honrado*) no consiste en el artificio y trama ; sino en el escelente fondo y en las sólidas bellezas que encierra, dignas de grangearle los aplausos que recibe del público en la representacion, y que no le niegan los inteligentes aun despues de escrupuloso exámen. Sanas ideas de moral y legislacion, espresadas con nobleza y amenidad, impugnacion de preocupaciones funestas, pasiones naturales y vivas, sentimientos virtuosos y tiernos, caractéres pintados con verdad y sencillez ; y tantas apreciables prendas realzadas con estilo propio y urbano, y con diccion no menos pura que esmerada y fácil, recomiendan esa composicion como una de las pocas, si es que no la única, que de ese género ofrezca el teatro español ; ella sola bastaria, aun cuando faltasen otras pruebas, para que la posteridad formase concepto de lo que fué su autor : magistrado recto é instruido, hombre honrado y sensible, y escritor muy aventajado.»

Es tan exacto este juicio que forma del *Delincuente honrado* el señor Martinez de la Rosa en su *Apéndice* sobre la comedia, (véase tomo II de sus Obras literarias, pág. 508) que no creemos que se pueda añadirle ni quitarle nada sin perjuicio de la verdad.

Cuando el ilustre Jovellanos publicó esta pieza salió á luz en Francia l'*Honnête criminel* de M. Fenouillot, que por la estraña coincidencia de su título con el de la comedia

española, se consideró generalmente como una traduccion ó imitacion de esta; pero en nada absolutamente se parece á ella. Para responder á las acusaciones de sus detractores, tradujo literalmente M. Fenouillot la composicion de Jovellanos, y probó que su comedia era original; pero no deja de ser muy singular que se les ocurriese el mismo título á ambos autores.

Dijose por entonces, y el mismo señor Martinez de la Rosa lo apoya, que al escribir esta comedia se propuso Jovellanos *trasplantar al teatro español una especie de drama, que puede llamarse nueva y nacida en aquel siglo*, — es decir la comedia llamada *sentimental*: — pero esto no es exacto. ¿Cómo podia ignorar Jovellanos, y cómo olvida el mismo señor Martinez de la Rosa que *No siempre lo peor es cierto*, (para no citar mas que un solo ejemplo) es una verdadera comedia sentimental ó llorona, ó llámase como se quiera, en el sentido que se da á esta espresion, y que cuando ese género nació en Francia y en Alemania, de donde se quiere suponer que lo copió Jovellanos, era ya viejo en España?

PERSONAS.

DON JUSTO DE LARA, alcalde de casa y corte.
DON SIMON DE ESCOBEDO, corregidor de Segovia, y padre de doña Laura.
DOÑA LAURA, viuda del marques de Montilla, y esposa actual de don Torcuato Ramirez.
DON TORCUATO RAMIREZ, hijo natural desconocido de don Justo.
DON ANSELMO, amigo de don Torcuato.
DON CLAUDIO, escribano, oficial de la sala.
DON JUAN, mayordomo de don Simon.
FELIPE, criado de don Torcuato.
EUGENIA, criada de doña Laura.
UN ALCAIDE, DOS CENTINELAS, TROPA Y MINISTROS DE JUSTICIA.

La escena se supone en el alcázar de Segovia.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

El teatro representa el estudio del corregidor adornado sin ostentacion. A un lado se verán dos estantes con algunos librotes viejos, todos en gran folio, y encuadernados en pergamino. Al otro habrá un gran bufete, y sobre él varios libros, procesos y papeles.

TORCUATO SENTADO ACABA DE CERRAR UN PLIEGO, LE GUARDA, Y SE LEVANTA CON SEMBLANTE INQUIETO.

Torcuato. No hay remedio: ya es preciso tomar algun partido. Las diligencias que se practican son muy vivas, y mi delito se va á descubrir. ¡Ay Laura! ¿qué dirás cuando sepas que he sido el matador de tu primer esposo? ¿Podrás tú perdonarme?... Pero mi amigo tarda, y yo no puedo sosegar un momento.

(*Vuelve á sentarse, toma un libro empieza á leer, y le deja al punto.*)

¡Este ministro que ha venido al seguimiento de la causa es tan activo!... ¡Ah! ¿dónde hallaré un asilo contra el rigor de las leyes?... Mi amor y mi delito me seguirán á todas partes... Pero Felipe viene.

ESCENA II.

TORCUATO, FELIPE.

Felipe. Señor.

Torcuato. Pues: ¿y don Anselmo?

Felipe. Viene al instante. ¡Oh, que trabajo me costó despertarle! Cuando entré en su cuarto, estaba dormido como un tronco; pero le hablé tan recio, metí tanta bulla, y di tales tirones de la ropa de su cama, que hubo de volver de su profundo letargo, y me dijo que venia corriendo. Ya yo me volvia muy satisfecho de su respuesta, cuando veo que dando una vuelta

al otro lado se echó á roncar como un prior: con que me quité de ruidos, y con grandísimo del tiento le fuí poco á poco incorporando: le arrimé las calcetas, ayudéle á vestirse; y gracias á Dios le dejo ya con los huesos en punta.

Torcuato. Muy bien. ¿Y has sabido si tendrémos carruage?

Felipe. ¿Carruage? cuantos pidais. Mientras la corte está en San Ildefonso, no hay cosa mas de sobra en Segovia; pero como yo no sabia donde era nuestro viage, no me atreví á ajustar alguno. Si vamos á Madrid, tendrémos retornos á docenas. El coche que trajo el alcalde de corte, aun no se ha ido, y se podrá ajustar barato. ¡Ah! señor: (me acuerdo ahora por el alcalde de corte) ¿no sabeis lo que hay de nuevo?

(*Torcuato nada le responde.*)

Acaban de traer á la cárcel á Juanillo, el criado del marques.

(*Torcuato se inmuta.*)

¡Pobrete! ahora tendrá que confesar de plano, si no quiere cantar en el ansia. Dicen que sabe cuanto pasó en el desafío de su amo. ¡Pardiez él será muy tonto en no desembuchar cuanto ha visto!

Torcuato (*aparte*). Ya el riesgo es mas urgente... Felipe.

Felipe. Señor.

Torcuato. Haz que mis vestidos se pongan en los baules: á Eugenia, que te entregue toda mi ropa blanca; y date prisa, porque nuestro viage es pronto, y durará algunos dias.

Felipe (*aparte*). Aquí hay algun misterio.

(*Anda por el cuarto poniendo en órden los muebles, y recogiendo alguna ropa de su amo que habrá sobre ellos.*)

Torcuato. Aun no parece Anselmo...

(*Sacando el reloj.*)

Las siete y cuarto. ¡Qué tardo pasa el tiempo sobre la vida de un desdichado!

Felipe (*sin dejar su ocupacion*). ¿Tan recien casado hacer un viage?... ¡Él está tan triste! ¿que diablos tendrá?

Torcuato. Acaso juzgará intempestiva mi resolucion. ¡Ah, no sabe toda la aflicion de mi alma!

Felipe (*mirando á su amo*). ¡Tiene un genio tan reservado!...

Torcuato. Ya parece que viene.

Felipe. No quiero interrumpirlos.

Torcuato. Cuidado con lo que te tengo prevenido. Si alguien me buscare, que no estoy en casa: y si don Simon preguntare por mí, que estoy escribiendo.

ESCENA III.

ANSELMO, TORCUATO.

Anselmo. A fe, amigo mio, que me has hecho bien mala obra. ¡Dejar la cama á las siete de la mañana!... Hombre, no lo haria ni por una duquesa. Mas tu recado fué tan ejecutivo...

(*Despues de alguna pausa.*)

Pero, Torcuato, tú estás triste. Tus ojos... Vaya, ¿apostemos á que has llorado?

Torcuato. En mi dolor apenas he tenido ese pequeño desahogo.

Anselmo. ¿Desahogo? ¿Las lágrimas?... No lo entiendo. ¿Pues qué? ¿Un hombre como tú no se correria?...

Torcuato. Si las lágrimas son efecto de la sensibilidad del corazon, ¡desdichado de aquel que no es capaz de derramarlas!

Anselmo. Como quiera que sea, yo no te comprendo, Torcuato: tus ojos están hinchados, tu semblante triste, y de algunos dias á esta parte noto que has perdido tu natural alegría. ¿Qué es esto? ¿Cuando debieras... Hombre, vamos claros: ¿quieres que te diga lo que he pensado? Tú acabas de casarte con Laura, y, por mas que la quieras, tener una muger para toda la vida; sufrir á un suegro viejo é impertinente; empezar á sentir la falta de la dulce libertad, y el peso de las obligaciones del matrimonio, son sin duda para un jóven graves motivos de tristeza; y ve aquí á lo que atribuyo la tuya. Pero si esta es la causa, tú no tienes disculpa, amigo mio, porque te la has buscado por tu mano. Por otra parte, Laura es virtuosa, es linda, tiene un genio dócil y amable, te quiere mucho, y tú que has sido siempre derretido, creo que no le vas en zaga.

(*Viendo que no le responde.*)

Sobre todo, Torcuato, tú no debes afligirte por frioleras: goza con sosiego de las dulzuras del matrimonio, que ya llegará el dia en que cada cual tome su partido.

Torcuato. ¡Ay Anselmo! esas dulzuras que pudieran hacerme tan dichoso, se van á cambiar en pena y desconsuelo: yo las voy á perder para siempre.

Anselmo. ¿A perderlas? ¿Pues qué?... ¡Ah!

(*Dándose una palmada en la frente.*)

Ahora me acuerdo que tu criado me dijo no sé qué de un viage... Pero yo estaba tan dormido...

Torcuato. Tú eres mi amigo, Anselmo, y voy á darte la última prueba de mi confianza.

Anselmo. Pues sea sin preámbulos, porque los aborrezco. ¿Puedo servirte en algo? Mi caudal, mis fuerzas, mi vida, todo es tuyo: di lo que quieres, y si es preciso...

Torcuato. Ya sabes que fuí autor de la muerte del marques de Montilla, y que este funesto secreto, que hoy llena mi vida de amargura, se conserva entre los dos.

Anselmo. Es verdad; pero en cuanto al secreto, no hay que recelar. Tú sabes tambien cuanto hice con Juanillo, el criado del marques, para alejar toda sospecha; pues aunque solo tenia algunos antecedentes del desafío, yo le gratifiqué, le traspuse á Madrid, donde nadie le conoce, y mi amigo el marques de la Fuente está encargado de observar sus pasos. No, lejos de pensar en tí ese bribon, tal vez creerá... Pero no hablemos de eso, porque no es posible...

Torcuato. ¡Ay Anselmo! ¡cuánto te engañas! Ese criado está ya en las cárceles de Segovia.

Anselmo. ¿Cómo? ¡Juanillo! ¡Juanillo!... ¿Pero el marques no me avisaria?...

Torcuato. Tal vez no lo sabe, porque todo se ha hecho con el mayor secreto. Desde que de órden del rey vino á continuar la causa el alcalde don Justo de Lara, es infinito lo que se ha adelantado. Aun no ha seis dias que está en Segovia, y quizá sabe ya todos los lances que precedieron al desafío. Él tomó por sí mismo informes y noticias: examinó testigos: practicó diligencias, y procediendo siempre con actividad y sin estrépito logró descubrir el paradero de Juanillo: despachó posta á Madrid, y le hizo conducir arrestado. Antes de su arribo vivíamos sin susto. El alcalde mayor, que previno esta causa, se afanó mucho al principio por descubrir el agresor; pero solo pudo tomar algunas señas por aquellos soldados que nos vieron reñir; y contentándose con despachar las requisitorias de estilo, cesó en la continuacion del sumario, y le dejó dormir. Pero la corte, que cuando el desafío estaba, como ahora, en San Ildefonso, esperaba con ansia las resultas de este negocio. Las recientes pragmáticas de duelos, las instancias de los parientes del muerto, y la cercanía de esta ciudad al Sitio, interesaron al gobierno en él, y de aquí resultó la comision de este ministro, cuya actividad... ¿Quién sabe si á la hora de esta mi nombre?... Ya ves, Anselmo, que en tal conflicto no me queda otro recurso que la fuga. Estoy determinado á emprenderla; pero no he querido hacerlo sin avisarte.

Anselmo. Cuanto me dices me deja sorprendido. Estaba yo tan descuidado en este punto... Pero Juanillo ignora absolutamente que tú fueses el matador de su amo... ¿Y quién sabe si esta ausencia precipitada hará sospechar?... Por otra parte, la fuga es un recurso tan arriesgado... tan poco honroso.

Torcuato. ¿Y piensas tú que cuando recurro á ella, lo hago por evitar el castigo? ¡Ah, en el conflicto en que me hallo, la muerte fuera dulce á mis ojos! Pero si se descubre mi delito, ¿cómo sufriré la presencia de don Simon, mi bienhechor, á quien ofendí tanto? La de Laura, á quien hice verter tan tiernas lágrimas sobre el sepulcro de su esposo, y á quien despues hice el atroz agravio de ocultarle mi delito? ¡Ah! yo llené sus corazones de luto y desconsuelo: yo desterré de esta casa el gusto y la alegría, y yo, en fin, turbé la paz de una familia virtuosa que, sin mi delito, gozaria aun del sosiego mas puro. Este remordimiento llenará mi alma de eterna amargura. Sí, amigo mio, lejos de Laura y de su padre, buscaré en mi destierro el castigo de que soy digno; y al fin me hallará la muerte donde nadie sea testigo de mi perfidia y mis engaños.

Anselmo. ¡Ay Torcuato! el dolor te enagena, y te hace delirar. ¿Qué quiere decir mi delito, mi perfidia, mis engaños? ¿Acaso lo que has hecho merece esos nombres? Es verdad que has muerto al marques de Montilla; pero lo hiciste insultado, provocado y precisado á defender tu honor. Él era un temerario, un hombre sin seso. Entregado á todos los vicios, y siempre enredado con tahures y mugercillas, despues de haber disipado el caudal de su esposa, pretendió asaltar el de su suegro, y hacerte cómplice en este delito. Tú resististe sus propuestas: procuraste apartarle de tan viles intentos; y no pudiendo conseguirlo avisaste á su suegro, para que viviese con precaucion, pero sin descubrirle

á él. Esta fué la única causa de su enojo. No contento con haberte insultado y ultrajado atrozmente, te desafió varias veces. En vano quisiste satisfacerle y templarle: su temeraria importunidad te obligó á contestar. No, Torcuato, tú no eres reo de su muerte: su genio violento le condujo á ella. Yo mismo ví que mientras el marques, como un leon furioso, buscaba tu corazon con la punta de su espada, tú, reportado y sereno, pensabas solo en defenderte; y sin duda no hubiera perecido, si su ciego furor no le hubiese precipitado sobre la tuya. En cuanto á tu silencio, ¿no me has dicho que don Simon, prendado de tu juiciosa conducta, movido de su antigua amistad con tu tia doña Flora Ramirez, y cierto de tu inclinacion á Laura, te la ofreció en matrimonio? ¿Hiciste otra cosa que aceptar esta oferta? ¿Y qué? ¿despues de lo que debes á esta familia, pudieras despreciarla sin agraviar al amor, al reconocimiento y á la hospitalidad? No, amigo mio, no: tú tomarás el partido que te acomode; pero tu interior debe estar tranquilo.

Torcuato (*con viveza*). ¡Tranquilo despues de haber engañado á Laura! ¡Ah! su corazon no merecia tal perfidia. Yo le entregué una mano manchada en la sangre de su primer esposo: le ofrecí una alma sellada con el sello de la iniquidad; y le consagré una vida envilecida con el reato de este crimen, que me hace deudor de un escarmiento á la sociedad, y siervo de la ley. ¡Qué de agravios contra el amor y la virtud de una desdichada! No, Anselmo, yo no podré sufrir su vista: no hay remedio, voy á ausentarme de ella para siempre.

Anselmo. Amigo mio, yo no puedo aprobar un partido tan peligroso; pero si tú estás resuelto á marchar yo debo estarlo á servirte. ¿Quieres que te siga? ¿Que vayamos juntos hasta los desiertos de Siberia? ¿Quieres?...

Torcuato. No, Anselmo: conviene que te quedes. Yo necesito aquí de un fiel amigo, que me envie noticias de mi esposa, y se las dé de mi destino. No porque piense en ocultar á Laura mi resolucion. No: este nuevo engaño me haria indigno de su memoria, y de la luz del dia. Aunque haya de serle amarga la noticia de mi separacion, quiero que la deba á mi franqueza y fidelidad, y remediar de algun modo mis antiguas reservas.

Anselmo. Pues bien; ¿y cuándo piensas?...

Torcuato. Despues de comer. He pretestado un viage de pocos dias á Madrid para deslumbrar á mi suegro, y aun no le dije cosa alguna. En cuanto á mis intereses y negocios, este pliego te dirá lo que debes hacer. Contiene una instruccion puntual conforme á mis intenciones, y un poder general de que podrás valerte cuando llegare el caso. Sobre todo, querido amigo, te recomiendo á Laura. En ella te dejo mi corazon: procura consolarla... ¡Ah! ¡cómo podrá consolarse su alma desdichada!

Anselmo (*enternecido*). Mi buen amigo, lejos de tí tambien yo habré menester de consuelo, y no le hallaré en parte alguna. ¡Cuánto me duele tu amarga situacion! ¡Qué amigo! ¡qué consolador! ¡qué compañero voy á perder con tu ausencia! Pero te has empeñado en afligirnos... En fin, cuenta con mi amistad, y con el puntual desempeño de tus encargos. ¡Ah, si fuese capaz de mejorar tu suerte!

Torcuato (*abatido*). El cielo me ha condenado á vivir en la adversidad. ¡Qué desdichado nací! Incierto de los autores de mi vida, he andado siempre sin patria ni hogar propio, y cuando acababa de labrarme una fortuna que me hacia cumplidamente dichoso, quiere mi mala estrella... Pero, Anselmo, no demos ocasion en la familia... Felipe vuelve... Aun nos verémos antes de mi partida.

Anselmo. Sí: tengo que volver á cumplimentar á ese ministro: entonces hablarémos. Á Dios.

ESCENA IV.

TORCUATO, FELIPE.

Torcuato (*con serenidad*). ¿Han preguntado por mí?

Felipe. El señor don Simon, y con algun cuidado. Dijo que iba á misa, y que volvia al instante. Tambien preguntó mi ama: dijela que estabais con vuestro amigo.

Torcuato (*inquieto*). ¿Cómo? ¿Pues no te previne?...

Felipe. Vos no me prevenisteis que callase...

Torcuato (*con serenidad*). Anda á ver si hay algun retorno de Madrid, y ajústale para despues de mediodia. ¿Entiendes?

Felipe. Muy bien, señor. ¡Qué mal humor tiene!

ESCENA V.

SIMON, TORCUATO.

Simon. ¿Qué es eso de retorno? ¿Qué viage es ese, Torcuato? Tú traes á Felipe alborotado con tu viage, y no me has dicho cosa alguna. Tampoco Laura...

Torcuato. Perdonad si no he solicitado antes vuestro permiso. ¡Andais tan ocupado con el huésped! Cuando me vestí, aun dormia Laura, y por no incomodarla... Ya sabeis que por muerte de mi tia quedaron en Madrid aquellos veinte mil pesos... Yo quisiera pasar á recogerlos.

Simon. Me parece muy bien. Pero me haces tanta falta para acompañar á este ministro... Él gusta tanto de tu conversacion.

Torcuato. En todo caso estoy pronto á complaceros: si os parece...

Simon. No, hijo mio, haz tu viage, y procura volver cuanto antes. Laura sin tí no vivirá contenta, ni yo puedo pasar sin tu ayuda, porque las ocupaciones son muchas, y el trabajo escesivo me aflige demasiado. ¡Ah! en otro tiempo... Pero ya soy muy viejo... A propósito, ¿qué te parece de este don Justo?

Torcuato. Jamas traté ministro alguno que reuna en sí las calidades de buen juez en tan alto grado. ¡Qué rectitud! ¡qué talento! ¡qué humanidad!

Simon. Pero, hombre, es tan blando, tan filósofo... Yo quisiera á los ministros mas duros, mas enteros. Me acuerdo que le conocí en Salamanca de colegial, y á fe que entonces era bien enamorado. Pero, hijo mio, ¡si tú hubieras alcanzado á los ministros de mi tiempo!.. ¡Oh! ¡aquellos sí que eran hombres en forma! ¡Qué teoricones! ¡Cada uno era un Digesto vivo! ¡Y su entereza! vaya no se puede ponderar. Entonces se ahorcaban hombres á docenas.

Torcuato. Habria mas delitos.

Simon. ¿Mas delitos que ahora? ¿Pues no ves que estamos rodeados de ladrones y asesinos?

Torcuato. ¿Segun eso habria menos conocimiento de las leyes?

Simon. ¿De las leyes? ¡bueno! Ahí están los comentarios que escribieron sobre ellas: míralos, y verás si las conocieron. Hombre hubo que sobre una ley de dos renglones escribió un tomo en folio. Pero hoy se piensa de otro modo. Todo se reduce á libritos en octavo, y no contentos con hacernos comer y vestir como la gente de estrangia, quieren tambien que estudiemos y sepamos á la francesa. ¿No ves que solo se trata de planes, métodos, ideas nuevas?.. ¡Así anda ello! ¿Querrás creerme, que hablando la otra noche don Justo de la muerte de mi yerno, se dejó decir que nuestra legislacion sobre los duelos necesitaba de reforma, y que era una cosa muy cruel castigar con la misma pena al que admite un desafío, que al que le provoca? ¡Mira tú que disparate tan garrafal! ¡Cómo si no fuese igual la culpa de ambos! Que lea, que lea los autores, y verá si encuentra en alguno tal opinion.

Torcuato. No por eso dejará de ser acertada. Los mas de nuestros autores se han copiado unos á otros, y apenas hay dos que hayan trabajado seriamente en descubrir el espíritu de nuestras leyes. ¡Oh! en esa parte lo mismo pienso yo que el señor don Justo.

Simon. Pero, hombre...

Torcuato. En los desafíos, señor, el que provoca es por lo comun el mas temerario, y el que tiene menos disculpa. Si está injuriado, ¿porque no se queja á la justicia? Los tribunales le oirán, y satisfarán su agravio segun las leyes. Si no lo está, su provocacion es un insulto insufrible; pero el desafiado...

Simon. Que se queje tambien á la justicia.

Torcuato. ¿Y quedará su honor bien puesto? El honor, señor, es un bien que todos debemos conservar; pero es un bien que no está en nuestra mano, sino en la estimacion de los demas. La opinion pública le da y le quita. ¿Sabeis que quien no admite un desafío es al instante tenido por cobarde? Si es un hombre ilustre, un caballero, un militar, ¿de qué le servirá acudir á la justicia? ¿La nota que le impuso la opinion pública, podrá borrarla una sentencia? Yo bien sé que el honor es una quimera; pero sé tambien que sin él no puede subsistir una monarquía: que es alma de la sociedad: que distingue las condiciones y las clases: que es principio de mil virtudes políticas; y en fin, que la legislacion, lejos de combatirle, debe fomentarle y protegerle.

Simon. ¡Bueno, muy bueno! Discursos á la moda, opinioncitas de ayer acá: dé-

jalos correr, y que se maten los hombres como pulgas.

Torcuato. La buena legislacion debe atender á todo, sin perder de vista el bien universal. Si la idea que se tiene del honor no parece justa, al legislador toca rectificarla. Despues de conseguido, se podrá castigar al temerario que confunda el honor con la bravura. Pero, mientras duren las falsas ideas, es cosa muy terrible castigar con la muerte una accion que se tiene por honrada.

Simon. Segun eso, al retado que mata á su enemigo se le darán las gracias. ¿No es verdad?

Torcuato. Si fué injustamente provocado: si procuró evitar el desafío por medios honrados y prudentes: si solo cedió á los ímpetus de un agresor temerario, y á la necesidad de conservar su reputacion, que se le absuelva. Con eso nadie buscará la satisfaccion de sus injurias en el campo, sino en los tribunales: habrá menos desafíos, ó ninguno; y cuando los haya, no reñirán entre sí la razon y la ley, ni vacilará el ánimo del juez sobre la suerte de un desdichado... Pero, señor, Laura estará impaciente... Si os parece...

Simon. Sí, sí: vamos allá.

(*Se va y vuelve.*)

¡Ah! ¿sabes que han preso á Juanillo? ¡No, don Justo adelanta terriblemente en la causa! Tanto como eso es menester confesarlo: él es activo como un diablo.

(*Yéndose.*)

Sí, como un diablo... ¡Fuego!

ESCENA VI.

TORCUATO, PASEANDOSE.

En fin, voy á alejarme para siempre de esta mansion que ha sido en algun tiempo teatro de mis dichas, y fiel testigo de mis tiernos amores. ¡Con cuánto dolor me separo de los objetos que la habitan! ¡Errante y fugitivo, tus lágrimas, o Laura, estarán siempre presentes á mis ojos, y tus justas querellas resonarán á mis oidos! ¡Alma inocente y celestial! ¡cuánta amargura te va á costar la noticia de mi ausencia! Tú has perdido un esposo que ni te amaba, ni te merecia; y ahora vas á perder otro que te idolatra, pero que te merece menos, pues te ha conseguido por medio de un engaño.

(*Despues de alguna pausa.*)

¿Y adónde iré á esconder mi vida desdichada?.. Sin patria, sin familia, prófugo y desconocido sobre la tierra, ¿dónde hallaré refugio contra la adversidad? ¡Ah! la imágen de mi esposa ofendida, y los remordimientos de mi conciencia me afligirán en todas partes.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

El teatro representa una sala decentemente adornada. A un lado estará Laura haciendo labor: á alguna distancia Torcuato con aire triste, y estremamente inquieto: Eugenia, en pié, detras de la silla de su ama; y Simon se pasea por el frente de la escena.

SIMON, TORCUATO, LAURA, EUGENIA.

Simon. Y bien, Torcuato ¿piensas estar en Madrid muchos dias?

Torcuato. El asunto de que os hablé pudiera despacharse en pocas horas; pero las gentes de comercio son tan prolijas, y gastan tantas formalidades.

Simon. ¡Oh! eso de soltar dinero á nadie le gusta.

Laura (*á Eugenia*). ¿Están ya compuestos los baules?

Eugenia. Sí, señora, ya están cerrados, y Felipe ha recogido las llaves.

Laura. ¿Qué ropa blanca has puesto en ellos?

Eugenia. Toda la de mi señor.

Laura (*con alguna admiracion*). ¡Toda!

Eugenia. Felipe me lo dijo.

Torcuato. Sí: yo se lo previne. Aunque deseo que mi vuelta sea breve, ¿qué sabemos lo que podrá suceder?

Laura (*aparte*). ¡Yo estoy sin sosiego! Este viage tan repentino... su tristeza... las espresiones que me dijo anoche... ¡Todo me inquieta!

Torcuato (*mirándola, aparte*). ¡Qué afligida está Laura! ¡Ah! ¡si supiera la noticia que le preparo!

Simon (*siempre paseándose*). Este don Justo toma las cosas con un calor... Desde las siete de la mañana está zampado en la

árcel. Quizá tendrá órdenes tan estre-
has... ¡Oh! la corte quiere que se hagan
as cosas á galope tendido.

(*Mirando á Laura y Torcuato.*)

Pero mis hijos están tristes... ¿Si será
or el viage? ¡Eh! ¡mimos de recienca-
ados!

Torcuato (*aparte y con inquietud*). Si
ste hombre no se va, yo no podré decir-
elo.

Simon. Laura, ¿qué es eso? Tú estás
riste. Tambien lo está Torcuato. ¡Qué!
un viagecillo de pocos dias puede turbar
uestro buen humor?

Torcuato. Para dos corazones que se
man, la menor ausencia, señor, es un
nal grave. Como cuentan sus gustos por
omentos, cualquiera tiempo, cualquiera
istancia que los separe, los aflige.

Laura (*con énfasis*). Añadid al que se
ueda la incertidumbre, y veréis cuanto
s mas justo su dolor.

Simon. ¡Bueno! ¡lindo! no lo dijeran
ejor dos amantes de Calderon. Ea, niña,
o te vayas haciendo melindrosa. Que tu
ıarido vaya y venga á sus negocios cuando
e acomode, que harto tiempo os queda
ara vivir juntos.

Torcuato (*aparte*). ¡Pluguiera al cielo!

Simon (*á Laura*). Mira si quieres que
e traiga algo de Madrid, y dílelo.

Laura (*mirando á Torcuato con ter-
ura*). Solo quiero que vuelva pronto.

Torcuato. ¡Ah! ¡cómo podré dejarla!

ESCENA II.

JUAN, LOS DICHOS.

Juan (*á Simon*). Señor, el ministro Gar-
so dice que os quiere hablar. Ha hecho
o sé qué prisiones...

Simon (*siempre paseándose*). Algunos
ıterillos: ¿eh?

Juan. Dice que son gitanos.

Simon. Eso es peor. Dile que voy allá...
ero mira: que antes avise á mi alcalde
ayor, y que luego vuelva. ¡Gitanos!...
Fuego!

Juan (*se va y vuelve*). Ah! señor...
ambien ha estado ahí aquel don Vicente...

Simon. ¡Litigante eterno! ¿Y qué le
ıs dicho?

Juan. Que estabais ocupado.

Simon. Lindamente. El solo viene á
nitarme el tiempo, como si yo no tuviese
que hacer mas que atender á su pleito.

(*Juan se va.*)

Torcuato (*aparte*). ¡Infeliz! Acaso
penderá de ese pleito la subsistencia de su
familia.

ESCENA III.

FELIPE, LOS DICHOS.

Felipe (*á Torcuato*). Ya está ahí el
carruage, señor.

Laura. ¡Tan temprano! aun no hemos
comido.

Simon. Tanto peor para ellos. Que se
aguarden.

Torcuato (*á Felipe*). Haz que entre
tanto se vayan poniendo los cofres en la
zaga.

(*Se va Felipe.*)

ESCENA IV.

JUAN, LOS DICHOS.

Juan. El señor don Justo envia á decir
que si acaso no está aquí al mediodia, no
se le aguarde á comer.

Simon. Pardiez que lo ha tomado bien
de asiento. Voime á trabajar á mi despa-
cho: si acaso viniere, que me avisen, y si
tardare demasiado, que nos den de comer.

Laura (*á Eugenia*). Ve tú, Eugenia, á
disponer lo que te tengo prevenido; y haz
que den de comer á Felipe, para que no
haga falta á su amo.

ESCENA V.

TORCUATO, LAURA.

Laura (*mirando á Torcuato*). Al fin
nos han dejado solos: veamos lo que dice.
(*Torcuato la mira, levanta los ojos al
cielo, y suspira.*)

Laura. ¡Qué afligido está! No me atrevo
á preguntarle... Pero es preciso salir de
tantas dudas.

(*Con serenidad.*)

Torcuato, este viage que vas á hacer te
tiene muy inquieto: yo lo conozco en tu
semblante, y no sé como una ausencia de
tan pocos dias, y que por otra parte es
voluntaria, te pueda costar tanto desaso-
siego.

Torcuato (*se levanta mirando á todas
partes*). ¡Ah! ¿cómo se lo diré?

Laura (*asustada*). Pero ¿qué es esto,

Torcuato? ¿Tú suspiras? ¿Nada me respondes?

(*Levantándose.*)

Querido esposo...

Torcuato (*con pasion*). ¡Ay, Laura!

Laura (*con blandura*). Querido amigo, ¿qué es esto? ¿Tú desconfias de tu esposa? ¿Puede haber en tu pecho alguna pena de que Laura no participe? ¡Ah! yo he perdido tu confianza... Sí, tú me aborreces.

Torcuato. ¿Yo aborrecerte? ¡O Dios! No, tierna esposa, no: jamas mi corazon te ha querido con mas ardor ni con mayor ternura.

Laura (*con inquietud*). Pues bien, ¿qué es lo que te aflige?

Torcuato (*con estremo dolor*). El temor de perderte.

Laura (*con sobresalto*). ¿De perderme?

Torcuato (*como arriba*). Sí, Laura mia, y de perderte para siempre.

Laura (*asustada*). ¡O Dios! ¿Qué oigo?

Torcuato. Mi corazon, querida esposa, no siente sus tormentos. Es muy digno de los que sufre, y de los que le aguardan. Pero la afliccion que te preparo... ¡Ah, esto, esto es lo que me tiene sin sentido!

Laura (*con resolucion*). Ahora bien, Torcuato, el cielo por rumbos muy estraños me ha conducido hasta tu lecho. Mil veces me has oido que vivo contenta en este destino, y que en él he encontrado mi felicidad. Desde que un santo nudo unió nuestros corazones, nuestros gustos y nuestras penas deben ser comunes; y si yo fuese capaz de ocultarte alguno de mis cuidados, creeria faltar á la fidelidad que te debo. Háblame claro: descúbreme tu alma, y líbrame de las angustias en que me tiene tu silencio.

Torcuato. Si, Laura mia: voy á satisfacer ese justo deseo. Tu virtud y tu candor lo merecen; y ¡ojalá mi corazon les hubiese hecho en otro tiempo tanta justicia como ahora! Pero ya no hay remedio... Preven el tuyo para el terrible golpe que va á descargar en él este bárbaro esposo... ¡Ah! ¡cuánto dolor me cuesta el afligirte!

Laura (*sobresaltada*). Mi alma se estremece al escucharte.

Torcuato. Ya ves con cuanto ardor se busca al matador de tu primer marido, y cuantas y cuan vivas diligencias se practican por descubrirle. El brazo de la justicia está levantado contra su vida miserable: el soberano ha empeñado su augusto nombre en esta pesquisa: tu padre y los parientes del muerto están sedientos de su sangre; y tal vez tú misma ofreces el deseo de su muerte á la tierna memoria de tu primer amor. Pues este delincuente, este hombre proscripto, desdichado, aborrecido de todos, y perseguido en todas partes... soy yo mismo.

Laura (*cae sobre su silla*). ¡O cielo!

Torcuato. Sí, adorada Laura, yo soy ese objeto miserable de la ira del cielo y de los hombres; y sin embargo viviria tranquilo, si no mereciese serlo tambien de la tuya. Pero yo te he ofendido, y lo conozco. Ocultándote mi situacion, hice á tu alma inocente el mas atroz agravio, y esto solo me hace digno de los mayores suplicios. No: la muerte de tu esposo fué de mi parte un delito involuntario. El cielo es testigo de cuanto hice por evitarla. Pero mi silencio... Mi perfidia... haberte engañado... ¡Ah! en vano querrá perdonarme tu alma virtuosa: yo no puedo perdonarme á mí mismo.

Laura (*con sumo abatimiento*). Muger desventurada, ¡qué es lo que acabas de saber!

Torcuato (*con despecho*). Pero, Laura, consuélate: yo voy á vengarte. No, mi perfidia atroz no quedará sin castigo. Voy á huir de ti para siempre, y á esconder mi vida detestable en los horribles climas donde no llega la luz del sol, y donde reinan siempre el horror y la oscuridad. Y no creas que voy huyendo de la muerte. ¿Qué hay en ella de horrible para los desdichados? ¡Ah! lejos de tu vista, el dolor de haberte ofendido será para mi alma un suplicio mas duro y mas terrible que la muerte misma.

Laura (*como arriba*). ¡Buen Dios, por qué delito castigas á esta desdichada!

Torcuato. ¡Triste esposa! Yo soy el único autor de tus desdichas... soy un monstruo que está envenenando tu corazon, y llenándole de amargura. ¡Ah, mi silencio!... A lo menos, si despues de perderla conservase su estimacion...

ESCENA VI.

FELIPE, LOS DICHOS.

Felipe (*asustado*). Señor, señor...

Torcuato. ¿Qué? ¿qué quieres?

Felipe. Acaban de traer preso al señor don Anselmo á una de las torres de este alcázar. Yo estaba sobre el foso disponiendo las zagas, y le ví entrar. Tambien me vió su merced, y me dijo al paso: corre, Felipe, corre, y dile á tu amo lo que pasa: que vaya sin cuidado, que no se detenga, y que me escriba desde Madrid.

Torcuato (*con notable admiracion y susto*). ¡O Dios, qué golpe tan terrible!

Felipe. Dicen los que le trajeron, que es quien mató al señor marques, y que Juanillo lo ha declarado.

Torcuato. Bien está: vete.

(*Se va Felipe.*)

ESCENA VII.

TORCUATO, LAURA.

Torcuato (*resolviéndose despues de una gran pausa*). No: yo no sufriré que padezca un momento por mi causa. Él está inocente, y voy á socorrerle.

Laura (*deteniéndole*). ¡A socorrerle! ¿Y podrás hacerlo sin esponer tu vida?

Torcuato. Pero, Laura, ¿cómo he de sufrir que padezca mi amigo por mi culpa? ¿Le veré arrestado, deshonrado, y tenido por delincuente, sin correr á ayudarle, siendo el único autor de su calamidad? No, no: voy á delatarme, á librar su preciosa vida, y á morir, pues solo soy digno de este infortunio.

Laura. ¿Y las lágrimas de tu esposa, hombre cruel, no podrán reprimir tus ímpetus violentos? ¿Quieres esponer mi triste vida á nuevos desconsuelos? Sosiégate, desdichado, y ten compasion de esta infeliz. Don Anselmo está inocente: el cielo velará sobre su vida, y nos dará medios de conservársela. Salva ahora la tuya, pues nos importa tanto. Huye, huye al instante de este funesto clima donde te persigue el infortunio, y deja á nuestro cuidado la libertad de tu amigo.

Torcuato. No, querida Laura, no puedo obedecerte. Las cosas han tomado otro semblante, y ya no puedo separarme de aquí sin hacer traicion al mas honrado y digno amigo. Anselmo está preso por mi causa. Conozco su corazon: es incapaz de descubrirme; y antes correrá mil veces á la muerte, que contribuya á la desgracia de un amigo. Yo no espondré temerariamente mi vida: no, Laura mia, tú me la haces amable; pero tampoco puedo abandonarle. Voy á enterarme de todo, á poner en salvo su vida y su reputacion; y en fin, si no pudiere conseguirlo, á tomar el partido que me dicten el honor y la amistad.

ESCENA VIII.

LAURA SENTADA, Y MUY AFLIGIDA.

Yo no sé donde estoy... El cielo sin duda se complace en llenar mi corazon de susto y desconsuelo... ¡Desventurada! aun no ha dos horas que gozaba de la dicha mas pura, y ahora, rodeada de aflicciones, me veo espuesta á perder lo que idolatro. ¡Cruel esposo! tu silencio... ¿Era indigno mi corazon de tu confianza? ¡Ah, si conocieras la ternura con que te ama!... Pero yo soy injusta: tú me amabas tambien: temias perderme; y un esceso de amor te hizo conmigo delincuente... ¿Y sufriré que tu vida en tan urgente riesgo?...

(*Levantándose.*)

No: corro á defenderte...

(*Deteniéndose.*)

¿Y á quién acudiré con mis lágrimas?... Mi padre... ¡Ay! ¿podrá sufrir mi padre que interceda por el matador de mi esposo?

(*Con resolucion.*)

¿Pero este mismo no es mi esposo tambien? Sí: ya reconozco mi primera obligacion.

(*Viendo á su padre.*)

Padre...

ESCENA IX.

SIMON, LAURA.

Simon (*desde la puerta*). ¡Vaya, vaya, que la hemos hecho buena! Laura, ¿no sabes lo que pasa? ¡Jesus! ¡Jesus! estoy aturdido. El amigote de tu marido está en la torre, y dicen es quien mató al marques. ¿Quién lo creyera? ¡Sobre que no se puede fiar de los hombres! Pero á fe que no le arriendo la ganancia. Ya, ya el amigo don Justo le dirá cuantas son cinco. Que vaya, que vaya ahora á defenderle tu marido con sus filosofías. ¿Qué? ¿no hay mas que andarse matando los hombres por frioleras, y luego disculparlos con opiniones galanas? Todos estos modernos gritan: ¡la razon! ¡la humanidad! ¡la naturaleza! Bueno andará el mundo cuando se haga caso de esas cosas. Pero don Justo...

ESCENA X.

JUSTO, EL ESCRIBANO, LOS DICHOS.

Justo (*al escribano, en el fondo.*) Don Claudio, váyase á descansar un rato, y vuelva despues de las dos.

Escribano. Señor, las doce han dado ya.

Justo. Y bien, ¿no le bastan dos horas para comer y reposar? Ponga esos papeles sobre mi bufete, y vuelva á la hora que le digo.

(*El escribano pasa con los papeles á un cuarto interior, y vuelve á salir por la misma pieza.*)

Simon (*viéndole pasar*). ¡Eh! yo apuesto á que no va contento. Este bribon querrá trabajar poco, y que la comision dure mucho... Sí, á mí con esas.

ESCENA XI.

JUSTO, SIMON, LAURA.

Justo (*acercándose*). ¡Quién podrá reposar tranquilo, mientras los infelices maldicen su descanso!

Simon. Vaya, señor don Justo, que esta mañana se ha trabajado mucho.

Justo. Sí, amigo, pero se ha adelantado poco.

Simon. ¡Poco! ¿Pues no habeis atrapado dos reos que se escaparon á la penetracion de mi alcalde mayor?

Justo. Cierto es; pero, si no me engaño, aun estamos muy lejos de la verdad.

(*A Laura.*)

Señora, ¿porqué estais tan triste? ¿Qué?...

Simon. No hagais caso de niñerías. Su marido se va á Madrid por una ó dos semanas, y ved ahí lo que la tiene sin consuelo.

ESCENA XII.

TORCUATO, FELIPE, LOS DICHOS.

Felipe (*á su amo, en el fondo*). ¿Con que les digo que se vayan?

Torcuato. Sí: págales el dia, pues ya no los necesito.

Felipe. Jamas le ví tan impertinente.

(*Se va Felipe.*)

Simon. ¿Pues qué, Torcuato, ya no te vas?

Torcuato. No, señor: no puedo desemparar á mi amigo.

Justo. Si yo fuese delicado, señor don Torcuato, atribuiria esta ausencia á la incomodidad de mi hospedage; pero tengo de vos mejor opinion.

Torcuato. Señor, las personas de vuestro mérito, lejos de incomodar, hacen dichoso á cualquiera que las obsequia. Un negocio doméstico me obligaba á pasar á Madrid, pero vos me habeis detenido arrestando á un amigo á quien no puedo desamparar.

Justo. Siempre me es apreciable vuestra compañía, pero no quisiera lograrla á tanta costa. La suerte de don Anselmo me compadece mucho, y la amistad con que le honrais no es lo que menos me interesa en su favor.

Torcuato. Nunca tendréis que arrepentiros de haberle honrado con vuestra compasion; pues, ademas de sus buenas calidades, tiene, para merecerla, la de ser inocente.

(*Al oir esto se inmuta Laura*).

Justo. Así lo espero. Su semblante, su compostura, y la serenidad que manifiesta, no son compatibles con una conciencia delincuente. Pero él se ha obstinado en callar cuanto sabe sobre el desafío y muerte del marques, y esto no se lo perdonarán las leyes.

Simon. ¡Oh! cuando lo sabe, y no lo dice, algo será ello. Señor don Justo, no hay que juzgar á los hombres por sus semblantes: reos he visto yo que parecian unos santos, y eran peores que Barrabas.

Torcuato. No es Anselmo de ese número, ni es tan fácil á los perversos ocultar la iniquidad de su corazon. En fin, soy su amigo, y debo hacer por él cuanto me permitan el honor y la justicia.

Justo (*aparte*). ¡Qué juicio! ¡qué compostura! No he visto mozo mas cabal.

ESCENA XIII.

JUAN, LOS DICHOS.

Juan (*en el fondo*). Señores, la sopa está en la mesa.

Simon. ¡Santa palabra! vamos, vamos á comerla antes que se enfrie, que lo demas lo descubrirá el tiempo.

ESCENA XIV.

TORCUATO, MUY PENSATIVO, Y PASEANDO.

En fin, ya no hay recurso... ya no

puedo salvar á mi amigo sin esponer mi propia vida. ¡Anselmo tiene contra sí tantas sospechas!... Si se obstina en callar, sufrirá todo el rigor de la ley... y tal vez la tortura...

(*Horrorizado.*)

¡La tortura!... ¡o nombre odioso! ¡nombre funesto!... ¿Es posible que en un siglo en que se respeta la humanidad, y en que la filosofía derrama su luz por todas partes, se escuchen aun entre nosotros los gritos de la inocencia oprimida?... ¿Pero sufriré yo que por mi causa?... No: el honor me sujeta á la dureza de las leyes, y yo seria digno de ella, si le espusiese por evitarla. Perdona, triste Laura, tú, cuyas virtudes eran dignas de suerte mas dichosa; perdona á este infeliz el sacrificio que va á hacer de una vida que es tuya, en las aras del honor y de la amistad.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

El teatro representa lo mismo que en el acto primero.

JUSTO, SIMON, TORCUATO.

Justo. Sí, señor don Torcuato: quien sabe de los autores de un delito, debe esta triste noticia á la causa pública, y á la seguridad de los demas. Las leyes no pueden castigar los delitos si antes no los prueban. ¿Y cómo los probarán, si miran con indiferencia la ocultacion de la verdad? Así que don Anselmo podrá estar inocente en cuanto al desafío; pero él contesta haber gratificado al criado del marques, enviándole á Madrid, y manteniéndole á su costa hasta el dia; y esto supone que tiene noticia de la ejecucion, y aun del autor del delito. Os aseguro que esto mismo escita mi compasion hácia él: pues conozco que por un efecto de generosidad labra su propia ruina por evitar la de algun otro.

Simon. Allá se las avenga: si no quiere pernear, que cante de plano. Tú, hijo mio, ya has abogado bastante en su favor: deja ahora que el señor don Justo haga su oficio, pues sabe lo que se hace.

Torcuato (*á Simon*). Tambien sé yo lo que me toca hacer por un amigo de cuya inocencia estoy seguro.

(*A Justo.*)

¿Y habrá algun inconveniente en que yo le hable?

Justo. No os lo permitirán sin órden mia; pero os la daré, y no habrá embarazo.

(*Justo se acerca á la mesa, escribe un papel, le entrega á Torcuato, y este se retira.*)

Justo (*viendo ir á Torcuato.*) ¡Cuánto me compadece! La suerte de su amigo le tiene inconsolable. ¿Qué corazon tan honrado?

ESCENA II.

JUSTO, SIMON.

Justo (*paseándose*). Mucho me agradan, señor don Simon, el juicio y los talentos de este mozo. La señora Laura será muy dichosa en su compañía.

Simon. ¡Oh! ella está loca de contento. Es verdad que salió de un marido tan malo... El marques era un calaveron de cuatro suelas. ¡Qué malos ratos dió á la muchacha, y qué pesadumbres á mí! A los ocho dias de casado, ya no hacia caso de ella, y á los dos meses no tenia de la dote ni dos cuartos. Ahí nos engañaron con que sus parientes eran grandes señores en la corte, y nos hicieron creer... ¡Eh! palabrones de cortesanos, que se llevó el viento. ¡Oh! Torcuato, Torcuato es otra cosa. ¡Qué muger era su tia! Yo la conocí mucho en Salamanca. A su muerte le dejó una corta herencia: porque siempre le quiso como si fuera su hijo; y aun hubo malas lenguas... Pero era muy virtuosa: Dios la tenga en descanso. En fin, las locuras del marques me dejaron harto de señoritos: con que, por no tropezar con otro, viendo que Laura quedaba viuda y niña, y que Torcuato la tenia inclinacion, se la ofrecí sin esperar que él la pidiese, y hoy viven ambos dichosos y contentos.

Justo. ¿Y no pensais en darle algun destino?

Simon. ¿Destino? No señor; soy ya muy viejo, mañana ó esotro me moriré, les dejaré cuanto tengo, y con ello podrán vivir sin quebraderos de cabeza. ¿Destino? ¡Buena es esa! Los hombres de empleo no sosiegan un instante. ¿Yo no sé como pretenden los que tienen con qué pasar? Y luego se premia tan mal...

Justo. Señor don Simon, para el hombre honrado la satisfaccion de servir bien es el mejor premio.

Simon. ¿Y os parece que la alcanzan los que sirven mejor? No por cierto. Hasta el crédito y la buena fama se reparte sin ton ni son. ¡Ah! señor, vos no conoceis todavía el mundo. Antiguamente era otra cosa; pero hoy se juzga solo por apariencias. Todo consiste en un poco de maña y de ingeniatura. Los hombres honrados por lo comun son modestos; pero los pícaros sudan y se afanan por parecer honrados: con que pasa por bueno, no el que lo es en realidad, sino el que mejor sabe fingirlo.

Justo. En todo caso, el hombre de bien, despues de haber cumplido con sus deberes, vivirá contento, y la injusticia de los que le juzguen no podrá quitarle su tranquilidad, que es el mas dulce fruto de las buenas acciones.

ESCENA III.

ESCRIBANO, LOS DICHOS.

Escribano (*á la puerta*). Señor, las dos han dado.

Justo. Bien está.

(*A Simon.*)

Yo trataré de volver á buen tiempo para haceros la partida.

Simon. Señor, vos trabajais mucho, y á malas horas; cuidad mas de vuestro descanso, que al cabo de la jornada sale mas bien librado el que se incomoda menos.

Justo. Este hombre tiene muy buen corazon, pero muy malos principios.

(*El escribano entra y vuelve á salir con los papeles que dejó en el acto antecedente. Con él sale un criado, que entrega á Justo baston, sombrero y espada, y se van.*)

ESCENA IV.

SIMON.

¡El hombre no sosiega! ¡Con el bocado en la boca vuelve á su trabajo! ¡Fuego de Dios! el que cogiere debajo no se le ha de escapar á dos tirones.

ESCENA V.

LAURA, SIMON.

Laura (*asustada*). ¿Señor, habeis visto á Torcuato?

Simon. Poco ha que salió de aqui. ¿Pero que tienes, muchacha? ¿Porqué vienes tan asustada?.. ¿Tú has llorado?.. ¿Eh?

Laura. ¡Ay, padre!

Simon. ¿Pues qué? ¿Qué te ha dado? ¿Has perdido el juicio? Yo no os entiendo. Desde que tu marido resolvió su viage, andas tan alborotada y tan triste que no te conozco: y el otro, desde que prendieron á su amigote, anda tambien fuera de sí. Antes mucha prisa por irse, y ahora ya parece que no se va... Aquí estuvo charlando una hora con don Justo sobre las cosas de don Anselmo, y al fin se fué diciendo que iba á verle.

Laura (*mas asustada*). ¿Y qué, le habeis dejado ir?

Simon (*sereno*). ¿Dejado? ¿Porqué no?

Laura ¡Ay, padre! yo temo una desgracia.

Simon (*cuidadoso*). ¿Una desgracia? ¿Cómo?

Laura. ¡Ah! no ha querido oirme... Sin duda se complace en hacerme desdichada... Tal vez á la hora de esta...

Simon. Pero, muchacha...

(*Viendo á Felipe, que entra corriendo y lloroso.*)

¿Otra tenemos?

ESCENA VI.

FELIPE, LOS DICHOS.

Felipe (*sollozando*). ¡Ay, señor, qué desgracia! ¡Quién creyera lo que acaba de suceder!

Simon. ¿Pues qué?.. ¿Qué hay? ¿Qué traes? ¡Jesus! Hoy todos andan locos en mi casa.

Felipe. Señor, yo estaba en este instante con los centinelas que guardan al señor don Anselmo, cuando veo á mi amo llegar á la torre con mucha prisa, diciendo que queria hablarle; y aunque los soldados trataban de estorbárselo, manifestó una órden del señor don Justo, y le dieron entrada. Al punto corre hácia su amigo, le abraza, y sin reparar en los que estaban presentes: Anselmo, le dice, yo vengo á librarte; no es justo que por mi causa padezcas inocente. Don Anselmo, que conoció su idea, procuró contenerle para que callase, le hizo mil señas, le interrumpió mil veces, y hasta le tapó la boca; pero todo fué en vano, porque mi amo desatinado y como fuera de sí proseguia diciendo á voces que él habia dado muerte al señor

marques. A este tiempo entra el señor don Justo á quien mi amo repite la misma confesion, interceciendo por su amigo, y asegurándole que estaba inocente. De todo tomó razon el escribano, y ya quedan examinándolos. Don Anselmo queria persuadir al juez que él solo era el reo; pero mi amo se afligió tanto, é hizo tantas protestas, que le obligó á desdecirse. El señor don Justo queda sorprendido sobremanera: su amigo, confuso é inconsolable; y hasta los centinelas, viendo su generosidad, lloraban como unas criaturas. No, yo no puedo vivir si pierdo á mi amo.

Laura. ¡Ah! ¡mi corazon me anunciaba esta desgracia! ¡Padre mio!..

Simon (*paseándose muy aprisa*). Yo no sé donde estoy... ¿Qué? ¿Torcuato?.. ¿Mi yerno?.. No, no puede ser... Felipe, ¿estás bien seguro?

Felipe. ¡Ay, señor, ojalá no lo estuviera! Por señas que antes de apartarse de nuestra vista me dijo: Corre, querido Felipe, dile á mi esposa que ya está vengada; pero que si la interesa mi sosiego, me restituya su gracia, y moriré contento.

Laura. ¡Qué le restituya mi gracia!.. ¡Ah! si pudiera salvarle á costa de mi vida! ¡Desdichada de mí!.. ¿A quién acudiré? ¿Quién me socorrerá en tan terrible angustia? ¡Querido padre! ¿vos me abandonais en este conflicto? ¿Cómo no volamos á socorrerle?

Simon. No, hija mia, yo no lo creo aun. ¿Qué? ¿tu marido? ¿Torcuato? No, no puede ser... ¿Cómo es posible que nos engañára?

(*Despues de una larga pausa.*)

Pero si es cierto, si ha sido capaz de una supercheria tan infame: no, Laura, no lo esperes, yo no podré perdonársela; antes seré el primero que clame por su castigo. ¿Pues que?.. ¿Despues de haberle hospedado y protegido, de haberle agregado á mi familia y tenídole en lugar de hijo, habrá sido capaz de olvidar todos mis beneficios, y de engañarme de esta suerte?.. Pero no, no puede ser... yo no lo creo... Él es allá medio filósofo, y tal vez querrá librar á su amigo por medio de una accion generosa.

Laura. No, señor, ya es tiempo de hablar con claridad: su delito es cierto; él, él mismo me lo ha confesado.

Simon (*muy enojado*). ¿Él te te lo ha confesado? ¿Y tuviste sufrimiento para oirlo? ¡Pícaro engañador! ¡Llenar de afliccion la familia donde estaba acogido! ¡asesinar al que yo tenia en lugar de hijo! ¡aspirar á la mano de su misma viuda, y lograrla por medio de un engaño!... No, Laura: él es muy digno de toda nuestra cólera, y tú misma no puedes olvidar los agravios que te ha hecho.

Laura. Padre mio, estoy muy segura de su inocencia: no, Torcuato no es merecedor de los viles títulos con que afeais su conducta... Sobre todo, señor, él es mi esposo, y debo protegerle: vos sois mi padre, y no podeis abandonarme.

(*Simon continua paseándose sin ceder de su enojo.*)

Pero si vuestro corazon resiste á mis suspiros, yo iré á lanzarlos á los piés del señor don Justo: su alma piadosa se enternecerá con mis lágrimas: le ofreceré mi vida por redimir la de mi esposo, y si no pudiese salvarle, morirémos juntos, pues yo no he de sobrevivir á su desgracia.

Simon (*mas aplacado*). Laura, Laura... Yo no sé lo que me pasa: tantas cosas como han sucedido en solo un dia me tienen sin cabeza... ¿Y qué? ¿qué puedo hacer en su favor, aunque quisiera protegerle? No: su delito es de aquellos que nunca perdonan las leyes: su juez es justo y recto, y las consecuencias son muy fáciles de adivinar.

Laura. ¿Con que todos me abandonarán en esta tribulacion? ¿Y vos tambien? ¡Padre cruel! ¿quereis ver á vuestra hija reducida á nueva y mas desamparada viudez? ¡Almas sin compasion! Las lágrimas de una desdichada... Pero no importa: yo sola correré.

(*Quiere irse, y se detiene viendo á Anselmo.*)

ESCENA VII.

ANSELMO, LOS DICHOS.

Laura. ¡Ay, don Anselmo! ya lo sabemos todo.

Anselmo. Señora, no soy capaz de esplicaros cuanta es mi afliccion. ¡Generoso amigo!... ¡Con cuánto gusto hubiera dado la vida por salvarle! Pero la suya queda en el mas terrible riesgo... No: yo no puedo abandonarle en esta situacion: desde ahora voy á sacrificar mi caudal y mi vida por su libertad. Si fuere preciso, iré á los piés del rey... Pero, señor...

(*A Simon*)

No perdamos tiempo : juntemos todos nuestros ruegos, nuestras lágrimas.

Laura (*con eficacia*). Sí, padre mio : él está inocente y es muy digno de vuestra proteccion. ¡Ah! en su alma virtuosa no caben el dolo y la perversidad que caracterizan los delitos.

Simon. Pero, señores, lo que yo no puedo comprender, es porque este hombre nos calló su situacion. Al fin, si me lo hubiera dicho, yo no soy ningun roble... Pero haber callado... haberse casado.

Anselmo. ¡Ay, señor! él es muy disculpable : el amor que profesaba á Laura, y el temor de perderla, le alucinaron. Creedme, señor don Simon, yo era testigo de todos sus secretos. Apenas se celebraron las bodas, cuando un continuo remordimiento empezó á destrozarle el corazon, y en sus angustias lo que mas le afligia era el temor de perder á Laura, y de disgustar á su bienhechor.

Laura. ¡Esposo desdichado! yo no te merecia.

Simon (*enternecido*). ¡Pobrecita!... Sosiégate, hija mia, y no te abandones al dolor con tanto estremo. Sus lágrimas me enternecen...

(*Viendo á Justo.*)

¡Ah, señor don Justo!

ESCENA VIII.

JUSTO, LOS DICHOS.

Justo (*en el fondo de la escena*). ¡Cuán graves y penosas son las pensiones de la magistratura!

Laura (*á Justo*). ¡Ay señor, si pudiesen las lágrimas de una desdichada!...

Justo. ¡Que terrible conflicto! Yo he traido la tribulacion al seno de esta familia.

(*A Laura.*)

Señora, la virtud y generosidad de don Torcuato escitan mi compasion aun mas eficazmente que vuestras lágrimas, y me hallo mas interesado en favor suyo de lo que podeis imaginar. Sosegaos pues, y confiad en la providencia que nunca desampara á los virtuosos.

Simon. ¡Ay, señor don Justo! ¿quién nos diria que vuestro amigo y mi yerno era el delincuente que buscábamos?

Justo. ¡Ah! no podré yo esplicar la turbacion que causó en mi alma su vista, al llegar á la torre. La presencia de don Anselmo, lleno de prisiones, le tenia fuera de sí, y apenas me vió cuando empezó á clamar por su libertad con un ardor increible; pero no bien le miró libre, cuando volvió repentinamente á su natural compostura. Mientras duró la confesion, se mantuvo tranquilo y reposado : respondió á los cargos con serenidad y con modestia; y aunque conocia que su delito no tenia defensa alguna contra el rigor de las leyes, no por eso dejó de confesarle con toda claridad. La verdad pendia de sus labios, y la inocencia brillaba en su semblante. Entre tando estaba yo tan conmovido, tan sin sosiego, que parecia haber pasado al corazon del juez toda la inquietud que debiera tener el reo. En medio de este conflicto ciertas ideas concurrieron á alterar mi interior... ¡Qué ilusion!

(*A Laura.*)

Pero, señora, pensad en vuestro reposo, y moderad los primeros ímpetus del dolor. Señor don Simon, no la abandoneis en situacion en que tanto os necesita. Su esposo me la ha recomendado con la mayor ternura, y este era el único cuidado que afligia su buen corazon.

Laura. ¡Desventurada!

Anselmo. ¡Ah! ¡mi buen amigo!

Simon. Sí, hija : vamos á pensar en tu alivio, y cuenta con la ternura de un padre que no es capaz de olvidarse de tu bien.

(*Yéndose.*)

¡Este don Justo es un ángel! Otros jueces hay tan desabridos, tan secos... No he visto otro por el término.

Justo (*profundamente pensativo*). La fisonomía de don Torcuato... el tono de su voz... ¡Ah, vanas memorias!... Pero es forzoso averiguarlo.

ESCENA IX.

ESCRIBANO, JUSTO.

Escribano. Señor, acaba de llegar del Sitio un espreso con este pliego, y me ha pedido testimonio de la hora de su entrega.

Justo (*tomando el pliego*). Veamos : id á despacharle.

ESCENA X.

JUSTO SOLO.

(*Lee*). « Enterado el rey de que las ave-
« riguaciones hechas últimamente en la

causa del desafío y muerte del marques de Montilla, en que V. S. entiende de su órden, han producido la prision del mismo irviente del marques, que se hallaba prófugo en Madrid; y de que, con este motivo, se espera descubrir y arrestar al mador, quiere S. M. que si así sucediese, proceda V. S. á recibir su confesion al reo, y no esponiendo en ella descargo ó escepcion que, legítimamente probados, e eximan de la pena de la ley, determine V. S. la causa conforme á la última pragmática de desafíos, consultando con S. M. la sentencia que diere con remision de los autos originales por mi mano: odo con la posible brevedad. Nuestro Señor guarde á V. S. muchos años. San ldefonso, etc.

« Señor Don Justo de Lara. »

(*Paseándose con inquietud.*)

¡Tanta priesa! ¡Tanta precipitacion!... si trata la corte un negocio de esta importancia... Pero no hay remedio: el rey manda, y es fuerza obedecer. Yo no sé lo e me anuncia el corazon... Este don rcuato... él está inocente... Un primer ovimiento... un impulso de su honor ultjado... ¡Ah! ¡cuánto me compadece su sgracia!... Pero las leyes están decisis. ¡O leyes! ¡O duras é inflexibles les! En vano gritan la razon y la humanid en favor del inocente... ¿Y seré yo a cruel que no esponga al soberano?... : yo le representaré en favor de un mbre honrado, cuyo delito consiste en berlo sido.

ACTO CUARTO.

ESCENA PRIMERA.

El teatro representa el interior de una torre del alcázar que sirve de prision á Torcuato. La escena es de noche. En esta habitacion no habrá mas adorno que dos ó tres sillas, una mesa, y sobre ella una bugía. En el fondo habrá una puerta que comunique al cuarto interior donde se supone está el reo, y á esta puerta se verán dos centinelas. Justo está sentado junto á la mesa con aire triste, inquieto y pensativo, y el escribano en pié, algo retirado.

JUSTO, Escribano.

Escribano (*acercándose*). Señor, ya está todo evacuado: á las cinco y media en punto partió el posta con los autos y la representacion.

Justo. Muy bien, don Claudio: idos á mi cuarto, y esperadme en él sin separaros un instante. Si alguno me buscare para cosa urgente, avisadme; y si no lo fuere, que nadie me interrumpa. Si volviese el espreso, traedle aquí con reserva: sobre todo un profundo silencio...

Escribano. Ya entiendo, señor.

(*Yéndose.*)

¡Que afligido está!

ESCENA II.

JUSTO, despues de alguna pausa.

Enfin, he cumplido con mi funesto ministerio sin olvidar la humanidad. ¿Quiera el cielo que mis razones sean atendidas! Pero el ministro no verá las lágrimas de estos infelices, ni los clamores de una familia desolada podrán penetrar hasta su oido... ¡Ve aquí porque los poderosos son insensibles! Sumidas en el fausto y la grandeza, ¿cómo podrán sus almas prestarse á la compasion? ¡Ah, desdichados los que se creen dichosos en medio de las miserias públicas!... Mas yo confio en la piedad del soberano... Su ánimo benigno no puede desatender tan justas instancias.

(*Se levanta, y pasea inquieto*).

No sé de qué nace esta inquietud que me atormenta. ¿No pudiera ser que don Torcuato?... Haber nacido en Salamanca... no tener noticia de sus padres... su edad... su fisonomía... ¡Ah! ¡dulce y funesta ilusion! El fruto desdichado de nuestros amores pasó rápidamente de la cuna al sepulcro... No obstante, quiero hablarle.

(*Llamando á los centinelas.*)

¡Holá! que venga el reo á mi presencia.

(*Se sienta.*)

(*Los centinelas entran por la puerta del cuarto interior y salen luego con Torcuato, que debe venir poco á poco por causa de los grillos, y le conducen hasta la presencia del juez.*)

ESCENA III.

JUSTO, TORCUATO.

Justo. Sí: yo le preguntaré...

(*Viéndole.*)

Su vista me quebranta el corazon.

(*A los centinelas.*)

Despejad.

(*A Torcuato.*)

Sentaos.

(*Los centinelas se retiran, y Torcuato se irá acercando poco á poco á una de las sillas donde se sienta.*)

Sentaos, amigo mio: ya no soy vuestro juez, pues solo vengo á consolaros y daros una prueba de lo que os estimo. Vuestra honradez me tiene sorprendido, y vuestra franqueza me parece digna de la mayor admiracion. Pero siento que os hayan sido tan perjudiciales.

Torcuato. El honor, que fué la única causa de mi delito, es, señor, la única disculpa que pudiera alegar; pero esta escepcion no la aprecian las leyes. Respeto como debo la autoridad pública, y no trato de eludir sus decisiones con enredos y falsedades. Cuando acepté el desafío, previ estas consecuencias: por no perder el honor me espuse entonces á la muerte, y ahora por conservarle la sufriré tranquilo.

Justo. ¿Pero tanto empeño en callar las injurias con que os provocó vuestro agresor?... Tal vez su atrocidad representada al soberano...

Torcuato. ¡Ay, señor! las leyes son recientes y claras, y no dejan efugio alguno al que acepta un desafío. ¿Porque queriais que dejase perpetuados en el proceso los nombres viles?...

Justo. ¿Pues qué? ¿acaso el marques?...

Torcuato. Me habeis dicho que no me hablais como juez: por eso os voy á responder como amigo. Mi ofensor, señor, era uno de aquellos hombres temerarios á quienes su alto nacimiento y una perversa educacion inspiran un orgullo intolerable. En nuestro disgusto me dijo mil denuestos, que yo disimulé á su temeridad. Me desafió varias veces, y yo me desentendí sin contestarle; pero al fin insistió tanto, y llevó á tal estremo su provocacion, que me echó en cara un defecto... El rubor no me deja repetirle.

(*Torcuato se cubre el rostro.*)

Justo. Y bien, ¿que os dijo? habladme con lisura.

(*Llorando.*)

Torcuato. ¡Ay, señor! entre mis desgracias cuento por la mayor la de no saber á quien debo la vida. Yo he sido fruto desdichado de un amor ilegítimo, y aunque este defecto estuvo siempre oculto, ciertos rumores... En fin, el marques...

Justo (*sobresaltado y con prontitud*). Ya, ya entiendo... ¿Y con efecto habeis nacido en Salamanca?

Torcuato. Sí, señor: allí nací, y allí tuve mi primera educacion.

Justo (*siempre sobresaltado*). ¿Y á quien la debisteis?

Torcuato. A una parienta de mi propia madre, que me negó siempre el dulce nombre de hijo.

Justo (*con mayor inquietud*). ¿Pero supisteis despues que lo erais en efecto?

Torcuato. Una criada antigua me dió las únicas noticias que tengo de mi orígen. Mi madre, señor, fué una de aquellas damas desdichadas á quienes el arrepentimiento de una flaqueza empeña para siempre en el ejercicio de la virtud. Su pundonor y su recato eran estremos. No se contentó con ocultar al público su desgracia por los medios mas esquisitos, sino que pensó toda su vida en remediarla. Una parienta anciana fué la única confidente de su cuidado. Por medio de esta me hizo criar en una aldea vecina á Salamanca, despues me agregó á su familia con el título de sobrino, fingiendo que mis padres habian muerto en Vizcaya; y en fin, engañó aun á su mismo amante, suponiendo mi muerte, y reservando para otro tiempo la noticia de mi existencia. Ni paró aquí su delicadeza. Clamó continuamente por la vuelta de mi padre, á quien la necesidad obligaba á buscar en paises lejanos los medios de mantener honradamente una familia. Estaba ya cercana su vuelta, y para entonces preparado un matrimonio que debia asegurarme la noticia y la legitimidad de mi orígen; pero la muerte desbarató estos proyectos. Un accidente repentino privó á mi madre de la vida, y á mí de tan dulces y legítimas esperanzas... Mas, señor, vos estais inquieto; ¿sentis acaso alguna novedad?

Justo (*mirándole atentamente, y con turbado en estremo*). No hay duda: él es. sí, él es.

Torcuato. Señor...

Justo (*esforzándose para mostrar serenidad*). No, amigo mio, no tengais cuidado, y decidme: ¿nunca habeis sabido el nombre de ese padre desdichado?

Torcuato. No señor: la única noticia que pude adquirir de él, fué que habia pasado con empleo á Nueva España, y que debia regresar con la última flota.

Justo. ¡Oh Dios! ¡oh justo Dios! m

razon me lo habia dicho... ¡Hijo mio!...

Torcuato (*asombrado*). ¡Qué, señor! es posible!

Justo (*prontamente*). Sí, hijo mio: yo oy ese padre desdichado, que nunca has onocido.

Torcuato (*de rodillas, y besando la ano de su padre con gran ternura y anto*). ¡Mi padre!... ¡Ay, padre mio! espues de haber pronunciado tan dulce ombre, ya no temo la muerte.

Justo (*con estremo dolor y ternura*). Hijo mio! ¡hijo desventurado!... ¿en qué stado te vuelve el cielo á los brazos de tu adre?

(*Como antes.*)

Torcuato. No, padre mio: despues de aberos conocido, ya moriré contento.

Justo (*levántandole*). El cielo castiga n este instante las flaquezas de mi liviana uventud... ¿Pero sabes, hijo infeliz, cuál s tu desgracia? ¿Sabes cuánto debe ser ni dolor en este dia?... ¡Ah! ¿porqué no aspendí una hora, siquiera una hora?... 'u desdichado padre ha vuelto de su largo estierro solo para ser causa de tu ruina... Ay, Flora! ¡por cuántos títulos me debe er dolorosa la noticia de tu muerte!

Torcuato (*con serenidad y ternura*). ien sé, padre mio, cuál es mi situacion, cuál es el funesto ministerio que debeis jercer conmigo. Pero suponiendo mi suerte nevitable, ¿no es un favor distinguido de a Providencia, que me restituya á los bra- os de mi padre? Ya no moriré con el des- onsuelo de ignorar el autor de mis dias: os me confortaréis en el terrible trance: uestra virtud sostendrá mi flaqueza, y á aura...

(*Enternecido.*)

Le quedará un digno consolador en su riste viudez.

Justo (*enternecido*). ¡Hijo infeliz! hijo digno de mejor suerte y de un padre enos desdichado! ¡tu virtud me encanta, tus discursos me destrozan el corazon!... Ah! ¡yo pude salvarte, y te he perdi- o!... Solo la bondad del soberano... Sí: u corazon es grande y benéfico, y no des- tenderá mis razones.

ESCENA IV.

ESCRIBANO, LOS DICHOS.

Escribano (*á Justo desde el fondo de a escena*). Señor, el caballero corregidor olicita entrar.

Justo (*al escribano*). Aguardad un momento.

(*A Torcuato.*)

Hijo mio, reserva en tu corazon este secreto, porque importa á mis ideas; y si el cielo no se doliere de este padre desventurado, ocultemos á la naturaleza un ejemplo capaz de horrorizarla.

Escribano (*desde la puerta*). ¡Con qué ternura le habla! Hasta le da el nombre de hijo por consolarle. ¡Oh, qué ejemplo tan digno de imitacion y de alabanza!

Justo (*al escribano*). Que entre.

(*El escribano se retira, vuelve con Simon hasta la puerta, y se va.*)

Torcuato. Solo me toca obedeceros.

ESCENA V.

SIMON, JUSTO, TORCUATO.

Simon. Perdonad, señor don Justo: esta muchacha no me deja sosegar un instante: si no la detuviera, ya venia despeñada á echarse á vuestros piés. Clama por su marido, y dice que no quiere separarse de su lado. Tambien desea verle don Anselmo.

Justo. ¡Ah! ¡si supieran cuál es su suerte!

Simon (*á Torcuato*). ¡Muy buena la hemos hecho, Torcuato! ¡Mira en qué estado nos has puesto!

Justo (*con gravedad*). Señor don Simon, ya no es tiempo de reconvenciones. Si no os doleis de su situacion, al menos no le aflijais.

Torcuato (*á Justo*). Pero, señor, ¡se me negará el consuelo!...

Justo (*con blandura*). ¿Para que quereis esponeros á la angustia de ver las lágrimas de vuestra esposa y vuestro amigo? Tan tiernos objetos solo pueden serviros de mayor quebranto. Yo quiero escusárosle, amigo mio: retiraos un instante, y tratad de tranquilizar vuestro espíritu. Quizá en mejor ocasion podréis satisfacer tan justo deseo.

(*A los centinelas.*)

¡Holá! retiradle.

(*Los centinelas se van con Torcuato en la misma forma que han salido.*)

ESCENA VI.

JUSTO, SIMON.

Simon (*viendo salir á Torcuato*). ¡Este

mozo nos ha perdido! Mi casa está hecha una Babilonia, todos lloran, todos se afligen, y todos sienten su desgracia. Ve aquí, señor don Justo, las consecuencias de los desafíos. Etos muchachos quieren disculparse con el honor, sin advertir que por conservarle atropellan todas sus obligaciones. No: la ley los castiga con sobrada razon.

Justo. Otra vez hemos tocado este punto, y yo creia haberos convencido. Bien sé que el verdadero honor es el que resulta del ejercicio de la virtud, y del cumplimiento de los propios deberes. El hombre justo debe sacrificar á su conservacion todas las preocupaciones vulgares; pero por desgracia la solidez de esta máxima se esconde á la muchedumbre. Para un pueblo de filósofos seria buena la legislacion que castigase con dureza al que admite un desafío, que entre ellos fuera un delito grande. Pero en un pais donde la educacion, el clima, las costumbres, el genio nacional y la misma constitucion inspiran á la nobleza estos sentimientos fogosos y delicados á que se da el nombre de pundonor: en un pais, donde el mas honrado es el menos sufrido, y el mas valiente el que tiene mas osadía: en un pais, en fin, donde á la cordura se llama cobardía, y á la moderacion falta de espíritu, ¿será justa la ley que priva de la vida á un desdichado, solo porque piensa como sus iguales? ¿una ley que solo podrán cumplir los muy virtuosos, ó los muy cobardes?

Simon. Pero, señor, yo creia que el mejor modo de hacer á los mozos mas sufridos, era agravar las penas contra los temerarios.

Justo. Cuando haya mejores ideas acerca del honor, convendrá acaso asegurarlas por ese medio; pero entre tanto las penas fuertes serán injustas, y no producirán efecto alguno. Nuestra antigua legislacion era en este punto menos bárbara. El genio caballeresco de los antiguos españoles hacia plausibles los duelos, y entonces la legislacion los autorizaba; pero hoy pensamos poco mas ó menos como los godos, y sin embargo castigamos los duelos con penas capitales.

Simon. Esos discursos, señor, son demasiado profundos: yo no soy filósofo, ni los entiendo; pero estoy muy mal con que los mozos...

Justo (*con alguna aspereza*). Dejemos una contestacion que debe afligirnos á entrambos, y vamos á consolar á Laura, pues tanto lo necesita.

Simon. Pero decidme, ¿no habrá algun medio de salvar á Torcuato?

Justo (*con serenidad*). Esa pregunta es bien estraña en quien sabe las obligaciones de un juez. El órgano de la ley no es árbitro de ella. No tengo mas arbitrio que el de representar; y pues habeis oido como pienso, podreis inferir si lo habré hecho con eficacia.

Simon. ¡Oh! pues si habeis representado, yo confio...

Justo. No haréis bien en confiar. Las representaciones de un juez suelen valer muy poco cuando conspiran á mitigar el rigor de una ley reciente. Sin embargo la Providencia... la piedad del soberano...

ESCENA VII.

ESCRIBANO, LOS DICHOS.

Escribano. Señor, acaba de llegar el espreso.

Justo (*recibiendo el pliego*). Veamos.

(*Asustado*).

No sé lo que me altera: el corazon no me cabe en el pecho.

Simon. ¿Qué tendrá que tanto se ha turbado?

Justo (*leyendo en secreto la carta, manifiesta en su semblante grande conmocion y estremo dolor, y despues de haber acabado, se arroja en una silla*). ¡O padre sin ventura! ¡O hijo desdichado!

Escribano. ¡Malo! ¡malo! sin duda se ha confirmado la sentencia.

(*Se va el escribano; y Simon, como temeroso de interrumpir á Justo, se retira al fondo de la escena, sin resolverse á desampararle.*)

Simon. Yo no comprendo... Él ha perdido el color... ¡Cuál se ha puesto! Dios mio, ¿qué traerá esta carta?

(*Cuanto dice Justo en el resto de la presente escena, se entiende aparte.*)

Justo. Sí, sí: yo he sido el cruel que ha acelerado su desgracia... ¡Ah! yo esperaba que mis clamores en favor de un inocente... ¡Hijo desventurado!

Simon. ¿Señor?

(*Acercándose con timidez.*)

¿Qué tendrá que tanto esclama?

Justo (*sin oirle*). ¡No solo aprueban su

muerte, sino que quieren tambien atropellarla!

(*Levántandose.*)

No, al soberano le han engañado. ¡Ah! si hubiera oido mis razones, ¿cómo pudiera negarse su piadoso ánimo á la defensa de un inocente?

Simon (*desde lejos*). Señor don Justo...

Justo (*paseándose por la escena, como fuera de si*). ¡Hijo mio! ¡hijo desdichado! ¿cómo he de consentir?... Iré á bañar los piés del mejor de los reyes con mis humildes lágrimas.

Simon. ¡Cuál está, Dios mio! no sosiega un instante. Señor don Justo... Por vida de... Señor don Justo... ¿Pero qué gritos?

ESCENA VIII.

LAURA, ANSELMO, LOS DICHOS.

(*Laura entra corriendo en la escena, y Anselmo deteniéndola.*)

Anselmo. Señora, señora, deteneos.

Laura (*mirando á todas partes*). ¿Qué? ¡él correrá á la muerte, y yo no podré abrazarle!... Querido esposo, ¿dónde te esconden? ¿Quiénes son los crueles que nos separan?

Simon. ¡Hija mia! ¿qué es esto?... Don Anselmo...

Anselmo. Señor, no he podido contenerla... El posta que llegó de la corte esparció la voz de que traia malas nuevas: entendiéronlo algunos de la familia, y sus lágrimas...

Laura (*á Justo de rodillas*). ¡Ay, señor! así abandonais á vuestro amigo? ¿Sufriréis que su esposa desventurada?...

Justo (*volviendo el rostro*). ¡Ve aquí lo que faltaba al complemento de mi desdicha!... Señor don Simon, separad á vuestra hija de este sitio, donde nada es capaz de aliviar su dolor.

Simon. Vamos, hija, vamos.

Laura (*resistiéndose*). No, yo no me separaré de aquí... ¡Qué! ¡despues de perderle, me negarán tambien el consuelo de morir en sus brazos! ¡Crueles! ¡todos son crueles con esta desdichada!

(*Simon lleva casi violentamente á su hija, y Anselmo pretende seguirlos, pero se detiene avisado por Justo.*)

ESCENA IX.

JUSTO, ANSELMO.

Justo. Quedaos, don Anselmo. Los sucesos de este triste dia me han hecho conocer la fina amistad que profesais á don Torcuato. ¿Quereis dar un paso en su favor, que le pueda librar de la desdicha que le amenaza?

Anselmo. ¿Pues qué? ¿lo dudais, señor? ¡Ah! no es posible comprender cuánto estimo sus virtudes, ni cuánto me duele su triste situacion! ¡Ah! si pudiera á costa de mi vida...

Justo. A menos costa podeis serle muy útil, y defender la suya. A pesar de cuantas razones espuse en su favor, la corte ha resuelto lo que oiréis ahora.

Anselmo. ¡Oh Dios!

Justo (*lee con dolor y turbacion*). « He « dado cuenta al rey de la causa escrita « sobre el desafío que hubo en esa ciudad « el dia 4 de agosto del año próximo pasado « entre el marques de Montilla y don Tor- « cuato Ramirez, de que resultó la muerte « del primero; y sin embargo de cuanto « V. S. espone en su representacion á « favor del homicida, S. M. considerando « el escándalo que ha causado este suceso « en esa ciudad, este real sitio, y todo el « reino, singularmente cuando estaba tan « reciente la publicacion de su pragmática « de 28 de abril del mismo año pasado; « y teniendo asimismo presente que el reo « está llanamente confeso en su delito, se « ha servido resolver que V. S. ponga en « ejecucion la sentencia de muerte y con- « fiscacion, que ha dado en dicha causa, « concediendo al reo solo el tiempo preciso « para disponerse á morir como cristiano; « y V. S. me dará cuenta de haberse « ejecutado en la forma prevenida. Nuestro « Señor, etc. »

Anselmo (*lloroso*). ¡Infeliz amigo! ¡yo no podré sobrevivir á tu muerte!

Justo. ¡Desdichado! ¡todos se compadecen de su desgracia! Solo la corte está sorda á nuestros clamores. Pero, don Anselmo, aun no sabeis hasta donde llega la desdicha de vuestro amigo...

Anselmo. ¿Qué, señor, despues de una sentencia?...

Justo. Sí, amigo mio: esta bárbara sentencia ha sido dictada por su mismo padre.

Anselmo (*asombrado*). ¡Vos padre suyo! ¡Oh Dios!

Justo (*transportado de pena*). No, yo no soy su padre: soy un monstruo, que le ha dado la vida para arrebatársela despues... ¡Insensato! yo hubiera podido... Pero no perdamos, amigo, un tiempo tan precioso. La terrible sentencia se va á notificar á Torcuato: la corte está cerca: vos sois su amigo: teneis en ella valedores... Tal vez nuestras instancias...

Anselmo (*yéndose con precipitacion*). Basta, señor: he entendido: no me detengo ni un instante.

Justo (*siguiéndole*). Si fuere preciso que el nombre de su padre...

Anselmo (*desde la puerta, y sin volver el rostro*). Entiendo: entiendo.

ESCENA X.

JUSTO, solo.

¡Santo Dios, encamina sus pasos!... Ve aquí el natural y dulce fruto de la virtud: todos se complacen en protegerla, y todos corren ansiosos á sostenerla en la adversidad. ¡Pero cuán débiles son sus apoyos contra la fuerza y el poder! ¡Virtud santa y amable! tú serás siempre respetada de las almas sencillas, mas no esperes hallar asilo entre los vanos y poderosos... ¡Cuánto ha cambiado mi suerte en solo un dia! ¿Es posible que me he de hallar en la dura necesidad de derramar mi propia sangre?.. ¡Hijo desventurado!... ¡la mano de tu bárbaro padre te va á ofrecer el amargo cáliz de la muerte! ¡Funesta obligacion!... ¡Horrible ministerio!... ¡Si acaso don Anselmo!... ¡Ah! ¡qué podrán sus débiles ruegos contra los de tantos importunos!... ¡contra el respeto de las leyes!... ¡contra la preocupacion del gobierno!... ¡Ah!...

ACTO QUINTO.

ESCENA PRIMERA.

Descúbrese á Torcuato, sentado, con prisiones y con la misma ropa que debe llevar al suplicio. Justo, algo distante, se pasea con aire profundamente inquieto y abatido. El escribano estará retirado lejos de todos, y habrá centinelas dobles. La escena es de dia.

JUSTO, TORCUATO, el Escribano.

Justo (*al escribano*). Dejadnos solos por un rato, y avisad cuando sea tiempo. (*Se va el escribano*). (*Sacando el reloj*). Ya no me queda esperanza alguna... la hora funesta está cercana, y don Anselmo no parece... ¡O justo Dios! ¿negaréis este consuelo á mis ardientes lágrimas?

Torcuato (*con voz desmayada*). En este triste y pavoroso instante la imágen de Laura ocupa únicamente mi memoria, y el eco penetrante de sus suspiros resuena en el fondo de mi alma... ¡Ay Laura! yo no soy digno de tan amargas lágrimas...

(*Mirando á su padre*). Mi padre... ¡Ah! su venerable presencia y su tristeza me destrozan el corazon... ¡O muerte! sin estos objetos tú no serias terrible á mis ojos.

(*Llamando á su padre*). Padre...

Justo. (*sin oirle, y paseándose*). ¡Hay que vencer tantas dificultades antes de hablar á un soberano!

Torcuato (*con voz mas animada*). Padre...

Justo (*paseándose, pero sin volver el rostro*). Las lágrimas me ahogan... no puedo responderle.

Torcuato (*esforzando mas la voz*). Querido padre...

Justo (*prontamente*). ¡Hijo mio!

Torcuato. Yo estoy fatigado, y el peso de los grillos no me deja llegar á vuestras plantas... Mi hora se acerca... Dignaos de bendecir por la ultima vez á este hijo desgraciado.

Justo (*acercándose, y tomando su mano.*) ¡Hijo mio! tus angustias se acabarán muy luego, y tú irás á descansar para siempre en el seno del Criador. Allí hallarás un padre que sabrá recompensar tus virtudes.

Torcuato. Sí, venerado padre: voy á ofrecerle mi espíritu, y á interceder en su presencia por los dulces objetos de que me separa su justicia... ¡Padre mio! vuestro corazon y el de Laura, llenos de pureza y rectitud, tendrán todo su valor ante el Omnipotente. ¡Ah! ¡qué consuelo! ¡Esperar en el seno de la eternidad la compañía de dos almas tan puras!

Justo. Tú has cumplido, hijo mio, con todos tus deberes, y puedes creerte dichoso, pues vas á recibir el galardon. ¡Ah! ¡nosotros, infelices, quedamos sumidos en un abismo de afliccion y miseria, mientras tu espíritu sobre las alas de la inmortalidad va á penetrar las mansiones eternas, y á esconderse en el seno del mismo Dios que le ha criado! Procura imprimir en tu alma estas dulces ideas, que ellas te harán superior á las angustias de la muerte.

(*A este tiempo se oye el reloj, que da las once. Torcuato se estremece: Justo, horrorizado, se aparta de él volviendo el rostro á otro lado, é inmediatamente entra el escribano.*)

ESCENA II.

ESCRIBANO, LOS DICHOS.

Escribano (*desde la puerta, y con voz tímida*). Señor... la hora ha dado ya.

Torcuato (*asustado.*) ¡O Dios!... esta es la última de mi vida... ¿Con que no hay remedio?...

(*Resignado, despues de alguna pausa.*) Vamos, pues, á morir.

Justo (*con estremo inquietud, paseando por el frente de la escena.*) ¡Este don Anselmo!... don Anselmo... ¡Gran Dios! ¿así abandonais al inocente?...

(*Hace seña al escribano, que se habrá mantenido á la puerta.*)

ESCENA III.

LOS DICHOS.

(*El escribano, sin salir, hace una seña desde la puerta, y á ella entran sucesivamente el alcaide, la tropa, y los ministros de justicia. El alcaide despoja á Torcuato de sus prisiones: los soldados con bayoneta calada le rodean por todos lados, y la gente de justicia se coloca, parte á la frente y parte cerrando la comitiva. El escribano precede á todos. En este órden irán saliendo con mucha pausa, y entre tanto sonará á lo lejos música militar lúgubre. Justo se mantiene inmóvil en un estremo del teatro, con toda la serenidad que pueda aparentar, pero sin volver el rostro hácia el interior de la escena.*)

Torcuato (*mientras le quitan las prisiones.*) Querido padre, yo os recomiendo la inocente Laura: sustituidla el lugar de este hijo que vais á perder.

Justo. Hijo mio, ella será mi único consuelo en las angustias que me aguardan.

Torcuato (*empezando á salir*). ¡Padre! A Dios, querido padre.

(*Justo no le puede responder por el esceso de su dolor: se arroja en una silla: luego se reclina sobre la mesa cubriendo su rostro con las manos, y entre tanto acaba de salir todo el acompañamiento.*)

Justo (*levantando las manos al cielo*). ¡Este don Anselmo!...

Torcuato (*fuera de la escena*). A Dios, querido padre.

(*Justo, al oirle, se vuelve á cubrir el rostro, y reclinado como antes guarda silencio por un rato.*)

ESCENA IV.

JUSTO, CON VOZ INTERRUMPIDA

¡Hijo infeliz!... yo soy quien te priva de la inocente vida... ¡Lo que hice por salvarle ha sido tan poco!... ¡Qué idea tan horrible!... Pero no hay remedio... Bien presto la fúnebre campana me avisará de su muerte...

(*Levantándose asustado.*)

Ya parece que suena en mis oidos. ¡Santo Dios!

(*Paseándose por la escena con suma inquietud.*)

No hallo sosiego en parte alguna. ¡Hijo desdichado!... ¿Es posible?... ¿Con que tu inocencia, tus virtudes, los ruegos de un amigo, los tiernos suspiros de una esposa, las lágrimas de un padre, y el sentimiento universal de la naturaleza, nada pudo librarte de la muerte? ¿de una muerte tan acerba y tan ignominiosa?... ¡Buen Dios! ¿porqué no le socorres?...

(*Asustado.*)

¿Pero qué ruido se oye? ¿Si estará ya espirando?

ESCENA V.

SIMON, LAURA, JUSTO.

(*Laura entra en la escena, corriendo, desgreñada y llorosa, y su padre deteniéndola.*)

Simon (*desde el fondo*). Señor, señor, no puedo detenerla. Un solo instante que nos descuidamos...

Laura (*mirando á todas partes*). No, no: todos me engañan. ¡Crueles! ¿porqué me quitais á mi esposo? ¿Dónde está, que no parece? ¿Se le han llevado ya? ¡Verdugos! ¡crueles verdugos de mi inocente esposo! ¿estaréis ya contentos?... No: él no ha muerto aun, pues yo respiro. Dejadme, dejadme, que vaya á acompañarle: que la sangrienta espada corte á un mismo tiempo nuestro cuellos... ¡Querido esposo! ¡Ah! tú lucharás tambien con tus verdugos por venir á unirte con tu Laura. ¿Porqué no quieren que espiremos juntos?

Justo (*procurando templar á Laura*). Hija...

Laura (*mirándole con horror*). Yo no soy vuestra hija, ¡cruel! yo no soy vuestra hija. Vos me habeis quitado mi esposo: sí, vos me le habeis quitado. Y no os disculpeis con las leyes, con esas leyes bárbaras y crueles, que solo tienen fuerza contra los desvalidos.

Justo. ¡Qué alma podrá resistir á tantas aflicciones!

(*Se oye á lo lejos una confusa gritería, y casi al mismo tiempo el toque de la campana que se acostumbra en semejantes casos.*)

¡Pero qué oigo!... ¡Qué rumor!... ¡O santo Dios! recibe su espíritu.

(*Se vuelve á arrojar en la silla tomando la misma situacion en que antes estuvo. Laura corre como furiosa: su padre manifiesta tambien mucho dolor, y la sigue sin hablar.*)

Laura. ¿Qué? ya espiró? No, no puede ser... Mi esposo... ¡O triste, o desdichado esposo!... tu sangre corre ya derramada. ¡Ah! voy á detenerla.

(*Hace un esfuerzo por salir de la escena, y cae al suelo oprimida del dolor.*)

Simon. ¡Hija mia! ¡Hija de mi vida!... ¡Ah, que no respira!

(*Aquí se hace una larga pausa, y durante ella continua el sonido de la campana.*)

Justo. Este melancólico silencio llena mi alma de luto y de pavor. ¡Eterno Dios! tú has recibido ya su espíritu en la morada de los justos.

Simon. Hija mia... ¡O padre desdichado!

Laura (*volviendo en sí*). Con que ya no hay remedio? Con que el golpe fatal?... No: yo no puedo vivir. ¡Querido esposo! ¡Ah, bárbaros! ¡Ah, crueles verdugos!

Justo. Buen Dios, pues nos envias esta tribulacion, conforta nuestras almas para sufrirla.

Simon. ¡Hija mia! ¡querida Laura!...

Laura (*levantándose con furor*). ¡Y el justo cielo no vengará la sangre del inocente! ¡O Dios! atiende á mi ruego, y haz que perezcan los verdugos que le han asesinado: que la triste sombra de mi inocente esposo llene sus corazones de susto y de zozobra: que los gritos, los atroces lamentos de su viuda infeliz resuenen siempre en sus almas impías: que sean eterno objeto de tu terrible cólera.

(*Vuelve á caer en los brazos de su padre como antes.*)

Simon. ¡Hija!... El dolor la tiene sin sentido. ¡Hija mia!...

Justo. ¡Ah! su dolor es muy justo. ¡Desventurada!... ¿Pero qué nuevo rumor? ¿qué habrá sucedido?

(*El alcaide, el escribano, Eugenia y algunos otros domésticos, salen apresurados á la escena, diciendo todos á una voz.*)

ESCENA VI.

Los dichos.

¡Albricias, albricias!

Simon. ¿Pues qué? ¿qué hay?

Escribano. Albricias: el rey le ha perdonado.

Justo y Simon. ¡O Dios!

Laura (*corriendo hácia el escribano*). ¿Pues qué? vive? vive todavía? amigo...

Escribano (*fatigado*). Si el señor don Anselmo hubiese tardado un instante mas, todo se hubiera perdido; pero el cielo le trajo á tan buen tiempo... Sí, señores: vive aun, y está perdonado: este es su indulto.

(*Entrega un pliego á Justo.*)

Laura. ¿Y dónde está? Vamos á verle.

(*Simon la detiene.*)

Justo (*abriendo el pliego, besa la real firma, la pone sobre la cabeza, y se retira á leer diciendo*): Al fin ¡buen Dios! los clamores de un padre desdichado no han sido vanos en tu adorable presencia.

Simon (*al escribano*). Pues vaya

nombre, cuéntenos lo que ha pasado, y áquenos de dudas.

Escribano (*mientras lee Justo*). Yo no é si podré, porque estoy tan alterado, an gozoso... Ya todo estaba pronto, y el reo habia subido á lo alto del cadalso: toda a ciudad se hallaba en la gran plaza de este alcázar, ansiosa de ver el triste espectáculo; el susto y la curiosidad tenian al pueblo en profundo silencio, y solo se oia el funesto pregon de la sentencia, y las voces de los religiosos que ausiliaban. Entre tanto conservaba Torcuato en su semblante la compostura y gravedad de su natural; y los ojos de todo el concurso estaban clavados en él, cuando el verdugo le advirtió que habia llegado su hora. Entonces sereno y mesurado se acomoda la lúgubre vestidura, tiende su vista por toda la plaza, la fija por un rato en este alcázar, y lanzando un profundo suspiro se dispone para la sangrienta ejecucion. Todos guardaban un melancólico silencio, y ya el verdugo iba á descargar el fatal golpe, cuando una voz que clamaba á lo lejos *perdon, perdon*, detuvo el impulso de su brazo. A esta voz siguió una grande y confusa gritería del pueblo, cuyo rumor engañó al que tenia á su cargo la campana, de suerte que el fúnebre sonido de esta, y las alegres voces del indulto y del perdon, resonaron á un tiempo en todos los oidos. Ya á este punto llegaba don Anselmo á caballo al sitio del suplicio. El susto, el polvo y el sudor habian desfigurado su semblante, de forma que nadie le conocia. Traia en su mano la real cédula de indulto, que me entregó al instante.

Justo acaba de leer, y se acerca á oir al escribano.)

Y dándome órden de que viniese á presentarla, se apeó, subió al cadalso, y allí queda dando tiernos abrazos á su amigo, y bañando su rostro en lágrimas de gozo.

Justo. ¡Ay, amigo! corred, no os detengais un punto: poned á mi hijo en libertad, y que venga al instante á nuestra vista.

(*El escribano se va con precipitacion.*)

¡O buen Dios! mi corazon desfallece de contento. Sí, querida Laura, él es mi hijo, y tú lo eres tambien... Ven á mis brazos, y ayúdame á dar gracias á la Providencia por este inefable beneficio.

Laura (*corriendo á abrazarle*). ¡Qué, señor! ¡vos sois su padre!

Simon. ¡Su padre! ¿Tambien tenemos esa?

Justo. Sí, soy su padre, y sin embargo habia decretado su muerte. ¡Ah! si el cielo no le hubiese salvado, solo el sepulcro pudiera terminar mis tormentos. Sosiégate, querida hija, y tranquiliza tu espíritu agitado. En mejor tiempo te descubriré los designios de la Providencia sobre el orígen de tu esposo.

Laura (*besando la mano á Justo*). ¡Querido padre! el cielo me le vuelve por vuestra mano, y á su virtud y á la vuestra debo tan gran ventura.

Simon. Señores, cuanto pasa parece una novela: yo estoy aturdido, y apenas creo lo mismo que estoy viendo... Querida Laura, ven á los brazos de tu padre.

(*Laura va á abrazar á su padre, pero viendo á su esposo, corre á encontrarle al fondo de la escena, donde se abrazan estrechamente.*)

ESCENA VII.

ANSELMO, TORCUATO, FELIPE, LOS DICHOS.

(*Torcuato desgreñado, pero sin las vestiduras de reo, con semblante risueño, aunque muy conmovido; Anselmo lleno de polvo, y en traje de posta.*)

Laura. ¡Ah, querido esposo!..

Torcuato (*corriendo á abrazarla.*) ¡Ah, Laura mia!..

Justo (*abrazando á Anselmo*). ¡Mi bienhechor, mi amigo! ¿con qué podrémos corresponder á tan sublime beneficio?

Anselmo. En él mismo, señor, está mi recompensa. He tenido la dulce satisfaccion de salvar á mi amigo.

Torcuato (*á su padre abrazándole.*) ¡Querido padre!

Justo. Ven á mis brazos, hijo mio: ven á mis brazos... Tú serás el apoyo de mi vejez.

Laura. ¡Ah! el gozo me tiene fuera de mí... Querido don Anselmo, yo seré eternamente esclava vuestra.

Torcuato (*á Simon*). ¡Padre mio!..

Simon (*abrazándole*). Buen susto nos has dado, hijo: Dios te lo perdone... Vaya, señores, dejemos los abrazos para mejor tiempo, y digamos don Anselmo como se ha hecho este milagro.

Anselmo. Jamas sufrió mi alma tan terribles angustias. Cuando llegué á la

corte, estaba S. M. recogido, y mis gritos, mis clamores fueron vanos, porque nadie se atrevió á interrumpir su descanso. Yo no dormí en toda la noche ni un instante; pero tampoco dejé sosegar á nadie. El ministro, el sumiller, el mayordomo mayor, el capitan de guardias, todos sufrieron mis importunidades. En vano me decian que mi solicitud era inasequible, porque yo no los dejaba respirar. Al fin, por librarse de mí, ofrecieron pedir á S. M. una audiencia, y con esto los dejé por un rato; pero empleé el tiempo que restaba hasta la hora señalada en prevenir á los que debian estender la cédula, en caso de ser el despacho favorable; con lo cual todos estuvieron prontos y propicios. A las siete me admitió el soberano. Le espuse con brevedad y con modestia cuanto habia pasado en el desafío: le pinté con colores muy vivos el corazon blando y virtuoso de Torcuato, el genio provocativo del marques, el candor y la virtud de su esposa, y sobre todo la constancia y rectitud del juez, diciendo que era su mismo padre. El cielo sin duda animaba mis palabras y disponia el corazon del monarca. ¡Ah! ¡qué monarca tan piadoso! Yo ví correr tiernas lágrimas de sus augustos ojos. Despues de haberme oido con la mayor humanidad: « La suerte de ese desdichado, me « dijo, conmueve mi real ánimo, y mucho « mas la de su buen padre. Anda: ya está « perdonado; pero no pueda jamas vivir « en Segovia, ni entrar en mi corte. » Al punto me postré á sus piés y los inundé con abundante llanto. Salgo corriendo, acelero el despacho, tomo el caballo, vuelo en el camino, y ¡o Dios! ¡un instante mas me hubiera privado del mejor amigo!

Torcuato. Querido amigo, vuelve otra vez á mis brazos: tú has sido mi libertador. ¡Cuántos y cuán dulces vínculos unirán desde hoy nuestras almas!

Simon. Hijos mios, empecemos á corresponder á los beneficios del rey obedeciéndole. Vamos á tratar de vuestro destino, y demos gracias á la inefable Providencia que nunca abandona á los virtuosos, ni se olvida de los inocentes oprimidos.

DON VICENTE GARCÍA DE LA HUERTA.

Don Vicente García de la Huerta nació en Zafra por los años 1742, é hizo sus estudios en Salamanca : fué oficial mayor de la Biblioteca real, é individuo de la Academia Española, de la de la Historia y de la de San Fernando. Escribió dos tomos de poesías, varios opúsculos de crítica literaria y formó un *Teatro español* en 17 volúmenes en 8°. Murió en Madrid, en 12 de marzo de 1787.

El señor Quintana, en el tomo 4° de su *Coleccion de poesías selectas castellanas*, de donde hemos tomado esta ligera noticia, define á este escritor con estas pocas palabras : « Su talento era bastante, su doctrina poca, su gusto ninguno. »

Su vida fué muy agitada. Se sabe que estuvo algunos años confinado en la plaza de Oran; pero la noticia de esta desgracia ha llegado á nosotros con caractéres muy oscuros. Fué el blanco de los tiros de todos los escritores de su tiempo, y aun el mismo Jovellanos no creyó desdecir de su grave carácter, disparándole dos romances burlescos en que pagó un tributo á la *moda* de hablar mal de Huerta. Este escritor tiene sin embargo la gloria de haber sido en teoría, ya que por desgracia no en la práctica, un defensor acérrimo de la escuela verdaderamente española, en una época en que nuestros poetas dramáticos no tenian de españoles mas que el nombre y la lengua en que escribian. El gusto era esencialmente estranjero.

RAQUEL,

TRAGEDIA.

El argumento de esta tragedia fué tratado en un poema en octavas por don Luis Ulloa, y por Diamante en una comedia titulada *la Judía de Toledo*. De esta tomó poco Huerta, pero el escelente poema de Ulloa le sirvió evidentemente de norma para la composicion de su tragedia.

El asunto de esta es bellísimo, y si se consideran las trabas á que el autor creyó deber sujetarse, no se puede negar que sacó de él mucho partido. Las unidades están muy bien observadas, á costa como siempre de toda verosimilitud y aun de toda posibilidad; pero eso nada importa. ¿No sucede lo mismo en *Andrómaca*, en *Bayaceto*, en *Mahoma* y en todos los *modelos del arte?* En la misma *Atalia*, ese prototipo de la perfeccion clásica ¿no eligen los conjurados el vestíbulo del templo para coronar al niño rey, teniendo por enemiga nada menos que á Atalia? Pues si esto se aplaude y se admira en Racine, ¿porqué nos ha de parecer un delirio que los conjurados toledanos se reunen en conciliábulo, y desnuden los aceros y prorumpan en *muera! muera!* á rito pelado en el alcázar mismo del monarca, donde precisamente se halla á la sazon el monarca y en una estancia inmediata, pues se presenta en la escena pocos momentos despues? El monarca tendria muy buen cuidado de taparse los oidos y es muy natural por consiguiente que nada oyera.

Tambien es muy natural que en las críticas circunstancias en que se halla, se vaya á caza Alfonso VIII para que entre tanto le maten su querida, pero tampoco hubiera habido inconveniente en que se hubiese estado en su alcázar y hubiera cerrado los ojos para no verlo. ¿Qué podia hacer el poeta? Raquel tenia que morir sin remedio y el rey no lo habia de ver; luego era preciso que se fuera á alguna parte. El autor le envió á cazar, sin duda porque otro tanto habian hecho Ulloa y Diamante, y porque al fin y al cabo, mas natural es que un rey vaya á cazar, aun despues de una terrible asonada y cuando los ánimos están mas enconados con el triunfo de Raquel, que no que se eche á dormir la siesta.

La razon se resiste á creer que hombres de talento como Huerta, hayan incurrido por un ciego espíritu de rutina, en tales despropósitos. Sin embargo, aun hay quien dice que esto es lo bueno y lo que se debe imitar... *Risum teneatis?*

El estilo de Huerta es altisonante y grandilocuo por demas, pero no carece de robustez y pureza: su principal defecto, de que rara vez se desprende, es la superabundancia de palabras para espresar una sola idea. La *Raquel* está llena de fastidiosas repeticiones como esta:

¿Pero cómo han de estar sino marchitos
Campos á quienes niega el sol sus rayos,
Jardines que descuida el jardinero,
Flor que no riega diligente mano?

Mas tambien al lado de este inútil fárrago y de esta hinchazon ridícula se hallan pensamientos tan bien espresados como este:

Raquel... permite, Alfonso, que la nombre,
Y si te pareciere desacato
Que quejas de Raquel se te repitan,
Pague mi cuello culpas de mi labio.

Don Vicente García de la Huerta es uno de nuestros mas apreciables literatos de fines del siglo pasado. Su carácter díscolo é intolerante le hizo estar siempre en guerra abierta con la mayor parte de los escritores de su tiempo, de quienes recibió y á quienes volvió con usura las mas acerbas injurias. Le achacaban que tenia algo de loco, opinion que dejó consignada en el siguiente epitafio, no sabemos si Iriarte ó Forner ó algun otro de sus numerosos detractores, cuyo implacable rencor le persiguió hasta en la tumba. Generalmente se atribuye á Iriarte.

De juicio, sí, mas no de ingenio escaso
Huerta el audaz, aquí descanso goza,
Deja un puesto vacante en el Parnaso
Y una jaula vacía en Zaragoza.

PERSONAS.

ALFONSO OCTAVO, rey de Castilla.
RAQUEL, judía.
RUBEN, confidente de Raquel.
HERNAN GARCIA DE CASTRO, rico-hombre.
ALVAR FAÑEZ, *idem*.
GARCERAN MANRIQUE DE LARA, *idem*.
CASTELLANOS.
GUARDIA DEL REY.
ACOMPAÑAMIENTO DE JUDÍOS Y JUDÍAS.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

En el antiguo alcázar de Toledo salon comun de audiencia, con silla y dosel real en su fondo.

SALEN GARCERAN MANRIQUE Y HERNAN GARCIA.

Manr. Toda júbilo es hoy la gran Toledo:
El popular aplauso y alegría
Unidos al magnífico aparato,
Las victorias de Alfonso solemnizan.
Hoy se cumplen diez años, que triunfante
Le vió volver el Tajo á sus orillas,
Despues de haber las del Jordan bañado
Con la persiana sangre y con la egipcia:
Segundo Godofredo, cuya espada
De celestial impulso dirigida,
Al cuello amenazó del Saladino,
Tirano pertinaz de Palestina;
Cuando el poder y esfuerzo castellano
Cobró en Jerusalen la joya rica
Del sepulcro de Cristo con desdoro
Del frances Lusiñan antes perdida;
Y hoy tambien hace siete, que postrado
El orgullo feroz de la morisma,
Le aclamaron las Navas de Tolosa
Por sus proezas Marte de Castilla:
Y ofreciendo los bárbaros pendones
Por tapetes del templo de María
Perpetuó de la hazaña la memoria
Con la celebridad hoy repetida.
En confuso tropel el pueblo corre
Por ver á su monarca, que este dia
Dejándose gozar de sus vasallos,

Hacer mayor la fiesta determina.
La corte toda al templo le ha seguido:
Y pues que nuestra falta conocida
No podrá ser en tanta concurrencia,
Esperemos en estas galerías
A que vuelva, si quiere honrar el lado
De Garcerán Manrique, Hernan García.
Garc. Sí, Garcerán: agradecido admito
Tu cortes espresion; mas no repitas
Memorias, que ó del todo están borradas,
O tan notablemente oscurecidas.
Esperemos, sí, á ver con indolencia,
Que en tan enorme subversion prosiga
El desórden del reino y su abandono,
Del intruso poder la tiranía,
El trastorno del público gobierno,
Nuestra deshonra, el lujo, la avaricia,
Y todo vicio en fin, que todo vicio
En la torpe Raquel se encierra y cifra:
En ese basilisco, que de Alfonso
Adormeció el sentido con su vista
Tanto, que solo son sus desaciertos
Equívocas señales de su vida.
Siete años hace que el octavo Alfonso
Volvió á Toledo en triunfos y alegrías,
Y esos hace tambien que en vil cadena
Trocó el verde laurel quo le ceñia.
¿Pues cómo, cuando dices sus hazanas,
Garcerán, no repites la ignominia,
Con que hace tanto tiempo que en sus lazos
Enredado le tiene una judía?
¿Cómo, cuando sus triunfos nos refieres,
La esclavitud ignominiosa olvidas
De la plebe infeliz sacrificada
De esa ramera vil á la codicia?
¿Cómo de la nobleza y de sus fueros
Omites el ultraje y la mancilla?
Reina es Raquel: su gusto, su capricho,
Una seña no mas ley es precisa:
Del noble y del plebeyo venerada.
Estas hazañas añadir debias
A la historia de Alfonso, si te precias
De ser, o Garcerán, su coronista.
Manr. Permíteme admirar el que así olvides
La obligacion, Hernando, de la antigua
Nobleza de tu sangre. Los leales
Jamas acciones de su rey critican,
Aun cuando el desacierto los disculpe.
Los reyes dados son por la divina
Mano del cielo; son sus decisiones
Leyes inviolables, y acredita
Su lealtad el vasallo, obedeciendo.
Quien sus obras censura, quien aspira
A corregir sus yerros, el derecho
Usurpa de los cielos, y aun vendria
A ser audacia atroz...
Garc. Cuando se aparta
De lo que es justo el rey, cuando declina
Del decoro, que debe á su persona,
Lealtad será advertirle, no osadía.
En el escelso trono es donde debe
Resplandecer mas tersa la justicia;
Y un rey con sus acciones mayor cuenta
Debe tener: que el vicio que seria
Apenas conocido en las cabañas,
Si en los palacios reina, escandaliza.
Manr. El que profiera quejas...
Garc. No me quejo
De Alfonso yo: lamento la desdicha
De este reino infeliz, presa y despojo
De una infame muger prostituida:
Del rey el ciego encanto, las prisiones
Con que esta torpe hebrea le esclaviza:
La soberbia, el orgullo, el despotismo
Con que triunfa del reino cada dia.
La primera persona de la corte
Es Raquel: á su obsequio se dedican
Los grandes y pequeños, que presumen
Ser las bajezas puertas de la dicha
¿Quién, Garcerán no teme, aunque su ilustre
Nacimiento y conducta le distingan,
Caer en su desgracia? De su arbitrio
Penden honor, hacienda, fama y vida:
Agotados del reino los tesoros
Tiene su profusion: su altanería
Por sumision, adoracion pretende;
Besarla el pié, doblarla la rodilla,
El medio de medrar es en la corte.
¿Y esto los ricoshombres de Castilla
Deben sufrir? ¿Es esto ser leales?
Esto no es lealtad, es villanía.
Manr. Conozco tu razon; veo que Alfonso
Hácia su perdicion se precipita:
De Raquel la injusticia considero:
Pero Alfonso es mi rey: Raquel me obliga
Con beneficios: fiel y agradecido
Debo ser á los dos; que ofenderia,
Si obrára de otro modo mi nobleza.
Mas Raquel sale.
Garc. ¡Qué desvanecida
La tiene su privanza y su fortuna!
Manr. ¡Qué belleza tan grave y peregrina!
Garc. ¡Y qué bien entre godos capaces
Parecen, Garcerán, tocas judías!

ESCENA II.

DICHOS, Y SALEN RAQUEL, RUBEN Y ACOMPAÑAMIENTO DE JUDÍOS Y JUDÍAS.

Raq. ¡O Garcerán!
Manr. En hora buena salga
A dar esmalte nuevo al claro dia
La aurora de Toledo. Tantos siglos
Goces esa beldad, Raquel divina,
Cuantas arenas de oro el rico Tajo
Revuelve en sus corrientes cristalinas.
Garc. ¡Qué torpe adulacion!
Raq. Tanto agradezco,
Manrique, tu atencion, cuanto me admira
Ver, que los ricoshombres desamparen
De Alfonso el lado en tan notable dia;
Y ociosos en las cuadras de palacio
Asistan, cuando fuera mas bien vista
La asistencia á su rey, en los que tanto
Se precian de leales.
Garc. ¡Qué osadía!
Manr. Yo... Raquel... Mi respeto...
Garc. Su respeto
(*A Manrique.*)
Los nobles á su rey solo dedican.
(*A Raquel.*)
Cuando Alfonso en las Navas de Tolosa
Esgrimió contra alarbes la cuchilla;
O cuando los persianos escuadrones
En los campos domó de Palestina,
Entonces le seguí, sin que á su lado
Faltase mi persona noche y dia.
Mas ahora, que en fiestas se entretiene;
Que no hay fieros contrarios que le embis-
Y que guerras de amor solo sustenta, [tan;
No ha menester, Raquel, mi compañía.
Tropas de aduladores le acompañen
De tantos que alimenta la codicia,
Mientras viva en su corte: que en campaña
Siempre el primero fué Fernan García.
Raq. ¡Qué presuncion tan fiera! Tus razones
Bien la aspereza bárbara acreditan
De tu rústica cuna y tu crianza.
Lo inculto de los montes de Castilla
No llevan fruto menos desabrido
Que tu barbaridad y groseria.
Patria de fieras y de atrevimientos
Han sido siempre: bien lo califica
La avilantez con que de Alfonso el nombre
Ha insultado tu voz. Y si se fia
En su piedad el grave desafuero,
Con que á él te atreves, advertir debias,
Que aunque piadoso es rey: que de su arbitrio
Dependen las fortunas y las vidas:
Y no están muy seguras las del necio,
Que no teme á Raquel por su enemiga.
Garc. ¡Qué vanas amenazas! Los vasallos
Que como yo su lealtad confirman [Ilos
Con tantas pruebas: que su sangre ilustre
En defensa de Alfonso desperdician:
Aquellos que en sangrientos caractéres
De heridas por su nombre recibidas
Llevan la ejecutoria de sus hechos
Sobre el noble papel del pecho escrita,
Ni temen amenazas, ni calumnias,
Por mas que les combata la malicia.
Pero á tí, á quien estéril de esos montes
El terreno parece, es bien que diga,
(Para que de un error te desengañes)
Que á esas montañas que desacreditas,
La libertad de España se lés debe;
Que en el alarbe yugo gemiria
Por ventura hasta hoy, si su aspereza
No hubiese producido esclarecidas
Almas, que con valor y atrevimiento
Sacudiesen del cuello la ignominia.
Y no cansado su feraz terreno
Espíritus produce todavía,
Que el vicio y la maldad abominando,
Poderla derribar al fin confian
Del supremo lugar, del alto asiento
Que tan indignamente tiranizan. (*Vase.*)
Raq. ¡Qué esto sufra! ¡qué siendo yo de Alfonso
Dueño absoluto, (acábenme mis iras)
A ultrajarme se atreva así Fernando!
¿Visteis tal libertad, tal osadía?
¿De qué el poder me sirve, si á mis plantas
No ofrece el labio, la cerviz no humilla?
Pero hoy verá Toledo con asombro
Castigadas sus locas demasías.
¡Oh cuánto Alfonso tarda! Ya el deseo
De ver sus altiveces abatidas
Impaciente me tiene. Tú, Manrique,
Advierte luego á Alfonso.
Manr. Si te obliga
Con esto mi obediencia, ya te sirvo. (*Vase.*)

ESCENA III.

DICHOS, MENOS MANRIQUE Y GARCIA.

Raq. ¿Ruben, soy yo Raquel? ¿Soy quien solia
En el alma de Alfonso, y en su corte
Ser adorada en vez de obedecida?
¿Soy quien las riendas del gobierno tiene
En sus manos? ¿quién premia, y quién castiga?

Sácame ya, Ruben, de tanta duda:
Que al verme así ultrajada y ofendida,
Mi poder y mi suerte desconozco,
Y pienso que no soy la que solia.
Rub. No al enojo la rienda, Raquel bella,
Sueltes así. De Hernando la osadía
Honras con tu pesar. Yo te he criado;
Por mi astucia, Raquel, y mi doctrina
Te has dirigido en toda tu privanza,
Desde el dia feliz, en que rendida
Al imperio quedó de tu hermosura
De Alfonso octavo la soberanía.
Que acertados han sido mis consejos,
Sus felices efectos acreditan.
Esta verdad supuesta, ¿la venganza
No está en tu mano? ¿Pues porqué fatigas
Tu corazon con tales sentimientos?
Muera Fernando, muera quien irrita
A Raquel; y si el reino se le atreve,
Libre de su rigor no quede vida;
Pero sea, Raquel, con disimulo:
No armes con amenaza la malicia:
Sientan el golpe los que te ofendieren,
Primero que el amago de tus iras;
Alfonso cuanto pides te concede:
Su corazon, su cetro y monarquía
Riges á tu albedrío. ¿Pues si tanto
Te puedes prometer, en qué vacilas?
Muera Fernando, el pueblo, la nobleza,
Y si te ofende, abrásese Castilla.
Raq. Abrásese Castilla, y muera Hernan-
Sí, Ruben; ¿mas tan graves demasías [do:
No deberán sentirse?
Rub. No lo niego:
Mas deberán hallarte prevenida.
Siempre el favor persiguen enemigos,
Que es la privanza madre de la envidia.
Los ricoshombres tienes agraviados;
Pues los honores que á ellos se debian,
Por tu mano se dan á los hebreos.
Si los ofendes tú, ¿qué maravilla
Es que se quejen ellos? Mas ya el ruido
Manifiesta, que Alfonso se aproxima.
Ya llega.
Raq. Ahora de mi justo enojo
Tendré satisfaccion; verá García,
Si se ofende á Raquel impunemente,
Y si es bien temerario quien la irrita.

ESCENA IV.

DICHOS, Y SALEN ALFONSO, MANRIQUE, ALVAR FAÑEZ, Y ACOMPAÑAMIENTO.

Alf. Apliquese al desórden el remedio,
Alvar Fañez, si da lugar la ira
Al discurso.
Raq. Admitid, amado Alfonso,
(*De rodillas.*)
Una alma...
Alf. Raquel, calla: no prosigas:
(*Apartándola.*)
No cuando el corazon en iras arde,
Ahogue las venganzas que fulmina.
Segunda Troya al fuego de mi enojo
Ha de ser hoy Toledo: ¿quién creeria
Tan audaz desacato? ¿Se ha olvidado
Castilla, de que Alfonso la domina?
¿Sabe que aquesta espada, aqueste brazo
Es segur de la parca contra vidas
De traidores? y qué... ¿Pero, qué dudo?
Lugar no quede, puesto no se omita
Sin exámen: procúrese el aleve
Autor de aquella voz tan atrevida,
Tan indigna de pechos castellanos:
Los cómplices se busquen que la animan:
Que á mi poder protesto, y á los cielos,
Que el grave desacato escandaliza,
Que ha de ser mi venganza y su castigo
Asombro de Toledo y de Castilla.
Parte tú, Garcerán: los sediciosos
Asegura si puedes ó averigua,
Que ha de ver hoy España y todo el orbe
Si Alfonso octavo de quien es se olvida.
Manr. No quedará lugar que no se in-
quiera
En busca del traidor. (*Vase.*)
Alvar. Tan conmovida
Está Toledo, que será difícil
Poderla sosegar.
Alf. Pues mientras rija
Este brazo el acero victorioso,
Rayo que intentos bárbaros derriba,
Tiemble Castilla, España, Europa, el orbe
De Alfonso la venganza.
Raq. Sumergida
Estoy en confusiones.
Alf. Tú, Alvar Fañez,
Sígueme.
Raq. ¿Así, Alfonso, de mi vista
(*Deteniéndole.*)
Sin oirme te apartas? ¿En qué culpa
Ha incurrido mi amor? ¿Tú te retiras
De mí, grave y severo? ¿Qué mudanzas
Son aquestas, señor?
Alf. Nada me digas;
Aquesto es ser Alfonso desdichado,
Y Raquel la ocasion de sus desdichas.
(*Vase con el acompañamiento.*)
Raq. ¡Ay de mí, qué he escuchado! Tú,
Alvar Fañez,
Esplícame este arcano.
Alvar. Pues te avisan

Que eres tú la ocasion de tantos males,
La respuesta te puedes dar tú misma.
(*Vase.*)

ESCENA V.

RAQUEL y RUBEN.

Raq. ¿Estoy despierta, ó sueño por ventura? (*A Ruben.*)
Rub. No sé, Raquel: la misma duda
Mi discurso y razon, imaginando [agita
Que es cuanto he visto, sueño ó fantasía.
Raq. ¿Qué especie de dolor tan inhumano
Es este, o corazon, que por primicias
De los males y sustos que me aguardan,
Me ofrece la tirana suerte mia?
¿Quién de tanto favor se prometiera
Tan no esperada, tan mortal caida?
Y ¿quién, hecha, fortuna, á tus halagos
Pudiera recelarse tal desdicha?
Alfonso me aborrece: sus desvíos
De mis temores la verdad confirman:
Pues ¿cómo podrá ser ya venturosa,
La que se ve de Alfonso aborrecida?
¡Qué necio quien se fia de la suerte,
Sin advertir, que el tiempo y que los dias,
Que ciudades destruyen y edificios,
Favores y privanzas aniquilan!
¿Qué causa puede haber, amado Alfonso,
Para tanto desvío? ¿mis caricias
En qué te han ofendido, que por premio
Solo odio y desagrado se concilian?
¡Mas ay de mí! que en vano me desvelo,
En buscar la ocasion de mis fatigas;
Pues la suerte que empieza á perseguirme,
Por doblarme el dolor, querrá encubrirla.
Rub. ¿Así, Raquel, tu corazon desmaya
En tan fuerte ocasion, donde es precisa
La constancia mayor? En los principios
Si un mal, aunque sea leve, se descuida,
Fuerzas del abandono va cobrando,
Que el remedio despues inutilizan.
Reciente es este mal; aun se está en tiempo
De poderle acudir; quien averigua
La causa de un dolor, con mas acierto
Aplicarle podrá la medicina.
Inquiérate, Raquel, de esta desgracia
La ocasion; que despues de conocida,
Si no cede á remedios ordinarios,
Buscará los estremos mi malicia.
Raq. Bien, Ruben, me aconsejas: ¿en qué dudas?
Al yugo vuelva la cerviz altiva
Segunda vez Alfonso: el fin se logre,
Y el medio sea cualquiera que tú elijas.
Lícito es cuanto sea conveniente:
Propia moral de la venganza mia.
(*Ruido dentro.*)
Mas ¡ay de mí! ¿qué estrépito confuso
Oir se deja? El alma pronostica
El corazon, latiendo apresurado,
Algun cercano mal.
Rub. Ya mas destintas
Se perciben las voces: nunca pruebas
Mayores dió de sí la cobardía,
Que al escuchar rumor tan temeroso.
Voz dent. Muera Raquel, para que Alfonso viva. [toco:
Raq. No es delirio: verdad es la que
¿Y esto sufre mi enojo? esto mis iras?
Espera, vulgo bárbaro, atrevido,
Que si mi sangre á derramar conspiras,
Verás que á costa de la tuya sabe
Defender y guardar Raquel su vida.
Mas ¡ay de mí infeliz! ¿adónde corro
Sin consejo, o Ruben? Ya se se averiguan
Las causas del enojo y del desvío [cia
De Alfonso: ¿quién lo duda? Hernan Gar-
El pueblo ha sublevado. ¿Qué consejo
Me das, Ruben?
Rub. Ceder á la desdicha. (*Vase.*)
Raq. ¿Tú tambien me abandonas?

ESCENA VI.

RAQUEL, y sale MANRIQUE.

Manr. Si procuras
La vida conservar, que aquí peligra,
Huye, Raquel; en la vecina torre
De este alcázar te salva; conmovida
Está toda Toledo en daño tuyo;
Huye del riesgo, el mal presente evita.
Raq. ¡Ay de mí! ¿qué, es posible lo que escucho?
Que hicieses mutacion tan repentina,
Engañosa deidad, que la que en un tiempo
Tanto elevaste, así la precipitas?
Mas si es fuerza ceder á la fortuna,
Huyamos ya, Raquel: de asilo sirvan
Hoy á tus desventuras esas torres,
Que fueron el teatro de tus dichas.
(*Vase.*)
Manr. Ya se fué. El alboroto va creciendo:
Pero ya el rey... [:

ESCENA VII.

MANRIQUE, y salen ALFONSO, ALVAR FAÑEZ y acompañamiento.

Alf. Manrique?... (*Apresurado.*)
Manr. ¿Quién podria

ersuadirse, señor, tal desacato?
pueblo como el ruido lo publica,
alcázar rodea: en grave riesgo
tá vuestra persona: la atrevida
oz que se oyó en el templo esta mañana,
vulgo alborotado abanderiza;
cuando yo pensaba contenerle,
omo mandaste, ví que Hernan García
intento feroz acaudillando,
accion acaloraba, y en la grita
ra el primero á quien se le escuchaba:
uera Raquel, para que Alfonso viva.

Alf. ¿Qué es esto? ¿pudo Hernando (es
ometer tan infame bastardía? [increible)
Hernando, aquel que ha dado tantas
e su fidelidad, ahora conspira [pruebas
ontra mí? aquel Hernando?

Manr. El disimulo
as culpable, señor, y mas indigna
ace toda traicion.

Alvar. No así motejes,
otra prueba no tienes mas precisa,
e Hernando el proceder.

Manr. ¿Tú le disculpas?

Alvar. Yo de un noble jamas alevosías
e persuado, y el crédito suspendo
n caso igual á la evidencia misma.

Alf. Pues yo por alevoso le declaro:
uien tropas de traidores acaudilla,
uien á su rey se atreve, no merece
tro nombre, otro trato, otra divisa.
as si es traidor Hernando, su garganta
l filo probará de mi cuchilla,
ontra alientos y espíritus aleves
entella de las nubes desprendida.
ernando muera, mueran los traidores
ue me ofenden con él, y...

ESCENA VIII.

DICHOS, Y SALE GARCIA.

Garc. Bien fulminas
(*Arrodillándose.*)
ontra mí esa sentencia, Hernando muera:
n su sangre se embote la hoja limpia
e tu acero; pues siendo en tu desgracia:
o apetece vivir Hernan García.

Alf. ¿Cómo, traidor?

Garc. Injustamente, Alfonso,
(*Poniéndose en pié.*)
se nombre me das; y pues te olvidas
e mi fe y lealtad, que bien debieras
ener con tantas pruebas conocidas,
scúchame, y suspende por un breve
omento los enojos que te incitan,
Conocerás tu engaño y la calumnia,
Con que á mi honor se atreve infame envidia.

Alf. ¿Qué disculpa has de hallar que abonar pueda
Tu esceso, tu traicion y tu osadía?

Garc. Sabrásla, si me escuchas.

Alf. Pues empieza:
Aunque por este instante para oirla,
Sin olvidar tu ofensa, mis enojos,
Mi indignacion y mi furor reprima.

Garc. Esa voz, que de escándalo y desórden
El viento puebla, ó noble Alfonso octavo,
Monarca de Castilla, quien por siglos
Cuente el tiempo feliz de tu reinado:
Esa voz, que en el templo originada
Profanó del lugar los fueros santos,
Y de la magestad lo privilegios
Tan injuriosamente ha vulnerado:
Si el fin, si los intentos se examinan,
Y el celo que la anima contemplamos,
Aliento es del amor mas encendido,
Voz del afacto mas acrisolado.
Voz es de tus vasallos, que de serlo
Testimonio jamas dieron mas claro,
Que cuando mas traidores te parecen,
Que cuando los estás mas infamando.
Estos, porque tu error se desvanezca,
Los mismos son, que en tus primeros años,
Cuando para el recobro de tus reinos
Marte armó de valor tu tierno brazo,
Por tu amor derramaron de sus venas
La hidalga sangre: los que acompañando
El cruzado pendon en Palestina,
Rey de Jerusalen te coronaron.
Estos los mismos son que al luso altivo,
El bravo aragones con el navarro,
Fieros usurpadores de tus tierras,
Echaron con baldon de tus estados:
Los que postrando el leonés orgullo
En Palencia y Simancas, desterraron
De Fernando el dominio ó tiranía,
Que vínculos de sangre pretestando,
Se arrogó tu tutela, cuando fuiste
Pupilo en nombre, en realidad esclavo.
Aquellos son, cuyas gloriosas armas
De Tolosa en las Navas y en Alarcos,
Terror y afrenta tantas veces fueron
De inmensos escuadrones de africanos.
Estos, Alfonso, son los que te hablan
Por mi boca: los mismos que postrados
A tus piés el remedio solicitan
De estremos males, de insufribles daños.
Cuán grandes estos sean, bien parece
Que no hay necesidad de recordarlo,

Cuando para notarlos y advertirlos,
Cada rostro te muestra su retrato.
Repara en tus vasallos: sus semblantes
Te pintarán con infelices rasgos
La triste situacion en que se hallan
Sus altivos espíritus gallardos.
¿Pero cómo han de estar sino marchitos
Campos á quienes niega el sol sus rayos,
Jardines que descuida el jardinero,
Flor que no riega diligente mano?
Los campos del imperio de Castilla
Del valeroso Alfonso abandonados
Solo espinas producen y venenos,
Que ofenden y atosigan sus vasallos.
Raquel... permite, Alfonso, que la nombre,
Y si te pareciere desacato
Que quejas de Raquel se te repitan,
Pague mi cuello culpas de mi labio.
Raquel (vuelvo á decir) no solamente
El reino tiraniza castellano;
No solo de los ricoshombres triunfa,
No solo el pueblo tiene esclavizado,
No solo ensalza viles idumeos,
No solo menoscaba tus erarios,
No solo con tributos nos aqueja,
Sino que (lo que es mas) de Alfonso octavo
El alma y los sentidos de tal suerte
Domina y avasalla, que postrado
Oscuramente yace en su ignominia,
Siendo mofa de propios y de estraños.
Ya no conquista Alfonso: ya no vence:
Ya no es Alfonso rey: aprisionado
Le tiene entre sus brazos una hebrea;
¿Pues, cómo ha de ser rey el que es esclavo?
¿Estos los timbres son de tus victorias?
¿Este el fin de tus triunfos y tus lauros?
¿De este modo coronas tus hazañas?
¿Para esto de la fama al metal claro
Diste gloriosa voz con tus proezas?
¿Para esto al noble esfuerzo de tu brazo
Venciste reyes, conquistaste imperios?
Sí: para que Raquel atropellando
Tus glorias, tus hazañas, tus conquistas,
Tus timbres adquiridos y heredados,
Oscureciese, Alfonso, tu memoria,
Deshonrase tu nombre y tu reinado.
Si solo el fin los hechos califica,
¿Qué sirven los principios acertados,
Cuando son desaciertos los estremos?
¿Qué importa, Alfonso, que en tus tiernos
Llenases con tu nombre todo el orbe, [años
Si es ignominia ya lo que fué aplauso?
Recuerda, pues, de tan pesado sueño,
Y sacudiendo este infeliz letargo,
Oye de tus vasallos los clamores,
Si algun sentido perdonó el encanto.
Advierte el deshonor que te resulta
De comercio tan torpe, y los estragos
Que va causando en los cristianos pechos
Del vil hebreo el peligroso trato.
Esta es la voz del pueblo que te adora
De su misma pasion arrebatado.
No disculpar pretendo la osadía;
Los medios culpo, cuando el fin alabo.
Sin mi noticia el pueblo se conmueve:
Yo lo digo, y pudiera confirmarlo,
Si mi verdad necesitase pruebas,
Algun adulador que está escuchando.
Por contener la furia impetuosa
Que en mí se compromete, yo me encar
De esponerte las quejas y motivos
Que ocasionan el bárbaro atentado.
Este el suceso ha sido, esta mi culpa:
Ni me arrepiento, ni la accion retracto.
Mas si acaso te ofenden estas quejas,
Y el enojo y pasion te ciegan tanto,
Que á castigarte incitan por delitos
Las pruebas del amor mas acendrado,
Esgrime ya los filos de tu acero
Contra mi cuello fiel, que está esperand
(*Arrodillándose.*)
Darte de mi lealtad el testimonio
Postrero con la sangre confirmado.
Alf. ¿Qué secreta violencia y poderío
Encierra la verdad, o cielo santo,
Que cuando van á fulminar mis iras
Venganzas y castigos; cuando el brazo
Va á ejecutar el golpe de su enojo,
Queda al oirle inmóvil y pasmado?
(*Alzando á García.*)
Mas ¡ay de mí! que tanta fuerza tiene
La virtud. Ya su imperio soberano
En tus voces, Fernando, reconozco,
Y adoro sus preceptos en tus labios.
¿Soy Alfonso? ¿soy rey? soy de Castilla
El invicto caudillo, y quien la ha dado
Tantas victorias? Ya mi error conozco:
Ya advierto mi pasion, veo mi engaño,
Y ya, o divina luz, con tus reflejos
Todo el horror descubro de este encanto.
Ya el letargo detesto en que he vivido:
Ya, nobles y leales castellanos,
Sobre sí vuelve Alfonso á los avisos
Que á sus errores vuestro amor ha dado.
Hoy vereis, que si escándalo del reino
Ha sido su abandono tantos años,
La enmienda que medita, á borrar bast
Del yerro la memoria y el retrato.
Salga Raquel del reino: los hebreos
Salgan tambien con ella desterrados;
Que ni quiero delicias, ni riquezas,
Si en perjuicio han de ser de mis vasallo

Tú, Fernando, del pueblo conmovido
Sosiega el alboroto; y tú entre tanto,
Alvar Fañez, dispon que del destierro
Se formalicen el decreto y bando.
Triunfe esta vez de sí, quien tantas veces
Supo triunfar de ejércitos contrarios,
Y añada á sus vasallos esta prueba
Del amor que les tiene Alfonso octavo.
Garc. Permíteme, que el labio humilde imprima
En tu planta real. (*Arrodillándose.*)
Alvar. Deja que dando (*Arrodillándose.*)
Muestras de gratitud mi gozo esplique.
Alf. No os detengais, que el pecho atormentado
Está en la dilacion.
Alvar. Ya te obedezco. (*Vase.*)
Garc. A ejecutar, Alfonso, tus mandatos,
Parto veloz. A tu benigno imperio
Erigirá Castilla simulacros. (*Vase.*)
Alf. ¿Qué es esto, Garcerán, que por mí pasa?
¿Pero, qué dudo? Parte apresurado:
Busca al punto á Raquel: di, que la espero.
Manr. Lo haré, como mandais. (*Vase.*)

ESCENA IX.

ALFONSO.

Tiranos astros,
¿Dónde llega el rigor de vuestro influjo?
¿Esta pena, este golpe reservado
Me teniais? ¿Alfonso de sus fieles
Castellanos con tanto de acato
Requirido? ¿no es este atrevimiento?
No; que la pretension es justa, y cuando
Con razon pide el súbdito no ofende;
Que de culpa le absuelve y atentado
Lo justo de la instancia. ¡Qué congojas,
Qué pasiones y efectos tan contrarios
Atormentan al alma! ¿Qué, es posible
Que á su reino motivo Alfonso ha dado
Para que á su decoro se le atreva?
¡Mas ó cuán neciamente que lo estraño!
¿No se ha olvidado Alfonso de sí mismo?
¿Pues qué mucho es, le olviden sus vasallos?
¿Pero Raquel no sirve á mi locura
De disculpa? el dulcísimo milagro
De su beldad? ¡O suerte rigurosa,
Con cuánta confusion lidio y batallo!
¿Pero no soy Alfonso? De Castilla
El monarca no soy? Ceda al sagrado
Ser de la magestad un vil afecto.
Las débiles pasiones de lo humano
A la vista del solio desparezcan.
Deshaga de mi juicio los nublados
La luz de la razon, que ya despierta
Del letargo mortal de tantos años.
Pero aquí Raquel sale.

ESCENA X.

ALFONSO, Y SALE RAQUEL.

Raq. En tu presencia
A Raquel tienes ya: del vulgo airado
Entrégala al furor y la venganza:
Redime tu peligro con su daño.
¿No me llamas para esto? ¿Esta fineza
No es el premio que tienes preparado [ra:
A mi amor? ¿en qué dudas? Raquel muere,
Muera, pues en amarte te hace agravio.
Alf. ¡Cuánto, hermosa Raquel, mi amor ofendes!
No añadas al dolor que sufro y paso
De tu insulto el rigor y tiranía.
¡Yo darte á tí la muerte! ¡yo que te amo!
¡Que solo á influjo de tus ojos vivo!
¡Que apetezco la vida solo, en cuanto
Ofrenda puede ser de tu belleza!
¿Tal presumes de mí? ¡Oh cuán contrario
Es mi intento, Raquel! Salvar tu vida
A costa de la mia, es lo que trato.
El pueblo (ya lo ves) que Raquel muera,
O salga de Toledo, está clamando.
¡Oh qué estremos, Raquel, tan rigurosos!
¿Quién el medio hallará de conciliarlos?
Mi valor y poder no son bastantes
A refrenar su orgullo. Si retardo
Cumplir su gusto, á su furor te espongo:
Si de mi alcázar, o Raquel, te aparto,
Cierta es mi muerte. Pues Alfonso muera;
Muera yo si á Raquel la vida salvo.
Esto ha de ser, Raquel.
Raq. ¿Qué en fin dispones
Apartarme de tí?
Alf. Al rigor del hado,
Mi desgracia pronuncia esta sentencia;
El pueblo te condena, no mi labio.
Raq. Tropas son de traidores sediciosos.
Alf. Sí; pero prevenidos y arrestados.
Raq. Pues castiga su loco atrevimiento.
Alf. Cuando fuera posible ejecutarlo,
Temiera que la mina reventára,
Y causase en tu vida mil estragos.
Raq. Desecha ese temor: arma tu diestra;
Y si acaso el horror te oprime tanto, [tra;
Que tu antiguo valor inhabilita,
Por tí este empeño tamará mi brazo.
Pues si enciendo la cólera en mi pecho,
Si el hierro empuño, si el arnés embrazo,

Semíramis segunda hoy en Toledo
A tus piés postraré cuantos osados,
Cuantos rebeldes, cuantos alevosos
Aliento dan al sedicioso bando. [peligro
Alf. Deten, Raquel, la planta : no al
Así te precipites sin reparo.
Que te ausentes es fuerza.
Raq. ¿Tú lo mandas?
Alf. Yo que te adoro, yo, Raquel, lo mando. [destierras?
Raq. ¿Tú en fin, para que muera, me
Alf. Yo : porque pienso, que tu vida guardo.
A morir de esta ausencia me condeno.
Raq. ¿Qué, no hay remedio?
Alf. Yo ninguno alcanzo.
Raq. ¿Y cuándo he de partirme?
Alf. Luego al punto :
Pues cuanto mas, Raquel, se alargue el plazo,
Corres mayor peligro. ¡Cuántas ansias
Siente mi corazon al pronunciarlo!
A Dios, Raquel.
Raq. ¿Qué en fin así me dejas?
(*Deteniéndole.*)
¿El cariño, señor, de tantos años,
De tanto amor las prendas no te mueven?
¿Mi desconsuelo, mi dolor, mi llanto
Desatiendes así?
Alf. ¡Suerte enemiga,
A qué ocasion tan fuerte me has guiado!
Raq. ¿Qué resuelves en fin?
Alf. Que partas luego.
¡Mas ay de mí! que aqueste duro fallo
Contiene la sentencia de mi muerte.
¿Pero en qué me detengo? en qué reparo?
Huya Raquel á conservar su vida,
Mientras queda á morir Alfonso octavo.
(*Vase.*)

ESCENA XI.

RAQUEL.

Pues ya, Alfonso, que ingrato me abandonas,
Desatento, cruel y temerario,
Si me has amado, si en tu aleve pecho
De aquel volcan amante queda rastro,
Permita el cielo, que estas cosas mira,
Y está tu ingratitud considerando,
Pases por el dolor de verme muerta
Al acero cruel de tus vasallos :
Que queriendo vengar estas ofensas,
No logre tu rigor ejecutarlo ;
Que mi sombra interrumpa tu reposo,
Y que en pesar continuo y largo llanto
Llores la desventura, ingrato Alfonso,
Que Raquel, por amarte, está esperando.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

RAQUEL Y RUBEN.

Rub. ¿Cómo en inútil llanto el tiempo
Engañada Raquel? ¿así remedias [pierdes,
La ruina y eversion del pueblo hebreo?
¿Así, Raquel, redimes las miserias
De tu infeliz nacion? ¿Así el injusto
Bando revocas? ¿De esta suerte piensas
Volver á tu perdido valimiento?
¿De tantos infelices las querellas,
Que cifran en tu influjo sus alivios,
Atiendes de este modo? el llanto deja :
Deja inútiles quejas y sollozos
A mejor ocasion, y considera,
Que el general destierro, que esperamos,
Atemoriza á todos y consterna.
El pacífico hogar, el quieto albergue
Edificados por las manos nuestras,
Quedarán de su dueño abandonados
A injusto poseedor ; y las riquezas,
Que acumuló la industria y la fatiga,
Apagarán su avara sed apenas.
Considéranos ya, que fugitivos
Peregrinamos apartadas tierras,
Y entre bárbaros dueños arrastramos,
Del cuello esclavo la servil cadena.
Ancianos, niños, jóvenes, mugeres
De la suerte que aguardan, se lamentan,
Y el triste sollozar del idumeo
Música es, que al castellano alegra.
Reprime, pues, el llanto ; y si pretendes
Templar con él lo acerbo de tus penas,
Resérvale á ocasion mas oportuna.
Del indignado Alfonso en la presencia
Las perlas, que aquí viertes sin provecho,
De nuestra libertad rescate sean.
Raq. No, Ruben, con tan frívola esperanza
Aumentes mi dolor ; deja á mi pena,
Que goce del alivio, que la suerte
Por único recurso la reserva.
Nuevos tiempos, Ruben, nuevas fortunas
Corren ya aquí. Mis lágrimas, que fueran
Bastantes otro tiempo á dar al mundo
Sentimiento y dolor, ya se desprecian :
Ya en vez de compasion iras concitan.
Cuando Alfonso otra vez solo por ellas

La guerra declarára al universo,
Del Tajo undoso la dorada vena
Retroceder hiciera hácia su orígen,
La noche en claro dia convirtiera;
Tanto en tan breve tiempo se ha mudado:
Tan otro está que juzgo se deleita
En verlas derramar. Prueba costosa,
¡Ay memoria infeliz! cruda esperiencia
Vienen de hacer, Ruben, las ansias mias
De lo poco que puedo, y valen ellas.
En medio de mis lágrimas amargas,
Alfonso, el mismo Alfonso me condena:
De su boca, Ruben, de mi destierro
He escuchado yo misma la sentencia:
De sí Alfonso me aparta riguroso.
Mira, si es bien, que de su mal se duela,
O que admita esperanzas de consuelo,
Quien tan contraria suerte esperimenta.

Rub. No tan contraria es, como imaginas.
Los males cuando á ser estremos llegan,
Como pasar no pueden de aquel punto,
Que empiecen á ceder, Raquel, es fuerza.
Ya el desáire mayor has tolerado:
Ya no hay (créeme, Raquel) cosa que temas,
Ya Alfonso arrepentido por ventura,
Medios inquiere de templar tus quejas.
Solo de rey respetos le contienen:
Y si estos le obligaron á que hiciera
Contra tu amor esfuerzos tan violentos,
No dudes que en su pecho las centellas,
Que apagar pretendió un temor en vano,
Libre ya de él, con mas furor se enciendan.
Hondas raices el amor ha echado
En el alma de Alfonso: no se quiebran
Cadenas, que labraron tantos dias,
Raquel, tan fácilmente como piensas;
Ni se puede borrar tan brevemente
La estampa, que en el pecho dejó impresa
Pasion tan generosa; pues no bastan
Sustos, temores, sobresaltos, penas,
Disgustos, amenazas, desventuras,
Ni cuantos males la naturaleza
Por mayorazgos repartió á los hombres,
A retraer á quien amó de veras.
En tí la prueba tienes. Si del mundo
El dominio absoluto te ofrecieran:
Si cuantas perlas el Oriente envia,
Cuanto oro Arabia tiene, el Catay sedas,
Púrpuras Tiro, olores el sabeo,
El turco alfombras, el persiano telas,
Cuanto tesoro encierra en sus abismos
El hondo mar, y cuanta plata cuentan
Sudaron los famosos Pireneos,
Cuando Vulcano liquidó sus venas:
¿Si todo esto, Raquel, porque de Alfonso
El amor desdeñases, te ofrecieran,
Te moveria acaso? le dejáras?
Pudieras olvidarle? Pues si encuentras
Ese imposible en tí, ¿cómo presumes
Que Alfonso, cuya amante pasion ciega
Ejemplo singular ha sido al orbe,
Olvidarse de sí tan breve pueda?
Delirio es de tu amor tal pensamiento:
Recobra la esperanza, y aprovecha,
Si quieres remediar el mal presente,
Raquel, el corto tiempo que te queda.

Raq. ¿Pues puedo prometerme algun remedio
A tan estremo mal?

Rub. La diligencia
Madre es de la ventura.

Raq. ¿Y la que tiene
Del rigor de su suerte tantas pruebas,
No será necia en esperar ventura?

Rub. Necedad es mayor, creer que deba
Favorecer la suerte al negligente.

Raq. Cuando remedio ya ninguno queda,
¿No es prudencia ceder á la desgracia?

Rub. Pero ninguno llamará prudencia,
Persuadirse que son irremediables
Los males de la vida. No hay adversa
Fortuna, que la industria no deshaga
O modere á lo menos.

Raq. ¿Pues se encuentra
Alguna que remedie tan gran daño?

Rub. Sí, Raquel, si á mi arbitrio te sujetas.

Raq. ¡Ay, Ruben! mi esperanza á nueva vida
Con tu discurso has vuelto. Ya se ahuyentan
Con tus consejos sabios mis recelos,
Mi temor con tus graves advertencias.
Dispon, Ruben: Raquel obedecerte
Solo sabrá.

Rub. Pues si á mi arbitrio dejas
De esta accion el gobierno, nada dudes;
Cuenta como lograda ya la empresa.
Alfonso, compelido del respeto
De sus vasallos, hace resistencia
A su amor, y en su cuarto retirado
Finge desvíos, desamor afecta.
Pero yo sé, Raquel, que interiormente
Por verte muere, por hablarte anhela,
Y que hasta conseguir desenojarte,
Juzga las breves horas por eternas.
Batalla con afectos diferentes
El corazon del hombre; mas si llega
A tomar el amor en él partido,
Por él el campo y la victoria quedan.
Esto supuesto, Alfonso ha de buscarte:
Y si hiciere á tu amor tan grave fuerza,
Que el impulso quebrante de su afecto,
Supla esta falta nuestra diligencia.
Necesario es que á Alfonso te presentes,

Antes que se efectue nuestra ausencia,
Que de esto solo pende la esperanza,
Y en esto el logro de ella se interesa:
Pues si vuelve otra vez á verte Alfonso,
Difícil es que á abandonarte vuelva.
Resuélvete: y en tanto tus pesares
A cuantos de ellos informarle puedan,
Ostenta y exagera astutamente.
Haz, Raquel, aparato de tus penas:
Lean todos tu enojo en tu semblante:
Tu dolor todos en tus ojos vean:
Esto conviene.

Raq. Pues si así conviene,
Y ves, Ruben, dispuesta mi obediencia,
Hasta que llegue el lance que meditas,
Los aires hinchiré con mis querellas,
Molestaré la tierra con mis voces,
Y aun sembraré en los cielos mis endechas.
(*Vase.*)

ESCENA II.

RUBEN.

Sí, Raquel: que si ayuda la fortuna
Mis prevenciones, ó he de hacer que vuelvas
A ser segunda vez dueño de Alfonso,
O he de perder la vida en esta empresa.
Mas ¡ay de mí! que aunque me aliento en vano
Lucho con mil recelos y sospechas,
Y de un trágico fin ó desventura
El justo horror de confusion me llena.
Que lidiar contra un vulgo alborotado,
Oponerse al poder de la nobleza,
Y mantener una privanza injusta,
¿Quién sino un despechado lo emprendiera?
¿Pero qué importa aventurar la vida?
Aventúrese todo, Raquel tenga
Segunda vez de Alfonso el albedrío;
Que si esto se consigue, ya te queda
Ruben, abierto campo á tus venganzas.
Muera Hernando, Alvar Fañez tambien muera,
Y cuantos ricoshombres en Castilla
Contraponerse á mis intentos puedan.
Yo haré que en recompensa de su agravio
Pida Raquel á Alfonso sus cabezas,
Y que reos de estado por mi industria,
Les dé amor vengativo la sentencia.
¿Mas dónde Garcerán apresurado
Así corre? Perpetuas compañeras
Son de la iniquidad las inquietudes:
Siempre el malvado lidia con sospechas.

ESCENA III.

RUBEN, Y SALE MANRIQUE.

Manr. ¿Ruben, has visto al rey?

Rub. En su retrete
Segun acabo de informarme, queda.
¿Mas qué motivo así te precipita?

Manr. El ganar las albricias de la nue
De que ya está Toledo sosegada; [va
Y el que antes era todo turbulencia,
Ya es teatro de aplausos.

Rub. ¿Pues qué caus
Pudo mover pasiones tan opuestas?

Manr. El haber ofrecido Hernan Garcí
De Raquel el destierro y tu cabeza.

Rub. ¿Mi cabeza, Manrique?

Manr. No lo dudes

Rub. ¿Qué dices?

Manr. Que á tí el pueblo te condena

Rub. ¡A mí! ¿Por qué razon?

Manr. Porque á tu influj
De Raquel atribuyen las violencias:
Su rigor, su codicia, sus audacias
Obras de tu enseñanza consideran,
Y el encanto y prision de Alfonso octavo,
Lecciones aprendidas en tu escuela.

Rub. ¡Yo, Manrique!.. Si el cielo...

Manr. Esas disculpas
Con quien pueda estimarlas, aprovecha.
Duéleme tu desgracia; mas no alcanzo
A remediarla; así no me detengas,
Pues yo sirvo á mi rey. Solo un consejo
Darte podré de mi amistad por prueba;
Y es, que en las desventuras declaradas
Oponerse á la suerte, es imprudencia.
(*Vase.*)

ESCENA IV.

RUBEN, Y DESPUES LA GUARDIA.

Rub. ¡O córtes, ó palacios, centro infam
De engaños, falsedades y cautelas,
Cuán á mi costa llego á conoceros!
Si este, que debe toda su opulencia,
Su valimiento y auge á mis influjos,
Así me corresponde; ¡cuánto yerra,
Quien de áulicos confia en esperanzas,
Quien cree cortesanas apariencias!
¿Mas cómo en reflexiones importunas
Malogro el tiempo? El pueblo mi cabeza
Está pidiendo; yo la causa he dado:
El riesgo es conocido, y está cerca.
¿Qué arbitrio me darás, ingenio mio,
Para librarme de ocasion tan recia?
Mas ¡ay de mí! que el cielo acaso quiere
Dar á mi iniquidad la justa pena,
Y cansado tal vez de tolerarla,
Pretende hacer de su justicia muestras.
Escarmienten los malos en mi daño,
Y en mi desdicha la impiedad aprenda,

ue no siempre se peca impunemente;
que si acaso el santo cielo deja
orrer tras de sus vicios los mortales,
s por darles lugar para la enmienda,
que su tolerancia justifique
n medio de las iras su clemencia.
ero del rey las guardias se descubren.
Qué es esto? Triste corazon, alienta;
ue pues Alfonso al público se ofrece,
un queda á mis astucias franca puerta.
enga Raquel: renueve su hermosura
a antigua llaga que á cerrar se empieza,
fénix hoy amor entre cenizas
uevo ser, nueva vida á cobrar vuelva.
(*Sale la Guardia.*)

Guard. Despejad.

Rub. Ya en el campo de batalla
ienes al enemigo. Ultima prueba
Esta es de tu poder, astucia mia.
Refuerza, amor, tus verdaderas flechas
A favor de Raquel, porque en Toledo
Se tremole hoy triunfante tu bandera.
(*Vase.*)

ESCENA V.

SALEN ALFONSO Y MANRIQUE.

A la Guardia). (*A Manrique*).

Alf. Retiraos. ¿Qué en fin ya se ha apla-
El furor de la plebe? [cado

Manr. La presencia
De Hernando refrenó sus osadías,
Que solo su valor los contuviera;
Y porque mas afianzada quede
La pública quietud, las cien banderas,
Y los dos mil ginetes destinados
Y prontos á marchar ya sobre Cuenca,
Del campo de la Sagra en que se alojan,
Sobre Toledo vuelven; y la fuerza
Ocupada, señor, de San Cervantes
Con el nuevo presidio, ya no queda
Motivo de temer por mas que intente
Segunda novedad la plebe inquieta.

Alf. ¡O suerte miserable de los reyes,
Cuán vanamente el fausto os lisonjea,
Si juzgais os exime de cuidados
El poder, la corona y la opulencia!
¡O nombre ciegamente apetecido!
¡O títulos pomposos de grandeza,
Solo sonido, vanidad y viento! [tezca?
¿Quién, que os conozca, habrá que os ape-
¿Pues qué sirve el poder en los monarcas,
Si siempre el rey en sus acciones queda
Sujeto á la censura del vasallo,
Que injusta las abona, ó las reprueba?
¿Qué sirve la corona, si su engaste
Es de la voluntad fuerte cadena,
Prision equivocada con imperio,
Y esclavitud llamada independencia?
¿Para qué es la opulencia, si los graves
Cuidados, que á los reyes nos rodean,
Tiranizan el gusto de gozarla,
Ocupándole tiempo en estenderla?
¡O fortuna envidiable del villano,
Contento en la humildad de su bajeza,
Y libre de los sustos y desvelos
Que de continuo al poderoso cercan!
¡O mesa venturosa, que guarnece
Grosero plato de paterna herencia,
Que convierte en sabroso y delicado
Aquel placer, que á tu contorno vuela!
Pajiza habitacion de la alegría,
A cuyo umbral humilde nunca llega
Ni de la envidia el tiro venenoso,
Ni el ímpetu cruel de la soberbia.
¡Cuánta ventaja haceis á los altivos
Alcázares reales, que aposentan
Por huéspedes perpetuos de sus techos
Desvelos, sinsabores y sospechas!
¡Cuán libremente sus deseos goza
El simple labrador, cuya pobreza
Ni escita emulacion en sus iguales,
Ni en los mas poderosos competencia!
Si al pellico y cayado el cetro de oro,
La púrpura real trocar pudiera,
¡Cuán ventajoso el cambio juzgaria!
¡Con cuánta libertad en las florestas
Del amor solamente frecuentadas
Gozára tu hermosura, Raquel bella,
Nunca de estado la razon tirana
Tanto bien, tanta gloria me impidiera.
¡O suerte! ¡O condicion! ¡O reino, cuánto
Me debeis, si á Raquel por causa vuestra
De mí separo! ¿Pero qué pronuncio?
¿Podrás, Alfonso, tú vivir sin ella?
No: que mi vida pende de sus ojos:
No: que en su pecho mi alma se aposenta.
Mas la razon, el reino, mis vasallos,
Mi honor, su misma vida, las estrellas,
Todo influye en su ausencia. ¡O suerte in-
justa!
¡O cruel dolor! ¡O bárbara violencia!

Manr. No deis lugar, señor, á reflexiones,
Que aumentan vuestro mal y vuestra pena.

Alf. Deja, Manrique, que mi mal me
aflija;
Deja, que mis dolores cobren fuerzas;
Deja, que mi pasion me martirice.

Manr. Mirad, señor, que vuestra vida...

Alf. Deja,
Que avivando el dolor y sentimiento

El fuego que en mi pecho se alimenta,
En las aras de amor mi triste vida
Ofrenda noble y holocausto sea.
Porque vea Raquel, que si ha podido
El cuerpo separar la suerte adversa,
El alma no; que libre de embarazos
A Raquel volará como á su esfera.
¡O dias miserables, de horror llenos,
Llenos de lutos, llenos de tristezas,
Los que sin tí, Raquel, ya me amenazan!
¡O eternas noches, de dolores llenas,
Aquellas, que tu ausencia lamentando,
Pasaré en largo llanto y mudas quejas!
Garcerán, si el amor que me has debido,
Quieres pagar con solo una fineza
Saldrás de obligaciones. Con tu acero,
Abre este pecho, rómpeme las venas;
Mi espíritu desata de estos lazos;
Dame, dame la muerte: no suspendan
La ejecucion respetos de vasallo:
Piedad será esta vez lo que otra fuera
El delito mayor, pues se redimen
Con solo un mal inmensidad de penas.

Manr. No así ofendais, señor, mi amor y celo
Con proponerme acciones tan violentas,
Tan fuera de razon y desusadas.
Volved en vos, desvaneced ideas,
Que os turban la razon y los sentidos:
Conservad vuestra vida; y ved que en ella
Se cifra el bien de todo vuestro reino.
Y si el amor, si la pasion os ciega
Tanto, que á riesgo ponga vuestra vida,
Porque esta se conserve, todo ceda;
Todo ceda, señor, á vuestro gusto. [fiera
¿Pensais, que pueda haber, quien no pre-
Tanto bien á cualquiera otro respeto?
Yo os lo afirmo, señor: todos desean
Que vivais á Castilla largos siglos.
Ademas de que ya las tropas cerca
De Toledo, y la plebe sorprendida,
No queda que temer. Y antes debiera
De Raquel el destierro revocarse
En obsequio, señor, de vuestra regia
Autoridad, que queda desairada
De otro modo.

Alf. ¡Qué en vano me aconsejas!
En vano tu lealtad, tu amor y celo,
Quiere templar lo acerbo de mis penas.
¿Cómo podré olvidar de mis vasallos
La justa pretension? ¿Bien visto fuera
Que cuando ellos por mí se sacrifican,
De lealtad siendo ejemplo y de fineza,
Como tú dices, yo correspondiese
A tan notable fe, abusando de ella?
No, Garcerán: los cielos no permitan,
Que yo mancille con accion tan fea
La historia de mi vida desdichada.
Y pues remedio ya ninguno queda,
Acábame, o dolor, dame la muerte,
Serás piadoso aquesta vez siquiera.

Manr. Apartad ya, señor, el pens
De tan tristes objetos. [mien

Alf. Mal pene tras
Del mal que me fatiga y acongoja,
El rigor, la cruel naturaleza.
Si el enfermo, que siente lastimada
Una parte del cuerpo, aunque no sea
De las mas principales, no es posible
Que el pensamiento de su mal divierta;
Quien tiene como yo llagada el alma
De herida tan antigua y tan acerba,
¿Cómo podrá, Manrique, distraerse
Insensible al dolor que le atormenta?

Manr. Mirad, que llega gente.

(*Sale un guardia.*)

Guard. Para hablaro
Espera, que le deis, señor, licencia
Raquel. [lan

Alf. ¿Qué es lo que escucho? Fuer
Me preparas, fortuna: cruda guerra
Vas á moverme, amor, en este encuentr
¿Pero qué riesgo hay ya, cuando no queda
A la revocacion arbitrio alguno?
¿Y no será crueldad, que cuando llega
Raquel á suplicar á Alfonso octavo,
Ni aun admitirla á su presencia quiera?
¿Qué dudo pues? Decid, que Raquel llegu

(*Vase el guardia.*)

Manr. Ya con Ruben, señor, aquí acerca. (*Vase*

ESCENA VI.

ALFONSO, Y SALEN RAQUEL, RUBE
Y ACOMPAÑAMIENTO DE JUDÍAS.

Raq. Si presumis, señor, que á vuestr
plantas. (*De rodillas*
Segunda vez me trae aquel designio,
De que anuleis el rígido decreto
De mi ausencia, ó mi muerte, que es
mismo. [quel llora

Alf. ¡Ay de mí! Alzad del suelo: R
(*Alzando á Raquel.*)
Mucho de tí recelo, valor mio.
Proseguid, pues. ¿Qué es esto, duros a
¿Qué os detenéis? [tros

Raq. Oid, que ya prosigo.
Si presumis, Alfonso, que este llanto,
Si pensais, que estos débiles suspiros,
Prendas en otro tiempo inestimables,

Cuando suerte mejor, y el cielo quiso,
Vienen acaso á ser intercesores
Entre vuestro rigor y mi delito,
(Si haber correspondido á vuestro afecto,
Merecer puede nombre tan indigno)
No lo temais. Mi llanto y mis sollozos
Solo son espresion de mi martirio,
Vapores, que á los ojos ha exhalado
La amante llama, que en mi pecho abrigo.
Con muy contrario intento á vuestra vista
Vuelvo, señor: pues si antes he pedido
Suspendierais el órden de mi ausencia,
Llevada de mi amante desvarío;
Ya con mejor acuerdo solo trato,
De cumplir vuestro gusto, y solo aspiro
A dar la última prueba en mi obediencia
Del amor con que siempre os he servido.
Bien sé, que obedecer vuestro mandato
La vida ha de costarme, cuando miro,
Que no pueden cortarse á menos riesgo
Lazos que tanto amor y tiempo ha unido.
Mas si en esto, señor, de mi fineza
Los subidos quilates acredito,
Dulces serán los últimos tormentos,
Si han de manifestar cuanto os estimo.
Males no habrá, de cuantos me propone
La triste idea del destierro mio,
Que no les dé accidente de deleite
El ser por vuestra causa padecidos.
La dura soledad que me amenaza
En la mortal ausencia que medito,
Será recreacion del pensamiento,
Al contemplar sois vos quien la ha querido.
El cansancio, señor, la grave angustia
De mi espíritu vago y peregrino
Trocará las congojas en descanso,
Y hará de la fatiga misma alivio:
Y los insultos á que quedo espuesta,
Del feroz vulgo adularán mi oido,
Viendo, que aborrecerme así les mueve,
De su rey el afecto y el cariño.
Esto supuesto, y que es inescusable
Ausentarme de vos, pues mi peligro,
La voz del pueblo, su quietud, los cielos
Lo tienen decretado y convenido;
Si algun mérito tiene, amado Alfonso,
Tan constante pasion, amor tan fino,
De tantos años la correspondencia,
La noble emulacion con que habeis visto
Mi ternura, y la vuestra, competirse,
Votos con tal desgracia repetidos,
Tantas promesas por mi mal frustradas,
Con que no pienso ya reconveniros,
Pues me tiene tomados mi desdicha
De cualquiera esperanza los caminos;
En recompensa solo una fineza
Me atrevo á suplicaros y pediros,
Cuyo derecho no podrá usurparme
El rigor de esta ausencia ó esterminio.
Esta es, Alfonso, que pues no es posible
Apagar esta llama que respiro,
De mi pecho arrancar vuestro retrato,
Ni de mi pensamiento este delirio,
Os deba esta infeliz que así os adora
Un recuerdo tal vez, que fuisteis mio.
Que en los años dichosos, que me amasteis,
Y yo fuí vuestra, pudo el amor mismo
Ternezas aprender de mis afectos:
Que siempre el mio fué vuestro albedrío,
Y finalmente que por adoraros,
Ausente, triste y desterrada vivo.
Esto, señor, mis lágrimas pretenden:
Este el intento es, que me ha traido,
A causaros molestias con mi vista,
Y esto lo que por último os suplico.
Esto hará mis tormentos menos graves,
Mis males menos duros y prolijos,
Y aborrecible menos este aliento,
Mientras la parca tuerza el vital hilo.
Y pues instan, señor, inconvenientes,
Temores, sobresaltos y peligros
A que me ausente, ¡ay Dios, cuántos aho-
El espíritu siente al proferirlo! [gos
Dadme, señor, licencia; y este llanto,
(*Arrodillase.*)
Ultima ofrenda, que á mi amor dedico,
Os quede por seguro que ni el tiempo,
Destierro, ausencia, penas, ni martirios,
Recelos, amenazas, ni desastres,
Ni de la muerte el riguroso filo
Serán bastantes á borrar del pecho,
De santa fe depósito y archivo,
La imágen vuestra, que por tantos años
Labró el amor, el trato y el destino.

Alf. ¿Qué es esto, sacros cielos? Qué centella,
Qué estraordinario ardor no conocido
A mi pecho ha inspirado, Raquel mia,
Tu llanto y tu dolor? ¿Cuándo se ha visto
Sino en mi daño tan estraño ejemplo?
¿Fenómeno tan raro y peregrino?
Alza, Raquel, del suelo: de tu llanto
Suspende los raudales: no abatido
Tengas el cielo, de quien eres copia.
No desperdicies los tesoros ricos
De tus preciosas lágrimas: recoge
Al lastimado pecho los suspiros.
Deja el llanto y dolor, deja la pena
A este infeliz, á quien el hado impío
Maltrata con rigor tan importuno.
A mí, á quien el perderte es ya preciso,
Y muriendo vivir en esta ausencia,

Corresponde, Raquel, este ejercicio.
Segura partir puedes, de que en cuanto
Este espíritu rija el condolido
Cuerpo, que tantos males debilitan,
Su alimento será y manjar continuo
Llanto y dolor, pesar y sentimiento.
Mas ¡ay de mí infeliz! ¿Qué he proferido?
¿Yo, que Raquel se ausente, pensar puedo?
¿Yo puedo proponerlo y consentirlo?
¿Yo, que aliento al influjo de su vista?
¿Yo, que en fe de que me ama solo animo,
No es posible, ni el cielo lo consienta.
Raquel, no has de partir: antes el hilo
Se corte de mi vida.

Raq. ¿Qué he escuchado?
¿Qué pronuncias, señor? ¿No sois vos mismo
Quien ha determinado mi destierro! [mo

Alf. Fué atentado, fué error, fué desvarío.

Raq. ¿Pues vos no me intimasteis la sentencia?

Alf. No lo puedo negar: temor lo hizo.

Raq. ¿No os mostrasteis de piedra á mis razones?

Alf. O no era yo, ó estaba sin sentido.

Raq. ¿No sois vos mismo quien me aconsejaba?
¿No sois aquel, que astutamente fino
Me pintaba los riesgos?

Alf. Verdad dices,
Tenlo por sueño, tenlo por delirio.

Raq. ¿No despreciasteis mis reconvenvenciones?
¿No os vi sordo á mis llantos y gemidos?
¿Por fin de mí no huisteis?

Alf. ¿Qué mas quieres,
Raquel, si te confieso mi delito?
Sírvame este rubor, esta vergüenza
Que paso al confesarlo, de castigo.
Errores son, que debes disculparlos,
Pues tuvieron, de amarte, su principio.
Yo te amaba, Raquel: yo te apartaba
De mis ojos; contempla mi martirio.

Raq. ¡Con qué facilidad un pecho aman-
Si está tan empeñado como el mío, [te,
Admite las disculpas que desea,
Y aun tal vez disimula su artificio!
Mas cuando yo os conceda, que forzado
Obrasteis, y que solo mi peligro
Os turbó la razon, ¿es por ventura
Menor el riesgo ya? ¿los conmovidos
Corazones están mas aquietados?
¿Se han disipado ya mis enemigos,
¿Clama menos el pueblo? ¿la nobleza
Pondrá á su queja término? ¿Vos mismo
A quien ya los temores vencer saben,
Me dais seguridad de reprimirlos?
¿Quereis que espuesta quede á una violencia?
¿Del vulgo fiero al bárbaro capricho?
¿De un soberbio al insulto? ¿Quién me ama,
Podrá esto tolerar? ¿Qué poderío,
Qué autoridad, qué ausilio me asegura
De tantos riesgos? si es que os he debido
Algun amor, Alfonso, no mi vida
Espongais de esta suerte; y pues preciso
Es que me ausente, á Dios, amado Alfonso,
(*Llorando, y en ademan de irse.*)
A Dios, y el cielo...

Alf. El cielo que ha querido
(*Deteniéndola.*)
A tan graves desdichas conducirme,
Y es de mi puro amor y fe testigo,
No permita que Alfonso sin tí viva.
¿Raquel amada, hermoso dueño mio,
Así á Alfonso abandonas?

Raq. Las estrellas,
El cielo así lo manda, y mi destino.

Alf. ¿Qué en fin estás resuelta á abandonarme? [esplico...

Raq. Cuanto me pesa, en este llanto

Alf. Pues si mi desventura es tan notoria,
Y esta vida, este espíritu mezquino,
Como inútiles prendas considero:
(*Sacando la espada.*)
Acero noble, rayo que esgrimido
De mi diestra, blasones duplicasteis
A Marte poderoso, ya os dedico
A mejor ministerio: sed piadoso
Instrumento de amantes sacrificios.
Y tú, Raquel, si quieres testimonios
De mi constante amor ciertos y fijos,
Pues no oyes mi razon, estas alfombras
Te los ofrezcan con mi sangre escritos.
(*En ademan de echarse sobre la espada.*)

Raq. Deteneos: ¿qué haceis, qué furia es esta? (*Conteniéndole.*)
Mirad, que de la espada el duro filo,
Cuando amenaza estragos á ese pecho,
Los obra y ejecuta ya en el mio.
¿No advertis que ese golpe riguroso
Será fin de mi vida? ¿Quién ha dicho,
Que muerto Alfonso octavo, Raquel puede
Vivir un solo punto? ¿Habeis creido,
Que á vuestra costa pueden redimirse
Mis desdichas? Vivid, Alfonso mio:
Vivid, que Raquel solo para amaros
La vida quiere. Ya, señor, me rindo
A cuanto dispusiereis: ya Toledo
Será otra vez mi centro: no hay peligro,

Que á trueque de agradaros me dé asombro,
Que me dé susto á trueque de serviros.
Alf. ¡O portento de amor! Sea la eterna
Gratitud, que te ofrezco y sacrifico,
Paga á tanto favor.
Raq. ¿Y los hebreos,
Que no tienen, señor, otro delito,
Que depender de mí?
Alf. Ya los indulto.
Y porque tu temor desvanecido
Del todo quede; porque no receles
De un vulgo osado los infieles tiros,
Desde hoy de mi cetro y mi corona
Serás dueño absoluto. Mis dominios
A tu arbitrio se rijan y gobiernen:
De todos mis vasallos los destinos
De tí dependerán públicamente,
Porque todos así te estén sumisos.
Ha de mi guardía?
(*Ocupando el solio.*)

ESCENA VII.

DICHOS, Y SALEN MANRIQUE, LA GUARDIA Y ACOMPAÑAMIENTO DE CASTELLANOS.

Manr. y los demas. ¿Qué ordenais?
Alf. Atentos
Escuchad lo que mando y determino.
¿Soy vuestro rey?
Manr. Por tal os veneramos.
Alf. ¿Sois mis vasallos?
Manr. Este distintivo
Nos honra.
Alf. ¿Y lo que yo sobre mi trono
Mandare y dispusiere, no es preciso
Que todos lo obedezcan?
Manr. ¿Quién lo duda?
Nadie debe escusarse de serviros.
Alf. Está bien: y el vasallo que se opone
Al gusto de su rey, ¿no es, decid, digno
De la pena mayor, y por rebelde
No se hace reo del mayor delito?
Manr. No hay duda.
Alf. Pues supuesto que no hay duda,
Y supuesto tambien, que es gusto mio,
Sabed, que hoy en mi trono sustituyo
A Raquel; mi poder y mi dominio
La transfiero, y yo mismo la coloco
En mi solio real; esto entendido,
Pues confesais debeis obedecerme,
(*Colocándola en el trono*).
Sabed que ya Raquel reina conmigo.
Cast. ¡Terrible ceguedad!
Manr. Si es vuestro gusto,
Ya os obedezco, y el primero rindo
A Raquel mi respeto.
(*Van los demas besando la mano á Raquel como Manrique*).
Rub. Bien se logra
El fin de mis astucias y designios.
Ya de nuevo respiro.
Raq. ¡Qué gustoso
Es el mando aun en medio de peligros!
Alf. Ya estás, Raquel, en el lugar sagrado,
Donde nunca alcanzar podrán los tiros
De tus contrarios: ya mi imperio todo
Está en tu mano: ya de tu albedrío
Dependen los que quieran ofenderte.
Los doce mil soldados, que destino
Para asediar á Cuenca, ya en Toledo
Entrando van; fiada en tal presidio,
Tu gusto ley de mis vasallos sea.
Raq. Por testimonio de tu amor lo estimo. [race
Alf. Y porque mi presencia no embaQue obres con libertad, yo me retiro.
A Dios, bella Raquel.
(*Vase con la guardia*).
Raq. El cielo os guarde.

ESCENA VIII.

RAQUEL, RUBEN Y MANRIQUE.

Raq. ¿Qué es aquesto, fortuna? ¿Quién ha visto.
Tan estrañas mudanzas en su suerte?
¿Qué afectos hasta aquí no conocidos
El corazon combaten? La venganza
Me inspira indignaciones y castigos:
Y este asiento, que es centro de justicia,
Contiene mi furor, cuando me irrito.
¿Mas podré conservar mi vida acaso,
Cuando me cercan tantos enemigos,
Por mas que este lugar me privilegie
Del insulto del pueblo? ¿El atrevido
Infame vulgo contendrá su furia,
Porque yo disimule su delito?
No por cierto; que el vil nunca conoce
Estas obligaciones, y al maligno,
A quien se disimula un desafuero,
Licencia se le da de repetirlo,
Prueben, pues mi rigor.
(*Sale un guardia*).
Guard. Hernan García,
Y Alvar Fañez, creyendo en este sitio
Hallar al rey, entrada solicitan.
Raq. Permitidlos entrar.
(*Vase el guardia*).
Manr. Duro conflicto

ESCENA IX.

DICHOS, Y SALEN ALVAR FAÑEZ POR UN LADO CON UN PLIEGO, É INMEDIATAMENTE GARCIA POR EL LADO OPUESTO.

Alvar. Este es, Alfonso, el bando...
¿Mas qué veo?
Garc. El obsequioso pueblo... ¿Mas qué
Alvar. ¿Es ilusion? [miro?
Garc. ¿Es sueño?
Raq. ¿Qué os suspende?
Alvar Fañez, llegad. ¿No me habeis visto?
¿Qué os admira, Fernando? ¿Qué reparos
Os detienen? ¿Habeisme conocido?
(*Levantándose*).
Yo soy Raquel: Raquel, la que no ha mu-
Insultasteis soberbios y atrevidos. [cho
Raquel soy; ¿qué dudais? á quien Alfonso
Sustituye en su mando; á quien él mismo
En su solio real ha colocado,
Con quien todo el poder ha dividido;
A quien ya sus vasallos mas leales
Tributan los obsequios mas rendidos.
Soy, quien traidores castigar pretende;
Quien del rigor esgrimirá los filos
En cuellos alevosos; quien alfombras
Hará á sus piés de espíritus altivos,
Y será con asombros y rigores
De audacias escarmiento y esterminio.
(*Tomando el pliego á Alvar Fañez, y rompiéndole*).
Mas tú, que de leal haciendo alarde,
Solicitas mi daño y precipicio,
Advierte, que así apruebo iniquidades,
Que así injusticias corroboro y firmo.
Y tú, que diputado de alevosos
Viles plebeyos, el enjambre indigno
Tan oficiosamente representas,
Les dirás de mi parte, cuánto estimo,
Su fineza, y que ya para pagarla
Prevengo hierros, lazos y suplicios.
(*Vase con Ruben y los demas judios*).

ESCENA X.

DICHOS, MENOS RAQUEL Y RUBEN.

Alvar. ¿Es posible que á tanto haya
La ceguedad de Alfonso? [llegado
Garc. Estoy corrido.
No sé cómo he sufrido tal ultraje.
¿Manrique, es esto cierto?
Manr. Ya lo has visto.
Alvar. ¿Y tú lo has permitido?
Garc. ¿Tú lo sufres?
Manr. El que lo pudo hacer es quien lo hizo.
El rey así, Alvar Fañez, lo ha mandado:
Así, García, Alfonso lo ha querido.
Cuando su voluntad tan declarada
Está, como notais vosotros mismos,
Ni debe replicar ningun vasallo
Ni puede resistirla sin delito.
Yo por lo menos solo sé que debo
Servir y obedecer al dueño mio. (*Vase.*)
Garc. Vive Dios, que es deshonra, es ignominia [cho,
Tal modo de pensar. ¿Pues quién te ha di-
Infame adulador, que á su rey sirve,
Quien como tú sus ciegos desvarios
Obedece sin réplica, debiendo
Conducirle á un desdoro y precipicio?
Mas ya no es tiempo de esto: ya, Alvar Fañez,
De Alfonso ves la ceguedad, ya vimos
De esa altiva judía la arrogancia.
¿Quién seguro estará de sus caprichos?
¿Quién no debe temer sus osadías?
¿Será razon, que el castellano brio
Obedezca las leyes de una hebrea?
¿Será justo, que aquellos que nacimos.
Los primeros del reino, para darle
Grandes ejemplos, mudos y abatidos
Una beldad tirana respetemos?
¿Y el pueblo que en los dos ha transigido
Sus acciones y fueros, será justo
Quede sujeto al abandono antiguo?
No, Alvar Fañez: remedio pide el daño.
Alvar. A cuanto quieras, ya me determino.
Garc. Redimamos al pueblo miserable.
Alv. Cuanto pienses y digas te confirmo.
Garc. Libertemos á Alfonso de este encanto. [lo.
Alvar. Mi vida ofrezco, para conseguir-
Garc. Mas se debe escusar todo alboroto,
No parezca motin, el que es oficio.
Alvar. A cuanto dispusieres, me resuelvo. [sigo
Garc. Pues si tú me acompañas hoy con-
Eternizar el nombre castellano
Con la violenta empresa, que medito:
Y verá el mundo en mí, cuando contemple
Los efectos, que ya me pronostico,
La mayor lealtad en la osadía;
Pues hay casos tan raros y esquisitos,
En que es mas fiel el menos obediente,
Y mas leal, el que es menos sumiso.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

SALEN HERNAN GARCIA, ALVAR FAÑEZ Y CASTELLANOS.

Cast. 1°. ¿Este descuido, Hernando, esta desidia,
Es el alivio, que esperar debiera
Un reino, que tan graves infortunios
Padece?
Cast. 2°. ¿Así se cumplen las promesas,
En cuya fe libraba su esperanza
El pueblo castellano?
Cast. 1°. ¿Qué torpeza,
Alvar Fañez, oprime los alientos
En tan fuerte ocasion?
Cast. 2°. ¿Qué indiferencia
Tan odiosa en tan grande coyuntura
Os suspende? ¿Sabeis que Raquel reina?
Que Alfonso de su encanto seducido
Mas que nunca á su arbitrio se sujeta?
Que el trono de Castilla venerable
Ocupa ya Raquel? Que la sentencia
Del general destierro del hebreo
Está ya revocada? Que con fiestas
Celebra el israelita, y con aplausos
Por Toledo su triunfo y nuestra mengua?
¿Es este de Raquel el esterminio?
¿Esas, Hernando, son vuestras ofertas?
¿Sabeis, que á su rigor quedan espuestos
Los vasallos de Alfonso? ¡Qué violencias
No intentará, creyéndose ofendida!
¡Quién seguro estará de su soberbia!
¿Para esto conspiró vuestro denuedo?
¿Así se logra el fin? No, no consienta
Nuestro valor ultraje tan indigno:
Muera Raquel: quien por leal se tenga,
Abrace la ocasion de acreditarse.
Y pues se advierte tanta indiferencia
En los nobles, la hazaña, que á otros toca,
De la abatida plebe empresa sea.
Alvar. No así culpeis de omiso, castellanos,
Mi valor. ¿Presumis que la nobleza
Descuidar puede sus obligaciones?
¿Juzgais que del plebeyo las miserias
Puede ver, sin que esponga en su remedio
Toda su autoridad? Ya está resuelta
La ruina de Raquel: vuestros enojos
Sean el instrumento: de la empresa
Ha de ser Alvar Fañez el caudillo.
(*Echando mano á la espada, y pasándose al bando de los castellanos.*)
Muera Raquel: armad la invicta diestra,
Castellanos, y acabe esta ignominia
De una vez nuestro acero.
Cast. Muera, muera.
(*Echando mano á las espadas.*)
Garc. ¿A dónde así correis precipitados?
(*Deteniéndolos.*)
¿Qué furor os impele? ¿Qué imprudencia
Os obliga á tan grande desacierto?
¿Así rompeis de la naturaleza
Las leyes sacrosantas? ¿De españoles
Se creerá accion de tanto oprobio llena?
¿Así de este lugar los privilegios
Se traspasan, profanan y atropellan?
¿Sabeis la inmunidad de aqueste sitio?
¿Sabeis, que el cielo y la razon condenan
A quien le pisa menos reverente?
¿Y tú, Alvar Fañez, que advertir debieras
Mejor la gravedad del desacato,
Así llevarte de su furia dejas?
¿Qué es esto, castellanos valerosos?
Reportaos: el limpio acero vuelva
A su lugar; que males de esta clase
Los remedia el consejo, no la fuerza.
Alvar. ¿Tú, Fernando, te opones al intento?
Cuando en la muerte de esa vil hebrea
Tratamos de la vida del monarca,
¿Así el hecho acriminas y motejas?
Fernando, esto es lealtad.
Garc. ¿Quién os ha dicho,
O multitud ilusa, que se pueda
Ofender á Raquel, sin que de Alfonso
La autoridad y pundonor padezcan?
Alvar. ¿Pues si Raquel á Alfonso tiraniza,
Quien quebranta sus hierros y cadenas,
Quien á su rey liberta de un desdoro,
No obra como leal?
Garc. ¿Y quien intenta,
Que un delito castigue otro delito,
Obra con equidad y con prudencia?
No oscurezcais así vuestras hazañas:
Confiésoos la razon de vuestras quejas:
No niego de Raquel la tiranía.
Yo mismo sus escesos y violencias
Acabo de sufrir, el miserable
Estado de la plebe las vocca.
Las naciones estrañas, todo el mundo,
Que el castellano imperio considera,
Piden satisfaccion. Yo, yo entre tantos
Soy, el que mas que todos la desea.
Pero ni yo, ni el mundo, ni el estado
Podremos aprobar, que se cometa
Contra el honor de Alfonso un desafuero.
¿Y cuál será la vil cobarde diestra,

Que se atreva á esgrimir la injusta espada
Contra Raquel? ¿Será gloriosa empresa
De un castellano acero, cuyos filos
Fueron horror de huestes agarenas,
Teñirse con la sangre desdichada
De una infeliz muger? ¿Será proeza?
Alvar. ¿Qué mudanzas son estas? ¿Tú, Fernando,
En este mismo instante no confiesas
La justicia y razon que nos asiste?
¿No eres tú, quien dispone y quien ordena
De este mal el remedio? ¿Para el hecho
Tú mismo con tus voces no me alientas?
¿Cómo, pues, ya te opones?
Garc. Engañado
Enormemente estás, si acaso piensas
Alvar Fañez, que puedo retraerme
De este intento jamas. Vida y hacienda,
Tranquilidad, y todos cuantos bienes
Tiene el humano ser, al punto diera
Por redimir á Alfonso y á Castilla.
A esta plausible, á esta gloriosa empresa
Os animé; para esto con vosotros
Conspiró mi lealtad: mas con reserva
Del decoro del rey, que es en los nobles
El cuidado primero.
Alvar. ¿Pues nos queda,
Para lograr el fin, otro recurso?
¿Resta algun otro medio?
Garc. Sí, otros restan
Y cuando otros no hubiera, ¿quién haria
Uso del que decis, que leal fuera?
Alvar. Quien vea, que sus voces no se escuchan,
Que sus ruegos é instancias se desprecian,
Y que es su tolerancia y su silencio
Fomento del rigor y la soberbia.
Garc. ¿Y esa razon escusará el delito?
Alvar. Quien culpe nuestra accion tambien es fuerza,
Confiese, que con ella se redime
De este reino el baldon, del rey la afrenta.
Garc. ¿Y esto no podrá hacerse sin que manche
El castellano nombre accion tan fea?
Alvar. Cual quiera menos fuerte será inútil:
Tú, Fernando, tú tienes la esperiencia.
Garc. Clausuras hay, que roben á los ojos
De Alfonso el fuerte hechizo que los ciega.
Alvar. ¿Y no habrá aduladores que descubran,
Mérito haciendo de la diligencia,
El lugar donde esté, por mas remoto
Que se procure? ¿La voraz hoguera
De amor no deshará muros altivos,
Recios candados, y robustas puertas?
Garc. Paises hay estraños y remotos,
En que Raquel sepulte su belleza.
Alvar. Si á un amante vulgar nada contiene; [tenga?
¿Qué habrá, que á un rey amante le con-
Garc. El presidio, que entrando va en Toledo,
Pudiera acaso...
Alvar. ¿Así las tropas nuestras
Agravia, quien las vió obrar tantas veces?
¿Son forzadas, venales ó estranjeras?
¿No son gente escogida en los concejos
De Adaja, de Arlanzon, y de Pisuerga?
Garc. ¿Qué en fin estais resueltos, castellanos? [presa.
Cast. Querernos contener, es vana em-
Garc. Pues supuesto que estais determinados,
Y no es posible haceros resistencia,
Solo pretendo, suspendais la furia
Un breve espacio. Doble culpa fuera,
Atreverse á Raquel, estando Alfonso
Presente á sus ultrajes: ni pudiera
Vuestra intencion acaso conseguirse,
Si por ventura Alfonso á comprenderla
Llegase. Y pues que suele con el noble
Recreo de la caza partir treguas
En la guerra de amor, esta oportuna
Ocasion esperad, porque con ella
Vuestra accion se asegure, y que de Alfonso
Menor sea el dolor, menor la ofensa.
Alvar. Discurres bien, García, y porque notes,
Que solo el bien del rey hoy nos alienta,
Y de Alfonso el honor, suspenderémos
Por ahora el intento: mas se entienda,
Que ha de morir Raquel precisamente.
Cast. 2°. Dispon cuanto juzgares que convenga,
Como á verter su sangre se dirija.
Alvar. Sí, castellanos: su maldad perezca.
(*Vanse Alvar Fañez y castellanos.*)

ESCENA II.

GARCIA.

¡O fiera multitud, como se engaña,
Quien sobre tí tener arbitrio piensa!
Mas, pues he suspendido los enojos,
Aprovechemos la ocasion estrecha.
Sepa Alfonso el peligro á que su ciego
Amoroso delirio tiene espuestas

Su autoridad, y de Raquel la vida:
Que por ventura, si á saberlo llega,
De sí la apartará, por libertarla.
De esta suerte Castilla se sosiega:
De Alfonso no padece el real decoro:
Su vida esa infeliz tambien conserva;
Que aunque tan ofendido y agraviado
Me tiene, esto le debo á mi nobleza.

ESCENA III.

GARCIA, Y SALE MANRIQUE.

Manr. Mucho siento, García, haber de
Un disgusto y pesar. [darte
Garc. ¡Qué necio fuera,
Quien esperára menos que pesares
En tan infames dias, en que reina
La iniquidad, y están entronizadas
La maldad, la injusticia y la violencia!
Di, Manrique, cuál es: nada me asusta:
Nada me admira ya.
Manr. Raquel ordena,
Salgas hoy de Toledo desterrado.
Garc. ¿Desterrado? Y porqué?
Manr. Porque fomentas
Sediciones contra ella, y...
Garc. Sella el labio:
Porque me irrita mas que tú te atrevas
A proferir calumnias semejantes,
Que el proceder injusto de esa hebrea.
¿Yo muevo sediciones? Vive el cielo,
Que miente quien lo dice, y quien lo piensa.
¿Qué hubiera sido de la infame sangre
De esa muger, si yo leal no hubiera
Contenido los ánimos feroces,
Que ya volaban á saciarse de ella?
¿Quién, quién de su vida ha sido escudo?
¿Y quién acaba de?... ¿Pero qué necias
Satisfacciones? Di á Raquel, que Hernando
Dice que tiene rey á quien venera:
Que solo sus preceptos obedece:
Que los demas los oye y los desprecia;
Y que no es de la clase desdichada.
De aquellos que por medio de vilezas
Pretenden sus aumentos, como hace
Alguno de su crédito con mengua.
Y dila, que si juzga que en Toledo
Incomodarla puede mi asistencia,
Está muy engañada: que entre tanto
Que ella su perdicion busca y fomenta,
Busco yo modos de librar su vida
De los continuos riesgos que la cercan:
Que vele sobre sí, pues de contrarios
Poderosos la cólera resuelta
Contra su vida se arma nuevamente,
Débame esa cruel esta advertencia:
Corresponda á un agravio un beneficio:
Que así, Manrique, Hernan García se ven-
Manr. Mi obligacion, Hernando... [ga.
Garc. La de un noble,
Y la de un castellano fiel debieras
Mirar mejor.
Manr. Los Laras de leales
Siempre fueron espejo.
Garc. Bien lo prueba,
El haber entregado á Alfonso en Soria
De su tirano tio á la tutela.
Nuño Almejí, que supo rescatarle,
Dirá vuestros elogios.
Manr. Fué violencia.
Garc. Conveniencia diriais propiamen-
Pues os valió del reino las tenencias. [te,
Manr. Siempre Laras y Castros se estimaron.
Garc. Mi padre lo diria, si viviera:
De quien porque en la vida no pudisteis,
La venganza tomasteis en la huesa.
Manr. Pero yo de vos siempre...
Garc. El enemigo
Habeis sido, ya sé vuestras cautelas:
Ya sé, cuánto me honrais: ya lo compren-
Y supuesto que el rey aquí se acerca [do:
Con Raquel, repetid vuestros oficios,
Reiterad sumisiones é indecencias,
Obsequios afectad interesados;
Mientras yo espero á Alfonso, donde pueda
Darle avisos, que mas á mi honor cuadren:
Que liberten su solio de una ofensa:
Que sosieguen disturbios y alborotos;
Que esta es mi lealtad, esa es la vuestra.
(*Vase.*)
Manr. Corrido estoy.

ESCENA IV.

MANRIQUE, Y SALEN ALFONSO, RAQUEL, RUBEN Y ACOMPAÑAMIENTO.

Raq. ¿En fin determinado
(*Llorando.*)
Estais, señor, á hacer mas placenteras
Las orillas del Tajo, con pisarlas
En medio de los sustos que me cercan?
Alf. Sí, Raquel. ¿Mas tú lloras? ¿tú suspiras?
¿Qué temes, Raquel mia? ¿qué recelas?
¿No mandas ya en Castilla? ¿No se rigen
A tu arbitrio mis reinos? ¿Ya tu diestra
No es el móvil de todo? ¿En mis dominios
No te obedecen todos y respetan?
¿No tienes ya poder para vengarte,

Si hay alguno tan necio que te ofenda?
¿No reinas como siempre en mi albedrío?
¿Tus órdenes Toledo no venera?
¿Y en fin, no eres de todo el absoluto
Dueño?

Raq. Sí, Alfonso; y solo así pudiera
Contemplarse de vos menos indigna
Mi humildad. Hoy, señor, vereis que acier-
Amor en la eleccion que de mí hace, [ta
Y que no siempre son sus obras ciegas.

Alf. Sí, Raquel mia: amor te ha corona-
Y porque tengas desde luego pruebas [do.
De la estabilidad de tu gobierno,
Y cuan segura estás aun en mi ausencia,
Al placer ordinario de la caza
Intento no negarme. Nuevas fuerzas
A las guardias se aumenten de palacio
A mayor prevencion. Así desecha,
Raquel hermosa, esos recelos vanos,
Que te causan pesar. Contigo queda
El alma que te adora; y pues me brindan
Del Tajo ya las plácidas riberas,
A Dios, bella Raquel.

(*Vase Alfonso con el acompañamiento.*)

Raq. El cielo os guarde.
¡Cuánto, ay de mí, que os ausenteis me
pesa!

ESCENA V.

RAQUEL, RUBEN Y MANRIQUE.

Raq. ¿Qué es esto, congojado pecho mio?
¿Corazon, qué temor te desalienta?
¿Qué sustos te atribulan? ¿Ya Castilla,
A mi arbitrio no rinde la obediencia?
Pues, corazon, ¿qué graves sobresaltos
Son los que te combaten, y te aquejan?
Sin duda debe ser, que como el cielo
No te crió para tan alta esfera,
Como es el solio regio, mal se halla
Tu natural humilde en su grandeza.
Tomen ejemplo en mí los ambiciosos,
Y en mis temores el soberbio advierta,
Que quien se eleva sobre su fortuna,
Por su desdicha y por su mal se eleva.
¿Mas cómo así me agravio neciamente?
¿Mi valor, mi hermosura, las estrellas,
El cielo mismo, que dotó mi alma
De tan noble ambicion, y la fomenta,
No confirman mi mérito? ¿Pues cómo
Me puedo persuadir, que esceso sea
De la suerte el supremo, el alto grado,
En que está colocada mi belleza?
El frívolo accidente del orígen,
Que tan injustamente diferencia
Al noble del plebeyo, ¿no es un vano
Pretesto que la mísera caterva
De espíritus mezquinos valer hace
Contra las almas grandes, que en las pren-
Con que las ilustró pródigamente [das
El cielo, las distingue y privilegia?
No hay calidad, sino el merecimiento:
La virtud solamente es la nobleza.

(*Sentándose.*)

Esto supuesto, ¿habeis, Ruben, mandado
Disponer mis decretos?

Rub. Ya la hebrea
Nacion por mí las gracias te tributa,
Por lo mucho, Raquel, que te interesas
En su alivio. Los pechos que pagaba,
Los servicios, las cargas y gabelas
Están ya suspendidas, y dispuesto
El reintegro tambien de todas ellas
A costa del erario, como mandas;
Y porque este tampoco así padezca,
Al pueblo castellano se duplican
Los impuestos.

Raq. ¿Razon acaso fuera
Que cuando de este reino los vasallos
En riquezas abundan y en haciendas,
Repartiese con pobres estranjeros,
Cuya industria y trabajo son sus rentas,
Las cargas del estado? Fuera injusta
Política.

Rub. Tambien, segun ordenas,
El bando se ha dispuesto, que prohibe,
Que dentro de Toledo nadie pueda
Armas traer sin el real permiso:
Y aunque con la noticia descontenta
Está la gente ardiente y belicosa,
Viéndose desarmar, que efecto tenga
El mandato á su tiempo, no lo dudes.

Raq. Así se humillará tanta soberbia.

Rub. Las cabezas del público alboroto
Se buscan; pues se sabe con certeza,
Que no le fomentó Fernan García,
Para que se haga un escarmiento en ellas.

Raq. Está bien: mas de Hernando las
audacias
Se deben castigar.

Rub. Ya le destierras.

Manr. Y yo, Raquel, que le he notifi-
El órden, soy testigo de la fiera [cado
Altivez, con que á tí y á tus decretos
Vilipendió.

Raq. Pues luego se le prenda:

(*Levantándose.*)

Como á reo de estado se le trate,
Y probada su torpe inobediencia,
Hoy le vea Toledo en un cadalso,
Donde á un verdugo rinda la cabeza.

Rub. Corto castigo á tanta demasía.
Aqueso sí, Raquel, todo perezca,
Cuanto á tu elevacion contradijere,
Cuanto pueda oponerse á tu grandeza.
Haz que Castilla sienta tus rigores:
De sangre criminal las calles riega:
No quede castellano sospechoso,
Que no adore tu planta, ó que no muera.
Raq. ¿Cómo adulan mi oido esas palabras?
¿Cómo, Ruben...?
Cast. (*dent.*). Sin nota de vileza
Ya sufrir mas la lealtad no puede.
Raq. Ruben, ¿qué nueva confusion es esta?
Garc. (*dent.*). Reportaos, castellanos:
Vuestra fama y renombre accion tan fea.
Cast. (*dent.*). Es tiranía, ya sufrir no
La lealtad sin nota de vileza.
Manr. Voces del pueblo son alborotado.
Raq. ¿Del pueblo? ¿qué pretende?
Rub. Acaso intenta
Demostrar con su pública alegría,
Que en tus elevaciones se interesa.
¡Cuánta fuerza me hago al pronunciarlo!
Mucho temes, Ruben: mucho recelas.
Raq. ¿Ha de la guardia? Pero qué es aquesto?
Nadie me oye? ¡Ay de mí! Todos me dejan?
Examina la causa de este esceso,
Manrique.
Manr. Al rey con la mayor presteza
Buscaré; que sabiendo tanto insulto,
Volará á remediarle. (*Vase.*)
Raq. Ya mas cerca
El rumor se oye.
Cast. (*dent.*). Ya sufrir no puede
La lealtad sin nota de vileza.
Rub. ¡Ay de mí! ¿qué es aquesto? el pueblo todo
Segunda vez se arma en nuestra ofensa.
¿Dónde me esconderé, que el riesgo evite?
Raq. ¡Ay de mí triste! ¿qué desdicha es esta?
¿Qué es aquesto, Ruben? ¿No has escuchado?
Rub. Estas son las funestas consecuencias,
Que por mas que esforzaba el artificio,
Temí de mi ambicion y tu soberbia.
Del estremo peligro en que nos vemos,
Ella ha sido la causa: considera
El triste fin, que las maldades tienen,
Y huye de tanto riesgo, como puedas.
No pongas mas en mi la confianza,
Que no valen ya astucias ni cautelas.
(*Vase.*)

ESCENA VI.

RAQUEL.

¡O caduco traidor! ¡Qué tarde llego
A conocerte! Tus inicuas reglas,
Tus consejos mi mal han producido.
¿Y ahora de mí huyes, y me dejas?
Mas ¡ay de mí! ¡O Alfonso descuidado,
Con cuán justa razon lloré tu ausencia!
¿Qué haré? dame remedio, ingenio mio.
Mas, ¡ay! que la atrevida voz sangrienta
Entre quejas me intima mi desgracia,
Diciendo, que el sufrir es ya vileza.
Ya el tirano cuchillo que el airado
Brazo contra mí esgrime, me amedrenta,
Y ya parece, que en copiosas fuentes
El humor se desata de mis venas.
¡Qué horrorosa es la imágen de la parca
A un álma enamorada! ¡Oh quien pudiera
Revocar con el aire de un suspiro
A Alfonso! Pero ya que se decreta
Mi muerte, el contemplar, que es por amarle,
Menor hace el dolor, menor la pena.
Y vosotros, ministros injuriosos
De la ferocidad y la inclemencia,
Llegad apresurados. ¿Qué os detiene?
Dad la muerte á Raquel, que ya la espera.

ESCENA VII.

RAQUEL, y SALE GARCIA.

Garc. La vida vengo á darte, no la muerte;
Aunque no fuera estraño lo temieras
Cuando ofendes mi honor con tanto ultraje.
El pueblo, ya lo escuchas, la sentencia
Fulmina contra tí, y en mil espadas
Te amenaza la muerte: su fiereza
Ni atiende mi valor, ni mi respeto.
La misma guarnicion, que en tu defensa
Ha llegado, comun hace la causa.
Tomadas están ya todas las puertas,
Para lograr su intento. Yo, que á Alfonso
Venero con la fe mas verdadera,
Que cuido del honor de su corona,
Y solo sus servicios me desvelan;
Cuando todos tu muerte solicitan,
Guardo tu vida; mi lealtad atenta,
Al salir á la caza, le esperaba,
Para avisarle de la torpe y fiera
Resolucion del pueblo; mas él ciego,
Por adular tu indignacion proterva,
No solo no me oyó; pero ni quiso

Admitirme siquiera á su presencia.
Y aunque pudo el desaire retraerme
De mi designio, válgate el ser prenda
De mi rey y señor; el ser yo noble;
El ser leal vasallo: mis querellas
Personales pospongo á su decoro:
Que esto manda el honor y la nobleza.
Raq. ¿Cómo, aleve, traidor?...
Garc. Raquel, no es tiempo
Ni de satisfacciones ni de quejas.
Yo soy leal; jamas tu muerte quise,
Y si lo quieres ver, tienes la prueba
Resuélvete, Raquel: á esos jardines
De la torre vecina da una puerta,
Que el no uso tiene ya casi olvidada:
Criados y caballos, que me esperan,
Prevenidos están: el inminente
Riesgo salvemos: demos asi treguas
A que volviendo Alfonso, se remedie
Tan grave mal.
Raq. Ya alcanzo tus cautelas.
¿Quieres valerte tú de ese artificio,
Para hacer tu venganza mas secreta?
Garc. Mira, Raquel, que el tiempo se malogra.
Raq. Muera yo, como nada á ti te deba.
Garc. Advierte, que tu muerte es ya precisa.
Raq. Si te creyese, mas precisa fuera.
Garc. ¿Qué en fin quieres perderte?
Raq. No te escucho,
Garc. ¿No me quieres seguir?
Raq. Estoy resuelta.
Garc. Así mueres sin duda.
Raq. ¿Y si te sigo,
Será acaso mi muerte menos cierta?
Garc. Pues si hubiera artificio en mis palabras,
Y aspirára á vengarme, no lo hiciera
Impunemente por agena mano
En tanta confusion?
Raq. En vano empleas
Razones que no pueden persuadirme;
Si falsas, porque es bien guardarme de ellas;
Y si son verdaderas, porque el hecho
Me llena de rubor y de vergüenza. (*Vase.*)
Garc. Válgame Dios, ¿cómo permite el cielo,
Que los malos se cieguen, cuando intenta
Castigar sus delitos y maldades?
¿Pero qué podrá hacer? Ya la violencia
Penetra hasta este sitio.

ESCENA VIII.

GARCIA, Y SALEN ALVAR FAÑEZ Y CASTELLANOS, CON LAS ESPADAS DESNUDAS.

Alvar. Castellanos,
Muera aquesta tirana.
Cast. Muera, muera
Garc. Bárbaros, cuyo insulto á sacrile-
Pasa ya: ¿qué furor os atropella? [gio
¿No contiene ese solio vuestras iras?
¿Del lugar lo sagrado no os refrena?
¿Sois castellanos? ¿Sois?...
Cast. 2°. Porque lo somos,
De este lugar vengamos las ofensas. [les,
Alvar. Y porque nos preciamos de lea-
Borrar queremos las indignas huellas,
Que le profanan con la sangre misma
Del sugeto, que obró la irreverencia.
Ea, pues, castellanos, examine
Nuestro cuidado hasta las mas secretas
Cámaras de este alcázar; y tú, Hernando,
No hagas á nuestro intento resistencia;
Pues tu valor espones á un desaire,
Y tu fidelidad á una sospecha. (*Vase.*)
Garc. ¡Oh ilusion temeraria! en el delito
Cifras la lealtad. ¡Oh quién pudiera
Contener el esceso! Mas si á Alfonso
Corro á avisar, Raquel espuesta queda;
Si en su defensa espongo yo mi vida
¿Podré lograr acaso con perderla,
Librar la suya? ¡Oh estremos infelices!
¿Si acaso viendo el riesgo, se aprovecha
De mi aviso Raquel? Hácia el postigo
Parto veloz con intencion resuelta
De libertarla, aunque mi vida arriesgue.
Pero Ruben...

ESCENA IX.

GARCIA, Y SALE RUBEN.

Rub. ¡O horror! o muerte! o tierra!
¿Cómo á este desdichado no sepultas?
Tus profundas entrañas manifiesta,
Y esconde en ellas mi cansada vida:
Líbrame de los riesgos que me cercan.
¡Qué susto! qué pesar! ¿nadie se duele
De mí?
Garc. Sí, infame.
(*Sacando la espada.*)
Rub. Tu rigor modera:
Ten, Fernando, piedad: no me des muerte.
Garc. Vil consejero, horrible monstruo, fiera,
Cuyo aliento mortal inspiró tantas

Máximas detestables á esa hebrea,
Que por fin su desdicha han producido,
Y la tuya tambien; aunque merezcas
Bien la muerte cruel, que estás temiendo,
Sabe, que aqueste acero en tu defensa
Arma mi brazo.

Rub. ¿Cielos, qué he escuchado?

Garc. Y que á Raquel, si el cielo no lo
He de librar á costa de mi vida. [niega,
No por ti, infame hebreo: no por ella:
Por ser leal: por ser Garcia de Castro,
Y porque el mundo por mis hechos vea,
Que el noble noblemente ha de vengarse;
Y que cuando del rey el honor media,
A su decoro deben posponerse
Propios agravios, y privadas quejas.
(*Vase.*)

Rub. ¡O palabras terribles! cuánto engaño
Padece aquel que juzga de apariencias!
¿Quién tal creyera de su altanería?
Mas, ¡ay de mi! la débil planta apenas
Puedo fijar. ¡Qué sustos, qué congojas
Me oprimen! ¡O ambicion, cuánto acarreas
De males al que necio te da entrada!
Ya sin duda á Raquel la furia ciega
Habrá dado la muerte: ya la mia
Se apresura: ¡ay de mí! ¿Pero no es esta?
¿No es Raquel la que huyendo hácia aquí viene?
¡Oh si evitar pudiese que me viera!
(*Retírase detras del solio.*)

ESCENA X.

RUBEN, Y SALE RAQUEL.

Raq. ¡O muger desdichada! A cada paso
El corazon desmaya, el pié tropieza.
¡O peligro! o dolor! De mil espadas
Huyendo vengo: ni en la fuga acierta
Mi confusion: el miedo me deslumbra.
Ya el tropel se avecina: ya no queda
Refugio á mi temor. Lugar sagrado,
(*Al solio.*)
Cuya ambicion es causa de estas penas,
Sed mi asilo esta vez, si otra vez fuisteis
Teatro de mi orgullo y mi soberbia:
Encubridme á lo menos... ¿mas qué miro?
¡Tú aquí, Ruben! tú, infame! ya no espera
Remedio mi desdicha; pues no pueden,
Donde esté tu maldad, faltar tragedias.
Ya ves cómo se lucen tus doctrinas,
Maestro infame, que en tu torpe escuela
El arte me enseñaste de perderme.
Castellanos, volad: nada os detenga;
Aquí á Raquel teneis, que ya gustosa
Morirá, si Ruben muere con ella.

Rub. ¿Cómo, Raquel? Si el cielo... ¿mas qué escucho?
(*Alvar Fañez dentro.*)

Alvar. Entrad: no os detengais: romped las puertas
Si estorbasen la entrada.

Raq. ¡Ay de mi triste!
Qué confusion! qué susto!

ESCENA XI.

DICHOS, Y SALEN ALVAR FAÑEZ, Y CASTELLANOS CON LAS ESPADAS DESNUDAS.

Cast. Muera, muera.

Raq. Traidores... ¿mas qué digo? Castellanos,
Nobleza de este reino, ¿así la diestra
Armais con tanto oprobio de la fama
Contra mi vida? ¿Tan cobarde empresa
No os da rubor ni empacho? ¿los ardores,
A domar enseñados la soberbia
De bárbaras escuadras de africanos,
Contra el aliento femenil se emplean?
¿Presumis hallar gloria en un delito,
Y delito de tal naturaleza,
Que complica las torpes circunstancias
De audacia, de impiedad y de infidencia?
¿A una muger acometeis armados?
¿El hecho, la ocasion no os avergüenza?
¿Será blason cuando el alarbe ocupa
Con descrédito vuestro las fronteras,
Convertir los aceros á la muerte
De una flaca muger que vive apenas?
¿Qué causa á tal maldad os precipita?
¿Qué crueldad, qué rigor, qué furia es esta?

Alvar. El hábito, Raquel, de hacer tu gusto,
Y tu misma maldad hacen, no veas
Las causas, los principios de este enojo:
Bien lo sabes, Raquel: bien lo penetras,
Y bien tu disimulo nos confirma
La justicia y razon que nos alienta.

Raq. ¿Pues mi delito es mas, que ser amada
De Alfonso? que pagar yo su fineza?
¿En cuál de estas dos cosas os ofendo?
¿Está en mi arbitrio hacer que no me quiera?
¿Si el cielo, si la fuerza de los astros
Le inclinan á mi amor, en su influencia,
Debo culpada ser? ¿puede el humano
Albedrío mandar en las estrellas?
Mas ya sé que direis, que mi delito
Es el corresponderle. Cuando intenta
La malicia triunfar, ¡oh cómo abulta
Frívolas causas, vanas apariencias!
¿Pude dejar de amarle, siendo amada?

¿Si un rey con solo su precepto fuerza
A su imperio, juntando las caricias,
Su amor, su halago, las heróicas prendas,
Que le hacen adorable, bastaria
Algun esfuerzo á hacerle resistencia?
Juzgad con mas acuerdo, o castellanos:
Ved que el enojo la razon os ciega:
Remitid esta causa á mas exámen:
Atended...

Alvar. Ya está dada la sentencia.

Raq. Mirad que es la pasion quien la fulmina.

Alvar. No, tirana: tu culpa te condena.

Raq. ¿Qué en fin he de morir? aqueste llanto,...

Alvar. No nos mueve, Raquel: no tiene fuerza. [roriza?

Raq. ¿Lo negro de la accion no os hor-

Alvar. Si de la patria el bien se cifra en
Timbre la juzgarán, y si de Alfonso [ella,
El honor restauramos, es proeza.

Raq. ¿Y su honor restaurais, cuando atrevidos
Muerte le dais? ¿sabeis que se aposenta
Su alma con la mia? que es mi pecho
De su imágen altar? que de las fieras
Puntas que penetraren mis entrañas,
Es fuerza que el dolor las suyas sientan?
No veis que él morirá, si yo muriere?

Alvar. El rayo del furor la torpe hiedra
Abrasará sin que padezca el tronco
Que ella aprisiona con lascivas vueltas.

Raq. ¿El amarle llamais?...

Alvar. Amor te mata;
Si él te ofende, Raquel, de amor te queja.

Raq. No, traidores; no aleves; no cobardes,
Y si porque amo á Alfonso me sentencia
Vuestra barbaridad, no me arrepiento:
Nada vuestros rigores me amedrentan.
Yo amo á Alfonso, y primero que le olvide,
Primero que en mi pecho descaezca
Aquel intenso ardor con que le quise,
No digo yo una vida, mil quisiera
Tener, para poder sacrificarlas
A mi amor. ¿Qué dudais? Mi sangre vierta
Vuestro rigor. Al pecho, que os ofrezco
Tan voluntariamente, abrid mil puertas;
Que no cabrá por menos tanta llama,
Tanto ardor, tanto fuego, tanta hoguera.

Rub. A lo menos Ruben sin defenderse.
(*Sacando el puñal.*)
No ha de morir.

Alvar. Matadlos. Mas no sea
Nuestro acero infamado con su sangre.
Este hebreo, que el cielo aquí presenta,
Ha de ser, castellanos, su verdugo.
Tú, Ruben, si salvar la vida intentas,
Pues consejero fuiste de sus culpas,
Ahora ejecutor sé de su pena.

Raq. ¡O cielos, qué linage de tormento
Tan atroz!

Rub. Yo!...

Alvar. Ruben, no te detengas,
(*Poniéndole la espada al pecho.*)
Si pretendes vivir.

Rub. Pues no hay remedio,
(*Hiérela*).
Conserve yo mi vida, y Raquel muera.

Raq. ¡Ay de mí!

Alvar. Pues está ya herida, huyamos.
(*Vase Alvar Fañez y castellanos.*)

Raq. ¿Tú me hieres, Ruben? Tú? Satis-
No estaba tu maldad con haber sido [fecha
La causa de perderme; ¡dura pena!
Sino que eres, infame, el instrumento
De mi muerte tambien? Mas no es tu diestra,
Hebreo vil, la que me da la herida:
Amor me da la muerte. ¡Qué torpeza
Mis miembros liga! Amado Alfonso mio,
¿Dónde estás? ¿Qué descuido así te aleja?
¿Así morir consientes á quien amas?
¿En tanto mal, á quien te adora dejas?
Vuela, Alfonso. ¡Ay de mí! ¡o amor! o muerte!
(*Apoyándose en la silla*).
Y tú, ó trono, que causas mi tragedia,
Ayuda á sostener el cuerpo débil,
Que el alma desampara: Alfonso, vuela
Y recibe este aliento, que el postrero [fuerza
Es de mi vida. ¡Ay Dios! Qué mal se es-
El corazon! Alfonso... amado Alfonso...
¿Qué te detiene? ¿Cómo á ver no llegas?...
(*Cayendo al pié de la silla*).

ESCENA XII.

RAQUEL Y RUBEN, Y SALEN ALFONSO Y MANRIQUE, ESCUCHANDO.

Alf. Cierta es ya mi desdicha. ¡Mas qué veo!
(*Precipitado hácia Raquel*).
¡Raquel! ¡Ay infeliz! Raquel! ¿tú muerta? [lito:

Raq. Sí: yo muero: tu amor es mi de-
La plebe, quien le juzga y le condena:
Solo Hernando es leal: Ruben, ¡qué an-
Me mata: y yo por ti muero contenta. [sia!
(*Muere*).

Alf. ¡Ay infeliz de mí! o amor! o golpe
Duro y mortal! ¡o mano infame y fiera!

Raquel mia, mi bien, ¿quién de esta suerte
De púrpura tiñó las azucenas?
¿Cuál fué el aleve, cuál el fiero brazo,
Que la flor arrancó de tu belleza?
¿Qué tempestad furiosa descompuso
Tu lozanía? ¿Qué envidiosa niebla
Abrasó los verdores de tu vida?
¿Qué venenoso aliento, qué grosera
Planta infame ultrajó tus perfecciones?
¿Quién el cobarde fué, que en tu inocencia
Ensangrentó el acero? ¿Dueño amado,
Mi Raquel, no me oyes? ¿tú te niegas
A Alfonso? Dadme muerte, penas mias.
Contigo glorias los pesares eran,
Y sin ti ya, ¿qué puedo prometerme,
Que no sea dolor, pesar no sea?
¿Mas muerta tú, yo vivo, y no te vengo?
¿Qué es aquesto, dolor? Qué es esto, ofensas?
¿Pero no dices tú, Ruben me mata?
¿Cuál el motivo fué? ¿Pero qué necias
Mis dudas son, Raquel, tú, no le acusa?
Pues muera este traidor, y con él mueran
Cuantos... Mas cielos... ¡O cruel! ¿alarde
(*Reparando en Ruben*).
Haciendo estás de tu delito?

Rub. Templa
El furor un momento, mientras digo,
Alfonso, mi disculpa.

Alf. ¿Puede haberla,
Traidor, para una accion tan horrorosa?

Rub. De tus mismos vasallos la violencia,
El temor de la muerte y su amenaza
Me han obligado á hacerlo.

Alf. ¡O vil empresa!
(*Tómale el puñal.*)
¿Y esa es disculpa? Amado dueño mio,
En venganza recibe de tu ofensa
(*Hiérele.*)
La vida de este aleve por primicias
De otras muchas. Las lóbregas tinieblas
Del infierno sepulten tus maldades.

Rub. Quien con ellas vivió, muera por
(*Cayendo.*)

ESCENA XIII.

DICHOS, Y SALE GARCIA.

Garc. Alfonso... ¿Pero qué es lo que
estoy viendo?

Alf. La mas infame hazaña, la mas fea,
La maldad mas oscura y detestable.
Muerta ves á Raquel á la violenta
Furia de mis vasallos.

Garc. ¡Qué desdicha!
Yo, Alfonso...

*****

Alf. Tu lealtad, y tu nobleza
Sé ya, Hernando: Raquel la ha publicado.

Manr. Sí, Garcia: muriendo la confiesa.

Alf. Mas al cielo protesto, que es testigo.
De accion tan inhumana y tan sangrienta;
A los hombres, que el hecho escandaliza
Al mundo, que le culpa y le detesta,
A la fidelidad de los leales,
A mí mismo, á ese trono, cuyas regias
Prerogativas se hallan ultrajadas,
Y á ti, ó Raquel, que con tu sangre riegas
De este lugar el trágico distrito,
La mas atroz venganza; porque vean,
Los que tengan noticia de la injuria,
Que si hubo quien osase cometerla,
Tambien hubo quien supo castigarla.
Venganza, amor: quien te ha ofendido,
muera.

ESCENA XIV.

DICHOS, Y SALEN ALVAR FAÑEZ Y CASTELLANOS.

Alvar. Dices, Alfonso, bien; y si pretendes
(*de rodillas.*)
Satisfaccion tomar de esta, que ofensa
Acaso juzgarás, y por servicio
Reputamos nosotros, las cabezas
A tus piés ofrecemos, que no importa
Morir, cuando tu honor vengado queda.

Alf. ¿Cómo, traidores?... ¿Cómo, desleales?...
(*Poniendo la mano en la espada.*)

Garc. Señor, si con vos tiene alguna
fuerza
(*Deteniéndole.*)
Mi ruego, reprimid vuestros enojos;
A la justicia remitid la queja:
Mirad, señor, que el celo los disculpa.

Alf. Tienes razon que el santo cielo ordena,
Por mas atroz que sea su delito,
Que quien lo cometió, disculpa tenga.
Yo tu muerte he causado, Raquel mia:
Mi ceguedad te mata: y pues es ella
La culpada, con lágrimas de sangre
Lloraré yo mi culpa, y tu tragedia.
Yo os perdono, vasallos, el agravio:
Alzad del suelo, alzad: sírvaos de pena
Contemplar lo horroroso de la hazaña,
Que emprendisteis en esa beldad muerta.

Todos. Confusion y dolor causa su vista.

Garc. Escarmiente en su ejemplo la soberbia:
Pues cuando el cielo quiere castigarla,
No hay fueros, no hay poder que la defienda.

DON RAMON DE LA CRUZ.

Hubieramos creido que quedaba incompleta esta coleccion, si no insertábamos en ella alguna de las festivas composiciones de don Ramon de la Cruz. Dotado de un ingenio sin igual, de un talento de observacion tan grande cuanto mal empleado, y de una gran facilidad para manejar el lenguaje picaresco y trivial de nuestro pueblo bajo, don Ramon de la Cruz, rompiendo lanzas con todas las opiniones de su siglo (el pasado), que fué precisamente el más severo en punto á dignidad dramática, rara vez sacó á la escena otra cosa que personages muy humildes, prefiriendo para fondo de sus cuadros las últimas regiones de la sociedad. Y aun no contento con este desacato contra el espíritu del siglo, llevó la insolencia hasta el punto de hacer completa mofa de los graves autores de tragedias clásicas en su preciosa parodia titulada *Manolo*, que damos á continuacion. Don Ramon de la Cruz era una de esas naturalezas independientes que siguen su natural inclinacion sin curarse de opiniones agenas; estas naturalezas tienen por lo menos el inmenso mérito de la originalidad.

Las obras dramáticas de este ingenio ascienden á doscientas diez, de las cuales la mayor parte son sainetes. En este género es nuestro primer poeta.

Don Ramon de la Cruz nació en Madrid, pero no sabemos en qué año. Sempere y Guarinos en su *Biblioteca* de escritores del tiempo de Cárlos III, habla de él largamente, pero sin especificar, segun su costumbre, el lugar y el año de su nacimiento.

MANOLO,

TRAGEDIA PARA REIR, Ó SAINETE PARA LLORAR.

..... ¿De qué aprovechan
Todos vuestros afanes, jornaleros,
Y pasar las semanas con miseria,
Si despues los domingos, ó los lúnes,
Disipais el jornal en la taberna?

PERSONAS.

El tio MATUTE, tabernero de Lavapies, marido de
La tia CHIRIPA, castañera.
LA REMILGADA, hija del tio, amante de Mediodiente.
MANOLO, hijo de la tia, amante pasado de
LA POTAGERA, enamorada (en ausencia de Manolo) de
MEDIODIENTE, amante de la Remilgada.
SEBASTIAN, esterero, confidente de todos.
Comparsas de { Verduleras, Aguadores, Pillos y Muchachos.

La escena es en Madrid, y en medio de la calle Ancha del Lavapies, para que la vea todo el mundo.

ACTO UNICO.

ESCENA PRIMERA.

DESPUES DE LA ESTREPITOSA ABERTURA DE TIMBALES Y CLARINES, SE LEVANTA EL TELON, Y APARECE EL TEATRO DE CALLE PUBLICA, CON MAGNÍFICA PORTADA DE TABERNA, Y SU CORTINA APABELLONADA DE UN LADO, Y DEL OTRO TRES Ó CUATRO PUESTOS DE VERDURAS Y FRUTAS, CON SUS RESPECTIVAS MUGERES: LA TIA CHIRIPA ESTARA A LA PUERTA DE LA TABERNA CON SU PUESTO DE CASTAÑAS, Y SEBASTIAN HACIENDO SOGUILLA A LA PUNTA DEL TABLADO: EN EL FONDO DE LA TABERNA SUENA LA GAITA GALLEGA UN RATO; Y LUEGO SALEN DANDOSE DE CACHETES MEDIODIENTE Y OTRO TUNO, QUE HUYE LUEGO QUE SALE EL TIO MATUTE CON EL GARROTE, Y COMPARSA DE AGUADORES.

Med. O te he de echar las tripas por la boca,
O hemos de ver quien tiene la peseta.
Seb. Aguarda, Mediodiente.
Tia Chir. ¿Pues qué es esto?
¿Cómo no miran quien está á la puerta
De la taberna, y salen con mas modo?
Y no que por un tris no van la mesa
Y las castañas con dos mil demonios.
Med. Los héroes como yo cuando pelean
No arreparan en mesas, ni en castañas.
Tia Chir. Yo te aseguro...
Seb. Moderaos, princesa,
Pues si no me equivoco, el tio Matute
Con su gente, y sus armas ya se acerca.

ESCENA II.

TIO MATUTE, SU COMPARSA, Y LOS DICHOS.

Tio. Escuadron de valientes parroquianos,
Ya veis que la opinion de mi taberna
Está pendiente: nadie los perdone,
Y cada cual les dé con lo que pueda.
Med. Aguárdate, cobarde.
Tio. No le sigas;
Y date tú á prision.
Med. ¿Pues qué mas prueba
Quereis, si el otro huye, y yo me quedo,
De que él os hizo noche la peseta?
Tio. Tengas ó no la culpa, pues te pillo,
Tú, Mediodiente, pagarás la pena;
Porque la fama, que hasta aquí habrá roto
Mas de catorce pares de trompetas
Por ese Lavapies, preconizando
Mis medidas, mi vino y mi concencia,
No ha de decir jamas, que hubo en mi casa
Un hurto que importase una lanteja.
¿Se ha de decir que hurtaron cuatro reales
En una que es acaso la primera
Tertulia de la corte, donde acuden
Sugetos de naciones tan diversas,
Y tantos petrimetes con vestidos
De mil colores y galon de seda?
¿Aquí donde arrimados los bastones
Y plumas que autorizan las traseras
De los coches, es todo confianza,
Se ha de decir que hay quien faltó á ella?
¿Aquí donde compiten los talentos,
Dempues de deletreada la Gazeta,
Y de cada cuartillo se producen
Diluvios de conceptos y de lenguas?
¿Aquí donde las honras de las casas,
Mientras yo mido, los criados pesan,
De suerte que á no ser por mí, y por ellas,
Muchas cosas, quizá, no se supieran?
¿Aquí ha de haber quien robe? Rabio de ira.
Que se emborrachen, vaya enhorabuena,
Que á eso vienen aquí las gentes de honra;
¿Pero quién será aquel, dempues que beba,
Que hurte, juegue, murmure, ni maldiga
En el bajo salon de mi taberna?
Med. Matute, ¿qué apostais cagarro un canto,
Y os parto por enmedio la mollera?
Tio. ¿Yo amenazado?
Med. ¿Yo ladron?
Chir. Esposo,
Déjale con mil diablos.
Tio. No pretendas
Que deje sin castigo su amenaza.
Chir. ¡Ay señor! que amenaza tu cabeza
Y conforme te puede dar en duro,
Tambien te puede dar donde te duela.
Tio. Tú dices bien. ¡Ah cuánto en ocasiones
Las mugeres prudentes aprovechan! [nes
Seb. ¡Templanza heróica!
Med. ¡Formidable aspeto!

ESCENA III.

(*Que se representará con la dignidad correspondiente.*)

REMILGADA, Y LOS DICHOS.

Rem. La llave me entregad de la bodega,

Que el jarro se acabó del vino tinto.
Tio. Yo tengo capitanes de esperencia,
Y de robusta espalda, que manejen
Mejor las cubas, y subirle puedan.
Chir. Para esta espedicion fuera mas útil
Que no faltase tu persona esceisa,
No equivoquen el vino veterano;
Pues el que ayer llegó de Valdepeñas
Aun está moro, y fuera picardía
Consentir que cristianos le bebieran.
Tio. ¡Qué discrecion! Ven pues, porque al momento
La llave saques, y el candil enciendas.

ESCENA IV.

REMILGADA, MEDIODIENTE, SEBASTIAN Y LAS VERDULERAS.

Med. ¿Es posible, divina Remilgada,
Que siquiera la vista no me vuelvas?
¿Y la fe que juraste á Mediodiente?
Rem. Yo no me hablo con gente sin vergüenza;
Ni yo por medio diente mas, ó menos,
He de esponer mi aquel á malas lenguas,
No teniendo otra cosa mas de sobra
Que los dientes enteros y las muelas.
Med. Ya te entiendo, y te juro, dueño mio,
Que nunca he vuelto á ver la Potagera,
Dende la noche que la dí la tunda
Por darte á tí satisfacion...
Rem. No mientas;
Que yo el dia te ví de los Defuntos
Ir cácia el Hospital junto con ella.
Med. No viste tal...
Rem. Sí ví...
(*Dentro suenan unos cencerros.*)
Med. ¿Pero qué salva [nolo
De armonía bestial el aire llena?
Seb. Esto es, señor, sin duda, que Ma-
Aquel de quien han sido las probezas
En Madril tan notorias, aquel jóven
Que aluno de las mañas, y la escuela
Del ensine Zambullo, dió al Maestro
Tanto que hacer, en el meson se apea,
Dempues de concluir las diez campañas,
En que la Africa vió: pues su soberbia,
No cabiendo del mundo en la una parte,
Repartió entre las dos su corpulencia.
Med. ¿No es este el hijo de la tia Chiripa,
Tu madrastra, y el que en los patos entra
De que ha de ser tu esposo, pues tu padre
El tio Matute, se casó con ella?
Rem. El mismo es.
Med. Pues, reniego de tu casta,
¿Para qué me dijites, embustera,
Que me querias? ¿Este era el motivo
De estar conmigo por las noches seria,
Y de darme sisados los cuartillos?
¡O santos dioses! Yo te juro, ¡ah perra!
Que has de ver de los dos cual es mas hombre
En medio del Campillo de Manuela
De naaja á naaja, ó puño á puño,
Y le tengo de echar las tripas juera.
Rem. No te irrites, señor. ¡Destino adverso,
Suspende tus furiosas influencias!
¿Casarme con Manolo yo? Y que poco!...
Primero me cortára la caéza.
Med. ¿Serás firme?
Rem. Testigo el espartero.
¡Así lo fueras tú!
Med. Si te hago ofensa,
Y falto á mi palabra, que me falten
El vino y el tabaco, la moneda
En el juego...
Rem. No mas, mi bien, que bastan
Los juramentos para que te crea.
Queda en paz.
Med. Vete en paz.
Rem. Solo te encargo,
Que no vuelvas á ver la Potagera.
Med. ¡Ay, que viene Manolo!
Rem. ¡Ay que eres tuno!
Los dos. ¡Cielos, dadme favor, ó resistencia!

ESCENA V.

MEDIODIENTE, SEBASTIAN Y LAS VERDULERAS.

Med. (*con interes*). Cuidado, Sabastian, con el secreto. *ap.*
Seb. Soy quien soy: soy tu amigo, ve, sosiega,
Y tus cosas dispon, pues esto naide
Lo sabe sino yo y las verduleras.
(*Vase Mediodiente.*)
¡O amor! cuando en dos almas te introduces,
Y mas cuando son almas como estas,
¡Qué heróicos pensamientos las sugieres,
Y con qué heroicidat los desempeñan!
Pero Manolo viene, ¡santos cielos!
Aquí del interes de la trigedia;
Y porque nunca la ilusion se trunque,
Influya Apolo la unidad, centena,

El millar, el millon, y si es preciso
Toda la tabla de contar entera.

ESCENA VI.

MANOLO DE TUNO CON CAPITA CORTA Y MONTERA, Y LA POSIBLE COMPARSA DE PILLOS, Y SEBASTIAN.

Man. Ya estamos en Madril, y en nuestro barrio,
Y aquí nos honrará con su presencia
Mi madre, que si no es una real moza,
Por lo menos vereis una real vieja.
La patria ¡que dulce es para aquel hijo,
Que vuelve sin camisa, ni calcetas!
Sin embargo de qué eran de Vizcaya
Las que sacó en el dia de su ausencia.
Seb. ¡Manolo!
Man. ¡Sabastian! Dame los brazos;
Y no estrañes, amigo, me sosprenda
De verte en un estado tan humilde.
¿Tú manejar esparto, en vez de cuerdas
Para asaltar balcones y cortinas?
¿Tú, que por las rendijas de las puertas
Introducias la flexible mano,
La aplicas á labores tan groseras?
¿Qué es esto?
Seb. ¿Qué ha de ser? Que se ha trocado
Tanto Madril por dentro y por ajuera,
Que lo que por ajuera, y por adentro
Antes fué porquería, ya es limpieza.
Man. ¿Cómo?
Seb. Son cuentos largos; pero, amigo,
Tú con tu gran talento considera
Como está todo, cuando yo me he puesto
A sastre de serones y de esteras.
Man. Dime mas novedades. ¿Y la Pacha,
La Alifonsa, la Ojazos y la Tuerta?
Seb. En San Fernando.
Man. Si sus vocaciones
Han sido con fervor, dichosas ellas.
Seb. No apetecieron ellas la clausura,
Que allí las embocaron de por juerza.
Man. ¿Pues qué tirano padre les da estado
Contra su voluntad á las doncellas?
Seb. Ya sabes que entre gentes conocidas
Es la razon de estado quien gobierna.
Man. ¿Y nuestros camaradas, el Zurdillo, El Tiñoso, Braguillas y Pateta?
Seb. Todos fueron en tropa.
Man. Dende chicos
Fueron muy inclinados á la guerra,
Y el dia que se hallaban sin contrarios
Jugaban á romperse las cabezas.
Seb. Permiteme que gane las albricias
De tu llegada.
Man. Yo te doy licencia.
Seb. Pero no hay para que, pues ya te han visto.
Man. ¡Cielos, dadme tamplanza y fortaleza!

ESCENA VII.

LA TIA CHIRIPA Y LOS DICHOS.

Chir. ¡Manolillo!
Man. ¡Señora y madre mia!
Dejad que imprima en la manaza bella
El dulce beso de mi sucia boca.
¿Y mi padre?
Chir. Murió.
Man. Sea norabuena.
¿Y mi tia la roma?
Chir. En el Hespicio.
Man. ¿Y mi hermano?
Chir. En Oran.
Man. ¡Famoso tierra!
¿Y mi cuñada?
Chir. En las Arrecogidas.
Man. Hizo bien, que bastante anduvo suelta.

ESCENA VIII.

LOS DICHOS, Y EL TIO, Y LA REMILGADA.

Tio y Rem. Manolo, bien venido.
Man. ¿Quién es este? (*A la tia.*)
¿Que tan serio me habla, y se presenta?
Chir. Otro padre, que yo te he prevenido,
Porque con la horfandá no te afligieras.
Man. ¿Y qué destino tiene?
Tio. Tabernero.
(*Con dignidad; y Manolo y su comparsa le hacen una profunda y espresiva reverencia.*)
Chir. Y esta, que es rama de la misma cepa, (*Presentándole á la Remilg.*)
Es su hija y tu esposa.
Rem. Yo fallezgo!...
Chir. Repárala qué aseada y qué compuesta.
Man. Ya veo que lo está.
Chir. ¿Vienes cansado?
Man. ¿De qué? Diez ó doce años de miseria,
De grillos y de zurras, son lo mismo
Para mí, que beberme una botella.

Tio. ¿Cómo te ha ido en presillo?
Man. Grandemente.
Seb. Cuenta de tu jornada y tus probezas
El cómo por menor, ó por arrobas.
Man. Fué, señores, en fin, de esta manera.
No refiero los méritos antiguos,
Que me adquieron en mi edad primera
La comun opinion: paso en silencio
Las pedradas que dí, las faldriqueras
Que asalté, y los pañuelos de tabaco
Con que llené mi casa de banderas,
Y voy sin reparar en accidentes
A la sustancia de la dependencia.
Dempues que del palacio de provincia
En público salí, con la cadena,
Rodeado del ejército de pillos,
A ocupar de los moros las fronteras,
En bien penosas y contadas marchas,
Sulcando rios y pisando tierras,
Llegamos á Algeciras, dende donde
Llenas de aire las tripas y las velas,
Del viento protegido y de las ondas,
Los muros saludé de la gran Ceuta.
No bien pisé la arena de sus playas,
Cuando en tropel salió, sino en hileras,
Toda la guarnicion á recibirnos,
Con su gobernador en medio de ella.
Encaróse conmigo, y preguntóme:
¿Quién eres? Y al oir, que mi rempuesta
Solo fué: soy Manolo: dijo serio:
Por tu fama conozco ya tus prendas.
Dende aquel mismo istante, en los diez años,
No ha habido espedicion en que no fuera
Yo el primerito. ¡Qué servicios hice!
Yo levanté murallas: de la arena
Limpié los fosos: amasé cal viva:
Rompí mil picas: descubrí canteras;
Y en las noches y ratos mas ociosos
Mataba mis contrarios treinta á treinta.
Tio. ¿Todos moros?
Man. Denguno era cristiano,
Pues que de sangre humana se alimentan.
En fin, de mis pequeños enemigos
Vencida la porfia y la caterva,
Me vuelvo á reposar al patrio suelo,
Aunque segun el brio que me alienta,
Poco me sastiface esta jornada,
Y solo juzgo que salí de Ceuta
Para correr dempues las demas córtes,
Peñon, Orán, Melilla y Aljucemas.
Seb. Y entretanto á las minas del azogue
Puedes ir á pasar la primavera.
Tio. Habla á tu esposo.
(*A la Remilgada.*)
Rem. Gran señol, no quiero.
Tio. ¡Qué gracia! qué humildad! y qué obedencia!
Chir. Ven, pues, á descansar.

ESCENA IX.

LA POTAGERA, Y LOS DICHOS.

Pot. Dios guarde á ustedes.
Y tú, Manolo, bien venido seas,
Si vuelves á cumplirme la palabra.
Man. ¿De qué?
Pot. De esposo.
Man. Pues en vano esperas;
Que tengo aborrecidas las esposas
Dempues que conocí lo que sujetan.
Pot. Tú me debes...
Man. ¿Al cabo de diez años
Quieres que yo me acuerde de mis deudas?
Pot. Mira que de paz vengo, no resistas,
O apelaré al despique de la guerra;
Pues á este fin mi ejército acampado
Dejo ya en la vecina callejuela.
Tio. ¡Hola! ¿qué es esto?
Pot. Es un asunto de honra.
Tio. ¡Cielos, qué escucho! Aquí de mi prudencia.
(Haced vosotros gestos entre tanto,
Que yo me pongo así como el que piensa.)
(*Pausa.*)
Man. ¡Qué bella escena muda!
Tio. Ya he resuelto,
Y voy á declararme.
Chir. Pues revienta.
Tio. Aquí hay cuatro intereses; el de mi hija;
El de Manolo, que á casarse llega;
El nuestro, que cargamos con hijastros;
Y finalmente el de la Potagera,
Que pretende que pague el que la debe,
Y es justicia, con costas ecetéra. (*Pausa.*)
Manolo ha de casarse con mi hija.
(*Resuelto.*)
Este es mi gusto.
Rem. ¡Cielos, qué sentencia!
Tio. Con que es preciso hallar entre tu honra, (*A la Potagera.*)
Y mi decreto alguna convenencia.
Pot. Mi honor valia mas de cien ducados.
Tio. Ya te contentarás con dos pesetas.
Pot. No lo esperes.
Tio. Pues busca quien le tase.
Pot. Lo tasarán las uñas y las piedras.

ESCENA X.

MEDIODIENTE, Y LOS MISMOS.

Med. Yo te vengo á servir de aventurero,
Pues hoy quiere el destino que dependa
Tu suerte de la mia.
Pot. Yo te estimo
La generosa, Mediodiente, oferta,
Porque mientras yo embisto cara á cara,
Tú por la retaguardia me defiendas.
Man. Amigo Mediodiente!...
Med. No es mi amigo
Quien del honor las leyes no respeta,
Y sabré...
Man. ¿Qué sabrás? ¿Cómo á la vista
De este feroz ejército no tiemblas?
(*Señala á los pillos.*)
Med. Nunca el pájaro grande retrocede
Por ver los espantajos en la higuera.
Pot. Haz que toquen á marcha.
Seb. (Si nos vamos
Todos á un tiempo se acabó la fiesta.)
Med. Yo le ofrezco á tus piés rendido, ó muerto.
Rem. ¡Ay de mí!
Tio. ¿Qué es aquesto?
Rem. Ya que llega
A este estremo mi mal, no se malogre
Mi gusto por un poco de vergüenza,
Que solo es aprehension; y sepan cuantos
Aquí se hallan, que por tí estoy muerta,
Y que te he de matar, ó he de matarme,
Si vuelves á mirar la Potagera.
Med. No lo creas, mi bien... mas mi palabra
Empeñada está ya por defenderla.
Aquí me llama amor: aquí mi gloria.
¿Dónde está mi valor?... ¿Mas mi fineza,
Adónde está tambien? ¡O injustos hados,
Que de afetos contrarios me rodean!
Man. (¡Cómo esprime el cornudo las pasiones!)
Med. Pero al fin de este modo se resuelva.
Lidiaré por la una, y á la otra
Sastifaré dempues. ¡Al arma!
Man. ¡Guerra!
Pot. Avanza, infantería, á las castañas.
Man. Amigos, asaltemos la taberna;
Y á falta de clarines y tambores,
Hagan el son con la gaita gallega.

ESCENA XI.

LOS DICHOS, Y AL VERSO ¡*Avanza, infantería!* SALEN UNOS MUCHACHOS, QUE A PEDRADAS DERRIBAN EL PUESTO DE CASTAÑAS, Y ANDAN A LA REBATIÑA. MANOLO Y LOS TUNOS ENTRAN EN LA TABERNA, Y SUENA RUIDO DE VASOS ROTOS. LA CHIRIPA ANDA A PATADAS CON LOS MUCHACHOS, Y LUEGO SE AGARRA CON LA POTAGERA. EL TIO TIENE A LA REMILGADA DESMAYADA EN SUS BRAZOS. SEBASTIAN ESTA BAILANDO AL SON DE LA GAITA, Y LUEGO SALEN DANDOSE DE CACHETES MANOLO Y MEDIODIENTE; Y A SU TIEMPO, CUANDO LE DA LA NAVAJADA, SE LEVANTAN LAS TRES VERDULERAS, Y VAN SALIENDO TUNOS Y MUCHACHOS, Y FORMAN UN SEMICÍRCULO, HACIENDO QUE LLORAN CON SENDOS PAÑUELOS, ETC., ETC.

Man. ¡Ay de mí! Muerto soy.
Med. Me alegro mucho.
Rem. Ya respirar podemos.
Chir. ¿Quién se queja?
Tio. No te asustes; no es mas de que á tu hijo
Le atravesaron la tetilla izquierda.
Man. Yo muero... No hay remedio.
¡Ah, madre mia!
Aquesto fué mi sino... Las estrellas...
Yo debia morir en alto puesto,
Segun la heróicidá de mis empresas;
¿Pero qué hemos de hacer? No quiso el cielo.
Me moriré, y dempues tendré pacencia.
Ya no veo los bultos... aunque veo
Las horribles visiones que me cercan.
¡Ah tirano! ¡Ah perjura! ¡Ay, madre mia!
Ya caigo... Ya me tengo... Vaya de esta.
(*Cae.*)
Chir. ¡Ay, hijo de mi vida! ¿Para esto
Tantos años lloré tu triste ausencia!
¡Ojalá que murieses en la plaza,
Que al fin era mejor que en la plazuela!
Pero aguarda, que voy á acompañarte
Para servirte en lo que te se ofrezca.
¡O Manolo, el mejor de los mortales!
¿Cómo sin tí es posible que viviera
Tu triste madre? ¡Ay, allá va eso!... (*Cae.*)
Tio. Aguárdate, muger, y no te mueras...
Ya murió, y yo tambien quiero morirme
Por no hacer duelo, ni pagar esequias.
(*Cae.*)
Rem. ¡Ay padre mio!

Med. Escúchame.
Rem. No puedo,
Que me voy á morir á toda priesa. (*Cae.*)
Pot. Y yo tambien, pues se murió Manolo.
A llamar al dotor me voy derecha,
Y á meterme en la cama bien mullida:
Que me quiero morir con convenencia.

ESCENA ULTIMA.

SEBASTIAN, MEDIODIENTE, LAS COMPARSAS Y LOS DEFUNTOS.

Seb. ¿Nosotros nos morimos, o qué hacemos?
Med. ¿Amigo, ó es trigedia, ó no es trigedia?
Es preciso morir; y solo deben
Perdonarle la vida los poetas
Al que tenga la cara mas adusta,
Para decir la última sentencia.
Seb. Pues dila tú, y haz cuenta que yo he muerto
De risa.
Med. Voy allá. ¿De qué aprovechan
Todos vuestros afanes, jornaleros,
Y pasar las semanas con miseria,
Si dempues los domingos, ó los lúnes,
Disipais el jornal en la taberna?

DON NICASIO ALVAREZ DE CIENFUEGOS.

Don Nicasio Alvarez de Cienfuegos nació en Madrid en 14 de diciembre del año 1764: fueron sus padres don Nicolas Alvarez Cienfuegos y doña Manuela Antonia de Acero. Hizo sus estudios en Salamanca, al lado del célebre don Juan Melendez Valdes, con quien le unió desde sus primeros años la mas estrecha amistad.

Las obras con que empezó á darse á conocer fueron las tragedias *Zoraida* y la *Condesa de Castilla*; pero cuando estableció sólidamente su reputacion literaria, fué cuando imprimió en 1798 todas sus obras poéticas. Poco tiempo despues le confió el gobierno la redaccion de la *Gaceta* y del *Mercurio*, y no tardó en ser nombrado oficial de la secretaría de estado, en cuyo destino se hallaba cuando estalló la guerra de la independencia. Despues de haber corrido los mayores peligros, á consecuencia de los sucesos del 2 de mayo, fué llevado al siguiente año de 1809 á Francia, en rehenes, y falleció al llegar á Orthes á principios de julio.

Su tragedia de *Pitaco* le abrió las puertas de la Academia Española. Ademas de sus obras poéticas, dejó diferentes trabajos sobre etimologías y sinónimos castellanos.

ZORAIDA,

TRAGEDIA.

Esta tragedia pasa por la mejor de las varias que compuso don Nicasio Alvarez de Cienfuegos. Pertenece al género clásico en su mas rigurosa espresion; nuestros lectores juzgarán de su mérito. Hemos llegado á una época demasiado próxima á nuestros dias, para que puedan la alabanza ó la crítica campear con tanta independencia como cuando las hemos aplicado á autores cuyas obras pertenecen ya, por decirlo así, á la posteridad. Nuestras alabanzas podrian parecer un tributo pagado al noble carácter y acendrado patriotismo del autor, de que dió pruebas que todavía están muy recientes; y con nuestras críticas, si la imparcialidad nos obligase á hacerlas de sus obras dramáticas, temeriamos ver alzarse indignada, segun la espresion de un célebre poeta contemporáneo,

La inexorable sombra de Cienfuegos.

Las obras dramáticas de Cienfuegos son las tragedias de *Idomeneo*, *Zoraida*, *La Condesa de Castilla* y *Pitaco*. Estas composiciones, sobre todo la segunda, le dieron mucho nombre; pero aun alcanzó mas celebridad como poeta lírico.

PERSONAS.

BOABDIL, rey de Granada.
HACEN, su padre.
ALMANZOR, caudillo de Abencerrages.
ABENAMET, su amigo, y amante de ZORAIDA, dama de palacio.
ZULEMA, su compañera y amiga.
ALATAR, confidente del rey.
ZEGRÍES.
ABENCERRAGES.

La accion, que en el último acto se representa de noche, pasa en un jardin de la Alhambra de Granada.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

HACEN, ALMANZOR.

Hac. ¿Es verdad, Almanzor? ¿mis tiernos brazos
Te vuelven á estrechar?
Alm. ¡Pluguiera al cielo
Que de Jaen en la sangrienta arena
La paz gozase del eterno sueño!
Hac. No así desmaye, Abencerrege amigo,
Por un desastre, tu brioso aliento; [go,
Que aunque es grande el poder del rey Fernando... [temo:
Alm. Yo ni á Fernando ni á Castilla
Temo á Granada y á su rey tu hijo,
Que arrastra al precipicio nuestro imperio.
El, por saciar la vengativa saña
Que dentro hervia en su abismoso pecho,
Al sepulcro envió nuestras falanges
Delante de Jaen.
Hac. Pensar no puedo
De un hijo mio tan atroz designio.
Tú le aborreces porque, al tuyo opuesto,
Es del bando Zegrí...
Alm. Y él abomina
De mis Abencerrages por lo mesmo.
Porque ellos solos resistieron firmes
A que tú le cedieses ese cetro
Que nunca mereció; por eso impío
Su esterminio total juró en secreto.
Mi amigo Abenamet, que mas osado
Contrastó á su eleccion y que, antepuesto
En el cariño de la fiel Zoraida,
Del rey sañudo embraveció los zelos,
Fué el blanco principal de tus rencores.
Con visos de amistad, todo el veneno
Ocultando del alma, le confia
El terrible estandarte sarraceno
Que da triunfo feliz ó muerte cierta;
Queriendo así que el castellano acero
Le acabase en el campo de batalla,
O aquí despues, sin el pendon volviendo,
Armado con la ley darle la muerte.
Hac. Cesa, cesa, Almanzor: tu enojo
Finge en tu fantasía esas sospechas [ciego
Que degradan, á fe, tu noble pecho.
Yo sé que Boabdil... (es hijo mio;
Tal vez me cegará el amor paterno)
Aunque no es tan benigno y virtuoso
Como quisiera yo, no es tan perverso
Que pudiera... ¡gran Dios! solo en pensarlo
Me estremezco de horror! cuando su imperio
De la España triunfante combatido [Amenaza caer, ¿su mismo cetro
Dejaria á merced del castellano
Enviando á la muerte á sus guerreros?
Conquistar á Jaen era importante
A la salud del granadino reino:
Por eso Boabdil...
Alm. Ha malogrado
De una empresa tan útil el suceso.
Si los infames partidarios suyos,
Si esos Zegríes de abatido aliento,
Respiráran honor; si guerreasen
De los Abencerrages al ejemplo,
Hoy de Jaen en las gigantes torres
Nuestros pendones ondeára el viento.
Fué insigne traicion; que de otro modo
¿Cómo pudieran al primer encuentro
Volver la espalda á un débil enemigo
Que ya doblaba á la coyunda el cuello?
Claro lo dijo *Abderraman*, el gefe
De esos cobardes cuando, allí muriendo
Me llama, y *Almanzor*, doliente dice,
« Si contrario en faccion, fiel compañero
« En amar el honor te fuí por siempre.
« La ignominia, el horror en que yacemos
« No es obra mia; que jamas morada
« Hizo en mi corazon el torpe miedo.
« Orden terrible, superior mandato
« Esta fuga dictó... ¡Proteja el cielo
« A mi patria infeliz! » Dijo; y la muerte
Le vedó revelar todo el secreto.
Hac. ¡Dios de justicia!
Alm. Boabdil se acerca.

ESCENA II.

DICHOS, BOABDIL.

Hac. Aquí esperaba tu mejor guerrero
Tu venida.
Boabd. ¡Almanzor! Mucho mereces;
Pero mucho le debes á mi afecto.
(*Le abraza.*)
Alm. Mi amigo Abenamet á tí me envia,
Porque hablarte desea.
Boabd. Qué! ¿Tan presto
De sus heridas se cobró?
Alm. Está herido
En su honor, y su honor es lo primero.
Boabd. Su honor en mi opinion es sol radiante;
Pero ese necio y caprichoso pueblo,
Que esperó de su brazo la victoria,
Le juzga criminal por el suceso.
Alm. Miente Granada, miente el alevoso

Que injuria á Abenamet, y yo le reto
A duelo singular donde mi brazo
Castigará su loco atrevimiento.
Al campo salga, ó que confiese al punto
Que su salud los miserables restos
De nuestros arrollados escuadrones
A su brio impertérrito debieron.
Y tanto campeon, hoy tu defensa,
Gimieran en pesado cautiverio,
Si ya su libertad no conquistase
Abenamet con su tajante acero.
Yo le ví, yo le ví cuando acosado
Por todas partes del cristiano esfuerzo,
Pugnaba por romper con fuerte lanza
Cuádruples muros de acerado hierro.
Cubierto en polvo, de sudor bañado,
Tinto en la sangre que sus rotos miembros
Brotaban sin cesar, rompe, destroza
Cuanto resiste á su mortal encuentro,
Hasta arrancar de la española garra
Sus encerrados moros, que sangrientos
Por montes de cadáveres se salvan.
Granada se admiró en aquel momento
De cobrar sus perdidos defensores,
Y alzó gozosa el abatido cuello.
Si su estandarte se perdió, ¿qué importa?
Sus hijos recobró, y es lo primero.
¡Boabdil, Boabdil! Los invencibles,
Los héroes de la patria allí cayeron;
En tanto que los pérfidos Zegries,
La ignominia al honor anteponiendo,
A sus hermanos con su torpe fuga
Clavaron los puñales en el pecho.
Traicion, traicion, su indigna planta
Guiaba del oprobio en el sendero,
Cuando ya la victoria nos guardaba
Del triunfo honroso el inmortal trofeo.
Traicion, traicion...

Boabd. Es imposible
Que en un ánimo quepa sarraceno
Tan pérfida maldad; y no creyera
Un maliciar tan bajo de tu pecho.

Alm. Cese la tierra de criar malvados,
Y la malicia depondrán los buenos.

Boabd. Si fué la traicion (todo es posible
En el bien y en el mal) grande escarmiento
En el traidor haré: yo te lo juro
Por ese sol que enseñorea el cielo.
Dirás á Abenamet que venga al punto;
Que una y mil veces abrazar deseo
A mi amigo infeliz; que nada tema;
Que envidio mas su infausto vencimiento
Que los fáciles triunfos de Alejandro.

(*Vase Almanzor.*)

ESCENA III.

HACEN, BOABDIL.

Hac. Amado Boabdil, ¿será sincero,
Saldrá del corazon ese cariño
Que te merece Abenamet? ¿Pudieron
La verdad, la razon, mas que los odios
De la faccion, unidos á los zelos?
¿Así desoyes mis amantes voces?
¿Nada me dices? Tu fatal silencio
Confirma mi temor. ¡Ay, hijo mio!
Abre á un padre de amor tu duro pecho;
Fiame tu virtud... ó tus maldades,
Porque pueda llorarlas á lo menos,
Ya que impedirlas no.

Boabd. Dejad el llanto,
Y no os intereseis con tal estremo
Por mí; ni os confirmeis en los temores
Que me hacen tanto honor.

Hac. ¡Pluguiera al cielo
Que fuese mi interes otro que el tuyo,
Y que fueran soñados mis recelos!
Pero tu padre soy; tengo una patria,
A quien mi honor y mis cuidados debo,
Que ya huella la márgen de su abismo,
Y al impulso caerá de tus escesos.
Sí, Boabdil: las huestes que quedaron,
Toda Granada el caso lastimero
De la jornada de Jaen te imputa.
Dicen que por tu vil resentimiento
Llevaste á Abenamet al sacrificio
Con sus Abencerrages; y que huyeron,
Porque tú lo ordenaste, los Zegries,
Para que Abenamet así perdiendo
El augusto estandarte de la patria,
Oprimirle pudieses indefenso.

Boabd. ¡Eso dicen, señor!

Hac. Y en vano, en vano
Procuro yo con paternal acento
Sus quejas acallar; ni ellos se calman,
Ni yo tampoco deslumbrarme puedo,
Por mas que en tu favor me hable el cariño.
¡Hijo de mi dolor! ¿podrá ser cierto
Que deshonres cien siglos de virtudes
Que tus mayores para tí cogieron?
¿Será verdad que el resplandor mancilles
De tanto honor como al cederte el cetro
En mi trono dejé, para que fuese
Tu perpetua leccion y eterno ejemplo?
Vuelve en tí, Boabdil; aquí á tus plantas
Humillando mis canas te lo ruego:
Rompe la niebla que tu vista encubre,
Y ve una patria que en terrible riesgo
Implora tu favor. Si es que no intentas
Que llore esclava entre cristianos hierros,

Sofocando los odios, á servirla
De hoy mas consagra todos tus afectos:
No haya en tí mas pasion que su defensa.
Boabd. Está bien: seguiré vuestros consejos. *(Se va.)*
Hac. ¿Huyes? ¡ay! ¿huyes? hijo mio, vuelve,
Vuelve, hijo mio, á mi amoroso pecho
Que respira por tí. No así mi alma
Anegues en un mar de desconsuelos...
¡Ingrato! ¡ingrato! los dolores burla
De mi amarga vejez... ¡Oh cuánto temo
Tu muerte, Abenamet! ¡Cuántos desastres
Volar en torno de Granada veo!
¡Patria mia infeliz! ¡mas infelice
Padre de maldicion! ¡Piadosos cielos!
¿Y será Boabdil tan obstinado
Que no vea su mal en sus escesos?
Es imposible. Volaré á su lado,
Clamaré sin cesar hasta que el eco
De mis voces penetre en sus entrañas.
Omnipotente Dios, Dios de los buenos,
El desdichado Hacen tu nombre invoca;
Benigno escucha su doliente ruego.
(*Se va por donde Boabdil. Por otro lado entran Almanzor y Abenamet.*)

ESCENA IV.

ABENAMET, ALMANZOR.

Aben. No lo ignoro, Almanzor, que nuestras leyes
A la muerte condenan al guerrero
Que pierda de la patria el estandarte;
Pero será cuando traicion ó miedo
Se le arranquen.
Alm. Las leyes no distinguen.
Aben. La razon sí distingue, y es lo mesmo. [rano,
Alm. ¿Habrá ley ni razon para un ti-
Que á tu faccion y á tu cariño opuesto,
De su honda falsedad en las tinieblas
Medita la venganza de sus zelos?
Aben. El rey, á sus amores renunciando,
Me ofreció de Zoraida el himenco
Para mi vuelta de Jaen: ¿Por suerte
Me intentaria deslumbrar, teniendo
En sus manos entonces mi destino?
¿Le resistiera yo si violento
Me robase la mano de Zoraida?
Ni pronuncia jamas el odio austero
Con mentido lenguaje, las palabras
Que entonces Boabdil me habló halagüeño.
¿Y cabe la doblez en el humano
De estar á su enemigo adormeciendo
En la seguridad, para romperle
El corazon en medio de su sueño?
Sea: pero jamas le haré la injuria
De pensar tal horror; y antes prefiero
Ser víctima fatal de la perfidia,
Que afligirme en tan triste pensamiento.
Si el rey de mi faccion es enemigo,
Yo lo soy de la suya, y no por eso
Dejaré de cumplirle los oficios
Que por justicia y por honor le debo.
Alm. ¿Y porque tú procedas generoso,
Contigo Boabdil habrá de serlo?
¿Cuándo será que juzgues de los hombres
Por sus obras y no por tus deseos?
El vicio, Abenamet, reina en la tierra,
Y á la virtud, su máscara vistiendo,
Remeda astuto y en su red la prende,
Se hace inocente, afable, justiciero,
Segun le dicta su interes odioso;
Mas en logrando su querido objeto,
Descubre al fin su natural semblante;
Pero ya la virtud está gimiendo.
Créelo, Abenamet; si los Zegríes
En la jornada de Jaen huyeron,
Boabdil lo ordenó para perderte,
Con ese ardid su inquietud cubriendo.
Aben. ¿Pudiera Boabdil por un antojo
Llevando á perecer á sus guerreros,
Con la fama esponer su trono y vida,
Sobrando á su venganza tantos medios?
En tu enojo implacable eres injusto,
Y en el rey te ensangrientas con esceso.
Alm. ¡No luzca el dia en que de mi te acuerdes
Probando la verdad de mis acentos!
Sobre ello he de insistir: huye al instante,
Huye de este pais, donde estranjero
El virtuoso entre peligros vaga;
Donde la ley, escudo del perverso,
El labio sella á la virtud inerme.
Aben. Obré con rectitud; á nadie temo.
Si la salud en vergonzosa fuga
Buscase yo, me declarára reo.
Supon que Boabdil quisiera injusto
Perderme sin razon: ¿podrá el consejo
De los ancianos permitir mi agravio,
Provocando la cólera del pueblo?
Alm. Sí, lo permitirá; que esos senados
Son tiranos tambien; porque son siervos.
Aben. Juzguen á su placer, yo abroquelado
En mi recto interior, tranquilo espero
Mi sentencia.
Alm. ¡Infeliz! pues que rehusas
La segura salud de mi consejo,
Al rey informaré de tu llegada

Aben. Y si á Zoraida ves...
Alm. Entiendo, entiendo.

ESCENA V.

ABENAMET.

¡Si mi venida ignorará Zoraida!
Tal vez en este punto, mis recuerdos
Con amorosas lágrimas regando,
Votos hará por mí tornar al cielo.
Tal vez, llorando ante la tumba fria
De su padre Ibrain, en el silencio
De su amargo pesar mi amor le jura.
¿Y quién sabe si acaso en su desprecio
Y su olvido caí por la desgracia
De mis armas? ¡Gran Dios! yo lo merezco,
Que indigno campeon de su hermosura,
Su nombre dulce en mi broquel impreso,
No supe honrar con el laurel triunfante.
Huiré de su presencia, que no debo
Presentarme vencido ante sus plantas.
¿Cómo pudiera soportar el ceño
De su airado semblante? No he de verla.

ESCENA VI.

ZORAIDA, ABENAMET.

(*Sale Zoraida acelerada y le abraza.*)
Zor. Abenamet!
Aben. Zoraida!
Zor. ¡Al fin te veo!
Mil veces, mil, desesperé afligida
De volverte á mirar.
Aben. ¡Pluguiera al cielo
Que Abenamet su postrimer suspiro
Allá exhalase de tu vista lejos!
Zor. ¡Ya la muerte prefieres á Zoraida!
¿Adónde están, cruel, los sentimientos,
Los dolores de amor, que en otros dias
Al partirte de mí contigo fueron? [viven;
Aben. En mi pecho inmutable eternos
¿Mas qué vale? infeliz! pasó aquel tiempo
Que digno me miró de tu cariño.
Ahora, quebrantado el juramento [fante
Que hice en tus manos, de humillar triun-
En nombre tuyo al español soberbio,
¿Qué tengo que esperar, si no he sabido
Tus sienes laurear con mis trofeos?
Fuí en todo infeliz, pues ni la muerte
Que en las cristianas lanzas mi despecho
Tantas veces buscó, piadosa quiso
El oido prestar á mis deseos
Cortando mi vivir.
Zor. Si te escuchára,
Ya de la fria tumba en el silencio
En paz durmieras; y Zoraida en tanto
Sola en la inmensidad del universo,
¿Adónde, di, de Abenamet privada,
Encontraria en su afliccion consuelo?
¿Adónde, ingrato?
Aben. Celestial Zoraida
Soy venturoso, pues tu fe conservo.
¿Porqué negarlo? En mi fatal fortuna
Temí que huyeses de mi amor funesto,
Y que dichoso Boabdil... perdona,
Que un desdichado hasta en los bienes
mesmos
Se acostumbra á temer la desventura.
Yo le vía señor de un rico imperio
En el palacio donde tú le sirves;
Y á mí en el campo de la lid, cubierto
De polvo y sangre, entre deshonra y muer-
Perdida la victoria, los guerreros... [te;
Zor. Pero no mi querer que tanto agra-
Ensalza á Boabdil hasta el escelso [vias.
Carro del sol; que generoso, amable,
Idolo universal del orbe entero
Entre gloria y virtud su trono estienda
Por cuanto el ancho mar abraza inmenso.
Deprime á Abenamet; que la fortuna
Cargándole de todos sus desprecios
Le arroje de desdichas en desdichas
Hasta que en él apure sus tormentos:
Ni un punto dudaré; menospreciando
Las grandezas del rey y sus inciensos,
De Abenamet á la infeliz miseria
Gozosa iré, le nombraré mi dueño,
Y quejarme con él será mi gloria.
¡O mi único placer! nunca mi pecho
Ardió tanto en tu amor como en el punto
Que entró en mi oido tu fatal suceso.
Entre bondos ayes resonó en Granada
La rota de Jaen; me hiere, tiemblo,
Miro á los rostros, preguntar no osando
Lo que ansio por saber; al fin me atrevo:
Vive? pregunto, y me responden: vive;
Y no creo á su voz, y otra vez vuelvo
Y pregunto otras mil, y nada alcanza
A calmar mi cruel desasosiego.
Quise volar á donde herido y solo
Me llamaba tu amor; vanos intentos
¿Qué podia yo hacer encarcelada
De este palacio en los dorados hierros?
Le llené de tu amor. Esos salones
De la lúgubre noche en el silencio
De tú imágen querida rodeada
Entre angustia y dolor velar me vieron.
Abenamet, mil veces me escucharon,
Y Abenamet, mil veces repitieron
El son de mis gemidos. El Alhambra

Toda sembrada está de tus recuerdos.
Pregunta á mi Zulema, á quien fiaba
Mi amistad verdadera sus secretos:
Pregunta á este jardin, que tantas veces
Recibió solitario mis lamentos
Al vislumbrar de la callada luna.
Aben. Basta, basta, mi amor. Por tí me huelgo,
Y amo todo el rigor de mis desastres.
¡A Dios pluguiese que Zoraida en ellos
No sufriera tambien! mi vida entonces
De placer en placer fuera rieńdo.
Zor. Seas feliz, y lo será Zoraida.
Pero dicen... no sé; yo no lo creo...
¿Será verdad que el campeon que pierde
El pendon de Granada?...
Aben. No soy reo;
No hay nada que temer. Zoraida hermosa,
Sepa yo de tu labio lisonjero
Cuál en mi ausencia á Boabdil hallaste.
Zor. Nunca me demostró tanto respeto,
Tanta afabilidad, y á tí te honraba
Tus loores por siempre repitiendo.
¿Cuándo será, decia, que triunfante
Vuelva á Granada á recibir el premio
De sus victorias por mi misma mano?
Era en fin, agradarme su deseo.
Pero yo, cuanto mas me favorece
Sin saber la razon, mas le aborrezco.
Es algo falso, desabrido, duro,
Jamas á nadie franqueó su pecho;
Y no es Abenamet. Pero ¿es seguro
Que no corres en nada ningun riesgo?
Aben. ¿Dudas de mi verdad?
Zor. ¿Pues ya qué resta?
Unirnos á los dos en lazo eterno
Prometió Boabdil... á Dios, que él viene.

ESCENA VII.

BOABDIL, ALATAR, ABENAMET, ALMANZOR.

Boabd. ¡Amigo! amigo! á mi sincero afecto
Cuántos cuidados le costó tu ausencia!
Abrazándote estoy, y no lo creo.
Aben. Rey de Granada, á tu amistad responde
Con una eterna gratitud mi pecho.
Boabd. Mal recobrado aun de tus heridas,
¿Por qué razon, tus dias esponiendo,
Tan en breve volvistes?
Aben. En Granada
Me llamaba la ley á que sujeto
Quedé, perdido el estandarte patrio;
Y no estaré tranquilo ni contento
Hasta que mi inocencia me proclame
De tu senado en el augusto templo;
Que no quiero jamas que nadie piense
Que el juicio de la ley culpable temo.
Boabd. ¿Quién puede oscurecer tu limpia fama?
Ni consintiera yo tamaño esceso.
Pero siendo ministro de las leyes
Y no absoluto y arbitrario dueño,
Cumplirlas debo; y pues que tú lo pides;
Te juzgará al instante mi consejo.
Y aunque manda tambien que esté en prisiones
El que haya de juzgarse, yo dispenso...
Aben. No puedes dispensar; ni yo admito
Dispensas, de la ley en menosprecio.
Vamos á la prision.
Boabd. Detente, amigo;
Que sin faltar á la justicia puedo
Moderar su rigor. Aquí, en la Alhambra,
A mi lado, tendrás mas digno encierro.
Condúcele, Alatar, y que servido
Y respetado sea cual yo mesmo.
(*Conduce Alatar á Abenamet á una torre que se verá por los espectadores, y entra allí con él*).
Alm. ¿Porqué le han de juzgar si está juzgado
Por la voz general de todo el pueblo,
Por su ejército todo, por Granada,
Y todos á una voz ya le han absuelto?
Boabd. ¡Cuánto me prenda la amistad ardiente
Que en su favor te dicta estos acentos!
Mas no es posible que jamas repruebes
Que se cumpla la ley.
Alm. Sí, lo repruebo:
Que cumplir con la ley es tiranía
Si escusa la razon el cumplimiento.
¿Por ventura la voz de seis ancianos
Mas solemne será que la de un pueblo?
¿Será mas decisiva que los votos
De tantos infelices que debieron
A Abenamet la libertad, la vida,
Sus esposas, sus madres y sus deudos?
Seis jueces, Boabdil, los compra el oro,
Mas no puede comprar á todo un pueblo.
Boabd. Caudillo Abencerrage ¿por ventura
Tan vicioso me juzgas, tan perverso,
Que haga un tráfico vil de la justicia?
Alm. Lo que de tí pensares, eso pienso.
Mas yo te juro por mi fuerte lanza,
Que, si de muerte le declaran reo,
Has de llorar con lágrimas de sangre
Esa justicia que respetas ciego.
(*Se va, y cuando deja la escena sale á ella Alatar de la torre*).

ESCENA VIII.

BOABDIL, ALATAR.

Boabd. ¿Llevaste á Abenamet donde he mandado?
Alat. Están obedecidos tus preceptos.
Boabd. Con ninguno ha de hablar: nadie ha de verle,
Y ni un punto se falte á lo que ordeno.
Alat. Ya sé tu voluntad.
Boabd. ¿Y quién aleve
A revelar se arroja mis secretos?
Ya entre sordo rumor vuela en Granada
Que en fuerza de mis órdenes huyeron
En Jaen los Zegríes. O su jefe
Abderraman, ó tú, sois los perversos
Que, mi fe invulnerable violando,
Comunicado habeis este misterio;
Y, ¡vive Dios!...
Alat. Señor, soy inocente.
Boabd. Que si llego á saber que á tal
Tu osadia llegó, caerá al instante [estremo
Tu cabeza traidora de tu cuello.

ESCENA IX.

DICHOS, ZORAIDA.

Zor. ¿Permite Boabdil que yo interrumpa
Su coloquio? [rumpa
Boabd. ¡Zoraida! ¿cuál objeto
A mi vista te trae?
Zor. ¡Que tu grandeza
Oiga benigna mis humildes ruegos!
Boabd. ¡Cuán hermosa, gran Dios! ¿y no ha de amarme?
Habla, Zoraida: por servirte anhelo.
Zor. Tu augusta madre su piadosa sombra
Estendió sobre mí, cuando perdiendo [bra
Con mi padre mi apoyo y mi fortuna,
Me ví en la tierra sin ningun consuelo.
En este alcázar me hospedó oficiosa,
Y me ha honrado, señor, mas que merezco.
Mi fortuna, mi honor, cuanto respiro
A tus padres y á tí todo lo debo.
Mis beneficios á la tierra entera
Iré gozosa sin cesar diciendo,
Porque os bendigan todos con Zoraida.
Eternamente vivirá en mi pecho
Este agradecimiento delicioso
En que arde: eternamente repitiendo
Vuestros favores, verterán mis ojos
Este dulce llorar, ¡único premio
Que puede un infeliz! y ¡oh si algun dia
Alcanzára la sangre de mi cuerpo
A pagaros! al punto con mis manos
Mis propias venas con placer abriendo,
Mi gratitud sellára con mi muerte.
Y pues soy obra tuya, aquí te ruego
Que lleves á su colmo mi fortuna,
¡Halle quien satisfaga los deseos
De mi padre Ibrain! ¡pueda en su tumba,
Ya que vivos sus ojos no lo vieron,
Gozarse en la ventura de su hija!
Tú lo sabias: su mayor anhelo
Era verme feliz entre los brazos
Del que fuese querido de mi pecho;
Elegí, y él le amó. Tú le conoces
A ese digno mortal, y nuestro afecto
Aprobaste, y mil veces en la Alhambra
Unirnos prometiste en nudo eterno.
Llegó el dia, señor, de que corones
Mi dicha en este próspero himeneo,
Y postrada á tus plantas te lo pido.
Boabd. Antes del nuevo sol yo te prometo
Dejar cumplidos tus amantes votos.
Zor. Y en recompensa á tí prémiete el cielo
Aun mas allá de cuanto tú deseas,
Para gozo y ventura de los buenos.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

ZORAIDA, ZULEMA.

Zul. En esta soledad, de mi apartada,
¿Porqué te entregas á tu triste llanto?
¿Porqué desesperar? tal vez triunfante
A Abenamet enviará el senado.
Zor. ¡Ay mi Zulema! ¿cuando yo espe-raba,
Y así me lo afirmó su mismo labio,
Gozar ya sin temor de su cariño,
Le veo arrebatar de entre mis brazos,
En injusta prision, su vida ó muerte
Pendiente de la voz de seis ancianos?
¿Qué es esto, amiga? ¿me diras piadosa
Su destino fatal? A cuantos hablo
Veo que callan, que la faz me vuelven
Y los ojos llorosos enjugando,
Me dejan, y se van. ¡Triste Zoraida!
Dime, ¿Hacen y Almanzor?...
Zul. Un fiel esclavo
En su busca partió: vendrán al punto;
Pero ¿qué te propones en llamarlos?
Zor. Salvar á Abenamet. Ellos conocen
Esa ley, que sin duda hizo un tirano.
Dirán si hay esperanza de su vida,

O sabrán defenderle si el senado
Injusto atropelláre su inocencia.
¡Ay! ignorante nuestro sexo y flaco,
Nada puede por sí, y en la borrasca
Se pierde sin timon abandonado.
¡Qué por un solo dia de repente
No me mudase compasivo el hado
En el Gran Capitan!

Zul. ¿Con cuál intento?

Zor. Retára á Boabdil, á esos ancianos,
Su consejo y mi mal, y á cuanto aleve
Quisiera osar contra mi invicto brazo.
Oponiéndome intrépida á sus golpes,
O yo muriera de mi amante al lado,
O le subiera de su gloria al trono.

Zul. Noble Zoraida, favorable acaso
El juicio le será: vuestras virtudes
Lo merecen así.

Zor. Y ese es mi llanto,
Que siempre la virtud es la oprimida.
Ese bárbaro rey, ese tirano,
Ese monstruo infernal, que fementido
Así engañaba mi candor incauto
Con falaces promesas, ¡ay Zulema!
¡Y cuán tarde conozco sus engaños!
Para afirmar el golpe, su venganza
Quiso dorar con pérfidos halagos.

Zul. Desecha ese temor, y no redobles
Con vanas fantasías tu quebranto;
Que ¡hartos dolores nuestra vida asaltan
Sin salir imprudentes á buscarlos!
Arma tu corazon de fortaleza
Por si acaso el destino te es contrario.

Zor. ¿Contrario? ¿y me decias engañosa
Que favorable le seria el hado?

Zul. Lo espero, sí; pero pudiera...

Zor. ¡Ay triste!
El consejo feroz le ha condenado:
Tú me engañas, cruel.

Zul. ¿Porqué interpretas
Mis sencillas palabras en tu daño?
¿Porqué exaltada sin razon te afliges?
Poco la adversidad te ha visitado
Cuando te rindes á tan leves males.

Zor. Es cierto, amiga; pero, ¡le amo tanto! [acerca;

Zul. Mas no en ciega pasion... Hacen se
Yo hácia el salon de la justicia marcho.

ESCENA II.

HACEN, ZORAIDA.

Zor. Señor, Zoraida tu favor implora:
¡Tu compasion me valga!

Hac. No me es dado
Consolar tu afliccion. ¿Dónde está el tiempo
En que Hacen era rey, y de su mano [po
Del desvalido la salud pendia?
¡O cetro que perdí, solo en los llantos
Que pudiera enjugar, de tí me acuerdo!

Zor. ¿Y porqué no reinais? y ese senado
Sabria respetar á la inocencia.

Hac. Y la respetará: ¿porqué dudarlo?

Zor. ¿Y si á la muerte le condena injusto?

Hac. Entonces Boabdil pudiera humano
El rigor mitigar de la sentencia,
Un castigo imponiéndole mas blando.

Zor. Sé mi padre, señor.

Hac. Ay hija mia,
¡Fuera el rey como tú! ¡Que el cielo santo
No inundase su pecho en la ternura
Que en el tuyo rebosa! Ya mi labio
En tu favor intercedió mil veces,
Y mis ruegos las lágrimas regaron.

ESCENA III.

ALMANZOR, ZORAIDA, HACEN.

Zor. Valeroso Almanzor, era tu amigo.

Alm. Y yo suyo, Zoraida. Los ancianos
Aun no resolvieron: si su lengua
Pronunciare la muerte, lo he jurado,
Seré el ejecutor de su sentencia,
Sangriento ejecutor. Muerte y espanto
Volarán por Granada en este dia;
Y sangre ha de correr pues lo ordenaron.

Hac. ¿Qué intentas, Almanzor? jamas
A la fuerza confia sus agravios; [el justo
La voz de la razon es su defensa.

Alm. La fuerza es la razon contra el malvado;
La fuerza. Acaso á su furor sangriento
Que se arroja sin freno atropellando.
Y huella la razon, y burla impío
De todos los derechos sacrosantos,
¿No habremos de oponer otros escudos
Que una estéril razon, que al desacato
Por su vil timidez remonta el vuelo?
Es malvado quien sufre á los malvados.
Si á Boabdil su padre resistiera
Cuando intentaba arrebatarle ingrato
El cetro que empuñó, no lloraria
Granada los desastres que lloramos.

Hac. Hacen amante de su triste patria
Las civiles discordias evitando,
Del trono descendió por no teñirle
En la sangre infeliz de sus vasallos.
¿Yo mancharia en mortandad y horrores
La paz envejecida de mis manos?

Alm. Sí, lo debiste, la virtud nos manda
Tal vez ser duros para ser humanos.
Hac. ¡ Nunca esa humanidad more en mi pecho !
Y menos contra un hijo. Yo entre tanto,
Si á Abenamet á muerte condenaren,
Iré, suplicaré, caerá este anciano
A las plantas del rey, y noche y dia
Las regaré con doloroso llanto,
De Zoraida en favor. Y si resiste
Su muerto corazon, si es necesario
En mis entrañas clavaré el acero
Porque mi inútil vida terminando
Compre mi sangre vuestra paz y dicha;
Pero si Boabdil está obstinado
En vuestra perdicion, Hacen os ruega,
El infeliz Hacen, á quien llamaron
Padre del pueblo mientras fué monarca,
El padre de Almanzor... ¡ ay hijo ingrato !
Soy tu padre en amor. Huérfano y niño
Tú lo sabes, que Hacen en su palacio
Amparó tu horfandad; y las lecciones
De virtud y de honor que tanto aplauso
De Granada te dan, son dulce fruto
Del afan cariñoso de este anciano.
Tu hermano es Boabdil; sus estravíos
Perdona por mi amor, sacrificando
Tu amistad á la patria acongojada.
Ir en contra del rey, es ser contrario
De dos fuertes facciones, que aborrecen
Con odios implacables á tu bando
Y su gefe Almanzor. No violento,
Las iras apagadas inflamando,
Soples la division. No haya Zegríes
Ni Abencerrages; ó vendrá el cristiano
Sobre nuestras cabezas delincuentes,
Su triunfo hasta la Alhambra paseando.
No hay mas partido; á Boabdil tolera,
O el yugo sufrirás del castellano.
Elige.
Alm. Ya elegí: viva mi amigo,
O muera á mi puñal ese tirano.
Si la patria cayere desplomada,
Volaré á sepultarme en sus estragos:
Yo sé morir; la esclavitud no temo.
Hac. Implacable persigue á ese tirano,
Que es un hijo de Hacen; por un amigo,
La sangre y los cadáveres sembrando,
Haz de la patria un yermo inhabitable
Y perece sobre él; pero entre tanto
¿ Dónde estará la gloria sarracena ?
Será luto y dolor. Arrebatados
Nuestros infantes del materno pecho,
Del enemigo regarán los campos
Con su sangre, ó en dura servidumbre
Sin amores, sin patria, sin amparo,
Apurarán el cáliz del oprobio.
La amable juventud, los héroes bravos
Arrastrarán los ponderosos hierros
Que tú pusiste en sus torcidos brazos.
¡ Defensa un tiempo cuando fué Granada !
Las esposas en lecho solitario
Cercadas de viudez y de memorias,
No cerrarán sus ojos al descanso.
Las delicadas vírgenes cautivas
Entre suspiros sin cesar mirando
Hácia el camino de su ántigua patria,
Su ardiente amor exhalarán en vano.
Estas canas tal vez con mil ultrajes
Las plantas besarán de algun cristiano;
Y lo quiso Almanzor, y él á Zoraida
Tambien condena al doloroso llanto
Del mas ignominioso cautiverio.
¿ De un cariño cruel los tristes lazos
Serán mas poderosos que la patria
Que nos crió materna en su regazo ?
Zoraida hermosa, tu virtud imploro:
De tu cariño con valor triunfando,
Antes que á Abenamet, ama á esa patria,
A esa madre infeliz; que sanguinarios
Sus mismos hijos sin piedad destrozan,
Y que siempre tu amante ha respetado.
Y en mi nombre dirás á ese guerrero,
Que así mi ancianidad aflige ingrato,
Que no es esta su patria; que al instante
De aquí se pase al enemigo campo,
Venga á su frente, y triunfador se bañe
En la sangre infeliz de sus hermanos.
(*Se va.*)
Alm. En la de los impíos Boabdiles,
Que son de nuestra patria los contrarios.

*****

ESCENA IV.

ALMANZOR, ZORAIDA.

Alm. No desmayes, Zoraida; en tu defensa
Volarán mis valientes partidarios.
Zor. Es ya tarde, Almanzor; de Hacen las voces
Las imperiosas voces arrancaron
De mis ojos el celo y la esperanza.
¡ Ah ! ¿ porqué no calló ? y en dulce engaño
Solo mi amor seria mi universo
Pero á mi vista descubrió su labio
Una patria fatal... unas virtudes...
Espinosa virtud, patria de llanto,
Sereis servidos; la infeliz Zoraida
Sus dolores sabrá sacrificaros.
Favorable, Almanzor, mi ruego escucha:
Si ciega te llamé para que armado
A la justicia á Boabdil forzases

Sin perdonar violencia ni atentado...
Alm. Nada perdonaré : será Granada
De mi venganza funeral teatro.
Zor. Tal no sea jamas. Sálvale, amigo,
Si pudieres pacífico lograrlo :
Si no, caro Almanzor, deja que guie
Nuestra fortuna á su placer el hado.
Perecerémos : el dolor se acaba
De la perpetua noche en el descanso.
¿Quién soy para que arrastre en mi ruina
Los miserables restos africanos?
Viva una patria que mi dulce padre
Amaba sobre mí, y á sus contrarios
Hollando la cerviz, ¡pueda algun dia
Tremolar en los montes asturianos
Sus pendones orlados de victorias!
¡Alce su eternidad sobre mi llanto!
De mis cenizas nacerán eternas
Nuevas bellezas en mejores astros,
Que el recreo serán y las delicias
De otros amantes menos desdichados.
Querido Abenamet, ¿porqué naciste
En dias tan maléficos y aciagos?
Cuando el amor y la virtud rigiesen
Tú serias feliz.
Alm. A los esclavos
Siempre los Boabdiles los rigieron.
Si nuestros moros la cerviz alzando
Quebrantasen su yugo ignominioso,
No dictáran sus leyes los malvados,
Pero nunca será : llegó la infamia
A punto, que el osar es condenado
Como crímen atroz. Viva mi amigo,
O muera Boabdil : torno á jurarlo.
Venda Zoraida á su infeliz amante,
Que yo nunca vendí ni á mis contrarios.
Zor. ¡Venderle! Eterno Dios, dale á mi pecho
Fuerzas para sufrir tantos quebrantos.
Los que debieran aliviar mis penas
Agravan su rigor; verdugos hallo
En los que yo nombraba mis amigos;
Y hasta el mismo Almanzor... ¿porqué inhumano
En destrozar te gozas mis entrañas?
¿Será mi corazon tan depravado
Que se agrade en vender?... No hay en los hombres
Compasion ni virtud. Tacha de ingrato
El pecho de Zoraida, de alevoso;
Pero olvida á lo menos tus agravios
En favor de mi ruego y de la patria.
Alm. Lo que dije será : contra un tirano
La lanza es mi razon. A Dios, Zoraida.

ESCENA V.

ZORAIDA.

¡Implacable mortal! su ardor insano
Arrastrará tal vez al precipicio
El infeliz; y con blandura acaso
Le pudiera salvar. ¿Es tanto esfuerzo
Para un héroe el ceder? Dios soberano,
En tí solo hay piedad : tú solo puedes
Librar al inocente del malvado.

ESCENA VI.

ZORAIDA, ZULEMA.

Zor. Zulema, Abenamet?
Zul. ¿Eternamente
Estarás en tu amor fantaseando?
Zoraida, sé feliz : yo te lo pido
Por toda mi amistad. ¡Logre mi labio
Persuadirte á que salga de tu pecho
La imágen triste que adoraste en vano!
Olvida, olvida : el saludable olvido
El bálsamo será de tus quebrantos.
Zor. ¡Zulema!
Zul. Llora; que tambien mis ojos
En lágrimas amargas se anegaron
Cuando á mi dulce amor un vale eterno
Me forzó á pronunciar sangriento el hado.
No pensé resistir á los combates
Que mi pecho abatido guerrearon;
Pero, en su lentitud irresistible,
La piadosa razon me dió la mano,
Y triunfé del dolor : y ya mi vida
Es muy feliz para el horrible caos
Que lejos me ofrecia la esperanza.
Zor. ¿Con que á morir le condenó el senado?
Zul. Horroriza en verdad tan dura pena;
Mas Boabdil compadecido acaso
Templará su rigor, ó su injusticia.
A sus plantas Hacen allí postrado
Con tristes ayes su piedad implora,
Y no serán inútiles sus llantos.
Zor. ¡Amiga mia!
Zul. Boabdil se acerca,
¡Pueda la compasion guiar sus pasos!

ESCENA VII.

BOABDIL, ALATAR, ZORAIDA, ZULEMA.

Boabd. Zulema, este lugar al punto deja.
(*Se va Zulema.*)
Zor. Si en fin á tu venganza es necesario
El horror y la muerte, si deseas

En sangre humana reteñir tus manos
Aquí me tienes : sobre mí descarga
Ese golpe mortal que has fulminado
Contra aquel que en paises mas dichosos
Fuera en mármol y en bronce eternizado.
Él es prudente, valeroso, invicto,
Y puede un dia su triunfante brazo
Sostener tu corona vacilante,
Abatiendo el orgullo castellano.
¿Yo qué puedo valer? inútil hembra
Por su vida mi sangre derramando,
¡Pueda al menos salvar tantas virtudes
Como atropellan hoy sus adversarios!

Boabd. Pendiente de tu voz está su suerte.
Si Zoraida ; tu rey pone en tus manos
Su muerte ignominiosa , ó su destierro ,
Ya que absolverle en todo no me es dado.

Zor. ¿Y qué exigis de mí? dilo al instante.
Viva, viva, señor, por largos años ,
Con ellos prolongando sus virtudes,
Y no importa que viva desterrado :
Yo volaré con él á su destierro
Y allí su soledad acompañando ,
Mas que lleve la planta á las regiones
De la esterilidad y del espanto,
Donde reina la muerte de la noche ,
Viviré entre delicias á su lado.

Boabd. No partirás , que alguna recompensa
Merece la atencion de mis cuidados.

Zor. Viva, señor, mas que Zoraida espire. [labio,

Boabd. Pues la sentencia pronunció tu
Él vivirá ; pero á mi amor sincero
Has de corresponder.

Zor. ¡Señor! amaros!

Boabd. O caerá su cabeza en este dia.

Zor. ¿Hay mayor crueldad? ¿Está en mi mano
Mudar mi corazon? Dame otro nuevo ,
Y para tí será ; pero entre tanto
¿Qué pretendes de mí?

Boabd. Zoraida hermosa ,
Yo seria en verdad un temerario
En perdirte un cariño que tu pecho.
Todavía no puede haber criado.
Le formarán la obligacion , el tiempo,
Y de mi rendimiento los halagos :
Tú me amarás cuando te nombre esposa.

Zor. ¿Qué , qué pronuncias?

Boabd. En eterno lazo
Hoy te unirás conmigo en los altares.

Zor. ¡Pudiese hacerlo! pero aquesta
La dió mi corazon desde la cuna. [mano
Ni tú querrás violentar tirano
Y usurpar un cariño que no es tuyo ,
Y es el único bien de un desdichado.
Desde Granada hasta el fecundo Nilo
Te guardan cien imperios africanos ;
Cien princesas hermosas y opulentas ,
Que de tu imperio el ámbito ensanchando ,
Te harán feliz con su feliz cariño.
Yo no he nacido para honor tan alto,
Yo no puedo , señor. Deja que errante
Del triste Abenamet siga los pasos
A los desiertos de la ardiente Libia ,
O donde mas te agrade desterrarnos.

Boabd. Parte, vuela, Alatar, que en el
Acabe ese infeliz en el cadalso. [instante

Zor. Deten , hombre cruel...

Boabd. ¿Serás mi esposa?

Zor. Jamas á Abenamet daré la mano.
¿No basta , Boabdil? Que viva y parta ,
Y yo en Granada , lejos de su lado,
Me condeno á encerrarme eternamente ,
A no verle jamas , á que mis labios
No pronuncien jamas su triste nombre ;
Su esposa no seré , y aun , si me es dado,
Si mas exiges , borraré su imágen
De mi memoria ; de mi pecho ingrato
Lanzaré su querer... ¡antes espire
Que doble con mi olvido su quebranto!
Perdona , Boabdil ; ni sé qué siento
Ni qué puedo ofrecer, ni con quién hablo.
Me obligo á todo ; pero no á olvidarle.
Tal vez el tiempo entibiará , triunfando
De la inmortalidad de mi cariño,
El fuego en que mi pecho se ha inflamado.
Tal vez le olvidaré , tal vez, ¿quién sabe?
Podré decirte con verdad yo te amo.

Boabd. Sin dilacion derriba su cabeza.
(*A Alatar.*)

Zor. ¡Señor!

Boabd. Cumple al instante mi mandato. [flexible!...

Zor. Tente , tente , Alatar; y tú , in-
Tus plantas riego con mi amargo llanto ;
Halle en tí compasion. ¿Así te olvidas
De las promesas que á los dos has dado
De formar nuestra union en lazo eterno?
¿Burlas así los juramentos santos?...

Boabd. ¡Vive Dios, Alatar! ¿Aun no
Yo sabré castigar tu desacato. [has vuelto?
Muera sin remision.

Zor. Seré tu esposa.

Boabd. ¿Qué dijiste?

Zor. ¿Lo ignoras? ¡inhumano!
¡Ah! ¡viva el infeliz! mas que Zoraida...

Boabd. Con que ¿dueño seré de tus encantos?

Zor. Iré contigo: juraré en las aras
La obligacion de amar á mi tirano.
Boabd. No me ofenden, Zoraida, las palabras
Que una ciega pasion dicta á tu labio,
Tú me amarás despues cuando en tu pecho
Las borrascas se vayan aplacando.
En el momento libraré á tu amante;
Pero al momento me darás la mano.
Zar. Al momento, despues, cuando ordenares
¿Qué importa? mis deseos acabaron.
Boabd. Ahora exijo por favor primero,
O vengarlo sabré como un agravio,
Que á nadie digas que forcé tu gusto.
Zor. En pocos dias el sepulcro amado
Guardará mi dolor y tu secreto. (*Se va.*)
Boabd. Parte, Zoraida: seguiré tus pasos
Sin tardanza. Alatar, secreto, ó muerte.
Despues á Abenamet libre dejando,
Harás que al punto de Granada marche;
Y que partiendo en pos, le dé un esclavo,
Con él á solas, el fingido aviso.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

ALMANZOR, ABENAMET.

(*Este saldrá de la torre de su prision; irá hácia Almanzor, que estará en el teatro, y le abraza diciendo:*)
Aben. ¡Amigo!
Alm. ¡Abenamet!
Aben. ¡Amigo mio!
Fueron tus predicciones verdaderas.
¿En qué fuí criminal? ¿porqué indefenso
Injustos de mi patria me destierran?
Alm. Porque no te merece. Otras regiones
Serán á tu virtud menos funestas
Que tu patria lo fué. Deja contento
Este pais donde triunfante reina
La tiranía, el trono levantando
Sobre la destruccion de la inocencia.
Aben. Sí, Almanzor: partiré, ya que en Granada
No quieren que otro sol mis ojos vean.
Ni otra noche verán... ¡o patria mia...!
Esta noche cruel es la postrera.
Alm. ¿Así un héroe se aflige? ¿Así llora
A un sentimiento femenil se entrega,
Quien se arrojó con ánimo esforzado
A millares de muertes en la guerra?
Eso quiere el tirano, que decaiga
Tu corazon, y que abatido sienta
Toda la crueldad de su venganza:
La victoria le das con tu flaqueza.
Triunfa, triunfa mas bien de esos perversos;
Sí, caro Abenamet, tu pecho esfuerza,
Que un ánimo inocente y virtuoso
Debe honrar su virtud con la entereza
Y magnanimidad invulnerables
En que dan las desgracias, y se estrellan.
Al punto has de partir, y ¡oh, si Granada
No llamára mi brazo en su defensa!
Yo volaria de mi amigo al lado;
Pero la madre patria es la primera.
Aben. Sí: mas Zoraida...
Alm. Tu salud importa
Mas que Zoraida y sus amores. Piensa
Que tus dias no están asegurados
Mientras estés donde el tirano reina:
Huye, salva á Almanzor, y á los amigos
Que en tu vida y tu gloria se interesan;
Y mitigue el rigor de tu destino
El pensar que en Granada hay quien se acuerda,
Con un triste placer, de tus virtudes,
Que algun dia tendrán su recompensa.
Aben. Faltando Abenamet, ¿qué hay en Granada
Qué la pueda atraer? Ni ella mi ausencia
Podria tolerar; ni me es posible
Lejos de ella vivir. Todas mis penas
Desaparecen al mirar su rostro.
Conmigo ha de venir.
Alm. Cruel, ¿qué intentas?
¿Porqué arriesgarte y esponer su vida?
Despues...
Aben. Despues pereceré sin verla...
Quede en Granada; pero logre al menos
A Dios decirla por la vez postrera.
Alm. ¿Porqué pretendes traspasar su pecho
Con los dolores de tu cruel ausencia?
Ella conoce tu inmortal cariño
Sin que torne á decírselo tu lengua.
¿Porqué afligirla y afligirte en vano?
Vuelve en tí, Abenamet; cuerdo respeta
Su reposo y el tuyo, y no imprudente
Salgas al paso á pesadumbres nuevas.
Aben. ¿Y qué puede temer un desdichado?
Mi tormento mayor será no verla.
Mi amor lo manda: besaré sus plantas,
Y mas que luego entre congojas muera.
Iré. Zoraida?
(*Acercándose hácia el alcázar, y llamándola en voz alta.*)
Alm. Abenamet, detente.
¿No eres harto infeliz?
Aben. Nada me aterra.

Correré despechado esos salones
Hasta hallar á mi amor.
Alm. La vida arriesgas.
Aben. Zoraida?
(*Llamándola, y yendo á entrar en el palacio.*)
Alm. Parte, y hallarás la esposa
De Boabdil.
Aben. ¡Zoraida!
Alm. ¡A Dios pluguiera
Que no fuese verdad! pero en las aras
Tu eterno desamor juró su lengua.
Aben. ¡Zoraida!
Alm. Nunca mereció la ingrata
De tu fe la constancia y la terneza.
Aben. ¿Mi Zoraida? ¡Almanzor!
Alm. ¿Porqué lloras
Si encontrarás amantes donde quiera
Que te hagan mas feliz que esa perjura?
Aben. ¡Ay! no las hallaré; ni ya en la tierra
Hay amor para mí. Yo era dichoso...
¡Ingrata! ¡ingrata! ¿La que aquí sincera
Fingia preferirme al universo...
A Abenamet trocó por la diadema?...
¿Tantos amores olvidó en un dia?
No es posible, Almanzor; tanta bajeza,
Tan vil ingratitud... yo la conozco,
Hermanarse no pueden con sus prendas.
La forzó Boabdil... ¡Ay! me ha vendido,
Que jamas el amor cedió á la fuerza.
Ella pagára mi infeliz cariño
Si la insignia real mi sien ciñera...
Pero nací para dolor eterno...
Partamos, Almanzor, ¿ya qué me resta?
Iré á otros climas, á la ardiente Libia,
Entre la soledad de sus arenas
A enterrar mi afliccion. Errante y solo
Buscaré una piedad entre las fieras
Que los bárbaros hombres me negaron...
Lejos de falsedades y cautelas,
No lloraré... Almanzor, yo la aborrezco,
La aborrezco... ¡Gran Dios!... ¡Ah! pereciera
El dia en que la amé!... Vamos al punto
Lejos de ella... ¡La infiel!... ¿Porqué si-
No pagó con desdenes mi cariño? [quiera
Amigo, huyamos donde nunca vea
Su presencia fatal, donde la olvide,
Donde con toda el alma la aborrezca.
A Dios, cruel; al lado de tu esposo
Desde la escelsitud de tu grandeza,
Rie de tus engaños y mis males.
A Dios ya para siempre: vive, reina
Entre gozo y aplausos inmortales...
Yo bajaré á la noche sempiterna
Entre la soledad y el desamparo; [duela.
Ni habrá en mi muerte quien de mí se

ESCENA II.

ZORAIDA, ZULEMA.

(*Zoraida sale precipitada, y se para en el lugar que vió á Abenamet en la escena primera.*)

Zul. ¿Adónde ciega tu pasion te guia?
Zor. Aquí; en este lugar... ¡Ay, mi Zulema!
Le perdí para siempre; le he perdido...
Hoy aquí mismo por la vez postrera
Le ví... No hay esperanza. ¡O muerte, muerte,
De ese monstruo la bárbara violencia
Me arrancó para siempre á su cariño;
Para siempre sin fin... ¡Cuando mi lengua
Un eterno querer hoy le juraba!...
Abenamet? Abenamet?
(*Llamándole en voz alta.*)
Zul. ¿Qué intentas?
Que Boabdil escuche tus clamores,
Y rompa la secreta conferencia
Con sus amigos?...
Zor. En aquella torre...
(*Señalando la torre que fué prision de Abenamet.*)
Abenamet, Abenamet... ¡Hiriera
A lo menos su voz mi triste oido!
Abenamet, Abenamet... ¿las quejas
Desoyes de Zoraida?... ¡No responde,
Zulema!...
Zul. Amiga, tu furor refrena,
O tu riesgo es mortal. ¡Ah! no: si estimas
En algo mi amistad, ella te ruega
Que me conserves tus preciosos dias.
Si partió Abenamet...
Zor. ¿Partió, Zulema?
Ha partido por fin... y yo en Granada...
Ha partido; ¡gran Dios! y allá en su ausen-
Creerá engañado que venderle pude. [cia
No: Zoraida te amó, y te amó de veras;
Pero ha sido infeliz: te ama Zoraida,
Zoraida te amará...
Zul. Cesa ya, cesa...
Zor. Dí á Boabdil la mano en los altares
Porque era tu salud el precio de ella;
Pero no el corazon, que eternamente
Contigo llevarás... ¿Qué digo? ¡ciega!
Entre tanto que le hablo, él de Granada
Se va alejando; y la cruel promesa
Para siempre me unió... No hay esperanza;
Seré de Boabdil hasta que muera.

Zul. ¿Y la afliccion mejorará tu suerte?
¿Mudarás el destino con tus quejas?
Cumplióse el tuyo: te será mas dulce
Si resignada sus decretos llevas.
Piensa, Zoraida, que del rey esposa,
Con él unida en amistad eterna,
No te es lícito ya de otros cariños
Cebar tu corazon.

Zor. Cruel Zulema,
¿No me es lícito ya? la tumba sola
Terminará mis amorosas quejas.
Aborrezco á ese monstruo: ¿porqué impio
Mi albedrío forzó, cuando contenta
Vivia yo sin él? ¿Porqué pretendes
Que á mi verdugo pague con fineza?
¿Condenarás que vuele mi memoria
En pos de Abenamet?

Zul. ¿Quién desaprueba
Una justa afliccion? Tú la debias
A tu amor tu constancia...

Zor. Y á sus prendas.

Zul. Sí, y á sus prendas; pero le has perdido,
Y ya esposa del rey...

Zor. ¿Esposa? Sierva.

Zul. De tu amor, no del rey... Jamas pensára
Que tu pasion rayase en la demencia.
Sigue obstinada; tu virtud olvida,
Y no vean tus ojos en la tierra
Mas que tu loco amor. Yo te abandono,
Pues á la voz de la razon te niegas.

Zor. ¿Tú en mi contra tambien? Triste Zoraida, [lema,
¿A quién te volverás? ¡Gran Dios! ¿Zu-
Te ofende mi amistad? ¿Ni mis amigos
Perdonarán mi amor? ¿tu enojo templa:
Di ¿qué exiges de mi? no hay sacrificio
A que dócil no encuentres mi obediencia:
¡Se cumplió el mas atroz!

Zul. ¡Oh, si tu amiga
Su cumplimiento trastornar pudiera!
Mas de otro modo lo ordenó el destino.
Lo que puedo te doy: haz llevadera
Tu amarga pesadumbre, y á lo menos
En el bien de la patria se convierta.

Zor. Por tu sola amistad no es hoy Zoraida [da
La mas desventurada de la tierra.

Zul. Siente, Zoraida; tus pesares llora
Tan justos en verdad; pero que tengan
Un término los llantos. En tu alivio
Acuda tu virtud: busca las fuerzas
Para vencer que tu razon te guarda;
Y nunca el rostro á lo pasado vuelvas.
Sé una esposa ejemplar, Zoraida mia,
Tan oficiosa, tan leal, tan tierna
Como has sido en amar.

Zor. No es el tirano
Abenamet.

Zul. Pero si tú lo intentas,
Virtuoso le harás. Hoy en tu mano
El cielo pone tan gloriosa empresa.
En ti Granada y el imperio todo,
Libran las esperanzas mas risueñas,
Y no las burlarás. Vendrá algun dia
En que te gocen tus presentes penas.
Tu esposo te ama cuanto amar le es dado;
Si tú le pagas, si á inflamar te prestas
Su corazon con tu cariño ardiente,
Domarás imperiosa su dureza.
De la razon ante el altar augusto
Le arrastrarás, á la virtud risueña
Sus arrepentimientos tributando.
¡O destino feliz! tú nuestras quejas
Trocando en gozo, nos darás un padre
En quien verdugo de sus hijos era,
Y mudada la faz de nuestro imperio,
No mudará Granada las cadenas
Que el dichoso español hoy nos prepara.
Sí, Zoraida querida.

Zor. Sí, Zulema:
Tú templas mi dolor. Dócil me rindo
A tu voz. Triunfaré de mi flaqueza,
Ahogaré mi pasion; y aunque en dolores
Me anegue, aunque á la noche sempiterna
Haya de descender, de mi memoria
Borraré á Abenamet... Cara Zulema,
No es posible jamas que yo le olvide:
¡Mi corazon le amaba tan de veras!...
Soy débil; nunca dejaré de amarle:
No le puedo olvidar... ni tú pudieras
Si probases su amor. ¡Quién, ay, me dicse
Un ánimo tan fuerte!... No te ofenda
Esta debilidad; perdona, amiga,
Que yo me esforzaré; yo haré que veas
Que obediente á tu voz, sirvo á la patria,
Mas que en la horrible tempestad me pierda.
¿Amiga, quieres mas?

Zul. Ama á tu esposo.

Zor. No le aborreceré. Si amable fuera,
Yo le amaria.

Zul. Lo será á tu lado.

Zor. ¡Plegue á los cielos que decirte [pueda
Algun dia feliz, amo á mi esposo!

Zul. Vendrá ese dia; porque el cielo [premia
De la virtud los dobles sacrificios.
Pero entre tanto tu cariño esfuerza,
Y procura espresiva de tu esposo
Ganar el corazon con tus ternezas.

Zor. Probaré, probaré; pero no es dado
A mi pecho el fingir, ni placentera
Mi faz desmiente el corazon del alma.

Mas tú lo quieres; probaré... ¿Quién llega?
Es él, es Boabdil... ¡Gran Dios... ! ¿Amiga,
Cómo he te amarle; si su voz me aterra?
¿Dónde estoy? ¡infeliz! tiemblan mis plantas...
Ni acierto á respirar... ¡si huir pudiera!
No me abandones en tan triste estado,
Que no tiene Zoraida á quien se vuelva.

ESCENA III.

DICHAS, BOABDIL.

Boad. ¿Será que Boabdil logre dichoso
Encontrar á Zoraida mas risueña?
¿Callas? ¿te apartas? tu importuno llanto
Me ofende; ¡y vive Dios!...
Zul. Señor, enfrena
Tu indignacion, y sus dolientes ayes,
Antes que enojo, compasion te deban,
Su antiguo amor cual moribunda antorcha
Se inflama mas, porque á su fin se acerca.
Boabd. Debió morir en el preciso instante
Que el amor nos unió. ¿Yo permitiera
Que mi lecho nupcial regase impuro
El llanto delincuente de mi afrenta?
¿Y llora? ¿y llora? ¿y á seguir se atreve
En su infidelidad?
Zul. Sufre, respeta
Sus lágrimas presentes, que aseguran
Su constancia y tu dicha venidera.
¿Si tal se muestra con su amor Zoraida,
Con su esposo qué hará? No habrá en la tierra
Una esposa mas dulce y oficiosa.
Amala, Boabdil; y fiel y tierna
Un sueño de deleite hará tu vida.
¿No es cierto, mi Zoraida?
Zor. Sí, Zulema:
A nadie supo aborrecer mi pecho:
¿Porqué pagan mi amor con asperezas?
Boabd. Tu solo Abenamet es el que fino
Sabe hacerse querer de las bellezas.
Yo, pues, ganar su corazon no logro,
Sabré hacer á lo menos que me teman.
Zor. ¡Santo Dios!
Zul. Boabdil, ¿así tu pecho
A esos impulsos bárbaros se entrega?
Nunca el terror señoreó las almas.
Si deseas amor, amores siembra,
O serás infeliz entre infelices,
Y Zoraida...
Boabd. Está bien: parte, Zulema.
(*Se va Zulema, y al mismo tiempo entra Alatar.*)

ESCENA IV.

ALATAR, ZORAIDA, BOABDIL.

Alat. Tus órdenes, señor, están cumplidas;
Ya de Granada Abenamet se aleja.
Boabd. ¿Y cuál en su desgracia se ha mostrado?
¿Se aflige?
Alat. Señor, ¡si tú le vieras
En la puerta de Elvira! Suspirando
Hondamente, la vista lastimera
Fija en Granada, y se la encubre en llanto,
Torna á mirarla, y á regar la tierra
Con lágrimas sin fin. El rostro vuelve
Hácia la Alhambra, y por la vez postrera
Torna á mirar, y en entrañables voces
Para siempre esclamó con torpe lengua:
Y á su Almanzor los brazos estendiendo,
Para siempre, repite, y tierno estrecha
A su amigo en su pecho sollozante.
Unico amigo en mi cruel tormenta,
Mi querido Almanzor, dijo, en Granada
Es tu sola amistad lo que me queda.
En otro tiempo... se acabó... Este amigo
Es mi solo tesoro, y la inocencia,
Esta inocencia que en el alma llevo,
Y que el rigor de mi destino templa.
Sin ella... ¡o Almanzor!... sé virtuoso:
La virtud, la virtud: no hay en la tierra
Fuera de ella placer. ¡Puedan un dia
Los que sangrientos en mi mal se ceban
Amarla, y conseguir afortunados
Cuanta felicidad á mí me niegan,
Y que en noble venganza los deseo!
Y á mí luego: Alatar, en paz te queda.
Si hay en Granada quien de mí se acuerde,
Si por mí te preguntan...
(*Aquí se desmaya Zoraida, y para ello antes se habrá sentado en uno de los asientos del jardin.*)
Boabd. Cesa, cesa.
No pudo resistir: en su desmayo,
¿No es verdad, Alatar? está mas bella.
No sé; yo me deleito en afligirla;
El dolor á mis ojos la hermosea.
¿Y el aviso?
Alat. Con él partió el esclavo.
Boabd. Ya cobrándose va. Llora; no temas,
Zoraida mia, desahogar tu pecho
Exhalando el pesar en tristes quejas.
Boabdil que te adora lo permite;
Y porque no te fuerce mi presencia,
Sola te dejaré. Vamos, amigo,
Su soledad y su afliccion respeta.

ESCENA V.

ZORAIDA.

¡Bárbaro...! ¡El infeliz...! ¡ay! toda el alma
Se me arranca... Partió... Si hay quien se acuerde
En Granada de mí... Partió creyendo
Que le pude olvidar. ¡Ay!... ¡si supiera
El sacrificio atroz con que Zoraida
Sus dias rescató! ¡Si aquí me viera
Moribunda por él!... Solo un tirano
Romperia sangriento la cadena
De amor que nos unió desde la cuna.
Apartarnos podrá; pero no hay fuerza
Que baste á separar dos corazones
Que libres de prision, á unirse vuelan.
No, cruel Boabdil: siempre delante
Mis ojos le verán; siempre á mi lengua
Será un deleite repetir su nombre;
Siempre su imágen en morada eterna
Conmigo habitará. Vuelve á mis brazos,
Querido Abenamet; ¿porqué te alejas
De la que mas te amó? ¿porqué retardas
Nuestra dicha comun? Aquí te espera
Mi corazon: te nombraré mi esposo...
¡Qué delirio!... Ya es tarde: en su cadena
Me ha esclavizado el rey... ¿Qué es esto, cielos?
¿Qué fantasmas funestas me rodean?
¡Este silencio...! ¿Las nocturnas sombras...?
Un helado sudor... tiemblo... Zulema?
(*Llamándola en voz alta.*)
Nadie piadoso á mi temor responde.
Zulema?... tente, y á mi voz no atiendas;
Huye donde tus ojos no presencien
Todo mi abatimiento y mi vergüenza.
Ofendo á la virtud y á tu cariño;
Mas no puedo triunfar de mi flaqueza.
Ese bárbaro rey... Piadosa amiga,
Perdone mi estravío tu indulgencia,
Yo te complaceré, las ilusiones
Huyendo de este amor: me haré tal fuerza
Que espire, ó ame á Boabdil un dia.
Iré á sus plantas á exhalar en ellas
Este arrepentimiento inconsolable,
Con él estimulando su terneza.
¡Si ya soy suya! Mi agitado pecho
Se despedaza en tempestad deshecha.
Huye lejos de mí, cruel imágen
De aquel Abenamet: en paz me deja,
Que ya las esperanzas se acabaron...
¿Mas qué sordo rumor?... Aquí se acercan.
Boabdil? Boabdil?
(*Llamándole alto y con cariño, creyendo que él es el que viene.*)

ESCENA VI.

ABENAMET, ZORAIDA.

Aben. Llámale, ingrata:
Que aquí á tus plantas á clavarme venga
El sangriento puñal.
Zor. ¡Desventurado!
¿Qué desesperacion, qué impía estrella
Te trajo á este lugar?
Aben. Tú me llamaste,
¿Y lo ignoras? ¡cruel! aun no contenta
Con haberle entregado mis amores,
¿Tambien quieres venderle mi cabeza?
Que sea: Boabdil?
(*Llamándole en voz alta.*)
Zor. Calla, imprudente.
Aben. No; que tus ojos con deleite vean,
Y se harten en mi sangre derramada.
Zor. Hombre de crueldad, ¿así atormentas
A quien se hizo infeliz por tu cariño? [tas
Sabe, cruel, y luego me condena,
Que fué mi mano de tu vida el precio.
Intenté resistir, mas tu cabeza
Iba á caer sobre el cadalso infame.
¿Qué pude hacer? en el altar mi lengua
Juró...

ESCENA VII.

DICHOS, ZULEMA.

Zul. ¡Zoraida! Abenamet! o ciego!
Huye de este lugar, que el rey se acerca:
Sálvate, Abenamet, si ya no es tarde.
Zor. ¡Zulema!...
Zul. Ese traidor... Todas las puertas
Están tomadas: el Alhambra toda [esperas?
Todo es guardias. ¡Gran Dios! Huye, á qué
Aben. A morir: moriré. Sobrados dias
Pasaron sobre mí. Sangrienta fiera,
(*A Zoraida.*)
Tú que alevosa á tu jardin me llamas,
Y al asesino Boabdil me entregas...
Zul. No te vende, es error: oye mi acento.
Aben. Nada tengo que oir. Toma; completa
(*Da un puñal á Zoraida, y ella sin tomarle se aparta horrorizada.*)
El crimen con valor: hiera, traspase
Mi corazon del rey la compañera:
La Zoraida que amaba, y ya aborrezco.
Zor. ¿Y me aborreces?
Zul. Tu furor te ciega.

Lo supe de Alatar, que condolido
De tu suerte infeliz, la trama horrenda
A Almanzor avisó, para que armado
Te viniera á salvar. Su misma lengua
Me acaba de fiar todo el secreto.
Es perfidia del rey: está resuelta
Tu muerte, Abenamet. Mandó á un esclavo
Que á nombre de Zoraida te dijera
Con mentidas palabras que esta noche
En el jardin entrases sin cautela.
Quiso el monstruo feroz vengarse impune
Dándote de culpado la apariencia.
Esta es su traicion.

Zor. ¡Dios de los buenos!

Aben. Yo no creo á Zoraida, ni á Zulema;
Y ¡á Dios pluguiera que jamas creyese!
Y moriria en paz con mi inocencia.

Zor. Nada creas: jamas te amó Zoraida;
Te aborrece: te vende... ¿Hubo en la tierra
Mas terrible dolor?

Zul. Huid, que llegan.

ESCENA VIII.

BOABDIL, ALATAR, ZORAIDA, ZULEMA, ABENAMET, GUARDIAS CON LUCES.

Boabd. Nobles Zegríes, en mi mismo al-
El delito mirais del que atropella [cázar
La magestad del trono y de las leyes,
Ingrato á la piedad de mi clemencia.

Zor. No creais á su voz: el engañoso...

Boabd. Llevadle al punto, y sin piedad
perezca.

Aben. Asesinos, tened: que ni la muerte,
Aunque toda mi dicha cifro en ella,
Deber quiero á la mano de un perverso.
Para hacerme feliz basta mi diestra.
Y ¡oh, si bajando á las tinieblas frias
De la tumba feliz, no me afligiera
El amor de una patria desdichada
Que ya preveo que á su fin se acerca!
En tus maldades siembras su ruina,
Inicuo Boabdil; tú las cadenas
Forjas que el castellano victorioso
Atará á las cervices sarracenas.
Caerá Granada, y Boabdil perdido,
Sin trono, sin amor, sin inocencia,
Al carro triunfador del castellano
Atado irá, y en medio de su afrenta
El arrepentimiento doloroso,
Al fin soltando la terrible lengua,
Allí mi sangre dejará vengada.
¡O patria mia! ¡que mi muerte sea
El último delito que te infame!
A Dios, rey de Granada; vive y tiembla.
(*Se hiere con el puñal.*)

(*Zoraida está apartada de Abenamet, y al ver que va á herirse corre á él, y dice el verso.*)

Zor. ¡Ay! triste, Abenamet!

Aben. Si amas, Zoraida,
Este acero es hermoso; toma y prueba.

(*Se saca el puñal ensangrentado, y se lo presenta á Zoraida, que lo toma y se hiere. Todo esto ha de ser en un momento.*)

Boabd. ¡Zoraida! hiriόse.

Zor. Abominable monstruo,
Aparta, aparta; que á lo menos muera
En paz lejos de tí, donde mis ojos
A mi verdugo bárbaro no vean.
¡Querido Abenamet!

Boabd. Llevadle al punto
Adonde espire separado de ella.

(*Dos ó tres guardias toman á Abenamet, y lo llevan poco á poco.*)

¡Maldicion! maldicion! Zoraida mia!

Zor. ¡Tú nos separas! En union eterna
Nos juntarémos en la tumba hermosa.

(*Abenamet al ir ya á salir del teatro dice esta esclamacion mirando tristísimamente á Zoraida.*)

Aben. ¡Zoraida!

Zor. ¡Abenamet!

Boabd. ¡Impia estrella
Del triste Boabdil!... Yo en sus entrañas
He clavado el puñal que la ensangrienta.
Llevadla; á sus heridas por ventura
Remedio se hallará.

Zor. Cara Zulema,
De tu amistad en los piadosos brazos
Tu triste amiga morirá contenta.
Unico apoyo en mi cruel desgracia,
¡Plegue á los cielos, si á los justos premian,
Que vivas mas feliz que fué Zoraida!

Boabd. Yo la amé, yo la amé... ¿Porqué
siquiera
Salvando á Abenamet?... todo es perdido.

Zor. A tu amable virtud no hay en la
tierra (*A Zulema siempre.*)
Un digno galardon: todo mi afecto
Todo mi corazon contigo queda...
Alguna vez con lágrimas piadosas
La soledad de mi sepulcro riega;
Que yo desde el horror de su silencio
Mi tierno amor enviaré á Zulema.
A Dios... ¡ay!... Abenamet me llama...
A Dios, amiga, por la vez postrera. (*Muere.*)

Zul. ¿Mi Zoraida?... Espiró!

Boabd. ¿Qué, qué pronuncias?
¿Esposa? ¡ay! ay! la muerte señorea
Su faz. ¡Cruel de mí!... Yo la adoraba...

Zul. ¡Ay! para siempre enmudeció su lengua.
¿Zoraida?... en vano. Se acabó el recreo
De mi vida infeliz: no hay en la tierra
Consuelo para mí. ¿Qué yo he vivido
Para prestar á tu hermosura yerta
El postrimero honor? Llorad conmigo;
(*Esto á los guardias que ayudan á llevarla al palacio, y que en efecto la entran en él.*)
Que estas lágrimas solas recompensan
A las virtudes en el mundo ingrato.
(*Acabado el verso siguiente de Boabdil, sale del teatro Zulema con el cadáver, y tres ó cuatro guardias que lo llevan.*)
Boabd. Murió, murió; pero Granada entera
Su muerte ha de llorar. Iré furioso,
La incendiaré, y en llamas violentas
A horroroso desierto reducida,
Servirá de sepulcro á su belleza.

ESCENA IX.

HACEN, BOABDIL, Y LAS GUARDIAS QUE CON ALATAR QUEDAN EN LA ESCENA ANTECEDENTE.

Hac. Sangriento Boabdil, cogiste el fruto
De tu perversidad. Granada entera
Del terrible Almanzor acaudillada...
(*Suenan dentro voces tumultuosas.*)
¿Escucha? infeliz, huye, ¿qué esperas?
(*Boabdil desnuda el alfange, y hacen lo mismo sus guardias en ademan de defenderse.*)

ESCENA X.

HACEN, ALMANZOR CON SUS ABENCERRAGES Y GENTE DEL PUEBLO: BOABDIL CON ALATAR Y LOS SUYOS.

Alm. ¿Tirano, dónde estas?
(*Hacen sale al encuentro á les amotinados, y abraza las rodillas de Almanzor.*)
Hac. Aquí á tus plantas
Esperando la muerte, si deseas
Dársela á Boabdil. Rompe mi pecho:
El puñal matador clave tu diestra
Dentro de mis entrañas paternales;
Pero viva mi hijo, y se arrepienta.
Guerreros de Almanzor, llegad sin miedo,
Y saciad vuestra cólera sangrienta
En este anciano que en mejores dias
Apellidaba padre vuestra lengua.
Todos, menos Alm. Que nuestro padre Hacen reine en Granada.
Hac. (*Levantándose.*) Hijos, yo reinaré; mas antes muera
Que ciña una corona ensangrentada
En la sangre filial. Si ella pudiere
Hacer que átras volviesen sus delitos,
A mi amor la justicia prefiriera;
Mas ¿para qué vengar sangre con sangre
A la patria privando de defensa?
A su lado mirais á sus amigos
Que por él morirán. Que traidor sea
Quien derrame la sangre de su hermano.
Todos, menos Alm. Viva el tirano; mas castigo tenga.
Alm. No merece vivir, Abencerrages.
Hac. Lo merece la patria que lo ordena.
Zegríes, Abencerrages, sois sus hijos,
Vuestros aceros á las vainas vuelvan.
Tú, ciego Boabdil, tú que has nacido
Para daño comun, y mi vergüenza,
Del triste Abenamet el mismo encierro
A tus maldades impondrá la pena
Con perpetua prision. Llevadle al punto
A aquella torre; y pues estuvo en ella
Tu injusticia, que encierre tu escarmiento,
Y pueda serte de virtud escuela.

DON LEANDRO FERNANDEZ DE MORATÍN.

Don Leandro Fernandez de Moratin, entre los Arcades de Roma, Inarco Celenio, nació en Madrid á 10 de marzo de 1760. Su padre don Nicolas Fernandez de Moratin, poeta tambien de distinguido mérito, dirigió su educacion literaria, aunque por motivos de intereses, le apartó de la carrera de las letras, dedicándole al oficio de joyero. A los diez y ocho años obtuvo el *accessit* en concurso ante la real Academia Española por su romance heróico de la *Toma de Granada*. En 1787 pasó á Paris de secretario del conde de Cabarrús, y en 1817 volvió á salir para Francia, donde habitó desde entonces hasta la hora de su muerte, sin mas interrupciones que dos pequeños viajes que hizo, uno á Italia y otro á España. Falleció en Paris en 1828.

Hemos pasado muy de ligero sobre esta noticia de la vida de Moratin en atencion á hallarse esta con bastantes pormenores en el primer tomo de esta coleccion, adonde remitimos á aquellos de nuestros lectores que deseen mas amplios informes acerca de la biografía y escritos de este ilustre ingenio.

EL SÍ DE LAS NIÑAS.

Esta preciosa comedia pasa por la mejor del célebre Moratin, y nos parece en efecto que lo es: — creemos que puede presentarse como una muestra de la perfeccion del género á que pertenece. La circunstancia de haber estado *prohibida* esta comedia en la época de la restauracion del gobierno absoluto, puede dar una justa idea del rigor de la censura en aquella aciaga década.

Son tantas las bellezas de esta composicion, ó por mejor decir es toda ella tan admirable, que seria menester irla examinando escena por escena para manifestar todo el talento, todo el gusto y toda la asiduidad al trabajo que desplegó en ella el autor. El *Sí de las niñas* á pesar de su inimitable naturalidad, que aun parece mayor por estar escrita en prosa, no es una de aquellas obras que, por decirlo así, brotan espontáneamente de una imaginacion acalorada; leyéndola con atencion se conoce que debió costar al autor un trabajo ímprobo. La perfeccion que se admira en ella no es solo fruto de una inspiracion feliz, sino del estudio, de la constancia, — en una palabra del *trabajo*. Y no se crea que intentamos con decir esto rebajar en lo mas mínimo el mérito de Moratin; — nada importa el tiempo que se emplea en hacer una cosa; lo que importa es que la cosa esté bien hecha.

El *Sí de las niñas* produce en el teatro un efecto tan completo como en la lectura. Difícil nos parece leerla ó verla representar bien, sin que en la deliciosa escena última entre don Diego y don Cárlos, dejen de asomarse á los ojos algunas lágrimas.

PERSONAS.

DON DIEGO.
DON CARLOS.
DOÑA IRENE.
DOÑA FRANCISCA.
RITA.
SIMON.
CALAMOCHA.

La escena es en una posada de Alcalá de Henares.

La accion empieza á las siete de la tarde, y acaba á las cinco de la mañana siguiente.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

El teatro representa una sala de paso con cuatro puertas de habitaciones para huéspedes, numeradas todas. Una mas grande en el foro, con escalera que conduce al piso bajo de la casa. Ventana de antepecho á un lado. Una mesa en medio, con banco, sillas, etc.

DON DIEGO, SIMON.

(*Sale don Diego de su cuarto. Simon, que está sentado en una silla, se levanta.*)

Don Diego. ¿No han venido todavía?

Simon. No señor.

Don Diego. Despacio la han tomado por cierto.

Simon. Como su tia la quiere tanto, segun parece, y no la ha visto desde que la llevaron á Guadalajara...

Don Diego. Sí. Yo no digo que no la viese; pero con media hora de visita y cuatro lágrimas, estaba concluido.

Simon. Ello tambien ha sido estraña determinacion la de estarse V. dos dias enteros sin salir de la posada. Cansa el leer, cansa el dormir... Y sobre todo cansa la mugre del cuarto, las sillas desvencijadas, las estampas del Hijo pródigo, el ruido de campanillas y cascabeles, y la conversacion ronca de carromateros y patanes, que no permiten un instante de quietud.

Don Diego. Ha sido conveniente el hacerlo así. Aquí me conocen todos, y no he querido que nadie me vea.

Simon. Yo no alcanzo la causa de tanto retiro. ¿Pues hay mas en esto que haber acompañado V. á doña Irene hasta Guadalajara, para sacar del convento á la niña y volvernos con ellas á Madrid?

Don Diego. Sí, hombre, algo mas hay de lo que has visto.

Simon. Adelante.

Don Diego. Algo, algo... Ello tú lo has de saber, y no puede tardarse mucho... Mira, Simon, por Dios te encargo que no lo digas... Tú eres hombre de bien, y me has servido muchos años con fidelidad... Ya ves que hemos sacado á esa niña del convento y nos la llevamos á Madrid.

Simon. Sí señor.

Don Diego. Pues bien... Pero te vuelvo á encargar que á nadie lo descubras.

Simon. Bien está, señor. Jamas he gustado de chismes.

Don Diego. Ya lo sé, por eso quiero fiarme de tí. Yo, la verdad, nunca habia visto á la tal doña Paquita; pero mediante la amistad con su madre, he tenido frecuentes noticias de ella; he leido muchas de las cartas que escribia; he visto algunas de su tia la monja, con quien ha vivido en Guadalajara: en suma, he tenido cuantos informes pudiera desear acerca de sus inclinaciones y su conducta. Ya he logrado verla; he procurado observarla en estos pocos dias; y á decir verdad, cuantos elogios hicieron de ella me parecen escasos.

Simon. Si por cierto... Es muy linda y...

Don Diego. Es muy linda, muy graciosa, muy humilde... Y sobre todo aquel candor, aquella inocencia. Vamos, es de lo que no se encuentra por ahí... Y talento... sí señor, mucho talento... Con que, para acabar de informarte, lo que yo he pensado es...

Simon. No hay que decírmelo.

Don Diego. ¿No? ¿Porqué?

Simon. Porque ya lo adivino. Y me parece escelente idea.

Don Diego. ¿Qué dices?

Simon. Escelente.

Don Diego. ¿Con que al instante has conocido...

Simon. ¿Pues no es claro?... ¡Vaya!... Dígole á V. que me parece muy buena boda: buena, buena.

Don Diego. Sí señor... Yo lo he mirado bien, y lo tengo por cosa muy acertada.

Simon. Seguro que sí.

Don Diego. Pero quiero absolutamente que no se sepa hasta que esté hecho.

Simon. Y en eso hace V. muy bien.

Don Diego. Porque no todos ven las cosas de una manera, y no faltaria quien murmurase y dijese que era una locura, y me...

Simon. ¿Locura? ¡Buena locura!... ¿Con una chica como esa, eh?

Don Diego. Pues ya ves tú. Ella es una pobre... Eso sí... Pero yo no he buscado dinero, que dineros tengo: he buscado modestia, recogimiento, virtud.

Simon. Eso es lo principal... Y sobre

todo, lo que V. tiene ¿para quién ha de ser?

Don Diego. Dices bien... ¿Y sabes tú lo que es una muger aprovechada, hacendosa, que sepa cuidar de la casa, economizar, estar en todo?... Siempre lidiando con amas, que si una es mala, otra es peor, regalonas, entremetidas, habladoras, llenas de histérico, viejas, feas como demonios... No señor, vida nueva. Tendré quien me asista con amor y fidelidad, y viviremos como unos santos... Y deja que hablen y murmuren y...

Simon. Pero siendo á gusto de entrambos, ¿qué pueden decir?

Don Diego. No, yo ya sé lo que dirán; pero... Dirán que la boda es desigual, que no hay proporcion en la edad, que...

Simon. Vamos que no me parece tan notable la diferencia. Siete ú ocho años, á lo mas.

Don Diego. ¡Qué, hombre! ¿Qué hablas de siete ú ocho años? Si ella ha cumplido diez y seis años pocos meses ha.

Simon. ¿Y bien, qué?

Don Diego. Y yo, aunque gracias á Dios estoy robusto y... con todo eso, mis cincuenta y nueve años no hay quien me los quite.

Simon. Pero si yo no hablo de eso.

Don Diego. ¿Pues de qué hablas?

Simon. Decia que... Vamos, ó V. no acaba de esplicarse, ó yo le entiendo al reves... En suma, esta doña Paquita ¿con quién se casa?

Don Diego. ¿Ahora estamos ahí? Conmigo.

Simon. ¿Con usted?

Don Diego. Conmigo.

Simon. ¡Medrados quedamos!

Don Diego. ¿Qué dices?... Vamos, qué?...

Simon. ¡Y pensaba yo haber adivinado!

Don Diego. ¿Pues qué creias? ¿Para quién juzgaste que la destinaba yo?

Simon. Para don Cárlos, su sobrino de usted, mozo de talento, instruido, escelente soldado, amabilísimo por todas sus circunstancias... Para ese juzgué que se guardaba la tal niña.

Don Diego. Pues no señor.

Simon. Pues bien está.

Don Diego. ¡Mire V. qué idea! ¡Con el otro la habia de ir á casar!... No señor, que estudie sus matemáticas.

Simon. Ya las estudia; ó por mejor decir, ya las enseña.

Don Diego. Que se haga hombre de valor y...

Simon. ¡Valor! ¿Todavía pide V. mas valor á un oficial que en la última guerra, con muy pocos que se atrevieron á seguirle, tomó dos baterías, clavó los cañones, hizo algunos prisioneros, y volvió al campo lleno de heridas y cubierto de sangre?... Pues bien satisfecho quedó V. entonces del valor de su sobrino; y yo le ví á V. mas de cuatro veces llorar de alegría, cuando el rey le premió con el grado de teniente coronel y una cruz de Alcántara.

Don Diego. Si señor, todo es verdad; pero no viene á cuento. Yo soy el que me caso.

Simon. Si está V. bien seguro de que ella le quiere, si no la asusta la diferencia de la edad, si su eleccion es libre...

Don Diego. ¿Pues no ha de serlo?... ¿Y qué sacarian con engañarme? Ya ves tú la religiosa de Guadalajara si es muger de juicio; esta de Alcalá, aunque no la conozco, sé que es una señora de escelentes prendas; mira tú si doña Irene querrá el bien de su hija: pues todas ellas me han dado cuantas seguridades puedo apetecer... La criada que la ha servido en Madrid, y mas de cuatro años en el convento, se hace lenguas de ella; y sobre todo me ha informado de que jamas observó en esta criatura la mas remota inclinacion á ninguno de los pocos hombres que ha podido ver en aquel encierro. Bordar, coser, leer libros devotos, oir misa y correr por la huerta detras de las mariposas, y echar agua en los agujeros de las hormigas, estas han sido su ocupacion y sus diversiones... ¿Qué dices?

Simon. Yo nada, señor.

Don Diego. Y no pienses tú que, á pesar de tantas seguridades, no aprovecho las ocasiones que se presentan para ir ganando su amistad y su confianza, y lograr que se esplique conmigo en absoluta libertad... Bien que aun hay tiempo... Solo que aquella doña Irene siempre la interrumpe, todo se lo habla... Y es muy buena muger, buena...

Simon. En fin, señor, yo desearé que salga como V. apetece.

Don Diego. Sí, yo espero en Dios que no ha de salir mal. Aunque el novio no es muy de tu gusto... ¡Y qué fuera de tiempo

me recomendabas al tal sobrinito! ¿Sabes tú lo enfadado que estoy con él?

Simon. ¿Pues qué ha hecho?

Don Diego. Una de las suyas... Y hasta pocos dias ha no lo he sabido. El año pasado, ya lo viste, estuvo dos meses en Madrid... Y me costó buen dinero la tal visita... En fin, es mi sobrino, bien dado está; pero voy al asunto. Llegó el caso de irse á Zaragoza á su regimiento... Ya te acuerdas de que á muy pocos dias de haber salido de Madrid recibí la noticia de su llegada.

Simon. Si señor.

Don Diego. Y que siguió escribiéndome aunque algo perezoso, siempre con la data de Zaragoza.

Simon. Así es la verdad.

Don Diego. Pues el pícaro no estaba allí cuando me escribia las tales cartas.

Simon. ¿Qué dice V.?

Don Diego. Si señor. El dia 3 de julio salió de mi casa, y á fines de setiembre aun no habia llegado á sus pabellones... ¿No te parece que para ir por la posta hizo muy buena diligencia?

Simon. Tal vez se pondria malo en el camino, y por no darle á V. pesadumbre...

Don Diego. Nada de eso. Amores del señor oficial y devaneos que le traen loco... Por ahí en esas ciudades puede que... ¿Quién sabe? Si encuentra un par de ojos negros, ya es hombre perdido... ¡No permita Dios que me le engañe alguna bribona de estas que truecan el honor por el matrimonio!

Simon. ¡Oh! No hay que temer... Y si tropieza con alguna fullera de amor, buenas cartas ha de tener para que le engañe.

Don Diego. Me parece que están ahí... Sí. Busca al mayoral, y dile que venga, para quedar de acuerdo en la hora á que deberemos salir mañana.

Simon. Bien está.

Don Diego. Ya te he dicho que no quiero que esto se trasluzca, ni... ¿Estamos?

Simon. No haya miedo que á nadie lo cuente.

(*Simon se va por la puerta del foro. Salen por la misma las tres mugeres con mantillas y basquiñas. Rita deja un pañuelo atado sobre la mesa, y recoge las mantillas y las dobla.*)

ESCENA II.

DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA, RITA, DON DIEGO.

Doña Francisca. Ya estamos acá.

Doña Irene. ¡Ay qué escalera!

Don Diego. Muy bien venidas, señoras.

Doña Irene. ¿Con que V., á lo que parece, no ha salido?

(*Se sientan doña Irene y don Diego.*)

Don Diego. No señora. Luego, mas tarde daré una vueltecilla por ahí... He leido un rato. Traté de dormir, pero en esta posada no se duerme.

Doña Francisca. Es verdad que no... ¡Y qué mosquitos! Mala peste en ellos. Anoche no me dejaron parar... Pero, mire V., mire V. (*Desata el pañuelo y manifiesta algunas cosas de las que indica el diálogo.*) cuantas cosillas traigo. Rosarios de nácar, cruces de cipres, la regla de san Benito, una pililla de cristal... mire V. qué bonita, y dos corazones de talco... ¡Qué sé yo cuánto viene aquí! ¡Tantas cosas!

Doña Irene. Chucherías que la han dado las madres. Locas estaban con ella.

Doña Francisca. ¡Cómo me quieren todas! ¡Y mi tia, mi pobre tia lloraba tanto!... Es ya muy viejecita.

Doña Irene. Ha sentido mucho no conocer á V.

Doña Francisca. Sí, es verdad. Decia, ¿porqué no ha venido aquel señor?

Doña Irene. El pobre capellan y el rector de los Verdes nos han venido acompañando hasta la puerta.

Doña Francisca. Toma, (*vuelve á atar el pañuelo y se le da á Rita, la cual se va con él y con las mantillas al cuarto de doña Irene.*) guárdamelo todo allí, en la escusabaraja. Mira, llévalo así de las puntas... ¡Válgate Dios! ¡Eh! ya se ha roto la santa Gertrúdis de alcorza!

Rita. No importa, yo me la comeré.

ESCENA III.

DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA, DON DIEGO.

Doña Francisca. ¿Nos vamos adentro, mamá, ó nos quedamos aquí?

Doña Irene. Ahora, niña, que quiero descansar un rato.

Don Diego. Hoy se ha dejado sentir el calor en forma.

Doña Irene. ¡Y qué fresco tienen aquel locutorio! Está hecho un cielo... (*Siéntase doña Francisca junto á doña Irene*). Mi hermana es la que sigue siempre bastante delicadita. Ha padecido mucho este invierno... Pero vaya, no sabia qué hacerse con su sobrina la buena señora... Está muy contenta de nuestra eleccion.

Don Diego. Yo celebro que sea tan á gusto de aquellas personas á quienes debe usted particulares obligaciones.

Doña Irene. Sí, la tia de acá está muy contenta; y en cuanto á la de allá, ya lo ha visto V. La ha costado mucho despegarse de ella; pero ha conocido que siendo para su bienestar, es necesario pasar por todo... Ya se acuerda V. de lo espresiva que estuvo, y...

Don Diego. Es verdad. Solo falta que la parte interesada tenga la misma satisfaccion que manifiestan cuantos la quieren bien.

Doña Irene. Es hija obediente, y no se apartará jamas de lo que determine su madre.

Don Diego. Todo eso es cierto, pero...

Doña Irene. Es de buena sangre, y ha de pensar bien, y ha de proceder con el honor que la corresponde.

Don Diego. Sí, ya estoy; pero ¿no pudiera sin faltar á su honor ni á su sangre...

Doña Francisca. ¿Me voy, mamá?

(*Se levanta y vuelve á sentarse.*)

Doña Irene. No pudiera, no señor. Una niña bien educada, hija de buenos padres, no puede menos de conducirse en todas ocasiones como es conveniente y debido. Un vivo retrato es la chica, ahí donde V. la ve, de su abuela que Dios perdone, doña Gerónima de Peralta... En casa tengo el cuadro, que le habrá V. visto. Y le hicieron, segun me contaba su merced, para enviársele á su tio carnal el electo obispo de Mechoacan.

Don Diego. Ya.

Doña Irene. Y murió en el mar el buen religioso, que fué un quebranto para toda la familia... Hoy es, y todavia estamos sintiendo su muerte: particularmente mi primo don Cucufate, regidor perpetuo de Zamora, no puede oir hablar de su ilustrísima sin deshacerse en lágrimas.

Doña Francisca. Válgate Dios qué moscas tan...

Doña Irene. Pues murió en olor de santidad.

Don Diego. Eso bueno es.

Doña Irene. Sí señor; pero como la familia ha venido tan á menos... ¿Qué quiere usted? Donde no hay facultades... Bien que por lo que puede tronar, ya se le está escribiendo la vida, y ¿quién sabe que el dia de mañana no se imprima con el favor de Dios?

Don Diego. Sí, pues ya se ve. Todo se imprime.

Doña Irene. Lo cierto es que el autor, que es sobrino de mi hermano político el canónigo de Castrogeriz, no la deja de la mano; y á la hora de esta lleva ya escritos nueve tomos en folio, que comprenden los nueve años primeros de la vida del santo obispo.

Don Diego. ¿Con que para cada año un tomo?

Doña Irene. Sí señor, ese plan se ha propuesto.

Don Diego. ¿Y de qué edad murió el venerable?

Doña Irene. De ochenta y dos años, tres meses y catorce dias.

Doña Francisca. ¿Me voy, mamá?

Doña Irene. Anda, vete. ¡Válgate Dios, qué prisa tienes!

Doña Francisca. ¿Quiere V. (*Se levanta, y despues, al acabarse la escena, hace una graciosa cortesía á don Diego, da un beso á doña Irene y se va al cuarto de esta.*) que le haga una cortesía á la francesa, señor don Diego?

Don Diego. Sí, hija mia. A ver.

Doña Francisca. Mire V., así.

Don Diego. ¡Graciosa niña! Viva la Paquita, viva.

Doña Francisca. Para V. una cortesía, y para mi mamá un beso.

ESCENA IV.

DOÑA IRENE, DON DIEGO.

Doña Irene. Es muy gitana y muy mona, mucho.

Don Diego. Tiene un donaire natural que arrebata.

Doña Irene. ¿Qué quiere V.? Criada sin artificio ni embelecos de mundo, contenta de verse otra vez al lado de su madre, y mucho mas de considerar tan inmediata su colocacion, no es maravilla

que cuanto hace y dice sea una gracia, y máxime á los ojos de V., que tanto se ha empeñado en favorecerla.

Don Diego. Quisiera solo que se esplicase libremente acerca de nuestra proyectada union, y...

Doña Irene. Oiria V. lo mismo que le he dicho ya.

Don Diego. Sí, no lo dudo, pero el saber que la merezco alguna inclinacion, oyéndoselo decir con aquella boquilla tan graciosa que tiene, seria para mí una satisfaccion imponderable.

Doña Irene. No tenga V. sobre ese particular la mas leve desconfianza; pero hágase V. cargo de que á una niña no le es lícito decir con ingenuidad lo que siente. Mal pareceria, señor don Diego, que una doncella de vergüenza y criada como Dios manda, se atreviese á decirle á un hombre, yo le quiero á V.

Don Diego. Bien, si fuese un hombre á quien hallára por casualidad en la calle y le espetára ese favor de buenas á primeras, cierto que la doncella haria muy mal; pero á un hombre con quien ha de casarse dentro de pocos dias, ya pudiera decirle alguna cosa que... Ademas, que hay ciertos modos de esplicarse...

Doña Irene. Conmigo usa de mas franqueza. A cada instante hablamos de V., y en todo manifiesta el particular cariño que á V. le tiene... ¡Con qué juicio hablaba ayer noche despues que V. se fué á recoger! No sé lo que hubiera dado porque hubiese podido oirla.

Don Diego. ¿Y qué? ¿Hablaba de mí?

Doña Irene. ¡Y qué bien piensa acerca de lo preferible que es para una criatura de sus años un marido de cierta edad, esperimentado, maduro y de conducta...

Don Diego. Calle! ¿Eso decia?

Doña Irene. No, esto se lo decia yo, y me escuchaba con una atencion como si fuera una muger de cuarenta años, lo mismo... ¡Buenas cosas la dije! Y ella, que tiene mucha penetracion, aunque me esté mal el decirlo... ¿Pues no da lástima, señor, el ver como se hacen los matrimonios hoy en el dia? Casan á una muchacha de quince años con un arrapiezo de diez y ocho, á una de diez y siete con otro de veintidos: ella niña sin juicio ni esperiencia, y él niño tambien sin asomo de cordura ni conocimiento de lo que es mundo. Pues, señor (que es lo que yo digo), ¿quién ha de gobernar la casa? ¿Quién ha de mandar á los criados? ¿Quién ha de enseñar y corregir á los hijos? Porque sucede tambien que estos atolondrados de chicos suelen plagarse de criaturas en un instante, que da compasion.

Don Diego. Cierto que es un dolor el ver rodeados de hijos á muchos que carecen del talento, de la esperiencia y de la virtud que son necesarias para dirigir su educacion.

Doña Irene. Lo que sé decirle á V. es, que aun no habia cumplido los diez y nueve cuando me casé de primeras nupcias con mi difunto don Epifanio, que esté en el cielo. Y era un hombre que, mejorando lo presente, no es posible hallarle de mas respeto, mas caballeroso... y al mismo tiempo mas divertido y decidor. Pues, para servir á V., ya tenia los cincuenta y seis, muy largos de talle, cuando se casó conmigo.

Don Diego. Buena edad... No era un niño, pero...

Doña Irene. Pues á eso voy... Ni á mí podia convenirme en aquel entonces un boquirubio con los cascos á la gineta... no señor... Y no es decir tampoco que estuviese achacoso ni quebrantado de salud, nada de eso. Sanito estaba, gracias á Dios, como una manzana; ni en su vida conoció otro mal, sino una especie de alferecía que le amagaba de cuando en cuando. Pero luego que nos casamos dió en darle tan á menudo y tan de recio, que á los siete meses me hallé viuda, y en cinta de una criatura que nació despues, y al cabo y al fin se me murió de alfombrilla.

Don Diego. Oiga?... Mire V. si dejó sucesion el bueno de don Epifanio.

Doña Irene. Sí señor, ¿pues porqué no?

Don Diego. Lo digo porque luego saltan con... Bien que si uno hubiera de hacer caso... ¿Y fué niño ó niña?

Doña Irene. Un niño muy hermoso. Como una plata era el angelito.

Don Diego. Cierto que es consuelo tener, así, una criatura y...

Doña Irene. ¡Ay señor! Dan malos ratos, pero ¿qué importa? Es mucho gusto, mucho.

Don Diego. Yo lo creo.

Doña Irene. Sí señor.

Don Diego. Ya se ve que será una delicia y...

Doña Irene. ¿Pues no ha de ser?

Don Diego. Un embeleso, el verlos juguetear y reir, y acariciarlos, y merecer sus fiestecillas inocentes.

Doña Irene. ¡Hijos de mi vida! Veintidos he tenido en los tres matrimonios que llevo hasta ahora, de los cuales solo esta niña me ha venido á quedar; pero le aseguro á V. que...

ESCENA V.

SIMON, DOÑA IRENE, DON DIEGO.

Simon. (*Sale por la puerta del foro.*) Señor, el mayoral está esperando.

Don Diego. Dile que voy allá.... ¡Ah! Tráeme primero el sombrero y el baston, que quisiera dar una vuelta por el campo. (*Entra Simon al cuarto de don Diego, saca un sombrero y un baston, se los da á su amo, y al fin de la escena se va con él por la puerta del foro.*) ¿Con que supongo que mañana tempranito saldremos?

Doña Irene. No hay dificultad. A la hora que á V. le parezca.

Don Diego. A eso de las seis. ¿Eh?

Doña Irene. Muy bien.

Don Diego. El sol nos da de espaldas... Le diré que venga una media hora antes.

Doña Irene. Sí, que hay mil chismes que acomodar.

ESCENA VI.

DOÑA IRENE, RITA.

Doña Irene. ¡Válgame Dios! ahora que me acuerdo... ¡Rita!... Me le habrán dejado morir. ¡Rita!

Rita. Señora.

(*Sacará Rita unas sábanas y almohadas debajo del brazo.*)

Doña Irene. ¿Qué has hecho del lordo? ¿Le diste de comer?

Rita. Sí señora. Mas ha comido que un avestruz. Ahí le puse en la ventana del pasillo.

Doña Irene. ¿Hiciste las camas?

Rita. La de V. ya está. Voy á hacer esotras antes que anochezca, porque sino, como no hay mas alumbrado que el del candil y no tiene garabato, me veo perdida.

Doña Irene. ¿Y aquella chica qué hace?

Rita. Está desmenuzando un bizcocho, para dar de cenar á don Periquito.

*****

Doña Irene. ¡Qué pereza tengo de escribir! (*Se levanta y se entra en su cuarto.*) Pero es preciso, que estará con mucho cuidado mi pobre hermana.

Rita. ¡Qué chapucerías! No ha dos horas, como quien dice, que salimos de allá, y ya empiezan á ir y venir correos. ¡Qué poco me gustan á mí las mugeres gazmoñas y zalameras!

(*Entrase en el cuarto de doña Francisca.*)

ESCENA VII.

CALAMOCHA.

(*Sale por la puerta del foro con unas maletas, látigo y botas; lo deja todo sobre la mesa, y se sienta.*)

¿Con que ha de ser el número tres? Vaya en gracia... Ya, ya conozco el tal número tres. Coleccion de bichos mas abundante, no la tiene el gabinete de historia natural... Miedo me da de entrar... ¡Ay! ¡ay!.. ¡Y qué agujetas! Estas sí que son agujetas... Paciencia, pobre Calamocha, paciencia... Y gracias á que los caballitos dijeron: no podemos mas, que sino, por esta vez no veia yo el número tres, ni las plagas de Faraon que tiene dentro... En fin, como los animales amanezcan vivos, no será poco... Reventados están... (*Canta Rita desde adentro. Calamocha se levanta desperezándose.*) ¡Oiga!.. ¿Seguidillitas?.. Y no canta mal... Vaya, aventura tenemos... ¡Ay! ¡qué desvencijado estoy!

ESCENA VIII.

RITA, CALAMOCHA.

Rita. Mejor es cerrar, no sea que nos alivien de ropa y... (*Forcejeando para echar la llave.*) Pues cierto que está bien acondicionada la llave.

Calamocha. ¿Gusta V. de que eche una mano, mi vida?

Rita. Gracias, mi alma.

Calamocha. ¡Calle!... ¡Rita!

Rita. ¡Calamocha!

Calamocha. ¿Qué hallazgo es este?

Rita. ¿Y tu amo?

Calamocha. Los dos acabamos de llegar.

Rita. ¿De veras?

Calamocha. No, que es chanza. Apenas

recibió la carta de doña Paquita, yo no sé á dónde fué, ni con quién habló, ni cómo lo dispuso: solo sé decirte que aquella tarde salimos de Zaragoza. Hemos venido como dos centellas por ese camino. Llegamos esta mañana á Guadalajara, y á las primeras diligencias nos hallamos con que los pájaros volaron ya. A caballo otra vez, y vuelta á correr y á sudar y á dar chasquidos... En suma, molidos los rocines, y nosotros á medio moler, hemos parado aquí con ánimo de salir mañana... Mi teniente se ha ido al Colegio mayor á ver á un amigo, mientras se dispone algo que cenar... Esta es la historia.

Rita. ¿Con que le tenemos aquí?

Calamocha. Y enamorado, mas que nunca, celoso, amenazando vidas... Aventurado á quitar el hipo á cuantos le disputen la posesion de su Currita idolatrada.

Rita. ¿Qué dices?

Calamocha. Ni mas ni menos.

Rita. ¡Qué gusto me das!... Ahora sí se conoce que la tiene amor.

Calamocha. ¿Amor?.. ¡Friolera!.. El moro Gazul fué para él un pelele, Medoro un zascandil, y Gaiferos un chiquillo de la doctrina.

Rita. ¡Ay, cuando la señorita lo sepa!

Calamocha. Pero acabemos. ¿Cómo te hallo aquí? ¿Con quién estás? ¿Cuándo llegaste? que...

Rita. Yo te lo diré. La madre de doña Paquita dió en escribir cartas y mas cartas, diciendo que tenia concertado su casamiento en Madrid con un caballero rico, honrado, bien quisto, en suma, cabal y perfecto, que no habia mas que apetecer. Acosada la señorita con tales propuestas, y angustiada incesantemente con los sermones de aquella bendita tia, se vió en la necesidad de responder que estaba pronta á todo lo que la mandasen... Pero no te puedo ponderar cuánto lloró la pobrecita, qué afligida estuvo. Ni queria comer, ni podia dormir... Y al mismo tiempo era preciso disimular, para que su tia no sospechára la verdad del caso. Ello es que cuando, pasado el primer susto, hubo lugar de discurrir escapatorias y arbitrios, no hallamos otro que el de avisar á tu amo; esperando que si era su cariño tan verdadero y de buena ley como nos habia ponderado, no consentiria que su pobre Paquita pasára á manos de un desconocido, y se perdiesen para siempre tantas caricias, tantas lágrimas y tantos suspiros estrellados en las tapias del corral. A pocos dias de haberle escrito, cata el coche de colleras y el mayoral Gasparet con sus medias azules, y la madre y el novio que vienen por ella: recogimos á toda prisa nuestros meriñaques, se atan los cofres, nos despedimos de aquellas buenas mugeres, y en dos latigazos llegamos antes de ayer á Alcalá. La detencion ha sido para que la señorita visite á otra tia monja que tiene aquí, tan arrugada y tan sorda como la que dejamos allá. Ya la ha visto, ya la han besado bastante una por una todas las religiosas, y creo que mañana temprano saldremos. Por esta casualidad nos...

Calamocha. Sí. No digas mas... Pero... ¿Con que el novio está en la posada?

Rita. Ese es su cuarto, (*Señalando el cuarto de don Diego, el de doña Irene y el de doña Francisca*) este el de la madre, y aquel el nuestro.

Calamocha. ¿Cómo nuestro? ¿Tuyo y mio?

Rita. No por cierto. Aquí dormirémos esta noche la señorita y yo; porque ayer, metidas las tres en ese de enfrente, ni cabíamos de pié, ni pudimos dormir un instante, ni respirar siquiera.

Calamocha. Bien... A Dios.

(*Recoge los trastos que puso sobre la mesa, en ademan de irse*).

Rita. ¿Y á dónde?

Calamocha. Yo me entiendo... Pero el novio ¿trae consigo criados, amigos ó deudos que le quiten la primera zambullida que le amenaza?

Rita. Un criado viene con él.

Calamocha. ¡Poca cosa!... Mira, dile en caridad que se disponga, porque está de peligro. A Dios.

Rita. ¿Y volverás presto?

Calamocha. Se supone. Estas cosas piden diligencia; y aunque apenas puedo moverme, es necesario que mi teniente deje la visita y venga á cuidar de su hacienda, disponer el entierro de ese hombre, y... ¿Con que ese es nuestro cuarto, eh?

Rita. Sí. De la señorita y mio.

Calamocha. ¡Bribona!

Rita. ¡Botarate! A Dios.

Calamocha. A Dios, aborrecida.

(*Éntrase con los trastos al cuarto de don Cárlos*).

ESCENA IX.

DOÑA FRANCISCA, RITA.

Rita. ¡Qué malo es!... Pero... ¡Válgame Dios, don Félix aquí!... Sí, la quiere, bien se conoce... (*Sale Calamocha del cuarto de don Cárlos, y se va por la puerta del foro*). Oh! por mas que digan, los hay muy finos; y entonces, ¿qué ha de hacer una?... Quererlos: no tiene remedio, quererlos... Pero ¿qué dirá la señorita cuando le vea, que está ciega por él? ¡Pobrecita! ¿Pues no sería una lástima que... Ella es.

(*Sale doña Francisca*).

Doña Francisca. ¡Ay, Rita!

Rita. ¿Qué es eso? ¿Ha llorado V.?

Doña Francisca. ¿Pues no he de llorar? Si vieras mi madre... Empeñada está en que he de querer mucho á ese hombre... Si ella supiera lo que sabes tú, no me mandaría cosas imposibles... Y que es tan bueno, y que es rico, y que me irá tan bien con él... Se ha enfadado tanto, y me ha llamado picarona, inobediente... ¡Pobre de mí! Porque no miento ni sé fingir, por eso me llaman picarona.

Rita. Señorita, por Dios, no se aflija V.

Doña Francisca. Ya, como tú no lo has oido... Y dice que don Diego se queja de que yo no le digo nada... Harto le digo, y bien he procurado hasta ahora mostrarme contenta delante de él, que no lo estoy por cierto, y reirme y hablar niñerías... Y todo por dar gusto á mi madre, que sino... Pero bien sabe la vírgen que no me sale del corazon. (*Se va oscureciendo lentamente el teatro*).

Rita. Vaya, vamos, que no hay motivos todavía para tanta angustia... ¿Quién sabe?... ¿No se acuerda V. ya de aquel dia de asueto que tuvimos el año pasado en la casa de campo del intendente?

Doña Francisca. Ay! ¿cómo puedo olvidarlo?... Pero ¿qué me vas á contar?

Rita. Quiero decir que aquel caballero que vimos allí con aquella cruz verde, tan galan, tan fino...

Doña Francisca. ¡Qué rodeos!... Don Félix. ¿Y qué?

Rita. Que nos fué acompañando hasta la ciudad...

Doña Francisca. Y bien... Y luego volvió, y le ví, por mi desgracia, muchas veces... mal aconsejada de tí.

Rita. ¿Porqué, señora?... ¿A quién dimos escándalo? Hasta ahora nadie lo ha sospechado en el convento. Él no entró jamas por las puertas, y cuando de noche hablaba con V., mediaba entre los dos una distancia tan grande, que V. la maldijo no pocas veces... Pero esto no es del caso. Lo que voy á decir es, que un amante como aquel no es posible que se olvide tan presto de su querida Paquita... Mire V. que todo cuanto hemos leido á hurtadillas en las novelas, no equivale á lo que hemos visto en él... ¿Se acuerda V. de aquellas tres palmadas que se oian entre once y doce de la noche, de aquella sonora punteada con tanta delicadeza y espresion?

Doña Francisca. ¡Ay Rita! Sí, de todo me acuerdo, y mientras viva conservaré la memoria... Pero está ausente... y entretenido acaso con nuevos amores.

Rita. Eso no lo puedo yo creer.

Doña Francisca. Es hombre al fin, y todos ellos...

Rita. ¡Qué bobería! Desengáñese V., señorita. Con los hombres y las mugeres sucede lo mismo que con los melones de Añovér. Hay de todo; la dificultad está en saber escogerlos. El que se lleve chasco en la eleccion, quéjese de su mala suerte, pero no desacredite la mercancía... Hay hombres muy embusteros, muy picarones; pero no es creible que lo sea el que ha dado pruebas tan repetidas de perseverancia y amor. Tres meses duró el terrero y la conversacion á oscuras, y en todo aquel tiempo bien sabe V. que no vimos en él una accion descompuesta, ni oimos de su boca una palabra indecente ni atrevida.

Doña Francisca. Es verdad. Por eso le quise tanto, por eso le tengo tan fijo aquí... aquí... (*Señalando el pecho*). ¿Qué habrá dicho al ver la carta?... Oh! Yo bien sé lo que habrá dicho... ¡Válgate Dios! Es lástima... Cierto. ¡Pobre Paquita!... Y se acabó... No habrá dicho mas... nada mas.

Rita. No señora, no ha dicho eso.

Doña Frncisca. ¿Qué sabes tú?

Rita. Bien lo sé. Apenas haya leido la carta se habrá puesto en camino, y vendrá volando á consolar á su amiga... Pero... (*Acercándose á la puerta del cuarto de doña Irene.*)

Doña Francisca. ¿A dónde vas?

Rita. Quiero ver si...

Doña Francisca. Está escribiendo.

Rita. Pues ya presto habrá de dejarlo, que empieza á anochecer... Señorita, lo que la he dicho á V. es la verdad pura. Don Felix está ya en Alcalá.

Doña Francisca. ¿Qué dices? no me engañes.

Rita. Aquel es su cuarto... Calamocha acaba de hablar conmigo.

Doña Francisca. ¿De veras?

Rita. Sí señora... Y le ha ido á buscar para...

Doña Francisca. ¿Con que me quiere?... ¡Ay Rita! Mira tú si hicimos bien de avisarle... ¿Pero ves qué fineza?... ¿Si vendrá bueno? ¡Correr tantas leguas solo por verme... porque yo se lo mando!... ¡Qué agradecida le debo estar!... Oh! yo le prometo que no se quejará de mí. Para siempre agradecimiento y amor.

Rita. Voy á traer luces. Procuraré detenerme por allá abajo hasta que vuelvan... Veré lo que dice y qué piensa hacer, porque hallándonos todos aquí, pudiera haber una de Satanas entre la madre, la hija, el novio y el amante; y si no ensayamos bien esta contradanza, nos hemos de perder en ella.

Doña Francisca. Dices bien... Pero no, él tiene resolucion y talento, y sabrá determinar lo mas conveniente... ¿y cómo has de avisarme?... Mira que así que llegue le quiero ver.

Rita. No hay que dar cuidado. Yo le traeré por acá, y en dándome aquella tosecilla seca... ¿me entiende V.?

Doña Francisca. Sí, bien.

Rita. Pues entonces no hay mas que salir con cualquiera escusa. Yo me quedaré con la señora mayor, la hablaré de todos sus maridos y de sus concuñados, y del obispo que murió en el mar... Ademas, que si está allí don Diego...

Doña Francisca. Bien, anda, y así que llegue...

Rita. Al instante.

Doña Francisca. Que no se te olvide toser.

Rita. No haya miedo.

Doña Francisca. ¡Si vieras qué consolada estoy!

Rita. Sin que V. lo jure, lo creo.

Doña Francisca. ¿Te acuerdas cuando me decia que era imposible apartarme de su memoria, que no habria peligros que le detuvieran, ni dificultades que no atropellára por mí?

Rita. Sí, bien me acuerdo.

Doña Francisca. Ah!... Pues mira como me dijo la verdad.

(*Doña Francisca se va al cuarto de doña Irene; Rita, por la puerta del foro.*)

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

(*Teatro oscuro.*)

DOÑA FRANCISCA.

Nadie parece aun... (*Acércase á la puerta del foro y vuelve*). ¡Qué impaciencia tengo!... Y dice mi madre que soy una simple, que solo pienso en jugar y reir, y que no sé lo que es amor... Sí, diez y siete años y no cumplidos; pero ya sé lo que es querer bien, y la inquietud y las lágrimas que cuesta.

ESCENA II.

DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA.

Doña Irene. Sola y á oscuras me habeis dejado allí.

Doña Francisca. Como estaba V. acabando su carta, mamá, por no estorbarla me he venido aquí, que está mucho mas fresco.

Doña Irene. ¿Pero aquella muchacha qué hace, que no trae una luz? Para cualquiera cosa se está un año... Y yo que tengo un genio como una pólvora... (*Siéntase*). Sea todo por Dios... ¿Y don Diego no ha venido?

Doña Francisca. Me parece que no.

Doña Irene. Pues cuenta, niña, con lo que te he dicho ya. Y mira que no gusto de repetir una cosa dos veces. Este caballero está sentido, y con muchísima razon...

Doña Francisca. Bien; sí señora, ya lo sé. No me riña V. mas.

Doña Irene. No es esto reñirte, hija mia; esto es aconsejarte. Porque como tú no tienes conocimiento para considerar el bien que se nos ha entrado por las puertas... Y lo atrasada que me coge, que yo no sé lo que hubiera sido de tu pobre ma-

dre... Siempre cayendo y levantando... Médicos, botica. Que se dejaba pedir aquel caribe de don Bruno (Dios le haya coronado de gloria) los veinte y los treinta reales por cada papelillo de píldoras de coloquíntida y asafétida... Mira que un casamiento como el que vas á hacer, muy pocas le consiguen. Bien que á las oraciones de tus tías, que son unas bienaventuradas, debemos agradecer esta fortuna, y no á tus méritos ni á mi diligencia... ¿Qué dices?

Doña Francisca. Yo, nada, mamá.

Doña Irene. Pues nunca dices nada. ¡Válgame Dios, señor!... En hablándote de esto no te ocurre nada que decir.

ESCENA III.

RITA, DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA.

(*Rita sale por la puerta del foro con luces y las pone encima de la mesa.*)

Doña Irene. Vaya, muger, yo pensé que en toda la noche no venias.

Rita. Señora, he tardado porque han tenido que ir á comprar las velas. Como el tufo del velon le hace á V. tanto daño...

Doña Irene. Seguro que me hace muchísimo mal, con esta jaqueca que padezco... Los parches de alcanfor al cabo tuve que quitármelos; si no me sirvieron de nada. Con las obleas me parece que me va mejor... Mira, deja una luz ahí y llévate la otra á mi cuarto, y corre la cortina, no se me llene todo de mosquitos.

Rita. Muy bien.

(*Toma una luz y hace que se va.*)

Doña Francisca (*aparte á Rita*). ¿No ha venido?

Rita. Vendrá.

Doña Irene. Oyes, aquella carta que está sobre la mesa dásela al mozo de la posada para que la lleve al instante al correo... (*Vase Rita al cuarto de doña Irene*). Y tú, niña, ¿qué has de cenar? Porque será menester recogernos presto para salir mañana de madrugada.

Doña Francisca. Como las monjas me hicieron merendar...

Doña Irene. Con todo eso... Siquiera unas sopas del puchero para el abrigo del estómago... (*Sale Rita con una carta en la mano, y hasta el fin de la escena hace que se va y vuelve, segun lo indica el diálogo*). Mira, has de calentar el caldo que apartamos al medio dia, y haznos un par de tazas de sopas, y tráetelas luego que esten.

Rita. ¿Y nada mas?

Doña Irene. No, nada mas... Ah! y házmelas bien caldositas.

Rita. Si, ya lo sé.

Doña Irene. Rita!

Rita. Otra. ¿Qué manda V.?

Doña Irene. Encarga mucho al mozo que lleve la carta al instante... Pero, no señor, mejor es... No quiero que la lleve él, que son unos borrachones, que no se les puede... Has de decir á Simon que digo yo que me haga el gusto de echarla en el correo: lo entiendes?

Rita. Si señora.

Doña Irene. Ah! mira.

Rita. Otra.

Doña Irene. Bien que ahora no corre prisa... Es menester que luego me saques de ahí al tordo y colgarle por aquí, de modo que no se caiga y se me lastime... (*Vase Rita por la puerta del foro*). ¡Qué noche tan mala me dió!... ¡Pues no se estuvo el animal toda la noche de Dios cantando el Malbruc y la Jota!... Ello por otra parte divertia, cierto... Pero cuando se trata de dormir...

ESCENA IV.

DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA.

Doña Irene. Pues mucho será que don Diego no haya tenigo algun encuentro por ahí y eso le detenga. Cierto que es un señor muy mirado, muy puntual... ¡Tan buen cristiano! ¡tan atento! ¡tan bien hablado! ¡Y con qué garbo y generosidad se porta!... Ya se ve, un sugeto de bienes y de posibles... ¡Y qué casa tiene! Como un ascua de oro la tiene... Es mucho aquello. ¡Qué ropa blanca! ¡que batería de cocina! ¡y qué despensa, llena de cuanto Dios crió!... Pero tú no parece que atiendes á lo que estoy diciendo.

Doña Francisca. Si señora, bien lo oigo; pero no la queria interrumpir á V.

Doña Irene. Allí estarás, hija mia, como el pez en el agua: pajaritas del aire que apetecieras las tendrias, porque como él te quiere tanto, y es un caballero tan de bien y tan temeroso de Dios... Pero mira, Francisquita, que me cansa de

veras el que siempre que te hablo de esto, hayas dado en la flor de no responderme palabra... ¡Pues no es cosa particular, señor!

Doña Francisca. Mamá, no se enfade V.

Doña Irene. ¡No es buen empeño de... ¿Y te parece á tí que no sé yo muy bien de donde viene todo eso?... ¿No ves que conozco las locuras que se te han metido en esa cabeza de chorlito?... ¡Perdóneme Dios!

Doña Francisca. Pero... Pues ¿qué sabe V.?

Doña Irene. ¿Me quieres engañar á mí, eh? ¡Ay hija! He vivido mucho, y tengo yo mucha trastienda y mucha penetracion para que tú me engañes.

Doña Francisca (*aparte*). ¡Perdida soy!

Doña Irene. Sin contar con su madre... como si tal madre no tuviera... Yo te aseguro que, aunque no hubiera sido con esta ocasion, de todos modos era ya necesario sacarte del convento. Aunque hubiera tenido que ir á pié y sola por ese camino, te hubiera sacado de allí... ¡Mire usted qué juicio de niña este! Qué, porque ha vivido un poco de tiempo entre monjas, ya se la puso en la cabeza el ser ella monja tambien... Ni qué entiende ella de eso, ni qué... En todos los estados se sirve á Dios, Frasquita, pero el complacer á su madre, asistirla, acompañarla y ser el consuelo de sus trabajos, esa es la primera obligacion de una hija obediente y sépalo usted, si no lo sabe.

Doña Francisca. Es verdad, mamá... Pero yo nunca he pensado abandonarla á usted.

Doña Irene. Sí, que no sé yo...

Doña Francisca. No señora, créame usted. La Paquita nunca se apartará de su madre, ni la dará disgustos.

Doña Irene. Mira si es cierto lo que dices.

Doña Francisca. Sí señora, que yo no sé mentir.

Doña Irene. Pues hija, ya sabes lo que te he dicho. Ya ves lo que pierdes, y la pesadumbre que me darás si no te portas en un todo como corresponde... Cuidado con ello.

Doña Francisca (*aparte*). ¡Pobre de mí!

ESCENA V.

DON DIEGO, DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA.

(*Don Diego sale por la puerta del foro, y deja sobre la mesa sombrero y baston.*)

Doña Irene. ¿Pues cómo tan tarde?

Don Diego. Apenas salí, tropecé con el rector de Málaga y el doctor Padilla, y hasta que me han hartado bien de chocolate y bollos no me han querido soltar... (*Siéntase junto á doña Irene.*) Y á todo esto, ¿cómo va?

Doña Irene. Muy bien.

Don Diego. ¿Y doña Paquita?

Doña Irene. Doña Paquita siempre acordándose de sus monjas. Ya la digo que es tiempo de mudar de bisiesto, y pensar solo en dar gusto á su madre y obedecerla.

Don Diego. ¡Qué diantre! ¿Con que tanto se acuerda de...

Doña Irene. ¿Qué se admira V.? Son niñas... No saben lo que quieren, ni lo que aborrecen... En una edad, así tan...

Don Diego. No, poco á poco, eso no. Precisamente en esa edad son las pasiones algo mas enérgicas y decisivas que en la nuestra; y por cuanto la razon se halla todavía imperfecta y débil, los ímpetus del corazon son mucho mas violentos... (*Asiendo de una mano á doña Francisca la hace sentar inmediata á él.*) Pero de veras, doña Paquita, ¿se volveria V. al convento de buena gana?... La verdad.

Doña Irene. Pero si ella no...

Don Diego. Déjela V., señora, que ella responderá.

Doña Francisca. Bien sabe V., lo que acabo de decirla... No permita Dios que yo la dé que sentir.

Don Diego. Pero eso lo dice V. tan afligida y...

Doña Irene. Si es natural, señor. ¿No ve V. que...

Don Diego. Calle V. por Dios, doña Irene, y no me diga V. á mí lo que es natural. Lo que es natural es que la chica esté llena de miedo, y no se atreva á decir una palabra que se oponga á lo que su madre quiere que diga... Pero si esto hubiese, por vida mia, que estábamos lucidos.

Doña Francisca. No señor, lo que dice su merced, eso digo yo; lo mismo. Porque en todo lo que me manda la obedeceré.

Don Diego. ¡Mandar, hija mia!... En estas materias tan delicadas, los padres que tienen juicio no mandan. Insinuan, proponen, aconsejan; eso sí, todo eso sí; ¡pero mandar!... ¿Y quién ha de evitar despues las resultas funestas de lo que mandaron?... ¿Pues cuántas veces vemos matrimonios infelices, uniones monstruosas, verificadas solamente porque un padre tonto se metió á mandar lo que no debiera?... Eh! no señor, eso no va bien... Mire V., doña Paquita, yo no soy de aquellos hombres que se disimulan los defectos. Yo sé que ni mi figura ni mi edad son para enamorar perdidamente á nadie; pero tampoco he creido imposible que una muchacha de juicio y bien criada llegase á quererme con aquel amor tranquilo y constante que tanto se parece á la amistad, y es el único que puede hacer los matrimonios felices. Para conseguirlo, no he ido á buscar ninguna hija de familia de estas que viven en una decente libertad... Decente; que yo no culpo lo que no se opone al ejercicio de la virtud. Pero ¿cuál seria entre todas ellas la que no estuviese ya prevenida en favor de otro amante mas apetecible que yo? ¡Y en Madrid! figúrese usted, en un Madrid!... Lleno de estas ideas, me pareció que tal vez hallaria en usted todo cuanto yo deseaba.

Doña Irene. ¿Y puede V. creer, señor don Diego, que...

Don Diego. Voy á acabar, señora, dejeme V. acabar. Yo me hago cargo, querida Paquita, de lo que habrán influido en una niña tan bien inclinada como V., las santas costumbres que ha visto practicar en aquel inocente asilo de la devocion y la virtud, pero si á pesar de todo esto la imaginacion acalorada, las circunstancias imprevistas la hubiesen hecho elegir sugeto mas digno, sepa V. que yo no quiero nada con violencia. Yo soy ingenuo; mi corazon y mi lengua no se contradicen jamas. Esto mismo la pido á V., Paquita, sinceridad. El cariño que á V. la tengo no la debe hacer infeliz... Su madre de V. no es capaz de querer una injusticia, y sabe muy bien que á nadie se le hace dichoso por fuerza. Si V. no halla en mi prendas que la inclinen, si siente algun otro cuidadillo en su corazon, créame V., la menor disimulacion en esto nos daria á todos muchísimo que sentir.

Doña Irene. ¿Puedo hablar ya, señor?

Don Diego. Ella, ella debe hablar, y sin apuntador, y sin intérprete.

Doña Irene. Cuando yo se lo mande.

Don Diego. Pues ya puede V. mandárselo, porque á ella la toca responder... Con ella he de casarme, con V. no.

Doña Irene. Yo creo, señor don Diego, que ni con ella ni conmigo. ¡En qué concepto nos tiene V.!... Bien dice su padrino, y bien claro me lo escribió pocos dias ha, cuando le dí parte de este casamiento. Que aunque no la ha vuelto á ver desde que la tuvo en la pila, la quiere muchísimo; y á cuantos pasan por el Burgo de Osma les pregunta cómo está, y continuamente nos envia memorias con el ordinario.

Don Diego. Y bien, señora, ¿qué escribió el padrino?... O por mejor decir, ¿qué tiene que ver nada de eso con lo que estamos hablando?

Doña Irene. Sí señor, que tiene que ver, sí señor. Y aunque yo lo diga, le aseguro á V. que ni un memorialista práctico hubiera puesto una carta mejor que la que él me envió sobre el matrimonio de la niña... Y no es ningun catedrático, ni bachiller, ni nada de eso, sino un cualquiera, como quien dice, un hombre de capa y espada con un empleillo infeliz en el ramo del viento, que apenas le da para comer... Pero es muy ladino, y sabe de todo, y tiene una labia, y escribe que da gusto... Casi toda la carta venia en latin, no le parezca á V., y muy buenos consejos que me daba en ella... Que no es posible sino que adivinase lo que nos está sucediendo.

Don Diego. Pero, señora, si no sucede nada, ni hay cosa que á V. la deba disgustar.

Doña Irene. Pues ¿no quiere V. que me disguste oyéndole hablar de mi hija en unos términos que... ¡Ella otros amores ni otros cuidados!... Pues si tal hubiera... ¡válgame Dios!... la mataba á golpes, mire V... Respóndele, una vez que quiere que hables y que yo no chiste. Cuéntale los novios que dejaste en Madrid cuando tenias doce años, y los que has adquirido en el convento al lado de aquella santa muger. Díselo para que se tranquilice, y...

Don Diego. Yo, señora, estoy mas tranquilo que V.

Doña Irene. Respóndele.

Doña Francisca. Yo no sé qué decir. Si Vds. se enfadan.

Don Diego. No, hija mia; esto es dar

alguna espresion á lo que se dice: pero ¡enfadarnos! no por cierto. Doña Irene sabe lo que yo la estimo.

Doña Irene. Sí señor, que lo sé, y estoy sumamente agradecida á los favores que usted nos hace... Por eso mismo...

Don Diego. No se hable de agradecimiento: cuanto yo puedo hacer, todo es poco... Quiero solo que doña Paquita esté contenta.

Doña Irene. ¿Pues no ha de estarlo? Responde.

Doña Francisca. Sí señor que lo estoy.

Don Diego. Y que la mudanza de estado que se la previene, no la cuesta el menor sentimiento.

Doña Irene. No señor, todo al contrario... Boda mas á gusto de todos no se pudiera imaginar.

Don Diego. En esa inteligencia, puedo asegurarla que no tendrá motivos de arrepentirse despues. En nuestra compañía vivirá querida y adorada; y espero que á fuerza de beneficios he de merecer su estimacion y su amistad.

Doña Francisca. Gracias, señor don Diego... ¡A una huérfana, pobre, desvalida como yo!...

Don Diego. Pero de prendas tan estimables, que la hacen á V. digna todavía de mayor fortuna.

Doña Irene. Ven aquí, ven... Ven aquí, Paquita.

Doña Francisca. ¡Mamá!

(*Levántase doña Francisca, abraza á su madre y se acarician mutuamente.*)

Doña Irene. ¿Ves lo que te quiero?

Doña Francisca. Sí señora.

Doña Irene. ¿Y cuánto procuro tu bien, que no tengo otro pio sino el de verte colocada antes que yo falte?

Doña Francisca. Bien lo conozco.

Doña Irene. ¡Hija de mi vida! ¿Has de ser buena?

Doña Francisca. Sí señora.

Doña Irene. ¡Ay, que no sabes tú lo que te quiere tu madre!

Doña Francisca. ¿Pues qué, no la quiero yo á V.?

Don Diego. Vamos, vamos de aquí. (*Levántase don Diego, y despues doña Irene.*) No venga alguno y nos halle á los tres llorando como tres chiquillos.

Doña Irene. Sí, dice V. bien.

(*Vanse los dos al cuarto de doña Irene.*

Doña Francisca va detras; y Rita, que sale por la puerta del foro, la hace detener.)

ESCENA VI.

RITA, DOÑA FRANCISCA.

Rita. Señorita... ¡Eh! chit... señorita...

Doña Francisca. ¿Qué quieres?

Rita. Ya ha venido.

Doña Francisca. ¿Cómo?

Rita. Ahora mismo acaba de llegar. Le he dado un abrazo, con licencia de V., y ya sube por la escalera.

Doña Francisca. ¡Ay Dios!... ¿Y qué debo hacer?

Rita. ¡Donosa pregunta!... Vaya, lo que importa es no gastar el tiempo en melindres de amor... Al asunto... y juicio. Y mire V. que en el parage en que estamos, la conversacion no puede ser muy larga... Ahí está.

Doña Francisca. Sí... Él es.

Rita. Voy á cuidar de aquella gente... Valor, señorita, y resolucion.

(*Rita se va al cuarto de doña Irene.*)

Doña Francisca. No, no, que yo tambien... Pero no lo merece.

ESCENA VII.

DON CARLOS, DOÑA FRANCISCA.

(*Sale don Cárlos por la puerta del foro.*)

Don Cárlos. ¡Paquita!... ¡vida mia!... Ya estoy aquí... ¿Cómo va, hermosa, cómo va?

Doña Francisca. Bien venido.

Don Cárlos. ¿Cómo tan triste?... ¿No merece mi llegada mas alegría?

Doña Francisca. Es verdad; pero acaban de sucederme cosas que me tienen fuera de mí... Sabe V... Sí, bien lo sabe V... Despues de escrita aquella carta, fueron por mí... Mañana á Madrid... Ahí está mi madre.

Don Cárlos. ¿En dónde?

Doña Francisca. Ahí, en ese cuarto. (*Señalando al cuarto de doña Irene.*)

Don Cárlos. ¿Sola?

Doña Francisca. No señor.

Don Cárlos. Estará en compañía del prometido esposo. (*Se acerca al cuarto de doña Irene, se detiene, y vuelve.*) Mejor... Pero ¿no hay nadie mas con ella?

Doña Francisca. Nadie mas, solos están... ¿Qué piensa V. hacer?

Don Cárlos. Si me dejase llevar de mi pasion y de lo que esos ojos me inspiran, una temeridad... Pero tiempo hay... Él tambien será hombre de honor, y no es justo insultarle porque quiere bien á una muger tan digna de ser querida... Yo no conozco á su madre de V., ni... Vamos, ahora nada se puede hacer... Su decoro de usted merece la primera atencion.

Doña Francisca. Es mucho el empeño que tiene en que me case con él.

Don Cárlos. No importa.

Doña Francisca. Quiere que esta boda se celebre así que lleguemos á Madrid.

Don Cárlos. ¿Cuál?... No. Eso no.

Doña Francisca. Los dos están de acuerdo, y dicen...

Don Cárlos. Bien... Dirán... Pero no puede ser.

Doña Francisca. Mi madre no me habla continuamente de otra materia. Me amenaza, me ha llenado de temor... Él insta por su parte, me ofrece tantas cosas, me...

Don Cárlos. ¿Y V. qué esperanza le da?... ¿Ha prometido quererle mucho?

Doña Francisca. ¡Ingrato!... ¿Pues no sabe V. que... ¡Ingrato!

Don Cárlos. Sí, no lo ignoro, Paquita... Yo he sido el primer amor.

Doña Francisca. Y el último.

Don Cárlos. Y antes perderé la vida, que renunciar al lugar que tengo en ese corazon... Todo él es mio... ¿Digo bien?

(*Asiéndola de las manos.*)

Doña Francisca. ¿Pues de quién ha de ser?

Don Cárlos. ¡Hermosa! ¡Qué dulce esperanza me anima!... Una sola palabra de esa boca me asegura... Para todo me da valor... En fin, ya estoy aquí. ¿Usted me llama para que la defienda, la libre, la cumpla una obligacion mil y mil veces prometida? Pues á eso mismo vengo yo... Si Vds. se van á Madrid mañana, yo voy tambien. Su madre de V. sabrá quien soy... Allí puedo contar con el favor de un anciano respetable y virtuoso, á quien mas que tio, debo llamar amigo y padre. No tiene otro deudo mas inmediato ni mas querido que yo: es hombre muy rico, y si los dones de la fortuna tuviesen para V. algun atractivo, esta circunstancia añadiria felicidades á nuestra union.

Doña Francisca. ¿Y qué vale para mí toda la riqueza del mundo?

Don Cárlos. Ya lo sé. La ambicion no puede agitar á un alma tan inocente.

Doña Francisca. Querer y ser querida... Ni apetezco mas, ni conozco mayor fortuna.

Don Cárlos. Ni hay otra... Pero V. debe serenarse, y esperar que la suerte mude nuestra afliccion presente en durables dichas.

Doña Francisca. ¿Y qué se ha de hacer para que á mi pobre madre no la cueste una pesadumbre?... ¡Me quiere tanto!... Si acabo de decirla que no la disgustaré, ni me apartaré de su lado jamas; que siempre seré obediente y buena... ¡Y me abrazaba con tanta ternura! Quedó tan consolada con lo poco que acerté á decirla... Yo no sé, no sé qué camino ha de hallar usted para salir de estos ahogos.

Don Cárlos. Yo le buscaré... ¿No tiene usted confianza en mí?

Doña Francisca. ¿Pues no he de tenerla? ¿Piensa V. que estuviera yo viva, si esa esperanza no me animase? Sola y desconocida de todo el mundo, ¿qué habia yo de hacer? Si V. no hubiese venido, mis melancolías me hubieran muerto, sin tener á quien volver los ojos, ni poder comunicar á nadie la causa de ellas... Pero V. ha sabido proceder como caballero y amante, y acaba de darme con su venida la prueba mayor de lo mucho que me quiere.

(*Se enternece y llora.*)

Don Cárlos. ¡Qué llanto!... ¡Cómo persuade!... Sí, Paquita, yo solo basto para defenderla á V. de cuantos quieran oprimirla. A un amante favorecido ¿quién puede oponérsele? Nada hay que temer.

Doña Francisca. ¿Es posible?

Don Cárlos. Nada... Amor ha unido nuestras almas en estrechos nudos, y solo la muerte bastará á dividirlas.

ESCENA VIII.

RITA, DON CARLOS, DOÑA FRANCISCA.

Rita. Señorita, adentro. La mamá pregunta por V. Voy á traer la cena, y se van á recoger al instante... Y V., señor galan, ya puede tambien disponer de su persona.

Don Cárlos. Sí, que no conviene anticipar sospechas... Nada tengo que añadir.

Doña Francisca. Ni yo.

Don Cárlos. Hasta mañana. Con la luz del dia veremos á este dichoso competidor.

Rita. Un caballero muy honrado, muy rico, muy prudente; con su chupa larga, su camisola limpia, y sus sesenta años debajo del peluquin.

(*Se va por la puerta del foro.*)

Doña Francisca. Hasta mañana.

Don Cárlos. A Dios, Paquita.

Doña Francisca. Acuéstese V., y descanse.

Don Cárlos. ¿Descansar con zelos?

Doña Francisca. ¿De quién?

Don Cárlos. Buenas noches... Duerma usted bien, Paquita.

Doña Francisca. ¿Dormir con amor?

Don Cárlos. A Dios, vida mia.

Doña Francisca. A Dios.

(*Éntrase al cuarto de doña Irene.*)

ESCENA IX.

DON CARLOS, CALAMOCHA, RITA.

Don Cárlos (*paseándose con inquietud*). ¡Quitármela! No... Sea quien fuere, no me la quitará. Ni su madre ha de ser tan imprudente que se obstine en verificar este matrimonio repugnándolo su hija... mediando yo... ¡Sesenta años!... Precisamente será muy rico... ¡El dinero!... Maldito él sea, que tantos desórdenes origina.

Calamocha (*saliendo por la puerta del foro*). Pues señor, tenemos un medio cabrito asado, y... A lo menos parece cabrito. Tenemos una magnífica ensalada de berros, sin anapelos ni otra materia estraña, bien lavada, escurrida y condimentada por estas manos pecadoras, que no hay mas que pedir. Pan de Meco, vino de la Tercia... Con que si hemos de cenar y dormir, me parece que seria bueno...

Don Cárlos. Vamos... ¿Y á dónde ha de ser?

Calamocha. Abajo... Allí he mandado disponer una angosta y fementida mesa, que parece un banco de herrador.

Rita (*saliendo por la puerta del foro con unos platos, taza, cucharas y servilleta*). ¿Quién quiere sopas?

Don Cárlos. Buen provecho.

Calamocha. Si hay alguna real moza que guste de cenar cabrito, levante el dedo.

Rita. La real moza se ha comido ya media cazuela de albondiguillas... Pero lo agradece, señor militar.

(*Éntrase en el cuarto de doña Irene.*)

Calamocha. Agradecida te quiero yo, niña de mis ojos.

Don Cárlos. ¿Con que vamos?

Calamocha. ¡Ay! ¡ay! ¡ay! (*Calamocha se encamina á la puerta del foro, y vuelve: se acerca á don Cárlos, y hablan con reserva hasta el fin de la escena, en que Calamocha se adelanta á saludar á Simon.*) ¡Eh! chit, digo...

Don Cárlos. ¿Qué?

Calamocha. ¿No ve V. lo que viene por allí?

Don Cárlos. ¿Es Simon?

Calamocha. Él mismo... Pero quién? diablos le...

Don Cárlos. ¿Y qué harémos?

Calamocha. ¿Qué sé yo?... Sonsacarle, mentir y... ¿Me da V. licencia para que...

Don Cárlos. Sí, miente lo que quieras... ¿A qué habrá venido este hombre?

ESCENA X.

SIMON, CALAMOCHA, DON CARLOS.

(*Sale Simon por la puerta del foro.*)

Calamocha. Simon, ¿tú por aquí?

Simon. A Dios, Calamocha. ¿Cómo va?

Calamocha. Lindamente.

Simon. ¡Cuánto me alegro de...

Don Cárlos. ¡Hombre, tú en Alcalá! ¿Pues que novedad es esta?

Simon. ¡Oh! ¡que estaba V. ahí, señorito! ¡Voto á sanes!

Don Cárlos. ¿Y mi tio?

Simon. Tan bueno.

Calamocha. ¿Pero se ha quedado en Madrid, ó...

Simon. ¿Quién me habia de decir á mí... ¡Cosa como ella! Tan ageno estaba yo ahora de... Y V. de cada vez mas guapo... ¿Con que V. irá á ver al tio, eh?

Calamocha. Tú habrás venido con algun encargo del amo.

Simon. ¡Y qué calor traje, y qué polvo por ese camino! ¡Ya, ya!

Calamocha. ¿Alguna cobranza tal vez, eh?

Don Cárlos. Puede ser. Como tiene mi tio ese poco de hacienda en Ajalvir... ¿No has venido á eso?

Simon. ¡Y qué buena maula le ha salido el tal administrador! Labriego mas

marrullero y mas bellaco no le hay en toda la campiña... ¿Con que V. viene ahora de Zaragoza?

Don Cárlos. Pues... Figúrate tú.

Simon. ¿O va V. allá?

Don Cárlos. ¿A dónde?

Simon. A Zaragoza. ¿No está allí el regimiento?

Calamocha. Pero, hombre, si salimos el verano pasado de Madrid, ¿no habíamos de haber andado mas de cuatro leguas?

Simon. ¿Qué sé yo? Algunos van por la posta y tardan mas de cuatro meses en llegar... Debe de ser un camino muy malo.

Calamocha (*aparte separándose de Simon*). ¡Maldito seas tú, y tu camino, y la bribona que te dió papilla!

Don Cárlos. Pero aun no me has dicho si mi tio está en Madrid ó en Alcalá, ni á qué has venido, ni...

Simon. Bien, á eso voy... Sí señor, voy á decir á V... Con que... Pues el amo me dijo...

ESCENA XI.

DON DIEGO, DON CARLOS, SIMON, CALAMOCHA.

Don Diego (*desde adentro*). No, no es menester: si hay luz aquí. Buenas noches, Rita.

(*Don Cárlos se turba, y se aparta á un estremo del teatro.*)

Don Cárlos. ¡Mi tio!...

(*Sale don Diego del cuarto de doña Irene encaminándose al suyo; repara en don Cárlos y se acerca á él. Simon le alumbra, y vuelve á dejar la luz sobre la mesa.*)

Don Diego. ¡Simon!

Simon. Aquí estoy, señor.

Don Cárlos. ¡Todo se ha perdido!

Don Diego. Vamos... Pero... ¿Quién es?

Simon. Un amigo de V., señor.

Don Cárlos. Yo estoy muerto.

Don Diego. ¿Cómo un amigo?... ¿Qué?... Acerca esa luz.

Don Cárlos. ¡Tio!

(*En ademan de besarle la mano á don Diego, que le aparta de sí con enojo.*)

Don Diego. Quítate de ahí.

Don Cárlos. ¡Señor!

Don Diego. Quítate. No sé como no le... ¿Qué haces aquí?

Don Cárlos. Si V. se altera y...

Don Diego. ¿Qué haces aquí?

Don Cárlos. Mi desgracia me ha traido.

Don Diego. ¡Siempre dándome que sentir, siempre! Pero... (*Acercándose á don Cárlos.*) ¿Qué dices? De veras, ha ocurrido alguna desgracia? Vamos... ¿Qué te sucede?... ¿Porqué estás aquí?

Calamocha. Porque le tiene á V. ley, y le quiere bien, y...

Don Diego. A tí no te pregunto nada. ¿Porqué has venido de Zaragoza sin que yo lo sepa?... ¿Porqué te asusta el verme?... Algo has hecho: sí, alguna locura has hecho que le habrá de costar la vida á tu pobre tio.

Don Cárlos. No señor, que nunca olvidaré las máximas de honor y prudencia que V. me ha inspirado tantas veces.

Don Diego. ¿Pues á qué viniste?... ¿Es desafío? ¿Son deudas? ¿Es algun disgusto con tus gefes?... Sácame de esta inquietud, Cárlos... Hijo mio, sácame de este afan.

Calamocha. Si todo ello no es mas que...

Don Diego. Ya he dicho que calles... Ven acá. (*Asiendo de una mano á don Cárlos, se aparta con él á un estremo del teatro, y le habla en voz baja.*) Dime qué ha sido.

Don Cárlos. Una ligereza, una falta de sumision á V. Venir á Madrid sin pedirle licencia primero... Bien arrepentido estoy, considerando la pesadumbre que le he dado al verme.

Don Diego. ¿Y qué otra cosa hay?

Don Cárlos. Nada mas señor.

Don Diego. ¿Pues qué desgracia era aquella de que me hablaste?

Don Cárlos. Ninguna. La de hallarle á V. en este parage... y haberle disgustado tanto, cuando yo esperaba sorprenderle en Madrid, estar en su compañia algunas semanas, y volverme contento de haberle visto.

Don Diego. ¿No hay mas?

Don Cárlos. No señor.

Don Diego. Míralo bien.

Don Cárlos... No señor... A eso venia. No hay nada mas.

Don Diego. Pero no me digas tú á mí... Si es imposible que estas escapadas se... No señor... ¿Ni quién ha de permitir que un oficial se vaya cuando se le antoje, y abandone de ese modo sus banderas?... Pues si tales ejemplos se repitieran mucho, á

Dios disciplina militar... Vamos... Eso no puede ser.

Don Cárlos. Considere V., tio, que estamos en tiempo de paz; que en Zaragoza no es necesario un servicio tan exacto como en otras plazas, en que no se permite descanso á la guarnicion... Y en fin, puede V. creer que este viage supone la aprobacion y la licencia de mis superiores; que yo tambien miro por mi estimacion, y que cuando me he venido, estoy seguro de que no hago falta.

Don Diego. Un oficial siempre hace falta á sus soldados. El rey le tiene allí para que los instruya, los proteja y les dé ejemplos de subordinacion, de valor, de virtud...

Don Cárlos. Bien está, pero ya he dicho los motivos...

Don Diego. Todos estos motivos no valen nada... ¡Porque le dió la gana de ver al tio!... Lo que quiere su tio de V. no es verle cada ocho dias, sino saber que es hombre de juicio y que cumple con sus obligaciones. Eso es lo que quiere... Pero (*Alza la voz, y se pasea inquieto*). yo tomaré mis medidas para que estas locuras no se repitan otra vez... Lo que V. ha de hacer ahora es marcharse inmediatamente.

Don Cárlos. Señor, si...

Don Diego. No hay remedio... Y ha de ser al instante. Usted no ha de dormir aquí.

Calamocha. Es que los caballos no están ahora para correr... ni pueden moverse.

Don Diego. Pues con ellos (*á Calamocha.*) y con las maletas al meson de afuera... Usted (*A don Cárlos.*) no ha de dormir aquí... Vamos (*á Calamocha*), tú buena pieza, menéate. Abajo con todo. Pagar el gasto que se haya hecho, sacar los caballos, y marchar... Ayúdale tú... (*A Simon.*) ¿Qué dinero tienes ahí?

Simon. Tendré unas cuatro ó seis onzas.

(*Saca de un bolsillo algunas monedas, y se las da á don Diego.*)

Don Diego. Dámelas acá. Vamos, ¿qué haces?... (*A Calamocha.*) ¿No he dicho que ha de ser al instante?... Volando. Y tú (*á Simon*) ve con él, ayúdale, y no te me apartes de allí hasta que se hayan ido.

(*Los dos criados entran en el cuarto de don Cárlos.*)

ESCENA XII.

DON DIEGO, DON CARLOS.

Don Diego. Tome V. (*Le da el dinero.*) Con eso hay bastante para el camino... Vamos, que cuando yo lo dispongo así, bien sé lo que me hago... ¿No conoces que es todo por tu bien, y que ha sido un desatino el que acabas de hacer?... Y no hay que afligirse por eso, ni creas que es falta de cariño... Ya sabes lo que te he querido siempre; y en obrando tú segun corresponde, seré tu amigo como lo he sido hasta aquí.

Don Cárlos. Ya lo sé.

Don Diego. Pues bien: ahora obedece lo que te mando.

Don Cárlos. Lo haré sin falta.

Don Diego. Al meson de afuera. (*A los dos criados, que salen con los trastos del cuarto de don Cárlos, y se van por la puerta del foro.*) Allí puedes dormir, mientras los caballos comen y descansan... Y no me vuelvas aquí por ningun pretesto, ni entres en la ciudad... cuidado. Y á eso de las tres ó las cuatro marchar. Mira que he de saber á la hora que sales. ¿Lo entiendes?

Don Cárlos. Sí, señor.

Don Diego. Mira que lo has de hacer.

Don Cárlos. Sí señor, haré lo que V. manda.

Don Diego. Muy bien. A Dios... Todo te lo perdono... Vete con Dios... Y yo sabré tambien cuando llegas á Zaragoza; no te parezca que estoy ignorante de lo que hiciste la vez pasada.

Don Cárlos. ¿Pues qué hice yo?

Don Diego. Si te digo que lo sé, y que te lo perdono, ¿qué mas quieres? No es tiempo ahora de tratar de eso. Vete.

Don Cárlos. Quede V. con Dios.

(*Hace que se va, y vuelve.*)

Don Diego. ¿Sin besar la mano á su tio, eh?

Don Cárlos. No me atreví.

(*Besa la mano á don Diego y se abrazan.*)

Don Diego. Y dame un abrazo por si no nos volvemos á ver.

Don Cárlos. ¿Qué dice V.? no lo permita Dios.

Don Diego. ¿Quién sabe, hijo mio? ¿Tienes algunas deudas? ¿Te falta algo?

Don Cárlos. No señor, ahora no.

Don Diego. Mucho es, porque tú siempre tiras por largo... Como cuentas con la bolsa del tio... Pues bien, yo escribiré al señor Aznar para que te dé cien doblones de órden mia. Y mira como lo gastas... Juegas?

Don Cárlos. No señor, en mi vida.

Don Diego. Cuidado con eso... Con que, buen viage. Y no te acalores: jornadas regulares y nada mas... ¿Vas contento?

Don Cárlos. No señor. Porque V. me quiere mucho, me llena de beneficios, y yo le pago mal.

Don Diego. No se hable ya de lo pasado... A Dios.

Don Cárlos. ¿Queda V. enojado conmigo?

Don Diego. No, no por cierto... Me disgusté bastante, pero ya se acabó... No me dés que sentir. (*Poniéndole ambas manos sobre los hombros.*) Portarse como hombre de bien.

Don Cárlos. No lo dude V.

Don Diego. Como oficial de honor.

Don Cárlos. Así lo prometo.

Don Diego. A Dios, Cárlos. (*Abrazándose.*)

Don Cárlos (*aparte al irse por la puerta del foro*). ¡Y la dejo!... ¡Y la pierdo para siempre!

ESCENA XIII.

DON DIEGO.

Demasiado bien se ha compuesto... Luego lo sabrá, enhorabuena... Pero no es lo mismo escribírselo, que... Despues de hecho, no importa nada... ¡Pero siempre aquel respeto al tio!... Como una malva es.

(*Se enjuga las lágrimas, toma la luz y se va á su cuarto. El teatro queda solo y oscuro por un breve espacio.*)

ESCENA XIV.

DOÑA FRANCISCA, RITA.

(*Salen del cuarto de doña Irene. Rita sacará una luz, y la pone encima de la mesa.*)

Rita. Mucho silencio hay por aquí.

Doña Francisca. Se habrán recogido ya... Estarán rendidos.

Rita. Precisamente.

Doña Francisca. ¡Un camino tan largo!

Rita. ¡A lo que obliga el amor, señorita!

Doña Francisca. Sí, bien puedes decirlo, amor... Y yo ¿qué no hiciera por él?

Rita. Y deje V., que no ha de ser este el último milagro. Cuando lleguemos á Madrid, entonces será ella... ¡El pobre don Diego qué chasco se va á llevar! Y por otra parte, vea V. qué señor tan bueno, que cierto da lástima...

Doña Francisca. Pues en eso consiste todo. Si él fuese un hombre despreciable, ni mi madre hubiera admitido su pretension, ni yo tendria que disimular mi repugnancia... Pero ya es otro tiempo, Rita. Don Felix ha venido, y ya no temo á nadie. Estando mi fortuna en su mano, me considero la mas dichosa de las mugeres.

Rita. Ay! ahora que me acuerdo.. Pues poquito me lo encargó... Ya se ve, si con estos amores tengo yo tambien la cabeza... Voy por él.

(*Encaminándose al cuarto de doña Irene.*)

Doña Francisca. ¿A qué vas?

Rita. El tordo, que ya se me olvidaba sacarle de allí.

Doña Francisca. Sí, tráele, no empiece á cantar como anoche... Allí quedó junto á la ventana... Y ve con cuidado, no despierte mamá.

Rita. Sí, mire V. el estrépito de caballerías que anda por allá abajo... Hasta que lleguemos á nuestra calle del Lobo, número 7, cuarto segundo, no hay que pensar en dormir... Y ese maldito porton que rechina, que...

Doña Francisca. Te puedes llevar la luz.

Rita. No es menester, que ya sé donde está.

(*Vase al cuarto de doña Irene.*)

ESCENA XV.

SIMON, DOÑA FRANCISCA.

(*Sale Simon por la puerta del foro.*)

Doña Francisca. Yo pensé que estaban Vds. acostados.

Simon. El amo ya habrá hecho esa diligencia, pero yo todavía no sé en dónde he de tender el rancho... Y buen sueño que tengo.

Doña Francisca. ¿Qué gente nueva ha llegado ahora?

Simon. Nadie. Son unos que estaban ahí, y se han ido.

Doña Francisca. ¿Los arrieros?

Simon. No señora. Un oficial y un criado suyo, que parece que se van á Zaragoza.

Doña Francisca. ¿Quiénes dice V. que son?

Simon. Un teniente coronel y su asistente.

Doña Francisca. ¿Y estaban aquí?

Simon. Sí señora, ahí en ese cuarto.

Doña Franciosca. No los he visto.

Simon. Parece que llegaron esta tarde y... A la cuenta habrán despachado ya la comision que traian... Con que se han ido... Buenas noches, señorita.

(*Vase al cuarto de don Diego.*)

ESCENA XVI.

RITA, DOÑA FRANCISCA.

Doña Francisca. ¡Dios mio de mi alma! ¿Qué es esto?... No puedo sostenerme... Desdichada!

(*Siéntase en una silla inmediata á la mesa.*)

Rita. Señorita, yo vengo muerta.

(*Saca la jaula del tordo y la deja encima de la mesa: abre la puerta del cuarto de don Cárlos y vuelve.*)

Doña Francisca. ¡Ay que es cierto!... ¿Tú lo sabes tambien?

Rita. Deje V., que todavía no creo lo que he visto... Aquí no hay nadie... ni maletas, ni ropa, ni... Pero ¿cómo podia engañarme? Si yo misma los he visto salir.

Dona Francisca. ¿Y eran ellos?

Rita. Sí señora. Los dos.

Doña Francisca. Pero ¿se han ido fuera de la ciudad?

Rita. Si no los he perdido de vista hasta que salieron por Puerta de Mártires... Como está un paso de aquí.

Doña Francisca. ¿Y es ese el camino de Aragon?

Rita. Ese es.

Doña Francisca. Indigno!... ¡Hombre indigno!

Rita. Señorita!

Doña Francisca. ¿En qué te ha ofendido esta infeliz?

Rita. Yo estoy temblando toda... pero... Si es incomprensible.... Si no alcanzo á discurrir qué motivos ha podido haber para esta novedad.

Doña Francisca. ¿Pues no le quise mas que á mi vida?... ¿No me ha visto loca de amor?

Rita. No sé qué decir al considerar una accion tan infame.

Doña Francisca. ¿Qué has de decir? Que no me ha querido nunca ni es hombre de bien... ¿Y vino para esto? ¡Para engañarme, para abandonarme así!

(*Levántase, y Rita la sostiene.*)

Rita. Pensar que su venida fué con otro designio, no me parece natural... Zelos... ¿Porqué ha de tener zelos?... Y aun eso mismo debiera enamorarle mas... Él no es cobarde, y no hay que decir que habrá tenido miedo de su competidor.

Doña Francisca. Te cansas en vano. Di que es un pérfido, di que es un monstruo de crueldad, y todo lo has dicho.

Rita. Vamos de aquí, que puede venir alguien y...

Doña Francisca. Sí, vámonos... Vamos á llorar... ¡Y en qué situacion me deja!... Pero ¿ves qué malvado?

Rita. Sí señora, ya lo conozco.

Doña Francisca. ¡Qué bien supo fingir!... ¿Y con quién? Conmigo... ¿Pues yo merecí ser engañada tan alevosamente?... ¿Mereció mi cariño este galardon?... ¡Dios de mi vida! ¿Cuál es mi delito, cuál es?

(*Rita coge la luz, y se van entrambas al cuarto de doña Francisca.*)

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

(*Teatro oscuro. Sobre la mesa habrá un candelero con vela apagada, y la jaula del tordo. Simon duerme tendido en el banco. Sale don Diego de su cuarto acabándose de poner la bata.*)

DON DIEGO, SIMON.

Don Diego. Aquí, á lo menos, ya que no duerma no me derretiré... Vaya, si alcoba como ella no se... ¡Cómo ronca este!.. Guardémosle el sueño hasta que venga el dia, que ya poco puede tardar... (*Simon despierta, y al oir á don Diego se incor-*

pora y se levanta.) ¿Qué es eso! Mira no te caigas, hombre.

Simon. ¿Que estaba V. ahí, señor?

Don Diego. Sí, aquí me he salido, porque allí no puedo parar.

Simon. Pues yo, á Dios gracias, aunque la cama es algo dura, he dormido como un emperador.

Don Diego. Mala comparacion. Dí que has dormido como un pobre hombre, que no tiene ni dinero, ni ambicion, ni pesadumbres, ni remordimientos.

Simon. En efecto, dice V. bien... ¿Y qué hora será ya?

Don Diego. Poco ha que sonó el reloj de San Justo, y si no conté mal, dió las tres.

Simon. Oh! pues ya nuestros caballeros irán por ese camino adelante echando chispas.

Don Diego. Sí, ya es regular que hayan salido... Me lo prometió, y espero que lo hará.

Simon. ¡Pero si V. viera qué apesadumbrado le dejé! qué triste!

Don Diego. Ha sido preciso.

Simon. Ya lo conozco.

Don Diego. ¿No ves qué venida tan intempestiva?

Simon. Es verdad... Sin permiso de V., sin avisarle, sin haber un motivo urgente... Vamos, hizo muy mal... Bien que por otra parte él tiene prendas suficientes para que se le perdone esta ligereza... Digo... Me parece que el castigo no pasará adelante, eh?

Don Diego. ¡No, qué! No señor. Una cosa es que le haya hecho volver... Ya ves en que circunstancias nos cogia... Te aseguro que cuando se fué me quedó un ansia en el corazon. (*Suenan á lo lejos tres palmadas; y poco despues se oye que puntean un instrumento.*) ¿Qué ha sonado?

Simon. No sé... Gente que pasa por la calle. Serán labradores.

Don Diego. Calla.

Simon. Vaya, música tenemos, segun parece.

Don Diego. Sí, como lo hagan bien.

Simon. ¿Y quién será el amante infeliz que se viene á puntear á estas horas en ese callejon tan puerco?... Apostaré que son amores con la moza de la posada, que parece un mico.

Don Diego. Puede ser.

Simon. Ya empiezan, oigamos... (*Tocan una sonata desde adentro*). Pues dígole á V. que toca muy lindamente el pícaro del barberillo.

Don Diego. No, no hay barbero que sepa hacer eso, por muy bien que afeite.

Simon. ¿Quiere V. que nos asomemos un poco, á ver...

Don Diego. No, dejarlos... ¡Pobre gente! ¡Quién sabe la importancia que darán ellos á la tal música!... No gusto yo de incomodar á nadie.

(*Sale de su cuarto doña Francisca, y Rita con ella. Las dos se encaminan á la ventana. Don Diego y Simon se retiran á un lado y observan*).

Simon. ¡Señor!... ¡Eh! Presto, aquí á un ladito.

Don Diego. ¿Qué quieres?

Simon. Que han abierto la puerta de esa alcoba, y huele á faldas que trasciende.

Don Diego. ¿Sí?... Retirémonos.

ESCENA II.

DOÑA FRANCISCA, RITA, DON DIEGO, SIMON.

Rita. Con tiento, señorita.

Doña Francisca. ¿Siguiendo la pared no voy bien?

(*Vuelven á probar el instrumento*).

Rita. Sí señora... Pero vuelven á tocar... Silencio.

Doña Francisca. No te muevas... Deja... Sepamos primero si es él.

Rita. ¿Pues no ha de ser?... La seña no puede mentir.

Doña Francisca. Calla... (*Repiten desde adentro la sonata anterior*). Sí, él es... ¡Dios mio!... (*Acércase Rita á la ventana, abre la vidriera y da tres palmadas. Cesa la música*). Ve, responde... Albricias, corazon. Él es.

Simon. ¿Ha oido V.?

Don Diego. Sí.

Simon. ¿Qué querrá decir esto?

Don Diego. Calla.

(*Doña Francisca se asoma á la ventana. Rita se queda detras de ella. Los puntos suspensivos indican las interrupciones mas ó menos largas que deben hacerse*).

Doña Francisca. Yo soy. Y ¿qué habia de pensar viendo lo que V. acaba de hacer?... ¿Qué fuga es esta?... Rita, (*Apar-*

tándose de la ventana, y vuelve despues.) amiga, por Dios, ten cuidado, y si oyeres algun rumor, al instante avísame... ¿Para siempre? ¡Triste de mí!... Bien está, tírela V... Pero yo no acabo de entender... ¡Ay, don Felix! nunca le he visto á V. tan tímido... (*Tiran desde adentro una carta que cae por la ventana al teatro. Doña Francisca hace ademan de buscarla, y no hallándola vuelve á asomarse*). No, no la he cogido, pero aquí está sin duda... ¿Y no he de saber yo hasta que llegue el dia los motivos que tiene V. para dejarme muriendo?... Sí, yo quiero saberlo de su boca de V. Su Paquita de V. se lo manda... Y ¿cómo le parece á V. que estará el mio?... No me cabe en el pecho... Diga V.

(*Simon se adelanta un poco, tropieza en la jaula y la deja caer.*)

Rita. Señorita, vamos de aquí... Presto, que hay gente.

Doña Francisca. ¡Infeliz de mí!... Guíame.

Rita. Vamos... (*Al retirarse tropieza Rita con Simon. Las dos se van apresuradamente al cuarto de doña Francisca*). Ay!

Doña Francisca. ¡Muerta voy!

ESCENA III.

DON DIEGO, SIMON.

Don Diego. ¿Qué grito fué ese?

Simon. Una de las fantasmas, que al retirarse tropezó conmigo.

Don Diego. Acércate á esa ventana, y mira si hallas en el suelo un papel... ¡Buenos estamos!

Simon. No encuentro nada, señor.

(*Tentando por el suelo cerca de la ventana.*)

Don Diego. Búscale bien, que por ahí ha de estar.

Simon. ¿Le tiraron desde la calle?

Don Diego. Sí... ¿Qué amante es este?... ¡Y diez y seis años, y criada en un convento! Acabó ya toda mi ilusion.

Simon. Aquí está.

(*Halla la carta y se la da á don Diego*).

Don Diego. Vete abajo y enciende una luz... En la caballeriza, ó en la cocina... Por ahí habrá algun farol... Y vuelve con ella al instante.

(*Vase Simon por la puerta del foro.*)

ESCENA IV.

DON DIEGO.

¿Y á quién debo culpar? (*Apoyándose en el respaldo de una silla*). ¿Es ella la delincuente, ó su madre, ó sus tias, ó yo?... ¿Sobre quién, sobre quién ha de caer esta cólera, que por mas que lo procuro, no la sé reprimir?... ¡La naturaleza la hizo tan amable á mis ojos!... ¡Qué esperanzas tan halagüeñas concebí! ¡Qué felicidades me prometia!... Zelos!... Yo?... ¡En qué edad tengo zelos!... Vergüenza es... Pero esta inquietud que yo siento, esta indignacion, estos deseos de venganza ¿de qué provienen? ¿Cómo he de llamarlos? Otra vez parece que... (*Advirtiendo que suena ruido en la puerta del cuarto de doña Francisca, se retira á un estremo del teatro*). Sí.

ESCENA V.

RITA, DON DIEGO, SIMON.

Rita. Ya se han ido... (*Rita observa, escucha, asómase despues á la ventana, y busca la carta por el suelo*). ¡Válgame Dios!.. El papel estará muy bien escrito, pero el señor don Felix es un grandísimo picaron... ¡Pobrecita de mi alma!... Se muere sin remedio... Nada, ni perros parecen por la calle... ¡Ojalá no los hubiéramos conocido!... ¿Y este maldito papel?... Pues buena la hiciéramos si no pareciese... ¿Qué dirá?... Mentiras, mentiras, y todo mentira.

Simon. Ya tenemos luz...

(*Sale con luz. Rita se sorprende.*)

Rita. ¡Perdida soy!

Don Diego (*acercándose*). ¡Rita! ¿Pues tú aquí?

Rita. Sí señor, porque...

Don Diego. ¿Qué buscas á estas horas?

Rita. Buscaba... Yo le diré á V... Porque oimos un ruido tan grande.

Simon. ¿Sí, eh?

Rita. Cierto... Un ruido y... Y mire V. (*Alza la jaula que está en el suelo.*) era la jaula del tordo... Pues la jaula era, no tiene duda... ¡Válgate Dios ¿Si se habrá muerto? No, vivo está, vaya... Algun gato habrá sido. Preciso.

Simon. Si, algun gato.

Rita. ¡Pobre animal! Y qué asustadillo se conoce que está todavía.

Simon. Y con mucha razon... ¿No te parece, si le hubiera pillado el gato...

Rita. Se le hubiera comido.

(*Cuelga la jaula de un clavo que habrá en la pared.*)

Simon. Y sin pebre... Ni plumas hubiera dejado.

Don Diego. Tráeme esa luz.

Rita. ¡Ah! Deje V., encenderémos esta (*Enciende la vela que está sobre la mesa.*), que ya lo que no se ha dormido....

Don Diego. ¿Y doña Paquita duerme?

Rita. Sí señor.

Simon. Pues mucho es que con el ruido del tordo...

Don Diego. Vamos.

(*Don Diego se entra en su cuarto. Simon va con él llevándose una de las luces.*)

ESCENA VI.

DOÑA FRANCISCA, RITA.

Doña Francisca. ¿Ha parecido el papel?

Rita. No señora.

Doña Francisca. ¿Y estaban aquí los dos cuando tú saliste?

Rita. Yo no lo sé. Lo cierto es que el criado sacó una luz, y me hallé de repente, como por máquina, entre él y su amo, sin poder escapar, ni saber qué disculpa darles.

(*Rita coge la luz y vuelve á buscar la carta cerca de la ventana.*)

Doña Francisca. Ellos eran sin duda... Aquí estarian cuando yo hablé desde la ventana... ¿Y ese papel?

Rita. Yo no lo encuentro, señorita.

Doña Francisca. Le tendrán ellos, no te canses... Si es lo único que faltaba á mi desdicha... No le busques. Ellos le tienen.

Rita. A lo menos por aquí...

Doña Francisca. ¡Yo estoy loca! (*Siéntase.*)

Rita. Sin haberse esplicado este hombre, ni decir siquiera...

Doña Francisca. Cuando iba á hacerlo, me avisaste y fué preciso retirarnos... Pero ¿sabes tú con qué temor me habló, qué agitacion mostraba? Me dijo que en aquella carta veria yo los motivos justos que le precisaban á volverse; que la habia escrito para dejársela á persona fiel que la pusiera en mis manos, suponiendo que el verme seria imposible. Todo engaños, Rita, de un hombre aleve que prometió lo que no pensaba cumplir... Vino, halló un competidor, y diria: pues yo ¿para qué he de molestar á nadie, ni hacerme ahora defensor de una muger?.. ¡Hay tantas mugeres!.. Cásenla... Yo nada pierdo... Primero es mi tranquilidad que la vida de esa infeliz... ¡Dios mio, perdon!.. ¡Perdon de haberle querido tanto!

Rita. ¡Ay señorita! (*Mirando hácia el cuarto de don Diego.*) que parece que salen ya.

Doña Francisca. No importa, déjame.

Rita. Pero si don Diego la ve á V. de esa manera...

Doña Francisa. Si todo se ha perdido ya, ¿qué puedo temer?.. ¿Y piensas tú que tengo alientos para levantarme?.. Que vengan, nada importa.

ESCENA VII.

DON DIEGO, SIMON, DOÑA FRANCISCA, RITA.

Simon. Voy enterado, no es menester mas.

Don Diego. Mira, y haz que ensillen inmediatamente al moro, mientras tú vas allá. Si han salido, vuelves, montas á caballo, y en una buena carrera que dés, los alcanzas... ¿Las dos aquí, eh?.. Con que vete, no se pierda tiempo.

(*Despues de hablar los dos, inmediatos á la puerta del cuarto de don Diego, se va Simon por la del foro.*)

Simon. Voy allá.

Don Diego. Mucho se madruga, doña Paquita.

Doña Francisca. Sí señor.

Don Diego. ¿Ha llamado ya doña Irene?

Doña Francisca. No señor... Mejor es que vayas allá, por si ha despertado y se quiere vestir.

(*Rita se va al cuarto de doña Irene.*)

ESCENA VIII.

DON DIEGO, DOÑA FRANCISCA.

Don Diego. ¿Usted no habrá dormido bien esta noche?

Doña Francisca. No señor. ¿Y V.?

Don Diego. Tampoco.

Doña Francisca. Ha hecho demasiado calor.

Don Diego. ¿Está V. desazonada?

Doña Francisca. Alguna cosa.

Don Diego. ¿Qué siente V.?

(*Siéntase junto á doña Francisca.*)

Doña Francisca. No es nada,.. Así un poco de... Nada... no tengo nada.

Don Diego. Algo será; porque la veo á V. muy abatida, llorosa, inquieta... ¿Qué tiene V., Paquita? ¿No sabe V. que la quiero tanto?

Doña Francisca. Sí señor.

Don Diego. Pues ¿porqué no hace V. mas confianza de mí? ¿Piensa V. que no tendré yo mucho gusto en hallar ocasiones de complacerla?

Doña Francisca. Ya lo sé.

Don Diego. ¿Pues cómo, sabiendo que tiene V. un amigo, no desahoga con él su corazon?

Doña Francisca. Porque eso mismo me obliga á callar.

Don Diego. Eso quiere decir que tal vez yo soy la causa de su pesadumbre de V.

Doña Francisca. No señor, V. en nada me ha ofendido... No es de V. de quien yo me debo quejar.

Don Diego. ¿Pues de quién, hija mia?.. Venga V. acá... (*Acércase mas.*) Hablemos siquiera una vez sin rodeos ni disimulacion... Dígame V., ¿no es cierto que V. mira con algo de repugnancia este casamiento que se la propone? ¿Cuánto va que si la dejasen á V. entera libertad para la eleccion, no se casaria conmigo?

Doña Francisca. Ni con otro.

Don Diego. ¿Será posible que V. no conozca otro mas amable que yo; que la quiera bien, y que la corresponda como V. merece?

Doña Francisca. No señor, no señor.

Don Diego. Mírelo V. bien.

Doña Francisca. ¿No le digo á V. que no?

Don Diego. ¿Y he de creer, por dicha, que conserve V. tal inclinacion al retiro en que se ha criado, que prefiera la austeridad del convento á una vida mas...

Doña Francisca. Tampoco, no señor... Nunca he pensado así.

Don Diego. No tengo empeño de saber mas... Pero de todo lo que acabo de oir, resulta una gravísima contradiccion. V. no se halla inclinada al estado religioso, segun parece. V. me asegura que no tiene queja ninguna de mí, que está persuadida de lo mucho que la estimo, que no piensa casarse con otro, ni debo recelar que nadie me dispute su mano... Pues ¿qué llanto es ese? ¿De dónde nace esa tristeza profunda, que en tan poco tiempo ha alterado su semblante de V. en términos que apenas le reconozco? ¿Son estas las señales de quererme esclusivamente á mí, de casarse gustosa conmigo dentro de pocos dias? ¿Se anuncian así la alegría y el amor?

(*Vase iluminando lentamente el teatro, suponiéndose que viene la luz del dia.*)

Doña Francisca. Y ¿qué motivos le he dado á V. para tales desconfianzas?

Don Diego. ¿Pues qué? Si yo presciendo de estas consideraciones, si apresuro las diligencias de nuestra union, si su madre de V. sigue aprobándola, y llega el caso de...

Doña Francisca. Haré lo que mi madre me manda, y me casaré con V.

Don Diego. ¿Y despues, Paquita?

Doña Francisca. Despues... y mientras me dure la vida seré muger de bien.

Don Diego. Eso no lo puedo yo dudar... Pero si V. me considera como el que ha de ser hasta la muerte su compañero y su amigo, dígame V., estos títulos ¿no me dan algun derecho para merecer de V. mayor confianza? ¿No he de lograr que V. me diga la causa de su dolor? Y no para satisfacer una impertinente curiosidad, sino para emplearme todo en su consuelo, en mejorar su suerte, en hacerla dichosa, si mi conato y mis diligencias pudiesen tanto.

Doña Francisca. ¡Dichas para mí!.. Ya se acabaron.

Don Diego. ¿Porqué?

Doña Francisca. Nunca diré porqué.

Don Diego. ¡Pero qué obstinado, qué imprudente silencio!.. cuando V. misma debe presumir que no estoy ignorante de lo que hay.

Doña Francisca. Si V. lo ignora, señor don Diego, por Dios no finja que lo sabe; y si en efecto lo sabe V., no me lo pregunte.

Don Diego. Bien está. Una vez que no hay nada que decir, que esa aficcion y esas lágrimas son voluntarias, hoy llegarémos á Madrid, y dentro de ocho dias será V. mi muger.

Doña Francisca. Y daré gusto á mi madre.

Don Diego. Y vivirá V. infeliz.

Doña Francisca. Ya lo sé.

Don Diego. Ve aquí los frutos de la educacion. Esto es lo que se llama criar bien á una niña; enseñarla á que desmienta y oculte las pasiones mas inocentes con una pérfida disimulacion. Las juzgan honestas luego que las ven instruidas en el arte de callar y mentir. Se obstinan en que el temperamento, la edad ni el genio no han de tener influencia alguna en sus inclinaciones, ó en que su voluntad ha de torcerse al capricho de quien las gobierna. Todo se las permite, menos la sinceridad. Con tal que no digan lo que sienten, con tal que finjan aborrecer lo que mas desean, con tal que se presten á pronunciar, cuando se lo manden, un sí perjuro, sacrílego, orígen de tantos escándalos, ya están bien criadas; y se llama escelente educacion la que inspira en ellas el temor, la astucia y el silencio de un esclavo.

Doña Francisca. Es verdad... Todo eso es cierto... Eso exigen de nosotras, eso aprendemos en la escuela que se nos da... Pero el motivo de mi afliccion es mucho mas grande.

Don Diego. Sea cual fuere, hija mia, es menester que V. se anime... Si la ve á V. su madre de esa manera, ¿que ha de decir?.. Mire V. que ya parece que se ha levantado.

Doña Francisca. ¡Dios mio!

Don Diego. Sí, Paquita: conviene mucho que V. vuelva un poco sobre sí... No abandonarse tanto... Confianza en Dios... Vamos, que no siempre nuestras desgracias son tan grandes como la imaginacion las pinta... ¡Mire V. qué desórden este! qué agitacion! qué lágrimas! Vaya, ¿me da V. palabra de presentarse así... con cierta serenidad y... eh?

Doña Francisca. Y V., señor... Bien sabe V. el genio de mi madre. Si V. no me defiende, ¿á quién he de volver los ojos? ¿Quién tendrá compasion de esta desdichada?

Don Diego. Su buen amigo de V... Yo... ¿Cómo es posible que yo la abandonase, criatura, en la situacion dolorosa en que la veo?

(*Asiéndola de las manos.*)

Doña Francisca. ¿De veras?

Don Diego. Mal conoce V. mi corazon.

Doña Francisca. Bien le conozco.

(*Quiere arrodillarse; don Diego se lo estorba, y ambos se levantan.*)

Don Diego. ¿Qué hace V., niña?

Doña Francisca. Yo no sé... ¡Qué poco merece toda esa bondad una muger tan ingrata para con V.!... No, ingrata no, infeliz... ¡Ay, qué infeliz soy, señor don Diego!

Don Diego. Yo bien sé que V. agradece como puede el amor que la tengo... Lo demas todo ha sido... ¿qué sé yo? una equivocacion mia, y no otra cosa... Pero V., inocente, V. no ha tenido la culpa.

Doña Francisca. Vamos... ¿No viene usted?

Don Diego. Ahora no, Paquita. Dentro de un rato iré por allá.

Doña Francisca. Vaya V. presto.

(*Encaminándose al cuarto de doña Irene, vuelve y se despide de don Diego besándole las manos.*)

Don Diego. Sí, presto iré.

ESCENA IX.

SIMON, DON DIEGO.

Simon. Ahí están, señor.

Don Diego. ¿Qué dices?

Simon. Cuando yo salia de la puerta, los ví á lo lejos que iban ya de camino. Empecé á dar voces y hacer señas con el pañuelo: se detuvieron, y apenas llegué y le dije al señorito lo que V. mandaba, volvió las riendas, y está abajo. Le encargué que no subiera hasta que le avisára yo, por si acaso habia gente aquí, y V. no queria que le viesen.

Don Diego. ¿Y qué dijo cuando le diste el recado?

Simon. Ni una sola palabra... Muerto viene... Ya digo, ni una sola palabra... A mí me ha dado compasion el verle así, tan...

Don Diego. No me empieces ya á interceder por él.

Simon. ¿Yo, señor?

Don Diego. Sí, que no te entiendo yo... Compasion!... Es un pícaro.

Simon. Como yo no sé lo que ha hecho.

Don Diego. Es un bribon, que me ha de quitar la vida... Ya te he dicho que no quiero intercesores.

Simon. Bien está, señor.

(*Vase por la puerta del foro. Don Diego*

se sienta, manifestando inquietud y enojo.)

Don Diego. Dile que suba.

ESCENA X.

DON CARLOS, DON DIEGO.

Don Diego. Venga V. acá, señorito, venga V... ¿En dónde has estado desde que no nos vemos?

Don Cárlos. En el meson de afuera.

Don Diego. ¿Y no has salido de allí en toda la noche, eh?

Don Cárlos. Sí señor, entré en la ciudad y...

Don Diego. ¿A qué?... Siéntese V.

Don Cárlos. Tenia precision de hablar con un sugeto...

(*Siéntase.*)

Don Diego. ¡Precision!

Don Cárlos. Sí señor... Le debo muchas atenciones, y no era posible volverme á Zaragoza sin estar primero con él.

Don Diego. Ya. En habiendo tantas obligaciones de por medio... Pero venirle á ver á las tres de la mañana, me parece mucho desacuerdo... ¿Porqué no le escribiste un papel?... Mira, aquí he de tener... Con este papel que le hubieras enviado en mejor ocasion, no habia necesidad de hacerle trasnochar, ni molestar á nadie.

(*Dándole el papel que tiraron á la ventana. Don Cárlos, luego que le reconoce, se le vuelve y se levanta en ademan de irse.*)

Don Cárlos. Pues si todo lo sabe V., ¿para qué me llama? ¿Porqué no me permite seguir mi camino, y se evitaria una contestacion, de la cual ni V. ni yo quedarémos contentos?

Don Diego. Quiere saber su tio de V. lo que hay en esto, y quiere que V. se lo diga.

Don Cárlos. ¿Para qué saber mas?

Don Diego. Porque yo lo quiero y lo mando. Oiga!

Don Cárlos. Bien está.

Don Diego. Siéntate ahí... (*Siéntase don Cárlos.*) ¿En dónde has conocido á esta niña?... ¿Qué amor es este? ¿Qué circunstancias han ocurrido?... ¿Qué obligaciones hay entre los dos? ¿Dónde, cuándo la viste?

Don Cárlos. Volviéndome á Zaragoza el año pasado, llegué á Guadalajara sin ánimo de detenerme; pero el intendente, en cuya casa de campo nos apeamos, se empeñó en que habia de quedarme allí todo aquel dia, por ser cumpleaños de su parienta, prometiéndome que al siguiente me dejaria proseguir mi viaje. Entre las gentes convidadas hallé á doña Paquita, á quien la señora habia sacado aquel dia del convento para que se esparciese un poco... Yo no sé qué ví en ella, que escitó en mí una inquietud, un deseo constante, irresistible de mirarla, de oirla, de hallarme á su lado, de hablar con ella, de hacerme agradable á sus ojos. El intendente dijo entre otras cosas... burlándose... que yo era muy enamorado, y le ocurrió fingir que me llamaba don Felix de Toledo. Yo sostuve esta ficcion, porque desde luego concebí la idea de permanecer algun tiempo en aquella ciudad, evitando que llegase á noticia de V... Observé que doña Paquita me trató con un agrado particular, y cuando por la noche nos separamos, yo quedé lleno de vanidad y de esperanzas, viéndome preferido á todos los concurrentes de aquel dia, que fueron muchos. En fin... Pero no quisiera ofender á V. refiriéndole...

Don Diego. Prosigue.

Don Cárlos. Supe que era hija de una señora de Madrid, viuda y pobre, pero de gente muy honrada... Fué necesario fiar de mi amigo los proyectos de amor que me obligaban á quedarme en su compañía; y él, sin aplaudirlos ni desaprobarlos, halló disculpas las mas ingeniosas para que ninguno de su familia estrañára mi detencion. Como su casa de campo está inmediata á la ciudad, fácilmente iba y venia de noche... Logré que doña Paquita leyese algunas cartas mias; y con las pocas respuestas que de ella tuve, acabé de precipitarme en una pasion que mientras viva me hará infeliz.

Don Diego. Vaya... Vamos, sigue adelante.

Don Cárlos. Mi asistente (que, como V. sabe, es hombre de travesura, y conoce el mundo) con mil artificios que á cada paso le ocurrian, facilitó los muchos estorbos que al principio hallábamos... La seña era dar tres palmadas, á las cuales respondian con otras tres desde una ventanilla que daba al corral de las monjas. Hablábamos todas las noches, muy á deshora, con el recato y las precauciones que ya se dejan entender... Siempre fui para

ella don Felix de Toledo, oficial de un regimiento, estimado de mis gefes, y hombre de honor. Nunca la dije mas, ni la hablé de mis parientes ni de mis esperanzas, ni la dí á entender que casándose conmigo podria aspirar á mejor fortuna; porque ni me convenia nombrarle á V., ni quise esponerla á que las miras de interes, y no el amor, la inclinasen á favorecerme. De cada vez la hallé mas fina, mas hermosa, mas digna de ser adorada... Cerca de tres meses me detuve allí; pero al fin, era necesario separarnos, y una noche funesta me despedí, la dejé rendida á un desmayo mortal, y me fuí ciego de amor á donde mi obligacion me llamaba... Sus cartas consolaron por algun tiempo mi ausencia triste, y en una que recibí pocos dias ha, me dijo como su madre trataba de casarla, que primero perderia la vida que dar su mano á otro que á mí: me acordaba mis juramentos, me exhortaba á cumplirlos... Monté á caballo, corrí precipitado el camino, llegué á Guadalajara; no la encontré, vine aquí... Lo demas bien lo sabe V., no hay para que decírselo.

Don Diego. ¿Y qué proyectos eran los tuyos en esta venida?

Don Cárlos. Consolarla, jurarla de nuevo un eterno amor, pasar á Madrid, verle á V., echarme á sus piés, referirle todo lo ocurrido, y pedirle, no riquezas, ni herencias, ni protecciones, ni... eso no... Solo su consentimiento y su bendicion para verificar un enlace tan suspirado, en que ella y yo fundábamos toda nuestra felicidad.

Don Diego. Pues ya ves, Cárlos, que es tiempo de pensar muy de otra manera.

Don Cárlos. Sí señor.

Don Diego. Si tú la quieres, yo la quiero tambien. Su madre y toda su familia aplauden este casamiento. Ella... y sean las que fueren las promesas que á tí te hizo... ella misma, no ha media hora, me ha dicho que está pronta á obedecer á su madre y darme la mano así que...

Don Cárlos. Pero no el corazon.

(*Levántase.*)

Don Diego. ¿Qué dices?

Don Cárlos. No, eso no... Seria ofenderla... V. celebrará sus bodas cuando guste: ella se portará siempre como conviene á su honestidad y á su virtud; pero yo he sido el primero, el único objeto de su cariño, lo soy, y lo seré... V. se llamará su marido, pero si alguna ó muchas veces la sorprende, y ve sus ojos hermosos inundados en lágrimas, por mí las vierte... No la pregunte V. jamas el motivo de sus melancolías... Yo, yo seré la causa... Los suspiros, que en vano procurará reprimir, serán finezas dirigidas á un amigo ausente.

Don Diego. ¿Qué temeridad es esta?

(*Se levanta con mucho enojo, encaminándose hácia don Cárlos, el cual se va retirando.*)

Don Cárlos. Ya se lo dije á V... Era imposible que yo hablase una palabra sin ofrenderle... Pero acabemos esta odiosa conversacion... Viva V. feliz y no me aborrezca, que yo en nada le he querido disgustar... La prueba mayor que yo puedo darle de mi obediencia y mi respeto, es la de salir de aquí inmediatamente... Pero no se me niegue á lo menos el consuelo de saber que V. me perdona.

Don Diego. ¿Con que en efecto te vas?

Don Cárlos. Al instante, señor... Y esta ausencia será bien larga.

Don Diego. ¿Porqué?

Don Cárlos. Porque no me conviene verla en mi vida... Si las voces que corren de una próxima guerra se llegáran á verificar... entonces...

Don Diego. ¿Qué quieres decir?

(*Asiendo de un brazo á don Cárlos, le hace venir mas adelante.*)

Don Cárlos. Nada... Que apetezco la guerra, porque soy soldado.

Don Diego. ¡Cárlos!... ¡Qué horror!... ¿Y tienes corazon para decírmelo?

Don Cárlos. Alguien viene... (*Mirando con inquietud hácia el cuarto de doña Irene, se desprende de don Diego, y hace ademan de irse por la puerta del foro. Don Diego va detras de él y quiere impedírselo.*) Tal vez será ella... Quede V. con Dios.

Don Diego. ¿A dónde vas?... No señor, no has de irte.

Don Cárlos. Es preciso... Yo no he de verla.., Una sola mirada nuestra pudiera causarle á V. inquietudes crueles.

Don Diego. Ya he dicho que no ha de ser... Entra en ese cuarto.

Don Cárlos. Pero si...

Don Diego. Haz lo que te mando.

(*Éntrase don Cárlos en el cuarto de don Diego.*)

ESCENA XI.

DOÑA IRENE, DON DIEGO.

Doña Irene. Con que, señor don Diego, ¿es ya la de vámonos... Buenos dias... (*Apaga la luz que está sobre la mesa.*) ¿Reza V.?

Don Diego (*paseándose con inquietud*). Sí, para rezar estoy ahora.

Doña Irene. Si V. quiere, ya pueden ir disponiendo el chocolate, y que avisen al mayoral para que enganchen luego que... Pero ¿qué tiene V., señor?... ¿Hay alguna novedad?

Don Diego. Sí, no deja de haber novedades.

Doña Irene. Pues qué... Dígalo V. por Dios... ¡Vaya, vaya!... No sabe V. lo asustada que estoy... Cualquiera cosa, así, repentina, me remueve toda y me... Desde el último mal parto que tuve quedé tan sumamente delicada de los nervios... Y ya ya para diez y nueve años, si no son veinte; pero desde entonces, ya digo, cualquiera friolera me trastorna... Ni los baños, ni caldos de culebra, ni la conserva de tamarindos, nada me ha servido, de manera que...

Don Diego. Vamos, ahora no hablemos de malos partos ni de conservas... Hay otra cosa mas importante de que tratar... ¿Qué hacen esas muchachas?

Doña Irene. Están recogiendo la ropa y haciendo el cofre, para que todo esté á la vela, y no haya detencion.

Don Diego. Muy bien. Siéntese V... Y no hay que asustarse ni alborotarse (*Siéntanse los dos.*) por nada de lo que yo diga: y cuenta, no nos abandone el juicio cuando mas le necesitamos... Su hija de V. está enamorada...

Doña Irene. ¿Pues no lo he dicho ya mil veces? Sí señor, que lo está, y bastaba que yo lo dijese para que...

Don Diego. ¡Este vicio maldito de interrumpir á cada paso! Dejeme V. hablar.

Doña Irene. Bien, vamos, hable V.

Don Diego. Está enamorada; pero no está enamorada de mí.

Doña Irene. ¿Qué dice V.?

Don Diego. Lo que V. oye.

Doña Irene. Pero ¿quién le ha contado á V. esos disparates?

Don Diego. Nadie. Yo lo sé, yo lo he visto, nadie me lo ha contado, y cuando se lo digo á V., bien seguro estoy de que es verdad... Vaya, ¿qué llanto es ese?

Doña Irene (*llorando*). ¡Pobre de mí!

Don Diego. ¿A qué viene eso?

Doña Irene. ¡Porque me ven sola y sin medios, y porque soy una pobre viuda, parece que todos me desprecian y se conjuran contra mí!

Don Diego. Señora doña Irene...

Doña Irene. Al cabo de mis años y de mis achaques, verme tratada de esta manera, como un estropajo, como una puerca cenicienta, vamos al decir... ¿Quién lo creyera de V.?... ¡Válgame Dios!... ¡Si vivieran mis tres difuntos!... Con el último difunto que me viviera, que tenia un genio como una serpiente...

Don Diego. Mire V., señora, que se me acaba ya la paciencia.

Doña Irene. Que lo mismo era replicarle que se ponia hecho una furia del infierno; y un dia del Córpus, yo no sé por qué friolera, hartó de mojicones á un comisario ordenador, y si no hubiera sido por los que se pusieron de por medio, le estrella contra un poste en los portales de Santa Cruz.

Don Diego. Pero ¿es posible que no ha de atender V. á lo que voy á decirla?

Doña Irene. ¡Ay! no señor, que bien lo sé, que no tengo pelo de tonta, no señor... V. ya no quiere á la niña, y busca pretestos para zafarse de la obligacion en que está... ¡Hija de mi alma y de mi corazon!

Don Diego. Señora doña Irene, hágame V. el gusto de oirme, de no replicarme, de no decir despropósitos; y luego que V. sepa lo que hay, llore, y gima, y grite, y diga cuanto quiera... Pero entre tanto no me apure V. el sufrimiento, por amor de Dios.

Doña Irene. Diga V. lo que le dé la gana.

Don Diego. Que no volvamos otra vez á llorar y á...

Doña Irene. No señor, ya no lloro.

(*Enjugándose las lágrimas con un pañuelo.*)

Don Diego. Pues hace ya cosa de un año, poco mas ó menos, que doña Paquita tiene otro amante. Se han hablado muchas veces, se han escrito, se han prometido amor, fidelidad, constancia... Y por último, existe en ambos una pasion tan fina,

que las dificultades y la ausencia, lejos de disminuirla, han contribuido eficazmente á hacerla mayor... En este supuesto...

Doña Irene. Pero ¿no conoce V., señor, que todo es un chisme, inventado por alguna mala lengua que no nos quiere bien?

Don Diego. Volvemos otra vez á lo mismo... No señora, no es chisme. Repito de nuevo que lo sé.

Doña Irene. ¿Qué ha de saber V., señor, ni qué traza tiene eso de verdad? ¡Con que la hija de mis entrañas encerrada en un convento... que no sabe lo que es mundo, que no ha salido todavía del cascaron, como quien dice!... Bien se conoce que no sabe V. el genio que tiene su tia... Pues bonita es ella para haber disimulado á su sobrina el menor desliz.

Don Diego. Aquí no se trata de ningun desliz, señora doña Irene: se trata de una inclinacion honesta, de la cual hasta ahora no habiamos tenido antecedente alguno. Su hija de V. es una niña muy honrada, y no es capaz de deslizarse... Lo que digo es que todas las tias, y las parientas, y las madres, y V., y yo el primero, nos hemos equivocado solemnemente. La muchacha se quiere casar con otro, y no conmigo... Hemos llegado tarde; V. ha contado muy de ligero con la voluntad de su hija... Vaya, ¿para qué es cansarnos? Lea V. ese papel, y verá si tengo razon.

(*Saca el papel de don Cárlos y se le da.*

Doña Irene, sin leerle, se levanta muy agitada, se acerca á la puerta de su cuarto y llama. Levántase don Diego y procura en vano contenerla.)

Doña Irene. ¡Yo he de volverme loca!... Francisquita!... ¡Vírgen santa!... Rita! Francisca!

Don Diego. Pero ¿á qué es llamarlas?

Doña Irene. Sí señor, que quiero que venga, y que se desengañe la pobrecita de quien es V.

Don Diego. Lo echó todo á rodar... Esto le sucede á quien se fia de la prudencia de una muger.

ESCENA XII.

DOÑA FRANCISCA, RITA, DOÑA IRENE, DON DIEGO.

Rita. ¡Señora!

Doña Francisca. ¿Me llamaba V.?

Doña Irene. Sí, hija, sí; porque el señor don Diego nos trata de un modo que ya no se puede aguantar. ¿Qué amores tienes, niña? ¿A quién has dado palabra de matrimonio? ¿Qué enredos son estos?... Y tú, picarona... Pues tú tambien lo has de saber... Por fuerza lo sabes... ¿Quién ha escrito este papel? ¿Qué dice?...

(*Presentando el papel abierto á doña Francisca.*)

Rita, (*aparte á doña Francisca*). Su letra es.

Doña Francisca. ¡Qué maldad!... Señor don Diego, ¿así cumple V. su palabra?

Don Diego. Bien sabe Dios que no tengo la culpa... Venga V. aquí... (*Asiendo de una mano á doña Francisca, la pone á su lado*). No hay que temer... Y V., señora, escuche y calle, y no me ponga en términos de hacer un desatino... Déme V. ese papel... (*Quitándola el papel de las manos á doña Irene*). Paquita, ya se acuerda V. de las tres palmadas de esta noche.

Doña Francisca. Mientras viva me acordaré.

Don Diego. Pues este es el papel que tiraron á la ventana... No hay que asustarse, yo lo he dicho. (*Lee.*) « Bien mio: « si no consigo hablar con V., haré lo po- « sible para que llegue á sus manos esta « carta. Apenas me separé de V., encontré « en la posada al que yo llamaba mi ene- « migo, y al verle no sé cómo no espiré de « dolor. Me mandó que saliera inme- « diatamente de la ciudad, y fué preciso « obedecerle. Yo me llamo don Cárlos, no « don Felix... Don Diego es mi tio. Viva V. « dichosa, y olvide para siempre á su « infeliz amigo — Cárlos de Urbina. »

Doña Irene. ¿Con que hay eso?

Doña Francisca. ¡Triste de mí!

Doña Irene. ¿Con que es verdad lo que decia el señor, grandísima picarona? Te has de acordar de mí.

(*Se encamina hácia doña Francisca, muy colérica y en ademan de querer maltratarla. Rita y don Diego procuran estorbarlo.*)

Doña Francisca. ¡Madre!... Perdon.

Doña Irene. No señor, que la he de matar.

Don Diego. ¿Qué locura es esta?

Doña Irene. He de matarla.

ESCENA XIII.

DON CARLOS, DON DIEGO, DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA, RITA.

Don Cárlos. Eso no... (*Sale don Cárlos del cuarto precipitadamente: coge de un brazo á doña Francisca, se la lleva hácia el fondo del teatro, y se pone delante de ella para defenderla. Doña Irene se asusta y se retira*). Delante de mí nadie ha de ofenderla.

Doña Francisca. ¡Cárlos!

Don Cárlos, (*acercándose á don Diego*). Disimule V. mi atrevimiento... He visto que la insultaban, y no me he sabido contener.

Doña Irene. ¿Qué es lo que me sucede, Dios mio?... ¿Quién es V.?... ¿Qué acciones son estas?... ¡Qué escándalo!

Don Diego. Aquí no hay escándalos... Ese es de quien su hija de V. está enamorada... Separarlos y matarlos, viene á ser lo mismo... Cárlos... No importa... Abraza á tu muger.

(*Don Cárlos va á donde está doña Francisca, se abrazan, y ambos se arrodillan á los piés de don Diego.*)

Doña Irene. ¿Con que su sobrino de V.?

Don Diego. Sí señora, mi sobrino; que con sus palmadas, y su música, y su papel me ha dado la noche mas terrible que he tenido en mi vida... ¿Qué es esto, hijos mios, qué es esto?

Doña Francisca. ¿Con que V. nos perdona y nos hace felices?

Don Diego. Sí, prendas de mi alma... Sí.

(*Los hace levantar con espresiones de ternura.*)

Doña Irene. ¿Y es posible que V. se determine á hacer un sacrificio...

Don Diego. Yo pude separarlos para siempre, y gozar tranquilamente la posesion de esta niña amable; pero mi conciencia no lo sufre... ¡Cárlos!... Paquita! ¡Qué dolorosa impresion me deja en el alma el esfuerzo que acabo de hacer!... Porque, al fin, soy hombre miserable y débil.

Don Cárlos, (*besándole las manos*). Si nuestro amor, si nuestro agradecimiento pueden bastar á consolar á V. en tanta pérdida...

Doña Irene. ¡Con que el bueno de don Cárlos! Vaya que...

Don Diego. Él y su hija de V. estaban locos de amor, mientras V. y las tias fundaban castillos en el aire, y me llenaban la cabeza de ilusiones, que han desaparecido como un sueño... Esto resulta del abuso de la autoridad, de la opresion que la juventud padece: estas son las seguridades que dan los padres y los tutores, y esto lo que se debe fiar en el sí de las niñas... Por una casualidad he sabido á tiempo el error en que estaba... ¡ay de aquellos que lo saben tarde!

Doña Irene. En fin, Dios los haga buenos, y que por muchos años se gocen... Venga V. acá, señor, venga V., que quiero abrazarle... (*Abrázanse don Cárlos y doña Irene; doña Francisca se arrodilla y la besa la mano*). Hija, Franciquita. Vaya! Buena eleccion has tenido... Cierto que es un mozo muy galan... Morenillo, pero tiene un mirar de ojos muy hechicero.

Rita. Sí, dígaselo V., que no lo ha reparado la niña... Señorita, un millon de besos.

(*Doña Francisca y Rita se besan, manifestando mucho contento.*)

Doña Francisca. ¿Pero ves qué alegría tan grande?... Y tú, como me quieres tanto... siempre, siempre serás mi amiga.

Don Diego. Paquita hermosa, (*Abraza á doña Francisca.*) recibe los primeros abrazos de tu nuevo padre... No temo ya la soledad terrible que amenazaba á mi vejez... Vosotros (*Asiendo de las manos á doña Francisca y á don Cárlos.*) seréis la delicia de mi corazon; y el primer fruto de vuestro amor... sí, hijos, aquel... no hay remedio, aquel es para mí. Y cuando le acaricie en mis brazos podré decir: á mí me debe su existencia este niño inocente; si sus padres viven, si son felices, yo he sido la causa.

Don Cárlos. ¡Bendita sea tanta bondad!

Don Diego. Hijos, bendita sea la de Dios.

DON MANUEL JOSÉ QUINTANA.

Inútil nos parece advertir que al tratar de autores que viven todavía, nos abstendremos de hacer reflexiones sobre el mérito de sus obras, limitándonos á esponer lisa y llanamente la opinion general, siempre que no esté en contradiccion abierta con la nuestra propia. Por este motivo y tambien á causa de los estrechos límites de esta obra, hemos reducido á la mas mínima espresion el número de producciones de autores contemporáneos, incluyendo solo en esta coleccion algunas de aquellos cuya fuerza de autoridad ha recibido ya la sancion de muchos años, única que puede en cierto modo suplir la de la posteridad, que es, en resumidas cuentas, la mas respetable y la verdaderamente legítima. Hacemos completa justicia al talento de varios jóvenes autores que honran en el dia nuestra literatura*; pero estamos persuadidos de que ellos mismos nos harán á nosotros la justicia de reconocer que al abstenernos de incluir en esta obra sus, para nosotros, apreciabilísimas composiciones, solo nos detiene el temor de presentar nuestra propia opinion, no sancionada todavía por la opinion general. Los aplausos que han recibido están aun demasiado recientes para que sea lícito citarlos con fuerza de autoridad.

Réstanos solo advertir que por una consecuencia natural de lo que espusimos al principio de esta ligera noticia biográfica, no precederá á las obras de autores contemporáneos que insertamos á continuacion, un exámen analítico como sucedia con las anteriores.

Don Manuel José Quintana nació en Madrid el 11 de abril de 1772. Despues de haber hecho sus primeros estudios en la corte, aprendió la latinidad en Córdoba, la retórica y filosofía en el seminario conciliar de Salamanca y el derecho civil y canónico en la universidad de la misma.

Dedicóse con preferencia desde su primera juventud á la poesía, á la elocuencia y á la historia, en que tuvo por maestros á Melendez, Estala y Cienfuegos. Empezó á darse á conocer por los años de 1795 con algunas composiciones líricas; en 1801 dió al teatro la tragedia del *Duque de Viseo*, imitada de un drama ingles. En 1802 publicó un tomo de poesías, reimpresas despues diferentes veces, y por el mismo tiempo escribió, como principal redactor, en el periódico titulado *Variedades de ciencias, literatura y artes*. Despues dió á luz el *Pelayo*, tragedia representada en los *Caños del Peral* en enero de 1805. Esta obra, eminentemente popular en España, es juntamente con sus poesías líricas patrióticas, lo que mas ha contribuido á cimentar la justa celebridad de que goza el señor Quintana.

En 1807 publicó el tomo primero de las *Vidas de españoles célebres*, y en 1808 la coleccion en tres tomos de Poesías selectas castellanas, desde el tiempo de Juan de Mena hasta nuestros dias. En el mismo año dió á luz sus *Odas á España libre* y á otros argumentos de igual naturaleza, y entonces escribió tambien en el *Semanario patriótico*, periódico político, emprendido en compañía de otros amigos para fomentar y sostener el espíritu de independencia contra la invasion francesa. A nombre de los diferentes gobiernos que se sucedieron durante la guerra de la independencia, publicó el señor Quintana varios *Manifiestos, Proclamas* y *Decretos*; y en los años de 1830 y 1833 dió á luz otra coleccion de *Poesías selectas castellanas*, aumentada con diferentes ilustraciones críticas y con dos tomos de poesía épica antigua: el tomo segundo de las *Vidas de españoles célebres* en 1830, y el tomo tercero en 1833.

El señor Quintana es individuo de la real academia de San Fernando y de otras sociedades económicas y literarias.

La carrera política del señor Quintana ha corrido varias fortunas, ya prósperas, ya adversas, desde principios de este siglo, circunstancia harto comun á las de todos los hombres de mérito en estos tiempos aciagos. Seria muy ageno del espíritu de este libro se-

* Permítasenos sin embargo recordar aquí los nombres de los principales, protestando de antemano que si alguno pasamos por alto, culpa es de nuestra memoria y no en manera alguna efecto de mala voluntad.

Don Angel Saavedra, duque de Rivas.
Don Antonio Gil y Zárate.
Don Patricio de la Escosura.
Don Mariano Roca de Togores.
Don Ventura de la Vega.
Don Antonio García Gutierrez.
Don Juan Eugenio Hartzenbusch.
Don Joaquin Francisco Pacheco.
Don José de Castro y Orozco.

guir al señor Quintana en las diferentes faces de su vida política, enumerando los muchos destinos y comisiones que tan dignamente ha desempeñado, y que le han elevado en fin á la alta categoría social en que actualmente se halla; pero permítasenos solo hacer presente que el autor del *Pelayo* es, en el dia, una prueba incontestable de que España, tan tachada de ingratitud con sus mejores hijos, sabe tambien premiar el patriotismo y los talentos, del mismo modo que sabe producirlos.

PELAYO,

TRAGEDIA.

PERSONAS.

PELAYO.
HORMESINDA, su hermana.
VEREMUNDO, deudo de los dos.
LEANDRO, hijo de Veremundo.
ALFONSO, duque de Cantabria.
ALVIDA, confidenta de Hormesinda.
MUNUZA, moro, gobernador de Gijon.
AUDALLA.
ISMAEL.
UN SOLDADO GIJONÉS.
NOBLES ASTURIANOS.
GUERREROS MOROS.

La escena es en Gijon.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

El teatro representa un salon de la casa de Veremundo, adornado con varios trofeos de armas.

ALFONSO Y VEREMUNDO.

Alf. Sí, respetable Veremundo; hoy mismo
De las murallas de Gijon me ausento,
Donde tanta flaqueza y tanto oprobio
Están mis ojos indignados viendo.
El moro triunfa, los cristianos doblan
A la dura cadena el dócil cuello,
Sin que uno solo á murmurar se atreva
De opresion tan odiosa. No ¿aunque en medio
De esta vil muchedumbre apareciese [dio
Del gran Pelayo el animoso aliento,
En vano á libertad los llamaria,
Ya nadie le entendiera.
Ver. El en el seno
De la etérea mansion goza sin duda
La palma que á los mártires da el cielo
En premio á su virtud. Fiero, incansable
Los llanos de la Bética le vieron
Casi arrancar él solo la victoria,
Que vendió la perfidia al agareno.
El atajó el raudal á la fortuna
Del soberbio Tarif, cuando en Toledo
Del victorioso ejército sostuvo
La terrible pujanza un año entero.
De igual valor fué Mérida testigo;
Hasta qué puesta su cabeza á precio
Por el infame Munuza, y escondido
Desde entonces su nombre en el silencio,
Ni de él ni de Leandro el hijo mio
La fama volvió á hablar.
Alf. ¡Dichosos ellos,
Que así por fin descansarán! Sus ojos
Cerrados ya con sempiterno sueño
No verán el escándalo, la afrenta
De su sangre, el sacrílego himeneo
Que hoy se va á celebrar. ¡O Veremundo!
Perdona esta vehemencia á mi despecho;
Ser Hormesinda esposa de Munuza,
Es duro oirlo y afrentoso el verlo.
Ver. Mal pudieran las débiles mugeres

Resistir al halago lisonjero
Del moro vencedor, cuando sus armas
Domaron ya los varoniles pechos.
Mira á la hermosa viuda de Rodrigo
Ganar desde su triste cautiverio
El corazon del jóven Abdalisis,
Y ser su esposa, y ocupar su lecho.
Mira á Eudon de Aquitania dar su hija
A un árabe tambien; y hacerla precio
De una paz...

Alf. ¿Y la hermana de Pelayo
Debió seguir tan execrable ejemplo?
¿Escederle debió?

Ver. Yo deudo suyo,
Que la eduqué, la amé cual padre tierno,
Disculpo su flaqueza, aunque la lloro.

Alf. ¿Cabe disculpa en semejante yerro?

Ver. Si, Alfonso, cabe: ¿por ventura ignoras
El bárbaro y terrible juramento
Que hizo Munuza? ¿ignoras que asolada
Gijon hubiera sido en escarmiento
De su noble defensa, si Hormesinda
No la hubiera salvado con sus ruegos?
Si nuestra servidumbre es mas suave,
Si aun ves en pié nuestros sagrados templos;
Los cristianos, Alfonso, á su hermosura,
A ese amor que te indigna lo debemos.

Alf. ¡Abominable amor! union impía,
Que Dios va á castigar! y ya estoy viendo
A esa desventurada, á quien seducen
Los engaños del moro, ser muy presto
Objeto miserable de sus iras.
¿Ignoras tú su condicion? Violento,
Implacable y feroz; si es generoso
En la prosperidad, lo es por desprecio,
Por arrogancia. Las inquietas ondas
Que baten las murallas de este pueblo,
No son mas de temer en su inconstancia
Que su alma impetuosa.

Ver. Hasta este tiempo,
Gijon solo conoce su clemencia.

Alf. Ella se acabará, que no está lejos
(Y plegue al cielo que me engañe) el dia
En que soltando á su violencia el freno,
Del tirano engañoso que ahora alabas
La rabia al fin confesarás gimiendo.
Yo tiemblo su frenética arrogancia,
Y esta llegada repentina tiemblo
Del fiero Audalla, Audalla conocido
Por su celo fanático y sangriento.
A Dios; á darme asilo las montañas
Bastarán de Cantabria, cuyos senos
Ofrecen á la sed del africano,
En vez de oro y placer, virtud y fierro.
Ellas me esconderán... Mas Hormesinda...

ESCENA II.

HORMESINDA EN EL FONDO DEL TEATRO, Y DICHOS.

Horm. ¿Qué le diré, infeliz? á andar no acierto,
Y mis rodillas trémulas se niegan
A sostenerme.

Ver. Acércate.

Horm. No puedo,
Señor, que el corazon á vuestros ojos
Siente aumentar su tímido recelo.

Ver. ¿Dudas ya de mi amor, cara Hormesinda? [tiempo.

Horm. ¡Dudar yo! no señor, en ningun
(*Adelantándose hácia él.*)
A vos mi infancia encomendó mi hermano
Cuando acudiendo de la patria al riesgo,
Voló precipitado al mediodia
A probar en los árabes su acero.
Huérfana y sola, planta abandonada
En temporal tan largo y tan deshecho,
Sola la proteccion de vuestro asilo
Pudo abrigarme del rigor del viento.
En vos hallé mi padre, en vos mi hermano:
¡Qué no pueda mi amor satisfaceros
Tanta solicitud, tantos afanes!
Pero impotente el corazon á hacerlo,
Su inmensa deuda agradecida aclama,
Y para el pago la remite al cielo.
Él, señor, él os recompense: en tanto...
(Perdonad el rubor, el triste miedo
Que me acobarda) en tanto vuestros brazos
Dad á una desdichada, que al momento
Va á dejar este asilo de inocencia
Donde sus años débiles crecieron,
Y sobre ella implorad una ventura
Que su dudoso y angustiado pecho
No se atreve á esperar.

Ver. ¡Ah! si bastasen
Mis ruegos á alcanzarla, ni otro premio,
Ni otra fortuna al cielo pediria
Este infeliz y lastimado viejo.
Pero, hija mia!...
(*Asiéndola de la mano afectuosamente.*)

Horm. ¡Ay! no: que las palabras
Salgan de vuestra boca en son tremendo:
Llamadme ingrata, pérfida; llamadme
Infiel á la virtud, sorda al consejo,
¿Qué me podreis decir que yo á mi misma
Con dureza mayor no esté diciendo?
Sabed, que aqueste cáliz de dulzura
Tras el que anhela el corazon sediento,
A fuerza de amarguras y martirios,

Está ya en mi interior vuelto en veneno.
Sabed...

Alf. Si eso es así, ¿porqué un instante
No levantais, señora, el pensamiento
A ser quien sois? la religion sagrada,
De la virtud os mostrará el sendero;
Y la sangre que anima vuestras venas
Para marchar por él os dará aliento.
Mostraos hermana de Pelayo: y antes
De ver que sois escándalo de los vuestros,
Ludibrio de los bárbaros infieles,
Esposa de un tirano...

Horm. Deteneos,
Que si temí las quejas del cariño,
A la voz del insulto me rebelo.
¿Porqué si soy escándalo á los mios,
Si tan injustos me condenan ellos;
Porqué á la seduccion, á los halagos
Del moro vencedor no me escondieron?
Cuando el furor y la venganza ardian,
Cuando ya el hambre y el violento fuego
Prestos á devorarnos amagaban;
Era justo, era honroso en aquel tiempo
Que yo á los piés del arabe irritado,
Fuese á ablandar su corazon de acero.
Fuí: mis plegarias el camino
Hallaron de la piedad en su terrible pecho;
Y libre del azote que temblaba
Este pueblo, su frente alzó contento.
Todos entonces, sí, me bendecian
Todos; y en tanto que al enorme peso
De sus cadenas agobiada España
Mira asolados sin piedad sus templos,
Hollados con furor sus moradores,
Violadas sus mugeres, en el seno
De la paz mas feliz Gijon descansa.
¡Tirano le llamais, y él en sosiego
Nos deja respirar, cuando podria
Con sola una mirada estremecernos!
¿Es un tirano, y amoroso aspira
A llamarse mi esposo?... ¡Ah! no lo niego,
Inexorables godos, á su halago,
A su tierna aficion, á su respeto
Mi corazon rendí; vuestra es la culpa,
Y el fruto ¡hombres ingratos! tambien
vuestro.

ESCENA III.

ALVIDA Y DICHOS.

Alv. Llegó el momento: el séquito está
pronto (*á Hormesinda.*)
Que debe acompañarte al himeneo:
Munuza espera á su adorada amante,
Anunciando su gozo y sus deseos
Con su esplendor hermoso las antorchas,
La música festiva en sus acentos.

Horm. ¡Esto es hecho, gran Dios!

Alf. Seguid, señora,
Por donde os lleva tan culpable fuego:
¿Qué teneis que temer? las luminarias
Que han de solemnizar vuestro contento,
Solemnicen tambien y hagan patente
De vuestro hermano y patria el fin funesto.
Mi lengua, Veremundo, poco usada
De las lisonjas á los infames ecos,
Deja este parabien á los amantes. (*Vase.*)

Horm. ¡Qué horrible parabien!... Mas
ya no hay medio
De volver el pié atras: que mi destino
Mas fiero y cruel cada momento
Tras sí me arrastra, y sin poder valerme
A su imperiosa voluntad me entrego.
A Dios, á Dios.
(*Le besa la mano, y se va precipitadamente con Alvida.*)

ESCENA IV.

VEREMUNDO.

¡Mísero anciano!
¿Ya qué te resta? el lúgubre silencio,
La amarga soledad que te rodean,
Fieles te anuncian tu postrer momento,
Y cuán acerbo... ¡O suerte! ¿á qué guar-
Para tal desamparo? [darme

ESCENA V.

VEREMUNDO, LEANDRO Y DESPUES PELAYO.

Leand. Amigo, entremos:
Nadie nos sigue; la fortuna misma
Nos ha guiado hasta el solar paterno.

Ver. ¿Qué voz es la que escucho? mis
sentidos
Me engañan? Mas no hay duda: ¡ellos son!
ellos!
¡O providencia eterna! yo te adoro.
¡Hijo! (*Corre á abrazarlos.*)

Leand. ¡Padre!

Pel. ¡Señor!

Ver. ¿Pelayo? Es cierto,
Es cierto que vivis. ¡Ah! ¡que aun se niega
A tal ventura incrédulo mi afecto,
Y abrazándoos estoy! ¿Cómo os salvasteis,
Decid, cómo vencisteis tantos riesgos,
Que la desgracia y el rencor del moro
Amontonaron ya para perderos?

El silencio, el olvido en que os hundisteis
Eran señal de vuestro fin sangriento
Para toda la España, que afligida
Cifró en vosotros su postrer consuelo.
Pel. ¡Ah! si bastantes á salvarla fuesen
La constancia, el ardor el noble celo;
Firme aun se viera, Veremundo, y dando
Envidia con su gloria al universo.
Nuestras fatigas, el valor ilustre
De los que el nombre godo sostuvieron,
Hacer pedazos el infausto yugo,
Pudieran ya que la sujeta el cuello.
Mas vano ha sido nuestro afan, y en vano
Por el nombre de Dios lidiado habemos.
El retiró su omnipotente escudo,
Y coronar no quiso nuestro aliento.
Vednos pues en los términos de España
Prófugos, solos, deplorable resto
De los pocos valientes que mostraron
A toda prueba el generoso pecho.
La guerra en su furor devoró á todos.
Yo los ví perecer... ¡O compañeros!
Que en el seno de Dios ya descansando
De vuestro alto valor gozais el premio;
Mis votos recibid y mi esperanza;
Vengue yo vuestra muerte y muera luego.
Ver. ¡Admirable constancia! ¿Mas, Pelayo,
De qué nos sirve contrastar al cielo?
Cuando nuestros intentos la fortuna
Les niega su laurel en el suceso,
Ceder es fuerza, inútil es el brio,
Pernicioso el teson. ¿Si estando entero
Contra el fiero rigor de esta avenida
No pudo sostenerse nuestro imperio,
Te sostendrás tú solo? ¿A quién consagras
Tan heróico valor, tanto denuedo?
No hay ya España, no hay patria.
Pel. ¡No hay ya patria!
¡Y vos me lo decis! Sin duda el hielo
De vuestra anciana edad que ya os abate,
Inspira esos humildes sentimientos,
Y os hace hablar cual los cobardes hablan.
¡No hay patria! para aquellos que el sosiego
Compran con servidumbre y con oprobios;
Para los que en su infame abatimiento
Mas vilmente á los árabes la venden,
Que los que en Guadalete se rindieron.
¡No hay patria, Veremundo! ¿No la lleva
Todo buen español dentro en su pecho?
Ella en el mio sin cesar respira;
La augusta religion de mis abuelos,
Sus costumbres, su hablar, sus santas leyes
Tienen aquí un altar que en ningun tiempo
Profanado será.
Ver. Tu celo ardiente
Te hace ilusion, Pelayo: ¿en quién tu esfuerzo
Puede ya confiar? Quien pierde á España
No es el valor del moro, es el esceso
De la degradacion: los fuertes yacen,
Un profundo temor hiela á los buenos,
Los traidores, los débiles se venden,
Y alzan solo su frente los perversos.
Pel. Y porque estén envilecidos todos,
¿Todos viles serán? yo no lo creo:
Mil hay, sí, Veremundo, mil que esperan
A que dé alguno el generoso ejemplo,
Y el estandarte patrio levantando
Despierte á todos de tan torpe sueño.
Yo vengo á levantarle: aquestos montes
Serán mis baluartes, á su centro
Volarán los valientes, y el estado
Quizá recobre su vigor primero.
Entremos pues: que mi Hormesinda abrace
A su hermano, señor; y que tendiendo
La noche el manto lóbrego, á seguirme
Se prepare.
Ver. ¡Buen Dios! llegó el momento
Desgraciado y terrible.
Pel. ¡Desgraciado
El instante feliz que ansió mi anhelo
De abrazar á mi hermana!
Ver. ¡Ay triste! Calla,
Ese nombre en tu boca es un veneno.
Pel. ¿Porqué, decid, porqué? vive?
Ver. Sí, vive:
Pero su muerte te afligiera menos.
Pel. ¡Qué misterio! acabad: infiel?
Ver. Tu hermana
Atajó los estragos de este pueblo.
Pel. Seguid.
Ver. Tu hermana á los feroces ojos
Del bárbaro halló gracia... Ella es consuelo
De todos los cristianos que la imploran...
Ella hace nuestros grillos mas ligeros...
Nada resiste al vencedor... Munuza
Rendido, enamorado, al himeneo
De Hormesinda aspiró, y ella vencida...
Pel. Por piedad no acabeis... ¿Estos los premios
Son que á tanto afanar, tantos servicios
El cielo reservaba? el vilipendio,
La mengua, las afrentas. ¡O Leandro!
¿Porqué al rigor del musulman acero
A par de tantos héroes no caimos
Allá en los campos de Jerez sangrientos?
Leand. Repórtate, Pelayo; á este infortunio
Opon tu alta constancia, opon tu esfuerzo:
En tí la patria su esperanza fia;
No desmayes, aleja el pensamiento

De esa flaca muger : para tí es muerta.
Pel. ¡ Muerta ! pluguiera á Dios !.. ¡ Porqué sabiendo
Tal abominacion, al mismo instante
(*A Veremundo.*)
Un agudo puñal no abrió su pecho?
Ella con su inocencia moriria,
Yo no viviera con borron tan feo.
Ver. A apoyar su virtud ya vacilante
Siempre acudió mi paternal consejo;
La violencia jamas.
Pel. ¡ Costumbre impía !
¡ Tiránica opinion ! ¡ injusto fuero !
¡ Las mugeres sucumben y en nosotros
Carga el torpe baldon de sus escesos!
¿ Ella esposa de un moro? Mas decidme,
¿ Desde cuándo un enlace tan funesto
Se ha estrechado?
Ver. Ahora mismo: en este instante
Se celebra quizá.
Pel. Pues aun es tiempo;
Volemos á la pérfida : mi vista
La llenará de horror; este himeneo
No se hará, no; si por desgracia es tarde,
La ahogará en mi presencia el sentimiento.
(*Vase.*)
Ver. Él en su ardiente frenesí se ciega :
Sigámosle, Leandro; y á lo menos
Si regir su furor no conseguimos,
Con él cuando perezca morirémos.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

La escena en este acto representa un salon del alcázar de Munuza.

MUNUZA, HORMESINDA EN UN SOFA SOSTENIDA POR ALVIDA EN LA ACTITUD DE IR VOLVIENDO DE UN DELIQUIO : AUDALLA ALGO SEPARADO Y MIRANDOLOS DESDEÑOSAMENTE DESDE UN LADO DEL TEATRO.

Mun. ¡ O ingratitud ! ¡ o fementil flaqueza !
Con que cuando debiera la alegría
Su corazon henchir, y este momento
Ser el mas delicioso de su vida,
¡ Dudar ! temblar ! desfallecer !... y apenas
Dan sus labios el sí, cuando oprimida
De congoja mortal, yerta la miro
A mis plantas caer !
Alv. Señor, mitiga
Tu enojo; ya en sí vuelve.
Horm. ¿ En dónde, ¡ o cielos !
En dónde estoy?
Alv. Recóbrate, Hormesinda,
Mis brazos te sostienen, á tu lado
A tu esposo contempla.
Mun. Ella le irrita
Con esa turbacion.
Horm. Ten, o Munuza,
Piedad de esta infeliz : ¿ porqué afligirla
Tambien los ecos de tu labio airado,
Y esas miradas de furor conspiran?
Mun. ¿ Cuál es, pues, dime, la funesta causa
De aquesta agitacion tan repentina,
De ese pavor horrible que en su frente
Y en tus ojos atónitos se pinta?
Horm. El cielo ve la pena, los temores
Que mi interior ahora martirizan,
Y ve tambien á mi amorosa llama
Esplayarse por él siempre mas viva.
Sed contento, señor; vos ya vencisteis...
El triunfo es vuestro, la vergüenza es mia.
¡ Ah ! ¿ qué dirán ahora los cristianos
(*A Alvida.*)
De esta muger desventurada?
Mun. Olvida
Sus inútiles quejas; ellos deben
Inclinar á tus plantas la rodilla
Y servirte en silencio.
Horm. ¿ En dónde queda
El venerable anciano que solia
Con su amor y consejos ampararme?
Todo me abandonó : tú sola, Alvida,
Tú sola no desdeñas mi fortuna.
Alv. Eterno mi cariño, dulce amiga,
Siempre te seguirá.
Horm. De estas ideas
Tiranizada ya mi fantasía,
Trémula y vacilante á vuestro alcázar
A juraros mi fe fuí conducida
Jurada está, señor, no me arrepiento :
Soy vuestra, lo seré... cuando salian
Las fatales palabras de mi boca,
Y el acto solemnísimo cumplian,
Me pareció que alzándose Pelayo
En medio de los dos y ardiendo en ira,
¿ Qué te hicieron, o pérfida, los tuyos
Para así abandonarlos? me decia :
Tiembla entonces el suelo, ante mis ojos
La luz de las antorchas se amortigüa;
Baña el sudor mi frente, el pié me falta,
Y opresa del afan caigo sin vida.
¡ O deliquio cruel !

Mun. ¡O ilusion vana
Que todo mi placer vuelve en acíbar!
¿Ha de romper Pelayo á perseguirte
La noche eterna de la tumba fria
Que ya le esconde?
Horm. ¿Y si viviese acaso?
¡Ah! cuál entonces su dolor seria!
¡Desdichada de mí!
Mun. Lanza esas sombras
Que tu tímido espíritu atosigan:
Serénate ya en fin. ¿Es tan difícil
Coronar el amor, labrar la dicha
A un amante, á un esposo?
Horm. ¡Ah! no... Pelayo,
Ya en el cielo ante Dios dichoso asistas
Gozando el premio á tu valor debido,
Ya proscripto en la tierra, y triste aun gimas,
Oye la voz de tu angustiada hermana,
Perdónala. Tu esfuerzo y osadía
A defender la patria no bastaron;
Sufre que yo la alivie en sus desdichas,
Que yo la madre y protectora sea
De los vencidos que en su amor confian.
Él lo quiere... ¿No es cierto? ¡Ah! yo me entrego
(*Mirando tiernamente á Munuza.*)
Al afecto imperioso que me guia,
Noble Munuza; mas consiente ahora,
Que sola un breve tiempo recogida
Tu esposa pueda contemplar su suerte,
Acallar los temores que la agitan,
Y llenar solo su tranquilo pecho
Del tierno y dulce amor que tú la inspiras.
(*Vase con Alvida.*)

ESCENA II.

MUNUZA, AUDALLA.

Mun. ¿Es temor, es desden? ¿qué es esto, Audalla?
¿Pude esperar en semejante dia
Tal confusion?
Aud. El sucesor augusto
Del sublime profeta acá me envia,
No á arreglar tus querellas con tu esclava,
Sino á que España nuestros tiros siga
De grado ó fuerza. Nunca los caprichos
Del amor entendí, ni las caricias
Del sexo engañador rendir pudieron
Un momento jamas el alma mia.
Cercado siempre de armas y soldados,
Entregado á las bélicas fatigas,
Sé pelear y no amar: sé hacer esclavos,
Nunca servir. Que nuestra ley divina
Por siempre triunfe, y que ante el gran profeta
El universo incline la rodilla, [feta
Fué la eterna ambicion del pecho mio:
¿Pues qué son con la gloria las delicias?
Por esto siempre vencedor mi brazo
En la guerra triunfó. Tú de esa indigna
Pasion ya poseido, teme al cielo
Que la flaqueza en el valor castiga:
Teme que te abandone la victoria.
Mun. ¡Ah! si tus ojos vieran á Hermesinda
Cuando anegada en llanto y desolada
Por la primera vez ante mi vista
Se presentó su tímida hermosura,
Su ademan, sus palabras compasivas
Llenas de encanto y de dolor, no solo
Las entrañas de un hombre ablandarian;
Mas rindieran tambien á las serpientes,
Que abortan las arenas de la Libia.
Yo la escuché y vencí: Gijon por ella
Del bélico furor libre se mira.
Aud. ¿Y no temes que al fin tanta flaqueza
Llegue á causar tu irremediable ruina?
¡Ay del que es opresor si abre el oido
A la piedad, y si imprudente olvida
Que ante él deben marchar la servidumbre,
La amenaza, el terror! Si así no humillas
Esta fiera nacion que á nuestras plantas
Yace mas espantada que vencida,
Teme tu perdicion. Goza en buen hora
Del amoroso halago y las caricias
De esa cristiana; los demas perezcan,
O en vergonzosa esclavitud nos sirvan,
Mientras al Dios del alcoran no adoren,
Así lo manda nuestro gran califa.
¿Osarás resistir? ¿olvidar puedes
Que al partir de Damasco, esa cuchilla
Para estender su ley puso en tus manos?
Mun. ¿Y contra quién, Audalla, he de esgrimirla?
¿Contra unos miserables que rendidos
Ante mis ojos con pavor se inclinan?
Aud. Esos que tu arrogancia así desprecia
Serán los que castiguen algun dia
Bondad tan temeraria.
Mun. Aun soy Munuza:
(*Corta pausa.*)
Pendiente de mis hombros todavía
El formidable alfange centellea
Que huérfanas dejó tantas familias.
Tiemblan de mi velando; aun se estremecen, [cen,
Si su atemorizada fantasía
Mi aterradora faz les pinta en sueños.

ESCENA III.

ISMAEL Y DICHOS.

Ism. Dos cristianos, señor, á vuestra
Pretenden parecer; es uno de ellos [vista
Aquel anciano, el deudo de Hormesinda,
El otro un jóven que dolor y enojo
En su semblante intrépido respira.
Mun. Entren al punto. (*Vase Ismael.*)
Aud. Acuérdate, Munuza,
Que el decreto supremo del califa
Se tiene al fin de promulgar mañana,
Y aun hoy debiera ser...
Mun. Basta. (*Vase Audalla.*)

ESCENA IV.

PELAYO, VEREMUNDO Y MUNUZA.

Mun. ¿Qué os guia,
Decid, á mi presencia?
Ver. Una aventura
Para la gente mora, una desdicha
Para el pueblo español: murió Pelayo:
Testigo de su suerte la confirma
Este guerrero, y á Hormesinda trae
La fúnebre y amarga despedida
De su hermano infeliz.
Mun. Quizá esta nueva *ap.*
Los temores disipe que la ostigan.
Con que ¿murió Pelayo? ¿Veis, cristianos,
En la fortuna nuestra ley escrita?
El cielo la consagra con victorias,
Y os abandona: ¿en qué os parais? seguidla. [cuando oyendo
Pel. Grande, pues, fué mi engaño,
Lo que la fama en tu loor publica,
A pesar de tu secta y de tu sangre,
Virtudes de un valiente en tí creia.
La muerte de un contrario generoso
Solamente el que es vil la solemniza. [do...?
Mun. ¿Y quién eres tú, di, que tan osa-
Pel. Sabe, moro, que alienta todavía
Pelayo en mí...
Ver. Señor, disculpa sea
De tal temeridad su afliccion misma.
En Pelayo su gloria y su esperanza
Los españoles míseros ponian.
Ya pereció: las lágrimas que damos
Al esquivo rigor de su desdicha,
No te ofendan, Munuza.
Mun. Yo á Pelayo
Ni amé, ni aborrecí: mas su porfía,
Su temeraria obstinacion pudiera
Sernos fatal: así cuando nos libra
Allá de su furor, gracias le rindo
De que siempre propicio nos asista.
¡Cristianos, sois perdidos!
Pel. No te fies
En tu prosperidad: Dios pudo un dia
Separar su favor de aqueste pueblo
Y abandonarle á su terrible ira.
De los godos contempla el poderío.
La suerte en un momento le derriba:
La suerte puede hacer que en un momento
Caiga tambien vuestra soberbia altiva.
¿Quién sabe si aplacado con nosotros
Ya el cielo un brazo vengador anima
Que ataje vuestra próspera bonanza?
Mun. Será el tuyo tal vez... Mas Hor-
Va á parecer delante de vosotros: [mesinda
Tú, imprudente, refrena esa osadía,
Usa un lenguaje y ademan conformes
A tu fortuna humilde y abatida;
Y no al leon irrites que te escucha,
Y por desprecio tu arrogancia olvida.
(*Vase.*)

ESCENA V.

VEREMUNDO, PELAYO.

Ver. ¡Gracias al cielo! al cabo con su
Mi temerario corazon respira. [ausencia
¡Cuál me has hecho temblar! ni tus prome-
Ni el velo que á tus ojos te encubria, [sas,
A asegurar mi agitacion bastaban.
Del tirano al aspecto enardecida
Tu mente se arrojaba toda entera,
Y en tus miradas fieras se veia
La mal cubierta indignacion: en vano
La desolada España en tí confia,
Si no atiendes la voz de la prudencia.
¿No sabrás moderarte?
Pel. ¿Y quién me obliga
A tan torpe disfraz? nunca Pelayo
Descendió á la flaqueza, á la ignominia
De engañar; el que engaña es un cobarde
Que confiesa su mengua en su perfidia.
¡Y yo miento mi nombre! ¡yo le escondo
Delante de ese moro! ¡o fementida
Muger!
Ver. Ella se acerca.

ESCENA VI.

HORMESINDA Y DICHOS.

Horm. ¿Padre mio,
Con que aun no me olvidais?... ¿Pero qué miran
Mis ojos? ¡Ay! él es... Valedme, cielos.

Ver. ¿La ves á tu presencia confundida?
Calle la indignacion, hable, hijo mio,
La sangre solamente.
Horm. Ya á tu vista
Tienes esta infeliz, esta culpable
A quien Dios en su cólera dió vida;
A quien antes de verse en tal momento,
La negra muerte aniquilar debia.
No imploro tu piedad, no la merezco,
Ni cabe en el honor que en tí respira.
Pero permite que tu hermana ahora
Con lágrimas rescate de alegría,
Las lágrimas que un tiempo dió á tu muerte
En luto acerbo, y en dolor vertidas,
Sufre que al gozo me abandone...
Pel. Aparta:
¿Mi hermana tú? Jamas. Quien aquí habita,
Quien se complace en la estacion odiosa
De la supersticion y tiranía
No puede ser mi sangre. En otro tiempo
Tuve una hermana yo que era delicia
De Pelayo y de España: virtuosa,
Inocente y leal, siempre fué digna
De todo mi cariño y mis cuidados,
Que con mi patria la infeliz partia.
El cielo encarnizado en perseguirme
Me la robó: la que mis ojos miran
Es una infame apóstata, que ahora
Mi vista indignamente escandaliza.
Ella insulta los males de la patria,
Ella desprecia las desgracias mias,
Ella en fin me aborrece.
Horm. ¿Y qué? ¿No basta
Ya mi pasion para encender tus iras,
Sin que tambien destierres de mi seno
A la naturaleza que en él grita
Con mas fuerza que nunca?
Pel. ¿Y no gritaba
Cuando la vil pasion que te perdia
Te atreviste á escuchar, y te entregaste
Al árabe feroz que te esclaviza?
¿No pensabas en mí? ¿no contemplabas
Que era clavar en las entrañas mias
Un acero mortal, y atar la patria
Al yugo atroz del musulman tú misma?
Horm. ¿Qué peso puede hacer en la balanza
Que los reinos del mundo alza ó inclina,
De un flaca muger la resistencia?
Pelayo, ¡oh cuánta compasion tendrias
De esta desventurada, en quien ahora
Tu enojo todo sin piedad fulminas,
Si vieras mi amargura y mis combates!
Yo pudiera decirte...
Pel. ¿Y qué dirias?
Horm. Que este amor á la patria que te enciende
Es la sola ocasion de mi desdicha.
Yo inocente viví: nunca en mi pecho
La llama del amor se vió encendida;
En todas tus fatigas y peligros
Mi llanto y mi memoria te seguian.
Cayó España, Pelayo: y ya aguardaba
A verme sepultada en sus cenizas,
A que me arrebatase en su violencia
El torrente veloz de la conquista;
Cuando Gijon amenazada... el cielo...
Perdona. El cielo mismo mi caida
Consiente... España opresa, los cristianos
Mi favor implorando, y cada dia
De ese moro tan bárbaro á tus ojos
La generosidad siempre mas viva,
Los ejemplos, tu muerte... ¡oh cuántas veces
Dije: Pelayo, á defender camina
Tu amada hermana de tan fiera lucha!
Y Pelayo implorado no venia,
Y la triste Hormesinda abandonada
Del cielo y de la tierra...
Pel. ¡Y qué! ¿por dicha
Aunque tu hermano perecido hubiese,
La gloria de su nombre no vivia?
¿No reflejaba en tí? ¿tú no debiste
Defenderla guardarla sin mancilla,
Y antes morir que recibir los dones
Con que el moro doró nuestra ignominia?
Yo ví, yo ví la patria desplomarse
Del Guadalete en la funesta orilla,
Y sin perder aliento á sostenerla
El hombro puse y la constancia mia.
Tres años siempre combatiendo; España
De mi sangre y sudor toda teñida;
El rencor de los árabes, al mundo
Mi celo y mi fervor publicarian.
Todo es ya por demas: ¿qué soy ahora?
Un vil aliado de la gente impía
Que oprime mi país. ¡Desventurada!
Los ojos vuelve en derredor, y mira;
No hallarás sino mártires: los unos
Pereciendo al rigor de la cuchillas
Del atroz sarraceno en las batallas:
Los otros en las cárceles agitan
Su pesada cadena; otros desnudos,
Opresos de hambre y de miseria espiran.
Todos te enseñan á sufrir: ¿qué importa
Que otras mugeres débiles ó indignas
Se hayan rendido al musulman halago?
En medio del contagio deberia,
Mantenerse Hormesinda ilesa y pura,
Como á su hermano el universo mira,
Cuando el estado se desquicia y cae,
Impertérrito y firme entre sus ruinas.

*****

Horm. Pues bien : tú ves mi error y le detestas;
Yo tambien le detesto, y á mí misma,
He aquí mi seno, hiere, y en un punto
Acaba con tu afrenta y con mi vida.
Pel. ¿Tienes valor? ¿eres mi sangre? aun tiempo
Es de enmendar tu ofensa : esas vecinas
Montañas van á ser el fuerte asilo
De los cristianos que á vivir aspiran
Libres de la opresion : deja ese moro
Que con su infame seduccion fascina
Tu corazon; y atrévete á seguirme
A donde lejos del oprobio vivas.
¿No respondes?
Horm. Pelayo, es doloroso,
Sin duda, aqueste lazo que abominas;
Mas ya la suerte le estrechó, y...
Pel. Acaba.
Horm. El deber no consiente que te siga.
Pel. ¡El deber! el amor.
Horm. Yo llamo al cielo
En testimonio...
Pel. Calla, y no su ira
Despiertes contra tí.
Horm. Si, yo le llamo,
Él ve mi corazon y tu injusticia.
Pel. Él ve triunfar tu abominable llama
De tu sangre y su ley. Pues qué! ¿No miras
Que no es tuyo su Dios?
Horm. Yo ofrecí al mio
Vivir siempre con él.
Pel. ¡Promesa impía!
Horm. Yo la dije, él la oyó; mi pecho
La negará. [nunca
Pel. ¡Qué horror!
Ver. Tu ardor mitiga,
Y acuérdate que la infeliz España
De tí su bien y su esperanza fia.
Huyamos de la vista del tirano.
Pel. A Dios, muger sacrílega : acaricia
Al insolente moro á quien adoras;
Conságrale tu abominable vida :
Será por poco : escucha, los valientes
Se van á levantar; la tiranía
Contrastada va á ser; y si vencemos,
Fuerza será que al ver á la justicia
Alzar su brazo inexorable, tiemble
La prevaricacion. Tú de tí misma
Quéjate entonces, si el horrendo crímen
En el estrago universal expias.
(*Vase con Veremundo.*)
Horm. ¡Bárbaro! mi suplicio está aquí dentro :
No es posible mayor para Hormesinda.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

LEANDRO Y VEREMUNDO.

Leand. Resuelto está, señor : aquí debemos
Perecer ó triunfar : Pelayo intenta
Que el mismo sitio que miró el agravio,
Tambien presente á la venganza sea.
Ver. ¡Oh qué temeridad! él, hijo mio,
Incauto al precipicio se despeña;
Que rara vez corona la fortuna
Lo que el furor frenético aconseja.
El suyo le arrebata : aun me estremezco
De las amargas y terribles quejas
Con que culpó á Hormesinda; al fin sali- [mos
Del peligroso alcázar; y su pena
Sumida en un silencio formidable,
Cuanto menos patente era mas fiera.
Te vió, y al punto te arrastró consigo
Donde, no sé : pero quizá ya os cercan
Tantos riesgos...
Leand. Mayor que todos ellos
El alma de Pelayo los desprecia :
En esta misma noche; en este sitio
A los patricios de Gijon espera,
Y enardecer sus ánimos confia
A que le sigan en su heróica empresa.
Ver. ¿Y vendrán?
Leand. No dudeis : los mas valientes
Lo prometieron. Teudis y Fruela,
Eladio, Sancho, Atanagildo, Alfonso :
Alfonso que dejaba estas riberas,
Y ya no parte. Todos deseaban
De Pelayo saber. Todos esperan
Que ha de ser á su vista en esta noche
La suerte de Pelayo manifiesta.
La hora se acerca en fin : y por ventura
El momento feliz tambien se acerca
De empezar otra lid mas peligrosa,
Pero de mas honor que la primera.
Tras de tantas fatigas y combates
Rendir el cuello á la servil cadena
Fuera insufrible mengua, y no es posible
Que nuestro corazon consienta en ella.
Mas ya llegan aquí.

ESCENA II.

ALFONSO, VARIOS NOBLES DE GIJON, Y DICHOS.

Alf. De tí dolidos

Los cielos, Veremundo, te conservan
A tu amado Leandro, y no consienten
Que en tan amarga soledad padezcas.
Todos gozando en la ventura tuya
El parabien te dan.
Ver. ¡Cuál lisonjea
Ese tierno interes mi anciano pecho!
Él os le paga en gratitud eterna;
Nobles astúres, y pluguiese al cielo
Que este bien que su mano me dispensa,
A todos los cristianos se estendiese.
El generoso celo que os alienta
Me alcanza á mí, y al contemplarlo, hierve
La sangre que la edad heló en mis vanas.
¡Oh! si en aquesta vez consejos dignos
De ventura y honor de aquí salieran!
Mas no es posible: el mal que nos agobia
Vence á un tiempo al valor y á la pru-
dencia. [anuncio
Alf. ¿Y porqué desmayar? ¿No es un
Ya de ventura la imprevista vuelta
De ese jóven? Mis ojos se complacen
En ver un hombre al fin, donde antes vieran
Solo viles esclavos... o Leandro,
Tú que á su lado en las batallas fieras
Con generoso esfuerzo combatiste,
Responde, da este alivio á mi impaciencia:
¿Vive Pelayo?

ESCENA III.

PELAYO Y DICHOS.

Pel. Vive, si es que vida
Se consiente llamar una existencia
De infortunios sin término acosada,
Condenada al ultraje y á la afrenta.
Pelayo soy, el hijo de Fabila,
El que por tanto tiempo en la defensa
Del estado sudó, cuyos trabajos
Por toda España su renombre llevan.
Soy el que siempre independiente, libre
De entre la ruina universal ostenta
Esento el cuello de los hierros torpes
Que sobre el resto de los godos pesan.
¿Qué me sirven empero estos blasones,
Cuyo bello esplendor me envaneciera,
Si ajados ya, por tierra derribados,
¡O indignacion! un árabe los huella,
Y Hormesinda los vende?... Ciudadanos,
Si de vos por ventura alguno tiembla,
Que en semejante infamia sumergida
Su hija, su hermana, ó su consorte sea;
Si en él se escucha del honor el grito
Como en mi pecho destrozado truena,
Ese me siga á castigar mi injuria,
Y así la suya con valor prevenga.
Alf. Sí, yo te seguiré: deja, Pelayo,
A tu diestra valiente unir mi diestra;
Alborozarme viéndote, y contigo
Al moro jure inacabable guerra.
Alfonso de Cantabria te saluda,
Y los buenos con él, que en tu presencia
Ven renacer las dulces esperanzas
Que ya en tu aciago fin lloraban muertas.
No solamente á castigar tu injuria
Te seguiré sino á vengar con ella
A España que reclama nuestros brazos,
Y de tanto abandono se querella.
Será su primer víctima Munuza.
Pel. ¡O ardimiento feliz! Yo bendijera
Mis propios males, si ocasion dichosa
De que la patria respirase fueran.
Bien lo sabeis: mis débiles esfuerzos
Osaron contrastar en su carrera
Al feroz musulman: nunca mi pecho
A la esperanza falleció; mas piensa
Que el árbol encorvado en la borrasca
Sus ramas levantando ya dispersas
Se enderece mas bello y mas frondoso,
Y con su sombra á defendernos vuelva.
Ver. Si el peligro arrostrando denodados,
Y pereciendo en él se consiguiera
El magnánimo fin; mi vida entonces
Al altar de la patria por ofrenda
La primera á inmolarse correria:
Mas la fuerza se abate con la fuerza.
Volved la vista atras: mirad la plaga
Que levanta en la Arabia un vil profeta,
La Asia y la Libia devastar, y al cabo
En la Europa caer: á su violencia
Arrolladas las huestes españolas
El gótico poder cayó con ellas,
Y sobre él orgulloso el agareno
De mar á mar tremola sus banderas.
El español atónito en su estrago,
Y ya domesticado en su cadena
Ni de su daño y su baldon se irrita,
Ni á los clamores del valor derpierta.
Pel. ¿Qué es pues el hombre? ¡o cie-
los! A su audacia,
Se ven ceder las indomables fieras;
Los montes rinden su orgullosa cima,
La esplosion del volcan aun no le aterra,
¡Y un hombre le subyuga!... Nuestros
nietos
Vendrán y esclamarán: « ¿Porqué se sienta
« Sobre nuestra cerviz desventurada
« Del ageno temor la injusta pena?
« ¿Somos quizá los que en Jerez huyeron,
« O los que abandonando la defensa
« De la patria, labraron con sus manos

« Este yugo cruel que nos sujeta? »
Así España habrá contra nosotros,
Recordando ¡ o dolor ! que á tanta afrenta,
A una opresion tan mísera pudimos
Añadir el baldon de merecerla.
Alf. ¡ Perezca aquel que sobre sí le llame !
El pueblo me decis duerme y se entrega
A los serviles hierros que le oprimen ;
¿ Quién sabe si esa mar ahora serena
El soplo de los vientos solo aguarda
Para bramar y amenazar soberbia ?
Ver. No así tan presto en la esperanza fie
Vuestro arrojado ardor. Y si se niega
A seguir vuestros pasos la fortuna,
Si sois vencidos en tan ardua empresa,
¿ Quién guarecer á la infeliz España
Podrá de la venganza que violenta
En luto y sangre cubrirá al momento
Las míseras reliquias que aun la quedan ?
Pel. Es justa nuestra causa, el alto cielo
La dará su favor.
Ver. Tambien lo era
Cuando en Jerez lidiábamos.
Pel. No, amigos,
No lo fué, yo os lo juro, por la inmensa
Pérdida que los godos allí hicieron ;
Aun indignado el corazon se acuerda
Que la molicie, el crímen nos mandaban.
En ruedas de marfil, envuelto en sedas,
De oro la frente orlada, y mas dispuesto
Al triunfo y al festin que á la pelea,
El sucesor indigno de Alarico
Llevó tras sí la maldicion eterna.
¡ Ah ! yo lo ví : la lid por siete dias
Duró, mas no fué lid, fué una sangrienta
Carnicería : huyeron los cobardes,
Los traidores vendieron sus banderas,
Los fuertes, los leales perecieron.
No lo dudeis, los vicios, la insolencia
De Witiza y Rodrigo á Dios cansaron ;
Y ya la copa de su enojo llena,
Abrió la mano, y la vertió en los godos
Que tan torpes escándalos sufrieran.
Ver. Cedamos, pues, al celestial decreto
Que á afan y cautiverio nos condena.
Cuando menos debiéramos, sufrimos :
¿ Y habremos de escuchar nuestra impaciencia
Al tiempo que oprimidos y dispersos,
Sin fuerzas, sin apoyo, se nos cierran
Las puertas hácia el bien ? Dios nos castiga ;
Pleguemos ya la frente á su sentencia.
Pel. Quizá en tantas desgracias ya cumplida,
O españoles, está. Ved la halagüeña
Ocasion que nos muestra la fortuna ;
Ella moviendo su voluble rueda
Nos manda la osadía. Ved al moro,
Ansiando en su ambicion toda la tierra,
Salvar los montes, inundar las Galias,
Que hollar tambien y esclavizar desea.
Allá se precipitan sus guerreros :
Y á España en tanto abandonada dejan
A los que ya de combatir cansados
Al ocio muelle, y al placer se entregan.
Llena Gijon de nobles fugitivos,
Llenas tambien las convecinas sierras,
Brazos y asilo á un tiempo nos ofrecen,
Y acaso culpan la tardanza nuestra.
Demos pues la señal : ¡ oh cuántos pueblos
Nos seguirán despues ! Mas si se niegan
A tan bella ocasion... Sirva en buen hora,
Y la frente cobarde al yugo tienda
El débil y estragado mediodía :
¿ Hijos, vosotros, de estas asperezas,
A arrostrar y vencer acostumbrados
De la tierra y los cielos la inclemencia,
Temblareis ? cedereis ? no. Vuestros brazos
Alcen de los escombros que nos cercan
Otro estado, otra patria y otra España
Mas grande y mas feliz que la primera.
Alf. ¡ Jóven sublime ! tú el camino hermoso
De la virtud y gloria nos presentas.
Tu ardimiento á imitarte nos anima !
Sigámosle, españoles : mas es fuerza,
Si se ha de conseguir tan arduo intento,
Que uno mande, los otros obedezcan.
Rodrigo pereció, y el cetro godo,
Vilmente roto en su indolente diestra,
Clama imperiosamente que otras manos
En su primer honor le restablezcan.
Nosotros que aspiramos á esta gloria,
Aquí debemos, á la usanza nuestra,
El caudillo elegir que nos conduzca,
El rey alzar que nuestro apoyo sea.
Mi voz nombra á Pelayo.
Pel. Nobles godos,
No abrigueis tal error : ¡ con qué vergüenza
Se afligiera la sombra de Ataulfo,
Descansar viendo su real diadema
Sobre una frente que el rubor humilla !
Buscad otro mas digno en que ponerla,
Ilustres campeones.
Alf. No así injuries
A tu espléndido nombre, á tus proezas,
Al celo de los buenos que te admiran :
¿ Degradarte ? jamas. ¡ Ah ! no lo creas,
No es dado á una muger frívola y débil
Manchar la gloria, y trasladar su afrenta
A aquel que sin cesar sus pasos guia
Del honor y virtud por la ardua senda.
Ese escándalo torpe que te ofende,
En lugar de apocarte, te engrandezca

Al terrible castigo de la venganza.
El pueblo adora en tí, la patria espera:
¿Podrás dudar?... Valientes españoles,
Respondedme: ¿quién es, dónde se encuentra
El que con mas ardor se ha ennoblecido
En esta grande y desigual contienda?
¿Quién de tantas desgracias á despecho
Jamas desesperó? ¿quién nos alienta,
Y en nombre de la patria nos inflama?
Los nobles. Pelayo.
Alf. ¿Quién, pues, ser nuestra cabeza
Mas bien merece, y fundador ilustre
Del nuevo estado que á rayar comienza?
Leand. Pelayo.
Alf. Él nuestro rey; caudillo nuestro
Debe ser, ciudadanos.
Los nobles. Él lo sea.
Alf. ¿Oyes el voto universal? Ahora
Vil desercion tu resistencia fuera;
(*Coge un escudo y se presenta con él á Pelayo en actitud reverente.*)
No es el trono opulento de Rodrigo
Cercado de delicias y riquezas,
Sumergido en el ocio y la molicie,
El que á tí los cristianos te presentan.
Los peligros, la muerte, las batallas,
Tu débil solio sin cesar asedian.
Mas la gloria y la patria al mismo tiempo
A par de tí se acercarán con ellas.
Tus vasallos son pocos, mas leales;
Todos por mí te ofrecen su obediencia.
He aquí el escudo, emblema del esfuerzo
Con que debes velar en su defensa.
Hasta aquí mi igual fuiste; desde ahora
Yo te llamo mi rey: y á tus escelsas
Virtudes y á tu gloria el homenage
Rindo, que un tiempo les dará la tierra.
¡Plegue á Dios que la nueva monarquía
Que hoy por un punto tan estrecho empieza,
Abarque toda España, y que tu espada
Cetro del mundo con el tiempo sea!
Pel. Pues yo ofrezco á mi vez, ínclitos godos,
(*Poniendo la mano sobre el escudo.*)
Ser en la dura lid que nos espera
Siempre el primero y siempre conduciros
Donde las palmas del honor se elevan.
Respeto eterno á la justicia juro:
Si en algun tiempo lo olvidare, puedan
Verter en mí su indignacion los cielos
Con mas rigor que el que en Rodrigo emplean.
Deshecho entonces mi poder...

ESCENA IV.

UN GIJONÉS Y DICHOS.

El Gijonés. Cristianos,
Volved la vista á la desgracia nueva
Que asalta nuestra patria: ya Munuza
Su indigna atrocidad descubre entera.
La indulgencia y piedad que antes mostraba
A nuestra desventura, á nuestras penas,
Fingidas fueron, cebo pernicioso
De su vil seduccion: la ley perversa
De ser esclavo ó musulman el godo
Se publica mañana.
Alf. ¡Oh! si pudiera
Mañana ser el venturoso dia
De oprimirle!
El Gijones. Sabed que ahora se observa
Un repentino y grande movimiento
En su alcázar; las armas centellean,
Y la guardia se dobla; un mensagero
De Mérida enviado es quien altera
El tranquilo silencio de la noche.
Leand. Prevengámosle, godos: que perezca
El tirano mañana á nuestras manos.
Ver. ¿Y no temeis la muchedumbre fiera
De sus soldados? dilatadlo os ruego:
Bastantes aun no sois, haced que vengan
A unirse con vosotros los cristianos
Que esconden fugitivos esas sierras.
Pel. O mañana ó jamas. ¿Quereis por
Vuestra fortuna abandonar espuesta [dicha
A la cobarde sujestion del miedo,
De la perfidia á la doblez funesta?
Mañana, cuando el bárbaro en la plaza
Haciendo ostentacion de su insolencia
Diere esa ley fanática, y el pueblo
Hervir de oculta cólera se sienta;
Entonces todos levantando á un tiempo
El fiero grito de imprevista guerra,
Y proclamando en él la fe, la patria,
Los fieles concitad á defenderlas.
Alf. Al ardor que en mí siento, á la esperanza
Que en este instante el corazon me alienta,
No hay que dudar, vencemos. ¡O cristianos!
Traidor se llame, y maldecido muera,
El que sin la victoria ó sin la muerte
Su brazo aparte de tan santa empresa.
Sobre este acero al Dios que nos escucha.
O vencer ó morir juro.
Leand. En tu diestra
(*Asiendo la mano de Alfonso.*)
Lo juro yo tambien.

Ver. Y yo.
(*Acercándose á ellos en ademan de asir su mano.*)
Los nobles. No hay nadie
(*Todos hacen el ademan de Alfonso jurando por su espada.*)
Que ansioso no lo jure.
Pel. ¡O Providencia!
Si, que mañana al acabarse el dia,
O vencer ó morir el sol nos vea.

ACTO CUARTO.

ESCENA PRIMERA.

HORMESINDA Y ALVIDA.

Alv. Vuelve en tu acuerdo al fin, mísera amiga:
¿De qué te sirve la agitada planta
Aquí y allí mover, y en hondos ayes
Los ámbitos llenar de aqueste alcázar?
A tu anhelante afan nadie responde;
El ceño con que escuchan tus palabras,
Doblándote la duda y la zozobra,
Doblan tambien de tu dolor las ansias
Ven á tu estancia, y el querer del cielo
Aguardemos allí.
Horm. Solo desgracias
Ordenará: tú ves como en mi daño
Cuanto pensé ¡infeliz! todo se cambia.
El amor de mi patria y de los mios
Prendió en mi pecho la funesta llama
Que me va á consumir: este himeneo
Juzgaba yo que á la afligida España
Anuncio fuese de quietud, y al moro
De templanza y quietud prenda sagrada.
¡Qué engaño tan cruel! Formado apenas,
Mi hermano se presenta; me amenaza,
Me aterra... ¡Ah! ¿porqué el suelo en [aquel punto
No se abrió y me tragó?
Alv. Tú misma agravas
El peso de tu afan: aunque á Pelayo
Ardiendo ves en repentina saña
Por este enlace, al fin de la prudencia
Escuchará la voz cuando cerradas
Las sendas todas á vengarse encuentre.
Horm. ¡Prudencia, Alvida, en él! ¿cuándo escucharla
Se le vió, si á su vista se presentan
Gloria, virtud, y pundonor y patria?
Vino á perderme y á perderse: él fia
En gentes abatidas y humilladas,
Donde hallar encendida espera en vano
De su mismo valor la noble llama.
¿Quién sabe si á estas horas?... Tú lo viste
Cuando llegó la misteriosa carta
Que á Munuza de Mérida se envia,
Todo agitarse aquí, doblar las guardias,
Y salir Ismael... tiemblo al pensarlo:
¿Si fué un aviso?... incierta y agitada
No sé qué hacer. Escucha: no á mi esposo
Vida le dió una tigre en sus entrañas,
Ni las sierpes de Libia sustentaron
Con ponzoña y rencor su tierna infancia.
De hombres nació, y es hombre; y pues [que ha sido
Ya sensible al amor, tambien entrada
Dará en su pecho á la piedad. Alvida,
Puede ser que arrojándome á sus plantas,
Diciéndole yo misma...
Alv. ¡Oh! no te fies,
No al eco atiendas de esperanzas vanas.
¿Munuza usar clemencia con Pelayo?
Error; ¡funesto error! Quizá ignorada
Su suerte aun es del moro; ¡y tú serias
La que le señalase á su venganza! [cedido
Horm. Con que el perdon á tantos con-
¿Solo á mi sangre ese cruel negára?
¡Y nada, al fin, conseguirá mi llanto,
Mis tiernos ruegos, mi cariño!...
Alv. Nada.
¡Qué vale todo al tiempo que le gritan
La voz terrible del sangriento Audalla,
La ambicion de mandar que le devora,
Su ley feroz que á la crueldad le arrastra!
Horm. Así huirá, pues, mis esperanzas
¡Todas las ilusiones de bonanza [todas;
Que mi amor se fingió!... Sí: de los cielos
La saña incontrastable desplomada
Siento que viene sobre mí: la tumba
Me espera, y allá voy; pero manchada
Con sangre fratricida, odiosa á un tiempo
A mi hermano, á mi amante...
Alv. Ay triste! Calla:
Él se acerca: en tí vuelve, hunde en tu [pecho
Por no irritarle tus amargas ansias.

ESCENA II.

MUNUZA Y DICHAS, DESPUES AUDALLA.

Horm. Señor... ya que el rigor fiero y [terrible
De que está vuestra frente acompañada
Otro nombre mas dulce usar me veda...
Decid, señor, ¿qué súbita mudanza
Es la que encuentro en vos? ¿Cuáles cui-[dados

Ora os perturban? Movimiento y armas,
Agitacion, sospechas, ¡qué aparato
Tan diverso de aquel que yo esperaba
En estas horas ver, en estas horas
Destinadas á amor y á confianza!
Mun. ¿Qué mucho al fin, que las sospechas velen
Donde su acero la traicion prepara?
Vos misma... quizá cómplice...
Aud. Munuza,
Ya está tu órden cumplida.
Mun. A vuestra estancia,
Señora, os retirad.
Horm. Ya os obedezco;
Pero entre los consejos de la saña
Memoria haced de mí; de las promesas
Que un tiempo vuestro labio pronunciaba
En favor de este pueblo: nuestro enlace
Iris debe ser.
(*Munuza mueve la cabeza irritado en señal de que se vayan, Hormesinda se estremece y se van las dos.*)

ESCENA III.

MUNUZA Y AUDALLA.

Mun. ¡Oh cómo tardan!
Aud. Mas yo la causa á concebir no alcanzo
De la inquietud, de la impaciencia estraña
Que desde el punto mismo te atormenta
En que á tus manos se entregó la carta.
Guárdarte de Pelayo ella te avisa;
La fama de su muerte ha sido falsa,
Y hácia Asturias camina, donde acaso
Alguna nueva rebelion se trama.
¿Qué mas alto favor de la fortuna
Pudieras esperar? Ella le arrastra
A tu poder, y el golpe que le cabe
Hace espirar la agonizante España.
Mun. Llegó el instante, sí, que yo me acuerde
De donde tuve el ser, que yo renazca
Al noble ardor, á las costumbres fieras
Que el amor de mi pecho desterraba.
Nunca hasta en este punto la sospecha
Su atroz ponzoña derramó en mi alma;
Supe lidiar, vencer, y despreciarlos,
Y dejarlos vivir. ¿Qué me importaba
Que impacientes mordiesen sus cadenas,
Si ya á romperlas su valor no basta?
¿Quieres saber mi agitacion? pues vuelve,
Vuelve la vista á la muger ingrata,
Por cuyo amor y artificioso halago
El ímpetu detuve á mis venganzas,
Y mírala tambien, cual ya la miro,
Cómplice ser de tan inicuas tramas.
Aud. Tú sabes bien si mi rencor perdona:
Cristianos todos son, y esto me basta
Para odiarlos sin fin: mas por ventura
Tambien como nosotros engañada
La muerte de Pelayo ella creia,
Y es inocente en su traicion.
Mun. No, Audalla,
No es inocente: el jóven que aquí mismo
Hablarla consiguió, vino á avisarla
De esta traicion acaso. ¿Porqué ahora
De la tristeza en vez que antes mostraba,
De incertidumbre congojosa y viva
La miro palpitar? Pues tiembla y calla;
La perjura me vende; y sangre, sangre
Pide á voces mi amor vuelto ya en rabia.
Aud. Ahora sí que en tí encuentro aquel Munuza
Educado en los campos de la Arabia;
Ahora sí que en tí mira el gran profeta
El firme musulman que antes no hallaba.
No haya lugar á la piedad.

ESCENA IV.

DICHOS, PELAYO, LEANDRO, ISMAEL, GUARDIAS.

Leand. ¿Qué intentas?
¿Porqué así á tu presencia nos arrastran?
¿Porqué se ha hollado el respetable asilo
De la hospitalidad, sin que las canas
De un desarmado anciano librar puedan
Su inocente mansion de vuestras armas?
Mun. En todos tiempos, en cualquiera sitio, manda,
Al que os venció en el campo, y ahora os
Debeis razon de vuestros pasos todos.
¿Quién sois? dónde vais?
Leand. Es nuestra patria
Gijon: mi padre el lastimado viejo,
Que hoy sin respeto tu violencia ultraja;
Este guerrero, en mis desgracias todas
Amigo, fiel, me alivia y me acompaña.
Sin fuerza á quebrantar nuestra coyunda,
Sin paciencia bastante á tolerarla,
Venir á saludar nuestros hogares,
Y huir por siempre de la triste España,
Ha sido nuestro intento.
Mun. Alma cobarde,
No encubras la verdad en tus palabras.
Di presto á que vinisteis.
Pel. Si lo sabes,
¿Para qué lo preguntas? si en tu alma
Ya las sospechas sin cesar te gritan

La suerte que mereces, ¿á qué aguardas?
Junta á la usurpacion la tiranía,
Y ahuyente tu temor nuestra desgracia.
Mun. Mal el orgullo que tu lengua anima,
Y esa arrogante ostentacion de audacia,
Con la bajeza infame y alevosa
De tus acciones pérfidas se hermanan.
Rebelde, vil y miserable espía
Viniste á sorprender mi confianza,
Mi esposa á acongojar, y de este pueblo
A alterar la obediencia á mi jurada.
Pelayo que os envia no os defiende
Del peligro mortal que os amenaza;
Y si aun negais lo que saber deseo,
La muerte y los tormentos os lo arrancan.
¿Dónde está ese insensato? respondedme:
¿Cuáles son sus intentos y esperanzas?
Pel. Quizá si lo supieses temblarias:
Mas tú, arrogante musulman, te engañas
Cuando en la fuerza y el poder fiando
Piensas que todo á tu querer se allana.
No cuanto sabe ansiar logra un tirano:
Talar los campos, demoler las casas,
Inundarlas en sangre, esto le es fácil;
Mas degradar por miedo nuestras almas,
Mas mover nuestro labio á tu albedrío,
Bárbaro, á tanto tu poder no alcanza.
Aud. No así oscurezcas tu esplendor supremo
Dando ocasion á su arrogancia vana:
Jamas así se esplica la inocencia,
Y ya culpables son, pues que te ultrajan.
Mueran, y sirvan de escarmiento á todos.
Mun. Caerán; pero no solos: tambien caigan
Los nobles de Gijon, Teudis, Fruela,
Alfonso, Atanagildo...
Pel. De mi audacia,
De mi silencio cómplices no han sido:
Respétalos, tirano.
Mun. Sin tardanza
Vuela, Ismael, y encadenados todos
Vengan á mi presencia en este alcázar.
(*Vase Ismael.*)
Pelayo allá donde se esconde tiemble
Viendo así fenecer sus esperanzas:
Y aguarde con terror la suerte que ellos.

ESCENA V.

HORMESINDA Y DICHOS.

Horm. No tan gran sacrificio á la venganza
(*Corriendo á su hermano, y en ademan de defenderle.*)
Permitido ha de ser: Pelayo, el cielo
No ha concedido á tu infeliz hermana
Ser grande como tú; pero á lo menos
Te defiende en tu riesgo, te acompaña
En tu muerte. Munuza, este el camino
(*Puesta entre los dos y señalando su pecho.*)
Es el que se ha de abrir tu injusta espada
Si va á buscar su corazon.
Aud. ¡Pelayo!
Mun. ¡Su hermano!
Leand. ¿Qué pronuncias, desdichada?
¿Sabes lo que revelas?
Pel. ¿Ya, qué importa?
Pelayo soy: la suerte se declara
(*A Munuza.*)
Entera á tu favor, no la desprecies:
Suelta la rienda á tu impaciente saña;
Envuelve á esa infeliz en mi destino,
Y en el morir iguálanos: ¿qué tardas?
Yo te aborrezco y te persigo; y ella
(No hay delito mayor) ella te ama.
Horm. Cesa, cesa, cruel. ¡Divinos cielos!
¿A quién irán primero mis plegarias?
¿A quién persuadirán que de su pecho
Despida esa altivez, esa arrogancia,
Que al uno lleva á perdicion segura,
Y á abusar de su fuerza al otro arrastra?
Si mis suspiros débiles no os vencen,
Si este llanto que vierto no os ablanda,
Saciad en mí los dos aun mismo tiempo
Esa sed de venganza que os abrasa.
Nadie es culpable aquí sino yo sola:
Yo he faltado á mi sangre y á mi patria,
Y á mi esposo tambien: ¿cuál es el brazo
Que de una vez mi desventura acaba?
¡O Munuza! ese alfange tan teñido,
Ya enseñado á verter sangre cristiana,
Será mas diestro á derramar la mia.
Siega al punto con él esta garganta;
Siégala, y presta á tu infeliz esposa
En tan fiero rigor su última gracia.
Mun. No abuses mas de la indulgencia [mia;
(*A Hormesinda.*)
Que aun á pesar de tus ofensas habla
En favor tuyo, y con silencio y miedo
Mis soberanas órdenes aguarda.
Tú el duro trecho en que te ves contempla.
(*A Pelayo.*)
Ni arbitrio ya te queda, ni esperanza,
Sino en mi compasion.
Pel. Yo no la imploro.
Mun. Conozco tu valor, sé tu constancia,
Y entiendo bien que á contrastar tu pecho
Vano es el riesgo, inútil la amenaza.
Pero esos infelices que arrastrados

Son en aqueste instante hácia el alcázar;
Pero toda Gijon, que al pronto incendio
De mi furor se mirará abrasada,
Todo te manda doblegar tu orgullo:
¿Quieres salvarlos, di, quieres salvarla?
Pel. ¿Qué pretendes de mí?
Mun. Que á su presencia
Humilles esa frente temeraria;
Y de obediencia dándoles ejemplo,
La autoridad augusta y soberana
Del califa respetes. De perfidia
Sé que no eres capaz; tu fe me basta:
Júralo por tu honor y el Dios que adoras,
Y Gijon y tus cómplices se salvan.
Pel. Dices bien, musulman, en este pecho
Jamas halló la falsedad entrada; [cho
Y primero faltará el sol al dia,
Que á sus pactos Pelayo y sus palabras.
Mas oye: si en mi vida algun momento
Hubo en que esta lealtad idolatrada
Pude animarme á profanar, es este
En que me incitas á jurar mi infamia.
Fe te jurára, sí, mas solamente
Por librar de la muerte que ahora amaga
Ese afligido pueblo y mis amigos;
Mas solo por el tiempo que tardára
En hallar un puñal que en sangre tuya
Lavase al fin de mi baldon la mancha.
Pero nunca el oprobio salva á un pueblo:
Nunca aquel que cobarde se degrada,
A la opresion doblando la rodilla,
Despues su frente hácia el honor levanta.
Esto bien lo sabeis, viles tiranos
Mun. Tú dictas, insensato, en tus palabras
Tu sentencia. [
Pel. Ejecútala.
Mun. Al instante.

ESCENA VI.

ISMAEL Y DICHOS.

Ism. Pronto acudid, señor; Gijon alzada
Se niega á obedecer; los nobles fieros
De la atroz sedicion soplan la llama;
Y al nombre de Pelayo que repiten,
El pueblo fiero con furor se exalta;
La sangre corre; vuestros guardias caen:
Todo es ya confusion.
Mun. ¡Qué escucho! Audalla,
Vamos á alzar el formidable azote
Sobre esa muchedumbre vil y esclava.
Aud. ¿Mas qué ordenas en fin de estos cristianos?
Mun. Ellos á las mazmorras del alcázar;
Ella á la torre.
Pel. Su tremendo brazo
Ya el Dios de los ejércitos levanta
Contra tu usurpacion: tiembla, caiste:
Tu hora llegó.
Mun. Di que la tuya, marcha;
Sé mi esclavo hasta el fin: cualquier que sea
La suerte que me aguarda en la batalla,
Vencedor te condeno al escarmiento,
Vencido te consagro á la venganza.

ACTO QUINTO.

ESCENA PRIMERA.

El teatro representa una mazmorra.

PELAYO Y LEANDRO.

Leand. En esta cárcel lóbrega, espantosa,
Donde toda esperanza se nos niega;
Donde tiene la muerte en nuestro daño
Su mano inevitable ya suspensa;
No al fin el hado adverso que nos pierde
Enteramente su rigor despliega,
Y el alivio aunque amargo nos permite
De unir nuestro dolor y nuestras quejas.
Mas tú entre tanto silencioso escuchas;
Y sumergido en tu profunda pena
Ni aun levantas los ojos á tu amigo.
¿Acaso el heroismo, la firmeza
Que tantos males superaba un tiempo,
En el último trance ya flaquea?
Pel. ¡Tu amigo desmayar! ¡Ah! Tú lo sabes
Si de tan santa causa en la defensa [
Esquivé alguna vez riesgo ó fatiga.
Mas mientras dura la mortal pelea,
En ocio vil y vergonzoso verme
Esperando la muerte como espera
La maniatada víctima el cuchillo! [acerca,
Leand. Cuando el forzoso término se
¿Qué vale murmurar contra el camino
Que sin recurso á fenecer nos lleva?
No empero sin venganza moriremos,
Y ya nuestros amigos...
Pel. ¡Ah! pudiera
Llamarlos con mi voz, darles aliento,
Al eco ronco de las armas fieras
Exaltarme y lidiar! y si el destino
Triunfaba de mi vida en la pelea,
Muriera; pero al menos combatiendo
Contra esos fieros árabes muriera.
Así el fin á mi vida igualaria;
Así el poder y dignidad suprema
A que ayer me ví alzar se autorizaban;

Mas yo preso aquí estoy, y ellos pelean;
Ellos mueren con honra, yo en oprobio.
Leand. Basta á tu gloria inmortal carrera;
Y el mundo todo al contemplar tu suerte,
Llanto y admiracion hará sobre ella.
Tú cual Pelayo morirás: mi alma
De ardor sublime y de constancia llena
Se elevará á tu ejemplo, y el destino
Sabrá á tu lado resistir la fuerza.
Digna de tí será mi última hora:
Y cuando en las edades venideras
Los hijos de la patria honren tu nombre,
Tambien de mí se acordarán sus lenguas:
En vida, en muerte acompañó á Pelayo,
Dirán, y mi alabanza será eterna.
Pel. ¿Sabes si tienes patria todavía,
Infeliz? ¿Si á este tiempo ya deshecha
La flaca resistencia de los nuestros,
Coronan sus cabezas las almenas [mundo,
En los muros del pueblo?... ¡O Dios del
Señor de la victoria y de la guerra!
¿Has resuelto otra vez abandonarnos?
¿Viven pintadas en tu mente escelsa
Las culpas de Witiza y de Rodrigo,
Sin que ya nuestra fe borrarlas pueda?
¡Piedad! ¡piedad! Tiempo es aun, perdona.
Cuando entregada esta region se vea
A la supersticion abominable
Con que tu nombre el árabe blasfema,
¿Será mayor tu gloria?... ¡Ay! que algun
Ha de llegar en que sereno vuelvas [dia
Hácia España tus ojos, y mirando
Las plagas que tu enojo echó sobre ella,
De tan fiero rigor tú mismo llores,
Y entonces tarde á la clemencia sea.
Leand. ¿Oyes, Pelayo? La mazmorra se abre; (*Ruido de puertas.*)
Llegó el momento de morir.
Pel. Que venga:
Yo á Dios bendigo en él; venga, y acabe
La horrible incertidumbre, la impaciencia
Que ya no puedo tolerar.

ESCENA II.

HORMESINDA, ALVIDA Y DICHOS.

Pel. ¿Qué buscas,
Desventurada? ¿Acaso la fiereza
De ese bárbaro atroz aquí te envia
Para que á nuestro fin presente seas?
Horm. No, Pelayo; tu riesgo y mi cariño
Me hacen volar ansiosa á tu presencia.
Vengo á salvarte.
Pel. ¡O Dios! ¿con que vencido
Es tambien nuestro esfuerzo en esta prueba?
Horm. Tal vez ya lo será: desde la torre
Ví con terrible estrépito las puertas
Abrirse del alcázar, y furiosos
Arrojarse los árabes por ellas.
Ya allí el tumulto bélico llegaba,
Cuando al ver á Munuza, al ver su diestra
Armada del alfange irresistible
Que tantas veces vencedor le hiciera,
En aquel primer ímpetu arrollados
Los nuestros de repente titubean;
Y aunque siempre luchando, al fin el campo
Les es fuerza ceder. La lid se aleja,
Y entre los espantosos alaridos
Que al batallar horrísono se mezclan,
De cuando en cuando el eco se distingue
En que *¡Pelayo!* y *¡libertad!* resuenan.
Un momento despues esos guerreros
A quienes nuestra guardia y la defensa
De aqueste alcázar encargada ha sido,
Casi todos ardiendo á la pelea
Se precipitan: los demas al ruego
Cediendo, y á mis dádivas, nos dejan
La senda libre que al mar conduce.
Armas allí teneis; el tiempo vuela; [nos...
Venid, huyamos; que Hormesinda al me-
¡Ah, perdona estas lágrimas postreras
Que un desdichado amor saca á mis ojos!
Que Hormesinda en salvarte feliz sea.
Pel. ¿Qué pronuncias? ¿Huir? ¿Leandro?... (*En ademan de marchar.*)
Horm. ¿A dónde, (*Deteniéndole.*)
A dónde vas, cruel? ¿No ves mi pena,
No contemplas tu riesgo?
Pel. A la batalla,
A la victoria voy: ya nos entrega
El Dios omnipotente ese tirano,
Pues al fin libres combatir nos deja.
(*Dirigiéndose hácia el sitio del combate.*)
Amigos, alentaos; nuestro es el dia,
Como fué suyo el de Jerez: mi diestra
Victoriosa os conduzca hácia este alcázar;
Ella os enseñe á derribar las puertas,
A arder sus techos, derrocar sus muros,
A no dejar en él piedra con piedra.
(*Vanse.*)

ESCENA III.

HORMESINDA Y ALVIDA.

Horm. ¿Cómo de un frenesí tan desatado
El ímpetu atajar?... ¿Mas quién me veda
Correr tambien de la batalla al campo,
Y entre esos fieros adversarios puesta
Sus golpes recibir? Quizá uno y otro
Con solo mi morir contentos sean.

Alv. ¿Así, qué lograrás? buscar tu daño,
Y aumentar su furor con su presencia.
Ya ni á la sangre ni al temor te fies:
Cuando retumba el eco de la guerra
Ellos exhalan en sus endebles gritos,
Y escuchados no son.
Horm. Naturaleza,
Si este no me conoce por hermana,
Y de esposa el cariño aquel me niega,
Aun de esposa y de hermana el dulce afecto
Para mayor tormento en mí conserva.
Ya en tan amarga situacion yo debo
Al que mas infeliz de ellos se vea
Acudir, defender... Sé que el destino
No me deja eleccion; sé que la senda
De espinas erizada y de amargura,
Por donde al precipicio me despeña,
Me es fuerza andarla toda: tú entre tanto
Abandona á esta víctima dispuesta
Para el golpe fatal...

ESCENA IV.

MUNUZA SIN ALFANGE, ISMAEL, MOROS Y DICHAS.

Mun. Moros cobardes,
No así me aconsejeis; tras de la mengua
De ser vencido, la venganza sola
Es el placer que el cielo me reserva.
¡O confusion! ¿Quién de las manos mias
Ha arrancado el alfange? ¿En dónde que-
Audalla y sus valientes? ¿Por ventura [dan
Todos han muerto en la fatal pelea,
O todos ya mirándome caido
De seguir á Munuza se avergüenzan?
Horm. Tu esposa no: por medio á los con-
Sin aterrarse de sus armas fieras [trarios
Ella te salvará: su tierno pecho
Será el escudo en que los golpes hieran:
Ellos se acordarán de tus piedades...
Mun. ¿Quién te trae ante mí? Porqué re-
En mi mente hostigada la memoria [nuevas
De mi descuido y criminal flaqueza?
Ella es ahora mi mayor verdugo:
Por tí perdonó un tiempo mi clemencia
A esta ciudad rebelde, que al instante
Debió ser igualada con la tierra.
Por tí dejé vivir sus moradores:
Por tí en fin, sin arbitrio, sin defensa
En la horrenda traicion que me asesina
Me miro fenecer.
Horm. ¡Cómo te ciega
Tu imprudente furor! no desconozcas
La postrera esperanza que te queda:
Yo soy tu asilo.
Mun. ¿Tú? Cuando mi imperio,
Cuando mis muertos árabes me vuelvas,
Cuando mi gloria... Di ¿por tantos bienes
Como tu desastrado amor me lleva,
Ya qué te resta por hacer?
Horm. Salvarte:
Queda en esta mansion de tu grandeza;
Yo saldré, yo á las plantas de Pelayo
Me arrojaré; le rogaré, es fuerza
Que respete tu vida, ó que contigo
Perecer á Hormesinda se conceda. [tante
Mun. ¡De Pelayo! ¿Qué dices? Al ins-
Arrástrale, Ismael, á mi presencia.
Quiero partirle el corazon yo mismo,
(*Saca un puñal.*)
Quiero lanzar al pueblo su cabeza,
Decirle: ahí le teneis, y complacerme
Cuando se cubran de terror al verla.
Horm. No le busqueis.
Mun. Corred.
Horm. Él está libre,
No le busqueis. ¡O Dios! quizá se acerca
Ya vencedor aquí: cede á su suerte.
Mun. ¿Mas quién fué el temerario que
Abrió de su prision? [las puertas
Horm. No lo preguntes.
Mun. ¡Ah infeliz! ¿fuiste tú? Muere,
perversa; (*La hiere.*)
Y que mi mano en el abismo te hunda,
Donde tu aleve ingratitud me lleva.
Horm. ¡Ay de mí!
(*Cayendo en los brazos de Alvida.*)
Mun. Me vengué; corred conmigo
A encontrarle, á acabar...
(*Oyese ruido de los cristianos que llegan.*)
Ism. Pelayo llega;
Los cristianos le siguen vencedores.
¿Qué resolveis, señor? la resistencia
Es aquí por demas.

ESCENA V.

DICHOS, PELAYO, LEANDRO, ALFONSO Y DEMAS NOBLES.

Pel. Volad, amigos,
A Hormesinda salvad: Munuza muera.
Mun. Munuza muere; sí; mas por su
mano:
(*Se hiere y señala donde está Hormesinda.*)
Mas despues de vengarse: mira.
(*Cae: Pelayo y los cristianos acuden á Hormesinda, dejando á Munuza y á los moros detras de sí.*)
Pel. Es ella,
Y espirando... ¡Ah cruel!... (*á Munuza.*)
¿Hermana mia,

Hormesinda, no me oyes?
Horm. ¡Cuál penetra
Esa voz amorosa en mis oidos!
¡Cómo el rigor de mi agonía templa!...
¡Mi amor no halló perdon... vino el castigo,
Y por cuál mano!... A Dios; venciste...
reina...
Pero tal vez en tus gloriosos dias
Algun recuerdo esta infeliz te deba...
Esta infeliz... que por tí muere...
(*Espira.*)
Pel. ¡O cielo!
¿Está ya tu justicia satisfecha?
Españoles, la sangre de Pelayo
Bañando está la cuna que sustenta
Vuestro imperio naciente, y otro duelo
Que vano luto y lágrimas espera.
Muerto el tirano veis; ya no hay reposo;
Siglos y siglos duren las contiendas.
Y si un pueblo insolente allá algun dia
Al carro de su triunfo atar intenta [tos
La nacion que hoy libramos, nuestros nie-
Su independencia así fuertes defiendan,
Y la alta gloria y libertad de España
Con vuestro heróico ejemplo eternos sean.

DON FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA.

Don Francisco Martinez de la Rosa nació en Granada en el año de 1789; despues de haberse dedicado al estudio de las humanidades y de algunas lenguas vivas, cursó en la universidad de su pais natal las aulas de filosofia, matemáticas, derecho civil y canónico. En la misma universidad fué catedrático de filosofia y profesor en el colegio de San Miguel.

En esta situacion se hallaba cuando estalló la revolucion de 1808; emigró de su patria antes de la entrada de los franceses, refugiándose primero en Cádiz, y pasando de allí á Inglaterra. Vuelto á España en 1811, publicó algunos opúsculos históricos y varias obras dramáticas, entre las cuales merecen particular mencion la comedia titulada *Lo que puede un empleo!* y las tragedias *Moraima* y la *Viuda de Padilla*. A fines de 1813 fué nombrado por su provincia diputado á las córtes que se instalaron en Cádiz y continuaron en Madrid hasta mayo de 1814. Envuelto en las persecuciones de aquella época, juntamente con otros diputados, empleó los seis años de su deportacion al Peñon en el cultivo de las letras, y algunas de sus obras aparecen compuestas desde 1814 hasta 1820.

Restablecido entonces el régimen constitucional, volvió á ser elegido diputado á córtes en la legislatura de 1820 á 1821, y posteriormente primer secretario de Estado. Ausentóse de su patria de resultas de la invasion francesa en 1823, y desde aquella época hasta que de vuelta á España fué nombrado, en 1834, primer secretario de estado y presidente del consejo de ministros; retraido enteramente de los asuntos políticos, dedicó todo el tiempo que duraron sus viages por Europa y su larga permanencia en Paris, al cultivo de la literatura, habiendo publicado en esta capital cinco tomos de obras literarias, y dado al teatro de la *Porte Saint-Martin* un drama histórico titulado *Aben-Humeya*, cuyo éxito fué muy brillante. Despues de su regreso á España dió al teatro el *Edipo*, la *Conjuracion de Venecia* y los *Zelos infundados*.

Por entonces publicó tambien la vida de *Hernan Perez del Pulgar*, el de las hazañas, y poco despues los tres primeros tomos del *Espíritu del Siglo*. El señor Martinez de la Rosa es ademas uno de nuestros mejores poetas líricos y de nuestros mas distinguidos oradores parlamentarios. Es actualmente representante de su provincia en el estamento de SS. diputados del reino.

Este ilustre escritor es uno de aquellos hombres, rarísimos por desgracia en las altas regiones del poder, sobre todo en tiempos de revolucion, á cuyo noble carácter y nunca desmentida probidad hacen completa justicia los hombres sensatos de todos los partidos.

LA NIÑA EN CASA

Y LA MADRE EN LA MASCARA,

COMEDIA.

PERSONAS.

DOÑA LEONCIA, madre de doña Ines.
DOÑA INES.
DON PEDRO, hermano de doña Leoncia.
DON LUIS.
DON TEODORO.
JUANA, criada de doña Leoncia.
PERICO, criado de don Teodoro.

La escena en Madrid, en la casa de doña Leoncia.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

El teatro representa una sala decentemente adornada, con una puerta en el foro, por la que se entra de la calle; á la derecha la puerta de la habitacion de don Luis; á la izquierda la del cuarto de don Pedro; en el mismo lado otra puerta, que conduce á las demas habitaciones de la casa.

DON LUIS, Y DON PEDRO QUE ENTRA DE LA CALLE.

Ped. ¡Jesus, que plomo de hombre!...
Perdone usted el mal rato,
Amigo don Luis: ahí cerca
Tropecé por mis pecados
Con un eterno hablador,
Que me ha tenido hora y cuarto
Sin dejarme respirar.
Luis. Solo siento que ha pasado
La hora de ir á nuestro asunto.
Ped. ¿Qué remedio? Si no han dado
Las doce, y tocan á misa,
Aun me tiene el judiazo
Del mercader en la calle...
¡Qué charlar! Un escribano
Y un procurador hambriento
No ensartan mas; pero al cabo
Dió una noticia importante;
Y es que á Cádiz ha llegado
Correo de Vera-Cruz.
Luis. Ya estaba yo con cuidado
Sin noticias de mi padre.
Ped. Pues mi dichoso cuñado
Tampoco ha escrito en diez meses:
Estarán apisonando
Talega sobre talega,
Y mas que de arriba abajo
Se hunda el mundo. Yo no sé
Como resolvió enviaros
Vuestro padre á pretender...
Luis. Nunca me sentí inclinado
Al comercio.
Ped. Pues tampoco
Aprendereis en diez años
El papel de pretendiente:
Teneis juicio, sois honrado,
Ni adulais ni sois molesto...
¿Y quereis venga á buscaros
La toga? ¡No es mal capricho!
Luis. Pasaré con mas descanso
Mi vida: ¿qué se ha de hacer?
Ped. Eso sí, tan mesurado
Siempre... Mas de algunos dias
A ésta parte os he notado
Que estais triste y pensativo:
¿Qué teneis? Habladme claro;
Ya conoceis mi carácter.
Si aquí en casa os han faltado
Al obsequio que se debe...
Luis. No cabe mas agasajo
Que el que todos me dispensan.
Ped. Si algun pícaro criado
No os sirve como á mí mismo...
Luis. Todos se esmeran...
Ped. Sí acaso
La niña con sus vivezas
Os ha disgustado en algo...
Luis. No, no por cierto, don Pedro.
Ped. Ya lo acerté: os ha enfadado
Con alguna impertinencia
Mi bendita hermana; claro:
Ella es buena, es obsequiosa;
Tiene un corazon honrado;
Pero, ¿cabeza? ya va;
Siempre en sus modas pensando,
Siempre haciéndose la niña...
Luis. Pero, señor...
Ped. Ya he notado
Que no estais contento en casa:
Y si mi hermana ó mi diablo
Tiene la culpa, le juro...
Luis. Por Dios, que os estais cansando,
Y no es nada, nada de eso...
Ped. La verdad: yo he sospechado
Que ya no os gusta Inesita,
Como al principio: soy franco;
Y segun mis conjeturas,
Vuestro padre y mi cuñado
Os enviaron á España
Con el proyecto entre manos
De casar los herederos.
No porque felices ambos
Vivais en el paraiso;
No por cierto, ni soñarlo:
A estilo de comerciantes,
Con el tintero en la mano,
Ajustarian la boda
Como azúcar y cacao:
Veinte pones, veinte pongo,
Son cuarenta, y llevo cuatro.
Esto es solo una sospecha;
Pero, pues solos estamos,
Imitando mi franqueza
Decidme si voy errado.
Luis. No lo sé; pero Inesita...

Ped. No os desagrada...
Luis. Es un pasmo
De belleza, su carácter
Ingenuo, afable su trato,
Dócil, discreta, festiva...
Ped. Pues, hombre, ¿en qué estais pen- [sando
Que no la sacais de penas?...
¿Me poneis los ojos bajos
Y callais á lo novicio?
Será preciso con garfios
Arrancaros las respuestas:
Tiene ligeros los cascos
La muchacha; ¿no es así?...
Muger, diez y siete años,
La educacion de la corte,
Las amiguitas, el trato
Con mozalvetes del dia,
La madre... ya tropezamos
Con la piedra... ¿No es verdad?
Luis. Puesto que estais empeñado
En que he de satisfaceros;
Os mostraré ingenuo y franco
Mi corazon.
Ped. Por supuesto.
Luis. Con usted solo; y guardando
El secreto que es debido,
Tomar pudiera en mis labios
A una familia á quien debo
Tantos favores...
Ped. Al grano.
Luis. Omito el decir á usted
Cuan pronto quedé prendado
De Inesita: la amé tierno;
Busqué en sus ojos el pago
De mi amor; cobré esperanzas:
Mis espresiones hallaron
Ternura, en vez de desvío;
Y ciego de enamorado
No aspiraba á mas ventura
Que á lograr su hermosa mano.
Pero bien pronto mis gustos
Acibaró el desengaño:
Hallé voluble su genio,
Y que los malos resabios
De una educacion de moda
Iban sin cesar labrando
En su corazon sencillo:
A tertulia desde el palco,
Al baile desde el paseo,
Sin aficion al cuidado
Ni al arreglo de la casa,
En los objetos mas vanos
Consumió su atencion toda.
Desde entonces fuí notando
Que á su pasion sucedia
El despego mas estraño;
Que hallaba adusto mi genio,
Porque su bien anhelando,
No alababa sus caprichos,
Como los jóvenes fatuos
Que de continuo la cercan:
Uno de ellos...
Ped. El bellaco
De don Teodoro.
Luis. Ese mismo:
Su orgullo lisonjeando,
Pintándole el matrimonio,
No como el yugo templado
Del amor y de las leyes,
Sino como el medio franco
De gozar mas libertad,
Le hizo ver en mí un tirano
Que aspiraba á esclavizarla.
A los consejos dañados
De su amistad lisonjera
Muy en breve se mezclaron
Los obsequios amorosos...
En fin, para no cansaros,
Me robó (¡ay triste!) el amor
De Inesita, siendo vanos
Mis esfuerzos por mostrarle
La razon: su pecho incauto,
Mas espuesto por mas dócil,
No resistió al falso halago
Del amor propio, al deseo
De lucir en el teatro
Del mundo, cual sus iguales,
Al mal ejemplo inmediato
De una madre inadvertida...
Pero hablar con un hermano
De estas cosas, es muy duro...
Ped. Sí; pues estaré esperando
A que me digais que es loca...
Hace unos cuarenta años
Que túve yo esa noticia.
Luis. No quise yo decir tanto,
Ni fuera razon tampoco;
Solo sí manifestaros
Que, no menos que su hija,
Es víctima del contagio
General de las costumbres:
Por no sufrir los sarcasmos
De la turba corrompida
De insolentes cortesanos,
Sigue del lujo y la moda
Los estravagantes pasos,
Sin que la edad la corrija
Ni la enmiende el desengaño.
Sé muy bien que es incapaz,
Aunque en riesgo tan cercano,
De faltar á los deberes
Del honor y de su estado;

Pero á un orgullo pueril
Su opinion sacrificando,
Mas que ser mala, procura
Ante el mundo aparentarlo.
A su hija misma disputa
Los obsequios y agasajos
De jóvenes pisaverdes;
De esta lucha resultando
Mil lances, que dan materia
De diversion á los vagos
Y de lástima á los cuerdos:
Yo que tan interesado
Estoy en su propio honor...
Me parece que oigo pasos,
Y sintiera...
Ped. Hétela aquí,
Que viene por su retrato.

ESCENA II.

DON LUIS, DON PEDRO, Y DOÑA LEONCIA QUE ENTRA DE LA CALLE, Y SE SIENTA DESPUES.

Leonc. Si no me da un tabardillo,
Tengo la sangre de hielo:
¡Qué Madrid! Ni un lugaron
De la Mancha estará menos
Surtido... Nada de gusto...
Ped. Téngalos usted muy buenos.
Leonc. ¿Ahí estás tú, linda maula?
Vengo para cumplimientos
Segun el humor que traigo.
Luis. Venis mala?
Leonc. No por cierto,
Don Luisito; son cuidados.
Que las señoras tenemos.
Ped. ¿Y cuál es el que te aflige?...
Un abanico te apuesto
A que lo acierto.
Leonc. ¿A que no?
Ped. ¿No hay palco en el coliseo
Este carnaval?
Leonc. El doce.
Ped. ¿Se ha puesto el doguillo enfermo?
Leonc. Tampoco.
Ped. Va la tercera:
Leonc. No te devanes los sesos,
Porque no lo has de acertar.
Ped. Ello es de grave momento.
Leonc. Ya se ve.
Luis. ¿Podrá saberse?
Leonc. Para la noche tenemos
Una máscara dispuesta;
Y esta mañana me encuentro
Que me faltan mil adornos
Para el trage... Busco, veo,
Registro, tiendas, modistas...
Todo antiguo, todo viejo,
Ningun capricho gracioso...
Ped. ¡Vaya! si no hay ya gobierno
En este Madrid.
Leonc. ¿Te burlas?
Ped. No tal; antes me lamento
De que está el mundo perdido;
Pero, dime: ¿dónde bueno
Va la música esta noche?
Lenc. Casa de aquel caballero
Tan rico de Andalucía...
Ped. Así es muy fácil el serlo;
Con deber y no pagar...
Leonc. Eso sí, darle de recio
A la espada de dos filos,
Desollar... ¿Y qué tenemos?
Con tomar agua bendita,
Te quedas luego tan fresco.
Ped. Supongo que irá la niña
A la fiesta.
Leonc. No por cierto:
Se queda en casa.
Ped. ¿Y porqué?
La máscara es un portento
Para escuela de moral.
Leonc. Pues por lo mismo no quiero
Llevarla donde hay desórden.
Ped. En dándole el buen ejemplo
De ir su madre la primera...
Leonc. ¡Ola! ¿Con que ya tenemos
Predicador cuaresmal?
Ped. Fuera sermon en desierto.
Leonc. Te he dicho ya que voy sola,
Que en casa á Inesita dejo,
Porque luego no me gruñas.
Ped. Maldito si te agradezco
La fineza: ¿te parece
Que la causa no comprendo?
Es que el padre provincial
Se deja encerrado al lego
Para retozar mas libre...
Leonc. ¡Ay, que lengua!
Ped. Porque entiendo
A la gente veterana:
¿No ves que soy perro viejo?...
Yo no sé, amigo don Luis,
Si os divertirá lo mesmo
Que á mí: cuando voy á un baile,
Como ni danzo ni juego
Ni echo flores á las damas,
De una silla me apodero;
Y no pasa alma viviente
Sin que pague su derecho,

Como en portillo de guardas.
Pero en nada me entretengo
Como en mirar á las viejas,
Cuando grita el bastonero:
Contradanza! Aquí fué Troya...
Las jóvenes al momento,
Cada cual con su pareja,
Se colocan por supuesto
A la cabeza del baile:
Los generales mas diestros
Desde allí ordenan el plan;
Dan la voz de mando, y luego
Las órdenes se circulan
Al batallon de refuerzo,
Que se estiende á retaguardia,
Por lo regular compuesto
De muchachuelas bisoñas
Y cadetes inespertos.
Pues aquí, amigo don Luis,
Es donde encuentran su puesto
Las inválidas ilustres,
Que llenas de honrosos premios
En cien años de servicio,
Aspiran á mas trofeos.
Leonc. ¿Callarás?
Ped. Allí es el verlas
Mover el pesado cuerpo
Al veloz paso de ataque;
Allí el correr sin aliento,
Descargando medio siglo
Sobre el pobre compañero...
Leonc. No basta ya la paciencia
(*Levantándose.*)
Para un hablador tan necio.
Ped. Pues callaré; estate quieta:
Si no te enfadas, te tengo
Que preguntar una cosa.
Leonc. Pues dila.
Ped. ¿Saber podremos...
Dónde has dejado á Inesita?
Leonc. Estará de vuelta luego:
Fué casa de unas amigas...
Ped. ¿No lo dije?... Devaneos
De una madre casquivana,
Descuidos que en algun tiempo
Pueden costarnos muy caros.
Leonc. Fué con Juana...
Ped. ¡Buen sugeto!
Leonc. Es muchacha de razon.
Ped. No la iguala el Cancerbero
Para guardar un serrallo...
Leonc. Ni hay honra qué esté á cubierto
De tu lengua.
Ped. Pero, dime,
Muger: ¿te parece cuerdo
Dejar ir con la criada
A la niña?
Leonc. No está lejos
La casa.
Ped. Pues mas cercano
Está á las veces el riesgo.
Leon. Ya les dije que cuidado...
Ped. El aviso fué discreto!
¿Y porqué no fuiste tú?
Leonc. ¿Con que no podré un momento
Separarme de mi hija?...
Ped. Por mi voluntad, ni medio.
Leonc. ¡No era mala esclavitud!
Ped. Para madres de estos tiempos
Dices bien: les duele mucho
En las calles y paseos
Llevar la fe de bautismo
Por delante; y yo por eso
No les diera otro castigo:
¿Ni cabe mayor tormento
Que ver andar á la niña
Como un bergantin velero,
Y detras ir á remolque
El casco pesado y viejo
De la madre, aparentando
Que sale del astillero?...
Y lo mas triste del caso
Es cuando el diablo travieso
Les sugiere á las muchachas,
Que al ir pasando por medio
De un corro de pisaverdes,
Vuelvan la cara diciendo:
Madre... madre... ¡Haya malvadas!...
Luis. Ola, Inesita...
Leonc. Me alegro.

ESCENA III.

DON LUIS, DON PEDRO, DOÑA LEONCÍA, DOÑA INES, JUANA.

Ines. Luisito, muy buenos dias;
Felices, tio: ¿no he vuelto
Pronto, mamá?
Leonc. Sí, mis ojos.
Ines. Hemos venido corriendo
Por no tardar.
Juana. Y unos coches
Sin querer nos detuvieron
Ahí en la Puerta del Sol.
Ped. Por eso, Juana, no es bueno
Ir por calles escusadas.
Juana. Pues siempre busca lo menos
Concurrido...
Ped. Se conoce.
Juana. No tengo sabroso el genio
Para sufrir los moscones.

*****

Que al pasar echan requiebros.
Ped. Haces bien.
Juana. Yendo cruzando
Por la esquina de Correos,
Nos requebró un perillan;
Y si el brazo no detengo...
Ped. Seria algun hombre indecente...
Juana. Sí, señor.
Ped. Tan descompuesto,
Tan mal vestido...
Juana. Seguro.
Ped. Mala cara...
Juana. Hasta era tuerto.
Ped. Viejote...
Juana. ¿Pues le vió usted?...
Ped. No, Juana; pero sabiendo
Tu virtud, sospeché al punto
Que era horrible, pobre, y viejo.
Leonc. No hagas caso (*á Juana*). Yo no he visto
Unos colores mas feos... (*á doña Ines*).
(*Doña Leoncia y doña Ines habrán estado examinando, durante este diálogo, algunas cintas que ha traido la última.*)
Ines. Acérquese usted, Luisito,
A dar su voto.
Luis. No entiendo,
Inesita, de esas cosas;
Y errára de medio á medio.
Ines. ¿Cuándo ha de aprender usted
A ser un buen consejero
De tocador?
Luis. Me parece
Que si no mudo de genio,
Tarde ó nunca.
Leonc. Yo no he visto
Un mozo menos dispuesto
A complacer á las damas:
¿Tan poco le merecemos
A usted?
Luis. Todo lo contrario:
No hay quien haga mas aprecio
De las señoras que yo;
Sé la atencion y respeto...
Leonc. ¡Jesus! Jesus! qué atrasado!
Ni un finchado caballero
Portugues dijera mas.
Conviene vayais perdiendo
Los resabios de provincia;
Es menester mas despejo,
Mayor franqueza en el trato
Con las damas: sois discreto,
Y oscureceis vuestras prendas
Con tanto comedimiento.
Ines. Lo mismo le digo yo.
Leonc. ¿No sabeis que fray Modesto
Nunca llegó á provincial?
Adquirid cierto gracejo,
Cierta viveza y donaire
Para hablar al bello sexo.
Ines. ¿Lo ve usted?
Leonc. ¡Y cuántas veces
Un equívoco travieso,
Una alusion maliciosa
Hará lucir vuestro ingenio,
Y os conquistará el amor
De una dama!
Juana. Yo reniego
De los hombres taciturnos,
Pero los hay hechiceros,
Tan gitanos, tan graciosos...
A mí mas me gusta un feo
Con sal...
Ped. ¡Bravo! ¿Tambien tú
Te has metido á dar consejos?
¡La de la sal!.. de cocina
Y de echársela al puchero
Entenderá, si la dejan. —
No os faltan buenos maestros,
Don Luisito, y en dos dias
Un cortesano completo
Podeis salir de esta casa...
Por mi parte, lo que siento
Es no hallarme ya en edad...
(*A doña Leoncia.*)
¿Lo dudas? Pues no soy lerdo;
Y á mí con pocas lecciones
Bastaba; que bien comprendo
Acá traducida en tonto
La leccion: á ver si miento.
Escuche usted, don Luisito:
La urbanidad y el respeto
Con las damas son ya propios
De señoritos gallegos
O mayorazgos de aldea;
Los jóvenes de talento
Y educacion cortesana
Han de ser libres, resueltos
Con casadas y solteras;
Y solo se exige de ellos
Que doren con algun chiste
Sus insolentes conceptos.
Entonces no hay que temer;
La de mas adusto genio
Os da con el abanico
Un golpecito, diciendo:
« ¡Vaya; que es usted el diablo!
« ¿Cuándo ha de estarse usted quieto
« Y tener juicio?.. » La madre
De carácter mas severo
Os dice, guiñando el ojo:

« Repare usted que hay enfermos,
« Y no es ocasion de hablar... »
Las niñas, al mismo tiempo,
Retozándoles la risa
Y con la vista en el suelo,
Procuran disimular
Que la indirecta entendieron...
Leonc. Corta!... corta!... ¡Qué tijera!
Ped. ¿No voy bien, señor maestro?

ESCENA IV.

DON LUIS, DON PEDRO, DOÑA LEONCIA, DOÑA INES, JUANA, DON TEODORO.

Teod. Toda la familia junta:
Así me gustan las casas,
Arregladitas... Señoras,
A ustedes fuera insultarlas
Preguntarles cómo están;
Basta el mirarles la cara,
La tez, el color... Me alegro.
(*A don Pedro.*)
De veros, que ha una semana
Que no lograba ese gusto.
Ped. Yo le doy á usted mil gracias
Por su atencion.
Teod. Hay personas
Que naturalmente agradan
Por su buen ángel...
Ped. Seguro.
Teod. Se lo dije á vuestra hermana
Desde que os ví.
Leonc. Ciertamente.
Teod. Aunque uno tenga sus faltas,
Ligerezas de muchacho,
El mérito simpre encanta
Donde quiera que se halle...
Ped. Deje usted...
Teod. Se me antojaba
Que aun se os conoce un poquito
La fluxion.
Ped. No será nada.
Teod. Con todo, algun cocimiento
De flor de llanten y malvas...
Ped. Voy mejor, gracias á Dios.
Teod. Es que si luego se arraiga
Ese dolor... Ya se ve;
Meditaciones, la larga
Lectura, graves cuidados...
Ped. La edad, la edad.
Teod. ¡Pues no es mala
La aprehension! ¿Usted se burla?
La edad... Quisiera acertarla...
A ver si le yerro mucho:
La vista viva, la planta
Firme... Serán... ¿treinta y ocho?
Ped. Y otros doce de adehala.
Teod. No es posible.
Ped. Cuente usted:
Soy el mayor, y á mi hermana
Le llevo unos cinco años...
Leonc. Teodoro, oiga usted.
(*Con suma viveza.*)
Ped. Aguanta, *ap*
Que yo ya me he sacudido
El zángano.
Leonc. ¿Qué se habla
Hoy por la Puerta del Sol?
Teod. De noticias de importancia
Pocas, muy pocas: anoche
Anduvieron á estocadas
En la partida de juego...
¡Si la paciencia no basta
Para sufrir al marques!...
¡Qué trapalon!... Triunfa, gasta,
Juega, miente, petardea...
Pues la muger... ya es alhaja!
Y su eterno cirineo
No es muy bobo... Mesa franca,
Coche puesto, ropa limpia...
Pero ciertas voces andan
De que va á perder el pobre
La prebenda, y que la sacan
A oposicion... Pues yo apuesto
A que el capitan la gana
Entre dos mil concurrentes:
No hay quien asalte una plaza...
De amor, ni un plato sopero
Con mas arte... Hasta á la maula
De la Isabel engañó;
Bien que la niña...
Ped. Ya escampa.
Teod. Desde el año de ocho acá
Ha desplumado en sus garras
Tres oficiales franceses,
Dos polacos, al fantasma
Del contador italiano...
¿Y de los nuestros? No es nada:
A un consejero, á un doctor,
Al ricote de la Habana
Que quebró... ¿No os acordais?
(*A doña Leoncia.*)
El que tuvo las palabras
Con aquel capigorron,
Que con la andaluza gasta
Todo el beneficio simple...
Leonc. No caigo.
Teod. Y ella se llama...
¿No la conoceis, don Pedro?
Una buena moza, alta,

Blanca y rubia... el mejor fruto
Que han dado las Alpujarras...
¿Ni usted, Luisito?
Luis. Tampoco.
Teod. Pues es preciso que Juana
Haga memoria: la madre
Va vestida de beata,
Con sayal de san Antonio.
Juana. ¿La que salió desterrada
Por hallarle aquel marido
El contrabando en su casa?
Teod. La misma; jamas he oido
Ocurrencia de mas gracia:
¿No la sabe usted, don Pedro?
Pues fué entonces muy sonada...
Ped. ¿Quiere usted venir, Luisito,
Concluiremos en mi sala
La cuentecilla pendiente?
Luis. Como usted guste.

ESCENA V.

DOÑA LEONCIA, DOÑA INES, JUANA, DON TEODORO.

Teod. Me agrada
El modo de despedirse
A la francesa... Son mañas
De los señores de juicio
Si se les dice una chanza,
Se ponen serios; y luego
De noche toman la capa;
Se calan bien el sombrero,
Van volviendo atras la cara,
Y andan armados en corso
Cruzando por la Fontana.
Leonc. Hoy venis de buen humor.
Teod. Pues si es verdad; si me enfadan
Pecadores vergonzantes
De guardilla...
Leonc. No me engañan
A mí tampoco.
Teod. El Luisito!...
(*A doña Ines.*)
Pues de esta vez no se escapa
Sin que sepais sus milagros...
¿Sonó la puerta?...
Leonc. No es nada.
Teod. Capaces son de escucharnos...
Leonc. Pues vamos á la otra sala,
Y allí con satisfaccion...
Teod. En sabiendo usted las gracias
(*A doña Ines.*)
Del tal novio, no haya miedo
Que sienta perder la alhaja.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA INES Y JUANA, EN ADEMAN UNA Y OTRA DE COSER ALGUNOS ADORNOS MUGERILES.

Juana. ¿Por eso tan abatida?
No lo creyera á no verlo.
Ines. ¿Te parece poco?
Juana. ¡Vaya!
Nunca ha llorado por menos
Una muger... Señorita,
Si usted no ensancha ese pecho,
Va á ser mártir en el mundo.
Yo tambien tuve algun tiempo
Disgustos y niñerías,
Quise bien, rabié de zelos,
Y una riña con el novio
Bastaba á quitarme el sueño:
¿Y qué saqué? Desengaños.
¿Querer á los hombres? ¡Fuego!
Fingir amor, engañarlos,
Echar á cien el anzuelo;
Si uno se escapa, otro cae;
Si uno se muere, otro al puesto;
Y en clavándose algun bobo,
Casorio, y negocio hecho.
Ines. No me aflige el no casarme;
Aunque en verdad te confieso
Que amo á Teodoro, y quisiera
Sin obstáculos ni riesgos
En breve llamarle mio...
Solo este estado violento
De incertidumbre y de dudas,
El ver sus finos obsequios
A mi madre, el verme esclava,
Y que aun decir que le quiero
Ha de ser en mí un delito...
Juana. ¡Ahí es nada! ¿No ha de serlo?
¡Una soltera querer!
No faltaba mas. Un gesto,
Una seña, una mirada,
Es peor que un sacrilegio
En una pobre doncella:
« Niña, cuidado con eso;
« No vuelvas atras la cara;
« No me gustan secreteos;
« No te asomes á la reja... »
¡Mal haya tantos consejos
De las madres! ¿Y porqué
No dan ellas el ejemplo?...
Pero es la ley del embudo:

En ellas todo está bueno;
Bailan, juegan, se divierten,
Llevan al lado el cortejo,
Dejan en casa al marido...
Y el pueblo, el bendito pueblo
¿Qué dice?... Nada; que es moda.
¿Pues cuándo llegará el tiempo
De moda para nosotras?
Ines. Calla, loca.
Juana. Si me quemo
De ver lo que pasa hoy dia:
Las unas tienen derecho
De hacer cuanto les da gana;
¿Y las otras? Ni por pienso:
La opinion... el qué dirán...
El pudor, el embeleco...
¡Ay, Dios mio! ¡Quién saliera
De este triste cautiverio,
Y lográra echar el gancho
Aunque fuera á un moro negro!
Pero no: que al tal Perico
Le he de cantar un solfeo
Que no ha de querer oirme...
Y usted, señora, lo mesmo
Debiera hacer con su amo...
Ines. No dices mal.
Juana. Pues á ello:
Hoy mismo, si hay ocasion,
Hablarle poquito y bueno.
Por él ha dejado usted
A don Luis, que aunque es tan serio,
Al fin es jóven y rico;
Por él está usted sufriendo
La mala cara del tio;
Por él no tiene un momento
De tranquilidad y gusto:
Si habló á mi madre en secreto,
Si la acompañó al teatro,
Si juntos los dos se fueron
Al baile...
Ines. Mira esta noche
Lo que me espera!...
Juana. ¡Reniego
De quien lo sufre! Nosotras
En nuestro cuarto cosiendo,
Luego á cenar como monjas,
Y á la cama; mientras ellos
A la comedia, á la danza,
A estar bailando y riyendo
Hasta ya salido el sol...
Vendrá muy cansada luego
La mamá; se acostará;
Nos levantarémos quedo,
No despierte y se incomode...
¡Vaya! No tengo yo genio
De sufrir tanto.
Ines. ¿Y qué quieres
Que haga yo?
Juana. Poner remedio:
Decir al tal don Teodoro
Cuantas son cinco; y si luego,
Luego, no quiere casarse,
Sin mas plazo ni mas tiempo
Que el que se le da á un ahorcado,
Pasaporte y viento fresco.
Ines. Pero ¿cómo he de atreverme
A manifestar deseos
De que acelere la boda?
Juana. Pues pudrirlos en el pecho,
Sufrir, rabiar, y entre tanto...
Ines. No sé qué hacer... pero temo
Dar un disgusto á mi madre.
Juana. Pues dejarle libre y quieto
Al don Teodoro, y despues...
Ines. Calla, muger...
Juana. No hay mas medio
De que haya paz en la casa.
Ines. Tienes razon...
Juana. Pues hacedlo;
Olvidarle...
Ines. No mas, Juana...
Juana. Decirle que en ningun tiempo
Tiene que pensar...
Ines. Por Dios...
Juana. ¿Pues qué adelantais sufriendo
Y dilatando el martirio?
Ines. Pero, ¿y mi madre?...
Juana. ¡No es bueno
El escrúpulo! ¿Y porqué
Le ha de tener tanto miedo
Al dulce nombre de *suegra*?
Si al principio le hace gestos,
Ella se acostumbrará;
Y si no, pronto remedio:
Antes de pasar tres años
Ya le llamará algun nieto:
Abuela, abuelita mia...
Ines. Siempre estás de fiesta.
Juana. Y siento
No estarlo mas; pero chito:
Que me parece han abierto
Una puerta...
Ines. Si es don Luis...
Juana. Ese mismo caballero.

ESCENA II.

DOÑA INES, JUANA, DON LUIS.

Luis. ¡Válgame Dios, qué aplicada!
Hasta en la siesta...
Ines. Tenemos

Que acabar estos adornos
Para la noche, y no hay tiempo.
Luis. Supongo ireis á lucirlos
Al teatro.
Ines. No por cierto:
Son para mamá; ni aun voy
Esta noche al coliseo.
Luis. ¿Y porqué?
Ines. No tengo humor.
Luis. ¿De veras?
Ines. Como lo siento.
Luis. No es decir que me engañeis;
Pero lo estraño.
Ines. ¿Y no puedo
Tener tambien mis caprichos?
Luis. Ya... pero con todo eso...
Carnaval... no ir al teatro...
Y aun me parece que advierto
Que estais un poco encendida...
Ines. Estoy ha rato cosiendo,
Y me duele la cabeza.
Luis. Yo dijera... pero temo
Que me llameis malicioso.
Ines. Decidlo, no tengais miedo.
Luis. Si lo acierto, ¿sereis franca?
Ines. Si, lo seré.
Luis. No lo creo.
Ines. ¿Porqué?
Luis. Porque las mugeres
Muy rara vez suelen serlo.
Ines. Lo está mala la lisonja;
Por mi parte la agradezco.
Luis. No es la culpa de ellas, no.
Ines. ¿Pues de quién?
Luis. Bien podeis verlo
Por vuestra propia esperiencia...
Ines. Os juro que no os entiendo.
Luis. Harto será: ¿Pues acaso,
Desde los años mas tiernos,
A qué enseñan á las niñas?
A ocultar dentro del pecho
Los gustos mas inocentes,
A disfrazar sus deseos,
A desmentir con sus voces...
¿Qué, suspirais?
Ines. No por cierto;
Seria casualidad.
Luis. Mas vale así. ¿Pero tengo
Razon en lo que decia?
Ines. Tal vez...
Luis. En este momento
Lo está probando usted misma...
Ines. ¿Cómo?
Luis. Con ese silencio.
Ines. ¿Pues qué quiere usted que diga?
Luis. Lo que sintais.
Juana. Sin rodeos
Ni embustes: cuanto habeis dicho
Es, señor, el evangelio.
Ines. ¡Ay, don Luis! ¡Y cómo envidio
El ser hombre!
Luis. Así lo creo:
Ni fingen ni disimulan...
Ines. Al menos, pueden no hacerlo;
¡Pero nosotras... nosotras!...
Una voz, un solo acento,
Una mirada es un crímen...
Luis. ¿Mas, en fin, yo no merezco
De usted ni una confianza?
Ines. No tengo ningun secreto,
Ni estoy triste.
Luis (*con vehemencia*). Yo quisiera
Que me contaseis, al menos,
Por vuestro mejor amigo;
Ninguno con mas derecho,
Ninguno, Inesita, nadie...
Mas me olvidaba... Mudemos
De conversacion.
Ines. ¿Porqué?
Luis. ¿Ha salido ya don Pedro,
Juana?
Juana. Hace mas de una hora.
Luis. En el café...
Juana. Por supuesto:
Allí estará con su gente
De peluquin, revolviendo
Los huesos á todo el mundo;
Hablando mal y gruñendo
De los jóvenes del dia,
Para celebrar sus tiempos.
Ines. ¿Callarás, Juana, esta tarde?...
Me parece estais suspenso,
Don Luisito.
Luis. Estoy pensando
Dónde he de pasar el tiempo
Hasta ir al Prado...
Ines. ¿Y no mas?
Luis. ¡Qué sé yo!...
Ines. ¿Si el mal ejemplo
Del disimulo en las niñas...
Luis. Acabad.
Ines. Irá cundiendo
Como contagio á los hombres?
Luis. No sé... Voy á ver si encuentro
En el café á vuestro tio.
Ines. Divertirse.
Luis. Lo agradezco.
A los piés de usted... (*Se queda parado.*)
Ines. ¿No os vais?
Luis. Pensaba... Mas voy corriendo
No se vaya... Hasta la noche.
Ines. Haceis bien en huir del riesgo.

Luis. ¿De qué riesgo?...
Ines. Del contagio.
Luis. ¿Qué contagio?... No me acuerdo.
Ines. Del disimulo en las niñas...
Luis. Yo estoy libre.
Ines. Lo celebro.

ESCENA III.

DOÑA INES Y JUANA.

Juana. Señorita... señorita...
Ines. ¿Qué dices, Juana?
Juana. Sospecho
Que hay reliquias...
Ines. No; te engañas.
Estimo á don Luis, le aprecio,
Le quise; pero me inspira
Mas amistad y respeto
Que no amor: el no encontrar
Obstáculos ni tropiezos
Para nuestra union, el verle
De continuo y sin recelo,
Y el no oponerme rival
Que despertase mi afecto,
Le hizo entibiar poco á poco.
Juana. Quizá quisiera usted menos
A don Teodoro, si no...
Ines. ¡Ay Juana!
Juana. ¿Os toqué muy recio
En la herida?
Ines. Yo no sé...
Ni yo misma decir puedo
Lo que sufro.
Juana. Lo conozco.
Ines. Mirarle á cada momento,
Y apenas poder hablarle;
Estar con rostro sereno
Y la sonrisa en los labios,
Cuando me falta aun aliento;
Sufrir sin poder quejarme;
Callar, y abrasarme en zelos...
No, Juana, no me es posible
Tolerar tantos tormentos;
Sin juicio estoy.
Juana. No, por Dios,
No os aflijais.
Ines. Y no encuentro
Ni remedio ni esperanza,
Ni aun una persona al menos
Que tome parte en mi suerte...
Juana. No lloreis.
Ines. Mi padre lejos...
Mi tio, es verdad, me quiere;
Pero aborrece en estremo
A Teodoro, y por su gusto...
Juana. ¿Cómo ha de querer el viejo
Que un jóven franco y garboso
Saque á lucir su dinero?
Primero os verá cien veces
Llevar palma en el entierro.
Ines. Si es mi madre...
Juana. ¿Vuestra madre?
¡Pues no era malo el empeño!
Si esperais para casaros
Tener su consentimiento,
Ahí cerca estan las Descalzas...
¡Y con Teodoro! Por cierto
Celebrará la eleccion.
Ines. ¿Con que nunca esperar debo
Ser su esposa?
Juana. ¿Y por qué causa?...
¿No le amais? ¿No os tiene afecto?
Pues queriendo dos amantes,
¿Qué son cien viejas, cien viejos,
Padres, abuelos y tios,
Familia, amigos y deudos?
Ines. Pues, Juana, mucho le amo;
Pero á tanta costa...
Juana. Creo
Que le amais poco.
Ines. Mi vida...
Juana. Pues si le amais, y estais viendo
Que si os parais en pelillos,
Nunca llegará á ser vuestro...
Ines. ¡Nunca!... (*Levantándose.*)
Juana. ¿Pues lo duda usted?
Ines. (*con vehemencia*). Y en este sitio, aquí mesmo,
A mi vista, ante mis ojos
Otra mas feliz!.. ¿Qué es esto?..
¿Ines, has perdido el juicio?
¡Qué sospecha!.. Me avergüenzo
De mí mismo... Compadece
El estado en que me veo,
Juana, y por Dios, no me culpes.
Juana. ¡Yo, señora!
Ines. En ningun tiempo
Sepa nadie...
Juana. ¿Qué decis?
Ines. Yo en adelante te ofrezco
Ser mas prudente...
Juana. Señora...
Ines. Sabré encerrar en mi pecho
Mi pasion; sabré ocultarla,
Aunque me cueste el esfuerzo
La vida; diré á Teodoro...

ESCENA IV.

DOÑA INES, JUANA, DON TEODORO.

Teod. ¿Qué, bien mio?

Ines. ¡Ay, Dios!
Juana. Por cierto
Nunca á mejor ocasion
Pudierais llegar.
Ines. Si os debo
Algun cariño, Teodoro,
Dejadme en este momento
A solas...
Teod. ¿Porqué?
Ines. Mañana...
Teod. (*se sienta*). De esta silla no me muevo
Sin saber cuanto ha pasado.
Ines. En otra ocasion; que temo
No se levante mi madre.
Teod. ¡Pues tengo bonito genio
Para volverme á la calle
Con la píldora en el cuerpo!
Ines. Yo os lo diré.
Teod. Dilo ahora.
¿Ha echado sermon el viejo?
Ines. No señor.
Teod. ¿Fué la mamá?
Ines. Tampoco.
Teod. ¿Pues qué hay de nuevo
Para tantas ceremonias?
Ines. Nada... nada...
Teod. Así lo creo.
Juana. Y acierta usted. Todo el caso...
Ines. Calla, Juana...
Juana. Sin rodeos...
Ines. Calla.
Juana. No me haga usted señas;
Si no lo digo, reviento.
Ines. Pues yo me iré...
Teod. No, mi vida.
(*Levantándose y deteniéndola.*)
Ines. Si algo os merece mi afecto,
Dejadme que me retire
Un instante, pronto vuelvo.
Teod. Ahora mismo has de escucharme.
Ines. Mi madre...
Teod. Estará durmiendo.
Juana. Ya se ve: para ir despues,
Sin soltar su sirineo,
A bailar toda la noche.
Teod. Calla, bachillera...
Juana. Y luego:
« ¡Mucho te quiero, Inesita! »
Teod. ¡Mala lengua!
Juana. Usted al juego,
Al Prado, á la fiesta, al baile;
Y ella llorando y gimiendo...
Ines. Yo te aseguro...
Juana. La pobre
Hecha un mártir...
Teod. No hay remedio:
Ha de hablar aunque la ahorquen.
Ines. Juana!
Juana. Si ya en estos tiempos
Es malo decir verdades.
Teod. Por san Francisco te ruego
Que calles solo un minuto.
Juana. Ya pasó.
Ines. Yo no sosiego,
No despierte mi mamá...
Teod. Pues que Juana esté en acecho
En la puerta, y nos avise...
Juana. ¡Yo avisar!... lo que deseo
Es que os coja en el garlito,
Y os arranque los cabellos.
Teod. Con mil diablos, ve á la puerta,
Que mañana te prometo...
Ines. Ve, Juana, yo te lo pido.
Juana. Ya voy.
Teod. Pronto...
(*Cogiéndola del brazo.*)
Juana. Cepos quedos;
Que puede verlo la vieja...
Teod. ¡Ah, bribonaza!
Juana. En tosiendo...
Teod. Ya estamos.
Ines. No te descuides.
Juana. Buena atalaya habeis puesto.
(*Yéndose hácia la puerta.*)
Teod. Ines mia, ¿y es posible
Que puedo hablarte un momento
Con alguna libertad?
Ines. ¡Son tantos vuestros deseos!
Teod. ¿Pues lo dudas?
Ines. Yo no dudo
Lo que por mis ojos veo.
Pero, en fin, no es ocasion
De perder estos momentos
En quejas; solo quisiera
Saber de usted...
Teod. ¿Qué?
Ines. Si puedo
Mereceros un favor...
Teod. Cuanto valgo, cuanto tengo,
Mis bienes, mi vida, todo
Es tuyo.
Ines. Yo no apetezco
Tanto...
Teod. ¿Pues qué es lo que quieres?
Ines. Que vuelva usted á mi pecho
La paz (¡ay Dios!) que ha perdido...
Juana. Que no sea usted embustero;
(*Viniendo y hablando de prisa.*)
Que le cumpla la palabra;
Que no engañe á dos á un tiempo...
Teod. Que el diablo te lleve, amen.
(*Remedándola.*)

Ines. Juana, por Dios.
Juana. (*Yéndose.*) Ya me vuelvo.
Teod. ¿Ahora callas, y suspiras?
¿Ni una palabra merezco?
Ines. No me es posible, Teodoro,
Esplicaros los tormentos
Que sufro; ni está en mi mano
Disimularlos mas tiempo.
Teod. ¡Tú sufrir!.. ¿Y qué, cruel?..
Ines. Ahora no se trata de eso:
Solo sí...
Teod. ¿De qué, mi vida?
Ines. De que pongamos remedio.
Teod. El que gustes: por mi parte...
Ines. Dadme palabra.
Teod. La ofrezco.
Ines. Mirad que es duro el partido.
Teod. Dilo, pues.
Ines. Nunca mas vernos.
(*Despues de una breve suspension.*)
Teod. ¿Y tienes valor siquiera
De decirlo?.. Mas sospecho
Que te burlas.
Ines. No, Teodoro:
Harto me cuesta el esfuerzo;
Pero es preciso.
Teod. ¿Y porqué?
Ines. Porque lo tengo resuelto.
Teod. Sin duda ya no me amas...
Ines. ¡Ojalá! (*con ternura.*)
Teod. ¿Pues á qué efecto
Separarnos?
Ines. Porque así
Será mas fácil...
Teod. Te entiendo:
Olvidarme; ¿no es verdad?
Ines. Bien quisiera; mas no puedo.
Teod. ¿Lo quisieras?
Ines. ¡Que sé yo!..
En tal situacion me veo,
Que ni sé lo que me pasa,
Ni tampoco lo que quiero;
Solo sé que es insufrible
Este continuo tormento;
Y que si callo, me abraso;
Y si llego á hablar, me pierdo,
Teod. No llores, mi bien, no llores.
Ines. Pues abrazad ese medio
De salvar á una infeliz.
Teod. ¿Y no hay otro?
Ines. No le encuentro.
Teod. Yo sí.
Ines. ¿Cuál?
Teod. Hablar hoy mismo
A tu madre.
Ines. Es vano intento.
Teod. ¿Porqué?
Ines (*con ternura*). ¡Ingrato, tú lo sabes!
Teod. No lo sé; pero si vemos
Que se obstina en oponerse
A nuestros justos deseos,
Entonces... Ines... ¿me amas?
Ines. ¿Lo preguntas?
Teod. No tardemos
En ser felices...
Ines. ¿Y cómo?
Teod. Pronto la sabrás.
Ines. ¿No puedo
Sabèrlo ahora mismo?
Teod. ¿Quieres?
Ines. Sí, Teodoro, te lo ruego.
Teod. Quizá no tengas valor...
Ines. Te adoro; y no he de tenerlo!
Teod. ¿Juras ser mi esposa?
Ines. Sí.
Teod. Pues oye el único medio
De ser en breve dichosos...
(*Sale Juana corriendo*).
Juana. Que viene...
Teod. A Dios.
Juana. Ya no hay tiempo.
(*Don Teodoro se queda en medio de la sala, doña Ines se sienta, y coge la costura, inclinando la cabeza para ocultar el rostro: Juana se queda en pié hasta despues.*)

ESCENA V.

DOÑA INES, JUANA, DON TEODORO, DOÑA LEONCIA.

(*Doña Leoncia al salir se encara con don Teodoro.*)
Leonc. ¡Ola!.. ¡Que sea norabuena!
¿Tanto bueno por mi casa,
Sin saberlo yo?
Teod. Ahora mismo...
Juana. En este momento acaba...
Leonc. Calla tú.
Juana. Yo iba á llamaros...
Teod. Dije que no os despertára,
Por dejaros sosegar.
Leonc. Yo le doy á usted mil gracias
Por su fineza...
Teod. Previendo
La mala noche que aguarda...
Leonc. Si os digo que lo agradezco.
Teod. Estarse hasta la mañana
Sin dormir...
Leonc. Lo estimo mucho.
Teod. Hallándoos tan delicada...
(*Se acerca y le dice en tono bajo*).

Y sabiendo el interes
Que me tomo...
(*Aparte á don Teodoro*).
Leonc. ¡Ah, buena maula!..
Ya las pagará usted todas.
(*Juana estará ya sentada, cosiendo al lado de doña Ines, y le habla en tono bajo.*)
Juana. Señorita.
Ines (*en voz baja*). Juicio, Juana.
Teod. (*en voz alta*). Pues ha de estar
La funcion... [divertida
Leon. (*en voz baja*). Bien preparada
Voy yo para divertirme.
Teod. (*en voz baja*). ¿Por qué motivo?
Leonc. (*en voz baja*). Por nada.
(*En voz baja.*)
Teod. ¿Pues qué habeis visto?
Leonc. (*en voz baja*). Negadlo.
(*En tono alto.*)
Juana. Señora; ¿usted no repara
Que esa labor va torcida?
Ines. Bien lo advierto.
Juana. Pues quitarla.
(*Don Teodoro se aparta de doña Leoncia, y dice alto, paseándose por el teatro, y acercándose algunas veces, segun denoten los versos*).
Teod. Banca, baile, buena cena,
Mucha gente convidada...
(*Aparte á doña Leoncia*).
Yo os daré satisfaccion.
(*Aparte á don Teodoro*).
Leonc. No es menester.
Juana. (*en tono alto*). Si se os pasa
El punto.
Ines. Ya le cogí.
Teod. Si es la fiesta cual la alaban,
No ha de haber otra en la corte;
Los disfraces y las galas
Van á asombrar.
Juana. En mi tierra
Tambien salen mogigangas
Por el córpus; yo ví una
Con diablillos de dos caras...
Teod. Muger, ¿qué entiendes tú de eso?
Leonc. Aquí, Juana, no te llaman...
Teod. (*en tono bajo*). Siempre usted
con niñerías...
Leonc. (*en tono bajo*). No piense usted
que me engaña;
Aunque callo y sufro... puede...
Juana. ¡Maldita sea mi garganta!
(*Tose de propósito*).
Teod. (*en tono alto*). Pues... como digo
la cosa...
(*Aparte, y levantándose*).
Ines. No puedo mas: vente, Juana.
Leonc. ¿A dónde vas?
Ines. A mi cuarto.
Leonc. ¿Qué tienes?
Ines. Un poco mala
De la cabeza.
Teod. Si es cosa
De médico...
Ines. Muchas gracias.
Teod. Voy volando...
Ines. No, señor.
Teod. Será de estar aplicada
Por la siesta.
Ines. Puede ser.
Leonc. Si es jaqueca, se le pasa
En acostándose un poco.
Teod. Siempre es bueno que le hagan
Una taza de café...
Leonc. Sí, niña; y luego descansa,
Aunque sea en el sofá:
Juana quedará encargada
De mandarme los vestidos...
Ines. Yo lo haré.
Leonc. No, que estás mala;
Juana lo hará: el de teatro
Y el otro.
Juana. Estoy enterada.
Leonc. Y que al tiempo de vestirme
No me empiecen á hacer falta
Otras mil cosas...
Teod. ¿Pues dónde
Vais á vestiros?
Leonc. A casa
De mis primas: desde anoche
Quedamos apalabradas
Para ir juntas al teatro...
Supongo, si hay quien nos haga
El favor de acompañarnos...
Teod. Es regular que yo vaya
Un rato... Quedan tres noches...
Ines. A Dios, mamá.
Leonc. (*á Juana*). Hazle la taza
De café; (*á Ines.*) y antes de irnos
Te dejaré sosegada.
Ines. Me aliviaré; no me acuesto.
Teod. Es que si luego recarga...
Ines. No querrá Dios.
Teod. Mas con todo,
Si la jaqueca se agrava...
Ines. No temais; segun me siento,
(*Con énfasis.*)
Pronto me veré curada.
(*Doña Ines se retira: Juana habrá recogido la costura, y la sigue hácia los cuartos de adentro.*)

ESCENA VI.

DOÑA LEONCIA, DON TEODORO.

(*Doña Leoncia se sienta mostrando disgusto: don Teodoro se acerca fingiendo timidez, siéntase á corta distancia, y se aproxima por grados.*)

Leonc. Para enfermero mayor
De un hospital sois alhaja.
Teod. ¡Maliciosa!...
Leonc. ¿Pues es malo
Celebrar vuestra eficacia?
Teod. En viendo yo padecer...
Leonc. Y mas en teniendo faldas
La paciente...
Teod. Y aunque no.
Leonc. Y si es bonita y muchacha...
Teod. ¡Como á mí me gustan tanto!...
Leonc. ¡A usted! ¿Y quién le levanta
Ese falso testimonio?...
Teod. No lo diga usted por chanza;
Que es una verdad.
Leonc. Lo creo.
Teod. Nunca á mí me han hecho gracia
Las mozuelas: presumidas,
Inconstantes, casquivanas;
Ni saben querer, ni saben
Cómo se cautiva el alma...
Leonc. En eso teneis razon:
Yo no sé qué gusto sacan
Los hombres de enamorarse
De esas mocosas.
Teod. ¡Qué fatuas!
Risas, señajos, melindres,
Cuatro frases estudiadas,
Y ve aquí todo su amor.
A mí tan solo me agrada
Una muger de talento,
De una edad proporcionada,
Juiciosa, bella, sensible,
Que sepa como se paga
El amor... ¿pongo un ejemplo?...
Leonc. ¡Ah, bribon!...
Teod. Sin otra falta
Que ser un poco zelosa
Con quien de veras la ama.
Leonc. Y tiene razon.
Teod. Ninguna.
Leonc. Le sobra.
Teod. Estais engañada.
Leonc. Me desespero... (*alzando la voz.*)
Teod. Si os digo... (*lo mismo.*)

ESCENA VII.

DOÑA LEONCIA, DON TEODORO, JUANA.

Juana. ¿Ha de ir la cinta plegada,
O solo cosida al aire?
Leonc. ¿Pues no te dije que á tablas?
Juana. Se me olvidó.
Leonc. ¡Qué cabeza!
Juana. Ni que fuera valenciana.
(*Al irse hace señas de amenaza á don Teodoro.*)

ESCENA VIII.

DOÑA LEONCIA, DON TEODORO.

Teod. Todo es aprehension, capricho...
Leonc. Si á mí nada se me escapa.
Teod. Es engaño.
Leonc. Va de muchas.
Teod. Si no le hablé dos palabras.
Leonc. Si os ví yo con estos ojos...
Teod. Pregúntelo usted á Juana.
Leonc. ¡Buen testigo!
Teod. ¿Porqué no?

ESCENA IX.

DOÑA LEONCIA, DON TEODORO, JUANA.

Juana. Me parece que no alcanza
La cinta.
Leonc. Pues poner otra.
Juana. Voy al instante...
Leonc. Pues anda...
(*Juana se retira, y habiendo entrado, vuelve luego á salir y habla á su turno.*)
(*A don Teodoro.*)
Yo quiero ser sola, sola.
Teod. Teneis razon.
Leonc. Sola, ó nada.
Juana (*al salir*). ¿Pongo la azul ó la
Leonc. Pon la que te diere gana. [verde?
Juana. Yo por no errar...
Leonc. Si me ardo...
Teod. No os impacienteis.
Leonc. Despacha;
Que es muy tarde.
Juana. Voy, señora...
Leonc. Mas despacio.

ESCENA X.

DOÑA LEONCIA, DON TEODORO.

Leonc. Se me abrasa
La sangre con gente torpe.
Teod. Y luego el pecho lo paga.
Leonc. ¡Buen cuidado le da á usted!
Teod. Mas que si yo lo pasára.
Leonc. ¡La pícara que lo crea!
Teod. Dejad por Dios esas chanzas...
Leonc. Son veras.
Teod. Tengamos paz:
Se echó la bandera blanca,
Y esto se acabó.
Leonc. ¡Si acaso!...
Me teneis muy enfadada.
Teod. ¿Quereis amargar la fiesta?
Pues á fe que bien amarga
Me espera á mí.
Leonc. Pues, ¿porqué?
Teod. Y por fin, si la encontrára
Tan grata como otras veces...
Leonc. Esplíquese usted.
Teod. No es nada.
Leonc. Hablad claro...
Teod. Mi familia
A cien leguas de distancia!
Yo en Madrid contra su gusto,
Porque una pasion me arrastra...
Leonc. Pero ¿no puedo saber?..
Teod. Me ven así, y se propasan...
Leonc. Por Dios, Teodoro, por Dios,
Que ya me teneis en ascua...
Teod. No es cosa grave...
Leonc. Decidla:
Quizá podré remediarla.
Teod. Bien podeis; pero... primero!..
Le diré que si me agravia
Esta noche, si me insulta,
Aun sé manejar la espada.
Leonc. Pero, ¿quién?...
Teod. Ese villano
De asentista... echar bravatas
Por tres miserables onzas...
Al fin plebeyo.
Leonc. Acabára
Usted con doscientos santos!
Que estaba como azogada,
Creyendo que era otra cosa.
Teod. Cuando del honor se trata
De un hombre... Si lo supiera
Mi tio el oidor de Canarias!
Leonc. Pero, ¿porqué ha de saberlo?
¿Acaso en Madrid os faltan
Amigos?
Teod. ¡Pedirles yo!
Antes...
Leonc. Pero, si se halla
Una persona que os sirva,
Aunque no cual deseára...
(*Saca una bolsita con dinero.*)
Teod. ¡Verme así!
(*Fingiendo distraccion.*)
Leonc. Mucho mas siendo
Persona de confianza...
(*Le alarga la bolsa con timidez.*)
Teod. Mas ¿qué es esto? ¿usted tambien
Contra mí?.. Porque me hallan
Sin recursos!..
Leonc. ¿Pero acaso?..
Teod. Solo dándome palabra...
Leonc. Por Dios, no me saque usted
Los colores á la cara:
Así como así, la bolsa
La llevaba preparada
Para jugar esta noche;
Hago cuenta que jugaba
Con usted de compañía,
Y que perdimos tres cartas.
Teod. Si supiera tener suerte...
Leonc. No me dejeis desairada.
(*Instándole.*)
Teod. Solo con la condicion
De que partamos ganancias...
Leonc. Como gusteis.
Teod. Y aun así...
Leonc. No me avergonceis, tomadla;
Yo os lo ruego.
Teod. ¡Ay! ¿quién resiste
(*Toma la bolsa.*)
A una persona á quien ama?
Leonc. ¿De veras? ¿no me engañais?
Teod. No, dulce prenda adorada,
Mi ángel tutelar!..
(*Cógele con ternura una mano, en ademan de ir á besársela; y mirando hácia la puerta, descubre á doña Ines y á Juana, que llegan al mismo tiempo y se quedan paradas.*)
¡A Dios! *ap.*
(*En tono alto.*)
Débaos esta sola gracia,
Y soy dichoso... Aquí mismo,
En union eterna y santa...
Leonc. ¿Qué decis?
(*Sigue don Teodoro estrechándole la mano, y hablando con pasion, que irá graduando insensiblemente.*)
Teod. A vuestro lado,
Sin salir de vuestra casa...

Leonc. No os entiendo, por mi vida.
Teod. Un sí, una sola palabra,
Y soy feliz.
Leonc. ¿Estais loco?
Teod. Yo os lo ruego: pronunciadla;
Por usted, por mí, por ella...

ESCENA XI.

DOÑA LEONCIA, DON TEODORO, DOÑA INES, JUANA.

(*Doña Ines corre precipitada, se arroja de rodillas, y coge la otra mano de su madre: esta se levanta sorprendida.*)

Ines. Sí, madrecita del alma!
Hacedlo por mí tambien.
Leonc. ¿Qué es lo que dices, muchacha?
Ines. No habrá muger mas querida,
No habrá madre mas amada
En el mundo...
Leonc. Si no sé...
Ines. Ya es inútil que se haga
Usted la desentendida;
Yo he escuchado cuanto hablaba
Teodoro...
Leonc. Pero ¿qué oiste?
Ines. Si sus súplicas no alcanzan,
Mi amor, mis ruegos, mi llanto...
Leonc. Alzate, muchacha, alza,
Y esplícate.
Ines. No me muevo...
Leonc. Por Dios, que ya estoy cansada;
Habla claro.
Ines. Y tú, Teodoro,
Ruega, dobla tus instancias,
Échate á sus piés.
Leonc. ¿Qué dices?
Ines. Si le quiero, y él me ama...
Leon. ¿A quién?
Ines. Si os pide mi mano...
Leonc. ¡Pide tu mano!... ¿Qué hablas?
Quita, infame, si no quieres...
Ines. Si en algo os ofendo...
Leonc. Calla,
Deshonra de tu familia...
Ines. Oidme, por piedad...
Leonc. Aparta.
Ines. No, madre mia...
Leonc. ¡Tu madre!...
Yo sabré serlo, hija ingrata;
Yo sabré serlo.
Ines. ¡Por Dios!...
(*A don Teodoro.*)
Leonc. ¿Y así, vil hombre, se engaña
A una inocente?
Teod. Escuchadme.
Leonc. Salid pronto de mi casa,
Y nunca mas...
Teod. Pero, oidme...
(*A doña Ines.*)
Leonc. ¿Aun estás aquí, malvada?
Ines. Yo me iré...
Leonc. Quítate al punto
De mi vista, antes que haga
Un ejemplar.
Ines. Yo me iré...
Leonc. Pronto...
Ines. Ya me voy...
Leonc. ¿No acabas?

ESCENA XII.

DOÑA LEONCIA, DON TEODORO, JUANA.

(*A don Teodoro.*) (*A Juana.*)
Leonc. ¿No os he dicho?... ¿Y tú tambien
Qué esperas aquí?
Juana. Aguardaba
A saber si los vestidos...
Leonc. Tíralos por la ventana.
Juana. Es que si...
Leonc. Vete allá dentro.
Juana. Pero yo...
Leonc. La mas culpada
Eres tú.
Juana. ¿Yo?
Leonc. Encubridora!
Juana. ¡Decirle á una muger blanca
Esa espresion!...
Leonc. Mas mereces.
Juana. Mi familia es tan honrada
Como la mejor.
Leonc. A dentro.
Juana. Tengo una hermana casada
Con un cuadrillero.
Leonc. Vete.
Juana. Y un primo hidalgo en la Mancha.
Leonc. Vete con mil de á caballo.
Juana. Y nunca ha habido en mi casta
Ningun sambenito.
Leonc. Vete.
Juana. Que si tuviéramos plata,
No nos faltáran papeles
Como todos...
Leonc. Vete, Juana.
Juana. Pero sin el din, no hay don.
Leonc. ¿Qué demonio de ensalada
Estás revolviendo?
Juana. Digo...
(*Con mucha rapidez.*)
Digo que no digo nada.

ESCENA XIII.

DOÑA LEONCIA, DON TEODORO.

(*Despues de una breve suspension.*)

Leonc. No creyera, caballero,
Hallarme nunca en el caso
De deciros...
Teod. Yo tampoco
Pude nunca imaginarlo.
Leonc. No tema usted que le haga
Reconvenciones ni cargos:
Que si sois hombre de honor,
Bien podeis adivinarlos.
Solo le suplico á usted
Que jamas, ni por acaso,
Ni de mí ni aun de mi nombre
Volvais siquiera á acordaros.
Teod. ¿Y habla usted de veras?
Leonc. ¡Cómo!
¿Teneis acaso el descaro
De fingir?...
Teod. Pero, hable usted;
Y por lo menos sepamos
Qué motivo ó qué pretesto...
Leonc. El hablar es escusado
Con un hombre...
Teod. Siga usted.
Leonc. Que acaba de dar tal pago
A mi amistad.
Teod. Si á lo menos
Se esplicára usted mas claro,
Yo os diera satisfaccion.
Leonc. ¡Satisfaccion! Ni pensarlo.
Teod. Pues callaré: ¿quereis mas?
Aun siendo yo el agraviado...
Leonc. ¿En qué? Diga usted.
Teod. En nada:
Si ya os he dicho que callo.
Leonc. ¿Y qué pudierais decirme?
Teod. Que me está usted insultando,
Debiendo darme las gracias.
Leonc. ¡Las gracias! ¿Estais soñando?
Teod. Lo dicho dicho: las gracias.
Leonc. Será de haberme engañado.
Teod. ¡Yo engañar!
Leonc. Y á una hija incauta
Habérmela alucinado
Con esperanzas...
Teod. ¿De qué?
Leonc. ¿No lo dijo ella bien claro?
Teod. ¿Y qué dijo?
Leonc. ¿Estabais sordo,
O os agrada el escucharlo?
Teod. ¡Y una señora de mundo,
De talento despejado,
Va á hacer caso de una niña!
Leonc. ¿Pues no tengo de hacer caso?...
¿No digo que usted la amaba,
Que anhelaba usted su mano?
Teod. Pero yo ¿qué contesté?
Leonc. Nada.
Teod. Pues pleito acabado.
Leonc. Quien calla otorga, y usted...
Teod. Iba ya á desengañaros,
Y me cerrasteis la boca.
Leonc. Si no tuviera ella datos,
No hubiera dicho...
Teod. Es verdad:
Las niñas de quince años
Nunca piensan que las quieren
Sin motivos muy fundados.
Leonc. ¿Con qué nunca le habeis dicho
Que la quereis?
Teod. Supongamos
Que se lo haya dicho; bien:
¿En eso se perdió algo?
¿O es un delito tan grave
Echar un requiebro vano?...
¿No vengo acá con frecuencia?
¿No la estoy viendo y tratando
De continuo?... Yo soy jóven,
Vivo, alegre, atolondrado,
Si quereis; ella muchacha,
Y ademas vivo retrato
De una persona... ¡Ah, señora!
Perdonad si iba á nombraros.
Ya sé que os disgusto en ello,
Mas no es tan fácil mandato
Olvidar á una persona
A quien de veras se ha amado.
Solo le aseguro á usted
Que jamas le he insinuado
Nada de boda...
Leonc. Y entonces
¿Cómo creyó?...
Teod. No es estraño.
¿Ignora usted que las niñas
Con el mas leve agasajo
Ya piensan que las adoran?
¿No sabeis que están soñando
Con novios y casamientos,
Y mas si por sus pecados
Han leido cuatro novelas
Que les trastornen los cascos?
Leonc. Pero usted mismo, usted mismo,
¿Qué me estaba suplicando
Cuando ella entró?
Teod. ¿No lo oisteis?
Licencia para casarnos.
Leonc. ¿Y asi me lo dice usted?

Teod. ¿Pues yo acaso lo he negado?...
¿Hice mal?
Leonc. Usted me insulta...
Teod. Y viéndome en aquel caso,
¿Qué otro arbitrio me quedaba?
Yo me hallaba á vuestro lado,
Recibo vuestra fineza,
Siento un violento arrebato
De pasion, pierdo el sentido,
Voy á besar vuestra mano,
Miro á la puerta, y las veo
Llegar, quedarse escuchando...
Leonc. ¿Con qué usted las vió?...
Teod. ¡Señora!
¿Pues no os habeis enterado
Hasta ahora?
Leonc. No, á fe mia.
Teod. Pues lo único que ya estraño
Es vuestra santa paciencia:
Desde ahora mismo os declaro
La prudente Abigail,
Cuando no me habeis matado.
¿Hablar yo de veras?... ¡Vaya!
¿No me visteis tan turbado
Que no supe qué decir,
Y anduve titubeando?...
Os miré; no me entendisteis;
Os hice señas; fué en vano:
Yo en ademan de cariño,
Una hija vuestra mirando,
Usted afable, su honor
Espuesto á algun juicio falso...
¿Y qué quiere usted que hiciera?
Echar por cualquier atajo:
Si al pronto me ocurre, os pido
Casarme con vuestro hermano.
Leonc. Yo anduve torpe...
Teod. No tal;
Yo solo soy el culpado.
Leonc. Pero si yo no sabia...
Teod. No merezco vuestro trato,
Ni pisar vuestros umbrales...
Leonc. Mirad que aun estoy temblando
Del susto...
Teod. Y ahora me voy,
Cumpliendo vuestro mandato.
Leonc. No se vaya usted.
Teod. Preciso.
Leonc. ¿Quereis matarme á quebran-
Pues haga usted lo que quiera. [tos?...
Teod. ¡Vaya! Las paces hagamos,
Y pelitos á la mar.
¿Porqué no os vais aviando
Para salir, que ya es hora?
Leonc. Segun me siento, no salgo.
Teod. ¿Y porqué?
Leonc. No estoy muy buena.
Teod. En distrayéndoos un rato,
Os aliviareis.
Leonc. No tengo
Humor.
Teod. ¿Ni vais al teatro?
Leonc. No, señor.
Teod. ¿Ni al baile?
Leonc. Menos.
Teod. ¿Con qué es riña de muchachos
La nuestra?
Leonc. ¿Pues yo qué digo?
Teod. Juicio, señora, y tengamos
La fiesta en paz: sea usted dócil;
Compóngase usted, y vamos
Casa de las primas, luego
Podeis pensar mas despacio
Lo que hayais de hacer.
Leonc. Si voy,
Me estoy sentada en un lado
Sin ir á parte ninguna.
Teod. No será poco milagro.
Leonc. ¿Porqué razon?
Teod. Yo me entiendo.
Leonc. Se engaña usted.
Teod. ¿Qué apostamos
A que vais á la funcion?
Leonc. Antes bien quiero dejaros
Mas libertad, yendo solo.
Teod. ¿Se vuelve á torcer el carro?...
No sea usted niña.
Leonc. Pues bien:
Solo por no disgustaros
Voy á casa de las primas.
Teod. Muchas gracias.
Leonc. Y cuidado
Que no me muevo de allí.
¡Juana, Juana!

ESCENA XIV.

DOÑA LEONCIA, DON TEODORO, JUANA.

Juana. (*desde adentro*). Voy volando...
(*Al salir.*)
¿Qué manda usted?
Leonc. La mantilla.

ESCENA XV.

DOÑA LEONCIA, DON TEODORO.

Leonc. Por usted tan solo hago
Este sacrificio.
Teod. Siento.

Que se moleste usted tanto
Por mi causa.
Leonc. Ya no voy.
Teod. Dale, bola! ¿A que me enfado?...

ESCENA XV.

DOÑA LEONCIA, DON TEODORO, JUANA.

(*Yendo á poner la mantilla á doña Leoncia.*)

Juana. Aquí está.
Leonc. Préndela bien.
¿Se ha acostado ya la niña?
Juana. No, señora.
Leonc. ¿Y dónde está?
Juana. En su cuarto recogida.
Leonc. ¿Ha tomado ya el café?
Juana. Un poco.
Leonc. Si no se alivia,
O se empeorare, avisad...
Juana. ¿Dónde?
Leone. Aun estoy indecisa...
Quizá... no sé... que primero
Vayan casa de mis primas;
Y si no estuviere allí...
(*A don Teodoro.*)
Me quema usted con sus risas.
Teod. ¿Pues yo acaso?...
Leonc. ¿Estoy yo ciega?
Juana. ¿Y los vestidos se envian?
Leonc. No.
Teod. Tenerlos á la mano
Por si luego...
Leonc. ¡Hay tal porfía!
¿No he dicho ya que no voy?...
Y cuenta no estes dormida
Cuando vuelva nuestro huésped
Y mi hermano; y á Inesita
Le has de decir de mi parte...
Mejor es que no le digas
Nada: acuéstala temprano,
Hazle unas yemas megidas,
O cualquier cena ligera...
Y dile que esté tranquila,
Que no voy tan enfadada...
¿Me entiendes?
Juana. Ya entiendo.
Leonc. Y cuida
De que no sepa que yo...
Juana. Le diré que es cosa mia.
Leonc. Pero temo que las dos
Teneis la capa cosida;
Y así como tú le encubres...
Juana. ¿Qué dice usted? Mi familia
Es tan buena y tan honrada...
Leonc. Vámonos de aquí de prisa,
Don Teodoro, no nos vuelva
A ensartar la retahila.
Y cuidado con la casa!
Juana. Yo voy con mi cara limpia
Por todas partes.
Leonc. A Dios. (*Yéndose.*)
(*En voz alta*).
Teod. Quede usted con Dios, Juanita:
(*Con secreto.*)
Está al cuidado, que luego...
Leonc. ¿Qué dice usted?
(*Volviendo la cara.*)
Teod. Le decia
Que no haga caso.
Juana. Eso no;
Yo he de chillar si me pisan.
(*Al ir á entrar por la puerta de adentro.*)
¡Pues anda buena la casa
Con la vieja y con la niña!

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

JUANA, PERICO.

(*Entran los dos por la puerta del foro, Juana delante, y Perico con timidez. Habrá una luz en una mesa.*)

Per. ¿Estamos solos?
Juana. Si, entra.
Per. ¿Y el viejo?
Juana. Fuera de casa.
Per. ¿Y el señor que no se rie?
Juana. Tambien. ¿De cuándo acá gastas
Tanto miedo?
Per. Es que ahora traigo
La mas solemne embajada
Que se encomendó á escudero;
Y está en un tris que me valga
Cien doblones ó cien palos.
Juana. Dila.
Per. ¿Dónde está tu ama?
Juana. En su cuarto. ¿Quieres verla?
Per. Dile que al momento salga;
Que le traigo...
Juana. Antes de ir,
Te he de decir dos palabras
Por última vez...
Per. Despues
Te escucharé.
Juana. Aunque me hagas

Mil pedazos, no he de ir.
Per. Si no es tu gusto, no vayas;
Solo va á decir en ello
Que no se case tu ama
Ni tú, cuando en esta noche...
Juana. Hombre, ¿qué dices?
Per. ¿Yo? nada.
Juana (*acariciándole*). ¡Cáspita, qué genio tienes!
Per. Déjate de juego, y anda
A llamarla.
Juana. Dime antes...
Per. Si no me replicas nada,
Te lo digo.
Juana. Me convengo.
Per. Hace un rato que entró en casa
El amo, con un sugeto
Muy serio y de mala traza:
Se encerraron los dos solos,
Hubo voces y patadas;
Se fué el tal; y el amo al punto
Me preguntó dónde estaban
Las maletas y demas
Preparativos de marcha;
Y mientras yo los reuno,
Escribe, me da esta carta
Para Inesita, y me dice:
« En mano propia has de darla,
« Y vuelve; que aquí te espero
« Con las cosas preparadas
« Para marchar esta noche. » —
¿Qué dice usted? — « Hazlo y calla: »
Me responde secamente;
Y al ir á salir, me llama
Y me dice: « Si tú quieres
« Casarte tambien con Juana,
« Y se resuelve á seguirnos
« Acompañando á su ama,
« Yo os ofrezco cien doblones. »
Juana. ¡Cien doblones!.. Voy...
(*En accion de irse corriendo.*)
Per. Aguarda.
Juana. Es que si se pierde tiempo...
Per. Cuidado que persuadas
A Inesita...
Juana. ¿Soy yo tonta?
¡Cien doblones y casaca!
Per. No te des contra esa puerta.

ESCENA II.

DOÑA INES, JUANA, PERICO.

Ines. ¿Qué ruido es este?
Per. Que Juana...
Juana. Que Perico...
*****
Ines. Dilo tú.
Per. Señora, mi amo me manda
Con esta carta, y me dijo...
Ines (*tomándola*). ¿Tiene respuesta?
Per. Y la aguarda
En casa con impaciencia.
Ines. ¿Qué será?.. Yo estoy turbada
Hasta saber...
(*La abre, y lee con mucho interes.*)
Per. ¡Ay, señora!
Si le viera usted la cara
Al dármela! ¡qué agitado!
Hasta la voz le temblaba:
(*Aparte á Juana.*)
Daba pena... Instale tú.
Juana (*ap. á Perico*). ¡Pues me dormiré en las pajas
Con cien doblones al ojo!
(*Doña Ines leyendo la carta, prorumpe con agitacion.*)
Ines. No; nunca!
Per. Hasta las palabras
Se le ahogaban en la boca.
Ines (*con ternura*). ¡Ay, Teodoro! No [me amas,
Cuando me quieres perder.
Juana. Señorita...
Ines (*distraida*). Y me juraba
Quererme toda la vida!..
Per. Pues, señora, ¿en qué os agravia,
Si está loco el infeliz?
Ines (*con sequedad*). Bien: devuélvele
Per. ¿Y la respuesta? [su carta...
Ines. Ninguna.
Per. No vuelvo allá si me matan.
Ines. ¿Porqué?
Per. Si no sabe usted
El estado en que se halla:
¡Qué hablar solo! qué suspiros!
Pues no digo las miradas!
Daba miedo.
Ines (*alargándole la carta*). Toma y vete.
Per. ¿Con qué está usted empeñada
En darle ese trabucazo?..
Pobre señor, no te pagan
El cariño que tú tienes!
Ines. ¡Ojalá no le pagáran!
Per. Pocas pruebas le da usted.
Ines. ¡Ay! si no tuviera tantas,
No se atreviera el cruel
A proponerme... ¡insensata!
Yo le culpo, conociendo
Que solo soy la culpada:
Yo le abrí mi corazon;
Yo le amé con toda el alma
Yo le juré ser su esposa...
Pero ¿quién imaginára

Que abusára hasta el estremo
De proponerme mi infamia?
Juana. Y al fin, ¿qué es lo que pretende?
Ines. Hacerme desventurada
Por toda mi vida.
Per. ¿Quién?
¿El amo?.. Mas bien se echára
En un pozo de cabeza.
Juana. Señorita, yo soy clara:
No puede ser.
Ines. Yo tampoco
Nunca de él lo sospechára;
Pero al fin hombre!
Juana. No creo...
Ines. Oye, y verás si te engañas.
(*Lee la carta, interrumpiendo su lectura, segun denoten los versos que van interpuestos.*)
« Amada Ines: al leer estos renglones
« recuerda tus promesas: llegó el mo-
« mento de darme una prueba de tu pa-
« sion; y la mia exige de tí un gran sacri-
« ficio. No hay medio: ó te resuelves á ser
« mia, ó esta misma noche me pierdes
« para siempre... »
¿No ves tú lo que me quiere?
Mira como me amenaza
Con dejarme para siempre...
Y lo hará.
Juana. Siga usted; vaya.
Ines. « Cansado de tener condescenden-
« cias con tu madre, me determiné hoy á
« pedirte por esposa... Tú viste las resul-
« tas: apenas pude sufrir sus imprope-
« rios, que acabaron con la mas severa
« prohibicion de volver á hablarte en mi
« vida. En esta situacion, anduve indeciso
« sobre el partido que debia tomar; pero
« al fin preferí disimular por el pronto,
« para desvanecer sus sospechas y persua-
« dirle que saliese de casa. Ahora mismo
« la dejo en el teatro, y voy á manifestarte
« la resolucion que mi pasion me dicta: si
« estás resuelta á ser mi esposa, sígueme
« esta misma noche, y venzamos de una
« vez tantos obstáculos. »
Juana. ¿Acerté ó no?
Per. Por supuesto.
Juana. ¿No veis como os da palabra
De casamiento?
Ines. ¿Dejando
Mi familia abandonada
Y espuesto mi honor?.. Jamas!
Solo en pensarlo me agravia...
« Pasado mañana podremos estar en To-
« ledo: allí quedarás depositada en casa
« de un canónigo, tio mio, mientras se
« disponen las cosas como corresponde. Tu
« familia misma, dado ya este paso, tendrá
« que ceder y prestar su consentimiento.
« ¡Ah, Ines mia! un momento de valor, y
« antes de una semana eres mi esposa...
« Pero si por timidez ó falta de cariño no
« te determinas á seguirme, óyelo, Ines,
« y grábalo en tu alma: antes de tres ho-
« ras ya estaré fuera de Madrid, y jamas
« volverás á oir ni mi nombre... ¡Quién
« sabe! Perdiéndote á tí, no le importa la
« vida á tu infeliz...
« Teodoro. »
(*Se sienta en una silla con abatimiento y distraccion.*)
Juana. ¡Pobrecillo!.. Se conoce
Que estaba muy afligido
Al escribir esa carta.
Per. Si ustedes le hubieran visto
Mas pálido que un difunto,
Con los ojos encendidos...
Juana. No tengo yo corazon
Para oir lástimas.
Per. Ni á tiros
Vuelvo allá sin la respuesta;
Es capaz de un desatino
Segun le dejé.
Ines. ¡Infeliz!...
Per. ¡Con qué tristeza me dijo:
« Ahora veré si mi Ines
« Me tiene tanto cariño
« Como me juró mil veces! »
Juana. Va el pobre á perder el juicio.
Per. ¿Tanto le queda?... ¡ojalá
Fuera ese solo el peligro!
Yo le escondí las pistolas...
Ines ¿Y quedó solo?... (*Con inquietud.*)
Per. Preciso,
Si yo me vine...
Ines. Pues vuelve
Al instante.
Per. ¿Y qué le digo?
Ines. ¿No lo sabes?
Per. Para eso
Mas vale tirarle un tiro.
Juana. Dice bien: así que sepa
Que siquiera habeis querido...
Ines. Pero, ¿qué quiere de mí?
(*Con sentimiento.*)
Juana. Yo qué sé! ¿No habeis leido
Su carta?
Per. Bien clara está:
Solo quiere...
Ines (*con sequedad*). ¿No has oido
Que te vayas?

Per. Sí, señora;
Ya me voy... ¡Pobre amo mio!
No sabes lo que te espera.
Si en algo puede serviros
Fuera de Madrid, yo siempre...
Ines. No, Pedro; yo te lo estimo...
(*Con tristeza.*)
Per. Quede usted con Dios.
Ines. A Dios.
Per. Yo soy hombre agradecido,
Y no he de dejarle ahora
Espuesto á tantos peligros.
Ines. Haces bien... (*Con abatimiento.*)
Per. Al fin del mundo
Estoy resuelto á seguirlo,
Sin abandonarle nunca...
Ines. ¡Ay, Ines!
Per. Ya que he comido
Su pan y todos le dejan...
Pero no quiero afligiros;
Quede usted con Dios.
(*Doña Ines se levanta velozmente.*)
Ines. No; aguarda!
Cuida de él... Yo te lo pido
Con lágrimas de mis ojos...
Quizá una dia... ¡Qué delirio!
Nunca mas volveré á verle!..
Per. A media noche salimos
Sin falta.
Ines. ¡Nunca mas verle!
Per. Todo está ya prevenido
Para marchar... Y va bueno
Para emprender el camino;
Triste, con poca salud...
Juana. Cuéntele usted por perdido.
Ines. Pero ¿tengo yo la culpa?
Juana. ¿Y no podeis impedirlo
Con una sola palabra?
Ines. Dile... yo te lo suplico...
(*Con turbacion y vehemencia.*)
Dile que no me aborrezca,
Que nunca me eche en olvido,
Que me escriba alguna vez...
Dile que tan solo exijo
Saber que vive, y se acuerda
De esta infeliz... No le pido
Que me conserve su amor;
Viva dichoso y tranquilo
Con otra... ya que su Ines
Tan desgraciada ha nacido...
Juana. No llore usted.
Ines. Que ninguno
Le robará mi cariño
Ni mi mano... que le quiero
Mas que nunca le he querido
Que soy suya hasta la muerte...
¿Se lo dirás?
Per. Yo, lo mismo
Que usted me lo esta diciendo.
Ines. Y nota bien si al oirlo
Se enternece...
Per. Bien está.
Ines. Si pregunta con ahinco
Si me dejaste muy triste.
Per. Bien.
Ines. Y si está convencido
De mi amor, ó si me culpa...
Todo, todo has de advertirlo
Para contármelo.
Per. ¿Cómo,
Si á media noche partimos?...
Ines. Tienes razon... ¡Pobre Ines,
(*Suspensa y abatida.*)
A qué estado te ha traido
Tu mala suerte!
Juana. Señora,
Usted está sin sentido,
Y va á costarle la vida.
Ines. ¿Qué me importa?... Así me libro
De padecer.
Juana. Si quedára
Al menos algun arbitrio...
Ines. Ninguno, Juana, ninguno.
Juana. A mi solo me ha ocurrido
Si quisiera usted...
Ines. ¿Qué?
Juana. Hablarle
Esta noche con sigilo.
Ines. ¿A quién? ¡A ese ingrato!... No:
Pues ha tomado el partido
De dejarme para siempre,
Vaya con Dios.
Juana. Yo confio
En que si os viera... tal vez
Pudiera usted disuadirlo.
Ines. No, Juana.
Juana. Pero á lo menos
Lograba usted el alivio
De despedirse.
Ines. ¿Y qué logro
Con redoblar mi martirio?
Juana. Consolarse con llorar,
Hablar, reñir, conveniros
En el modo de escribirse...
Ines. No querrá.
Juana. ¿Por qué motivo?
Así que usted se lo diga...
Ines. ¿Cómo?
Juana. De un modo sencillo:
Viniendo á casa...
Ines. ¿Qué dices?
Juana. ¿Y hay en eso algun peligro?

Ines. ¿Y si luego se supiera?
Juana. ¿Por quién?
Ines. No me determino.
Juana. Déjelo usted á mi cargo;
Y en quedando recogidos
Los señores...
Ines. ¿Y mi madre?
Per. La deja pegando brincos
El amo, y viene de oculto...
Ines. Le pueden ver los vecinos.
Juana. No hay miedo: abro la puerta,
Entra primero Perico
A reconocer el campo,
Y el otro queda escondido
En la esquina.
Ines. No me atrevo:
Yo sola, yo sé el conflicto
En que está mi corazon!...
Juana. ¿Y el suyo estará tranquilo?
Ines. ¿Y qué he de hacer?
Juana. Darle al menos
Esa prueba de cariño,
Dejarle alguna esperanza,
Evitarle un precipicio...
Ines. Yo bien quisiera...
Juana (*á Perico*). Pues corre...
Ines (*á Perico*). No, aguarda...
Juana. Lleva el aviso...
Per. Voy de un vuelo.
(*Vase corriendo.*)
Ines. Aguarda...
Juana. Sí;
Ni un galgo puede seguirlo.

ESCENA III.

DOÑA INES, JUANA.

Juana. Quiere tanto á su señor!
Ines. ¿Qué voy á hacer?... Yo me pierdo. (*Abatida.*)
Juana. ¿Será la primera vez
Que se han hablado en secreto
Dos personas que se quieren?
Ines. Pues yo, Juana, no me atrevo.
Juana. ¡No faltaba mas ahora!
Ines. Tú le dirás que lo siento;
Pero que no puede ser.
Juana. ¿Quereis pagar con desprecios
Tanto amor?
Ines. ¿Y lo has creido?
Juana. ¿Pues cabe un hombre mas ciego?
Ines. Por eso quiere dejarme!
Juana. Quizá si os amára menos,
No os dejára.
Ines. ¿Y quién le obliga
A ausentarse?
Juana. El mismo estremo
De su pasion; el no estar
A todas horas espuesto
A lances como el de hoy...
Ines. ¿Y no ha encontrado otro medio
Mas que el de dejarme así?
Juana. Por mi parte no le veo:
Sabiendo ya la señora...
Ines. Quizá en pasando algun tiempo
Cediera...
Juana. ¡Ceder el ama!
¿No conoce usted su genio?
¿No sabe usted que á ella sola
Quiere le rindan obsequios
Los hombres, y hasta le duele
Que os hagan un cumplimiento?
El pobre de don Teodoro,
Solo á fuerza de quereros
Ha podido el infeliz
Tolerarla tanto tiempo.
Ines. ¿Y no sufro yo por él?
Juana. No por él; por no atreveros
A hablar claro á vuestra madre.
Ines. Tú sabes cuanto la quiero,
Y cuanto me adora á mí.
Juana. Lo disimula á lo menos.
Ines. Basta, Juana: calla, y vete.
(*Con sequedad.*)
Juana. Si cada vez que me acuerdo
De lo que pasó esta tarde,
No sé como me contengo.
El pobre mozo afligido,
Haciendo vanos esfuerzos
Por alcanzar la licencia:
Llega usted, oye su ruego,
Corre á los piés de su madre,
Se arrodilla con respeto,
Insta, llora... ¿Y cuál fué el fruto?
Solo sufrir sus dicterios.
Ines. Esa es mi suerte.
(*Con abatimiento.*)
Juana. Ni aun quiso
Daros siquiera el consuelo
De escuchar á uno ni á otro...
Ya se ve: si ella en su pecho
Sabe que teneis razon,
¿Qué ha de hacer? Lucir los fueros
De madre, y dar muchos gritos
Para salir del aprieto.
Yo no sé lo que sentí,
Cuando ví con el desprecio
Que os echó fuera del cuarto.
Ines. De acordarme me avergüenzo.
Juana. Y estando allí don Teodoro...
Ines. Yo siquiera tuve aliento

Para levantar la vista...
Juana. ¡ Afrentar á un caballero,
Y echarle fuera de casa !...
Pero ¿ con qué fundamento ?
Porque siendo hombre de bien,
Quiere con un fin honesto
A una niña que le ama,
Y la pide en casamiento.
Ines. Es así.
Juana. Y se encontrára
El motivo mas pequeño
Para oponerse...
Ines. Verdad.
Juana. Pero si todos sabemos,
Aunque nos quiera hacer tontos,
El motivo verdadero.
Ines. No mas, Juana.
Juana. Y lo peor
Del caso es que va cundiendo
La noticia, y hace usted
Muy mal papel en el pueblo.
Ines. No hay mas que tener paciencia.
Juana. Mas vale poner remedio.
Ines. ¿ Y tengo alguno en mi mano ?
Juana. ¿ Le ha olvidado usted tan presto?
Ines. No me hables de eso en tu vida.
Juana. Así lo haré ; pero temo
Que si vuela la ocasion,
Despues la echará usted menos.
Ines. No lo temas.
Juana. Puede ser;
Pero es difícil : en viendo
Que da mañana la hora
De venir á casa ; y lejos
De mirarle á vuestro lado,
Ni aun sabeis su paradero...
Ines. Mucho sufriré.
Juana. Y al fin,
Si fuera el plazo ligero ;
Pero por toda la vida !...
Ines. ¡ Ay, Juana !...
Juana. Y con el recelo
De que ya desesperado
Vaya á hacer un desacierto...
Ines (*abatida*). No querrá Dios.
Juana. O si acaso
Le sucede un contratiempo
En el camino... ¿ Y porqué
Tantas molestias y riesgos ?
Porque una madre obstinada
Prefiere sus devaneos
A hacer feliz á su hija...
Como da con un cordero,
Abusa, y hace muy bien :
Ya se anduviera con tiento,
Si diera con otra ; ó puede
Que ella perdiera en el juego.
Ines. Pues yo mas quiero sufrir...
Juana. ¿ Le parece á usted que es cuento
Lo que digo ? Pues yo sola
Puedo contar cien ejemplos.
¿ Qué le pasó á aquella amiga
Que se casó de secreto
Con el alférez ?... Los padres
Quisieron tocar el cielo
Con las manos ; ¿ y despues ?
Usted misma lo está viendo :
El viejo y la vieja riñen
Por mecer la cuna al nieto.
Si eso es mas claro que el agua :
En no teniendo remedio,
¿ Qué pueden hacer los padres ?
Darse por muy satisfechos,
Y sino, suponga usted
Que al fin cede á los deseos
De don Teodoro...
Ines. No tienes
Siquiera que suponerlo.
Juana. Ya lo sé ; pero supongo
Que todo se halla dispuesto
Para marchar ; que partimos ;
Que llegamos á Toledo,
Que paramos en la casa
Del canónigo, y nos vemos
Regaladas cual princesas.
Él escribe á algun sugeto
De importancia : viene acá,
Sufre el temporal deshecho
De la señora ; la amansa ;
Se queda el tiempo sereno :
« Yo la perdono ; que venga... »
Parte volando un correo
Con la noticia : « á Madrid ;
« El coche, los tiros, presto ! »
El tio (que será gordo)
Viene llenando el testero
Del coche, ustedes al vidrio,
Yo en un calesin con Pedro...
Me parece, señorita,
Que ahora mismo lo estoy viendo.
Ines. ¿ No callas, muger, no callas ?...
Mas si no me engaño, siento
Ruido de pasos... (*Levantándose.*)
Juana. Y cerca.
¿ Si no que llevó don Pedro
Su llave ?
Ines. Bien puede ser.
Juana. Pronto se ve... Dicho y hecho.

ESCENA IV.

DOÑA INES, JUANA, DON PEDRO, DON LUIS.

Ped. No esperábamos, don Luis,
Encontrar tan buen hallazgo.
Luis. Mire usted si hicimos bien
En recogernos temprano.
Ines. Ha sido casualidad:
Nos estuvimos un rato
Cosiendo... luego allá dentro
Sin saber qué hacer... y al cabo
Iba á recogerme ahora...
Ped. Nosotros hemos andado
Sin saber qué hacer tampoco:
Se acabó tarde el teatro;
Dieron al salir las once,
Y anduvimos vacilando
Sobre ir ó no á alguna fiesta;
Pero al fin...
Luis. Y la acertamos
En no pasar mala noche.
Ped. Pues alguien está escuchando
Que quizá de buena gana...
Ines. Está usted muy engañado
Si habla por mí.
Ped. Por ventura
¿Y qué tuviera de estraño?
Ines. No digo yo que tuviese.
Ped. Es propio en los pocos años
El gusto de divertirse;
Y mas teniendo cercano
El ejemplo de una madre...
Yo, don Luis, no he visto cascos
Mas ligeros en mi vida:
A la comedia, al sarao...
¿Y su casa? ¿y esta niña?
Mas que se las lleve el diablo.
Contemple usted con el gusto
Que estará Ines...
Ines. ¿Pues yo acaso
Estoy triste?
Ped. ¿Y no es así?
Ines. Hace tiempo que no he estado
De mejor humor... Las dos
Hemos estado jugando
Y riyendo... (*A Juana.*) ¿No es verdad?
Ped. Y ahora de cerca reparo
Que estás pálida y llorosa.
Ines. Tendré los ojos cargados
De coser; pero no sé...
Solo he sentido hace rato
Algun dolor de cabeza.
Ped. Será quizá de reir tanto.
Ines. ¿Que por fuerza he de estar triste?
Si ustedes quieren...
Luis. Cuidado
Que yo no he dicho palabra.
Ines. Aun dice usted mas callando.
Luis. ¿Porque hablé esta tarde erré,
Y ahora yerro porque callo?
Ines. No digo tal: las mugeres
Somos las que siempre erramos
Segun los hombres.
Luis. Tampoco
Tengo un concepto tan malo...
Ines. ¿No dijo usted esta siesta?..
Luis. Solo dije que era raro
Hallar franqueza en ustedes;
Y ahora lo estais confirmando.
Ines. Pues estoy triste.
Ped. A mí es,
Y me tiene incomodado
El verte sola en la casa,
Y la otra vieja bailando.
Ines. Deje usted que se divierta.
Ped. ¿Y yo se lo impido acaso?
Pero lo siento por tí;
Y ya me voy enfadando
De sufrir y de callar.
Ines. ¿No sufro yo mas, y callo?
Ped. Este angelito aquí solo,
Puesta mano sobre mano...
Sin divertirse; aburrida...
Si quieres jugar un rato
Entre los tres...
Juana. ¡Con jaqueca!
Ped. Si estás mala, no tratamos
De incomodarte.
Ines. Yo solo
Me detuve á saludaros;
Pero ya me iba á acostar.
Ped. Pues anda ve, y dale un baño
(*A Juana.*)
De piés: quizá te mejores;
(*A doña Ines.*)
Y si se ofreciere algo,
Que me llamen.
Ines. Está bien.
Juana. Yo quedo con el cuidado.
Luis. Que usted se alivie.
Ines. Mil gracias:
Buenas noches.

ESCENA V.

JUANA, DON PEDRO, DON LUIS.

Ped. Lleva al cuarto
A la niña, y luego vuelve.

Juana. ¿Y traigo ya preparado
El cocimiento?
Ped. No pienso
Acostarme tan temprano.
Juana. Pues me parece que advierto
Mas hinchazon en el lado.
Ped. No me duele mucho ahora.
Juana. No se ande usted chanceando
Con las muelas...
Ped. Si no es nada...
Juana. ¡He visto yo tantos casos!...
Mas vale que usted se acueste.
Ped. ¿Y de cuando acá has tomado
Tanto interes en mis muelas?
Juana. ¿Ve usted, don Luis, lo que gano
Con ser cuidadosa?
Ped. No;
Yo te lo estimo.
Juana. Los amos
Todos son unos; y siempre
Saca una pobre este pago.

ESCENA VI.

DON PEDRO, DON LUIS.

Ped. Esta es otra que bien baila:
¡Mire usted á quien se fia
El cuidado de la casa
Y la guarda de una hija!
Con mas juicio las he visto
Encerradas en Sevilla.
Luis. No tiene mucho en verdad.
Ped. Así se pierden las niñas,
Adquieren malos resabios,
Se despierta su malicia...
Luis. Seguramente es fortuna
El que descubra Inesita
Tan buen fondo.
Ped. ¿Y piensa usted
Que su carácter la libra
De riesgos? Ella es un ángel,
Es dócil, franca, sencilla;
Pero mas le temo así.
Si solo tiene á la vista
El espejo de una madre
Casquivana y distraida,
Y para aumentar el daño
Está al lado todo el dia
De una moza desenvuelta,
¿Qué espera usted en su vida?
Luis. En eso teneis razon.
Ped. Lo que á mí me maravilla
Es que con tales ejemplos
Aun conserve todavía
Algun candor.
Luis. Ya vió usted
Como se puso encendida
Al faltar á la verdad.
Ped. Aun es la pobre novicia
En el arte de fingir;
Mas con todo, si se aplica,
Es muger y aprenderá.
Luis. Por mas esfuerzos que hacia
Para fingir buen humor,
Mostraba hasta en su sonrisa
Algun pesar.
Ped. Yo jamas
La he visto tan distraida
Ni tan triste... Ya se ve;
Tiene la pobre la espina
De la máscara...
Luis. Pues yo
Sospeché si ya sabria
Alguna cosa... Las voces
Suelen cundir tan aprisa...
Ped. ¿Pero es cierto?
Luis. Por su casa
He sabido la noticia,
Aunque con mucha reserva.
Ped. Verémos si se confirma:
Él es pájaro de cuenta.
Luis. Pues todas sus picardías
No le valen ya en Madrid:
Los acreedores le ostigan,
Uno le amenaza á palos,
El otro con la justicia...
Ped. Pues entonces no hay recurso.
Luis. ¿Qué recurso? Si le pillan,
Al hospital ó á la cárcel.
Él ya se ha puesto en franquía,
Y anochece y no amanece.
Ped. Pues no será poca dicha
Para esta casa.
Luis. Así es.
Ped. Habrá paz en la familia;
Y veremos si mi hermana
Conoce sus tonterías,
Y acaba de abrir los ojos...
Por lo menos mi sobrina
Ganará mucho... ¿Y quién sabe
Si en perdiéndole de vista?...
Dicen que el primer amor
O tarde ó nunca se olvida:
¿No es usted de ese dictámen?
Luis. Así dicen.
Ped. Yo creia
Que usted por propia esperiencia...
Luis. Quizá...
Ped. Las cosas sencillas:
¿Podreis olvidar á Ines?
Luis. ¡Olvidarla yo! en mi vida.

Ped. ¿Y os da vergüenza el decirlo?
Luis. Soy franco: me mortifica
El verme pospuesto á otro.
Ped. Pues yo no tengo perdida
La esperanza de llamaros
Mi sobrino: ¿os pesaria?
Luis. ¡Ah, don Pedro! Ines, ó nadie.
(*Con espresion.*)
Ped. Jóven honrado, esa misma
Pasion, que á usted le sonroja,
A mis ojos le acredita;
Pues no cabe amor tan puro
En un alma corrompida.
Ame usted, amigo mio,
Ame usted; que vendrá el dia
Del premio, y quizá no tarde.
Luis. Solo esas voces me animan.
Ped. Yo salgo fiador: ¿os basta?
Yo conozco á mi sobrina,
Sé que os amó, y siempre queda
Algun fuego en las cenizas.

ESCENA VII.

DON PEDRO, DON LUIS, Y SALE JUANA CON EL COCIMIENTO.

Juana. Aquí va.
Ped. Llévalo adentro.

ESCENA VIII.

DON PEDRO, DON LUIS.

Ped. Este es el mundo: á Inesita
No le dejan ir al baile;
Y esta privacion le aviva
Las ganas; y usted pudiendo...
Luis. A mí muy poco me incitan
Esas fiestas: era tarde,
Mal tiempo, usted se venia;
¿Qué habia de hacer? Ahora tomo
Cualquier obra entretenida,
Y me divierto leyendo
Hasta que el sueño me rinda.

ESCENA IX.

DON PEDRO, DON LUIS, JUANA.

Juana. Ya está todo prevenido.
Ped. Vamos... No sé qué daria
Por dormir toda la noche;
Pero estas muelas malditas...
Luis. Quizá con el cocimiento
Paseis la noche tranquila.
Ped. Dios lo quiera: hasta mañana.
(*Yéndose.*)
Juana. Oiga usted, señor: ¿se estila
Despedirse á la francesa?
Ped. Perdone usted, señorita.
Juana. Mire usted, mas honra tengo
Que tienen muchas usías.

ESCENA X.

DON LUIS, JUANA.

Luis. A Dios, Juana, buenas noches.
(*Al irse.*)
Juana. Que duerma usted bien... y aprisa, (*volviéndose.*)
Sin que pueda despertarle
Ni un cañon de artillería.

ESCENA XI.

DOÑA INES, JUANA.

Juana. Vamos á ver...
(*Yendo á entrar por la puerta del interior de la casa.*)
Ines. ¿Se acostaron?
Juana. Cuidado que no nos sientan.
Ines. Dices bien: vente allá dentro.
Juana. Antes...
Ines. Si aun no estoy resuelta...
Juana. ¿Cómo no? Pues ahora mismo
¿Qué dijo usted?
Ines. Ya me pesa.
Juana. ¿Y porqué?
Ines. Si no me atrevo...
Si no sé lo que recela
Mi corazon... Tú saldrás;
Y le dirás que siquiera
Me dé este gusto.
Juana. Si salgo,
Antes de escuchar mi arenga
Toma la posta y se va.
¿No es mejor que se convenza
Por sí mismo? ¿que os escuche,
Que os hable, que él propio os vea
Llorar?
Ines. No tengo valor.
Juana. Quizá lograreis que ceda
A vuestro ruego, ó le dais
El último *á Dios* siquiera.
Ines. ¡El último! ¡Ay, Juana mia!
Juana. Así á lo menos os queda
Ese consuelo; sino,
Se marcha antes que amanezca,
Y hasta la muerte.

Ines. Pues ve...
(*Con vehemencia.*)
Pero no, detente, espera...
Juana. ¿Qué quiere usted?
Ines. Que me dejes.
Juana. ¿Y no voy?
Ines. No.
Juana. Me da pena
El veros en ese estado;
Y si dura mas...
(*Doña Ines se sienta con abatimiento.*)
Ines. No temas;
No durará este pesar
Tanto como tú recelas...
Teodoro, yo te lo juro!..
Juana. Si en este instante os oyera,
Si os viera tan abatida...
Ines. Por Dios, Juana, no te muevas
De mi lado...
Juana. ¿Qué teneis?
Ines. Yo no sé qué angustia es esta,
Que ni aun puedo respirar...
Juana. Háblele usted, aunque sea
Un minuto, y que se vaya.
Ines. No, Juana, ya estoy resuelta.
Juana. Pero un solo instante...
Ines. No.
Juana. ¿Y si el infeliz espera?
Ines. Tú le desengañarás.
Juana. Yo... la verdad... mejor fuera
Mandar con otro el recado.
Ines. ¡Tú tambien, Juana!
(*Con sentimento.*)
Juana. Me cuesta
Tanto trabajo el decirle...
Ines. Pues bien: no vayas.
Juana. Si fuera
Otra cosa...
Ines. Ya lo sé.
Juana. Perico estará á la puerta,
Y él mas bien... Si quiere usted,
Verá usted que pronto entra.
Ines. No dices mal.
Juana. Él vendrá
Para hacer la descubierta,
Como quedamos; y entonces
Le dice usted lo que quiera.
Ines. Es que si entiende Teodoro...
Juana. ¿No se dijo que estuviera
En la esquina? Verá abrirle
Al descubridor; se alegra;
Y cuando piense él entrar,
Ya se encuentra al otro fuera.
Ines. Y luego el pobre Teodoro...
Juana. Yo no sé como os entienda:
Tan pronto quereis hablarle,
Tan pronto decis que os pesa,
Luego quereis que yo vaya,
Despues que Perico venga...
Ines. ¡Ni yo me entiendo á mi misma!
Juana. Pero, al fin, ¿en qué se queda?
Ines. Yo no sé...
Juana. ¿Llamo á Perico?
Ines. Haz, Juana, lo que tú quieras.

ESCENA XII.

DOÑA INES SOLA.

(*Continúa sentada, mostrando agitacion y abatimiento.*)

Ines... Ines... un momento
De valor... Ni él mismo sepa
Lo que le quiero... ¡Cruel!
Yo sola, afligida, espuesta
A las iras de mi madre,
Y él por su gusto se ausenta...
¡Quién sabe!.. Quizá ha buscado.
El pretesto de la ausencia
Para burlarse; quizá
Otro amor... Pero, ¿qué pruebas
Tengo yo?.. ¿No habló á mi madre?
¿No le pidió la licencia?
¿No me propone el ser mio?
Pues, Ines, ¿de qué te quejas?..
¡Ay! yo sola, yo le pierdo:
Por mí el infeliz se aleja;
Por mí todo lo abandona;
Por mi culpa á la hora esta,
Quizá mañana... ¡Dios mio!
Ya en el mundo no me queda
Ni aun la esperanza de verle...
Pero, Teodoro, no temas
Que tu Ines te falte nunca,
Ni que olvide sus promesas;
Su amor, su vida, su alma,
Todo es tuyo... Donde quiera
Que vayas, aunque me olvides,
Aunque nunca mas te vea,
Tú sabrás, Teodoro mio,
Si tu Ines te amó de veras.

ESCENA XIII.

DOÑA INES, DON TEODORO, JUANA, PERICO.

(*Doña Ines se levanta sobresaltada, al oir la voz baja de don Teodoro: este habrá estado parado en la puerta desde el final de la escena anterior: vendrá con un vestido de baile, cu-*

bierto con un sobretodo : Perico y Juana vienen detras, y todos con silencio.)

Teod. Ines...

Ines. ¡Ay!

Teod. ¿Te vuelvo á ver?

Ines. ¿Qué has hecho, Juana, qué has hecho?...

Juana. ¿Yo... señora? si al abrir
El mismo se metió dentro

Ines. Todos me venden... á Dios.

Teod. Oyeme solo un momento.
(*Deteniéndola.*)

Ines. No, Teodoro.

Teod. Un solo instante.

Ines. Si nos sienten, nos perdemos.

Teod. No nos oirán.

Ines. Compadece
El estado en que me veo...

Teod. ¿Temes mis reconvenciones?
No, Ines : yo sé lo que tengo
Que esperar de tí; lo sé.

Ines. Tú verás...

Teod. Sé que te pierdo,
Que voy á ser desgraciado,
Que para siempre me alejo
De tu vista...

Ines. ¡Para siempre!

Teod. Lo dije, y no me arrepiento.

Ines. ¿Y así lo dices, ingrato?

Teod. ¿Tú quejas? ¡tú que me has he-
Infeliz! [cho

Ines. Yo no, Teodoro.

Teod. ¡Tú que olvidaste tan presto
Tus palabras, tus promesas,
Los mas santos juramentos!..

Ines. No es culpa mia.

Teod. ¿No es tuya?
¿Pues de quién?... Pero ya veo
Tu turbacion. ¿No respondes?
¿No tienes siquiera aliento
Para hablarme?... ¡No es tu culpa!
Dices bien : yo que tan ciego
Me abandoné á mi pasion;
Yo que olvidé por tu afecto
Bienes, fortuna, familia,
¿Yo soy quien te reconvengo?
No, Ines; tú tienes razon :
Yo solo soy el que debo
Reconvenirme.

Ines. ¡Teodoro!

Teod. Yo que imaginé sincero
Tu cariño...

Ines. ¿Y no te amo?

Teod. ¡Amarme tú!... Hubo algun tiempo
En que necio lo creia;
Pero ese mismo recuerdo
Me atormenta mas ahora.
Yo tranquilo, satisfecho
Con tus promesas, ansiando
Llegase el feliz momento
De verte mia... Lo juras;
Ni un instante me detengo
En pedir tu mano, y sufro
Insultos y menosprecios...
Pero me queda mi Ines;
Ese era el solo consuelo
De mi corazon : me ama;
Sabe que no hay otro medio
De ser mi esposa; verá
Que á costa de un leve riesgo
Somos felices... Te escribo,
Vuelven, pregunto... ¡Qué lejos
Estaba yo de esperar!...

Ines. ¡Ay, Teodoro! No lo niego :
Te quiero mas que á mi vida;
Pero no con tal estremo,
Que sacrifique á mi gusto
De una familia el sosiego,
El tierno amor de una madre,
Mi inocencia, mi concepto,
Mi honor...

Teod. ¡Tu honor!... ¿Pues acaso
He tratado de ofenderlo?
¿Podrá tu madre á su antojo
Negar su consentimiento
Para nuestra union, y tú
Por un temor indiscreto
Dejarás de ser mi esposa?
¡Tú por su capricho necio
Infeliz toda tu vida,
Por no esponerla á un momento
De pesar, de que ella propia
Ha de avergonzarse luego!...
¡Tu familia!... Y por ventura
¿Quién le ha otorgado el derecho
De esclavizarte á su gusto?...
Pregunta, indaga qué hicieron
Ellos mismos, ó si acaso
No nos dieron el ejemplo.
¿Callas?... ¿dudas? ¿ó presumes
Que serémos los primeros
En burlar la tiranía
De unos padres indiscretos?...
No, Ines mia; tú me amas;
Tú puedes premiar mi afecto
Con tu mano... ¿Y la retiras? (*la accion.*)

Ines. Déjame, yo te lo ruego.
(*Con abatimiento.*)

Teod. ¿Que te deje?...

Ines. Si, Teodoro.

Teod. A Dios. (*Con resolucion.*)

Ines. ¿Te vas?
Teod. ¿No te dejo?
¿No hago tu gusto?
Ines. ¡Tan pronto!
Teod. Y para nunca mas vernos.
Ines. ¿Nunca, Teodoro?...
Teod. Jamas.
Ines. Pues... á Dios...
(*Con suma languidez.*)
Teod. ¿Lloras?
Ines. No puedo
Resistir mas... Pero, dime:
¿Podré esperar á lo menos
Que te acuerdes de tu Ines?
Teod. Sí, Ines: yo te lo prometo.
Ines. ¿Me escribiras?
Teod. Quizá antes
Acabarán mis tormentos:
Tú lo sabrás... Ines mia,
No te ha de quedar recelo
De que fué falso mi amor:
A Dios.
Ines. Espera un momento...
Teod. ¿Para qué?
Ines. ¿Te canso ya?
Teod. No, Ines; ¿pero á qué esponernos
Sin fruto? A qué atormentarnos?
Ines. Ingrato, bien te comprendo:
Te soy molesta, y quizá
Se ha convertido tu afecto
En odio...
Teod. ¿En odio, mi vida?
Ines. Pero yo no lo merezco;
No, Teodoro: ¡Dios lo sabe!
Si pudieras ver mi pecho,
Tú mismo me disculpáras.
Teod. ¿Y es posible que te pierdo
Con tanto amor?...
Ines. Sí, Teodoro;
Mi suerte así lo ha dispuesto
Teod. ¿No está en tu mano el vencerla?
Ines. No me es posible.
Teod. ¿Y nos vemos
Por última vez ahora?
Ines. ¡Ay!...
Teod. ¿Ni nos queda el consuelo
De morir juntos?...
Ines. Dios mio!!!
Teod. ¡Y yo vacilo un momento!
Ines mia, á Dios, á Dios...
Ines. Aguarda... Yo desfallezco...
Teod. Ines mia, hasta la muerte.
(*Toma su mano con espresion, en ademan de despedirse: doña Ines se arroja á sus piés; y él procura sostenerla.*)
Ines. Tuya soy... tuya...
Teod. ¿Qué es esto, Ines?
Ines. ¡Ten piedad de mi!
Mi vida misma te entrego;
Mi honor, que es mas que mi vida...
Teod. ¡Esposa mia!... (Ya puedo
Llamarte con este nombre)
Mi esposa, mi bien, mi dueño,
¿Tú arrodillarte á mis piés?
Ines. ¿Quieres mas?... Mira cual beso
Tu mano, y la riego en llanto...
Teod. Alzate.
Ines. ¿No estás contento?
¿Me quieres mas humillada?
Teod. ¡Tú humillada, cuando debo
Besar la tierra que pisas!
Ines. Mi honor, mi honor... Y te ofrezco
Ser tu esclava, no tu esposa...
Teod. No me traspases el pecho
Con tus sospechas.
Ines. ¿Lo juras?...
Teod. Te lo juro por el cielo,
Por mi vida, por mi amor...
Pero, Ines, no malogremos
Ocasion tan favorable...
(*Doña Ines muestra abatimiento y profunda distraccion hasta el fin de la escena.*)
Ines. Dispon de mi... Ya no tengo
Mas voluntad que la tuya.
Teod. Juana, Perico, al momento
A disponer...
(*Perico y Juana habrán estado en el fondo del teatro, como hablando en secreto, hasta este punto en que se acercan.*)
Juana. ¿Es verdad,
Señorita?... Pero advierto
Que está usted llorosa...
Ines. No...
Juana. Si yo claro lo estoy viendo,
¿A qué oculta usted la cara?
Ines. De mí misma me avergüenzo:
Vuélveme, Teodoro mio,
Mi inocencia...
Teod. Está á cubierto
Con tu esposo.
Per. ¡Y qué marido!
Teod. Pero no perdamos tiempo:
Vamos, Juana.
Juana. ¿Saco ropa?
Teod. Ya me ofende ese silencio;
Ines, ¿te pesa el ser mia?
Ines. No, Teodoro; pero al menos
Deja que piense en mi suerte:

¿En eso acaso te ofendo?
Teod. Me afliges.
Ines. Harto me pesa;
Pero déjame el consuelo
De llorar... No pido mas.
¿Te parece que no he hecho
Bastante por tí?..
Teod. Alma mia,
Pide mi sangre y la vierto:
Pero no miren mis ojos
Que lloras en el momento
Mas dichoso de mi vida.
Ines. ¿No es justo mi sentimiento?
Teod. Sí.
Ines. ¿Pues cómo he de olvidarle?
¿No abandono cuanto quiero
En el mundo; casa, padres?
Teod. ¿Y no sabré agrdecerlo?
Ines. Aquí mismo, aquí nací...
Teod. Desecha esos pensamientos.
Juana. ¿Con que saco aquel vestido?..
Ines. El que quieras.
Teod. Vuelve presto.

ESCENA XIV.

DOÑA INES, DON TEODORO, PERICO.

Teod. ¿Porqué tan triste, Ines mia?
Ines. Temprano, temprano empiezo
A temer.
Teod. Pero, ¿qué temes?
Quizá aun antes que creemos
Estemos aquí de vuelta.
Ines. Pero ¡cuánto en ese tiempo
Va á sufrir mi pobre madre!..
Teod. ¿A qué viene ese recuerdo
¿Tienes gusto en afligirte?
Ines. No puedo, por mas que quiero,
Dejar de pensar en ella...
Teod. Piensa en los gustos completos
Que has de gozar á su lado...
Ines. Hija ingrata, este es el premio
Que das á tanta ternura!..
Teod. ¡Qué vano temor! si luego
Ella propia ha de alegrarse.
Ines. Y entre los dos cuidarémos
De hacerla feliz... ¿Lo harás? [no.
Teod. Tendrá en mí un hijo, no un yer-
Ines. Pero... ¿y si no me perdona?...
Teod. No te inquiete ese recelo,
Ines mia; en nuestros brazos
Muy pronto la estrecharémos.
Ines. ¡Dios lo quiera! Y si consigo
Que olvide mi desacierto
Y me eche su bendicion,
Nada en el mundo apetezco.
Teod. ¿No lo has de lograr, mi vida?
Te ha de parecer un sueño
Que lo dudaste siquiera.

ESCENA XV.

DOÑA INES, DON TEODORO, JUANA, PERICO.

(*Juana saca un lio de ropa y un vestido de camino para doña Ines.*)

Teod. ¿Viene todo?
Juana. Aunque revuelto.
(*Juana coloca el lio sobre la mesa, y viene á poner el vestido á doña Ines que se muestra muy triste y pensativa.*)
Teod. ¿Qué tienes, mi bien, qué tienes?
No sabes cuánto padezco
De verte así.
Ines. Yo no sé
Qué triste presentimiento...
Teod. No te violentes; suspira
Con libertad.
Ines. Si no puedo...
Juana. Señorita, ¿está usted muerta?
Teneis tan pesado el cuerpo,
Que me cuesta...
Teod. Ayuda, Ines.
Ines. Mira, mira como tiemblo;
Y ten compasion de mí!
Teod. Animo, Ines, un esfuerzo,
Y nos salvamos.
Per. Valor!
Ines. ¡Ay, Teodoro! yo no acierto
A dar un paso...
Teod. Yo al lado
Te sostendré.
Ines. ¿No hay remedio?
¿Por fin, Teodoro?
Teod. ¿Ahora dudas?
Ines. Quizá tú mismo en tu pecho
Me estes culpando...
Teod. No, Ines:
¿Imaginas que no aprecio
Tu fineza?
Ines. ¡Madre mia!
¿Qué será de tí en sabiendo
Mi fuga?...
Teod. No te acongojes.
Ines. Quizá en el primer momento
Me echará su maldicion...
Teod. Desecha vanos recelos...
Ines. Yo voy á ser su deshonra;
Yo voy á cubrir de duelo

A una familia inocente...
Teod. Por Dios, Ines, no tardemos.
(*Conduciéndola.*)
Juana. Yo alumbraré hasta bajar.
(*Toma la luz y el lio.*)
Teod. Animo!
Ines. Qué desconsuelo
Cuando mañana lo sepan!...
Juana. Vamos saliendo con tiento...
(*Juana lleva la luz, y va un poco delante de doña Ines: esta camina hácia la puerta, conducida de la mano por don Teodoro: Perico va detras. En este punto suena un fuerte campanillazo, como de llamar á la puerta de la calle: doña Ines va á caer desmayada, y la sostiene Juana, que en el mismo momento deja caer la luz, la cual se apaga. Don Teodoro y Perico muestran la turbacion que es natural.*)
Ines. ¡Ay de mí!..
Teod. Ines...
Juana. Nos perdimos.
Teod. ¿Quién será?
Juana. No sé.
Teod. ¿Qué hacemos?
Per. Tirarnos por un balcon...
Teod. Vamos á ver si podemos
Moverla...
Juana Si está cadáver...
Per. El diablo mismo la ha muerto,
Para hacer que nos ahorquen...
Juana. Señorita...
Teod. Ines...
Per. Mas recio:
Señorita!!!
Teod. Calla, bruto.
Per. Si encontrára un agujero *ap.*
Donde agazaparme...
(*Suena otro campanillazo.*)
Juana. Aprieta.
Teod. No hay que abrir.
Per. Ya lo sabemos:
Pierda usted cuidado.
Ped. (*desde su alcoba*). Juana!
Juana. ¿Esto tambien?
Per. ¿Es el viejo?
Juana. Él mismo; y si sale....
Ped. Juana!!!
(*Desde adentro, y esforzando la voz.*)
Juana. Vamos á llevarla adentro,
Y ustedes se esconden...
Teod. Bien:
(*A Perico.*)
Ayuda aquí.
Per. Voy corriendo...
(*Continúa sin hacer caso.*)
Pero es á esconderme. *ap.*
Teod. Aprisa.
Per. Tengo tan maldito tiento
Para andar á oscuras...
Teod. Ven.
Per. Ya dí con la puerta... bueno.
(*Se entra por la puerta del cuarto de don Pedro, creyendo ser la que conduce á las habitaciones interiores de la casa.*)

ESCENA XVI.

DON TEODORO, DOÑA INES, JUANA.

Teod. ¿Dónde te has metido, infame?
Juana. Perico, vente derecho
Hácia mi voz.
Teod. ¿No respondes?
(*Suena ruido dentro del cuarto de don Pedro.*)
Juana. Me parece que allá dentro
Suena ruido.
Teod. ¿Qué hago?
Juana. ¿Y yo?
Si usted no acude, la suelto.
Teod. Tenla.
Ped. (*al salir*). Ladrones!.. ladrones!..
No te has de escapar, gran perro.

ESCENA XVII.

DON PEDRO, DON LUIS, DON TEODORO, DOÑA INES, JUANA, PERICO.

(*Don Teodoro se encamina hácia el lado opuesto á aquel en que suena el ruido; á tiempo que don Luis sale de su cuarto, con una luz en la mano izquierda y en la derecha una espada: doña Ines sigue desvanecida en los brazos de Juana: don Pedro sale con bata y trage de dormir, agarrando á Perico que se desase de sus manos en aquel momento de sorpresa; todos quedan inmóviles y suspensos por un instante.*)
Luis. Infame!..
(*Yendo á acometer á don Teodoro.*)
Teod. Tened.
Ped. ¿Qué haceis?
Luis. Derramar su sangre indigna.
Ped. Pero, sepamos...
Luis. ¿Qué mas?

¿No veis á vuestra sobrina
Y á estos malvados?..
Teod. Yo vine...
Luis. ¿A qué?
Teod. La hallé... que salia...
Luis. Vil seductor! Yo sabré
Arrancarte con la vida
La verdad...
Ped. Tened, don Luis.
Teod. Por Dios...
Ped. Juicio; y no consiga
Perdernos este villano.
Teod. Yo... mi honor...
Luis. ¿Veis su osadía?
Aun se atreve á hablar...
Ped. Mirad
Que en este lance peligra
El honor de Ines y el nuestro.
Calma, don Luis; no se diga
Que nos faltó la prudencia
Cuando mas se requeria.
Luis. ¿Pero ha de quedar impune?
Ped. Luego hay tiempo: lo que insta
Es cuidar de esa infeliz...
(*Don Pedro y don Luis se acercan á doña Ines: don Teodoro permanece á alguna distancia inmóvil y turbado.*)
Ines...
Luis. Apenas respira...
(*Mirando á don Teodoro.*)
¡Malvado!
Ped. (*á Juana.*) ¿Le has dado agua?
Juana. Yo por mí me resistia;
Pero...
Ped. No pregunto eso.
Juana. Y tambien la señorita;
Pero ellos instaron tanto...
Ped. Yo la sostendré: una silla
(*A Juana.*)
Y un vaso de agua... ¿No vas?...
(*Colocan en la silla á doña Ines, y Juana recoge del suelo la vela, la enciende, y se va adentro.*)
Juana. ¡Qué cara!... Dios nos asista. *ap.*

ESCENA XVIII.

DON PEDRO, DON LUIS, DON TEODORO, DOÑA INES, PERICO.

Luis. Será una congoja.
Ped. Puede:
El susto, la lucha misma
De pasiones, la violencia
Que la infeliz sufriria...
Luis. ¡Malvado, ve aquí tu obra!
(*A don Teodoro.*)
¿No osas levantar la vista?
Mira y complácete.
Ped. Juicio;
Que no ha sido poca dicha
Que nos cueste esto tan solo...
Y sino, por buenos dias
Nos quedaba que llorar.
Mire usted si yo sentia
Con razon tanto abandono;
Pero esta infeliz me inspira
Solo lástima; su madre,
Su madre es la que me irrita.

ESCENA XIX.

DON PEDRO, DON LUIS, DON TEODORO, DOÑA INES, PERICO, JUANA CON UN VASO DE AGUA.

Ped. Tráela aquí.
Luis. Dadle una poca.
Ped. Me parece que suspira...
Ines...
Ines. ¡Ay!
Ped. Haz por llorar.
Ines. Juana... ¿quién?...
Ped. Soy yo, Inesita.
(*Doña Ines mira á un lado y á otro; y al ver á don Pedro y á don Luis, esclama:*)
Ines. ¡Dónde me escondo, Dios mio!
Ped. Vamos, hija, no te aflijas:
Ya pasó; no temas nada.
Luis. Beba usted, no le repita
La congoja...
Ines. ¡Por piedad,
Dejadme morir!
Ped. ¿Deliras,
Muchacha?... Estando á mi lado
Ya debes estar tranquila:
Lo sé todo, y te disculpo.
Ines. ¡Disculparme!
Ped. Sí, hija mia.
Ines. No merezco yo ese nombre.
Ped. ¿Porqué?
Ines. Esa bondad misma
Es un puñal para mí:
Reñidme, llamadme indigna
De vuestro amor; insultadme...
Decidme lo que me dicta
Mi corazon; nada mas...
Así veré si se alivia
Este peso que me ahoga...
Ped. Llora, no temas; suspira...

Ines. ¿No lo haceis?... Riñame usted;
No tema usted que le diga
Ni una palabra siquiera...
Vereis si os oigo sumisa,
Si os pido perdon, y os beso
Los piés.
(*En ademan de arrodillarse.*)
Ped. Levántate, hija,
Y en mis brazos...
Luis. Mira, infame,
(*A don Teodoro.*)
La víctima que perdias.
(*Doña Ines vuelve con sorpresa la cara, y ve á don Teodoro, que está á alguna distancia.*)
Ines. ¡Es él!... ¡O Dios!...
Ped. ¿Porqué tiemblas?
Ines. Que se aparte de mi vista;
Yo os lo suplico...
Ped. Aun no sabes
Quién es.
Teod. Yo solo querria...
Luis. ¿Ve usted, ve usted su insolencia?
¿Y quiere usted que reprima
Mi cólera?
Ped. No olvidemos
Que el honor de mi sobrina
Pende de que esto se calle...
La ofensa no es vuestra, es mia;
Y yo sé...
Teod. Si usted me oyera,
Quizá compadeceria...
Ped. No abuseis de mi paciencia:
Sé quien sois, sé vuestra vida,
Vuestros vicios, y la causa
De vuestra fuga... Hija mia,
Da muchas gracias á Dios,
Que ya en el borde te libra
Del precipicio... Sino,
Deshonrada, envilecida,
Abandonada cual otras,
De su infame mano ibas
A recibir tu castigo...
Ines. ¡Me estremezco!...
Ped. Tu familia,
Tus pobres padres, tú propia
Víctimas de la perfidia
De un seductor...
Ines. Me juró
Ser mi esposo; con su firma
Me lo ofreció... Vedla, vedla...
(*Dándole la carta.*)
No os engaño: así encubria
Su intencion; solo así pudo
Persuadirme... Ingrata hija,
No tienes disculpa, no.
Luis. No se abata usted.
Ines. Yo misma
Quiero confesar mi crímen;
Quiero quedar confundida
A vuestros ojos; y luego
Llorar por toda la vida...
Luis. Antes debeis consolaros;
Y que este suceso os sirva
De leccion, no de tormento.
Ines. ¡Ah, don Luis! ¡cuánto me humilla
Esa virtud! Todos, todos
A sonrojarme conspiran.
Ped. ¡Qué maldad!... Si no mirára...
(*Al acabar de leer la carta.*)
Teod. Ruego á usted que me permita
Decir solo...
Ped. ¿Qué quereis?
Teod. Sé que es justa vuestra ira;
Que teneis razon en todo;
Que en usted tan solo estriba
Mi suerte, y podeis perderme:
Si lo haceis, la culpa es mia;
Lo sufriré sin quejarme.
Mas ya que por buena dicha
Se ha evitado tanto mal,
Haced la gracia cumplida:
No por mí, no lo merezco;
Pero una honrada familia,
Mi anciana madre infeliz
En quien caerá mi ignominia...
Luis. No hay que fiarse.
Ped. Dejadle.
Teod. Si teme usted que ahora finja,
Don Luis, se engaña usted mucho;
Yo os lo juro: y Dios permita
Que este horror á mi conducta
Me dure toda la vida!
Ped. Id con Dios, infeliz jóven;
Que si es tal vuestra malicia
Que olvidais esta leccion,
Pronto hallareis vuestra ruina.
Solo tengo que advertiros
Que si sé que un solo dia
Permaneceis en Madrid...
Teod. No lo temais: yo me iba...
Ped. Ya lo sé.
Teod. Y aun cuando no,
Con mucho gusto lo haria
Por pagar vuestra bondad.
Ped. Y cuenta que alma nacida
Llegue á entender... porque entonces!...
Teod. No me haga usted la injusticia
De creerme ya tan malvado:
Esta noche, á la hora misma
Que salga de aquí, me voy;
Y no omitiré fatiga

Hasta abrazar á mi madre...
¡Quién sabe!... Quizá afligida
Con mi culpable abandono,
Habrá muerto en la desdicha...
Ped. Bien, Teodoro, buen anuncio:
Quien se enternece no dista
De la virtud... Id con Dios.
Teod. Antes dejadme que os pida
Perdon á todos...
Ped. ¿Que haceis?
Luis. ¡Qué bondad! ¡cuánto me admira
(*A don Pedro.*)
Vuestra prudencia? Yo ciego...
Ped. Dejaos de filosofías
A media noche... Al negocio.
(*Se dirige hácia Perico, que estará en un rincon del teatro*).
Bribon, de buena te libras,
Porque Dios quiere; mas oye:
Como llegue á mi noticia
Que hablas, solo una palabra...
Per. Descuide usted; que aun me pican
Las espaldas, y no dejo
De correr en veinte dias.

ESCENA XX.

DON PEDRO, DON LUIS, DON TEODORO, DOÑA INES, JUANA.

Ped. Tambien, en amaneciendo,
(*Fijando la atencion en Juana.*)
Se hará una limpia por casa...
Idos, Teodoro, por Dios;
No vuelvan los que llamaban...
Teod. Os repito...
Ped. No tardeis;
Mirad que el tiempo se pasa.

ESCENA XXI.

DON PEDRO, DON LUIS, DON TEODORO, DOÑA INES, DOÑA LEONCIA, JUANA.

(*Al salir don Teodoro, encuentra con doña Leoncia, que viene vestida lujosamente de turca, con una mascarilla en la mano, y entra con precipitacion. Don Teodoro vuelve á entrar en la sala, y se aparta á un lado.*)

Leonc. ¡No lo dije!... Aquí el bribon...
Ped. Esto solo nos faltaba.
Leonc. (*á Ines*). ¿Y tú tambien, picarona...
¿Qué es esto?
Ped. ¿Qué ha de ser? Nada.
Leonc. Yo lo sabré... Indigna hija!
Ines. Madre!
Ped. ¿Estás loca?
(*Deteniendo á doña Leoncia.*)
Leonc. ¿Te apartas,
O vive Dios?...
Ped. Tente, loca.
Leonc. Ya nos veremos las caras
Despues.
Ped. Déjala, y no apures
Mi paciencia.
Leonc. ¡La malvada!
Ped. Chito.
Leonc. (*á Juana*). Y tambien esa infame.
Ped. Chito.
Leonc. Y el otro canalla
Que encontré al salir... Bribones!
Ped. Muger del diablo, ¿no callas?
Leonc. Pero ¿qué es esto? ¿qué es esto?...
Ped. ¿No lo ves? Que nos dió gana
De ir de máscara esta noche.
Leonc. No me estreches á que haga
Un desatino...
Ped. Cuidado,
Que la paciencia se acaba,
Y te has de acordar. ¡No es cosa,
Que siendo la mas culpada,
Nos venga á quemar la sangre!
Leonc. Pero...
Ped. No hay peros que valgan;
Que ya me enfadaste.
Leonc. Hermano,
Si yo solo preguntaba...
Ped. ¿Lo quieres saber? Pues oye;
Te lo diré en dos palabras:
A esta pobrecita niña
Le tocó por su desgracia
Una madre vieja y loca;
Se vió sola, abandonada...
Leonc. Por Dios, Pedro...
Ped. Ama á un hombre;
Dió crédito á sus palabras;
Quiso salir de tu yugo;
Y si un momento te tardas,
La pierdes y nos deshonras...
¿Quieres mas?
Leonc. Bien me lo daba
(*A don Teodoro.*)
El corazon... ¡Hombre infame!...
Ped. Váyase usted, y no haga
Caso...
Teod. Yo quisiera antes...
Ped. Id con Dios; que á ella lebasta
Lo que yo le diga... A Dios.

ESCENA XXII.

DON PEDRO, DON LUIS, DOÑA INES, DOÑA LEONCIA, JUANA.

Ped. A veces, don Luis, no alcanza
La paciencia: por un tris
No sucede una desgracia;
Sabe que tiene la culpa;
Y en vez de darme las gracias
Porque callo...
Leonc. Que me ahogo...
(*Echándose sobre una silla.*)
Por Dios, un vaso de agua,
Que me muero...
Ines. ¡Madre mia!
¿Qué tiene usted?
Leonc. Pronto, Juana,
Este turbante...
Ped. Así fuera...
Leonc. Aflójame la lazada
Del ceñidor...
Ped. Con cien años,
Y andar de reina sultana!
Luis. Ya eso pasó, y nunca mas...
Ped. ¿Nunca mas?.. Hasta mañana.
Luis. Con este lance...
Ped. No importa:
En dando en ser mentecata
Una vieja, hasta la muerte.
Pero ella allá se las haya;
Que la estafen, que la burlen,
A mí no me importa nada;
Mas por lo tocante á Ines...
Ines. Yo sola, yo soy la causa
De estos pesares.
Ped. No, hija.
Ines. Por mí no hay paz en la casa;
Por mí es infeliz mi madre;
Por mí riñe usted...
Ped. Te engañas:
La muy loca...
Ines. Y yo quisiera
Que de una vez se cortáran
Tantos disgustos.
Ped. ¿Y cómo?
Ines. Si mis padres...
Ped. Vamos, habla;
¿Qué quieres?
Ines. En un convento...
Ped. ¿Oye usted á esta muchacha,
Don Luis?.. ¡Buena vocacion!
¿Mas porqué no alzais la cara
Y respondeis?... ¡Ah, hijos mios!
Yo no pierdo la esperanza
De daros quizá este nombre.
Luis. No sabeis cuánto me agrada
En vuestra boca.
Ped. ¿Y á tí?..
(*A doña Ines.*)
No hay que ponerse encarnada;
Que no exijo la respuesta.
Ines. Por Dios, tio, no me haga
Usted sonrojarme mas;
Otra mas afortunada...
Ped. Bueno; lo que tú quisieres:
Tranquilízate y descansa
En mí, que yo sé muy bien
Que el tiempo todo lo allana,
Y cuando dos se han querido...
Pero, ¿qué es eso, muchacha?
¿Lloras?
Ines. Mi madre... mi madre...
Si su cariño me falta,
No tengo gusto en el mundo.
¿Está usted muy enfadada
Conmigo?
(*Acercándose á su madre con timidez.*)
Ped. Acércate á ver.
Ines. ¡Madre mia!
(*Abrazando á su madre.*)
Leonc. ¡Hija del alma!
Hija!!!
Ped. Don Luis, ¿qué os parece?
Luis. Que no sé lo que me pasa
En este instante.
Ped. Id tambien,
Que me parece os aguarda
Como á un hijo: ella es así...
Pero en el fondo no es mala...
Llegue usted.
(*Don Luis se acerca y besa con respeto la mano de doña Leoncia.*)
Luis. ¡Señora!
Leonc. ¡Hijo!
Ped. ¿Has sentido nunca, hermana,
Un placer igual?.. Responde.
Leonc. Estoy tan avergonzada...
Ped. No hay que hablar ya de ese asun-
Pero, muger, ¿te se saltan [to...
Las lágrimas?
Leonc. ¡Hija mia!
(*Volviendo á abrazarla.*)
Ines. ¿Me perdona usted mi falta?
¿Me quiere usted como antes?
Leonc. Déjame, que me traspasas
El corazon... Aquí, Ines,
No te muevas para nada;
Que aun me parece mentira
Que te tengo; y por mi causa...
Ines. Yo tuve la culpa, yo.

*****

Ped. ¿Volvemos á las andadas?
¡Pues es cómoda la hora!..
Vámonos pronto á la cama,
Que es lo que importa; y cuidado
Que el que vuelva á hablar palabra
De este lance, ahora ni nunca...
Leonc. Tú verás desde mañana
Mi conducta.
Ped. Bien está;
Pero mira que si andas
Otra vez con tonterías...
Leonc. No, no lo temas: mi casa,
Mis hijos, y nada mas.
¿Sí?... (*A doña Ines.*)
Ped. Tú verás lo que ganas
En ello; pero sino,
Ya te tengo decretada
La sentencia.
(*Coge del suelo la careta que traia doña Leoncia, y se la muestra.*)
Di: ¿la ves?..
Pues ahora voy á encerrarla;
Y en viendo torcerse el carro,
Sin hablarte una palabra,
Te la enseño... y ya me entiendes.
Leonc. No haya miedo.
Ped. Ella va al arca.
Leonc. No saldrá; yo lo aseguro:
Estoy muy desengañada.
Ped. Será así; pero con todo,
Nada se pierde en guardarla:
¡Y ojalá todas las madres
Tuvieran otra en su casa!

DON MANUEL EDOUARDO GOROSTIZA.

Don Manuel Eduardo Gorostiza y Cepeda, nació en 13 de noviembre de 1790 en Veracruz donde era gobernador su padre, general que dejó muy buen nombre en el ejército español. Su madre doña María del Rosario Cepeda, descendiente como indica su apellido y comprueban los papeles de su casa, de la sublime Santa Teresa de Jesus *, fué tambien señora de estraordinario mérito, y tanto que á la temprana edad de 12 años la concedió la ciudad de Cádiz, su patria, honores de regidora perpetua, de resultas de unos exámenes públicos en que se distinguió singularmente. Hemos hecho mencion de esta circunstancia que nos ha sido comunicada juntamente con estos ligeros apuntes por don Pedro Angel Gorostiza, hermano del poeta don Manuel Eduardo, y poeta tambien muy apreciable, como una prueba mas sobre las muchas que ofrece nuestra historia literaria, de que hay familias privilegiadas en que el talento es hereditario.

El señor Gorostiza se hizo conocer en Madrid por los años de 15 ó 16, dando al teatro sucesivamente sus celebradas comedias tituladas *Indulgencia para todos*, *don Dieguito*, *Las costumbres de antaño*, *Tal cual para cual* y algunas pequeñas piezas de circunstancias que fueron muy bien recibidas, principalmente despues de restablecida la constitucion el año 20, sistema político que adoptó con ardor, y cuya caida le obligó á emigrar á Inglaterra. Allí fué buscado por los mejicanos, que tratando de hacer reconocer su independencia en las principales córtes de Europa necesitaban para ello agentes hábiles, y habiéndose valido del señor Gorostiza, desempeñó tan bien su comision en Holanda, en Prusia y en otros paises, que pocos años despues se le vió en Lóndres de ministro plenipotenciario y residente, y luego dos veces en Paris, haciendo el tratado de comercio y alianza con el gobierno frances.

Por entonces fué cuando en algunos momentos de desahogo en medio de sus graves tareas diplomáticas, compuso su tan celebrada comedia *Contigo pan y cebolla*, que es una de las mejores suyas, y que probablemente inspiraria á M. Scribe su piececita titulada *Une chaumière et son cœur*. Desde entonces trasladado á Méjico, donde es en la actualidad individuo del consejo de gobierno, sabemos que ha compuesto algunas comedias para aquel teatro, de cuya empresa se ha hecho cargo, pero ignoramos hasta sus títulos. Solo recordamos de sus obras, ademas de las ya citadas, la *Memoria* sobre su última mision en los Estados-Unidos de América, que está impresa y es muy conocida en Europa.

El señor Gorostiza es el segundo poeta dramático de los que forman con sus obras esta coleccion, nacido bajo el hermoso cielo de la América española. El admirable autor de *La verdad sospechosa*, Alarcon, nació tambien en el Nuevo-Mundo. Nuestros hermanos de allende el mar han enriquecido en todos tiempos á la madre patria, no menos con los tesoros de su suelo que con sus aventajados talentos que fecundiza un sol ardiente y desarrolla una naturaleza grandiosa y magnífica.

* Santa Teresa de Jesus, célebre no menos por sus virtudes que por sus admirables escritos, nació en Avila en 1515; sus padres fueron don Alonso Sancho de Cepeda y doña Beatriz de Ahumada. Murió en Alba de Liste á 4 de octubre de 1582.

INDULGENCIA PARA TODOS,

COMEDIA.

PERSONAS.

DON FERMIN DE PERALTA, vecino de una villa de Navarra, y padre de
DOÑA TOMASA, y de
DON CARLOS, amigo de
DON SEVERO DE MENDOZA, caballero vizcaino, aunque con su familia establecida en Castilla, y tratado de casar con doña Tomasa.
DON PEDRO ARISMENDI, alcalde mayor del pueblo, y amigo de don Fermin.
COLASA, criada de doña Tomasa.
GASPAR, criado de don Severo.

La escena se figura en una villa pequeña de Navarra.

La accion principia á las seis de la tarde, y da fin á las doce del dia siguiente.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

El teatro representa una sala de la casa de don Fermin, adornada con decencia, pero con muebles algo antiguos. Estará blanqueada solamente, con algun otro cuadro, etc., y esta sala tendrá dos puertas; una que conduce á la entrada de la casa, y será la del foro, y otra que conduce á las habitaciones de la familia.

DON FERMIN Y DON CARLOS.

Ferm. ¿Con que hoy llega?
Cárl. Sí, señor,
Hoy mismo, ó miente la carta
Que acabo de recibir
De don Jaime.
Ferm. Su tardanza
Me empezaba á dar cuidado.
Cárl. Pues á fe que no me daba
A mí ninguno.
Ferm. ¿Y porqué?
Cárl. Porque fuera una bobada.
En un camino, señor,
La menor cosa embaraza,
Y detiene y descompone.
Ademas no encuentro tanta
La diferencia. Él nos dijo
Que llegaria sin falta
El lúnes, y llega el mártes.
Ferm. Ya se ve. Con la cachaza
Que gastan los mozalvetes
Ahora, nada importa nada.
Lúnes dijo; y llega mártes:
Lo mismo es.
Cárl. La cuenta es clara.
De todos modos un dia
Mas ó menos...
Ferm. Hombre, calla
Con Barrabas, y no digas
Disparates. Que el que viaja
Por interes ó capricho
Se engañe en su cuenta, vaya
Con mil diablos; pero un novio
A quien espera la blanca
Mano de una doncellita,
Por fin y postre, ¿no es gaita
Que se venga equivocando
A la primera jornada?
Cárl. A veces...
Ferm. Nunca hay disculpa.
Ahora y siempre quien se casa
Debe conocer al menos
El almanaque.

Cárl. Tomasa
No juzgará ciertamente
A su novio con tan rara
Severidad.
Ferm. Que lo juzgue
Como quiera. Todo cambia,
Y en todo hay moda. Por eso
No estrañaré que á tu hermana
Le parezca una lindeza,
Lo que en mis tiempos bastaba
Para aguar mas de mil bodas.
Cárl. Ya tenemos en campaña
Aquellos benditos tiempos.
Ferm. No que no. Si fuera chanza...
Por mucho menos tu tia
Doña Leonor de Peralta
Y Quincoces dió á su novio
Unas sendas calabazas,
Sin mirar que era marques,
Y rico, y tonto.
Cárl. ¡Ay que es nada
Lo del ojo! Y diga usted
¿Porqué hizo tal mogiganga
La buena doña Leonor?
Ferm. Yo lo diré; pues me hallaba
Precisamente en la iglesia
Cuando el caso. Todo estaba
Preparado: el organista
En su puesto: las arañas
Encendidas: los chiquillos
A la puerta, y las tapadas
Muy cerquita de la novia
Para ver si se cortaba.
Solo en fin, faltaba el cura
Para casarlos.
Cárl. Pues falta
Era.
Ferm. No tanta, que estuvo
La cosa mas apurada
De lo que á ti te parece.
El sacristan era rana,
No lo niego, y aun el mejor
Tabernero de Navarra,
Segun dijeron entonces;
Pero él solo fué la causa
De todo, con las mejores
Intenciones, y las mas malas
Resultas que puede haber.
Cárl. La intencion siempre le salva.
Ferm. Si; pero ¿á quien se le ocurre,
Sin esperar á que salga
El cura, y por abreviar
Y pillar pronto las tarjas,
El decir á novio y novia
Que las manos se tomáran?
Ya se ve, el pobre cuitado,
A fuerza de amor, estaba
Como están todos los novios,
Sin saber lo que les pasa,
Ni lo que hacen, y por dar
La mano derecha alarga
La zurda, y zas, mi marques
Equivoca la estocada.
Cárl. ¡Oiga y qué lance!
Ferm. Tu tia
Era muy buena. Una santa
Casi, casi; pero en punto
A el honor muy delicada.
Así, ó porque tuvo agüero,
O porque le diese rabia
Al ver que todos riyeron
Del marques la borricada,
Lo cierto es, que una congoja
Le dió allí mismo tan larga,
Que la tuvimos por muerta.
El doctor, que la enterráran
Dispuso ya.
Cárl. ¿Y se enterró?
Ferm. No; porque como esperanzas
Nos diera el sepulturero,
Quisimos ver si acertaba,
Y quiso Dios que acertase.
Pero ¡ay Cárlos! ¡qué mudanza!
Luego que tornó á la vida,
Dijo que no se casaba,
Y no se casó, no hay mas,
Que no se casó.
Cárl. Pues basta,
Y sobra cuanto habeis dicho
Para probar que se amaba
De otro modo en vuestros tiempos;
Pero, padre, está mi hermana
En un caso muy distinto
Que su tia. Si el novio tarda,
Ignoramos los motivos.
Dejad que llegue, y la causa
Sabrémos.
Ferm. Lo que te digo
Es, que entonces no escapára
Tan aínas.
Cárl. Señor, entonces
Una mula se encojaba
Con igual facilidad
Que ahora. Tambien en posadas
Quedaban trasconejados
Gorros, pelucas y batas.
Si una rueda se rompia,
Si un zagal se emborrachaba,
Como se rompen y aturcan
Los presentes; si en España
No se andaba por los aires,
Digole á usted...

Ferm. Que me cansas,
Y me secas y fastidias:
Basta ya por Dios. ¿Colasa?
Col. ¿Señor? (*Desde adentro.*)
Cárl. Otras son las cosas
Que á mí me asustan.
Ferm. ¿Qué?
Cárl. Nada.
Ferm. Vaya, dilo, no me vengas
Ahora con medias palabras
A guisa de covachuelo.
Cárl. Pues, señor, no es la tardanza,
Que es el genio de mi amigo
El que solo me acobarda:
Su genio, su poco mundo,
Su austeridad, su....
Ferm. ¿Muchacha?
(*Llamando.*)
Esta maldita está sorda.

ESCENA II.

COLASA Y LOS DICHOS.

Col. ¿Mande usted?
Ferm. ¿Dónde te hallabas,
Diablo, que siempre es preciso
Desgañitarse?
Col. ¡Caramba!
Despues que estoy todo el dia
Hecha un azacan, regaña
Usted.
Ferm. Muger, no es reñir,
Es preguntar dónde estabas,
Y qué hacias.
Col. Limpiar el cuarto
Del huésped, hacer la cama,
Y tenerlo todo pronto
Para cuando llegue.
Ferm. Brava
Mozuela. Y dime, ¿qué colcha
Has puesto?
Col. ¡Toma! la blanca
De damasco.
Ferm. Te confieso
Que temí no le encajáras
La de filipichin.
Col. Bueno
Hubiera sido.
Ferm. Y la tohalla,
El espejo, la escobilla,
El jarro y la palancana,
¿Está todo en su lugar?
Col. Todo está.
Ferm. Pues ahora, marcha,
Y clávate en el balcon,
Sin andar en garambainas,
Ni muecas con el herrero
De enfrente; y avisa, Colasa,
En sonando campanillas.
Col. Para autorizar las casas
Nunca hace falta una mona,
En tanto que haya criadas.
Cárl. Ya está aquí nuestro don Pedro.
Ferm. ¿Qué don Pedro ó calabaza?
Cárl. ¡Toma! el alcalde mayor.

ESCENA III.

DON PEDRO Y DICHOS, MENOS COLASA.

Ferm. ¡Jesus, qué milagro! vaya,
No esperaba tan temprano
A usted.
Ped. Usted es la causa,
Amigo.
Ferm. Pues me lo cuelgo
Con gusto.
Ped. Anoche quedaba
Usted con tal impaciencia
Por su yerno, que...
Ferm. Mil gracias;
Mas ya salí del cuidado.
Ped. ¡Ola!
Ferm. Sí señor. La carta
Que veis es de aquel don Jaime,
Un hidalgo de Tafalla,
Que antes fué torero...
Ped. ¿Aquel
Que vive en la misma plaza
Entre el cura y la botica?
Ferm. El mismo que viste y calza.
Ped. ¿Y qué dice el buen hidalgo?
Ferm. Dice que durmió en su casa
Antes de anoche mi yerno,
Y que hoy llegará sin falta
A la tardecita.
Ped. Sea,
Pues que tanto se deseaba,
Mil veces enhorabuena.
Ferm. Mucho, en verdad, me alegrára
Si ya estuviese hecho todo;
Porque á lo menos me ahorraba
De camorras.
Ped. ¿Qué camorras?
En cosa ya tan tratada,
Y que tanto os acomoda,
No se debe hablar palabra,
Y dejar obrar al tiempo.
Ferm. Pues ahí verá usted. Acaba
Ahora mismo el señor mio

De volver á las andadas,
Y repetir cuanto dijo
Anoche.
Cárl. Si me dejára
Usted hablar...
Ferm. ¡Dios nos libre!
Cárl. La ventura de mi hermana
La encuentro comprometida:
Ella será desgraciada
Sin duda. Siempre lo dije,
Y lo diré mientras haya
Remedio.
Ferm. ¿Pues tú no fuistes,
Hijo ó demonio, la causa
De saber yo que existia
Tal hombre? ¿No le alababas
A troche y moche? ¿Te acuerdas
Cuando fuí por tí á Vergara,
Qué pesado y qué chinchoso
Estuvistes con las raras
Prendas, y torna las prendas,
Y el talento, y la motriaca
De tu amigo, hasta obligarme
A que le viese y tratára?
Y entonces ¿de que te admiras
Si me gustó? ¿porque estrañas,
Que no siendo un pelagatos
Ademas, para Tomasa
Le haya escogido? Su padre,
Que se casó en Salamanca,
Siendo jóven y estudiando
Lo que allí enseñan, gastaba
Coche, y era un caballero
A quien yo traté en mi infancia,
Y con quien siempre seguí
Correspondencia por cartas.
Cárl. Lo mismo que dije entonces,
Repito ahora; y si palabra
Me da usted de no enfadarse,
Esplicaré lo que llama
En mí una contradiccion.
Ped. Oigámosle. (*A don Fermin.*)
Ferm. ¿Sí? pues charla
Cuanto quieras, hijo mio;
Te concedo carta blanca.
Cárl. Don Severo de Mendoza
Es un hombre á quien la sabia
Naturaleza ha tratado
Con tal indulgencia y tanta
Prodigalidad, que apenas
Se encuentra entre las humanas
Ciencias, una, no que ignore,
Sino en que no sobresalga.
Su talento, aplicacion
Y lectura: su estremada
Facilidad para cuanto
Quiere aprender, y que allana
En su favor los escollos,
Que á tantos detienen, causan
Verdadera admiracion.
Yo le conocí en Vergara,
En donde de humanidades
La cátedra profesaba,
Y en donde tuvo principio
La amistad que nos enlaza;
Su figura es agradable,
Su corazon noble; se halla
En aquella edad preciosa
En que ya desenrolladas
Nuestras facultades, pueden
Realizar sus esperanzas..
Ped. ¿Qué edad tiene?
Cárl. Treinta y cinco.
Ferm. Sí, sin lo que anduvo á gatas.
El año de ochenta y cuatro...
Cárl. En fin, una sola mancha
Desluce cuadro tan bello,
Y un defecto es el que se halla
En él.
Ferm. ¿Y cuál?
Cárl. No tener
Ninguno.
Ferm. ¡Miren qué tacha!
Cárl. Aun mas de lo que os parece,
Que la propia desconfianza
Es solo quien nos inclina
A escusar agenas faltas.
Tiene el hombre mil tiranos,
Que le sujetan ó arrastran,
Que le empujan ó detienen,
Que le humillan ó levantan:
El interes, la opinion,
Las pasiones exaltadas,
Los encontrados deberes,
Las distintas circunstancias
En que cada cual se encuentra,
Son otras tantas borrascas
Donde el piloto mas diestro,
Sino perece, naufraga.
Y bien, ¿cómo exigirémos
Indulgencia y tolerancia
De quien jamas ha sufrido,
De quien ignora las varias
Vicisitudes que afligen
Nuestra existencia precaria?
Este es el caso, señor,
Del novio. Desde su infancia
Fué conducido al colegio;
Allí dió tanta esperanza,
Sus progresos fueron tales,
Que sus mismos camaradas,
Y los profesores mismos

Vencieron su desconfianza,
Y le obligaron á que
Se opusiese á la espresada
Cátedra en lugar de irse
Con su padre á Salamanca,
Como quiso: hace, en efecto,
Esta oposicion, la gana,
Y desde entonces gustoso
Se dedica á la enseñanza
De aquellos que poco antes
Sus iguales se juzgaban.
Sin embargo, en nada influye
Esta rápida mudanza
Para sus inclinaciones:
Desde su estudio á las aulas,
Desde su casa al colegio
Su vida entretiene y pasa
Sin mas trato que sus libros;
Y aquesta pasion le aislára
De suerte que desconoce
El suelo que pisa. Su alma
Engañada, enardecida
Por lecturas exaltadas,
Otra existencia se crea
Tan ficticia como vana.
Grecia y Roma es su universo:
Las virtudes celebradas
De sus hijos, son las solas
Que le admiran y le inflaman:
Con él no hay medio: á su lado
No se disimula nada;
Y merece su desprecio,
Sino vive á la Espartana
El que le quiere tratar.
Ferm. ¿Y qué consecuencia sacas
De toda esa relacion
De méritos?
Cárl. Una y clara.
Que quien no conoce el mundo
Sino por libros, quien trata
De encontrar en cada hombre
Un Caton, mucho se engaña
A sí mismo, y mil pesares
Para los demas prepara.
La perfeccion está lejos
De nosotros por desgracia;
Y el que se juzga perfecto,
Mal podrá sufrir las trabas
Que el lazo social impone,
Ni tolerar con cachaza
De una muger los caprichos,
De un amigo la inconstancia,
De un hijo los devaneos,
O de un suegro la acendrada
Impertinencia.
Ferm. Pues, mira,
Pienso que esos alpargatas
Que dices, no dejarian
De tener una manada
De chiquillos, como tiene
Cualquiera que ahora se casa;
Y no obstante...
Cárl. Es que la historia
Nos recuerda las hazañas;
Pero no las peloteras,
Que dentro de puertas pasan.
Tomasa, señor, es viva,
Y en Madrid acostumbrada
Al buen trato y diversiones,
No me parece muy ardua
Empresa pronosticar
Que no será afortunada,
Teniendo siempre á su lado
Un censor, que la eche en cara
Hasta lo mismo que forma
La existencia de una dama.
Tal es mi opinion. Usted
Hacer podrá de su capa
Un sayo, nada me importa,
Pues cumplí con la sagrada
Obligacion que tenia.
Ferm. Señor don Pedro de mi alma,
¿No es verdad que cuanto dice
Este mozo es una sarta
De desatinos?
Ped. No tal.
Las reflexiones que acaba
De manifestar don Cárlos
Antes bien son muy sensatas.
Ferm. ¿Qué dice usted?
Ped. Lo que digo:
Que no arriendo la garancia
A Tomasita, si el novio
Es tal cual nos le retrata
Su hermano.
Cárl. Nada pondero.
Ped. ¿Y á Tomasita le agrada
Ese carácter adusto? (*A don Fermin.*)
Ferm. No lo sé; pero apostára
A que sí; pues ella y todas
Lo que quieren es casaca.
Ped. ¿Se conocen?
Ferm. No se han visto
Jamas.
Ped. Y la repugnancia
De su hermano ¿no la asusta?
Ferm. Como está bien educada,
Nunca tuvo voluntad
Propia.
Ped. ¿O á manifestarla
No se atrevió nunca? Amigo,
Vamos claros: la muchacha

Puede que felice sea;
Pero boda cimentada
Sobre bases tan endebles,
Promete cortas ventajas.
Ferm. Pero, señor, ¿qué remedio
Tiene el asunto? Avisada
Ya la parentela, escrito
Al tio sumiller, las galas
Compradas, y en casa... vamos,
No es posible. Campanada
Igual ni un negro la diera.
Ped. Tampoco se desbarata
Con esa facilidad
Un lazo, en que interesadas
Están dos nobles familias.
Así, pues, yo aconsejára
Se ensayase solamente
Un medio...
Ferm. ¿Alguna demanda
Ante el vicario?
Ped. No es eso.
Ferm. Pues lo que es ir la sala
No me atrevo: lo confieso.
Tengo mi casa atrasada
De tal modo con la guerra...
Luego, ya ve usted las cargas
Que se pagan, el granizo
Que sufrimos por marzo.
Ped. Anda!
Ya escampa y llueven guijarros.
No, don Fermin, no se zanjan
Tamañas dificultades
Con pleitos, y aquel que trata
De componer un asunto
De familia sin jaranas
Ni ruidos, nunca conviene
Que empiece rompiendo lanzas.
Ferm. Pues eso quise decir.
Ped. Ahora bien, yo me inclinára
A que inventásemos juntos
Un buen ardid, que de chanza
Tuviese el nombre, y que fuese
Una leccion que enseñára
A ese filósofo grave,
Que todos á igual distancia
Están de la perfeccion,
Y que...
Ferm. Ya estoy. Usted trata
De que caiga de su burro,
¿No es verdad?
Ped. Pues.
Ferm. Y de que abra
Los ojos, y reconozca
Que él es de la misma pasta
Que su padre y que su madre,
¿No es así?
Ped. Cabal.
Ferm. Pues basta,
Corre de mi cuenta.
Ped. ¿Cómo?
Ferm. Lo dicho, dicho. Mañana
Estará mas blando el hombre
Que una breva.
Ped. Pero...
Ferm. Nada:
Fíese usted en mí. Se hará,
Y usted me dará las gracias.
Ped. Pero, en fin, sepamos cómo.
Ferm. Mañana al romper el alba
Tomo la mula, y me voy
Al convento de las Claras.
Conozco allí al capellan,
Que es un piquito de plata,
Todo un hombre, que estuvo
Consultado por la cámara
Para una racion en Ceuta;
Y á saber donde se hallára
En el dia, si él no la hubiera
Renunciado; pero, vaya,
Lo que él dice: vale mas
Servir con mucha eficacia
Media docena de madres,
Que agradecen y que pagan,
Que no meterse en cabildos.
Ped. Al grano por Dios.
Ferm. Cachaza,
Que no seré muy difuso.
Digo, que mi confianza
Entera la deposito
En la prudencia, en la labia
De este docto sacerdote;
Que lo traerémos á casa,
Y en dos ó tres encerronas
Le pondrá como una malva.
Ped. ¡Ay, don Fermin! y cuán poco
Conoce usted nuestra humana
Flaqueza! ¿Usted se figura
Que se curan con palabras
Los ridículos, los vicios
Que la educacion arraiga
En nosotros? ¿Usted piensa
Que una obra cimentada
Por el tiempo y la costumbre,
Se destruye ó desbarata
Con retóricos discursos?
Pues no, amigo, usted se engaña.
El hombre es tan material,
Que para que se persuada
De un error, es fuerza que antes
Se enteren y satisfagan
Los sentidos; que lo toque,
Que lo vea, que la acerada

Espuela del desengaño
Sienta, y sufra...
Ferm. Con qué ¿nada
Aprovecha un buen talento?
Ped. ¿Quién dice que no? Él acaba
La conversion, apreciando
Las ventajas que se ganan,
Y los riesgos que se evitan.
Cárl. Es el cachetero.
Ferm. Calla.
Ped. Ejemplos y no sermones
Es mi receta.
Ferm. Pues caigan
Mas ejemplos sobre el novio,
Que pelos quiere una calva,
Y amigos tiene un ministro.
Ped. ¿Con que ustedes me dan amplias
Facultades?
Ferm. Sí señor.
Ped. Pues, amigos, oid mi traza,
La escalera de la vida
Está con jabon untada,
Y el que baja mas confiado,
Si se descuida, resbala,
Y da con su cuerpo en tierra
Como los demas: se trata,
Me parece, de que el novio
Dé tambien su costalada,
Para que luego no riña
A los que en el suelo se hallan.
Pues bien, pongamos chinitas
De trecho en trecho; y si baja
Él tropezará.
Ferm. Así sea;
Pero temo que la trampa
Llegue á conocer, la evito,
Y despues á carcajadas
Se burle y mofe de todos.
Ped. No tal, que nadie se escapa
Sin su chichon en la frente
Al menos.
Ferm. ¿Y si pesada
Le pareciese la burla,
Y se picase?
Ped. Si alcanza
La medicina, no importa
Que nuestro enfermo al tragarla
Se queje un poco; que luego
Sano, nos dará las gracias;
Y sino alcanza, tampoco
Importa un pito; pues clara
Prueba será que su mal
No tiene cura.
Ferm. Pues nada
Nos detenga.
Ped. Principiemos
Por decirle, que Tomasa
No está en casa; y el papel
De una jóven desgraciada
Y sensible podrá entonces
Representar la muchacha.
Ferm. ¿Con qué fin?
Ped. Yo lo diré.

ESCENA IV.

COLASA Y DICHOS.

Col. ¿Señor, señor?
Ferm. ¡Qué embajada
Será esta!
Col. ¡Toma! Que llegan
Ya.
Ferm. ¡Ay, Dios!
Col. Ya están en la plaza.
Ferm. Pronto, pronto, la peluca,
Dadme los guantes, la caña
Y el sombrero.
Ped. ¿Para qué?
Ferm. ¿No es fuerza, pues, que yo salga
A recibirle?
Ped. Antes no.
Si hemos de efectuar la farsa
Proyectada, deberémos
Primero sus circunstancias
Comprehender, y repartir
Los papeles.
Ferm. ¿Dónde?
Ped. ¡Brava
Dificultad! En cualquiera
Parte, aunque sea en la cuadra:
El caso es que nos juntemos.
Col. (Intendenta, comisaria),
(*á don Fermin.*)
¿No oye usted cómo vocea
El mayoral?
Ferm. ¿La sala (*á don Pedro.*)
Que ocupaba el alojado,
Será buena?
Ped. Soberana,
Vamos á ella.
Col. ¿Y yo qué digo
Si se me pregunta?
Ferm. Nada;
Que las mugeres no dicen
Poco cuando están calladas.
Col. ¿Y he de callar siempre?
Ferm. Siempre.
Ped. Vamos.
Cárl. Presto.
Col. A la ventana
Me vuelvo, que quiero ver

Si aprisa ó despacio baja,
Si entra con el pié derecho,
Si estornuda ó si se rasca;
Pues son dignas de notarse
Las menores circunstancias
En un hombre tan valiente,
Como el guapo que se casa.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

COLASA.

Al arma, pues, que tenemos
Nuestro moro ya en campaña,
Y su porte y su presencia
Son, á la verdad, gallardas;
Pero á mí ¿qué se me da?
¡Por cierto que es de importancia
El papel que se me ha dado!
¡Qué insulsez! ¡Ay! si me enfadan,
Les he de pedir á gritos
Me pongan una mordaza;
Porque sino... ¡qué se yo!
Mala es la fruta vedada
Para las hijas de Adan,
Y á fe que hay muchas manzanas.
¡Callar yo! Si sueño á gritos,
Como dispierta... ¡qué rabia!
Porque charlar me dejasen,
Les diera ahora mi soldada
De este mes. Luego este novio
Es fuerza traiga una gana
De conversacion... cual todos.
Querrá hacerme la confianza
De su pasion, los temores
Que le asustan, la esperanza
Que le anima, sus deseos,
Sus sacrificios, sus ansias,
Con toda la letanía
Que rezan los que se casan,
Sin conocer del oficio
Las quiebras... ¿y yo una estatua
Estaré sin responderle,
Ni tomar si me regala?
No haré tal por vida mia.
Ya suben: vamos, Colasa,
Ojo alerta, y no digamos
Nada que un comino valga,
Y pueda comprometer;
Pero sí, medias palabras,
Y aun enteras, siempre que
Sean palabras cortesanas;
Pues dicen son muy lucidas,
Y de muy poca sustancia.

ESCENA II.

DON SEVERO, GASPAR Y COLASA.

Sev. Lo dicho, dicho, Gaspar.
(*A Gaspar.*)
Niña ¿es usted de la casa? (*A Colasa.*)
Col. Sí señor, soy la doncella
Que hay en ella.
Sev. Pues bien, haga
Usted, si gusta, el favor
De anunciarle mi llegada.
Col. ¿A quién?
Sev. A su amo de usted.
Col. ¿No mas?
Sev. ¿Y qué mas?
Col. No gasta *ap.*
El hombre mucha saliva
Si las señas no me engañan,
No me costará ya tanto
Callar, como imaginaba.

ESCENA III.

DON SEVERO Y GASPAR.

Sev. Y bien, ¿porqué te detienes?
Gasp. Señor, por santa Susana
Bendita, usted reflexione,
Que yo... si...
Sev. En vano te cansas:
Toma tu maleta y busca
Otro amo.
Gasp. Pero...
Sev. Escusada,
Para genios como el mio,
Son todas esas plegarias.
Marcha.
Gasp. Diez años comí
Pan de usted y así se pagan...
Sev. Nada te debo.
Gasp. Cariño.
Sev. El que sirve mal, poco ama
Al dueño que le mantiene.
Gasp. En fin, señor, ¿una falta
Solo en diez años merece
Que usted me eche de su casa?
Sev. Quien hace un cesto, hace ciento.
Gasp. ¿Y que hice yo para tanta
Crueldad?
Sev. Una bagatela,
A la primera jornada
Volverte y dejarme solo

Sin avisarme.
Gasp. La causa
La sabe usted.
Sev. Y es muy justa:
¡Qué! Dejarme en la estacada,
Por una muger.
Gasp. No hay tal,
Y yo no soy tan batata,
Que por mugeres faltase
A mi obligacion.
Sev. Repara
En que me dijiste anoche
Lo contrario.
Gasp. ¿Yo?
Sev. Tú.
Gasp. Flaca
Memoria tiene usted.
Sev. ¡Cómo!
¿Con que no fué por Olalla,
La chica del sacamuelas
Por quien volviste?
Gasp. ¡Caramba!
¿Pude acaso, despedirme
Antes de ella?
Sev. ¡Habrá tal mandria!
¿Con que fué por ella?
Gasp. Sí.
Sev. ¿Y Olalla no tiene faldas?
Gasp. Sí tiene; pero es mi novia,
Y hay muchísima distancia
De una cosa á otra.
Sev. ¡Por vida!
Ya mi paciencia se acaba.
¿No es lo mismo una muger
Que una novia?
Gasp. Vaya vaya
Con que es lo mismo?
Sev. Sí tal.
Gasp. ¿Y se aman lo mismo?
Sev. ¡Vanas
Sutilezas! Salte afuera.
Gasp. ¿Y se aman lo mismo?
Sev. Marcha,
Te digo.
Gasp. ¿A que no responde?
¡O razon, lo que tú alcanzas!
¿Pues reduces al silencio
A los mismos que nos pagan?
Pero por si acaso, voy
A implorar con eficacia
El favor de don Fermin:
Que tal vez podrán mis lágrimas
Enternecerle: él es suegro,
Pero es hombre y tiene entrañas.

ESCENA IV. *

DON SEVERO SOLO.

Bueno fuera pese á tal
Que así al deber se faltase,
Y uno luego se escudase
Con la causa de su mal:
No, señor, el criminal
Cuando halaga su cadena,
A sí mismo se condena,
Y pues no tiene disculpa,
Ya que cometió la culpa,
Que sufra tambien la pena.
El alazan corredor
Halla incómoda barrera
Que le corta su carrera,
Que inutiliza su ardor:
Brama al verla de furor,
Tasca el freno, su atrevida
Mano hiere la endurecida
Tierra; pero él se detiene,
Y su ginete previene,
Por si acaso espuela y brida.
Asimismo la pasion
Tambien encuentra barreras,
Que establecieron severas
Ya la ley, ya la razon;
Que una vez á la opinion
O al capricho se permita
Despreciar lo que limita
Nuestro humano desenfreno,
Y si hallasen hombre bueno
Pueden ponerle en su ermita.
La indulgencia es flojedad,
La tolerancia simpleza,
Que indican mucha torpeza,
O mucha necesidad.
Yo lo digo con verdad,
Compadezco al desgraciado;
Pero si encuentro un culpado
Por criminal ó por necio,
Le doy solo mi desprecio,
Y sale muy bien librado.

ESCENA V.

DON CARLOS Y DON SEVERO.

Cárl. ¡Severo!
Sev. ¡Cárlos!
Cárl. ¡Por vida

* Toda esta escena se suprimió en la representacion, por parecer demasiado larga la comedia.

De sanes! abraza, abraza.
¿Cómo estas?
Sev. Como quien viene
A realizar la esperanza
De su dicha. ¿Y tú?
Cárl. Mas gordo
Que un necio.
Sev. ¿Y tu buen padre?
Cárl. Anda
Con el cachican á vueltas:
Ya vendrá. Qué! ¿por Tomasa
No me preguntas? Muy tibio
Traes el cariño.
Sev. Esperaba,
Si te he de decir verdad,
Que su vista me escusára
Tal pregunta.
Cárl. Pues no, amigo,
Porque la pobre muchacha
No puede estar en dos partes.
Sev. ¿Cómo?
Cárl. Desde la semana
Pasada está en el convento
Donde niña se educára.
Quiso hacer una novena
A santa Rita de Cásia,
Y fué fuerza darla gusto.
Sev. ¿Y qué le pide á esa santa
Abogada de imposibles?
Cárl. ¿Qué se yo? Pero apostára
A que pide un buen marido;
Que una muger no repara
En gollerías.
Sev. Segun veo,
Tú siempre el mismo humor gastas,
Y á fe que bien te lo envidio.
Cárl. ¿Qué se ha de hacer? No se saca
Otra cosa de esta vida.
Para eso el tuyo no cambia,
Siempre serio y circunspecto.
¿No es verdad?
Sev. Si es que tú llamas
Seriedad á no gustar
De juveniles borrascas,
Ni de locos devaneos,
Verdad es.
Cárl. Hombre, ¡qué guapa
Pareja hicieras con Flora!
Sev. ¿Con quién?
Cárl. Con Flora.
Sev. Y esa dama
¿Quién es?
Cárl. Mi novia.
Sev. ¿Tu novia?
Cárl. La misma: pues que, mi hermana
Sola ha de ser quien se case?
Sev. No por cierto, y si lográras
Buena eleccion, bien hicieras.
Cárl. ¡Oh! lo que es eso estremada,
Pues la jóven es preciosa.
No merezco descalzarla,
Ya ves, y no soy del todo
Mal pellejo.
Sev. Tú la ensalzas
Sobremanera.
Cárl. Es justicia.
Lo que es de la Iglesia al papa,
Y no mas. En fin, tú pronto
Podrás, si quieres, juzgarla
Que no está lejos.
Sev. ¿Pues dónde?
Cárl. La tienes dentro de casa.
Si es parienta nuestra, y tuya
Lo será luego.
Sev. Ignoraba
Que tal parienta tuvieses.
Cárl. ¡Jesus! Pues la fecha es rancia.
¿No te acuerdas de mi tio
Don Sempronio de Peralta,
Que siendo oidor de Sevilla,
Pasó luego á la otra banda,
Y allí murió?
Sev. No me acuerdo
De tal don Sempronio.
Cárl. ¡Vaya!
¿Con que no te acuerdas?
Sev. No.
Cárl. Lo siento.
Sev. Haces muy mal.
Cárl. ¡Lástima
Como ella!... morirse el pobre
Apenas pasó la charca,
Y antes de hacer pacotilla,
Dejando solo á su amada
Florita por dote un loro,
Un coco vacío, dos cajas
De azúcar, cien apellidos,
Y muchos miles de trampas.
Sev. ¡Rica herencia de un indiano!
Cárl. Pero padre que idolatra,
Como buen navarro, á todos
Sus parientes, pronto á casa
La trajo, donde dispuso
Casarme con ella, y trata
De que mi boda y la tuya
Se celebren juntas.
Sev. ¡Cuánta
No debe ser tu alegría,
O Cárlos, con la fundada
Esperanza de que pronto
Harás feliz á tu amada!
Ella, sin duda, te quiere

Y congenia, y...
Cárl. Tú desbarras.
Ni ella me quiere, ni es fácil
El hallar en media España
Dos genios mas encontrados
Que los nuestros.
Sev. ¿Y te casas?
Cárl. Sí.
Sev. Pero ¿tienes certeza
Que no te quiere?
Cárl. En mis barbas
Ella misma me lo ha dicho.
Sev. ¿Y te casas?
Cárl. Sí.
Sev. ¡Caramba,
Y qué valor!
Cárl. Si ha de ser,
Lo mismo es hoy que mañana.
Padre exige que me case,
Yo no tengo repugnancia
Al estado...
Sev. Ya lo veo.
Cárl. Ademas, he visto tantas
Que me juraban cariño,
Y entonces me la pegaban,
Que ¿quién sabe si mi Flora
Tendrá, al fin, la estravagancia
De adorarme? Ella es muger
Y yo soy hombre.
Sev. Mil gracias
Por la noticia.
Cárl. Pues mira,
En estas dos circunstancias,
Y con la ayuda del tiempo
Fundo toda mi esperanza.
La posesion y el amor
Riñen pronto, se separan,
Y cuando mas, la amistad
Suele ser quien la reemplaza.
Así, supuesto que todos
Tarde ó temprano se igualan,
Es fuerza que me concedas
Llevo á todos la ventaja
De empezar por donde siempre
Ellos concluyen.
Sev. ¡Qué ganga!
Cárl. Yo me caso como juego:
Pienso perder cuantas cartas
Apunto, las pierdo, ¡bueno!
Otra cosa no esperaba.
Pero si se dan los sietes
Me trago banquero y banca;
Que solo soy jugador
De bonitas, y quien gana
Con ellas, gana dos veces
Si logra provecho y fama.
Sev. Si tal concepto tuviese
Del bello sexo, me ahorcaba
Primero que me casase.
Qué, ¿yo mismo arriesgára
Al capricho de un buen dado
Mi dicha, la de mi casa,
La de mis hijos... ¡Oh! nunca,
Nunca jamas me casára
Si tal creyese. Yo busco
Para mi esposa en tu hermana
Una muger cariñosa,
Amable, fiel, moderada;
Una madre de familias
En el cumplimiento exacta
De los inmensos deberes
De su estado, una apreciada
Amiga, cuyo consejo
Me dirija, y cuya sana
Doctrina pueda servirme
De norte, por fin, un ama
De casa, que cuidadosa
Sepa dar á tanta máquina
El impulso conveniente.
Esto busco.
Cárl. Dime, ¿y si hallas
En vez del melon que buscas
Una insulsa calabaza;
Qué tal?
Sev. Se indigestaria.
Cárl. Pues por si fuesen mal dadas
Compra jarave de altea,
Y tenlo á mano.
Sev. ¡Qué gracia!
Cárl. Segun eso, tú no apruebas
Mi eleccion?
Sev. ¿Quién? ¿yo aprobarla?
Ni por pienso.
Cárl. Pues, Severo,
Si supieras lo que falta...
Sev. Pero, hombre ¿qué faltar puede?
Cárl. No es tampoco una cosaza
Del otro jueves: simplezas,
O si tú quieres niñadas
De mi novia.
Sev. Y bien, tu novia...
Cárl. Mi novia está enamorada.
Sev. ¿De tí?
Cárl. No por cierto.
Sev. Alabo
La frescura.
Cárl. ¿Importa nada?
Sev. Nada, pues tú conformas.
Cárl. ¿Y quieres que me asustára
De una simple niñería?
No por cierto. Flora estaba
Por san Fermin en Pamplona...

Sev. ¿Este año?
Cárl. Sí, este año.
Sev. ¡Calla!
Y yo tambien: sigue, sigue.
Cárl. Allí en la calle, en la plaza
De toros, ó en el paseo,
(No se bien dónde se hallaba)
Pero lo cierto es que vió
Un hombre, cuya bizarra
Presencia, cuya finura
Y porte la enamorára.
Desde entonces tan galan
Belianis no se separa
Ni un instante de su idea,
Y le ha jurado constancia
Eterna, bien que mental,
Y un si es ó no es temeraria,
Porque ni sabe su nombre,
Ni su estado, ni su estancia,
Ni su genio, ni siquiera
Si él echo de ver la llama
Amorosa que encendió
Su simple vista en mi amada.
Sev. ¡Estraño caso!
Cárl. Antes no:
Sino le habló una palabra
En su vida, ¿cómo diablos
Puede saberlo?
Sev. Me pasma
Semejante idolatría.
Cárl. Y ahora bien, ¿es cosa estraña
No tema yo tal rival?
Sev. No es temible, mas repara
Que este hecho, sin embargo,
Siempre indica que exaltada
Y novelesca tu Flora
Es un poco estrafalaria,
¿En qué cabeza, di, Cárlos,
Que esté un poco organizada
Puede caber tal amor?
Cárl. En la de mi Flora se halla:
¡Ha leido tanta novela!...
Sev. ¡Malo!
Cárl. ¡Ah! no: me equivocaba.
Nunca gustó de novelas;
Pero es muy aficionada
A los librotes de historia.
Sev. Eso es distinto.
Cárl. Se pasa
Las noches de claro en claro
Leyendo á nuestro Mariana,
Cuando no son los anales
De Tácito ó la Farsalia.
Sev. ¡Ola! Pues sabrá latin?
Cárl. ¿Latin?
Sev. Pues.
Cárl. Si sabrá, vaya,
Al menos el que sabian
Las madres de santa Clara
Cuando estuvo en su convento.
Sev. ¿Luego estuvo con Tomasa?
Cárl. Precisamente. Si son
Uña y carne.
Ferm. Cárlos? (*Desde adentro.*)
Cárl. ¡Gracias *ap.*
A Dios, que ya no podia
Mentir mas! Mi padre llama,
Y es fuerza ver lo que ordena,
Mas ya sale.

ESCENA VI.

DON FERMIN, DON PEDRO Y DICHOS.

Sev. Ya tardaba
A mi impaciencia, señor,
La hora tan afortunada
De estrecharos en mis brazos.
Ferm. Apriete usted buena alhaja,
Que bien tiene que apretar,
Si á fuerza de brazos trata
De pagarme mi cuidado.
¿Es hoy lúnes?
Sev. Mi tardanza
Fuera en verdad reprensible,
A no ser involuntaria.
Ferm. Ya es usted buen perillan.
Anoche eran las diez dadas,
Y espera que espera; sí,
No eran malas esperanzas.
El guisado se pegó,
Y no es estraño, que estaba
Cociendo desde las cinco:
Hasta la maldita gata,
Por entretener el hambre,
Afianzó un capon, que daba
Envidia: no hubo remedio,
Todo lo llevó la trampa;
Y gracias á las gallinas,
Y á que jamas huevos faltan
En casa, porque sino
La cena fuera ensalada
Muy fresca y muy picadita,
Pero de endeble sustancia
Para estómagos navarros.
Sev. ¡Cuánto me pesa!...
Ferm. Desgracias
Como las de anoche, nunca,
Nunca se vieron en casa.
La criada medio dormida
Se cayó de la colada
En la caldera, y allí estuvo

Un cuarto de hora.
Sev. ¡Muchacha
Infeliz! Se coceria.
Ferm. No, porque estaba sin agua
Casualmente, mas con todo
Se tiznó manos y cara.
Cárl. Y el susto tambien se cuenta.
Ped. Si en ello usted no se enfada
Dejarlo para otro dia,
Y sepamos por qué causa
Este caballero pudo
Detenerse.
Sev. Fueron faltas
De un criado, que no merecen
Vuestra atencion.
Ferm. ¡Calla, calla!
Olvidado se me habia:
¡Pobre Gaspar! con la zambra
De anoche está mi cabeza
Como una cesta de ranas.
Sev. ¿Conoce usted á Gaspar?
Ferm. El pobre cuitado acaba
De hablar conmigo.
Sev. ¿Y ha tenido
La osadía?...
Ferm. ¿Es menester tanta
Cuando se pide perdon?
Vaya, que vuelva á tu gracia,
Y pelitos á la mar.
Sev. Yo quisiera que empleára
Usted mejor mi obediencia.
Ferm. Si le he dado mi palabra
¿No es fuerza que se la cumpla?
Sev. Repare usted...
Ferm. No repara
En nada mi caridad.
Si al caido no se levanta,
Solo porque tropezar
No ha debido, ¿quién pasára
Por las calles?
Sev. Yo no soy
De ese parecer. El que anda,
Debe saber como pisa,
Y si tropieza, que caiga
Enhorabuena; pues torpe
El equilibrio no guarda.
Ferm. ¿Y no le he de dar la mano?
Sev. No, señor, que si trabaja
Por levantarse; si suda
Por lograrlo; si se afana;
Esta fatiga, este empeño
Dejan recuerdos que bastan
Muchas veces para que
Pueda evitar otras faltas
Iguales; mas si al contrario
Se le ayuda, y se le halaga,
Lo toma por chiste, y cae
Diez veces cada semana.
Ferm. Nunca entendí semejantes
Filosofías. La cristiana
Religion de mis abuelos,
Que ayude al caido me manda
Y no mas. ¿Es cierto?
Ped. Cierto.
« La ley castiga las faltas,
« Y el hombre las compadece. »
Ferm. Por supuesto.
Sev. ¡Qué ignorancia! *ap.*
Ferm. Así, pues, con tu permiso
Me marcho á que Gaspar salga
De dudas.
Sev. Perdone usted:
Mi conducta es arreglada
A mis principios. Jamas
Me separo de la raya
Del deber; y por lo tanto
Gaspar saldrá de mi casa.
Ferm. ¿Esto dices?
Sev. Esto digo.
Ferm. Pues, amigo, quien desaira
Antes de casarse al suegro,
Casado lo descalabra
Cuando menos, y en verdad
Que esta entrada de pavana
Me gusta muy poco.

ESCENA VII.

DOÑA TOMASA Y DICHOS.

Tom. Tio,
¿Se echa vinagre á la salsa
Del pato? ¡Ay, Jesus mil veces!
Cárl. ¿Qué te asusta?
Ferm. Alguna rata,
Sin duda, que se pasea,
Segun costumbre.
Tom. ¿Me engaña
El deseo? ¿Sois vos, señor?
(*A don Severo.*)
Sev. Y yo ¿qué soy?
Tom. Nada, nada.
Perdonad: mi fantasía,
Si... cuando... ¡el cielo me valga!
Ferm. Desmayóse.
Ped. Sostenedla.
Sev. No sé lo que por mí pasa. *ap.*
Ferm. Don Severo, ¿qué es aquesto?
Sev. Yo ¿qué sé?
Ferm. Si habrá entruchada.
Ped. Un poco de éter seria
Muy bueno.

Cárl. No tal, echadla
Agua fresca solamente.
Fer. Sí, que despues calaguala
La darémos para el susto
Que don Severo la causa.
Sev. Pero ¿en qué asustarla puedo?
Ped. Ya vuelve en sí.
Cárl. Albricias, alma.
Ferm. Hija mia, digo, sobrina,
Responde por Dios... Palabra.
(*A don Pedro ap.*)
¿Cómo se llama hoy la chica?
Ped. Flora.
Ferm. ¡Ah! sí: Flora, muchacha,
Vuelve en tí.
Tom. ¡Ay Dios!
Ferm. Don Severo,
Si Flora en usted repara
Quizá vuelva á desmayarse:
Háganos usted la gracia
De separarse un poquito,
Un poco mas... á la espalda
De nuestro alcalde.
Sev. Paciencia. *ap.*
Y veamos en lo que para.
Tom. ¿Dónde estoy?
Cárl. En el estrado.
Tom. ¿Quién son, pues, estas fantasmas
Que me rodean?
Cárl. Son tu tio,
Un primo que te idolatra,
Con el alcalde mayor;
Y en fin, nuestro don...
Ferm. ¡Caramba!
¿Qué es lo que vas á decir?
Cárl. Es verdad.
Ferm. ¿Quieres matarla?
Sev. Pues, señor, estamos frescos: *ap.*
No hay duda que es de una estraña
Brillantez el papelito
Que represento en la casa.
Tom. Permitid que me retire.
Ped. Sí, es mejor: Cárlos, llevadla,
Conducid á vuestra prima.
Ferm. Que se eche sobre la cama,
Si no quiere desnudarse.
Ped. Cuidado con las ventanas
Y las puertas.
Cárl. Vamos, prima.
Ped. Cubridla bien con las mantas.

ESCENA VIII.

DON SEVERO, DON FERMIN Y DON PEDRO.

Ferm. ¡Pobre Flora, pobre Flora,
Tan jóven, tan desgraciada,
Señor! cuidado que es obra.
Ped. Sosegaos.
Ferm. Se me traspasa
El corazon siempre que
Sucede.
Sev. Pues ¿se desmaya
Muy á menudo?
Ped. Padece
Unos vapores...
Ferm. ¡Mal hayan
Los vapores! Nunca, nunca
He conocido en mi infancia
Semejante enfermedad:
Entonces solo se usaban
Indigestiones, viruelas,
Golondrinos, almorranas,
Y otros males conocidos;
Pero ahora todo es de estrangia:
Histérico, nervios, bilis,
Flato ardiente, y calabazas
Fritas, y Dios me perdone;
Porque me lleva la trampa,
Notando que hasta el morirse
Ha de ser á uso de Francia.
Ped. Es preciso seamos justos.
Una jóven educada,
Como se acostumbra hoy dia,
Es fuerza padezca varias
Dolencias desconocidas
A sus madres, que ignoraban
Por necesidad sus nombres:
Verbigracia: una estremada
Aficion á la lectura,
Muchas veces arrebata
El calor á la cabeza,
Y de ahí se siguen las bascas,
Las jaquecas, los vapores,
Y otros alifafes.
Ferm. ¡Brava
Dificultad! ¿Pues hay mas
Que no leer?
Ped. Señor ¿qué dama
Pudiera alternar entonces
En cuestiones literarias,
Como hoy alternan?
Ferm. ¿Qué importa?
Mi madre, que de Dios haya,
Aunque no supo de letras,
Siempre estuvo embarazada
O parida; y esto es, amigo,
Lo que ser madre se llama.
Ped. ¿Y quién puede disputar
A mi señora doña Ana
Lo que ganar así supo?
Ferm. Ademas, ¿qué fruto sacan

Con todas esas lecturas?
Sev. Poco ó nada, si son malas:
Si son buenas y escogidas
Mucho; pues hallarán sana
Doctrina, máximas puras,
Ejemplos, modelos, sabias
Instrucciones...
Ferm. Y tambien
Embelecos y patrañas.
Sev. Con que ¿no hallará una jóven,
Si lee la historia romana,
Que aprender en la firmeza
De una Porcia, en la constancia
De una Lucrecia?
Ferm. Hombre, á luengas
Tierras las mentiras largas.
Esas Porcias y Lucrecias,
Si de cerca se miráran,
Se vieran, ni mas ni menos,
Como se ven hoy las Juanas,
Las Pepas y las Franciscas.
En todo tiempo hubo gaitas,
Severo, y no nos cansemos.
Sev. Eso es ya negar...
Ferm. Yo nada
Niego; mas si dudo.
Sev. Pero...

ESCENA IX.

COLASÁ Y DICHOS.

Col. La cena.
Ferm. ¡Santa palabra!
¿Y Flora?
Col. Cena en su cuarto.
Ferm. ¿Y Cárlos?
Col. Está en la sala
De comer.
Ferm. Y diga usted. (*A don Severo.*)
¿Doña Lucrecia cenaba?
Sev. Es natural.
Ferm. Pues entonces,
Cenemos todos, que tarda
A mi estómago este instante.
Sev. ¡Ay don Fermin! me olvidaba
De entregaros un dinero,
Que me dieron en Tafalla
Para vos.
Ferm. Ya me lo avisa
Don Jaime: tiempo hay mañana.
Sev. Aquí lo tengo yo en oro.
Ferm. Pues no quiero: ¡hay tal machaca!
Vamos, vamos á cenar.
Sev. Vamos pues, ¡cosa mas rara!
¿Porqué se habrá desmayado?
No puedo dar con la causa.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA TOMASA Y COLASA.

Tom. ¡Qué larguísima es la cena!
Col. ¿Y cuándo el tiempo no tarda
Para el hambriento que aguarda?
Tom. La consecuencia no es buena;
Pues tú sabes que he cenado.
Col. Pero os queda el apetito
De que caiga en el garlito
Ese novio desdichado.
Tom. Dime, Colasa, por Dios,
¿Le encontrastes muy galan?
¿Es bizarro?
Col. ¡Lindo afan!
Ahora es galan para vos,
Mas no sé lo que será
Cuando os santifique el cura.
Tom. Gala que tan poco dura
Muy mala espina me da.
Sin embargo, te confieso
Que me ha parecido bien.
Col. Si viene á casarse, ¿quién
Puede, señora, hablar de eso?
Pues los hombres mas tranquilos
Son parecidos al paño,
Y mientras no pasa un año
Nunca descubren los hilos.
Tom. Lo mismo de una doncella
Dirán con distintos modos.
Col. Dicen que es fénix, y todos
Hablan bien sin conocella.
Solo un diestro cazador
La ve en sus redes cogida;
Mas no temais que en su vida
Disminuya su valor,
Que aquel que suda y se afana
Por coger una nuez verde,
Trabajo y mérito pierde,
Si confiesa que está vana.
Pero hablando de otra cosa,
¿Qué esperais, señora, aquí?
¿Quereis serviros de mí?
Tom. Antes no, siendo forzosa
Necesidad que te alejes
Luego que sintamos ruido;
Y si acaso es mi querido
Severo, sola me dejes.
Col. ¿Teneis, pues, que hablar con él?
Tom. Mucho tengo que decir.
Col. ¿Y qué?

Tom. Voile á descubrir
Un secreto.
Col. Con que, infiel,
Hollando promesa y fe
¿ Vais á decir la verdad ?
Tom. ¡ Jesus, y que necedad !
Cuando me case lo haré;
Porque antes muy mal hiciera,
Y ninguno se casára
Si una muger encontrára,
Que la verdad le dijera.
Ahora esta conversacion
Solo á esforzar nuestro enredo
Se dirige.
Col. Tengo miedo
Que como los hombres son
Ladinos y redomados,
No descubra la maraña.
Tom. ¡ Ay Colasa ! les engaña
Su amor propio á los cuitados.
Este sexo protector
Convierte todo en sustancia:
No temo su vigilancia,
Temo mas bien su rencor:
Porque el orgullo ofendido
Perdona muy rara vez.
Col. Marido con altivez
No puede ser buen marido.
Tom. ¿ Y á quién tal cosa acomoda ?
Por eso y por mi sosiego
Tomo cartas en un juego
En que arriesgo amor y boda.
Col. No temais ya, que por vos
Con toditas las mugeres
Está amor.
Tom. ¿ Y entonces quieres
Que tema ?
Col. Señora, á Dios,
Pues siento abrir la mampara.
Tom. A Dios, pues, y el cielo quiera
Que esta mentira primera
No se conozca en mi cara.

ESCENA II.

DOÑA TOMASA.

Quiero sentarme y tomar
Una postura elegante,
Compañera de un semblante,
Que demuestre mi pesar.
Apóyese la mejilla
En la mano; el pié pulido
Descanse como al descuido
En el palo de esta silla.
Mis ojos lánguidos, bellos,
Respiren amor y enojos,
Y encubran tan tristes ojos
Mis desgreñados cabellos.
¡ Ay ! si un espejo tuviera,
No era dudoso el efecto,
Que un amigo tan perfecto
Ni engañára ni mintiera;
Mas si el destino cruel
Me priva de tal consejo,
Sea el interes mi espejo,
Que otros se miran en él,
Y les sale bien la cuenta.
¿ Porqué no ha de ser así
Con mi engaño ? Ya está aquí:
Quiera Dios no me arrepienta.

ESCENA III.

DON SEVERO Y DOÑA TOMASA.

Sev. Vaya, ¡ y qué pesados son !
Tanto beber y brindar,
Y despues vuelta á empezar
La eterna conversacion
Del abuelo don Rodrigo,
Y del tio don Sempronio:
Parentela del demonio,
¿ Quereis acabar conmigo ?
Yo pienso que hasta mañana
Permanecen en la mesa
Segun su ninguna priesa.
¡ Buen provecho ! A la ventana
Me voy á tomar el fresco;
Y á fe que lo necesito,
Pues este vino maldito
De Peralta, es un refresco
Singular para verano.
¡ Si quema mas que la lumbre !
Como no tengo costumbre
De beber, y este inhumano
Suegro quiso que bebiese
Como ellos beben, á estajo,
No estrañára que un trabajo
Esta noche sucediese.
Tom. ¡ Ay Dios !
Sev. Se quejan, suspiran:
¿ Quién, pues... ¡ mas, cielos, qué veo !
¿ Es ilusion del deseo
La que mis ojos admiran ?
¿ Sois vos, graciosa Florita ?
Tom. Sí, señor, la misma soy.
Sev. Mil gracias al cielo doy,
Pues tan bella os resucita.
Tom. ¡ Lisonjas á mí, señor !
Pienso que os equivocais.
Sev. No sé por qué lo digais.

Tom. Dígolo, porque mejor
Se empleáran en mi prima.
Sev. ¿En quién?
Tom. En doña Tomasa,
Que aunque está fuera de casa,
Y no os conoce os estima.
Sev. El amar sin conocer,
No es fácil de concebir,
Porque si amar es sentir,
¿Cómo se siente sin ver?
Tom. Gusta el veros de un humor
Tan grato y tan placentero;
Y sacar partido quiero.
Sev. ¿Cómo?
Tom. Pidiendo un favor,
Que espero no me negueis.
Sev. Disponed, Florita hermosa,
De mi ser.
Tom. Es corta cosa:
Tan solo que me escucheis.
Temo, caballero,
Que os ha de cansar
Mi triste relato;
Pero pues que ya
Fuí tan infelice
Que disimular
No supe esta tarde,
Por Dios perdonad,
Y sabedlo todo,
Porque mi pesar
Ha llegado al punto
En que es fuerza optar
Entre odio y desprecio;
Y en apuro tal,
Del odio prefiero
Esperimentar
La herida dudosa
Y no la mortal
Con que los desprecios
Matan sin chistar.
Bien sé que mi tio,
Lleno de bondad,
Habrá disculpado
A mi ceguedad.
Tambien os diria,
Que una enfermedad
Es solo la causa
De todo mi mal.
¡Donosa bobada
De un viejo que ya
Olvidado tiene
Qué cosa es amar!
¡Ay, no ha mucho tiempo
Que mi mocedad
Alegre ignoraba
Del ciego sagaz
Los fieros ardides,
La impune maldad!
Pensaba yo entonces
Que ni el bien ni el mal
Pudieran un dia
Turbar mi horfandad:
Gozosa burlaba
En mi oscuridad
Los títulos vanos,
Las honras que dan
Orgullo á los ricos,
Al triste pesar.
¡Dichosa mil veces,
Si tanta humildad
Con tanta ventura
Pudiesen durar!
Mas no, que huyó luego
Mi felicidad,
Luego que la flecha
Sentí del rapaz.
¡Mal haya este instante
Para mí fatal!
Pues perdí la dicha,
Y hallé en su lugar
Dudas, sinsabores,
Envidia falaz,
Y zelos, y zelos,
Que son el dogal
Que al enamorado
Incomoda mas.
Esta digresion,
Señor, perdonad,
Que una amante lengua
No sabe callar;
Y vamos al caso.
Siete meses ha
Que estuve en la feria,
Allá en la ciudad,
Por la temporada
En que todos van
(Los buenos navarros
Digo) á celebrar
Comiendo y bebiendo
La festividad
Del santo Patrono.
Allí cuando mas
Descuidada estaba,
Ví cierto galan.
Ignoro quien sea,
Que una principal
Muger, por recato
No puede saciar,
Como otras mugeres,
Su curiosidad.
Pero sea quien fuere,
Yo no puedo amar

Sino á aquel que supo
Con solo mirar
Fijar mi inconstante
Grata veleidad.
Volvíme á la aldea,
Creyendo encontrar
En ella el sosiego
Que huyó en la ciudad.
¡ Insensata, cuánto
Me pude engañar!
¿ Sosiego un amante?
Mas fácil es dar
Constancia á la suerte,
Límites al mar.
Si al menos pudiera
En la soledad
Del bosque sombrío
Quejarme y llorar:
Si no me inquietasen,
No fuera yo tan
Desafortunada,
Pero por mi mal
Se empeña mi tio
Que me ha de casar
Con mi primo Cárlos,
A quien yo jamas
Podré hacerle dueño
De una voluntad
Que está enagenada
Y es mala de dar.
En vano les dije
Toda la verdad;
En balde eché mano
De la seriedad,
Del desden severo,
Del odio mortal,
De cuantos afectos
Pueden demostrar
Mi aserbo disgusto,
Y su necedad.
Todo ha sido en vano,
Y contrarestar
La razon no puede
A su terquedad.
Mi boda y la vuestra
Se han de celebrar
En un mismo dia.
Yo no os digo mas.
Si sois caballero,
Si sabeis amar,
Vuestra cortesía
Puede adivinar
Lo que yo no digo
Y reflexionad
Que el que es bien nacido
Obra como tal,
Y en nada lo prueba
Mas que en respetar
La flaca modestia.
Don Severo, obrad,
No por lo que dije,
Si porque callar
Debí, y porque os toca
A vos lo demas.

Sev. Lo que ahora llego á entender
No se si deba dudar.

Tom. Será porque el desconfiar
Acompaña al merecer.
Mas no perdamos, señor,
Nuestro tiempo en platicar,
¿ Puedo tranquila contar
Con vuestro ausilio y favor?
Al menos por compasion,
Ya que otra cosa no sea,
A esta union que se desea,
A esta aborrecida union
¿ Os opondreis?

Sev. Si, mi bien,
O quien soy no seré yo.

Tom. ¿ Y lo prometeis?

Sev. ¿ Pues no?

Tom. ¿ Y lo juraréis tambien?

Sev. Pongo al cielo por testigo,
Y lo juro á vuestros piés.

ESCENA IV.

DON CARLOS Y DICHOS.

Cárl. Pues el juramento es
Mas de amante que de amigo.

Tom. Señor don Cárlos, si en daño
Tan vuestro escuchasteis necio,
Agradeced un desprecio
Que os produce un desengaño.
La ley castiga al sugeto
Que robar lo ageno trata,
Y el amor al que arretaba
La posesion de un secreto.
Culpad vuestra necedad
Que aquí tan mal os sirvió,
Y no os quejeis porque yo
Siempre os dije la verdad.
Aunque vos una corona
Me pusierais á los piés,
No la admitiera, pues es
Vuestro amigo el de Pamplona.
Y pues ya tuve el consuelo
De ver lo que apetecia:
Voy á gozar mi alegría
A solas. Guárdeos el cielo.

ESCENA V.

DON SEVERO Y DON CARLOS.

Cárl. Hombre vil, mal caballero,
Falso amigo, humana fiera,
Engañoso cocodrilo,
O venenosa culebra
Que abrigó mi triste pecho;
Di, vascongada pantera,
Por casualidad nacida
Entre los montes de Azpeitia...
Sev. Cárlos, calla, ¿estas borracho,
O has perdido la chaveta?
No añadas mas disparates
A tamañas desvergüenzas.
Qué, para que yo responda
A cuanto preguntar quieras,
¿Necesitas echar mano
De esas palabras groseras,
Que solo mala crianza
O poca razon demuestran?
¿Qué quieres, pues, que te diga?
Cárl. Nada ya, porque tu lengua
No puede decirme mas
De lo que sé.
Sev. Pues bien, cesa,
Cesa ya en tales injurias,
Y el partido que convenga
Mejor á tu situacion
Toma.
Cárl. Mi intencion es esa.
Y pues el uso establece
Entre hombres de nuestras prendas,
Solo un medio de borrar
Todo género de ofensas,
Ese escojo.
Sev. Di cuál es.
Cárl. Que conmigo al campo vengas.
Sev. Pues ¿á qué?
Cárl. A satisfacerme.
Sev. ¿Cómo?
Cárl. Quedando uno en tierra.
Sev. ¡Bueno! Pero no sabia
Que romperme la cabeza
Pudiera satisfacerte.
Cárl. ¿Qué quieres? Así lo ordena
El que llamamos honor.
Sev. ¿Qué derecho se reservan
Entonces las santas leyes?
Cárl. En semejantes materias
La opinion y la costumbre
Deciden.
Sev. Pero el que piensa
Con madurez, el que trata
De seguir siempre la senda
Del deber y la virtud,
Debe transigir con ellas,
Cárl. Si se complace en la infamia,
Que transija enhorabuena.
Sev. ¿En la infamia?
Cárl. Pues, ¿y cómo
Se puede llamar la befa,
El desprecio, los baldones,
Que á los prudentes esperan
En premio de su conducta?
Sev. Les sobra en su conciencia.
Cárl. Muy bien defiendes tu causa.
Sev. ¿Es confesion ó indirecta?
Cárl. Como quieras entenderlo,
Pero permite que crea
Que ese tono magistral,
Esa estudiada elocuencia
Y una cierta timidez,
Que á pesar tuyo se muestra,
Dan á entender...
Sev. ¿Qué?
Cárl. Tan solo
Que es mas miedo que prudencia.
Sev. ¿Volvemos á los insultos?
Cárl. Al contrario: á mi me alegra
Infinito que á tu Flora
Se le ofrezca tan risueña
Perspectiva. Un sempiterno
Marido con la moderna
Cualidad de no gustar
De lances ni de quimeras,
Es un fortunon desecho.
Sev. ¿Callas?
Cárl. ¿Hay toros de cuerda
En tu lugar? Si los hay
No asistas, porque se llevan
A veces sendos porrazos.
Sev. Ya me falta la paciencia. *ap.*
Cárl. Y siempre es mucho mejor
Morir de gota serena.
Sev. Hablador de Barrabas,
Lo que buscas es pendencia,
Y la tendrás porque calles.
Cárl. ¿Cuándo ha de ser?
Sev. Cuando quieras.
Cárl. Pues ahora mismo.
Sev. Ahora mismo.
Cárl. ¿Tienes padrino?
Sev. ¿Tú sueñas?
¡Padrino! Pues ¿quién se casa,
O se bautiza, ó se vela?
Cárl. El ceremonial exige
La indispensable presencia
De dos amigos, que juzguen
Si ambos se matan en regla

Sev. Yo aquí no conozco á nadie.
Cárl. Muy bien, y pase por esta.
¿Vamos?
Sev. Vamos.
Cárl. Oyes, baja
Poco á poco la escalera,
Que yo voy por las pistolas.
Sev. Cuidado no te detengas.
Bueno es que un loco me obligue
(*Aparte yéndose.*)
Mis principios. ¡Qué remedio
Tiene! Y ¿quién tiene paciencia
Para sufrir sin motivo
Dicterios, insultos, befas
Y provocaciones? Vaya,
Ya no estraño que sucedan
Dos mil lances cada dia,
Y que un hombre de prudencia
Sin gustar de espadachines,
Muchas veces lo parezca.

ESCENA VI.

DON CARLOS, DON FERMIN, COLASA, DOÑA TOMASA Y DON PEDRO.

Cárl. Señores, oid, escuchad
Al rey de armas.
Col. ¿Qué me ordena?
Ferm. ¿Qué quieres?
Cárl. Solo deciros
En dos palabras y media,
Que gracias á mis ardides,
Y á su ninguna esperiencia,
Tenemos ya al señor mio
Cogido en la ratonera;
Que vamos desafiados,
Que las pistolas no llevan
Sino pólvora, que así
Es probable que no muera
Ninguno, que arrepentidos
De nuestra injusta pendencia,
Jurarémos olvidarla;
Y yo lleno de terneza
A mi Flora cederé,
Y mis derechos con ella;
Pero como siempre es bueno,
Que nada de esto lo sepan
Ustedes por disimulo,
Irá, que quiera ó no quiera,
A pasar toda la noche
Al garito de la Pepa.
El fastidio, la ocasion,
Y cierta condescendencia
Que se debe á los estraños,
Harán que juegue, y que pierda
El poco ó mucho dinero
Que lleve en la faltriquera;
Y aburrido y descontento
Lo traeré cuando amanezca
A que ustedes, padres graves,
Pongan fin á la comedia.

ESCENA VII.

DON FERMIN, DON PEDRO, COLASA Y DOÑA TOMASA.

Ferm. Cárlos, mira, escucha, aguarda.
Col. Sí, llame usted á otra puerta,
Que segun va no le alcanza
Una bala de escopeta.
Ferm. ¡Válgame Dios con el chico!
Ped. ¿Cuál era la intencion vuestra
En detenerlo?
Ferm. No sé.
Estas armas me revientan,
Que al fin el diablo las carga.
Ped. Déjese usted de simplezas.
¿No las ha visto cargar?
Ferm. Sí; pero...
Ped. ¿Pero qué?
Ferm. ¡Buena
Pregunta! al fin son pistolas.
Ped. Buenas noches.
Ferm. Qué, ¿nos deja
Usted?
Ped. ¿Pues hay que velar
Algun enfermo?
Ferm. Quisiera
Saber en lo que paraba.
Ped. Amigo, larga la lleva
Usted entonces; porque
Ahora son las diez y media,
Y hasta las siete lo menos...
Ferm. Segun eso, me aconseja
Usted me desnude.
Ped. Y que
Duerma usted á pierna suelta.
Fuera lo demas locura.
Ferm. No sé si podré.
Ped. Agur.
Ferm. Ea,
Hasta mañana temprano,
¿No es verdad?
Ped. Sin duda.
Ferm. Buenas
Noches, Nicolasa, alumbra
Al señor... Tú ¿no te acuestas?
(*A Tomasa.*)
Tom. ¿Porqué no?
Ferm. Como es tu novio.
Tom. ¿Qué importa para que duerma?
Demasiado velaré

Luego que ya no lo sea;
Porque entonces, los cuidados
Ya ve usted siempre desvelan.
Ferm. Tienes razon, hija mia,
Duerme bien, y toma fuerzas
Para sufrir los cuidados
Que, segun dices, te esperan.

ACTO CUARTO.

ESCENA PRIMERA.

DON SEVERO Y DON CARLOS.

Cárl. ¿Quién pudiera preveer
Que te cegáras, maldito?
Sev. Todo el que entra en un garito
Ha de jugar y perder.
Así nada es de estrañar
Que yo jugára y perdiera;
Lo que sí me desespera,
Es me dejase arrastrar
Por un loco como tú
A esa lóbrega mansion.
Cárl. Es casa de diversion.
Sev. Es casa de Bercebú.
Cárl. ¿Aun la cólera te dura?
¿Qué viste tan malo allí
Que así te altera?
Sev. Yo ví
Un infierno en miniatura,
Y no merece otro nombre,
Porque se deja al entrar
Cuanto puede recordar
Los privilegios del hombre.
En un ahumado aposento,
Anegado en porquería,
He visto en un solo dia
Lo que no pudiera en ciento.
Sobre una mesa ó bufete
Allí un mandil se descubre,
Que mas empuerca que encubre,
Y al que se llama *tapete*.
Yace encima un mal velon
Moribundo, desdichado,
Quien, á pesar de su estado,
Manifestó la intencion
Que de alumbrarnos tenia;
Mas le faltó un requisito,
Y fué el aceite maldito,
Que estaba en Andalucía.
Pues de esta mesa al redor,
Y por tal luz alumbrados,
Encontramos ya sentados,
Esperando un redentor,
A una porcion de estafermos,
Que por ser desaliñados,
Flacos, puercos y estropeados,
Me parecieron enfermos.
Pero ¡ay Dios y que sudores
Tuve! ¡qué susto me diste
Cuando al oido me dijiste
Estos son los jugadores!
Luego descubrí al banquero
Fumando su cigarrito,
Manejando aquel librito,
O recogiendo dinero.
A bosquejar no me atrevo
Ni sus dedos, ni sus uñas,
No se quejen las garduñas,
O chille un cristiano nuevo;
Pero añadiré sencillo,
Que si le encuentro en la calle,
En lugar de saludalle
Le doy mi capa y bolsillo.
¡Qué juramentos! ¡qué horrores!
¡Qué reniegos! ¡que porvidas!
Y otras voces conocidas
Tan solo entre jugadores.
Acá gana una *judía*,
Allí las sotas *se dan*,
Piérdese un buen *ganarán*
O quiebra *contra judía*.
Allí sin soga, *se amarra*,
Se *apunta* sin escopeta,
Sin necesidad *se aprieta*,
Se *mata* sin cimitarra:
Tambien *se entierra* sin ser
Doctor ni sepulturero,
Y en fin se pierde el dinero
Sin oir, sin hablar, sin ver.
Estos, amiguito, son
Los primores, que sin tasa
Se encuentran en esa casa,
Que llamas de diversion.
Y no siento, ciertamente,
Haber jugado y perdido,
Sino el haber conocido
Pocilga tan indecente.
Cárl. Es verdad; pero disculpa
Tengo, y sabes que el entrar
Fué solo disimular.
Sev. No: tú no tienes la culpa:
Bien lo sé. La culpa es mia,
Mi confesion es bien clara,
Y obré anoche, cual obrára
Un chico de escuela pia.
Si yo hubiera despreciado
Tus bravatas, si me rio
Y no admito el desafío,

Todo estaba remediado.
El deber y la amistad
Me lo mandaban así,
Y aunque yo lo conocí
Me cegó la vanidad.
Luego, ya se ve, quisimos
Disimular este error,
Cometiendo otro mayor.
¿Y qué es lo que conseguimos?
Pasar una noche entera
Mezclados con gariteros,
Malgastar nuestros dineros,
Y perder la lisonjera
Opinion de la honradez.
Cárl. ¿Y quién saberlo podrá?
Sev. La conciencia.
Cárl. Callará.
Sev. ¿Calla jamas este juez?
Cárl. Vamos, vamos, ten paciencia,
Que segun voy entendiendo,
Aun están todos durmiendo
En casa; y por consecuencia
Nuestra falta no han notado.
Sev. ¿Y los criados?
Cárl. ¿Presumir
Quieres que lo han de decir?
Sev. Un secreto en un criado
Se indigesta luego, luego.
Cárl. Es que yo les prevendré
Que callen.
Sev. Peor.
Cárl. ¿Y porqué?
Sev. Porque pierdes criado y ruego.
Depender del dependiente,
Es trocar los frenos, Cárlos;
Y quien llega á equivocarlos
No deshace fácilmente
Tamaña equivocacion,
Lográndose de este modo
Que uno pierda su acomodo,
Y el otro su estimacion.
Cárl. No importa, voiles á hablar.
Sev. ¿Al fin te decides?
Cárl. Sí.
Sev. Haz lo que quieras, y di,
Pues vas adentro, á Gaspar,
Que venga sin dilacion.
Cárl. ¿Tienes algo que mandarle?
Sev. Sí: se me ha ocurrido enviarle
A casa.
Cárl. Alguna comision
Para el viejo, eh?
Sev. Pues.
Cárl. Ya estoy:
Quizá será por dinero.
Sev. Hombre, no seas majadero:
Anda si quieres.
Cárl. Voy, voy.

ESCENA II.

DON SEVERO SOLO.

¡Ya mi paciencia se apura!
No existe mayor tormento
Que estar uno descontento
De sí mismo. ¡Qué locura
La de anoche, y qué vileza
Al mismo tiempo! Qué! ¿Es dable
Que, jugador miserable,
Perdiera yo la cabeza,
Hasta el punto de jugar
Dinero que no era mio?
¡Y despues de un desafío!...
¡Y despues de enamorar
La novia de quien me debe
Su primera educacion!...
Pues, señor, en canclusion,
Soy un pícaro, un aleve.
¿Y era yo quien presumia
No tener ningun defecto?
¿Era yo el hombre perfecto?
Y al primer tapon... Daria
Cuanto tengo y tener puedo
Por morirme ahora, ahora...
Pero ¡es tan linda esta Flora!
¿Y quién sabe si por miedo
Hubieran todos tenido
Mi prudencia...? A nadie agrada
Pasar por cobarde... y nada
Mas simple que enfurecido
Cuando Cárlos me injurió,
Me acordase que primero
He nacido caballero
Que no su amigo... pues no,
No he sido tan delincuente;
Y cuanto mas reflexiono
Encuentro mas en mi abono.
Si Gaspar va diligente,
Y vuelve con el dinero,
Antes que este don Fermin
Me lo pida, ya por fin
Del mal el menos. Yo quiero
Suponer por un momento
Que se ignore lo ocurrido:
Entonces nada hay perdido.
Pues bien, tomemos aliento,
Que quizá no se sabrá,
Y siempre que en adelante
Viva mas cauto, es constante
Que el mundo me apreciará
Como me apreció hasta aquí.

Bien dice Cárlos, que soy
Muy tímido: así desde hoy
He de ser lo que antes fuí.

ESCENA III.

DON SEVERO Y GASPAR.

Sev. ¿Gaspar?
Gasp. Señor, os confieso
Que yo he sido un malandrin,
Un borracho, un puerco-espin.
Sev. Vamos, no hablemos ya de eso:
Si la primera impresion
De una culpa nos altera,
Luego la hacen mas ligera
El tiempo y la reflexion.
Así que ya no me irrita
Lo que ayer juzgué gran culpa.
Gasp. Cuando mi amo me disculpa *ap.*
Sin duda me necesita.
Sev. Siempre fiel te he conocido,
Servicial, de buen humor.
Gasp. ¡Ay que me alaba, señor! *ap.*
¿Qué es lo que habrá sucedido?
Sev. Y darte una prueba quiero,
Gaspar, de mi estimacion,
Enviándote en comision
A casa.
Gasp. ¿Por?
Sev. Por dinero.
Gasp. ¡Ya!
Sev. A mi padre has de decir
Algun cuento, una ficcion,
Que perdí por distraccion
La bolsa, que...
Gasp. Eso es mentir.
Sev. Mentir no, que en realidad
Para dañar no conspira.
Gasp. Ello no será mentira,
Mas no es decir la verdad.
Sev. Con que ¿no quieres?
Gasp. Querré
Si usted lo toma á su cuenta.
Sev. Tu escrúpulo me revienta.
Si tomo.
Gasp. Pues mentiré.
Sev. Le dirás que en Villafranca
Me ha sucedido un fracaso...
Cualquier cosa, porque el caso
Es que no tengo una blanca;
Pero por Dios te suplico
Que vayas y vuelvas pronto.
Gasp. ¡Toma! Pues ¿soy yo algun tonto?
Voy á ensillar el borrico
De don Fermin.
Sev. ¿Estás loco?
¿En borrico?... dame risa.
Si esto llamas ir aprisa
¿Qué será tu poco á poco?
No, señor, has de alquilar
La mejor mula de paso;
Y dia y noche (este es el caso)
Has de andar sin descansar.
¿Lo entiendes?
Gasp. Sí que lo entiendo.
Sev. Pues bien, marcha á prevenir
Mula y alforja.
Gasp. ¿Y me he de ir
Sin carta de usted?
Sev. Corriendo
Voy á escribir una esquela
Para padre que razon
Tienes.
Gasp. Pues, señor, alon.
Sev. Oyes, no olvides la espuela.

ESCENA IV.

DON SEVERO SOLO.

¡Cuánto cuesta el enmendar
Un error! si se supiera,
Mas fácil mil veces fuera
Obrar bien, que no faltar.
Y aunque nuestro orgullo es ciego,
El desengaño no es mudo,
Por eso lo que no pudo
El crímen, lo puede luego
La vergüenza de que clara
Se descubra su fealdad.
¡Qué compasion en verdad
Merece el que se separa
De la línea del deber!
¡Infeliz! Harto le cuesta,
Y el tiempo me manifiesta
Lo que no supe entender,
Cuando venturoso el nombre
Ignoraba del disgusto;
Mas ¡ay! que siempre fué injusto,
Si fué venturoso el hombre.

ESCENA V.

DON PEDRO Y DON SEVERO.

Ped. ¡Cuánto agradezco á mi estrella
Don Severo el encontraros
Solo!
Sev. ¡Ola, señor don Pedro!
¿Levantado tan temprano?
Ped. ¡Ay amigo de mi vida!

Siempre madruga un cuidado.
Sev. Es verdad.
Ped. Y por desgracia
Yo me encuentro hoy en el caso
De necesitar consejos,
De reclamar los sagrados
Derechos de la amistad.
Sev. Pues ¿cómo?
Ped. Solos estamos,
¿Supongo?
Sev. Sí.
Ped. Es que sintiera
Que pudieran escucharnos,
Y despues...
Sev. No tema usted,
Pues aun no se ha levantado
Don Fermin, y la familia
Anda en sus quehaceres.
Ped. ¡Bravo!
Nada entonces me detiene.
Sev. ¿Qué será esto? *ap.*
Ped. Amigo, me hallo
En un fiero compromiso.
Sev. ¿Y puedo serviros de algo,
Señor don Pedro?
Ped. Sí tal,
Me podeis servir de tanto,
Que solamente confio,
Para salir del barranco
En que estoy, en vuestro celo
En la amistad, en el raro
Y prodigioso talento
Que os adorna.
Sev. Demasiado
Me honra usted, amigo mio;
Y os suplico, que dejando
Esos elogios, digais
En qué tan afortunado
Podré ser, que útil os sea.
Ped. Pero siempre es necesario
Establecer los motivos
Que me impelen á buscaros.
De otro modo os sorprendiera,
Sin duda que entre los varios
Amigos que tengo, os busque
Y prefiera, siendo el lazo
Que nos une tan reciente;
Y esto fuera muy estraño
A no mediar lo que media.
Mas, amigo, vamos claros,
Nunca se repara en fechas
Cuando se necesita.
Sev. Hartos
Ejemplos pueden citarse
De esta verdad.
Ped. Yo ahora trato
De buscar un hombre serio,
Justo, desinteresado,
Imparcial, fiel, virtuoso,
Y este sois vos.
Sev. El retrato *ap.*
No es del todo parecido.
Ped. Sus luces de usted, sus vastos
Conocimientos, sus rectos
Principios, y su exaltado
Amor á la virtud, pueden
Asegurarme que el sano
Consejo que necesito,
Estará esento de humanos
Intereses, de pasiones,
Y de esos afectos bajos,
Que dirigen comunmente
Los que damos y tomamos.
Sev. En lo que alcanzan mis luces,
Señor don Pedro...
Ped. Bien. Paso
Al asunto. Yo me encuentro,
Como juez y magistrado,
En la dura alternativa,
En el caso triste y raro
De tener que atropellar
Un amigo, ó los sagrados
Derechos de un ministerio
Terrible, mas necesario.
Sev. ¿Y este amigo ha delinquido?
Ped. La ley le condena.
Sev. ¿El caso
Os parece tan difícil?
Ped. Sí me parece; pues varios
Incidentes favorecen
Y escudan su atropellado
Arrojo. Luego es mi amigo,
Nos tratamos como hermanos
Ambas familias, y es fuerte
Cosa verse precisados...
Sev. Pero la ley.
Ped. En cuanto á eso
No puedo disimularlo:
Le coge de medio á medio.
Sev. Pues, señor, un magistrado
No debe entonces dudar;
Y es un crímen el retardo
Mas pequeño, la menor
Dilacion, si fuere en daño
De su augusto ministerio.
Ped. Ni yo de ofenderlo trato;
Pero pudiera, como hombre,
Encontrar mas avisado
El medio de conciliar...
Sev. Imposible es encontrarlo.
La ley indica la senda,
Y el juez los ojos cerrados,

Debe seguirla y llegar
Al fin propuesto. Si incauto
Los abre, arriesga el perderse,
Pues buscará los atajos,
Y con ellos los peligros.
Ped. ¿Con que prescindo de cuanto
Me interese en su favor?
Sev. Sí, señor, ó vais errado.
Y no os parezca tampoco
Que haceis un estraordinario
Sacrificio. No, en la historia
Encontraréis un romano
Dictador que condenó
A su hijo. Tambien un Casio
Y un Bruto que dieron muerte,
Uno al padre, otro al amado
Bienhechor. En fin, mil hechos
Iguales, que demostraros
Podrán, cuanto los afectos
Se miran subordinados
A los deberes, y cuánta
Gloria nos da el sujetarlos.
Ped. Mil gracias, amigo mio.
Confieso habeis disipado
Todas mis dudas, y pronto,
Pronto conocereis si hago
Caso de vuestros consejos.
Sev. ¡Ola! ya se ha levantado
Don Fermin.
Ped. Tanto mejor.
Ahora vereis lo que valgo
Cuando amigos como vos,
Me infunden valor.
Sev. El diablo
Me lleve, si yo comprendo
Qué analogía...

ESCENA VI.

DON FERMIN, DOÑA TOMASA, DON CARLOS, COLASA Y DICHOS.

Ferm. ¡Levantados,
Y á estas horas ya en visita!
Pues esto, ó mucho me engaño,
O es pedirme chocolate.
Ped. Sí, chocolate, el que traigo
No es muy bueno para usted.
Ferm. ¡Oiga!
Ped. Soy muy desgraciado,
Don Fermin.
Ferm. ¿Que dice usted?
Ped. ¿Y he de ser yo, cielo santo,
Quien entregue esta familia
Al dolor?
Ferm. Pues ¿cómo? claro,
Diga usted lo sucedido,
Que esos gestos y esos ascos
Me matan á confusiones,
Y me indican...
Ped. Mucho y malo
Deben indicar á usted,
Y nunca hubiera encontrado
En mí bastante valor
(Lo confieso) para daros,
Siendo tan amigo vuestro,
Semejante trabucazo,
Si los prudentes consejos
Del hombre que estais mirando,
Mis deberes, como juez,
No me recordasen sabios:
Si una lógica elocuente
No me hubiese demostrado,
Que la ley no tiene amigos,
Sino aquellos que observando
Sus preceptos, siguen siempre
La línea que ella ha trazado.
Por eso, al fin me decido...
Y á mi pesar... violentando
Mis afectos... he venido...
Ferm. ¿A qué, señor? Concluyamos.
Ped. A prender á don Carlitos.
Sev. ¡Qué escucho! *ap.*
Ferm. ¿Qué es esto, Cárlos?
Cárl. Lo ignoro, y como no sea
Por un lance, un altercado
Que con un desconocido
Tuve ayer noche, no caigo
En lo que pueda ser.
Ferm. Vaya, (*á don Pedro.*)
Es esto?
Ped. Lo han acertado
Ustedes.
Ferm. ¿Y tal friolera
Bastará para?...
Ped. Despacio,
Señor don Fermin, que yo
No soy ningun mentecato
Para obrar tan de ligero.
Sepa usted que han delatado
A Cárlos por desafío
Tenido anoche; por varios
Conductos me vino el soplo;
Y yo, como magistrado,
No puedo disimular
Un hecho que saben tantos.
Fuera esto comprometerme
Sin ton ni son, y en tal caso
El individuo...
Ferm. Ya entiendo,
Y despues aconsejado
Por don Severo...

Ped. Cierto.
Ferm. Hombre,
¿Está usted endemoniado?
¡Este es un cuñadicidio!
Sev. Señor don Fermin, reclamo
Vuestra indulgencia. Escuchadme
Y juzgadme si he faltado
Al deber, ó á la amistad.
Ferm. Déjeme usted por san Pablo.
(*Alejándose de él.*)
A lo menos si ya hubiesen
Ustedes emparentado,
Anda con Dios, que no fuera
Usted el primer cuñado,
Ni el último que lo hiciese;
Pero antes es un milagro,
Una cosa nunca vista.
Sev. Cárlos, tú que me has tratado
Y me conoces á fondo,
Di, si me juzgas tan malo,
Tan perverso, que...
Cárl. No sé; (*Alejándose de él.*)
Pero solo si reparo,
Que no aconsejas muy bien.
Sev. Flora, por Dios...
Tom. Muy villano (*Alejándose de él.*)
Vuestro proceder parece;
Suspendo mi juicio, y no hago
Poco.
Col. Oiga usted un consejo
(*Alejándose de él.*)
Pues parece aficionado.
Quien obra mal hace bien
En callar.
Sev. ¡Estoy soñando!
Me desprecian, y huyen todos
De mí, cual si fuera el diablo,
Sin oirme, sin informarse
Tan siquiera hasta qué grado
Soy criminal. ¿Y porqué
Me huyen? ¿Porqué soy malvado?
Porque tengo la apariencia
Contra mí: si así juzgamos
Siempre, no me maravilla
Encontrar tantos culpados.
Ped. Juzgamos, ni mas ni menos,
Lo mismo que aconsejamos.
Cuando no nos duele duro,
Y cuando nos duele blando.
Sev. Diga usted, señor don Pedro,
A estos señores, si acaso
Pude saber se trataba
De Cárlos.
Ped. No le nombramos,
En efecto.
Ferm. ¡Ola! Pues eso (*Acercándose.*)
Es otra cosa.
Cárl. En salvando (*Acercándose.*)
Tu amistad nada me importa
Lo demas.
Tom. Pues yo no parto (*Acercándose.*)
Tan de ligero, por eso
Hice muy bien en dudarlo.
Col. Sí, señora, siempre dije
(*Acercándose.*)
Lo mismo.
Ser. ¡Qué desengaño,
Y qué leccion! Lo que siento,
Señor don Pedro, y lo estraño
A la verdad, es que usted
Me comprometiese tanto.
Ped. Señor, yo busqué un consejo
Que me ilustrase en tamaño
Compromiso; usted no debe
Resentirse, si arrastrado
Por la opinion de sus luces...
Sev. Pero en empeño tan arduo
Usted debió, cuando menos,
Nombrarme al interesado,
Para que yo...
Ped. ¿Y qué hace el nombre
Para el hecho?
Sev. Sí, que Cárlos
Es mi amigo, y...
Ped. Se prescinde
De estos febles y mundanos
Afectos, cuando se trata
Del bien social.
Sev. Sin embargo...
Ped. Y sino, acuérdese usted
De aquel dictador Romano
Que me citó, no hace mucho.
Sev. Diré que ha sido un borracho;
Pues de otra suerte no hiciera
Tan repugnante atentado.
La naturaleza nunca
Pierde sus derechos santos,
Y aquel que los desconoce
Es imbécil, ó malvado.
Ped. ¿Y Bruto?
Sev. ¡Oh! no le nombreis:
Fué un parricida.
Ped. Pues Casio
No le fué entonces en zaga.
Sev. ¡Ya se ve!
Ped. Mas lo contrario
¿No dijisteis hace un credo?
O al menos lo habré soñado.
Sev. Es que entonces...
Ped. Es que entonces
Era el paciente un estraño,
Y á su costa siempre es bueno

Ser justo y cargar la mano.
¿No es verdad?
Sev. Que responder *ap.*
No sé.
Ferm. Pero ese adversario
De Cárlos, ¿quién es? ¿Se puede
Saber?
Ped. Señor, lo ignoramos;
Y si Cárlos no lo dice...
Sev. Lo diré yo.
Cárl. ¡Mentecato!
(*á Severo ap.*)
¿No ves que á tu amada Flora
Comprometes?
Sev. Pero, Cárlos, (*á Cárlos ap.*)
¿He de permitir?...
Ferm. ¿Qué es eso,
Señores?
Cárl. Nada, un encargo
Que le dejo.
Férm. ¡Lindo cuento!
Pues como dé los recados
Como los consejos...
Ped. Vaya,
Si usted no tiene reparo,
Don Cárlos, nos marcharémos
Juntos.
Cárl. No lo tengo. Vamos.
Ferm. ¡Ay, vírgen santa! Oiga usted
(*ap. á don Pedro.*)
¿Dónde va el chico?
Ped. A su cuarto
(*ap. á don Fermín.*)
A que se desnude, y duerma
El tiempo que ha trasnochado
Ferm. ¡Con qué, á la cárcel! (*alto.*)
Ped. No hay medio:
Es fuerza formar sumario,
Y remitirlo á Pamplona.
Ferm. Pues, señor, acompañarlo
Quisiera yo hasta la cárcel.
Ped. Venga usted.
Ferm. Pronto despacho,
Y á mi vuelta, don Severo,
(*á don Severo.*)
Tenemos que hablar un rato
A solas.
Sev. Está muy bien.
Ped. Vamos, que es muy tarde.
Cárl. Vamos.
Tom. ¡Qué desdicha!
Col. ¡Señorito
De mi vida!
Ferm. ¡Qué quebranto!
¡En la cárcel un Peralta!
¡Ay, si mis antepasados
Levantáran la cabeza,
No se armára mal fandango!

ESCENA VII.

DON SEVERO solo.

¡Qué me sucede! ¿Qué pasa
Por mí? No se lo que fué;
Mas desde que puse el pié
En esta maldita casa,
Ni me conozco, ni puedo
Hacer sino desatinos.
¡Cuál será, cielos divinos,
El fin de todo este enredo!
Si se llega á descubrir
Que fuí yo quien ha reñido
Con Cárlos, estoy lucido;
Y si no, ¿he de permitir
Que él sufra en dura prision
Mientras que alegre paseo?
Es imposible, y yo creo
Que fuera una vil accion
Silencio tan criminal.
Así romperlo sabré...
Mas ¡necio! ¿y qué ganaré?
¿Mi mal calmará su mal?
No por cierto, y solamente
Se logrará en realidad,
Sin curar la enfermedad,
Aumentar otro paciente.
Mi temor crece á medida
Que los riesgos se acrecientan,
Y las dudas atormentan
Mas mi pecho que la herida:
Fuerza será que yo busque
Mi remedio en un consejo,
Antes de que vuelva el viejo
Y su cólera me ofusque.
A Flora voy á buscar,
Ella será mi doctor,
Si un mal que ha causado amor,
Amor lo sabe curar.

ACTO QUINTO.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA TOMASA y DON SEVERO.

Tom. Señor, vuestra desconfianza
Al desaliento os entrega,
Y os arruina porque os ciega.
El amor ¿no os da confianza?

Sev. Él es toda mi esperanza.
Tom. Pues bien, si confiais en él,
A su culto sed mas fiel,
Y no ofendais su respeto.
Sev. ¿En qué?
Tom. En dudar de mi afeto;
Que si yo no soy infiel
A la fe que prometida
Os tengo, no sé lo que
Podais temer.
Sev. Yo lo sé.
Temo mi opinion perdida
Y el grito de una ofendida
Conciencia, temo tambien
El merecido desden
Del anciano don Fermin,
Y temo á todos; que en fin,
Teme bien quien no obra bien.
Tom. Nunca comprender pudiera
Vuestro estraño sentimiento,
Si una parábola ó cuento
Su esplicacion no me diera.
Dicen, que allá en la Baviera
Cierto *quidam* se encontró
Un pendiente, y que le halló
Tan fino, terso y brillante,
Que desde luego diamante
Y bueno le pareció.
Por su desgracia un platero,
A quien lo quiso vender,
Hizo pronto conocer
A este pobre caballero,
Que su valor era cero;
Y á pesar de su jactancia,
Confesó al fin, que en sustancia
La joya tan ponderada
Era (si usted no se enfada)
Solo una piedra, y de Francia.
En vano se desespera,
Llora, se queja y maldice
Hallazgo tan infelice.
Nunca consolado fuera,
Si la fortuna no hiciera
Que á su lado reparó,
Cuando menos lo pensó,
Un pequeñuelo inocente
Jugando con el pendiente
Compañero del que halló.
¡Ola! dijo él aburrido,
Este niño se complace,
Y alegre se satisface
Con un diamante fingido:
Pues si no hubiera tenido
Por fino, terso y brillante
A mi soñado diamante,
Tambien con él jugaria:
Luego la culpa fué mia,
Y no del hado inconstante.
Sev. ¡Ay Flora! teneis razon:
Ya conozco mi flaqueza.
Tom. Perdonad á mi franqueza
Hija de mi estimacion.
Sev. Agradezco la leccion,
Que ingeniosa me habeis dado:
La violencia de mi estado
La debo á mi necio error,
Pues quise darme un valor
Demasiado exagerado
Tom ¿Lo conoceis?
Sev. Sí, señora.
Tom. Probadlo.
Sev. ¿Decid en qué?
Tom. Lo diré, y no tardaré;
Pero no puede ser ahora.
Sev. Entonces, amable Flora,
Satisfaceros no puedo.
Tom. Tengo una especie de miedo...
Sev. ¿En qué fundais tal engaño?
Tom. En que á vuestro desengaño
Todavía no concedo
Toda la fe que pudiera.
Quedad, Severo, con Dios.
Sev. Qué, ¿os vais?
Tom. Sí, que con vos
Mas arriesgo que debiera.
Sev. Señora, daros quisiera
Esa prueba que pedis.
Tom. ¿De buena fe lo decis?
Sev. ¿Lo dudais?
Tom. ¡Ay don Severo!
Si el desengaño es sincero
Mas sabreis que presumis.

ESCENA II.

DON SEVERO solo.

Se va y me deja entregado
A la incertidumbre fiera,
Sin que pueda mi cuidado
Verse jamas aliviado
De un mal que le desespera.
¿Qué será lo que tendrá
Que decirme esta muger?
Ignoro lo que será;
Mas si el tiempo lo dirá,
Dejémosle, pues, correr.

ESCENA III.

COLASA y DON SEVERO.

Col. ¿Don Severo?
Sev. ¿Nicolasa?

Col. Aunque usted siempre está serio
Conmigo, yo, sin embargo,
Hace dos horas que espero
La ocasion de hablar á solas
Con usted.
Sev. ¡Ola! ¿En qué puedo
Yo servirte?
Col. No, señor,
Si la que puede aquí hacerlo
En favor de usted soy yo.
Sev. ¿En mi favor?
Col. Sí por cierto.
¿Estamos solos?
Sev. ¡Dios mio, *ap.*
Volvemos á los misterios
Y á los tapujos! Sí estamos.
Col. Pues sepa usted, don Severo,
Que aunque parezco criada,
Soy mas de lo que parezco;
Pues soy el único archivo
Donde todos los secretos
De los Peraltas se guardan;
Soy ademas consejero
Nato del padre, de la hija,
Del hermano, de los deudos,
De los amigos de casa,
De los criados, y aun de aquellos
Que llamamos conocidos,
Porque conocemos menos.
Sev. Pues, Colasa, en parangon
Tuyo ¿qué hace ese consejo
De Navarra?
Col. Yo no sé,
Sino solo que no miento
Ni exagero; y para prueba
De lo dicho, decir debo
A usted que tambien conozco
Sus pesares y secretos.
Cabalito.
Sev. ¿Los conoces?
Col. Sí, señor, ni mas ni menos:
Sino, dígalo el amor
A doña Flora, los zelos
De Cárlos, el desafío,
Luego la casa de juego,
La noche pasada en claro,
El natural sentimiento
Por la prision del amigo,
Los temores y recelos
De que se descubra el ajo,
Y tambien ciertos enredos,
Como mentiras, ficciones,
Efugios y...
Sev. Basta, veo
Que estás al cabo de todo,
Y no es necesario...
Col. Bueno
Era quitaros la duda,
Por si acaso.
Sev. No la tengo,
Por cierto.
Col. Pues bien, entonces
Os diré, sin mas rodeos,
Que una cierta inclinacion
Simpática que os profeso...
Sev. ¡Calla! ¿Tambien se conoce
En aqueste triste pueblo
La simpatía?
Col. Sí, señor.
Si cualquiera en estos tiempos
Simpatiza con cualquiera.
Sev. Pues, hija, bendiga el cielo
Tales tiempos. Sigue, sigue.
Col. Digo yo, que cierto afecto,
Cuya causa desconozco,
Aunque siento sus efectos,
Me determina á serviros,
Dándoos, señor, un consejo.
Sev. Venga, pues aunque no sea
Un gran partidario de ellos;
Pues dados, son arriesgados,
Y si se reciben, necios.
Col. Mire usted lo que es el mio,
Como conozco el terreno,
No haya miedo que nos dañe.
Sev. Vaya, dilo.
Col. Os aconsejo
Que os quiteis la mascarilla.
Sev. ¡La mascarilla!
Col. No veo
Otro camino que pueda
Salvaros.
Sev. Ni yo comprendo
Lo que me quereis decir
Con eso.
Col. ¿No? pues muy presto
Lo sabreis si me escuchais:
Atencion, y va de cuento.
Entre los varios quehaceres
Que atosigan á los viejos,
El primero y principal
Es la eleccion de los yernos.
Mi amo don Fermin, no solo.
Por su mal tuvo este empeño,
Sino que quiso tambien
Buscar un yerno perfecto;
Y eso es, señor, imposible.
¿No es cierto?
Sev. Cierto, y muy cierto.
Col. Cuando al fin se decidió
Por usted, fué, por supuesto,
Convencido de que habia

Encontrado aquel modelo
De perfeccion que buscaba;
Y ya ve usted si está lejos
De haberlo hallado: ¿no digo
Bien?
Sev. Muy bien.
Col. Si sus defectos
De usted, sus calaveradas,
Y todos sus devaneos
Se pudieran descubrir,
No hay duda que nuestro viejo
Andana se llamaria.
Entonces usted, perdiendo
El engañoso barniz
Que ocultaba los remiendos,
Se quedára tal cual es,
Y tal cual son entre ciento
Los noventa y nueve: entonces
Libre del pasado empeño
Pudiera usted contratar
Con Flora otro empeño nuevo,
Y casarse, y tener hijos,
Y conseguir luego un...
Sev. ¡Fuego
Con el consejo que das!
¿Y quieres tú que yo mesmo
Diga y confiese?...
Col. ¿Qué importa
Que sea usted ó sea un tercero
En discordias, el que cuente
Todo? Así siempre es muy bueno
El tomar la delantera.
Sev. Con todo, tengo recelo;
Y despues el amor propio
Padece mucho con estos
Desenlaces.
Col. ¡Ay, señor,
El amor propio y los zelos,
Como á los paracaidas
Los sostiene solo el viento.
Sev. Sí; pero yo me conozco,
Y aunque estuviera año y medio,
Estoy seguro, Colasa,
Que me faltára el aliento,
Si tuviera que decir
Cara á cara...
Col. ¿No es sino eso?
Pues bien, corre de mi cuenta:
Yo me encargo.
Sev. Ni por pienso,
No quiero que me descubras.
Col. Usted lo que tiene es miedo,
Y pues milagrosamente
Nuestro enemigo tenemos
En campaña, verá usted.
Si merezco ó no merezco
La confianza general.
Sev. Calla, por Dios.

ESCENA IV.

DON FERMIN Y DICHOS.

Ferm. Don Severo,
Estoy contra usted lo mismo
Que si fuera ya su suegro.
Sev. Pues, señor, lo siento mucho.
Ferm. Dígame usted, ¿qué embelecos,
Qué enredos, qué trapisondas
Son estas? ¿porqué está preso
Cárlos? ¿porqué la Florita
Llora? ¿porqué está usted serio,
Cabizbajo y taciturno?
Responda usted.
Sev. Yo me siento
Algo malo, y á eso atribuyo
Mi tristeza.
Ferm. ¿Es del cerebro
El mal?
Col. ¡Jesus! no señor,
Si es el mal del descontento,
Dolencia, que solamente
Suele cebarse en aquellos
Que han estado mas robustos,
Porque los encuentra menos
Hechos á padecer.
Ferm. Dime,
Colasa, ¿y qué sabes de eso?
Col. Con que ¿no lo sé? Pues vaya,
Preguntadle á don Severo,
Si no es cierto que padece
Una zozobra, un interno
Disgusto, una comezon
A manera de recelos,
Y sobre todo, señor,
Un peso en la frente, un peso...
Ferm. Ese es mal de novios.
Col. Suele
Tambien muchas veces serlo:
Pero aquí no es mal de novios,
Que es solo...
Ferm. ¿Qué?
Col. Descontento
De sí mismo, precision
De hablar con usted, gran miedo
De que se enfade, y por fin,
Indigestion de un secreto
Que necesita salir,
Y no puede.
Ferm. ¿Es esto cierto? (*á Severo.*)
Sev. Nicolasa se chancea,
Y su genio placentero

*****

Quiere sin duda á mi costa...
Col. No, señor, no me chanceo:
Usted tiene un secretazo...
Sev. Nicolasa...
Col. Yo no entiendo
De señas: harto he callado,
Y si ahora no hablo, reviento.
Sev. Pues mejor será que yo
Me retire. Hoy es correo,
Precisamente dos cartas
Tengo que escribir.
Col. No quiero
Que tales cartas se escriban
Hasta salir del aprieto
Consabido. Venga usted
Acá, señor don Severo,
Y diga al que en infusion
Está para ser su suegro,
Cómo ha pasado la noche,
No en su cama, ni al sereno,
Sino en casa de la Pepa
La muger del estanquero.
Ferm. ¿Fumando?
Col. No tal, jugando
Y perdiendo su dinero,
Y aun el vuestro de Tafalla.
Ferm. ¿Y qué mas?
Col. Que si fué al juego,
Fué solo por disimulo;
Pues estuvo antes riñendo
Con Cárlos.
Ferm. ¡Con Cárlos!
Col. Sí,
Por unos ciertos requiebros
Dichos á doña Florita.
Ferm. ¡Qué! ¡Tambien esa!
Col. Y no fueron,
Por parte del señorito,
Infundados estos zelos,
Que el señor gusta de Flora,
Y Flora no gusta menos
Del señor. ¡Ay!... Ya salimos
Del apuro.
Ferm. ¡Qué oigo, cielos!
Dígame usted, señor mio,
Si dar entera fe puedo
A lo que dice Colasa.
Sev. Señor... hay ciertos momentos
En que...
Ferm. No quiero disculpas:
Bien sé que no hay hombre cuerdo
A caballo, y por lo tanto,
Sin dilacion ni rodeos,
Solo exijo una respuesta
Categórica.
Sev. No encuentro
Qué decir.
Ferm. Vamos, ¿sí ó no?
Sev. Pues, señor, yo lo confieso:
Es verdad cuanto ella dijo.
Ferm. ¿Cierto?
Sev. Cierto.
Ferm. Eso supuesto,
Dame los brazos, y aprieta,
Que estoy loco de contento.
Sev. ¿Qué es esto?
Ferm. ¡Válgame Dio,
Qué fortuna!
Sev. ¿Estoy durmiendo?
Ferm. ¿Un yerno amable, sensible,
Y enamorado en estremo;
Un yerno pundonoroso
Y nada cobarde; un yerno
Amigo de diversiones,
De trasnoches y de juegos?
¡Qué hallazgo! Yo, que esperaba,
Teniendo un yerno perfecto,
Ser mártir de su virtud,
Hallarme uno, de quien puedo
Murmurar, quien sabrá darme
A cada instante pretestos
Para reñirle, y quejarme
A los vecinos y deudos?
Vaya, vaya, ¡qué fortuna!
Ahora sí que seré suegro
En forma, sin menoscabo
De mi clase y privilegios.
Mas ¿qué es lo que me detiene?
¿Porqué no marcho corriendo
A buscar un escribano
Y un cura, que os casen luego?
Col. ¡Qué los case! ¿Quién, con quién?
Ferm. Mi Tomasa con Severo:
¡Buena pregunta!
Col. ¿Y Florita?
Ferm. Que se vaya á los infiernos.
A Dios, á Dios, yerno mio,
Ten paciencia, pronto vuelvo.
Sev. Esperad, por Dios, señor,
Escuchadme.
Ferm. Ya no hay tiempo;
Pero cuando estés casado
Te escucharé como un muerto.

ESCENA V.

DON SEVERO Y COLASA.

Sev. Ahora bien, Colasa,
¿Qué podrás decir
De tal aventura?
Col. Callar y reir.

Sev. ¿Reir?
Col. Sí por cierto.
Sev. ¿Te burlas de mí?
Col. No tal; pero ¿cómo
Podré resistir
El flujo de risa
Cuando don Fermin
En vez de enfadarse,
Te casa?
Sev. Y por tí,
Por tí solo ha sido.
Col. ¿Y quién presumir
Pudiera este lance?
Mas, en fin, decid,
¿Os casais?
Sev. ¿Y cómo
Lo puedo eludir?
Col. Pronunciando un *no*
En lugar de un *sí*.
Sev. ¡Qué estraño suceso!
Col. De un viejo mastin
Es el tragadero
Puerta de toril.
Sev. Colasa ¿qué harémos?
Col. Fuerza es discurrir
Un medio.
Sev. ¿Y qué medio?
Col. ¿Quereis por san Gil,
Que os dé otro consejo?
Sev. Vaya por Dios. Di.
Col. Quién es tan cobarde
Que teme sufrir,
No busque en los otros
Lo que no halla en sí;
Que el valor ageno
No puede servir
En daño tan propio
Como el suyo; así
Sufra su quebranto
O aprenda á vivir.

ESCENA VI.

DOÑA TOMASA Y DICHOS.

Tom. Severo, Colasa,
¡Ay triste de mí!
Perdidos estamos.
Sev. ¿Qué sucede? di.
Col. ¿Qué es esto, señora?
Tom. ¡Ay, que entrar yo ví
Al señor don Pedro!
Col. ¿Solo?
Tom. Un ministril
Enjambre le sigue,
Y vienen por tí,
Sin duda, Severo.
Sev. Dejadlos subir,
Que nunca he temido
La cárcel por sí,
Sino porque pude
Antes delinquir.

ESCENA VII.

DON PEDRO Y DICHOS.

Ped. Señor don Severo,
¿Prometeis decir
Verdad?
Sev. Jamas supe
Qué cosa es mentir.
Ped. ¿Sois vos quien con Cárlos
Hubo de reñir
Ayer por la noche?
Sev. Sí, señor, yo fuí.
Ped. ¿Qué puede escusaros?
Sev. Ser hombre, y que en mí
Se hallen las flaquezas
Que en los otros ví.
Ped. Pues debo prenderos.
Sev. Prended y cumplid
Como juez, que yo
Como hombre cumplí.
Ped. Alguaciles, hola,
Al punto venid.

ESCENA ULTIMA.

DON FERMIN, DON CARLOS Y DICHOS.

Cárl. Aquí está un cuñado.
Ferm. Y un suegro está aquí.
Col. Dos son solo, y sobra
Mas de un alguacil
Para sujetar
Aunque fuera al Cid.
Sev. Pero señores, ¿qué es esto?
¡Qué dichosa novedad!
¿Cárlos puesto en libertad
Tan impensado, tan presto?
Todos callan: ¡lindo afan!
¿No se me quiere decir
De dónde pudo venir
Tanta dicha?.. y ¿dónde están
Los alguaciles, que preso
Debieron ponerme ahora?
Dilo, Cárlos; hablad, Flora,
O ¿quereis que pierda el seso?
De una duda tan cruel
Evitadme los temores.
Ferm. Y ¿quién le pone, señores,

A este gato el cascabel?
¿Quién le dice la verdad?
Per. A vos os toca.
Ferm. A mi no.
Cárl. Yo no lo digo.
Col. Ni yo.
Ferm. Don Pedro, hablad.
Cárl. Padre, hablad.
Ferm. Habla tú.
Cárl. ¿Quién esto vió?
Los hijos deben callar.
Sev. Con que ¿nadie quiere hablar?
Tom. Si no quieren lo haré yo.
Ignoro si me asegura
Mi sexo la impunidad;
Pero sabed la verdad
Aunque arriesgue mi ventura.
Señor don Severo, si
De alguno os podeis quejar,
No teneis que titubear,
Pues debe de ser de mí.
Y en prueba, deciros quiero,
Aunque á Flora hayais querido,
Que Flora es nombre fingido,
Y Tomasa el verdadero.
Sev. Señora, ¿vos sois Tomasa?
Tom. Si señor, de mala gana.
Sev. ¿Y sois de Cárlos hermana?
Tom. No tiene otra hermana en casa.
Sev. Luego ha sido fingimiento
Su pasion, vuestro desvío,
Sus zelos y el desafío.
Tom. No hay duda: todo fué cuento.
Sev. ¿Y qué causa provocó
Tal enredo?
Tom. Vuestra fama.
Sev. ¿Mi fama?
Tom. Si, que una dama
Siempre un marido temió
Con la rara cualidad
De perfecto en demasía,
Que un necio solo confia
En la agena necedad.
Sev. Luego quisisteis que yo
Desatinos cometiera.
Tom. Y quisimos bien, pues era
El camino que se halló
Para haceros conocer
El valor de la indulgencia.
Sev. ¡Tan bella y con tal prudencia!
Tom. Siempre es bueno preveer.
Sev. La leccion es harto dura.
Tom. ¿Cuándo es blanda una leccion?
Sev. ¿Quién á tal conjuracion
Resistiera? la hermosura,
La amistad y la esperiencia
Se reunieron en mi daño;
Por lo mismo no es estraño
Sucumbiera mi inocencia.
Tom. Aquestas conjuraciones
Solo os pueden enseñar:
Temed las que han de formar
Muy pronto vuestras pasiones.
Estas son, sin duda alguna,
Las que mas debeis temer,
Y si las lograis vencer,
Bendecid vuestra fortuna;
Sin que por eso, señor,
Insulteis al que es vencido,
Pues él hubiera querido
Ser, como vos, vencedor.
Sev. Conozco, señora mia,
Vuestra razon, y la aprecio
De tal modo, que en desprecio
De mi orgullo, quiero un dia
Ser de todos conocido
Por tolerante y prudente,
Que es lo mismo que indulgente.
Tom. ¿De veras?
Sev. Nunca he mentido.
Tom. Entonces esta es mi mano,
Si es que mi padre lo aprueba.
Ferm. Dios os bendiga y os llueva
Mas hijos que en el verano
Hay chinches. Pero, Severo,
No olvides esta leccion,
Que siempre los buenos son
A perdonar los primeros.
Sev. ¡Olvidar esta leccion!
¡Jesus, señor, que demencia!
Y en prueba de mi indulgencia
Obtendreis vuestro perdon.
Ferm. ¿Qué dices? ¡oh que delirio!
¡Perdon yo! ¿de qué ó por qué?
Sev. Porque vuestra casa fué
Donde he sufrido el martirio
De una burla asaz pesada,
Siendo los actores de ella
Un anciano, una doncella
Con ínsulas de casada,
Un juez, y en fin, un amigo
A quien conocí en su infancia;
Confesad, pues, que en sustancia
Os escedisteis conmigo:
Y pues por distintos modos
Todos, don Fermin, lo erramos,
Bueno será que pidamos
Indulgencia para todos.

DON MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

Don Manuel Breton de los Herreros, el mas fecundo y popular de nuestros poetas dramáticos contemporáneos, nació en la villa de Quel, provincia de Logroño, en diciembre de 1800. Hizo sus primeros estudios en Madrid bajo la direccion de los PP. Escolapios de san Antonio abad y sirvió despues en el ejército en calidad de voluntario distinguido desde 1814 hasta 1822. Colocado entonces en el ramo de hacienda, y encargado de la secretaría de la intendencia de Játiva y luego de la de Valencia, defendió en la tribuna y con las armas en la mano la causa de la libertad hasta en sus últimos atrincheramientos. Retirado al seno de su familia desde la restauracion del gobierno absoluto, vivió el señor Breton consagrado al culto de las musas y mas particularmente al estudio y práctica de la literatura dramática, dando ejemplo de aplicacion y laboriosidad, no obstante el rigor de la censura y lo aciago de aquella década.

En 1824 dió á la escena su primera obra dramática, la comedia en tres actos titulada *A la vejez, viruelas*, que habia compuesto á los 17 años de edad, y cuyo éxito tan feliz como merecido le animó á seguir escribiendo para el teatro, con una constancia y sobre todo con una fecundidad que raya en los límites de lo maravilloso. Y en efecto, si hubieramos de enumerar todas las composiciones dramáticas con que ha enriquecido nuestra escena desde aquella época hasta nuestros dias, seria menester citar los títulos de *ciento treinta* por lo menos, entre obras originales, refundiciones del teatro antiguo y traducciones del italiano y frances, mas ó menos libres.

Las que mas celebridad le han dado son: la ya citada, *A la vejez, viruelas*: — *Los dos sobrinos*: — *El ingenuo*: — *A Madrid me vuelvo*: — *La falsa ilustracion*: — *Marcela* ó *¿A cuál de los tres?* — *Un tercero en discordia*: — *Un novio para la niña*, ó *La casa de huéspedes*: — *El hombre gordo*: — *Todo es farsa en este mundo*: — *Me voy de Madrid*: — *Muérete ¡y verás!...*: — *Una de tantas*: — *Ella es él*: — la tragedia de *Mérope*, y los dramas de *Elena* y *don Fernando el emplazado*. Entre sus traducciones la mas notable que recordamos es la que hizo de *Los hijos de Eduardo* de M. Casimiro Delavigne, traduccion que tiene todo el mérito de una composicion original.

En 1831 publicó un tomo de poesías sueltas y en diferentes épocas sus célebradas sátiras contra el *Furor filarmónico*: — *En defensa de las mugeres*: — *Contra los vicios introducidos en la declamacion teatral*: — *El carnaval*: — *Contra la mania de escribir para el público*: y *Contra la hipocresía*, sin contar otros opúsculos menos conocidos, y un sin número de artículos de literatura y de costumbres, letrillas y composiciones sueltas publicadas en diferentes periódicos, mereciendo particular mencion la serie de letrillas políticas que dió á luz en el periódico la *Abeja*.

El señor Breton es bibliotecario de la Nacional de Madrid, é individuo de la Academia Española.

MUÉRETE ¡Y VERAS!...

PERSONAS.

ISABEL.	UN BARBERO.
JACINTA.	UN NOTARIO.
DON PABLO.	RAMON.
DON FROILAN.	UN CIEGO.
DON ELIAS.	UNA CIEGA.
DON MATIAS.	GUARDIAS NACIONALES.
DON ANTONIO.	HOMBRES Y MUGERES DE DUELO.
DON LUPERCIO.	DAMAS Y CABALLEROS CONVIDADOS.
DON MARIANO.	PUEBLO.

La escena es en Zaragoza.

ACTO PRIMERO.

LA DESPEDIDA.

Calle. Un café en el foro con puerta vidriera.

ESCENA PRIMERA.

(*Durante esta escena atraviesan de un lado al otro del teatro algunos milicianos nacionales equipados como de camino, y gentes del pueblo que se supone van á ver salir la tropa.*)

DON ANTONIO, DON LUPERCIO, DON MARIANO, SALIENDO DEL CAFÉ.

Ant. Salgamos, Lupercio, á ver
Lo que pasa por la calle.
Lup. Ya transita poca gente.
Mar. Como por aquí no sale
La columna...
Lup. Quiera Dios
Que á los facciosos alcancen
Y los destruyan.
Ant. ¿Qué fuerza
Va á marchar?
Lup. Dos mil infantes
Y ciento veinte caballos.
Mar. ¿Cuántos son los nacionales
Movilizados?
Lup. Mil hombres
Que en vivos deseos arden
De purgar el noble suelo
Aragonés de esa infame
Canalla.
Mar. Vamos al Coso,
Que ya es regular que marchen
En breve.
Ant. No tengas prisa.
Cuando están los oficiales
Tan despacio en el café...
Lup. Sí. Ahí quedan don Pedro Yagüe
Y don Matías Calanda;
Pero este es un botarate
Que cuando está en una broma
No oye cajas ni timbales,
Y don Pablo embelesado
En los ojos de su amable
Jacinta...
Ant. Pues malas lenguas
Dicen que el otro compadre
Gusta tambien de la niña,
Y si puede desbancarle...
Lup. Por ahora es el preferido
Don Pablo. Mas adelante,
No diré... Porque en mugeres
No hay que fiar, y el carácter
De Jacinta es en mi juicio
Mas veleidoso que el aire.
Mar. Sin embargo, tiene mil
Apasionados, y nadie
Piensa en Isabel, su hermana,
Aunque yo creo que vale
Mucho mas.
Ant. Mal gusto tienes.
Ella podrá ser un ángel,
Mas tan callada...
Mar. Es modestia.
Ant. Soseria. Aquel donaire
De Jacinta, aquel mirar,
Aquel despejo, aquel talle...
Mar. No es menos bella Isabel,
Pero desconoce el arte
De coquetear y fingir.
Si yo hubiera de casarme
Con alguna de las dos...
Ant. Eh, no digas disparates.
Lup. Filósofo estas, Mariano.
Ant. Perdió anoche dos mil reales
Al ecarté, y no me admiro...
Mar. No reprobará el enlace
De su hermana don Froilan,
Pues sufre que la acompañe
Don Pablo, y la dé convites...
Lup. Como en ellos tenga parte,
No haya miedo que por eso
Se incomode. Es el mas grande
Egoista...
Ant. En un amigo,
Y no debo criticarle;
Mas por no mover un brazo
Morir dejára á su padre
Si lo tuviera.
Lup. Y en todo
Ve peligros y desastres.
¡Qué agorero! Otra campana
De Velilla.
Ant. Eso lo hace
Para escusar su egoismo.
Ya se ve, cuando á los males
No hay remedio, es escusado
Que los médicos se cansen.
Mar. ¡Antonio! Ten caridad.
Y nosotros, pascantes
Y ociosos de profesion,
¡Qué hacemos en este valle
De lágrimas?
Ant. ¡Eh!... Nosotros,

Aunque somos holgazanes,
Servimos de algo en el mundo.
Acreditamos á un sastre,
Alegramos las tertulias,
Sostenemos los villares,
Y brindamos en la fonda
Por las patrias libertades.
Lup. A propósito. Estarán
Almorzando hasta la tarde?
Pero ya sale don Pablo.

ESCENA II.

Los mismos, DON PABLO con uniforme de teniente de nacionales movilizados.

Pab. (Ese usurero bergante
No parece, y necesito
Que me preste para el viaje
Diez onzas. Estos tal vez
Me dirán...) ¿Ustedes saben
Dónde pára don Elías?
Mar. No.
Lup. No sé.
Pab. Voy á buscarle.

ESCENA III.

DON ANTONIO, DON LUPERCIO, DON MARIANO.

Ant. Ya anda en busca de usureros.
Mar. Ya se ve, tanto gastar...
Lup. Ese hombre se va á arruinar.
Ant. Le vamos á ver en cueros.
Mar. Su patrimonio es crecido.
Lup. Su vanidad es mayor.
Ant. Libertino...
Lup. Jugador...
Mar. Disipado...
Ant. Corrompido.
¿Veis el ardor con que pinta
La pasion que le sujeta?
Pues que me lleve pateta
Si se casa con Jacinta.
Lup. Yo sé que tiene otra moza.
Mar. Sí; la viuda de Quirós.
Ant. Pues se olvida de las dos
Al salir de Zaragoza.
Lup. Con la seduccion y el dolo
Otras hallará al momento.
Mar. Presume tener talento...
Ant. Es un ignorante, un bolo.
Lup. Aunque atusando el bigote
Se tiene por muy galan,
Me parece á mí un gañan.
Ant. Y á mí un Judas Iscariote.

ESCENA IV.

Los mismos, DON FROILAN.

Froil. ¿Todavía por aquí,
Caballeros?
Ant. ¡Don Froilan!
Froil. ¿No van ustedes á ver
La columna desfilar?
Lup. Eso pensamos. Supongo
Que tambien usted irá
Con las niñas...
Froil. No por cierto.
Hoy tengo un esplin mortal.
Estoy malo. Hace mal dia.
Mar. ¡Hombre, si hace un sol que da
Regocijo!
Froil. Sin embargo,
El viento se va á mudar...
Y yo tengo para mí
Que esta tarde nevará.
Ant. El calendario de usted,
Amigo, es siempre fatal.
Froil. Nevará. ¡Pobre milicia!
¡Qué trabajos va á pasar!
Ant. Mucho sentirá don Pablo
Marcharse de la ciudad
Dejándose aquí á la bella
Jacinta. Dicen que ya
Se trataba de la boda.
Froil. Sí; pero buenos están
Los tiempos para casorios!
Yo no quiero contrariar
El gusto de mis hermanas;
Pero pronostico mal
De ese casamiento.
Lup. ¡Cómo!
¿No iban con gusto al altar
Ambos contrayentes?
Froil. Mucho;
Mas si la fatalidad
Hiciera... Anoche Jacinta
Vertió en la mesa la sal
Nombrando á don Pablo.
Mar. Y eso
Qué puede significar...
Froil. Es mal agüero. Ese viaje
Inesperado es quizá
Otro aviso de los cielos...
Piensa mal y acertarás,
Dice el refran.
Ant. Si es funesta
Esa coyunda nupcial,
¿Porqué no interpone usted
Su fraterna autoridad

Para que no se efectúe?
Froil. No, amigo; no haré yo tal.
Las voluntades son libres;
Las chicas tienen ya edad
Para saber lo que se hacen.
Mi individuo y nada mas.
Yo sé que puedo vivir
Sin una cara mitad.
Si ellas piensan de otro modo,
Si ellas se quieren casar,
Para ellas será la dicha
O la pena: me es igual.
Ellas comen de su dote...
Ni me quitan, ni me dan.
Ant. Vaya, que es filosofía
La de usted... original!
(*Sigue hablando con los ociosos don Froilan.*)

ESCENA V.

LOS MISMOS, JACINTA, ISABEL Y DON MATIAS CON UNIFORME DE SUBTENIENTE DE MILICIA MOVILIZADA.

Jac. Cómo! Aun no viene don Pablo!
Mat. No tardará. Aquí en la puerta
Estarémos mas alerta...
(*A un mozo que llega á la puerta.*)
¡Hola! Mozo!... ¿Con quién hablo?
Trae sillas aquí: al momento.
Isab. (Dios mio, ¡vela por él!)
(*Trae sillas el mozo, y se sientan don Matías y Jacinta.*)
Jac. ¿No te sientas, Isabel?
Isab. Sí... me sentaré... (¡O tormento!)
(*Se sienta.*)
Mat. Mil veces afortunado
(*Don Matías y Jacinta hablan en voz baja.*)
Mi cautivo corazon
Si fuese yo la ocasion
De ese amoroso cuidado.
Jac. Vamos, deje usté esa chanza.
Mat. Chanza cuando gimo y ardo,
Y tengo en el pecho un dardo...
He dicho poco. ¡Una lanza!
Aun ese desden fatal
Amára yo con delirio
Si no viese mi martirio
En la dicha de un rival.
Isab. (¡Qué desgraciada nací!)
Jac. ¡Qué temeraria porfía!
Mi voluntad ya no es mía.
¿Qué pretende usted de mí?
Mat. O tan divina beldad
No estrechen brazos agenos,
O vuélvame usted al menos
Mi perdida libertad.
Jac. Si basta decirlo yo,
Libre es usted desde ahora;
Libre y sin costas.
Mat. ¡Traidora!
¿Te burlas de mí?
Jac. Yo no.
Mat. Si otro consuelo no halla
El afan que me atormenta,
Me hago dar muerte sangrienta
En la primera batalla.
¡Qué temeraria virtud!
Jac. ¿Con que usted quiere un favor?...
Bien. Portarse con honor,
Buen viaje y mucha salud.
Mat. Eso se dice á cualquiera.
Jac. Mas no como yo lo digo.
Le amo á usted... como á un amigo.
Mat. ¿Porqué no de otra manera?
Jac. Porque estoy comprometida
Y así la suerte lo quiso.
Mat. ¿Y á no mediar compromiso?
Jac. Entonces...
Isab. (¡Fatal partida!)
Jac. Me apura usted demasiado.
Eso es ponerme en un potro.
Mat. Si no amára usted á otro...
Jac. Usted seria el amado.
Mat. Ya que victoria no cante,
Aunque la razon me sobre,
No es malo que aspire un pobre
A la primera vacante.
Jac. Basta. Merece castigo
Quien á la dama echa flores
De su amigo.
Mat. Hija, en amores
No hay amigo para amigo.
Jac. Pues de camarada fiel
Se la echa usted.
Mat. Estoy loco.
Anímeme usted un poco,
Y hoy mismo riño con él.
Jac. Busque usted mas alta gloria
Combatiendo al vandalismo,
Y vénzase usté á sí mismo,
Que es la mas noble victoria.
Mat. ¡Amonestacion discreta!
Mas quien mira esos encantos...
Jac. Déjeme usted con mil santos.
Yo no quiero ser coqueta.
Mat. Cruel...
Jac. (Lástima me da,
Mas el deber... ¡Y es buen chico!)
Mat. Tus ojos...

Jac. Calle usté el pico,
Que viene Pablo.
Isab. (¡Allí está!)
(*Se levantan viendo venir á don Pablo, y reparando en las damas los otros interlocutores se incorporan con ellas.*)

ESCENA VI.

Los mismos, DON PABLO, DON ELIAS.

Pab. Me vienen perfectamente
Los tres mil reales y pico,
Y con la vida y el alma
Quedo á usted agradecido.
Jac. (Mi Pablo... No, no es posible
Que yo ponga mi cariño
En otro hombre).
Elías. El interes
Es muy corto. Un veinticinco
Por ciento...
Pab. Sí; en cuatro meses...
No me parece escesivo.
Elías. Ser servicial y económico
Son mis dotes favoritos.
Sin lo segundo no hiciera
Lo primero. Economizo,
Y de esta manera puedo
Ser útil á mis amigos.
Pab. ¡Bien! Lo esplica usted á modo
De charada ó logogrifo.
Elías. No tomará usted á mal
Que estendamos un recibo...
Pab. Sí, sí; que somos mortales.
Elías. No es decir que desconfio...
Ahí en el café lo pongo
En dos plumadas...
Pab. Lo firmo,
Y estamos del otro lado.
(*Se reune con los demas interlocutores. Don Elías va á entrar en el café, y á la puerta le detiene don Antonio.*)
Cierto negocio preciso
Ha motivado mi ausencia...
Elías. Tengo prisa.
Ant. Necesito...
(*Siguen hablando los dos en voz baja.*)
Pab. Ahora soy todo de ustedes
Hasta ponerme en camino.
Isab. (Le quiero mas que á mi vida,
Y me parece delito
El mirarle!)
Elías. Ya hablarémos.
Ya sabe usted donde vivo...
(¡Cuando el otro va á partir
Me detiene este maldito!)
Ant. La hipoteca es abonada.
Elías. Bien, si...
Ant. Corrientes los títulos...
Si hoy no me socorre usted
Mañana me pego un tiro.
Elías. (No hay quién te lo pegue ahora!)
(*Con un pié dentro del café.*)
Verémos...
Ant. Pero...
Elías. Lo dicho.
(*Se entra en el café.*)
Lup. Vamos á ver la columna.
(*A don Antonio y á don Mariano.*)
¿Qué hacemos en este sitio?
Ant. Sí; vámonos. Señoritas,
A los piés de ustedes. Chicos,
¡Buen viaje!
Mat. ¡Abur!
Jac. Beso á ustedes
La mano.
(*Don Pablo está muy entretenido hablando con Jacinta desde que se acercó al corro.*)
Pab. A Dios...
Lup. Si servimos
De algo...
Mar. Que escribais...
Froil. Señores...
¡Gracias á Dios que se han ido!

ESCENA VII.

JACINTA, ISABEL, DON PABLO, DON MATIAS, DON FROILAN.

Mat. (Ellos en dulce coloquio
Y yo aquí siendo testigo...
Me largo con viento fresco,
Que es cruel este suplicio.)
La columna va á marchar
Y yo no me he despedido
De mi familia. ¡Madamas,
Hasta la vuelta!
Froil. Repito...
Isab. Buen viaje.
Jac. Abur, don Matías.
Mat. (¡Ah! voy hecho un basilisco.
Vosotros lo pagareis,
Soldados de Cárlos quinto.)

ESCENA VIII.

ISABEL, JACINTA, DON PABLO, DON FROILAN, luego DON ELIAS, y siguen hablando aparte DON PABLO y JACINTA.

Isab. (¡Qué felices son! Y yo...

¡Suerte infeliz, suerte amarga
La de una muger! Mis labios
Sella la vergüenza. El alma
Se me arranca, y yo no puedo
Decir: ¡ese hombre me mata!)
(*Se sienta aflígida.*)
Froil. Despacio la toman. ¡Mozo!
(*A la puerta del café.*)
La gaceta. Nunca acaban
De hablar los enamorados.
(*El mozo le trae la gaceta, se sienta y la lee. Sale don Elías del café con el recibo en la mano.*)
Elías. ¿No es droga que en estas casas
Nunca ha de haber un tintero
Corriente? Ya solo falta
(*Acercándose con el recibo en la mano á don Pablo, que entretenido con Jacinta no le ve.*)
Que firme usted...
Jac. Sí; mi Pablo.
Mi corazon se desgarra
Al verte partir. Si el freno
Del pudor no me atajára,
Tan briosa como amante
Te siguiera á la campaña.
Ni el agua, ni el sol, ni el frio,
Ni privaciones, ni balas
Entibiarian mi ardor.
Quizá á manejar las armas
Aprenderia de tí,
Y con tu amor alentada
Lidaria defendiendo
La libertad sacrosanta;
Que tambien late en mis venas
La sangre zaragozana;
Y á ejemplo de las gloriosas
Heroínas que las águilas
En este suelo humillaron
De la usurpadora Francia,
Verter sabria mi sangre
En el altar de la patria.
Mas, ya que de este placer
Me privan leyes tiranas;
Ya que viva no te sigo,
Ya que el cielo nos separa,
He aquí mi retrato: toma, (*Se lo da.*)
Bien mio, y amor le haga
Escudo que te defienda
De las enemigas lanzas.
Isab. (¡Qué suplicio!)
Elías. Con permiso...
Pab. ¡O don precioso! Tú inflamas
(*Besando el retrato que guarda luego en el pecho.*)
Mi valor, que con la pena
De ausentarme desmayaba.
Ahora me siento capaz
De las mayores hazañas.
Isab. (¡Que no me muriera aquí!)
Elías. Con licencia de esa dama,
La firma...
Froil. ¡Ah, señor don Pablo!
(*Levantándose, y acercándose á don Pablo.*)
Elías. (¡Este lloron me faltaba!)
Froil. ¡Inútil valor! Inútil
Patriotismo! Está ya echada
La suerte. ¡Pobre nacion!
Volverá á gemir esclava.
El genio del mal persigue
A la miserable España.
Tanto afan, tantos tesoros,
Tanta sangre derramada
¿De qué han servido? La hidra
De la rebelion levanta
Sus cien cabezas. El cielo
Nos abandona... ¡No hay patria!
Elías. Mientras don Froilan parodia
(*A don Pablo.*)
La tragedia de Quintana,
Firme usted...
Pab. Mucho me admiran,
Don Froilan, esas palabras
En boca de un español,
De quien liberal se llama.
Cuando humillada en Bilbao
Toca á su fin la malvada
Faccion carlista, ¿habla usted
De hidras y de desgracias?
Froil. Ya verá usted...
Pab. Ese cuadro
Es el parto de una amarga
Misantropía... No quiero
Atribuirle otra causa.
Mas yo supongo que es fiel;
Que mil desastres amagan
Al estado; que peligra
La libertad. ¿Por ser ardua
La lid debemos acaso
Abandonar la demanda?
¿Ha de faltarnos el brio
Primero que la esperanza?
¿Doblarémos la cerviz
Antes de probar la espada?
Sacrificios; no clamores,
Teson, virtudes; no lágrimas
La nacion pide á sus hijos.
¿Cuál es mas pesada carga,
El fusil ó la cadena?
Con declamaciones vanas
No se desarma al contrario.

Si hoy se pierde una batalla,
No se recobra el honor
Sino venciendo mañana.
Jac. ¡ Bien dicho !
Isab. (¿ Y no le he de amar ?)
Elías. El recibito...
Froil. La llaga
Es muy profunda, don Pablo.
Nuestras discordias infaustas
Nos llevan al precipicio.
Las pasiones enconadas
Nos ciegan : los pueblos gimen ;
No hay dinero ; esto no marcha ;
No vamos todos á un fin ;
Los partidos...
Pab. Así hablan
El egoismo y el miedo.
En las tristes circunstancias
Se acrisola el patriotismo ;
Y el que noble tiene el alma
No se deja dominar
De miras interesadas,
Ni de ocultas influencias,
Ni de pasiones bastardas.
En tierra por tanto tiempo
Con las lágrimas regada
De mísera esclavitud,
Fácilmente no se planta
El árbol de libertad.
Donde un hombre solo manda,
Y los demas obedecen
Sumisos, ciegos, es llana
La ciencia de gobernar ;
Pero es forzoso que haya
Encontradas opiniones
En un pueblo que trabaja
Por regenerarse. ¡ Y qué !
Porque tengamos en casa
Disputas, ¿ olvidarémos
A la faccion de Navarra ?
¿ No hay un comun enemigo
A quien osado combata
Quien blasone de patriota ?
Hoy argüir en la plaza,
Lidiar mañana en el campo ;
Hoy en el cuerpo de guardia,
Y mañana en la tribuna ;
Hoy votar que haya dos cámaras,
Mañana andar á balazos
Para no quedar sin nada ;
Hoy escribir un artículo
Contra el ministro que no anda
Derecho, y mañana dar
Un buen susto á Sopelana.
¿ Es esto acaso imposible ?
En el establo regañan
Los alanos entre sí,
Mas contra el lobo se lanzan
Siempre que le ven hambriento
Perseguir á la manada.
Senado y pueblo romano
En el foro se acosaban,
Pero solo al enemigo
Era funesta su saña.
Deponga el buen español
Sus rencillas ante el ara
De la hermosa libertad ;
Y pues á todos aguarda,
Moderados y exaltados.
Servidumbre, muerte, infamia
Si ciñe Cárlos un dia
La diadema soberana,
Acuda animoso adonde
La voz del honor le llama,
Y mientras una bandera
Liberal se alce en España,
Ella á combatir le guie
Contra la servil canalla.
Elías. Y el que diga lo contrario
Es un pancista, es un mandria.
Don Pablo es buen caballero,
Y así maneja la espada
Como la pluma. A propósito :
¿ Quiere usté hacerme la gracia
De firmar... ?
Pab. Ah ! Sí. El recibo...
(*Va á entrar en el café, y le detiene don Froilan.*)
Vamos...
Froil. Nadie me aventaja
En patrio amor ; mas al ver
Tantos errores y tantas
Calamidades confieso
Que mi corazon desmaya.
¡ Ay don Pablo ! Rara vez
Mis presentimientos fallan.
El yerro mayor de Troya
Fué no escuchar á Casandra.
Crea usted á un fiel amigo.
No salga usted á campaña.
Jac. ¿ Porqué ?
Pab. ¡ Es honroso el consejo !
Isab. (¡ Si pudiera hablar !)
Froil. La baja
De un hombre, sea quien fuere,
No es tan grave importancia...
Quédese usté en Zaragoza.
Pab. ¡ Bravo ! Si esa cuenta echára
Cada cual, pronto estaríamos
En una paz octaviana.
Froil. ¡ Mire usted que ya en el cielo
Leyendo estoy una página

Sangrienta! Ya en mis oidos
Está silbando la bala
Homicida! Ay infeliz!
En vez de bélica palma,
Tu generoso ardimiento
Va á buscar... ¡una mortaja!
Isab. (¡Maldita tu boca sea!)
Jac. Ah! ¿Qué estás diciendo? Calla.
¿Porqué afligirnos así?
¡Qué idea...!
Pab. Ba! Es una chanza.
Si yo creyese en agüeros
Seria un poco pesada.
Pero, en fin, morir lidiando
Por la mejor de las causas
Es muerte gloriosa.
Jac. ¡Ah! No.
Dios oirá mis plegarias...
Pab. Solo por tí lo sintiera.
Por lo demas, no me espanta
La muerte á mí. Y casi, casi,
Muriera de buena gana
Solo por dar un petardo
A mis acreedores
Elias. ¡Cáscaras!
Jac. Vamos, deja ya esa broma.
Elias. (¡Ah! Si no firma y le matan...)
Vamos, don Pablo. Esa firma...
Pab. Vamos...
(*Tocan dentro llamada y tropa. Isabel se levanta.*)
Froil. ¡Ya suenan las cajas!
Jac. ¡O pena!
Isab. (¡Amargo momento!)
Elias. (Voto á!..) Si usted me firmára...
Pab. ¡A Dios, bien del alma mia!
(*Abrazando á Jacinta.*)
La ausencia no será larga.
¿Serás fiel?
Jac. Hasta la tumba.
¡Oh! Poco he dicho. La llama
Que abrasa mi corazon
Ni en el sepulcro se apaga.
Elias. (Los momentos son preciosos.
Traeré el tintero...) ¡Despacha!
(*A un mozo desde la puerta del café.*)
¡Un tintero! (Por el gusto
De que yo me ahorque de rabia
Se hará matar.)
Pab. En tus ojos
Prisionera dejo el alma.
Jac. ¡A Dios!... ¡La pena me ahoga!
(*Solloza.*)
Mi corazon te idolatra
Mas de lo que yo creia.
Si mi desventura es tanta
Que por la postrera vez
Tu Jacinta fiel te abraza,
¡Ay! te seguiré muy pronto
A la tumba solitaria.
A Dios!
Pab. A Dios!
(*Desprendiéndose de sus brazos.*)
Froil. ¡Caro amigo!
(*Abrazando á don Pablo.*)
Elias. (No me dejan meter baza
(*Con el papel en una mano y el tintero en la otra.*)
El amor y la amistad).
Froil. ¡A Dios! La lengua me embarga
El sentimiento...
Pab. ¡Qué llantos!...
(*Volviendo á Jacinta, que llora.*)
Aunque me fuese á la Habana...
Ea, á Dios... No mas... (*Yéndose*). A Dios...
Isab. (Y á mí no me dice nada!)
(*Con amargura y llorando.*)
Elias. Don Pablo!... Señor don Pablo!...
Pab. ¡Pobre Isabel!... Me olvidaba...
Venga un abrazo. (*La abraza.*)
Isab. (¡Ah, Dios mio!)
(*Estremecida de gozo.*)
Pab. Case usted á esta muchacha,
Don Froilan. Está tan triste...
A Dios. Cuídame á tu hermana.
Isab. (¡Infeliz!...) Así lo haré.
Elias. Antes de romper la marcha...
(*Viendo don Pablo que don Elias se dirige á él con los brazos abiertos, le estrecha en los suyos, y ruedan por tierra papel y tintero.*)
Pab. Sí. ¡A Dios, á Dios, don Elias!
Elias. (En vez de firmar me abraza...
¡A Dios, tintero! El papel...)
Jac. ¡Pablo!
Pab. ¡Jacinta!
(*Le da el último abrazo, y vase corriendo.*)
Elias. Mal haya...
(*Buscando la pluma despues de haber recogido el tintero.*)
¡Don Pablito!.. ¡Echale un galgo!
¡Don Pablo!.. ¿Ya quién le alcanza?
(*Arroja enfadado el tintero.*)

ESCENA IX.

LOS MISMOS, MENOS DON PABLO.

Jac. Vamos á verle marchar...
Froil. No. La gente... Los caballos...
¡Eh! ya no es tiempo... Y los callos
Que no me dejan andar...

¡Esta noche gran escarcha!
Elías. (¡Ahí es un grano de anís!
¡Diez onzas!)
Jac. Vamos...
(*Una música militar toca marcha á lo lejos.*)
Froil. ¿Ois?
Partió. Ya suena la marcha
Jac. ¡No podré vivir sin él!
Elías. ¡Líbertale de un balazo,
Vírgen del Pilar!
Froil. El brazo,
(*Da el brazo á Jacinta.*)
Y á casa. Usted á Isabel.
(*Don Elías da el brazo á Isabel.*)
Elías. Con mucho gusto. (¡Qué bella!
Esto alivia mi dolor.
A estar de mejor humor
Hoy me declaraba á ella.)
Froil. ¿Qué hace usted tan pensativo?
Ande usted.
Jac. ¡Qué desconsuelo!
Isab. (Me ha dado un abrazo. ¡O cielo!)
Elías. (¡No me ha firmado el recibo!)

ACTO SEGUNDO.

LA MUERTE.

ESCENA PRIMERA.

Sala en la casa de don Froilan. A la derecha del actor la puerta que conduce á la de la escalera; á la izquierda otra que guia á las habitaciones interiores, y otra en el foro con vidriera y cortinas. Muebles decentes, y entre ellos una mesa con escribanía.

ISABEL, SENTADA JUNTO A UN VELADOR DONDE HABRA VARIOS PERIÓDICOS, Y ACABANDO DE LEER UNO.

Ni cartas confidenciales,
Ni partes, ni conjeturas
Siquiera... Desde que entró
La brigada en Cataluña
No ha vuelto á saberse de ella.
¡Qué suerte será la suya!
No escribir en tantos dias
Don Pablo... ¡Mortal angustia!
¿Habrán sido derrotados
Por esas hordas inmundas
Nuestros valientes? Tal vez
Alguna emboscada, alguna
Sorpresa... Pero muy pronto
Las malas nuevas circulan.
Parciales y confidentes
Tiene la rebelde turba
Donde quiera, y cuando callan
Es seguro que no triunfan.
Esta reflexion me vuelve
La esperanza. Sí, me anuncia
El corazon...

ESCENA II.

ISABEL, DON FROILAN.

Froil. ¡Hola! cómo
Te aplicas á la lectura
Estos dias! ¿tambien tú
Te aficionas como muchas
A las cuestiones políticas
Mas que á la plancha y la aguja?
Isab. A todos nos interesa
Saber quién vence en la lucha
Funesta que nos divide.
Froil. Eso ya no admite duda;
Al fin cantarán victoria
Don Cárlos y la cogulla.
Ya todo esfuerzo es inútil.
Nuestro mal no tiene cura.
La libertad es aquí
Planta exótica, infecunda.
La sociedad se desquicia,
Y la patria se derrumba.
Isab. (*entre dientes*). Si como tú se
En el surco... [echan todos
Froil. ¿Qué murmuras?
Yo soy un buen ciudadano;
Yo siento que la fortuna
Nos vuelva la espalda, y son
Mis intenciones muy puras;
Pero, en fin, estaba escrito
Allá arriba, y es locura...
Repasaré esos periódicos
Sin embargo. Ni disputas
Políticas, ni noticias
Busco en ellos: son absurdas
Comunmente las primeras
Y fatales las segundas;
Pero en tanto que me sirven
El desayuno, me gusta
Recrearme con un trozo
De amena literatura,
Descifrar una charada,
Reirme con una pulla...
Así me distraigo un poco,

Y las lágrimas se enjugan
Que á mi corazon arrancan
Las calamidades públicas!
(Se iba con los papeles, y vuelve.)
¡Ah! ¿Viene aquí alguna nueva
De nuestra marcial columna?
Isab. ¡Nada!
Froil. ¡Pues! Lo que yo digo!
Pereció! Todo se frustra!
Habrán caido en poder
De esa maldecida chusma.
La falta de direccion...
Alguna mano perjura
Sin duda los hizo presa
De *Tristany ó Camas-Cruas.*
¡Qué dolor de juventud!
La flor de Césaraugusta...
¡O amigo! Soy con usted.
(A don Elías que entra.)
¡Qué horror!... El almuerzo, Bruna.
(Yéndose.)

ESCENA III.

ISABEL, DON ELIAS.

Isab. (¡Ay desgraciada! Su triste
Presagio me hace temblar.)
Elías. (Yo la voy á declarar
Mi amor... y *laus tibi, Christe.*)
Para un asunto de urgencia,
Que diré en lenguaje esplícito,
Concédame usted, si es lícito,
Cuatro minutos de audiencia.
Yo la amo á usted. Mas conciso
Ningun amante seria,
Y es que entra en mi economía
No hablar mas de lo preciso.
En paz y en gracia de Dios
Que hemos de vivir entiendo;
Y no es maravilla, siendo
Capitalistas los dos.
Mi caudal es la salud,
El dinero y la alegría;
Y el de usted, señora mia,
La hermosura y la virtud.
(Paso en silencio su dote,
Que es lo que mas me acomoda.)
Ajustemos pues la boda,
Y casémonos á escote.
Mucho vale el ser hermosa:
Mi amor sea el testimonio;
Pero un rico patrimonio
Tambien vale alguna cosa.
No sé qué será peor
En este mundo embustero;
Si hermosura sin dinero,
O dinero sin amor;
Mas siempre que á lo segundo
Lo primero unido va,
Allí la ventura está;
O no hay ventura en el mundo.
Aunque en la ciudad se suena
Que soy dado á la avaricia,
Comer bien es mi delicia...
(Cuando como en casa agena.)
Ello sí, como está en moda,
La economía cursé,
Y á todo la aplicaré...
Menos al pan de la boda.
Poco avaro en fin soy yo
Cuando á casarme me allano.
¿Con que... acomoda mi mano?
Responda usted; sí, ó no.
Isab. Aunque debo celebrar
Con mas risa que sorpresa
El sumo donaire de esa
Declaracion singular,
Merece el que así me honró
Igual franqueza de mí.
No puedo decir que sí.
Elías. ¿Luego dice usted que no?
¡Cruel muger!
Isab. No. Sincera.
Elías. ¡Tal desvío á mi pasion!
¡Ah! ¿Tiene usted corazon?
Isab. ¡Ojalá no le tuviera!
Elías. Si no ha de ser para mí,
Si otro hombre le cautivó...
Isab. No puedo decir que no.
Elías. ¿Luego dice usted que sí?
¿Habrá fortuna mas perra?
¿Habrá muger mas ingrata?
Si dice que no, me mata;
Si dice que sí, me entierra.
Isab. ¡Ay, don Elías, que el cielo
Con mayor mal me atormenta!
Ese *no* que usted lamenta
Fuera para mí un consuelo.
Elías. ¡Cómo!...
Isab. Basta ya, si es chanza.
Si habla usted de veras...
Elías. Sí.
Oh!...
Isab. Yo no tengo, ¡ay de mí!
Ni puedo dar esperanza.
Con harta pena lo digo.
Elías. ¡Qué va á ser de mí, Isabel!
Isab. Sea usted mi amigo fiel...
Yo he menester un amigo.
Elías. Algo mas quise alcanzar;
Mas lo seré. (Y me conviene,

Porque al fin y al cabo tiene
Haciendas que administrar.)

ESCENA IV.

Los mismos, JACINTA.

Jac. ¡Oh, que está aquí don Elías!
Lo celebro mucho.
Elías. Siempre
A los piés de usted. ¿Qué tal,
Hay noticias del ausente?
Jac. Ninguna. Nada se sabe
Ni hay cartas, ni los papeles
Públicos me dan indicios
De si vive ó de si muere.
Elías. No es estraño que en la guerra
Los correos se intercepten;
Mas no tenga usted cuidado,
Porque la faccion rebelde
O no osará combatir
Con nuestra tropa valiente,
O pagará su osadía
Muy cara.
Jac. Pero tenerme
Sin saber de él tanto tiempo!
Si es cierto que bien me quiere,
Cómo no ha hallado camino
Para hablarme de su suerte,
De su amor... Su amor...! Jacinta
Ya tel vez no lo merece.
Quizá á los piés de otra dama
Ha puesto ya sus laureles.
Isab. No digas tal de don Pablo,
Pues ningun motivo tienes
Para dudar de su fe.
Jac. ¡Ah, que la ausencia es la muerte
Del amor! Los hombres...
Elías. Son
Pérfidos, inconsecuentes...
¡Hombres! Oh! Yo no los quiero...
Me gustan mas las mugeres.
Un ciego (*dentro gritando*). El suplimiento al Patriota aragonés que acaba de salir ahora nuevo, con noticias interesantes.
Isab. ¿Qué grita ese ciego? Oigamos...
Jac. Suplemento...
Isab. (Ay Dios! Si fuese...)
El ciego. Con la completa derrota de la faicion del Canónigo, por la colufna que salió de esta capital en su presecucion.
Isab. ¿Has oido...? Ah! don Elías...
Jac. ¡Qué gozo!
Isab. Corra usted, vuele...
Elías. El suplemento... Sí... Voy...
(Es chasco que se me peguen
Los cuartos...) No tengo suelto...
Isab. ¡O Dios mio!...
Jac. Aquí habrá.
(*Dándole el ridículo, del cual saca cuartos don Elías.*)
Elías. Nueve...
Diez... Hay bastante.
Jac. ¡Qué plomo!
Isab. ¡Vamos!
Elías. Si lo saco en siete... (*Yéndose.*)

ESCENA V.

JACINTA, ISABEL.

El ciego. El suplimiento al Patriota aragonés que ahora acaba de salir nuevo, con la derrota... ¿Quién llama?
Isab. Ya los afanes cesaron.
Nuestros milicianos vencen.
Pronto á los dulces hogares
Volverán... ¡Ah! Cuán alegre
Estoy...!
Jac. ¡Pablo de mi vida!
Vuelve á mis brazos. ¡Oh! vuelve
La dicha á mi corazon.

ESCENA VI.

Las mismas, DON ELIAS con un impreso.

Elías. ¡Victoria! Escuchen ustedes.
(*Lee*). « La columna espedicionaria de « Zaragoza ha dado un dia de gloria á la « nacion. La gavilla del malvado Canónigo « ha sido batida, destrozada á las inme- « diaciones de Gandesa. Así lo afirma de « oficio el alcalde constitucional de dicha « villa, y se espera de un momento á otro « el parte circunstanciado. Mientras llega « y lo publican las autoridades, no quere- « mos retardar á nuestros lectores tan fausta « noticia. Nuestros bizarros milicianos han « rivalizado en pericia y valor con las be- « neméritas tropas que han tenido parte « en la accion. ¡Viva la libertad! ¡Viva « Isabel II! »
Isab. ¡O cielo! Yo te bendigo.
Elías. Doy á usted mil parabienes,
Jacinta.
Jac. ¡Y Pablo no escribe!
Isab. Querrá tal vez sosprenderte...
Elías. Aquí viene don Froilan.
¡Qué cara de *miserere*!

ESCENA VII.

Los mismos, DON FROILAN.

Froil. Todo el barrio se alborota;
Los ciegos van dando gritos...
¿Qué anuncian esos malditos?
Sin duda, alguna derrota.
Jac. Derrota. Tienes razon.
Froil. ¿Lo veis? ¡O dias aciagos!
Isab. Mas quien llora sus estragos
Es la enemiga faccion.
Froil. Dirán que es suyo el reves,
Mas yo temo que en el lance...
Elias. ¡Oh...! Lea usted el alcance
Del Patriota aragonés.
(*Le da el impreso, y lo lee para si don Froilan.*)
Jac. En todo ve mal agüero.
Isab. En nada encuentra placer.
Elias. Corneja debia ser
Ese hombre, ó sepulturero.
Froil. Es muy vaga la noticia.
Es atrasada la fecha...
Si fué la faccion deshecha,
¿Qué se hizo nuestra milicia?
En la guerra hay mil azares;
Y, ademas, la exactitud
No siempre fué la virtud
De los partes militares.
Muchos planes y cautelas,
Y marchas y contramarchas,
Y tempestades y escarchas,
Y curvas y paralelas.
Mucho de causar zozobras
A las fuerzas enemigas;
De encarecer las fatigas,
De describir las maniobras;
Mucha recomendacion;
Mucho de Roma y Numancia;
¿Y qué nos dice en sustancia
El gefe de division?
Que anduvinos cuatro leguas;
Que el faccioso echó á correr
Dejando en nuestro poder
Una mochila y dos yeguas;
Que allí hubieran muerto muchos
De la gavilla perjura
A no ser la noche oscura
Y á no faltar los cartuchos;
Que el cabecilla vasallo
Huyó á tiempo de la quema
Y se salvó... por la estrema
Ligereza del caballo;
Que por falta de refuerzo
Deja el campo de batalla
Y va á esperar la vitualla
A Villafranca del Vierzo;
Que envian francas de portes
Diez cruces de San Fernando;
Y concluye suplicando
Al ministro y á las córtes
Que sin exigir recibo
Le traigan los maragatos
Seis mil pares de zapatos
Y un millon en efectivo.
Jac. Gefes hay que en tu pintura
Su historia acaso verán;
Pero no todos, Froilan,
Merecen esa censura.
Isab. Ver siempre males eternos
Es fatal filosofia.
Elias. Se previene por si un dia
Va á parar á los infiernos.

ESCENA VIII.

Los mismos, RAMON.

Ram. Esta carta para usted.
(*Da una carta á Jacinta.*)
Jac. ¡Es letra de don Matías!
¿Y don Pablo?... ¿No hay mas cartas?
Ram. No hay mas que esa, señorita.

ESCENA IX.

JACINTA, ISABEL, DON FROILAN, DON ELIAS.

Isab. ¡No escribir don Pablo! (¡O Dios!)
Froil. Eso me da mala espina.
Jac. ¡Qué ingratitud!
Elias. Abra usted
Pronto esa carta, Jacinta,
Y saldremos de inquietudes,
Y ahorrarémos profecías.
Jac. (*Abre la carta y lee*). « En el « mismo campo de batalla, cubierto de « cadáveres enemigos, me apresuro á par- « ticipar á usted la victoria de nuestras « armas. Los restos de la faccion huyen « dispersos y aterrados, y una parte de la « columna los persigue y acosa en todas « direcciones. Yo tambien parto ahora en « su seguimiento. La pérdida del enemigo « es grave, la nuestra muy corta: cuatro « soldados muertos y unos veinte heridos, « todos de tropa... »
Isab. (¡Ah! Respiro.)
Elias. (*A don Froilan*). ¿Lo ve usted?

Froil. Déjela usted que prosiga
Leyendo, y harto será
Que alguna mala noticia...
Jac. Lo demas son cumplimientos,
Memorias, galanterías...
¡'Es tan fino ese muchacho!
En el campo, entre las filas,
Rendido acaso del hambre,
De la sed, de la fatiga,
Me escribe tan obsequioso;
¡Y al que en la amarga partida
Me juró constancia eterna
No le merezco dos líneas!
Así son todos los hombres.
¡Necia la que en ellos fia!
Isab. No habrá podido escribir.
Elías. Muchas cartas se estravian...
Froil. Mi corazon es leal.
No en vano me lo decia.
Don Pablo es un aturdido.
Engolfado en la milicia,
Ya no se acuerda de tí.
Isab. (¡No tuviera yo esa dicha!)
Froil. Alguna linda patrona
En sus brazos le cautiva.
Isab. (¡Ay! ¡Eso no!)
Jac. ¡Quién creyera
Que su amor fuese mentira!
Una ciega. (*Dentro*). ¡El supimiento
al Boletin oficial!
¡El supimiento estraudinario!
Isab. ¿Habeis oido? Otro parte
Sin duda...
Elías. Será la misma
Relacion...
Jac. Manda á comprarlo,
Froilan.
Froil. Alguna engañifa...

ESCENA X.

Los PRECEDENTES, RAMON.

Ram. Aquí está el impreso.
Elías. Venga.
Ram. Parece que se confirma...
Froil. Bien está, sí. Ya sabemos
Leer. Vete á la cocina.

ESCENA XI.

Los MISMOS, MENOS RAMON.

Elías. (*Lee*). « Capitanía general de
« Aragon. Hago saber al público para su
« satisfaccion que los rebeldes han sido en
« efecto batidos completamente entre Mora
« y Gandesa por la valerosa columna de
« milicianos y tropa que salió últimamente
« de esta capital. Mientras se imprime
« y publica el parte circunstanciado, me
« complazco en asegurar á este heróico
« vecindario que nuestra pérdida solo ha
« consistido en seis hombres muertos, entre
« ellos un oficial, y diez y ocho heridos,
« ascendiendo la del enemigo á ciento
« veinte de los primeros, sobre trecientos
« de los segundos, y mas de quinientos
« prisioneros. ZARAGOZA, etc. »
Isab. ¡Ah! ¿Quién será ese oficial
Muerto? Será por desdicha...
Don Pablo?
Froil. ¡Pues! Si lo dije!
Jac. ¡Jesus, qué fatal mania
De presagiar infortunios!
Elías. Si alguno de la milicia
Hubiera muerto en la accion,
En su carta lo diria
Don Matías.
Jac. Cierto. Esa
Reflexion me tranquiliza.
Froil. Aun seguian nuestras tropas
A las huestes fugitivas
Cuando se escribió la carta;
Esto y el no haber noticias
De don Pablo hacen temer
Que alguna bala enemiga
Abrevió ¡desventurado!
La carrera de sus dias.
Isab. ¡Ah! Fundado es su temor!
Jac. Que lo tema y no lo diga.
Parece que se deleita
En afligir...
Elías. ¿Y no habia
Mas oficiales allí?
¿Qué razon nos autoriza
A suponer que entre tantos
Tocó á don Pablo la china?
Otro pudo ser el muerto;
Quizá el mismo que escribia
Tan gozoso...
Jac. ¡Oh! Sí. Quién sabe...
Dice en su carta que él iba
A marchar segunda vez
Contra la infame gavilla.
Froil. Pues bien; el uno ú el otro,
Ya no hay duda, han sido víctimas.
¡Tal vez entrambos! O guerra!
¡Guerra infausta, fratricida!
¡Pobres muchachos!... En fin,
Estaba escrito allá arriba!
No han de dar vida á los muertos
Nuestras lágrimas tardías.
Yo me voy á mis negocios.

*****

Esas cosas me contristan
Sobremanera. De hoy mas
Nadie me hable de política.
Soy sensible... ¡Eh! No lloreis...
(*A Jacinta é Isabel.*)
Dios guarde á usted, don Elías.

ESCENA XII.

ISABEL, JACINTA, DON ELIAS.

Elías. Maldita sea tu estampa,
Y otra vez sea maldita.
¿Porqué no lleva á una gruta
Su negra misantropía?
Malo está ese hombre. Yo creo
Que padece de ictericia.
Jac. (¡Mi Pablo! Será posible...
¡La prenda del alma mia!
¡Ah! Qué amargura! Y el otro...
El amable don Matías...
Lástima fuera por cierto...)
Elías. (Y ello,... si bien se examina...
No es temerario el pronóstico.
Lo cierto es que los carlistas
No tiran con algodon.
Broma pesada seria
Haberse muerto don Pablo
Dejándome á mi *per istam*
Sin cobrar aquella cuenta,
Y en circunstancias tan críticas!)
Isab. (Saber la verdad anhelo,...
Y tiemblo de descubrirla.)
Jac. (¡Tan bizarros y morir
En lo mejor de su vida!)
Elías. (Diez onzas me debe el uno
Y el otro solo una fina
Amistad. Si el uno de ellos
Espiró, vírgen santísima,
¡Que sea el vivo don Pablo
Y el difunto don Matías!)
Isab. (No quiero que nadie muera;
Quiero que don Pablo viva,
Aunque otra muger le goce,...
¡Y yo me muera de envidia!)
Mat. (*dentro*). ¿Dónde están?
Jac. ¡Qué oigo!
Isab. Esa voz...

ESCENA XIII.

LOS MISMOS, DON MATIAS.

Elías. ¡Amigo!
Isab. ¡Cielos!
Mat. ¡Jacinta!
Jac. ¡Bien venido el vencedor!
Isab. ¿Y don Pablo?
Jac. ¡Cuánto polvo!
Mat. Apenas hace una hora
Que llegué...
Isab. Pero...
Elías. Usted solo...
Mat. Solo. Yo he traido el parte
De nuestro triunfo glorioso.
En casa del general
Me han tenido hasta hacé poco;
He abrazado á mi familia,
Y sin quitarme este lodo
Vengo á saludar á ustedes.
Jac. ¿Y sabes que viene gordo,
Isabel? Pero don Pablo...
Isab. ¡Ah! ¿Qué es de él? Vive?
Mat. El destrozo
Del enemigo fué grande;
Pero los humanos gozos
¡Cuán rara vez son completos!
Jac. Cómo...
Isab. ¡Acabe usted!
Mat. El rostro
De la fortuna no siempre
Sonrie al valor heróico.
Jac. Será posible...
Isab. ¡Ah! Murió!
Jac. ¡Cumplióse el fatal pronóstico
De Froilan!
Mat. Siento afligir
A ustedes. Su ciego arrojo...
Isab. ¡Ay dolor! Ay desventura!
(*Se deja caer en una silla, y llora amargamente.*)
Elías. (¡Mi dinero!) ¡Pobre mozo!...
Jac. Bien mi corazon temia...
Mat. Justo es, Jacinta, ese lloro;
Mas si la flor de su vida
Cortó el enemigo plomo,
Al menos murió vengado,
Y en los siglos mas remotos
Vivirá inmortal su nombre.
Isab. ¡Dios mio! Salvarse todos,
Y él solo morir!
Jac. ¡Mi Pablo!
Mat. Persiguiendo á los facciosos
Con mas valor que cautela...
Isab. ¿Y nadie le dió socorro?
Mat. ¿Y quién detiene una bala
Traidora? En su ciego encono
Contra la servil caterva
Se desvió de nosotros
Demasiado cuando ya
La columna, despues de ocho
O diez horas de pelea,
Necesitando reposo,
Se acantonaba triunfante
En los pueblos del contorno.

Jac. ¡Ah! ¿Quién se lo hubiera dicho?
¡Infeliz!
Elías. (¡Diez onzas de oro!)
Isab. ¡Y abandonado en el monte
Será presa de los lobos
Su cadáver insepulto!
Y quién sabe si esos monstruos
Ceban la impotente saña
En sus sangrientos despojos!
Ah! (*Queda abismada en su dolor*)
Elías. ¡Qué horror!... Murió sin duda
Ab intestato?
Mat. Supongo...
Elías. (Y no tenia herederos
Forzosos... ¿De dónde cobro?
¿De quién reclamo...? Ese hombre
Estaba dado al demonio.
¿A quién le ocurre morirse
Sin arreglar sus negocios?)
(*Se sienta en otra silla junto á Isabel, y de cuando en cuando la dirige la palabra como para consolarla.*)
Mat. Tambien yo corrí peligro
De quedar allí.
Jac. ¿Pues cómo...? (*Con interes.*)
Mat. Me pasó el chacó una bala,
Y otra me alcanzó en el hombro.
Jac. ¡Cielos! ¿Fué grave la herida?
Mat. No; me latismó muy poco.
Venia cansada. Y siento
No haber caido redondo
En el campo de batalla.
Jac. No diga usted despropósitos.
Mat. Mas vale morir amado
Que pasar el purgatorio
En vida siendo el objeto
Del menosprecio, del odio
De una ingrata.
Jac. ¿Y es posible
Que cuando lloran mis ojos
La desgracia de don Pablo
Usted me hable de ese modo?
Mat. ¡Ah! Si el muerto fuese yo,
No bañára usted su rostro
En lágrimas de amargura.
Jac. ¿Porqué no? ¿Soy algun tronco
Insensible?
Mat. Usted me dijo...,
Burla fué; bien lo conozco,
Que me amaria á no estar
Comprometida con otro.
Jac. Y crea usted... ¡Pero, ay Dios!
Dejemos ese coloquio.
Necesito desahogar
Mi corazon en sollozos.
No debo pensar ahora
Sino en mi Pablo. Aun le oigo
Decirme el último á Dios
Tan tierno, tan amoroso...
¡Y eterna fidelidad
Le juré yo! Si de pronto
Aquí se alzára su sombra
¡Cuál seria mi sonrojo!
Mat. No. Don Pablo desde el cielo
Aprueba nuestro consorcio.
¿Sabe usted lo que me dijo...
(Apelemos al embrollo)
Cuando rompimos el fuego
Contra el rebelde Canónigo?
« Tu eres mi mejor amigo,
« Matías. Si cierro el ojo,
« A tí dejo encomendada
« Mi Jacinta. Sé su esposo,
« Y el Ser Supremo bendiga
« Vuestro casto matrimonio. »
Jac. ¿Eso dijo?
Mat. ¡Ah, sí señora;
Y lo dijo con un tono
De solemnidad profética
Que llenó mi alma de asombro!
Jac. ¡Pobrecillo! ¡Ay Dios! Ahora
Con mas motivo le lloro.
Mat. Yo tambien lloro y me aflijo,
Y mas cuando reflexiono,
Jacinta, que no merezco
Heredar tanto tesoro.
Jac. Merecerlo... ¡ah! Sí...
Mat. ¿De veras?
Esa palabra es el colmo
De mi gloria.
Jac. ¿Yo que he dicho?
Por ahora nada respondo.
La memoria de don Pablo
Es un cordel, es un tósigo
Que me mata. Si algun dia
La paz del alma recobro...
Mat. ¡Bien mio!
Jac. ¡Ah! Váyase usted,
(*Bajando la voz.*)
Que no estamos entre sordos.
Mat. (Dice bien.)
Jac. Usted vendrá
Fatigado, y es forzoso
Descanzar. (*Siguen hablando aparte.*)
Elías. (No me reponde. (*Se levanta.*)
Veo que en vano la exhorto
A consolarse. ¿Y á mí
Quién me consuela? Hoy no como
De pena... aunque esto no entraba
En mis planes económicos.
Vámonos de aquí.) Señora...
Mat. Si viene usted hácia el Coso,

Vamos juntos. Señoritas...
No olvide usted que la adoro.
(*Bajo á Jacinta.*)
Hasta luego. (*Alto.*)
Jac. A Dios, señores.
Elías. (Otra vez yo ataré corto
Al que me pida dinero.
Sin recibo... y testimonio
De no morir insolvente,
No vuelvo á prestar al prójimo.)

ESCENA XIV.

ISABEL, JACINTA.

Jac. ¡Tu, Isabel, llorando así!
Me admira tu amargo duelo.
¿Habrá de darte consuelo
Quien lo esperaba de ti?
Isab. ¡Viendo en mi frente la pena
(*Se levanta.*)
Dices que admirada estás...!
Yo debo admirarme mas
De ver la tuya serena.
Jac. ¡Ah, que es mucha mi afliccion
Aunque ves mi rostro enjuto!
Isab. Cuando en el rostro no hay luto
No hay pena en el corazon.
Jac. Sabe el cielo...
Isab. Sabe el cielo
Que en desesperado amor
No es verdadero dolor
Dolor que pide consuelo.
No hipócrita al cielo implores.
¡Aun el cuerpo no está frio
Del que te dió su albedrío
Y de otro escuchas amores!
Jac. Siempre me amó don Matías;
Y aunque en tan mala ocasion
Me recuerda su pasion
Yo no sé hacer groserías.
No es culpa mia, Isabel,
Que ese muchacho me quiera;
Ni porque Pablo se muera
He de enterrarme con él.
Yo le amé mientras vivió.
Si el cielo cortó sus dias,
Y no ha muerto don Matías,
Puedo remediarlo yo?
No es decir que esté dispuesta
A admitir amante nuevo,
Aunque en justicia no debo
Darle una mala respuesta.
Don Pablo, que era su amigo,
Le dijo que si él moria
Y yo en ello consentia,
Se desposase conmigo.
Harto en mi dolor demuestro
Cuán de veras he sentido
Que se haya ¡ay de mi! cumplido
Aquel presagio siniestro;
Mas yo ahora te pregunto:
¿Si al otro llego á querer,
Hago mas que obedecer
La voluntad del difunto?
Isab. ¿Su voluntad? ¡Impostura!
Maldad! Quien de veras ama
Con el amor que le inflama
Desciende á la sepultura.
Si el pago que tú le das
Sabido hubiera al morir,
Pudiérate maldecir,
¿Pero olvidarte? ¡Jamas!
Así tu lengua le infama!
¿Qué amante, si de este nombre
Es merecedor, á otro hombre
Deja en herencia su dama?
No; que es la dulce mitad
De su alma, y en la agonía
Tras sí llevarla querria
A la inmensa eternidad.
Jac. Tanta exaltacion me asombra
Y tan estraña amargura.
¿Le amabas tú por ventura,
Que así defiendes su sombra?
Isab. Le amaba... ¿Qué digo? le amo,
Le idolatro todavía,
Y él solo me arrancaria
Las lágrimas que derramo.
Él ignoró mi tormento,
¡Triste ley de la muger!
Y ni aun pude merecer
Cortés agradecimiento.
Ahora sin rubor quebranto
Del silencio la cadena;
¡Ahora que la dicha agena
No turbaré con mi llanto!
Ya no temo adversa suerte,
Ni rivales, ni baldon.
Sagrada es ya mi pasion.
¡La divinizó la muerte!
Jac. ¿Tú le amabas, Isabel?
Absorta me dejas.
Isab. ¡Cielos!
Sin esperanza... ¡con zelos!...
¿Hay suplicio mas cruel?
Y otra vez le sufriria
Aunque penando muriera
Porque á la vida volviera
El dueño del alma mia.
Yo infeliz no borraré
Su imágen de mi memoria;
¡Y tú que fuiste su gloria

Le guardas tan poca fé!
Jac. Deja ya reconvenciones.
No porque zelos te dí
Te quieras vengar de mí
Con importunos sermones.
Isab. ¡Jacinta!
Jac. ¡Calla por Dios!
Amar sin consuelo es duro;
Mas tambien es fuerte apuro
El verse amada por dos.
Mugeres hay mas de diez
Que á dos suelen contentar;
Pero yo no puedo amar
Mas que uno solo á la vez.
Pues basta con un esposo,
Querer á dos es punible;
Pero mi pecho es sensible
Y no puede estar ocioso,
Iguales galanterías
Debí á los dos de que hablo;
Mas mientras vivió don Pablo
No quise yo á don Matías.
¿Y no será un desacierto,
Si ahora de amarle me privo,
Matar sin piedad al vivo
Porque no se ofenda el muerto?
Su especial filosofía
Cada cual tiene en secreto,
Y pues la tuya respeto,
Déjame en paz con la mia.

ESCENA XV.

ISABEL.

¡Alma á quien el alma dí,
Si á las dos nos escuchaste,
Mira á qué muger amaste!
Júzgala y júzgame á mí!

ACTO TERCERO.

EL ENTIERRO.

ESCENA PRIMERA.

El teatro representa una plazuela con fachada y puerta de iglesia en el foro. Entre las casas hay una cuyo portal está abierto y alumbrado. En frente de dicha casa hay una barberia.

DON FROILAN, DON ELIAS, JACINTA, DON MATIAS.

(*Don Matias viene delante con Jacinta de bracero; los cuatro se dirigen al portal abierto. Todos con capas.*)

Mat. Mucho sufriré esta noche, Jacinta.
Jac. ¿Porqué lo dices?
Mat. Porque estás bella en estremo,
Y vendrán de quince en quince
A colmarte de lisonjas
Los que conmigo compiten.
Jac. ¿Qué importa, si solo á tí
El alma mia se rinde?
Mat. ¡O dicha! Solo te ruego
Que no bailes con el titere
De Ferminito.
Jac. Contigo
Solo, mi bien.
Mat. Qué felices
Seremos cuando el enlace
Suspirado...
(*Sigue hablando en voz baja con Jacinta. Los cuatro se han parado junto á la puerta.*)
Froil. ¿Usted no asiste
(*A don Elias.*)
Al baile?
Elias. Tengo un asunto...
Froil. Pues yo tambien pienso irme
A la ópera y volver;
Porque los bailes me embisten,
Aun siendo de confianza
Como este.
Elias. A tales convites
Soy yo poco aficionado.
Si ademas de los violines
Hubiese cena... Lo digo
Por la broma y por los brindis.
Jac. ¿Qué hacemos aquí? ¿No subes?
Froil. Vamos. (*Entran en la casa.*)
Elias. Ea, divertirse.

ESCENA II.

DON ELIAS.

Hora es de entrar en la iglesia,
Y aunque un funeral es triste
Funcion, Isabel la paga,
Y basta que ella me fie
Sus secretos y yo sea
Su amigo y correvedile,
Para acompañarla pio
Hasta el postrer *parce mihi.*
(*Las campanas tocan á muerto.*)
Esa fúnebre campana
Me recuerda ¡ay infelice!
Mis diez medallas difuntas;

Y á fe que no se redimen
Las ánimas de esa especie
Con responsos ni con kiries.
¿Y habré de rezar al muerto
Despues que fué tan caribe
Que se llevó al otro mundo
Mis pobres maravedises?
Si al menos, en justo premio
De un esfuerzo tan sublime,
Ya que Isabel no me dé
Su mano y su dote pingüe,
Me confiriese el empleo
De su curador *ad litem*...
Pero en el templo me espera.
Vamos... ¡Ah! ¡Qué bella efigie!
¡Lástima de criatura!
¡Por un muerto se desvive,
Cuando suspira por ella
Un vivo de mi calibre!
(*Al entrar don Elías en la iglesia llegan hablando don Antonio y sus amigos. Oyése otra vez la campana.*)

ESCENA III.

DON ANTONIO, DON LUPERCIO, DON MARIANO Y LUEGO EL BARBERO.

Ant. La noche no está muy fria.
No entremos, que aun es temprano.
Lup. ¿Dónde encenderé este habano?
Mar. Ahí está la barbería.
Lup. Dices bien. ¡Ave María!
(*A la puerta, y sale el barbero.*)
¿Podré encender este puro?
Barb. ¡Señor don Lupercio Muro!
Ya sabe usted que en mi casa...
(*Entra, y vuelve á salir al momento con la luz; enciende en ella su cigarro don Lupercio, y se la vuelve.*)
Dame esa luz, Nicolasa.
¿Va usted de baile? Seguro.
Lup. Sí; subirémos despues.
Barb. Cuidadito, que el demonio...
¡Hola! Ahí está don Antonio...
Y don Mariano... (¡Qué tres!)
Ofrezco á ustedes cortés
La justa hospitalidad,
La cena, la facultad,
Conversacion, la guitarra...
Ant. ¡No, que el oido desgarra!
(*En voz baja á sus amigos.*)
Gracias, maestro. Escuchad.
(*Saludan al barbero, y se pasean por la plazuela conversando en voz baja.*)
Barb. Yo celebro que en la plaza
Prefieran pasar el rato,
Porque entre ese triumvirato
No podria meter baza.
Tienen lenguas de mostaza,
Sobre todo el cocodrilo
De don Antonio. ¿Hay asilo
Que de su pico defienda
La honra? No hay en mi tienda
Navaja de tanto filo.
Que hable y murmure un barbero,
Eso es moneda corriente;
¡Pero ser tan maldiciente
Un ilustre caballero!
Ya se ve; el ocio, el dinero...
(*Se oye la música del baile.*)
¡Hola! El violin se hace rajas,
Y entre tanto las barajas...
¡Qué inmoralidad! ¡Qué vicio...!
Mas cada cual á su oficio.
Afilemos las navajas.
(*Al entrarse el barbero en su tienda aparece embozado don Pablo.*)

ESCENA IV.

LOS MISMOS, DON PABLO.

Pab. Por aquí atajo camino.
Tiro despues á la izquierda...
¡Oh Jacinta! Cuál va á ser
Tu alegría, tu sorpresa...
Quizá no haya recibido
Mis cartas; quizá me tenga
Por muerto. De todas suertes
Es imposible que sepa
Mi llegada. Entrar de incógnito
Ha sido feliz idea,
Y apearme en un meson.
Antes que llegue á su puerta
Quiero besar otra vez
Su adorada imágen bella.
(*Saca el retrato y lo besa.*)
¡Bien mio! ¿Serán iguales
Tu hermosura y tu firmeza?
¡Ah! No lo dudo. Volemos...
(*La música no ha cesado. Las campanas vuelven á sonar.*)
¿Mas qué campanas son esas?
¡Tocan á muerto! Con malos
Auspicios vuelvo á mi tierra.
No he temido en la campaña
A balas ni bayonetas,
Y sin poder remediarlo
Esas campanas me aterran.
¡Por cierto que es miserable
La humana naturaleza!

¡A muerto, sí! En ese templo
Estan celebrando exequias...
Si entraré... Mejor será
Preguntar en esta tienda.
¡*Deo gracias!*
Barb. (*Saliendo*). Adelante.
La navaja está dispuesta.
Entre usted. Le afeitaré
Con primor y ligereza.
Pab. No lo necesito. Gracias.
Parece que en esa iglesia
Hay entierro. ¿Sabe usted
Quién es..., digo mal, quién era
El muerto?
Barb. Don Pablo Yagüe. [ras?
Pab. (¡Demonio!) ¿Habla usted de ve-
Barb. Lo que oye usted; sí; don Pablo,
Natural de Cariñena,
Vecino de Zaragoza,
Hacendado, hombre de letras,
De estado soltero, edad
Como de veintiocho á treinta,
Oficial movilizado,
Buen mozo, etc., etc.
Pab. (Peregrina es la aventura;
Y el hombre da tales señas...
Lo mas singular del caso
Es el ser yo á quien lo cuenta.)
Barb. Ya nadie ignora su muerte;
Ni aun los niños de la escuela.
Pab. (¡Bravo! Puede ser que yo
Me haya muerto y no lo sepa.)
Barb. Parece que usted se aflige
Al oir tan triste nueva.
Pab. ¡Todas las malas noticias
Que oiga yo sean como esa! [muerto...
Barb. ¡Qué dice usted! Con que un
Pab. Dios le dé la gloria eterna
Pero yo llorára mas
La muerte de otro cualquiera.
Barb. ¡Hombre! ¿Porqué?
Pab. Yo me entiendo.
¿Ha muerto aquí?
Barb. No. En la guerra;
En la gloriosa jornada
De los campos de Gandesa.
Murió como un Alejandro
Despues de hacer mil proezas.
Cargó él solo á un batallon
Y le quitó la bandera.
Pab. ¡Cáspita!
Barb. Treinta facciosos
Le atacan; ¿y él qué hace? Cierra
Con todos, y á veinticuatro
Deja tendidos.
Pab. ¡Aprieta!
Barb. Al fin sucumbió. ¡Qué lástima!
Un mozo de tantas prendas...
Pab. ¡Ah! ¿Le conocia usted?
Barb. No señor; y es que, á la cuenta,
Se afeitaba solo. Pero
Todo el mundo le celebra...
Pab. ¡Despues de muerto! ¿Verdad?
(*Vuelve á oirse el son de las campanas sin cesar el de la música.*)
Barb. Yo le diré á usted...
(*Los tres paseantes se paran en corrillo cerca de la barberia.*)
Lup. Aun suenan
Las campanas. ¡Pobre Pablo!
Su muerte me causa pena.
Barb. Justamente esos señores
Hablan del muerto.
Pab. Quisiera
Escuchar...
Barb. Pues entre usted
En el corro: con franqueza.
Son parroquianos y amigos.
Pab. No quiero yo que me vean.
Barb. ¿Porqué?
Pab. Tengo mis razones.
Barb. Si no mienten mis sospechas
Usté es pariente del muerto.
Pab. Algo hay de eso; sí.
Barb. Por fuerza.
(Cuando ví que se alegraba
De oir el *requiem æternam*,
Dije para mí al momento:
Este es de la parentela.)
Pab. Y allí hay música.
Barb. Es un baile.
Pab. ¡Este es el mundo!
Mar. Mi lengua
(*Don Pablo aplica el oido sin desembozarse.*)
Siempre elogiará don Pablo.
Ant. ¡Qué talento aquel!
Lup. ¡Qué amena
Conversacion!
Mar. ¡Qué donaire!
Barb. ¿Lo oye usted?
Pab. Sí.
Ant. ¡Qué nobleza
De sentimientos!
Lup. Su bolsa
Para todo el mundo abierta...
Pab. Esos que ahora le alaban
Le quitaban la pelleja
Cuando vivo: yo lo sé.
Maestro, al que está en la huesa
Nadie le envidia. (*Cesa la música.*)
Barb. En efecto;

Siempre oigo decir lindezas
De todos los que se mueren.
Ant. Dices bien. No lo creyera
De don Matías. ¡ Qué accion
Tan indigna! ¡ Qué bajeza!
Solicitar á Jacinta...
Pab. (¡ Qué oigo!)
Ant. ¡ Habiendo sido prenda
De su amigo y camarada!
Pab. (¡ Ah traidor amigo!.. Y ella...
¡ Oh! No; no es posible... Oigamos...
¡ Ahora que mas me interesa
Oirlos, bajan la voz!)
(*Don Froilan sale de la casa del baile, atraviesa el teatro, y al emparejar con los del corrillo le reconoce don Antonio.*)
Lup. No ví ingratitud mas negra.

ESCENA V.

LOS PRECEDENTES, DON FROILAN.

Ant. ¡ Don Froilan! ¿ Adónde bueno?
¿ Ya deja usté el baile?
Froil. Es fiesta
Que me fastidia y me apesta..
Prefiero estarme al sereno.
Diversion es el bailar,
Espuesta á mil contingencias.
Sus fatales consecuencias
He visto á muchos llorar.
Ya pincha como lanceta
El alfiler de un justillo;
Ya se disloca un tobillo
Al hacer una pirueta;
Ya, por estar ajustado,
Se revienta el pantalon;
Ya encaja mal el balcon,
Y entra un dolor de costado.
El ruido, la baraunda
Le vuelven á un hombre loco...
Y no es difícil tampoco
Que se abra el techo y se hunda.
Lup. Todo es triste para él.
(*Bajo á don Mariano.*)
Ant. ¿ Y las hermanitas bellas?
Allí estarán.
Froil. Sí; una de ellas.
Pab. (Cielos... ¡ Oh! Será Isabel.)
Ant. ¿ Es Jacinta?
Froil. Justamente.
Pab. (Ah!..)
Mar. ¿ Cómo no están las dos?
Pab. (¡ Ella baila, justo Dios,
Y yo de cuerpo presente!)
Froil. ¿ Baile la otra? Ni el nombre
Sufriria. Es tan adusta...
Barb. Pues mire usté; á mí me gusta...
(*En voz baja á don Pablo. Ambos se mantienen á la puerta de la tienda algo distantes de los demas.*)
Pab. Silencio...
Barb. (¿ Quién será este hombre?)
Ant. ¿ Y don Matías, el fiel
Adorador de Jacinta?
Froil. Tierno está como un Aminta.
Ant. ¿ Y ella?
Froil. Se muere por él.
Pab. (¡ Esomas! ¡ Pérfida!.. ¡ Ingratos!..)
Lup. Boda habrá.
Froil. ¿ No la ha de haber?
Mañana al anochecer
Se celebran los contratos.
Pab. (Muérete ¡ y verás!... ¡ Ah perra!)
Ant. Pero, amigo, usted confiese
Que es infamia... ¡ Si lo viese
El que está pudriendo tierra!
Froil. Sin razon se quejaria,
Porque ¿ qué mal hay en esto?
Nada. A rey muerto, rey puesto.
Lo demas es boberia.
(*Suena otra vez la campana.*)
Pab. (¡ Habrá pícaro!)
Froil. Qué diablo...
Me aturde ese campaneo.
¿ Es sermon, ó jubileo?
Mar. No. Las honras de don Pablo.
Ant. ¡ Pues qué! ¿ Usted no lo sabia?
Froil. ¿ Qué he de saber? No por cierto.
Lup. Pues ya. Sabiendo que el muerto
Es don Pablo, asistiria...
Froil. No tal. Tengo mil asuntos...
Es muy triste un ataud...
No poseo la virtud
De resucitar difuntos.
Pab. (¡ Bribon! Aunque tú no quieras,
Resucitaré, y tres mas;
Y mañana sentirás
Que no haya muerto de veras.)
Froil. Ya al solemne funeral
El domingo asistí yo
Que por su alma celebró
La milicia nacional.
¡ Dos entierros! Qué boato!
¿ Tanto valia su nombre?
¡ Dos entierros para un hombre
Que falleció *ab intestato!*
Barb. ¡ Qué tio!
Pab. ¡ Por Dios, maestro!...
(*Haciéndole callar.*)
Froil. Y es todo en vano. Yo sé

Que al otro mundo se fué
Sin rezar un *padre-nuestro*.
El buscó su muerte; sí,
Y por eso no me aflige.
Yo su horóscopo le dije
Y no hizo caso de mí.
Ant. Pero, hombre...
Froil. Las ocho... Aun llego
Al acto segundo. Estoy
Convidado. Ea, me voy
A la ópera. Hasta luego.

ESCENA VI.

LOS MISMOS, MENOS DON FROILAN.

Mar. ¡Qué entrañas tiene!
Ant. Es nefando.
Lup. ¡Y predica como un fraile!
Ant. Basta. ¿Vámonos al baile?
Lup. Sí, sí. Ya estarán tallando.
(*Se entran en la casa del baile.*)

ESCENA VII.

DON PABLO, EL BARBERO.

(*Don Pablo se queda pensativo.*)

Barb. ¿Sabe usted que el don Froilan
Es hombre de mala estofa?
El egoista agorero
Le llaman en Zaragoza.
¡Miren qué disculpas da
Para faltar á las honras
Del que iba á ser su cuñado!
Y eso que, segun me informan,
Le hizo el muerto mil favores.
¡Pues digo! Tambien la otra,
Que al son del *luceat ei*
Bailando está la gabota,
Y con el pérfido amigo
Concierta alegre la boda!
Y luego si uno murmura
Dirán... (Pero no se toma
La molestia de escucharme.
Estravagante persona
Es este *quidam*.)
Pab. (Estoy
Por subir, y á esa traidora...
Pero mas que ella me irrita
Su hermano. ¡Pues no hace mofa
De mi muerte! A bien que pronto
Se convertirá en congojas
Y lamentos el sarcasmo
Con que á los muertos baldona.
Aquí le traigo yo un *récipe*
Que no ha de tomarlo á broma.
Pero el castigo, aunque duro,
No satisface mi cólera.
Yo quisiera otra venganza
Mas directa; mia sola...
¡Ah! Qué idea tan feliz!
Mi escribano Ambrosio Mora
Vive al volver esa esquina;
Don Froilan está en la ópera...
Voy volando...) Abur, maestro.
Barb. Felices noches. (Ahora
Se vá y me deja en ayunas...)
Pab. ¿Oyó usted á aquella boca
Escomulgada insultar
Al que está bajo la losa?
Barb. Sí; el tal don Froilan...
Pab. Pues luego
Cantará la palinodia.
Barb. ¿De veras? Diga usted. Cómo...
Pab. Es un secreto.
Barb. No importa.
Vamos,... yo no lo diré...
Pab. Sino á toda la parroquia.
Barb. No tal. Yo soy...
Pab. Escelente
Barbero.
Barb. Usted me sonroja.
Mas...
Pab. Cuente usted con mi barba
Si me quedo en Zaragoza.

ESCENA VIII.

EL BARBERO.

Por vida de Iturralde...
Yo quiero su secreto; no su barba;
Y por salir de dudas
Consintiera en rapársela de balde.
¡Señor! ¿Qué estraño ente
Es este, que una sola *Ave María*
No reza por el alma de un pariente,
Y luego si otra lengua
A escarnecer se atreve su ceniza
Cual si oyera á Luzbel se escandaliza?
Calla su nombre, oculta su semblante,...
Si hablan del muerto, ¡aplica las orejas
Y las cierra á la fúnebre salmodia!
¿Y qué le importa, en fin, que el otro cante
O deje de cantar la palinodia?
Ello, el asunto es serio.
Un embozado, un muerto, un maldiciente...
¿Si aclarar no consigo este misterio
Qué me dirá despues el parroquiano?
¿Qué valdrán mi facundia y mi prosodia
Si no puedo nombrar á ese fulano,
Ni acierto á definir la palinodia?

ESCENA IX.

El Barbero, DON ELIAS.

Elias. ¡Hermosa criatura! Con el llanto,
Que á otras afea tanto,
Se aumenta de su rostro peregrino
El seductor encanto.
Por no ofender á Dios salgo del templo.
¡O ciegos pecadores,
De mi austera virtud tomad ejemplo!
Otro en el dulce error se obstinaria,
Mas yo ni aun en la senda del pecado
Abandono la sabia economía.
Ya que es pecar sin fruto
El adorar las dotes... ¡y la dote!
De ese hermoso portento,
Pongamos al amor veto absoluto,
Y demos otro giro al pensamiento.
Diez onzas... ¡Ay! Cabales
Tres mil doscientos reales...
¡Fatal recuerdo! El corazon le odia,
Y siempre ha de venir á atormentarme!
Barb. No puedo echar de mí la palinodia.
Elias. Maestro, buenas noches.
(*Don Elias llega paseando á la puerta de la barbería. Suenan por última vez las campanas.*)
Barb. ¿Sanguijuelas?
¿Un repaso á la barba?
Elias. No, amigo. Mi dolor...
Barb. ¿Dolor de muelas?
Elias. ¡Ah!
Barb. Si hay caries, afuera; es muy sencillo.
Prepararé el gatillo... [cillo.
Elias. ¡Por Dios y por las ánimas benditas!
Ya me han sacado ¡diez...! No de la boca.
¡Ojalá!
Barb. ¿Pues de dónde?
Elias. ¡Del bolsillo!
Oígame usted: le contraré mis cuitas.
Ese hombre á quien entierran...
Barb. A propósito...
Un embozado aquí que, por lo visto,
Es su pariente...
Elias. ¡Ah! ¿Le dejó en depósito
Alguna cantidad? ¿Es su albacea?
Barb. Lo contrario barrunto,
Porque habló con desprecio del difunto.
Elias. ¡No hay esperanza!
Barb. Es hombre misterioso.
Quizá usted le conozca, don Elias.
Quizá usted que era amigo de don Pablo...
Elias. Enhorabuena se lo lleve el diablo;
¡Mas tambien mi dinero...!
Barb. A lo que entiendo,
Él tiene trazas de mover un cisco...
Con don Froilan es toda su ojeriza.
Elias. ¡Sepultadas mis onzas en el fisco!
Al pensarlo me tiro de las greñas,
Y bramo de furor.
Barb. Daré las señas.
Es alto, es rubio...
Elias. No; no le perdono.
Su muerte fué un suicidio.
Barb. Militar parecia...
Elias. ¡Se ha matado
Por llevarse á la tumba mi subsidio!
Barb. Hombre de buena edad, grueso...
Elias. ¡Mentira!
Barb. Perdone usted...
Elias. ¡Mentira! ¡No he rezado,
Aunque usted me haya visto, mal pecado!
Salir del templo.
Barb. ¡Dale!
¡Si yo no hablo del muerto! Hablo del otro.
Al despedirse dijo... [potro,
Elias. Maestro, aquella tumba era mi
Y el duelo era un sarcasmo, una parodia...
Barb. Dijo que don Froilan...
Elias. ¡Pérfido! ¡ingrato!
Barb. Cantaría...
Elias. ¡Ay de mí!
Barb. La palinodia.
Elias. Su muerte...
Barb. ¡Oigame usted!
Elias. ¡Es una afrenta!
Barb. ¡Pero, hombre...!
Elias. ¡Bancarrota fraudulenta!
Barb. ¡Oh! Quedarme prefiero
Con mi curiosidad.
Elias. Yo...
Barb. ¡Basta, basta!
¡Atajar la palabra de un barbero!
Elias. Es que...
Barb. ¡Maldita, amen, sea tu casta!
(*Se entra en la tienda y la cierra por dentro. Cesan las campanas.*)

ESCENA X.

DON ELIAS.

¡Cierra la puerta y me planta!
¿Qué diablos tiene ese hombre?
¿Prestó tambien al difunto
Y perdió sus patacones?
Mas huele á cera apagada;
Las campanas no se oyen...
Vamos; se acabó el entierro;
Y pues yo hago los honores

Funerales, despidamos
El duelo.
(*Se coloca á la puerta de la iglesia, y van saliendo varias personas de luto, hombres y mugeres, á quienes saluda entre afectuoso y compungido.*)
Una muger. Dios le perdone.
Elías. Amen. Gracias. Caballeros... Señoras...
Un hombre. Felices noches.
Una muger. Dios le dé la gloria eterna.
Elías. Así sea.
Un hombre. ¡Pobre jóven!
Elías. Que Dios se lo pague á ustedes... (Mejor que él á mí.) Señores...
Una muger. Beso á usted la mano.
Elías. Amen... Digo; gracias.
Un devoto. Pater noster... (*Rezando.*)
Elías. Gracias por mí y por el muerto.
(¡Qué tormento! Echo los bofes
De rabia, y tengo que hacer
Cumplidos...)
Una vieja rezagada. Ora pro nobis...
Elías. Abur. Isabel no sale.
¿Pensará pasar la noche
En la iglesia?... ¡Ah! ya está aquí.

ESCENA XI.

ISABEL, DON ELIAS, RAMON.

(*Isabel estará vestida de luto; Ramon trae una linterna encendida. Suenan otra vez los violines.*)

Isab. ¡Aun bailan! qué corazones!
Ten piedad de ellos, Dios mio.
Suspende el terrible golpe
De tu justicia por mas
Que su maldad le provoque.
Elías. ¡O Isabel, Isabelita!
Usted es un ángel.
Isab. ¡Pobre
Don Elías! Usté es fiel
A la amistad. ¡Alma noble,
Alma sensible y piadosa!
Elías. No merezco esos loores.
Crea usted...
Isab. Olvidan otros
Sagradas obligaciones,
Y usted que nada debia
A don Pablo...
Elías. ¿Yo de dónde?
Al contrario...
Isab. Pero Dios
Premia las buenas acciones.
Elías. Yo confio en su infinita
Misericordia... (¡Este postre
Me faltaba!)
Isab. La que fué
Su delicia, sus amores,
Su único bien, ni aun escucha
El son del místico bronce
Que anuncia su funeral.
Ceñida la sien de flores,
No deposita una sola
Sobre la tumba del hombre
Que la adoró. Ni un suspiro
Lanza aquel pecho de roble,
Sino á la grata memoria
Del que iba á ser su consorte,
Siquiera al sincero amigo,
Siquiera al valiente jóven
Que el alma rindió invocando
De patria y de amor el nombre.—
Bien haces. Dios no se paga
De sacrílegos clamores.
No insultes ¡ay! á su sombra.
Déjala que en paz repose,
Ingrata muger; no mandes
A tus ojos que le lloren
Si en otro semblante luego
Se han de fijar seductores.
Mas puro será mi llanto,
Mas veraz, y desde el orbe
Celestial quizá benigno
Mi Pablo amado le acoge.
Mi tálamo es su sepulcro.
Deja que en él me corone
Yo sola. Yo sé que su alma
Al alma mia responde,
Y pues yo la he merecido
Mas que tú, no me la robes!
(*El sacristan sale de la iglesia, cierra la puerta y se retira. Sigue la música.*)
Elías. ¡Ah, señora! Yo tendria
Un corazon de alcornoque
Si no derramase lágrimas...
(Por mis cuarenta doblones.)
Pero al fin... ¿Cómo ha de ser?
Aunque usted gima y solloce,
Dios lo hizo. No hay esperanza
De que su fallo revoque.
Y ya han cerrado la puerta
Y sopla un viento de norte...
(*Isabel se arrodilla en el umbral de la puerta, y cruza las manos en actitud de orar.*)
(No me escucha; se arrodilla
En los yertos escalones,
Y orando por el difunto

Estatua parece inmóvil.
O vírgen madre, que ruegas
Por nosotros... acreedores!
¿Merece un muerto insolvente
Tan devotas oraciones?)

ESCENA XII.

LOS MISMOS, DON PABLO.

Pab. Ya ha recibido el papel;
Ya es otro hombre; ya me llora.
¿Qué apostamos á que ahora
Soy un santo para él?
¡Otra vez en el salon
Suena la música impía!
¡O vil, infame alegría!
Oprobio... Prostitucion!!!
¿Y no arrojaré del pecho
Al ídolo torpe, ingrato...?
(*Saca el retrato, lo despedaza, y lo pisa.*)
¡He aquí su falaz retrato...!
Caiga á mis plantas deshecho.
Si un dia fuí tu cautivo,
Ya no, muger inconstante.
Quien vende muerto al amante,
Vendiera al esposo vivo.
Qué se diria de mí
Si me rindiese al dolor...
Entierra, Pablo, al amor,
Pues te han enterrado á tí.
Engañadora sirena,
Te creí sincera y firme...
¡Pues si acierto á no morirme,
Como hay Dios que la hago buena!
Olvidemos á la infiel;
Que si airado resuscito,
¿Que haré con alzar al grito?
Un ridículo papel.
Vuelva á mi pecho la calma;
Y pues soy muerto viviente,
Voy á ver que buena gente
Pide al cielo por mi alma.
Y á fe que, si al catecismo
Doy un repaso, quizas
Tampoco estará de mas
Que yo me rece á mí mismo.
¡Vaya que es rara aventura!
Para mí es niño de teta
El austero anacoreta
Que cava su sepultura.
Mas eco hará en los anales
El nombre de un ciudadano
Que concurre vivo y sano
A sus propios funerales.
(*Da algunos pasos hácia la iglesia; siempre embozado, y se para.*)
Por hoy ya no puede ser,
Que la iglesia está cerrada.
¡Mas qué veo! ¡Arrodillada
Al umbral una muger!
¿Quién será el alma bendita
Que así me llora insepulto?
En este esquinazo oculto
Observaré...
Elías. ¡Isabelita...!
Pab. ¿Si será la hermana bella
De Jacinta? No. A qué asunto
Suspirar por un difunto
Que en su vida... ¡Pues es ella!
(*El criado que se pasea silencioso con la linterna en la mano, pasa por junto á Isabel, y la reconoce don Pablo. Cesa la música.*)
¡La otra tan malas entrañas
Y esta adorando mi nombre!
No hay como morirse un hombre
Para ver cosas estrañas.
Isab. Sombra que amo y reverencio,
Perdóname si llorosa
Interrumpo de tu losa
El venerable silencio.
Pab. ¡Qué oigo!
Isab. Mas grata oblacion
Diérate la amada prenda;
Mas no rehuses la ofrenda
De mi tierno corazon.
Pab. (Me amaba, me ama... ¡Oh por-
Isab. Si de una triste mortal tento!)
Desde el trono celestial
Oyes benigno el acento,
No á Dios le pidas que yo
Deje, sin dejar el mundo,
El dolor veraz, profundo
Que tu muerte me infundió.
No turbe, no, mi quebranto
Las delicias de tu Eden;
Que Dios ha puesto tambien
Gloria y delicia en el llanto!
Pab. (¡Qué alma! Y no la conocí!)
Isab. Pídele solo al Señor
Que eterno sea el amor
Con que el alma te rendí:
Que nunca humana flaqueza
Me conduzca á no quererte.
¡Antes un rayo de muerte
Caiga sobre mi cabeza!
(*Calla y contemplativa alza los ojos al cielo.*)
Pab. ¡No puedo mas! Qué pasion!
Yo llego... ¡O ventura mia!

(*Deteniéndose.*) Mas la súbita alegría
Tal vez...
Isab. Vámonos, Ramon.
(*Despues de un profundo suspiro.*)

ESCENA XIII.

LOS MISMOS, DON FROILAN.

Froil. Entremos. Aun será tiempo...
Pero la Iglesia cerraron.
Pab. (Ya está aquí mi hombre.)
Froil. ¡Isabel!
¡Don Elías! ¿Cómo os hallo
A estas horas por aquí?
¿Salis del entierro acaso?
¡Ah! Sí; no hay duda. Ese luto...
Parece que se ha acabado
El funeral.
Elías. Sí señor.
Froil. ¡Y fué para mí un arcano!
Porqué no habérmelo dicho,
Y mis ardientes sufragios...
Isab. ¿A qué, si ya en otra tumba
Le habias tú sepultado
Mas profunda?
Froil. ¡Yo! No entiendo...
Isab. ¡En el olvido!
Froil. ¿A mi Pablo?
¿Al mejor de mis amigos?
¿A quien ya llamaba hermano?
Pab. (¡Para el necio que te crea!)
Froil. ¡Pues si le queria tanto...!
Poco he dicho. Le adoraba.
Pab. (No sé cómo no le mato.)
Elías. (¡Estraña metamórfosis
Por cierto!)
Froil. ¡Tan buen muchacho...!
¡Ah...! Me nombró su heredero.
Elías. ¿Qué dice usted?
Froil. Aquí traigo
Su postrera voluntad.
Pab. (Eso no, que ya he tomado
Mis medidas por si muero
Antes de reir el chasco.)
Elías. ¡Usted su heredero!
Froil. Sí.
Elías. ¿No habla de otros legatarios
El testamento? O de deudas...
Froil. No. Todo me lo ha dejado.
Qué mucho si nos unió
Desde los primeros años
La dulcísima amistad
Cuyos halagüenos lazos...
Pab. (¡Hipocriton!)
Froil. Nuestras almas
Llenaron siempre de encantos?
Elías. Vea usted; y yo creia...
Froil. ¡Ay caro amigo! Este rasgo
De cariñosa bondad
Hace mayor mi quebranto.
Qué son todos los tesoros
Del mundo si los comparo
Con la delicia de verte,
De hablarte... Mi acerbo llanto
No podrá ¡triste de mí!
Arrancarte al duro mármol
Que te esconde...
Isab. ¡Calla, impío!
¡Blasfemo, sella los labios!
Guárdate el oro que heredas
Y no turbes el descanso
De aquella alma generosa,
Que acaso estará penando
Porque tan mal empleó
Sus dádivas...
Froil. Ese agravio...
Isab. ¡Calla por piedad! No me hagas
Testigo del vil escarnio
Con que insultas las cenizas
De tu bienhechor. Huyamos...
Pab. (¡Ah, qué angel!)
Froil. Oye...
Elías. Si usted
Quiere servirse del brazo...
Isab. ¡No! Sola me quiero ir.
Detesto al linage humano.
Perfidia, maldad, bajeza
Donde quiera...! Ay Pablo, Pablo!

ESCENA XIV.

DON PABLO, DON FROILAN, DON ELIAS.

Pab. (¿Es sueño acaso? ¿Es delirio?
¡Tanto amor...!)
Froil. ¡Qué sin razon!
¡Qué ruin interpretacion
De mi profundo martirio!
Elías. Y en efecto, el testamento...
Froil. ¡Ah! ¡Cuánto dolor me cuesta!
—Y ahora volver á esa fiesta...
He aquí mi mayor tormento.
Mas debo forzosamente
Acompañar á mi hermana.
Elías. La herencia es mas que mediana,
Y usted que era ya pudiente...
Froil. Yo baile, o Dios, yo concierto,
Cuando mi pena es tan grave...
Elías. Yo tenia, usted lo sabe,
Relaciones con el muerto...

Froil. No toque usted ese punto,
Que mi afliccion...
Elias. Sin embargo...
Usted debe hacerse cargo
De las deudas del difunto.
Froil. ¿Cuándo volverá la calma
A mi pecho?
Elias. Él me debia
Unos cuartos...
Froil. Noche y dia
He de rezar por su alma.
Pab. (El diálogo me divierte.)
Elias. Si me olvidó, no es portento,
Que sin duda el testamento
Lo hizo...
Froil. ¡Antes de su muerte!
Elias. Ya; si...
Froil. ¡Mi alma se destroza!
Elias. (¡Diablo de hombre!) Yo decia...
Froil. Lo dejó en la escribanía
Al salir de Zaragoza.
Elias. Bien; y luego...
Froil. ¡Amigo fiel!
Aunque venda mis camisas
Mañana doscientas misas
Mandaré rezar por él.
Pab. (Eso me encuentro. Por Dios
Que de él no esperaba tanto.)
Elias. Mas yo le hice un adelanto...
Froil. ¡Ah! Sí; lloremos los dos.
Elias. Pero...
Froil. Con ojos serenos
¿Quién ve á su amigo morir?
Elias. Pero usted puede decir:
Los duelos con pan son menos.
Y quién vuelve á mi escritorio
El dinero...
Froil. Acerba llaga,
Cruel!
Elias. Alma que no paga
No sale del purgatorio.
Diez onzas...
Froil. No cuestan tanto
Las doscientas misas.
Elias. ¡Oh!
Froil. A peseta...
Elias. No hablo yo
De misas...
Froil. Me ahoga el llanto.
(*Hablando, han llegado á la casa del baile.*)
Elias. Oiga usted...
Froil. Ni á hablar acierto.
(*Ya dentro del portal.*)
¡A Dios!
Elias. Hombre...
Froil. ¡Pobre Pablo!
Elias. ¡Me plantó! Lléveos el diablo
A tí, á la herencia, y al muerto!

ESCENA XV.

DON PABLO, DON ELIAS.

(*Llega don Pablo por detras de don Elias, y le toca en el hombro.*)

Pab. Tenga usted mas caridad
Con los difuntos.
Elias. Qué voz...
(*Volviéndose asustado.*)
Si yo creyera en visiones
Diria... Sí; él es! Favor...
(*Reconociéndole.*)
Pab. ¡Silencio! No soy fantasma.
Vengo...
Elias. De parte de Dios
Te digo, sombra iracunda...
Pab. No hay tal sombra. Vivo estoy.
Acérquese usted sin miedo.
Tenemos que hablar los dos.
Elias. Si en el otro mundo penas
Como en este peno yo,
Al heredero le toca
Procurar tu redencion;
No á mí, difunto don Pablo;
A mí que soy tu acreedor,
A mí...
Pab. Basta. Sabe usted
Que soy hombre de razon,
Y si yo me hubiera muerto,
No lo negaria, no.
Caí herido de un balazo
En medio de la faccion.
Sin duda al verme tendido
Sin aliento y sin color
Todos me dieron por muerto
Sin mas averiguacion;
Y como nadie despues
De mí ha sabido hasta hoy,
No estraño que en mis exequias
Haya graznado el fagot.
Recobrados mis sentidos
Con el frio y el dolor,
Medio vivo, medio muerto,
Me levanté del monton.
En vano pedia ausilio;
Nadie escuchaba mi voz...
Por fin llegué como pude
A la choza de un pastor.
Por buena suerte la herida
No era mortal aunque atroz.
Aquella familia honrada

Tuvo de mí compasion;
Y curándome en sigilo,
Sin botica ni doctor,
Me libertó de las uñas
De *Tristany* ó *Caragol*.
Recobradas ya mis fuerzas
Mi marcha emprendo veloz
De regreso á Zaragoza,
Y hoy llego á puestas de sol
Para reir desengaños
De este mundo pecador.
Elías. ¡Es posible! ¡Ah! Mi alegría...
Pab. Usté es un hombre de pro.
Usté ha rezado en mi entierro...
Elías. ¡Oh! Sí; con mucho fervor.
Pab. Y gracias por su cristiana
Misericordia le doy.
Solo á usted me he descubierto...
Elías. Usted me hace sumo honor...
Pab. Mas nadie sepa que vivo
Hasta mejor ocasion.
Usted sabrá mis proyectos,
Y cuento con su favor
Para llevarlos á cabo.
Elías. Sabe usted que siempre estoy
A su obediencia... A propósito:
El papel que se quedó
Sin firmar... Aquí lo traigo.
Si á la luz de ese farol
(*El que habrá en el portal de la casa donde se baila.*)
Quisiera usted... Pediremos
Un tintero...
Pab. ¿No es mejor
Que se venga usted conmigo
Y le daré en el meson
Las diez onzas consabidas,
Los réditos y otras dos
En muestras de gratitud...
Elías. ¡Oh qué bello corazon!
Pab. Justamente ya ha debido
Cobrar mi administrador
Unas letras...
Elías. No es decir
Que yo tenga prisa, no.
Solo por acompañar
A usted... (¡Dios de Sabaot,
No me le mates ahora,
Cumpla su buena intencion!)
Pab. Vamos...
Elías. Abríguese usted.
(*Componiéndole el embozo de la capa. Don Pablo tose.*)
¡Cuidarse!—¿Qué es eso? ¿Tos?
Pab. No es nada.
Elías. Es qué usté estará
Delicado; y el pulmon...
Pab. Cálmese usted, don Elías,
(*Riéndose.*)
Que mi palabra le doy
De no morirme otra vez
Sin pagarle.
Elías. (¡Oígate Dios!)

ACTO CUARTO.

LA RESURECCION.

ESCENA PRIMERA.

La decoracion del acto segundo.

DON PABLO, DON ELIAS.

(*Entran con precaucion. El teatro está oscuro.*)

Pab. Si alguno nos ha observado...
Elías. Solo lo sabe Ramon,
Y ese es de satisfaccion.
Puede usté entrar descuidado.
Jacinta está de jolgorio
Con su novio y los amigos
Que servirán de testigos
Para el impío casorio.
Luego que apuren los platos
Del opíparo banquete
Vendrán á este gabinete
Para firmar los contratos.
Pab. Isabel...
Elías. No fué posible
Hacerla entrar en la fiesta.
La maldice y la detesta
Como sacrilegio horrible.
Pab. ¡Pobrecilla! ¿Y don Froilan?
Elías. Muerto está de pesadumbre;
Mas, ya se ve; la costumbre...
La etiqueta, el *qué dirán*...
Pab. Al bien y al mal se acomoda
Esa frase; ¿y qué ha de hacer
Quien por fuerza ha de escoger
Entre un duelo y una boda?
Elías. Ya, pero, entre el mundo y Dios,
Don Froilan gime...! y devora;
Luego apura el vaso... y llora!
Y así cumple con los dos.
Pab. ¿Está todo preparado?
Elías. Todo como usted desea.
Pab. Sentiré que alguien me vea.
Elías. ¿Cómo? En un cuarto escusado.

Pab. Quisiera un instante hablar
Con Isabelita... Pero
Prepárela usted primero.
Elías. Entiendo. Voila á buscar.
Pues llevan largo el convite
Y Ramon está advertido,
Fácil será...
Pab. Siento ruido...
Elías. Traen luces... ¡Al escondíte!
(*Don Pablo corre á esconderse en el cuarto del forro y cierra por dentro las vidrieras. Ramon trae luces.*)

ESCENA II.

DON ELIAS, RAMON.

Elías. ¿Ha visto alguien á don Pablo?
Ram. No señor; nadie le ha visto.
Elías. ¡Vete, y silencio!
Ram. No chisto.
Elías. Se va á desatar el diablo.

ESCENA III.

DON ELIAS.

Por hacer aquí el rufian
Dejo la opípara mesa... !
Pero servir me interesa
Al escondido galan.
¿Qué no he de de esperar de tí,
Difunto que espresamente
Resucitas complaciente
Solo por pagarme á mí?
¡Y con qué rumbo! Ea, pues;
Busquemos á Isabelita
Y anunciemos la visita...
¿Mas quién se acerca?..? Ella es.

ESCENA IV.

DON ELIAS, ISABEL.

Isab. ¿Qué hace usted tan solo aquí?
Elías. Señora, no es de mi gusto
Esa infame bacanal,
Y aquí me estoy hecho un buho
Contemplando las flaquezas
Y aberraciones del mundo.
¿Dejarán la mesa pronto?
Isab. No sé.
Elías. Desde aquí descubro...
(*Mirando por la puerta de la izquierda.*)
Los postres sirven. — No acaban
Ni en veinticinco minutos.
¡Qué contraste! Ellos riendo,
Y usted vestida de luto!
Isab. Y quizás de mi afliccion
Se mofan.
Elías. ¡Atroz insulto!
¡Y acaso aun están calientes
Las cenizas del difunto!
Isab. Ah!
Elías. Si apareciese ahora
Entre ellos vivo y robusto
El mismo á quien juzgan muerto,
Como figuras de estuco
Se quedarian.
Isab. ¡Ay Dios!
Elías. ¿Y qué maravilla? Algunos
Suelen tornar á la vida
Desde el borde del sepulcro.
Isab. No con vanas ilusiones
Aumente usted mi profundo
Dolor.
Elías. No quiero decir
Que Dios, aunque sea sumo
Su poder, haga un milagro,
Y se alcen á mis conjuros
Los que descansan en paz;
Pero, señor, yo pregunto,
¿Quién da fe de que haya muerto
Don Pablo? Un parte confuso...,
La declaracion verbal
De un amigo infiel, perjuro...
Isab. Y otros ciento que en el campo
Le vieron yerto, insepulto;
Y los facciosos tambien
Le contaron en el número
De los muertos. Si él viviera
No podria estar oculto
Su destino tantos dias.
¡Nunca se verán enjutos
Mis ojos! ¡No hay esperanza!
Elías. Pues yo la tengo y la fundo
En razones poderosas.
Oh! ¡Cómo de esos renuncios
Se cometen en los partes!
¿No ha afirmado mas de uno
La muerte del *Serrador*,
De *Cabrera* y otros tunos,
Que han multiplicado luego
Muertes, incendios y estupros?
Bien pudo caer don Pablo
Herido en el campo y pudo
Salvarse despues... En fin,
Aunque parezca un absurdo,
Yo creo... yo tengo datos...
Isab. Ah! ¿Cuáles son?
Elías. Dios es justo...
Isab. ¡Insensata! Cómo puedo
Esperar...

Elías. Si de su puño
Enseñase yo una carta...
Isab. Basta, basta. Yo no sufro
Que usted se burle de mí
Tan cruelmente.
Elías. No me burlo.
Vive don Pablo.
Isab. ¡O Dios mio!
¿Será posible?
Elías. Lo juro.
Isab. Dónde...
Elías. Baje usted la voz.
Si no temiera que un susto
Repentino...
Isab. No; mi gozo...
Venga esa carta...
Elías. Presumo
Que usted daria mas crédito
A un testigo... y me aventuro
A presentarlo...
Isab. ¿A quién? Cómo...
Elías. Usted le conoce mucho.
Isab. Yo... ¿Dónde está?
Elías. Salga usted.
(*Junto á la puerta del foro, que habia entreabierto don Pablo.*)
El momento es oportuno.

ESCENA V.

DON PABLO, ISABEL, DON ELIAS.

Pab. ¡Isabel!
Isab. ¡Ah!... ¡Pablo mio!
(*Al verle grita y retrocede asustada, y despues de un instante de silencio le abraza con la mayor ternura.*)
¿Es posible que te ven
Mis ojos? ¡Pablo! ¿Tú vives?
Mi alma se anega en placer.
¡Dios de bondad! Si es delirio,
Muera yo dichosa en él.
Mas no; mis brazos amantes
Le están estrechando. ¡Él es!
(*Avergonzada se desprende de los brazos de don Pablo, y baja los ojos.*)
(¡Que estoy diciendo, insensata!
O rubor...) Perdone usted...
Elías. Ya han retirado los postres
(*Observando á la puerta.*)
Y las copas de Jerez.
Pab. Isabel, ese cariño
Que en el alma grabaré
Viene á endulzar la amargura
De un desengaño cruel.
Isab. Dios sabe con qué afliccion
Tu muerte, Pablo, lloré...
Elías. Ya recogen la vajilla.
Ya levantan el mantel.
Pab. Aunque por muerto me dieron,
De mis heridas sané.
Otra me han hecho en el alma.
Yo la curaré tambien.
Isab. ¡Pablo!...
Pab. ¡Hermana de mi vida!
Isab. (¡Hermana!.. ¡Ay de mí!)
Pab. Isabel,
Tú sola sabes que vivo.
Otros lo sabrán despues.
¿Querrás por breves instantes
Guardarme el secreto fiel?
Isab. Lo guardaré; mas qué intento...
Elías. Ya están tomando café.
Pab. A ese contrato nupcial
Presente quiero que estés.
Isab. ¡Tú lo exijes!
Pab. Y no importa
Que les des el parabien.
Yo se lo doy desde luego;
Y ya jamas fiaré
Ni en lisonjeros amigos
Ni en palabras de muger.
Isab. (¡Qué oigo!)
Pab. ¡En la tumba se aprende
Mucho!
Elías. ¡Que ya están en pié!
Pab. A Dios... Yo seré mas cauto
Por si me muero otra vez.
(*Se entra en el cuarto del foro, cerrando las vidrieras.*)

ESCENA VI.

ISABEL, DON ELIAS.

Elías. ¡Confidente y centinela
De mi rival! Por usted,
Solo por usted haria
Tan subalterno papel;
¡Papel que entrará en el fárrago
De deuda sin interes!
Isab. (*Sin oirle.*) ¡No me ama! ¡Infeliz de mí!
Mas al fin no le veré
En los brazos de Jacinta.
Y si otra me roba el bien
Que el alma anhela... ¡No importa!
¡Perezca yo, y viva él!

ESCENA VII.

LOS PRECEDENTES, DON FROILAN, JACINTA, DON MATIAS, DON ANTONIO, DON LUPERCIO, DAMAS, CABALLEROS.

(*Toman todos asiento en varios grupos. Don Matias, Jacinta con otras damas y caballeros á un lado; don Lupercio con los demas convidados á otro; don Antonio junto á don Froilan; don Elías é Isabel á un estremo.*)

Mat. Adentro. Sin ceremonia.
Jac. Tomen ustedes asiento.
Lup. ¡Oh, que está aquí don Elías!
Elías. Buenas noches, don Lupercio.
Mat. ¿Cuándo viene ese notario?
Que en verdad, ya me impaciento
Esperándole.
Jac. Ya poco
Puede tardar.
Mat. Mira: luego
Que se firmen los contratos
Conyugales, bailarémos.
Una señora. Sí, sí; un poquito de baile.
Un caballero. Y será el dia completo.
Froil. Esa boda se va á hacer
(*Hablan en voz baja.*)
Bajo auspicios muy funestos,
Don Antonio.
Ant. Qué sé yo...
Se quieren y están contentos...
Jac. Por fin ya nos favorece
(*Aparte con don Matías.*)
Mi hermana. ¡Pero qué gesto!
Y es un insulto el entrarse
Aquí con vestido negro.
Mat. Como es tan sentimental,
No me admiro...
Jac. Pues yo creo
Que tiene mas de envidiosa
Que de santa.
Mat. Y aun por eso
A falta de otro galan
Se resigna á los obsequios
Del buen don Elías.
Jac. Siempre
Tuvo ruines pensamientos.
Una dama. ¿Qué dote lleva la novia?
(*En voz baja.*)
Lup. No es gran cosa. Seis mil pesos.
Isab. ¿Cuáles serán los designios
(*Aparte con don Elías.*)
De don Pablo?
Elías. Es un secreto,
Señorita; y como yo
De económico me precio,
Quiero ahorrar las conjeturas,
Pues al fin he de saberlo.
Froil. Es un cargo de conciencia;
(*Aparte con don Antonio.*)
Si señor; y yo no debo
Autorizar...
Ant. ¡Bobería!
Los que se casan son ellos,
No usted.
Froil. ¡Casamiento horrible!
Ant. Peor seria no hacerlo.
Froil. ¡Don Pablo amaba á Jacinta!
Ant. Si señor;... pero se ha muerto.
Froil. Don Matías fué su amigo.
Ant. Ya; pero no es su heredero.
Froil. ¡Yo lo soy á mi pesar!
Ant. ¿Cómo ha de ser? Ya lo veo.
Froil. Mis lágrimas...
Ant. Yo tambien
Las verteria... á ese precio.
Mat. Ya está aquí el notario. ¡Viva!

ESCENA VIII.

LOS PRECEDENTES, EL NOTARIO.

Not. Buenas noches, caballeros.
Una señora. Ese curial incivil
(*Aparte á don Lupercio.*)
No saluda al bello sexo.
Mat. Vamos; ¿vienen ya estendidos
Los contratos?
Not. Sí por cierto.
No falta mas que firmar;
Los contrayentes primero
Y los testigos despues
En sus respectivos huecos.
Froil. Ese hombre, que para mí
(*A don Antonio bajo.*)
Es una especie de cuervo,
Despierta en mi corazon
Atroces remordimientos.
Not. Si ustedes me lo permiten,
Calo las gafas y leo...
Mat. ¡No por Dios! ¿A qué cansarnos
Con ese terno proceso?
Not. No tal. Yo soy muy lacónico.
Tendrá veintisiete pliegos...
Mat. ¡Misericordia! Una pluma!
(*Llega á la mesa y la toma.*)
¿Da usted fe de que en efecto
Me caso con la que adora
Mi corazon?
Not. Por supuesto,
Con doña Jacinta...

Mat. Basta.
Firmo como en un barbecho. (*Firma.*)
Froil. ¡Ah! qué horror! ¿Y sufro yo
(*Tapándose los ojos.*)
Tan bárbaro sacrilegio?
Elías. ¿Qué le ha dado á don Froilan?
(*A Isabel.*)
Suspira; se pone trémulo...
Not. Ahora la novia.
Jac. (*Se acerca á la mesa*). Volando,
Que mi gloria cifro en esto.
Froil. ¡No puedo mas!
(*Se levanta, y se acerca tambien á la mesa.*)
Jac. ¿Dónde?
Not. Aquí.
Froil. ¡Deten en nombre del cielo
Esa mano temeraria!
¿Olvidas tus juramentos?
¿Menosprecias tu opinion?
¿No sabes que hay un infierno
Para los perjuros? ¡Ah!...
Mat. ¿Qué dice ese majadero?
Froil. ¿Vas á casarte con otro
Cuando la sangre del muerto
Está humeando? Aun escucho
Las campanas de su entierro...
Jac. ¡Eh! ¿Quieres dejarme en paz?
Un caballero. Ese hombre ha perdido el seso.
Una dama. ¡Qué hipocresía!
(*A don Antonio.*)
Ant. ¡La herencia!
Elías. Como soy que me divierto.
(*A Isabel.*)
Mat. Ea, firma, y no hagas caso
De un fastidioso agorero.
Jac. Sí; el corazon me lo manda...
¿Aquí?... (No sé por qué tiemblo.
¡Animo!) (*Firma.*) Ya está.
Froil. ¡Gran Dios!...
¡Ella ha firmado! esto es hecho!
¡Ah! qué seria de tí,
Falsa muger, si del centro
De la tumba aquí se alzase
Don Pablo y con voz de trueno...
Mat. ¡Oiga!...
(*Todos los interlocutores á escepcion de Isabel rien estrepitosamente.*)
Lup. ¡Donosa ocurrencia!
Una dama. ¡Qué visionario!
Un caballero. ¡Qué necio!
Ant. Se nos viene con sandeces
Del siglo décimotercio.
Mat. No hablaba usted de ese modo
Dos dias ha.
Froil. Me arrepiento...
Elías. Oportuno es el sermon.
(*A Isabel.*)
Parece que está de acuerdo
Con don Pablo. ¿Mas qué aguarda,
Que no sale del encierro?
Froil. Don Matías, no es la herencia
La que ha obrado este portento.
Mueve mi labio divina
Inspiracion. Yo preveo...
Mat. ¡Eh! Basta ya de simplezas,
Que estamos perdiendo el tiempo.
Concluyamos... ¡Los testigos!
Not. Don Antonio Mollinedo...
Ant. Servidor. Sea mil veces.
(*Va á la mesa y firma.*)
En buen hora.
Not. Don Lupercio...
Lup. Allá voy... (*Firmando*). Y con el alma
Y la vida lo celebro.
Not. Don Elías Ruiz...
Elías (*Va y firma*). Presente.
Sea enhorabuena, y *laus Deo.*
Not. Hemos concluido.
Pab. (*dentro*). No!
¡Falta un testigo! (*Sorpresa general.*)
Mat. ¿Qué es eso?
Jac. Qué voz...
Froil. Por allí ha sonado...
Mat. ¿Quién es el testigo?
(*Oyese una fuerte detonacion en el cuarto del foro, ábrese la puerta y aparece don Pablo cubierto de piés á cabeza con un manto blanco. Un vivo resplandor rojizo alumbra el cuarto de donde sale.*)
Pab. ¡El muerto!

ESCENA IX.

LOS PRECEDENTES, DON PABLO.

(*Al aparecer don Pablo retrocede Jacinta aterrada; las demas señoras chillan, y una ó dos se desmayan en brazos de los caballeros que las rodean; don Froilan se queda estático; don Elías suelta la carcajada, y hace notar á Isabel los gestos de los demas; don Matías calla, entre dudoso y amostazado; don Antonio y don Lupercio dan muestras de admiracion; y el notario se esconde detras de la mesa.*)

Jac. ¡Cielos!
Not. ¡Oh!
Mat. ¡Don Pablo!
Froil. ¡Es él!

Elías. ¡Lindas figuras!
Una dama. ¡Qué espanto!
Froil. ¡Yo no lo dije por tanto!
Jac. ¡Aparta, sombra cruel!
Un caballero. Señora...
(*Abanicando á una que está desmayada.*)
Una dama. ¡Qué horrible vista!
(*Volviendo del desmayo.*)
Un caballero. (Yo tengo mas miedo que ella.)
Elías. La tramoya ha estado bella.
(*Aparte á Isabel.*)
¡Se ha portado el polvorista!
Jac. (¡La imágen de mi conciencia
Veo en su rostro fatal!)
Froil. (Si es aparicion, tal cual;
Si está vivo, á Dios la herencia!)
Jac. Yo confieso mi locura,
Pablo, y te pido perdon.
Mat. ¡Locura!
Jac. Ten compasion
De una frágil criatura.
A tus plantas...
(*Va á arrodillarse, y don Matías la detiene.*)
Mat. Eso no,
Por vida de san Matías!
¿Tú á sus plantas? ¡No en mis dias!
Él ha muerto, y vivo yo.
Y nos veremos las caras,
Pues ya se firmó el concierto,
Si quiere meterse el muerto
En camisa de once varas.
Ni él ha muerto; no hay tal cosa;
Que si difunto estuviera
No alzára así como quiera
La yerta y pesada losa.
Yo no le disputo á Dios
El poder de hacer milagros;
Mas los muertos están magros,
Y este abulta como dos.
Le quisiste vivo; es cierto;
Y ahora á mí. — Sea en hora buena.
Eso no vale la pena
De resucitar á un muerto.
¿Si él ha muerto, qué hace aquí?
Vuelva al panteon profundo;...
Y si vive para el mundo,
Muerto sea para tí.
En fin, que viva ó que muera,
Tuyo no ha de ser jamas.
Veremos quién puede mas;
El muerto, y yo... calavera.
Pab. No he muerto, gracias al cielo,
(*Soltando el manto y dando algunos pasos.*)
Ni por una infiel y un loco
Quiero esponerme tampoco
A dar la vida en un duelo.
Que perdone este mal rato
Pido á la tertulia toda,
Pues mal sienta en una boda
El funeral aparato;
Pero hombre de calidad,
Cuya muerte es tan sentida,
Justo es que vuelva á la vida
Con cierta solemnidad.
Conozco que algun menguado
En esta cómica escena
Mas me quisiera alma en pena
Que muerto resucitado;
Pero si alguno desea
Ser pasto á la muerte avara,
Yo no: ya he visto su cara
Y me parece muy fea,
Y puesto que debo tanto
Al sumo Hacedor, no es justo
Que por dar á nadie gusto
Me vuelva yo al campo-santo.
Mis quejas no escucharán
Los amigos fementidos;
No; porque á muertos y á idos...
Conocido es el refran.
Que matan los desengaños
Dice la gente... No á mí,
Que como muerto los ví
No han de abreviarme los años. —
Nada de rencor, Matías.
Querer á una dama hermosa
Mas que á un fiel amigo, es cosa
Que se ve todos los dias.
Siempre amor en tal pelea
Ha de triunfar: esto es cierto;
Y mas si el amigo ha muerto
Y la dama pestañea.
Yo la quise, tú la quieres...
Tuya debe ser la bella,
Pues yo he he muerto para ella,
Y tú por por ella te mueres. —
Ni á tí, Jacinta del alma,
Culparé. ¿Con qué derecho
Pidiera yo á tu despecho
Una tumba y una palma?
¿Se olvida al galan mas pulcro,
Vivo, lozano, fornido,
Y no ha de echarse en olvido
Al que yace en el sepulcro?
El amor en nuestros dias
Como el fénix se renueva,
Que ya no hay almas á prueba
De balas y pulmonías.
Yo te creia mas firme;

Mas si otro me reemplazó,
La culpa la tengo yo.
¿Quién me mandaba morirme?
Mat. No haya duelo. ¿En qué lo fundo
Si no hay rival á mi amor?
Mucho aplaudo el buen humor
Con que vuelves á este mundo.
Jac. Pablo, la sorpresa... el gozo...
Pero... Ya ves... He jurado...
(Despues que ha resucitado
Me parece mejor mozo.)
Pab. Señoras, cese ya el susto,
Que si lo causo viviente,
Me moriré de repente
Estando sano y robusto.
¿Y el notario fugitivo
Adónde fué?
Not. Me escondí...
(*Sacando la cabeza.*)
Pab. Ea, salga usted de ahí
A dar fe de que estoy vivo.
Aquiete usted la conciencia,
Que, á fe del nombre que tengo,
Del purgatorio no vengo
A tomarle residencia.
¡Don Lupercio! don Antonio!
De ustedes muy servidor.
Hasta ahora, aunque pecador,
No me ha llevado el demonio.
Ant. Yo lloraba...
Pab. Sí por cierto.
Lup. Yo...
Pab. Como hablan las paredes,
Ya sé que me han hecho ustedes
Justicia... despues de muerto.
¡No era tan feliz mi suerte
Cuando vivo!... ¿Con que soy
Un ángel ahora? Doy
Muchas gracias á la muerte.
Ruego á ustedes, pues advierto
Que me va mejor así,
Que siempre que hablen de mí
Se figuren que estoy muerto.
Ant. ¡Pullas, despues que en mil puntos
(*Aparte á don Lupercio.*)
Su elogio hicimos ayer!
Ya no se puede tener
Caridad... ni con difuntos.
Pab. Don Froilan, siento en verdad
Decir á un amigo fiel
Que el consabido papel
No es mi postrer voluntad.
Froil. Es accion muy valadí
Que perdonarse no puede
El resucitar adrede
Para burlarse de mí. (*Risa general.*)
Señores, nada de risas,
Que es sobrada impertinencia
Despojarme de la herencia
Y quedarse con las misas.
Elías. Agorero ceji-junto,
Justo es que á Dios satisfagan
Herederos que no pagan
Los créditos del difunto.
Era insigne mala fe,
Riendo de mi abstinencia,
Comerse, amen de la herencia,
Lo que yo economicé.
No era usted quien merecia
Tanta dicha, alma de Anás,
Tartufo... No digo mas...
Mat. ¿Porqué?...
Elías. Por economía.
Froil. Por vida...
Pab. Tenga usted calma.
Yo las misas pagaré...
A no ser que quiera usté
Que se endosen á su alma.
Lea usté ahora en desquite
Esta carta que Melchor
Me dió...
Froil. Sí; mi arrendador
(*Toma la carta, la abre, y la lee para sí.*)
De la hacienda de Belchite.
Isab. ¡Qué será!
(*Despues de una breve pausa.*)
Mat. Le tiembla el pulso...
Ant. Gime...
Elías. Un color se le va
Y otro se le viene...
Froil. ¡Ah!
Jac. Mira al cielo...
Lup. Está convulso...
Froil. ¡Cruel, funesta noticia!
¡Desventurado de mí!
Yo esperaba el bien ageno,
Y pierdo el mio! Infeliz!
¡Me ha arruinado, me ha perdido
La infame faccion servil!
¡Me ha subastado el aceite,
Me ha saqueado el maiz,
Me ha destruido el molino,
Me ha secuestrado el redil!
¡A mí, que no me metia
Con nadie... canalla ruin!
Y ni he sido diputado,
Ni prócer, ni alcalde, ni...
Si hasta los neutrales tienen
Su hacienda y vida en un tris,
¿Quién quieres, aleve príncipe,
Que te doble la cerviz?
Ya es crimen la indiferencia.

Guerra! Un fusil! Un fusil!
Traidor don Cárlos! la sangre
Siento ya en mi pecho hervir.
Yo moriré peleando
O me vengaré de tí.

ESCENA ULTIMA.

LOS PRECEDENTES, MENOS DON FROILAN.

Jac. ¡Dios mio!
Isab. ¡Pobre Froilan!...
¡Funesta guerra civil!
Pab. Le está muy bien empleado.
¡El cielo castigue así
A todo infame egoista
Que á la patria ve gemir
Y ni acude á sus miserias,
Ni la defiende en la lid!
Volviendo á lo de la boda,
En buen hora sea mil
Y mil veces. Yo tambien
Me caso.
Isab. (¡Ay!)
Jac. ¿De veras?
Pab. Sí.
Si ustedes quieren mañana
A mi contrato asistir...
Isab. (¡Mañana!...)
Las damas. Quién...
(*A Jacinta, mostrando todas mucha curiosidad.*)
Ant. Quién será...
(*A los caballeros, que forman tambien corrillo.*)
Mat. ¿Quién es la novia feliz?
Dime...
Pab. Son amores póstumos.
No es la novia que escogí
De este mundo.
Mat. Alguna momia...
Pab. No. Fresca como el abril.
¡Flor de mi tumba! ¿porqué
Tan tarde te conocí?
Isab. (Me mira... ¡Ah! Como palpita
Mi corazon!)
Ant. Pero en fin...
Jac. (Será Isabel...)
Una señora. ¿No sabrémos?...
Pab. Aunque á su gracia gentil
Sabe hermanar la modestia,
Su nombre puedo decir,
Que pues la ofrezco mi mano,
No la alejará de sí
(*Isabel no puede reprimir su agitacion.*)
Quien ya me dió el corazon.
La señora. Hácia aquí mira. ¿Advertis?
(*Aparte á las otras.*)
Pab. ¡Ah! Sí. Ya anuncia mi dicha
En su labio de carmin
La sonrisa del amor.
La señora. (¡Yo soy! Me ve sonreir...)
Pab. Y esa mirada... ¡Isabel!
(*Acercándose á ella, y presentándola la mano.*)
Isab. ¡Pablo mio!
(*Tomando la mano de don Pablo, y reclinando la cabeza en el pecho del mismo como para ocultar el esceso de su gozo.*)
La señora. (¡No era á mí!)
(*Con un suspiro y abanicándose.*)
Ant., Lup., Damas, Caballeros. ¡Isabel!
Mat. ¡Era tu hermana! (*A Jacinta.*)
Elías. (¡Ya llegó mi San Martin!)
Mat. ¿No dijiste que tu esposa
No era de este mundo?
Pab. Sí.
Muger de un alma tan pura
Cuya virtud sin igual
Compite con su hermosura,
Es un ser angelical;
No es humana criatura.
Muger de tanta virtud,
Muger de amor tan profundo
Que en su tierna juventud
Se inmolaba... ¡á un ataud!...
No pertenece á este mundo.
Yo, que su ventura anhelo,
Ya no me juzgo habitante
De este miserable suelo;
Que Isabel me mira amante
Y sus brazos son... ¡el cielo!
Isab. Yo que te lloré en la losa;
Yo, que con verte, no mas,
Me tenia por dichosa,
¿Qué haré ahora que me das
El dulce nombre de esposa?
Pab. ¡Cuán de veras lo mereces!
Dichosa muerte mil veces!
Muérete y verás, Matías...
Mat. ¡Lindo regalo me ofreces!
Pab. ¿Qué dice usted, don Elías?
Elías. Que el mundo es un entremes,
Don Pablo.
Mat. Es cierto.
Lup. Así es.
Ant. Para aprender á vivir...
Elías. No hay cosa como morir...
Pab. Y resucitar despues.

INDICE.

PRÓLOGO ..... pág. 1
DON JUAN BAUTISTA DIAMANTE. — El Honrador de su padre.... 1
DON JUAN DE LA HOZ MOTA. — El Castigo de la Miseria..... 28
DON LUIS DE BELMONTE. — El Diablo predicador y mayor contrario amigo..... 64
FELIPE IV. — La Tragedia mas lastimosa, el conde de Sex..... 98
DON FRANCISCO DE LEIBA. — Cuando no se aguarda, y príncipe tonto..... 128
DON ALVARO CUBILLO DE ARAGON. — Las Muñecas de Marcela... 163
DON DIEGO Y DON JOSÉ DE FIGUEROA. — Pobreza, Amor y Fortuna. 193
DON FERNANDO DE ZARATE. — Mudarse por mejorarse..... 224
DON FRANCISCO BANCES DE CANDAMO. — Por su Rey y por su Dama..... 254
DON ANTONIO DE SOLIS. — El Amor al uso..... 291
DON ANTONIO DE ZAMORA. — El Hechizado por fuerza..... 327
DON JOSÉ DE CAÑIZARES. — El Dómine Lucas..... 361
— El Picarillo en España..... 398
DON GASPAR MELCHOR DE JOVELLANOS. — El Delincuente honrado. 430
DON VICENTE GARCÍA DE LA HUERTA. — Raquel, tragedia..... 455
DON RAMON DE LA CRUZ. — Manolo, tragedia para reir, ó sainete para llorar..... 482
DON NICASIO ALVAREZ DE CIENFUEGOS. — Zoraida, tragedia.... 489
DON LEANDRO FERNANDEZ DE MORATIN. — El sí de las niñas.... 507
DON MANUEL JOSÉ QUINTANA. — Pelayo, tragedia..... 537
DON FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA. — La Niña en casa y la Madre en la máscara, comedia..... 557
DON MANUEL EDUARDO GOROSTIZA. — Indulgencia para todos, comedia..... 595
DON MANUEL BRETON DE LOS HERREROS. — Muérete ¡y verás!... 629